S. y J.
ÁLVAREZ QUINTERO



OBRAS COMPLETAS

Tomo II



Los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero son autores andaluces que cosecharon un gran éxito hace aproximadamente un siglo. Su producción es básicamente de comedias y se divide en las ambientadas en su Andalucía natal, tamizada por los recuerdos de su infancia y presentando siempre una visión luminosa y alegre, y las ambientadas en Madrid, más amargas. En cualquier caso, la mayoría son divertidas y siempre muy bien escritas.

Este volumen comprende las estrenadas desde el 4 de julio de 1905 hasta el 5 de octubre de 1912 inclusive.



Serafín Álvarez Quintero & Joaquín Álvarez Quintero

Obras completas. Tomo II

Obras completas Hnos. Álvarez Quintero - 2

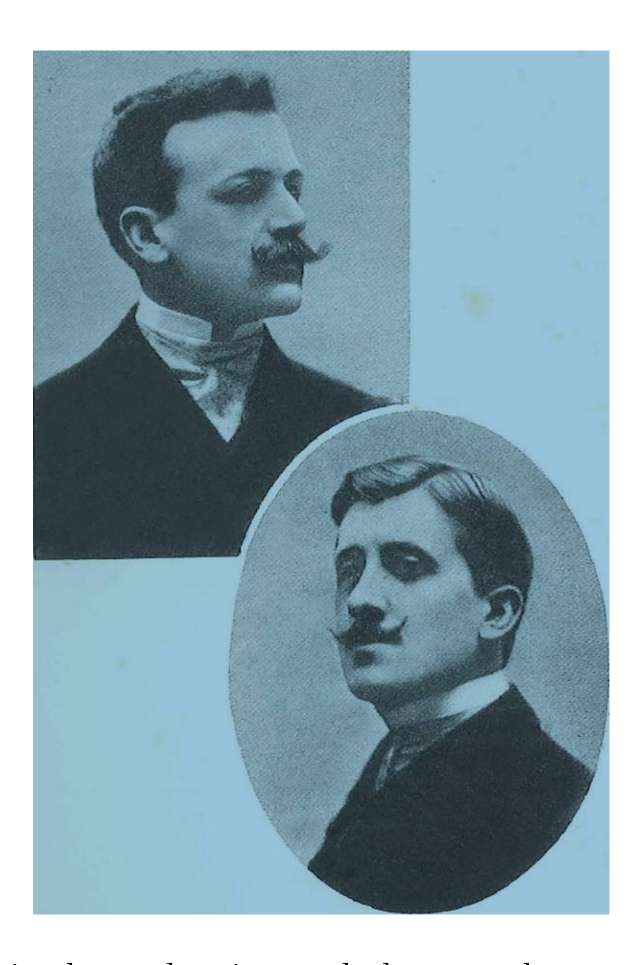
ePub r1.0

Titivillus 28.06.2019

Serafín Álvarez Quintero & Joaquín Álvarez Quintero, 1947
Digitalizador: errobixirripa
Diseño de cubierta: gilba

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Los niños han conquistado, en plena juventud, el acceso a los escenarios madrileños; el éxito empieza a sonreírles. En esta fecha han dado ya al teatro *Los Galeotes* (1900), galardonada por la Real Academia Española con el premio Fanstenrath

TOMO II

Este volumen comprende las estrenadas desde el 4 de julio de 1905 hasta el 5 de octubre de 1912 inclusive, cuyos títulos, por orden cronológico, son los siguientes:

La musa loca.

La pitanza.

El amor en solfa.

Los chorros del oro.

Morritos.

Amor a oscuras.

La mala sombra.

El genio alegre.

El niño prodigio.

Nanita, Nana.

La zancadilla.

La bella Lucerito.

La patria chica.

La vida que vuelve.

A la luz de la luna.

La escondida senda.

El agua milagrosa.

Las buñoleras.

Las de Caín.

Amores y amoríos.

Las mil maravillas.

Sangre gorda.

El patinillo.

Doña Clarines.

El centenario.

La muela del rey Farfán.

Herida de muerte.

El último capítulo.

La flor de la vida.

La rima eterna.

Carta a Juan Soldado.

Solico en el mundo.

Palomilla.

Rosa y Rosita.

El hombre que hace reír.

Anita la Risueña.

Puebla de las Mujeres.

Malvaloca.

Sábado sin sol.

Las hazañas de Juanillo el de Molare.

Mundo, mundillo.

Cuatro palabras.

LA MUSA LOCA

COMEDIA EN TRES ACTOS

EL TERCERO DIVIDIDO EN DOS CUADROS

Estrenada en el **Teatro Novedades**, de Barcelona, el 4 de julio de 1905

A JACINTO BENAVENTE,
peregrino y aristocrático ingenio, audaz
innovador de la comedia española,
sus devotísimos admiradores y amigos,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO[1]

PERSONAJES	ACTORES
	ACTO PRIMERO
FIDELA.	NIEVES SUÁREZ.
DON ABEL SECANO.	FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA.
DON MAURICIO REGLA Y SALAZAR.	ALFREDO CIRERA.
URRUTIA.	JOSÉ SANTIAGO.
CABRA.	FELIPE CARSÍ.
TOLEDO.	EMILIO MESEJO.
MANOLO.	RICARDO JUSTE.
BARBUDO.	MANUEL DÍAZ.
DON JESÚS.	FRANCISCO URQUIJO.
LUCAS.	FRANCISCO CAYUELA.
UN PRESTAMISTA.	MANRIQUE GIL.
UN CAMARERO.	HILARIO FERNÁNDEZ.
	ACTO SEGUNDO
	JOSEFA MORERA.

Doña Antonia Pacheco.	
Irene.	Matilde Asquerino.
Doña Andrea.	María Guerrero.
Felisa.	Lola Bremón.
Mariquita.	Esperanza Bedoya.
Don Abel Secano.	Fernando Díaz de Mendoza.
Don Mauricio Regla y Salazar.	Alfredo Cirera.
Urrutia.	José Santiago.
Un señor anónimo.	Mariano Díaz de Mendoza.
Bustamante.	Ramón Guerrero.
Don Jenaro.	Luis Medrano.
Romero.	Manuel Soriano Viosca.

ACTO TERCERO

Irene.	Matilde Asquerino.
Luisita.	María Cancio.
Liboria.	Matilde Bueno.
Don Abel Secano.	Fernando Díaz de Mendoza.
Don Mauricio Regla y Salazar.	Alfredo Cirera.
Urrutia.	José Santiago.
Foso.	Emilio Mesejo.
Don Jovito.	Felipe Carsí.
Eduardo.	Niño Quintín.

Parra.

Manuel Viñals.

Bermúdez.

Francisco Urquijo.

ACTO PRIMERO

Negociado de don Mauricio Regla y Salazar, en una oficina del Estado, en Madrid. Mampara de entrada, al foro. Ventana grande a la derecha del actor. Puertecilla de escape a la izquierda, empapelada como las paredes. Estera de cordelillo. A la derecha, en primer término, mesa y sillón de don Mauricio. A la izquierda, frente a ella, mesa y sillón de don Abel Secano, oficial primero. En el foro, a la derecha de la puerta, un par de mesas de dos pupitres fronteros cada una. La del rincón está colocada, como las de don Mauricio y don Abel, de suerte que al sentarse ante ella los empleados, el público los vea de perfil. La otra, en sentido contrario: un empleado dará la espalda al público y otro estará de frente a él. Hacia el centro de la habitación, otra mesa análoga a la primera y colocada en igual forma. En las paredes, perchas correspondientes a las mesas y alguna anaquelería con legajos. Sobre todas las mesas, aparte el servicio de escribir, abundancia de papeles y libros. Sillas con asiento forrado de gutapercha. Cerca de la ventana, una estufa. Escupideras y cestos de papeles junto a las mesas. Pendiente del techo, sobre cada una de ellas, una bombilla de luz eléctrica con pantalla verde. Timbres. Almanaque. La vejez y mal estado de los muebles, el polvo de libros y legajos, el borroso color del papel de las paredes, y aun los remiendos de la estera, patentizan que por la covachuela que hoy rige don Mauricio han pasado algunas generaciones. Es por la mañana.

La oficina está sola. Ábrese la mampara y sale don Abel.

Don Abel, protagonista de esta comedia, es un pobre diablo. Frisa con los cincuenta; tiene poco pelo, y éste gris, bigotillo y mosca. Los ojos, mortecinos y tristes. Alguna vez, no obstante, fulgura en ellos siniestra llamarada. Lleva gafas de acero. Sus ropas son humildes, defendidas con maña y bencina de las inclemencias del uso. Al llegar tiende la vista por la estancia, desde la misma puerta, cerciorándose de que aún no hay allí ningún empleado.

DON ABEL. Nadie. Parece que es un crimen y no es un crimen. *Corre a su mesa, y sin quitarse sombrero ni capa, se sienta, saca de uno de los cajones un cuaderno, y rápidamente, lleno de turbación y ansiedad busca una entre sus páginas manuscritas.* Aquí está. *Después de leer para sí.* ¡Ah! ¡Ya decía yo! El ritmo de la frase era otro. *Leyendo.* «¿Por qué? ¿Por qué no me contestas ahora? ¿Por qué?». ¡Claro! Se repite dos veces el por qué. ¡Qué tontería! Y no he podido pegar los ojos en toda la noche. *Sigue hojeando el cuaderno.* ¡Qué bien me ha salido esta escena!… ¡Qué linda es esta frase!… «No quiero más esclavitud que la de mi cerebro; no quiero más cadenas que las de mi conciencia.» Aquí hay un aplauso, o sé yo muy poco de estas cosas. *Mirando con recelo a la puerta.* ¿Eh?… Temí… *Volviendo a la obra.* Pues ¿y esto? Esto parece de Echegaray. «No pidamos a la carne humana en la tierra resistencia de roca en la playa.» ¡Bravo! Se me saltan las lágrimas. *Guardando el cuaderno.* Al cajón otra vez, drama mío, no me sorprenda alguien… Ahora causaría mofa lo que luego ha de causar admiración y envidia. *Mientras cuelga la capa y el sombrero.* ¡Y dicen los críticos que el monólogo es falso!… ¡que no es real!… Pues ¿no vengo yo hablando solo desde mi casa? Por supuesto, ¿quién había de sospechar en el mundo que Abel Secano, el humilde oficial primero de esta mísera covachuela, iba a sentir bajo su cráneo la llama de la inspiración; iba a escribir un drama como ése?… *Sale Lucas, ordenanza de la oficina, por la puertecilla de escape.* ¿Quién?

LUCAS. Señor Secano, buenos días.

Este Lucas procede de la Guardia civil. Usa grandes bigotes, y conserva en su empaque y modos el sello y los hábitos de su primera profesión. En la mano trae un jarro lleno de agua, que vierte en una cacerola que hay sobre la estufa.

DON ABEL. Buenos días, Lucas. *Abstraído; entre dientes.* «No pidamos a la carne humana en la tierra resistencia de roca en la playa.»

LUCAS. ¿Manda usted algo?

DON ABEL. Nada, Lucas.

Lucas va a irse por la puerta del foro, a tiempo que llega Cabra, a quien deja pasar.

CABRA. Hola, Lucas.

LUCAS. Felices, señor Cabra. *Vase.*

CABRA. Buenos días, don Abel. A usted no hay quien le coja la delantera.

El ciudadano Cabra, víctima resignada de la Administración, y miope de añadidura, viene de capa castaña, hongo café y gafas de gruesos cristales. En la oficina usa manguitos. Las rodilleras de sus pantalones manifiestan que de los sesenta años que tiene ha pasado sentado cincuenta y cinco. Ocupa el primer pupitre de la derecha. Trae en la mano un rollo de papeles.

CABRA. ¿Cómo sigue el chico?

DON ABEL. Mejor está, Cabra; muchas gracias. ¿Qué papeles son ésos?

CABRA. El trabajo extraordinario que le dió el jefe a Urrutia. Al fin y al cabo tuve yo que cargar con él. Hasta las tres de la mañana no he podido acostarme. *Arranca la hoja del almanaque.*

DON ABEL. Le digo a usted que se está poniendo esta casita… *Saca un periódico y lee de pie, junto a la estufa, sin dejar de atender a Cabra.*

CABRA. Y menos mal ustedes, los que suben. Ya ve usted yo: ayer hizo cuarenta años que tomé posesión de este mismo pupitre.

DON ABEL. ¿Con cuánto?

CABRA. Con seis mil reales. Y hoy tengo cuatro mil.

DON ABEL. ¡Sí que es una carrera loca!

CABRA. *Suspirando.* Aquí me he dejado la vista, el pulso, el pelo, el estómago… No es que yo me queje… Aquí he cogido el reuma que me va a llevar al cementerio; aquí he cogido las jaquecas que padezco alternando con el reuma… No es que yo me queje… Aquí conocí a mi mujer, que en paz

descanse. Era hija del entonces portero mayor, que en paz descanse. Se empeñó en casarnos el jefe de esta sección en aquella época, don Inocencio Colmenar, que en paz descanse. La pobrecita me dejó doce hijos, que me viven todos… No es que yo me queje… A otros les va mucho peor… pero de cuando en cuando, un desahoguillo… Iré haciendo el parte.

Se levanta, coge de la mesa de don Mauricio una hoja de asistencia y escribe en ella los nombres de los empleados del negociado, los cuales, a medida que llegan, la van firmando.

DON ABEL. Mire usted, Cabra: yo también me veo rodeado de mucha gente. El mayor de mis chicos ya es un pollo; usted lo conoce. Es listo, es bueno; vale. Será un hombrecito. Me tiene muy contento. Pues bien: si algún día se le ocurriera decirme: «Papá, yo quiero servir al Estado», lo disecaba. No le digo a usted más. Lo disecaba.

CABRA. Y haría usted muy bien. ¡Ojalá mi padre me hubiera disecado a mí! Daría gusto de verme ahora.

DON ABEL. En cuanto a un servidor de usted… Pero, bueno; esto es otra cosa… Tiempo al tiempo… No quiero hablar. *Saludando a don Mauricio, que llega.* Dios te guarde, Mauricio.

CABRA. Don Mauricio, muy buenos días.

DON MAURICIO. Hola, señores… ¿Qué hay?

Don Mauricio Regla y Salazar, jefe del negociado, es hombre recto, inflexible, aunque cortés y cariñoso con sus subordinados. Para él, la Administración es un culto y él un sacerdote. Su fisonomía es vigorosa, expresiva, muy española. Tiene cuarenta y tantos años. Viste de chaqué.

DON ABEL. ¡Psché!

¡Hoy como ayer, mañana como hoy,
y siempre igual!
¡Un cielo gris, un horizonte eterno,
y andar… andar!

DON MAURICIO. Chico, chico, qué por las nubes me recibes. ¿Es que te has dado a la poesía?

DON ABEL. Tal vez. De poeta, músico y loco…

DON MAURICIO. ¿Y tu pequeño?

DON ABEL. Parece que ha amanecido mejor. La noche ha sido buena. Luego vendrá la muchacha a decirme cómo lo encuentra el médico.

DON MAURICIO. Oye una cosa. *Don Abel se le acerca.* Mira el borradorcillo que he hecho para contestar a la Dirección. *Le da unas cuartillas.* A ver qué te parece.

Don Abel lee para sí. Don Mauricio en tanto lo contempla con el resplandor del esperado triunfo en la fisonomía.

Llega Manolo.

MANOLO. Buenos días, señores.

DON MAURICIO. Hola, Manolo.

CABRA. Buenos días.

MANOLO. Y frescos.

Deja gabán y sombrero en la percha correspondiente, y antes de sentarse en su sitio, que es uno de los pupitres del centro de la escena, se acerca a la estufa para calentarse. Es un muchacho simpático y listo. El gabán que lleva es de entretiempo y el traje de verano. Como se ve, tampoco nada en la abundancia. Para trabajar en la oficina se quita los puños y trueca la americana de la calle por otra remendada y llena de tinta que guarda en su pupitre.

CABRA. Ahí tienes el parte.

MANOLO. Ahora voy.

DON MAURICIO. *A don Abel, así que acaba la lectura.* ¿Qué tal?

DON ABEL. De lo más bonito que has hecho, Mauricio.

DON MAURICIO. ¿Eh?

DON ABEL. Pero fuerte.

DON MAURICIO. Eso quiero: darle en la tetilla. Y ya habrás visto que le tapo todos los callejones. Que me sale por peteneras: ley de 15 de abril del 94; que esto, que lo otro, que lo de más allá: Real orden de 26 de agosto del 95; que tal y cual y qué sé yo: Real decreto de 14 de mayo del 96; que si fué,

que si vino: instrucción de 12 de setiembre del 97; que patatín, que patatán: circular de 29 de octubre próximo pasado. Y no hay más. Tiene que meterse en el burladero.

Don Abel. Sí, sí: no hay escape. *Se va a su sitio*.

Don Mauricio. Manolo.

Manolo. Mande usted.

Don Mauricio. Ponga usted la minuta de esto.

Manolo. Sí, señor.

Don Mauricio. Y que luego Cabra lo saque en limpio.

Cabra. Está bien.

Llega Barbudo, viejo gruñón de malísimas pulgas. Disfruta un haber de seis mil reales, y toca la trompa en un teatro. Tiene más cejas que bigote. Viene de capa.

Barbudo. ¡Qué atmósfera! ¡Se masca el carbón! ¡No sé cómo pueden ustedes resistirla! ¡Aquí nos vamos a morir todos! Buenos días, señores.

Cabra. Buenos días.

Don Mauricio. ¿Quieren ustedes que abramos la ventana un momento?

Barbudo. ¡Sí, hombre, sí!

Manolo. ¡No, hombre, no! Estos del Norte no tienen nunca frío.

Barbudo. ¡Lo que no quieren es respirar veneno!

Manolo. ¡Ojalá se muera usted mañana! ¡Así puede que ascienda yo!

Barbudo. Sí, sí; no lo verán tus ojos. Tienes oficial quinto para rato. *Después de colgar la capa y el sombrero, siéntase ante el pupitre de frente a Cabra.*

Don Mauricio. *Mirando el reloj* La media ya y faltan cuatro todavía. El mejor día llevo el parte así, y vamos a tener un disgusto. ¿Se sabe de Jiménez?

Don Abel. Continúa malo. Yo estuve ayer a verlo.

Don Mauricio. Pues Toledito y Urrutia me van a oír. Y eso que pierde uno la fuerza moral: luego se presenta a las doce ese *niño gótico* de

Jorgito, que abusa porque tiene el tío alcalde, y ¿quién les dice nada a los otros?

BARBUDO. Aquí hay dos razas: los que toman el sol y los que toman quina en rama. Y ande el movimiento. *A Cabra*. Ya me ha dado usted dos veces con el pie en la espinilla.

CABRA. Ha sido sin querer.

BARBUDO. Es que sin querer también me duele.

Llega Urrutia todo jadeante. Es el hazmerreír del negociado. Viste malamente: usa un hongo muy alto y un gabán color de hoja seca, entallado y con raja hasta la cintura. Es ligeramente tartamudo.

URRUTIA. Fe… fe… felices.

DON MAURICIO. ¡Vamos, hombre! ¡Firme usted el parte en seguida!

URRUTIA. Us… usted perdone, don Mauricio. ¿So… soy el último?

DON MAURICIO. Firme usted el parte y no se meta en más.

URRUTIA. Us… usted perdone.

DON MAURICIO. No hay de qué. ¿Me quiere usted decir qué ha estado usted haciendo?

URRUTIA. Re… re… retratándome.

DON MAURICIO. ¿Cómo?

URRUTIA. De… de cuerpo entero. Pien… pienso hacerme unas postalitas.

DON MAURICIO. Siempre había usted de irse por los cerros de Úbeda. Oiga usted. Ayer, en este oficio, me puso usted fecha de octubre.

URRUTIA. ¿Y qué?

DON MAURICIO. Que estamos en noviembre.

URRUTIA. Pues… pues tiene usted razón. Me… me habré equivocado.

DON MAURICIO. ¿Qué duda cabe?

URRUTIA. Lo… lo rasparé, y si no que da bien, haré otro. Con… con permiso. Don… don Abel, ¿cómo sigue el enfermo?

DON ABEL. Un poco mejor; muchas gracias.

MANOLO. Es verdad; que yo no le he preguntado. ¿Sigue mejor, eh?

DON ABEL. Así parece.

Deja Urrutia sombrero y abrigo en la percha correspondiente, y se acomoda ante su pupitre, de frente al público. También se cambia de americana.

Sale violentamente por la mampara un Prestamista, con el sombrero puesto, una estaca de la que Dios nos libre, y unas intenciones peores que la estaca.

PRESTAMISTA. Buenos días.

DON MAURICIO. Buenos días.

PRESTAMISTA. ¿El señor Toledo?

DON MAURICIO. No está.

PRESTAMISTA. ¿No está?

BARBUDO. Pero ¡cúbrase usted!

PRESTAMISTA. ¿Cómo? *Se quita el sombrero.* Ustedes dispensen. ¿De modo que el señor Toledo no está?

DON MAURICIO. No, señor; no está. Creo que salta a la vista.

MANOLO. Espere usted un poco. *Levanta la tapa de su pupitre y mira hacia dentro en son de burla.* No; no está.

PRESTAMISTA. ¿Eso ha sido un chiste? Pues el señor Toledo me anda buscando, y me anda buscando el señor Toledo, y no digo más sino que va a encontrarme el señor Toledo.

URRUTIA. Us… usted a él ya es más difícil.

PRESTAMISTA. ¿Sí, verdad? Buenos días. *Vase como entró.*

MANOLO. ¡Ladronazo!

URRUTIA. ¡Ju… judío!

BARBUDO. ¡Chupa-sangre!

DON ABEL. Pero ¿quién es ése?

CABRA. Un prestamista.

DON ABEL. ¡Ah! El amigo Toledo trae siempre unas combinaciones y unos enjuagues…

Toledo asoma el rostro apicarado por la puertecilla de escape y da los buenos días en voz baja.

TOLEDO. ¡Señores, buenos días!

DON MAURICIO. ¡Toledo!

TOLEDO. ¡Schsss! ¡Por Dios, don Mauricio, no me riña usted!

DON MAURICIO. Firme el parte al momento, que voy a llevármelo.

TOLEDO. *Obedeciendo sin quitarse la capa y con el sombrero en la mano todavía.* Sí, señor. Usted comprenderá que hay peligros superiores al rayo.

DON MAURICIO. Ya, ya estoy. A trabajar ahora. *Vase con la hoja de asistencia.*

Toledo es joven, madrileño de casta. Se peina entre chulo y señorito. Usa cuello bajo, corbata encarnada y bota con cana de color. Su sitio en el negociado es el de frente a Manolo. Deja capa y sombrero y abre su pupitre mientras le interrogan los demás sobre el pasado lance.

MANOLO. Oye, tú, ¿qué belén es éste?

TOLEDO. ¡Poca cosa! Que le huyo el cuerpo a ese Matatías, porque lo he clavado en cincuenta duros.

Regocijo general.

MANOLO. ¿Sí?

CABRA. ¿Sí?

BARBUDO. ¿A ése?

URRUTIA. ¡Me… me alegro!

DON ABEL. Pues es usted el príncipe de los ingenios, amigo mío. ¿Cómo ha sido la cosa? A ver, a ver…

TOLEDO. Ese es mi secreto. El hecho es que no ve una peseta de los cincuenta duros.

BARBUDO. De las pocas veces que ha tenido usted gracia.

URRUTIA. In… infeliz de mí: le tomé veinte a uno de la calle del Salitre, y ya le llevo entregados más de ochenta.

DON ABEL. ¡Qué atrocidad!

URRUTIA. ¿No… no ve usted que hasta que no le dé la cantidad íntegra me está cobrando intereses?

TOLEDO. Tú tienes la culpa. Por bruto.

URRUTIA. Si… si… si fué cuando la enfermedad de mi madre. No… no digo eso: fi… fi… firmo yo la horca.

DON ABEL. Toledo, ¿me da usted *El Imparcial*?

TOLEDO. Sí, señor.

DON ABEL. Tenga usted *El liberal.*

URRUTIA. ¿Quie… quiere usted *El País?*

DON ABEL. Luego.

Cada uno está sentado en su sitio. Don Abel y Toledo leen los periódicos; Urrutia raspa y enmienda su equivocación, en que vuelve a incurrir; Manolo compone un reloj, y Cabra y Barbudo trabajan. Todos, sin embargo, intervienen en la conversación. Toledo, antes de sentarse, toca dos veces el timbre, que se oye lejos.

TOLEDO. Beberemos agua, ¡qué diablo! Para que pase el susto.

URRUTIA. ¡Mal… maldita sea mi suerte!

MANOLO. ¿Qué le sucede a usted?

URRUTIA. ¡Que… que he raspado octubre y he vuelto a poner octubre! ¿Es *pata* la mía? Se va a quedar esto como una tela de cebolla.

TOLEDO. ¿Tu raspador no tiene sueldo?

URRUTIA. ¡No… no tiene sueldo!

TOLEDO. ¡Pues es quien más trabaja en el negociado!

Risas.

DON ABEL. Amigo Barbudo: ayer, a su novillerito de usted le echaron un bicho al corral.

TOLEDO. También se los echaban a Lagartijo, amigo Secano.

MANOLO. ¡Ande usted con ésa, don Abel!

URRUTIA. Es… es que en Madrid no se sabe ver toros. ¿Verdad, Barbudo?

BARBUDO. No, señor; no se sabe.

TOLEDO. Para ver toros hay que ir a su pueblo de usted ¡Creo que los lidian en la sala de sesiones del Ayuntamiento!

CABRA. ¡Ja, ja, ja!

URRUTIA. Hom… hombre: crisis.

Gran alarma.

BARBUDO. ¿Crisis?

CABRA. ¿Crisis?

MANOLO. ¿Cómo crisis?

URRUTIA. En… en Portugal.

CABRA. ¡Ah, vamos!

MANOLO. ¡Nos ha asustado usted!

Viene Lucas con dos vasos de agua en una bandeja.

LUCAS. Agua, señores.

TOLEDO. Déme usted. Lucas.

DON ABEL. Déme usted a mí también.

Beben ambos.

LUCAS. ¿Quiere algún señor más?

DON ABEL. Gracias.

LUCAS. Servir a ustedes. *Vase.*

MANOLO. Cómo se conoce que este Lucas ha sido de la Guardia civil. Siempre está cuadrado.

BARBUDO. Ya lo malearán los otros bigardones.

TOLEDO. *Levantándose.* ¡Ah, señor Barbudo, ahora que me acuerdo! Ya decía yo que había entre nosotros una cuentecita pendiente. Anoche, en casa de Moran, estuve cenando con varias amigas y dos o tres ilustres *concurdáneos;* uno de ellos, este chico que escribe de teatros… este… Calpena.

DON ABEL. ¿Es usted amigo de Calpena?

TOLEDO. Unas miajas. Coincidimos en gustos: Blázquez o N. P. U. Bueno, pues se me ocurrió preguntarle sobre la discusión que ayer tuvimos, señor de Barbudo, y me aseguró que se puede decir o muy gordo o gordísimo; pero que *muy gordísimo,* como usted sostenía…

BARBUDO. ¡Y sostengo!

TOLEDO. Es un disparate de a folio, impropio de toda persona que ande en dos pies, aunque usted lo haya oído en el Congreso.

DON ABEL. ¡Claro! Escuche usted: un ministro, que ya es académico de la lengua, dice *a por* y dice *riyéndose.* Me consta.

TOLEDO. Lo creo.

CABRA. Pues un gobernador de provincia, protector mío, que en paz descanse, a las *cocretas* las llamaba croquetas.

DON ABEL. Y las llamaba bien.

CABRA. ¿Bien? Pero ¿no son *cocretas?*

DON ABEL. No, señor.

CABRA. Pues es un error en que llevo cincuenta años.

URRUTIA. Y… y mi portera con usted.

Risas.

DON ABEL. Bueno, señores, vamos a trabajar, que luego don Mauricio me dice a mí que si no puede dejarme solo, que si yo alboroto el cotarro, etcétera, etcétera.

TOLEDO. Vamos a trabajar.

BARBUDO. ¡Ya era hora!

Todos obedecen a don Abel, a excepción de Urrutia, el cual levanta y sujeta con un cuadradillo la tapa de su pupitre, y se oculta tras ella de modo que nadie puede ver lo que hace. Hay un breve silencio. A poco, hacia la derecha, principia a oírse un número popular de zarzuela tocado al violín por un músico callejero.

URRUTIA. *Detrás de su tapadera.* A… ahí viene el ciego.

MANOLO. Pobre hombre: a las dos de la noche está todavía rascando el violín por esas calles.

TOLEDO. Anoche lo vi yo a última hora tocando los *couplets* de *Las enaguas*.

DON ABEL. ¡Oh! ¡No puedo ya con *Las enaguas!* ¿Va gente a ver eso, Barbudo?

BARBUDO. Pican, pican.

DON ABEL. Yo lo sentiría por usted, que toca la trompa en la orquesta y se gana un sueldo honradamente; pero me alegraría de que cerraran ese teatrucho.

BARBUDO. ¡Hombre!

DON ABEL. A mí déme usted arte: a mí no me dé usted pantorrillas.

TOLEDO. Opino todo lo contrario.

El ciego ha ido aproximándose; luego pasa cerca de la ventana, y al fin se aleja. En cuanto lo que toca llega a ser bien perceptible, primero uno de los empleados, en seguida dos, después todos ellos, tararean o silban a compás. Toledo, en algunos momentos, hace de director de orquesta, usando por batuta un cuadradillo.

En el instante en que es más vivo el entusiasmo, preséntase don Jesús por la puerta del foro. Don Jesús es un viejo jubilado, recortadito y pulcro. Lo reciben con mucho afecto.

DON JESÚS. ¡Buenos días, señores! ¡Este es el negociado de la alegría! ¡Je!

DON ABEL. ¡Don Jesús! ¡Dios le guarde!

CABRA. ¡Querido Jesús!

URRUTIA. ¡Ho… hola, don Jesús!

MANOLO. ¿Qué tal, don Jesús?

DON JESÚS. ¿Estábamos de concierto, eh? ¡Cómo se conoce que anda por ahí Mauricio!

TOLEDO. ¡Hay que alegrar la vida, don Jesús!

DON ABEL. ¡Nos tenía usted olvidados!

DON JESÚS. La lluvia, hijo, la lluvia. Ya sabéis que cuando hace sol, vengo a la oficina como si estuviera en activo. No puedo remediarlo: me veo en la calle y se me vienen los pies para acá.

DON ABEL. Por aquello de que

> *siempre, aunque sea una cárcel,*
> *hay un rincón olvidado…*

¿No es cierto, don Jesús?

DON JESÚS. Muy cierto, muy cierto… *Acercándose a don Abel.* ¿Qué hay, amigo Secano?

DON ABEL. Lo de siempre: dejándonos aquí la vida, día por día. ¡Estoy más harto de estas cuatro paredes!…

DON JESÚS. Hombre, pues tú no te puedes quejar: llevas una carrera muy bonita…

DON ABEL. ¡Ay, don Jesús! El mundo es muy grande, muy vario… Hay en él muchas veredas por surcar.

DON JESÚS. Chico, no te entiendo.

Vuelve a salir Lucas.

LUCAS. Señor Toledo: aquí le buscan.

TOLEDO. *Levantándose y escondiéndose aprisa tras de su capa.* ¡No estoy! ¡Diga usted que no estoy!

Manolo y Urrutia contribuyen en seguida al engaño, suponiendo que es el prestamista otra vez.

MANOLO. *Alzando la voz.* ¡El señor Toledo no ha venido! ¡No está en Madrid!

URRUTIA. ¡Es… está en Marruecos!

DON ABEL. ¿Quién pregunta por él?

LUCAS. No conozco… Es una señora muy guapa, de mantón.

TOLEDO. *Saliendo a escape del escondite.* ¡Pero, hombre, haberlo dicho! ¡Si es una peinadora que me protege! *Vase por la mampara corriendo.*

Todos se ríen del lance.

LUCAS. Señor, yo no sabía… *Se va también.*

DON JESÚS. Es mucho peine este Toledito… Oye, Abel, ¿y tu gente?

DON ABEL. A Ricardín lo tengo algo malucho. Los demás están buenos.

DON JESÚS. Irenita se ha puesto monísima. El otro día me la encontré. Iba con tu cuñada. Es un pimpollo de criatura.

DON ABEL. Dios me dé fuerzas para verlos en camino a todos. Y son siete, querido don Jesús.

DON JESÚS. Ya, ya sé que son siete. Pero tú verás cómo los sacas adelante. *Acercándose a Urrutia, el cual se levanta* ¿Qué hay, pollo?

URRUTIA. Us… usted dirá, don Jesús.

DON JESÚS. Siéntate, hombre. ¿Y tu madre?

URRUTIA. Tan… tan buena, fastidiada con su reuma.

DON JESÚS. ¿Y tu padre?

URRUTIA. Tan… tan bueno: fastidiado con su hígado.

DON JESÚS. Hace un siglo que no los veo.

MANOLO. Don Jesús: ¿se le volvió a parar a usted el reloj?

DON JESÚS. *Acercándosele.* No, hijo mío: desde que tú me lo compusiste…

MANOLO. Diga usted: ¿es cierto que va usted a instalar en su casa la luz eléctrica?

DON JESÚS. Hombre, no sé: eso quiere Gertrudis. Ya veremos.

MANOLO. Pues no se comprometa usted con nadie.

DON JESÚS. ¿También electricista?

MANOLO. También. Hay que agarrarse a todo: tengo ya dos chicos. Quedará usted satisfecho, don Jesús. Es más: le enseñaré a usted una trampa para que no corra mucho el contador.

DON JESÚS. ¡Je! Lo que tú no discurras… Y ahora ¿qué te haces, Manolillo?

MANOLO. Pues aparte esas menudencias que suelen salirme, cuando acabo aquí en la oficina me voy a casa de Rodríguez Rincón, donde llevo el

correo; allí estoy hasta las seis o las siete, según el número de cartas; luego, al Real —ya sabe usted que soy acomodador de las plateas…

DON JESÚS. Sí: eso es de mis tiempos. ¿Y a casita después?

MANOLO. ¿A casita? ¡A la buñolería!

DON JESÚS. ¿A qué buñolería?

MANOLO. A una que he abierto a medias con un francés en la calle del Mesón de Paredes.

DON JESÚS. Ya.

MANOLO. Mi socio ha puesto el dinero y yo la inteligencia. Y hay que estar encima. Porque no es posible fiarse de nadie. Ni siquiera del socio.

DON JESÚS. Chico, chico…

MANOLO. Al amanecer me retiro a casa, y trabajo un poco en marquetería, compongo relojes, ilumino algún retratillo… Lo que cae.

DON JESÚS. Pero, muchacho, y ¿cuándo duermes?

MANOLO. Los domingos.

DON JESÚS. ¡Je! *Volviéndose a don Abel un momento.* Escúchame, Abel: ¿contestaron de la Administración de Huelva, o hubo necesidad de conminarles con multa?

DON ABEL. No, no; contestaron.

DON JESÚS. ¿En la forma que yo indicaba?

DON ABEL. Sí, señor.

DON JESÚS. ¡Claro! ¡Si aquello era de sentido común! *Acercándose a la otra mesa.* ¿Qué hay, señor Barbudo?

BARBUDO. ¿Qué ha de haber? ¡Rabiando!

DON JESÚS. ¿Y la señora?

BARBUDO. ¡Calcule usted: rabiando!

DON JESÚS. ¡Vaya por Dios! Tú, amigo Cabra, siempre dando ejemplo de laboriosidad.

CABRA. ¡Psché!… ¡qué remedio!

DON JESÚS. Ya supe que se murió tu cuñada Pepa.

Cabra. La pobrecita descansó. Lo que no sabes es que toda la familia está conmigo.

Don Jesús. ¿Sí, eh?

Cabra. Una de esas gangas que a mí me caen… No es que yo me queje, pero hazte cargo: añade cuatro bocas más a las doce que ya tenía, y dime si con cuatro mil reales es posible vivir. ¡Catorce nos sentamos a la mesa!

Don Jesús. ¿Catorce?

Cabra. ¡Catorce! Nos levantamos en seguida, ¿eh?, pero nos sentamos catorce.

Don Jesús. ¿Tu hijo mayor te ayuda?

Cabra. Me entrega lo que gana el pobrecillo: una miseria que le dan en Ferrocarriles. El segundo quiere ser actor: me trae frito.

Don Jesús. ¿Y Leopoldín?

Cabra. A ése lo tengo en una imprenta, y a Salvador en un comercio. Me los exprimen como limones y les dan dos reales los sábados, pero siquiera aprenden a trabajar.

Don Jesús. ¿Y Asunción?

Cabra. Asunción se casa en febrero.

Don Jesús. Que sea enhorabuena. ¿Con quién?

Cabra. Con un sacristán. Lo primero que ha salido; no íbamos a escoger… Parece buen muchacho; la quiere…

Don Jesús. Bueno, hombre, bueno… Está bien, está bien… Voy a saludar a los de aquí junto.

Manolo. Vaya usted con Dios, don Jesús.

Vuelve Toledo.

Toledo. Don Jesús, vaya usted con Dios. Siempre ha habido pobres y ricos.

Don Jesús. Adiós, buena pieza… Si como eres listo quisieras trabajar…

Toledo. Es que si quisiera trabajar ya no sería listo.

Don Jesús. ¡Je! Quedaos con Dios. Hasta otro diíta.

DON ABEL. Adiós, don Jesús.

URRUTIA. Va… vaya usted con Dios.

TOLEDO. Déjese usted ver de cuando en cuando.

MANOLO. No me eche usted en olvido, don Jesús.

DON JESÚS. Quedaos con Dios, quedaos con Dios… *Se va por la puertecilla de escape.*

TOLEDO. Pues, señor, ¡vaya un día! Después de la buena vista de mi peinadora, se me ocurre entrar en el negociado de Bermúdez, estaban tallando al monte y he ganado cuarenta céntimos.

MANOLO. Eres el niño de la suerte.

Vuelve don Mauricio con unos papeles en la mano.

DON MAURICIO. Hoy viene el jefe con los pantaloncitos de montar. *A don Abel.* Chico, a Marchena lo ha puesto verde.

DON ABEL. ¿Sí, eh? Pues quiera Dios que no me llame a mí, porque traigo los nervios de punta.

DON MAURICIO. Urrutia, ¿qué hace usted?

URRUTIA. *Asomando la cabeza por encima de la tapa del pupitre.* Pi… pi… pitillos.

DON MAURICIO. No es ocasión de hacer pitillos. ¿Enmendó usted aquel oficio?

URRUTIA. Sí, señor; tome usted.

DON MAURICIO. *Indignado al ver lo tosco y sucio de la raspadura.* ¡Hombre, por Dios! ¿Usted cree que esto se le puede presentar al jefe? ¡Ni que raspase usted con un cuchillo de cocina! Cabra, copie usted esto en limpio.

CABRA. En seguida.

URRUTIA. Pue… puedo copiarlo yo, don Mauricio.

DON MAURICIO. No hace falta. Usted sume estas cantidades y ponga en un papel aparte el total que arrojen Manolo, déme usted mis cuartillas, que el jefe las quiere leer. Probablemente no servirá una letra; pero quien manda,

manda. ¡Ah! y todos en su sitio, que me temo que le dé hoy la ventolera de visitar los negociados. *Se va de estampía.*

TOLEDO. ¡Cómo me molestan las lumbreras de la Administración!

URRUTIA. Y… y a este cura.

DON ABEL. A mí me molestan la Administración y las lumbreras.

BARBUDO. Milagro será que no nos haga venir esta noche.

MANOLO. Sí; porque empieza a torcerse el día.

TOLEDO. Lo que será milagro es que nos escapemos sin aquello de… *Imitando a don Mauricio, pasea y dicta en tono campanudo.* Manolo, coja usted cuartillas y escriba. *Los demás se ríen.* Bases… para la organización y reforma de la Hacienda pública, coma… del Ejército, coma…

Aumentan las risas.

DON ABEL. Señores, señores, que no está ni medio regular burlarse así de nuestro jefe… a espaldas suyas.

URRUTIA. Y… y ¿cómo vamos a burlarnos cuando esté delante, don Abel?

TOLEDO. ¡Claro!

CABRA. ¿Tiene usted papel de membrete, Urrutia?

URRUTIA. Ten… tengo un pliego; pero está manchado de queso.

MANOLO. Yo tengo limpio. Tome usted.

Sale con un servicio el Mozo de café por la puertecilla de escape, y lo deja sobre la mesa de Manolo.

MOZO. Buenos días.

TOLEDO. Hola, Sebastián.

MANOLO. ¿A quién le toca hoy?

MOZO. Al señor Urrutia.

URRUTIA. Pues apún… púntalo.

MOZO. Está bien. Hasta luego. Se *va por la mampara.*

Suena el timbre correspondiente a la mesa de don Abel.

DON ABEL. ¡Hombre, qué gracia! ¿Qué tripa se le habrá roto a ese don Finchado, que tenga yo que componer? *Se levanta de mala gana.* Vamos a

ver a su excelencia ¡Como si nosotros tuviéramos la culpa de que él se haya casado con una señora que lo trae de cabeza! *Vase.*

MANOLO. Caballeros, ¿ustedes han visto cómo está cambiando este don Abel?

BARBUDO. De eso justamente iba a hablar yo Hace una temporada que es otro hombre. ¿Qué diablos le pasa?

URRUTIA. A… anoche, serían las doce y media, lo vi yo por la calle del Colmillo discutiendo solo.

TOLEDO. Pues el domingo por la tarde —miento, el lunes— estaba en un cafetín de la calle de Toledo con tres o cuatro tipos que si no eran cómicos andaban muy cerca.

MANOLO. ¿Cómicos?

TOLEDO. Así parecían. ¡Vaya usted a saber en qué andará metido!

Se presenta de nuevo Lucas.

LUCAS. ¿El señor Secano?

CABRA. Está con el jefe.

TOLEDO. ¿Quién lo busca?

LUCAS. La doncella que tiene ahora esa que vino el otro día.

TOLEDO. ¡Ah! ¡Esa tan guapa!

MANOLO. ¡Qué pase!

TOLEDO. Hombre, sí; dígale usted que pase; que don Abel ha de tardar un rato.

LUCAS. Perfectamente. *Se va.*

CABRA. ¿No se incomodará, señores?

TOLEDO. ¿Por qué?

MANOLO. La chica es preciosa.

URRUTIA. Y… y muy distinguidita, ¿verdad?

TOLEDO. Eso es lo mejor: sus pretensiones de persona fina.

MANOLO. Digo yo: ¿si todo lo que tendrá don Abel será que ha perdido el seso por la doncellita?

TOLEDO. No: me parece que no.

Lucas abre la mampara y deja pasar a Fidela.

LUCAS. Aquí. Pase usted.

Aparece Fidela, en actitud entre resuelta y comedida, que ella cree de suprema distinción. Es una muchacha de pueblo, que por azares de su vida se encuentra en Madrid, dedicada al servicio doméstico. Viste con arreglo a su posición actual, pero con ciertos detalles que quieren ser de señorío.

FIDELA. Con permiso. Muy buenos días. ¡Ay, todos son hombres!

MANOLO. Buenos días.

URRUTIA. Bue… buenos días.

FIDELA. ¿Cómo están ustedes? ¿Están ustedes buenos?

MANOLO. Bien, ¿y usted?

FIDELA. Yo, bien; muchas gracias. ¿Sus familias de ustedes están bien?

TOLEDO. Bien; muchas gracias.

URRUTIA. ¿Y… y la de usted?

FIDELA. Una servidora no tiene familia; pero muchas gracias.

TOLEDO. Siéntese usted aquí. *Le ofrece una silla junto a la estufa.*

FIDELA. Ahí, no; muchas gracias. Con permiso de usted, me arrebata demasiado el calor.

TOLEDO. *Trasladando la silla junto a la mesa de Secano*, Pues aquí, entonces.

FIDELA. Ahí, tendré muchísimo gusto. Muchas gracias. *Se sienta.*

TOLEDO. ¿Hace frío en la calle?

FIDELA. Sí, señor; muchas gracias.

Pausa. Todos la miran y ella alardea de que no siente turbación.

TOLEDO. En seguida vendrá don Abel. Lo ha llamado el jefe a su despacho.

FIDELA. Una servidora no tiene prisa mayormente. ¡Ay, mayormente!… Esto no lo dicen más que las personas de cierta clase. Todo se pega menos lo bonito.

Manolo ha repartido el café en tres vasos. Le lleva uno a Urrutia, él se queda con otro, y el otro lo deja en el pupitre de Toledo.

TOLEDO. Puede usted expresarse con libertad. Aquí no nos asustamos de nada.

MANOLO. Y que diga usted lo que diga, sus modales y sus palabras dicen bien claro que no es usted lo que parece.

FIDELA. ¡Ay, no, señor; no soy lo que parezco!

URRUTIA. Ya… ya se ve que es usted una persona muy distinguida.

FIDELA. Muy distinguida, sí, señor. ¿Para qué voy yo a negar lo que salta a la vista? *Suspirando.* ¡Ay!… Los azares del mundo me han hecho descender unos cuantos peldaños en la sociedad… Por eso digo que no tengo familia; pero la tengo… y muy honrada… Si yo les declarase a ustedes el nombre de mi señor padre, tal vez se asustarían.

URRUTIA. ¿Ra… Ravachol?

FIDELA. Dispénseme usted que lo oculte.

TOLEDO. ¡Sí, señora! ¡Pues no faltaba más! *Bajo a Manolo, al ir por su vaso.* (¡Es una doncella de abrigo!) ¿Quiere usted un sorbo de café?

FIDELA. ¡Ay, muchas gracias!

TOLEDO. ¿De veras?

FIDELA. Muchas gracias.

URRUTIA. ¿La… la irrita a usted?

TOLEDO. ¿Es que no la gusta?

FIDELA. Sí, señor; sí que me gusta. He tomado mucho café en este mundo. Pero de otro modo.

URRUTIA. ¿En… en grano?

TOLEDO. ¿Quieres callarte, estúpido?

FIDELA. Ese caballero se burla. No hay como bajar unos peldaños en la sociedad para ser la diversión de la gente.

URRUTIA. No… no me burlo. Ha sido una broma, señorita.

FIDELA. Señorita, bien dicho está: señorita. Empleada hoy día por mi desgracia en bajos menesteres, pero muy señorita. ¡Ay si mi familia ganara

un pleito que tiene en Portugal sobre unos títulos de nobleza! No lo ganará, porque cuando viene la mala todos son reveses. Pero sin *arremontarme* tanto: si usted supiera quién fué el padrino de boda de mi hermano el fraile… *Risas.* De mi hermano el fraile, no es equivocación. Casó muy bien, enviudó el pobrecito, y de pena se metió en un convento.

URRUTIA. Co… como don Álvaro.

TOLEDO. Hombre, don Álvaro no enviudó.

MANOLO. ¡Ni se casó siquiera!

URRUTIA. Pe… pero se encerró en un convento, que es lo que yo digo.

FIDELA. ¡Ay!

MANOLO. Y ¿está usted a gusto en casa de don Abel?

FIDELA. Contenta estoy porque todos allí son muy cariñosos conmigo; pero derramo lágrimas interiores, porque quien ha sido y no es… usted calcule. Con todo, bendigo a Dios que me los puso en mi camino por una dichosa casualidad.

TOLEDO. ¿Luego usted no tenía relaciones anteriores con ellos? Fidela. No, señor. Yo, hace ya algunos meses, venía en el tren sola con mis penas, huyendo de una ciudad de cuyo nombre no quiero acordarme, como dicen en el *Don Quijote* —ya ven ustedes cómo tengo mi poquito de ilustración—. Y, lo que pasa en las *limas* férreas, en la segunda estación del *trayeto* se subió en mi coche una señora. Yo no podía contener los sollozos, y la señora, a poco de oírme, se interesó por mí y me preguntó lo que me pasaba. Le *rilen* mi historia y me tuvo mucha piedad. ¡Mi historia es muy triste, señores míos, muy triste! Si supieran ustedes quién fué mi padrino de confirmación, comprenderían lo bajo que ha caído esta desgraciada. La señora aquélla era la hermana política de don Abel —cuñada, que se dice ordinariamente—, y como se enteró de mis intenciones y la conmoví tanto con mis lágrimas, me ofreció su casa desde luego y me llevó a ella, porque vió el peligro que en un Madrid corría una joven tan decentita como yo y tan bien dotada por la naturaleza, aunque esté mal que yo lo diga.

BARBUDO. *Dando un puñetazo en la mesa.* (¡Ya me ha equivocado tres veces!)

FIDELA. En fin, señores míos, qué cosa no será mi historia, cuando un señor de tanto talento como el señor Secano ha compuesto un drama con ella.

El empleado que menos abre un palmo de boca al escuchar tal revelación.

TOLEDO. ¿Eh?

MANOLO. ¿Cómo?

URRUTIA. ¿Un… un drama?

FIDELA. Un drama, sí. Pero ¿ustedes no lo sabían?

TOLEDO. ¡Ya lo creo! ¡Si nos lo ha leído! *Les guiña a los demás.* Se titula…

FIDELA. *La paloma herida.*

TOLEDO. *La paloma herida;* eso es. Lo que no sabíamos nosotros era que usted fuese la heroína de ese drama.

FIDELA. La heroína, justo: la heroína. Sí, señor; pues yo soy.

TOLEDO. ¡Vaya por Dios! ¿Tan desgraciada es usted como aquella… no recuerdo el nombre… como aquella…?

FIDELA. Alfonsa.

TOLEDO. Alfonsa: cabalmente.

FIDELA. No ha querido ponerle Fidela, nuces mi gracia, por no echar un borrón sobre mi familia. En el primer *ato* y en el segundo *ato,* pasa todo de la misma manera que me ha pasado a mí. En el tercer *ato* ya varía un poquito.

MANOLO. ¿Y eso?

FIDELA. Pues usted imagine: varía en que Alfonsa muere del pecho… y yo… en buena hora lo diga… me parece que… Don Abel no quería matarme; pero dice que luego los críticos, si no muere alguien en la obra, salen con que no es drama…

TOLEDO. Ya.

FIDELA. Y él quería que lo fuese.

URRUTIA. Y… y lo probable es que lo sea.

MANOLO. Sobre todo, si llega a representarse.

FIDELA. En eso anda. Aquí le traigo yo una gran noticia: una carta de un señor que tiene mucha mano con los cómicos, que lo cita mañana en su casa para que le lea el drama a un primer *ator,* a ver si lo quiere echar en su teatro. Yo me alegraré mucho de que lo eche.

TOLEDO. ¡Ah! pues lo echará, lo echará… ¡En cuanto que lo oiga!

MANOLO. Si no echa el drama, echa a don Abel…

FIDELA. ¿Cómo?

TOLEDO. *Por don Abel, que vuelve.* Aquí está nuestro hombre.

Llega, en efecto, don Abel.

DON ABEL. Hola, Fidelita. A ver, qué carta es ésa…

FIDELA. Tome, señor. La que usted esperaba.

DON ABEL. ¿Sí? *Loco de júbilo lee la carta repetidas veces.*

FIDELA. La señorita Irene se atrevió a abrirla, porque conoció la letra del sobre, y nos la leyó a todos. Figúrese usted qué alegría. Por eso me mandó al instante con ella.

DON ABEL. Ya, ya. ¿Y el chico?

FIDELA. Mejor está. La fiebre ha *rimitido.*

DON ABEL. Pues vete allá y diles que me quedo saltando de gozo, y que hoy me marcharé más temprano.

FIDELA. Bueno, señor.

DON ABEL. ¡Ah! mira. Ten ahí. *Dándole dinero.* Compra unos pasteles.

FIDELA. ¿De *clema*?

DON ABEL. De todos.

FIDELA. Hasta luego, señor.

DON ABEL. Adiós, Fidela. *Relee la carta radiante de alegría.*

FIDELA. *A los empleados.* ¿Mandan ustedes algo a una servidora?

TOLEDO. Gracias.

MANOLO. Muchas gracias.

FIDELA. Pues con su permiso… Yo he tenido mucho gusto en conocerlos… *Se encamina hacia la puerta de la izquierda.*

TOLEDO. Por ahí no…

FIDELA. ¡Ay, me Había confundido! Es la primera vez que entro en este local… A cualquiera le pasa… No es por falta de trato… Servidora de ustedes… *Encamínase a la ventana.*

TOLEDO. Por ahí tampoco, ésa es la ventana.

FIDELA. Ya, ya lo veo. Es que iba a mirar si llovía… No es por falta de trato…

URRUTIA. *Abriéndole la mampara.* Pa… pase usted.

FIDELA. Muchas gracias. Servidora de ustedes… *Saludando dando a don Mauricio, que llega a tiempo y la deja pasar.* Beso a usted la mano.

DON MAURICIO. Adiós.

DON ABEL. *Frotándose las manos gozoso.* ¡Bien, hombre, bien! ¡Perfectamente bien!

TOLEDO. ¡Vaya una doncellita que gasta usted para andar por casa!

DON ABEL. Guapa chica es, en efecto.

DON MAURICIO. ¿Es ésta quizás aquélla de que tú me hablaste?

DON ABEL. La misma.

DON MAURICIO. Sí que tiene buen ver.

DON ABEL. Lo que siento es que un pobre oficial primero como yo, cargado de familia, no puede sostener doncellas de tal fuste.

BARBUDO. *Acercándose a don Mauricio.* Don Mauricio, ¿me permite usted que me llegue un momento al teatro?

DON MAURICIO. Sí, hombre, sí.

BARBUDO. Muchas gracias.

TOLEDO. ¿Va usted a seguir a la doncellita, eh?

BARBUDO. Ni más ni menos. Muérase usted de envidia. *Se pone el sombrero y la capa, y se va en medio de las risas de todos.*

Don Abel no se puede estar quieto. La satisfacción no lo deja. Así, pues, mientras trabajan los demás, él pasea hablando de lo suyo.

DON ABEL. Fidelita, Fidelita… Ha impresionado Fidelita… Ustedes, los jóvenes, claro es, se fijan más en el rostro hechicero, en los labios de grana, en el seno turgente… ¿eh? Pero créanme a mí: Fidela, con ser tan hermosa, es mujer, más que para vista por fuera, para vista por dentro.

TOLEDO. Eso no lo niego yo, don Abel.

DON ABEL. Sin mostaza. Su historia, que ya les he contado a ustedes a grandes rasgos, es interesantísima de veras.

¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!

DON MAURICIO. ¿Nos la vas a contar otra vez?

DON ABEL. *Sin atenderlo.* Es la historia hermosamente vulgar y sencilla de la mujer que cae por amor. *En sus ojos reluce la llamarada siniestra que se ha mencionado al principio*. Un hombre le miente al oído palabras engañosas: el niño ciego acecha entre flores: no pidamos a la carne humana en la tierra resistencia de roca en la playa.

DON MAURICIO. Pero, Abel, ¿qué dices?

TOLEDO. *A Manolo.* Me da el corazón que está *probando* una escenita.

DON ABEL. Y yo pregunto… *Don Mauricio lo mira asombrado por cima de los lentes.* Y pregunto yo: ¿qué sociedad es ésta que tiene vítores y aplausos para el ladrón de honras? ¿eh?, y no más que desdén y lodo para la víctima ¿eh? ¿eh?

MANOLO. Eso se pone en un drama y lo aplauden.

DON ABEL. ¿Lo aplauden, verdad? ¿Qué mundo es éste en que vivimos, tan mezquino, tan miserable, tan pequeño…?

DON MAURICIO. *Interrumpiéndolo en el mismo tono, al oír el timbre correspondiente a la mesa de don Abel.* ¿En que a lo mejor te llama el jefe y tienes que ir a su despacho?

Risas aduladoras de los subordinados.

DON ABEL. *Un poco corrido.* Pero ¿es a mí?

Vuelve a sonar el timbre.

DON MAURICIO. A ti; no lo dudes. Ya lo estás oyendo.

Don Abel. *Contrariado.* Nuestro dignísimo superior jerárquico, sobre ser imbécil, es inoportuno.

Don Mauricio. Paso, paso, querido Abel: sabes que no me gusta que se trate así a quien debe merecer nuestro respeto.

Don Abel. Pues son dos trabajos, si bien lo miras: es el uno, que no te guste, y es el otro, que tienes que aguantarte. *Al timbre, que vuelve a sonar*. ¡Voy, hombre, voy! *Yéndose.* ¡Qué fastidio!

Don Mauricio. Señores, necesito verlo para creerlo. Este Secano era trabajador, incansable, obediente, respetuoso; y de algún tiempo acá, yo no sé qué mala hierba habrá pisado, que se nos ha vuelto del revés: gandul, charlatán, alborotador, levantisco… Por las barbas de mi abuelo, que no sé, no sé…

Toledo. *Con júbilo* ¡Nosotros, sí!

Don Mauricio. ¿Cómo?

Manolo. *Lo mismo.* ¡Hace diez minutos hemos descubierto la clave!

Don Mauricio. ¿De veras? Pues ¿qué hay?

Toledo. Hay, que don Abel ha escrito un drama con el argumento de la chica; es decir, que de la historia de Fidela ha sacado el argumento para un drama, y ese drama es el que le ha hecho perder la chaveta.

Don Mauricio. ¿Qué me cuenta usted?

Toledo. ¡Lo que nos ha contado la muchacha!

Don Mauricio. Pero ¡si hace taita estar loco!

Manolo. ¡Pues lo estará!

Don Mauricio. ¡Cristo, qué desgracia!

Cabra. Tremenda, don Mauricio; tremenda… Y cuenta que una cosa así le sucedió a mi hermano Baldomero, que en paz descanse.

Don Mauricio. ¡Pobre Abel! ¡Pobre amigo mío! *Manolo y Toledo se ríen.* No, no; no es caso de risa.

Toledo. Pues ¿de qué ha de ser, don Mauricio?

Don Mauricio. De lástima; créanme ustedes. Conozco ejemplos estupendos. El *bacillus* del autor es más temible que el del cólera morbo. El

hombre que escribe un drama sin deber escribirlo, ya no tiene una hora feliz. Y siéntense ustedes, no venga y nos coja murmurando de él. *Reparando en el pupitre de Urrutia, que tiene la tapa levantada y a Urrutia detrás.* Urrutia, ¿usted qué hace?

URRUTIA. *Asomando la cabeza como la otra vez.* Li… limándome una uña.

DON MAURICIO. Pues esa operación la deja usted para su casa. ¿Sumó usted las cantidades que le di?

URRUTIA. *Yendo con los papeles a la mesa del jefe.* Sí… sí, señor; aquí está el resultado.

DON MAURICIO. ¿Qué saca usted?

URRUTIA. Vein… veintisiete mil quinientas cuarenta y cinco pesetas… con quin… con quin… con quince céntimos.

DON MAURICIO. ¿Ve usted, hombre? ¡Luego dice usted que le tengo ojeriza! ¿Cómo han de dar estas cifras un total de veintisiete mil pesetas, si una sola de las partidas es de cuarenta mil?

URRUTIA. Me… me… me habré equivocado.

DON MAURICIO. *Mirándolo con indignación.* ¡Naturalmente! Cabra.

CABRA. Señor.

DON MAURICIO. Haga el favor de sumar esto.

CABRA. En seguida.

Suenan sucesivamente y a diversas distancias varios timbres. Uno de ellos es el correspondiente a don Mauricio.

DON MAURICIO. *Levantándose.* ¡Bueno va! Tenemos reunión magna. *A don Abel, que llega cuando él va a marcharse.* ¿Qué sucede, chico?

DON ABEL. Nada, hombre, nada: que las contrariedades domésticas de ese don Botijo las hemos de pagar aquí.

DON MAURICIO. Mira, Abel, no olvides lo que te dije antes.

DON ABEL. ¡Pues no olvides tú tampoco lo que te repliqué!

Se va don Mauricio.

Don Abel. *Barajando en la mesa papeles y libros y tomando notas en una cuartilla.* ¡Ganas de pedir datos ridículos para darse tono!… ¡Mentecato!… *Suena el timbre correspondiente a él.* Aguarda un poco, vida mía. ¿En dónde tendré yo esos papeles? *Vuelve a sonar el timbre.* Aguarda un poco, digo, hijo del alma; que es más fácil dar con el dedo en el botón, que dar con estas sandeces que tú quieres. *Tararea cualquier musiquilla.* ¡Jesús, qué caramba! *Suena el timbre de nuevo.* ¿Otra vez? ¡Mira no me cruce de brazos si hurgas mucho!

Cabra. *Inquieto.* ¡Que se juega usted el destino, don Abel!

Don Abel. ¡Y me lo juego a usted al mus, mi querido amigo! *Risas.* ¡Pues, hombre! ¡A fe que estoy yo para templar gaitas!

Llega don Mauricio y se encara seriamente con su amigo.

Don Mauricio. Abel, ¿qué es esto? ¿No has oído el timbre del jefe?

Don Abel. Sí.

Don Mauricio. Y ¿por qué no has ido inmediatamente al despacho?

Don Abel. Porque… tengo reuma en los tobillos; ¿te enteras?

Don Mauricio. Para tener ese reuma es preciso ser accionista del Banco; ¿te enteras tú? Y por la amistad particular que nos profesamos, y por la subordinación que como inferior jerárquico me debes, te suplico que mientras sirvas a mis órdenes no des espectáculos como éste que acabas de dar. Conque ve al despacho del jefe en seguida, y tengamos en paz la fiesta. Si no basta el ruego del amigo, valga el mandato del superior.

Don Abel. *Un tanto amostazado y nervioso.* Mira, mira, Mauricio; no quiero contestarte.

Don Mauricio. Mejores.

Don Abel. Para ti, por lo menos.

Don Mauricio. Y para ti.

Don Abel. Bien está.

Don Mauricio. Pues bien está. Y silencio, ¿eh?

Don Abel. *Con desdén soberano.* ¡Eres un legajo que habla! *Se va de mal temple.*

Don Mauricio. *Paseándose preocupado.* ¡Inaudito! ¡inaudito! Y lo pongo a raya: esto no; esto no. Ni amigo, ni hermano; esto no. Si se ha vuelto loco, que lo encierren. Ante todo, subordinación y respeto.

Cabra. *Que hasta ahora no ha podido respirar.* Amigo Urrutia.

Urrutia. Man… mande usted.

Cabra. ¿Qué total era el que usted sacaba?

Urrutia. Vein… veintisiete mil quinientas cuarenta y cinco pesetas con quin… con quin… con quince céntimos. ¿Y usted, qué saca?

Cabra. Catorce millones, trescientas veintidós mil novecientas ocho pesetas Con quince céntimos.

Urrutia. Es… estaban bien los céntimos.

Don Mauricio. *Prestando atención hacia el foro.* ¿A ver?… ¿Oyen ustedes?

Toledo. ¿Qué pasa?

Óyese lejos un violento altercado entre el jefe superior y don Abel. Todos escuchan.

Don Mauricio. Ya se armó: la que yo me temía.

Manolo. Pero ¡si don Abel está desatado!…

Don Mauricio. Callar.

Siguen escuchando. La tormenta arrecia allá dentro.

Toledo. ¡Buena banderilla!

Don Mauricio. ¡Qué bruto!

Manolo. Va a costarle el destino.

Urrutia. ¡De… demonio de hombre!

Cabra. ¡Ay, ay, ay!… ¡Pobre familia! ¡Pobre don Abel!

Llega Barbudo en plena algarabía.

Barbudo. ¡Parece que hay bronca en el ocho!

Don Mauricio. Pero ¿han visto ustedes qué insensatez? ¡Estoy horrorizado! ¡Estoy perplejo! ¡Ese pobre diablo ha perdido el sentido común!

Manolo. Aquí viene, aquí viene…

DON MAURICIO. Pues ahora me va a escuchar a mí. Señores, cada cual a su puesto.

Obedecen todos, en expectativa de una escena sabrosa. Don Mauricio también se va a su sitio.

Vuelve don Abel. Viene el hombre fuera de sí: lívido, descompuesto, temblón, el cabello en desorden, los ojos chispeantes.

DON ABEL. ¡Pues, hombre!… ¡pues, vaya!… ¿Es que somos una piara de borregos? *Como si tuviera delante al jefe.* ¿Qué se ha figurado usted, señor vacío? ¿Eh? ¡Lo que le he dicho a usted en su despacho se lo repito con ilustraciones en la Puerta del Sol! *Buscando en sus interrogaciones el asentimiento de los compañeros.* ¿Eh? ¿eh? ¡Es usted una calabaza con gabán dé pieles! ¿Eh?

DON MAURICIO. *Levantándose.* ¡Abel: no puedo consentir que sigas por ese derrotero!

DON ABEL. ¡Pues vete, si no quieres oírme! ¡Yo tengo la lengua para hablar, y nada más que para hablar! ¡No es mi camino el de la adulación servil y baja, que dijo Cervantes! ¿Eh? ¿eh? ¿eh?

DON MAURICIO. ¡Daré parte al director general y al ministro!

DON ABEL. ¡Yo me salto al uno y al otro! *Encarándose con la ventana.* ¡Sí, señor ministro! ¡me lo salto a usted, que todo lo que ha hecho en esta oficina es quitarnos al empleado más útil, para traernos a un sobrinito imbécil, que discurre menos que un raspador! ¿Eh? ¡Ministros a mí!… ¡Si nadie ignora que entró vuecencia en el ministerio con un trapo atrás y otro delante, y ya tiene dos fincas en El Escorial y una casa de vacas en los Cuatro Caminos! ¿Eh? ¿eh? ¿Me muerdo yo la lengua? ¿Eh?

DON MAURICIO. *En tono duro, tratando de imponerse.* ¡Basta ya! ¡No quieras que apele a la violencia! ¡Basta ya!

DON ABEL. ¡Basta, sí, basta, porque yo me voy a la calle!

DON MAURICIO. ¡Si te autorizo para ello!

DON ABEL. ¿Si me autorizas tú?… ¡Hombre, no suelto una carcajada volteriana, porque no sabes quién fué Voltaire! *Murmurando palabras incoherentes, saca del cajón de su mesa el cuaderno del drama, y luego coge*

su sombrero y su capa dispuesto a marcharse. ¡Pues tendría salero!… ¡Qué salidita!… ¡Ministros… jerarquías… autorizaciones…! ¡Ja, ja! ¡A mí con ésas!… Sí, sí…

DON MAURICIO. *Yéndose a las buenas, compadecido de su amigo.* Abel: no es el jefe, es el amigo quien te suplica que te quedes; que te tranquilices.

DON ABEL. Déjame, déjame… ¡Si es que me ahogo! ¡si es que necesito aire puro en donde respirar!…

CABRA. Pero aguarde usted un ratito, y ya más sereno…

DON ABEL. ¡Nadie me chiste!

MANOLO. ¿No comprende usted que si sale así…?

DON ABEL. ¡Nadie me conteste! ¡Hay más horizontes que el de esta mísera covachuela! ¡Hay más luz que la que entra por esa ventana! ¡Adiós, compañeros! ¡Quiero, aunque sea un día, gozar del sol de la libertad! *Blandiendo el drama*. ¡En la mano tengo la llave de mi cárcel! ¡No me compadezcáis, porque no soy digno de vuestra compasión, sino de vuestra envidia! ¡Quédese la compasión para vosotros todos; para usted, desdichado Cabra, que tendrá que seguir por los siglos de los siglos comiendo y almorzando obleas! ¡Esto dice el amigo; esto dice el caballero particular! ¡El empleado grita, para que hasta los sordos lo oigan, que se salta al jefe del negociado, y al de la sección, y al director general, y al ministro del ramo, y al presidente del Consejo, y a la Constitución vigente! ¡Abur!

Vase descompuesto en medio del asombro general.

Hay unos momentos de estupor. Los empleados se miran en silencio como ante una cosa nunca vista. Luego rompen a comentar el lance y acaban por charlar todos a la vez.

MANOLO. ¡Qué atrocidad!

CABRA. ¡Pobre don Abel! ¡Cesantía segura!

URRUTIA. Pe… pero ¿han visto ustedes?

TOLEDO. ¡Está más loco que un cencerro!

URRUTIA. ¡A… a mí me da pena, la verdad!

CABRA. ¡Es otro, es otro!

Barbudo. ¡Y tiene más razón que un santo: esto es aparte!

Don Mauricio. *Dando en su mesa un formidable puñetazo, para imponer su autoridad.* ¡Silencio! *Todos lo miran.* ¡Silencio he dicho! Esto se acabó. *Con dignidad y energía.* No piensen ustedes que vamos ahora a hacer comidilla de la desgracia de nuestro compañero, que como desgracia la juzgo. El señor Secano ha sido hasta hoy un funcionario idóneo, un amigo leal, un compañero intachable. Censuremos en nuestra conciencia sus flaquezas, pasajeras sin duda, pero sepamos no imitarlas. ¡A trabajar todos! *Ante algún murmullo que no da la cara.* ¡A trabajar he dicho! Ese es nuestro deber. *Cada cual ocupa su puesto.* Manolo: escriba usted lo que voy a dictarle.

Manolo. Usted dirá.

Don Mauricio. Bases… para la organización y reforma de la Hacienda pública, coma… del Ejército, coma… de la Armada, coma… de la Agricultura, coma… de la Industria coma… de… *Dicta, paseándose, con candorosa solemnidad Los empleados lo miran a hurtadillas. Algunos se ríen disimuladamente. Por la calle, en sentido contrario que antes y tocando lo mismo, pasa el ciego del violín. El telón va cayendo con lentitud.*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Interior del cuarto de doña Antonia Pacheco, antigua actriz, en un teatro de la corte. Al foro, la puerta de entrada. A la derecha del actor, una cortina abierta por medio, que da al cuartito tocador. Decorado sencillo. Sillas y divanes. Una butaca. Una mesita. En las paredes, algunos retratos de autores y actores ilustres, muertos ya. En el techo, un globo de luz. Sobre la puerta, un timbre. Es de noche.

El cuarto está a obscuras y cerrado. De pronto se ilumina, ábrese la puerta y salen Felisa e Irene.

Irene es hija de don Abel: viste con pobreza. Felisa es la doncella de doña Antonia Pacheco, joven y bonita.

FELISA. Pasa, pasa… ¿Ves tú cómo nadie te ha visto? Estás temblando… ¡Pobrecita!

IRENE. Si vieras que me da vergüenza… con estos guiñapos… Y que no quiero que papá se entere…

FELISA. Tu papá estará en el saloncillo, si es que ha venido ya. Mi señora está en escena todavía.

IRENE. Nunca he entrado en el cuarto de una actriz hasta ahora… *Fijándose en uno de los retratos.* ¿Quién es este señor?

FELISA. Uno que escribía comedias muy bonitas… no recuerdo su nombre. A todos éstos los conoció mi señora.

IRENE. ¡Ay! ¿Saldremos con bien de nuestro empeño, Felisa?

FELISA. ¿Qué duda cabe, tonta? ¿Es posible que sea para mal nuestro encuentro del lunes, después de más de un año de no vernos? Además, mi señora goza haciendo bien.

IRENE. ¡Ay, Felisa! ¡Ojalá me atienda y me ampare! Porque si se nos hunde también esta tabla, yo no sé qué va a ser de nosotros.

FELISA. ¡Pobrecita! *A un movimiento de Irene.* Calla. *Se asoma a la puerta.* ¡Dios mío!

IRENE. ¿Qué? ¿Viene alguien?

FELISA. Sí.

IRENE. ¿Quién?

FELISA. Tu papá.

IRENE. ¡Mi papá! ¡El Señor nos valga!

FELISA. No te apures. Escóndete aquí. *Entreabre la cortina del tocador.*

IRENE. *Obedeciéndola.* ¿Ves qué mala suerte?

FELISA. No te apures, mujer. Está tranquila. Yo te avisaré cuándo has de salir.

Preséntase don Abel con las huellas de su padecer en el rostro y de su penuria en las ropas.

DON ABEL. Felisa, Dios te guarde.

FELISA. Don Abel, buenas noches.

DON ABEL. *Sentándose con abatimiento y soltando un profundo suspiro, que es el primero de una serie.* ¡Ay! ¿Tu señora está en escena aún?

FELISA. Sí, señor. Y todavía tarda.

DON ABEL. Me parecen siglos los momentos. Tú sabes que esta noche va a hacerme la merced de escuchar mi obra.

FELISA. Sí, señor; ayer me enteré. Como sólo trabaja en los dos primeros actos de esta comedia, y quedan otros dos, tiene tiempo.

DON ABEL. ¡Ay!

FELISA. Y a propósito, señor don Abel: si usted me diera su permiso, yo me quedaría a la lectura.

DON ABEL. Desde ahora lo tienes. Más entiendes tú que algunos zopencos.

FELISA. Gracias; es favor.

DON ABEL. ¡Ay!

FELISA. Pero ¿a qué vienen esos suspiros? ¿Por qué está usted triste esta noche?

DON ABEL. Hija de mi alma, ¿cómo he de estar, si llevo ya cuarenta y dos lecturas en año y medio? Me falta la fe, me falta el entusiasmo… y aun temo que me falte la campanilla. Permíteme este rasgo de humorismo: también cantan los pájaros en el sauce.

FELISA. ¡Pobrecito don Abel! En cualquier tontería que dice se echa de ver el talento que tiene.

DON ABEL. ¡Ay!

FELISA. Váyase usted al saloncillo, que estará más animado que esto.

DON ABEL. *Levantándose maquinalmente.* Me iré… me iré al saloncillo… Como me iría a la casa de fieras, si me enviases… Bien es verdad que tanto monta. Adiós, Felisa.

FELISA. Vaya usted con Dios, don Abel.

DON ABEL. *Marchándose.* ¡Ay!

FELISA. ¡Pobrecito! ¡Qué acabadito y qué derrotadito está! *Acércase a la cortina del tocador y habla con Irene.* Irenita, pasó el peligro. Ya se fué. Pero bueno es que te quedes ahí, para que no te vea nadie hasta que mi señora llegue y yo la prevenga. *Asómase a la puerta del cuarto y luego vuelve al tocador.* Me parece que ha acabado ya el acto primero. Hay tiempo de todo, porque en el segundo sólo toma parte en una escenita. *Va otra vez a la puerta.* Ya viene, ya viene.

Llega doña Antonia del escenario. Viste un traje de época.

DOÑA ANTONIA. ¡Jesús, lo que me fatiga ésta picara obra! Gracias a Dios que acabo pronto. *Siéntase en la butaca.*

FELISA. ¿Hay gente?

DOÑA ANTONIA. ¿Quién ha de haber? ¡Nadie! La familia del autor en un palco, y el autor entre cortinas mordiéndose el bigote.

Felisa. Pues ya ve usted que los críticos dijeron que esto era un asombro, y una maravilla, y qué sé yo qué…

Doña Antonia. Pues ningún crítico de ésos ha vuelto otra noche. De modo que o tienen mucho que hacer o no les gusta tanto como dijeron. *Pausa. Felisa mira hacia el tocador y luego va a la puerta del cuarto y la cierra.* ¿Qué haces, chica?

Felisa. Perdone usted, pero ahora…

Doña Antonia. ¿Qué pasa?

Felisa. Esta noche es noche de audiencia. ¡Tiene usted tan buen corazón!

Doña Antonia. ¡Ay, Dios mío! Siempre serán tus cosas. ¿Quieres decirme…?

Felisa. *Entreabriendo de nuevo la cortina del tocador.* Sal, Irenita, sal.

Doña Antonia. Pero ¿quién está ahí?

Sale Irene cohibida y emocionada.

Irene. Buenas noches.

Doña Antonia. *Levantándose.* Buenas noches.

Felisa. Esta señorita es hija de don Abel Secano.

Doña Antonia. ¡Ah! Celebro mucho…

Irene. Servidora.

Doña Antonia. Sí se le parece.

Irene. Usted dispensará mi atrevimiento al presentarme sin mi papá.

Doña Antonia. Atrevimiento no hay ninguno. Siéntese. Venga aquí.

Irene. *Obedeciendo.* Con licencia.

Felisa. Si no es por mí no viene, le advierto a usted. Le daba vergüenza; le daba miedo.

Doña Antonia. ¿Miedo? ¿Es que se asusta usted de las viejas?

Irene. *Sonriendo.* No, señora. Temía lo que pudiera usted pensar de mí.

Doña Antonia. Seguramente nada desfavorable.

Felisa. Verá usted, doña Antonia; porque si no, todos van a ser cumplimientos… Es el caso que Irenita y yo fuimos compañeras en el taller

de una modista de sombreros… «*Madame* Lulú»: una de Triana. Y hará cosa de cuatro días nos encontramos en la calle. ¡Lo que nos alegramos las dos! Irenita me contó sus penitas, yo le conté las mías —que algunas tengo—, y lo demás… usted lo comprenderá sin que yo se lo explique.

IRENE. Dice bien: usted ya lo habrá comprendido, con sólo ver cómo me presento. Vengo a pedir por mi papá. A pedir es poco: a rogar, a implorar, a llorar, si fuese necesario.

DOÑA ANTONIA. Conmigo no lo es, no se aflija. Usted quiere hablarme de *La paloma herida*, ¿no es eso?

IRENE. Sí, señora.

DOÑA ANTONIA. Pierda usted cuidado, que en mí no influye poco ni mucho la desventurada leyenda que ese drama tiene, ni menos aún la condición humilde de su autor. Los viejos somos compasivos. De algo bueno han de servir los años.

IRENE. Dios se lo pagará. Todo el mundo se burla de los autores desconocidos.

DOÑA ANTONIA. Yo, no. En todo caso, de los conocidos. A los otros creo que es un deber escucharlos. ¿Qué sabe nadie lo que hay en un manuscrito que no ha abierto? Algunas veces, entre el trigo asoman dos orejas; pero ¡caramba! también pueden asomar dos amapolas. ¿No es verdad?

IRENE. ¡Qué buena es usted!

FELISA. ¿Lo estás viendo? Tiene mi señora un corazón que es una posada: para todo peregrino hay albergue. Mira: el otro día vino aquí un autor, tan mal de ropa el ángel de mi alma…

DOÑA ANTONIA. Tú, tú: deja las anécdotas sentimentales. Por hablar no sabes lo que dices. *A Irene.* Diga usted, niña: su papá de usted, y perdone la indiscreción, ¿no es más que autor dramático?

IRENE. Ahora, nada más. Antes era empleado; pero hace ya cerca de año y medio que quedó cesante. Cuando escribió el drama, el jefe lo tomó entre ojos.

DOÑA ANTONIA. ¿Por qué?

FELISA. Por envidia, y nada más que por envidia.

DOÑA ANTONIA. Calla. Y ¿son ustedes muchos hermanos?

IRENE. Siete. Sino que desde la cesantía nos quedamos con papá sólo dos, porque así lo ha querido la necesidad. Los otros cinco, uno aquí, otro allá, están en casa de varios parientes.

DOÑA ANTONIA. ¿Su mamá vive con ustedes, por supuesto?

IRENE. No, señora: mi mamá nos faltó cuando yo tenía nueve años. Y soy la mayor.

DOÑA ANTONIA. Y ¿cómo nació en su papá de usted la idea de escribir ese drama a su edad, y de lanzarse a estas andanzas? ¿O es que su vocación desde joven le empujó a ello?

IRENE. ¡Ca! no, señora. Si todos en casa nos quedamos con la boca abierta. Le Sopló la musa de pronto.

DOÑA ANTONIA. ¿Le sopló la musa?…

IRENE. Papá sacó el drama de la historia desgraciada de una tal Fidela; una doncella que tuvimos en casa… cuando podíamos permitirnos esos lujos. Por cierto que luego hemos sabido que se casó con un cacharrero de Pozas, y que son felices. A papá le ha contrariado, porque dice que su heroína no debe acabar de tan prosaica manera; pero no varía el final de su obra, porque también dice que el arte tiene derecho a modificar la realidad.

DOÑA ANTONIA. Indudablemente. Sólo que suele ser la realidad la que lo modifica todo.

IRENE. Esa sí que es una sentencia. Ahí está la triste realidad de mi casa. ¡Qué cambio! ¡qué vueltas! ¡qué carecer aun de lo más preciso! ¡Ay, señora; crea usted que nos van faltando los alientos! Ya no nos queda más tabla a que agarrarnos que *La paloma herida*, ni tenemos otra esperanza que la que usted nos dé. Mi papá espera de su drama tranquilidad, satisfacción, dinero, alegría; yo tal vez casarme: tengo un novio que me quiere mucho; mi hermano el mayor, librarse de las quintas; mis hermanitos los pequeños, volver a casa… Por eso me he determinado a llegar hasta usted, venciendo mis escrúpulos. De usted depende la salvación de esta familia desgraciada. Usted puede llenar nuestra casa de luz.

Doña Antonia. ¿Qué más quisiera yo, criatura? Yo no puedo hacer más que escuchar la obra, y pedirle a Dios que me guste mucho. Yo no soy aquí más que una actriz vieja; respetada y querida, eso sí, pero a la que no se la atiende… si no le conviene al empresario. De todos modos, haré cuanto esté de mi parte. No lo dude usted.

Irene. *Levantándose.* Pues no molesto más. Señora, le doy a usted infinitas gracias… A mi papá no le diga usted nada de esto. Adiós, señora.

Doña Antonia. Adiós, niña.

Irene. Felisa, ¿quieres acompañarme por los pasillos?

Doña Antonia. Sí, sí; acompáñala hasta la salida.

Irene. Muchas gracias.

Doña Antonia. Adiós.

Irene. Me voy muy contenta, muy contenta.

Se marchan las dos.

Doña Antonia. ¡Pobre niña! ¡Qué ilusiones más desatinadas! Esta locura del teatro la debían estudiar los médicos. ¡Una familia que fia su porvenir, su vida, del drama de don Abel Secano, hazmerreír de bastidores!… ¡Jesús. Dios mío! Y dice que le sopló la musa… ¡Pobre señor! ¡Más valía que le hubiera soplado el Guadarrama!

Asómase doña Andrea con Mariquita a la puerta del cuarto.

Doña Andrea. ¿Hay permizo?

Doña Antonia. ¡Hola! Adelante.

Pasan doña Andrea y Mariquita, madre e hija, andaluzas las dos, y meritoria esta última en el teatro. Viste también un traje de época, en armonía con el de doña Antonia.

Doña Andrea. Nos vamos en zeguía; no molestamos. Venimos na más que a darle a usté las gracias, y a darle a usté las gracias, y a darle a usté las gracias. Da las gracias, niña.

Mariquita. Muchísimas gracias.

Doña Andrea. Esta es mu corta y no ze atreve a hablá delante e nadie. Místela ya como una amapola. Y yo le digo que en er teatro la vergüenza no zirve pa na. ¿Ez o no es?

Doña Antonia. Yo creo que no es.

Doña Andrea. ¡Ay, qué gracioza ha estao! Po zí, po zí; a usté ze lo debemos to. Yevaba la pobrecita mía arrinconá zeis mezes de meritoria. Lo más que hacía era entre bastidores: de mormuro. Y usté la ha zacao, usté la ha zacao: usté la ha puesto en las candilejas. Dios ze lo pague a usté, doña Antonia. En er teatro, ardabas, y ardabas, y ardabas.

Doña Antonia. No, doña Andrea: en el teatro, como en todas partes, mérito, afición estudio…

Doña Andrea. ¡Y ardabas, y ardabas!

Doña Antonia. Bueno, y *ardabas,* si usted quiere.

Doña Andrea. ¡Ay, me remea, me remea! ¡Qué gracioza es! Ahora, un papelito, un papelito. Porque lo de esta noche no ha zío na; zacá dos velas, y apagá una. Zoplá, zopla cuarquiera. ¿Ez o no es? Usté, que es tan güena y tiene tanta mano con loz autores, a vé zi le conzigue un papé. Ya sabe usté lo que zon estas cozas: ze está oscurecía hasta que ze agarra un papé. ¡Un papé, un papé, doña Antonia Pacheco; búsquele usté un papé! Esta lo hace to, lo hace to. Le da usté una tonta, y la hace; le da usté una lista, y la hace. —*Acercándose mucho, a doña Antonia y bajando la voz*—: le da usté una tunanta y la hace —que no zé dónde lo ha aprendió la chiquiya.

Doña Antonia. Descuide, que no he de abandonarla.

Vuelve Felisa.

Doña Andrea. Ya lo estáz oyendo. ¡Güena madrina te haz echao! No la dejes tú a eya. Pínchale, pínchale; que en el teatro, ardabaz y papeles, y ardabaz y papeles, y ardabaz y papeles. ¿Ez o no es? Y vámonos ya, que no me gusta que incomodes.

Doña Antonia. La niña no incomoda.

Doña Andrea. Yo zí, ¿verdá? ¡Me la ha zortao! ¡me la ha zortao! ¡Con qué zalero me la ha zortao! ¡Quéeze usté con Dios, zo gracioza! Y muchízimas gracias, muchízimas gracias, muchízimas gracias.

Mariquita. Muchísimas grasias.

Doña Antonia. Vayan con Dios. No las merece.

Doña Andrea. *Volviéndose desde la puerta*. ¡Doña Antonia Pacheco… que zoy una madre… que zoy una madre… que zoy una madre!

Doña Antonia. Ya, ya lo sé.

Se retiran la madre y la hija.

Felisa. Pero ¿por fin ha trabajado Mariquita esta noche?

Doña Antonia. Sí, hija, sí: por no oír a la madre; que es una madre, como ella dice; pero que habla por toda una familia.

Felisa. Pues tengo que darle el parabién a la muchacha. ¡Pobrecita! ¡Es más buenecita y más pavita! ¿Qué ha hecho?

Doña Antonia. Figúrate: tenía que apagar una vela, y la apagó diez minutos antes. La Ristori no es.

Llega Bustamante, autor joven de aspecto simpático.

Bustamante. Ilustre doña Antonia.

Doña Antonia. Hola, Manolillo. ¿Cómo lo pasas?

Bustamante. Bien, ¿y usted?

Doña Antonia. No te agradezco la visita. Sé que vienes aquí porque están cerrados los cuartos de las jóvenes.

Bustamante. No sea usted mal pensada.

Doña Antonia. No seas tú hipócrita. *Viendo que Felisa se entra en el tocador.* Y también vienes porque te gusta mi doncella.

Bustamante. Me gusta, sí; pero no vengo por eso. Yo, como autor, seré una desdicha; pero como particular, soy de lo más formalito que pisa escenarios.

Doña Antonia. Ya, ya te conozco.

Bustamante. Vengo del saloncillo, doña Antonia; y vengo a respirar, le soy a usted franco. ¡Ese señor Secano es un ciprés! ¡No habla más que de asuntos tristes! Me ha entrecogido en un rincón y me la ha dado buena. Va a limpiar aquello de gente.

Doña Antonia. ¡Pobre don Abel!

BUSTAMANTE. Pobre, sí; pero que no se meta en el salóncillo a amargarnos la vida a todos. Porque os divertía, le dabais bromas verdaderamente crueles, haciéndole creer que era un genio, y entre todos le habéis vuelto el juicio. Ayer recibió una carta de París, pidiéndole su obra para la Comedia Francesa. ¿Te parece? El otro día le hicieron un retrato en el cuarto de la Peral, diciéndole que iba a publicarse en un periódico de Alemania. En fin, horrores.

BUSTAMANTE. Esas son cosas de Rufete.

DOÑA ANTONIA. Pues bien podía Rufete emplear más ingenio en las obras y menos en el saloncillo.

BUSTAMANTE. Más en las obras, lo comprendo pero menos en el saloncillo, no puede ser.

Se ríen los dos.

Se presenta en la puerta del cuarto un Señor Anónimo Es uno de esos señores insignificantes y entremetidos que conocen a todo el mundo, y a quienes no conoce nadie. Habla de lo suyo como si la Humanidad viviera consagrada a pensar en él. Viste con pulcritud, está siempre contento, y saborea la dicha de vivir.

SEÑOR ANÓNIMO. ¿Se puede?

DOÑA ANTONIA. Adelante.

SEÑOR ANÓNIMO. ¿Cómo está usted, mi señora doña Antonia?

DOÑA ANTONIA. *Sin saber con quién habla.* Bien… ¿y usted?

SEÑOR ANÓNIMO. Bien, muchas gracias. ¡Caballero Bustamante! ¿Qué tal?

BUSTAMANTE. *Lo mismo que doña Antonia.* Bien… ¿y usted?

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Vamos tirando de esta vida perra! ¡Je! He llegado hoy. Me voy mañana.

DOÑA ANTONIA. ¿No se sienta usted?

SEÑOR ANÓNIMO. Con mucho gusto. Estaré un ratillo.

DOÑA ANTONIA. *A Bustamante.* (¿Quién es, tú?).

BUSTAMANTE. *A doña Antonia.* (No lo sé, doña Antonia).

SEÑOR ANÓNIMO. Pues, sí; he llegado hoy.

BUSTAMANTE. Y ¿se va usted mañana?

SEÑOR ANÓNIMO. Mañana, sí; no puedo abandonar aquello.

DOÑA ANTONIA. Claro.

SEÑOR ANÓNIMO. Yo siempre como un meteoro. ¡Je! ¡Ni visto ni oído! ¡Tan pronto aparezco como desaparezco! ¡Je! ¿Usted se casó, Bustamante?

BUSTAMANTE. No, señor.

SEÑOR ANÓNIMO. ¿No? Pues ¿quién se ha casado?

BUSTAMANTE. ¡Mucha gente! ¡Como que es no parar!

DOÑA ANTONIA. ¡Cualquiera pesca a este *mariposón!*

SEÑOR ANÓNIMO. Ya; eso sí; pero yo juraría haber leído… ¡Ah, doña Antonia! Muy encarecidos afectos de Julia; ¡pero muy encarecidos!

DOÑA ANTONIA. ¿De quién?

SEÑOR ANÓNIMO. ¡De Julia!

DOÑA ANTONIA. ¡Ah!… de Julia. Devuélvaselos usted de mi parte.

SEÑOR ANÓNIMO. Lo agradecerá muy de veras. Está encantada con usted; ¡encantada! ¿Se acuerda usted del día del chocolate?

DOÑA ANTONIA. No. Digo, sí; sí me acuerdo.

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Ya ha llovido! ¿Se lo ha contado usted a éste? Puede que le saque partido para una piececilla.

DOÑA ANTONIA. Momentos antes de llegar usted —mire usted qué casualidad— hablábamos precisamente de eso.

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Lo que nos reímos! ¿Se acuerda usted?

DOÑA ANTONIA. ¡Como que yo me puse mala!

BUSTAMANTE. Y yo, cuando me lo contó. *A doña Antonia.* (Es que no tengo la menor idea de este caballero).

Se ríen los tres: doña Antonia y Bustamante, del señor Anónimo, y éste, del día del chocolate.

Llega don Jenaro, caballero elegante.

DON JENARO. Pues, señor, a ese don Abel va a haber que darle un destino en Caracas. ¡Muy lejos!

BUSTAMANTE. ¿Otro que huye?

DON JENARO. ¡Y huirán hasta los retratos de la pared! ¡Si es tétrico! ¡Si es abrumador! ¡No hay digestión tranquila con ese hombre!

DOÑA ANTONIA. ¡Ja, ja! Mi cuarto es un refugio esta noche. ¡Qué poco pueden ustedes sufrir al prójimo!

DON JENARO. ¡A prójimos patibularios, desde luego! Yo, no; yo, no. He comido con la Vista Alegre: estaba guapísima. Nos ha dado una comida espléndida: vinos y licores exquisitos… Yo terminé con *pippermint*. ¡Pues por causa de ese señor Secano, se me ha puesto la langosta de pie! ¡Imposible, imposible!

SEÑOR ANÓNIMO. *Sorprendido de que don Jenaro no lo salude.* ¡Amigo don Jenaro! ¡Desde que no nos vemos no nos conocemos! ¡Je!

DON JENARO. *Contuso.* ¡Ah!… usted dispense… No había reparado…

SEÑOR ANÓNIMO. ¿Cómo está usted?

DON JENARO. Bien… ¿y usted?

SEÑOR ANÓNIMO. He llegado hoy. Me voy mañana.

DON JENARO. Ya.

SEÑOR ANÓNIMO. Si quiere usted algo para aquella gente… ¡Je!

DON JENARO. Nada; expresiones… *A doña Antonia.* (¿Quién es este señor tan regocijado?).

DOÑA ANTONIA. *A don Jenaro.* (Por lo visto, se trata de un anónimo: ha llegado hoy, pero, viene sin firma).

SEÑOR ANÓNIMO. Vaya, vaya, con don Jenaro… ¡Je! ¿Se acuerda usted del día de las ostras? ¡Je! ¡Ya ha llovido!

DON JENARO. Le diré a usted… tomo ostras casi todos los días; de modo que no es fácil…

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Je! ¡Cómo nos divertimos!

Aparece Romero en la puerta. Viste, como doña Antonia, de época.

ROMERO. ¿Está aquí Bustamante? *Viéndolo.* Bueno, chico, esto es cosa resuelta: hay que sortearse para ver quién mata a Secano.

Risas.

DOÑA ANTONIA. Calle usted, mala sangre.

ROMERO. ¿Mala sangre? Mire usted, doña Antonia…

SEÑOR ANÓNIMO. *Cortándole la palabra con un abrazo que no puede retardar más tiempo.* ¡Romerillo! ¿Cómo te va? ¡Dichosos los ojos, hombre, dichosos los ojos! ¿Qué hay?

ROMERO. *Perplejo.* ¿Que qué hay? Pues… nada… Aquí representando comedias.

SEÑOR ANÓNIMO. Confiésalo: ¿a que lo que menos esperabas era verme?

ROMERO. Sí, sí; efectivamente: lo que menos. *A don Jenaro.* (¿Quién es?).

DON JENARO. *A Romero.* (Se ha perdido la fe de bautismo).

SEÑOR ANÓNIMO. Yo las gasto así: cuando menos se piensa… ¡Je!

DOÑA ANTONIA. Ha llegado hoy.

SEÑOR ANÓNIMO. Sí: he llegado hoy.

DOÑA ANTONIA. Y se va mañana.

SEÑOR ANÓNIMO. Sí: me voy mañana. ¿Qué he de hacer? No tengo más remedio. El ojo del amo… ¡Je! Al yunque, al yunque. Además, tú sabes lo que es Julia.

ROMERO. ¡Oh! No me hables de eso. ¿Está buena, eh?

SEÑOR ANÓNIMO. Sí, ya está buena. Aquello no fué nada. Un parto doble; lo de todos los días. ¡Je! Ahora sueña con su automóvil.

BUSTAMANTE. Amigo, cómo se conocen los ricos.

SEÑOR ANÓNIMO. ¡El que habla, y escribe cuatro patochadas y gana un dineral! ¡Je!

BUSTAMANTE. ¡Hombre!

SEÑOR ANÓNIMO. No lo niegue usted, porque lo han dicho los periódicos muchas veces. Siempre que estrena usted le ajustan las cuentas los

críticos. ¡El teatro es un filón! ¡un filón!

DOÑA ANTONIA. ¡Un filón! ¡Y todos los autores, ricos! Ahí está don Abel Secano.

Movimiento en todos como para irse.

ROMERO. ¿Dónde?

DOÑA ANTONIA. Lo cito como ejemplo.

ROMERO. Ya. Hasta esta noche no me ha colmado las medidas el tal Secano. Antes no era así. ¡Se ha puesto de un fúnebre que aterra!

SEÑOR ANÓNIMO. Pero ¿quién es él? ¿Quién es ése?

DOÑA ANTONIA. Un pobre señor que ha escrito un drama y no consigue verlo representado. ¿Le parece a usted floja desdicha?

SEÑOR ANÓNIMO. Si fuese divertido me lo llevaba mañana a almorzar. ¡Je! Yo me río mucho con esas tipos.

ROMERO. A eso estamos: a reírnos los unos de los otros. ¿No es verdad?

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Je! ¡Qué punto! Romerillo, Romerillo… ¿Te acuerdas del día del arroz? ¡Je!

ROMERO. ¡Calcúlate: no pienso en otra cosa!

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Ya ha llovido, caramba, ya ha llovido!

DON JENARO. Olga usted, doña Antonia: y ¿hay catástrofe en ese drama?

DOÑA ANTONIA. Yo no lo conozco todavía.

BUSTAMANTE. ¿Que si hay catástrofe? ¡Espantosa!

DON JENARO. ¡Por Dios, que no nos pongan eso! ¡Va a ser imposible venir! ¡Si el teatro no es un sitio para digerir bien, no sé qué es el teatro!

DOÑA ANTONIA. Compadezco a ese pobre hombre. Son tantos los que se han soltado a escribir comedias a la buena de Dios, que va ya habiendo más autores que público.

Asoma Urrutia en la puerta sombrero en mano, azoradísimo.

URRUTIA. ¿Se… se puede pasar?

DOÑA ANTONIA. Adelante.

Urrutia. *Sin oírla.* ¿Se… se puede pasar?

Doña Antonia. Adelante.

Urrutia. Bue… buenas noches.

Doña Antonia. Buenas noches.

Don Jenaro. Buenas noches.

Urrutia mira a todos, con cuya presencia no contaba, y no acierta a decir palabra. Pausa angustiosa.

Doña Antonia. ¿A quién busca usted?

Urrutia. A… a la señora Pacheco.

Doña Antonia. Yo soy.

Urrutia. Lo… lo siento mucho.

Doña Antonia. ¿Cómo?

Urrutia. No… nada… Me… me he equivocado.

Nueva pausa y nuevas miradas. La reunión se ríe con disimulo.

Doña Antonia. Usted me dirá lo que quiere.

Urrutia. A… ahora no es ocasión. Está usted ocupada Vol… volveré.

Doña Antonia. Como usted guste.

Urrutia. Tra… traía una cartita.

Doña Antonia. ¿Para mí?

Urrutia. Pa… para usted.

Doña Antonia. Pues démela, y la leeré con permiso de estos señores.

Urrutia. Sen… sentiría incomodar.

Doña Antonia. No; no, señor; no.

Urrutia. To… tome usted, entonces. *Al adelantarse hacia doña Antonia para darle la carta, pisa a uno, y al retroceder para ponerse donde estaba, pisa a otro.* Us… usted dispense, caballero.

Don Jenaro. No hay de qué.

Urrutia. ¿Le… le he hecho a usted daño?

Señor Anónimo. No, señor.

Doña Antonia. *Leyendo la carta para si.* ¡Ah, es de Rovira! Perfectamente. *Apartándose a un lado.* Haga usted el favor.

Urrutia. Sen… sentiría incomodar.

Doña Antonia. Siéntese usted.

Urrutia. Gra… gracias; no tengo prisa.

Doña Antonia. Pues soy toda oídos.

Urrutia. ¿To… toda oídos?

Doña Antonia. Quiero decir que ya le escucho.

Urrutia. No… no la entendí a usted. Se… se trata de un monologuito, escrito para usted ex profeso.

Doña Antonia. ¿De usted?

Urrutia. Y… y de tres compañeros de oficina. La idea es de un servidor.

Doña Antonia. ¿Cómo se titula?

Urrutia. *El… El baúl mundo se vende.*

Doña Antonia. ¿Es cómico?

Urrutia. Tie… tiene *lo suyo.*

Doña Antonia. Bueno; pues yo lo leeré con todo cariño, y usted se da una vuelta por aquí dentro de unos días.

Urrutia. ¿Co… como cuándo?

Doña Antonia. ¿Hoy qué es, jueves? El lunes próximo.

Urrutia. Mu… muy bien. Me… me alegro de que no sea el martes. Le suplico a usted benevolencia; y que influya para que lo pongan: que está todo muy malo, y… y un servidor tiene a su padre, y… y tiene a su madre, y… y tiene a su novia, y… y tiene cuatro mil reales de sueldo.

Doña Antonia. Ya, ya me hago cargo.

Urrutia. Pues… pues muchísimas gracias. Us… usted perdone la libertad… y hasta el lunes.

Doña Antonia. Pero ¿y el monólogo?

Urrutia. ¿El… el monólogo? *Palpándose.* ¡Es *pata* la mía! ¿Pues no me le he dejado en casa? Y… y lo puse adrede con el sombrero.

Doña Antonia. ¡Vaya por Dios!

Urrutia. Yo… yo se lo traeré a usted mañana.

Doña Antonia. *Reprimiendo la risa.* Cuando usted quiera.

Urrutia. Bue… buenas noches.

Doña Antonia. Adiós.

Urrutia.*A los contertulios.* Bue… buenas noches.

Bustamante. Buenas noches.

Urrutia. *Dándoles la mano uno por uno a lodos, de puro aturdido que está.* Que… que usted siga bueno… Que… que usted siga bueno… Que… que usted siga bueno… Que… que usted siga bueno.

Señor Anónimo. Vaya usted con Dios.

Urrutia. *A doña Antonia.* ¿Me… me he despedido de usted?

Doña Antonia. Sí, señor.

Urrutia. Us… usted dispense la pregunta. *Pisando a otro al retirarse.* Us… usted perdone. ¡Parece que voy ciego! ¡Es *pata* la mía!

Todos se ríen de él cuando se va.

Romero. ¿Quién es ese moscón que tanto tropieza?

Doña Antonia. Un autor que no viene más que a traerme un monólogo, y se lo deja en casa. Compadezcámosle también.

Bustamante. Dios le dé mejor suerte que a don Abel Secano.

Don Jenaro. ¡Y una musa más regocijada!

Suena el timbre.

Doña Antonia. Me llaman a escena; señores. Ustedes se quedan en su cuarto. *Saludando a don Abel, que llega a tiempo que ella se va.* ¡Don Abel! ¡Tanto gusto!…

Don Abel. ¿Cómo está usted, mi buena amiga?

Romero. (¡Uf!).

Don Jenaro. (¡Nos copó!).

Bustamante. (¡A mí no me pesca!).

Doña Antonia. Pase, pase; ahora vuelvo. No tengo más que cuatro palabras. *Se va.*

Don Abel. Buenas noches, señores.

Señor Anónimo. Buenas noches. *A Bustamante.* (¿Es éste el *sombrón*?).

Bustamante. *Al Anónimo*. (El mismo).

Don Abel. ¿Qué hay de cosas, amigo Bustamante?

Bustamante. ¡Psché!…

Bustamante, Romero, don Jenaro y el Señor Anónimo se van marchando con toda suavidad y disimulo, sucesivamente, huyendo de la quema y tarareando una misma canción entre todos. Uno la empieza y los demás la siguen al marcharse.

Bustamante. Tará tará tará tarara…

Romero. Tirí tirí tirí tiró…

Don Jenaro. Torá torá tora toriaro…

Señor Anónimo. Turú turú turú turó…

Don Abel. *Con amargura.* Cuando no les distraigo, me huyen… ¡Y se figuran que no me doy cuenta!… ¡Ay, Abel, qué camino más largo y más penoso! *Siéntase dando muestra de postración.*

Sale del tocador Felisa.

Felisa. ¿Está usted hablando solo, señor Secano?

Don Abel. Sí, hija mía; estoy hablando solo.

Felisa. ¡Ay, pobrecito! Y ¿por qué es eso?

Don Abel. Porque no tenía con quién hablar, y tenía que hablar necesariamente.

Felisa. Pero, dígame usted; ¿no estaban aquí unos señores?

Don Abel. Aquí estaban, sí; pero entré yo… y eso bastó para que se fueran.

Felisa. ¡Pobrecito! Ande usted, que ya le llegará la suya.

DON ABEL. ¿Lo crees tú?

FELISA. A pie juntillas, don Abel. ¡No faltaba más sino que se quedara oscurecido un talento tan grande! Verá usted como mi señora le da la mano.

DON ABEL. Dime, Felisita: ¿qué piensa doña Antonia de mí? ¿Qué dice de la lectura de esta noche? ¿Le has oído algo? ¿Sabes algo? ¿Me puedes contar algo?

FELISA. Don Abel… Don Abel… ¿Ve usted? Ya la tenemos.

DON ABEL. ¿Qué tenemos?

FELISA. Ya voy a decir lo que no debía.

DON ABEL. ¿Cómo?

FELISA. Lo que he prometido callar.

DON ABEL. ¡Dímelo, por Dios!

FELISA. ¿Quién piensa usted que ha estado aquí hace poco?

DON ABEL. ¿En dónde?

FELISA. Aquí: en este cuarto.

DON ABEL. ¿Quién?

FELISA. Irenita.

DON ABEL. ¿Mi hija?

FELISA. Sí, señor.

DON ABEL. ¿Mi hija? ¿Que ha estado aquí mi hija? ¿Para qué?

FELISA. Para pedirle a mi señora protección y amparo.

DON ABEL. *Conmovido.* ¡Hija de mi alma!

FELISA. Yo la traje, yo la presenté, yo la acompañé luego hasta la puerta… ¡Iba la pobrecita saltando de gozo! ¡Porque no sabe usted cómo la recibió mi señora!

DON ABEL. ¡Ay, si esto fuera el principio del fin!

FELISA. Lo será; lo será.

Vuelve doña Antonia.

DOÑA ANTONIA. ¡Gracias a Dios! Esta noche ya no vierto más perlas, don Abel.

DON ABEL. ¿Acabó usted ya?

DOÑA ANTONIA. Por fortuna. Nada me molesta tanto como trabajar con el teatro vacío. ¿Tiene usted ahí la obra?

DON ABEL. ¡Qué pregunta!

DOÑA ANTONIA. Bueno, pues me voy a quitar estas galas y la leeremos en seguida.

DON ABEL. ¡Je!… Los malos tragos… ¿No?

DOÑA ANTONIA. Una advertencia. Creo que debe usted invitar a Carranza. Es el primer actor de la compañía y le conviene a usted tenerlo de su parte. No vendrá, pero usted lo invita y queda bien. Dígale que ya estamos de acuerdo.

DON ABEL. ¡Cuántas bondades, doña Antonia! ¿Cómo podré pagar?… Yo también me he permitido invitar a un amigo… ¿Usted no tendrá inconveniente?

DOÑA ANTONIA. ¡Ninguno! Traiga usted a quien quiera.

DON ABEL. Gracias. ¿Será usted benévola con este pobre autor?

DOÑA ANTONIA. Lo soy con todos. Mi padre fué escritor también, y sé lo que cuesta producir.

DON ABEL. Es usted muy buena, muy buena… Usted no puede imaginar lo que va a resolverme… lo que para mí significa… Además, aquí, entre tantas burlas, entre tanto desprecio, si viera usted cuánto se estima esta consideración, esta cortesía… aunque no sea más que esto… Vaya, vaya, no quiero dar el espectáculo de echarme a llorar como un chiquillo.

DOÑA ANTONIA. Por Dios, don Abel; ¿a qué viene eso ahora? Ande usted a cumplir con Carranza. Yo salgo al instante.

DON ABEL. Allá voy, allá voy…

FELISA. ¡Pobrecito! *Éntrase con doña Antonia en el tocador.*

DON ABEL. *Enjugándose los oíos.* Esperaré un momento… Temo que esas fierecillas me vean llorar. Porque si hay uno que se ría de estas lágrimas, soy capaz de ahogarlo. *Pausa.* ¡Quién sabe! ¡Quién sabe! Puede que la victoria esté cerca, y entonces… Yo no guardo rencor para nadie; pero ésos

que se mofan de mí descaradamente, ésos que hacen sainete de mi desgracia… ésos… lo que es ésos…

Se presenta de nuevo el señor Anónimo, risueño y decidor como de costumbre.

Señor Anónimo. Felices.

Don Abel. ¿Quién? *Reconociéndolo.* ¡Ah!

Señor Anónimo. ¿Sabe usted si la señora Pacheco está en el tocador?

Don Abel. *Después de mirarlo de arriba abajo, marchase tarareando la misma canción que antes te tararearon a él.*

Tari tari tari tariaro…

Señor Anónimo. ¡Ay, qué gracia! ¡Me la ha devuelto! ¡Es el *sombrón*! ¡el loco! ¡Je! Pero ¿que ese pobrete quiera escribir comedias? ¡Qué cosas se ven! *Acercándose al tocador y gritando.* ¡Doña Antonia!

Doña Antonia. *Dentro.* ¿Quién?

Señor Anónimo. Yo.

Doña Antonia. ¿Quién?

Señor Anónimo. Yo.

Doña Antonia. ¿Quién?

Señor Anónimo. Yo.

Doña Antonia. ¡Ah!

Señor Anónimo. Un minuto nada más, doña Antonia Me voy mañana, y las despedidas a la francesa no entran en mis costumbres. ¡Je! ¿Qué me dice usted para Julia?

Doña Antonia. ¿Para Julia? Nada… mis afectos… ¡Y que a ver cuándo voy por allá!

Señor Anónimo. ¡Bravo! Otra cosita, y no molesto más por ahora. Dentro de un mes volveré a verla. ¡Recíbame usted con un trabuco!

Doña Antonia. ¿Por qué?

Señor Anónimo. En mis ratos perdidos he escrito una comedia de chistes, y deseo que usted la conozca. ¡Je! ¡Es un mamarracho muy grande!

¡Je!

Doña Antonia. ¡Jesús, qué sorpresa! ¿Cómo había yo de presumir…?

Señor Anónimo. Cuando el diablo no tiene que hacer, escribe comedias con el rabo. ¡Je! ¡Ah! Y conste que si a usted le parece más mala que a mí me la echa al corral sin rodeos. ¡Yo no me enfado! ¡A otra!

Doña Antonia. ¡Eso es! ¡A otra!

Señor Anónimo. Conque hasta pronto. Muchos aplausos, mucha salud… y muchas pesetas. ¡Sin pesetas no se camina! ¡Je!

Doña Antonia. ¡Adiós!

Señor Anónimo. ¡Adiós! *A don Mauricio, que llega cuando él va a marcharse.* Pase usted.

Don Mauricio. Usted primero.

Señor Anónimo. Hágame el favor.

Don Mauricio. Muchas gracias.

Señor Anónimo. ¡Calle! ¡No lo había conocido! ¿Cómo estamos?

Don Mauricio. *Sin conocerlo a él.* Bien… ¿y usted, señor?

Señor Anónimo. ¡Tan famoso! ¡Je! He llegado hoy. Me voy mañana. ¿Quiere usted algo para allá?

Don Mauricio. Nada: feliz viaje.

Señor Anónimo. Que usted siga bueno.

Don Mauricio. Vaya usted con Dios. *Cuando se va el otro.* No recuerdo haberlo visto en mi vida.

Sale nuevamente Felisa del tocador.

Felisa. ¿Quién es?

Don Mauricio. Buenas noches Felisa. Buenas noches.

Don Mauricio. ¿El cuarto de la señora Pacheco es éste?

Felisa. Este es.

Don Mauricio. ¿Está la señora?

FELISA. Cambiándose de traje está. ¿Qué se le ofrece a usted?

DON MAURICIO. Hablar con ella; pero por mi que no se impaciente.

Felisa entra y sale llevando y trayendo recadítos.

FELISA. Que tenga usted la bondad de decirme su nombre.

DON MAURICIO. Dígale que no me conoce; que es inútil.

FELISA. Que haga usted el favor de sentarse.

DON MAURICIO. *Obedeciendo.* Muchas gracias.

FELISA. Que no hay de qué. *Quédase en el cuarto.*

Pausa. Se miran los dos como queriendo reconocerse.

DON MAURICIO. Su cara de usted me es conocida.

FELISA. Y a mí la de usted, señor. Desde que salió me estoy fijando, y juraría que lo he visto en alguna parte.

DON MAURICIO. Igual me ocurre a mí con usted.

FELISA. *Recordando de pronto, y con muestras de complacencia.* ¡Ay, ya caigo!… Sí, sí, el mismo; ya sé quién es usted. Y es la tercera vez que lo veo; pero soy muy buena fisonomista.

DON MAURICIO. Vamos a ver: ¿quién soy?

FELISA. Ahora, no sé; antes, era usted el jefe del señor don Abel Secano.

DON MAURICIO. Cierto. ¿Y usted?

FELISA. Yo soy una amiguita de Irene. Y alguna vez tuve el gusto de encontrar a usted en su casa.

DON MAURICIO. Sí, es verdad; sí.

FELISA. Y ¿qué le trae por aquí, señor? Por si puedo servirle en algo lo pregunto.

DON MAURICIO. Por aquí me trae precisamente el propio don Abel.

FELISA. ¿Es usted quizás el amigo suyo a quien ha invitado a la lectura?

DON MAURICIO. El mismo soy. Ya veo que tiene usted noticias.

FELISA. Me hallaba presente cuando se lo advirtió a la señora. ¡Es precioso el drama de don Abel! ¿Usted no lo conoce aún?

DON MAURICIO. Lo conozco, sí. No es drama, es tragedia.

Felisa. ¿Tragedia?

Don Mauricio. Sí; tragedia.

Felisa. Usted fué siempre gran amigo suyo.

Don Mauricio. Y sigo siéndolo. Por eso he venido a la lectura.

Sale doña Antonia en su traje habitual de calle. Don Mauricio se levanta.

Felisa. La señora.

Doña Antonia. Muy buenas noches.

Don Mauricio. Buenas noches. Usted me perdonará la libertad… Ya creo que sabe usted por el señor Secano…

Doña Antonia. ¡Ah! sí. ¿Es usted su amigo?

Don Mauricio. Mauricio Regla y Salazar, para servirla. Él iba a presentarme a usted; me presento yo, y es lo mismo.

Doña Antonia. Siéntese usted. Ahora vendrá el reo.

Don Mauricio. ¿Quiere usted hablar cuatro palabras conmigo antes que venga él?

Doña Antonia. Con mil amores. Felisa…

Felisa. Yo le he pedido permiso a don Abel para quedarme a la lectura.

Doña Antonia. A la lectura, sí; pero a esto, no.

Vase Felisa y cierra la puerta tras de si.

Doña Antonia. Usted me dirá.

Don Mauricio. Lo primero, que no se figure usted que vengo a leerle otro drama.

Doña Antonia. Mire usted, no dejo de agradecerle la advertencia.

Don Mauricio. Soy moro de paz. Acaso el único español que no haya escrito un drama Pero prefiero ser la excepción a ser uno de tantos.

Doña Antonia. Y yo lo felicito.

Don Mauricio. Mi intención no es otra que hablarle a usted del autor de *La paloma herida*.

Doña Antonia. ¡El pobre Secano!

DON MAURICIO. El pobre Secano: usted lo ha dicho. La amistad que me une a él es antigua y desinteresada —de esa que nace en las aulas del Instituto— y me duele y me aflige verlo como lo veo.

DOÑA ANTONIA. En efecto: es una compasión Yo no he sabido negarme a la lectura de esta noche. El piensa de mí que soy en esta casa una potencia; que mi autoridad en ella es indiscutible… Se engaña. Pero sea lo que quiera, yo le aseguro a usted que no le faltará mi apoyo.

DON MAURICIO. Eso ya es bastante. Y aquí entro yo con mis manos lavadas.

DOÑA ANTONIA. Ya adivino lo que va usted a hacer: recomendarme el drama de su amigo como si fuera suyo propio.

DON MAURICIO. ¡No lo permita Dios!

DOÑA ANTONIA. ¿Que sea suyo?

DON MAURICIO. Ni que sea mío, ni que yo recomiende tal.

DOÑA ANTONIA. ¿Entonces?…

DON MAURICIO. Señora Pacheco, aquí se trata de salvar a un hombre; a una familia entera. Si Secano sigue adelante sin más norte de vida que sus dramas y sus locuras, esa gente perece. Y sería un dolor. Yo tengo amigos en la situación política actual; hoy por hoy, puedo fácilmente reponer a Secano en su antiguo empleo, y conseguir así que vuelvan las aguas a su curso. Mañana no sé si podré. Aquí se levanta uno con una situación y se acuesta con otra. Pues bien: yo pido a usted para ese pobre loco…

DOÑA ANTONIA. *Interrumpiéndolo.* Chist, silencio.

DON MAURICIO. ¿Qué?

DOÑA ANTONIA. *Prestando oído hacia la puerta.* Nada; creí que llegaba. Siga usted.

DON MAURICIO. Yo pido a usted para ese desventurado amigo nuestro un desengaño tan doloroso y tan cruel que le obligue a romper la pluma y a quemar todos los papeles.

Pausa.

DOÑA ANTONIA. Si usted hubiera oído a su hija, que ha estado a verme esta misma noche, y me ha hecho encargo muy distinto del que usted

me hace, comprendería la pena y el asombro con que lo escucho.

DON MAURICIO. Pues apelo a su conciencia de usted: si me oye a mí, entre los dos salvaremos a esa familia; si atiende usted a los ruegos y lágrimas de Irenita, no hará usted sino alentar en sus caballerías al infeliz Secano, empujado al despeñadero en que se halla, como tantos otros, por la ignorancia y por las dificultades de la vida.

DOÑA ANTONIA. Me hace usted dudar. Pero ¿es que el drama no tiene pies ni cabeza?

DON MAURICIO. El drama… ¿Usted ve al autor? Pues como el autor es el drama. ¿Cree usted posible que un pobre diablo que jamás tuvo esas aficiones, a quien nunca le pasaron las letras por la imaginación, de pronto se siente a la mesa y escriba un drama bueno, nada más que porque tiene siete chicos y el sueldo no le alcanza? Esto es muy doloroso, pero…

DOÑA ANTONIA. Sí, señor, es verdad: el drama no es el que él ha escrito, sino el que él vive y representa. Se ha ponderado y voceado tanto por lenguas y papeles la ganancia del autor dramático en estos tiempos, que ha perdido la cabeza medio mundo.

DON MAURICIO. Añada usted a eso, señora, los sueños de gloria, la eterna aspiración a descollar sobre quien nos rodea, el halago de los aplausos…

DOÑA ANTONIA. ¡Ah, los aplausos!… A ellos, a ellos se debe principalmente que la escena tenga dos musas, como digo yo: Talía, que a mí me parece una gran señora, y una hermanastra suya tan desatinada y tan loca, que es capaz de volver tarumba al nombre más equilibrado y prudente. Imagínese usted, con cuarenta años de teatro, lo que pudiera yo contarle a usted de estas cosas. Este arte, como ninguno apasiona, deslumbra, emborracha… No he visto nada igual. Aun aquellos mismos que públicamente fingen desdeñarlo, allá en su fuero interno lo estiman, lo quieren y envidian sus glorias doradas… No en vano es un arte capaz de unir a muchos hombres en un momento… Pero nos apartamos de nuestro asunto, y don Abel va a presentarse y dejarnos a media entrevista. ¿En qué quedamos?

DON MAURICIO. Eso… usted lo ha de decir.

Doña Antonia. Pues quedamos en que, sí el drama efectivamente es un disparate, como ya creo, salvaremos entre los dos a don Abel Secano.

Don Mauricio. De usted depende.

Doña Antonia. La primera parte. La segunda, de usted. Cuente usted con el desahucio del dramaturgo.

Don Mauricio. Cuente usted con que vuelve a su empleo. ¿Pactado?

Doña Antonia. Pactado.

Don Mauricio. Y Dios dirá.

Doña Antonia. Y don Abel también. Porque, dejando a un lado *ya* la formalidad de nuestro pacto, yo le aseguro a usted que Secano saldrá de aquí diciendo que usted es un mal amigo suyo y que yo soy una vieja loca.

Don Mauricio. Con tal que queme el drama…

Doña Antonia. Antes quema a uno de los chicos; no sea usted inocente.

Don Abel habla desde dentro.

Don Abel. ¿Hay permiso?

Doña Antonia. Adelante.

Sale don Abel. Felisa lo signe.

Don Mauricio. ¡Si es nuestro hombre!

Don Abel. Te he estado buscando por la sala para presentarte a esta señora… ¡Tonto de mí! Conociéndote, he debido comprender que te anticiparías…

Doña Antonia. ¿No viene Carranza?

Don Abel. No, señora; no viene.

Doña Antonia. Me alegro.

Don Abel. Pero ha agradecido mucho la atención.

Doña Antonia. ¿Ve usted?

Felisa. *Bajo a doña Antonia.* (Por supuesto, yo oigo la lectura).

Doña Antonia. Sí, mujer; ya estoy.

Don Abel. *Bajo a don Mauricio* (¿Le habrás hecho el elogio de la obra?).

DON MAURICIO. *A don Abel.* He hecho… lo que he debido hacer.

DON ABEL. *Estrechándole las manos.* ¡Que Dios te lo pague!

DOÑA ANTONIA. Cuando usted guste, amigo Secano.

DON ABEL. Cuando usted mande, señora mía.

DOÑA ANTONIA. *A Felisa.* Cierra la puerta, tú; que no nos interrumpan. *A don Abel.* Aquí estará mejor. Siéntese.

DON ABEL. Muchísimas gracias.

Se sientan todos. Doña Antonia, don Abel y don Mauricio, ante la mesita, formando un grupo. Felisa aparte, un poco lejos.

FELISA. (¡Y poquito que le va a gustar a mi señora! Con ésta, ya la he oído yo seis veces).

Don Abel, temblando de emoción, desabróchase el chaleco y saca el trágico manuscrito.

DOÑA ANTONIA. ¿Querrá usted un poco de agua?

DON ABEL. Ahora, no; más tarde, si acaso… *Lee con voz apagada y balbuciente. «La paloma herida,* drama en tres actos, original de don Abel Secano y Canseco… Personajes… Alfonsa, diez y nueve años… Manuela, veinticinco años… Lolita, quince años…». Bueno, ya irán saliendo los personajes… No quiero cansar…

DOÑA ANTONIA. Pero, por Dios, don Abel, que no es noche de estreno… Está usted temblando…

DON ABEL. Sí, sí, señora… estoy temblando… Usted me perdonará si soy ridículo… Estoy temblando… Y este temblor no es sólo mío… no se queda aquí… va y viene… Porque ahora mismo… en este mismo instante… allá en mi casa tiemblan también todos los míos esperando el resultado de esta lectura… Y es que, para ellos y para mí, hay mucho dolor o mucha alegría detrás de estos papeles… Este lo sabe… usted acaso lo adivina… yo lo puedo jurar… Perdóneme… perdóneme… Ya me iré serenando… *Hace un esfuerzo y continúa la lectura con voz cada vez más turbada.* «Acto primero… El teatro representa una sala de casa pobre… muy pobre… en un histórico pueblo de Castilla… Puertas al foro y laterales… Muebles… muebles desvencijados y rotos… A la izquierda, una ventana… por donde

entra un rayo de sol… *El telón ha caído lentamente. Todavía, sin embargo, se oyen algunas palabras de don Abel.*. Escena primera… Aparecen Alfonsa y Lolita…

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Comedor muy pequeño en casa de don Abel Secano, en Madrid. Puerta al foro. Mesa vieja y pobre, con tapete de hule más pobre y viejo que la mesa. Aparador sin platos. Sillas. Es de noche. Pendiente del techo, sobre la mesa, da su escasa luz una bombilla de cinco bujías enteramente *a cuerpo.*

Irene, Liboria y Foso charlan íntimamente.

A Irene ya la conocemos; Liboria es la portera de la casa, que por cierto tiene bigote; Foso es un vecino viejo del cuarto de al lado, catador teatral y empleado en Consumos. Viste de capa, gorro y babuchas. Fuma en pipa.

IRENE. Le aseguro a usted, señor Foso, que estoy yerta de miedo y de, frío. Si llego a ir al teatro me pongo mala y tengo que volverme.

FOSO. Calma, Irenita, calma: tranquilidad. La hora de la justicia ha llegado. Esta noche morderán el polvo los enemigos de su papá de usted. No siento más que no presenciarlo; pero ¡me hace tanto mal salir de noche!…

IRENE. ¡Ay, Dios le oiga!

LIBORIA. ¡Que se fastidien! Yo, pa mí, como si lo estuviera viendo; porque miste, señorita Irene, que aquí el señor don Mauro sabe de cosas de teatro.

FOSO. *Vanidosamente.* ¡Psché!

IRENE. ¡Vaya si sabe! Papá cree en lo que usted le dice como en el Evangelio.

FOSO. Los años… la experiencia… He estrenado mucho, me han silbado mucho… y perdiendo se aprende, Irenita. Sin embargo, en el teatro nunca se acaba de aprender: el teatro es un arca cerrada.

LIBORIA. ¡Digo!

IRENE. Por eso yo no estoy tranquila…

LIBORIA. ¿Se acuerda usté, señor don Mauro, de la última obra que le echaron abajo en Novedades?

FOSO. ¡Ya lo creo! *La deshonra de una madre enferma o Los crímenes de los jesuitas.*

LIBORIA. Cabal.

FOSO. Bueno; aquél era un drama de pelea, de lucha: no podía salir bien. En el café lo dije yo por la tarde: «Esta noche me silban». Y todos: «¡Ca, hombre, ca!». Y me silbaron.

LIBORIA. *A Irene.* ¿Eh?

IRENE. Pero, por Dios, no hablemos ahora de silbas; yo no tengo los nervios para oír hablar de silbas esta noche… ¡Cómo estará el pobre papá!… ¡Cómo irá la representación!…

FOSO. ¿Cómo ha de ir, Irenita? ¡A pedir de boca!

LIBORIA. ¡Ay, señorita, qué alegría!

IRENE. ¡Ay, portera, ay, vecino, yo no quiero creerlo! ¡Sería tanta felicidad! Deseo ver entrar a papá, y a mi hermano, y a la tía Luisita… y al mismo tiempo estoy temiéndolo… Diga usted, señor Foso: la escena de Alfonsa y el sacerdote, ¿no tiene peligro?

FOSO. ¿Quiere usted callar? ¡Si es la más segura de la obra!

LIBORIA. ¡Cómo lo ve todo desde casa!

FOSO. *Engreído.* ¿Recuerda usted, Irenita, aquella frase del acto primero que dice: «El sol alumbra sin preocuparse de que quema, y quema sin preocuparse de que alumbra»?

IRENE. Sí, señor.

FOSO. Pues ahí ha debido ser el primer aplauso de la noche. Tan seguro tuviera yo mi ascenso en Consumos.

IRENE. ¡Ay, Dios lo quiera! Mire usted que son ya tres años y medio de padecer constante… ¡Cuánto disgusto! ¡Cuánto sinsabor! ¡Cuánto desengaño!

FOSO. ¡Ah! En este terreno no hay amigos. Dígalo el petardo que nos dió a todos aquel don Mauricio Regla y Salazar, el amigo del alma, ¿eh?, el compañero de la escuela, que se fué a pedirle a la Pacheco que ni a tres tirones pusiese el drama. Poco le dijo su papá de usted cuando lo descubrió, para lo que se merecía.

IRENE. Es una de las cosas que a mí se me resiste creer: que aquel señor, siempre tan bueno con nosotros…

FOSO. Usted es un ángel, Irenita…

IRENE. Como tampoco entiendo por qué la Pacheco hizo más caso de él que de papá.

FOSO. ¡La Pacheco está chocheando! Pero, así y todo, buenas tripas se le pondrán cuando se entere del triunfo. Lástima que el estreno sea en un teatrillo de mala muerte.

LIBORIA. *Prestando oído hacia la puerta.* Calle usté.

IRENE. ¿Qué pasa?

LIBORIA. Me parece que llaman al sereno. ¿No oye usté?

IRENE. Sí, efectivamente. ¿Habrá acabado ya la obra?

FOSO. ¡Es muy pronto!

IRENE. Yo voy a asomarme al balcón. *Vase por la puerta del foro hacia la izquierda.*

FOSO. ¡Qué alegría va a tener esta pobre niña!

LIBORIA. ¿Sí, verdá?

IRENE. *Asomándose llena de inquietud a la puerta.* ¡Es la tía Luisita! ¡la tía Luisita!

LIBORIA. ¿Sola?

IRENE. Con don Jovito, el del tercero. *Vase corriendo hacia la derecha.*

FOSO. Pues sí que lo extraño. ¿Qué hora es ya? *Sacando su reloj.* Vaya usted a saber; este reloj no anda más que de día…

LIBORIA. Se conoce que se nos han ido las horas charla que charla.

FOSO. Eso debe de ser. Tengo… tengo… No obstante mi seguridad en la obra, tengo… tengo cierta emoción.

LIBORIA. ¡Ay, Dios mío!

FOSO. Nada, nada: descuide usted, que no ha pasado nada.

Salen, con Irene, Luisita y don Jovito.

Luisita, solterona de buen ver, que usa quevedos, viene arrebatada, sofocadísima, llena de indignación. Don Jovito, vecino de la casa, ya entrado en años, es hombre apagado y pacífico.

IRENE. *Pálida, trémula, asombrada.* Pero, por Dios, tía Luisita, ¿es eso posible?

LUISITA. ¡Ay, qué rato! ¡ay, qué noche! ¡ay, qué indignación! ¡Sinvergüenzas! ¡canallas! ¡animales!

FOSO. Pero ¿ha terminado ya el drama?

LUISITA. ¡Ay, qué gente! ¡ay, qué público! ¡ay, qué picardía! ¡Bandidos! ¡tunantes! ¡borrachones!

IRENE. ¿Oye usted, señor Foso?

LUISITA. ¡Asesinos! ¡Destruir así el porvenir de una familia honrada! ¡Ay! ¡ay! Un abanico… ¿Qué digo un abanico? ¡Un revólver! Porque yo mato a alguno, yo mato a alguno… ¡Ay, Dios mío! ¡ay, qué infamia! ¡qué infamia! ¡qué infamia!

FOSO. *Atónito.* Pero ¿no hemos tenido un éxito muy grande?

LUISITA. Pero ¿no me está usted oyendo, señor?

DON JOVITO. Ha sido una desgracia; una mala noche…

FOSO. A ver, a ver: ¿quiere usted explicarnos…?

IRENE. Sí, sí; cuente usted, tía Luisita, cuente usted…

LIBORIA. Cuente usté.

IRENE. ¡Ay, Dios mío de mi alma! ¡Cuántas ilusiones por tierra! ¡Pobrecito papá! ¡Pobrecitos nosotros todos! *Llorando.* ¡Ay, señor Foso, el

teatro es un arca cerrada: tiene usted razón!

LUISITA. ¡Yo he pasado primero una angustia, y luego un sofoco, y después una rabieta!… ¡Ay! ¡Por supuesto, mi cuñado es un calzonazos, un viva la Virgen!… ¡Si llego yo a ser hombre esta noche —que me ha faltado poco—, yo no salgo de allí sin armar una gresca; sin pegarme con ocho o diez; sin volar el teatro! ¡Piratas! ¡granujas! Y vengo decidida: tenemos que fundar un periódico, cueste lo que cueste. ¡Esto no queda así! Al concluir el segundo acto casi me dió un insulto. Gracias que don Jovito es muy amable, y me subió un refresco. ¡Ay! ¡ay!

FOSO. *Impaciente.* Pero ¡por los clavos de Cristo! ¿tiene usted la bondad de referirnos lo que ha pasado? ¿Es que ha habido muchas protestas?

LUISITA. ¿Cómo protestas? ¡Un motín! ¡un escándalo! ¡un terremoto!

DON JOVITO. Por ahí, por ahí…

LUISITA. ¡De seguro que ha ido gente pagada!

DON JOVITO. Por ahí…

LUISITA. Porque la tomaban con todo, señor: con el drama, con los actores —¡mala bomba en ellos!— con las actrices —¡mala peste en ellas!— con los trajes —¡ay, qué trajecitos!…— Y venga gritar, y pegar patadas, y dar bastonazos… ¡Qué país éste! En Francia no se silba; ni en Inglaterra… Y en Alemania, cuando no gusta una obra, se pide cerveza, y nada más.

IRENE. ¡Jesús! ¡Jesús!

FOSO. ¡Jesús mil veces!

LUISITA. El uno que hacía el gato, el otro que hacía el perro, el otro que hacía el mirlo, diez o doce lo menos que hacían el gallo…

FOSO. *Filosóficamente.* ¡El teatro es un arca cerrada!

IRENE. ¡Virgen mía de las Angustias! ¿Era esto lo que nos tenías reservado? Pero ¿cómo aseguraba usted, señor Foso, que iban a sacar a mi papá en triunfo?

FOSO. Irenita, yo estoy perplejo; yo estoy frente al caos.

LIBORIA. Si me dicen a mí que la inquilina del entresuelo ha venido una noche sola, no me asombro más.

DON JOVITO. ¡Mucho!

FOSO. Vamos a ver, señora, vamos a ver… Porque yo me pellizco y… ¿Dónde empezó el jaleo?

LUISITA. Calcule usted: empezó en el acto primero; en aquella frase tan bonita del galán, en que dice que el sol alumbra sin reparar en que pica y viceversa.

IRENE. *Estupefacta.* ¿Está usted oyendo, señor Foso?

FOSO. *Después de soplar la pipa.* Me lo temía.

IRENE. ¿Que se lo temía usted?

FOSO. ¡Ya lo creo! Había callado, porque no me gusta alarmar; pero esa frase hay que decirla muy bien, o no tiene efecto ninguno.

DON JOVITO. Ahí le duele.

LUISITA. Pues aquel perro de cómico —¡mal rayo lo parta!— la dijo todo lo mal que pudo. Se equivocó al final. Por decir alumbra, dijo alambre. Y luego ¡qué galán! Así de estatura. Y sin voz. Del paraíso gritaban: «¡Más alto!» «¡Más alto!»

IRENE. ¿Por la voz?

LUISITA. ¡Y por la estatura, sería!

FOSO. Con elementos así, no hay éxito posible: ya me voy explicando la catástrofe.

DON JOVITO. Por ahí…

IRENE. Dígame usted, tía: la escena de Alfonsa y el sacerdote, ¿cómo cayó?

LUISITA. ¡No me la nombres, hija! Allí fué Troya; allí fué lo grande. *Foso sopla otra vez la pipa por hacer algo.* ¿No ves que el público la traía emprendida desde el principio con el dichoso cura? Además, el bribonazo que hacía el papel, en lugar de afeitarse el bigote —¡mala tiña se lo consuma!— se lo tapó con pasta. Y a la cuenta lo hizo tan mal, que con el calor del teatro, y con los gestos de la escena, se le empezó a salir una guía lo mismo que una brocha. ¡No quieras oír a los guasones! «¡Que se afeite!» «¡Que se afeite!» «¡Ese cura es de pega!» El hombre se cortó, se azoró, y quiso seguir la escena de espaldas al público; pero en esto se le cae el solideo, y cuando

vieron que no tenía corona, fueron tales los gritos y las voces, que hubo que echar abajo el telón. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué *corajina* tengo! ¡Estoy furiosa!

FOSO. Ya no hay más que oír ni que pensar: ya está descubierta la incógnita: lo imprevisto. El tiro que falla, el niño que llora, la estatua que estornuda… Lo imprevisto. ¡Si me ocurrió a mí en Price cuando estrené *La sotana y la levita o Los crímenes de los masones*! Primer acto: arriba; segundo acto: arriba; tercer acto: un personaje dice: «El señor obispo se acerca». Y en lugar del obispo sale un perro de aguas. ¡Se acabó la obra! ¡No recuerdo tumulto igual! Tuve que marcharme a mi casa con barba postiza.

IRENE. *Con súbito arranque de indignación.* Pues si lo han silbado a usted tantas veces, ¿por qué se las echa de entendido?

FOSO. ¿Eh?

DON JOVITO. Ahí le duele.

FOSO. Oiga usted, niña, ya que sale usted por peteneras: si su papá de usted hubiera sido un poco más modesto, y cogiendo su drama me hubiera dicho: «Amigo Foso, ahí está mi obra: déle usted cuatro toques», otro gallo le cantaría.

LUISITA. ¿Otro gallo? ¡Si usted le da esos toques que dice, arrastran a mi cuñado esta noche!

FOSO. ¿Eh?

LUISITA. ¡Pues claro, señor! Tiene razón Irene: ya cansa usted con tanto echárselas de sabio, y predicar cómo debe hacerse, y esto está mal y lo otro está peor… ¡Y luego estrena usted y hay que avisar a la Cruz Roja!

DON JOVITO. Por ahí, por ahí…

FOSO. Señora doña Luisita, el vulgo… etcétera, etcétera… y pues lo paga… etcétera… hablarle en… etcétera, etcétera.

LUISITA. ¡Señor Foso, está usted en mi casa y me está usted faltando!

FOSO. Señora doña Luisita, es que hay cosas…

LUISITA. ¡Pues si hay cosas, la primera cosa que debe usted mirar es que habla con una dama!…

FOSO. Acepto la lección, a fuer de prudente.

LUISITA. Bueno, bueno.

FOSO. ¡Y tan bueno!

LUISITA. Bueno.

IRENE. Han llamado. Ya están ahí. *Marchándose.* ¡Qué noche más distinta de la que soñábamos!

LUISITA. ¡Pobre Abel! ¡Quería a su drama como a un hijo!

LIBORIA. Quite usté; ¡si se parte el alma!…

LUISITA. *A Liboria, que se asoma a la puerta.* ¿Son ellos?

LIBORIA. Ellos son; sí, señora.

LUISITA. *Yéndose a recibirlos.* ¡Ay, Jesús! Esto parece una pesadilla.

FOSO. ¡Culparme a mí!… ¡culparme a mí!… ¡Pues, hombre! ¿Soy yo el Papa?

DON JOVITO. ¡Tremenda desgracia, señores! Yo he presenciado aquello y todavía no he entrado en calor.

LIBORIA. Es un espanto, don Jovito. ¡Y en la situación que les coge!

DON JOVITO. Pues eso es lo horrible: que aquí no hay pan mañana. ¡Deben hasta el aire!

FOSO. ¡Chito, que llegan ya!

Llegan, en efecto, don Abel, Eduardo, Irene y Luisita, por este orden, silenciosos y mustios. Don Abel se sienta en una silla, abatido, sin decir palabra. Su hijo Eduardo permanece un momento abrazado a su hermana y luego se sienta también sin hablar. Luisita reprime sus nervios. Todos contemplan al autor con aire compasivo. Nadie se atreve a romper el silencio en un rato.

DON ABEL. *Mirando a Foso, lleno de aflicción.* Amigo Foso, hemos perdido la batalla.

FOSO. Lo sé, don Abel; y soy el primero en lamentarlo. Pero no tengo yo la culpa.

DON ABEL. Y ¿quién lo culpa a usted, señor?

FOSO. ¡Todos los presentes!

DON ABEL. ¿Por qué? La culpa no es de nadie. La culpa es mía: enteramente mía. Y mucho me duele mi equivocación, si la hay, en efecto; pero lo que más me aflige, me indigna, es la manera brutal, desconsiderada, soez, con que se ha rechazado mi trabajo, que a nadie ofendía; con que se han pisoteado mis ilusiones.

IRENE. Pero la silba, ¿ha sido tan grande como dicen, papá?

DON ABEL. Ha sido tremenda, hija mía.

EDUARDO. Tremenda, hermana.

IRENE. ¿Ni aun en el paso de la muerte han aplaudido?

LUISITA. *Estallando.* ¿Cómo habían de aplaudir, si uno de la orquesta había puesto su sombrero junto a la concha del apuntador y los de arriba empezaron a tirarle cosas? ¡Qué país! ¡Qué asco!

FOSO. ¿También de eso seré yo responsable?

LUISITA. Lo que debes hacer, Abel, es darle más ensayos a la obra, acortar algunas escenas y meterle tres o cuatro chistes al principio. Si a ti no te salen. Castañeda, el sastre del portal, tiene muy buenas ocurrencias.

LIBORIA. ¡Eso! ¡Y que la traguen!

FOSO. Yo me reservo mi juicio.

DON JOVITO. ¿Y poniéndole música, gustaría?

LUISITA. ¡Qué barbaridad!

IRENE. Calle usted, por Dios, don Jovito…

LIBORIA. ¡Miste que música! ¡Vamos!

DON JOVITO. Ustedes perdonen.

LUISITA. No hay más que hacer lo que yo he dicho, y quitar el cura. Al público le ha chocado el pura. Salió el cura, y todo se lo llevó el diablo.

LIBORIA. Como que dice mi marido que las cosas de la Iglesia no se deben sacar a las tablas.

DON JOVITO. ¡Mucho! ¡mucho!

LUISITA. Ya recordará éste que se lo aconsejé: haz de ese cura un comandante. No es preciso que sea el confesor de la familia. Los militares tienen mucha autoridad siempre. ¿Qué opina usted, Foso?

FOSO. Insisto en que me reservo mi juicio. Pero sí diré que cuando a mí me silbaron *La herencia fingida o Los crímenes de los protestantes…*

IRENE. Déjese usted de protestantes ahora.

DON ABEL. Sí, sí; no deliremos. Lo ocurrido esta noche es irremediable.

IRENE. Irremediable; ésa es la verdad.

LIBORIA. ¡Qué dolor! ¡Con lo que aquí se ha *fantasiao*!…

DON JOVITO.

Mala la hubisteis, ingleses,
en esa de Roncesvalles…

FOSO. Franceses, hombre.

DON JOVITO. Yo sé por lo que digo *ingleses.*

LIBORIA. ¿Están llamando?

IRENE. ¿Quién podrá ser ahora?

LUISITA. Castañeda, el de abajo, seguramente.

LIBORIA. Deje usté; yo iré. *Vase.*

FOSO. Pero, amigo don Abel, no sé qué me da verlo de esa manera. Levante usted el ánimo, hombre de Dios, que quién más, quién menos, ya sabemos a qué sabe el jarabe de silba. ¿O cree usted, por ventura, que es el primero a quien le ponen las orejas calientes? Han silbado a Lope, a Calderón, a Moreto, a Zorrilla, a Tamayo, a mí… ¡a todos, hombre, a todos!

LUISITA. Y, aparte de eso, Abel, que la obra es muy bonita, digan lo que quieran; que en el público ha habido gente envidiosa y gente pagada…

DON JOVITO. Y gente que no ha pagado también…

LUISITA. Que los cómicos la han degollado…

DON ABEL. Eso sí; no cabe discutirlo.

LUISITA. Que tenemos que fundar un periódico…

FOSO. ¡Bravo! ¡Un periódico!

DON JOVITO. Por ahí…

FOSO. ¡Muy bien! ¡muy bien! Yo me encargo de la revista de teatros.

Luisita. Sí, señor; porque es muy triste que haya que aguantarse en un caso así.

Don Abel. Calla, Luisita, calla. Callad todos. No disparatemos en nuestro afán de hallar paliativos a lo que no los tiene. Mi desengaño ha sido tan grande, tan cruel, que me hace abrir los ojos a la realidad. ¿Qué importa ahora que el drama sea malo o sea bueno, ni que el cura deba ser militar, ni que yo tenga quien me envidie, ni que Foso se equivoque o acierte, ni que en el público haya habido mala fe, ni que al castigarme haya empleado groserías de taberna o de plaza de toros? Lo tremendo aquí, lo pavoroso, es mi ruina total, mi ruina abrumadora; es que yo dejé mis medios de vivir por estas caballerías del teatro, y sacrifiqué neciamente a mis hijos; es que no veo solución a este desastre; es que no sé, no sé qué va a ser de mí ni de los míos, derrumbadas las esperanzas que puse en mi obra…

Don Mauricio se presenta oportunamente en la puerta.

Don Mauricio. ¿Se puede pasar?

Movimiento de todos.

Don Abel. ¿Eh? *Avergonzado al verlo.* ¡Mauricio!

Irene. *Con timidez.* Adelante, señor de Regla, adelante.

Pasa don Mauricio y estrecha las manos a Irenita, mirando a los demás. Liboria asoma en este momento y contempla el cuadro. Foso vuelve a soplar la pipa. Cae rápidamente el telón.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Despacho elegante y severo de don Mauricio Regla y Salazar en un ministerio. Al foro, la mesa de trabajo y una mesita auxiliar. Chimenea encendida a la derecha del actor. Mampara a la izquierda. Es de día.

Bermúdez pone documentos a la firma de don Mauricio.

DON MAURICIO. ¿Anoche se trabajó de firme?

BERMÚDEZ. Todo el personal estuvo aquí. El señor ministro quería esos datos para la sesión de hoy.

DON MAURICIO. ¿Quién ha escrito esto?

BERMÚDEZ. Un sobrinillo mío, que sirve de temporero hace un mes.

DON MAURICIO. Tiene bonita letra.

BERMÚDEZ. Algo recuerda la escuela todavía.

DON MAURICIO. Esta noche lo necesito a usted.

BERMÚDEZ. ¿A qué hora?

DON MAURICIO. Después de cenar. Nos reunimos en el café y nos venimos juntos. ¿Hay más?

BERMÚDEZ. No, señor. ¿Manda usted otra cosa?

DON MAURICIO. Nada. No deje usted de comprobar eso en la *Gaceta*.

BERMÚDEZ. Ahora mismo. Hasta luego.

DON MAURICIO. Adiós, Bermúdez.

Vase Bermúdez con todos los documentos firmados.

Don Mauricio fuma y hojea papeles. Después oprime el botón de un timbre, que suena dentro, y aparece Parra por la mampara.

Parra es el portero mayor. Frisa con los cincuenta.

DON MAURICIO. Oiga, Parra.

PARRA. Usía me dirá.

DON MAURICIO. Sin usía.

PARRA. Como es la primera vez que veo a usía esta mañana…

DON MAURICIO. ¡Sin usía, hombre! Menos usía y más obediencia. ¿Ha venido alguien?

PARRA. Precisamente acaba de llegar el caballero de que ayer me habló usted.

DON MAURICIO. Y ¿cómo no lo ha hecho usted pasar?

PARRA. Porque acaba de llegar, precisamente.

DON MAURICIO. Pues que pase, que pase.

PARRA. En seguida. *Se va.*

Don Mauricio se levanta, y de espaldas a la chimenea espera la visita. De pronto, Parra vuelve a abrir la mampara y deja pasar a don Abel.

DON ABEL. ¿Hay permiso?

DON MAURICIO. Entra, hombre, entra. ¿Cómo te va?

DON ABEL. Tirando.

DON MAURICIO. ¿Y la gente menuda?

DON ABEL. Bien todos. ¿Y tu hermana?

DON MAURICIO. Así, así. *Mira a Parra.*

PARRA. ¿Desea usted algo?

DON MAURICIO. Sí, señor: que se vaya usted, y que no se quede escuchando detrás de la mampara, como otras veces.

PARRA. Entendido.

DON MAURICIO. Lo he dicho bien claro.

Vase Parra.

DON ABEL. Veo que no cambias de carácter. Genio y figura…

DON MAURICIO. Es que este buen Parra es muy entrometido y muy hablador, y si no lo pongo a raya, capaz es de acercarse a contarnos un cuento. Pero deja el sombrero, simple. ¿Vas a gastar cumplidos?

DON ABEL. *Obedeciéndolo.* Soy el pobre escribiente del ilustrísimo señor don Mauricio Regla y Salazar.

DON MAURICIO. Eso, luego. Ahora eres mi amigo Abel Secano. *Lo abraza.* ¿Te has venido a cuerpo?

DON ABEL. Si.

DON MAURICIO. Pues hace un frío de todos los demonios.

DON ABEL. *Suspirando.* Sí lo hace, sí; pero… me he venido a cuerpo. Achaque de escribientes.

DON MAURICIO. Ya se atenderá a todo. ¿Quieres un cigarrillo?

DON ABEL. Dámelo. ¡Buen despacho tienes!

DON MAURICIO. No es malo, no.

DON ABEL. Te lo mereces todo, Mauricio. Mi familia está que no sabe dónde ponerte. Irenita ha recortado un retrato tuyo de no sé qué periódico, le ha hecho un marco de paja de un sombrero mío y te ha colgado en el comedor.

DON MAURICIO. ¡Ja, ja! Dile que lo quite. Yo os mandaré uno bueno.

DON ABEL. Te lo cuento para que veas hasta dónde mis hijos saben agradecer lo que haces por su padre.

DON MAURICIO. Bien está, bien está.

DON ABEL. A mí me has salvado.

DON MAURICIO. Calla.

DON ABEL. Sobre sacarme de la cabeza mis caballerías literarias, mis locuras, me das un medio decoroso para que no me muera de hambre. Recobro el juicio, tengo pan que llevar a mi casa, y tengo tu amistad, que vale más que todo ello junto.

DON MAURICIO. Oye una cosa. Tu reposición en tu antiguo destino va en vías de conseguirse. El ministro está conmigo a qué quieres boca. Allá veremos. Por de pronto, y por si tarda en arreglarse la combinación, aquí

tienes esto que yo te doy. Es una a manera de gratificación por trabajos extraordinarios: sale de los gastos del material. Yo siento que sea tan poca cosa; pero, chico, algo es algo… Menos da una piedra.

DON ABEL. A mí me parece lo que me das un monte de oro; pero si te cuesta la menor violencia el proporcionármelo…

DON MAURICIO. No digas tonterías. Ni se hable más del particular.

Breve pausa.

DON ABEL. Qué, ¿no trabajamos?

DON MAURICIO. Ahora, hombre, ahora; no tengas prisa. Lo tomas con ganas.

DON ABEL. Sí; te aseguro que sí. Creía yo que al volver a subir las escaleras de esta casa, después de más de tres años de voluntario olvido, sentiría tristeza, pesadumbre; el dolor del retorno a la cárcel… y ha sido al revés. He entrado animoso, contento… Y ¿a qué no sabes a quién me he encontrado en la primera mesetilla?

DON MAURICIO. ¿A quién?

DON ABEL. A don Jesús.

DON MAURICIO. ¡Ah! El gran don Jesús…

DON ABEL. Y está lo mismo: parece que duerme en aguardiente. Me ha dicho que sigue haciendo sus visitas a nuestro negociado. ¿Querrás creer, chico, que desde que me dediqué a dramaturgo nunca volví a poner los pies allí?

DON MAURICIO. Ya, ya.

DON ABEL. ¿Se murió Cabra?

DON MAURICIO. No. En el mismo pupitre lo tienes. Por razón de economías le han rebajado el sueldo mil reales, pero allí sigue.

DON ABEL. Y no es que él se queje, ¿eh? ¡Pobre Cabra!

DON MAURICIO. Vamos a trabajar. *Toca el timbre.*

DON ABEL. Cuando quieras. Soy tuyo. Vuelvo a lo que fui lleno de alegría; de alegría sana… de alegría… de alegría… Yo tenía una facilidad de palabra que voy perdiendo.

DON MAURICIO. No te importe. *A Parra, que se presenta en la mampara.* Traiga usted leña. *A don Abel.* Vas a ponerte frente a mí; aquí, en mi misma mesa. *Se sienta en su sillón. Don Abel obedece y se coloca frente a él.* Primero que nada quiero que copies esto.

DON ABEL. Lo que tú me digas. ¿Hago letra corriente o de adorno?

DON MAURICIO. Corriente… Esmeradita, ¿sabes?

DON ABEL. Descuide usted. Digo, descuida. ¿Te parece?

DON MAURICIO. Yo, mientras, voy a preparar… Porque, chico, me traen de cabeza.

Pausa breve. Trabajan los dos.

Asómase Bermúdez, y habla con don Mauricio desde la puerta.

BERMÚDEZ. ¿Da usted su permiso?

DON MAURICIO. Adelante, Bermúdez. ¿Qué hay?

BERMÚDEZ. El señor ministro que tenga usted la bondad de ir a su despacho.

DON MAURICIO. Dígale usted que voy en seguida. ¿Hay alguien con él?

BERMÚDEZ. Sí, señor; ese diputado andaluz…

DON MAURICIO. ¿Narbona?

BERMÚDEZ. El mismo.

DON MAURICIO. Ya sé lo que quiere. Voy allá.

Vase Bermúdez. Don Mauricio busca unos papeles, y cuando va a marcharse lo llama don Abel.

DON ABEL. Mauricio.

DON MAURICIO. ¿Qué pasa?

DON ABEL. *Mostrándole el original de lo que copia.* Aquí se te ha escapado un galicismo.

DON MAURICIO. Bueno, pues déjalo; no te preocupes tú de esos detalles.

DON ABEL. Dispensa.

Don Mauricio. Estás dispensado. En esta oficina, ninguno que tenga menos sueldo que yo, escribe mejor que yo. *Vase.*

Don Abel. ¡Je! Sus genialidades de siempre… Pero en esta oficina, como en todas, es un disparate escribir *desapercibido* por *inadvertido.* Y no hay que darle vueltas. *Vuelve a su labor*. También este *cuyo* es sandunguero… En fin, allá él… Una cosa es la amistad, y el estilo es otra cosa.

Llega Parra con leña para la chimenea, cantando flamenco.

Parra.

Tú me dejaste solito…

Don Abel. ¿Eh?

Parra. ¡Ah! Usted perdone. Como vi salir al señor Regla, y no tenía costumbre de que usted viniese, creí que el despacho estaba solo.

Don Abel. Ya.

Parra mueve en la chimenea los tizones y echa leña de la que trae.

Parra. Se me hace raro que don Mauricio pida fuego… ¡Digo! Él está siempre echando lumbre… Vamos, echando lumbre en el buen sentido… No es esto criticar.

De improviso ábrese violentamente la mampara, y aparece Urrutia sombrero en mano.

Parra. ¡Hombre! ¡hombre! ¿qué manera de entrar en un despacho es ésa?

Urrutia. No… no creí que el muelle estaba tan flojo.

Parra. Lo primero es pedir permiso.

Urrutia. ¿Sí, verdad?

Parra. ¿Qué se le ofrece a usted?

Urrutia. Me… me ha dicho el señor Regla que pase y que lo espere aquí. Y… y no doy más explicaciones.

Parra. ¡Bueno, hombre, bueno! ¿Tiene usted usía?

Urrutia. To… todo se andará. *Reparando en don Abel, que lo está mirando sonriente.* ¡Don… don Abel!

DON ABEL. Amigo Urrutia.

URRUTIA. Tan… tanto tiempo sin verlo. ¿Cómo sigue usted?

DON ABEL. Bien, ¿y usted? ¡Está usted más gordo!

URRUTIA. La… la buena vida. Y… usted está más alto.

DON ABEL. ¿Más alto? ¡Ya no tengo edad de crecer!

URRUTIA. Se… serán los tacones.

PARRA. *Al marcharse, por decir algo.* No alcen mucho la voz, que luego se oye todo y se enfada el señor ministro.

URRUTIA. ¿Ah, sí? Yo… yo creí que el ministro era usted.

PARRA. Pues yo lo tomé a usted por el presidente del Consejo. ¡Mira éste ahora! *Se va.*

URRUTIA. ¡Qué… qué tunante! Se… se figuran que son generales porque tienen galones. Me… me las traigo yo con los portentos.

DON ABEL. ¡Vaya, vaya con el amigo Urrutia! ¡Si viera usted lo que yo gozo saludando a mis antiguos compañeros de covachuela!

URRUTIA. Y… y ¿qué hace usted aquí, ahora que me acuerdo?

DON ABEL. *Vergonzosamente.* Pues… nada… que Mauricio me necesita para un trabajo delicado… y como yo soy siempre el mismo… el amigo de mis amigos… ¿Y usted? ¿A qué debemos esta visita?

URRUTIA. Ven… vengo a darle las gracias a don Mauricio.

DON ABEL. ¿Por qué?

URRUTIA. Me… me ha ascendido a seis… Me… me ha hecho hombre. Usted calcule: siete duritos más…

DON ABEL. Que sea enhorabuena, querido Urrutia. *Se sienta junto a la chimenea.*

Urrutia se sienta también, después de calentarse un poco.

URRUTIA. ¿A usted lo ha colocado de nuevo?

DON ABEL. Tras de ello anda ahora.

URRUTIA. ¿Pe… pero eso no querrá decir que usted abandone el teatro?

DON ABEL. Hombre… el teatro… el teatro…

URRUTIA. ¿Es… estrenó usted *La cotorra herida?*

DON ABEL. *La paloma…*

URRUTIA. Eso es: *La paloma mensajera.*

DON ABEL. *Herida, herida.*

URRUTIA. *Herida,* eso es. ¡Qué cabezota soy!

DON ABEL. La estrené, sí, señor, en mal hora… y por mi desgracia.

URRUTIA. ¿Se… se la *machacaron* a usted?

DON ABEL. Y ¿cómo no, querido Urrutia? *La vida es sueño* no resiste el embate de aquel público inculto, brutal, para quien la única diversión era el fracaso. ¡Qué noche! No quiero acordarme. Ya pasó, ya pasó.

URRUTIA. A… a mí, en buena hora lo diga, hasta el presente no me han *machacado* ninguna.

DON ABEL. *Atónito.* Pero… ¿cómo? ¿Usted?… ¿Usted?…

URRUTIA. ¡Qué… qué cara pone!

DON ABEL. ¿Usted también se ha dado a las letras?

URRUTIA. ¿A… a las letras? ¡Un cuerno! ¡Al… al teatro! He estrenado un par de piececitas… con un amigo.

DON ABEL. ¿Dónde?

URRUTIA. En… en la *Sociedad Carrascosa.*

DON ABEL. Y ¿quién es Carrascosa?

URRUTIA. Ca… Carrascosa es un *fresco* que ha hecho dos sainetitos y que ya tiene *Sociedad.*

DON ABEL. ¡Caramba, hombre, caramba! ¡Qué sorpresa!

URRUTIA. La… la última la estrené el mes pasado.

DON ABEL. ¿Cómo se titula?

URRUTIA. *Cas… Castañas al vapor.* Es muy gorda.

DON ABEL. Y ¿gustó?

URRUTIA. Se… se rieron. A… ahora resulta que tengo gracia, don Abel.

DON ABEL. No es mala fortuna.

URRUTIA. Ver… verdad que no; porque el público no quiere tristezas.

DON ABEL. Sí; pero métase usted a torcer el temperamento del artista. Yo no siento lo cómico; no lo siento. A usted, verbigracia, le sale al paso una pelota de mosquitos en el Retiro, y hace un chiste.

URRUTIA. Se… seguramente.

DON ABEL. Yo, no; yo veo el paludismo que acecha.

URRUTIA. Pues… pues es una gaita. Y ¿sabe usted lo que le digo? Que no ganará nunca dinero con esas cosas.

DON ABEL. Bien, eso es aparte; yo ya no me ocupo…

URRUTIA. ¿Co… cómo que no?

DON ABEL. No, señor, no; estoy desengañado, vencido… Paso de escritor a escribiente.

URRUTIA. ¡Buen tonto está usted! Pudiendo hacerse rico…

DON ABEL. Hay mucho de leyenda en eso.

URRUTIA. Si… si yo, con los argumentos que se me ocurren, supiera redactar como usted…

DON ABEL. ¿Qué quiere decir redactar?

URRUTIA. Re… redactar. Mire usted, don Abel; en lo que hablan los personajes de mis obras, ¡anda con Dios! que mal que bien, me apaño, porque si se me va alguna faltilla de ortografía, co… como las haches no suenan, a Dios gracias, desde el público no se advierte; pero me pongo a redactar, es un ejemplo, dónde han de estar las puertas, o si hay escalinata en un jardín, o un ga… gabinetito modernista, de estos complicados, y ya me tiene usted sudando a chorros.

DON ABEL. ¡Ah! naturalmente. Careciendo de letras, de cierta cultura… A mí eso no me importa. Yo tiro de pluma y me describo a San Francisco el Grande sin dejar un santo en el tintero.

URRUTIA. Es… es que usted ha leído muchas novelas. ¡Ojalá encontrara yo un colaborador como usted!

DON ABEL. Vamos, vamos; ¿quiere usted callar, hombre?

URRUTIA. No… no se haga usted el chiquito. Oiga usted, oiga usted… Le… le voy a contar a usted un argumento que se me ha ocurrido en el tranvía.

DON ABEL. ¡Ja, ja, ja! ¡Este Urrutia!…

URRUTIA. Ve… verá usted. Ello es un capitán de un barco mer… mercante, que trae de América dos loros.

DON ABEL. ¿Dos loros?

URRUTIA. Sí… sí, señor; si por eso me equivoqué yo con lo de la cotorra; porque venía reinando en esto de los loros. Bueno, pues en la travesía… Pero, no; verá usted: uno de los loros es para la que… queridilla del capitán…

DON ABEL. ¡Je!

URRUTIA. Y el otro para una vieja muy beata. En la tra… travesía, que es a lo que iba antes, al loro de su queridilla le enseña muchas pa… palabrotas, por… porquerías, co… cosas verdes, para reírse luego cuando estén almorzando; y al de la beata le enseña la letanía, el gori-gori, y otras pamplinas por el estiló. Bueno, pues el criado del capitán, al llevarlos así que llegan, cam… cambia los loros.

DON ABEL. ¡Ja, ja, ja! ¡Es graciosísimo!

URRUTIA. ¿Verdad que lo es?

DON ABEL. Está, está bien ideado.

URRUTIA. ¿Quiere usted que hagamos la obra juntos?

DON ABEL. ¿Juntos?

URRUTIA. Sí, señor.

DON ABEL. No… si yo no… Estoy fuera de juego… Además, me he prometido a mí mismo… Aparte de que no tengo gracia maldita.

URRUTIA. ¿Que no tiene usted gracia? ¡Por quintales!

DON ABEL. ¿Yo?

URRUTIA. ¡Natural! El que se cree que no la tiene es el que la tiene, como me pasa a mí.

DON ABEL. Es posible… es posible…

URRUTIA. Há… hágame usted caso: yo vivo en la calle de Latoneros, cuatro, segundo. Se va usted por allí unas cuantas tardes, y pitillo va, pitillo viene, nos sorbemos la obra en ocho días.

DON ABEL. Pero si la cuestión es que yo tengo el compromiso moral… Y cuidado que en ese tema de los loros empiezo a ver cosas… ¿Usted habrá imaginado la acción en casa de la vieja?

URRUTIA. Es… es igual.

DON ABEL. Porque a mí se me ocurre que esa vieja puede tener una criada picantilla…

URRUTIA. Sí, señor; ¡con un novio soldado!

DON ABEL. ¡Muy bien! ¡Y entre los dos le enseñan más picardihuelas al loro!

URRUTIA. ¡Y los sorprende la beata y… y tiene que esconderse el soldado debajo de la mesa!

DON ABEL. ¡Ja, ja, ja!

URRUTIA. ¡Ja, ja, ja!

Los dos se ríen de buena fe, con la llama de la inspiración en los ojos.

Llega don Mauricio en tal punto, más cargado de papeles que se marchó, y los observa estupefacto. Don Abel y Urrutia, engolfados como se hallan en su creación, no advierten la presencia del jefe.

DON ABEL. ¡Y haremos que esté un poco borracho!

URRUTIA. ¡Su… superior! ¡Y que diga algunas cosas en voz alta!

DON ABEL. Y la criada le dirá a la vieja: «¡Es el loro, es el loro!» ¡Ja, ja, ja!

URRUTIA. ¡Ja, ja, ja! ¡Tiene usted más gracia que yo!

DON ABEL. No, hombre… Lo que hay es que en este asunto veo… veo… reconozco que veo…

En efecto, ve a don Mauricio y se queda yerto. Urrutia lo ve también después y quisiera que la tierra se lo tragase. Hay unos momentos en que don Mauricio acusa con la mirada a los dos y ellos no se atreven ni a respirar.

DON MAURICIO. *Con entereza.* ¡Salga usted de mi despacho, señor Urrutia!

URRUTIA. Don… don Mauricio…

DON MAURICIO. ¡Salga usted! *Urrutia se estremece y* se *encamina hacia la mampara tembloroso y desconcertado. A mitad de camino don Mauricio vuelve a llamarlo.* ¡Oiga usted!

URRUTIA. *Volviéndose de un salto.* Man… mande usted.

DON MAURICIO. ¡Sirva usted para algo! *Entregándole unos pocos papeles de los que trae.* Llévele usted estos documentos al señor Cortegana.

URRUTIA. ¿Quien… quién es el señor Cortegana?

DON MAURICIO. ¡Tiene usted el deber de saberlo!

URRUTIA. Es… es verdad… Yo… yo venía a darle a usted la enhorabuena… digo, no… a que me diera usted las gracias… digo, no…

DON MAURICIO. ¡Silencio! *Dice esto tan violentamente, que del susto que le da se le caen los papeles a Urrutia.* ¡Bien! ¡Muy bien! ¡Recoja usted esos documentos en seguida, y ordénelos según estaban, o lo suspendo a usted de empleo y sueldo!

URRUTIA. Sí… sí, señor. ¿Es *pata* la mía? *Como puede el hombre recoge los papeles del suelo, invirtiendo doble tiempo del que invertiría si estuviera tranquilo, y luego procura ordenarlos sobre la mesita auxiliar.*

Entretanto don Abel y don Mauricio hablan lo que sigue:

DON MAURICIO. Abel, lo que he visto, ni siquiera es digno de ti. Me has engañado: me has traicionado.

DON ABEL. Perdóname. Es muy difícil en tan pocos días aventar las cenizas de unas ilusiones, acaso por locas más queridas… Si alguna vez has tenido ilusiones, sabrás perdonarme.

DON MAURICIO. He tenido ilusiones; y aún las tengo. Pero cuando han sido desatinadas, he sabido ahogarlas en flor. Para eso está el sentido común. ¿Es que tus promesas nada pueden contigo? ¿Es que nada valen tampoco mis consejos? ¿O es que vas a recobrar la razón cuando te estés muriendo, como Don Quijote? Siéntate, que para que le tomes el gusto al trabajo, vamos a llevarnos aquí hasta las tres de la madrugada.

DON ABEL. Lo que tú ordenes haré yo.

DON MAURICIO. Coge cuartillas, que te voy a dictar. *Mientras don Abel se dispone a ello, dice contemplándolo con lástima.* (Es enfermedad incurable. ¡Pobre amigo mío! Está loco: no tiene atadero).

DON ABEL. Cuando gustes.

DON MAURICIO. *Paseando.* Bases… para la organización y reforma de la Hacienda pública, coma… del Ejército, coma… de la Armada, coma…

Urrutia, oyéndolo dictar, se esfuerza en reprimir la risa.

DON ABEL. *Sin esperar más comas.* Pero, Mauricio…

DON MAURICIO. ¿Qué?

DON ABEL. Me dejas turulato. ¿Aún sigues con tu antigua manía de reformar y regenerar a España?

DON MAURICIO. Aún sigo, sí… Escribe. De la Agricultura, coma… de la Industria, coma… *Suena un timbre.* Aguarda un instante. *Se va.*

DON ABEL. *Apenas desaparece don Mauricio.* ¡Pobre amigo mío! Está loco: no tiene atadero.

URRUTIA. No… no, señor, no lo tiene. Le… le riñe a usted porque escribe comedias, y está todavía con la pa… paparrucha de las bases.

DON ABEL. ¡Jesús! ¡Jesús!… ¡Qué cosas!… Indudable, amigo Urrutia, indudable… La vida es una gran tragedia con personajes de sainete.

URRUTIA. ¡Mu… muy bien dicho!

DON ABEL. ¿Quién había de pensar que ese hombre?… ¡Si hay para soltar la carcajada!

URRUTIA. ¡Pa… para soltar la carcajada!

DON ABEL. Es claro: el público hace bien… Lo que quiere es risa y más risa… y risa y más risa…

URRUTIA. ¿Qué… qué le he dicho a usted yo?

DON ABEL. ¡Como que en la vida no hay más que tipos cómicos! Yo soy un tipo cómico.

URRUTIA. ¡Sí… sí, señor!

DON ABEL. Usted es un tipo cómico.

URRUTIA. ¡Sí… sí, señor!

DON ABEL. Mauricio es otro tipo cómico.

URRUTIA. ¡Sí, sí, señor!

DON ABEL. El propio ministro del ramo, ¿no es un tipo cómico?

URRUTIA. ¡Más cómico que todos juntos!

DON ABEL. Sí, sí… Como la luz, como la luz… Hay que escribir una obra cómica. Amigo Urrutia…

URRUTIA. A… amigo don Abel, ¿lo aguardo a usted mañana?

DON ABEL. No, señor; esta noche.

URRUTIA. ¡Me… mejor que mejor!

DON ABEL. ¿Latoneros?

URRUTIA. Cua… cuatro, segundo.

DON ABEL. Pues hasta luego.

URRUTIA. Hasta luego.

DON ABEL. ¡Un abrazo, colaborador!

URRUTIA. *Abrazándose a él*. ¡Un… un abrazo! ¡El porvenir es nuestro!

DON ABEL. ¡Saldremos a la escena juntos!

URRUTIA. ¡Co… como Daoiz y Velarde!

DON ABEL. ¡Hasta luego!

URRUTIA. ¡Has… hasta luego! *Yéndose radiante de júbilo*. Ti… tipos cómicos… ti… tipos cómicos… muchos ti… tipos cómicos…

DON ABEL. *Echando llamas por los ojos*. Tipos cómicos… tipos cómicos… No hay más que tipos cómicos…

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, mayo y noviembre, 1905.

LA PITANZA

ENTREMÉS

Estrenado en el **Teatro de la Zarzuela** el 15 de septiembre de 1905

AL SR. D. PEDRO
RUIZ DE ARANA,
sus amigos de siempre,
SERAFÍN Y JOAQUIN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Jesusa.	Srta. Mendoza.
Señor Clemente.	Sr. Ruiz de Arana (P.)
Andrés.	Ruiz de Arana (E.)

LA PITANZA

Una plaza en Sevilla. A la derecha del actor, en primer término un banco de piedra. Es de día.

El señor Clemente es un cochero de punto que tiene la parada allí cerca y que almuerza y come en aquel banco. Sale por la derecha del actor y mira hacia la izquierda de muy mal temple. Es que se retrasa el almuerzo más de lo justo.

SEÑOR CLEMENTE. Pos, señó, güeno está: se conose que mi mujé tiene ya la barriga yena. La una er día, y sin paresé con el armuerso. ¿A que se le ha orvidao a la mu bruta? ¡Mardita sea la hora en que un cochero se casó! ¡Así cayera un rayo en mi casa, y la partiera primero a eya, y luego a mi cuñao, y después a mi cuña… y aunque queara una chispita pa los niños no se perdía gran cosa! ¡Jinojo, cómo me tiene la familia!… *Mirando hacia la derecha*. Hombre, me alegraré de que aquer señorito der caqui me quiea tomá por horas; que como no traiga dos güevos fritos en la cartera, lo va a yevá su padre. Vamos, me perdona la vía: pasa e largo… Pué que no yeve suerto. A lo mejó estos de los pantalones doblaos sin que yueva, tienen un duro pa to er mes… Asín se peinan con tanto pelo: pa tené que pelarse poco. Y mi armuerso sin asomá por ningún lao… ¡Mardito sea Morón! ¿En qué estará pensando mi gente? ¿Habrá cogío un elértrico a mi señora? ¿La habrá matao una teja? ¿Se le habrá caío ensima un baú? No quieo formá castiyos en el aire.

Sale por la derecha Andrés, mocito del pueblo.

ANDRÉS. Dios guarde a usté, señó Clemente.

SEÑOR CLEMENTE. ¡Hola!

ANDRÉS. ¿Está usté güeno?

SEÑOR CLEMENTE. Sí, hijo, sí.

ANDRÉS. Ya sé que la familia está güena…

SEÑOR CLEMENTE. Sí; la familia, sí. ¡Güena está la familia!

ANDRÉS. ¿Qué le pasa a usté, señó Clemente?

SEÑOR CLEMENTE. ¡Malas digestiones que hase uno!

ANDRÉS. ¿Sí, verdá? Lo mismo tengo yo a mi madre. ¿Por qué no toma usté una poquita e servesa antes de las comías, pa abrirse el apetito?

SEÑOR CLEMENTE. ¡Guasón, si lo que estoy es desmayao!

ANDRÉS. ¡Ay, qué grasia! ¡Siempre de güen humó!…

SEÑOR CLEMENTE. ¡Siempre! Santa Lusía te conserve la vista.

ANDRÉS. Pos yo pasaba por aquí, y como lo vi a usté desocupao y hase dos o tres días que le quiero hablá de un asunto…

SEÑOR CLEMENTE. ¿De un asunto tú?

ANDRÉS. Pué usté carculárselo… En er tayé me han subío er jorná… y Jesusa y yo habemos pensao formalisá lo nuestro.

SEÑOR CLEMENTE. *Mirando a todas partes y escupiéndose en una mano.* ¿Ande he puesto yo er látigo, hombre?

ANDRÉS. ¿Er látigo? ¿Pa qué quié usté er látigo?

SEÑOR CLEMENTE. ¡Pa crujírtelo ensima y que sargas corriendo por ahí hasta que pierdas los tacones! ¡Mardito sea Morón! ¿Pos no me pregunta que pa qué quieo er látigo?

ANDRÉS. Pero, señó Clemente…

SEÑOR CLEMENTE. ¡Pero, señó Jinojo! ¿Qué te has creío tú? ¿Que porque te dejo hablá con mi niña, porque se me caen los pantalones de güeno, vi yo a consentí que tú te la yeves lo mismo que me yevé yo a mi mujé? ¡Vamos, quita! ¡Vale mi hija como siete veses más que su madre! ¡Y vales tú como setenta veses menos que yo!

ANDRÉS. Pero, señó Clemente…

SEÑOR CLEMENTE. ¡Que te cayes, hombre! ¡Toavía no ganas tú ni pa costearle a mi niña er jabón que gasta!

ANDRÉS. Pero ¿no oye usté que me han subío er jorná?…

SEÑOR CLEMENTE. ¡Me alegro! Compra una arcansía pa los ahorros. ¡No nesesitaba yo en mi casa más que un nieto con la cara e tu madre!

ANDRÉS. ¡Con mi madre no se tiene usté que meté, señó Clemente!

SEÑOR CLEMENTE. ¡Pos no la saques a la caye más que en Carnavá!

ANDRÉS. ¡O se caya usté o vamos a tené un dijusto!

SEÑOR CLEMENTE. ¡O te cayas tú o te sarto un ojo!

ANDRÉS. ¿A mí?

SEÑOR CLEMENTE. ¡A ti!

ANDRÉS. Si no mirara quién es usté… Pero esto es asesinarlo a uno, señó Clemente… Yo le diré a Jesusa lo que ha pasao…

SEÑOR CLEMENTE. Pué que se lo diga yo primero.

ANDRÉS. Como le toque usté er pelo e la ropa…

SEÑOR CLEMENTE. ¿Qué?

ANDRÉS. ¿Que qué?

SEÑOR CLEMENTE. Sí; que qué.

ANDRÉS. *Reprimiéndose*. Na.

SEÑOR CLEMENTE. Pos na.

ANDRÉS. Le vale a usté… le vale a usté… Quéese usté con Dios; no quieo perderme. *Se va de estampía.*

SEÑOR CLEMENTE. ¡Como si vas y te tiras ar río! ¡Me da lo mismo! ¡Mardito sea Morón! ¿Pos no se quié casá con mi hija con dos reales tos los sábados? ¿Qué pensará darle de bebé? ¡Porque supongo que en comé no habrá pensao! ¡Jinojo con er niño! ¡Si le digo a usté que hoy por la mañana me está a mí hasiendo farta un barreno! *A Jesusa, que sale por la izquierda con un portaviandas y una botella de vino.* ¡Vamos, hombre! ¡Ya quiso Dios! ¿Es que se ha parao er reló de la Plasa Nueva, verdá? ¿Y tu madre? ¿Por qué no ha venío tu madre como tos los días? ¡Tenía yo gana de darle una sopita hoy!

JESUSA. Yo le diré a usté lo que ha pasao.

SEÑOR CLEMENTE. No me digas na, si no quiés que de un guantaso te esbarate la cara. ¿Te paese a ti ni medio bien que er cabesa e familia yeve aquí una hora renegando de la familia, y de la cabesa, y der Dios que lo crió, y de la comadre que lo trajo ar mundo?

JESUSA. Pero, padre, si no me deja usté que le esplique…

SEÑOR CLEMENTE. ¡Como que estoy yo pa escuchá discurpitas con el hambre que tengo! Destapa eso ya, y amos a vé lo que me traes; que no fartaba más sino que fuea bacalao con tomate, que siempre me hase daño. ¡Mardito sea Morón! ¿Pa qué estaría ese pueblo en er mapa cuando era yo sortero? ¿Qué delito habré yo cometío pa que me toque esa mujé, que es una ruina? Una mujé fea, una mujé bruta, una mujé arisca, una mujé puerca…

JESUSA. ¿También puerca, padre?

SEÑOR CLEMENTE. ¡Puerca y retepuerca! ¡Se lava con saliva, como los gatos!

JESUSA. Vamos, vamos; siéntese usté aquí y coma usté, que mientras coma usté no hablará lo que no es presiso.

SEÑOR CLEMENTE. *Principiando a comer.* ¡No, si no vi a tené siquiea er derecho der pataleo! ¡Jinojo, qué egoísmo! ¡Ya que me liaseis la santísima pascua entre tos, dejarme que chiye! ¿Tú no ves que si yo no chiyo, reviento? Estése usté to er día ar só, y al aire, y al agua, y a los rayos ensendíos que les dé la gana e caé —porque el *arquila* atrae la elertrisidá—, y luego vaya usté a su casa y encuentre usté a su mujé con las greñas corgando y la cara susia, y a su cuñao —¡sinvergüensa, ladrón, lisensiao e presidio, mar tiro le den, así lo ajorquen!— borracho perdío jugando a las cartas, y a su cuñá chuleando con los vesinos, y a ti charlando con er *jambrera* e tu novio…

JESUSA. ¿*Jambrera*?

SEÑOR CLEMENTE. ¡*Jambrera,* sí! Te lo digo a ti y se lo he dicho a é hase dos minutos.

JESUSA. Pero ¿ha estao aquí ya?

SEÑOR CLEMENTE. Ya ha estao. ¡Por lo visto, se habíais dao sita!

JESUSA. Y ¿qué han hablao ustedes?

SEÑOR CLEMENTE. Casi na, porque no se lo he consentío.

JESUSA. ¿De verdá, padre?

SEÑOR CLEMENTE. ¡No, que juego! ¡Que se haga un hombre y gane los cuartos, aunque sea enseñando a la madre a perra gorda, y entonses pué que si viene a hablarme de ti yo no le rompa una espiniya! Pero mientras eso no suseda y ande lampando e hambre, ¡qué jinojo vi yo a tratá con é de casamiento! Échame vino. *La muchacha, gimoteando, lo obedece.* Y no me hagas pucheros, que es peó. *Bebe.* ¿Esta tortilla la ha guisao tu madre?

JESUSA. Como siempre.

SEÑOR CLEMENTE. ¡Te he dicho que no me hagas pucheros! Y pa que veas tú que soy justo, reconozco que la tortiya está güena. Una cosa es que yo no trague a mi mujé, y otra cosa es haberme tragao la tortiya. *Vuelve a beber*. Er vino no es er mismo.

JESUSA. No, señó, que es otro.

SEÑOR CLEMENTE. Mejó.

JESUSA. Mejó. Un reá más caro.

SEÑOR CLEMENTE. Y ¿a qué viene este lujo?

JESUSA. Si to eso es lo que le iba a usté a esplicá; sino que cuando usté se pone de esa manera, lo que hay que hasé es cayarse.

SEÑOR CLEMENTE. Pos ¿qué ha susedío?

JESUSA. Que a tito Julián le han caío diez duros a la lotería.

SEÑOR CLEMENTE. ¿A mi cuñao?

JESUSA. En er désimo que el otro día se encontró en la caye.

SEÑOR CLEMENTE. ¿Le paese a usté? Tos los granujas tienen suerte.

JESUSA. Y de ér salió darle a usté una sorpresa: comprarle mejó vino y traerle menúo, que sabe que le gusta a usté.

SEÑOR CLEMENTE. *Con súbito gozo.* Pero ¿me traes menúo?

JESUSA. Ahí viene; sí, señó.

SEÑOR CLEMENTE. Es un orsequio que yo estimo; la verdá.

JESUSA. Madre lo ha guisao ¡está más giieno!… Por eso ha sío er vení más tarde.

Señor Clemente. ¿Ha sío por eso, eh? ¡Sí que güele a gloria! Como que tu madre pué guisa en er palasio de los reyes en Madrí. La verdá es la verdá. Y está dicho. Hombre, en Madrí le yaman a esto cayos. ¡Las cosas!… Échame otro vasito, que le vi a hasé la cama.

Jesusa. Tome usté.

Señor Clemente. *Luego que empina el codo.* ¡Pobresiyo mi cuñao! Ahí tienes un hombre que será to lo que se quiera, pero ar que no le farta corasón, y que es agradesío. *Empieza a devorar el menudo.* ¡Claro! Ér no pué orvidá que yo los cogí de mitá e la caye a é y a su hermana, y partí con eyos er cacho e pan que gano pa ustedes. Eso, un hombre e bien no lo orvía. ¡Lástima que tome esas monas er *pajolero*! Porque, eso sí, está dominao por er vino. —La arrastrá e tu madre ha cargao la mano en la pimienta, porque sabe que es mi debilidá… Échame otro vaso—. Y cuidao que yo se lo he dicho veses: «Julián, que tú eres una persona esente; que eres un cabayero; que eres un hombre de pundonó… Bebe, pero no escandalises…» Y se lo digo porque lo quiero. ¡Como quiero a Pastora, su hermaníya! ¡Me vienen a mí con que si chulea o no chulea! Señó, hay que ponerse en las sircustansias. La chiquiya es una jaca e pura sangre: es bonita, es bien andá, tiene mucho fuego, le gustan los hombres como a toas, y quié conosé er mundo, porque le pica la curiosidá… ¿Y por eso vamos a mormurarla? ¡Ni que estuviéramos aquí entre frailes y monjas! ¿Ha fartao en argo a la desensia? ¿Se ha estralimitao en tanto asín? No; porque yo no se lo hubiera consentío. Ni yo, ni tu madre, que tú sabes cómo las gasta, y la palisa que te dió a tí cuando te vio hasé aqueyo. Acuérdate. Y te arvierto que a mí me dijustó… Sí, porque yo he tenío veinte años… y sé que a los veinte años no están las cosas como a los sincuenta. —¡Jinojo! Me he tragao un cachiyo e choriso que me ha dejao la nuez en carne viva. *Bebe otra vez.* Con esto se cura—. Pero tu madre es inflersible en ese terreno. Hase bien, ¿eh? Dios me libre de criticarla. Tu madre es una mujé que tiene sus defertos, que tiene sus flacos, como ca quisque —porque fartas hasta las estatuas las tienen—; pero que puesta a educá a sus hijos, como ha educao a tu hermano y a ti, y a sé lo que se yama una mujé de su casa, no hay en Seviya cuatro que le puean dá lersiones, ¡qué jinojo! La justisia es justisia. Y si no, aquí estás tú. A muchas señoritas de esas der pan pringao quisiea yo vé arterná contigo. Tú sabes saludá, tú sabes

despedirte, tú sabes dá una esplicasión, tú sabes ofresé tu casa, tú no te cortas delante e nadie… en fin, tú vas adonde vaya la primera. Asín estamos tu madre y yo: ¡mirándonos los dos en er pimpoyo que Dios nos ha dao! —Si me traes más, más me como… ¡Mía que hase un día!… Hasta caló tengo.

JESUSA. Como que ha comío usté por media osena.

SEÑOR CLEMENTE. ¡Je! Cuando pasan rábanos… Oye, Jesusiya, ¿cómo es aqueyo de…? *Cantando.*

Rabanera, rabanera,
véndame usté un rabanito…

JESUSA. *Riéndose.* ¡Ay, padre, cáyese usté por Dios, que va a cambiá er viento!

SEÑOR CLEMENTE. ¡Je! Malamente lo hago. Un sigarriyo ahora… ¡Güeno está!… ¡Que ruede er mundo hasta que se canse!

JESUSA. *Mirando de pronto hacia la derecha.* Padre, que lo yaman a usté.

SEÑOR CLEMENTE. No me da la gana de í.

JESUSA. Miste que es un señorito, padre.

SEÑOR CLEMENTE. ¡Pos por eso! ¡Que arquile una burra!

JESUSA. Tira usté er negosio por la ventana.

SEÑOR CLEMENTE. ¡Y tiro a un Hércule de la Alamea! ¡Eso es! Un día es un día… Mía quién va ayí… *Llamando.* ¡Andrés! ¡Andresiyo! ¡Ven acá, hombre, ven acá!

JESUSA. ¡Ven acá, Andresiyo! *Aparece Andrés por la izquierda, mirando receloso al señor Clemente.* Asércate, que no hasemos daño.

SEÑOR CLEMENTE. Tómate un vaso e vino a mi salú. *Andrés se queda estupefacto.* ¡Tómatelo, simple! *Andrés bebe maquinalmente.* ¿Es güeno, eh? *Aludiendo a su hija.* ¡Y no te yevas na! ¡Podría está la criatura! Eso es lo que tienes tú, que eres corto e vista y no has sabio fijarte. Y lo peó de la chiquiya es la cara, pa que te enteres: porque en lo morá… en lo morá es un estornudo e su madre, que debía está en la Historia’España. ¡Bendito sea Morón, que la ha criao!

ANDRÉS. Pero ¿habla usté en serio, señó Clemente?

SEÑOR CLEMENTE. Pos ¿a quién mejó que a ti de vi yo a da mi niña? ¡A ti, que sé que eres un hombre trabajaó y honrao, capaz de sacá un duro de debajo una piedra donde lo haya! ¿Qué? ¿Que ahora apenas tienes jorná? ¡Tampoco vas a casarte esta noche! ¡qué jinojo! ¡A lo mejó se les píen imposibles a argunos hombres! ¡Y en úrtimo caso, ahí está mi coche y aquí estoy yo, pa que no les farte a ustés ni agua bendita!

ANDRÉS. Es usté mu güeno, señó Clemente.

JESUSA. ¿Ves tú? ¿No te lo dije?

SEÑOR CLEMENTE. No es que yo soy güeno: es que tengo memoria, y me acuerdo der pobre e tu padre, y pienso en lo que gosaría si estuviera presente; y me acuerdo de que yo anduve enamoriscaíyo de tu madre —que aquí pa nosotros tres, puso er mingo en su tiempo—, y uno no es de piedra… y er bien que uno haga en esta vía, ya se lo pagarán en la otra. ¡Eché pa elante y subirse ar coche los dos, que ahora mismo vamos a publicá las amonestasiones por toa Seviya!

JESUSA. ¡Ja, ja, ja!

ANDRÉS. Pero ¿qué le pasa a tu padre que está tan contento?

JESUSA. Na: que ha comío.

SEÑOR CLEMENTE. ¡Señó, lo que le pasaría a media España! ¿Pos por qué hay dijustos en er mundo y están yenas las casas e locos? ¡Porque nadie come! ¡Qué jinojo van a contarme a mí! Conque ar coche, ar coche. Vamos a pasearnos.

JESUSA. Pero ¿ha perdío usté la chaveta, padre?

SEÑOR CLEMENTE. Tú déjate yevá.

JESUSA. ¡Ea, pos vamos!

ANDRÉS. ¡Vamos!

Se van por la derecha riéndose. Jesusa se lleva el portaviandas y la botella con que salió.

SEÑOR CLEMENTE. *Recreándose en la pareja*. ¡Ole! ¡ole! ¡Esa es güena gente! ¡Viva mi casta! ¡La verdá es que me ha dao Dios una familia pa ponerla en un marco!

Al público:

Bien comío y bien bebío,
pa remate de funsión
sólo un aplauso te pío.
Sí me largas un sirbío
me cortas la digestión.

FIN

Mira-Sierra (Villalba), agosto, 1905.

EL AMOR EN SOLFA

SEGUNDA PARTE DE «EL AMOR EN EL TEATRO»

CAPRICHO LITERARIO EN CUATRO CUADROS Y UN PRÓLOGO

CON MÚSICA DE RUPERTO CHAPÍ Y JOSÉ SERRANO

Estrenado en el **TEATRO DE APOLO** el 8 de noviembre de 1905

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PRÓLOGO	
El Autor.	José Mesejo.
CUADRO PRIMERO	
La Cautiva.	Joaquina del Pino.
Alhamar.	Juan Reforzó.
CUADRO SEGUNDO	
Carmen.	Isabel Brú.
La Señora Alfonsa.	Pilar Vidal.
El Señor Telesforo.	Emilio Carreras.
Paco.	José Sirvent.
Indalecio.	José Riquelme.
El Señor Atilano.	Miguel Mihura.
Vecinos, vecinas y transeúntes	
CUADRO TERCERO	
Magdalena.	Joaquina del Pino.

Ricardo.	María Palou.
Gaspar.	José Mesejo.
Don Dimas.	Luis Manzano.

Marineros y mozas del pueblo

CUADRO CUARTO

Poncianita.	Isabel Brú.
Blasa.	Antonia Espinosa.
Casildeo.	José Riquelme.
El Señor Roque.	Vicente Carrión.
Mozo 1.º	Antonio P. Soriano.
Ídem 2.º	Victoriano Picó.
Ídem 3.º	Manuel Rodríguez.
Ídem 4.º	José Valverde.

Mozos y mozas del pueblo

PRÓLOGO

El Autor

Inmediatamente detrás del telón aparece la embocadura de un teatro, con lujosa cortina abierta por la mitad, que se pliega a los lados. En la parte superior hay un gran letrero que dice: «Teatro Lírico Nacional».

Sale por la derecha el Autor, sombrero en mano; se dirige al público, y todo lo mejor que puede le dice lo que sigue:

Público amigo y señor:
perdona mi atrevimiento
y oye, si quieres, atento
dos palabras de un autor.

Hace tres años o cuatro,
humilde te presenté
una obrilla que llamé
El amor en el teatro;

donde, con mano tan buena
que conseguí tu favor,
pinté cómo es el amor
a través de nuestra escena.

Mas conozco que hice mal
y que no anduve certero
al dejarme en el tintero
todo el «amor musical».

Enmendando, pues, mi error,
y con más o menos arte,
hice esta segunda parte
de las escenas de amor.

Y en ópera castellana
te ofrezco en primer lugar
los amores de Alhamar
y una Cautiva cristiana.

Dieran corazón y vida
ella por él y él por ella,
mas entre el moro y la bella
hay mucha sangre vertida.

Dejo en sus regios pensiles
al infeliz mahometano,
y te llevo de la mano
a un rincón de los Madriles,

en que verás que te doy
un cuadro de amor chulesco,
sentimental y grotesco,
según la usanza de hoy.

Después, tu recuerdo avivo
de la clásica zarzuela,
donde el amor se revela

siempre audaz y siempre altivo;

y con tan nobles anhelos
y tan sencilla ternura,
que hizo antaño la ventura
de nuestros padres y abuelos.

Finalmente, en pocos trazos,
y en un pueblo de Castilla,
bosquejo una zarzuelilla de
aventuras y estacazos.

Sin ninguna presunción
y con el más sano intento,
los cuatro cuadros presento
a tu consideración.

Si consiguen agradarte,
habré mi gusto logrado;
si no… me iré resignado
con la música a otra parte.

Se retira por cualquier lado sin tropezar.

FIN DEL PRÓLOGO

CUADRO PRIMERO

ÓPERA.— AMOR IMPOSIBLE

El letrero de la embocadura se trueca, por arte de magia o de birlibirloque, por el titulo de este cuadro. La misma variación se verificará en los sucesivos.

La escena es en Granada y en los jardines del palacio de Alhamar, príncipe moro. Es de noche y hay luna.

ESCLAVAS. *Cantando dentro.*

¡Ay de las pobres cautivas
del poderoso Alhamar!
¡Ay de las tristes que lloran
su perdida libertad!

Nuestras lágrimas ardientes
la luna sale a alumbrar,
y a la mañana, piadoso,
el sol las enjugará.

Distraed nuestra pena
cantando en la espesura, ruiseñores.

Llora, noche serena,
tus lágrimas de amor sobre las flores.

Que luego ese llanto
será con el sol
diadema en la rama,
corona en la flor.

Sale la Cautiva.

Cautiva.

El aire del palacio me ahoga y me envenena.
¡Piedad, Señor del cielo, tened de mí piedad!
Me afligen esos cantos; me agobia esta cadena;
la zambra me entristece; ¡yo quiero libertad!

Esclavas. *Dentro.*

Vendrá la alegre aurora con sus risueñas galas;
esparcirán las flores su aroma en derredor;
los pájaros cantando desplegarán sus alas;
murmurarán las fuentes; palpitará el amor…

Sale Alhamar.

Alhamar.

Cautiva cristiana…

Cautiva.

Moro…
¿Otra vez al lado mío?
¿No ves que peno y que lloro
de mirarme presa aquí?

Alhamar.

¿Por qué, mi rico tesoro?
¿Por qué es para ti sombrío
este palacio de oro
que arde en fiestas para ti?

CAUTIVA.

Porque su aire me asesina,
porque su esplendor me mata,
porque es triste y mortecina
para mis ojos su luz…

ALHAMAR.

Oye, mi estrella argentina,
oye, mi paloma ingrata,
oye, mi flor granadina,
perla del campo andaluz:

Cautivo estoy en ti, pues por ti vivo,
cautivo en tu hermosura soberana,
y en tus brazos quisiera estar cautivo;
¡ven a mis brazos tú, bella cristiana!

Me seduce tu realeza,
me hechiza tu dignidad,
me arrastra tu gentileza,
me vence tu majestad.

CAUTIVA.

Yo muero por tu regia gallardía,
yo tiemblo ante tu voz sonora y fuerte,
yo en tus brazos de amor me abrasaría;
pero nunca ha de ser: ¡antes la muerte!

Gala de los africanos,
entre tu amor y mi amor,
la sangre de mis hermanos
eleva ardiente vapor.

ALHAMAR.

Nazarena,
el amor hace luz la sombra oscura,
la nieve fuego, y júbilo la pena.

CAUTIVA.

Príncipe de los príncipes,
todo lo puede amor,
menos lavar la sangre
que la maldad vertió.

Tu padre el rey tirano,
traicionero y feroz,
a muchos de los míos
brutal acuchilló.

Fuimos sus prisioneros
mis damas, mis amigos, mis hermanos,
y en tu bella Granada,
rendidos y entre burlas penetramos.

Como botín de guerra
te me ofrecieron, príncipe valiente;
me elegiste entre todas:
¿por qué primero no me diste muerte?

ALHAMAR.

Porque tus ojos, cristiana,

me encendieron en su luz;
porque tú eres la sultana
de todo el reino andaluz;
porque tú eres el tesoro
que soñé para mi bien;
porque en tus gracias el moro
vió el Edén.

Para ti mis palacios diamantinos,
que edificó el ensueño;
para ti mis poéticos vergeles,
en donde el ocio es dueño.

Sola tú reinarás en mi morada,
tú sola en mi albedrío:
tendrás joyas, y sedas, y perfumes;
¡tendrás el amor mío!

CAUTIVA.

Hijo del Profeta moro,
orgullo del pueblo infiel
ese tu rico tesoro,
este tu bello vergel,

ese amor que en ti se aviva
al par que se aviva en mi,
no los quiere tu cautiva
para si.

En tus jardines, donde el ocio es dueño,
sangre mancha las flores;

los pebeteros de tu regia alcoba
lanzan rojos vapores.
Nunca uniré tu vida con mi vida:
¡jamás he de ser tuya!
¡Ábreme ya las puertas de esta cárcel,
y déjame que huya!

ALHAMAR.

Huye, cristiana, huye,
y mátame al huir.
¡Jamás te hubiera visto!
¡Ya el sol no sale nunca para mi!
En cuanto brille el día
a tu castillo irás:
te llevarán, hermosa, mis gomeles…
¡Cautivo queda el príncipe Alhamar!

Aléjase la Cautiva.

¡Que no llegue el día!
¡Que no alumbre el sol!

CAUTIVA. *Dentro.*

¡Príncipe: te quiero!
¡Maldito mi amor!

ESCLAVAS. *Dentro.*

Vendrá la alegre aurora con sus risueñas galas;
esparcirán las flores su aroma en derredor;
los pájaros cantando desplegarán sus alas:
murmurarán las fuentes; palpitará el amor…

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

SAINETE LÍRICO.— AMOR CHULESCO

Calle en los barrios bajos de Madrid. A la derecha del actor, la casa del señor Telesforo. A la izquierda, de frente al público, la del señor Atilano. Es a la caída de la tarde, en el mes de julio.

El señor Telesforo está sentado a la puerta de su casa, en mangas de camisa. Se entretiene en jugar con un boliche.

SEÑOR TELESFORO. Con esto del descanso dominical, hay día pa to lo que se quiera. Mi mujer se ríe; pero yo me distraigo más así que viendo entarugar las cayes.

Sale Paco, chulo «repudrío» por el querer.

PACO. Dios guarde a usté, señor Telesforo.

SEÑOR TELESFORO. No me hables ahora.

PACO. ¿Qué está usté haciendo?

SEÑOR TELESFORO. Caya, hombre, caya; que hablando se me va la vista.

PACO. ¿Cómo?

SEÑOR TELESFORO. ¡Rediez, qué pesao vienes! *Dejando el juego.* Y ¡vaya una cara pa ser domingo! ¿Te han leído alguna hoja de almanaque?

PACO. Me da usté envidia, hombre: me da usté envidia con ese genio tan festivo. ¿Ha salío la Carmen?

Señor Telesforo. ¡Acabáramos! Ya está aquí el de «Que nos entierren juntos». Pero, ven acá, papel de luto: reflexiona. ¿No conoces que mientras tú te achicharras y te haces cisco por la Carmen, eya está en los toros muy vestía y muy puesta, y que quién la ha osequiao es el Indalecio?

Paco. ¡Maldita sea la fiesta nacional! Cáyese usté, señor Telesforo, que me está usté cosiendo a puñalás el alma. Usté sabe lo que esa mujer ha sío pa mí, y yo pa eya. Desde así nos queremos; usté lo sabe. Eya iba por serrín pa el gato a la carpintería del señor Sinesio, donde yo estaba de aprendiz…

Señor Telesforo. Si; si me lo cuentas tos los días. Pero ya te lo dije ayer: los pobres nos jorobamos siempre. La Carmen te quería —y pa mí que te sigue queriendo, esto es aparte—; pero al señor Atilano el papelista le gustan las gordas; se le ocurrió casarse con la señora Alfonsa, que es una especie de globo cautivo, y se casó; y la señora Alfonsa yevó su candidato pa la hijastra. Y como la Carmen y la Alfonsa y el Atilano creen que el Indalecio está podrío de dinero, ahí tienes explicao el negocio. Pero yo sé de lo que el Indalecio está podrío, y otras cuantas cosas que a su tiempo saldrán, y o poco puedo, o la Carmen es tuya. Y no hablemos más, que ahí vienen los interesaos…

Paco. Es verdá; que aquí están mis verdugos.

Salen la señora Alfonsa y el señor Atilano, de tiros largos y en dirección a su casa. La señora Alfonsa abulta por cuatro.

Señor Telesforo. ¿De los toros, eh?

Señora Alfonsa. Sí, señor, de los toros. Porque se puede.

Señor Atilano. De ver los toros en tres delanteritas de grada.

Señor Telesforo. ¿La señora en las tres?

Señora Alfonsa. La señora en una, mi señor esposo en otra, y la Carmen en otra.

Señor Telesforo. Y ¿en dónde está la Carmen?

Señora Alfonsa. Ahí se ha quedao hablando con una amiga. ¡Rediez lo que pregunta usté!

Éntrase en la casa. Su marido la sigue.

Señor Telesforo. Vecino, vecino.

Señor Atilano. ¿Qué hay?

Señor Telesforo. ¿Se sabe dónde ha caído el *Alcotán?*

Señor Atilano. *Tragando saliva.* Por duodécima y última vez le tolero a usté una guasita sobre el volumen de mi señora esposa. *Vase tras ésta.*

Señor Telesforo. *Riéndose.* ¡Pobre señor Atilano! ¡Le ha tenío que cortar las patas a la cama porque la señora no se podía subir!

Paco. Pero ¿usté ha oído, señor Telesforo, usté ha oído?

Señor Telesforo. Voy por el pianito pa distraerte. *Éntrase en su casa.*

Paco. ¿Por qué me pasa a mí esto? ¿Por qué ha dejao de quererme esa mujer? Yo voy a hacer un disparate, ¡Dios mío! ¡ayí viene! ¡Y ca vez más bonita!

Sale Carmen en dirección a su casa, Paco la detiene.

Música

¿Dónde vas, paloma?
¿Dónde vas, morena?
¿Dónde vas, mi vida?
¿Dónde vas, mi reina?

Carmen.

Quítese de en medio,
yame usté a otra puerta,
que no es usté nadie
pa pedirme cuentas.

Paco.

¿Desde cuándo?

Carmen.

Desde siempre.

Paco.

¡Tié gracia!

Carmen.

Yo me alegro.

Paco.

¿Que te alegras?

Carmen.

¡La mar!

Paco.

Pos que coste que tendrás que sentirlo,
y que coste que me vas a escuchar.

Carmen.

Si has perdido la cabeza,
vete y mándala buscar
y la caye deja franca y no estorbes,
pa que pase to el quiera pasar.

Paco.

Si he perdido la cabeza,
tú has perdido la memoria.
¿No te acuerdas de quién soy?
¿No te acuerdas?

Carmen.

¿Yo? ¡Ni jota!

Paco.

Pronto has olvidao,
picara mujer,
to lo que te quise,
to lo que juré,
to lo que gozabas
con este querer.

Carmen.

¡Ay, Jesús, qué mosca!
¡Ay, qué pesadez!
¡Ni yo sé na de eso
ni lo quieo saber!

Paco.

Pos si no lo sabes,
yo te lo diré.

Apelando a su retórica chula.

Yo soy aquel chicuelo
que, apenas levantaba
tres cuartas en el suelo,
con tu querer soñó:

yo soy aquel que un día
temblando te miraba,
y amor que en ti dormía

mirando despertó:

yo soy el que primero
te dijo: «¡Yo te quiero!»
Vida mía,
ya sabes quién soy yo.

Carmen.

La novia de aquel chico
que a ti te enloquecía,
ya hay más de un año y pico
que el moño se subió.

Y tanta niñería
y tanta bobería,
vida mía,
no las aguanto yo.

Paco.

Ahora soy yo el que te dice
que te vayas y me dejes.

Carmen.

Ahora soy yo la que sigue
su camino como siempre.

Paco.

(¡Y lo malo es que no tengo yo coraje
pa partirle el corazón!)

Carmen.

> (¡Y lo malo es que le quiero, que le quiero,
> que le quiero y se acabó!)

Cesa la música.

Éntrase él en casa del señor Telesforo, más «repudrío» que cuando salió, y ella en su casa, sofocadísima, no sin hacerse antes el clásico mohín de desprecio.

La señora Alfonso y el señor Atilano salen a su puerta con sillas y se sientan.

Señora Alfonsa. Y vé tú a comparar a un carpinterillo como ése, con un hombre tan bien plantao como el Indalecio, que además es de buena familia y tié posibles.

Señor Atilano. Pero ¿qué vas a contarme, mujer? La Carmen se casa con el Indalecio, y al que le pique que se rasque.

Sale en esto el señor Telesforo con un pianito de cristal de juguete, y se sienta también.

Señor Telesforo. Ese *pampli* yorando a moco y baba. Voy a tener que terciar en el asunto. *Empieza a tocar el pianito.*

Señora Alfonsa. ¡Adiós! Se ha trasladao aquí la *Filarmónica.*

Señor Telesforo. Tocando y cantando.

> *Pompón usa la…*

No.

> *Pompón usa la…*

No.

> *Pompón usa la…*

Na, que no pueo sacar el *Pompón*, vecina. Miste que es desgracia.

Sale Indalecio, chulo repugnante, de los de verruga y hongo café malo.

Indalecio. *Saludando a sus futuros suegros.* Pero que muy buenas.

Señor Atilano. Felices, Indalecio. Siéntese usté. *Le ofrece su silla.*

Señor Telesforo. (Ya está aquí Mejía. Yo busco camorra esta tarde.)

Señora Alfonsa. *Llamando.* ¡Niña! ¡Sal, que tiés visita!

Indalecio. Déjala usté estar; que la pre… la pri… la pricipitación —esta palabra se me ha atravesao— no le conviene a ninguna joven.

Señor Atilano. Y ¿a qué debemos la satisfacción de que usté haya venido a vernos a estas horas?

Indalecio. Pues… véase la clase. Como en los toros no hemos podido hablar, por hayarse ustedes en el 9 y yo en el 1, se me ha ocurrido pasar por aquí, a ver si son gustosos de dar esta noche una vueltecita en la verbena con un servidor, lo cual que tengo apalabrao para la Carmen, por un si es caso, un soberbio mantón de la China.

El señor Telesforo toca oportunamente, a manera de comentario burlón, aquello de «La verbena de la Paloma» que se refiere a los famosos mantones. Los otros tres lo miran mosqueados.

Señor Telesforo. También es droga que no sé más que el principio de toas las piezas.

Sale Carmen. Trae también una silla y se sienta.

Carmen. Hola, Indalecio.

Indalecio. Venga con Dios la albahaca virgen o el 155 de las fototipias. Serie B.

Señor Telesforo. (A peseta la línea, ya le costaría un pico ese piropo.)

Carmen. (¿En dónde estará Paco?) ¿Qué dice usté de particular?

Indalecio. Me acababa de expresar en éstos o parecidos términos: véase la clase. Como en los toros no hemos podido hablar, por hayarse ustedes en el 9 y yo en el 1…

Señor Telesforo. (¡Qué pesao es este tío!)

Carmen. Ya, ya le vi a usté muy ancho, ayí a oriya del palco del rey…

Indalecio. Fué casual. Cuidao. Ustedes conocen mis ideas, soy republicano por la *vía lactea.* Mi señor padre usaba en casa gorro frigio y mi

señora madre también. *El señor Telesforo toca la Marsellesa. Las miradas se acentúan.* ¿Es chunga lo del pianito?

Señor Atilano. Parece que sí; pero no le haga usté caso.

Indalecio. ¿No, verdá? Me cargan los jocosos más que las paradas del tranvía. Al tercer cilindro que desarroye, le ventilo la nuez.

Señora Alfonsa. ¡Qué bien habla este hombre! ¡Da gusto oírle!

Carmen. Siga usté con lo que iba contando.

Indalecio. Véase la clase. Digo que soy republicano de los rojos desde que nací, lo cual que no está reñido con la cortesanía, que decimos. Es a saber: que aun siendo yo republicano, puedo ver los toros a oriya del palco del rey, y hasta saludar al joven monarca cuando se retire. *El señor Telesforo toca la Marcha Real. Indalecio calla. Carmen se ríe.* ¡Vaya! *Se pone de pie decidido a todo.*

Señora Alfonsa. ¿Adónde va usté?

Indalecio. Voy a celebrar una *interviú* pacífica con el ciudadano del pianito. *Se dirige con calma al señor Telesforo.*

Señora Alfonsa. ¿Ves tú? Vamos a tener un disgusto.

Carmen. No yegará la sangre al río, no.

Señor Atilano. Estoy con aquí.

Indalecio. *Encarándose con el señor Telesforo.* Venerable anciano. *El señor Telesforo lo mira con sorna, tocando mientras el famoso «No me mates, no me mates», de «La canción de la Lola». Indalecio sonríe con desdén y repite las mismas palabras.* Venerable anciano.

Señor Telesforo. ¿Qué hay, poyito?

Indalecio. ¿Se podría usté tocar las narices?

Señor Telesforo. Según con qué… Según con qué objeto.

Indalecio. Con el objeto de que aprecie usté bien la diferencia de espesor que tienen ahora y van a tener de aquí a muy poco tiempo.

Señor Telesforo. *Levantándose.* Hombre, hablando de otra cosa: ¿me quiere usté prestar esa verruga pa pintarme el pecho de yodo, que hasta en verano padezco catarros?

Indalecio lo mira, escupe, da un paseo blandiendo el bastón y calmando con un ademán la emoción de los otros, y luego vuelve al señor Telesforo y sale por donde no lo espera nadie.

Indalecio. Me alegro de que sea diario el *ABC*.

Señor Telesforo. ¿Pa suscribirse?

Indalecio. No, señor: pa que mañana vea el barrio entero un fotograbao del juez de este distrito levantando un cadáver.

Señor Telesforo. ¿Me va usté a matar?

Indalecio. Tal vez.

Señor Telesforo. ¡Caramba! Y ¿me permite usté que vea antes este 13 000, por si está premiao saber a quién le dejo eso?

Indalecio. Haga usté cuantas disposiciones testamentarias estén a su alcance. Yo no tengo prisa.

Señor Telesforo. Gracias: no esperaba yo menos. Ahora mismo voy a escribir un comunicao, pa que pase conmigo a la posteridá, diciendo, entre otras cosas, lo siguiente. Primero: que es usté un sinvergüenza…

Indalecio. *Conteniendo su cólera, y como si esperase para luego comérselo crudo.* ¡Ay!…

Señor Telesforo. Que está engañando a esa pobre familia…

Señora Alfonsa. *Levantándose.* ¿Eh?

Señor Atilano. *Lo mismo.* ¿Cómo?

Carmen. *Lo mismo.* ¿Qué?

Indalecio. ¿Usté sabe lo que profiere, pobre hombre?

Señor Telesforo. ¡La verdá! ¡La pura verdá! Yo sé que tié usté tres hijos de otra mujer; que la ha abandonao; que se muere de hambre sin que usté la dé una limosna; que cuando no está usté preso le andan buscando…

Indalecio. ¡Ay!

Carmen. Pero ¿qué dice usté, señor Telesforo?

Señora Alfonsa. Pero ¿eso es así?

Señor Telesforo. ¡Ni más ni menos! ¡Y lo pruebo, si es menester!

Señor Atilano. ¿Usté qué contesta, Indalecio?

INDALECIO. ¿Yo? ¡Que miente ese hombre con toa la boca!

SEÑOR TELESFORO. ¡El que miente y engaña es usté, chulo aburrío!

INDALECIO. ¿Yo?

Va a abalanzárselo a tiempo que sale Paco y se interpone entre ellos.

PACO. ¡Alto ahí! Como le toque usté a este pobre viejo, ya pué usté encomendarse a Dios.

INDALECIO. Párvulo ¿y usté no estaría mejor dando el Catón y la Dotrina?

PACO. No, señor; que hago aquí más falta.

INDALECIO. ¿Pa qué?

PACO. Lo primero, pa defender a este hombre.

SEÑOR TELESFORO. Gracias, Paco, pero no era preciso: tengo mosquitero.

PACO. Y lo segundo, pa decirle a usté, ya que nos vemos cara a cara, que esa mujer no será mía, pero de usté, menos.

INDALECIO. Hasta ahora no me ha tocao usté en el hueso dulce. El cariño de esa joven no se disputa con la lengua, sino de otro modo.

PACO. ¡Pues a eyo!

INDALECIO. ¡A eyo!

Sacan sendas navajas y se embisten como si fueran a hacerse picadillo, dando lugar a los gritos y a la alarma de los circunstantes, que los sujetan, y de los vecinos y transeúntes que andaban por allí cerca esperando su hora. Luchan unos momentos por que los suelten, y al cabo se impone a todos el señor Telesforo.

SEÑOR TELESFORO. ¡Ea! ¡quietos ya! ¡Basta de pendencia! Aquí no ha pasao na.

CARMEN. *Que está junto a Paco, sujetándolo aún.* Paco, no te pierdas tú por quien no lo merece. Perdóname. Han sío malos consejos.

PACO. Pero ¿tú me quieres?

CARMEN. Te quiero, sí; te quiero y te querré toa mi vida. Lo digo aquí delante de to el mundo.

PACO. ¡Bendita sea tu boca!

SEÑOR TELESFORO. *Acercándose a Indalecio, con sorna.* Mi consejo leal es que tome usté un kilométrico esta misma tarde.

INDALECIO. Ya lo cogeré yo a usté en un solar desalquilao.

SEÑOR TELESFORO. Será difícil, porque a no ser en caso de apuro, no voy por esos sitios.

INDALECIO. Vaya, buenas tardes. No se ha hecho la miel… etc.

SEÑOR TELESFORO. ¡Adiós, colmena!

Se va Indalecio entre las pullas y las risas de la multitud.

SEÑORA ALFONSA. ¿Y tú qué dices a to esto, Atilano?

SEÑOR ATILANO. Pues que si los chicos se quieren… *Dominus vobiscum*.

SEÑOR TELESFORO. Conque, ca uno a su avío y a su quehacer. Usté, señor Atilano, a espumar el puchero, usté, señora Alfonsa, a apisonar las cayes…

SEÑORA ALFONSA. ¡Oiga usté!

SEÑOR TELESFORO.

Y vosotros, muchachos, a quereros,
que esto se terminó como Dios manda:
que más vale cariño con pobreza
que mal querer con joyas y con galas.

Que pa pasarlo bien en este mundo
basta una guardiyita limpia y clara,
con una ventanita frente al cielo
y en el pretil un tiesto de albahaca.

Al público:

Y aquí termina el cuadro del sainete,
y aquí pido perdón para sus faltas.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

ZARZUELA CLÁSICA.— AMOR AUDAZ

Playa. La acción se supone a fines del siglo XVIII. Es de día.

Aparecen en escena Magdalena v Gaspar. Magdalena es una marquesita joven y huérfana. Gaspar es un marinero viejo, de pipa y sotabarba.

Magdalena.

Buen Gaspar… ¡Estoy sin vida!

Gaspar.

Aquí me tenéis.

Magdalena.

¿Le viste?

Gaspar.

Sí, por cierto.

Magdalena.

Y ¿no desiste de
su insensata partida?

Gaspar.

¡Desistir! ¡Bueno es el mozo!

Para él todo riesgo es llano:
habla como un veterano
y apenas le apunta el bozo.

Resuelto está, ¡vive Dios!
Nada le arredra en su intento:
no teme más que al momento
de despedirse de vos.

Y es tan grande mi cariño
por ese mancebo loco,
que, ya veis, me falta poco
para llorar como un niño.

Magdalena.

Gaspar, mi siervo más fiel,
mi amigo, mi consejero:
dile que venga; que quiero
hablar a solas con él;

repetirle una vez más
lo que el alma sufre y llora
al verle partir ahora
para no volver quizás.

¡Triste amor! ¡Loca fortuna,
víctima tuya me has hecho!
¿Por qué al que eligió mi pecho
has mecido en pobre cuna?

Gaspar.

No os abandonéis así
al llanto y a los suspiros.

Voy al instante a serviros,

Magdalena.

Aquí aguardo.

Gaspar.

Vendrá aquí.

Vase por la izquierda, enjugándose una lágrima que le rueda por el atezado rostro. Magdalena se dispone a repetir cantando lo mismo que le ha dicho a Gaspar, poco más o menos.

Música

Magdalena.

¿Por qué, niño Cupido,
por qué me hieres?
Dime por qué.

¿Por qué, niño querido,
mi llanto quieres?
Yo no lo sé.

¿Por qué salió el que adoro
de una cabaña?
¿Por qué salió?

Para causar el lloro
que así me daña,
¿qué te hice yo?

Óyese dentro, hacia la izquierda del actor, alegre rumor de marineros que beben y cantan.

Coro.

Las olas nos arrullan del ancho mar:

bendice, marinero, tu profesión…
Cantemos y bebamos sin descansar,
que el vino es alegría y es ilusión…

Magdalena.

Entre las voces de todos
su voz oí;
y entre mil la conociera
si hubiera mil.

Sale Ricardo por la izquierda. Es el marinerito que trae a Magdalena como loca.

Ricardo.

¡Dulce ilusión del alma mía!

Magdalena.

¡Sueño constante de mí amor!

Ricardo.

¡Sol esplendente de mi día,
abrasador!

Magdalena.

Juntos lloremos nuestros males.

Ricardo.

No hay, vida mía, que llorar.
Copien serenos tus cristales
el ancho mar.

Aunque pobre de cuna,

niña del alma,
soy rico de ilusiones
y de esperanzas.
Yo volaré buscando
dichas y glorias,
que remedien lo humilde
de mi persona.

Voy a cruzar los mares…
Los vientos protectores
querrán que a estos hogares
me vuelvan tus amores.

Magdalena.

No aumentes mis pesares,
no avives mis dolores.
Llorando tus azares
se quedan mis amores.

Sale don Dimas por la derecha, apoyado en una muletilla, y al ver juntos a Magdalena y a Ricardo quédase con la boca abierta.

Continúa la música.

Don Dimas.

¿Qué es lo que ven mis ojos?

Magdalena y Ricardo.

(¡Tutor maldito!)

Don Dimas.

¿Quién es este arrapiezo?

Magdalena y Ricardo.

(¡Nos ha cogido!)

Don Dimas.

(Abrazados estaban;
yo los he visto,
y he de darle al mancebo
duro castigo.)

Fuera de sí.

¡A ver! ¡que vengan todos!
¡que vengan ahora mismo!
¡que vengan y me digan
quién es el atrevido!

Salen por la derecha y por la izquierda, marineros y mozos cantando a coro.

Coro.

¿Qué es eso, qué le pasa,
señor don Dimas?
¿Qué es lo que le sucede,
que tanto grita?

Sale Gaspar.

Don Dimas.

Rabiando estoy de cólera;
soy casi un energúmeno;
jamás he visto, atónito,
lo que hace poco vi:

este mancebo intrépido,
y mi sobrina, cándida,
estaban abrazándose
cuando he venido aquí.

Con artes maquiavélicas,
sin duda amor mintiéndole,
a la inocente tórtola
logróla cautivar

Contad quién es el sátrapa;
contad quién es el mísero;
si lo sabéis, contádmelo,
y de él me he de vengar.

ELLAS.

(¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué escándalo!)

ELLOS.

(¡Yo encuentro el caso lógico!)

RICARDO.

(¡Tu tío es un estúpido!)

MAGDALENA.

(¡Lo puedo atestiguar!)

DON DIMAS.

Contad quién es el sátrapa;
contad quién es el mísero;
si lo sabéis, contádmelo,
y de él me he de vengar.

CORO.

Rabiando está de cólera;
es casi un energúmeno;
jamás ha visto, atónito,
lo que hace poco vió.

Este mancebo intrépido,
y su sobrina, cándida,
estaban abrazándose
cuando él aquí llegó.

Magdalena.

¡Todo por ti!
¡Qué triste amor!

Ricardo.

¡Confía en mí,
cándida flor!

Cesa la música.

Don Dimas. ¿Qué es eso? ¿No hay quien hable? ¿Es que estoy vendido entre mis propios servidores? ¿Se os antoja bonita la hazaña de ese mozo? ¡Un marinerillo de tres al cuarto abrazado a la hija de cien nobles!… Es decir, de un noble nada más, pero cuya corona han llevado cien nobles sobre su cabeza…

Ricardo. Señor, yo mismo os contaré…

Don Dimas. ¡Repórtese el audaz! ¿Ignora que se dirige al hijo de cien duques? Es decir, de un duque nada más, pero cuya corona…

Gaspar. Sí; han llevado cien duques sobre su cabeza.

Don Dimas. Tú me has comprendido, buen Gaspar.

Gaspar. Pues oídme, que por mi boca vais a saber de este mozo bueno que así despierta vuestra cólera, algo que ni siquiera sospecháis.

Don Dimas.

Habla, pues, que espero ansioso,
y si no empiezas, reviento.

GASPAR.

Tened, señor más reposo,
y escuchad bien, que es sabroso
el relato. Va de cuento.

Tose, da una chupada a la pipa, los mira a lodos demandando atención y dice:

Entre el clamor general
de una ciudad aterrada,
con aparato infernal
desplomábase incendiada
una mansión señorial.

Por si el voraz elemento
no se bastara a sí mismo
para hundir en un momento
el palacio en el abismo,
tenía un cómplice: el viento.

La llama viva, prendía;
el aire fuerte, atizaba;
y así el incendio crecía,
y así a todos parecía…
que la ciudad se abrasaba.

De improviso, un ¡ay! de horror,
que lanza una madre loca,
llena al pueblo de pavor,
y corre de boca en boca
un espantoso rumor.

Y las bóvedas se hundían,
y las paredes temblaban,
y las maderas crujían,
y los herrajes saltaban,
y los escombros crecían,

cuando se vió la figura
de un mancebillo trepar,
presa de extraña locura,
hasta llegarse a ocultar
entre el humo de la altura.

Pasó como una centella;
y la muchedumbre aquélla
dijo, cuando del doncel
no quedó rastro ni huella:
«¡La Virgen vaya con él!»

¡Oh! ¡qué angustiosos momentos!…
qué mezclar los corazones
amenazas y lamentos,
sollozos y maldiciones,
plegarias y juramentos…

De pronto, en la balaustrada
de un balcón hecho pedazos,
apareció iluminada
la figura antes borrada
con una niña en los brazos.

Un grito conmovedor
de alegría y de sorpresa,

saluda al grupo de amor…
La niña era la marquesa
y Ricardo el salvador.

Yo no vi más; que de hinojos
en tierra vine a caer
entre humeantes despojos,
y no me dejaron ver
las lágrimas de mis ojos…

La historia, señor, es ésa.
Después de escucharla, espero
que me digáis si aún os pesa
que abrazara a la marquesa
el humilde marinero.

DON DIMAS. *Despreciando las quintillas.* ¡Bah! ¡bah! Y ¿es eso todo? Pues nada nuevo me cuentas, buen Gaspar; sabía lo del incendio: fué en vida de mi pobre hermana. Sólo ignoraba quién fuera el héroe. La hazaña, después de todo, es harto baladí.

RICARDO. *Adelantándose hacia don Dimas.* Señor: lo que hice no tiene mérito alguno, decís bien; pero desde aquel día amo a Magdalena con toda mi alma, y ella me corresponde.

DON DIMAS. ¡Insensato!

RICARDO. Soy pobre; no conocí a mis padres… Crecí en la soledad y me hice fuerte. A nada temo. Preparada tengo esa barquilla que ha de llevarme ahora mismo hasta aquel hermoso bajel que allí veis, presto a zarpar, pues sólo espera mí llegada. En él partiré con rumbo a lejanas tierras. Quiero buscar fortuna. De mi vuelta tendréis noticias: yo os lo aseguro. Dios os guarde.

Le vuelve la espalda y se dirige a la barquilla que tiene dispuesta en el foro. El coro le abre paso. Magdalena lo detiene un punto. Don Dimas lo observa con curiosidad y luego habla solo.

Música

Magdalena.

¡Ricardo mío!

Ricardo.

Dentro de un año
serás mi esposa;
seré tu esclavo.

Magdalena.

¡Luz de mis ojos!

Ricardo.

¡Dueño adorado!
¡Adiós!

Magdalena.

¡Adiós!

Salta Ricardo resuelto y ágil a la barquilla y desde ella se despide de todos cantando.

Ricardo.

Playa que el alma adora,
de ti me alejo;
una niña me llora
y un pobre viejo.

Halle flores o abrojos
por donde vaya,
siempre tendré mis ojos
en esta playa.

La barquilla parte con lentitud.

Coro.

¡Ve con Dios, marinero valiente;
la fortuna te habrá de ayudar!
¡Que tu nave conduzca y aliente
la Virgen del Mar!…

Despídenle todos, a excepción de don Dimas, naturalmente, agitando gorras y pañuelos. El tutor y tío de Magdalena parece preocupado. ¿Luchará tal vez con la torcedora idea de que el marinerito audaz va a resultar al fin de cuentas hijo suyo? Cosas más extrañas se han visto.

FIN DEL CUADRO TERCERO

CUADRO CUARTO

ZARZUELA CÓMICA.— AMOR MILAGROSO

Corralón en casa del señor Roque, vecino adinerado de Zagalejo de Arriba, pueblo que bien pudiera ser de Salamanca. Al foro, una tapia con gran puerta en el centro. A la izquierda del actor, otra puerta que da acceso a la casa. Hacia la derecha, un barril vacío, como de diez o doce arrobas, puesto en pie y cubierto con un par de tablas. En el foro, junto a la tapia, en el rincón de la izquierda, un gran montón de lana. Es de día.

Aparece la escena sola. A poco se entreabre la puerta del foro, y asoma primero la cabeza de Casildeo y luego todo él. Trae un sombrero de los que nadie usa y un traje en armonía con el sombrero. Mira receloso a todas partes, ve que no hay por allí bicho viviente, y se adelanta hasta las candilejas como si se fuese a arrojar a las butacas.

CASILDEO. Casildeo Baldosín y Baldosín, servidor de ustedes. Ya es desgracia llamarse Casildeo y ser hijo de dos Baldosines; pero no es ésa la mayor que me toca. La mayor es que soy confitero en Zagalejo de Abajo, y mi novia es de aquí, de Zagalejo de Arriba. Claro es que yo he podido enamorarme de una de Zagalejo de Abajo; pero es el caso que me gustan más las de Zagalejo de Arriba. Zagalejo de Arriba y de Abajo se odian a muerte por causa de dos Cristos. Dicen los de Arriba que el Cristo de Arriba es más milagroso que el de Abajo; y dicen los de Abajo que el Cristo de Abajo es más milagroso que el de Arriba; y en cuanto se encuentran uno de Abajo y uno de Arriba, se dan una paliza que yo no me quisiera ver arriba ni abajo. Ni

en medio, por supuesto. Con estos precedentes, calculen ustedes mi temeridad al venir desde Zagalejo de Abajo a hablar con Poncianita, la hija del señor Roque, dueño de esta casa, que es hombre de melena en pecho, porque decir de pelo es decir poco. Pero hay que convenir en que si el amor no tuviera ese picantillo de unos palos en perspectiva, sería dulce de tomate… antes de ponerle el tomate.

Voy a ver si sale mi tesoro. Casildeo Baldosín y Baldosín, servidor de ustedes. *Acércase a la casa y, arrostrando todos los peligros, se pone a cantar.*

Música

Sal, dulce batata,
que tu amor me mata;
sal, cara de plata,
y oye la cantata

y el cariño acata
de este polvorón,
que es la flor y nata
de su profesión.

Sal, caramelito;
sal, cuerpo bonito;
sal, que necesito
ver tu real palmito;

sal, que ya estoy frito
como un chicharrón;
sal y me derrito
de satisfacción.

Sale Poncianita al reclamo.

PONCIANITA.

Casildeo…

CASILDEO.

Poncianita…
Poncianita…

PONCIANITA.

Casildeo…

CASILDEO.

Cada instante que te veo
me pareces más bonita.

PONCIANITA.

Y tú a mí a cada visita
me pareces menos feo.

CASILDEO.

Poncianita…

PONCIANITA.

Casildeo…
Casildeo…

CASILDEO.

Poncianita…

CASILDEO.

Cuando el cura nos lleve al altar…

PONCIANITA.

Cuando el cura nos case en latín…

CASILDEO.

¡Ay, qué vida nos vamos a dar!

PONCIANITA.

¡Ay, qué vida la nuestra, monín!

CASILDEO.

Nos levantaremos,
alma y vida mía…

PONCIANITA.

Al cantar del gallo
cuando llegue el día…

CASILDEO.

¡Kikirikí!

PONCIANITA.

¡Kikirikí!
En la propia cama
desayunaremos…

CASILDEO.

Como palomitos
nos arrullaremos…

PONCIANITA.

Ruuu… ruuu…

CASILDEO.

Ruuu… ruuu…
Yo tendré un minino
para los ratones…

PONCIANITA.

Yo tendré un canario
para los balcones…

CASILDEO.

¡Miau!

PONCIANITA.

¡Piiiii!

CASILDEO.

¡Miau!

PONCIANITA.

¡Piiiii!
En la primavera
y a la tardecita…

CASILDEO.

Iremos al campo
con una cabrita…

PONCIANITA.

¡Beeeee! ¡beeeee!…

CASILDEO.

¡Beeeee! ¡beeeee!…
Y al volver juntitos,
ya sin luz el cielo…

PONCIANITA.

Cantarán las ranas
en el arroyuelo…

CASILDEO.

¡Cuá cuá cuá!…

PONCIANITA.

¡Cuá cuá cuá!…

LOS DOS.

¡Oh cuánta ventura!
¡Oh cuánta alegría!
¡Sol de mis amores!
¡Luz del alma mía!

¡Qué felices horas!
¡Qué dichoso el día
que haya entre esos bichos
un ama de cría!

Cesa la música.

PONCIANITA. Casildeo de mis ilusiones.

CASILDEO. Almíbar de mis tarros.

PONCIANITA. Tengo que darte una gran noticia.

CASILDEO. ¿Que me quieres más que el domingo?

PONCIANITA. No; sino que seremos felices muy pronto, porque se van a acabar las rivalidades entre los dos pueblos. El señor obispo va a venir a arreglarlo. Se hospedará aquí.

CASILDEO. ¿Aquí?

PONCIANITA. Como lo oyes. Papá va a echar la casa por la ventana, a fin de que, en todo caso, si el señor obispo le da la razón a algún Cristo, se la dé al nuestro. Esa lana es para hacerle un par de colchones magníficos. Aquel barril tan grande, para llenarlo de vino del tío Toño, y darle una comida a los pobres. Se está pintando y encalando toda la casa; se están fregando todos los peroles; se va a sacar la vajilla nueva; se está regando todo con unos polvos de Madrid para que no le pique nada al señor obispo… En fin, Casildeo, que

se acerca nuestra ventura; que el mismo señor obispo nos podrá echar las bendiciones.

CASILDEO. ¡Ay, pimpollo de mi existencia! No son palabras las que salen de tu boquita: ¡son almendras garrapiñadas! *La abraza.*

PONCIANITA. ¡Casildeo!

CASILDEO. ¡Poncianita! La dicha es audaz.

Óyense ladridos hacia la casa.

PONCIANITA. ¡Cristo de Zagalejo de Arriba!

CASILDEO. ¿Qué sucede?

PONCIANITA. ¡Que viene mi padre!

CASILDEO. ¡Cristo de Zagalejo de Abajo! Pero ¿tu padre ladra ya?

PONCIANITA. ¡No! ¡La que ladra es Blasa, la criada, que así me avisa de que viene!

Continúan los ladridos.

CASILDEO. ¡Maldición! ¿Qué hago?

PONCIANITA. ¡Huye en seguida, no lo echemos todo a rodar!

CASILDEO. *Obedeciéndola azorado.* ¡Ahora mismo! *Retrocediendo asustadísimo después de asomarse a la puerta.* ¡Virgen!

PONCIANITA. ¿Qué?

CASILDEO. ¡El cabo de carabineros, que me odia a muerte! ¡Yo no salgo! ¡no salgo!

Viene Blasa despavorida.

BLASA. ¡Señorita! ¡que llega!

PONCIANITA. ¡Ay!

CASILDEO. *Corriendo desatentado.* ¡Dios mío! ¡los dos Cristos juntos no me salvan! ¿Dónde me escondo?

PONCIANITA. ¿Dónde lo escondemos?

BLASA. ¡En la lana! ¡en la lana!

PONCIANITA. Es verdad, ¡en la lana!

CASILDEO. ¿Con el calor que hace?

PONCIANITA. Y ¿qué remedio? ¿No ves que si te coge papá te saca astillas?

CASILDEO. ¡Me has convencido! ¡A la lana! ¡a la lana! *Métese en el montón de lana, y entre Blasa y Poncianita lo tapan bien.*

PONCIANITA. Anda, vida mía, que todo se remediará.

BLASA. Encoja usté esta rodilla, señorito.

PONCIANITA. Y la cabeza, la cabeza.

BLASA. Así, así.

PONCIANITA. Ya no se ve nada: estate quieto. ¡Ay, Blasa, qué sustos da el amor! ¡A qué cosas obliga!

BLASA. Dígamelo usté a mí, que tengo a mi novio a estas horas metido en carbón hasta los pelos.

CASILDEO. *Asomando la cabeza un instante, y escupiendo lana.* ¿No viene ese hombre? ¡Porque ya me he tragado un vellón!

PONCIANITA. ¡Escóndete, insensato!

CASILDEO. ¡Haz lo posible por que se vaya pronto; mira que esto no es el Monasterio de Piedra!

PONCIANITA. ¡Escóndete!

BLASA. ¡Aquí viene!

El señor Roque sale de su casa, cachazudo y tranquilo.

SEÑOR ROQUE. Hola, Poncianita.

PONCIANITA. Hola, papá.

SEÑOR ROQUE. Hola, Blasa.

BLASA. Buenas tardes, señor.

SEÑOR ROQUE. ¿Qué hay?

PONCIANITA. Nada. Ven allá dentro, que te tengo que enseñar una cosa.

SEÑOR ROQUE. Luego iré. Ahora traigo ya mi plan, y de él no me salgo. No; porque se han empeñado unos y otros en que el señor Roque quede

mal con el señor obispo, y el señor Roque no queda mal ni con su padre. *A Blasa.* A lo mío. Llégate a mi cuarto, y tráeme aquellos diez cuarterones de tabaco que hay sobre la cómoda. Me voy estar haciendo pitillos hasta que anochezca.

PONCIANITA. ¡Papá!

SEÑOR ROQUE. Sí, hija, sí. ¡A ver si va a tener o no va a tener que fumar el señor obispo! ¿Qué te detiene, Blasa?

BLASA. Nada; ya voy, señor. *Vase.*

PONCIANITA. (¡Ay, Dios del cielo! ¡Me quedo viuda antes de casarme!)

Suenan dos golpes en la puerta del foro.

SEÑOR ROQUE. Mira a ver quién es.

PONCIANITA. (¡Qué alegría si se llevaran a papá!)

Abre la puerta y aparecen dos Mozos del pueblo, con dos varas largas y fuertes.

MOZO 1.º A la paz de Dios.

PONCIANITA. Buenas tardes.

SEÑOR ROQUE. Buenas tardes.

MOZO 1.º Aquí nos manda el señor Isidro.

PONCIANITA. ¿El señor Isidro?

MOZO 1.º ¿No es aquí dónde hay que varear dos colchones de lana?

PONCIANITA. ¡No!

SEÑOR ROQUE. ¿Cómo que no? ¿Qué sabes lo que dices? ¡Hemos hablado esta mañana para lo mismo! *A los Mozos.* Esta es la lana: podéis empezar cuando queráis.

PONCIANITA. *Con el alma en un hilo.* Pero, papá, si es que yo… yo me he comprometido con una amiga… que conoce a unos hombres…

SEÑOR ROQUE. Déjate de amigas, que hay muchas envidias, y muchas cosas que tú no sabes. A varear, a varear. A ver si me ponéis la lana como si fuera espuma.

MOZO 2.º No quedará usté descontento.

Descargan alternativamente los dos primeros varazos sobre la lana. Poncianita se estremece y lanza un grito agudo a cada varazo. Los Mozos, sorprendidos, suspenden su tarea.

PONCIANITA. ¡Ay! ¡ay!

SEÑOR ROQUE. ¿Qué tienes tú?

MOZO 1.º ¿Qué es eso?

PONCIANITA. Nada… sino que… como yo he quedado con esa amiga…

SEÑOR ROQUE. ¡Que te dejes de amigas, mujer! Continuad vosotros.

Nuevos varazos y nuevos gritos.

PONCIANITA. ¡Ay! ¡ay!

SEÑOR ROQUE. ¡Dale, machaca!

Siguen los Mozos vareando. Sale Blasa, y al verlos da un grito espantoso. Vuelven a suspender su tarea.

BLASA. ¡Ay!

SEÑOR ROQUE. ¿Tú también? Y ¿no me traes eso?

BLASA. No lo encuentro, señor.

SEÑOR ROQUE. Vaya; tendré que ir yo a buscarlo. No servís para nada. *Vase.*

PONCIANITA. ¡Por la Virgen Santísima, no peguen ustedes más varazos!

MOZO 1.º Pues ¿qué hay?

PONCIANITA. *Arrimándose al montón de lana.* Sal, sal. Casildeo; sal.

CASILDEO. *Saliendo todo lleno de lana, mohíno y maltrecho.* ¿Qué sal? ¡Vinagre es lo que necesito!

MOZO 1.º *Estupefacto.* ¡Andá!

MOZO 2.º *Lo mismo.* ¡Oiga!

MOZO 1.º ¿Tú ves, chico?

Se ríen a carcajadas:

CASILDEO. No reírse… ¡Ay!… ¡ay!… Hiiiii…

PONCIANITA. ¿Qué te pasa?

CASILDEO. Hiiiii…

BLASA. ¿Qué es ello?

CASILDEO. ¡Que me ha entrado lana hasta el estómago!… *Escupe sin cesar*. ¡Ay!… ¡ay!… No puedo más… me entrego.

PONCIANITA. ¡Huye, huye ahora!

CASILDEO. ¡Si estoy hecho una breva! El primer varazo de uno de éstos me cogió en diagonal y no me dejó fuera ni los tacones.

Nuevas risas de los Mozos.

PONCIANITA. ¡No reírse, caramba!

BLASA. ¡Huya usté, por Dios!

PONCIANITA. Mira que si sale papá y se encuentra aquí con uno de Zagalejo de Abajo…

MOZO 1.º ¿Cómo?

MOZO 2.º ¿Qué? *Cada uno lo coge por un brazo, blandiendo la vara.* Pero ¿usté es de Zagalejo de Abajo?

PONCIANITA. ¡Cielos!

CASILDEO. ¡Yo no soy ya de ninguna parte!

MOZO 2.º ¿Cómo que no?

MOZO 1.º A ver: ¿cuál de los dos Cristos es el más milagroso?

CASILDEO. El de aquí, el de aquí, sin género de duda. Junto al de ustedes, el mío es una maquinilla de afeitar.

MOZO 2.º ¡Ah!

MOZO 1.º Entonces, márchese usté tranquilo.

SEÑOR ROQUE. *Dentro, gritando.* ¡Poncianita!

CASILDEO. ¡Huy!

PONCIANITA. ¡Papá, que llega!

BLASA. ¡Corra usté, por Dios!

CASILDEO. ¡Ya lo creo que corro! *Corre nuevamente a la puerta y vuelve atrás con los pelos de punta.* ¡Horror! ¡El sargento de carabineros, que

me odia más que el cabo! ¡Imposible salir! ¡Me prende!

SEÑOR ROQUE. *Más cerca.* ¡Poncianita!

PONCIANITA. ¡Jesús! ¡Va a pescarte papá!

CASILDEO. ¿Qué hacemos?

PONCIANITA. *Tirando de él.* ¡A la lana, a la lana!

CASILDEO. *Resistiéndose aterrado.* ¡A la lana, no!

BLASA. *Lo mismo que Poncianita.* ¡A la lana, a la lana!

CASILDEO. ¡A la lana, nooooo!…

PONCIANITA. ¡Entonces, al barril, que está vacío!

CASILDEO. ¡Eso! ¡eso! ¡al barril! Ayudarme, ayudarme todos.

Entre los Mozos y ellas lo meten dentro del barril. Los Mozos no paran de reírse.

PONCIANITA. ¡Qué apuro. Dios de Dios!

BLASA. Hoy ganamos el cielo.

CASILDEO. *Ya dentro del barril.* ¡Huy qué fresquita es esta casa en comparación con esa otra! *Se agacha y desaparece.*

PONCIANITA. *A los Mozos.* Ustedes, a varear de firme; y por Dios no se rían, no vaya a sospechar el señor.

BLASA. *De repente.* ¡Ay. Cristo! ¡Y mi novio en la carbonera todavía! ¡Voy a ver si lo saco!

Vase corriendo dentro de la casa.

Sale el señor Roque.

SEÑOR ROQUE. ¿Adónde va ésa? Cuando más falta hace, se quita de en medio.

PONCIANITA. Pues ¿qué pasa ahora?

SEÑOR ROQUE. Que ya están ahí los mozos que traen el vino del tío Toño.

PONCIANITA. ¡Ay!

SEÑOR ROQUE. ¡Pero, chica, todo te asusta hoy! *A los Mozos, que se ríen con estrépito.* Y vosotros dos, ¿de qué os reís? ¡Pues sí que se me ha puesto a mí un humorcito como para bromas!… *Abre la puerta de la tapia.*

En seguida aparecen el Mozo 3.º y el 4.º con sendas cubetas de vino.

PONCIANITA. (¡Santo Dios! ¡Hazlo impermeable!)

SEÑOR ROQUE. Hola.

MOZO 3.º Buenas tardes, señor.

SEÑOR ROQUE. ¿Traéis las ocho arrobas?

MOZO 3.º Sí, señor; ahí está el carrillo.

SEÑOR ROQUE. Pues éste es el barril. A volcarlas.

Mozo 3.º quita una de las tablas que tapan el barril y vuelca dentro con gran resolución la cubeta que trae. Poncianita grita como antes. El otro vuelca en seguida la suya. Poncianita vuelve a gritar. Los de la lana ríen. Casildeo no aguanta más vino y con el natural asombro de los Mozos se sale del barril, sacudiéndose como un perro y salpicando a todos.

CASILDEO. ¡No puedo más!

MOZO 3.º ¿Eh?

SEÑOR ROQUE. ¿Qué hombre es éste?

CASILDEO. ¡Prefiero morir de un tiro a morir como un bizcocho borracho!

SEÑOR ROQUE. ¿Quién es usted?

MOZO 3.º ¡Es el confitero del otro pueblo!

SEÑOR ROQUE. ¡Ah, canalla! ¡Ahora verás tú! *Lo persigue.*

Casildeo huye.

PONCIANITA. ¡Perdónalo, papá!

CASILDEO. ¡Perdóneme usted: hace más milagros este Cristo!

SEÑOR ROQUE. ¡No te me escaparás, bribón!

Sale por la puerta de la tapia el Coro, que anda siempre oliendo donde guisan.

Música

CORO.

¿Qué ocurre? ¿qué ocurre?

¿Qué pasa? ¿qué pasa?

Señor Roque.

¡Recontra! ¿Qué es esto?
¿Por qué sin permiso del amo
se cuela esta gente en mi casa?

Coro.

Vecino, ¿qué ocurre?
¿Qué ocurre, vecino?

Señor Roque.

¡Caramba! ¡qué moscas!
¡Que estaba escondido este pollo
ahí en esa bota de vino!

Coro.

¡Ja, ja, ja, ja!
¡ja, ja, ja, ja!
¿Y a qué vendría?
¿Y quién será?

Casildeo.

Yo mi conducta
quiero explicar.

Coro.

Él su conducta
quiere explicar.
¡Ja, ja, ja, ja!
¡Ja, ja, ja, ja!

Cesa la música.

SEÑOR ROQUE. ¡Rediez! ¡Pues no les ha hecho a ustedes poca gracia el lance! *A Casildeo.* Conque vamos a cuentas usted y yo.

CASILDEO. Señor Roque, yo soy Casildeo Baldosín y Baldosín, confitero en el pueblo que tiene el peor Cristo; voy a heredar al tío Tragaldabas, a quien usted conocerá de seguro; amo a Poncianita y me quiero casar con ella.

SEÑOR ROQUE. *A su hija* ¿Es eso verdad?

PONCIANITA. Todo. Y además es muy guapo, como puedes ver.

SEÑOR ROQUE. ¿De manera que venía usted aquí por lana?

CASILDEO. ¡No, señor; por lana, no! ¡Puede usted creerme! *Saca el pañuelo para enjuagarse un ojo, y cae lana de él como para una almohadilla.* (¡Huy!)

Sale Blasa, con señales inequívocas en el rostro de haber sacado a su novio de la carbonera.

BLASA. ¡Anda! Pero ¡cuidao que dan que hacer los novios!

SEÑOR ROQUE. Pues ahora se va a ver quién es el señor Roque. Yo quiero que se acaben las diferencias entre un pueblo y otro, y lo pruebo casando a mi hija con el confitero de Zagalejo de Abajo.

PONCIANITA. ¿De veras?

SEÑOR ROQUE. De veras.

CASILDEO. Gracias, señor Roque.

SEÑOR ROQUE. Pero ¡el Cristo de Zagalejo de Arriba hace más milagros que el de Zagalejo de Abajo!

TODOS. ¡Si! ¡si! ¡si!

CASILDEO.

Todo lo acato y lo admito
con alegría infinita:
en teniendo a Poncianita,
lo demás me importa un pito.

Al público:

Y si para ti fué grato
el mirarme en más de un brete,
aplaudiendo este juguete
me harás pasar un buen rato.

FIN DE LA OBRA

Mira Sierra (Villalba), julio, 1905.

LOS CHORROS DEL ORO

ENTREMÉS

Estrenado en el **TEATRO DE APOLO** el 8 de marzo de 1906

A JOAQUINA DEL PINO, *gala de la raza andaluza, sus admiradores y amigos,*

LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Mercedes.	Joaquina del Pino.
Juan Manuel.	Emilio Carreras.
Juanita.	Paquita Novo.

LOS CHORROS DEL ORO

Habitación baja en casa de Mercedes, mujer del pueblo no mal acomodada, en Sevilla. A foro, una ventana que da a la calle. A la derecha, una puerta, y a la izquierda, otra. Las paredes, blancas y lucientes. El suelo, de lositas de dos colores, aljofifado de tal modo, que se pueden comer migas en él. Muebles modestos, pero bien ordenados y muy limpios. Entre ellos, una cómoda. En el centro de la habitación, una mesita, sobre la que hay un costurero. Es de día.

Mercedes está asomada a la ventana. Es una mujer que marea de guapa y de limpia.

MERCEDES. ¡Adiós! Ayá va como una palomita… Se come la caye, y no levanta der suelo tanto así. ¡Hija mía, qué presiosa es! Si viviera su padre, se le caería la baba mirándola. La puerca e la vesina se ha parao a darle un beso: a vé si le deja la señá… ¿Otro beso? ¡Vamos, güeno está de cariño, señora! Sí, hija mía, sí; hases bien en echá a corré. Y es que no le gusta que la bese nadie. Las tonterías de las mujeres cuando somos niñas. Ya dobló la esquina. *Se retira de la ventana.* Chalá me tiene. Vamos a guardarle er baberito. *Recoge uno que hay sobre una silla, y con gran cuidado lo guarda en un cajón de la cómoda.* ¿Esto es una mancha? No. Pensé… Es descolorío de lavarlo. ¡Ajajá! *Poniendo bien una silla que no está en su sitio.* ¡Jesús! Por donde pasa mi madre arma un terremoto. *Fijándose en la silla.* ¿Le paese a usté? Porvo. *Coge un paño y la limpia y la frota.* Así te quiero, prenda. Y ahora, a seguí cosiendo estas naguas blancas. *Siéntase a ello junto a la*

mesita. Se tarda Juan Manué… Quisá haya estao esperando a vé salí a mi niña. Como le tengo dicho que cuando eya esté aquí no entre… Sí, porque la niña va a hasé en agosto los siete años, pero paese que yeva un viejo en la barriga, según se fija en to. Y no me agrada que note na de esto, mientras yo no me determine. Juan Manué es un buen hombre… y me quiere… Y me hase grasia, ésta es la verdá. Porque Juan Manué tiene grasia. Pero ¡es tan adán! ¡es tan susio er grandísimo condenao! Mi madre se dispara cuando ve que yo yevo las cosas adelante. «¿En qué estás pensando, hija mía? Acuérdate de tu marío, que era como los chorros del oro er pobresito, y fíjate después en ese tipo que ahora te pretende: que le teme al agua más que un perro rabioso.» Y es la verdá: es muy susio. No, y eso no: como Juan Manué no se corrija… Porque sobre sé muy susio, es muy desastrao. Yo creo que sí, que se corrige… Muestras va dando de eyo… Er rose conmigo argo ha de podé… Lo que me hase más grasia es lo que se esfuersa er pobre en presentárseme arreglaíto.

Juan Manuel se asoma por la ventana.

JUAN MANUEL. ¿Vive aquí la mujé más bonita der barrio?

MERCEDES. ¿Quién pregunta por eya?

JUAN MANUEL. El hombre más feo de Europa.

MERCEDES. ¿De Europa na más?

JUAN MANUEL. Na más: los chinos son más feos que yo.

MERCEDES. Pos esa mujé no vive aquí.

JUAN MANUEL. ¿Que no vive aquí? A mí se me había figurao que estaba yo hablando con eya.

MERCEDES. Viene usté malo de la vista. O no se habrá usté lavao bien los ojos.

JUAN MANUEL. ¿Ya estamos con el agua a pleito? ¡Me los he lavao con aguarrás, pa darle a usté gusto!

MERCEDES. ¡Jesús, con aguarrás! Es preferible el agua clara.

JUAN MANUEL. Güeno: ¿me deja usté que entre a acompañarla un ratito, ya que ha salío la niña?

MERCEDES. Entre usté.

JUAN MANUEL. Abra usté la cánsela.

MERCEDES. No es presiso: mi madre está a la puerta e la caye.

JUAN MANUEL. ¿Y está suerta?

MERCEDES. ¡Oiga usté!

JUAN MANUEL. Usté perdone: he querío preguntá si no muerde.

MERCEDES. No muerde, no; pero ándese usté con cuidao.

JUAN MANUEL. Con quien tengo yo que andá con más cuidao que un equilibrista, es con la hija. *Vase de la ventana.*

MERCEDES. Na, que me hase grasia este hombre. Señó, no la tendrá pa nadie, pero pa mí la tiene. Y luego, como también es viudo, y con una niña, como yo… lo que piensa una: paese que está escrito. Bien dise la copla, que to cae ensima: tanto criticá yo de la gente desaseá… y miste po dónde viene er diablo y lo enreda.

Nadie diga en este mundo
de este agua no he de bebé,
porque er caminito es largo
y puede apretá la sé…

Sale Juan Manuel por la puerta de la izquierda.

JUAN MANUEL. ¿Sabe usté lo que me ha dicho su madre?

MERCEDES. ¿Qué le ha dicho?

JUAN MANUEL. Que si tengo paraguas, que lo tire.

MERCEDES. ¿Por qué?

JUAN MANUEL. Pa que me moje siquiera los días que yueva.

MERCEDES. *Riéndose.* Mi madre tiene güenos gorpes.

JUAN MANUEL. Sí, señora; y la hija también; pero la hija y la madre se conose que me han tomao a mí por aseite, que por no está en el agua se va arriba.

MERCEDES. Y ¿no hay na de eso?

JUAN MANUEL. No hay na de eso. Vamos a vé, con imparsialidá: ¿qué tar vengo hoy?

Mercedes. Desde aquí, mejó que otros días. Asérquese usté un poco. Pero suerte usté antes er sombrero.

Juan Manuel. ¿Ve usté cómo se ersagera un poquiyo? *Deja sobre una silla el sombrero.*

Mercedes, mientras, ve que trae manchada de yeso la espalda.

Mercedes. *Levantándose.* ¡Virgen de las Angustias!

Juan Manuel. ¿Qué ocurre?

Mercedes. ¿Usté se ha visto por la esparda?

Juan Manuel. ¡No pueo! ¿Qué traigo por la esparda?

Mercedes. ¡To er yeso de un tabique!

Juan Manuel. ¡Mardita sea mi suerte! Ahora sí tiene usté rasón: es que hoy están en casa de obra, y antes de salí se me orvidó refregarme contra la cama.

Mercedes. ¡Ave María! ¿De esa manera se sepiya usté?

Juan Manuel. La esparda, sí, señora.

Mercedes. Venga usté acá, hombre, venga usté acá… *Coge un cepillo y lo cepilla con coraje.*

Juan Manuel. Cuando digo yo que es usté la mujé que yo nesesito…

Mercedes. ¡Uf! ¡Lo que suerta! Meresía usté que le vareara la americana sin quitársela.

Juan Manuel. ¡Ay! que me hase usté cosquiyas, Mersedes.

Mercedes. Y ¡vaya una manchita que tiene usté aquí en el hombro!

Juan Manuel. ¿En el hombro? Del hombro pa atrás no pueo respondé, porque no me fijo; pero por delante, lo que es hoy no me encuentra usté a mí ni una mancha.

Mercedes. ¿No?

Juan Manuel. No.

Mercedes. *Señalándolas.* Una… dos… tres… cuatro… sinco… seis… siete… ocho…

Juan Manuel. ¡Caray, no siga usté! ¡Miste que es lo grande! En mi casa no me veo ni una sola; sargo ar só y me veo dos o tres, y yego aquí, y na

más que piso er cuarto éste, ya estoy plagaíto.

MERCEDES. Sí, ¿eh? Pos las mismas que tiene usté aquí, tenía usté en su casa. ¡Que así andará eya! Y que las hay de tos colores. Dise mi madre que se prensa un traje de usté y sale un tinte.

JUAN MANUEL. ¡No, si ya sabemos que la mamá tiene mucha grasia! Pero comprenda usté, Mersedes, que un pobre cajista de imprenta, que está to er día metío en tinta, como los calamares, y que está cuidao por una cuñá —¡mar tiro le peguen!— y por una niña de este arto, no pué vení aquí como pa ponerlo en un escaparate. Además, usté no se ocupa más que de criticá y de sacarle a uno los colores, y cuando uno hase un esfuerso pa que usté lo estime, usté no lo estima. Toavía no me ha dicho usté na de la corbata.

MERCEDES. *Reparando en que no trae puesta ninguna* ¿De qué corbata?

JUAN MANUEL. *Llevándose la mano al sitio.* ¡Ay qué grasiosa! ¡De ésta!

MERCEDES. De ésa, ¿eh?

JUAN MANUEL. ¿Le paese a usté si es sino? Hay días en que ar salí de casa debía uno pisa una cáscara de melón y estreyarse contra las piedras. *Saca la corbata del bolsillo.* Miste dónde la traigo.

MERCEDES. ¿Qué más da?

JUAN MANUEL. Pero, güeno: ¿la corbata es de gusto o no es de gusto, que es aquí lo que se discute?

MERCEDES. Le diré a usté: pa aliñarla no es fea.

JUAN MANUEL. ¿Conque pa aliñarla? ¿No le gusta a usté la corbatita?

MERCEDES. Como escarola, sí.

JUAN MANUEL. ¡Se acabó!

MERCEDES. ¿Qué va usté a hasé con eya?

JUAN MANUEL. ¡A tirarla a la caye! Yo sé que er que se la ponga se luse; pero a usté no le ha agradao, y eso basta. ¡La tiro! *La tira por la ventana en efecto.*

MERCEDES. ¿Es que piensa usté tírá to lo que no me agrade a mí?

JUAN MANUEL. ¡Ni más ni menos!

MERCEDES. Pos entonses suba usté arriba y tírese usté por el barcón. *Vuelve a sentarse.*

JUAN MANUEL. Eso no me lo diga usté ni en broma.

MERCEDES. Pero ¿cómo vi yo a haserle cara a un hombre que ca día que pasa está más desastrao y más susio?

JUAN MANUEL. ¡No, que vi a está más limpio ca día! ¡Qué cosas tiene usté! ¡Si uno no vive en un faná, señora! ¡Miste las estatuas: hasta jaramagos les salen!

MERCEDES. ¿Es desí, que usté hasta que no le sargan jaramagos no está contento?

JUAN MANUEL. Yo no estoy contento mientras usté no se desida a quererme. *Se sienta al lado de ella.*

MERCEDES. Pos largo le va. El hombre que a mí me yeve otra vez a la iglesia, ha de hayarse en el agua tan a gusto como a la vera mía.

JUAN MANUEL. ¡Por vía e Dios! ¿Su difunto de usté era un sarmonete?

MERCEDES. Mi difunto era un hombre que daba gloria de mirarlo: limpio, colorao, escamondao…

JUAN MANUEL. Y engüerto en harina, sí, señora: lo estoy viendo en una freiduría.

MERCEDES. O se caya usté o tenemos un dijusto serio.

JUAN MANUEL. No lo tome usté así: er mismo respeto que le guarde usté a su difunto, le guardo yo.

MERCEDES. Pos mucho ojo con lo que se habla.

JUAN MANUEL. Y si se quié usté desquita, métase usté con mi difunta, y yo la acompaño.

MERCEDES. Creo que era pa el avío.

JUAN MANUEL. ¡Pa viví con usté!

MERCEDES. Muy mujé de su casa… muy consertaíta…

JUAN MANUEL. ¡Sí!

MERCEDES. A mí me han contao que argunos días se encontraba usté las botas en el aparadó.

JUAN MANUEL. No tanto, no tanto No hay que ponderá. La sopera ensima de la cama sí que me la encontré muchas veses.

MERCEDES. ¿Y su cuña de usté, la hermana de eya, es lo mismo?

JUAN MANUEL. Es peó.

MERCEDES. Disen que le da por la iglesia.

JUAN MANUEL. Demasiao. Pa mí que parará en un convento.

MERCEDES. ¿Qué parará?

JUAN MANUEL. Que parará, sí; que parará. No creo que haya errata.

MERCEDES. ¡Vaya una diversión de familia!

JUAN MANUEL. Por eso busco otra, Mersedes… porque pienso en mi hija, que ca día nesesita más quien la acompañe; porque pienso en mí, que estoy más solo que un sereno. *Viendo que Mercedes se prende una aguja en el pecho.* Cuidao, no se pinche usté con esa aguja.

MERCEDES. Descuide usté, que no me pincho.

JUAN MANUEL. ¿Hay argodón?

MERCEDES. No hay argodón.

JUAN MANUEL. Pos argo hay.

MERCEDES. Argo, sí; pero argodón, no. Siga usté con lo que iba disiendo.

JUAN MANUEL. Si es lo mismo que le he dicho a usté veintisinco veses: que yo no vivo más que pa este ratito que los domingos paso con usté; que me tiene usté que me van a echá de la imprenta, porque desde que la conozco lo pongo to con armirasiones, hasta las preguntas; que ni como, ni bebo, ni duermo, ni… ¿Cómo dise aqueya copliya que usté canta tanto?

MERCEDES. ¿Cuá?

JUAN MANUEL. Aqueya de…

Ni como ni duermo, niña…

MERCEDES. ¡Ah! ya.

Ni como ni duermo, niña,
desde que te conosí…

JUAN MANUEL. No, no; pero cantá, cantá es como yo la quiero.

MERCEDES. ¡Vamos, hombre!

JUAN MANUEL. Ande usté, Mersedes, ya que ha salío la conversasión.

MERCEDES. *Cantando.*

Ni como ni duermo, niña,
desde que te conosí,
que no me arcansan las oras
más que pa pensar en ti.

JUAN MANUEL. *Tirando el cigarro contra el suelo, en un arrebato de admiración.* ¡Ole con ole!

MERCEDES. ¡Coja usté ese sigarro ahora mismo, so puerco!

JUAN MANUEL. Perdone usté, Mersedes; no me he dao cuenta de lo que hasía. *Lo recoge, y no sabiendo dónde echarlo, se lo va a guardar en un bolsillo.*

MERCEDES. Pero ¿va usté a guardárselo, hombre?

JUAN MANUEL. ¿Me lo vi a comé?

MERCEDES. ¡Tírelo usté a la caye, señó! Mañana compro un senisero.

JUAN MANUEL. *Después de tirar a la calle el cigarro.* ¿Su difunto de usté no fumaba?

MERCEDES. No, señó.

JUAN MANUEL. Mi difunta, sí. *Se acerca a ella, y le canta muy mal lo que ella ha cantado muy bien.*

Ni como ni duermo, niña,
desde que te conosí…

MERCEDES. ¡Cayese usté, por Dios! ¡Jesús qué oído!

JUAN MANUEL. Sí que es malo. *Vuelve a sentarse.*

MERCEDES. ¿Conque ni come usté ni duerme desde que la conosió?… Y ¿por quién va eso, Juan Manué?

JUAN MANUEL. ¿Que por quién va eso?… ¿Quiere usté que le regale el oído?

MERCEDES. ¡No! ¡El oído, no! ¡Ni regalao lo quiero! ¡Quédese usté con él!

JUAN MANUEL. *Cogiéndole una mano entusiasmado.* ¡Bendita sea!… ¡Tiene usté grasia pa poné un puesto!

MERCEDES. ¡Suerte usté, grandísimo adán! ¿Se atreve usté a cogé una mano mía con esas manos?

JUAN MANUEL. Las de usté están más limpias, es verdá. Mañana me pongo unos guantes.

MERCEDES. Hombre, no; mañana se las lava usté con jabón, y por argo se empiesa.

JUAN MANUEL. Mañana, y pasao, y toa la vida haré yo lo que a usté se le antoje. Imitaré a mi niña, que me trae loco con la de usté.

MERCEDES. ¿Con la mía?

JUAN MANUEL. Sí, señora; como er domingo pasao no vine, no hemos hablao de esto. Usté sabe que la he puesto en la misma academia.

MERCEDES. Sí.

JUAN MANUEL. Pos güeno: le ha dao a la mía por copiá a la de usté: se ha enamorao de eya. Y no yeva su niña de usté unos carsetines, o unas botas, o un vestío, o un laso, o un babero, que no venga mi Juanita a desirme: «Papá, la niña de la trensa rubia —que es como le yama— se ha comprao esto y esto: cómpramelo tú a mi.»

MERCEDES. ¡Angelito!

JUAN MANUEL. Y yo, ¡claro! ¿qué he de hasé más que complaserla? Y está la chiquiya que es un carco e la otra. Le arvierto a usté que ni que fuean gemelas: de formalidá.

MERCEDES. Me la tiene usté que traé un día pa que la conozca.

JUAN MANUEL. ¡Ya lo creo! Usté va a sé su madre… Y lo más grasioso de to esto…

Preséntase de improviso Juanita, por la puerta de la izquierda, llamando a su padre. Viene la infeliz que da pena verla: desgreñada, sucias la cara y las manos, las medias caídas, el vestidillo manchado y roto.

JUANITA. ¡Papá! ¿Está aquí mi papá?

El papá quisiera que la tierra se lo tragase.

MERCEDES. *Levantándose.* ¿Qué dises, niña? ¿Quién es tu papá?

JUANITA. Éste.

MERCEDES. *Con asombro e indignación.* ¿Éste?

JUANITA. Sí, señora. Papá, tu compadre Arturo está en casa esperándote.

JUAN MANUEL. *Desconcertado.* ¿Está en casa, eh? ¿No lo ha cogío un tranvía ni na?

Mercedes se va derecha a él, decidida a todo, y él le huye.

MERCEDES. ¡Sinvergüensa! ¡granuja! ¡charrán! ¡embustero! ¡Venga usté, que le saque los ojos!

JUAN MANUEL. Los ojos, no, Mersedes: ¿con qué iba yo a mirarla a usté entonses?

MERCEDES. ¡A mí no me tiene usté que mirá más en su vida, cara de mico! ¿Conque ésta era er carco? ¿Conque ésta era er remeo de mi niña? ¡Vamos, eche usté a corré ya si no quiere morí a mis manos! ¡Trapalón! ¡mal hombre! ¿Y dise usté que me quiere a mí, y tiene de esta manera a su hija? ¡Si estoy por yamá a un munisipá pa que lo yeve a usté a la cárse! ¡No hable usté! ¡No se defienda usté, que es peó! ¡Esto es un crimen! ¡esto es una infamia! ¡No paga usté ni frito! ¡Pobresita! Pero ¿usté no ve que le quita salú, que le quita alegría, que le quita cariño de to er que la mire, porque no tiene un sitio pa darle un beso? Y es bonita la pobre, que da más lástima toavía… ¡Váyase usté, váyase usté de mi casa ya, que hasta hoy no he visto yo bien claro lo retesusio, lo retepuerco, lo retemalo, lo retefeo y lo reteantipático que es usté!

JUAN MANUEL. Mersedes… que se me van a sartá las lágrimas… y no traigo pañueío.

MERCEDES. ¡Váyase usté, hombre, váyase usté y no pase por esta caye como no sea en Carnavá, que yo no lo conozca!

JUAN MANUEL. Mersedes…

MERCEDES. ¡Váyase usté, le digo!

JUAN MANUEL. Ya me voy… Niña…

MERCEDES. No; ésta se queda aquí un ratito.

JUAN MANUEL. ¿Que se queda aquí?

MERCEDES. Sí, señó.

JUAN MANUEL. ¿Qué va usté a hasé con eya?

MERCEDES. A ponerla como su madre la parió; a echarle ensima toa el agua que le hase farta ar padre; a fregarla; a dejarle er cuerpesito como una rosa; a vestirla luego con ropita limpia de mi hija; a peinarla, a carsarla, a darle después cuatro besos muy apretaos, y a mandársela a usté pa que se entere de lo que es un carco de mi Carmen; por supuesto, con orden de que no se aserque a usté hasta que no esté limpio. ¡Y ya tiene usté penitensia!

JUAN MANUEL. *Afligido.* Mersedes… yo soy un esclavo de usté. Dios le pague a usté lo que va a hasé con mi niña. Cuando usté quiera, hase lo mismo con er padre.

MERCEDES. Güeno, güeno; a la caye ahora. Ya sabe usté cómo a mi me gusta la gente.

JUAN MANUEL. Ya losé; y bien meresío tengo este castigo y este bochorno. Mientras que no me saque briyo, no güervo a vení. Palabra. Cómprese usté unas gafas negras pa que cuando me vea no le lastime er resplandó. Y luego nos casamos, y la luna de mié la vamos a pasá a la oriya der rio. Y ayí coge usté una piedra y me la tira al agua, y yo me echo al agua por eya y la saco en la boca. ¡Si, porque estoy convensío de que como no me güerva perro de agua, usté no me hase caso! Güeñas tardes. *Se va.*

MERCEDES. Vaya usté con Dios. *A la niña.* Y tú no te asustes, hija mía. Yo tengo una niña como tú, y quiero que te parezcas a eya, pa darle una lersión a tu padre, que es un embustero. Entra ahí, que pa ayá voy yo.

Vase Juanita por la puerta de la derecha.

JUAN MANUEL. *Asomándose por la ventana.* ¿Sabe usté lo que me ha dicho su mamaíta?

MERCEDES. ¿Qué?

JUAN MANUEL. Que al amanesé pasa er carro e la basura. ¡Por si yevaba poco! ¡Mardita sea!…

Vase.

MERCEDES. Si de ésta no se enmienda… es hombre al agua. ¡Que es lo que yo querría!

Al público:

Es pa er cuerpo y pa la cara
el agua clara un tesoro,
der que siempre he sío avara…
¡Dios bendiga el agua clara!
¡Vivan los chorros del oro!

FIN

Madrid, febrero, 1906.

MORRITOS

ENTREMÉS

Estrenado en el **Teatro de Lara** el 12 de marzo de 1906

A CONCHITA RUIZ,
encanto de la escena española,
sus buenos amigos
LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES.	ACTORES
Morritos.	Conchita Ruiz.
Gregoria.	Leocadia Alba.
Un Desconocido.	Pedro Zorrilla.

MORRITOS

Portería de Pepita Reyes en Madrid. Es de día.

La escena está sola. Por la puerta que da a la escalera sale Gregoria, con un lío de ropa en una mano y unos calzoncillos lavados y rotos en la otra.

GREGORIA. *Llamando.* ¡Morritos! ¡Morritos! ¿Dónde se habrá metío esa arrastrá? ¡Morritos! ¿Le paece a usté la mona ésta? ¡Morritos! Lo menos está embobá con un folletín. ¡Mala peste en tos ellos! ¡Morritos!

Sale Morritos del interior de la portería con la seguridad de una paliza en los ojos.

MORRITOS. ¿Qué pasa?

GREGORIA. ¿Dónde estabas metía?

MORRITOS. Pué usté calculalo, cuando no he salió al primer grito. Estaba en el patio encendiendo el brasero.

GREGORIA. ¡El brasero!… ¡el brasero!… No te salto un ojo porque hoy es lunes, y no quiero empezar así la semana. *Mostrándole los calzoncillos.* Mira.

MORRITOS. ¡Andá, qué siete!

GREGORIA. Como que estas prendas así no las debía una de acetar pa lavarlas. Paecen de tela de cebolla. ¡Y se hará la ilusión de que lleva calzoncillos el amo!

MORRITOS. Pué que se la haga.

GREGORIA. Calla tú y óyeme. Mientras yo voy al ocho, me coses eso como puedas, ¿sabes?, que tengo que entregar la prenda y no quiero llevarla rota. ¿Te has enterao?

MORRITOS. ¡Así que habla usté en chino!

GREGORIA. Pues date prisa, ¿eh?, que antes de cinco minutos estoy aquí por ellos. *Yéndose hacia la calle.* ¡Maldito sea el demonio! ¡Miste que llevo una mañana!…

MORRITOS. *Muy asombrada, cuando se queda sola.* Esto sí que es raro: lo menos que va a haber es eclise: venir mi madre y escapame yo sin que me sacuda, sí que es un fenómeno. A ver dónde hay agujas pa coser esto… Porque, eso sí: como vuelva y no esté ya Cosío, y a su gusto, el fenómeno no se repite. *Busca en el costurero de Pepita y halla lo que desea.* Aquí tié la Pepita de to. ¡Miá que si se lo zurciera con hilo colorao, no era bofetá la que me largaba! Dios me libre. Con el padrón de cédulas no se puén gastar bromas. *Se sienta junto a la camilla a coser.* ¡Andá! ¡Cómo está esto! ¡Qué vergüenza! ¡Si por aquí se puén colar tomates! Y a lo mejor este hombre será casao, y tendrá cutis pa ponerse delante e su mujer con estos calzoncillos. Los hay desahogaos. *Cantando mientras da las primeras puntadas.*

Yo me quería casá
con un mocito barbero,
y mi madre me quería
monjita de un monasterio.

Gritándole de pronto a un Desconocido que pasa embozado hacia el interior de la escalera. ¿Ande va usté? *Viendo que no le oye, suelta la costura y corre a la puerta.* ¿Ande va usté? ¡Que si quieres! Echó el tío escaleras arriba. ¿A qué cuarto irá? Luego me riñe a mí el señor Nicasio. Pues aunque va embozao le he visto bien la cara; no se crea que se me despinta Una tié que fijarse, porque con las cosas que pasan en este Madrí tos los días, y que train los papeles, ¿quién le dice a una que ese tío de la capa no es un tío de estos malos que llevan un revólver de seis tiros en un bolsillo de aquí atrás? ¡Miá que si ése fuera a matar a la vieja de arriba, pa robala! ¡Anda! Porque esa vieja tié dinero: a mí no me la pega. Lo tendrá metío en un

calcetín o debajo un ladrillo: pero tié dinero. ¡Miá que si la matara ese hombre! ¡Jesús! ¡Un crimen en la casa ésta! ¡Qué envidia en to el barrio! Yo, de tocale a algún vecino, que le toque a la vieja. Sí; porque la vieja se va a morir el día menos pensao como un loro, sin ruido y sin na; y nadie va a compadecela; y to el mundo dirá que está bien muerta, que bastante ha vivío, y que por allí nos espere muchos años; mientras que si ese tío embozao va y la mata, ella, total, no pierde más que unos cuantos días, y le tendrá lástima to el barrio, y hasta sacarán los papeles un retrato suyo de cuando era joven. Porque lo que es de ahora, mejor será que no lo saquen. ¡Vaya si eso está bien! Y no hay que pensar en otro inquilino: la vieja la vieja es la que cai. ¡Qué ovación! ¡Miá que los días que íbamos a pásanos charla que charla na más que de lo mismo! ¡Andá! ¡Se me hace agua en la boca! Y aquí los guardias, y aquí el juez, y aquí los periodistas, y aquí los médicos, y aquí los de la curia —al olor de los cuartos de la vieja—, y tos pa arriba, y tos pa abajo, y a declarar los inquilinos, y el señor Nicasio, y la Pepita, y a declarar la cacharrera, y el sereno, y el de los faroles, y a declarar los de la alcantarilla, y la trapera, y mi madre, y las burras de leche… y a declarar to el mundo. ¡Ay, me vuelvo loca de alegría! Y a to esto yo callá, pa no meterme en líos. Que me preguntan; «Pues yo no he visto na, señor juez. *Jurando.* ¡Místela!» ¡Y a ver quién me saca de ahí! Y de pronto ¡zas! que cain sospechas sobre la Pifania, la de doña Irene, que es mu mal encara y mu tea, y tié un ojo que se quié meter dentro del otro; y ella que no y que no, y que es inocente, y se pone en cruz, y to el mundo que sí y que sí, porque le han visto unos pendientes mu güenos, y «¿de dónde han salío esas misas?» «¿quién se los ha comprao?»… Yo sé quién se los ha comprao —que pa to hay gustos—, pero me callo como una muerta pa que siga la bola. ¡Que se fastidie! ¡Ésa me paga a mí la media libra e churros que me quitó la otra mañana! Y se la llevan a la cárcel, y tié que nombrar abogao, y toa su familia viene del pueblo: el padre, la madre, la hermana casá, la hermana soltera, el hermano tonto, el hermano cura… Y tos a la cárcel, y tos a vela: ¡y vaya una ecena, porque tos son bizcos! Y los papeles, unos que pares y otros que nones, y en Madrí no se habla de otra cosa, y se forman partíos, y llega la vista; y yo callá. Y el fiscal, que es el que tié más malas pulgas —porque yo he estao una tarde en las Salesas y lo he reparao—, el fiscal pide que la maten y que la maten; y el

abogao se pone: —*Subida en una silla baja*—: «¡Es una inocente, señores jueces! ¡Éste va a ser otro crimen más malo! ¡Mi defendida no tié más defezto que el del ojo, y ése es de familia!» Y el fiscal que nones, y dale, y machaca, y que se tié que salir con la suya: siete penas de muerte, y un día. Y yo callá. Pero en esto una noche, durmiendo yo, se me presenta un angelito y me dice: «Morritos, lo de los churros no es pa tanto: debes declarar to lo que sabes. Y yo me dispierto convencía, y se lo cuento a la Pepita y al señor Nicasio, y el señor Nicasio me da un mamporro por haberme callao tanto tiempo, y yo comprendo que es merecío, y va y le escribe un anónimo al presidente del Supremo citándolo aquí en la portería. Y viene el presidente, y viene el juez, y yo me disculpo con que estaba asustá, y aluego declaro. Y ponen a la Pifania en libertá, y ella me da un abrazo conmovía, y tos los bizcos se echan a llorar de agradecimiento, y buscan al tío de la capa, y lo encuentran, y me lo train, y yo digo: "Éste es, pero que lo indulten el día del rey". Y to el mundo: "Pero ¿quién ha descubierto la verdá?" Y los papeles: "Pues la Morritos, la Morritos, la Morritos". Y vienen los periodistas a ver a la Morritos. *Fingiendo un diálogo,*— Buenas tardes. —Buenas tardes. —¿Es usté la Morritos? —Sevidora. ¿Usté es periodista? —Servidor. —Lo he conocío en los lentes. Y ¿en qué puedo servirle? —Pues vengo sobre la vieja del tercero. —Pues verá usté, señor; yo estaba aquí conforme estoy ahora, cuando de pronto, ¿sabe usté?, vi pasar a un tío embozao en una capa, con unos embozos así como los que usté trai —pué dar esa casualidá—. Lo mismo fué velo que le di el quién vive preguntándole que adónde iba. ¿Usté me ha contestao? Pues igual hizo él.» Y sigo yo charla que charla, y de una cosa paso a otra, y al tío se le acaba el papel, y tié que apuntarse cosas hasta en las suelas, y se va con dolor de cabeza de oíme, y al día siguiente sale en el periódico to lo que le he contao, y Morritos pa acá, y Morritos pa allá, y me sacan retratos, y me ponen hasta en los prospetos, y se venden «pañuelos Morritos», y en la Puerta del Sol un juguete: «¡La vieja y Morritos, diez céntimos! ¿Quién no embroma a un amigo? ¿Quién no le da un susto a la criada?» Y «papel de fumar Morritos», y «cerillas Morritos», y «anís escarchao Morritos», y Morritos, y Morritos, y Morritos, y no hay más que Morritos. *Pausa.* Lo malo de to esto es que pasa el crimen, porque viene otro más sonao, que a lo más la familia de la Pifania me regala a mí un par de

gallinas que se comen aquí entre tos, y vuelta yo a la portería, y a trabajar como una perra, y el señor Nicasio a regañame, y mi madre a eslomame a golpes, y to lo mismo. ¡Pa eso vale más que no asesinen a la vieja! *Nueva pausa.* Estaría mejor otra cosa… Que un día entrara mi madre toa sobrecogía, toa acelerá, y sin dame los buenos días, me dijera: «Morritos, vente al café económico de enfrente, que te convido yo». Lo cual que yo me quedaría con tanta boca abierta; porque mi madre no gasta esas finuras. Y ya en el café, ca una con un vaso de recuelo, ella toa temblando, y yo con los ojos como dos cajas de betún, me hiciera esta declaración: «Morritos, tú no eres hija mía». Y yo pa mí: «No cairá esa breva» Y ella entonces: «Yo te arrecogí una noche mu fría, en que el viento se llevaba los árboles, a la misma puerta e mi casa, cuando vivía en la calle de la Ventosa. Estabas liá en pañales mu finos, y con muchos encajes, y muchos olores de casa rica, y una medalla colgá al cuello, que tengo yo debajo el hule de la cómoda, y una carta de tres renglones que decía: “Una madre atribulá deja aquí a esta niña inocente: si hay un alma piadosa que la ampare, no le pesará” Y una rayita por debajo. ¡Jesús! Temblando estoy na más que de pensalo. Y resulta luego que mi madre es una señorona, que se escurrió una vez —como se escurren tantas señoronas —, y que se tuvo que callar por la familia, pero ya se le han muerto tos y me han buscao, porque no pué vivir de remordimientos. Y viene aquí, y quié llevame a su palacio con ella…» ¡Qué ovación! «¡Hija mía!» «¡Madre mía!» «¡Al fin te encontré!» Yo he visto esta escena muchas veces en el teatro, pero siempre con música que es lo que me carga. Y tos a mi alrededor llorando conmovíos, y llora también el señor Nicasio, que no ha llorao en su vida, y la Pepita se me abraza al cuello toa atribulá, y yo la digo: «¡No te olvidaré nunca, Pepita! *Ves* por mi palacio siempre que quieras.» Y en el palacio toas las paredes están de seda, y no hay más que criaos, y doncellas pa mí, y la una pa lavame, y la otra pa peiname, y la otra pa racame, y la otra pa vestime, y la otra pa calzame… Y en esto que la Morritos se pone mala. ¡Jesús, qué bomba en el palacio! Seis médicos a mi cabecera, calvos tos, escuchándome por toas partes, y sin saber ninguno lo que tié la Morritos. Y viene un médico de mu lejos con muchas barbas y muchas manchas en la ropa, y dice: «Pues la Morritos lo que tié es que está enamorá de un príncipe». ¡Andá con ésa! Y mi madre se me abraza llorando: «¡Hija, yo no te quiero perder tan pronto!»

Y yo: «¡Madre!» Y ella: «¡Hija!» Y yo: «¡Madre!» *Oyendo de improviso a Gregoria, que viene hacia la portería chillando, como siempre.* ¡Cristo! ¡la mía de veras! ¡Qué chasco! ¿Qué me dió que hacer? *Azorada da vueltas por la escena.* ¿Qué me dió? ¿qué me dió? ¡Ah! ¡los calzoncillos! ¡Me la gano! ¡vaya si me la gano! *Los agarra nerviosamente por ambos perniles, y queriendo ver por dónde ha de coserlos, en un movimiento involuntario los raja y se queda con un pernil en cada mano.* ¡Virgen! ¡Buena cosa he hecho! ¡Esto sí que no tié compostura! ¡Me monda mi madre! ¡me monda! ¡Y ya está aquí! ¡Vi a escondeme debajo e la cama! *Tira los perniles y se va espantada al interior.*

Gregoria. *Terminando al llegar a la portaría la riña en que viene enredada, probablemente con una verdulera.* ¿A mi usté? ¡De ganas! ¡Eso sería un pueblo! ¡La tía pindonga!… ¡Morritos! ¿Qué haces, Morritos? Pero ¿qué es esto? ¡Aquí un pernil!… ¡anda Dios!… ¡y aquí el otro! ¡Mal tiro la peguen! ¿Pues no me ha roto los calzoncillos la arrastrá? ¡Morritos! ¡Morritos! ¡La deshago! ¡Se acabó la Morritos pa siempre! *Éntrase furiosa en el interior de la portería.*

A poco descubre a Morritos debajo de la cama y comienza la paliza del día, no obstante ser lunes. Las voces de ambas se oyen confundidas allá dentro.

Morritos. ¡Ay! !ay! ¡No me haga usté na!

Gregoria. ¡Grandísima tunanta, sal aquí, que te mate!

Morritos. ¡Ay! ¡ay! ¡Si ha sío sin querer!

Gregoria. ¿Sin querer, condená? ¡Toma, toma sin querer!

Morritos. ¡Ay! ¡ay!

Gregoria. ¡Si hasta que no te esbarate no descanso! ¡Si eres mu perra!

Morritos. ¡Ay! ¡ay! ¡Madre, por Dios, madre!

Gregoria. ¡De hierro quisiera tener las manos, arrastrá!

Morritos. ¡Ay! ¡ay!

Gregoria. ¡Le paece a usté la que me ha jugao! ¡Vamos, hombre! ¡Si hay pa cegarse y hacerla polvo!… *Saliendo.* ¡Maldita sea la…!

Durante este dulce coloquio, el Desconocido de antes se ha asomado a la portería y ha llamado a la portera varias veces.

DESCONOCIDO. ¡Portera! ¡portera! Pero ¿están ahí matando a alguien? ¡Portera! ¡portera! *En este momento sale Gregoria, que va hacia la calle hecha un basilisco.* Diga usted, portera: ¿el vecino del segundo…?

GREGORIA. ¡Se ha tirao por el balcón esta mañana! ¡Miá éste ahora! *Le da un empujón a la puertecilla y otro al Desconocido, y se va echando maldiciones.*

DESCONOCIDO. *Perplejo y alarmado.* ¿Qué se ha tirado por el balcón? ¡Corcho! *A Morritos, que sale deshecha la pobrecilla, enjugándose las lágrimas y sollozando.* ¡Niña! ¡Niña! ¿El vecino del segundo…?

MORRITOS. Yo… no sé… Yo creí que usté iba a matar a la vieja…

Desconocido. ¡Corcho! *Huye despavorido*.

MORRITOS. ¡Así acaban… toas las fantesías de la Morritos!… *Al público, entre sollozos:*

Ya que tan mal me ha salío
ponerme a fantesiar…
tú… que eres amigo mío…
no me vayas a dejar
el corazón encogío.

FIN

Madrid, febrero, 1900.

AMOR A OSCURAS

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el **TEATRO DE LARA** el 19 de abril de 1906

A CLOTILDE DOMUS

gentilísima actriz, sus admiradores y buenos amigos.

LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ALICIA.	CLOTILDE DOMUS.
RUPERTA.	LEOCADIA ALBA.
DON LUIS.	FRANCISCO PALANCA.
MANOLO.	LUIS DE DIEGO.

AMOR A OSCURAS

Gabinete elegante en casa de Alicia, viudita de teatro; esto es, joven y guapa. Es de noche: profusión de luces.

Sale Alicia por una puerta, naturalmente. Verla y comprender la prematura muerte de su marido, todo es uno. Con mano de rosa toca un timbre de plata y aparece por otra puerta una doncella, que es una marroquí. La belleza de la señora y la fealdad de la criada, que encima se llama Ruperta, contrastan duramente. Alicia no estima en mucho sus encantos; Ruperta tiene pretensiones y frunce la boca para hablar. La una viste con sencillez y elegancia; la otra, con cierta distinción.

RUPERTA. Señora.

ALICIA. Ven acá, Ruperta.

RUPERTA. Mande usted.

ALICIA. ¿Has prevenido ya a Manolo?

RUPERTA. Manolo sabe ya la lección como el Padrenuestro.

ALICIA. ¿Y tú?

RUPERTA. En mí, descanse usted. Otra cosa no seré, pero lista…

ALICIA. Es verdad. A ti se te puede confiar cualquier asunto delicado.

RUPERTA. Muchísimas gracias.

ALICIA. Es justicia.

RUPERTA. Es favor. Está usted nerviosa.

ALICIA. No.

RUPERTA. Sí, señora, sí; otra cosa no tendré, pero ojo…

ALICIA. También es verdad: no se te oculta nada.

RUPERTA. Nada. El cariño que le profeso a usted hace que le adivine los pensamientos… las inquietudes…

ALICIA. Pues sí que estoy nerviosa: es cierto. Ese caballero va a llegar de un momento a otro… y no sé, no sé cómo saldremos de este lance, verdadero paso de comedia.

RUPERTA. Diablura le llamaría yo.

ALICIA. Bien dicho está: diablura.

RUPERTA. Como que otra cosa no tendré, pero tino para dar con la palabra propia… Y si usted reconoce que es diablura, ¿por qué se mete en ella?

ALICIA. ¡Ay, Ruperta, mi temprana viudez me ha abierto los oíos! Yo no conozco al señor de Salazar, ni el señor de Salazar me conoce a mí; pero yo sé bien a lo que viene, y él sabe mejor que yo lo espero.

RUPERTA. Pues por eso mismo creo yo que debiera usted recibirlo de día, a la hora acostumbrada de las visitas de cumplido, y hablar con él, y cambiar impresiones… y nada más.

ALICIA. No, no; esta prueba la hago. Será capricho o tontería, pero la hago. Mi primer marido se enamoró de mí cuando yo tenía quince años: le cautivaban mis ojos negros, mi boca fresca, mi cabello abundante, mis manos finas y bien cuidadas, mis pies menuditos, mi cuerpo juvenil… ¡Ay! Al año de amores nos casamos… y a los dos meses de matrimonio, ni él podía soportarme a mí, ni yo a él. Mi cuerpo, mis pies, mis manos, mi cabello, mi boca y mis ojos perdieron a los suyos todo atractivo, todo encanto… Vino primero la indiferencia, luego la frialdad, después el hastío… A aquel hombre no le había gustado yo nunca más que por fuera: aquello no era un matrimonio. Se pegó un tiro. Yo creo que hizo bien. Han transcurrido ya cinco años, durante los cuales he pensado más de una vez en volver a casarme; porque una mujer sola está tan triste…

RUPERTA. ¡Ay, muy triste, muy triste!

ALICIA. Tengo muchos adoradores, no sólo en Guadalema, sino también en los pueblos de la provincia; y todos lo mismo que aquél: que si la boca, que si los ojos, que si la risa, que si el pie, que si el talle…

RUPERTA. ¿Y en qué se han de fijar, señora?

ALICIA. Bien está que se fijen en eso; pero yo quiero que si otro hombre me lleva al altar, antes que por mis hechizos de mujer bonita guste de mí por mi condición, por mi carácter, por mis salidas, por mi charla tonta o discreta, por mis genialidades, por mis caprichos, por mí entera, en una palabra. ¿Comprendes ahora y disculpas la trampa en que quiero que caiga ese señor don Luis de Salazar?

RUPERTA. Sí, señora: la comprendo, la disculpo… y hasta la río… ¡Ja, ja, ja! Otra cosa no tendré, pero el don de hacerme cargo no me falta.

Sale Manolo con una tarjeta en una bandeja de plata.

MANOLO. Señora.

ALICIA. ¡Ah! *Después de mirar la tarjeta*. Que pase. *Vase Manolo*. Aquí lo tenemos. Sígueme tú.

Se marchan los dos rápidamente. A poco vuelve a salir Manolo con don Luis.

MANOLO. Pase usted, caballero. Haga el favor de esperar sentado. *Se va*.

DON LUIS. ¿Esperar sentado? No me hace gracia el doble sentido de la frase. ¡Bah! ¡qué tontería! *Este don Luis es un caballero de buen porte y mediana edad, que comprende que se halla en la de casarse, para no pasarlo peor andando el tiempo.* La casa revela buen gusto, bienestar… exhala aroma femenino… Aquí hay una mujer. Es claro que si no hubiera una mujer no habría venido yo. ¿Será bonita o fea? Lo natura) es que sea bonita. Mi hermana dice que es preciosa: pero mi hermana no es voto imparcial: ¡es tan amiga suya! ¿Por qué no habrá querido enviar un retrato? Es alarmante… ¿Le habrá ocurrido algo desde que mi hermana no la ve?… Si tuviera por aquí alguno anticiparía mi impresión y estaría seguro de mí cuando ella saliese.

Soy tan impulsivo, tan fuguillas… Porque yo me quiero casar; comprendo que me ha llegado la hora; pero según y cómo. Casarme, sí; casarme, sin duda me conviene. Pasó ya la juventud alocada… y en la vida hay peligros… hay peligros graves para el soltero: una criada guapa… una lagartona un poco lista… ¡Horror! No pensemos en desatinos. Hay que casarse: estoy en punto de caramelo. *Apaganse todas las luces. El gabinete queda como boca de lobo.* ¿Qué pasa?

ALICIA. *Dentro.* ¡Ruperta! ¡Manolo! ¡Ruperta! ¡Es mucho cuento!

DON LUIS. ¡Ah!

ALICIA. *Saliendo.* ¿El señor de Salazar está aquí?

DON LUIS. A los pies de usted.

ALICIA. Perdone usted este accidente inoportuno…

DON LUIS. Por Dios, señora…

Alicia Cada lunes y cada martes hemos de tener la misma función.

DON LUIS. Je…

ALICIA. Le digo a usted que la fábrica de luz de que aquí gozamos es una maravilla.

DON LUIS. En todas partes cuecen habas. (¡Qué frase más ridícula! ¡Y es que estoy azoradísimo con esto de la luz!)

Alicia toca el timbre.

ALICIA. ¡Dichosos criaditos!…

DON LUIS. ¡Oh, los criaditos!…

MANOLO. *Presentándose en las tinieblas.* ¿Señora?

ALICIA. Velas, hombre, velas: ¿en qué estáis pensando?

MANOLO. Señora, no hay velas.

ALICIA. ¿Que no hay velas? ¡Dios mío, qué sofocación! Caballero, usted me dispense…

DON LUIS. ¡No faltaba más!

ALICIA. ¿Sabéis que ocurre lo mismo un día sí y otro no, y ahora no hay velas? ¡Que se llegue Juan por doce paquetes!

DON LUIS. Con una vela basta.

ALICIA. ¿Cómo?

DON LUIS. Nada: una tontería… Je… La situación es tan anormal… Je…

MANOLO. Juan ha ido a casa de su novia.

ALICIA. ¡Pues llégate tú; pero volando!

MANOLO. Sí, señora. *Se va.*

ALICIA. ¡Cuánto deploro, señor de Salazar, este contratiempo desagradable!

DON LUIS. Señora, doblemente lo deploro yo, porque me priva de contemplarla a usted.

ALICIA. Muchas gracias. Tenga usted la bondad de sentarse.

DON LUIS. ¿En dónde? Temo tirar algo.

ALICIA. ¡Jesús, es verdad! Encienda usted una cerilla.

DON LUIS. No puedo: no fumo.

ALICIA. Ya lo sé.

DON LUIS. ¿Que lo sabe usted?

ALICIA. Su hermana me lo ha dicho mil veces. Pero hay quien sin fumar las lleva. Aguarde; yo lo guiaré.

DON LUIS. Jamás en la vida tuvo un ciego lazarillo más encantador.

ALICIA. Agradezco la galantería; pero ¿usted qué sabe?

DON LUIS. No hace falta la luz para saber eso.

ALICIA. Aquí: siéntese aquí. Sin cuidado.

DON LUIS. *Sentándose con todo lujo de precauciones.* ¿Sin cuidado, eh? Mil gracias.

ALICIA. Y yo aquí. *Se sienta cerca de él.* Y esperemos la luz divina.

DON LUIS. Pero hablando mientras.

ALICIA. Es natural. Esto me recuerda un cuento muy gracioso.

DON LUIS. ¿El del túnel?

ALICIA. ¿Cuál?

DON LUIS. Ninguno: estoy yo confundido. (¡Qué bruto!)

ALICIA. ¿Su hermana de usted, buena, señor de Salazar?

DON LUIS. Sí, señora, sí. Me encargó mucho que no dejara de hacer esta visita. Nunca me perdonaría que yo hubiera estado en Guadalema y no hubiera venido a verla a usted.

ALICIA. ¿A verme?

DON LUIS. A verla, sí; porque supongo que llegarán las velas… o la luz.

ALICIA. ¿Y si no llegaran?

DON LUIS. ¡Aquí me esperaría hasta la salida del sol!

ALICIA. ¡Ja, ja, ja!

DON LUIS. Le confieso a usted que si mis deseos de conocerla eran muy vehementes, ahora lo son más. Tiene usted una voz tan agradable, tan dulce, tan acariciadora…

ALICIA. ¿A que va usted a compararme con un ruiseñor?

DON LUIS. Nada más natural, puesto que la oigo en la sombra y estoy encantado de oírla.

ALICIA. ¡Encantado! ¡Jesús! Derrocha usted galantería… ¡Encantado! ¡encantado!… ¿Cree usted que lo estaría lo mismo si hubiera luz?

DON LUIS. ¡Oh! seguramente.

ALICIA. ¡Con qué decisión lo afirma usted!

DON LUIS. Mi hermana se hace lenguas de su hermosura.

ALICIA. No es posible.

DON LUIS. ¡Vaya si es posible! De su hermosura y de su discreción. No se le caen de la boca, al hablar de usted, aquellos versos clásicos:

Era hermosa, era discreta,
que aunque enemigas las dos,
en ella hicieron las paces
hermosura y discreción.

ALICIA. *Fingiendo gravedad.* Señor don Luis, su hermana de usted habrá podido elogiar mi discreción, porque es muy amable; mi belleza sospecho que no, porque además de ser tan amable, es compasiva… y es buena.

DON LUIS. (¡Canario!)

ALICIA. (¡Le he oído tragar saliva!)

DON LUIS. No, no… pues aun a trueque de lastimar su modestia… je… yo le respondo… je… *Pausa angustiosa.* Se tarda el chico de las velas.

ALICIA. Se tarda, sí. A saber hasta dónde habrá tenido que alargarse.

DON LUIS. (¡Luz! ¡luz, Dios todopoderoso!)

ALICIA. ¿Muchos días en Guadalema señor de Salazar?

DON LUIS. (¡Se ha acercado un poquito!…) No sé… todavía no sé…

ALICIA. ¿No sabe?

DON LUIS. No; no sé… Según…

ALICIA. ¿Según?

DON LUIS. (Su aliento es tibio… envenenador… Y ¡qué perfume el de su persona!…)

ALICIA. Se lo preguntaba, no por curiosidad, sino porque deseo enviarle con usted una futesilla a su hermana.

DON LUIS. Je… Lo agradecerá tanto…

ALICIA. Y eso que estoy muy resentida con ella.

DON LUIS. ¿Por…?

ALICIA. La muy picara no fué para ponerme dos letras siquiera cuando me caí del caballo.

DON LUIS. ¿Del caballo? Le aseguro a usted que lo ignora; que lo ignorábamos completamente.

ALICIA. ¿Es posible? Si hablaron de ello todos los periódicos… Por hablar, hasta indicaron el defecto que me quedaría en una pierna…

DON LUIS. (¡Es coja!)

ALICIA. Y en la nariz…

DON LUIS. (¡Es chata!) Pues nada… no… ni una palabra, no… Je…

ALICIA. (Este hombre se me va a desmayar.)

DON LUIS. (¿Por qué no habrá un incendio en la casa?) Vaya, vaya, con el caballito… ¡Qué diablo de percance!… Sí que pasaría usted unos ratos crueles.

ALICIA. ¡Ay, don Luis, para mí ningún dolor es cosa nueva! Estoy harto avezada a ellos. Además, la belleza exterior, la belleza física, yo no la estimo.

Es como el heno, a la mañana verde,
seco a la tarde…

ya que le agradan a usted los versos. Hay en la vida algo de más precio y valor, algo más puro, algo más duradero… ¿verdad?

DON LUIS. Indudablemente. (¡Esta mujer es fea como un demonio!)

ALICIA. *Suspirando.* ¡Ay!

DON LUIS. (¡Canario! Como se ponga tierna va a comprometerme.)

ALICIA. ¡Ay!

DON LUIS. (¡Y dale! Estoy nervioso… pero muy nervioso…)

ALICIA. Si se quedara usted en Guadalema siquiera ocho días, señor don Luis, yo me honraría mucho en sentarlo a mi mesa alguna noche…

DON LUIS. Yo me honraría doblemente en ello, señora… Agradecidísimo…

ALICIA. Y una tarde iríamos a *Mira al Rio.*

DON LUIS. ¿A *Mira al Río!?*

ALICIA. Una casita de recreo que tengo a cuatro leguas de distancia.

DON LUIS. ¿A cuatro leguas?

ALICIA. Poco más.

DON LUIS. ¿Que es adonde ha ido ése por las velas?

ALICIA. ¡Ja, ja, ja! ¡Por las velas!… ¡Ja, ja, ja! ¡Es usted muy ocurrente… muy gracioso!…

DON LUIS. ¡Oh!

Se ríen los dos: ella de puro burlona y él de puro nervioso.

ALICIA. La campiña de Guadalema es muy linda; por más que como usted viene de un país tan hermoso… Su país de usted ¿es muy pintoresco?

DON LUIS. Muy pintoresco, mucho.

ALICIA. Pero mal clima, ¿eh?

DON LUIS. Sí; mal clima: lloviendo siempre… Mucha enfermedad: paludismo, viruelas…

ALICIA. ¿Viruelas? ¿Ha dicho usted viruelas?

DON LUIS. Viruelas, sí; pero no se alarme… no son cosa de siempre. En la actualidad no hay viruelas. ¿Le teme usted a esa picara enfermedad?

ALICIA. *Con fingida pena.* Ya no.

DON LUIS. (¡Atiza!) *Se aparta un palmo.*

ALICIA. (Está sufriendo todo lo que yo gozo.)

DON LUIS. (Cuando vengan las velas me las pueden encender a mí en los carrillos.)

ALICIA. ¡Jesús, qué desesperación de luz! Estoy frita: puede usted creerme.

DON LUIS. Je…

ALICIA. La verdad, voy sintiendo impaciencia de conocer su cara.

DON LUIS. Je…

ALICIA. Un hombre tan culto, tan ocurrente, tan amable, tan tino… —*Sopla sofocado don Luis*— ¿Está usted soplando?

DON LUIS. Sí… sí, señora… es costumbre… Costumbre muy fea… pero es costumbre.

ALICIA. ¿Por qué ha de ser fea? Como estamos a oscuras, voy a permitirme una libertad.

DON LUIS. (¿Qué irá a hacer?)

ALICIA. La de decirle que usted no puede tener nada feo. *A don Luis se le cae la chistera.* ¿Qué es eso?

DON LUIS. El sombrero, que se me ha caído.

ALICIA. ¡Vaya por Dios! Esta oscuridad no favorece más que a mis confianzas con usted… Por lo demás, es bien enojosa. Y cuidado que dice el poeta

que la mujer amada
oída es más temible que mirada.

Bien es verdad que aquí no hay amor: la cita es importuna. ¿Digo mal, don Luis?

DON LUIS. (¡Yo no contesto sin un arco voltaico!)

ALICIA. *Después de esperar en vano la respuesta.* (Como todos; lo mismo que todos.)

RUPERTA. *Saliendo.* Señora…

ALICIA. ¿Ruperta?

RUPERTA. ¿Aún no ha venido Manuel con las bujías?

ALICIA. Aún no; ¿te parece?

RUPERTA. ¡Dichosa luz! ¡Qué angustia! Yo le respondo a usted de que no se verá nunca más en estos compromisos.

ALICIA. Por mí no lo siento; ya sabes que estoy acostumbrada. Pero hazte cargo: este caballero…

DON LUIS. ¡Oh, no!

ALICIA. ¿Quieres ver si por allá dentro hay un mal quinqué de petróleo; aunque sea un velón?

DON LUIS. ¡Aunque sea una pajuela! ¡Je!…

RUPERTA. Creo que es inútil, pero iré… *Pónese en el lugar que ocupaba Alicia, y ésta se esconde tras un mueble.*

ALICIA. Por más que ya parece que vuelve la luz: he notado una oscilación… ¿No, don Luis?

DON LUIS. Yo no he notado nada… nada… *Pausa breve.* ¡Ahora sí! *De repente ilumínase todo como al principio estaba. Don Luis se halla cara a cara con Ruperta y ahoga un grito de espanto. Luego quiere sonreír y hace una mueca horrible. Alicia contiene la risa. Ruperta mira a don Luis maliciosamente.* Gra… gra… gracias a Dios que nos vemos las caras… (¡Es un fenómeno!) Je… Bueno, pues… ¿De modo que a cenar una noche?… Je… Yo me marcho en seguida: no quiero molestar más tiempo… Ya que be tenido el gusto de verla… Je… *Alicia suelta una carcajada que sorprende al*

par que estremece a don Luis, ante quien se presenta de improviso sin dejar de reírse. ¿Eh?

ALICIA. Para broma, ya basta, ¿no es verdad?

DON LUIS. ¿Esa voz? ¿Usted es Alicia?

ALICIA. Sí, señor; yo soy. Y esta muchacha, mi doncella.

RUPERTA. Servidora.

ALICIA. De acuerdo con su hermana de usted, le he dado esta broma, y ahora le pido mil perdones.

DON LUIS. Como el fin de la broma ha sido haberla visto a usted de verdad, bien puede perdonarse y hasta agradecerse. Pero lo que no se me alcanza es el fundamento, la intención que a usted ha guiado…

ALICIA. De eso ya hablaremos más adelante… en el supuesto de que usted me favorezca con nuevas visitas.

DON LUIS. El favor, el gusto, la satisfacción, el encanto… todo es para mí.

ALICIA. ¿Lo espero a usted a cenar una noche?

DON LUIS. Más bien a almorzar una mañana; con sol, con mucho sol… Sí, porque ya creo que hasta el siglo que viene no habrá otro eclipse.

ALICIA. ¡Ja, ja, ja! Adiós, señor de Salazar.

DON LUIS. Adiós, Alicia encantadora: la broma, como de usted, deliciosísima… Me voy a la fonda con fiebre, pero deliciosísima… Usted… superior a toda ponderación de todo poeta nacido… (¡La doncella, un rifeño!) A los pies de usted… Buenas noches…

RUPERTA. Se deja usted el sombrero, señor.

DON LUIS. Es verdad… Estoy un poco aturdido, lo declaro… A cualquiera le ocurre… Pero, en fin, hechizado, complacidísimo… ¡muy bonita la broma!… Buenas noches… *Vase tropezando.*

ALICIA. Adiós, don Luis.

RUPERTA. ¿Está usted satisfecha ya, señora?

ALICIA. Lo estoy por el buen efecto que me ha hecho don Luis, y porque me he convencido de mi tontería.

RUPERTA. ¿De su tontería?

ALICIA. Sí, hija, sí; porque yo también, mientras lo oía en la oscuridad, hubiera dado algo por verle la cara.

RUPERTA. Me lo había figurado: otra cosa no tendré, pero penetración… Y ¿no cree usted que se haya dolido de la broma?

ALICIA. Eso no. Sin la broma, acaso no volviera más; con la broma, vuelve. *Al público:*

Público amigo y señor:
perdón para mi simpleza.
Ya he visto, aunque con dolor,
que en el mundo la belleza
es la puerta del amor.

FIN

Madrid, febrero, 1906.

LA MALA SOMBRA

SAINETE

CON MÚSICA DEL MAESTRO JOSÉ SERRANO

Estrenado en el **Teatro de Apolo** el 25 de septiembre de 1906

A VITAL AZA,

médico y poeta, que ha curado a media España haciéndola morir de risa: sus devotos admiradores y amigos,

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

Personajes	ACTORES
Pepa La Garbosa	Joaquina del Pino.
Leonor	María Palou.
La Sorda	Pilar Vidal.
Baldomero	Emilio Carreras.
Angelillo	Luis Manzano.
Taburete	Pedro Ruiz de Arana.
Peregrín	José Mesejo.
Juan De Dios	Vicente García Valero.
Badana	Antonio P. Soriano.
Curro Meloja	José Ontiveros.
José Poto, Potito	Miguel Mihura.
Un Forastero	Diego Gordillo.
Manolo	Vicente Carrión.
Luis	Manuel Rodríguez.
Un Chiquillo	Niño Candelas.
	— Alares.

OTRO

Algunos transeúntes

LA MALA SOMBRA

La escena es un barrio de Sevilla y en «La Favorita», betunería y tienda de aperitivos y refrescos, que en mal hora abrió Baldomero Meana. Hay dos puertas vidrieras, que dan a la calle: una en el foro, hacia la izquierda del actor, y otra a la derecha, en primer término. Hay además una puertecilla de escape, con cortina, situada en el último término de la izquierda, y que comunica con el interior de la casa. A la derecha de la puerta del foro, el mostrador de la parte de aperitivos y refrescos, y tras él, una anaquelería con todo lo concerniente a este género de establecimientos. Adosados a la pared de la izquierda, la tarima y el banco del limpiabotas. Hacia la derecha del local, tres o cuatro veladores con sillas. Uno de ellos, entre el mostrador y la puerta del foro. Todos los enseres y muebles, modestísimos, tirando a pobres. Tapando el hueco de un cristal que falta en la parte inferior de la puerta del foro, hay pegado un papel. Clavados con tachuelas en la pared, singularmente en el lado de la betunería, carteles de toros, retratos de toreros y cromos de periódicos taurinos. El suelo, de lositas de dos colores. Es una mañana de abril, en que tan pronto llueve como sale el sol.

Pepa la Garbosa, encargada y camarera del establecimiento, está sentada ante un velador echándose las cartas; Baldomero almuerza sentado ante otro; Leonor, su hija, linda mocita de diez y siete años, que aún se peina de trenza, bien que doblada y anudada, le sirve a su padre el almuerzo, sacándolo de una cesta en que lo ha traído; y Angelillo, por último, limpia con todo esmero unos zapatitos de Leonor, con quien tiene amores, aunque

Baldomero no lo sepa. A espaldas de éste y de la misma encargada, se guiñan y se entienden. Está lloviendo. Por la calle pasan algunas personas con paraguas abiertos.

Música

PEPA.

¡Cómo yueve!

BALDOMERO.

¡Joyín y cómo yueve!

ANGELILLO.

¡No para de yové!

LEONOR.

A mar tiempo se pone güeña cara.

BALDOMERO.

¡Yo no la sé poné!

Pa los campos disen
que esto es superió:
pa la tienda mía
no pué sé peó.

ANGELILLO.

Con uno de tus sapatos
vi yo a hasé un barco velero,
y el aire de mis suspiros
lo va a yevar a tu puerto.
Míralo dí,
míralo ya:

¡vaya un barquito bonito!
¡se va comiendo la má!

Baldomero.

¡Estoy desconsolao!
¡Estoy achicharrao!
¡Estoy desesperao!

Leonor.

En un capuyo de rosa
que en mi ventana he criao,
vi yo guardando besitos
que tengo ya destinaos.

Tú lo has de vé,
ya yegará.
er día en que esa rosita
te ponga yo en el ojá.

Baldomero.

Este bacalao tu madre
siempre me lo pone salao,
y ya estoy hasta las narises
de tu madre y der bacalao.

¡Joyín, qué pesá!
¡Sabiendo que sabe de sobra
lo mar que me sienta la sá!

Pepa.

Por un moreniyo agrasiao
estoy yo loquita perdía;
las horas felises que paso a su lao,
pa mí son las horas mejores der día.

¿Por qué no ha venío?
¿Por qué no vendrá?
Las picaras cartas no me disen na.
Si no yega pronto,
yo rompo a yorá.

Baldomero.

¡Y sigue yoviendo;
pa sombrita de jiguera negra
esta que yo tengo!

Angelillo.

Los ojos con que te miro…

Leonor.

Los ojos con que me miras…

Angelillo.

A ti te disen; «mi arma»…

Leonor.

Y a mí me disen: «mi vía».
Te quiero a ti,
te quiero yo,
porque no encuentro en Seviya

otro ninguno mejó.

ANGELILLO.

Te quiero a ti,
te quiero yo,
porque no encuentro en Seviya
otra ninguna mejó.

BALDOMERO. *Levantándose.*

¡Cayarse un momento!
Paese que ha escampao.

Va a la puerta del foro. Por la calle pasa en esto un cura, abierto también el paraguas.

¡Pos sigue yoviendo!

Cesa la música

¡Lo ha tomao la yuvia con ganas! ¿Se quejarán toavía los labraores?

LEONOR. Papá, de cuando en cuando sale er só.

BALDOMERO. Sale er só tres minutos y yueve dos horas. ¿Y ésta es Seviya? ¿Y esto es abrí floríо? Tú ¿qué esperas?

LEONOR. Mis sapatos.

BALDOMERO. Pero ¿no están toavía?

ANGELILLO. Sí, señó, que ya están. *A Leonor*. Aquí los tienes. *Bajo.* (¡Bendita sea tu cara!

LEONOR. *Bajo a él.* ¡Chiquiyo, cáyate! Dentro e media hora estoy en la tienda e Francisco.

ANGELILLO. Ayí iré yo dentro e media hora).

Vase Leonor por la puerta del foro.

PEPA. *Dejando las cartas con mal humor* y *levantándose nerviosa.* ¡Qué martirio, Señó! Contra más me echo las cartas, peores cosas me disen. No sé pa qué agarro la baraja.

BALDOMERO. ¿Qué es lo que te ha salío?

PEPA. Esaborisiones: que José María no me quiere, que me engaña con una rubia, que lo van a matá…

BALDOMERO. Pierde cuidao, que no lo matan: bicho malo…

PEPA. Bardomero, echa un punto a la boca. Si er queré es delito, condená estoy a cadena perpetua por ese hombre.

BALDOMERO. ¡Bendito sea Dios!

PEPA. *Impaciente.* Y no viene, no viene… ¿Quién me lo estará entreteniendo? *Asómase a una de las puertas y luego a la otra.*

BALDOMERO. Ca loco con su tema. ¿Qué hases tú, Angeliyo?

Pasa de derecha a izquierda por la calle del foro una mujer con paraguas cerrado.

ANGELILLO. Inventando una trampa pa los ratones. Yo siempre inventando.

BALDOMERO. Hombre, a vé si discurres argo pa acabá con las moscas marditas. ¡Joyín con las moscas! ¡Cómo lo tienen to!

ANGELILLO. Cuando yo estaba en la otra tienda, que era también de aperitivos y limpiabotas, inventé un garbanso malirno. Lo mismo era meterle fuego, que salía un jumaso que no dejaba una mosca viva. Pero tenía una cosa mala: que prinsipiaban los parroquianos a tosé y se esbarataban tosiendo.

BALDOMERO. Pos aquí pues quema tos los garbansos que te queden: no hay temó de que tosa nadie.

PEPA. Detrás de estos tiempos vendrán otros.

BALDOMERO. ¡Así venga er carro e la carne y me coja por la mitá! ¡Si esto que me pasa ahora no es de hoy, ni es de ayé; es de toa mi vía! ¡Si es er *pajolero* sino con que nasí; la arrastra mala sombra que me persigue! Quinse días yeva abierta esta tienda, que creo que está desente; aonde me he gastao

los pocos ahorriyos que me queaban: pos er día que más se han hecho tres pesetas.

ANGELILLO. ¡Pa un désimo!

BALDOMERO. ¡Pa comprá una pistola en er *Jueves* y pegarse un tiro!

ANGELILLO. ¡Pero, mi amo, si es que no se le ocurre ar que asó la manteca, en un barrio pobre, en que no hay que come, poné una tienda pa abrí el apetito!

BALDOMERO. No, hombre, no; es que yo vine ar mundo pa tomá quina en rama: ni más ni menos. ¡La pata e las criaturas! ¿No establesí hase cuatro años un puestesiyo e fósforos, y salió la modita de ensendé los sigarros con yesca? ¡Pos lo mismo me pasa en to!

PEPA. Lo primerito que debías hasé, era prohibirle la entra en la tienda a esos amigos tuertos que vienen aquí a haserte la tertulia.

BALDOMERO. ¡Mía por dónde resueya!

ANGELILLO. ¡Con más rasón que la Pastora!

BALDOMERO. ¿Tú también?

ANGELILLO. Un poné que los tuertos no traigan cosa mala: ¿y qué? Basta que la gente lo crea. Sobre que tres tuertos reuníos como vienen aquí, ar más guapo lo echan pa atrás.

Ha salido el sol un momento. Por la calle del foro pasa con paraguas cerrado una pareja de hombre y mujer, de derecha a izquierda. Luego pisa un chiquillo.

BALDOMERO. *Desesperado.* ¿Y tengo yo la curpa, vamos a vé, de que mis tres amigos de la infansia hayan perdío un ojo ca uno?

PEPA. Tú no tendrás la curpa, pero er que entra aquí a tomá una copa tampoco la tiene. —Me vi a asomá a la esquina un momento, a vé si veo vení a José María; porque estoy que no vivo.

Vase por la puerta del foro.

BALDOMERO. *Después de mirarla marcharse lleno de indignación, se dirige a Angelillo.* ¿Te paese? ¿Cuándo si no fuea porque es mi cuñá la plantaba en la caye? ¿No e desgrasia, no es mala estreva lo que me ha susedío con esta mujé? Abro la tienda y me pregunto: ¿a quién pongo yo ar frente de

los aperitivos, pa que yame golosos? Y al istante pienso en mi cuñá. ¿Dónde la hay con más gancho que Pepa la Garbosa en toa Seviya? ¿No digo bien?

ANGELILLO. Sí, señó.

BALDOMERO. Eya es guapa, eya es limpia, eya tiene agrao, eya tiene su poquito de educasión… eya tiene su poquito e vergüensa… poquito. Y hablo con eya, y nos convenimos, y viene aquí. Pero ¿pa qué viene? Pa traerse consigo a ese hombre —¡mar rayo lo parta!— y da lugá a que pase en el establesimiento lo que tú ves que pasa tos los días, a cuenta e los marditos selos.

ANGELILLO. ¡Déjelo usté corré! ¡A lo mejó se le aparese la Virgen a los caminantes! —Vi ayá dentro a poné la cola pa pegá esta máquina. *Éntrase cantando por la puertecilla de escape.*

BALDOMERO. ¡Güeno! Y yo vi a ponerme a contá las moscas.

Pasea melancólico con las manos atrás, mirando al techo. Pausa.

Por la puerta de la derecha cuando Baldomero va de espaldas a ella, llegan Luis y Manolo, estudiantes. El uno trae paraguas y el otro impermeable y chanclos de goma, y ambos, libros y cuadernos de apuntes. Al sentirlos Baldomero da media vuelta, y al verlos se le ilumina el rostro.

MANOLO. Buenos días.

LUIS. Buenos días, amigo.

BALDOMERO. ¡Güenos días!

MANOLO. ¿Nos sentamos, tú?

LUIS. Un momento, que hoy no quiero fartá a la clase.

BALDOMERO. Donde ustedes gusten.

MANOLO. Aquí mismo. *Se sienta ante uno de los veladores.*

BALDOMERO. Esperá, no haya porvo. *Le pasa un paño al velador.*

LUIS. *Sentándose.* No, señó, no hay porvo. Ya se ve que está to bien limpio.

BALDOMERO. Hombre, otra cosa fartará, pero aseo… ¿Qué van ustedes a tomá?

MANOLO. Yo, casaya.

LUIS. Y yo.

BALDOMERO. ¿Dos copitas e casaya, eh? ¡Ar vuelo! *Va por ellas y se las sirve, emocionado y jubiloso. Mientras tanto los estudiantes se dicen en voz baja lo que sigue.*

MANOLO. (Aquí sortamos er duro.

LUIS. Cara de tonto tiene er tío).

BALDOMERO. *Presentándoles las copitas.* ¡Como los ángeles!

MANOLO. Esta casa es nueva, ¿verdá?

BALDOMERO. De liase quinse días.

LUIS. ¿Usté es el amo?

BALDOMERO. Pa servir a ustedes.

MANOLO. Pues vaya por la prosperidá de la casa.

BALDOMERO. Muchas grasias, señores.

Beben los muchachos. Baldomero sigue el movimiento de las copas como si él bebiese también.

MANOLO. ¡Buen aguardiente, amigo!

LUIS. ¡Bueno!

BALDOMERO. Lo mejó que se vende en Seviya.

MANOLO. ¿Quiés otra copa?

LUIS. No, que va a sé tarde.

MANOLO. Usté hará negosio.

BALDOMERO. Dios lo oiga a usté, poyito.

MANOLO. ¡Ya lo creo que hará usté negosio! *Sacando del bolsillo un duro falso y dándoselo con naturalidad.* Cuando se sirve bien ar público —cobre usté las copas—, er público responde siempre.

BALDOMERO. *Atento a la conversación y no al duro, va al mostrador, lo echa en el cajón y coge la vuelta, que luego le entrega a Manolo.* Eso es lo que yo quiero, serví bien ar público. Porque quien pretende viví der público,

justo es que trate ar público como er público se merese. ¿No hablo bien, señores?

MANOLO. Mucho mejó que mi catedrático.

BALDOMERO. ¡Ja, ja, ja!

LUIS. *Bajo al otro, como antes.* (Ya está en er cajón.

MANOLO. Pues ya tiene un recuerdo pa toa la vía).

BALDOMERO. *Dándoles el cambio.* Cuatro sesenta, y cuarenta, sinco.

MANOLO. *Ofreciéndole propina.* Tome usté.

BALDOMERO. Grasias; no se armite.

LUIS. *Levantándose decidido.* Ea, pues que usté siga bueno.

BALDOMERO. Esperá dos minutos.

MANOLO. *Con cierta alarma.* ¿Qué hay?

BALDOMERO. Na; que yo soy gustoso en convidá a ustedes.

MANOLO. ¿Convidarnos?

BALDOMERO. Sí, señó; si ustedes me lo asertan.

MANOLO. ¿Por qué no?

LUIS. *A Manolo, mientras Baldomero les sirve las copas en el mostrador.* (A mí me remuerde la consiensia, tú.

MANOLO. ¡Cómo se ve que eres de primer año!)

BALDOMERO. Ahí va, señores.

MANOLO. Se agradese, amigo.

LUIS. Salú y suerte pa convidá mucho.

MANOLO. Quéese usté con Dios.

BALDOMERO. Vayan ustés enhoragüena. ¡Y no orvidarse de la casa!

MANOLO. No, señó; no nos orvidamos.

LUIS. *A su compañero, al tiempo de irse.* (¿No te dije que tenía cara e tonto?)

Se van por la puerta de la derecha.

BALDOMERO. Público así es er que le conviene a mi tienda. ¡Qué dos muchachos más corrientes y más simpatiquiyos! Y ¡qué paso yevan! Como la

Universidá les piya tan lejos… ¡Ay, si quisiera Dios que esto se animara!

Vuelve Pepa por la puerta del foro, radiante de alegría.

PEPA. ¡Ya viene ahí! ¡Ya viene!

BALDOMERO. ¿Qué dises?

PEPA. ¡Que ya viene José María! No te enfaes conmigo, Bardomero. ¿Qué mar te hago yo con quererlo tanto? Si es mi sino; si tiene que sé; si está escrito ayí arriba; si desde er sielo lo echaron ar mundo pa mi persona… Aquí está é.

En efecto, llega por la puerta del foro el afortunado José María, alias Taburete. Es mucho más feo que morderse las uñas. Cuando se le ve del brazo de Pepa, se le odia a muerte.

TABURETE. Salú.

BALDOMERO. Dios guarde a usté, amigo. (¡Desde er sielo dise que lo echaron! Así tiene la narí; ¡der gorpe!)

TABURETE. ¿Me esperabas?

PEPA. ¡Cómo me conoses, gitano!

TABURETE. ¿De veras me esperabas?

PEPA. ¡Por tu salú y la mía!

TABURETE. ¡Marnolia!

PEPA. ¡Tulipán!

TABURETE. Convídame.

PEPA. ¿Qué se te apetese?

TABURETE. Tráeme dos copas de ginebra.

PEPA. Ahora mismo.

Taburete se sienta ante su velador, que es el que está junto a la puerta del foro. Pepa le sirve la ginebra y se sienta a su lado. En amor y compaña saborean la dicha de vivir… y la ginebra.

BALDOMERO. (¡Jinojo! ¡Se ve y no se cree! ¡Con toa la hechura de una boca e la Isla que tiene el hombre!)

Sale por la puerta de la derecha la Sorda, vieja billetera, que pregona y habla desentonadamente, alternando la voz de tiple aguda con la de contralto.

SORDA. ¡Er catorse mí… quinientos veinticinco!

BALDOMERO. ¡La Sorda! ¡Me pone nervioso!

SORDA. ¡De dose reales! ¿A quién le doy la suerte?

BALDOMERO. ¡Dámela a mí, que farta me hase!

SORDA. Oye, Bardomero.

BALDOMERO. ¿Qué ocurre?

SORDA. Oye.

BALDOMERO. *Chillándole.* ¡Ya oigo! ¡Joyín con la vieja!

SORDA. Esos dos muchachos que salían de aquí, ¿te han hecho argún gasto?

BALDOMERO. Sí.

SORDA. ¿Que sí?

BALDOMERO. ¡Que sí!

SORDA. ¿Te han pagao con un duro?

BALDOMERO. Sí.

SORDA. ¿Que sí? ¡Pos es más farso que el arma e Judas!

BALDOMERO. *Abalanzándose al cajón.* ¡Jinojo!

SORDA. A mí me lo han querío sortá.

BALDOMERO. ¡Rejinojo! *Mirando el duro y sonándolo luego.* ¿Le paese a usté? Pero ¡si esto es un cacho e plomo! ¿Cómo he tomao yo esto? ¡Mardita sea la má! ¡Vi a vé si los cojo toavía! ¡Miste que haberlos convidao! *Se va corriendo por la puerta de la derecha.*

SORDA. Sí, sí; ya los arcansaste. *Pregonando.* ¿A quién le doy la suerte? ¡Er catorse mí… quinientos veintisinco! ¡De dose reales!… *Se va por la puerta del foro.*

TABURETE. ¡Chavó, qué pito tiene esa mujé! Si eya se oyera pregoná, pregonaba por señas.

Llega un Forastero por la puerta de la derecha, se sienta ante uno de los veladores y toca las palmas.

PEPA. Voy. *Se levanta para ir a servirlo.*

TABURETE. *Receloso del recién llegado*. (¡Er de ayé! ¡Ése es er de ayé!) ¡Pepa!

PEPA. *Deteniéndose.* ¿Qué quieres?

TABURETE. *Imperiosamente.* Ven acá.

PEPA. *Obedeciéndolo.* ¿Qué quieres?

TABURETE. *Aparte con ella.* (¡Ése es er de ayé!)

PEPA. ¿Er de ayé?

TABURETE. ¡Er de ayé!

PEPA. Fíjate, que no es er de ayé.

TABURETE. ¡Sí es er de ayé! ¡Er que te mira! ¡Er que te ronda!

PEPA. ¡Que no es er de ayé, José María; no te siegues!

TABURETE. ¡Que sí es er de ayé!

PEPA. ¡Si er de ayé tenía bigote!

TABURETE. ¡Pos se ha afeitao! *El Forastero toca las palmas nuevamente. Pepa hace ademán de ir allá.* ¡Quieta aquí!

PEPA. Pero ¡hombre!

TABURETE. ¡Quieta aquí! ¡Tú no sirves ar *gachó* ése!

PEPA. ¡Que estoy sola en la tienda!

TABURETE. ¡Quieta aquí! ¡Ése es er de ayé! ¡Vaya si es er de ayé!

PEPA. ¡Jesús, Dios mío! ¡Qué sofocasión! ¡Te juro que no es er de ayé!

TABURETE. ¡Si es er de ayé! ¡Si te estás vendiendo tú misma!

PEPA. ¡Que no es er de ayé, Taburete!

TABURETE. ¡Que si es er de ayé!

Vuelve a palmotear el Forastero, un sí es no es sorprendido del lance.

FORASTERO. Pero ¿quién despacha?

TABURETE. *A Pepa.* (¡Échate pa un lao!

PEPA. ¡Por Dios, Taburete!

TABURETE. ¡Silensio!) *Va adonde está sentado el Forastero, y se encara con él. Pepa presencia la escena angustiadísima.* ¿Preguntaba usté?

FORASTERO. Que quién despacha.

TABURETE. Despacha la señora; pero un servidó es el encargao de sacarle er corasón por la boca a to er que la mire con segunda. *¿Hase?*

FORASTERO. *Levantándose asustado.* ¿Qué ha de hasé, señó? Yo soy un pobre forastero que ha venío a su negosio, y que ha entrao aquí a tomarse un chatito e vino; de ninguna manera a jugarse la vía. Conque abú, sarsaparriya pa la sangre… y otra careta pa carnavá.

TABURETE. ¿Qué?

FORASTERO. ¡Ña, hombre, na! ¡Compadre, qué cosas me suseden a mí en Seviya! *Se va por donde vino.*

TABURETE. *A Pepa.* ¿Has visto cómo es er de ayé? ¡Se ha achicao!

PEPA. ¡No es er de ayé, José María! ¡Por la gloria e mi madre!

TABURETE. ¡Quítate de ahí!

PEPA. ¡Me güerves loca! ¡Me asesinas!

Mirando a Pepa trágicamente, torna el hombre a su velador y se dedica a hacer pitillos. Ella, lejos de él, llora mirándolo a hurtadillas. Angelillo vuelve.

ANGELILLO. ¿No hay nadie de fuera? ¡Pos si yo pensé que estaba esto yeno! ¡Eran tantas parmas! *Se sienta en el suelo, junto a la tarima del limpiabotas, a continuar su trabajo. Reparando en la actitud de los amantes, dice:* (¡Vaya! Se conose que Don Juan y Doña Inés andan de pelea. No se jartan nunca).

Música

Pepa intenta una vez o dos acercarse al pavoroso Taburete, y éste la detiene con el rayo de su mirada. Por fin se atreve y llega hasta él suplicante y llorosa.

PEPA.

¡Várgame er sielo, José María!

¡Qué injusto eres
con quien la sangre por ti daría!
¡Ay, arma mía!

¿Tú no estás viendo que aunque me hieres
siempre a tu antojo sigo rendía?
Pos ¿qué más quieres,
sielo de mayo de Andalusía?

Angelillo.

(¡Le llama sielo de mayo,
y está lloviendo en la caye,
y aquí no nos parte un rayo!)

Pepa.

Ven acá, granuja,
ven acá, moreno;
ven acá, y que me miren tus ojos,
que tienen armíba, que tienen veneno.

Taburete.

¡Güeno!

Se levanta, harto ya de ternezas, y se sienta ante otro velador.

Pepa. *Yendo a su lado nuevamente.*

¿Por qué tu cariño
me esquiva o se caya?
¡Ven acá, y que me miren tus ojos,
que tienen asúca, que tienen metraya!

Taburete.

¡Vaya!

Se va a otro velador.

ANGELILLO.

(Er mundo ar revés:
¡una golondrina detrás de un mochuelo!
(¡Valiente papé!)

PEPA. *Apurando los recursos de* su *ternura.*

No seas tirano,
no seas verdugo;
dime lo que quieres
pa yo hasé tu gusto.

¡Píeme er pan que me gano;
píeme el agua que bebo;
píeme que yore, y yoro;
píeme que vuele, y vuelo;
píeme que mate, y mato;
píeme que muera, y muero!
¡Píeme la vía!

ANGELILLO.

(¡Cállate, mujé,
mira no te pía
pa tomá café!)

PEPA. *A punto de acariciarlo.*

¡Gachón!…
¡Traisionero!…
¡Salao!…
¡Embustero!…

En el adusto semblante de Taburete se dibuja una sonrisa indescriptible, que dedica a su amada. Ésta respira al cabo, satisfecha.

¡Grasias a Dios, tormento de mi vía!
¡Lo que me hases sufrí!

ANGELILLO.

(¡No era tiro con sá er que yo le daba
a tu novio y a ti!)

Cesa la música.

PEPA. ¡Ay, Joseliyo! Ya respiro a gusto. ¡Qué ratito he pasao!

TABURETE. Lo comprendo, Pepa: me atarugo, me siego; no veo más que traisiones. Convídame.

PEPA. Me has adivinao er pensamiento. ¿Qué quieres?

TABURETE. Dame tres copas de ginebra.

PEPA. Correndito.

Pasa por la calle del foro, de izquierda a derecha, un vendedor ambulante. Vuelve Taburete a sentarse ante su velador; Pepa vuelve a servirlo, y ambos, luego, a conversar amorosamente.

Por la puerta de la derecha sale José Poto, Potito, un novillero que es una monada. Viste un traje corto flamante, ceñido y primoroso, y viene a que le limpien las botas, para que no le falte detalle alguno.

POTITO. Güenos días.

ANGELILLO. Güenos días.

POTITO. *Sentándose en el limpiabotas.* A vé si me yevo de aquí dos espejos en vez de dos botas. Y aprisita, que estoy sitao.

ANGELILLO. Volando va a sé. Con usté me estreno. *Se entrega lleno de entusiasmo a la labor.*

POTITO. Aprieta y te ganas un puro. ¡Camará, qué mañana de agua!

PEPA. *Aparte con Taburete.* (¿Quién es este torero? ¿Lo conoses?

TABURETE. *Desdeñosamente.* Er Potito. ¡Na! Un niño que presume mucho. ¡Na! Y que se la da de vivo con las mujeres. ¡Na! Una parmita pa er Domingo de Ramos. ¡Na! ¡No lo mires!

PEPA. Si no lo miro, selosiyo).

ANGELILLO. ¿Con que mañana lo aplaudimos a usté?

Por la calle del foro pasa un individuo sin paraguas, corriendo; después pasa otro en sentido contrario, con paraguas abierto.

POTITO. Según lo que quiera la suerte. Ganas de complasé a la afisión tiene uno.

ANGELILLO. ¿Qué vestío piensa usté yevá? Y usté dispense la pregunta.

POTITO. Verde y oro, con cabos granas.

ANGELILLO. ¡Ole! Por aquí se dise que er segundo toro se lo va usté a brinda a una güeña mosa de este barrio.

POTITO. *Esponjadísimo.* Hombre… cuando er río suena… Yo, por lo pronto, vi a armosá en su casa con eya dentro e media horita…

ANGELILLO. ¡Asín viene usté de pinturero!

POTITO. ¡Je!

ANGELILLO. Güeña suerte pa to.

POTITO. Muchas grasias, hombre.

ANGELILLO. (¡Presume más que una titiritera de un sirco! ¡Y no le cabe en el cuerpo la guasa!)

Llega por la puerta del foro Peregrín, que es el primer tuerto de la serie. Es tocador de guitarra de oficio y usa un paraguas colorado. Lo envuelve, como a los demás, un velo de tristeza; pero él se cree jocoso y humorista.

PEREGRÍN. ¿Han visto ustés qué manera de yové agua? ¡Y toa pa abajo!

POTITO. (¡Camará, un tuerto! Podía no habé venío).

PEREGRÍN. Peó fuera no verlo, ¡qué sambomba!

ANGELILLO. (Pos tú no lo ves más que a medias).

Peregrín abre su paraguas y lo pone abierto en un rincón, para que se seque.

POTITO. *Saltando nervioso.* ¡Eh, amigo!

PEREGRÍN. ¿Es a mí?

POTITO. ¿Usté no sabe que es de mala pata abrí así un paraguas bajo techao?

PEREGRÍN. *Riéndose.* ¡Ah!, pero ¿usté cree en esas paparruchas? ¡Vamos, hombre! *Se sienta ante el primer velador de la derecha, que es el puesto, por decirlo así, de los tres compadres.*

POTITO. Y usté creería también si matara tres noviyos mañana.

PEREGRÍN. ¡Je! Eso está güeno. Yo estoy convensío de que to lo que se cuenta de los agüeros son fantesías der vurgo. *Levantándose y haciendo lo que dice.* ¿Me quié usté a mí desí qué importará pa que suseda una desgrasia que yo, es un poné, le dé güertas a esta siya sobre una pata?

POTITO. ¿Se quie usté está quieto, camará?

PEREGRÍN. ¡Je! ¿También lo de la siya? Tos los toreros son lo mismo. ¿Se acuerda usté de la cogía grande que tuvo er *Miserere Chico*?

POTITO. Le diré a usté: en este momento no me quisiea acordá.

PEREGRÍN. Er día antes de la corría estuve yo con é, guaseándome de estas cosas, y le menté la bicha qué sé yo las veses.

POTITO. ¿Sí, verdad?

PEREGRÍN. Güeno: pos lo cogió er toro porque lo tenía que cogé; pero ¡vaya usté a sacarle de la cabesa que lo cogió er toro porque yo le menté la bicha! ¡Berrasiones! *Vuelve a sentarse.*

POTITO. Será lo que usté quiera, señó; pero vale más no mentarla.

PEREGRÍN. ¡Je!

Sale Juan de Dios por la puerta de la derecha. Es el segundo tuerto, tocador también, y peor trajeado que Peregrín. Habla con voz lúgubre. No

trae paraguas.

JUAN DE DIOS. Felises.

ANGELILLO. Venga usté con Dios.

POTITO. *Alarmadísimo.* (¿Otro tuerto?) Niño, no te entretengas. Acaba pronto.

JUAN DE DIOS. *A Peregrín.* ¡Conque er pobre Casimiro estiró la pata!

PEREGRÍN. Parmó. ¿Qué se le va a hasé? Arrieritos somos y er camino andamos.

JUAN DE DIOS. ¡Pobresiyo!

PEREGRÍN. Ésa es una china que tos tenemos que tragá, Juan de Dios. Parmaré yo, parmarás tú, parmará er Potito… ¡Tos parmaremos! Ahí no vale sé rico. ¡Servisio obligatorio, qué sambomba!

JUAN DE DIOS. ¡Siempre has de está de humó! Pos yo vengo de casa e Casimiro. ¡Qué cuadro! Seis criaturas deja tamañas así. Caben toas debajo un canasto. Y las desgrasias son como las seresas: nunca vienen solas. La cuñá de Casimiro, loca de remate: ¿te has enterao?

PEREGRÍN. ¿Asunsión?

JUAN DE DIOS. Asunsión. Le da por seguí a los artiyeros.

PEREGRÍN. De esa locura hay mucho. La madre murió de una palisa que le pegó er padre porque la cogió con un *húsare*.

JUAN DE DIOS. ¿Y er fuego de anoche, lo viste?

PEREGRÍN. Sí.

JUAN DE DIOS. ¡Qué barbaridá! ¡Seis familias en la ruina!

POTITO. Acaba pronto, niño.

JUAN DE DIOS. *Suspirando.* ¡Ay, ay, ay! ¿Tienes ahí un sigarro que no te sirva?

PEREGRÍN. Dos me quean: toma uno de los dos.

Llega Badana por la puerta del foro. Es el tercero, cantador de oficio y tan triste como los otros.

BADANA. Salú, señores.

POTITO. *Botando en el asiento.* ¡Camará!

BADANA. ¿Desía usté argo?

POTITO. No era con usté. *A Angelillo.* Acaba ya, por lo que más quieras.

PEREGRÍN. Vienes pingueando.

BADANA. Como que este paraguas mío es espesiá. En cuanto que prinsipia a yové, se le hincha er palo y no pué abrirse. *Se sienta con Juan de Dios y Peregrín, se abstrae, y dando golpecitos con el paraguas en el suelo empieza maquinalmente como a templarse para cantar.*

POTITO. *Aparte con Angelillo.* (Pero, oye, tú, ¿esto es una betunería o un tentaero e tuertos?

ANGELILLO. ¡Je! Son amigos del amo.

POTITO. Y ¿a qué canastos vienen?

ANGELILLO. ¡A animá la tienda!

POTITO. ¡Camará! Y ¿qué es lo que hasen?

ANGELILLO. Pos el uno no hase na, y los otros le ayúan. Son gente e tablao: cantaores y tocaores. ¡Pero carcule usté quién va a yamarlos pa una juerga!)

BADANA. *Cantando.*

> Seis años de cárse,
> cuatro de presidio,
> cadena perpetua,
> tres días en capiya,
> el hipo e la muerte,
> entierro pagao,
> y luego a la mano der verdugo
> tendré yo que entregarme…

POTITO. ¡Güen hombre!

BADANA. Badana me yamo.

POTITO. ¿Quié usté variá er *cante*, por su salú?

BADANA. Usté dispense. Esto lo liase uno sin darse cuenta e lo que liase. Se le viene a la boca una alegría, y la suerta como se le viene.

ANGELILLO. Servido de usté.

POTITO. Grasias, hijo. Dios te lo pague.

Vuelve Baldomero por la puerta de la derecha.

BALDOMERO. ¡Cuarquiea da con eyos! ¡Hasta la Alamea Vieja he yegao! *A Potito.* Güenos días.

POTITO. Güenos días.

BALDOMERO. *A los tuertos.* Hola.

PEREGRÍN. Hola.

JUAN DE DIOS. Hola.

BADANA. Hola.

POTITO. Pos señó, he pisao mala yerba.

ANGELILLO. ¿Qué le pasa a usté?

POTITO. Que me he dejao er portamoneas en el otro terno. Ni un perro chico traigo ensima.

BALDOMERO. Por er servisio no lo sienta usté.

POTITO. Se agradese la confiansa; pero es que nesesito dinero suerto. *Sacando de la cartera un billete.* ¿Tiene usté cambio e sinco duros?

BALDOMERO. *Levemente escamado.* ¿De… de sinco duros? Sabe usté que como es temprano, quisa no haya. *A los tuertos.* ¿Ustedes tienen cambio e sinco duros?

JUAN DE DIOS. También son ganas e gastá saliva, Bardomero. *Se pone a leer un periódico ilustrado.*

ANGELILLO. Traiga usté. Yo iré a cambiá en un periquete.

POTITO. Date prisa.

ANGELILLO. Ya estoy aquí. *Coge el billete y echa a correr por la puerta del foro.* (Donde estoy ya es viendo a mi novia).

POTITO. *Mirando el reloj.* Tos son contratiempos. Se me ha hecho más tarde que la má.

BALDOMERO. Er niño gorverá en seguía.

POTITO. (¡De güen humó vi a encontrarme a aquéya!) Tomaré un chato mientras viene. *Se sienta ante uno de los veladores, lo más lejos posible de*

los tuertos.

BALDOMERO. Pepa, un chato aquí.

Pepa se levanta y sirve a Potito.

JUAN DE DIOS. Los hay que son fieras. Un marío en Chipiona, que mata a su mujé y cuerga las tripas der barcón. Aquí en er diario viene er retrato e las tripas. ¡Qué decadensia!

POTITO. (Pero ¡vaya unas conversasiones que saca er tío ése!)

PEREGRÍN. ¡Y toavía quién argunos que la pena de muerte se *abuela*! ¡Sí, sí!

JUAN DE DIOS. Aquí no hay sivilisasión pa eso.

PEREGRÍN. Somos más *sanguíneos*.

BADANA. *Cantando otra vez.*

> Ar simenterio me voy,
> yo me voy ar simenterio,
> yo ar simenterio me voy…

POTITO. (¡Camará, no veo la salía!)

BALDOMERO. Tú, Badana, vete ar simenterio si tienes gusto, pero no me cantes en la tienda.

BADANA. Dispensa, hijo. Es la *pajolera* afísión.

POTITO. *A Pepa, aparte.* (Diga usté, güena mosa: ¿estos tres amigos frecuentan er loca?

PEPA. Más de lo que le conviene al amo.

POTITO. Eso creo yo; porque ensima e sé tuertos, que ar fin y ar cabo es una desgrasia, no son mu alegres que se diga.

PEPA. Caye usté, por Dios. Si yo pintara argo en la tienda…

POTITO. Pero ¿usté no pinta aquí na, presiosa?

Taburete empieza a agitarse. Baldomero, que está pendiente de él, se echa a temblar.

BALDOMERO. (¡Ay!…)

PEPA. No, señó. Ni aquí ni en parte arguna.

POTITO. Será porque no hay gusto en Seviya.

PEPA. Será por eso.

POTITO. Pos usté bien que lo demuestra pa vestirse.

BALDOMERO. (¡Ay!…)

POTITO. *Cogiéndole a Pepa los flecos del pañuelo que tiene puesto.* Porque este pañolito es cosa fina.

TABURETE. *Alzando la voz.* ¡Las manos quietas!

BALDOMERO. (¡La jisimos!)

POTITO. ¿Cómo?

TABURETE. ¡Las manos quietas!

POTITO. Hombre, yo creo que en cogé er fleco der pañolito, no hay ofensa pa nadie.

TABURETE. Es que der fleco se pué usté corré ar flaco.

POTITO. Le diré a usté, amigo: se tratá con señoras.

TABURETE. Pos lo disimula usté más de lo que conviene.

POTITO. *Levantándose con resolución.* Oiga usté, que eso ya es hablá demasiao. A mí a educación no me gana usté, ni toa la parentela de usté.

TABURETE. *Yendo hacia Potito como si fuera a merendárselo.* ¿No, verdá?

PEPA. ¡Por Dios, José María!

TABURETE. ¡Quítate de en medio!

BALDOMERO. ¡Pero, Taburete, por Dios!

TABURETE. ¿Queréis dejarme?

JUAN DE DIOS. ¡Ya está armá, ya está armá!

TABURETE. ¿Me va usté a repetí lo que ha dicho?

POTITO. ¡Sí, señó; pero no va a sé aquí; porque a mí, cuando quieo cogé un galápago pa tirarlo ar poso, la gente me estorba!

TABURETE. ¡Mardito sea er café con leche!…

Hace como que va a sacar una navaja; Potito echa mano a una silla; Pepa grita incesantemente, y los demás se interponen entre aquéllos y meten

a empujones a Taburete por la puertecilla de escape.

POTITO. ¡Venga usté pa acá!

PEPA. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

BALDOMERO. Pero ¿qué va a sé esto?

PEREGRÍN. ¡Quieto ahí!

PEPA. ¡No te pierdas, José!

JUAN DE DIOS. ¡Vamos, hombre, vamos!

TABURETE. ¡Sortarme ya, que me coma a esa carcomanía!

POTITO. ¡Sortarlo, a vé qué hase!

BALDOMERO. ¡Meterlo ahí, que no sarga más! ¡Joyín con el hombre!

TABURETE. ¡Ya nos veremos espasito!

POTITO. ¡Cuando usté quiera!

Juan de Dios éntrase con Taburete por la puertecilla.

PEPA. ¡Ay, Jesús, no hay minuto seguro con él! Y es que se siega er pobresito; es que se ensela hasta de un tirabusón que yo coja. ¡Ay! ¡ay! *Vase tras él.*

POTITO. Pos si se ensela, que se quée en su casa metío. ¡Mía también la mujé! *A Baldomero.* ¿Usté es el amo der negosio?

BALDOMERO. Por desgrasia, amigo.

POTITO. ¡Sí que tiene usté aquí una lotería! ¡Está esto yeno de alisientes! ¿Y el arrastrao der niño, qué hase?

Impaciente, se asoma a una y otra puerta. Llueve con verdadera furia.

Sale de nuevo Juan de Dios a completar el cuadro.

JUAN DE DIOS. Bardomero, esto no pué sé.

PEREGRÍN. No pué sé.

BADANA. No pué sé.

BALDOMERO. *Desesperado.* ¡Que no pué sé, ya lo sé yo! Pero ¿qué queréis que le haga?

JUAN DE DIOS. Bien te lo arvertí: no yeves mujeres a la tienda, que las mujeres no dan más e dijustos.

PEREGRÍN. Empesando por la propia.

Por la calle del foro pasan dos o tres personas sin paraguas, corriendo.

POTITO. ¡Ése, por lo visto, se ha yegao a Fransia a cambiá!

BALDOMERO. ¡Mala puñalá le den ar niño!

POTITO. ¡Y no yueve! ¡Se me va a orvidá a mí esta mañanita! ¡Más nervioso estoy que er rabo de un perro!

BALDOMERO. Hombre, Badana, ¿quiés alargarte hasta el estanco a vé si ves a ese *pajolero*, y lo echas pa acá de un puntapié?

BADANA. ¡Sí, hombre; ya lo creo! ¡No fartaba más!

Se va por la puerta del foro cantando.

Cuando le hisieron la autosia,
cuando la autosia le hisieron…

JUAN DE DIOS. Escucha, Bardomero. Harme caso una vez siquiera, ¡corcho! Si no quiés arruinarte, despide a esa mujé, y tráete aquí a un hombre e chispa, a un hombre e pico, a un hombre e simpatías; tráete a un Curro Meloja, y a la semana lo vas a notá, o me corto yo la cabesa.

BALDOMERO. ¿Un Curro Meloja? ¿Quién es Curro Meloja?

JUAN DE DIOS. *Asombrado.* ¡Corcho! ¿No conoses tú a Curro Meloja? Oye, tú, Peregrín: no conose a Curro Meloja.

PEREGRÍN. ¿Que no conoses a Curro Meloja? ¡Sí, hombre! ¿Quién es Curro Meloja?

JUAN DE DIOS. ¡El hijo de Paco Meloja!

PEREGRÍN. ¡Er casao con Rosa la Bonita!

JUAN DE DIOS. ¡Señó, Curro Meloja! ¡Si en Seviya lo saludan hasta los gatos!

PEREGRÍN. ¡Digo! ¡Curro Meloja!

JUAN DE DIOS. ¡Josú! ¡Curro Meloja!

BALDOMERO. Pos señó, siento en el arma no conosé a Curro Meloja.

PEREGRÍN. ¿A que aquí el amigo lo conose?

POTITO. ¿Eh?

PEREGRÍN. ¿No conose usté a Curro Meloja?

POTITO. ¡Yo estoy ya que no conozco ni a mi padre!

JUAN DE DIOS. Pos güeno: Curro Meloja es un hombre j que está sembrao.

PEREGRÍN. De los castisos, ¿sabes? ¡De los nuestros!

JUAN DE DIOS. Ahí en er Baratiyo va a tomá dos copas toas las tardes a una tienda, y hay bofetás por entrá en la tienda.

BALDOMERO. ¡Que venga aquí ese hombre en seguía!

JUAN DE DIOS. Es un *gacholi* que se pone a contá cuentos y te tumbas e risa; que pasa una mujé por la caye y le dise un piropo, y güerve la cara la mujé pa darle las grasias: que coge la guitarra y es menesté comérselo; que se pone a cantá, y se quea solo. Ése es Curro Meloja.

PEREGRÍN. ¿Tú sabes dónde va por las mañanas? A la tonelería der Bizco.

JUAN DE DIOS. ¿Quiés que me yegue en cuatro sartos y lo traiga?

BALDOMERO. Pos ¿no he de queré? ¡Si ese hombre debe de sé pa los parroquianos un papé de esos pa las moscas! ¡Yégate corriendo por é!

JUAN DE DIOS. Pa luego es tarde.

PEREGRÍN. Coge mi paraguas.

JUAN DE DIOS. ¡El agua no moja! *Vase a escape por la puerta del foro.*

Potito Pero oiga usté, amigo: ¿no será cosa que er niño haya hecho un viaje con mi biyete?

BALDOMERO. No, señó, no; por ese lao, no: er chiquiyo es de confiansa. ¡Rejoyín, qué sombra la mía! Peregrín, hombre, sar tú también a vé si das con Angeliyo.

POTITO. Y si no encuentra cambio, que traiga er biyete. La cuestión es que puea yo irme pronto de esta tienda, pa recomendársela en seguía a tos los amigos.

PEREGRÍN. Ayá voy. *Coge su paraguas y se va también por la puerta del foro.*

POTITO. ¡Camará! ¿Quié usté darme una poca de agua e Sé, quese me han regüerto las tripas? *Se sienta ante un velador.*

BALDOMERO. Sí, señó. Ahora mismo. *Trata de servirlo con la mayor solicitud, pero coge un sifón de agua de Seltz que no funciona normalmente.*

POTITO. ¡De acharao he roto a sudá!

BALDOMERO. ¿Qué jinojo le pasa a esto, que no tira?

POTITO. ¿También se ha descompuesto er sifón?

BALDOMERO. ¡También! ¡Miste qué grasia! Va a sé menesté di por otro. *Al decir esto salta un chorro de agua que pone a Potito como nuevo.*

POTITO. ¡Me caso con la má! ¿Por qué no me echa usté el agua ensima?

BALDOMERO. Ha sío sin queré… Usté perdone.

POTITO. ¡Digo! ¡Y estrenando vestío! ¡Hoy me dan a mí las viruelas!

Llega Angelillo por la puerta de la derecha, jadeante, sudoroso y mojado.

ANGELILLO. Aquí estoy yo ya.

POTITO. ¡Hombre, grasias a Dios! ¡Eres pintao pa una casa e socorro!

BALDOMERO. Ahora te ajustaré yo las cuentas, granuja.

ANGELILLO. Mi amo, si es que no había cambio en ningún sitio. He corrío más que er tío e la lista.

POTITO. ¿Quiés darme er dinero?

ANGELILLO. Sí, señó; tome usté. *De la faja va sacando uno tras otro hasta cinco paquetes de otros tantos duros en calderilla. Potito, al ver la faena, llega al rojo.* Uno, dos, tres, cuatro y sinco.

POTITO. Pero ¿los traes en cuartos, animá?

ANGELILLO. ¡No he encontrao otra cosa!

POTITO. ¡Hay pa cogerlo, ¿sabe usté?, y haserlo astiyas *pajoleras*! ¿A qué huele esto?

ANGELILLO. Será a pescao; porque he cambiao en la pescadería.

POTITO. ¿Le paese a usté? Y ¿dónde me guardo yo tanto paquete, que no haga feo? ¡Por supuesto, mañana viene aquí mi cuadriya y le mete fuego a la tienda! *Se va disparado por la puerta de la derecha.*

Baldomero. Grandísimo ladrón, ¿tú también vas en contra mía? ¿Qué has hecho?

Angelillo. ¡Ganarme dos reales en er cambio e los sinco duros! ¡Lo que no se gana usté aquí en tres meses!

Baldomero. ¿Tú le has cobrao er servisio e las botas?

Angelillo. Yo, no. ¿Y usté?

Baldomero. ¡Tampoco! ¡Ni er chato que se ha tomao después!

Angelillo. ¡Pos ha sío un negosio mu bonito!

Vuelve a salir el sol,

Asómase la Sorda a la puerta del foro.

Sorda. Bardomero.

Baldomero. ¿Otra vez?

Sorda. ¿Tú no esperabas un barrí de vino?

Baldomero. ¡Sí!

Sorda. ¿De mansaniya?

Baldomero. ¡Si!

Sorda. ¿De Sanlúca?

Baldomero. ¡Si!

Sorda. ¿Que sí?

Baldomero. ¡Que sí!

Sorda. ¿Ha dío por é a la estasión Antonio er carrero?

Baldomero. ¡Sí!

Sorda. ¿Que sí?

Baldomero. ¡Que sí!

Sorda. ¡Pos se le ha roto ar carro una ruea, se ha caío er barrí, se ha defondao, y está toa la caye regá de vino!

Baldomero. ¡Rejinojo! *Da una patada y pisa a Angelillo.*

Angelillo. ¡Ay!

Baldomero. ¡Hombre, echa una caja e fósforos en un vaso e agua, que me los vi a tomá en cuanto güerva! *Vase por la puerta del foro,*

despavorido.

Sorda. ¡Mía que tiene una pata tu amo!

Angelillo. *Aludiendo al pisotón*. Regulá la tiene, comadre.

Sorda. *Yéndose pregonando*. ¿A quién le doy la suerte? ¡Er catorse mí… quinientos veintisinco! ¡De dose reales!

Angelillo. ¡Josú! ¡Cuando se van de aquí los tuertos, y la Sorda, y el amo, y Taburete!, ¡Josú! ¡paese que se respira! ¡Josú! ¡Jasta er só ha salío! *Se asoma a la puerta de la derecha*. ¡Y mi novia en la esquina! *Llamándola*. ¡Leonoriya! ¡Pués vení sin cuidao!

Llega Leonor.

Música

Angelillo.

Ven aquí, claveyina,
ven acá, pimpoyito.

Leonor.

¿Y mi padre?

Angelillo.

¡Salió tragando quina!
¡La tienda lo trae frito!

Leonor.

Tiene suerte malina
mi papá er pobresito.

Angelillo.

No te apures por tu papá,
que yo, niña, lo sarvaré;
yo soy hombre capá,
mientras viva con tu queré,
de yevá la Puerta Reá
donde está la Puerta e Jeré.

LEONOR.

El arcarde se va a oponé
a ese cambio tan radicá:
pero es cosa de vé
que solito por mí na má,
donde está la Puerta e Jeré
yeves tú la Puerta Reá.

ANGELILLO.

¡Eso es poco!

LEONOR.

¿Poco?

ANGELILLO.

¡Poco!
¡Es una bicoca!

LEONOR.

¡Chiquiyo, me güerves loca!

ANGELILLO.

¡Yo si que estoy loco!

En la cabesita
de un arfilerito,
jago yo un cuartito
mu chiquerretito,
pa que vivas tú.

LEONOR.

¡Josú!

ANGELILLO. *Jurando.*

¡Va por tu salú!

LEONOR.

Pos en la puntita
de ese arfilerito,
te hago yo un laíto
mu apañaíto,
donde quepas tú.

ANGELILLO.

¡Josú!

LEONOR. *Jurando.*

¡Va por tu salú!

ANGELILLO. *Tirándole besos.*

¡Ten pa ti!

LEONOR.

¡Vengan pa acá!

ANGELILLO.

¿Y pa mí?

Leonor.

¡Pa ti no hay na!
Tomando yo los tuyos, güeno está.

Angelillo.

¿Y si te cogiera?

Leonor.

¡Qué me has de cogé!

Angelillo.

¿Vamos a probarlo?

Leonor.

¡Anda y prueba a vé!

Juegan corriendo por la escena.

Angelillo.

¡Moreniya!

Leonor.

¡Moreniyo!

Angelillo.

¡Corre, corre, corre, corre, que te piyo!

Leonor.

¡Corro, corro, corro, corro, que me piya!

Angelillo.

¡Que te cojo, Leonoriya!

Leonor.

¡Que me coges, Angeliyo!

Angelillo.

¡Que te piyo, que te piyo!

Leonor.

¡Que me piya, que me piya!
¡Ay, Angeliyo!

Angelillo.

¡Ay, Leonoriya!

Leonor.

¡Ay, gitaniyo!

Angelillo.

¡Ay, gitaniya!

Leonor.

¡Déjame, que ya estoy cansaíya!

Angelillo.

¡Yo también estoy ya cansaiyo!

Leonor.

¡Vaya un modo de corre!
Si nos viera mi papá,
con er genio de é,
¡la que me iba a echá!
¡lo que me iba a hasé!
¡la que se iba a armá!

Yo me doy ya por vensía,
y me entrego de una vé,

que es mejó que tú me cojas,
antes que nos coja é.

ANGELILLO. *Abrazándola de pronto.*

¡Te piyé!

Cesa la música.

¡Las ganas que tenía yo, Leonoriya, de que pasáramos los dos un rato solos!

LEONOR. Pos ¿y yo, Angeliyo? ¿Hay na mejó que verse así, serquita, serquita, y sólitas, sólitas, dos personas que se quieren tanto?

ANGELILLO. Ven acá: arrímate a mí, que no te yeno de betún. Siéntate aquí, conmigo.

Se sientan juntos, ella en una silla y él en el suelo, cerca de la tarima del limpiabotas.

LEONOR. Aquí me tienes. Dime, Angeliyo: ¿cómo va er negosio?

ANGELILLO. ¡De cabesa!

LEONOR. ¿De cabesa, eh? Como to lo que emprende er pobresito de mi papá. ¡No le ha salió bien más que una cosa en esta vía!

ANGELILLO. ¡Una cosa na más! ¡Conformes!

LEONOR. La primera tienda de ansuelos y lombrises.

ANGELILLO. Entonces le han salío bien dos cosas: la tienda e los ansuelos y tú. Lampando estoy yo porque tu padre se desespere der negosio —que ya le farta un pelo— pa ponerme delante de é y desirle: «Señó Bardomero, de argo le ha de serví a usté tené esa hija tan serrana. Aquí hay un hombre».

LEONOR. ¡Ay, qué alegría, Angeliyo! Porque yo sufro mucho de verlo ar pobresito mío peleá con su sino perro pa sacá la casa adelante. Hora es ya de que descanse er pobresito. De cuatro garbansos que tengamos nosotros, uno será pa mi madre y otro pa é. En la seguridá de que si arguno es negro, le toca er negro ar pobresito mío.

ANGELILLO. Pero ¿qué hablas ahí de cuatro garbansos? ¿Tú crees que no vamos a salí de pobres nosotros? ¡Pos no tengo yo muchos inventos en la cabesa! Arguno petará. Yo no me paso la vía de betunero. ¡Pa eso tenía yo que no haberte conosío a ti! Desde que tú me has mirao con esas dos cajas e betún que tienes por ojos, me ha entrao una hormiguiya de sé rico y de valé argo, que ya verás cómo va a pará en bien.

LEONOR. ¿Será la tienda nuestra?

ANGELILLO. ¡Dalo por seguro! ¡Y la muaremos de sitio, y la pintaremos de coló de rosa, y le cambiaremos er nombre, y le prohibiremos la entrá a tu padre, y le pondré yo un ventiladó que cante tangos, que ér solito va a yamá ar público!

LEONOR. Y eso ¿será pronto, Angeliyo?

ANGELILLO. ¡Cuando menos se piense! Porque te prevengo que ca vez que Taburete arma aquí una gresca, o que los tuertos prinsipian a dá malas notisias y no acaban, me jasen a mí asín las tripas y me entran ganas de pelea.

LEONOR. Pero ¡qué güeno eres! ¿No te vi a queré?

ANGELILLO. ¿Te parezco yo mu güeno, Leonoriya?

LEONOR. Mu retegüeno, y mu formá, y mu desente.

ANGELILLO. Demasiao desente: porque yevamos juntos un cuarto de hora, y no te he cogío ni un peyizco.

LEONOR. *Con ganas del pellizco.* Hombre…

ANGELILLO. ¿Qué?

LEONOR. Si no es más que un peyizco…

ANGELILLO. ¡Un peyizco na más!

LEONOR. Ea… pos anda…

ANGELILLO. Lo malo es que como tengo los deos un poquiyo susios, será mejó que te lo coja con los dientes.

LEONOR. Pero eso ya no es un peyizco: eso es otra cosa más grave…

ANGELILLO. ¡Sin apretá, no es grave!

LEONOR. ¿No es grave?…

Llega en esto el Forastero otra vez, por la puerta del foro.

FORASTERO. A la paz e Dios.

Angelillo y Leonor, que estaban tan acaramelados, se asustan y reniegan de él.

ANGELILLO. (¡Mardita sea tu estampa!)

LEONOR. (¡Mía qué oportuno!)

FORASTERO. (¡Hombre, me he colao en la misma tienda de antes! Y es que tiene dos puertas. Menos mar que no está aquí aquer guapo). *Se sienta ame un velador y toca las palmas. Angelillo no le hace caso. Vuelve a tocar las palmas.*

ANGELILLO. *Levantándose y yéndose a él con mal modo.* ¿Qué se le ofrese a usté?

FORASTERO. *Algo desconcertado.* Yo quisiera un chatito e montiya. Pero por las güeñas… Cuestiones, no.

ANGELILLO. ¿Un chatito e montiya?

FORASTERO. ¿No hay montiya?

ANGELILLO. Le diré a usté: hay montiya, pero francamente, no es un montiya recomendable. ¿Sabe usté dónde tienen un montiya pa chuparse los deos e gusto? *Llevándolo a la puerta del foro.* Aquí ar regorvé de la equina ésta.

FORASTERO. Muchas grasias, amigo. Me limpiaré las botas, ya que estoy aquí.

ANGELILLO. Esas botas están limpias, señó.

FORASTERO. *Un poco perplejo.* ¿Están limpias?

ANGELILLO. Y con er día de yuvia que jase, es ganas e gastá dinero en limpiarse las botas.

FORASTERO. También es verdá. (En mi vía me ha pasao na por el estilo. ¡Compadre, qué Seviya ésta!)

Vase por la puerta del foro, dejándose olvidado el paraguas.

ANGELILLO. ¿Habrá tío mal ánge? ¡Paese que había elegío er momento pa entrá!

LEONOR. *Viendo venir a Baldomero.* ¡María Santísima!

ANGELILLO. ¿Qué?

LEONOR. ¡Esto sí que es peó! ¡Mi padre!

ANGELILLO. ¡Nos caímos!

Por la puerta del foro vuelve el desventurado Baldomero, Leonor se pone tras el mostrador a hacer que hace algo.

BALDOMERO. ¡Mardita sean las asitunas sapateras! Oye, ¿quién era ese que salía?

ANGELILLO. Uno…

BALDOMERO. ¡Eso ya lo he visto! ¿Ha bebío argo?

ANGELILLO. No, señó… Pa mí que es de la polisía.

LEONOR. (¡Qué lioso!)

ANGELILLO. Ya sabe usté lo que quié esa gente.

BALDOMERO. ¡De memoria!

ANGELILLO. (Se la tragó).

BALDOMERO. Aquí paese que güerve.

LEONOR. (¡Josú!)

Vuelve el Forastero por su paraguas.

FORASTERO. Con permiso: se me orvidó er paraguas.

BALDOMERO. *Dándoselo con solicitud.* ¿Es éste?

FORASTERO. Sí, señó: muchas grasias.

BALDOMERO. No hay de qué. Yo soy el amo de la tienda. *Poniéndole misteriosamente un duro en la mano*. Tome usté pa unas copas.

FORASTERO. *Sorprendidísimo.* ¡Hombre!

BALDOMERO. ¡Hágame usté er favó!

FORASTERO. Pero ¡hombre!

BALDOMERO. ¡Señó, pa unas copas! *Dándole vueltas sin dejarlo hablar, lo empuja hacia la puerta del foro.*

FORASTERO. ¿A santo de qué?

BALDOMERO. ¡Bébaselas usté a mi salú!

FORASTERO. Es que…

BALDOMERO. ¡Es que no se habla más del particulá! ¡Vaya usté con Dios!

FORASTERO. Pero…

BALDOMERO. ¡Vaya usté con Dios! *Desaparece el Forastero. Angelillo y Leonor han presenciado la escena muertos de risa.* ¿Digo, eh? ¿Conozco yo a esos tíos?

ANGELILLO. ¡A la legua!

BALDOMERO. ¡Y hasía como que no lo tomaba! *De repente.* ¡Me caso con la torre'el Oro!

ANGELILLO. ¿Qué?

LEONOR. ¿Qué?

BALDOMERO. ¡Que le he dao er duro de los estudiantes! En cuantito vea que es de plomo, se cree que es pitorreo y me va a bardá de una murta. ¿Es pata o no es pata? *A Leonor.* Y tú ¿por qué estás en la tienda?

LEONOR. Porque… mamá me dijo… me dijo, dise: «Yégate ayá en un sarto… y que papá te dé dinero pa comprá dos varas de tela que nesesito».

BALDOMERO. ¿Sí, eh? Pos dile a tu madre que con una *vara* hay bastante… y que yo la yevaré esta noche… y que habrá *tela* pa las dos. ¡Arsa pa casa ya que estás tú mu sacá de quisio!

LEONOR. No se enfade usté conmigo, papá; que no he hecho na malo… toavía.

BALDOMERO. ¿No oyes que te vayas?

LEONOR. Ya me voy. ¿Por qué no inventas tú una cosa contra er mar genio?

BALDOMERO. ¡Verás!

Vase Leonor corriendo por la puerta del foro.

ANGELILLO. (¡Más bonita es que un puesto e flores!)

BALDOMERO. *Lleno de aflicción.* Angeliyo, estoy a dos deos de tirarme ar Guadárquiví por el arco de en medio. ¡Cuatro arrobas de mansaniya perdías! No yoro… porque disen que los hombres no yoran; no por farta e ganas.

ANGELILLO. ¡Vaya por Dios, mi amo; vaya por Dios!

Sale Taburete por la puertecilla de escape, coge su paraguas y se encamina a la del foro.

TABURETE. Hasta luego.

BALDOMERO. Hasta luego.

ANGELILLO. Hasta luego.

TABURETE. *Deteniéndose un punto.* ¡Ah! Si viniera Antonio er gitano preguntando por mí, que se aguarde.

BALDOMERO. Pero ¿va a vení a mi casa ese hombre?

TABURETE. Anda disiendo por ahí que tiene ganas e matarme, y yo le he mandao cuatro letras disiéndole que aquí lo espero.

BALDOMERO. ¡También lo ha podio usté sitá en la Cruz der Campo!

TABURETE. No se me ocurrió. Con ésa no cuente usté hoy. Desde la pendensia de antes, metió la cabesa debajo un corchón, y no la saca. *Hestérica* perdía.

BALDOMERO. ¿Qué es eso de *hestérica*?

TABURETE. ¡Que no hay quien la aguante! *Se va por la puerta del foro.*

BALDOMERO. ¡Pos *hestérico* estás tú desde que nasiste, ladrón!

Angelillo ¡Asín trompiese en er primer adoquín levantao y se esbarate ayí la cara más e lo que la tiene!

CHIQUILLO 1.º *Asomándose a la puerta de la derecha y chillando.* ¡Bardomero!… ¡Mucha tienda y poco dinero!

BALDOMERO. ¡Verás si te cojo!

El Chiquillo echa a correr y desaparece. Por el hueco del cristal de la puerta del foro asoma la cabeza otro, rompiendo el papel.

CHIQUILLO 2.º ¡Bardomeriyo!… ¡Mucha tienda y poco borsiyo!

BALDOMERO. ¡Mardito sea tu padre!

El Chiquillo huye. Se ve correr a tres o cuatro más, que le chillan a Baldomero.

ANGELILLO. ¡Qué grasiosos están los niños!

BALDOMERO. Acuérdame que le avise ar cristalero, porque han dao en la grasia de meté la cabeza por er papelito.

CHIQUILLO 1.º *Dentro.* ¡Bardomero Castañas!…

CHIQUILLO 2.º ¡En er cajón tiene telarañas!…

Nuevos gritos y carreras de los Chiquillos.

BALDOMERO. ¿Tú oyes? ¡Es er cormo ya! ¡Hasta los chiquiyos sacan cosas con mi mala sombra!

Preséntase Badana alborozado por la puerta del foro y se va en seguida.

BADANA. Oye, tú.

BALDOMERO. ¿Qué quieres?

BADANA. ¡Ahí viene Juan de Dios con Curro Meloja!

ANGELILLO. ¿Con Curro Meloja?

BALDOMERO. Sí; si vienen pa acá.

BADANA. ¡Ese hombre si que te conviene en la tienda! ¡Voy a saludarlo!

BALDOMERO. ¡Señó, que sea mi providensia Curro Meloja; que me sarve; que me anime el establesimiento; que ya me duele el arma judía de verme perseguío por la mala estreya!

Vuelve Peregrín por la puerta de la derecha, no menos alborozado que Badana.

PEREGRÍN. ¡Ya tienes ahí a Curro Meloja!

BALDOMERO. ¡Me alegro!

PEREGRÍN. ¡Y lo que te alegrarás!

ANGELILLO. ¡Argunas ganas tengo yo de conosé a ese hombre! ¡Dise to er mundo que es un chorro e grasia!

BALDOMERO. ¡Ojalá lo sea de güeña sombra pa mí!

PEREGRÍN. Aquí está ya.

Por la puerta del foro, que Angelillo ha abierto previamente de par en par, entre Juan de Dios y Badana, llega el anhelado y famoso Curro Meloja. No hay más que verlo para comprender que la leyenda que lo envuelve carece de base. Hay reputaciones injustas.

BALDOMERO. ¡Adelante, señores!

CURRO. *Empezando a desplegar su repertorio. ¡Saluqui!*

Es de advertir que hasta los buenos días los da como si dijera una gracia, y que él celebra con su risa primero que nadie todo cuanto dice. Está satisfecho de su ingenio. Sus amigos y admiradores, los tres tuertos, repiten también en son de elogio todas sus frases y se ríen a perecer con ellas.

BALDOMERO. Güenos días.

CURRO. ¿Cómo está usté, amigo?

BALDOMERO. Pa servirlo a usté.

JUAN DE DIOS. Aquí er compadre Bardomero, ¿te enteras, Curro? tenía ganas el hombre de tomá contigo una copa.

BALDOMERO. Sí, señó.

CURRO. Juaniyo, una copa se toma pa hasé un juego e manos. ¿Qué menos vamos a tomá que una *dosenibilis*?

JUAN DE DIOS. *A Baldomero.* (¿Has estao en er *timo*? ¡Una *dosenibilis*! Tú déjalo a é. Porque es un hombre a quien no se le pué desí: «Haga usté una grasia».

BALDOMERO. *A Juan de Dios*. Ya comprendo que no es ningún perro amaestrao). ¡Pero, cabayeros, sentarse! Vi yo a di preparando esas copas.

En efecto, va a ello. Todos los ojos, que son pocos y nones, están fijos en el héroe de la jornada, de quien se espera mucho y bueno. Por la puertecilla de escape sale en esto Pepa la Garbosa, con un mantoncillo al brazo, que deja sobre una silla al salir.

PEPA. Güenos días.

CURRO. Güenos días. *A Peregrín.* ¿Quién es esta morucha?

PEREGRÍN. Pepa la Garbosa: ¿no la conoses? Cuñá de Bardomero.

CURRO. *Contemplándola con admiración*. ¡Vaya cardo!

PEREGRÍN. Ven acá, Pepiya. Éste es Curro Meloja.

PEPA. Mucho gusto de conoserlo.

CURRO. Yo no le digo a usté na, porque me ha cortao usté er *resorlibilis*.

JUAN DE DIOS. Oye, Pepiya. Trae pa acá tu guitarra, que pué que no estorbe.

PEREGRÍN. Pué que no.

PEPA. ¿Mi guitarra? Me lo ha prohibío Taburete, pero, en fin… *Vase por la puertecilla otra vez.*

CURRO. *Mirándola andar.* ¡Vaya caló! Pero que ¡vaya caló!

Por la calle del foro pasan dos o tres muchachas, acompañada de su novio alguna.

JUAN DE DIOS. Tú siempre serrando los ojos delante e las mujeres.

PEREGRÍN. Por aquí pasan ahora argunas mu serranas. *A Juan de Dios.* (A vé si lo oímos).

BALDOMERO. Las operarias de ahí abajo. Dos o tres hay que valen er dinero.

CURRO. ¿Quién se quea sin mirarlas entonses?

JUAN DE DIOS. ¡Por argo ha salío er só!

Se acerca Curro a la puerta del foro. Pasan diversas muchachas de mantón, solas unas, otras en parejas o en grupos de tres, y a cuantas pasan les dedica una frase el festejado. Los tuertos ríen a mandíbula batiente, como ya se ha dicho, y repiten entusiasmados las frases.

JUAN DE DIOS. *Guiñándole a Baldomero.* ¡Ahora verás canela!

CURRO. *A una mocita.* ¡Vaya cardo!

JUAN DE DIOS. ¡Vaya cardo, dise!

CURRO. *A otra.* ¡Vaya cardo! *A otras.* ¡Vaya caló!

ANGELILLO. *Desde la puerta de la derecha.* ¡Por aquí también pasan argunas!

CURRO. *Acudiendo allá presuroso.* No se pué está en toas partes, amigo.

ANGELILLO. Miste ésa.

CURRO. *Viéndola venir,* ¡Vaya cardo! ¡Vaya cardo! *Al paso de la mujer.* ¡Vaya caló!

JUAN DE DIOS. *Desde el foro.* ¡Curriyo!

CURRO. ¡Me yamo! *Se une a su panegirista, y apenas llega, le dice de nuevo a otra oficiala:* ¡Vaya cardo!

Baldomero deja mientras sobre un velador una botella de manzanilla y una bandeja de copas, que llena del líquido precioso. Angelillo se le acerca a abrirle su pecho.

ANGELILLO. (¿No le paese a usté mucho cardo, señó Bardomero?

BALDOMERO. Y mucho caló. ¡Como que va a herví er cardo!)

CURRO. *A las que van pasando por la puerta.* ¡Lo pequeño! ¡Lo fino!

ANGELILLO. ¡Lo gordo!

CURRO. ¿Eh?

ANGELILLO. ¿No es gorda ésa?

CURRO. Niño, tienes tú que comé toavía muchas migas pa arterná con *mangue*.

PEPA. *Saliendo.* Aquí está la guitarra.

CURRO. ¡Vaya cardo!

BALDOMERO. ¡Y aquí están las copas muertas e risa!

ANGELILLO. (¡No será de lo que dise Curro Meloja!)

PEREGRÍN. Siéntate, Curriyo. Vamos a armá una mijita e juerga.

CURRO. Vamos a armarla. A eso estamos.

BALDOMERO. *Ofreciéndole una copa*. Tome usté, amigo.

CURRO. Se estima. *Se la bebe de un trago, tapa con la mano la copa vacía y luego mete en ella la nariz.*

BALDOMERO. ¿Le gusta?

CURRO. *Sipi*.

BALDOMERO. ¿Cómo?

CURRO. ¡Que *sipi*. Hombre, que *sipi*!

BALDOMERO. ¡Ah, *sipi*! Lo desía porque, si no, le sirvo otra marca.

CURRO. *Nopi*.

BALDOMERO. *¿Nopi?* Yo creo que es una mansaniya que se deja bebé.

CURRO. *¡Naturaca!*

Baldomero, a cada palabra de Curro Meloja y ante las risas de los tuertos, mira consternado a Angelillo, dándole a entender que no le encuentra el chiste por ninguna parte al tan celebrado gracioso.

JUAN DE DIOS. ¿Tú no bebes, Pepa?

PEPA. Yo, no. Me lo ha prohibío Taburete.

CURRO. Y ¿qué es eso?

PEPA. Mi novio.

CURRO. ¿Tiene usté novio, hija?

BALDOMERO. Un cachiyo.

CURRO. Pero cantará usté cuarquier filigrana.

PEPA. También me lo tiene prohibío.

CURRO. ¡Várgame Dios! ¿Es un bando ese hombre?

Gran carcajada de los tuertos.

JUAN DE DIOS. ¡Ha estao sélebre! *A Baldomero.* (¡Tú déjalo a é!

BALDOMERO. *A Juan de Dios*. ¡Si yo le dejo! ¡Ya se ha tomao tres copas!)

CURRO. Ea, pos ayá voy yo, niña, pa meterla a usté en *jatiguirris. A Juan de Dios.* Témplate por lo mío.

JUAN DE DIOS. Vamos ayá.

PEPA. Vamos a vé.

BADANA. Vamos a vé.

PEREGRÍN. Vamos a vé, vamos a vé.

ANGELILLO. Vamos a vé.

BADANA. Sar por esa copla que a mí me gusta tanto

Er verduguito apretó,
mi padre sacó la lengua,
mi madre se impresionó.

CURRO. Eso es mu triste. ¡Ya veremos por dónde pito!

PEREGRÍN. ¡Venga, venga!

Música

Principia a entonarse Curro Meloja.

CURRO. Au, au, au, au…

BADANA. ¡Ole!

JUAN DE DIOS. ¡Mi niño!

CURRO. ¡Ole la *voluntaca*, y na más que la *voluntaca*! Au, au, au, au…

BALDOMERO. *Maquinalmente.* ¡Vaya cardo!

PEREGRÍN. Pero ¡que mu güeno!

CURRO. *Arrancándose al fin, como si la u estuviese más barata y fuese más graciosa que las otras vocales*.

> Lau grausiau deu lau persounau
> non seu mideu por audarmeus,
> queu seu mideu por arroubaus.

Los tres tuertos estallan en exclamaciones de entusiasmo, desconociendo sin duda que, además de la u, hay cuatro vocales.

BALDOMERO. *A Angelillo.* (¿Qué te párese a ti, Angeliyo?

ANGELILLO. *A Baldomero.* Que er der padrón de los perros está aquí mañana).

PEREGRÍN. ¡Vamos a otra, a otra!

BADANA. ¡A la grande!

CURRO. Va por usté, niña.

PEPA. Venga ya.

CURRO.

> Tantou teu quieurou, mujeu,
> que anteus deu verteu con outrou
> maulau puñaulau te deun.

Se reproduce el entusiasmo de los tuertos.

PEPA. Mu bien cantao está eso, señó.

ANGELILLO. *Aparte con Baldomero, como antes.* (¿Qué ha dicho de *tedeuum*?

BALDOMERO. ¡Cuarquier cosa! Pa mí que Juan de Dios está en lo firme.

ANGELILLO. ¿Por qué?

BALDOMERO. Porque dise que éste se quea solo cantando).

CURRO. Y a usté, persona e mérito, ¿no le vamos a vé la grasia?

PEPA. ¡Ay, si supiera usté er mieo que tengo! Tanto mieo como ganas e cantá.

JUAN DE DIOS. Por una vez ¿quién va a saberlo, mujé?

CURRO. Vamos, vamos ayá.

PEPA. Vaya que sea. ¿Qué canto, Juan de Dios?

JUAN DE DIOS. «Si te di lo que más vale». ¡Lo tuyo!

PEPA. Güeno.

Si te di lo que más vale,
¿qué pueo ya contra ti,
que no quisiera quererte
y te quiero más que a mí?

Moreniyo mío, vete de mi vera,
que vi a escribirte una carta
en que te pío que vengas.

Oles y aclamaciones generales.

CURRO. ¡Sircustansias ahí!

PEREGRÍN. Anda, Pepiya, otra; no te enfríes.

PEPA.

Como sé que me orviaste
por una mala *gachí*,
me está quemando la boca
aquer beso que te di.

Anda y que te prendan,
vete de mi lao,
y mándame cuarquier día
mi delantá colorao.

Se repiten las aclamaciones y cesa la música. Momentos antes se ha presentado Taburete por la puerta del foro, sin ser visto.

TABURETE. *Dando un paraguazo en el suelo.* ¿Conque de juerguesita, eh?

PEPA. *Sobrecogida.* ¡José María!

BALDOMERO. ¡Güeno va!

ANGELILLO. ¡Taburete!

CURRO. ¿Éste es Taburete?

TABURETE. Yo soy Taburete, sí, señó. *A Pepa.* ¿Sé pué sabé quién ha sío er sinvergüensa que te ha dao permiso pa cantá?

CURRO. *Interviniendo amistosamente, seguro de su labia.* Comparito, usté se ha equivocao, y usté dispense. A lo mejó pierde uno er *caletribilis*. Aquí no somos más que unos amigos que están tomando cuatro copas, y usté va a sé uno de eyos, y me va a asertá a mí esta copa que yo le doy.

PEREGRÍN. ¡Mu bien, mu bien!

JUAN DE DIOS. *A Baldomero.* (¡No hay otro pa arregla cuestiones!)

TABURETE. *Después de aceptar la copa y de bebérsela,* sin *palabras, da las gracias con un ademán y repite:* ¿Se pué sabé quién ha sío er sirvergüensa que te ha dao permiso pa cantá?

BALDOMERO. ¡Jinojo!

CURRO. ¡Vamos, hombre, vamos; que no se diga! Aquí tos somos unos, y aquí lo que hay son güenos deseos, y no hay más que hablá, y usté se va a tomá ahora mismo otra *copirri*, porque con un pie solo no se anda. ¿Es verdá, comparito?

JUAN DE DIOS. (¡No hay otro pa arregla cuestiones!)

TABURETE. *Se echa al cuerpo solemnemente la segunda copa, y vuelve a preguntar:* ¿Se pué sabé quién ha sío er sinvergüensa que te ha dao permiso

pa cantá?

ANGELILLO. *Estallando*. ¡Yo he sío!

TABURETE. ¿Cómo?

Movimiento general de sorpresa.

ANGELILLO. ¡Aquí no hay más sinvergüensa que usté, que se está bebiendo la boteya y no jase las pases! ¡Se acabó!

TABURETE. ¡Niño!

ANGELILLO. ¡Hombre!

PEPA. ¡Por Dios, José María!

TABURETE. ¿Tú no te has visto nunca la nuez en la parma e la mano?

ANGELILLO. ¡No, señó, y no saque usté la navaja, porque no le jase usté sangre a una fresa! ¡Yo soy quien le ha pedio a Pepa que cante… y yo soy también er que le va a sortá a usté dos gofetás en cuanto rechiste, y er que le dise ahora que por la puerta se va a la caye!

TABURETE. ¿Quéeee?

ANGELILLO. ¡Aquí está usté de más! ¡Se acabó er perjudica a esta tienda con escándalos y bravatas! ¡Y si su pareja de usté quié seguirlo, tampoco vamos perdiendo gran cosa!

TABURETE. *A los demás* ¿Qué hago yo? ¿Me vi a ensañá con un chiquiyo?

PEPA. Pero ¿tú has escuchao, Bardomero?

BALDOMERO. *¡Sipi!*

PEPA. ¿Qué?

BALDOMERO. ¡Que *sipi*!

PEPA. Y ¿estás conforme?

BALDOMERO. *¡Naturaca!*

PEPA. ¿Ah, sí? ¡Ea, pos anda y que te enmielen! ¡Vámonos, José María, que tengo yo dos manos mu hermosas pa trabajá en cuarquier parte y ganarlo pa ti! ¡Vente, hijo de mi arma! *Coge su mantón y agarra del brazo a Taburete.*

TABURETE. ¡Vámonos, sí; que hay muchos días pa ajustá cuentas! ¡Er que quiera argo con Taburete, en la Plasa e Viyasis estoy toas las mañanas junto ar puesto e los calentitos! Argunas veses no se me ve con el humo, pero ayí estoy.

PEPA. ¡Anda y no hagas caso! ¡Lo mismo ér que el otro, son unos desagradesíos! ¡Pagarte, así, con er carté que tú le dabas a la tienda! ¡Vámonos, que la caye es mu ancha!

Vase por la puerta del foro, con su queridísimo Taburete.

JUAN DE DIOS. ¡Mu bien, Angeliyo!

PEREGRÍN. Pero ¡bien de veras!

CURRO. ¡De lo güeno güeno, lo *aguanoso*!

BADANA. *¡Chachipé!*

BALDOMERO. ¡No hay otro pa arregla cuestiones!

ANGELILLO. ¡Pos claro, señó! ¡Yega un momento en que se jarta una piedra e la caye de que la pisen tanto! ¡Y a mí me duele ya el arma de vé la mala pata de este pobre hombre, y de que to dios se amonte en é! ¡Es como ustedes, que sobre pasarse aquí la vía sin hablá más que de cosas tristes, espantando a los parroquianos, por to favó se nos aparesen hoy con esta vela pa las tormentas!

CURRO. ¡Oiga usté, criaturita!

JUAN DE DIOS. ¡Oye tú!

PEREGRÍN. ¡Bardomero!

BADANA. ¡Bardomero!

PEREGRÍN. ¿Tú autorisas este sabruto?

BALDOMERO. *¡Sipi!*

CURRO. ¿Es que me hase usté burla, amigo?

BALDOMERO. *Sipi*, digo, *nopi*. ¡Es que yo también tengo grasia!

CURRO. Pos mire usté: lo que me sobran a mi en Seviya son tiendas donde un fósforo que yo tire, lo recogen.

ANGELILLO. ¡Irá usté a arguna serería!

CURRO. Voy adonde me sale de adentro, niño. ¡De verano! *Encamínase a la puerta del foro.*

JUAN DE DIOS. ¡No te enfaes, Curro!

CURRO. ¿No me he de enfadá, Juan de Dios?

PEREGRÍN. ¡Rasón tiene!

JUAN DE DIOS. ¡Te acordarás de este desaire, Bardomero!

BADANA. ¡Te acordarás!

Vanse los tres con Curro, comentando indignados el suceso.

BALDOMERO. *Abriendo los brazos a Angelillo.* ¡Ven acá, Angelillo, ven acá, que desde ahora te quiero como si te hubiera parío mi mujé! ¡Ven acá, que en dos minutos me has espantao de aquí toas las plagas que me sercaban!

ANGELILLO. *Después de abrazarlo.* Pos, mi amo, toavía soy yo capá de sacarlo a usté a flote.

BALDOMERO. ¿Cómo?

ANGELILLO. Déjeme usté siquiera un mes encargao de la tienda, y si esto cambia e rumbo, usté me paga con lo que yo le pía.

BALDOMERO. ¡Firmao!

ANGELILLO. ¿De veras?

BALDOMERO. ¡Te digo que firmao, Angelillo!

ANGELILLO. *Señalando a la puerta del foro, en donde aparece Leonor.* ¡Pos ayí está er premio!

BALDOMERO. *Con gran sorpresa.* ¿Mi chiquiya?

ANGELILLO. Como usté ve, no me queo corto. Entra.

BALDOMERO. ¿Te gusta mi chiquiya?

ANGELILLO. ¡Me gusta más que come con los deos!

LEONOR. Y yo lo quiero a ér más que a nadie en er mundo.

BALDOMERO. ¡Pos andá y peleá juntos con er sino, que a mí siempre me ha echao bola negra! Pué que sea lo único asertao que yo haga en esta vía.

Pasa la Sorda por la calle del foro de derecha a izquierda.

SORDA. ¡Er catorse mi… quinientos veintisinco! ¿A quién le doy la suerte?

Baldomero huye al oírla.

ANGELILLO. ¡A nosotros va a sé! Con er poco dinero que haya en er cajón vi a compra ese désimo.

LEONOR. ¡Muy bien pensao! Y luego lo primero que hay que hasé es cambiarle a la tienda er nombre.

ANGELILLO. ¿Cómo quieres tú que le pongamos?

LEONOR. «La güena sombra». ¿Te parese?

ANGELILLO. Me parese.

LEONOR. *Al público:*

Mi papá la deja;
ya la tienda es otra…
De hoy en adelante será ésta la «Tienda
de la güeña sombra».

FIN

Fuenterrabía, agosto, 1906.

EL GENIO ALEGRE

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **TEATRO ODEÓN**, de Buenos Aires, el 29 de setiembre de 1906

A NUESTRO HERMANO PEDRO

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Consolación.	María Guerrero.
Doña Sacramento.	María Cancio.
Coralito.	Nieves Suárez.
Salud.	Elena Salvador.
La Chacha Pepa.	Matilde Bueno.
Frasqueta.	Encarnación Bofill.
Carmen.	Mercedes Salverda
Rosita.	Merceditas Delgado.
Julio.	Fernando Díaz de Mendoza.
Don Eligio.	Felipe Carsí.
Lucío.[2]	José Santiago.
Ambrosio.	Manuel Díaz.
Pandereta.	José Soriano Viosca.
Antoñito.	Ricardo Vargas.
Diego.	José Urquijo.

Todos ellos, a excepción de *Doña Sacramento*, *Julio* y *Don Eligio*, hablan con pronunciación andaluza, más o menos acentuada, según su clase y condición.

Doña Sacramente habla el castellano con reposo y dulzura, aunque con cierta afectación señoril; *Julio*, con la suavidad de un andaluz que ha vivido en Madrid mucho tiempo, y *Don Eligio*, como si tuviese la lengua de metal y la campanilla de madera.

ACTO PRIMERO

La escena es en Alminar de la Reina, ciudad andaluza, y en el amplio, vetusto y sosegado patio del palacio de doña Sacramento Alcázar, marquesa de los Arrayanes. Al foro, hacia la derecha del actor, está la ancha escalera del palacio, y hacia la izquierda, el portón y una gran ventana con reja, por la que se ve el zaguán. A la derecha hay una sola puerta, y a la izquierda, dos: la del segundo término es más pequeña que las otras, y conduce a la casa de labor. Arcos anchos y airosos, que descansan en gruesas columnas de mármol. El suelo, de mármol también en el centro del patio, y de ladrillo en los corredores. En medio, una fuente. Balcones en el piso superior, que corresponden a los corredores altos. Colgada ante el portón, una gran farola. Pocos muebles; entre ellos, un arcón, un banco, dos sillones y una mesa frailuna. Decoran las paredes retratos al óleo de los ilustres antepasados de la familia, dos de los cuales son un fraile y una monja. Es por la tarde.

Don Eligio, administrador de doña Sacramento hace muchos años, y hombre de unos sesenta, aparece vestido con traje negro a la usanza del siglo XVII*, y en la actitud que le ha parecido más propia para que lo retrate Antoñito. Gasta lentes redondos, lo cual cree que le da cierto parecido físico a don Francisco de Quevedo. Claro que no hay tal cosa. Se tiñe la mosca y el bigote, y no se tiñe el pelo porque no le queda ninguno.*

Antoñito, sentado ante una silla de que se vale a modo de caballete, retrata al óleo a don Eligio. Es un muchacho paliducho y enclenque, gran

aficionado a la pintura, de genio avinagrado, y de los que piensan que todo el toque está en pelarse poco y en usar una corbata desaforada.

DON ELIGIO. Me parece que ya falta luz, Antoñito.

ANTOÑITO. ¿Se cansa usted?

DON ELIGIO. Yo no me canso nunca.

ANTOÑITO. Pues luz hay de sobra.

DON ELIGIO. Cierto que en este mes es cuando oscurece más tarde. Lo que sí quiero es que, desde mañana, nos vayamos a pintar al jardín, o al patinillo, o a la azotea, o al corral.

ANTOÑITO. Es que a mí me gusta más este fondo.

DON ELIGIO. Pues pinta el fondo cuando termines la figura; porque, la verdad, es triste gracia que todo el que llegue a esa puerta tenga algo que mirar o que decir de mi catadura. Ya se me alcanza a mí que es extraño capricho éste de que tú me retrates de esta guisa; pero no hay por qué darle dos cuartos al pregonero.

Diego, viejo cochero de la casa, asómase por la ventana del zaguán en traje de faena.

DIEGO. Señó arministradó.

DON ELIGIO. *Estremeciéndose.* ¿Eh? ¡Ah!, ¿eres tú? ¿Que sucede?

DIEGO. ¿Engancho o no engancho?

DON ELIGIO. No enganches. La señora no sale hoy.

DIEGO. ¿Ni er señorito Julio?

DON ELIGIO. Ni el señorito Julio.

DIEGO. Güeno está. *Retírase.*

DON ELIGIO. ¿Ves tú? No gano para sustos, Antoñito.

ANTOÑITO. Dejémoslo, si le parece a usted.

DON ELIGIO. Sí, sí; dejémoslo.

ANTOÑITO. Hoy hemos trabajado mucho.

Mientras va recogiendo sus bártulos, echándole miradas a su obra con los ojos plegados, don Eligio la examina detenidamente.

DON ELIGIO. A ver, a ver… Lo que te dije ayer, Antoñito: los pies grandes y la cabeza chica.

ANTOÑITO. *Sulfurándose.* ¿Sí, eh? Don Eligio, mírese usted al espejo.

DON ELIGIO. Paso, paso; la justa proporción de la figura humana son siete cabezas, y esta figura tiene más de siete cabezas.

ANTOÑITO. ¡Y usted también!

DON ELIGIO. ¿Que yo tengo más de siete cabezas?

ANTOÑITO. ¡Sí, señor! Además, usted entenderá de libros antiguos y de administrar bienes ajenos, pero no sabe usted una papa de arte.

DON ELIGIO. Primero: la papa no es unidad de medida para el arte; segundo, entiendo de arte y de todo más que tú, pintamonas…

ANTOÑITO. ¡Que lo estoy retratando a usted!

DON ELIGIO. Déjate de chanzas. Y tercero: tienes una vanidad que puede ser grave enemiga de tu talento. Tu padre, humilde servidor de nuestra señora la marquesa, hace esfuerzos por completar tu educación artística, y tú no corresponderás a ellos como debes desoyendo los consejos de las personas serias. Si ahora crees que pintas ya como Velázquez…

ANTOÑITO. ¡No lo permita Dios!

DON ELIGIO. ¡Blasfemo! ¿Qué dices?

ANTOÑITO. ¡Que tengo a Velázquez por una máquina de pintar! ¡Por un practicón!

DON ELIGIO. ¡Calla, Antoñito, calla, si no quieres que te tire la caja de pinturas a la cabeza!

ANTOÑITO. ¡Abajo idolillos!

DON ELIGIO. ¡Oh! Juventud presuntuosa, juventud necia. En mi libro sobre las personalidades ilustres de Alminar de la Reina no te concederé un lugar ni en la fe de erratas. Abre, que están llamando.

ANTOÑITO. Ya abrirán las criadas.

DON ELIGIO. *Yéndose escaleras arriba.* ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué cosas se oyen! La culpa tiene quien se deja retratar por un tal mocoso.

ANTOÑITO. Es idiota. ¡Vamos a pasarnos aquí la vida entera admirando a Velázquez y al otro cursi de Murillo! ¡Bah! *Llaman al portón más fuerte.* Pues, señor, me han tomado por el portero. *Va a abrir, por fin, y al darse de manos a boca con Ambrosio, le dice en tono despectivo:* ¡Ah!, ¿eres tú?

AMBROSIO. Yo zoy; ¿qué paza?

ANTOÑITO. ¡Que has podido entrar por el postigo!

AMBROSIO. ¿Zí, verdá? Tu padre entra aquí por esta puerta principá, porque no hay otra más principá toavía.

ANTOÑITO. ¡Cualquier cosa!

Ambrosio, padre de Antoñito y antiguo mayordomo de doña Sacramento, es un viejo de blancos cabellos y rostro encendido. Un rayo no lo parte. Viene del campo. Viste sombrero ancho, chaquetón al hombro, faja y zahones.

AMBROSIO. ¿Y la señora?

ANTOÑITO. ¿Yo qué sé? ¿Soy yo el perro de la señora?

AMBROSIO. ¿Y yo, zoy tu criao, *pajolero* niño? Te vas a ganá un día una bofetá por ezas contestaciones que tienes, que ze te va a queá la corbata chica. Vamos a vé qué has pintao hoy.

ANTOÑITO. Como si miraras la pared. ¡Lo que tú entiendas!

AMBROSIO. *Contemplando el retrato de don Eligio y meneando la cabeza en son de burla.* ¡Bendito zea Dios!

ANTOÑITO. Papá, papá; contén la jaca.

AMBROSIO. ¡Bendito zea Dios! Hay en er pueblo ca patio que ze junde e flores; ca azotea que marea la vista; ca peazo e campo que ez una gloria e Dios; ca mocita que ez un amanecé de mayo; y to lo que ze te ocurre a tí es pintá este mochuelo.

ANTOÑITO. ¡Papa!

AMBROSIO. Porque esto ez un mochuelo; con eza nariz y ezas dos reondelas en loz ojos… ¡A vé!

ANTOÑITO. Vaya, tienes el don de sacarme de quicio. *Coge con vehemencia todos sus trastos, y echa a correr hacia la casa de labor*. ¡Que te alivies!

AMBROSIO. ¡Jozús! ¡Ayá va ezo! Paece un cohetito de a ochavo. ¿A quién zardrá eze *pajolero* niño con eze *pajolero* genio? ¡Mar fin tenga la bilis!

Por la escalera baja en esto pausadamente la señora Marquesa de los Arrayanes. Es una dama de hasta sesenta años, y de porte grave y majestuoso. En su abril fué sin duda muy hermosa. Conserva toda la dentadura y se cuida las manos con primor. Sus cabellos son blancos; sus ropas, negras y sencillas. Usa toca de seda y gafas de oro.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Qué es eso? ¿Qué es eso? ¿Con quién reñías?

AMBROSIO. Buenas tardes, zeñora.

DOÑA SACRAMENTO. Buenas tardes.

AMBROSIO. ¿Con quién había de zé? Con eze hijo que Dios me ha dao, que me va a saca er zó de la cabeza.

DOÑA SACRAMENTO. *Después de sentarse en un sillón.* ¿Vienes del campo?

AMBROSIO. Der campo vengo.

DOÑA SACRAMENTO. Tengo que ir una de estas tardes.

AMBROSIO. Años hace ya que no ze ve er campo tan bonito. Hasta en la arena y en los chinarrales han salió espigas. Por la vera er Zotiyo, zeñora, er trigo tapa ya a los hombres.

DOÑA SACRAMENTO. El Señor ha oído nuestras preces.

AMBROSIO. El año pazao ze hizo er zordo.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Qué dices? El Señor oye siempre a los pecadores, y puede castigarte porque dudes de su bondad infinita para con nosotros.

AMBROSIO. La zeñora me perdone. Ze me fué er tapón.

DOÑA SACRAMENTO. ¿La gente está buena?

AMBROSIO. Buena eztá toa. Y trabajando mu a gusto. Gaspariyo er del aperaó ez er que anda azí por lo mediano.

Doña Sacramento. Pues ¿qué le sucede a Gasparillo?

Ambrosio. Zeñora, que es mu bestia, y le gustan los higos a perecé, y la otra tarde ze lió con eyos y ze comió tres varas e vayao.

Doña Sacramento. ¡Ave María!

Ambrosio. Loz hay que no escarmientan nunca.

Dentro, hacia la casa de labor, óyese a Lucío, que se acerca al patio, cantando la siguiente copla:

Vente conmigo ar molino y
serás mi molinera:
le echarás trigo a la torva
mientras yo pico la piedra.

Durante el canto, doña Sacramento y Ambrosio continúan hablando.

Doña Sacramento. ¿Quién canta así?

Ambrosio. Lucío, que paece una cigarra.

Doña Sacramento. Bien se conoce que lleva en mi casa pocos días.

Ambrosio. Ér ze irá haciendo a los gustos de acá. No es malo, zino que ez un chiquiyo, y acostumbrao a la libertá der cortijo, no repara. *A Lucío, que sale en este momento rematando su copla.* ¡Caya, hombre! ¿No estás viendo que está aquí la zeñora, peazo e bruto?

Lucío. *Riéndose.* ¿Cómo iba a verlo con la puerta cerra, zeñó Ambrozio?

Doña Sacramento. Lucío.

Lucío. ¿Qué manda zu mercé?

Doña Sacramento. Ven acá; acércate.

Ambrosio. Me da a mí er corazón que tú vas a vorvé mu pronto a agarrá el arao.

Lucío. ¿Yo? ¿Por qué? ¿He jecho yo arguna coza mala?

Doña Sacramento. Callad.

Ambrosio. ¿Estará don Eligio en zu despacho, zeñora?

Doña Sacramento. Seguramente.

Ambrosio. Con permizo de usté voy a verlo. *Sube.*

Lucío es un zagal algo tosco, de alma infantil y risa bulliciosa y fresca.

Doña Sacramento. Oye, Lucío.

Lucío. ¿Me va usté a reñí?

Doña Sacramento. Sí que voy a reñirte.

Lucío. *Afligido.* ¡Mardito zea er demonio! ¡Ezo ez arguna mentira que le han contao a usté! ¿Quién ha zío er *chivato*?

Doña Sacramento. ¡Schss! ¿Qué palabrota es ésa?

Lucío. *Chivato* quié decí zoplón, con permizo de la zeñora.

Doña Sacramento. Bueno, bueno, déjame hablar a mí. Todas las tardes, cuando se descorre la vela, vienen las golondrinas a los alambres y me cuentan a mí lo bueno y lo malo que se hace en mi casa durante el día.

Lucío. ¡Miste las golondrinas también!

Doña Sacramento. Esta casa, Lucío, no es una casa como las demás: es una casa seria; no lo olvides nunca. Pasas el día cantando y riendo; alborotando en la cocina, en las cocheras y en el corral. Esta mañana, durante la misa en la capilla, quitaste a todos la devoción aguantando la risa.

Lucío. Es que me jicieron gracia dos moscas que ze iban perziguiendo.

Doña Sacramento. Pues cuando se oye misa, no se mira más que al altar.

Lucío. Yo iré aprendiendo a poquito a poco.

Doña Sacramento. Porque confío en que lo harás así, no te he devuelto ya al cortijo.

Lucío. Dios ze lo pague a usté. *Lloriqueando.* Zi usté me mandara a mí ar cortijo… ¡mardita zea!… me tiraba ar pozo er día menos penzao, por no verme ayí.

Doña Sacramento. No te apures, hombre. Tan pronto lloras como ríes. Pareces loco.

Lucío. Es que er campo no es pa mí, zeñora. Ayí loz hombres no zon más que unas bestias, y yo quieo zé un hombre como loz hombres. No me parió mi madre a mí…

DOÑA SACRAMENTO. Reporta tu lenguaje, Lucío.

LUCÍO. ¿También está mar dicho que me parió mi madre? Po zi no me parió mi madre, ¿qué jizo entonces? Enzéñamelo usté, doña Zacramento, que nadie nacemos zabijondos.

DOÑA SACRAMENTO. Calla, calla.

LUCÍO. Lo que yo he querío decí, zeñora, zino que por lo visto me iba exprezando malamente, es que yo no he venío ar mundo pa destripá terrones. ¡Ze me figura a mí! ¡Tengo yo muchas cozas en la cabeza!… Er manijero der cortijo ze queaba embobao oyéndome hablá. Er manijero y tos. Una noche, en la gañanía, me puze a jazé una explicación de laz estreyas, y de cayaos que estaban loz hombres, jasta er viento ze zentía corré por los trigos.

DOÑA SACRAMENTO. Bien, bien. Ya sé que eres listo, aunque está mal que te alabes de ello; pero si no te enmiendas pronto, a la gañanía volverás a seguir embobando a los gañanes.

LUCÍO. Güeno, vamos a vé: ¿qué es lo peó que he jecho: lo de las moscas?

DOÑA SACRAMENTO. Son muchas cosas juntas; de sobra lo sabes. Ayer metiste por el postigo a unos amigotes, y hubo en la casa de labor vino y fiesta.

LUCÍO. ¿Quién habrá zío er *chivato*? No quiziea más que cogerlo pa darle azín en mitá e la cara.

DOÑA SACRAMENTO. ¡Lucío!

LUCÍO. Lo que pazó, zeñora, es que vinieron tres paizanos a verme, con un chavá que ze ha criao conmigo y ya está jecho un hombre, y yo me alegré muncho y le zaqué un *verzo*. Le dije, digo…

DOÑA SACRAMENTO. No lo quiero saber.

LUCÍO. Zi es pa que vea zu merzé que no es ninguna picardía. Le dije, digo…

Este amigo que está aquí
ze yama Francisco Ozuna,
y por ezo es menesté

que pague er vino y las acitunas.

Se ríe escandalosamente.

DOÑA SACRAMENTO. Mira, mira; no te rías así.

LUCÍO. Me río porque tuvo que convidarnos. ¿También está malamente reírze?

DOÑA SACRAMENTO. Con escándalo, sí. ¿O te piensas que sigues aún en lo alto de los cerros?

LUCÍO. ¿Yo que vi a penzarme, zeñora?

DOÑA SACRAMENTO. Silencio. La oración. *Principia a oírse lejos el toque de «Ángelus». Atraídos por él, y según costumbre de la casa, vienen todos los criados y servidores a rezar la oración donde está la señora, Lucío le abre el portón a Diego, el cochero; por la puerta de la casa de labor salen Frasquita y Carmen, criadas viejas, y por la escalera bajan Ambrosio y don Eligio. Este último vestido ya con su traje ordinario de americana. Cuando están todos, doña Sacramento pregunta:* ¿Y mi hijo?

DON ELIGIO. Señora, no lo sé. Presumo que se hallará en sus habitaciones.

DOÑA SACRAMENTO. *Con tristeza.* Hasta de esto se olvida. *Comenzando a rezar.* «El Ángel del Señor anunció a María, y concibió del Espíritu Santo. Ave María, Dios te salve, María…». *Continúa rezando entre dientes.*

CRIADOS. «Santa María, Madre de Dios…». *Siguen ellos lo mismo.*

DOÑA SACRAMENTO. «He aquí la sierva del Señor. Hágase en mí según tu palabra. Ave María, Dios te salve, María…».

CRIADOS. «Santa María, Madre de Dios…».

DOÑA SACRAMENTO. «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Ave María, Dios te salve, María…».

CRIADOS. «Santa María, Madre de Dios…».

DOÑA SACRAMENTO. *Después de terminar la oración entre dientes.* Amén. *Se santigua.* Buenas noches.

Todos se santiguan también y contestan a las buenas noches, aunque claro está que no a coro. Luego, primero don Eligio y después los demás, van besando uno a uno la mano de la señora.

Ambrosio y las criadas se entran en la casa de labor; Diego, por el portón, que deja entornado, vuelve a las cocheras; Lucío sé va arriba, y don Eligio se queda en el patio. Hay una pausa.

DON ELIGIO. *Calándose los lentes redondos como en todos los momentos solemnes.* ¿En qué piensa mi señora la marquesa?

DOÑA SACRAMENTO. Amigo Frías, ¿en qué he de pensar? Usted lo sabe.

DON ELIGIO. Le ha disgustado a la señora que el señor marqués no baje a rezar la oración.

DOÑA SACRAMENTO. No es eso sólo. Es que parece como que se goza en mortificarme, desdeñando o tomando a burla todas las severas prácticas de esta casa.

DON ELIGIO. Sí, señora es muy cierto.

DOÑA SACRAMENTO. Ayer tarde vinieron a verme el señor Vicario, el señor marqués de la Cava y doña O, personas las tres graves y sesudas, y él se pasó toda la visita divirtiéndose cuanto pudo a costa de ellas. Si no se marchan pronto, tienen que sangrarme.

DON ELIGIO. En ese respecto el señor marqués es incorregible. A mí, según el dicho vulgar, me trae frito.

DOÑA SACRAMENTO. Le consta que es tradición de la familia que la puerta de esta casa se cierre todas las noches a las diez. Pues bien: una noche que pase aquí, ha de recogerse lo más temprano a las diez y media, para que la puerta no se cierre a las diez, y alterar la costumbre, y dar que decir a la gente.

DON ELIGIO. Y lo que es más grave, mi señora, entra a las diez y media por el portón, y a las once se va a la calle por el postigo.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Por el postigo? ¿Qué me cuenta usted? Y ¿adónde va tan a deshora, señor de Frías?

DON ELIGIO. Señora marquesa, no lo sé; pero sospecho que no irá a contemplar la ciudad a la luz de la luna.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Ve usted? Cada viaje de mi hijo a esta casa me cuesta a mí un año de vida. ¿Quiere usted mayor suplicio para una madre que adora en él? Ayer de mañana llegó, y ya estoy deseando que se vaya.

DON ELIGIO. Y yo; con todos los respetos.

DOÑA SACRAMENTO. Sí, si; que se vaya otra vez a Madrid, o a Granada, o a Sevilla, o adonde quiera; a vivir solo, como un aventurero; a arrastrar su título por el Albaicín o por Triana; a derrochar su hacienda con mujeres indignas y con amigos de la peor estofa; a envenenar su cuerpo, a perder su alma y a entregarla al diablo. ¡Ay! ¡Soy muy desgraciada, amigo Frías! ¿A quién saldrá ese hijo con esa cabeza tan loca?

DON ELIGIO. A mí no…

DOÑA SACRAMENTO. A usted no tenía por qué salir.

DON ELIGIO. Perdone. A mi no se me alcanza.

DOÑA SACRAMENTO. ¡Ah!

DON ELIGIO. Porque el señor marqués, su señor padre, fué siempre hidalgo de muy caballerosas costumbres, y mesurado en el hablar.

DOÑA SACRAMENTO. ¡Oh, si mi marido levantara la cabeza, y viera que su único hijo, el actual marqués, tiene cubiertas las paredes de su dormitorio, en el palacio solariego de los Arrayanes, con retratos de cómicas y de bailarinas!… ¡Oh!

DON ELIGIO. Y una Venus de Médicis encima de la mesa de noche.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Usted la ha visto, señor administrador?

DON ELIGIO. Sí, señora; pero desde el punto de vista artístico; como un tal hombre como yo puede ver esas desnudeces.

DOÑA SACRAMENTO. Ya. Y, dígame usted, querido Frías, puesto que hay que hablar de ello: Julio ¿habrá venido por dinero, como siempre?

DON ELIGIO. Nunca viene a otra cosa.

Doña Sacramento. ¿Debe?

Don Eligio. Hasta el modo de andar, según otro dicho del vulgo, que a las veces acierta con lo gráfico de la expresión.

Doña Sacramento. Y ¿cuánto quiere?

Don Eligio. ¿Lo digo?

Doña Sacramento. Pues ¿no lo pregunto?

Don Eligio. Basta. Necesita… dice que necesita veinte mil pesetas.

Doña Sacramento. ¡En el nombre del Padre!

Don Eligio. Esa fué mi exclamación al oírlo, señora marquesa. Y añadí: y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Baja Lucío y enciende las luces de la escalera, del zaguán y del patio. Luego se va a la casa de labor.

Doña Sacramento. Niégueselas usted en redondo. Que hable conmigo. ¿Se ha propuesto quizás que concluyamos por pedir limosna?

Don Eligio. Es literalmente insensato, si la señora marquesa me permite expresarme así.

Doña Sacramento. Insensato, insensato. Bien claro lo vió usted, mi querido Frías: mi hijo hallaba un freno en la disciplina militar; pidió su reemplazo en Madrid pretextando el deseo de vivir en mi compañía, y no sólo no vive conmigo, sino que ha dado a sus vicios rienda suelta.

Pausa. Sale por el portón la Chacha Pepa. Es una viejecita del pueblo, que habla a tontas y a locas, chocha ya por el peso de los años.

Chacha Pepa. ¿Ze pué pazá?

Don Eligio. ¿Otra vez aquí?

Doña Sacramento. ¿Quién? ¡Ah! La chacha Pepa. ¿Qué quieres?

Chacha Pepa. Dios guarde a usté, doña Zacramento. ¿No ha venío la niña toavía?

Doña Sacramento. Si la niña no viene hasta el domingo, mujer.

Don Eligio. Si ya hemos quedado en avisarte, Pepa.

Chacha Pepa. No ze incomode usté, don Ramón. Doña Zacramento, dígale usté que no ze incomode. Hágaze usté cargo que la he tenío en mis

brazos, que le he cantao la nana, que le he dao mi zangre… y que ya va pa veinte años que no la veo. ¡Niña de mi vía, qué ganas tengo de comerle a bezos la cara! ¿Vendrá con er marío, no?

Doña Sacramento. ¿Estás loca, chacha? ¿De dónde sacas que mi sobrina se ha casado?

Chacha Pepa. ¡Ay, qué gorpe! Aquí está don Pedro, que me lo dijo.

Don Eligio. ¿Dónde está don Pedro?

Chacha Pepa. ¿Usté no es don Pedro? Pos ¿cómo ze yama usté, que ziempre me trabuco?

Don Eligio. Don Eligio. Y yo no he podido decirte palabra de ese casamiento.

Chacha Pepa. ¿No?

Don Eligio. No.

Doña Sacramento. Es que te has confundido, Pepa.

Chacha Pepa. ¿Zí?

Doña Sacramento. Sí. El que se ha casado es mi pariente don Alfonso, el señor Conde de la Luz. ¿Tú no te acuerdas de él?

Chacha Pepa. ¿No tengo de acordarme? A mí las cozas de acá no ze me orvían. Eze don Arfonso y la madre de la zeñorita Conzolación eran hermanos.

Doña Sacramento. Justamente. Y fué quien se hizo cargo de la niña cuando murió su padre, mi pobre hermano Rafael.

Chacha Pepa. ¡Ah, don Rafaé! ¡Cómo ze me reprezenta a mí don Rafaé! Andaba azín: con los brazos mu meneaos. ¡Miste que cazarze ahora don Rafaé!

Don Eligio. ¿Cómo don Rafael?

Chacha Pepa. Digo, don Rafaé: pobrecito. ¿Don Alonzo, no ez er que ze ha cazao?

Don Eligio. ¡Don Alfonso!

Chacha Pepa. ¿Qué más da don Arfonzo que don Alonzo? Y ¿con quién ze ha cazao, a la edá que tiene er güen zeñó?

DOÑA SACRAMENTO. Mujer, ya te lo hemos dicho cien veces: con una joven de Solar del Rey, donde reside.

CHACHA PEPA. ¡Ay! zí, zeñora, zí. Po zi er motivo de venirze acá la zeñorita Conzolación es que no ze yeva bien con la zeñora de don Arfonzo. ¿No es verdá?

DOÑA SACRAMENTO. Verdad.

CHACHA PEPA. ¿Ve usté cómo me acuerdo mu bien? No ze enfurruñe usté, zeñó, que ya me voy. ¿De manera que la niña viene aluego?

DON ELIGIO. ¡No!

CHACHA PEPA. Güeno, pos quié decí que usté me mandará una razón azina que yegue. De eza manera no incomodo. Miste que mi pobrecito Juan está impedío, y no hace más que pincharme pa que venga a preguntá por la niña. Y yo, que necezito poco, pos nos juntamos el hambre y la gana e comé. ¡Zeñó, zi mis brazos han zío zu cuna, zi la he enzeñao a hablá, zi le he dao la zangre e mis venas!… Estará ya hecha una rear moza. ¿Quién me contó a mí que la había visto y que era mu bonita? Mi comadre, la mujé de mi compadre Antonio, que vino aquí por una promeza. ¡Ay, zeñó! ¡cómo vuela er tiempo! Ya me voy, ya me voy. Doña Zacramento, que usté ziga güena. Don Benito, quéeze usté con Dios.

DOÑA SACRAMENTO. Adiós, chacha.

DON ELIGIO. Adiós, mujer, adiós.

Vase por el portón la Chacha Pepa, charlando sola.

DOÑA SACRAMENTO. Esta infeliz de Pepa no sabe ya dónde está de pie.

DON ELIGIO. No lo sabe.

DOÑA SACRAMENTO. Verdaderamente chochea. Y la noticia de la llegada de mi sobrina Consolación, a quien ella ha criado, le ha vuelto el poco juicio que le quedaba.

DON ELIGIO. La señorita Consolación ¿llegará seguramente el domingo próximo?

DOÑA SACRAMENTO. Con la voluntad de Dios así será. Al menos tal me dice en su última carta. Deseo verla aquí. Espero hallar en ella una

consoladora compensación a las amarguras que me proporciona mi hijo.

DON ELIGIO. Amén.

DOÑA SACRAMENTO. Es joven; es rica; seguramente es buena. Gozo yo, amigo Frías, encauzando estas vidas juveniles que el azar, o la mala educación, o la falta de sentimientos cristianos puede malograr o perder.

DON ELIGIO. Aquí baja el señor marqués de los Arrayanes. Con la venia de la señora marquesa, yo me quito de en medio.

DOÑA SACRAMENTO. Asi como así, deseo conversar a solas con mi hijo.

DON ELIGIO. No lo olvide usted: veinte mil pesetas.

Se va por la puerta de la derecha como gato que teme una pedrada. Julio, que lo ve, baja las escaleras riéndose. Es un muchacho alegre y decidor, fuerte y sano, y nada gomoso. Viste un traje sencillo de casa.

DOÑA SACRAMENTO. ¿De qué te ríes, Julio?

JULIO. Del gran don Eligio, que se escabulle en cuanto me ve. Me teme más que a un tiro con sal.

DOÑA SACRAMENTO. Justificadamente, por supuesto; lo mortificas con tu informalidad y con tus chanzas de mal gusto.

JULIO. Eso te cuenta él; pero lo que hay es que le he descubierto una aventurilla amorosa que tiene por el barrio de los gitanos.

DOÑA SACRAMENTO. Mira, Julio, tus chocarrerías me lastiman a mí más que a él. Don Eligio es incapaz de lo que le atribuyes. Don Eligio es un hombre serio.

JULIO. ¡Ay, mamá, perdóname: pero se la tengo jurada a esos que tú llamas hombres serios!

DOÑA SACRAMENTO. Así andas tú, mala cabeza. Tenemos que hablar, y no poco.

JULIO. ¡Hola! ¿El sermón de todos los viajes? Pensé que esta vez me escaparía.

Doña Sacramento. ¿Estás decidido a marcharte mañana?

Julio. Decidido.

Doña Sacramento. ¡Y viniste ayer! ¿A Granada, naturalmente?

Julio. Naturalmente.

Doña Sacramento. Ahora sopla el viento de Granada.

Julio. Es una tierra hermosa. En ninguna de las que yo conozco se ama la vida tanto como allí.

Doña Sacramento. ¿Ni en Alminar de la Reina, al lado de tu madre?

Julio. No te enfades, mamá; a tu lado viviría yo siempre. Cuando no vivo es porque no puedo. Somos incompatibles. Vemos la vida de distinta manera, y desde este momento, al hacer yo la mía, amargo la tuya sin querer. Para ti la vida es un martirio; para mí es un regalo. Para ti el mundo es un valle de lágrimas; para mí es un campo de flores. Tú quieres vivir encerrada en un calabozo; yo quiero que me dé el sol en la cara. Si la vida es alegre, como creo, ¿por qué entristecerla? Y si es triste, como piensas tú, ¿no es humano alegrarla un poco?

Doña Sacramento. ¡Alegrar la vida! ¿Y tú le llamas alegrar la vida a vivir como vives?

Julio. ¡Claro! ¿No es alegre mi vida?

Doña Sacramento. De puro alegre es loca.

Julio. Pues ya ves si la llamo bien.

Doña Sacramento. Bueno, Julio: esto es menester que concluya.

Julio. ¿Esto? Y ¿qué es esto?

Doña Sacramento. No finjas. Sé a lo que has venido.

Julio. Don Eligio, el administrador, me parece que también sabe algo.

Doña Sacramento. Déjate de burlas. Sé cómo vives. ¿No te avergüenza que a todo un marqués de la ilustre casa de los Arrayanes, en una ciudad como Granada, lo señale la gente por derrochador y por tramposo?

Julio. *Con gravedad cómica.* ¡Ah, sí! Me avergüenza que me señalen por tramposo. Por eso quiero pagar cuanto antes; para evitar una cosa tan fea.

Doña Sacramento. Y volver a empezar la madeja, ¿verdad? ¿No te enciende la cara que de una mujerzuela de mal vivir se diga en todas partes «Esa es la… *amiga* del marquesito»?

Julio. Lo primero, mamá, que quien me critique por eso, es porque deplora que no pueda decirse lo mismo de él; y lo segundo, que eso no es más que un sueño, hijo de tu candoroso prejuicio de cierta vida.

Doña Sacramento. ¿Vas a negarme a mí lo que se pregona a los cuatro vientos? ¿Crees que yo, por desgracia, no sé que la afición a las mujeres te domina, te ciega?

Julio. Ni me domina ni me ciega: es simplemente que me gustan a perecer. Más te digo: creo que sin ellas no valdría la pena de vivir en el mundo. Por algo Dios, que es tan sabio, ha creado siete mujeres para cada uno de nosotros.

Doña Sacramento. ¡Jesús, Dios mío! ¡Qué disparate!

Julio. Estoy convencido, mamá. En la vida de cada hombre, ocultas o a la luz del sol, hay siete mujeres. Sólo que yo tengo la franqueza de confesarlo, y los hombres serios le dicen al mundo que van al Casino, o a una Junta cualquiera… o a velar a un enfermo… y yo sé adónde van.

Doña Sacramento. ¡Silencio, Julio! Cuando te oigo desbarrar de esa manera, cada día más despeñado hacia tu perdición, temo y deseo al mismo tiempo que estos venerables retratos que nos escuchan se animen con vida momentánea tan sólo para acusarte y confundirte.

Julio. ¡Mamá, por Dios, mamá! Que aquí estamos hablando familiarmente y en confianza; que no estamos ante la Historia, que miente mucho. Si cualquiera de estos varones, antepasados míos, a quienes yo venero y respeto como hombres de honor, sintiera de improviso correr por su cuerpo un soplo de vida, no dudes que lo aprovecharía para decirme: «Julio, vámonos a conocer a esa moza».

Doña Sacramento. ¿Qué estás diciendo?

Julio. La pura verdad. *Señalando sucesivamente a varios retratos.* Mira: el primer marqués de los Arrayanes, don Gonzalo de Miranda, dejó al morir siete bastardos nada menos.

Doña Sacramento. ¡Julio!

Julio. Eso, que se sepa. El venerable y reverendo Fray Tomás, modelo de virtudes, dejó…

Doña Sacramento. ¡Julio!

Julio. Dejó un hospital para leprosos, cuando ya el buen señor no podía dejar otra cosa. El diablo harto de carne… Sor Teresa de la Caridad…

Doña Sacramento. ¡Calla!

Julio. Sor Teresa…

Doña Sacramento. ¡Te mando que calles! ¿No contento con prostituir tu presente, osas manchar y escarnecer tu pasado?

Julio. Nada de eso, mamá; recuerdo sólo los hechos que fueron; declaro la verdad lisa y llana. Tu mismo abuelo, hombre intachable, aunque de buen humor, escribió un libro lleno de gracia, que a escondidas leí yo cuando niño, y en el cual pude ver impresas todas esas hazañas que ahora te escandalizan tanto.

Doña Sacramento. Ese libro se quemó y no hay que hablar más de él.

Julio. Pues no debe quemarse ningún libro que diga la verdad.

Doña Sacramento. La verdad, la única verdad que aquí existe, es que eres incapaz de enmienda; es que me hieres con tus liviandades; es que me matas con tu falta de seso y de moralidad, con tu desdén por cuanto yo más amo y venero. ¡Oh! No eran como tú, ciertamente, aquellos mozos de Alminar de la Reina que en la bodega de esta casa se adiestraron en el manejo de las armas y que luego se batieron en Bailén.

Julio. No, no eran como yo; ciertamente vallan más que yo. Pero tampoco eran como ésos a quien tú llamas ejemplares y con quienes me das en cara a cada paso. Digo de éstos de ahora, frívolos, hipócritas, calculadores… a los veinte años, incapaces de apasionarse ni por una mujer ni por una idea; jóvenes sin juventud, negros como sotana por dentro y por fuera, que no llevan en la cabeza más que el plan de una buena boda, ajustando a la novia como una finca o como una jaca. Créeme, mamá; créame usted, señora marquesa de los Arrayanes: seguramente se parecían más a mí

que a estos otros aquellos mozos que se batieron en Bailén. Y doblemos la hoja, que por excepción me he puesto serio, y temo parecerme a don Eligio, que sería lo peor.

Doña Sacramento. ¿Quieres dejar en paz a don Eligio? Este buen hombre, honrado administrador de nuestros bienes, merece todos mis respetos.

Julio. Y los míos. Y aun pienso darle un beso en cada mejilla, con mucho cuidado, para no desteñirle el bigote, en cuanto me entregue lo que le he pedido.

Doña Sacramento. ¡Oh! En este particular ya tiene mis órdenes más terminantes.

Julio. Las quebrantará de seguro.

Doña Sacramento. ¿Cómo?

Julio. De seguro. ¿No ves que lo domino? Tengo su secreto… y el hombre que tiene el secreto de otro, es su amo. Además, pienso llegar, para ablandarlo, hasta la adulación más baja. Él ha escrito un libro de erudición, al que no hay manera de hincarle el diente. Tiró mil ejemplares, y hoy tiene en casa cerca de dos mil. La edición ha crecido, que es el colmo de no venderse. Pues en cuanto le diga yo que sé de dos o tres compradores entusiastas… no resiste. Se vuelve loco y se me rinde sin condiciones.

Doña Sacramento. Tú sí que eres loco de atar.

A la puerta de la calle se supone que para un coche, cuyo cascabeleo se ha sentido y se ha ido acercando momentos antes.

Julio. ¿Qué es eso, un coche?

Doña Sacramento. Así parece.

Julio. Y ha parado aquí.

Doña Sacramento. ¿A estas horas? Lo extraño mucho. *Se asoma Diego, alborozado, por la ventana del zaguán.* Diego. ¡Doña Sacramento! ¡Doña Sacramento!

Doña Sacramento. ¿Qué pasa?

DIEGO. ¡Que aquí está ya la señorita Consolación!

DOÑA SACRAMENTO. ¿Mi sobrina? ¿Qué dices, hombre?

DIEGO. ¡La mismita! ¡La mismita en persona! ¡Místela! *Retírase corriendo hacia la puerta y vuelve luego.*

JULIO. ¡Cuánto me alegro! Así la veo antes de irme.

DOÑA SACRAMENTO. Pero si no puede ser… si no debía llegar hasta el domingo. *A don Eligio, que sale por donde antes se fué.* ¿Usted oye esto, amigo Frías?

DON ELIGIO. He oído los cascabeles de un vehículo.

DOÑA SACRAMENTO. ¡Pues creo que es mi sobrina, que ha llegado!

DON ELIGIO. ¿Su sobrina? *Lleno de asombro.* ¿Sin telegrama previo? Vamos a ver, vamos a ver…

JULIO. *Atisbando por la ventana.* ¿Hola, hola? ¡La primita es guapa de veras!

Dirígense todos al portón, a tiempo que por él llegan Consolación y Coralito, su doncella. Consolación es lo mejor que ha salido de Alminar de la Reina, con permiso del administrador de la casa. Fuerte, ágil, inquieta, revoltosa, llena de salud, de alegría, lleva el sol en el alma y en los ojos. Su doncella, muy linda por cierto. Es más presumida que una mona.

La entrada de ellas es triunfal. Empujando el portón entreabierto, penetra Consolación en aquel patio como el sol por las claraboyas de un castillo en ruinas. Llega, por decirlo así, a despertar la casa; a sacudir a sus moradores. No queda gato ni perro que no salga a darle la bienvenida y no se regocije de verla allí. Viste de blanco, y en la mano trae un gran ramo de flores.

CONSOLACIÓN. ¡Tía!

DOÑA SACRAMENTO. Pero ¿eres tú, demonio?

Se abrazan y se besan.

CONSOLACIÓN. ¿No me esperaba usted, verdad?

DOÑA SACRAMENTO. ¡Hasta el domingo!

CONSOLACIÓN. Pero ¡qué bien está usted! Y ¡qué guapa! ¡Parece que no pasan los años!…

DOÑA SACRAMENTO. ¡Vaya si pasan! Don Eligio, ¿quién la conoce?

CONSOLACIÓN. ¡Ay, don Eligio! No había reparado… ¿Qué tal, don Eligio?

DON ELIGIO. Defendiéndonos del tiempo implacable. ¿Y usted, señorita?

CONSOLACIÓN. Ya usted me ye. A usted lo hallo más joven, si cabe.

JULIO. Es que se tiñe.

CONSOLACIÓN. ¿Cómo? *Confundiendo a Julio y saludándolo con gran efusión.* ¡Pacheco! ¿Usted aquí? ¿Cómo le va, Pacheco?

JULIO. A Pacheco, no sé. A mí no me puede ir mejor.

CONSOLACIÓN. ¿No es usted Pacheco?

JULIO. No soy Pacheco. Y lo siento mucho, en vista del éxito de Pacheco.

CONSOLACIÓN. Pues tiene usted su misma cara.

JULIO. Pues acompaño a Pacheco en el sentimiento.

DOÑA SACRAMENTO. ¡Muchacha, si es tu primo!

CONSOLACIÓN. ¿Julio? ¿Este es Julio?

JULIO. Sí, prima, sí; Julio soy.

CONSOLACIÓN. ¡Jesús! ¿Quién lo había de pensar? ¡Si hace ya más de veinte años que no nos vemos! Pero ¿no me escribió usted, tía, que éste no estaba aquí?

DOÑA SACRAMENTO. Y no estaba.

JULIO. He venido a conocerte nada más. ¿Verdad, don Eligio?

DON ELIGIO. Nada más.

CONSOLACIÓN. Muchas gracias, hombre. No lo creo, pero muchas gracias. ¡Mira que hemos corrido y saltado por este patio! ¿Te acuerdas, Julio? Pero ¡qué bien los encuentro a todos! Hasta Diego se conserva como un chiquillo. ¿Qué vino se bebe en esta casa? ¿Y Cinta, Diego, y Cinta?

DIEGO. Tan güena que está.

Consolación. ¡Pobre Cinta! ¡Cuánto la hacía yo rabiar, cortándoles las orejas a los gatos! ¡Ja, ja, ja! El patio es el que me parece más chico. ¡Claro, como ya soy mayor!… Mañana mismo, tía, hemos de ir a la casa en que yo nací. ¿Quién vive allí ahora? ¡Le advierto a usted que traigo en la cabeza un revoltijo de recuerdos de mi niñez!… ¡Lo que yo voy a gozar andando por las calles de Alminar de la Reina! En el tren se lo decía a Coralito. Ven acá, Coralito. *Presentándola.* Tía, mi doncella.

Coralito. Coralito Moreno y Rivas, para servir a usté y a todos.

Julio. Gracias, Coralito Moreno y Rivas.

Consolación. ¡Qué guasón es mi primo! Ahí donde usted la ve, es una gran persona esta muchacha. Y me quiere a morir. Lo malo es que voy a perderla pronto, porque saca novios hasta en el desierto.

Don Eligio. *Alarmado.* ¿Sí, eh?

Julio. Se explica.

Coralito. *Mirándolo con un caramelo en cada ojo.* Grasias.

Consolación. ¡En el tren nos hemos reído!… Un señor cura que venía acompañándonos, y que mañana pasará a saludar a usted, enseñaba hasta la última muela. Todo porque ésta ha hecho tres conquistas durante el viaje: una de primera, otra de segunda y otra de tercera.

Coralito. De segunda, dos.

Consolación. Es verdad, dos: el teniente de Carabineros y el otro.

Coralito. La señorita Consolasión tiene muy buen genio y le gusta oírme. Todo eso de las conquistas es guasa suya. No ha habido más sino que los hombres le miran a una… y una no va a taparse la cara con er pañuelo.

Coralito pronuncia las eses como si tuviera un diente roto.

Principian en este punto a salir de la casa de labor las figuras de segundo y de tercer orden: Ambrosio, Lucío, Frasquita y Carmen, algunas de las cuales ya revelaban su impaciencia y su curiosidad asomándose con disimulo a la puerta.

Ambrosio. Con permizo de los zeñores, yo vengo a zaludá a la zeñorita.

Consolación. ¡Hola, Ambrosio! ¿Qué tal?

AMBROSIO. Vamos viviendo. A usté ya la veo como una roza…

CONSOLACIÓN. ¿Y tu mujer?

AMBROSIO. A mi mujé no hay quien le dé una pena.

CONSOLACIÓN. ¿Y Antoñito? ¿No se llama Antoñito?

AMBROSIO. Antoñito ze yama. A pintó ze ha metío. Ayá veremos lo que zale.

CONSOLACIÓN. ¿Y Joaquina?

AMBROSIO. Joaquina, mejorando lo prezente, es la honra e la caza. ¡Jozús, qué criatura! No tiene fin de bonita, zeñorita Conzolación.

CONSOLACIÓN. ¡Digo! ¡Si está aquí Carmen! ¡Y Frasquita! ¡Jesús, Jesús! ¡Se me figura que no me he ido de Alminar de la Reina!

Empiezan a repartirse besos, que suenan lo mismo que cohetes.

CARMEN. Señorita Consolasión, me alegro de verla tan lusía.

FRASQUITA. Que sea usté bien venía, señorita Consolasión.

CONSOLACIÓN. Ya me tienen ustedes aquí a darles trabajo.

CARMEN. Señorita Consolación, usté no da trabajo.

FRASQUITA. Y a eso está una, señorita Consolasión.

CONSOLACIÓN. *Por Lucío, que la mira embobado.* ¿Y éste, quién es? A éste no le conozco.

LUCÍO. Ni yo a usté, zeñorita.

JULIO. ¡Ah!, pues hay que presentarlos en el acto. La señorita Consolación y el animalote de Lucío.

Lucío suelta una carcajada escandalosa, que secundan todos los que no son personas serias.

DON ELIGIO. *En tono reprensivo.* ¡Lucío!

LUCÍO. ¡Me ha jecho gracia er zeñorito don Julio! ¡Como me ha yamao animalote! Pos ya zabe la zeñorita Conzolación que pué mandá a Lucío jasta que ze tire por er barranco, zi tiene la zeñorita eze gusto.

DOÑA SACRAMENTO. Calla, Lucío, calla.

Preséntase de improviso la Chacha Pepa, arrebatada y temblorosa de emoción y de júbilo. Materialmente se come a besos a Consolación, pero con

«entreactos» en que la contempla hechizada.

CHACHA PEPA. ¿Ande está? ¿Ande está? ¡Hija de mi arma! ¡Hija de mi corazón y de mi zangre!

CONSOLACIÓN. ¡Chacha Pepa!

CHACHA PEPA. ¡Hija de mi vía! ¡Déjame que te coma! ¡Me traían engañá! ¡Me querían hacé creé que no venías nunca! ¡Pero a mí ze me puzo en er corazón que iba a verte esta noche!

CONSOLACIÓN. ¿Y Juan, Chacha?

CHACHA PEPA. Bardao lo tengo ar pobrecito. ¿Tú vendrás a verlo, verdá, mi arma?

CONSOLACIÓN. ¡Vaya si iré!

CHACHA PEPA. ¡Ay, qué retegüena y qué retehermosa te ha parió tu madre!

LUCÍO. Zeñora, ¿ze quié usté cayá?

CHACHA PEPA. ¿Yo? ¿Por qué?

LUCÍO. ¡Porque en esta caza no está bien decí que lo ha parió zu madre a uno!

JULIO. ¿Qué dice este salvaje?

CHACHA PEPA. Yo hablo aquí to lo que ze me venga a la boca. ¡Hija de mi corazón, Dios te bendiga! ¡Qué guapízima estás! ¿No es verdá, doña Zacramento, que paece la Virgen der Carmen?

DOÑA SACRAMENTO. Sí, sí; pero basta ya, chacha Pepa. Déjala, que te vas a poner mala de alegría.

DON ELIGIO. Y cada uno a su quehacer y a su puesto que se hace harto prolijo el capítulo de expansiones.

DOÑA SACRAMENTO. Aguardad un segundo. Mi sobrina, la señorita Consolación, viene a vivir conmigo. Quiero para ella igual consideración e igual respeto que para mí. No lo olvidéis. Y tú, sobrina, ven arriba ahora y te llevaré a tu departamento. Tenemos que hablar mucho.

CONSOLACIÓN. ¡Y tanto, tía! ¡Qué casa aquélla! El pobre de tío Alfonso…

Doña Sacramento. Calla. A solas me dirás…

Consolación. Ea, pues, vamos adonde usted me lleve.

Chacha Pepa. ¡Adiós, niña mía! ¡Adiós, lucero!

Consolación. Adiós, chacha; que vengas.

Chacha Pepa. ¿Tú no vas a di a vé a mi Juan?

Consolación. ¿No te he dicho que sí?

Chacha Pepa. Pos mañana mejó que pazao. ¡Adiós, reina der cielo! ¡Adiós, pimpoyo bonito!

Don Eligio. ¡Basta ya; basta ya! ¿Cómo ha de decirse?

Chacha Pepa. ¡Cáyese usté, don Dificurtaes, que gruñe usté más que er carriyo de un pozo!

Doña Sacramento y Consolación se encaminan hacia la escalera. Coralito las sigue. Los otros criados van a retirarse también. En este momento, Lucío, que está en primer término, con la mirada distraída y un dedo en la boca, sale con la siguiente improvisación:

Lucío.

La zeñorita ha yegao
mu gracioza y mu bonita;
parece una fló der campo;
Dios bendiga a la zeñorita.

Y con zu tía, aquí prezente,
y don Julio, mucha zalú les desea
zu servidó que lo es
Lucío Fernández y Perea.

El poeta, entre satisfecho de su obra y corrido, suelta otra carcajada que estremece el patio. Doña Sacramento sonríe con cierta benevolencia; don Eligio se pone más serio que nunca, porque le molesta la incorrección de los versos, y porque el poeta se ha olvidado de citarlo a él; los demás ríen y charlan a un tiempo, comentando la buena ocurrencia de Lucío y la belleza

de la señorita. Tía y sobrina, con la doncella a la zaga, siguen subiendo las escaleras. Consolación ríe de muy buena gana.

CONSOLACIÓN. ¡Ay, qué demonio de muchacho! ¡Ha tenido sombra de veras!

CORALITO. Es grasioso ese hombre.

CHACHA PEPA. ¡To ze lo merece el ánger mío! ¡To, to, to!

AMBROSIO. Eze chiquiyo no ze paga con oro.

DIEGO. Ha estao mu salao.

CARMEN. Ha estao mu oportuno.

AMBROSIO. Y ¡qué bonita está la zeñorita!

FRASQUITA. Está presiosa.

CARMEN. Está hecha un lusero.

AMBROSIO. ¡Mujeres azí es lo que debía pintá mi niño! ¡Mardita zea!…

JULIO. Lucío, venga esa mano; eres un gran poeta.

DON ELIGIO. *Abrumado por tal algarabía.* ¡Ay, ay, ay, ay!…

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es por la mañana.

Doña Sacramento, sentada en uno de los sillones, lee un libro forrado de pergamino. De pronto, a lo lejos, óyese el voltear de las campanas de una torre, que repican como si algún suceso fausto ocurriese en Alminar de la Reina, o como si los campaneros se hubiesen vuelto locos. A los ojos de la noble dama, que deja la lectura, asoma el asombro más grande.

Don Eligio sale por la puerta de la derecha con una pluma de ave en la oreja, y en un gesto tal de estupefacción, que no parece sino que le han dicho que la edición de su libro se agota por puntos.

DON ELIGIO. ¿Oye usted, mi señora?

DOÑA SACRAMENTO. Oyendo estoy, querido Frías. ¿Qué repique es éste?

DON ELIGIO. En Dios y en mi ánima que no adivino cuál pueda ser la razón de tan desatado campaneo. Hallábame ordenando los apuntes para mi conferencia de esta noche, sobre el empleo del *la* en el dativo femenino —yo soy *laísta*—, cuando el recio tole tole de las campanas me distrajo de mi tarea.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Mañana es fiesta de guardar?

DON ELIGIO. Para mi santiguada que no.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Las campanas son las de Nuestra Señora del Carmen?

DON ELIGIO. Ellas me parecen.

DOÑA SACRAMENTO. Y repican con desusada furia. ¡Bah! Pronto hemos de saber a qué se debe todo.

DON ELIGIO. Así es la verdad. *Va a irse y vuelve.* Dígame, doña Sacramento: ¿aún no ha regresado la señorita Consolación?

DOÑA SACRAMENTO. Aún no ha regresado. ¿Tuerce usted el gesto, amigo Frías? A ver, a ver…

DON ELIGIO. Si la señora me lo permite, le diré que el paso de hoy no merece mi aprobación.

DOÑA SACRAMENTO. ¡Ay, señor don Eligio! Ya lo he podido comprender. Yo estoy contrariadísima. Pero vinieron sus amigas por ella, y no supe oponerme a su resolución.

Cesa el repique.

DON ELIGIO. ¿Quiere decirme la señora qué lección seria na de sacar la señorita de la boda de unos gitanos?

DOÑA SACRAMENTO. Y menos mal si todo se quedara en la boda; pero de seguro habrán llegado frente a sus cuevas, donde tendrán zambra todo el día.

DON ELIGIO. ¡Lamentable espectáculo! Las danzas de las gitanillas son harto deshonestas, y sus cantares, chabacanos y libres, pican que rabian.

DOÑA SACRAMENTO. Cierto es.

DON ELIGIO. La señorita Consolación, señora marquesa, tiene el diablo en el cuerpo, como suele decirse. Esa alegría suya, desenfrenada, atolondradora, febril, entiendo yo que debe ser combatida por todos los medios. La encuentro peligrosísima a sus años, y desde luego poco señoril y poco seria.

DOÑA SACRAMENTO. Amigo Frías, ha ido usted a poner el dedo en la llaga. Mi sobrina me tiene disgustadísima. Diez días lleva aquí, y Dios sabe cuántas contrariedades me ha causado ya. Su genio alegre, como usted ha dicho muy bien, es realmente perturbador e incontrastable. Nada le intimida: nada respeta. En esta casa, donde había el silencio de un claustro, se oye ahora por todas partes un loco reír y un charlar sin tregua ni reposo.

Don Eligio. Además, señora, ¿qué viene a ser esto de recibir aquí, a cualquier hora del día o de la noche, a todo el que llama a esa puerta? Cuando no es el tío Carando, que la vió nacer, es la Tía Pilonga, que la vió abrir los ojos; cuando no es el Tuerto de la Plaza, que le debe el estanco a su señor padre, es otro lisiado cualquiera, que viene a pedirle una limosna. Y aquí el ama; y aquí el marido del ama en una silla, porque está baldado; y aquí los seis hijos del ama; y aquí todos los criados y criadas que fueron de su casa paterna; y aquí el pueblo entero, ¡qué diablo! Y una de besar, y una de reír, y una de charlar, que no me permiten poner una coma en su sitio. Esto no, señora marquesa, esto no.

Doña Sacramento. Pues ¿y la doncellita, es de oro? No ha de sacudir una falda si no es cantando; siempre ha de replicar a lo que se le dice; con todos los mozos de la vecindad coquetea; usa unos vestidos de colorines escandalosos; se echa encima una de olores que trastorna, y se baña, como si fuera una duquesa, casi todos los días.

Don Eligio. ¿Sí?

Doña Sacramento. Sí, señor.

Don Eligio. ¿Dónde…?

Doña Sacramento. ¿Cómo?

Don Eligio. ¿Dónde se ha visto cosa igual?

Doña Sacramento. Le aseguro a usted que si no se corrige, aun a riesgo de incurrir en el enojo de mi sobrina, la plantaré en la calle.

Don Eligio. Y hará usted muy bien. En el bolsillíto del delantal lleva un pedacito de espejo, y apenas se ve sola en un rincón, ya se está arreglando los *nenes*.

Doña Sacramento. Lo he observado.

Don Eligio. Otrosí. Le gusta, o hace que le gusta, Lucío.

Doña Sacramento. ¿Lucío? ¿Tan zafio?

Don Eligio. Sí, señora; Lucío. Y trata de embaucarlo y desvanecerlo con todo linaje de coqueterías.

Doña Sacramento. ¡Oh, no! Pues eso, no. En mi casa, no.

Don Eligio. Y aún hay algo más lamentable. Ayer leía a hurtadillas un librejo que escondió al verme a mí.

Doña Sacramento. ¡Hola, hola! A propósito: ¿examinó usted la biblioteca de mi sobrina?

Don Eligio. Sí, señora. ¡Vaya una biblioteca!

Doña Sacramento. ¿De quién tiene libros?

Don Eligio. De Bécquer, el poeta nocivo y peligroso; de Campoamor, que llamaba las cosas por su nombre; de Valera, que tampoco se mordía la lengua; de Pérez Galdós… ¡y de Luis Taboada!

Doña Sacramento. ¿Y en francés, ha visto usted algo?

Don Eligio. Dos o tres noveluchas de Daudet, que pienso quemar sin autorización de nadie.

Doña Sacramento. Con la mía.

Don Eligio. Sospecho que la señorita Consolación tiene el deplorable hábito de dormirse leyendo.

Doña Sacramento. ¿Por qué no le da usted su libro, querido Frías?

Don Eligio. Con mil amores, si lo desea la señora marquesa. Yo no había pensado en cosa tal, porque soy naturalmente modesto. *Pasa Coralito desde la primera puerta de la izquierda hacia la escalera. Su andar menudito de paloma y el incitante juego de sus curvas sacan de quicio al administrador.* ¡Niña!

Coralito. ¿Es a mí?

Don Eligio. A usted. Hágame el favor de acercarse.

Coralito. *Obedeciéndolo muy sonriente.* ¿Qué me manda usté?

Don Eligio. Ante todo, menos sonrisita.

Coralito. Si es agrado naturá.

Don Eligio. Pues menos agrado natural. Y muchísimo menos guiñarme a mí.

Coralito. ¡No es guiño, señó!

Don Eligio. ¿Qué es, entonces?

Coralito. Picardía del ojo izquierdo.

DOÑA SACRAMENTO. Bien está ya, sea lo que fuere. Diga usted, Coralito.

CORALITO. Señora.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Qué libro leía usted ayer tarde?

CORALITO. ¿Me vió usté? No, que fué este cabayero er que me vió.

DON ELIGIO. ¡Quien la viera a usted es aquí lo de menos! ¡Aténgase al interrogatorio! ¿Qué libro leía?

CORALITO. Un libro grasiosísimo. «Las veintisinco maneras de que se vale una mujé para sacá novio, y un hombre para sacá novia».

DOÑA SACRAMENTO. Pues ese libro se lo entregará usted al señor administrador.

CORALITO. ¿Va usté a sacá novia?

DON ELIGIO. ¿Eh? ¡Voy a sacar lo que a usted no le incumbe!

CORALITO. ¡Huy, qué palabra!

DON ELIGIO. ¡Usted es la que está sacando ya los pies del plato!

DOÑA SACRAMENTO. Sí, por cierto. Coralito, si no quiere usted obligarme a una reprensión dura, replique menos y obedezca más. Hoy mismo le dará usted al señor don Eligio el libro que leía, para que lo queme.

CORALITO. Pero ¿es que er libro es malo?

DON ELIGIO. ¡Es deleznable!

CORALITO. Pos ¿qué va una a leé: «Bertordo, Bertordino y Cacaseno»?

DON ELIGIO. ¿Cómo se entiende? ¡Retírese!

CORALITO. Sí, señó. *Sigue su camino hacia la escalera.*

DON ELIGIO. *Contemplándola y moviendo la cabeza con disgusto.* ¡Ay qué meneíto!… ¡qué meneíto!…

CORALITO. ¿También está mal er meneíto? ¡Vaya! ¡Esta casa es la Inquisisión! *Sube.*

DON ELIGIO. ¡Silencio!

CORALITO. ¡Señó, si no pío! *Desaparece.*

DON ELIGIO. ¡La última frase ha de ser de ella! ¡Esto me vuelve loco!

Coralito. *Dentro, cantando.*

Yo no sé…
yo no sé lo que le ha dao este serrano a mi cuerpo…

Don Eligio. *Yéndose al pie de la escalera a gritar.* ¡Coralito!

Coralito.

Contra más…
contra más quiero orvidarlo
menos conseguirlo puedo…

Don Eligio. Pero ¿ve usted, señora marquesa? ¿No es esto burlarse de mí abiertamente?

Doña Sacramento. Estoy callada, porque con la tal mocita no hay modo de hablar. Luego le diré a mi sobrina lo que hace al caso. Comprendo ahora que si la mujer de mi primo Alfonso es una muchacha seria, como ya me inclino a creer, hayan saltado de allí Consolación y su doncellita.

Don Eligio. ¿Sabe mi señora cuál es la que estimo única suerte de este caso?

Doña Sacramento. Me lo figuro, amigo Frías. Se refiere usted a que no está mi hijo entre nosotros.

Don Eligio. Cabalmente.

Doña Sacramento. ¡Ah, ya lo creo! Mi hijo, dado su natural, alentaría y aun aplaudiría todas estas cosas que a usted y a mí tanto nos desagradan. Por eso, señor don Eligio, transigí con él, y le dije a usted que Je diese todo lo que pedía, para que levantara el vuelo cuanto antes. Su presencia aquí estaba llena de peligros.

Don Eligio. A Dios gracias, se fué al día siguiente de llegar la señorita Consolación, y no debemos temer que vuelva por ahora ni en algún tiempo.

Aparece Julio tras la ventana del zaguán.

Julio. ¿Hay posada para un peregrino?

Doña Sacramento. *Estupefacta.* ¡Julio! ¿Tú?

DON ELIGIO. *Como si tomara ruibarbo.* ¡Don Julio! ¿Usted?

JULIO. Yo mismo. ¿Hay posada o no? Vengo a molestar lo menos posible; cuestión de un par de horas.

DON ELIGIO. Habrá usted visto que nos hemos quedado de una pieza su mamá y yo…

JULIO. Lo que veo es que no quiere usted abrirme. Palabra de honor que me iré sin pedir más dinero.

DOÑA SACRAMENTO. Ábrale, don Eligio, ábrale.

JULIO. Gracias, mamá. Don Eligio se fía menos que tú.

DON ELIGIO. *Obedeciendo a la señora.* ¡Qué cosas tiene el señor marqués!

JULIO. *Abrazándolo en el mismo portón, que queda entreabierto.* ¡Don Eligio! ¡Mi ángel tutelar! ¡Ya sabe usted que yo lo quiero muy de veras! *Besando a doña Sacramento,* ¿Qué hay, mamaíta?

DOÑA SACRAMENTO. ¿Qué ha de haber? Que me desconciertan tus salidas de tono. ¿Me quieres explicar qué es esto?

Julio viste traje de campo al uso de la tierra.

JULIO. Esto es que tu hijo el calavera, tu hijo el pródigo, tu hijo el malo, viene con unos amigos a un tentadero en La Temprana, a media legua de Alminar, y mientras ellos preparan el almuerzo alegremente, él monta en su jaca y se llega a darle un beso a su madre. ¿Qué tal, don Eligio? ¿Soy ese aborto del abismo de que usted habla?

DON ELIGIO. Señor marqués… yo nunca he dudado… Esas bromas de usted son injustas… Lo cual no empece…

JULIO. Sí empece.

DON ELIGIO. No empece…

JULIO. No empecemos. Y perdone usted este chiste. Sé que usted odia el chiste.

DON ELIGIO. Según. Cuando es de buena ley, lo celebro como el que más.

Julio. Pero sin reírse. Yo no lo he visto a usted reírse nunca. ¿Tú has visto reírse a don Eligio, mamá?

Doña Sacramento. ¡Julio!

Don Eligio. Señora…

Julio. Don Eligio, no haga usted caso de mis chirigotas. Estoy contento… y no reparo en que quizá lo moleste a usted.

Don Eligio. De ninguna de las maneras.

De la casa de labor sale Ambrosio.

Ambrosio. Tengan ustés mu buenos días. *Sorprendido.* Don Julio, ¿cómo usté por aquí?

Julio. Hombre, no es tan raro verme por aquí.

Ambrosio. ¡Pero tampoco es coza que ze vea tos los días, como er zalí der zó! Con permizo. Don Eligio de mis curpas.

Don Eligio. ¿Qué hay?

Ambrosio. A mi niño lo tiene usté ya en er jardín con la paleta y los pinceles, y pregunta zi va usté a ponerze la ropa con que lo está pintando, o zi hoy también lo deja.

Don Eligio. ¡Válgame Dios! Dile que hoy tampoco podemos hacer nada. Tengo mucho que trabajar. Mientras no salga de mi conferencia, no quiero distraer un minuto. Tanto que, con permiso de todos… ¿La señora marquesa me necesita?

Doña Sacramento. Para nada.

Don Eligio. ¿El señor marqués quiere algo?

Julio. Que le pase a usted el susto.

Don Eligio. Siempre ha de chancear el señor marqués. *Vase por la puerta de la derecha.*

Julio. ¡Pero no se ríe! Escúchame, Ambrosio.

Ambrosio. Mándeme usté, don Julio.

Julio. Te felicito. Sé que tu hijo progresa en la pintura.

Ambrosio. ¿Que progreza?

Julio. Asi me dicen todos.

Ambrosio. ¿Zí, verdá? Pué zé que progreze; pero lo que yo le pío a usté, y a tos los que dicen que progreza, es que no me mienten ar niño.

Julio. ¿Por qué?

Ambrosio. *Conteniendo su mal humor*. Por na. No me miente usté ar niño, don Julio, no me miente usté ar niño. Yo cuando me enfao no zé hablá zin zortá ajos y ceboyas… y me voy a enfadá zi me mienta usté ar niño. ¿Estamos, don Julio? Ez un favó que yo le pío a usté que no me miente ar niño. Y usté ziga bueno. *Vase a la casa de labor*.

Julio. Adiós, hombre. *Riéndose*. ¿Qué le ocurre a Ambrosio con el niño?

Doña Sacramento. No lo sé a ciencia cierta; pero me figuro que se trata de un gran desacuerdo en materias de arte.

Julio. Ya.

Doña Sacramento. Dejemos a Ambrosio, y vamos a cuentas nosotros dos.

Julio. ¿Cómo a cuentas? ¿No he jurado que soy moro de paz?

Doña Sacramento. Respóndeme: ¿puede creerse lo que me has dicho del tentadero y de que vienes a verme tan sólo?

Julio. Pues ¿a qué he de venir sino a eso? ¿Te he engañado yo alguna vez?

Doña Sacramento. Es cierto; nunca.

Julio. No lo digas con retintín. ¿Y mi prima?

Doña Sacramento. ¡Tu prima! ¡No me hables de ella! ¿Dónde creerás que está tu prima?

Julio. ¿Dónde?

Doña Sacramento. Con seis u ocho amigas en una boda de gitanos.

Julio. ¿Ah, sí?

Doña Sacramento. Como lo oyes.

Julio. ¿Es quizás la novia la hija del Chiribiqui?

DOÑA SACRAMENTO. ¡Qué sé yo!

JULIO. Seguramente. Acabo de encontrarme a Chiribiqui con una borrachera, que si no era de boda era de bautizo. Me saludó tirando el sombrero por alto.

DOÑA SACRAMENTO. Y ¿de qué te conoce a ti ese hombre?

JULIO. Somos compadres.

DOÑA SACRAMENTO. ¡Julio!

JULIO. Le bauticé el último chiquillo.

DOÑA SACRAMENTO. ¡Jesús! Así te parece cosa natural que tu prima haya ido a esa boda, sin reparar en que aquellas cuevas no son, ni con mucho, escuela de buenas costumbres.

JULIO. Mamá, por Dios, no confundas las cosas. Ponte alguna vez en la realidad. Precisamente me agradó de mi prima, en lo poco que hablé con ella, lo espontáneo de su carácter; lo franco, lo ingenuo de su corazón; su irreflexión simpática, su alegría juvenil, que nacen de un alma clara, de un cuerpo saludable… Una mujer así, ni de las cuevas de gitanos, ni de ninguna parte, saca nada que no deba sacar.

DOÑA SACRAMENTO. No me sorprende oírte. Harto presumía yo que tu señora prima había de encontrar en ti juez bastante benévolo para sus ligerezas.

JULIO. Mamá, me desespera que hayas de verlo siempre todo a través de los lentes de don Eligio. Yo apenas conozco a mi prima ni tengo para qué ser su abogado; pero vale mucho más que sea como yo me la figuro, que no como estas niñas del pueblo, de que Dios nos libre.

DOÑA SACRAMENTO. No midas por un rasero a las niñas del pueblo. En el pueblo hay de todo. Y bien sabes tú que sobresale una muchacha entre las demás, de la que te he hablado mil veces con elogio de sus virtudes.

JULIO. Sí; para que yo tomara estado; para que yo dejara mis devaneos; para que yo sentara la cabeza… Ya, ya lo sé; pero como lo primero que se necesita en un matrimonio es amor, y yo no siento amor por esa señorita, aunque sea una rica heredera, ahí tienes por qué no andamos de acuerdo. Y

basta ya de dimes y diretes, mamá, que siempre hemos de estar riñendo o cosa parecida, y yo me he propuesto no volver a reñir contigo.

Doña Sacramento. Esa sería buena señal.

Julio. No sería mala; pero no por lo que tú piensas. Porque te advierto una vez más que yo no he de parecerme nunca a tu administrador.

Doña Sacramento. ¡Y dale con el pobre administrador!

Julio. Para eso haría falta, como dice la copla,

otro mundo y otro cielo
y otro Dios que dispusiera.

Óyese en el zaguán algarabía de muchachas y muchachos que se despiden.

Doña Sacramento. ¿Eh? Ahí está ya Consolación.

Julio. ¿Mi prima?

Doña Sacramento. Siempre se anuncia así: con risotadas y bullicio. Sentiré que entre alguien. Esta casa, desde que ella llegó, es la casa de Tócame Roque.

Consolación. *Dentro todavía.* Hasta luego, hasta luego. No faltes tú, Mariquita Antonia. *Sale por el portón. Viene de traje claro y mantón de Manila o de espuma, puesto en forma de chal. Lucío la sigue.* Tía, ¿ve usted cómo no me han matado? ¡Hola, primo! ¿Tú por aquí otra vez? ¿Has venido al casorio?

Julio. ¿Cómo te va, primita?

Doña Sacramento. Ha venido al campo, a almorzar con unos amigos, y se ha llegado a vernos. Pero se va en seguida.

Julio. Bien se ve que has andado de fiesta. ¡Buenos colores traes!

Consolación. Y ¡qué fiesta! Me hubiese alegrado que la hubieras visto. ¡Ay, tía, me he reído hasta ponerme mala!

Doña Sacramento. Para eso necesitas tú poco.

Lucío observa embobado a Consolación.

Consolación. Es que no hay gente como los gitanos para pasarlo bien. ¡Me han dicho una de cosas!… Con lo que a mí me gusta que me digan

cosas los gitanos. Los gitanos y los que no son gitanos. Mire usted, tía; un hombre del campo me dijo… Lucío, ¿cómo fué?

Lucío. ¿Er qué? ¿Lo que le dijo a usté Vinagre?

Consolación. ¿Vinagre?

Lucío. Aquer de la chaqueta al hombro y la mancha en la oreja.

Consolación. El mismo.

Lucío. Eze tiene mu güeña zombra. Le dijo, dice… *Se ríe recordando la ocurrencia.* Le dijo, dice… con permizo de la zeñora… le dijo, dice…

Julio. ¡Acaba!

Lucío. Don Julio, güenos días.

Julio. Buenos días. ¡Acaba!

Lucío. Le dijo, dice… «Toavía estaba zu mamá de usté echando cuentas… y ya era usté bonita».

Se ríen él, Consolación y Julio.

Doña Sacramento. ¡Qué disparate!

Lucío. Poz un gitano mu negrucio, conocío por Maceta, le dijo otra coza, que usté, zeñorita Conzolación, o no la oyó bien, o jizo azín como que no la oía. Le dijo, dice…

Consolación. Calla. *Remedándolo.* Hice «azín como que no la oía».

Lucío torna a reír.

Doña Sacramento. Me maravilla que te puedan halagar tales piropos.

Consolación. Por Dios, tía; pero ¿usted cree que son más finas las cosas que nos dicen los señoritos? Yo he pasado un rato que no se me olvidará en mucho tiempo. Había allí una gitanilla, ¡que bailaba de una manera!… ¡Qué salero, qué brío, qué encanto más particular! Y era preciosa. No me la traje para que usted la viera por miedo a don Eligio.

Doña Sacramento. ¡Muchacha!

Julio. Esa sería la Chamarina, ¿verdad?

Consolación. ¿La conoces tú?

Julio. Mucho. Nació bailando.

CONSOLACIÓN. El que nació bailando, por lo visto, es un zagalillo de este alto, más negro y más leo que mandado hacer. ¡Lo que se zarandeó aquel cuerpo, Dios mío!

JULIO. ¡Ah, si! Malos Pelos, sin duda.

CONSOLACIÓN. ¡Malos Pelos! Así le llamaban.

JULIO. Ese es hijo de Micaela la Bonita y nieto de Petaca.

CONSOLACIÓN. Estás metido en el gran mundo, primo.

JULIO. Completamente. Mamá, no te enfades.

DOÑA SACRAMENTO. No me enfado, no. Ya estoy acostumbrada a oírte.

LUCÍO. Cuente usté lo der repique, zeñorita Conzolación.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Lo del repique?

CONSOLACIÓN. Sí. ¿No ha oído usted repicar en el Carmen?

DOÑA SACRAMENTO. Con gran sorpresa, ciertamente.

CONSOLACIÓN. ¡Pues he sido yo!

DOÑA SACRAMENTO. ¿Tú?

CONSOLACIÓN. Yo.

JULIO. ¿Tú, prima?

CONSOLACIÓN. Yo, yo.

LUCÍO. La zeñorita ha zío.

DOÑA SACRAMENTO. ¡Virgen de las Angustias!

JULIO. ¿Campanera también?

CONSOLACIÓN. ¡Campanera y sacristana y cuanto hay que ser en el mundo! Verá usted, tía. No arrugue el entrecejo: alégrese conmigo, por Dios. Volvíamos las muchachas y los muchachos charlando y riendo del casamiento de los gitanos, y al pasar por el Carmen dijo una: «Vamos a entrar a rezarle a la Virgen». Y entramos todos a rezar. En esto, yo, que rezo más aprisa, me levanto y me subo a la torre, recordando mis siete años. Lo mismo fué verme, que todos a la torre conmigo. ¡Qué barullo! ¡Qué risa por aquella escalera, oscura como boca de lobo! Cuando llegamos al campanario nos deslumbró la luz. ¡Es gloria del cielo lo que se ve por aquellos ojos de la

torre! Al sentirnos, una bandada de palomas echó a volar. La mañana era hermosa; el aire, fresco y saludable. El sol parecía que pintaba de amarillo el trigo, de rojo las amapolas, de blanco el pueblo, de verde los pinares… Temblaba yo, mirando todo aquello, de emoción, de alegría, de ganas de vivir… Allá lejos, muy lejos, había unos hombres encorvados segando la mies… Quise yo en un momento levantar el vuelo como las palomas, saltar, gritar, cantar como un pájaro; quise yo agradecerle a Dios la vida que me dió, los ojos que me puso en la cara y la alegría que me puso en el corazón para ver y sentir todo cuanto veía y sentía; quise yo llevarles, comunicarles mi bienestar a aquellos campesinos, alegrar su trabajo penoso, hacerlos descansar un instante siquiera… Sentí el impulso de los momentos buenos, estalló mi corazón en risas y en lágrimas, y ni visto ni oído: sentido y hecho: cogí la cuerda de una de las campanas y empecé a voltearla como si hubiera sido campanera toda mi vida. ¡Talán tan! ¡Talán tan! Se estremeció el aire. En la torre se armó un revuelo de risas y gritos que ensordecía. Lucío se agarró a otra campana. Un monaguillo, contagiado también y encantado con la indisciplina, se agarró a otra. ¡Talán tan! ¡Talán tan! ¡Talán tan! ¡Talán tan! Parecíamos locos. Las palomas, que habían vuelto a la torre, echaron a volar otra vez… Y algunos de aquellos hombres que trabajaban lejos, levantaron los cuerpos que tenían inclinados sobre la tierra, y un buen rato estuvieron mirando hacia arriba; hacia la torre, hacia el cielo. Ya sabe usted, tía, por qué ha habido esta mañana repique en el Carmen.

LUCÍO. ¿Pos no ze me han zartao las lágrimas?

JULIO. No ha sido a ti solo. Mira tú por dónde la alegría de la señorita nos ha enternecido a los dos.

LUCÍO. Es que ha contao la coza que ha zío estarla viendo. Mejón que estarla viendo.

DOÑA SACRAMENTO. Consolación, Consolación: eres buena, pero eres loca.

CONSOLACIÓN. ¡Ay, tía! Pues yo me esforzaré en ser un poquitito más buena y un poquitito menos loca, para darle a usted gusto. Poquitito, ¿eh?

Baja Coralito tan pizpireta como siempre.

CORALITO. Señorita Consolación. *Sonriendo*. ¡Hola, Lusío!

Consolación. ¿Qué quieres?

Coralito. ¿Se puede hablá?

Consolación. ¿Por qué no, mujer? ¿Qué hay?

Coralito. ¿Sabe usté que están ahí las masetas?

Consolación. ¿Mis macetas? ¿Todas?

Coralito. Todas; hasta la der perejí.

Doña Sacramento. Es verdad; no te he dicho… A poco de irte tú llegaron los tres carros.

Consolación. ¿Dónde las han puesto?

Coralito. En er Jardín en cuatro filas.

Consolación. ¡Voy a verlas corriendo! Tía, venga usted. ¡Verá usted qué primores! ¡Mis macetas son famosas en todo el contorno! Yo las quiero más que a muchos parientes. Ande usted, ande usted.

Doña Sacramento. Mujer, déjame a mí; yo no estoy para nada.

Julio. ¿Ni para ir al jardín, mamá? ¿De manera que llegan las macetas de Consolación y la dueña de la casa no va a recibirlas como merecen?

Consolación. ¡Pues claro! Si no viene, me pico. En serio.

Doña Sacramento. Sea como tú quieras. Vamos al jardín.

Se encaminan las dos hacia la puerta de la casa de labor.

Consolación. Usted se alegrará. Lo que siento es que ya hay pocos claveles; pero rosas… ¡verá usted qué rosas!

Coralito. Una viene como la cabesa de un niño chico.

Julio. Ahora iré yo a verlas también.

Consolación. Te gustarán.

Julio. Lo creo. Hay cosas que gustan, más que por ellas en sí, por la persona que anda en torno de ellas. Conociéndote a ti, por fuerza han de encantarme tus macetas.

Consolación. ¡Mira qué galante es mi primo!

Doña Sacramento. Buen par de tarabillas estáis tu primo y tú.

Ríen los muchachos. Ellas entran en la casa de labor y él sube.

Lucío se queda como cuajado mirando a la puerta. Coralito, que cree que no es a la puerta precisamente adonde debe mirar Lucío, le dice al cabo:

CORALITO. Pero, oye: ¿te han embarsamao con estopa?

LUCÍO. *Sin oírla.* ¡Er zó ze ha metío en esta caza!… ¡Pintores no la pintan!… ¡Bonita es como la fló der granao!

CORALITO. ¿Estás hablando solo?

LUCÍO. ¡Mardita zea la pobreza! ¡A ladrón me vi a echá pa tené dineros! ¡Zi yo fuea zeñorito!…

CORALITO. ¡Jesú! Tú no estás bueno de la *armendra*.

LUCÍO. ¿De dónde?

CORALITO. *Por la cabeza.* De la *armendra*.

LUCÍO. ¡Déjame a mí ahora! *Volviendo a sus pensamientos.* ¡Qué mirá!… ¡Qué habla!… ¡Qué andá pa arriba y pa abajo como una pluma!… ¡Qué reí… que paece que entra en la caza un bando e golondrinas!…

CORALITO. *Picada.* Lo primero que hay que tené en este mundo es educasión.

LUCÍO. ¿Qué dices?

CORALITO. ¿Soy yo argún trapo?

LUCÍO. Compará con tu zeñorita, eres trapo y medio.

CORALITO. Grasias. ¿Tú te has fijao en la soga der poso?

LUCÍO. ¿Por qué?

CORALITO. Porque así eres de fino.

LUCÍO. Pero ¿te quiés tú poné con eya?

CORALITO. Yo no, hijo mío; yo no quiero ponerme con nadie. Cada una es como Dios la ha hecho. Lo que sí te digo es que yo, aunque sea en er campo, hago así en er suelo con er pie… y salen siete novios.

LUCÍO. ¡Ziete griyos es lo que zardrán!

CORALITO. Arguno me canta por las noches. Acostumbré estoy yo a que hombre que me ve, hombre que siente la *punsá*.

LUCÍO. ¿Y a mí a qué me cuentas tú ezo?

CORALITO. Pa que te enteres con quién tratas.

LUCÍO. ¡Zi ya lo zé de zobra! ¡Que ziempre habemos de está lo mesmo! Quéate con Dios; me voy a verla entre las flores.

CORALITO. ¿A quién?

LUCÍO. ¡A doña Zacramento va a zé! ¡Mía ésta! ¡A tu zeñorita, pamplinoza! ¡Eza zí que da azín con er pie en er zuelo, como dices tú, y zalen ziete claveles reventones!

CORALITO. *Despechada.* ¡Vaya!

LUCÍO. *Siguiendo el hilo de su admiración.* ¡No ze dice por mucho que ze diga lo bonita que es! ¡Bonita a toaz horas y en toas partes! Ayé ze puzo toa de negro y ze fué a miza zola cormigo, y no zé como er Pae Ramón no ze equivocó ar decí: «*Dominus vobiscum*» y le dijo: «¡Bendita zea tu madre!». Zi yo soy er Pae Ramón, me equivoco. Poz ¿y cuando ze encasqueta eze zombrero tan zerrano, que debe de zé de Parí de Francia, y ze monta en la jaca baya y echa a corré por er camino e los Parrales que no hay quien la ziga? ¿Y cuando está zentá y ze levanta de pronto? ¿Y cuando está de pie y da una carrerita pa zentarze?

CORALITO. ¿Y cuando nase un hombre tonto, tonto, tonto de la cabesa y no hay quien lo componga? ¿Qué te párese a ti? ¡Er demonio er gañán, que debía está tirando de una carreta con otro buey! ¿Sabes tú lo que yo te digo? ¡Que mardita la farta que me hasen a mí tus piropos! ¡Pos de buena lana es er carnero! *Volviéndose de pronto y encarándosele.* Mira: er marquesito de la Cruz de la Fuente, que es un rear moso, que se lava er cuerpo tos los días, me mandó a mí unos sarsiyos de briyantes, con una cartita en que lo menos que me desía era surtana: en er baú la tengo; Periquito Mora, de lo mejó de Solá der Rey, se ha querido casa conmigo, ¿te enteras tú?, ¡casarse conmigo!… y me ha dao su retrato, firmao por é: en er baú lo tengo; aquí yevo diez días, y sin salí a la caye, como aquer que dise, tengo ya cuatro pretendientes…

LUCÍO. ¿En er baú?

CORALITO. En er baú tengo las cartas; que te coste a ti. Y va er resto: er boticario de esta caye, que es más guapo que tú, y más fino que tú, y que fuma con estenasiyas, está envenenando a medio pueblo, trastornao desde una noche que fi yo a comprarle sargatona. ¿Lo sabes? ¿Te enteras? ¿Me has

oído? Cuando menos te piensas tú que se tomó mi madre er trabajito de echarme ar mundo pa un cortijero, ¡jesú, Jesú, qué ilusiones se hase la gente! ¡Quítate de ahí, feo to, que hueles a piara! ¡Uf, qué asco me ha dao de pronto este mendrugo; pero qué asco! ¿Adónde iríamos a para? ¡Por María Santísima! ¡Estaría yo loca! *Éntrase por la primera puerta de la izquierda, huyendo con repugnancia cómica de Lucío, e indignada ante la suposición de que ella lo mire con buenos ojos.*

Él da rienda suelta a sus carcajadas.

LUCÍO. ¡Ju, ju, ju! ¡Ze ha enfadao! ¡Ze ha enfadao, porque yo no le digo na! ¡Ju, ju, ju! ¡Prezume más que un sordao con un puro! ¡Ju, ju, ju! *De improviso se queda serio, fijándose en un retrato que hay colgado sobre la ventana del foro.* Güeno está, hombre; no es mala penzión la que tengo. Dende que la zeñora me riñó porque me reía, en cuantito ze me va la riza ya me está mirando er tío eze. *Variando de puntos de vista.* Y zi me pongo aquí, me mira. Y zi me pongo aquí, me mira. Y zi me pongo aquí, me mira también. Donde quiea que me pongo, me mira. *Encarándosele.* ¡Zeñó, pero zi la riza no va con usté… y ezo que paeze que zaca la cabeza de un quezo! *Alude a la gola.* ¡Ju, ju, ju! *Suelta otra vez la risa y vuelve a quedarse repentinamente serio ante la mirada del caballero retratado, y a buscar nuevos puntos de vista para ver si logra esquivarla. En este ir y venir lo sorprende doña Sacramento, que sale de la casa de labor y se encamina a la escalera.*

DOÑA SACRAMENTO. Lucío.

LUCÍO. Zeñora.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Qué estás haciendo?

LUCÍO. Ganas de armozá.

DOÑA SACRAMENTO. ¿No te has llegado a la botica por lo que te encargué?

LUCÍO. Como no corría prieza hasta la noche… Pero iré ahora en un zarto. Zólo que vi a di a otra botica.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Por qué?

LUCÍO. Porque er boticario de esta caye está enamorao de Coralito, y ze le píe marnezia y da lamedó. ¡Ju, ju, ju!

DOÑA SACRAMENTO. ¿Qué risa es ésa? ¿No te la tengo reprendida?

Al mismo tiempo que la reprensión de la señora, lo ataja en su risa la mirada de marras.

LUCÍO. *Sin quitarle ojo al de la gola. Zí,* zeñora, zí.

DOÑA SACRAMENTO. Pues mal se conoce. Procura no perder la memoria. Y procura, además, cuando salgas a la calle, no detenerte en la ventana de esa mujer conocida por *la Morisca* en el pueblo.

LUCÍO. ¿También ze lo han contao a usté las golondrinas?

DOÑA SACRAMENTO. También. *Retírase por la escalera.*

LUCÍO. ¡Ju, ju, ju! *Al retratado.* A ti te vi yo a zortá una pedrá en un ojo.

DOÑA SACRAMENTO. *Desde la escalera.* ¿Eh?

LUCÍO. Zeñora, no va con usté. Usté dispenze. *Por tercera vez trata de descubrir nuevos puntos de vista para burlar la mirada acusadora.*

Sale luego Consolación.

CONSOLACIÓN. Lucío.

LUCÍO. Mándeme usté.

CONSOLACIÓN. Escucha; voy a adornar el patio con macetas mías.

LUCÍO. ¡Ole!

CONSOLACIÓN. ¿Te gusta la idea? Llégate al jardín, y todas aquellas que hay allí separadas, junto a la pila, vémelas trayendo ahí al lado.

LUCÍO. ¡Como zi quié usté que le traiga er jardín entero, y la pila, y los peces!

CONSOLACIÓN. No; no es menester. Que te ayude Diego.

LUCÍO. Lo que usté me mande, y na más que lo que usté me mande. *Vase el hombre todo alborozado.*

Baja Julio, que ha trocado el traje de campo por uno de casa. Consolación. *Sorprendida al verlo.* ¡Julio!

JULIO. Consolación.

CONSOLACIÓN. Pero ¿no vas al campo ya?

JULIO. No voy.

CONSOLACIÓN. ¿Qué bicho te ha picado?

JULIO. ¡Ven ates!

CONSOLACIÓN. Pues ¿sabes que me alegro?

JULIO. ¿Sí?

CONSOLACIÓN. Sí; porque he pensado adornar el patio con mis macetas, y tú vas a ayudarme a ello.

JULIO. ¡Ahora mismo!

CONSOLACIÓN. Cuando ése las traíga. He mandado traerlas a Lucío.

JULIO. Ya.

CONSOLACIÓN. Oye: ¿te ha pedido tu madre que te quedes?

JULIO. No.

CONSOLACIÓN. Y ¿de veras te quedas?

JULIO. Sí.

CONSOLACIÓN. Perdóname.

JULIO. ¿Por qué?

CONSOLACIÓN. Porque yo me malicié que la reunión del tentadero no era sólo de amigos; y cuando no vas…

JULIO. Cuando no voy…

CONSOLACIÓN. Claro se ve que es sólo de amigos. Ya sé, ya sé que te gustan un poquillo las faldas.

JULIO. ¡Un poquillo, no! De aquí a la casa de enfrente no voy yo si no es por unos ojos.

CONSOLACIÓN. Ya sé también que tienes el genio demasiado alegre.

JULIO. ¿Demasiado alegre? ¿En qué sentido?

CONSOLACIÓN. En los cinco sentidos.

JULIO. Eso es muy cierto. Soy gran aficionado a ver, a oír, a oler…

Consolación. *Interrumpiéndole.* Y a lo otro que falta; no te canses. Y, naturalmente, te quedarás en Alminar para ver, para oír, para oler…

Julio. Etcétera, etcétera; no te canses tampoco tú.

Consolación. ¡Bueno! Me voy arriba.

Julio. No te vayas ahora. ¿No vamos a arreglar las macetas? ¿No hemos quedado en adornar el patio juntos?

Consolación. Sí; pero todavía… Voy a escribir antes.

Julio. ¿A escribir? ¿A quién?

Consolación. ¡Qué curiosidad, primo!

Julio. ¿Al tío Alfonso?

Consolación. No. Y eso que no me olvido de aquella casa.

Julio. ¿A su mujer?

Consolación. Tampoco. ¡Dios me libre!

Julio. *Con cierto asombro.* Entonces, ¿a quién vas a escribirle tú?

Consolación. Es claro: si no es al tío Alfonso o a su mujer, ya no hay a quien escribirle en el mundo.

Julio. ¿A alguna amiga?

Consolación. Pero ¡qué curioso!

Julio. ¿A algún amigo?

Consolación. Ni amigo ni amiga: ¿tú qué tienes que ver?

Julio. Pues, hija, como no le escribas a San Antonio… porque se te haya perdido algo…

Consolación. A San Antonio le escribí hace ya tiempo, certifiqué la carta, le metí dentro un sello… y no tuvo más remedio que contestarme.

Julio. Ya.

Consolación. ¿Comprendes?

Julio. Sí. ¿Tienes novio?

Consolación. Uno.

Julio. ¿Querías tener dos?

Consolación. Con uno bueno basta y sobra.

JULIO. Lo siento en el alma.

CONSOLACIÓN. ¡Primo!

JULIO. Sí, hija, sí; te soy franco. Me molesta que las mujeres bonitas tengan novio. Las quiero o libres como el pájaro, o ya con su marido al margen. Por lo que no paso es por el novio. El novio es una figura molestísima.

CONSOLACIÓN. Pues, hijo, hay que sufrir. Yo tengo otra opinión del mío. Voy a escribirle.

JULIO. Poquito, ¿eh?

CONSOLACIÓN. ¡Ay, qué gracia! Lo de todos los días. Un pliego tan cruzado que parece una tela metálica.

JULIO. ¿Ves tú? Si no fuera por ese hombre, tú y yo seguiríamos charlando ahora. ¡Porque para algo me he quedado yo aquí!

CONSOLACIÓN. Para algo, sí; pero para eso, no. Sé también que eres muy embustero.

JULIO. Achaques de la imaginación andaluza. ¿Tú no mientes?

CONSOLACIÓN. Mejor y más que tú.

JULIO. ¿Hola?

CONSOLACIÓN. Mira: tú acabas de decirme que no te vas por el gusto de charlar conmigo, y eso es mentira, y yo no lo creo; y yo te he dicho que tengo novio, y es mentira también, y tú te lo has creído.

JULIO. ¿No tienes novio? ¿Hola, hola? ¿Conque no tienes novio?

CONSOLACIÓN. No, hijo mío; ni me sale. Yo digo lo que una muchacha de mi pueblo, que es muy salada; «Con mi media naranja han hecho por allí un refresco».

JULIO. ¡Esto ya es otra cosa! ¡No tienes novio! ¿Arreglamos las macetas?

CONSOLACIÓN. Así que las traíga Lucío.

JULIO. Conformes. Es particular lo que me sucede. Mi madre se va a quedar con la boca abierta. Porque te prevengo que ahora me voy a llevar un mes sin salir de casa.

CONSOLACIÓN. La verdad es que eres un tarambana, primo. ¿Qué razón hay para que no vivas con tu madre?

JULIO. Eso es muy complejo. Diferencias de caracteres, de opiniones, de gustos… Claro que hay algo más…

CONSOLACIÓN. ¡Y tanto!

JULIO. No, no va por donde tú imaginas.

CONSOLACIÓN. Pues cerca le andará.

JULIO. Eso sí.

CONSOLACIÓN. ¿A ver?

JULIO. Vale más que sigas sin saberlo. Por todo pasaría yo si mi madre pasara por una sola cosa mía.

CONSOLACIÓN. *Con interés.* ¿Te gusta alguna mujer que a ella no le agrade?

JULIO. Me gustó… y mucho.

CONSOLACIÓN. ¿De dónde era?

JULIO. De Málaga.

CONSOLACIÓN. ¿Cómo se llamaba? Dilo.

JULIO. Antoñita, la buñolera.

CONSOLACIÓN. ¡Julio!

JULIO. Tú me lo has preguntado.

CONSOLACIÓN. ¿Pero si eso se acabó, según parece…?

JULIO. Se acabó… cuando se murió ella.

CONSOLACIÓN. ¡Ah! ¿No vive?

JULIO. No vive; pero dejó rastro.

CONSOLACIÓN. Ya. El aceite de los buñuelos se agarra mucho a la garganta. *Con sorna.* ¿No puedes olvidarla, eh?

JULIO. Tengo un hijo.

CONSOLACIÓN. ¿De la de los buñuelos?

JULIO. De la misma.

CONSOLACIÓN. ¡Vaya por Dios! Y tú ¿qué pretendes de tu madre?

JULIO. Que venga mi hijo aquí.

CONSOLACIÓN. ¿Y a tu madre… le hace daño la masa?

JULIO. ¡No es que le hace daño; es que no consiente hablar de ello! ¡Le subleva la conversación!

CONSOLACIÓN. ¿Se parece a ti?

JULIO. ¿Mi madre?

CONSOLACIÓN. Tú hijo.

JULIO. Es un retrato mío.

CONSOLACIÓN. Menos mal.

JULIO. ¿Cómo menos mal?

CONSOLACIÓN. Porque… dichosa la rama que al tronco sale.

JULIO. Ya sabes lo que me separa de esta casa. De esta casa… y de algunas mujeres.

CONSOLACIÓN. ¿De algunas mujeres? ¿Por qué?

JULIO. Porque sueño yo con que la mujer que llegue a ser mi esposa acepte ese hijo mío como primera condición… y lo quiera como yo lo quiero. Si no, no me caso.

Silencio.

CONSOLACIÓN. ¿No tienes más que uno?

JULIO. No.

CONSOLACIÓN. *Alarmada.* ¿Eh?

JULIO. ¡Que no tengo ninguno!

CONSOLACIÓN. ¡Mentiroso!

JULIO. ¡Que no tengo ninguno! Del mismo barro que hiciste a tu novio hice yo a mi hijo. Y acaso con la misma intención.

CONSOLACIÓN. ¡Pero lo has adornado mucho más! ¡Grandísimo cómico; farsante! ¡Si ha habido un momento en que creí que se te saltaban las lágrimas! No seré yo quien se fíe de ti.

JULIO. Ni yo de ti, primita. Hablemos claro.

CONSOLACIÓN. ¡Ja, ja, ja!

JULIO. Y oye en serio una cosa.

CONSOLACIÓN. ¿En serio?

JULIO. En serio, sí.

CONSOLACIÓN. Dime.

JULIO. Aguarda.

Por la primara puerta de la izquierda sale Coralito en dirección a la escalera. Sonríe, mira maliciosamente al pasar, y sube.

CONSOLACIÓN. ¿Qué me ibas a decir?

JULIO. Muy sencillo. A ti te ha preocupado un instante que yo tuviera un hijo, y a mí me ha interesado un punto que tú tuvieras novio. ¿Por qué es esto? ¿Me quieres contestar?

CONSOLACIÓN. *Busca la contestación, no la encuentra, y dice:* ¿Vamos a arreglar las macetas?

JULIO. ¡Vamos a arreglarlas! ¡Ya era hora!

CONSOLACIÓN. *Llamando.* ¡Lucío! ¡Lucío!

JULIO. ¡Lucío!

Sale Lucío de la casa de labor seguido de Diego.

LUCÍO. ¡Aquí están ya toas las macetas, zeñorita!

CONSOLACIÓN. ¡Pues vengan todas una a una, que vamos a poner el patio que va a reírse solo!

LUCÍO. ¡Ole!, ¡ole!

En menos que se dice, y con presteza y alegría juveniles, cubren y rodean de macetas la fuente y ponen otras al pie de las columnas, de tal suerte que truecan el patio en un jardín, cambiando su aspecto. Lucío y Diego les van entregando las macetas, que ellos distribuyen a capricho. Las hay de rosas, de geranios y de alhelíes.

CONSOLACIÓN. Verás tú qué prontito.

JULIO. ¡Cuántas hay! ¿Dónde pongo yo ésta?

CONSOLACIÓN. Ésa, junto a la fuente. Las pequeñas, en torno de la fuente. Dame acá, Lucío.

LUCÍO. Tome usté.

CONSOLACIÓN. Y las grandes, rodeando las columnas.

JULIO. ¡Ajajá! ¡Qué bonita es ésta!

CONSOLACIÓN. ¿Y ésta, vale algo? Ésta es mi orgullo.

JULIO. Ésta, aquí. Y ésta, aquí.

LUCÍO. ¡Ju, ju, ju!

CONSOLACIÓN. Esta remonona, a la fuente.

JULIO. Otra a la fuente.

CONSOLACIÓN. Y otra a la fuente.

JULIO. ¡Cualquiera va a conocer el patio!

LUCÍO. ¡Ju, ju, ju! ¡Cuando don Eligio lo vea!

CONSOLACIÓN. ¡Lo que pesa ésta, demonio!

JULIO. Ésta, aquí.

CONSOLACIÓN. Y aquí ésta.

JULIO. Y ésta.

CONSOLACIÓN. Y esta otra, aquí.

JULIO. ¡No se acaban nunca!

CONSOLACIÓN. Y tú, aquí.

JULIO. Y tú, con la de antes.

CONSOLACIÓN. Y esta chica, aquí, para que la vean.

JULIO. Y esta grande, aquí, para que descuelle.

CONSOLACIÓN. Y ésta, aquí.

JULIO. Y ésta, aquí.

CONSOLACIÓN. Y ya no hay más.

JULIO. Y ya se acabaron.

LUCÍO. ¡Ju, ju, ju! ¡Qué bonito! Pero ¡qué bonito!

JULIO. Sí que está bonito de veras.

Ríen satisfechos y se dejan caer, fatigados, cada uno en un sillón.

Doña Sacramento ha bajado a tiempo de ver el fin de la faena, y pregunta, llena de estupor:

DOÑA SACRAMENTO. ¿Qué es esto, Julio?

CONSOLACIÓN. ¡Tu madre!

JULIO. ¡Mamá!

DOÑA SACRAMENTO. ¿Qué es esto, Julio?

JULIO. Pregúntaselo a Consolación.

DOÑA SACRAMENTO. Consolación, ¿qué es esto?

CONSOLACIÓN. Pregúnteselo usted a Lucío.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Qué es esto, Lucío?

LUCÍO. ¡Pregúntezelo usté a las golondrinas!

Doña Sacramento pasea la vista por el patio, entre severa y sonriente, y los otros la contemplan gozosos, esperando su aprobación segura.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El patio es el mismo, pero parece otro. La transformación iniciada al final del acto segundo es ya completa. Los severos sillones han sido sustituidos por sillas de paja y mecedoras de rejilla; donde estaba el arcón hay un plano; por doquiera hay plantas y flores; en los arcos, macetas colgantes. Corre el surtidor de la fuente, diciendo cosas peregrinas. Es por la tarde.

Coralito, a quien ya le consienten en la casa, bien que a regañadientes de don Eligio, dos deditos de escote, hállase asomada a la ventana del zaguán, como en acecho de una víctima. En esto, Antoñito baja las escaleras a escape y cruza corriendo hacia la casa de labor, con unos pinceles y un frasco de aguarrás.

CORALITO. *Parando en su carrera al polluelo.* ¡Jesú! ¿Quién ha tirao er tiro?

ANTOÑITO. ¿Cómo?

CORALITO. ¿Dónde va usté tan desesperao?

ANTOÑITO. A seguir retratando al don Eligio ése. A ver si quiere Dios que acabe hoy. Me dejé arriba el aguarrás…

CORALITO. Humó se nesesita pa pinta a semejante bicho, y más con esa ropa antigua que se pone. Paese una sanguijuela. ¿Cuándo va usté a pintarme a mí?

ANTOÑITO. *Dejando la «pose» por un momento.* Cuando usted quiera. Coralito.

CORALITO. Por mi… usté carcule. Me puedo poné otra blusita que tengo toavía más vaporosa, y con el escote un poquito más bajo, sin yegá a lo grave, naturarmente.

ANTOÑITO. Lo grave… lo grave es lo bonita que es usted.

CORALITO. ¡Carambo!

ANTOÑITO. Coralito…

CORALITO. ¿Qué hay con Coralito?

ANTOÑITO. Coralito… usted va a tener la culpa de que se haga una revolución en mis ideas artísticas.

CORALITO. ¿Sí?

ANTOÑITO. Al tiempo. Voy a ver si concluyo con aquella momia, que por cierto está hoy de un humor de perros. *Éntrase en la casa de labor.*

CORALITO. *Cuando Antoñito se ha marchado.* Frito. Pero frito. Yo debo de tené solimán en los ojos.

Por la primera puerta de la izquierda sale Ambrosio lleno de alegría y se dirige a Coralito.

AMBROSIO. ¡Duro, duro! ¡Dale por ahí to lo que pueas!

CORALITO. ¿Ha estao usté escuchando la conversasión?

AMBROSIO. Zí, hija mía; y Dios te lo premie. No lo dejes viví; envenénale el aire; que haga número con los pinceles por tu perzona; que se muera por ti… ¡A vé zi me lo cambias, prezioza, y acaba por pintá argo bonito!

CORALITO. Pero ¿qué le pasa a usté con é, que lo tiene tan irritao?

AMBROSIO. ¿Qué quiés que me paze? ¡Que er pajolero niño no pinta más que dezastres y cozas feas! ¡La caza me ha yenao de cimenterios, y de ciprezes, y de niños *tábiros,* y de mujeres flacas!

CORALITO. ¡Vaya un gusto que tiene!

AMBROSIO. ¡No hay un liziao en er pueblo a quien no haya copiao! El único hombre cabá que ha pintao zoy yo, y pa ezo me ha puesto un coló verde y una tiriya en pie, que paece que me están ajorcando.

CORALITO. ¡Ay, qué risa!

Ambrosio. ¡Mía pintarme a mí verde! Poz ahora está retratando a zu madre, y verde; y a zu hermana, y verde. Pajolero niño, ¿zomos pimientos o zomos tu familia?

Coralito. ¡Ja, ja, ja!

Ambrosio. ¡Zi yo yego a penzá que iba a tomá eze rumbo, en zeguía lo dejo zé pintó! Dale, Coraliyo, dale tú, hasta meterle er zó dentro e la cabeza. Mía que zi conzigues que te pinte tar como eres, o que pinte este patio, o que pinte una zandía… ¡verde por fuera, zi quié gastá er verde, pero colorá por dentro, como zon las zandías!… ¡te compro un mantón de Manila de dos mir reales, bordao en tos los colores que er pajolero niño tiene en la caja y que no zé pa qué rejinojo le zirven! *Se encamina a la casa de labor.*

Coralito. *Riéndose.* Vaya usté con Dios… y prepare usté los dos mir reales.

Ambrosio. *Volviéndose en la misma puerta.* ¿De verdá?

Coralito. Cuando yo lo digo…

Ambrosio. ¡Ole! ¡Bendita zean las caras graciozas y los cuerpos zerranos! ¡La diferencia que va de esta mujé a la colerción de fieras que tengo yo corgás por las paredes de mi caza!

Coralito. También le gusto ar padre. Una familia atravesá por mí.

Asómase Salud por la ventana del zaguán. Viene con su marido, el gran Pandereta, y con Rosita, su hija. Son un matrimonio popular, feliz si los hay.

Salud. Ssss… Ssss… Güenas tardes.

Coralito. Güenas tardes.

Salud. ¿Está la señorita?

Coralito. ¿Cuá señorita?

Salud. La señorita Consolasión.

Coralito. Sí que está.

Salud. Pos abra usté, que venimos a verla. Nos ha mandao vení.

Coralito. ¡Ah! ¿Ustedes son los jardineros?

Salud. Sí, señora.

Abre Coralito el portón y salen los tres recién llegados. Quédase entornado el portón.

PANDERETA. Salú, pimpoyo.

CORALITO. Dios guarde a ustedes. Ayé sintió muchísimo er no está aquí cuando ustedes vinieron. Dise que a usté no lo conose, pero que con usté ha jugao en er patio e su casa.

SALUD. Mía cómo eya se acuerda. ¡Es más güena la señorita!

CORALITO. Vi a avisarle. *Sube.*

PANDERETA. ¿Tú has reparao, Salú? ¿Ha cambiao este patio? Se conose que la señorita nueva trae mucha alegría.

SALUD. ¡Si anoche me dijo Frasquita, la cosinera, que hasta va a meté aquí un teatro! ¡Y que don Eligio, el arministradó, está con eso por las nubes!

PANDERETA. *Riéndose.* ¡Je, je! ¡Don Eligio! ¡Qué mursiélago es don Eligio!

SALUD. Yo tengo muchas ganas de vorvé a vé a la señorita. Tú carcula: era mi madre lavandera en su casa…

PANDERETA. Me lo has contao noventa veses; pero sigue.

SALUD. ¿Pa qué? Joseliyo María, ¿te acuerdas tú de cuando servíamos acá?

PANDERETA. ¡No que no!

SALUD. ¿Y de cuando entramos en relasiones? ¿Te acuerdas?

PANDERETA. *Señalando a una columna.* Ayí te di er primero.

SALUD. *Señalando a otra.* No, que fué ayí.

PANDERETA. Ayí fué donde nos pescó don Eligio y nos plantó en la caye.

Se ríen los dos. Consolación baja.

CONSOLACIÓN. ¡Salud!

SALUD. ¡Señorita!

Se besan.

CONSOLACIÓN. ¡Qué guapa estás, mujer!

SALUD. Éste es mi marío.

Pandereta. Pa servirla a usté, señorita.

Consolación. Gracias. ¿La niña es tuya?

Pandereta. Y mía también.

Consolación. Ya me hago cargo. Tiene buen humor tu marido.

Salud. Pandereta le yaman.

Consolación. La chiquilla es preciosa. *La besa y la acaricia*. ¿Cómo te llamas tú?

Rosa. Rosita.

Salud. Es la mayó que tengo. Tres más quean en casa. Consolación. ¿Tres más?

Pandereta. Y la imaginasión proyertando.

Consolación. Sentarse. Y tú ¿qué haces ahora, Salud?

Salud. Éste, que es un poquiyo hortelano y otro poquiyo jardinero.

Pandereta. Na: una güertesita que tenemos ahí, a la salía der pueblo, con cuatro lechugas y cuatro flores. Rosa que no se vende en la caye, se la pone mi mujé en er moño; y tomate que no se vende en la prasuela, tomate que se echa en er gazpacho.

Salud. ¿Qué se le va a hasé, señorita? Si semos probes, ¿ensima nos vamos a apurá?

Pandereta. ¡Eso sí que no! En mi casa tengo yo prohibió arrugá el entresejo. Yo no he estao triste más que una vez en toa mi vía: cuando enfermó la madre de ésta, y dijo er médico… que no era cosa de cuidao.

Salud. ¡Caya, sinvergüensa! ¿Será sinvergüensa? Es mu sinvergüensa. Nos yevamos mu bien.

Consolación. Ya, ya lo veo. Sin embargo, Pandereta, a mí me han dicho que se le va a usted la mano con Salud.

Salud. Diga usté que no es verdá, señorita.

Pandereta. Diga usté que sí, que es verdá. Cuando bebo, que es de tarde en tarde… vamos, toas las tardes, argunas veses me da la negra y le sacudo tres o cuatro gorpes.

Salud. Güeno, pero luego nos reímos.

PANDERETA. Como que si no nos riyéramos luego, yo no te ponía un deo ensima.

SALUD. Señorita, si una no tiene más tesoro que está contenta. ¿Qué va una a sacá con emberrenchinarse? Perdé la salú.

PANDERETA. ¡Eso! Miste, probes semos como las ratas, pero ni eya ni yo envidiamos a nadie. Yo voy a casa de don Manuer Tinaja, que debajo e ca ladriyo tiene una onsa e oro, y no veo más que esaborisiones por toas partes. Se ponen a armosá, y un niño toma la emursión, y el otro el aseite, y el otro una pírdora en ca plato, y er padre agua de una boteya asú, y la madre agua de una boteya con un grifito… ¡Pa eso que se muden a la botica!

SALUD. Pos ¿y en casa de doña Guadalupe, donde vi yo a hasé los mandaos? Er marío pelea con la mujé; la mujé pelea con er suegro; er suegro pelea con la cuñá; la cuñá pelea con er cuñao; er padre esloma a los chiquiyos; las criás no paran dos días… ¿Y eso es viví? Miste nosotros. De mi vera no se espegan mis hijos.

CONSOLACIÓN. Ea, pues, vamos a lo nuestro.

PANDERETA. Usté nos dirá, señorita.

SALUD. ¿Es pa argo der jardín pa lo que usté quiere a mi marío?

CONSOLACIÓN. Justamente. Es una lástima de jardín; está perdido, abandonado. ¿Usted lo conoce?

PANDERETA. ¿Er jardín? Mejó que er genio de mi suegra.

CONSOLACIÓN. ¿No es verdad que se puede poner muy bonito? Con varios cuadros de rosas y claveles, algunos de violetas, un par de celindas, un jazmín en un muro, una enredadera en el otro… ¿Verdad? El cenador, que es lindísimo, quisiera yo cubrirlo de rosas, a ser posible, de pitiminí. Gracias a Dios, la tierra es buena y hay agua abundante, y me da pena que la tierra esté sin dar flores, y el agua parada, y todo muerto.

PANDERETA. Sí que da pena, señorita.

SALUD. Usté verá qué bien lo arregla éste. A fantesía no le gana ningún jardinero.

PANDERETA. Yo le pongo a usté una enredaera de campaniyas en er muro de frente a la casa, que en cuanto prinsipie a dá fló hasta van a tocá las

campaniyas.

CONSOLACIÓN. Mejor que mejor. Y ¿a qué van a tocar, Pandereta?

PANDERETA. Según. Cuando entre usté en er jardín, a Gloria; cuando se presente el arministradó, a las Ánimas.

CONSOLACIÓN. ¡Ja, ja, ja! ¿Tu marido también conoce a don Eligio?

SALUD. ¡Digo! Si nosotros servíamos acá; sino que nos echaron a la caye a los dos días de novios.

CONSOLACIÓN. ¿Por qué?

PANDERETA. Porque ésta se reía de to y yo también, y se hartaron de tanta risa.

CONSOLACIÓN. Bueno, pues vengan ustedes al jardín.

Allí, sobre el terreno, veremos lo que puede hacerse. Ande usted, Pandereta.

PANDERETA. Vamos donde usté diga.

Se encaminan a la casa de labor, a tiempo que sale de ella don Eligio echando chiribitas y vestido con la ropa de dos siglos ha que ya le conocemos.

DON ELIGIO. ¡Mamarracho de pintorcillo! *Al encontrarse con el grupo.* ¿Eh? Buenas tardes.

El efecto que tamaña aparición les produce a todos es extraordinario. La risa se les escapa de los labios y se esfuerzan en contenerla. Primero Consolación, luego Salud con su niña, después Pandereta, contestan como pueden a las buenas tardes, y uno detrás de otro se van a soltar la risa allá dentro.

CONSOLACIÓN. Buenas tardes.

SALUD. Güenas tardes.

PANDERETA. Güenas tardes. (¿Se ha escapao de un cuadro este hombre?).

DON ELIGIO. ¡Ah! ¿También he de servir yo de chacota? ¡Voto va, que se engañan muy mucho! ¡Pues buen día llevo para aguantar ancas de nadie!

Baja doña Sacramento.

Doña Sacramento. ¿Qué es eso, señor don Eligio?

Don Eligio. Señora marquesa, perdone usted si llega a alcanzarle alguna chispa de mi cólera, pero me hallo fuera de mí.

Doña Sacramento. ¿De su cólera? Y ¿por qué causa se le ha encendido así, amigo mío?

Don Eligio. No es una causa sola; son miles de causas que conspiran contra mis ideas, contra mis hábitos, contra mis nervios. En esta santa casa ha entrado un vendaval que todo lo ha desordenado y revuelto.

Doña Sacramento. ¿Se refiere usted por ventura a mi sobrina Consolación?

Don Eligio. ¡A ella misma! Hora es ya, señora marquesa, de que pongamos freno a sus locuras.

Doña Sacramento. ¿A sus locuras?

Don Eligio. De alguna manera he de llamarlas.

Doña Sacramento. ¿Y si yo le dijese a usted, bondadoso amigo, que las locuras de mi sobrina van ganando mi ánimo?

Don Eligio. *Perplejo.* ¿Será posible, señora marquesa?

Doña Sacramento. ¿Por qué no? Aun no hace un mes que vive conmigo, y ya ha modificado en algo mis costumbres, y ha alterado la severidad de mi casa, llenándola de gritos, y de risas, y de pájaros, y de flores; y si bien esto empezó por desconcertarme y aturdirme, y por levantar mi protesta —usted es testigo—, hay una razón que puede más que todo… que me lleva a agradecer esa alegría.

Don Eligio. *Doblemente perplejo.* ¿A agradecerla?

Doña Sacramento. Y ¡quién sabe si a bendecirla!

Don Eligio. ¡Yo voy a perder el juicio!

Doña Sacramento. Mi hijo Julio, desde aquella misteriosa aparición de hace quince días, no sale de esta casa; él, que, a pesar mío, no paraba jamás en ella, arrastrado por los atractivos de otra vida sin disculpa alguna. ¿Es el amor quien aquí lo retiene? No lo sé. ¡Ojalá lo sea! Porque yo

sé decirle a usted, excelente Frías, que mi hijo, llenando con su prima este patio de flores; planeando la reforma del jardín; ideando la construcción del teatrito en las habitaciones cerradas; discurriendo sobre Ja comida a los pobres y la fiesta a los trabajadores del cortijo, y todas las cien cosas que sueñan juntos, es dichoso; es honradamente dichoso. Y así lo quiero.

DON ELIGIO. ¿He oído yo mal, señora marquesa, o soy víctima de algún maleficio? ¿Es decir, que usted está pronta a sepultar sus más caras ideas?

DOÑA SACRAMENTO. Nada de eso: en todo caso, a modificarlas, si a ello me llevaran mis reflexiones. Pero a lo que sí estoy decidida es a que mis sentimientos más legítimos vivan a la par que ellas.

DON ELIGIO. ¡Bien! ¡Muy bien! ¡Perfectamente bien! De todo lo cual yo colijo que usted autoriza, en el austero palacio de los Arrayanes, la construcción de ese teatrillo de que antes ha hecho mérito.

DOÑA SACRAMENTO. Teatrillo, no; teatrito. Lo he prometido ya.

DON ELIGIO. *Despechado y furioso.* ¡Soplan vientos de libertinaje!

DOÑA SACRAMENTO. *Con severidad.* Señor de Frías…

DON ELIGIO. La señora marquesa me disculpe. Y luego me oiga.

DOÑA SACRAMENTO. Hable usted.

DON ELIGIO. Como ya creo percibir claramente que, de hoy más, cosa que yo refute o discuta en esta su casa, será cosa hecha, para darme a mí con la badila en los nudillos, tengo el sentimiento de anunciar a la señora marquesa que en este punto y hora han acabado mis servicios aquí.

DOÑA SACRAMENTO. ¡Querido Frías!

DON ELIGIO. ¡Señora marquesa!

DOÑA SACRAMENTO. ¡Me dará usted el mayor disgusto de mi vida!

DON ELIGIO. No es menor el que a mí me causa, mi señora.

Sale Julio por la primera puerta de la izquierda, un poco sorprendido e interesado.

JULIO. ¿Qué ocurre? ¿Qué charlan ustedes? *Reparando en la guisa de don Eligio.* ¡Hola! ¿Dónde va vuesa merced tan galán, señor caballero?

DON ELIGIO. La señora marquesa de los Arrayanes tiene la palabra. Con todos los respetos.

Hace el hombre un par de cortesías y se va por tas escaleras a cambiar de traje cuando menos.

JULIO. ¿Qué hierba ha pisado don Eligio, mamá?

DOÑA SACRAMENTO. La hierba que ha pisado, no sé; pero se nos viene encima una gran desgracia.

JULIO. ¿Qué? ¿Va a dar quizás otra conferencia?

DOÑA SACRAMENTO. No es caso de broma. Está contrariadísimo con todo lo que aquí sucede, y acaba de participarme que nos deja.

JULIO. ¡Bah! Creí que era otra cosa. Ya lo convenceremos.

DOÑA SACRAMENTO. Mira que está muy enojado.

JULIO. Mejor.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Qué ha de ser mejor? ¿Me prometes tú hacer cuanto puedas por retenerlo?

JULIO. Cuenta con que se queda en casa. Don Eligio es un infeliz. La adulación lo rinde, ya lo sabes. Como yo le proponga que inaugure el futuro teatrito con una conferencia a propósito del teatro griego, es hombre al agua. Y aun lo verás trabajar en algunas comedias. ¿Qué digo comedias? ¡En el intermedio de baile!

DOÑA SACRAMENTO. Calla, calla, por Dios.

JULIO. Sobre todo, mamá, tú y yo no reñimos. ¿Hemos vuelto a tener más tiquis miquis desde que te lo prometí?

DOÑA SACRAMENTO. No, en verdad; y así te quiero siempre.

JULIO. Y así espero seguir mucho tiempo.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Cuánto?

JULIO. ¿Cuánto? Pronto lo sabré. *A Coralito, que sale de la casa de labor*. Coralito.

CORALITO. Mande usté.

JULIO. ¿Y la señorita Consolación?

CORALITO. Por usté preguntaba ahora. En er jardín está con Pandereta.

JULIO. ¡Caramba! Y ¿cómo no me lo ha avisado? ¿Vienes, mamá?

DOÑA SACRAMENTO. ¿También yo he de ir?

JULIO. Sí; quiero que se haga todo a gusto tuyo.

DOÑA SACRAMENTO. ¿A gusto mío?

JULIO. A gusto tuyo, sí; no subrayes.

DOÑA SACRAMENTO. Pues vamos al jardín.

Se van hijo y madre por la puerta de la casa de labor.

CORALITO. ¡Ya lo creo que se quieren! La señorita jura que ér no le ha dicho nada todavía; pero ni de espardas pué negá er señorito que le ha tomao cariño. *Suspirando.* ¡Ay! *Saca un espejito de bolsillo y se da un vistazo.*

Lucío, que sale por el portón, se queda contemplándola burlonamente. Viene del campo. Trae una espiga en el sombrero.

LUCÍO. ¿Te vas a retratá?

CORALITO. *Volviendo la cara.* ¡Hola! ¿Ya yegaste?

LUCÍO. ¿Prezumes tú argo?

CORALITO. Hombre, el arreglo siempre dise bien de la persona. *Con coquetería.* Y las que somos feas… nos tenemos que componé.

LUCÍO. Ezo zí.

CORALITO. *Indignada.* ¿Que sí?

LUCÍO. Tú mesma lo has dicho.

CORALITO. Lo que digo yo *mesma* es que estás más ganso ca día.

LUCÍO. Mejón pa mí. Er zé ganzo engorda. Oye: ¿y la zeñorita Conzolación?

CORALITO. ¿Yo qué sé? En er jardín con er señorito.

LUCÍO. ¡La zuerte e loz hombres! ¡Mía que zi argún día me quiziera a mí una mujé como la zeñorita Conzolación! ¡Ah!

CORALITO. *Siempre en la brecha.* ¡Quién sabe!… Si tú te sivilisaras un poco…

LUCÍO. ¡Vamos, quita! Lo más que me quié a mí ez una zurrapastroza der barrio e los gitanos. ¡Ju, ju, ju! *Mirando de pronto al de la gola y poniéndose serio.* ¿Ya empezamos, amigo? *A Coralito.* ¿Qué te zucede a ti?

CORALITO. *Quemadísima*. ¡Nada!

LUCÍO. Poz esto de la zeñorita y der zeñorito, yo me lo malicié. Y ar principio me jizo er corazón azín pa arriba y pa abajo, porque me había enamorao como una bestia de la zeñorita.

CORALITO. No se hiso la mié…

LUCÍO. Pero aluego ze me pazó aqué delirio, ze me zalió er jumo e la cabeza, ¿zabes?… y me entró una alegría mu grande de que pazara lo que paza. Tanto ez azín, que antié, mientras limpiaba er patiniyo, estuve zacando un *verzo* pa los dos. Pero no una aleluya como otras que he zacao, zino un *verzo* largo, azín por el estilo de un romance. Conque fi y agarré y ze lo yevé escrito a don Juan Martínez er procuraó, que es poeta y tiene una corona en zu despacho, con intención de que me lo arreglara. Y me lo ha arreglao… Pero ahora rezurta que a mí me gusta más como yo lo jice. Y estoy acechando una ocazión pa echárselo a eyos. En cuantito los vea juntos a los dos diciéndoze ternuras. Verás tú, Coraliyo, verás tú. Principia azín:

Todas las flores der campo
ze han puesto er traje de gala,
y también er zó ze ha puesto
zu corona de oro y plata…

CORALITO. ¡Ay, qué bonito!

LUCÍO. ¡Zi zigue todavía! Verás tú.

CORALITO. ¿Cuándo me sacas a mí un *verso*?

LUCÍO. ¿A ti?

CORALITO. Sí.

LUCÍO. *Mirándola con cierto orgullo satisfecho.* Yo te lo zacaré; no te apures.

CORALITO. ¿De veras, Lusío?

LUCÍO. Zí, mujé; de veras.

CORALITO. A vé cuántas cosas me dises.

LUCÍO. Zegún me coja. Zi me da por lo fino, por lo fino; zi me da por lo graciozo, por lo graciozo; zi me da por lo verde…

CORALITO. Mira, que te dé por lo fino, y así se lo mando a mi madre.

LUCÍO. ¿A tu madre?

CORALITO. Sí.

LUCÍO. Po zi ze lo mandas, dirle de quién es.

CORALITO. ¿No tengo de desírselo? *Acercándosele con zalamería.* Le diré: «Mamá, sabrás que te mando ese *verso* que me ha sacao un muchacho que está aquí en casa, y que tiene esa habilidá. Un muchacho muy guapo… muy listo… muy simpático…».

LUCÍO. ¡Ju, ju, ju! ¡Pos no te pones tú mu meloza!

CORALITO. ¡Qué brutísimo eres!

LUCÍO. ¡Ju, ju, ju! *Encarándose de nuevo con el de la gola.* ¿Güerta a mirá, compadre? ¡Ea, pos ya me jarté yo! ¡Me río jasta que ze me zarten las muelas!

CORALITO. ¿Qué dises?

LUCÍO. ¡Y zi a usté también le jace la pascua que ze haigan traío flores ar patio, y que corra la fuente y que tos estemos contentos, ze güerve usté pa la paré y azín ze ajorra eze dijusto! *Dando un respingo de repente*, *lleno de pavor*. ¡Eh!

CORALITO. ¿Qué te pasa, Lusío?

LUCÍO. ¡Que me paece que me ha zacao la lengua!

CORALITO. Tú estás loco.

LUCÍO. ¡No estoy loco! ¡Es que eze *gachó* no me deja viví! ¡Me mira de tos laos!

CORALITO. Y ¿tú no sabes por qué es eso?

LUCÍO. ¿Ze ha enamorao de ti también?

CORALITO. ¿De mí?

LUCÍO. A tu parecé zerá el único que farte en la caza.

Coralito. ¡Vaya! No se puede tratá contigo. Cuando está una más tranquila suertas una patá.

Lucío. ¡Pos nadie te ha yamao a mi vera!

Coralito. ¡Otra, hijo, otra!

Lucío. ¡Zi no prezumieras como prezumes!… Y después e to, zi te ze mira espacio, ¿qué tienes tú que varga dos pezetas? Un conjunto azín que no es repugnante, un ojo más chico que otro, una nariz que ez un peyizco y pare usté e contá. ¡Ea! ¡Me vi adentro a jugá con la perra, que gasta menos posturitas!

Éntrase en la casa de labor.

Coralito. *A punto de un ataque nervioso.* ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!, ¡qué bestia!, ¡qué bestia!, ¡qué bestia! ¡Y lo malo es que tiene rasón mi señorita! ¡Es el único que me gusta! ¡Ay!, ¡ay! ¡Bien carito voy yo a paga to lo que me he divertío con los hombres! *Pasea agitadísima, haciéndose aire con el delantal y queriendo tranquilizarse.*

Salen de la casa de labor Consolación y doña Sacramento.

Consolación. Sí, señora. ¡Pues ya lo creo! Cuanto antes, mejor. Escucha, Coralito.

Doña Sacramento. ¿Qué te ocurre?

Coralito. ¿A mí? Pos ¿qué tengo?

Consolación. Los carrillos como tomates y los ojos echando bombas.

Coralito. Tomaré sarsaparriya.

Consolación. ¡Ah, ya sé! Esto ha sido una pelotera con Lucío. Siempre andan así. Acabarán casándose.

Coralito. Eso quisiera é.

Consolación. Y ¿tú no?

Coralito. ¿Yo? No como telera.

Doña Sacramento. Bien está. Sube y avísale al señor administrador que la señorita Consolación quiere hablarle.

Coralito. Ahora mismo. *Sale andando y sube con tal gracia, que hace inverosímil el desdén de Lucío.*

Doña Sacramento. Prefiero que seas tú quien interceda, porque mi hijo Julio a lo mejor lo echa a perder todo con una broma.

Consolación. ¡Y yo lo hago encantada! Esté usted tranquila. Un pobre señor que tanto quiere a usted, que lleva tantos años a su servicio, honrado, bueno…

Doña Sacramento. ¡Oh! A carta cabal. Su conducta siempre ha sido intachable.

Consolación. Le digo a usted que no me lo perdonaría. Déjeme usted sola con él.

Doña Sacramento. Eso es muy acertado. Aquí aguardo yo.

Éntrase por la puerta de la derecha.

Consolación. ¡Pobre don Eligio! La verdad es que está pasando las de Caín. *Se sienta*. Ahí viene.

Baja, en efecto, don Eligio, vestido ya de americana, y con toda la rapidez que exige lo interesante de la entrevista, si bien con cara de pajuela.

Don Eligio. ¿Es cierto, señorita, que desea usted hablar con mi humilde persona?

Consolación. Es cierto.

Don Eligio. Pues aquí me tiene a sus órdenes como caballero y como servidor.

Consolación. Muchas gracias; pero vamos a hablar sólo como amigos. Si usted no quiere serlo mío, yo me empeño en ser amiga de usted. Siéntese aquí, a mi lado.

Don Eligio. ¿Que yo no quiero ser su amigo, señorita?

Consolación. No, señor; acaba usted de decirle a mi tía que se va de esta casa porque yo estoy loca como un cencerro y usted no me puede resistir.

Don Eligio. *Escandalizado.* ¡No, no! ¡Así, no! ¡No hay que alterar los textos!

CONSOLACIÓN. Bueno; la forma será otra, pero ése es el zumo del limón. Mi tía ha tenido un verdadero sentimiento; yo, no se diga. ¿Cómo no me ha de doler que por mi causa determine marcharse de aquí, donde casi ha nacido, un servidor leal, un amigo excelente y un consejero bondadoso?… No, no, no. Señor de Frías, antes que consentir que usted salga por esa puerta, salgo yo con mi doncella, con mis flores, con el loro, con el piano, con la perrita y con toda la balumba que conmigo ha venido para desesperarlo a usted.

DON ELIGIO. ¡Señorita!

CONSOLACIÓN. Así como suena. Usted no me conoce todavía, don Eligio.

DON ELIGIO. *Sumido en un mar de confusiones.* Pero, bueno… Pero… poco a poco… Entendámonos… Precisa ordenar la discusión.

CONSOLACIÓN. Lo que precisa es que usted y yo nos digamos las verdades claras. Vamos a ver. ¿Qué motivos tiene usted para irse? ¿Qué ventolera es ésa?

DON ELIGIO. El caso es que… hecha así la pregunta…

CONSOLACIÓN. ¿Le ha molestado a usted quizá que llene el patio de macetas?

DON ELIGIO. ¡Oh! ¡Por Dios!… Eso, nunca… nunca… ¿A santo de qué?

CONSOLACIÓN. Naturalmente. Las macetas a nadie estorban; alegran la vista, perfuman el aire… Entonces, ¿qué le contraría; que la fuente corra, que suene el surtidor?

DON ELIGIO. Menos aún… Corra el surtidor en buen hora.

CONSOLACIÓN. Buscaremos otro pecado. ¿Es quizá la canariera que he puesto arriba lo que subleva a usted?

DON ELIGIO. ¿La canariera? ¿Me lo pregunta usted en serio?

CONSOLACIÓN. Ya veo que no es la canariera. A otra cosa. ¿Es el loro?

DON ELIGIO. El loro es harina de otro costal. No por el ave en sí, sino por las lecciones que aprende.

CONSOLACIÓN. Le advierto a usted, y hasta se lo juro, que yo no soy quien le ha enseñado a decir: «¡Que baile don Eligio!».

DON ELIGIO. ¿Que baile don Eligio? Pero ¿dice el loro tal cosa? ¡No lo dirá más de una vez en presencia mía! ¡Eso es una burla que no se puede tolerar! Mas ya comprenderá usted, señorita, que son razones de mayor entidad las que me han impulsado a despedirme.

CONSOLACIÓN. ¿Luego las hay?

DON ELIGIO. Confieso que las hay.

CONSOLACIÓN. Seguiremos buscándolas con un candil. ¿Acaso es una que yo reciba en este palacio a los pobres que vienen a verme? *Don Eligio tuerce un poco el gesto.* Eso podrá parecerle mal a la gente frívola, a la gente que vive de la etiqueta y de la farsa; pero un hombre todo corazón, como usted, no es posible que desapruebe que trate yo con bondad y cariño a los que sufren, a los que necesitan.

DON ELIGIO. No pinta usted más que el lado agradable de las cosas…

CONSOLACIÓN. Y si las cosas tienen un lado que es agradable, ¿a qué se han de mirar por ningún otro? Pero ¡tonta de mí! Ya caigo en lo que ha sacado a usted de sus casillas. Lo del teatrito.

DON ELIGIO. Lo del teatrito…

CONSOLACIÓN. Lo del teatrito por fuerza lo ha entendido usted mal. ¿Usted se figura que en ese tablado se van a bailar tangos y peteneras?

DON ELIGIO. ¡Presumo que no!

CONSOLACIÓN. Y cuidado que a mí las peteneras me gustan. Y aun las bailo. Ese teatrito no será más que un recreo casi inocente… agradable, culto… Lo primero que he pensado yo es que comedia que se represente, comedia que usted ha de elegir.

DON ELIGIO. ¿Ha pensado usted eso?

CONSOLACIÓN. ¡Pues claro! ¿Quién mejor que usted, que tanto sabe y tanto ha leído? Porque yo le hago la justicia de creer que no será usted de los que cierran abiertamente contra el teatro.

DON ELIGIO. No en mis días. El teatro es lugar de honesto esparcimiento, a la vez que de provechosa enseñanza.

CONSOLACIÓN. ¡Muy bien! ¿Ve usted cómo no peleamos? Pues usted será el que lleve la voz cantante en el de casa. Y si quiere, para la primera función elige una comedia de un religioso. Por ejemplo: de Tirso de Molina. ¿No era fraile Tirso de Molina?

DON ELIGIO. Sí, sí; pero… Tirso de Molina… Ya maduraremos ese asunto. Porque, a pesar de que era fraile… es más verde que un apio.

CONSOLACIÓN. Quien dice Tirso de Molina dice Lope de Vega… ¿No era cura?

DON ELIGIO. Sí, sí… era cura… pero era un cura muy especial.

CONSOLACIÓN. ¿Muy especial? Pues ¿qué especialidad tenía?

DON ELIGIO. Dejemos ahora esto… Es cosa que debe meditarse muy mucho.

CONSOLACIÓN. Me he fijado en los autores antiguos, porque como de estos del día dicen por ahí que no escriben más que cosas que no podemos ver… Pero, en fin, sigamos nuestro pleito. Explicado lo del teatro, ya veo que no sólo somos amigos, sino amiguísimos.

DON ELIGIO. Indudable.

CONSOLACIÓN. ¿Quiere usted que escribamos lina obra en colaboración? Usted pone lo serio y yo los chistes.

DON ELIGIO. *Apretando la cara para no soltar la risa.* ¡Jesús!

CONSOLACIÓN. Don Eligio, si le hace a usted gracia alguna cosa que yo le diga, ríase sin cuidado, que yo no se lo cuento a nadie.

DON ELIGIO. Eso temo: que acabará usted por hacerme reír.

CONSOLACIÓN. Como que después de tanto hablar vengo a sacar en limpio que nada le molesta a usted de mi persona más que las ganas con que me río; lo que atolondro, lo que charlo; lo que voy de aquí para allá, lo que revuelvo…

DON ELIGIO. Le diré a usted…

CONSOLACIÓN. No, no, señor; en este punto no me diga usted nada: no hay discusión posible. Tiene usted que tragarme así. A mí no me gustan esos lentes redondos que usa usted, y tampoco le he dicho nada hasta ahora. Yo he hecho siempre, y hago, y haré todo lo posible por alegrar mi vida y la

de aquellos que me rodean. Alegrar la vida es quererla, y quererla es una manera de adorar a Dios, que nos la ha dado. Convénzase usted, don Eligio: el que está alegre es más noble, más bueno, menos egoísta, más fuerte…

Don Eligio. ¿Más fuerte también?

Consolación. También. Ayer me decía mi primo, hablando de esto, que él vió, cuando estuvo en campaña, que los soldados que mejor resisten la vida dura de la guerra son los más alegres, los que saben cantar y reír. De modo que yo tengo razón que me sobra por la punta del pelo; que usted antes se acaloró; que ahora me da un abrazo…

Don Eligio. ¿Un abrazo?

Consolación. O dos, si le parece poco. Y que para tal culpa, tal pena: usted le proporcionó a mi tía el disgusto de anunciarle su marcha, y ahora va a entrar en esa habitación, donde ella está, a decirle que sigue honrándonos con su compañía.

Don Eligio. Señorita Consolación, la honra… el honrado…

Consolación. Ni una palabra más: el abrazo, y adentro.

Don Eligio la abraza, tambaleándose de pura turbación.

Don Eligio. *En ademán de darle otro abrazo.* Repito que…

Consolación. No repita usted nada: adentro. Advirtiéndole a usted una cosa: que esta escena es única en su género.

Don Eligio. Entendido, entendido. Obligadísimo a su bondad.

Hace una cortesía lo mejor que puede y se va en busca de doña Sacramento, enjugándose un par de gotas que asoman a sus ojos, probablemente de tinta china.

Consolación. ¡Lo he convencido! ¡Claro! ¡Si no hay como tener razón y no dejar hablar!

Salen de la casa de labor Julio, Pandereta, Salud y su niña.

Julio. Consolación.

Consolación. ¿Qué hay?

Julio. Pandereta que se va y quiere saber si viene ya desde mañana.

Consolación. Sí, sí; desde mañana.

SALUD. Ea, pos muchas grasias, señorita, por haberse acordao de nosotros.

PANDERETA. Yo me pienso trae a tres o cuatro hombres.

JULIO. Los que necesites: allá tú.

PANDERETA. Me traeré al hijo er Siego, me traeré a Torniyo, me traeré a Seboya, me traeré a Caralata…

SALUD. No te traigas a ninguno que se emborrache.

PANDERETA. Pos entonses vas a tené que vení tú sola con los retratos e los sinco.

SALUD. Conque vámonos ya, que es tarde. Señorita, quéese usté con Dios. Con Dios, señorito.

CONSOLACIÓN. Adiós, Salud.

JULIO. Adiós.

CONSOLACIÓN. Niña, dame un beso.

SALUD. A vé si va usté una tarde por la güerta.

PANDERETA. Con Dios, don Julio. Con Dios, señorita. Que haiga salú, y que muchos años les baile a ustés la risa en la boca, como ahora.

SALUD. ¿Quiés no charla más?

PANDERETA. Después e to, dentro de sien años, tos carvos.

SALUD. Anda, hombre.

PANDERETA. Ya nos vamos, ya. Yo lo paso tan bien en este mundo, señoritos, que er día que me muera, si por casolidá ven ustés mi entierro, no digan ustés: «¡Hombre, probesiyo Pandereta! ¡Lástima e Pandereta! ¡Tan güen jardinero como era Pandereta!». No lo digan ustés. Lo que tienen ustés que desí es esto otro: «¡Más quemao que las Ánimas va ése!». Ea, echa pa alante ya. Hasta mañana, señoritos.

SALUD. Que ustés sigan güenos.

CONSOLACIÓN. Vayan con Dios.

JULIO. Hasta mañana.

SALUD. Niña, ¿qué se dise?

ROSITA. Güenas tardes.

Se va a la calle el regocijado matrimonio.

CONSOLACIÓN. ¡Pobre gente! ¡Bendita su alegría! *Hace sonar distraídamente las teclas del piano.*

JULIO. Oye.

CONSOLACIÓN. ¿Qué quieres?

JULIO. ¿Para qué te llevó mi madre del jardín?

CONSOLACIÓN. Porque quería hablarme.

JULIO. ¿De mí, quizás?

CONSOLACIÓN. De ti… y de otra cosa. Dice que está sorprendida… y contenta: que pareces otro.

JULIO. Pues soy el mismo.

CONSOLACIÓN. Le llama la atención que pases tanto tiempo en la casa.

JULIO. ¿Y a ti, te llama la atención?

CONSOLACIÓN. Como no sé tus costumbres de antes…

JULIO. ¿De antes… de qué?

CONSOLACIÓN. De antes… de confundirte yo con Pacheco.

JULIO. Pues mis costumbres de entonces y de siempre, y hasta mi sistema filosófico, consisten en vivir contento y en hacer la vida agradable y risueña. Allí donde puedo lograrlo, allí me estoy. Ahora le ha tocado a mi casa; pero es porque mi casa es otra; yo, no.

CONSOLACIÓN. ¡Si vieras lo que me gusta oírte hablar así!

JULIO. ¿De veras?

CONSOLACIÓN. Me enorgullece que por mi quieras a tu casa. Antes no la querías.

JULIO. Antes, no. Me parecía una cárcel, te soy franco.

CONSOLACIÓN. Y a mí me encanta que las personas quieran a su casa. No te puedes imaginar la rabia que siento al hablar con cualquiera que no hable de su casa nunca. Tú sabes que hay personas así. Me pasó a mí con un

señor, que después de tratarlo más de tres años, sin que ni por casualidad sacara a relucir su casa, ni a su gente, ni siquiera a su perro, acabé por encararme con él un día y por preguntarle: «Don Fulano, pero ¿usted vive en una palmera?».

JULIO. Y ¿qué contestó?

CONSOLACIÓN. Que sí.

JULIO. Era de esperar.

CONSOLACIÓN. La casa es la mitad de la vida. Yo compadezco a los que no la tienen, y a los que tiemblan al llegar a la suya.

JULIO. Pues calcula tú lo que sería mi casa, regida por el criterio estrecho y antipático de don Eligio, a quien mi pobre madre tiene por el hombre más sabio de este mundo.

CONSOLACIÓN. ¡Infeliz don Eligio! Lo que te ocurre a ti con él es que lo has tomado entre ojos, y no quieres luchar. Enemigo más débil no he visto. Acabo de tener con él una escena conmovedora.

JULIO. ¿Suplicándole que se quede?

CONSOLACIÓN. Sí. Para eso también me llamó tu madre. Casi ha llorado y casi se ha reído.

JULIO. ¿Reírse? ¡No lo puedo creer!

CONSOLACIÓN. ¡Pobrecillo! A mí don Eligio me parece un eclipse de sol.

JULIO. *Riéndose.* Explica eso.

CONSOLACIÓN. Porque es la negación de la alegría. Esa luz pálida, esa sombra triste que proyectan las cosas, ese frío que se siente, ese temor de que el sol no vuelva…

JULIO. Tienes razón: todo eso es don Eligio.

CONSOLACIÓN. En el último eclipse que yo vi, cuando volvió a brillar el sol, me eché a llorar como una tonta. ¡Tengo una lástima de los ciegos!…

JULIO. El sol, el sol bendito es el que contigo ha entrado en esta casa. Tú lo has traído de la mano… o en los ojos; pero lo has traído. Tu alegría es la suya, prima Consolación; fuerte, sana, fecunda, generosa. A todos alcanza; a todos llega. Y llegó a esta casa, cerrada como sepulcro a toda luz, y alumbró

con la suya hasta los últimos rincones. Y puertas y ventanas se abrieron para que entrase y saliese el aire de la vida; de la vida alegre, de la vida buena, de esta vida que se nos dió para que nosotros le demos digno y sabroso empleo.

CONSOLACIÓN. Sigue, sigue hablándome así.

JULIO. Seguiré… diciéndote lo que nos decimos sin palabras a todas horas. Te quiero; me quieres. Me enamoraste el día aquel en que contabas que habías volteado la campana del Carmen, porque tenías el alma llena de alegría y querías llevársela de alguna manera a unos campesinos que trabajaban lejos. ¡Alegrar el trabajo de los hombres! ¡Bendita tú, que eres capaz de pensarlo y de hacerlo! En aquel momento debí caer a tus pies de rodillas y decirte que te quería. Porque vi claro entonces que tu alma era grande, porque era alegre; que era buena, porque era alegre, y que tu alegría, bienhechora y fecunda, podría recoger toda la de mi alma, perdida, desparramada, estéril… Y mira cómo no me engañé.

CONSOLACIÓN. *Suspirando con amor satisfecho.* ¡Ay! ¡Ya era hora!

JULIO. ¿Qué dices?

CONSOLACIÓN. ¡Ya era hora de que te oyera yo decir todo eso!

JULIO. Consolación, pero ¿no lo sabías?

CONSOLACIÓN. ¿Sabes tú que te quiero?

JULIO. Sí.

CONSOLACIÓN. Pues no te lo digo, y ya verás qué buen rato se pasa.

JULIO. ¡Consolación!

CONSOLACIÓN. Pero sí te lo digo. Te quiero… Bueno, primero, porque te quiero.

JULIO. ¿Y después?

CONSOLACIÓN. Después… porque a través de tu buen humor y de tus ligerezas, he adivinado el corazón de un hombre capaz de sentir todo eso que me has dicho, y capaz también de algo más que de tomar unas copas de vino con Chiribiqui o con Petaca. Y te quiero además —voy a confesártelo todo —, porque no hay mujer a la que no le halague ser la última a quien quiera un hombre que ha querido a muchas.

JULIO. ¡Qué tiene que ver!…

CONSOLACIÓN. Por si tiene… y porque supongo que seré la última.

JULIO. ¡La última! ¿Y si yo te dijese que la primera?

CONSOLACIÓN. No lo creería.

JULIO. ¡Pues por eso no te lo digo! Faltaba aquí la alegría del amor, y ya está entre nosotros. Somos y seremos felices.

CONSOLACIÓN. Tenemos el deber de serlo.

JULIO. Mi casa, será nuestra casa; mi madre, será nuestra madre; mis hijos, serán nuestros hijos…

CONSOLACIÓN. ¡No faltaría más!

JULIO. Diez, doce, catorce, dieciséis…

CONSOLACIÓN. ¿Qué estás contando, loco? ¿Las macetas?

JULIO. ¡Los hijos que tendremos!

CONSOLACIÓN. ¡Ave María Purísima!

JULIO. Y todos fuertes, sanos, limpios, alegres, amando la vida…

CONSOLACIÓN. De eso me encargo yo. Antes de mandar a ninguno a la escuela, le preguntaré: «Niño, ¿qué es lo mejor que hay en la vida?». Y cuando él me responda: «La vida», entonces lo mandaré a la escuela a que el maestro le enseñe paparruchas.

JULIO. ¡Ja, ja, ja!

CONSOLACIÓN. Así me educaron a mí; en esta alegría crecí yo. Recuerdo que mi padre, siempre que levantaba en alto una copa de vino —y esto era a menudo, porque le gustaba bebérsela después—, entre burlas y veras decía: «¡Alegrémonos de haber nacido!».

JULIO. ¡Alegrémonos, sí! Si en mi vida no hubiera más que este momento, por él sólo la bendeciría. *A doña Sacramento, que sale.* ¡Mamá!

DOÑA SACRAMENTO. ¿Qué quieres?

JULIO. Ven aquí.

CONSOLACIÓN. Tía, venga usted.

DOÑA SACRAMENTO. ¿Qué quieres?

JULIO. Que estamos muy contentos, y hace falta que tú lo estés con nosotros. ¿Vámonos al campo los tres?

Doña Sacramento. ¿Ahora?

Julio. Ahora, sí.

Consolación. Vámonos.

Julio. Anda, mamá, daremos un paseo; charlaremos de muchas cosas; te contaremos nuestros sueños, nuestra ventura…

Doña Sacramento. Pero ¿os habéis vuelto locos?

Consolación. Sí, tía Sacramento; y queremos que usted se vuelva también.

Doña Sacramento. ¿No basta con dos en la casa? ¿Para qué ha de haber tres?

Julio. ¡Para mantear entre todos a don Eligio!

Doña Sacramento. ¡Calla!

Consolación. No le haga usted caso; éste está más loco que yo. *Llamando.* ¡Coralito! ¡Coralito! Suba usted, tía; suba usted a arreglarse. Coralito le ayudará.

Baja Coralito.

Doña Sacramento. ¿Coralito?

Consolación. Coralito, sí. Anda, Coralito, acompaña a la señora a su cuarto.

Coralito. A la disposisión de usté.

Doña Sacramento. *Entre confundida y gozosa.* ¡Jesús, Jesús, Dios mío!… ¡Yo con Coralito de doncella!… ¡Este es el fin del mundo!

Encaminase hacia la escalera. Coralito la sigue. Consolación y Julio se ríen de la inocente tribulación de la marquesa.

Coralito. *Viendo lo esponjada que está su señorita, le dirige al pasar a su lado esta breve pregunta:* ¿Ya?

Consolación. Ya.

Coralito. ¡Ay!… *En este momento sale Lucío de la casa de labor. Coralito lo ve y suelta un suspiro muy distinto del otro.* ¡Ay!… *Únese a doña Sacramento y sube la escalera con ella.*

LUCÍO. *Bamboleando ligeramente el cuerpo, y en la seguridad de su triunfo, se arranca a decir su romance, sin encomendarse a Dios ni al diablo.*

Todas las flores der campo
ze han puesto er traje de gala…

JULIO. ¿Qué dices tú?

LUCÍO. ¡Cayarze ahora!

Consolación y Julio lo escuchan sonriendo complacidos.

Todas las flores der campo
ze han puesto er traje de gala,
y también er zó ze ha puesto
zu corona de oro y plata.

En er cielo está la luna
y las estreyas más claras,
y una alondra por loz aires
va cantando estas palabras:

A la puerta de un palacio
llegó una roza lunaria,
y er zeñorito don Julio
ze enamoró de mirarla.

Le dijo que la quería
por hermoza y por cristiana,
y eya ze quitó una perla;
le mandó que la guardara…

Zalió… zalió…

Deteniéndose perplejo y acongojadísimo.

¡Ze me ha orvidao!

Recordando de pronto y prosiguiendo, lleno de alegría:

Zalió de la perla luego
una maripoza blanca,
y azín le dijo a don Julio
volando por la armohada:

Conzolación zerá tuya
zi me cumples la palabra
de que ziempre has de quererla
como a la Virgen zagrada.

Y er zó ze vistió de oro,
y la luna de oro y naca,
y todos los ruinzeñores
cantaron en la enramada.

Esto de la enramada me lo ha puesto er procuraó.

Los enamorados sueltan francamente la risa. Lucío, animado, se ríe también.

JULIO. Poeta, vete por tu sombrero, que vas a acompañarnos al campo, donde te coronaremos de espigas.

LUCÍO. ¡Ju, ju, ju! *Vase corriendo y riéndose.*

CONSOLACIÓN. Y ¿adónde iremos, tú?

JULIO. Adonde tú quieras.

CONSOLACIÓN. Pues déjate guiar, que acaso no conozcas el sitio donde voy a llevarte. ¿Has subido alguna vez al cerro de las Águilas?

JULIO. Nunca.

CONSOLACIÓN. Desde él se ve toda la vega; los huertos, los prados, los valles, la cinta del río, los pueblecillos del contorno. Dejaremos a tu madre descansar a su falda y treparemos nosotros de la mano monte arriba. Y ya en lo más alto, mirando al cielo, vamos a repetir gritando, para que tu madre desde abajo lo oiga, aquello que mi padre decía; «¡Alegrémonos de haber nacido!».

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, junio, 1906.

EL NIÑO PRODIGIO

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el **Teatro de Lara** el 13 de noviembre de 1906

AL SR. D. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN
Y AL BACHILLER FRANCISCO DE OSUNA
preclaros ingenios sevillanos, que en íntima
y fecunda colaboración han enaltecido las
letras españolas y avalorado el rico tesoro
de nuestra poesía popular.
Sus buenos amigos y admiradores,
S. Y J. ÁLVAREZ QUINTERO.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA MANUELA.	Matilde Rodríguez.
DOÑA GUILLERMINA.	Balbina Valverde.
CLARA.	Concha Ruiz.
ROSAURA.	Teresa Toscano.
FERNANDA PEÑAFLOR.	Leocadia Alba.
NIEVES.	Mercedes Latorre.
MANOLÍN.	Pepito López.
QUIJANO.	José Rubio.
ROSALES.	Francisco Palanca.
LISONJERO.	Ricardo Simó-Raso.
DON ELÍAS.	Arturo de la Riva.
JORGE.	José Calle.
BONIFACIO.	Francisco Barraycoa.
DON VICENTE DE LA SOSA.	Alberto Romea.
VILLACORNEJO.	Pedro Zorrilla.
	Ramiro de la Mata.

CASTILLO.	
DON ANDRÉS.	**Joaquín Pacheco.**
ISIDORO.	**Vicente García Orejuela**

ACTO PRIMERO

La escena es en Guadalema, capital de Castilla, y en la trastienda de la sastrería de Quijano, uno de los más acreditados sastres de la localidad. A la derecha del actor, puerta con cortina japonesa de varillas, que da a la tienda. A la izquierda, dos puertas: la del primer término, más chica que la otra, y tapada por una cortinilla de yute, comunica con el taller de la sastrería; la del segundo, con el interior de la casa del sastre. Al foro, balcón, al través de cuyas vidrieras se ve la calle. Es piso bajo. En el rincón de la derecha del foro, y de frente a la pared de la izquierda, mesa y sillón de doña Guillermina, administradora de la sastrería y cuñada del dueño. A la altura de la mano, en la pared, varios portapapeles con facturas, y un almanaque. Junto al sillón, un cesto de papeles. Hacia el centro de la habitación, una camilla. A la izquierda del foro, una anaquelería, en la que se ven piezas de tela, cajas de muestrarios, etc. En un rincón, un maniquí con una prenda concluida. Sillas y butacas. Estera de cordelillo. En las paredes, cubiertas de papel modesto, algunos cuadros de figurines masculinos.

Es por la mañana, en un día templado de invierno.

Quijano, el sastre, padre de Manolín, está sentado a la camilla leyendo un periódico. Doña Guillermina, su cuñada, hace cuentas en su rincón. Quijano es un viejo bonachón y simpático; doña Guillermina, una vieja de pies y de cabeza firmes, y de ojos sagaces e inquietos: está en todo. Usa gafas, manguitos y delantal.

Doña Guillermina. *Sumando*. Dos, ocho, diez, diecinueve, veinticinco, treinta y cuatro, cuarenta y una, cincuenta y dos, y llevo cinco. Cinco, siete, catorce, veintiuna, veintiocho, treinta y cuatro, y de treinta, tres. Tres mil cuatrocientas veinticinco pesetas, justas y cabales. Como trampa, ya es trampa. ¡Está buena la sangre azul!

Del taller sale Nieves, oficiala tan linda, que dan ganas de redimirla del dedal y la aguja. Trae una americana en la mano.

Nieves. Maestro.

Quijano. ¿Qué hay?

Nieves. ¡Otra vez la americana de don Antonio!

Quijano. ¿Otra vez?

Doña Guillermina. ¿Otra vez? Pues ¿qué se le ofrece de nuevo?

Nieves. Lo de siempre: que le saque de donde mismo le metí. Se conoce que engorda un día sí y otro no, y nunca le caen bien las prendas.

Quijano. Es pesadito el buen señor.

Doña Guillermina. Y paga a plazos. Y hay que arrancarle los plazos con sacacorchos. Y no se le sacan. Y el mes pasado dió un duro filipino. Compostura de percha.

Nieves. Ésa le iba yo a dar; pero como luego don Ventura se enfada…

Quijano. No me gusta engañar a nadie.

Doña Guillermina. ¡Cuidado si eres infeliz! Ya lo sabes, Nieves.

Nieves. De mi cuenta corre, doña Guillermina.

Sale Bonifacio de la sastrería cuando Nieves va a irse. Es un joven ingenuo y pálido, futuro sucesor de Quijano. Sobre los hombros trae un metro que parece que le ha nacido allí.

Bonifacio. ¡Jesús, qué posma! *A la oficiala.* Vaya usted con Dios, Nievecitas. Ya era hora de que me diese usted los buenos días.

Nieves. ¡Si no lo he visto a usted hasta ahora!…

Bonifacio. ¿No? Pues yo la he visto a usted esta mañana muy tempranito.

Nieves. ¿A mí?

BONIFACIO. En la fotografía de la calle Nueva. ¡Je! Como está usted allí retratada…

NIEVES. ¡Ay, qué pillo!

BONIFACIO. Regular. Oiga usted.

DOÑA GUILLERMINA. ¿Qué es eso? Nieves, al taller. Bonifacio, a la tienda.

BONIFACIO. No se incomode usted, doña Guillermina.

NIEVES. Hasta luego. *Se entra en el taller.*

BONIFACIO. Hasta luego. Aunque no sea más que porque hay oficialas así, vale la pena de ser sastre. *Bajando la voz.* ¡Permítanme ustedes este respirillo! ¡Me trae frito ese hombre!

QUIJANO. ¿Quién?

BONIFACIO. Machuca: el de la fábrica de conservas.

DOÑA GUILLERMINA. ¡Otro que tal baila!

QUIJANO. Pues es buen pagador; no critiquéis.

DOÑA GUILLERMINA. Sí; pero todo su dinero trae un tufillo a sardinas que trasciende a una legua.

BONIFACIO. ¡Dígamelo usted a mí! El día que liquida se me llena la tienda de gatos. ¡Je!

QUIJANO. Anda, anda, no mientas, que te pereces por charlar. Y, sobre todo, que va a enterarse el hombre.

BONIFACIO. No se entera. *Coge un muestrario.* Un mes lleva eligiendo un chaleco. Va el muestrario a su casa; lo examinan todos allá; da su dictamen la mujer —bueno, la… mujer—; torna aquí el muestrario; manda corriendo a la criada otra vez para que se lo lleve… ¡Jesús, qué ir y venir! ¡Como si fuera cosa tan difícil elegir un chaleco!

QUIJANO. A la tienda y chitón, o me enfado.

BONIFACIO. Ya, ya voy a la tienda. *Márchase, en efecto, empezando una frase en tono complaciente.* Le decía a usted, querido Machuca…

QUIJANO. Es bueno de veras este muchacho.

DOÑA GUILLERMINA. Y fiel como un perro.

QUIJANO. Y no tiene hiel para nadie. ¡Que parece mentira, dados sus principios! ¿Verdad, Guillermina? *Deja el periódico y se asoma a los cristales del balcón.* Manolín se tarda.

DOÑA GUILLERMINA. Como hace tan buen sol, y de estos días caen pocos en el invierno de Guadalema, andará paseándose con el maestro.

QUIJANO. Bien puede ser así. Me alegraría… Que respire aire puro, que se fortalezca ese cuerpecito. No todo se ha de volver estudio y trabajo, ¿verdad? Yo celebro que dé la lección en casa del maestro, porque así, quieras que no, todos los días sale a la calle.

BONIFACIO. *Apareciendo nuevamente.* Don Ventura.

QUIJANO. ¿Qué ocurre?

BONIFACIO. El señor Machuca, que desea que le diga usted mismo si se lleva más la lista que el cuadro… y si *va* mejor el botón de pasta, o el de tela… ¡o el de cuerno!

QUIJANO. Con mil amores; sí. *Vase.*

DOÑA GUILLERMINA. *Sumando.* Ocho, dieciséis, veinticinco…

BONIFACIO. ¡Le digo a usted que hay que tener una paciencia!…

DOÑA GUILLERMINA. Cállese usted ahora. Veintisiete, treinta y cuatro…

BONIFACIO. Doña Guillermina, es que ciertas cosas…

DOÑA GUILLERMINA. ¡Que se calle usted, hombre! Cuarenta y dos, cuarenta y nueve…

BONIFACIO. ¡Ah, ya! *Se marcha también.*

DOÑA GUILLERMINA. Cincuenta y cuatro, cincuenta y ocho, y llevo cinco, y siete, doce. Mil doscientas ochenta y nueve pesetas con treinta céntimos. Tampoco es mala trampa. ¡Está buena la clase media! *Distribuyendo las facturas en los portapapeles.* ¡Vaya! Pondremos éstas entre las que puede que se cobren; éstas entre las que puede que no se cobren; y estas otras, entre las que no se cobran ni yendo a Lourdes a pedirlo. ¡Bah! ¡Cómo abusan de mi pobre cuñado! Conmigo habían de dar. A son de tambores publicaba yo por las calles a los tramposos. *Escribe.*

Por la puerta de la sastrería salen de la mano don Elías y Manolín, y se van por la que conduce a la casa. Don Elías, antiguo violinista de café y actual profesor de Manolín, es un viejecillo infantil y tembloroso. Viste modestamente. En la mano trae la caja del violín del chico. Manolín, el niño prodigio, es un pequeñuelo de seis años de edad, bonito y despierto. Usa gabancillo de esclavina y sombrerito flexible.

DON ELÍAS. Buenos días, doña Guillermina.

DOÑA GUILLERMINA. *Sin dejar de escribir*. ¿Se viene de dar un paseo, eh?

DON ELÍAS. Sí, señora; hasta los Alamillos llegamos, pero después de dar la lección. Vamos a ver a la hermanita.

DOÑA GUILLERMINA. *Levantando los ojos y contemplando a Manolín mientras se retira*. ¡Qué gloria de criatura! Y ¡qué suerte de padres! *Sigue escribiendo. En el taller canturrea una oficiala. Dona Guillermina, a poco de oírla, grita:* ¡Silencio! *La oficiala parece no enterarse.* ¡Silencio he dicho, Nieves!

NIEVES. *Desde dentro.* ¿Me hablaba usted, doña Guillermina?

DOÑA GUILLERMINA. ¡Dale más a la aguja y menos al canto!

NIEVES. ¡Si es Aurora!

DOÑA GUILLERMINA. ¡Quien sea! ¡Parecéis grillos todo el día!

Continúa escribiendo. En el taller se oyen risas contenidas, que luego cesan.

Desde la calle se asoma Lisonjero a los cristales del balcón y llama con los nudillos.

LISONJERO. ¡Ahora vengo!

DOÑA GUILLERMINA. *Levantándose*, ¿Eh? ¿Quién? *Alborozada al verlo.* ¡Ah! ¡Señor don Jacobo! *Abre las vidrieras.* ¿Cómo está usted? ¿Por qué no pasa?

LISONJERO. No puedo en este instante. Volveré dentro de diez minutos. Me están esperando en ocho sitios. Pero dígale usted al señor Quijano que vuelvo, que tenemos mucho que hablar.

DOÑA GUILLERMINA. Perfectamente: así se lo diré. Antes pasó usted hacia arriba.

LISONJERO. Hacia arriba y hacia abajo qué sé yo las veces: toda Guadalema he andado ya. ¡Y hay que ver los pasos que tiene esta humilde capital de provincia! ¡Caray, caray! Conque hasta luego.

DOÑA GUILLERMINA. Vaya usted con Dios, don Jacobo; que usted siga bien. *Cierra las vidrieras y torna a su sitio.*

Por la puerta de la casa sale nuevamente don Elías, acompañado ahora de doña Manuela, madre del prodigio. Esta señora es física y moralmente la media naranja de Quijano. Se vieron y se entendieron hace veinte años. Estaba escrito: tenía que nacer Manolín.

DON ELÍAS. Aprovechándome de que hoy tenemos sol…

DOÑA GUILLERMINA. Oye, Manuela: acaba de hablar conmigo por el balcón el señor don Jacobo.

DOÑA MANUELA. Y ¿cómo no ha entrado?

DOÑA GUILLERMINA. Porque iba muy de prisa: como siempre. Pero me ha dicho que luego volverá.

DOÑA MANUELA. ¡Cuánto me alegro! ¡Qué persona más fina es!

DON ELÍAS. Pues decía que aprovechándome de que hoy tenemos sol, me alargué con él hasta los Alamillos. Me gusta oírlo hablar… Dice a veces cosas que me dejan atónito. Es un privilegio de criatura.

DOÑA MANUELA. Usted habrá visto, don Elías, que a mí se me está cayendo la baba. Siéntese usted un ratito. *A Quijano, que vuelve de la sastrería.* ¿Tú oyes esto, Quijano?

QUIJANO. ¿Qué?

DOÑA MANUELA. Don Elías, chocho con nuestro hijo.

QUIJANO. Como tú y como yo.

DOÑA GUILLERMINA. ¡Y como yo! *Se levanta y se acerca al grupo formado por los otros tres.* ¿Adelanta mucho, maestro?

DON ELÍAS. ¡Adelantar! ¡adelantar!… ¿Qué es adelantar para él? No es ya que corre; es que salta, que vuela…

Quijano. *Maquinalmente.* Que vuela.

Don Elías. Que no hay quien lo siga, señor Quijano; doña Manuela, que no hay quien lo siga. Es menester rendirse a la realidad y reconocerlo: no estamos ante un niño habilidoso y listo que muestra vocación decidida por un arte cualquiera: estamos enfrente de un prodigio; de un fenómeno de la Naturaleza.

Quijano. De un fenómeno, tú.

Doña Manuela. Ya ves: de un fenómeno. Tan bonito como es Manolín… y es un fenómeno.

Doña Guillermina. Lo dije, lo dije. ¿Verdad que lo dije, Ventura? No me quitéis la gloria de haberlo dicho. Lo dije: «Este muchacho se sale del montón; se destaca. Hay que ponerle un maestro en seguida.» Lo dije, lo dije. *Vuelve a su tarea, sin perjuicio de ir y venir siempre que mete cucharada.*

Quijano. Lo dijo, lo dijo.

Doña Manuela. Y lo sigue diciendo. ¡Je!

Don Elías. ¡Bueno está el maestro de Manolín! ¡Maestro! ¡Maestro! Yo, cuando se pone a tocar, me cruzo de brazos y pienso entre mí: «Aquí no hay maestro ni discípulo; de haberlos, están trocados los papeles: él es quien puede enseñar algo; yo, no. Aquí no hay más que un pobre músico de café, mandado retirar como guitarra vieja, que tiembla de emoción y llora viendo y oyendo lo que nunca ha visto ni oído.» ¡Es mucho Manolín! *Se enjuga una lágrima con el pañuelo.*

Quijano. *Repitiendo frase y ademán de don Elías.* ¡Es mucho Manolín!

Doña Manuela. *Lo mismo*. ¡Es mucho Manolín!

Quijano. A mí, de cuando en cuando, me asalta el temor de que las telarañas del cariño nos cambien los colores de las cosas.

Doña Guillermina. ¡Ca!

Quijano. ¿Ca?

Doña Guillermina. ¡Ca!

Doña Manuela. ¡Pues naturalmente, Quijano! Te pasas de modesto. Has tenido siempre esa falta. Y así como veo las tuyas, vería también las de Clarita, las de Manolín.

DON ELÍAS. Amigo don Ventura: pronto, muy pronto será la primera exhibición pública de esa maravilla del cielo que ha caído en esta casa: usted verá si Guadalema entera tiene también las telarañas que usted dice.

DOÑA GUILLERMINA. Maestro, ¿y componer? ¿No le dará el naipe por componer?

DON ELÍAS. Calma, calma… Deje usted que muela el molino.

DOÑA GUILLERMINA. ¡Mire usted que si hiciera una ópera! Eso deja muchísimo dinero.

DOÑA MANUELA. ¿Quieres callar, hermana? ¿Quién piensa en el dinero?

QUIJANO. ¿Quién piensa en tales porquerías?

DOÑA GUILLERMINA. Yo, yo. Yo pienso, porque debo pensar; porque ahí está el porvenir del niño. Hazte cargo: Puccini, con sólo *La Bohéme…*

QUIJANO. Vamos, calla, que no me gusta oírte desbarrar. Nosotros, gracias a Dios, tenemos un pasar que muchos quisieran: para eso he trabajado yo toda mi vida. A mí no me hace falta dinero: a mí lo único que me importa ya, lo que me ilusiona, lo que me hace soñar dormido y despierto, es que se sepa en Guadalema, en España, en el mundo todo, que Quijano el sastre tiene ese hijo.

DOÑA MANUELA. ¡Que Quijano y su mujer tienen ese hijo! Dices bien, Quijano. Guillermina es una roñosa.

DOÑA GUILLERMINA. Sí, sí, roñosa. Lo que hago es mirar lejos.

DOÑA MANUELA. ¿Qué mayor satisfacción, qué mayor gloria puede cabernos a nosotros que la de haber parido a Manolín? Tu apellido inmortalizado; el niño recibiendo ovaciones aquí y allá, asombrando a las gentes en Madrid, en el Extranjero… Esta noche he soñado que tocaba delante del Kaiser. Tengo al Kaiser aquí. *Montado en las narices.*

DON ELÍAS. ¡Je, je! Oiga usted, doña Manuela, sueños más difíciles se han vuelto realidades. Con Manolín irán ustedes donde quieran.

DOÑA GUILLERMINA. Lo que no sabéis es lo mejor. Por supuesto, descendemos del mono en línea recta: tenía razón David.

DON ELÍAS. ¿David?

Doña Guillermina. Sí. No hacemos más que imitarnos los unos a los otros. ¿Pues no sale la pánfila de la droguera queriendo tener ella también otro niño prodigio?

Doña Manuela. ¿La droguera? ¡Jesús!

Quijano. ¡Qué disparate!

Doña Manuela. ¡Vamos! Ahora…

Quijano. Ahora cada uno va a descubrir en su casa un fenómeno. ¡Lo que son las envidias!

Doña Manuela. La droguera sí tiene un fenómeno en su casa; pero no es el niño: es el marido.

Quijano. Para murmurar, baja la voz.

Doña Manuela. Y ¿cuál es la habilidad del angelito ése?

Doña Guillermina. Dicen que pinta.

Doña Manuela. ¡Bah! ¡La de todos los chicos: pintarrajear las paredes!

Doña Guillermina. ¡Cualquier cosa!

Don Elías. *Levantándose.* Y en último extremo, señor pongamos que ese niño valga todo lo que se le antoje a su madre; pero ¿es lo mismo pintar en un lienzo cuatro monigotes, que arrancar de las cuerdas secas de un violín las más sublimes melodías? El arte de la música es el arte de los elegidos: donde termina el poder y el alcance de la palabra humana, allí empieza la música. Que no me hablen, que no me digan: Manolín es único, único. Dios ha querido que lo sea. Su gloria es mi gloria. Porque rodará el tiempo; Manolín llenará los siglos con su nombre; y ¿quién me quita a mí, oscuro músico de café, pobre viejo que soñó con la gloria sin encontrarla nunca; quién me quita a mí haber sido el primero que le enseñó al prodigio a mover los deditos tiernos en un violín de juguete? Nadie, nadie: he sido yo. Esa gloria es mía mía. Y no charlo más. Hasta mañana, padres felices.

Doña Guillermina. Adiós, maestro.

Doña Manuela. Vaya usted con Dios; hasta mañana.

Don Elías. Páselo bien, doña Guillermina. Hasta mañana.

Doña Guillermina. Hasta mañana.

Vase don Elías, dejándolos a lodos enternecidos.

QUIJANO. ¡Está hechizado el pobre viejo!

DOÑA MANUELA. ¿Y tú?

QUIJANO. ¿Yo? Dame un abrazo, Manolilla. *Se abrazan. En el taller vuelven a oírse risas.*

DOÑA GUILLERMINA. Bueno, bueno; bien están los abrazos y las ternuras, pero no olvidéis lo que he dicho: una ópera; que escriba Manolín una ópera. *Cavallería Rusticana* produjo el primer año…

QUIJANO. ¡Un dineral; todo lo que tú quieras; pero no nos hables ahora de ochavos, Guillermina!

Las risas del taller se acentúan.

DOÑA GUILLERMINA. ¡Vaya! Ésa es otra. Hoy tenemos revuelto el taller. Cuando viene la bizca, tiemblo. Estaré un ratito de centinela. *Éntrase en el taller. Cesan las risas inmediatamente.*

Sale Clara del interior de la casa. Trae una cestilla de labor. Es una muchachita muy mona, toda modestia y serenidad.

CLARA. Mamá.

DOÑA MANUELA. ¿Qué quieres?

CLARA. Manolín, desde que es prodigio, ¡da unas contestaciones!… Ve a la cocina, porque está poniendo a Teodosia como un trapo.

DOÑA MANUELA. ¡Diablo de chico!

QUIJANO. ¡Es gracioso de veras!

CLARA. Sí; muy gracioso, y muy artista, y toca muy bien el violín; pero yo, si fuera hijo mío, le cortaba un poquito las alas. Le ha dicho una desvergüenza a la mujer que no se le puede pasar ni a Sarasate.

DOÑA MANUELA. Ya me figuro la que es; porque no sabe otra… Voy allá, voy allá… *Vase al interior de la casa.*

QUIJANO. A reírle la gracia, por supuesto… Nos tiene bobos Manolín. No hay modo de reñirle nunca.

Sale Bonifacio de la sastrería.

Bonifacio. Maestro.

Quijano. Discípulo. ¡Je!

Bonifacio. Haga usted el favor un instante, que el señor Machuca…

Quijano. Pero ¿está ahí todavía?

Bonifacio. ¡Todavía! A mí me va a dar fiebre. El señor Machuca quiere saber a punto fijo, y bajo palabra de honor de usted, si la trencilla *viste* en los chalecos o no *viste*.

Quijano. ¡El demonio del hombre! Habrá que sacarlo de dudas. *Vase a la sastrería.*

Bonifacio. Yo me quedo un ratito aquí. ¡Valiente cataplasma!

Clara. ¿Quién es?

Bonifacio. Machuca: el de las sardinas. *Boquerón,* como le dicen los chiquillos.

Clara. Ya. *Se sienta a hacer labor.*

Bonifacio. *Encaminándose al taller y volviéndose de repente.* Oiga usted, Clara.

Clara. Diga usted, Bonifacio.

Bonifacio. No le cuente usted a doña Guillermina que entro en el taller.

Clara. Yo no le contaré nada; pero va a enterarse.

Bonifacio. ¿Cómo?

Clara. Porque está en el taller.

Bonifacio. ¡Ah, canario! Entonces no entro.

Clara. Ya sé que le gusta a usted Nievecitas.

Bonifacio. ¿No me ha de gustar? ¡Si es de lo mejor que se fabrica en su clase!

Clara. Sí que es muy monina esa muchacha.

Bonifacio. ¿Le agrada a usted?

Clara. No tanto como a usted; pero me es muy simpática. ¿Y usted va con buen fin, Bonifacio?

BONIFACIO. Yo voy con el fin de casarme; ¡lo que no sé es si ese fin será bueno! Hay tantas opiniones… ¡je! ¿Y usted cuándo nos da un gran día?

CLARA. ¡Huy!… ¡Largo le va!

BONIFACIO. ¿Y eso?

CLARA. Mire usted, Bonifacio: que Jorge y yo no nos entendemos del todo. Y bien sabe Dios que me duele; porque, al fin y al cabo, como es el primer novio que he tenido… esas cosas echan raíces… Pero de algún tiempo a esta parte salimos a pelotera diaria.

BONIFACIO. ¿A pelotera diaria? Para novios, es mucho.

CLARA. Pues así andamos.

BONIFACIO. Ya, ya. Yo no me precio de zahorí; pero bien podría escribir ce por be lo que a usted le sucede con Jorge. ¡Si lo oigo respirar en la cervecería de las camareras! Usted es una mujer de su casa; muy prudente, muy discreta, muy tranquila, muy enamorada de su rincón; y él… él… ¿lo digo?

CLARA. Dígalo usted.

BONIFACIO. No me atrevería si no la estimase a usted tanto. Él es indigno de usted, Clara: él es un ambicioso vulgar. ¿Estamos conformes? *Clara hace un gesto para no contestar.* Pero en el pecado lleva la penitencia. Yo sé bien en lo que paran esas bambollas. ¿No ve usted que yo he sido genio antes de ser sastre? *Clara lo mira.* Genio, genio: así como suena.

CLARA. Sí, si lo sé.

BONIFACIO. Por eso dudo entre reírme o indignarme cuando escucho las baladronadas de su novio de usted, y por eso me indigno sin reírme cuando veo lo que aquí se hace con Manolín. Opóngase usted, Clara; opóngase usted a cuanto se trama con su hermanito.

CLARA. Ésa ya es harina de otro costal. Yo pienso como usted, y como Rosales: creo que Manolín debiera jugar con los otros chicos al esconder o al marro, y estudiar su violín y acostarse a las oraciones; pero cuando mis padres no lo entienden así, tendrán razón ellos. Ahora, que si fuera hijo mío, a las ocho lo metía en la cama; y si los socios del Casino y los vagos de Guadalema querían divertirse, que bailaran un minué.

BONIFACIO. Por usted habla la voz de la razón: yo, que he sido genio, puedo asegurarlo. ¡Ay! A mí me dió por la poesía: yo era poeta. A los cinco años cantaba al Sol, y a la Luna, y al Vesubio —sin haberlo visto, porque el Sol y la Luna, menos mal—, y a Napoleón primero, y al moro Muza. ¡Con decirle a usted que llegué a mirar con lástima a Espronceda!

Veinte presas
hemos hecho,
a despecho
del inglés…

¡A mí esto me parecía malísimo! Y yo también di veladas en el Centro Republicano de mi pueblo, donde canté a Torrijos y a los Comuneros de Castilla… ¡Todos los cromos de mi casa! ¡Y hubo para mí flores, y palomas, y aun coronitas de laurel!… ¡Ay! Cuando se acabaron las gracias del niño, y me vi en la necesidad de hacer algo capaz de que lo admiraran los hombres, tuve conciencia de todo lo falso de mi aureola infantil, y pasé las horas más negras de mi vida. Pero el sentido común me salvó. Porque ya empezaba a torcerme, y a envenenarme, y a morder a diestro y siniestro, y a negarlo todo. «¡Ca, hombre, ca!» —me dije un día en que tuve que purgarme dos veces—. «¡Esto no va conmigo! ¡Que sea genio otro tonto cualquiera! Yo me dedico a sastre.» Y aquí me tiene usted. Soy vulgar, pero soy feliz; en vez de cantar el caos —que también lo canté—, canto el cuerpo de Nievecitas. Y ella me lo agradece. Y no hay quien me tosa.

CLARA. Hizo usted bien. Hubiera usted sido un genio de pega, y así es usted un hombre de provecho.

BONIFACIO. Usted me ha comprendido. Soy un pobre hombre que en breve podrá poner al frente de esta noble casa un letrero que diga: «Bermejo, sucesor de Quijano». Y no faltarán genios que me lo envidien.

Sale doña Guillermina del taller.

DOÑA GUILLERMINA. Pero, señor, ¿que no se halla usted más que fuera de la tienda?

BONIFACIO. ¡Je, je! ¡Doña Guillermina! Es que hablábamos Clarita y *yo,* y decía Clarita…

DOÑA GUILLERMINA. Lo que decía Clarita no me importa: lo que digo yo es que se vaya usted al mostrador ahora mismo.

BONIFACIO. Y yo la obedezco a usted como un ángel. Cuando era genio, me fastidiaba obedecer; pero ahora que soy una vulgaridad… ¡encantado! *Se va a la sastrería.*

DOÑA GUILLERMINA. ¡Santo Dios, lo que goza en pegar la hebra ese bendito!

BONIFACIO. *Asomando la cabeza un instante por entre las varillas de la cortina, le dice con acento misterioso a Clara:* Ahí viene su novio de usted.

DOÑA GUILLERMINA. ¿Qué ha dicho?

CLARA. Que ahí viene Jorge.

DOÑA GUILLERMINA. Ya.

Hay una pausa. Dona Guillermina trabaja en su mesa; Clara hace labor. Llega Jorge, con cara de pocos amigos. Es un muchacho que era muy simpático y se malea por puntos, porque ha acabado la carrera de Leyes y cree que el mundo no le hace justicia.

JORGE. ¡Hola!

CLARA. Ven con Dios.

JORGE. Felices, doña Guillermina.

DOÑA GUILLERMINA. Dios te guarde.

CLARA. Buen día, ¿verdad?

JORGE. Calor al sol y fresco a la sombra: lo mejor para coger una pulmonía. *Se sienta.*

CLARA. ¿Estás enfadado?

JORGE. No.

CLARA. Pues, hijo, las señas son mortales.

JORGE. Si opinar lo contrario que tú es indicio de enfado, avisa.

CLARA. Cuando digo que hay mar de fondo… ¿Vienes del bufete?

JORGE. No.

CLARA. ¿No?

JORGE. ¡No!

DOÑA GUILLERMINA. Del bufete, no; pero bufando, sí.

JORGE. ¡Qué bonito juego de palabras! *A su novia.* Ni vengo del bufete, ni vuelvo más.

CLARA. ¿Por qué?

JORGE. Porque no ha nacido el hijo de mi madre para echar allí el quilo trabajando, y que se lucre un caballero particular, que debiera estar tirando de un tranvía. Ya lo sabes. ¿Tienes otra cosa que objetar?

Sale Quijano de la sastrería, y al observar la actitud de los novios se va al interior de la casa moviendo la cabeza con disgusto.

CLARA. *Dulcemente.* ¿Por qué eres así, Jorge? Digo, ¿por qué te has vuelto así? ¿Es que ya no me quieres?

JORGE. Lagoterías, no.

CLARA. ¿Ves cómo has pisado mala hierba? ¿Qué te pasa? Si yo no soy tu novia para saber lo que te pasa, y tú mi novio para contármelo, riñamos de una vez.

Jorge se levanta y da un par de resoplidos paseando.

DOÑA GUILLERMINA. Hombre, hombre, que van a volar estas cuentas, y están por cobrar.

JORGE. Déjese usted de bromas, señora mía.

CLARA. Jorge; Jorge, ven aquí. Ven aquí, te ruego. *Jorge vuelve al lado de ella como a remolque.* No te mereces el cariño con que te trato. *A una mirada de él.* No; no te lo mereces. ¿Qué te ocurre? Dímelo.

JORGE. *Nervioso.* ¡Me ocurre… me ocurre… que la humanidad se ha propuesto freírme la sangre!

CLARA. ¡La humanidad no se ocupa de ti! No seas presuntuoso.

JORGE. *Sintiendo la herida.* ¿No se ocupa de mí? ¡Pues ya se ocupará con el tiempo!

CLARA. Con el tiempo… yo no lo dudo; pero lo que es ahora… De ti sólo nos ocupamos tu madre y yo. Y ¿quién mejor, después de todo?

JORGE. Mira, nena, queriendo consolarme me estás diciendo lo que más me puede mortificar. ¡No parece sino que no te enteras o que yo hablo en chino! ¿De modo que me oyes repetir a diario que quiero luchar, que quiero subir, que quiero ser alguien, que no quiero morirme oscurecido en Guadalema, y todavía me sales con frasecitas de comedia cursi? Las mujeres a lo mejor perdéis el sentido de las cosas, por no decirlo de otro modo más crudo.

CLARA. Creéis los hombres que lo perdemos cuando no halagamos vuestra vanidad o vuestro capricho. ¡Dices tú que quieres luchar!

JORGE. ¡Y quiero luchar!

CLARA. No, Jorge; lo que tú quieres no es luchar. Es algo más cómodo: es no luchar, precisamente: es plantarte de un salto donde esté el que esté más arriba; donde se llega, si se llega… después de luchar.

JORGE. ¡Bah, bah! No sabes lo que dices, ni entiendes una palabra de esto. Estás muy atrasada de noticias. Vives con las ideas de tus abuelos, y gracias. Antiguamente se andaban los caminos en galeras aceleradas y a fuerza de tiempo; ahora es en el tren, y ya el tren nos va pareciendo un carromato. Hay que ahorrarse molestias y panoramas. El camino importa un pitoche; la cuestión es *llegar*.

CLARA. *¡Llegar!* No se te cae de la boca esa palabra. ¿Qué es lo que tú entiendes por *llegar*?

JORGE. ¡Está bien claro, hija de mi vida! Pasar de no ser nada, a ser algo; de que nadie me vea, a que todo el mundo me mire. ¿Cómo? ¿En qué esfera? ¡Me es indiferente! Lo mismo se me da *llegar* de una manera que de otra: estrenando un drama o publicando un libro de cocina; pronunciando un discurso elocuente o ensartando a un ministro en desafío.

CLARA. Calla, calla.

JORGE. ¡La cuestión es *llegar!*

CLARA. Te ruego que calles. Me entristece oírte. No eres el que eras. ¿Con qué amigotes te reúnes que así te han vuelto?

JORGE. No son amigotes los que me abren los ojos: es la vida, que dice verdades muy amargas. Esta vida febril, inquieta, complicada, vertiginosa, que vivimos los hombres de este siglo. ¡Ay del que se cruce de brazos y se ponga a mirar la luna! ¡Lucido está!

CLARA. Tú sí que estás hoy fuera de quicio, Jorge. ¿No acabarás de decirme lo que tienes? Porque hay algo más que esta manía de *llegar* y *llegar* que te ha entrado ahora como un sarampión.

JORGE. ¡Como un sarampión!… ¡Como una enfermedad incurable!

CLARA. ¿Es quizás el viaje a Madrid lo que así te revuelve la bilis?

JORGE. ¡Ni más ni menos! Acertaste esta vez. El viaje a Madrid, que no se me cuaja como quisiera.

CLARA. ¡Dichoso viaje a Madrid!

JORGE. ¡Eso es: dichoso viaje! Lo primero es el «me quieres», «te quiero», del novio y la novia. ¡Mi porvenir que se lo lleve Pateta! ¡Qué egoísmo más refinado y más suicida!

CLARA. No disparates, Jorge. Si yo viese en tu viaje a Madrid un propósito noble y serio, yo sería la primera a animarte; pero si veo que vas a ir allá para tu absoluta perdición, para la completa ruina del Jorge de hace cuatro años… del mío… del bueno… ¿cómo quieres que vea con buenos ojos ese viaje?

JORGE. ¿Lagrimitas ahora? ¡Era lo único que me faltaba! ¡Delicias del hogar! De mi casa he salido huyendo, por no escuchar a mi familia, que también toca de cuando en cuando la nota sensible. Llego aquí, y más sensiblería. ¡Estoy mejor que quiero! ¿Por qué no me habré quedado en la cama?

CLARA. ¿Luchando?

JORGE. Mira, Clara, lo único que no sufro es que, ni de cerca ni de lejos, mis afanes te sirvan de burla.

CLARA. Perdona, hombre: ha sido una broma inocente.

JORGE. Pues no lo olvides.

CLARA. No lo olvidaré. Y hablemos de otra cosa.

JORGE. O no hablemos, que será preferible.

CLARA. Hoy, sin duda alguna.

Jorge se levanta y empieza a pasearse para dar salida al fluido nervioso. Quiere liar un cigarrillo, se le enredan los dedos, y acaba por tirar tabaco y papel. Clara lo mira con tristeza. Doña Guillermina canturrea zumbonamente al cabo de un rato.

DOÑA GUILLERMINA. Dos y dos son cuatro, cuatro y dos son seis, seis y dos son ocho y ocho dieciséis…

Jorge la mira a punto de soltarle una fresca, pero se contiene, traga saliva y sigue sus paseos. Sale Bonifacio con una pieza de tela que le muestra a doña Guillermina.

BONIFACIO. Diga usted: ¿se puede dar este pantalón en cinco duros?

DOÑA GUILLERMINA. Sí; pero pida usted ocho.

BONIFACIO. Había pedido diez.

DOÑA GUILLERMINA. Así me gusta.

CLARA. ¿Quién está en la tienda?

BONIFACIO. Paco Rodríguez, hace ya un ratillo. Y el señor Rosales, que acaba de llegar. *Se retira.*

JORGE. ¡Caramba! ¡Ya tenemos ahí al inevitable señor Rosales! Entre los contertulios de la tienda y de la trastienda, el que más me molesta es él. ¿Y tus papás, andan por allá dentro?

CLARA. Allá estarán con Manolín.

JORGE. Pues allá voy yo a contarles un cuento, cabalmente del tal Rosales y de Manolín.

CLARA. Pues ¿qué ocurre?

JORGE. Ocurre que ese Galeno de Cinco Villas, valido de su autoridad de médico, y haciendo alarde de su ingenio baturro, en la trastienda de la botica de Quiroga, y en el estanco, y donde viene a pelo, hace chacota del niño prodigio, y del padre del niño prodigio, y de…

CLARA. No lo creo.

JORGE. Pues créelo, porque lo digo yo. Estás hoy levantisca, paloma. Voy allá dentro.

DOÑA GUILLERMINA. *Dejando el trabajo y yéndose tras él.* A ver, a ver… Esto me interesa.

CLARA. ¿Usted también? ¡Bah!

Se marchan al interior de la casa Jorge y doña Guillermina.

De la sastrería sale Rosales. Este Rosales, de nombre don Pascual, es uno de los médicos más queridos de la población. Hombre fuerte y robusto, aragonés de raza, habla con el acento de su país y no tiene pelos en la lengua. Usa capa y sombrero flexible.

ROSALES. Aquí estoy yo.

CLARA. Don Pascual, buenos días.

ROSALES. ¿Qué hay?

CLARA. Lo de siempre.

ROSALES. Pues lo de siempre es que lo mejor de Guadalema es la Plaza de los Soportales, y lo mejor de los Soportales, la casa de Quijano. ¿Dónde se ha metido ese hombre?

CLARA. Con mi novio está por allá dentro.

ROSALES. ¿Con tu novio?

CLARA. Sí. Siéntese usted, que no tardarán en salir.

ROSALES. Lo que es tu novio, con perdón, aunque no salga no me importa. ¡Leña! ¡qué antipático es!

CLARA. Será para usted, don Pascual.

ROSALES. Pues para mí hablo. Anoche por poco le abro la cabeza en el Casino.

CLARA. ¡Ay, Jesús!

ROSALES. Luego se la hubiera tenido que cerrar, por ser el médico que pillaba más cerca; pero nunca habría perdido el tiempo con más gusto.

CLARA. Bueno, sí; dejemos a mi novio. Ya sé que no se quieren ustedes bien. ¿Hay muchos enfermos?

ROSALES. Menos habría si hubiera menos médicos.

CLARA. Basta que usted lo diga. ¿Ha ido usted ya a casa de don Acisclo?

ROSALES. De allá vengo. ¡Bien tristecico lo he dejado!

CLARA. ¿Está peor su señora?

ROSALES. Al revés: de ésta no se le muere, no.

CLARA. Y ¿por eso está triste? ¡Vamos! ¡Dice usted unas herejías! ¿Tan mala persona es doña Prudencia?

ROSALES. Regularica es. Y su marido no me puede ver a mí ni en pintura.

CLARA. ¿Por qué?

ROSALES. Porque dos años antes que él fuí yo novio de ella.

CLARA. Y eso ¿qué importa? ¿Ahora va a acordarse?…

ROSALES. Sí se acuerda, sí. ¡Floja señalica le ha quedado! Pude yo cargar con ella y cargó él: tiene, tiene motivos para malquererme.

CLARA. ¡Ja, ja, ja! Pero si usted también se casó luego…

ROSALES. ¡Diferencia va! Algo daría él por encerrarse en casa con mi mujer en vez de con la suya.

CLARA. ¡Ya lo creo! Es que como Rosario hay pocas.

ROSALES. No hay más que ella: se rompió el molde. Pero alguna falta había de tener: es arrimadica a la cola. Como yo; lo mismo que yo. Así nos han salido los hijos, pobrecicos míos: que clavan los clavos con la cabeza.

CLARA. ¡Jesús, por Dios! Se divierte usted hasta de su sombra.

ROSALES. Digo la verdad siempre.

CLARA. Pues niegue usted que es guapísimo Pascualín.

ROSALES. No lo niego, no: es igual a su madre, Pero tiene seis años, y le preguntas quién ha hecho el mundo y se encoge de hombros. En fin, con tal que sean buenos, y buenos lo son, ¡adelante con el melonar! Todos los hombres sirven para algo en el mundo: no han de ser ellos menos. Médico soy yo, y nadie se ha opuesto a que lo sea. ¡Los que pudieran votar en contra se mueren!…

CLARA. Cualquiera que lo oyese a usted creería que era usted un matasanos.

ROSALES. Aún los hay peores.

Por la puerta del interior de la casa van saliendo sucesivamente doña Guillermina, doña Manuela y Quijano. Saludan muy serios a Rosales, se sientan y no le dirigen la palabra. Él los mira un poco perplejo.

DOÑA GUILLERMINA. Buenos días.

ROSALES. Buenos días, doña Guillermina.

DOÑA MANUELA. Buenos días.

ROSALES. Salud, doña Manuela.

QUIJANO. Buenos días.

ROSALES. ¡Hola, hombre, hola! ¡Ya pareciste!

QUIJANO. Ya parecí.

ROSALES. ¿Qué es eso? ¿Vienes disgustado?

QUIJANO. No.

ROSALES. ¿Cómo que no? Pues ésa no es tu cara. ¿Tenemos alguna novedad, doña Manuela?

DOÑA MANUELA. No.

ROSALES. ¿No hay ninguno malucho?

DOÑA GUILLERMINA. Eso quisiera usted.

ROSALES. ¿Yo? ¿A qué santo, señora? ¡Si aquí no cobro las visitas!

CLARA. ¿Y Jorge?

DOÑA MANUELA. *Poniendo en sus palabras toda la ironía de que es capaz.* Se ha quedado con Manolín; con el pobrecito Manolín; con ese desdichado de Manolín. Porque ahora resulta, ¿sabe usted, don Pascual?, que Manolín es un pollino y nosotros unos mentecatos.

ROSALES. ¿Qué dice usted?

QUIJANO. *En el mismo tono que su esposa.* Y otro mentecato el novio de Clara, que ahora mismo está con la boca abierta oyéndole tocar el violín.

ROSALES. Del novio de ésta va bien todo cuanto se diga. ¡Leña! ¡qué antipático es!

CLARA. Más antipático es usted, ¡caramba!, y lo dejan pasar. Ya me cansé yo.

ROSALES. No te enojes por él conmigo, que no lo vale.

DOÑA GUILLERMINA. No lo valdrá, pero cuando menos es un hombre que no tiene dos caras.

ROSALES. Pues es un dolor; porque le van a romper la que tiene el día menos pensado. Y a ver qué se hace.

DOÑA MANUELA. ¿Quién se la va a romper?

ROSALES. Puede que sea yo, ¡leña! Porque me estoy oliendo que ése ha venido aquí con algún chisme, y los chismes no van conmigo. ¡A mí se me habla claro! ¡Caras tiesas y medias palabras no se las aguanté ni a mi padre! ¿Qué tienen que decirme, leña? ¿Quieren ustedes reventar de una vez?

Se desborda la indignación en forma de improperios, que oye Rosales sin contestar palabra.

QUIJANO. ¡Sí, señor; tenemos que decirte…!

DOÑA MANUELA. ¡Tenemos que decirle a usted que es un mal amigo!

DOÑA GUILLERMINA. ¡Un infame!

QUIJANO. ¡Un traidor!

DOÑA MANUELA. ¡Eso; un traidor!

QUIJANO. ¡Nunca pude esperarlo de ti, Pascual! ¡Sé que te vas a la botica de Quiroga, y al estanco, y allí te ríes de mi mujer y de mí, y de las ilusiones que nos forjamos con nuestro hijo!

DOÑA MANUELA. ¡Con nuestro hijo, que es un fenómeno, aunque usted no quiera!

DOÑA GUILLERMINA. ¡Eso no se hace: eso es una porquería en toda tierra de garbanzos!

CLARA. Por Dios, tía; por Dios, mamá; que parecéis gallos ingleses.

ROSALES. No doy media vuelta ahora mismo y sacudo los zapatos al salir de la casa, porque sería tan majadero como ustedes. Y tan mal amigo. ¡Esto sí que me escuece, leña! ¿Es decir, que el primer zascandil que llegue con una invención tira por tierra una amistad de treinta años? Pues si es así, di tú que no ha debido serlo ni de un día. *Sulfurándose.* ¿Quién ha traído ese cuento? ¿A que delante de mí no dice palabra?

CLARA. No se sofoque usted, don Pascual.

ROSALES. Tendría que taparme los oídos, muñeca.

DOÑA GUILLERMINA. ¡Sí; si ya contábamos con los puñetazos y las bravatas!

Rosales, Pero ¿es que insiste usted, señora? ¿Voy yo a tener que defenderme aquí de una calumnia? ¿No basta ser quien soy, y que lo niegue encima? *Silencio general.* ¡Bueno, hombre, bueno! Ya veo que no basta. Este si que es un desengaño. Lo que yo he dicho de Manolín y de ustedes, en la botica, y en el estanco, y en todas partes donde me piden opinión, es lo mismo que digo aquí siempre que viene a cuento: que protesto con toda mi alma de lo que hacen con él.

DOÑA MANUELA. ¡Manolín es un artista eminente: lo dice su maestro; lo dice todo el que lo oye!

ROSALES. Por lo mismo que quizá sea un artista, es más doloroso que se le mate en flor.

DOÑA MANUELA. Pero ¿tú oyes, Quijano?

ROSALES. Tuviera yo, en lugar de los cuatro zoquetes que he traído al mundo, un hijo como él, y puede que rascara el violín una hora del día, pero ya cuidaría yo de que triscara por los montes lo menos ocho, como un corderico.

QUIJANO. ¡Y dale! ¡Si es que este niño es especial!

DOÑA MANUELA. ¡Si quitarle el violín es matarlo!

DOÑA GUILLERMINA. ¡Si no le gusta jugar como a los otros chicos!

ROSALES. ¡Leña! ¿Pues no dice que no le gusta jugar y tiene seis años? ¡Lo que es que le han metido ustedes en la cabeza que es un hombrecico, y que es un fenómeno! ¡Leña, qué manía ésta de anticipar la vida, de coger el fruto a destiempo! Tienen un niño, y ya quieren tener un hombre. Por supuesto: no es de ustedes toda la culpa: ustedes marchan empujados. Este mal es del siglo. Todo el mundo tiende a estrellarse. No sé en qué consiste. Puede que lo hayan traído los automóviles.

CLARA. *Con cierta vehemencia.* Sí, señor; sí, señor; tiene usted más razón que un santo.

DOÑA MANUELA. Tú te callas, mocosa.

CLARA. Yo me callo, porque tú me lo mandas, pero estoy conforme con Rosales. No hay nada en sus quicios.

ROSALES. ¡Bien dices, leña! Aquí se siega ya sin que grane la espiga. En Manolín lo ves. Echa a un lado el estrujar su cuerpecico —que ya es echar—: pero si ahora se le empieza a exhibir y a deslumbrar con la gloria temprana, ¿qué aplausos le van a halagar andando el tiempo? ¿Qué le dejan ustedes para esa edad en que más se sueña que se vive; para esa edad —acuérdate, Ventura— en que charlábamos tú y yo como locos por las calles de Zaragoza, yo de mi Rosario, que entonces era Rosarico, y tú de doña Manuela, aquí presente, que parece mentira?

DOÑA MANUELA. ¡Oiga usted!

ROSALES. Ahora le toca a usted, señora. Hemos de oír por turno. Este es mi pensar, y así lo soltaré dondequiera mondo y lirondo, me pongan buena o mala cara. Y si ustedes no lo quieren oír, tendrán que atrancar la puerta de la calle y no dejarme entrar; porque como entre y se hable del caso, ¡leña, que lo digo! ¡De buena casta vengo! Mi padre se llamaba Andrés, dijo un día por una disputa que se llamaba Antonio, y Antonio se llamó ya toda su vida. La esquela de defunción nos dejó escrita llamándose Antonio. Y Antonio le pusimos en la lápida, porque sabíamos que si no se llevaba un disgusto.

DOÑA GUILLERMINA. ¿Y todavía, después de decir eso, quiere usted que aquí se le tome en cuenta cuando da en una testarudez?

DOÑA MANUELA. En este caso se fastidia usted, señor mío. ¡No faltaría más sino que porque usted haya dicho que se llama Pedro, le hayamos de llamar Pedro nosotros, sabiendo que se llama Pascual Bailón! Ya conocemos bien el paño.

QUIJANO. Sí, sí; tenemos en esta cuestión criterio muy distinto. Tú ves negro lo que nosotros rosa. Acaso estemos engañados; pero déjanos con nuestra ilusión. Y perdona si, un poco ciegos por el cariño a Manolín, pusimos en tela de juicio tu amistad.

ROSALES. Calla, Ventura, calla, que yo soy siempre el mismo. La prueba es que discuto. Y oye un instante ese cornetín que suena lejos. Ni de encargo viene.

En efecto, óyese a lo lejos un cornetín, que toca una jota. Todos escuchan.

QUIJANO. Y eso ¿qué es?

ROSALES. Ese es el cornetín de unos titiriteros que van rodando por el mundo. Ahora les ha tocado caer en Guadalema. Al son de esa jota bailan dos chiquitines, niño y niña, de la edad de tu Manolín. Esta mañana me los encontré en la Plaza Grande, cansadicos ya de bailar, y me dieron pena. Pensé en mis hijos, y pensé también en el tuyo.

QUIJANO. ¿Ves tú?

DOÑA MANUELA. ¿Ve usted? ¡Esto es lo que exalta!

DOÑA GUILLERMINA. ¡Esto es lo que no puede oírse!

QUIJANO. ¿Vas a atreverte a comparar…?

ROSALES. No, no comparo: tú no tienes la disculpa que esos padres. El hambre puede mucho, ¡leña!

QUIJANO. ¿Es que tú piensas que nosotros…?

DOÑA MANUELA. ¿Es que usted se figura…?

ROSALES. ¡No me figuro nada: no hago más que decir lo que veo!

QUIJANO. ¡Pues nos ofendes, atribuyéndonos ideas de explotación!

DOÑA MANUELA. ¡Si, señor: nos ofende!

ROSALES. Pero ¿quién ha pensado tal cosa?

DOÑA GUILLERMINA. ¡Usted!

DOÑA MANUELA. ¡Usted!

QUIJANO. ¡Tú!

ROSALES. ¿Yo?

QUIJANO. ¡Tú!

CLARA. Calma, por la Virgen bendita. Y si quieren ustedes hacerme caso, quede esto aquí. Ni Rosales ha tenido la intención que vosotros pensáis, ni vosotros sois capaces de nada feo. Pero cuando se ponen las personas así no se entienden nunca.

ROSALES. Hablas como un libro, muñeca. Siempre he dicho que eres tú lo mejor de la casa. Voy al taller a que me cosan este botón de la americana,

que está un poco flojo.

Doña Guillermina. ¡Todos los días ha de traer usted un botón flojo!

Rosales. Si las oficialas tuvieran la cara como usted, ya vendrían bien seguros, ya.

Éntrase en el taller. El cornetín de los titiriteros deja de oírse. Quijano, doña Manuela y doña Guillermina se agrupan indignados, y a media voz truenan contra el baturro.

Doña Guillermina. A éste lo planto yo el mejor día. No soy yo quien le sufre todas las barbaridades que quiera decirme, porque sea de Aragón.

Quijano. Pero ¿habéis visto igual terquedad?

Doña Manuela. ¡Oh! ¡Es una cabeza de bronce!

Doña Guillermina. Pues por más vueltas que le deis, en el fondo no hay más que envidia, y envidia, y envidia. ¡Como que en su casa en vez de cuatro o cinco chicos tiene un juego de bolos!

Clara. Callad, por los clavos de Cristo; que viene ahí Jorge, y está con Rosales a tres pullas, y va a haber aquí toros y cañas.

Sale Jorge haciendo demostraciones de entusiasmo.

Jorge. ¡Oh! ¡Oh!

Quijano. ¿Qué?

Doña Manuela. ¿Qué?

Jorge. ¡Oh! ¡Una maravilla! ¡Un asombro!

Doña Guillermina. ¿Manolín, verdad?

Jorge. ¡Espanta! ¡Estremece! ¡Da frío!

Quijano. ¿Oyes, Clarita? ¿Oyes a Jorge?

Doña Manuela. ¡Para que nos vengan con dimes y diretes!…

Jorge. ¡Vamos! ¡El que niegue eso, que es como negar la luz del sol, o es ciego del todo, o es un animal de bellotas… o es algo más malo!

Clara. Bueno, bueno; no chilles.

Bonifacio se asoma a la puerta de la sastrería.

BONIFACIO. El señor Lisonjero pregunta por usted, don Ventura.

La noticia le produce a la familia gran regocijo y cierta turbación.

QUIJANO. ¡Hombre, el señor Lisonjero!

DOÑA MANUELA. ¡El señor Lisonjero!

DOÑA GUILLERMINA. ¡Que pase!, ¿verdad?

QUIJANO. ¡Sí, sí, que pase!

DOÑA MANUELA. ¡Que pase en seguida!

Se retira Bonifacio. Quijano, doña Guillermina y doña Manuela se retocan ligeramente.

JORGE. Yo me voy.

CLARA. ¿Te vas?

JORGE. Sí. A ese señor de Lisonjero lo masco, pero no lo trago.

CLARA. ¿Vendrás a la tarde?

JORGE. No sé. Según esté de pulgas.

CLARA. Tranquilízate, hombre.

JORGE. ¡Ojalá pudiera! Hasta luego, o hasta mañana. Clara. Adiós. *Coge su labor y se va al interior de la casa.*

JORGE. *A la familia.* Buenos días.

QUIJANO. Adiós, Jorge.

DOÑA MANUELA. Hasta luego.

DOÑA GUILLERMINA. Adiós.

A tiempo de irse Jorge llega Lisonjero.

JORGE. Pase usted.

LISONJERO. Usted.

JORGE. Muchas gracias. *Se va.*

Jacobo Lisonjero es hombre joven, despierto, activísimo, bullidor, inquieto, de fácil palabra y expresivos ademanes; capaz de emprenderlo todo

y de llegar a lodos lados. Viste con elegancia personal. Los primeros botines que se vieron en Guadalema los llevó él.

LISONJERO. ¡Familia dichosa!… ¿Qué tal?

QUIJANO. ¡Señor Lisonjero! ¡Tanto gusto!

LISONJERO. Doña Manuela, doña Guillermina —nosotros ya nos hemos visto—, querido Quijano… ¿Y el monstruo de la casa?

QUIJANO. En su estudio. ¡No deja el violín!

LISONJERO. ¡Estupenda criatura!

DOÑA MANUELA. ¡Je!

LISONJERO. ¿Y esa mariposilla blanca que a veces veo revolotear por este balcón?

DOÑA MANUELA. Allá dentro. Llámala, Guillermina.

LISONJERO. ¡Nunca! Prohibido que por mí se moleste a nadie.

DOÑA GUILLERMINA. Pero ¡siéntese usted!

QUIJANO. ¡Es verdad; que estamos aquí como bobos! Siéntese usted.

LISONJERO. No puedo; muchas gracias. Tengo veintisiete cosas que hacer todavía antes de las doce, y son las doce menos cuarto.

QUIJANO. Pues ya que no se siente, deje el sombrero y el gabán.

LISONJERO. Eso sí.

QUIJANO. Muy arrugadillo está el forro. Envíemelo mañana y lo plancharemos.

LISONJERO. Se hará como usted quiere. Antes que se me olvide. *Dando voces hacia, la tienda.* ¡Bonifacio! ¡Bonifacio!

QUIJANO. ¡Bonifacio!

DOÑA MANUELA. ¡Bonifacio!

BONIFACIO. *Asomándose.* Servidor.

LISONJERO. ¿Usted conoce a Paco Rivera?

BONIFACIO. ¡Ya lo creo!

LISONJERO. Si pasa por la calle, llámelo usted y avíseme en seguida.

BONIFACIO. Perfectamente. Me figuro que no pasará.

LISONJERO. ¿Por qué?

BONIFACIO. Porque… porque… Doña Guillermina lo sabe. *Se marcha.*

DOÑA GUILLERMINA. No pasa, no.

LISONJERO. ¡Ah, ya! ¡Es un perdis incorregible! Otra cosa.

QUIJANO. ¡Bonifacio!

LISONJERO. No; no es con Bonifacio.

BONIFACIO. *Asomándose otra vez.* ¿Qué hay?

QUIJANO. Nada, nada. Vete.

Bonifacio se va.

LISONJERO. ¿Tienen ustedes aquí teléfono?

DOÑA MANUELA. Lo vamos a poner a primero de año.

LISONJERO. ¡Entonces no me sirve ahora! ¡Je! Iba a hablar con la redacción de *El Debate.*… Luego me llegaré. A lo nuestro.

QUIJANO. ¡Cuánto tenemos que agradecerle!

DOÑA MANUELA. ¡Cuánto se molesta por nosotros!

LISONJERO. ¿Quiere usted callar? Para mí es un honor y un gusto. Y primero que nada es un deber: el deber en que está todo ciudadano que ama a su país de contribuir a que sus glorias más legítimas resplandezcan a la luz del sol.

QUIJANO. ¿Usted fuma?

LISONJERO. No, señor; me falta esa virtud. ¡Jamás he incurrido en la vulgaridad de llamarle vicio! Aquí del cuento: «Si fuera vicio, lo tendrías.» *Dando de improviso una carrera y asomándose al balcón.* Aguarde usted un minuto. No, no es Perales. Me pareció Perales: un ciudadano a quien necesito para catorce cosas. Por cierto que hoy es el santo de la hermana y no le he mandado tarjeta. *Escribiendo en un cuadernillo de apuntes.* Felicitar a María Luisa. A propósito: ¿ustedes tratan al alcalde de Valladolid?

QUIJANO. *Consternado.* No…

LISONJERO. Yo tampoco. Y me hace falta echarle un perro de presa. Ya lo buscaré. A lo nuestro.

DOÑA GUILLERMINA. ¡Jesús, don Jacobo! ¡Me aturde usted con esa actividad! Y lo admiro, lo admiro con toda mi alma.

LISONJERO. ¡Señora, qué remedio! Los hombres de este siglo ni podemos callar, ni podemos comer, ni podemos dormir, ni podemos estarnos quietos. ¡En la brecha siempre! Al asunto. Decididamente, el veinticuatro.

QUIJANO. ¿El qué?

LISONJERO. La velada: la presentación de Manolín.

QUIJANO. ¡Ah!

DOÑA MANUELA. ¿El veinticuatro?

DOÑA GUILLERMINA. El veinticuatro es martes, don Jacobo.

LISONJERO. Mejor. Así, de un día que todos tienen por aciago, haremos un día memorable en los fastos de Guadalema, íbamos a darla el veintitrés; pero Rosaura, la marquesita, ha organizado para ese día no sé qué jira en automóvil y me ha escrito dos letras suplicándome que traslademos la fiesta al día siguiente. Porque de ninguna manera quiere faltar. Está encantada con el pequeño. ¡Sólo de oírme!

DOÑA MANUELA. ¿Es decir, que irá la señora marquesa?

LISONJERO. ¿No oye usted? ¡Si tiene más empeño que yo! Ella es muy entusiasta, muy amante del arte, y sueña ya materialmente con esa noche. El marido también irá: el señor marqués. Pero ése es lo mismo que si no fuera, porque no se entera de nada. Y más vale. Digo, no es lo mismo: al fin y al cabo, es un nombre en la lista: le da lustre, le da esplendor… Por supuesto, exijo traje de etiqueta.

QUIJANO. ¿De etiqueta?

LISONJERO. ¡Ah, ya lo creo! Es lo primero que me ha preguntado Rosaura, la marquesita. Entonan mucho los escotes y las pecheras blancas. Y nos quitamos de encima una porción de cursis. Cuidado que el Casino es un centro eminentemente liberal; pero yo sé con qué bueyes aro, y sé también que la alta clase es la que da la patente, la que imprime el sello. No en balde es la espuma, señor.

DOÑA MANUELA. Justo, justo.

DOÑA GUILLERMINA. Muy bien pensado, señor Lisonjero.

Quijano. Dice usted muy bien.

Lisonjero. ¿De modo que estamos conformes?

Quijano. Y verdaderamente reconocidos.

Lisonjero. El reconocimiento es de mí para ustedes, ya que me proporcionan el éxito mayor que ha podido soñar un secretario de Casino de provincia de segunda clase. Entre paréntesis, y que no sarga de nosotros: sospecho que Rosaura, la marquesita, algo trama con motivo de Manolín en aquella monísima cabecita de pájaro. Sea lo que sea, no les pesará a ustedes. ¡Ah! Invitaciones de señora, las que quieran; ustedes primevo que nadie ¡claro es!, pero les ruego que sean parcos, porque estoy abrumado de compromisos. ¡Señores, qué nube! ¡Y no se ha anunciado todavía! ¡Diablo! Se me olvidaba lo mejor. Mañana, en *El Debate*, saldrá una nota artística, una impresión, cuatro letras consagradas a Manolín y haciendo atmósfera para la velada. Aquí tengo las pruebas. Tomen ustedes: léanlas a su sabor.

Quijano. ¡Señor Lisonjero, qué bueno es usted con nosotros!

Doña Manuela. ¡Qué amable! ¡Qué atento!

Lisonjero. Repito que cumplo un deber. *Buscando en la cartera el artículo.* Esto no es; ni esto. ¡Dios mío de mi vida! Necesito dos días lo menos para contestar tantas cartas. ¿Saben ustedes que me ha tocado la lotería? Un premio chico: diez duretes. Menos da una piedra. Aquí está.

Doña Guillermina. A ver, a ver.

Quijano. Trae.

Lisonjero. Les suplico que no lo lean hasta que yo me vaya. Que va a ser ahora mismo, porque si no voy a quedar mal con siete personas. Compadézcanme: estoy convidado a almorzar en tres casas: o se me pican dos familias o he de almorzar tres veces. ¡El delirio! *Despidiéndose.* Doña Manuela, doña Guillermina, querido Quijano… Un beso en la frente al prodigio, y dos en los diminutos pies de la señorita de la casa. Y manden cuanto gusten. Suyísimo. *Corriendo hacia el balcón nuevamente.* No, no es Perales. Suyísimo.

Quijano. ¡Adiós, señor Lisonjero!

Doña Manuela. ¡Vaya usted con Dios!

Doña Guillermina. ¡Que usted lo pase bien, señor Lisonjero!

El señor Lisonjero hace una reverencia exquisita, y se va a la calle como alma que lleva el diablo.

Quijano. ¡Qué hombre! ¿eh? ¡qué hombre!

Doña Manuela. A ver, a ver eso que va a salir en el periódico.

Doña Guillermina. ¡Vaya un confite para algunos!

Doña Manuela. Ya tragará quina la droguera. Anda, Quijano, léelo.

Quijano. Aguarda que me ponga los lentes, mujer.

Sale Rosales del taller y cruza decidido hacia la tienda. Quijano oculta las cuartillas mientras pasa.

Rosales. ¡Ea, ya voy listo! Hasta luego, que me espera mi gente para volcar la olla. Y no me guarden rencor por lo del pequeño, que hablo de buena voluntad.

Quijano. Adiós.

Doña Manuela. Vaya usted con Dios. *A Quijano, apenas desaparece Rosales.* Anda, lee eso.

Doña Guillermina. Lee, lee.

Quijano. *Empezando a leer con voz temblorosa de emoción y alegría.* «El niño prodigio.»

Doña Manuela. ¿«El niño prodigio» lo titula?

Quijano. «El niño prodigio». Ya ves: no le llamamos otra cosa nosotros, y, sin embargo, el verlo puesto en letras de molde nos sorprende, nos impresiona…

Doña Manuela. Sigue, sigue. A mi se me saltan las lágrimas.

Doña Guillermina. Sigue.

Quijano lee. En la calle, más cerca que antes, vuelve a sonar el cornetín de los titiriteros tocando la jota. Engolfadas en la lectura, ninguna de las tres personas de la casa prestan atención a la música callejera.

Quijano. «En el hogar de los señores de Quijano, honrados y antiguos comerciantes de esta localidad, ha entrado un rayo de sol de primavera, que con su luz ilumina los más apartados rincones, y alegra, con la más pura de

las alegrías, aquellos corazones sencillos. Hace tiempo que se viene hablando en los círculos artísticos de Guadalema…

Cae el telón, cortando la palabra de Quijano.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Anteescenarío en el teatro del Casino de Guadalema. Una puerta a la derecha y a la izquierda otra. Al foro, y a conveniente altura, se supone que está el escenario, cuya entrada oculta a los ojos del público un telón de forillo visto del revés. Entre éste y la pared del foro hay una gradilla que por la derecha y por la izquierda da acceso al tablado. Un par de butacas, algunas sillas y una mesa con servicio de agua. El suelo, alfombrado. Es de noche. Luces.

Estamos en la noche de la presentación de Manolín ante el público. Lisonjero, de correcto frac, vuela por el Casino: es el alma de la velada y, como Dios, está en todas partes. Los demás personajes visten también de etiqueta, según sus posibles.

Sale Lisonjero por la puerta de la izquierda, sube corriendo por la gradilla, habla algunas palabras en el escenario, detrás del forillo, baja por la derecha y se dirige a escape a la puerta del mismo lado.

LISONJERO. Es inútil anunciar a las nueve: hasta las diez no viene nadie. ¿No digo? ¡Nadie todavía! Cuatro gatos en el salón. Así como así, la velada es corta. Voy a prevenir… *Llamando.* ¡Isidoro! Por más que antes… Pero, no; bien está prevenir… ¡Isidoro! *Sale en esto por la puerta de la derecha don Vicente de la Sosa, el presidente del Casino, y casi se tropieza con él. Es un señor atildado y correcto, que gasta en cosmético más que en pan.* ¡Oh, señor presidente!

DON VICENTE. ¡Querido Lisonjero!

LISONJERO. ¿Aún hay escaso público, verdad?

DON VICENTE. Ya irán llegando todos: no tema usted, celosísimo secretario. El salón del teatrito del Casino de Guadalema lucirá esta noche como en las ocasiones más solemnes.

LISONJERO. Así lo espero yo. Mentiría si dijera otra cosa. Habrá que señalar la fecha de hoy con piedra blanca. Sobre todo, los que somos amantes del arte…

DON VICENTE. ¿Del arte por el arte, amigo Jacobo?

LISONJERO. No alcanzo la intención de usted, señor De la Sosa.

DON VICENTE. ¿No, verdad? Es raro, en tan sutil ingenio. ¿Me va usted a persuadir a mí, joven amigo, de que en esta velada, organizada con tanto ardimiento por la marquesita de Villacornejo y por usted, para presentar al niño prodigio, es amor al arte todo lo que reluce?

LISONJERO. Sí, señor, sí; amor al arte.

DON VICENTE. En rigor, no está mal. Como obra de arte, la marquesita me gusta más que todo lo del Greco.

LISONJERO. *Sintiéndose halagado.* Vaya, vaya, quede usted con Dios, señor presidente.

DON VICENTE. Él lo proteja a usted, señor secretario. ¡Je, je! *Ríen los dos. Lisonjero se va por la puerta de la derecha corriendo.*

Y déjale al amor sus glorias ciertas…

Voy a ofrecerle mis respetos a la familia de Manolín. *Vase por la puerta, de la izquierda, con toda calma, que contrasta con la agitación del secretario.*

Sale don Elías por la puerta de la derecha.

DON ELÍAS. ¡Qué noche!… ¡qué noche!… Y ahora empieza. Yo tiemblo de cabeza a pies. Tengo la boca más amarga… Bien han hecho en poner aquí agua abundante. *Se sirve agua y bebe.* ¡Qué orgullo el mío! Todo el mundo me felicita; todo el mundo.

Vuelve Lisonjero por donde se fué, y después de hablar con don Elías, se va por la puerta de la izquierda.

LISONJERO. Ese Ramírez no está en nada: va a haber que darle pasaporte. ¡Qué brutísimo es! ¡Ah! Maestro: que no se le olvide el retratito; que lo necesito mañana; que quiero que salga con el de Manolín en el suplemento de *El Debate.*

DON ELÍAS. Señor Lisonjero, ¡si ya le he dicho a usted que no tengo más que un retrato, y ése del tiempo de Maricastaña! Figúrese usted: de cuando se usaban aquellos cuellos que parecían balcones.

LISONJERO. No importa: eso mismo será una nota muy bonita. ¡Y ahora que me acuerdo!… *Vase a escape, dejando a don Elías estupefacto.* ¡Perico! ¡Perico!

DON ELÍAS. Es admirable este don Jacobo. ¡Qué hombre! Y quiere bien al niño… lo quiere bien.

Sale don Andrés por la puerta de la derecha. Es un señor muy sordo, que pasa por poeta en la localidad, pero que no lo es ni tiene facha de ello. Todo el mundo le habla por señas, en vista de que es inútil levantarle la voz. Viene abstraído, monologueando, y no ve a don Elías. Éste le loca con la mano en un hombro.

DON ANDRÉS. *Volviéndose.* ¡Hola! ¿Qué hay?

DON ELÍAS. *Ayudándose con la mímica para hacerse entender*. Muy distraído va usted, señor don Andrés… ¿Y esos versos? Me han dicho que son muy bonitos.

DON ANDRÉS. ¿Mis versos? Ya veremos lo que resultan. Sentidos. Oí al chico en casa de Pérez, y me conmovió.

DON ELÍAS. Es un fenómeno.

DON ANDRÉS. Muchas gracias.

DON ELÍAS. Digo que el chico es un fenómeno.

DON ANDRÉS. Repito las gracias. Y felicito a usted cordialísimamente. Hasta luego.

DON ELÍAS. Es usted muy amable, don Andrés… Hasta luego. Y muy sordo. ¿Pues no dice que oyó al niño en casa de Pérez?… ¿Qué había de oír. Si es como una tapia?

Don Andrés le vuelve la espalda, y abstraído como salió, y hablando solo, se va por la puerta de la izquierda. Don Elías va a seguirlo, pero se ve obligado a detenerse y a echarse a un lado para dejar que pase Lisonjero, el cual sale como una bala en dirección a la puerta de la derecha.

LISONJERO. Perdone usted, maestro.

DON ELÍAS. No hay de qué… ¡Jesús! ¿Dónde irá? Acaso haya llegado la marquesita… Voy yo con mi nene. *Vase por la puerta de la izquierda*.

Salen por la de la derecha Rosaura, que viene del brazo de Lisonjero, y Villacornejo, que viene detrás papando moscas. Rosaura es guapa, insinuante, vanidosa, coqueta; Villacornejo, su marido, le dobla la edad y no se entera de nada.

ROSAURA. Hace un siglo que yo no entro por aquí, querido Jacobo.

LISONJERO. Para desdicha de estas cuatro paredes, bellísima Rosaura.

VILLACORNEJO. Yo también hace mucho que no vengo. La última vez que estuve fué cuando habló aquel mantenedor de los Juegos florales, que echó un discurso de dos horas largas. ¿Se acuerda usted? Se desconchó el techo del salón y se desafinó el piano de cola. ¡Qué pesado!

ROSAURA. Calla, Gorito.

LISONJERO. El marqués, siempre tan ocurrente.

ROSAURA. Y ¿usted cree oportuno, Jacobo, presentarme ahora a los padres de Manolín?

LISONJERO. ¡Oportunísimo! Les halagará como una caricia. Por mi parte le anuncio a usted que la velada ya, mal que pese a los que no saben poner sino faltas, es un éxito enorme, envidiable: sobre todo para usted, insigne marquesita. Para mí, como no podía menos, es a la par que un éxito, un semillero de enemistades. Con las invitaciones se me ha picado media Guadalema.

ROSAURA. ¿Sí?

LISONJERO. Picada la de Robledal; picada Teresita Calero; picada la hermana de don Justo; picada la de Sánchez; picada la de Pérez; picado su

marido… ¡Qué sé yo! Es el cuento de nunca acabar. Dieciséis disgustos llevo hasta ahora, y uno que voy a tener dentro de un rato, diecisiete. Pero todo lo doy por bien empleado con tal que esté usted satisfecha.

ROSAURA. Lo estoy; sí, señor: ¿a qué negarlo?

VILLACORNEJO. Mande usted a freír monas a la gente. Esto es un poblacho ridículo.

ROSAURA. Me lisonjea el considerar que por mi intervención directa en este asunto surgirá aquí esta noche una futura gloria de Guadalema. ¿Se va a telegrafiar a Madrid?

LISONJERO. ¿Cómo no, Rosaura? De eso me encargo yo.

ROSAURA. Sí, sí; encárguese usted, Jacobo, para que salgan los telegramas como es debido.

VILLACORNEJO. Y, diga usted: el niño ése, ¿toca tan bien como todos dicen, o es una castaña de las que usamos por acá?

LISONJERO. No, no, no: castaña, no es castaña. Para la edad que tiene es muy de estimar lo que hace. Ahora, que más adelante resulte un artista o se quede en agua de borrajas, eso yo no lo sé.

VILLACORNEJO. Lo que le pido a usted, Jacobito, ya que aquí mangonea, es que esta noche toque el *Pay-pay,* o el *Pon-pon,* o los *Ratas…* Cosas así alegres. Porque si la toma con *Beyerver* o con *Metoven,* nos vamos a aburrir como ostras.

ROSAURA. Gorito, no seas cafre. Si no entiendes una palabra de música, ¿para qué hablas de eso?

VILLACORNEJO. ¿Que no entiendo de música? Mire usted, Jacobo: de lo único que entiendo yo en esta vida es de música. Bueno, y de perros también.

LISONJERO. ¡Hombre!

VILLACORNEJO. La música, es probado: cuanto más sueño me da, más sublime; y los perros, cuanto más feos y más asquerosos, más mérito. No falla.

ROSAURA. ¡Jesús, Dios mío!

LISONJERO. ¡Este marqués!… ¡este marqués!…

VILLACORNEJO. Si todos fueran francos, dirían lo que yo de las dos cosas. Voy a asomarme por el telón a ver qué gente hay.

LISONJERO. Ya estará el salón casi lleno.

Sube Villacornejo por la derecha de la gradilla. Rosaura y Lisonjero aprovechan la ocasión para hablar más íntimamente.

ROSAURA. ¡Qué salidas tiene Goro! ¿verdad?

LISONJERO. Da pena, Rosaura, pensar que toda la vida haya usted de pasarla con ese hombre.

ROSAURA. ¡Silencio! Baje usted la voz.

LISONJERO. Con ese hombre vulgar, adocenado, grosero, incapaz de apreciar el aroma finísimo de esta flor que le ha tocado en suerte.

ROSAURA. Calle, calle; le pido que calle.

LISONJERO. No puedo, Rosaura: cuando me veo solo con usted no me sé dominar.

ROSAURA. Si no estamos solos, Jacobo… *Se le acerca como si lo estuvieran.*

LISONJERO. Se le manda a la amistad, a la cortesía: a la pasión, no. Y pasión es esto, Rosaura: pasión que ya ha echado raíces, que no se resigna, que busca su premio.

VILLACORNEJO. *Desde dentro.* ¿Dónde está el agujero del telón?

LISONJERO. ¿Eh?

ROSAURA. ¿Qué?

LISONJERO. Ahí, a la derecha, marqués. Está un poco bajo, y por eso no lo habrá visto.

VILLACORNEJO. ¡Ah! sí: ya lo veo. ¡Demonio, qué incómodo está!

ROSAURA. Por poco nos sorprende, Jacobo: sea usted más prudente… y más disimulado.

LISONJERO. No se entera. Sobre que la culpa es de usted.

ROSAURA. ¿Mía?

LISONJERO. ¿Por qué es usted tan linda? ¿Por qué sus ojos tienen esa misteriosa atracción que de todo me habla, de todo, menos de su marido?

VILLACORNEJO. *Siempre dentro.* ¡Te veo, besugo!

ROSAURA. ¿Cómo?

LISONJERO. *Sobresaltado.* ¿Dice usted, marqués?

VILLACORNEJO. ¡Era al teniente Ríos, que está *amelonado* con la novia, y no cuenta con que yo lo miro desde aquí!

Rosaura y Lisonjero se ríen.

LISONJERO. ¿Usted ve cómo vive en el limbo?

ROSAURA. Calle usted ahora.

LISONJERO. *A don Elías, que sale por la puerta de la izquierda.* ¡Insigne don Elías! Venga usted acá, que voy a presentarle a la señora marquesa de Villacornejo.

DON ELÍAS. Honradísimo…

LISONJERO. *A Rosaura.* Aquí tiene usted al gran maestro de nuestro Manolín.

DON ELÍAS. Señora…

ROSAURA. Deme usted esa mano; para mí es un placer muy grande estrecharla.

DON ELÍAS. Señora, yo recibo un honor… Esta noche estoy gozando como nunca en mi vida. Yo no soy maestro de ese niño: la casualidad ha unido mi suerte a la suya, y un rayito de su gloria temprana llega hasta mí.

VILLACORNEJO. *Apareciendo nuevamente.* Está de bote en bote el salón. Ahí nos vamos a ahogar como no abran los boquetes del techo. Estas fiestas las prefiero en la Plaza de Toros.

ROSAURA. ¡Por Dios, Gorito! ¿Un concierto de violín en la Plaza de Toros?

VILLACORNEJO. Ya tú me entiendes: aquí lo de menos es el violín. La cuestión es lucir los trapos.

ROSAURA. No digas tonterías. *Presentándole a don Elías.* El señor es el maestro de Manolín. *A don Elías.* Mi marido.

DON ELÍAS. ¡Oh! ¡Tanto gusto!

VILLACORNEJO. Me alegro de conocerlo a usted. Encárguele usted al chico que nos toque cosas ligeritas: el *Pay-pay,* los *Ratas*, los *Lunares…* Cosas así.

ROSAURA. *Volada.* Anda, vamos a saludar a los padres del niño; que tengo en ello un gran interés. Hasta luego, maestro.

DON ELÍAS. A los pies de usted, señora marquesa.

ROSAURA. ¿Quiere usted guiarnos, Jacobo?

LISONJERO. Con mil amores. Por aquí; por aquí.

Éntrase por la puerta de la izquierda, dando el brazo a Rosaura. Villacornejo los sigue tarareando alguno de sus cantos favoritos.

DON ELÍAS. *Mirándolo ir, con desdeñosa indignación.* ¡Ocurrencia es!… ¡Los *Ratas!…* ¡El *Pay-pay!…* ¿Se figura que es Manolín el ciego que toca en los soportales de la Plaza?

Por la puerta de la derecha llegan Rosales, Bonifacio y Castillo, a tiempo que por ella se va don Elías. Castillo es un muchacho simpático, de hablar apasionado y vehemente.

ROSALES. ¡Felices, maestrico!

CASTILLO. Maestro, que sea enhorabuena.

BONIFACIO. Que sea enhorabuena, don Elías.

DON ELÍAS. Gracias, señores, gracias; muchísimas gracias. La recibo de todo corazón. Muchísimas gracias… *Vase.*

CASTILLO. ¡Pobre viejo! En el café me pone nervioso, porque el desdichado es un rascatripas, y toca unas cosas muy cursis; pero aquí me conmueve su emoción.

ROSALES. Como chiquillo con zapatos nuevos está el hombre esta noche.

BONIFACIO. Esta noche se quita de encima treinta años.

ROSALES. En cuanto se quite el frac, que tendrá esa fecha.

BONIFACIO. ¡Je, je! Hombre. Castillito, cuéntale a Rosales la jugada que le has preparado a don Andrés. Anda; que va a reírse.

CASTILLO. Ni a Rosales, ni a ti, que estás rabiando por saberla. Si la publico, pierde toda la gracia.

ROSALES. Pero, chico, ¿tú no eras los pies y las manos de don Andrés? Pues ¿qué mudanza es ésta?

BONIFACIO. Está furioso, porque le ha quitado la novia.

ROSALES. ¿La novia?

CASTILLO. ¿Qué me ha de quitar a mí ese gaznápiro? En primer lugar, yo no tengo novia. Lo que hay es que ningún espíritu delicado puede ver en paciencia que venga un cerdo cargado de millones a meter las patas y el hocico donde hay una flor.

BONIFACIO. ¿Eh, qué tal?

ROSALES. Muchacho, no te entiendo. Explícame esa indignación.

CASTILLO. ¿No sabe usted que se quiere casar con la Venus de Nieve?

ROSALES. ¿Don Andrés Ramales?

CASTILLO. ¡El mismo! ¡Con la Venus de Nieve! ¡Con esa idealidad, que recuerda la monja de las *Tres Fechas*! ¡Con la única mujer a quien yo he querido!

ROSALES. Me dejas turulato, Pepe. Esto es peor que lo de la Torre Nueva de Zaragoza. Yo no lo tolero.

CASTILLO. ¡Ni yo!

BONIFACIO. ¡Ni yo, qué diablo!

CASTILLO. Si los padres son unos mercachifles indignos, aquí está Castillo el poeta para oponerse a esa profanación, en nombre de la belleza y del arte. A mí no me querrá nunca ella, porque soy un perdis y un bohemio, pero ¡vive Dios que menos que mía será de don Andrés Ramales! Esta noche lo desacredito; lo hundo; lo pongo en el ridículo más espantoso. Va a tener que irse de Guadalema. Porque usted lo sabe, y tú también, y toda la provincia: la mitad de los versos que publica ese mentecato son míos. Se los escribo yo, y él los firma; ¡pero son míos! Y me los paga bien, eso es aparte.

Tengo, pues, en mi mano su reputación, su aureola de poeta escultural: está perdido. ¡Esta noche acabo con ella!

BONIFACIO. Tú has comido fuerte.

CASTILLO. He comido fuerte, y he bebido fuerte, y traigo un frac que me han prestado. Las tres cosas me honran.

BONIFACIO. Y ¿qué has hecho? ¿Darle quizás unos versos muy malos para que los lea y decir luego que son tuyos?

CASTILLO. ¡Hombre, no! ¡Vaya una venganza!

ROSALES. Eso no se le ocurre más que a un genio que ha acabado en tonto, como tú.

BONIFACIO. ¡Je!

CASTILLO. Lo mío es diabólico; refinado; felino: parece que lo ha discurrido una mujer. No siento más sino que cualquier casualidad puede dar al traste con ello. Pero, en fin, si me protege la fortuna y llega a realizarse, esta noche hay que sangrar a don Andrés.

BONIFACIO. ¡Huy! Aquí viene.

En electo, sale don Andrés par donde se marchó y pasa hacia la puerta de la derecha. Seguros de que no los oye, lo saludan con los siguientes insultos, a los que él contesta con gestos de agrado y de cortesía.

CASTILLO. ¡Mala bestia!

BONIFACIO. ¡Melón!

CASTILLO. ¡Elefante!

ROSALES. ¡Anda a tirar de un carro!

BONIFACIO. ¡Pavo real; que no sabes hacer una aleluya!

CASTILLO. ¡Adoquín!

BONIFACIO. ¡Estafador!

ROSALES. ¡Bandido!

CASTILLO. ¡Te casarás con el ama de llaves!

ROSALES. ¡Leña, no, que ésa me gusta a mí!

Sueltan la risa al desaparecer don Andrés.

BONIFACIO. Sí, hombre, sí; bien empleado le está. Si quiere ser genio, que lo sude.

ROSALES. Y ¿de qué cabeza ha salido que en la velada de esta noche haya lectura de versitos a Manolín, como si fuese poco la velada?

CASTILLO. ¡Qué sé yo! De la de Lisonjero, probablemente; que eso no es cabeza: eso es un corcho de *champagne*. Con todo, yo le agradezco en el alma la iniciativa.

BONIFACIO. ¿También lee versos Fernanda Peñaflor?

CASTILLO. ¡También!

BONIFACIO. ¿Los conoces tú?

CASTILLO. sí: anoche me los dió para que los llevara al periódico. Como todo lo suyo: una sarta de incongruencias y de vulgaridades. Pero no suenan mal. Se irá a su casa con ovación y *oreja*.

BONIFACIO. ¿De qué te ríes?

CASTILLO. De nada.

ROSALES. ¡Pobre Manolín! A los seis años apenas cumplidos, lo empujan ya a esta vida de halagos, y de vanidades, y de mentiras… ¿Qué prisa tenían, leña? Van a destrozarlo. ¿No piensas tú lo mismo que yo?

Castillo, Lo mismo. La vida del arte, amigo Rosales, no es para niños. Parece tranquila y dichosa; pero es vista por fuera. Dentro de ella se lucha con todo el odio y con toda la pasión de que son capaces los hombres.

Lisonjero pasa otra vez como una bata desde la puerta de la izquierda a la de la derecha, dando al aire los faldones del frac.

ROSALES. ¡Allá va eso!

BONIFACIO. Éste, este saltamontes es el que más ha infamado en casa de mi principal.

CASTILLO. Amigo, está en turno. La marquesita es un poder en Guadalema, y don Jacobo es el que aspira ahora al llavín de la puerta falsa.

BONIFACIO. ¿Aspirar? Yo creo que ya tiene el llavín.

CASTILLO. Allá ellos. Rosaura no perdona medio de hallarse siempre de actualidad. Y ahora el pretexto es el niño prodigio.

ROSALES. ¡Leña! Eso es lo que más me irrita y me saca de tino: que no hay en todo este belén ni un asomo de cariño a la criatura, ni de amor al arte, ni de cosa que valga la pena; sino vanidad y vanidad, cuando no algo peor.

CASTILLO. Usted pone el dedo en la llaga; pero no es cosa de tomar el asunto muy a pechos. ¿Vamos a dar una vuelta por el salón?

ROSALES. Vamos a darla.

BONIFACIO. Yo no acompaño a ustedes.

CASTILLO. ¿Por qué?

BONIFACIO. Está doña Guillermina en la última fila de butacas, y a todo el que llega que no ha pagado el frac, le echa los gemelos. Y a mí me da vergüenza. Les debía dar vergüenza a los que no han pagado, pero me la da a mí. No voy; no voy.

CASTILLO. Pues vamos nosotros. Antes nos tomaremos dos copitas, ¿no?

ROSALES. ¿Otras dos copitas? Castillo, Castillo, que torres más altas han caído. Pero, en fin, sea.

BONIFACIO. Hasta luego.

Rosales y Castillo se van por la puerta de la derecha.

Por la de la izquierda sale Clara.

CLARA. ¡Hola, Bonifacio!

BONIFACIO. Clarita.

CLARA. ¿Hay mucha gente ya?

BONIFACIO. Mucha: no cabe un alfiler en el salón. Pero a quien usted viene buscando no ha venido.

CLARA. No… yo no vengo buscando a nadie. Ya sabe usted que no. He salido aquí con un pretexto, porque, la verdad, la charla de la marquesita me fastidia.

BONIFACIO. ¿Está allá dentro la marquesita?

CLARA. Sí. Ha entrado a conocer a mis padres. Y me choca que no ha hecho más que saludarlos y ya parece que los quiere entrañablemente. Como usted comprende, no puede ser verdad. ¿Ha visto usted a Jorge?

Bonifacio. ¡Ejem!

Clara. No tosa usted, no…

Bonifacio. ¿Es cierto que se va mañana a Madrid?

Clara. En eso anda.

Bonifacio. Y ¿es cierto que han terminado ustedes?

Clara. No…

Bonifacio. ¿No? Me han engañado. Pero…

Clara. Pero ¿qué?

Bonifacio. Nada, nada; no me gusta ser inoportuno. ¿Quiere usted que salga por ahí fuera y si lo encuentro le diga que está usted aquí?

Clara. Él debe saberlo.

Bonifacio. Con todo, yo lo hago de muy buena gana.

Clara. Si se empeña usted…

Bonifacio echa a andar hacia la puerta de la derecha, pero antes de irse se vuelve con resolución para decirle a Clara algo que le bulle en el cuerpo.

Bonifacio. ¡Me lo va usted a oír, aunque se enfade! ¡Se merece usted un hombre cabal, y no ese majadero forrado de lo mismo que tiene usted por novio! He dicho. *Vase.*

Clara. ¡Qué ingenuidad más graciosa! Cosa que se le ocurre, la suelta. *Mirando hacia la puerta de la izquierda.* ¡Vaya! Aquí viene toda la comitiva.

Salen Rosaura, doña Manuela, Quijano y el afable Villacornejo.

Rosaura. Por Dios, no se molesten más: vuélvanse con el niño.

Quijano. Es una satisfacción y un deber…

Doña Manuela. Ha sido usted tan buena con nosotros…

Villacornejo. No les choque a ustedes: ésta es así con todo el mundo. Favor que ella puede hacer, lo hace sin mirar nada.

Clara. Pues ¡ojalá se lo agradezcan todos como mis padres!

Doña Manuela. Me lo has quitado de la boca. Estoy aturdida, temblando; se me ocurren las cosas y no atino con las palabras para decirlas. Usted me disculpará si he cometido alguna falta.

ROSAURA. Ninguna, señora; ¿quién habla de faltas aquí?

QUIJANO. Pues se lo dice a usted de buena fe; y yo se lo repito con ella. Somos dos infelices: usted no tiene más que vernos.

DOÑA MANUELA. Dos pedazos de pan…

QUIJANO. Dos padres dichosos, que han tenido la ventura de… de…

CLARA. Más vale que no sigas, papá, si no quieres soltar el trapo.

ROSAURA. Se ve que son muy buenos sus papás de usted, señorita. Pero ésta no es noche de gemir, sino de estar todos muy contentos. ¿Verdad, Jacobo? ¡Ah, que no está Jacobo! Ellos, por padres del niño prodigio; usted, por hermana; yo, por iniciadora de esta fiesta, que es mi orgullo.

DOÑA MANUELA. Dice que es su orgullo, Quijano.

QUIJANO. Ya, ya.

ROSAURA. Mi orgullo, sí. ¿Quién no lo siente, al dar la mano a un genio que nace? Apreciar lo que vale ese niño, ya es algo…

VILLACORNEJO. Sobre todo sin haberlo oído.

ROSAURA. Calla. Pero contribuir a que se dé a luz, allanarle el camino de la gloria, eso es motivo para lisonjear el amor propio de la persona más modesta.

DOÑA MANUELA. ¡Oh!…

QUIJANO. ¡Oh!…

VILLACORNEJO. Hombre, y ¿a cuál de ustedes sale el chico con esa afición? Porque esas facultades suelen ser heredadas.

QUIJANO. Ahí verá usted, señor marqués. Lo grande es que en las dos familias no ha habido uno solo que sepa tocar ni la zambomba. ¡Y todos un oído infernal! ¡Je!

VILLACORNEJO. Pues sí que es cosa extraordinaria. Porque lo frecuente es salir a los antepasados. Yo he sacado todo lo de mi padre. Mire usted: mi afición a la caza, de mi padre; el quedarme dormido leyendo el *Quijote*, de mi padre; a los treinta años le empezaron a salir canas a él, a mí lo mismo; él se casó a los cuarenta, yo también; él no tuvo hijos, yo tampoco.

ROSAURA. ¿Que tu padre no tuvo hijos, Gorito?

VILLACORNEJO. Bueno, me tuvo a mí; pero yo no me cuento.

ROSAURA. Siempre con este humor. Es incorregible. Vámonos al salón; ¿te parece?

VILLACORNEJO. Pues desde que me casé, todo igual que mi padre: somos dos gotas.

ROSAURA. Vámonos, vámonos. *Despidiéndose.* Hasta luego, señora; hasta luego, señor Quijano. Adiós, señorita. Ya sé yo por nuestro amigo Lisonjero que usted completa el tesoro de aquel hogar. Seremos amigas.

CLARA. Será una honra para mí.

DOÑA MANUELA. Adiós, señora marquesa.

QUIJANO. Señora marquesa, mil gracias. Adiós, señor marqués.

VILLACORNEJO. Yo, si me aburro, daré una vuelta por acá.

ROSAURA. ¿Qué has de aburrirte, hombre? Hasta luego.

DOÑA MANUELA. Hasta luego.

ROSAURA. *Cogiéndose del brazo de su marido como si estuviera en la luna de miel.* ¿No los envidias? ¡Tener un hijo… y un hijo como Manolín! ¡Ay! *Hace una monería de despedida y se va sonriéndoles a todos.*

QUIJANO. ¿Tú has visto, Manuela? ¡Qué finura! ¡qué amabilidad!

DOÑA MANUELA. ¡Qué don de gentes! ¡qué distinción! ¡qué bonitos modales!

CLARA. Pero ¡cómo se perfuma! Yo al principio creí que me daba algo.

QUIJANO. ¡Y hay quien critique de una señora tan señora!

DOÑA MANUELA. Critican porque vale, porque es la primera donde va porque pone el mingo.

QUIJANO. Ni más ni menos.

DOÑA MANUELA. Si criticaran del marqués, que aquí ínter nos se me figura algo arrimado a la cola…

QUIJANO. ¿Qué sabes tú, infeliz? El marqués lo que es un hombre de mundo, un hombre corrido, que habla siempre con buen humor.

CLARA. Pues ha tenido dos o tres caiditas…

DOÑA MANUELA. Anda, vamos allá; que Manolín está solito con el maestro.

QUIJANO. Vamos, vamos con él.

DOÑA MANUELA. ¿Y la droguera? ¿Qué dirá esta noche la droguera?

QUIJANO. Olvida a la droguera, mujer: allá cada uno con sus pasiones.

DOÑA MANUELA. ¿Tú te quedas, Clara?

CLARA. Sí. Viene aquí Jorge, y quiero hablar con él.

DOÑA MANUELA. No te entretengas mucho.

QUIJANO. ¡Como que esto irá a empezar de un momento a otro!

Se van doña Manuela y Quijano por la puerta de la izquierda.

Por la de la derecha llega Jorge.

CLARA. ¡Hola, hombre! Dichosos los ojos. Hoy no te he visto en todo el día.

JORGE. ¿Tú sabes? No he dispuesto de dos minutos. Despidiéndome de éste, visitando a aquél, cumpliendo con una porción de mamarrachos, por no disgustar a mi familia, y, sobre todo, consolando a mi madre, que imagina la pobre que irse a Madrid es irse a los infiernos.

CLARA. Y ¿te vas mañana, por fin?

JORGE. ¡Mañana! ¡Gracias a Dios! Se me hacen siglos los momentos.

CLARA. Calma, hombre, calma; que ya estás a la puerta de la felicidad. En veinticuatro horas no ha de ocurrir nada que te lo eche todo por el suelo.

JORGE. ¡Oh! Es que en estos últimos días se me ha exacerbado la fiebre de salir de aquí, y el odio a esta tierra antipática.

CLARA. Pero ¿no hay nada en Guadalema que te haga dejarla con sentimiento?

JORGE. ¡Bah! Ya pitaste por donde pitas siempre. De modo que me lleva a Madrid la sola idea de trabajar, de luchar por un porvenir para ofrecértelo, de *llegar*, en una palabra, y te me sales echando de menos un suspirito dedicado a ti al silbar la locomotora. ¡Vamos, hombre! Tenéis las mujeres el

don ridículo de empequeñecerlo todo en la vida; de no ver más campo de acción para el hombre que el círculo que podéis trazar extendiendo los brazos.

CLARA. No te enfades; no grites. Lo que nos pasa a las mujeres es que cuando nos dice el novio que rabia por marcharse de donde estamos… pues… francamente… en nuestra pequeñez… no nos hace gracia.

JORGE. Bueno, bueno. A otra cosa. No quiero entrar contigo en discusiones que siempre acaban de mala manera. ¿Y Manolín?

CLARA. Con mis padres, esperando su hora el pobrecito. Ya ves tú: a ése, sin querer, lo hacen *llegar* a los seis años.

JORGE. ¡No; si eso está muy mal; si lo deben meter en alcanfor para que no se pique, como propone el sabio de Rosales!

CLARA. Rosales no propone eso. Pero dejemos también al niño. Óyeme.

JORGE. Qué.

CLARA. Sé, aunque no por ti, que has recibido una credencial.

JORGE. ¡Contento me tiene la credencial!

CLARA. ¡Espantárame yo! ¿No es la que habías pedido?

JORGE. ¿Qué ha de ser? ¡He de darle un millón de gracias a mi tío Paco! ¡Nos ha matado mi tío Paco! ¡Ya ves tú mi tío Paco! ¡el brazo derecho del ministro! Pues por todo favor se me descuelga soltándome un destino en que hay que ir a la oficina todos los días.

CLARA. ¿Los domingos también?

JORGE. ¡Ah! ¿te burlas?

CLARA. Pero, Jorge, ¿qué destino esperabas?

JORGE. ¡Ay, qué inocente! ¡Uno como hay muchos, para no parecer por la oficina más que a firmar la nómina, si es que no te la llevan a casa!

CLARA. Eso no lo sabía yo.

JORGE. ¡Tú no sabes nada de nada! Mira: Evaristo Rey, un amigo de ayer, como quien dice, me ha ofrecido una plaza de barrendero.

CLARA. ¿De barrendero?

JORGE. ¡Hay que agarrarse a todo! No es que yo vaya a barrer las calles, como comprenderás; ¡pero cobro lo mismo que si las barriese! ¡Y siempre es una ayuda!

CLARA. ¡Ave María purísima! Te confieso, Jorge, que nunca sospeché que en tu afán de *llegar,* como dices tú, llegaras a eso.

JORGE. ¡No, que me voy a andar con aquí la puse y con remilgos de empanada! ¡Ya le acusaré yo las cuarenta a mi tío Paco! Considera que voy a Madrid a jugarme el todo por todo: pues lo primero que necesito es tener el estómago lleno: fuego en la caldera. Porque yo no me hago ilusiones, niña. Sé cómo está Madrid; sé lo dura y lo difícil que es allí la pelea. Todos los puestos están tomados. Vas a un periódico a solicitar, y no hay periódico que no tenga su director y sus redactores; vas a un teatro con una comedia, y en cada teatro hay sesenta comedias de los paniaguados y amigos; abres un bufete, y no sueñes que nadie vaya a encomendarte un asunto; han de ir a casa de Fulano, de Zutano o de Perengano. Los conocidos, ¿sabes?, los de fama. ¡A los demás que nos coja un tranvía! ¡Este es un país despreciable! Si yo hubiera nacido en Francia…

CLARA. Por lo menos sabrías francés ahora que lo sabes muy mal.

JORGE. ¡Caramba!

CLARA. Jorge, es que te escucho con verdadero asombro. Tú no estás bueno de la cabeza. ¿Qué quieres? ¿Que los periódicos no tengan redactores hasta que tú elijas redacción, ni los teatros comedias hasta ver si tú escribes una, y que los abogados de nombre se vayan a su pueblo a arar y te dejen a ti el bufete?

JORGE. ¡No es eso!

CLARA. ¡Sí es eso! Eso, al menos, es lo que tú dices.

JORGE. ¡Lo que yo quiero es que se mueran los viejos, que obstruyen el camino de la juventud!

CLARA. Ya saltaste con el tema de los viejos. Cuando tocas a él, no puedo escucharte con calma.

JORGE. Pero ¿no es una ley natural que se mueran? ¡Pues que se mueran ya, que se mueran todos y nos dejen libres los puestos!

CLARA. Qué duda cabe en que se morirán: hoy uno, mañana otro… ¿Qué remedio les queda? ¡Pobrecitos! Pero reflexiona que fueron jóvenes como tú, y que lucharon para descansar cuando fueran viejos; sin sospechar que vendrían al mundo otros jóvenes de tan poco valer que necesitan que haya una epidemia para que se sepa que ellos viven.

JORGE. Estás agresiva.

CLARA. Lo estoy. Me duele que triunfe en tu alma ese odio a los viejos. ¿No llegarás tú a serlo alguna vez?

JORGE. ¡Cuando yo sea viejo que me tiren a la basura!

CLARA. Y que te barra un compañero de escoba, ¿no?

JORGE. ¿Eh? Pues tómalo como quieras tomarlo; pero lo que es una campañita rabiosa en un periódico de esos de escándalo, de esos que muerden por morder, contra tanto vejestorio inútil como está infestándolo todo, ¡ésa la hace el hijo de mi madre! ¡Y si me denuncian, encantado; y si voy a la cárcel, mejor; y si tengo que batirme con cuatro o seis, miel sobre hojuelas!

CLARA. Bien, bien, Jorge. Haz enhorabuena esa campaña, y mata a quien se deje, y ve a la cárcel, ya que eso parece halagarte, y chilla, y vocifera, y muerde, y escupe; pero todas las victorias que logres, si logras alguna, sea con la pluma, o con la espada, o con la escoba, ofréceselas a otra mujer.

JORGE. ¿Qué dices?

CLARA. Que no quiero seguir engañándome. Hay entre nosotros ahora mismo mucha más distancia que la que el tren va a poner mañana. Vete, y vive, y triunfa; pero no te acuerdes de mí.

JORGE. ¡Ah! ¿es que intentas amargarme el viaje?

CLARA. Al contrario: necesitas mucha independencia, mucha libertad. Mi cariño podría pesarte: vete sin él.

JORGE. Y a ti, ¿no podría pesarte de otra manera este paso que das?

CLARA. Nunca. En todo caso, si tú fueras capaz de volver a ser el de antes. Pero entonces… tú me buscarías.

JORGE. ¿Lloras?

CLARA. No.

JORGE. Mira que no estoy en el caso de suplicar.

CLARA. Ni yo en el de escuchar tus súplicas.

JORGE. ¿Quiere decir que esto acabó?

CLARA. Quiere decir que tú no eres Jorge; que tú eres otro… y que ése no es el mío.

JORGE. Más claro, agua. Bien está. No lo esperaba, pero bien está. Después de todo, razón te sobra: ¡menos peso para el camino!

CLARA. Poco menos, pero menos al fin.

JORGE. Adiós, Clara.

CLARA. Adiós, Jorge. Te deseo fortuna.

JORGE. Y a ti yo. *Vase por la puerta de la derecha, mirándola.*

Ella se va por la de la izquierda.

Sale por la de la derecha Fernanda Peñaflor, solterona y poetisa, del brazo de don Vicente de la Sosa. Lisonjero sale tras ellos.

FERNANDA. Usted siempre, señor De la Sosa, pródigo de galantería.

DON VICENTE. Traer a usted de mi brazo y no elogiarla, fuera incultura manifiesta.

LISONJERO. Con la venia de usted, señor presidente, yo creo que debemos comenzar.

DON VICENTE. ¡Ah! sí, sí; usted manda, querido Lisonjero. ¿No falta nadie?

LISONJERO. Nadie.

DON VICENTE. Pues a comenzar en seguida.

FERNANDA. ¿Y mi *colega* don Andrés, ha venido?

LISONJERO. ¿Cómo no, si es uno de los *números* del programa? Voy corriendo por Manolín y su familia. Pero no… Pero sí… Antes es conveniente… *Llamando.* ¡Isidoro! ¡Isidoro!

ISIDORO. *Presentándose en la puerta de la derecha.* Señor secretario.

LISONJERO. Va a empezar la fiesta. Mucho ojo: aquí no entra nadie más que las personas de la casa.

ISIDORO. Entendido, señor secretario.

LISONJERO. ¿Los del telón están arriba?

ISIDORO. Hace media hora, señor secretario.

LISONJERO. Así me gusta. Puedes retirarte.

ISIDORO. Con permiso de usted, señor secretario.

LISONJERO. ¡Ah!

ISIDORO. Señor secretario.

LISONJERO. Prevenidos muchos vasos de agua.

ISIDORO. Doce tengo dispuestos, señor secretario.

LISONJERO. Está bien. Puedes retirarte.

ISIDORO. Servir a usted, señor secretario.

LISONJERO. ¿Qué más? ¿Qué más, señor secretario? ¡Ah! La otra puerta. *Vase por la de la izquierda, llamando*. ¡Perico! ¡Perico!

FERNANDA. ¿Va usted a hablar largo tiempo, señor presidente?

DON VICENTE. ¡Oh! no; sólo cuatro palabras.

FERNANDA. ¿Cuatro palabras? Cuatro perlas.

DON VICENTE. ¡Oh! Perlas, las que usted verterá en correctos endecasílabos.

FERNANDA. ¡Oh!

DON VICENTE. Precisamente he de hablar yo poco, para no dilatar el momento de su lectura.

FERNANDA. ¡Oh! Hay dos Lisonjeros en el Casino: el secretario y el presidente.

DON VICENTE. ¡Oh! No son lisonjas mis palabras, si bien celebro el juego del vocablo. Contadas estrofas conozco yo en el lenguaje de Zorrilla que puedan igualarse al primoroso soneto que va usted a leer.

FERNANDA. ¡Oh! Se aventaja usted en amabilidad cada día. Pero aunque fuera, como usted dice, un primor mi pobre soneto, ¿qué valdrá comparado con el discurso que le ha de preceder? Yo no soy más que modesta artífice de la rima; usted es soberano artista de la palabra. Yo bebo en mi vaso, como Musset; usted bebe en el río.

DON VICENTE. ¡Oh!

FERNANDA. ¿Qué digo en el río? ¡En el mar!

DON VICENTE. ¡Oh!

FERNANDA. De ahí las sales de su prodigiosa elocuencia.

DON VICENTE. ¡Abrumado, Fernandita, abrumado!

FERNANDA. ¡Porque el genio abruma!

DON VICENTE. Pues ¿cómo puede usted vivir?

FERNANDA. ¡Abrumada yo!

DON VICENTE. ¡Oh!

FERNANDA. ¡Oh!

DON VICENTE. (¡Esta señorita y yo nos damos unos bombos interminables!).

Sale Rosales por la puerta de la derecha. Lo sigue Isidoro. A poco, por la misma puerta, sale don Andrés.

ROSALES. Fernandita, señor presidente, buenas noches.

DON VICENTE. Bienvenido, señor Rosales.

ROSALES. Isidoro no quiere dejarme pasar; pero ¡leña!, yo le he curado al chico la escarlatina, el sarampión y unas gástricas; tengo más derecho que nadie a estar aquí.

DON VICENTE. Y nosotros recibimos en ello una gran merced.

ROSALES. Se agradece. *A Isidoro.* Ya lo oyes, tú.

ISIDORO. Señor Rosales, usted me ha de dispensar; pero a mí me mandan…

ROSALES. Sí, hombre, sí.

ISIDORO. Y como me mandan… no puedo hacer más que lo que me mandan. Usted me ha de dispensar, señor Rosales. Con permiso. *Se va.*

ROSALES. Además, amigo don Vicente, hay otra razón para que yo esté aquí. Va a leer unos versos don Andrés Ramales; puede ocurrir un cataclismo… y siempre es bueno que haya un médico cerca.

FERNANDA. Por Dios, Rosales, que ahí llega don Andrés.

ROSALES. ¡Que llegue! ¡No se enterará, no! ¡Leña, qué sordo está el infeliz! Hay que hablarle con banderitas, como a los barcos.

DON ANDRÉS. Fernandita, acaban de decirme que la composición de usted es una joya. No me ha sorprendido.

FERNANDA. *Apelando, naturalmente, a la mímica.* ¡Oh! La de usted, la de usted es la que creo que es admirable.

DON ANDRÉS. Allá veremos.

ROSALES. Como no es suya, no sabe qué decir.

FERNANDA. ¡Don Pascual!

ROSALES. ¡Si no oye un cañonazo!

FERNANDA. Pero ¿usted cree en esas calumnias?

ROSALES. Desde que usted me lo dijo.

FERNANDA. Este Rosales es terrible.

DON VICENTE. ¡Oh!

LISONJERO. ¡Ajajá! Ya viene todo el mundo. Son las diez menos dos. Vamos a empezar al momento. A mí se me ocurre, salvo mejor opinión de cualquiera…

Sale don Elías por la puerta de la izquierda. En la mano trae el violín del niño.

DON ELÍAS. Digo, señor Lisonjero, que yo estoy a la disposición de ustedes y de todos… que mi papel aquí se reduce a servirlos a todos…

LISONJERO. Gracias mil en nombre de todos, querido don Elías. Pues a mí se me ocurre, salvo mejor opinión de cualquiera…

Llega Bonifacio por la puerta de la derecha. Lo sigue Isidoro.

BONIFACIO. Don Jacobo, tápeme usted la boca y los oídos, si teme que sea inconveniente o molesto; áteme usted a la pata de una silla, pero déjeme usted que me quede aquí con los padres del niño. Yo he visto a esa criatura nacer; yo avisé al médico cuando se puso mala doña Manuela —y aquí está el médico, que no me dejará mentir—; yo…

LISONJERO. Ni una palabra más, Bonifacio. Complacidísimo yo en complacerlo.

Bonifacio. Dios se lo pague. *A Isidoro.* Tú, ya lo oyes.

Isidoro. Don Bonifacio, usted me ha de dispensar; pero a mí me mandan… y como me mandan… no puedo hacer más que lo que me mandan. Usted me ha de dispensar, don Bonifacio.

Lisonjero. Estás dispensado: retírate.

Isidoro. *Obedeciendo.* (¡Qué país! ¡No se cumple una orden!).

Lisonjero. Pues… a mí se me ocurre, salvo mejor opinión de cualquiera…

*Por la puerta de la izquierda salen en esto doña Manuela, Clara, Quijano y Manolín, a quien han vestido de pantalón corto y «*smoking*».*

Quijano. Vamos, vamos allá, valiente.

Don Vicente. ¡Oh!

Fernanda. ¡Oh!

Don Vicente. ¡Aquí está el héroe de la jornada!

Fernanda. ¡Aquí está el prodigio! ¡Qué preciosidad de criatura! ¡qué encanto! ¡qué rayo de inteligencia en su mirada! Permítanme los felices padres que estampe un ósculo en la frente del genio. *Lo hace como lo dice.*

Doña Manuela. Gracias, señora.

Don Vicente. *Besando también a Manolín* ¿Esta noche tocarás mejor que nunca, verdad?

Manolín. *Encogiéndose de hombros.* Sí.

Quijano. ¡Dice que sí!

Doña Manuela. ¡Dice que sí! No se corta, no; no se corta.

Don Vicente. La seguridad del genio prematuro. Todos los genios han dicho que sí.

Fernanda. ¡Sí! Divina palabra. ¿Quién no aspira a decir que sí alguna vez?

Doña Manuela. ¡Hijo de mi corazón, bonito! *Lo besa.*

Quijano. ¡Hijo de mi alma! *Lo besa también.*

Don Elías. ¿Y para el maestrillo viejo, no ha quedado ninguno? ¡Je! *Lo besa.*

LISONJERO. Vaya, vaya, no me lo impresionen más, que pudieran perjudicarlo. Decía yo que, salvo la mejor opinión de cualquiera, veo la velada en la forma siguiente: ya está arriba el telón. El escenario aparece solo. Allí no quiero nunca más de dos personas. Acto seguido usted, señor presidente, sube con Manolín. Aplauso Cuatro palabras presentando al chico. Aplauso. Deja a Manolín y baja por Fernandita. Aplauso. Lee Fernandita. Aplauso. Baja Fernandita y sube don Andrés. Aplauso. Lee don Andrés. Aplauso. Baja don Andrés y sube don Elías. Aplauso. Pone los papeles sobre el atril y empieza a tocar el niño el programa impreso. ¿Es así?

DON VICENTE. Menos el aplauso a mi discurso…

FERNANDA. Menos el aplauso a mi poesía…

LISONJERO. Bueno, bueno: ya veo que es así Prevenidos todos, que voy a levantar el telón.

Emoción general. Los padres dan toquecitos a Manolín en la cabellera y en el traje; don Elías parece aturdido, la muchacha tiembla, Bonifacio va de aquí para allá, Rosales se sienta, y observa el curso de la velada con creciente disgusto; Fernanda repasa sus versos; don Andrés parece que rumia los suyos, y el Presidente, un tanto morado, se estira los puños, se afila el bigote y como que ordena en la imaginación sus ideas. Lisonjero sube por la izquierda un escalón de la gradilla y toca dos veces un timbre que hay en la pared del foro.

DOÑA MANUELA. Ánimo, hijo mío.

QUIJANO. No le digas nada, mujer.

BONIFACIO. ¿Tiene usted miedo, Clara?

CLARA. Mucho: mire usted cómo tiemblo. No sé cómo mi tía Guillermina puede estar en el público.

LISONJERO. Prevención. *Suena el timbre.* Ejecución. *Vuelve a sonar el timbre.*

Óyese el ruido que el telón al levantarse produce. Por ambos lados del forillo entra alguna luz del salón. Óyese luego el rumor del público y un largo siseo que impone silencio general.

ROSALES. Ya no tiene remedio.

Lisonjero. *Bajando la voz.* Cuando usted guste, señor presidente. Yo me voy al público a romper el primer aplauso. *Vase precipitadamente por la puerta de la derecha.*

Don Vicente. Vamos allá. Dame la mano, Manolín.

La emoción aumenta. Doña Manuela se santigua. El Presidente, llevando de la mano a Manolín, sube al escenario. Estalla un aplauso, que se mantiene unos instantes, y que ya sabemos que rompe Lisonjero.

Bonifacio. (¡Como a mí: lo mismo que a mí!).

Por el hueco de la izquierda miran con ansiedad los padres del niño, y por el de la derecha Clara y don Elías. Inútil es decir que toda la atención está en el escenario. Don Andrés, no obstante, como es sordo, no vive más que para sus versos.

Don Vicente. *Una vez que cesa el aplauso.* «Señoras, señoritas, señores: No creáis que voy a hacer un discurso.»

Rosales. (¿No lo han de creer, ¡leña!, si siempre empiezas así y siempre lo haces?).

Don Vicente. «Nada más lejos de mi ánimo, ni más inoportuno en estos momentos. Es mi intención sólo, es mi deber, es mi obligación, si queréis, haceros la presentación oficial por así decirlo, de este niño artista, verdadera maravilla de la Naturaleza, que ya, a buen seguro, ha cautivado vuestros corazones y vuestros ojos con los encantos indudables de su presencia de ángel de Murillo.»

Bonifacio. (¡Como a mí!).

Fernanda. ¡Es una palabra de oro! ¡de oro!

Don Andrés. ¡Qué bien habla ese hombre!

Rosales. ¿Usted qué sabe?

Quijano. ¡Ssssch!

Silencio largo.

Fernanda. ¿Por qué no sigue?

Clara. Porque está bebiendo.

Fernanda. ¿Ya?

DON VICENTE. «Pronto, cuando escuchéis embelesados las melodías suaves, las melodías valientes, las melodías sublimes que arranque el niño de las cuerdas de su violín, comprenderéis que no es hiperbólica mi palabra al calificar como califico a nuestro pequeño conterráneo.»

DOÑA MANUELA. *A Quijano.* (¿Conte qué ha dicho?).

QUIJANO. Conterráneo.

DOÑA MANUELA. Y ¿qué es eso?

QUIJANO. Será violinista.

DON VICENTE. «¿Os acordáis de la niñez de Mozart? Pues aquí tenéis el segundo tomo.»

DON ELÍAS. Muy bien, muy bien…

QUIJANO. ¡Ssssch!

DON VICENTE. «Pudiera yo extenderme ahora, abusando de vuestra benevolencia, en altas consideraciones a propósito de la influencia educadora que la música ejerce en el espíritu de los hombres que forman las naciones que se dicen cultas. Pero os hago gracia de esta digresión erudita, porque ya veo en vuestros ojos la impaciencia legítima de que yo abandone este sitial que inmerecidamente ocupo, para deleitaros en escuchar al niño prodigioso, y antes que a él, las inspiradísimas poesías a él dedicadas por nuestra ilustre conterránea Fernanda Peñaflor, y por el inspirado literato don Andrés Ramales, también nuestro querido conterráneo.»

DOÑA MANUELA. *A Quijano.* (Hay que averiguar lo que es eso).

DON VICENTE. «Dejo, pues, de molestar vuestra atención y os doy las gracias por vuestra condescendencia y cortesía; y al marcharme de aquí, fija la mirada en la frente del niño, me atrevo a exclamar: ¡honra y prez a quien ha podido a los seis años y tres meses de su edad, por la magia de su mérito indiscutible, reunir en el modesto salón de esta modestísima Casa a la sociedad de Guadalema en su representación más culta y espumosa! He dicho.»

Estalla dentro un nuevo aplauso prolongado. Baja nuestro hombre con las mejillas como tomates. Todos lo felicitan.

DOÑA MANUELA. ¡Muy bien, señor, muy bien!

QUIJANO. ¡Admirable, admirable!

FERNANDA. ¡Oh! ¡De oro! ¡De oro y muchas piedras!

BONIFACIO. ¡Enhorabuena, don Vicente!

ROSALES. ¡Enhorabuena!

DON ELÍAS. ¡Muy bonito!

DON VICENTE. Nada… cuatro palabras… Presentar al chico… salir del paso… *A Clara, que no le ha dicho nada.* ¿Verdad?

CLARA. *Maquinalmente.* Muy bien, muy bien…

Por la puerta de la derecha sale Isidoro a reponer el agua. Por la misma puerta llega Lisonjero como una exhalación, y estrecha entre sus brazos a don Vicente.

LISONJERO. ¡Bravo, maestro, bravo! ¡Como de usted!

DON VICENTE. ¡Oh!…

LISONJERO. Quedamos en que ahora sube usted del brazo a Fernandita y vuelve aquí.

DON VICENTE. De acuerdo.

LISONJERO. Yo me voy a romper el aplauso. *Vase corriendo.*

DON VICENTE. ¿Fernandita?

FERNANDA. *Cogiéndose de él.* Con mil amores. Cada día hay mayor belleza en su palabra, De la Sosa.

DON VICENTE. ¡Oh! Las bellezas de la velada principian con usted.

FERNANDA. ¡Oh!

Suben al escenario. Aplauso caluroso. Durante él vuelve don Vicente.

DON VICENTE. Escuchemos, porque tiene que oír.

FERNANDA. *Sacando, no se sabe de dónde, una voz que no es la que usa a diario.*

«AL NIÑO PRODIGIO

SONETO

¡Salve, niño genial, sol de tu casa!
¡Salve, gloria de España venidera,
clavel de anticipada primavera,
cuyo aroma los ámbitos traspasa!
En los comienzos de tu edad escasa,
alumbras ya cual fúlgida lumbrera,
y ven absortas tu veloz carrera
aristocracia, clase media y masa.
De tu fama los límpidos albores
el cielo de las glorias ya han teñido
de vivos e irisados resplandores.
¡Surge, y eleva al cielo tu sonido!
¡Callen todos los pájaros cantores!
¡Música celestial, ya te han vencido!»

Nuevo aplauso dentro, más caluroso aún que el anterior, porque el soneto ha durado menos tiempo que el discurso. Don Vicente va a recoger a Fernanda, con quien vuelve en seguida.

ROSALES. (Y si Manolín tuviera mi edad, ¿qué pensaría de todo esto, leña?).

DON VICENTE. ¿Y era usted quien hablaba de piedras, Fernandita?

FERNANDA. ¡Oh!

DOÑA MANUELA. ¡Precioso, señora, precioso!

QUIJANO. Nuestro hijo no merece tanto.

DON ELÍAS. A mí me ha hecho llorar.

FERNANDA. ¡Oh!

DON ELÍAS. Es verdad que no hago más que llorar esta noche.

ROSALES. Son muy sentidos; mucho.

BONIFACIO. ¡Mucho!

FERNANDA. Eso sí; corazón he puesto.

CLARA. Suenan muy bien, muy bien…

DON ANDRÉS. Enhorabuena, maestra.

LISONJERO. *Llegando como antes.* ¡Primorosísimo! ¡primorosísimo! ¡Es la perla de la velada!

FERNANDA. ¡Oh, cuantísima amabilidad!

DOÑA MANUELA. Ya nos dará usted una copia de su puño y letra.

FERNANDA. ¡Ya lo creo! Una a cada uno. ¿Y ha visto usted, Jacobo, con cuánta seriedad lo escucha todo Manolín?

LISONJERO. ¡Como que tiene muchísimo talento! *A don Andrés, que sigue abstraído con su poesía.* Señor Ramales, ha llegado su turno.

DON ANDRÉS. ¿Eh?

LISONJERO. Usted, usted ya.

DON ANDRÉS. ¿Yo?

LISONJERO. Sí.

DON ANDRÉS. Allá voy. *Se dispone a subir después de cerciorarse de que lleva los versos en al bolsillo.*

LISONJERO. Yo me salgo a romper el aplauso. Es inútil, porque no ha de oírlo; pero no importa. *Se va.*

BONIFACIO. *A Rosales.* (¿Qué le pasa a usted, don Pascual?

ROSALES. ¡Que me está entrando la calentura! ¡leña! ¡Que esto es contra mis nervios!).

Tibio aplauso dentro, a la presentación de don Andrés. Sale Castillo por la puerta de la derecha y habla rápida y misteriosamente con Bonifacio. Trae el gabán al hombro.

CASTILLO. Bonifacio.

BONIFACIO. ¡Hola!

CASTILLO. Yo me voy al Suizo. Si don Andrés nombra padrinos, allí te espero.

BONIFACIO. ¿Qué dices?

CASTILLO. Ahora lo verás: es de lo que no tiene solución; porque te advierto que la Venus de Nieve está en el público.

QUIJANO. ¡Ssssch!

DON ANDRÉS. *Comenzando a leer.*

«AL NIÑO PRODIGIO

SONETO»

FERNANDA. ¡Oiga! ¡Hemos coincidido en la combinación!

Don Andrés empieza a leer a grandes voces, para que no quede duda de que no es suyo, aunque él lo hace para lo contrario, el mismo soneto que acaba de leer la poetisa. La cara de ésta en primer término, su indignación, el asombro de todos los presentes y el revuelo que se arma en el público con rumores, comentarios y carcajadas, son indescriptibles. Al llegar a lo de la «masa»*, don Andrés nota que algo extraño sucede allí, y a las señas que el Presidente, llamándolo, le hace, baja a enterarse de lo que ocurre sin acabar de leer el soneto. Castillo, que se frotaba las manos de gusto, se va de estampía. Bonifacio, durante todo el lance, se ve acometido de una risa nerviosa, que no puede el hombre contener. El diálogo que va escrito a continuación es el que se habla durante la lectura de los dos cuartetos.*

FERNANDA. ¡Ese verso es mío!

DON VICENTE. ¿Qué es esto?

FERNANDA. ¡Y ése también!

BONIFACIO. ¡Atiza!

QUIJANO. ¡Es igual!

DOÑA MANUELA. ¡Es lo mismo!

CLARA. ¿Por qué lee lo mismo?

FERNANDA. ¿Usted se explica este despojo?

ROSALES. ¡La broma es de ursulinas! ¡leña!

DON VICENTE. ¡Qué escándalo!

FERNANDA. ¡Qué abuso!

DON ELÍAS. Pero ¿cómo ha ocurrido esto?

QUIJANO. ¡Y el público lo está tomando a burla!

ROSALES. ¡Naturalmente!

DOÑA MANUELA. ¡Ay, Dios mío! ¡Pobre Manolín!

DON VICENTE. ¡Calma, silencio, calma!

CLARA. ¡Que le digan a ese señor que está haciendo el ridículo!

FERNANDA. ¡Y que lo metan preso!

DON ELÍAS. ¡Jesús! ¡Jesús!

DON VICENTE. *Llamando al poeta.* ¡Señor Ramales! ¡Señor Ramales!

CASTILLO. *Satisfecho del efecto de su jugada.* ¡Hasta mañana, si Dios quiere! ¡Buenas noches! *Se va.*

BONIFACIO. ¡Es el demonio que anda suelto!

DON VICENTE. ¡Señor Ramales, baje usted!

DON ELÍAS. Ya parece que se ha enterado.

DON ANDRÉS. *Desde dentro aún.* ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

DON VICENTE. ¡Baje usted!

DON ANDRÉS. ¿Eh?

DON VICENTE. ¡Baje usted!

DON ANDRÉS. *Apareciendo por la izquierda de la gradilla, asustadísimo.* Pero ¿qué sucede? ¿Es que hay fuego?

FERNANDA. ¡Lo que hay es que el soneto es mío!

DON ANDRÉS. ¿Eh?

FERNANDA. ¡Que el soneto es mío!

DON VICENTE. ¡No se entera!

DOÑA MANUELA. ¡Ha estropeado usted la función!

DON ANDRÉS. ¿Eh?

FERNANDA. *Mostrándole su manuscrito, indignada.* ¡Mire usted: para que lo entienda de algún modo!

DON ANDRÉS. ¿Eh? *Fijándose en el manuscrito.* ¿Cómo? ¿Es posible? ¿Dónde está Castillo?

FERNANDA. ¡Qué sé yo!

ROSALES. ¡Hay para irse de España!

DON ANDRÉS. ¿Dónde está Castillo?

Al tiempo que va a marcharse en busca de Castillo, echando venablos, llega Lisonjero y se encara con él.

LISONJERO. ¡Cuando se es tan sordo como usted, señor mío, se escriben versos originales! ¡Es usted un zampatortas!

DON ANDRÉS. ¡No tolero que me grite nadie!

LISONJERO. ¡Pues le grita a usted todo el mundo!

DON ANDRÉS. Pero ¿dónde está ese Castillo? ¡Se va a acordar de mí! ¡Lo descalabro! ¡Lo reviento!

Vase el hombre como perro con lata.

LISONJERO. ¡Valiente escándalo!

DON VICENTE. ¡Valiente cinismo!

FERNANDA. ¡Es una broma estúpida!

LISONJERO. ¡Ha sido un borrón en la fiesta!

QUIJANO. ¿Y Manolín? ¿Qué ha hecho Manolín?

LISONJERO. ¡Reírse, como todo el mundo! Por Dios, maestro, suba usted, a ver si con su presencia se normaliza el curso de esto y se acalla esa marejada al comprender que el chico va a tocar.

DON ELÍAS. Sí, señor; sí, señor. Voy corriendo.

DOÑA MANUELA. Ande, sí, querido don Elías.

DON ELÍAS. *Tropezando al subir la grada*. ¡Demonches!

LISONJERO. ¿Qué ha sido?

CLARA. ¿Se ha hecho usted daño?

DON ELÍAS. Nada, nada; no ha sido nada.

DOÑA MANUELA. ¡Ay, Virgen María!

QUIJANO. Tranquilízate tú: no te excites.

LISONJERO. ¿Ve usted? Está la gente distraída. No aplauden al maestro, como a los demás, porque yo no he roto el aplauso. Voy a escape fuera. ¡Qué trajín! ¡Qué noche! ¡Bien merezco el premio soñado! *Vase como siempre.*

DON VICENTE. Ya se vuelve a hacer el silencio.

CLARA. Sí, sí; ya se calman.

QUIJANO. Callemos todos, por el amor de Dios.

DOÑA MANUELA. Callemos; callemos todos.

DON VICENTE. Todos. Va a empezar a sonar el lenguaje divino, como celeste voz ante la cual se rinden todas nuestras pasiones.

ROSALES. ¡Silencio!

En efecto, en este momento hay silencio absoluto dentro y fuera. Principia a oírse el violín del niño, acompañado por don Elías al piano. Los padres están abrazados. Clara escucha con emoción profunda. Los demás personajes oyen también, silenciosos y quietos. Al acabar la pieza musical, una verdadera ovación resuena allá dentro, en la que se mezclan voces de «¡Bravo! ¡bravo!». También aplauden don Vicente, Bonifacio y Fernanda. Quijano y doña Manuela se besan y se abrazan llorosos de alegría.

DOÑA MANUELA. ¡Hijo de mi vida!

QUIJANO. ¿Tú oyes, Manuela? ¡Cómo aplauden!

DOÑA MANUELA. ¡Cómo lo vitorean!

QUIJANO. ¡Con entusiasmo! ¡Con frenesí!

DOÑA MANUELA. ¡Dios lo bendiga!

FERNANDA. ¡Portentoso! ¡Portentoso!

DON VICENTE. Usted lo ha dicho: ¡portentoso! Es la palabra justa.

El corazón de Clara, vencido por sentimientos nuevos y complejos, estalla en llanto. Los padres acuden a ella.

DOÑA MANUELA. Clara, hija mía, ¿qué es eso?

QUIJANO. ¿Qué tienes, niña?

DOÑA MANUELA. ¿Qué tienes?

QUIJANO. ¿Por qué lloras?

CLARA. *Entre lágrimas.* No sé explicármelo… pero los aplausos a Manolín… me han dado de pronto mucha pena.

QUIJANO. Vamos, no seas niña: serénate…

DOÑA MANUELA. Estás muy nerviosa; muy emocionada… Haz un esfuerzo sobre ti…

QUIJANO. Vamos, vamos…

Don Vicente. *A Fernanda, con quien entusiasmado comenta el éxito.* Dice usted bien: ¡así salen los grandes artistas!

Rosales. ¡No, señor, no: así se matan!

Quijano. ¿Eh?

Doña Manuela. ¿Qué?

Don Vicente. ¿Así se matan?

Rosales. ¡Así se matan!

Fernanda. ¡Silencio! Vuelve a hablar otra vez el niño prodigio.

Don Vicente. ¡Silencio!

Reina otra vez silencio absoluto y todos atienden como antes. Óyese de nuevo el violín.

Bonifacio. *A Rosales.* (¿Asombrará al mundo con su genio o acabará lo mismo que yo?

Rosales. *A Bonifacio.* ¡Sea lo que quiera y llegue adonde llegue, yo te digo que esto es inhumano!)

Quijano. ¡Silencio!

El telón cae con lentitud.

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía. Madrid, agosto y octubre, 1906.

NANITA, NANA...

ENTREMÉS

CON MÚSICA DEL MAESTRO JOSÉ SERRANO

Estrenado en el **TEATRO DE APOLO** el 27 de febrero de 1907

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Magdalena.	Joaquina del Pino.
María Luisa.	Gorita Novo.
Señor Leandro.	José Mesejo.
José.	Emilio Carreras.
El Sereno.	Pedro Ruiz de Arana

NANITA, NANA...

Alcoba blanca y pobre, en casa de Magdalena, en Sevilla. Una puerta a Ja derecha y otra a la izquierda. Al foro, hacia la derecha del actor, una ventana que da a la calle, y cuyas vidrieras están cerradas. Junto a la ventana, una cunita, donde duerme María Luisa. Varias sillas, una cómoda y una mesa. Sobre la cómoda, un cuadro con alguna imagen de la Virgen, ante la cual arde una lamparilla.

Es de noche. Cerca de la ventana, en la calle, un farol encendido.

MAGDALENA. *Acabando de cantarle la nana a María Luisa, que duerme.*

Nanita, nana,
duérmete tú, rosita
de mi ventana.

La arropa con mimo y cuidado. Hija de mi arma: ya se quedó otra vez dormidita… ¡Qué presiosa eres! Dios te bendiga y te dé más suerte que a tu madre, ánger mío. *La besa.* Con la cansión de la niña que se vuerve rosa, se queda siempre cuajaíta… La escucha embelesá. Como no se la cante, no se duerme a gusto. *Se sienta junto a la ventana y suspira.* ¡Ea! ¡A esperá a esos bigardones ahora! Es mucho sino er mío: mi padre, borracho; por er vino se pierde: se pierde, y no parese en ocho días; mi madre, que no lo despresia tampoco; mi cuñao… que ¡vamos ayá!… y mi marío… que ve una caña y es capaz de cantarle una saeta. Y cuidao que es bueno. Porque José es bueno… Quitándole la bebía… quitándole er juego… quitándole er tabaco… y

quitándole que pa di a los toros empeña hasta la voz… es más bueno que er pan er pobresito. Lo que se dise en otras mujeres, no piensa é: eso lo tengo a orguyo. Pa mi José no hay más que su Madalena. Pué que sea porque no tiene tiempo… *Mirando por los cristales a la calle.* ¿A vé?… ¿Viene ahí?… *Se ve pasar al señor Leandro dando tumbos.* No, no es José… ¡Es er gandulaso de mi papá!… Y me paese que viene como pa atravesá er río por sima un alambre. *Se va por la puerta de la derecha, y a poco se la oye discutir dentro con el señor Leandro, que trae una borrachera como para tres o cuatro personas, y sobra vino.*

Señor Leandro. *Saliendo con Magdalena y hablando a gritos.* ¡Qué monserga de que me caye ni que me caye! ¡Toas las noches hemos de tené la misma historia!

Magdalena. ¡Chssss!

Señor Leandro. ¡No quiero! ¿No estoy en mi casa? ¿eh? ¿No soy er jefe de la casa? ¿eh? ¿No soy yo er que suerta la guita pa pagá la casa? ¿eh?

Magdalena. Si, sí…

Señor Leandro. Entonses, ¿a qué canastos me dises que me caye?

Magdalena. Porque está dormida la niña… y se va a despertá el angelito…

Señor Leandro. ¡Que se despierte! ¡Soy su abuelo!

Magdalena. Pos paese mentira.

Señor Leandro. ¡Pos es verdá!… ¡Y esa niña es tuya porque yo he querío!… ¿te enteras?… ¡porque yo me casé con tu madre!… Y yo me casé con tu madre esclusivamente pa que tú vinieras ar mundo… porque si no yega a sé pa eso… ¡qué canastos me había yo de casa con tu madre!

Magdalena. Bueno, sí; tienes mucha rasón… Caya y vete a la cama.

Señor Leandro. ¡Ahora sí me cayo! *Chillando más que nunca.* ¡Me cayo, porque se me pide por las buenas! Si no, ¡qué canastos había yo de cayarme! ¡Pero por las buenas me cayo! ¡me cayo! ¡ya lo creo que me cayo! ¡Leandro, a vé si te cayas!

María Luisa. ¡Mamá! ¡mamá!

Magdalena. ¿Ves? ¡Ya se ha despertao la pobresita!

Señor Leandro. ¡Que se despierte! ¡Soy su abuelo!

Magdalena. Vas a dá lugá a que venga er sereno a los gritos.

Señor Leandro. ¡Que venga! ¡Soy su abuelo!

Magdalena. ¿Der sereno también?

Señor Leandro. ¡Y de los Hércules de la Alamea! ¡Soy su abuelo! Y sobre to, ¿no estoy en mi casa? ¿eh?

Magdalena. Anda, anda pa dentro…

Señor Leandro. ¿No soy el amo de mi casa? ¿eh?

Magdalena. Anda, condenasión, anda ya… *Lo mete a empujones por la puerta de la izquierda.*

María Luisa. ¡Mamá! ¡mamaíta!

Magdalena. Ayá voy, hija mía, ayá voy.

María Luisa. ¡Mamá!

Magdalena. *Acercándosele y acariciándola.* Si estoy aquí, tontiya: no te asustes tú. Anda, duérmete, gloria. Vaya, a serrá los ojitos… Er que gritaba era el abuelo, que venía… con un amigo de confiansa. No te asustes. Ea, ea, a serrá los ojitos y a dormí: hasta mañana si Dios quiere. Se va a dormí mí niña, ¿verdá? —Está asustaíta, la pobre—. ¿Qué quieres tú, reina, qué quieres tú? ¿Te canto otra vez la cansión de la niña a que convirtió la Virgen en rosa porque le pegaba su madre? ¿Te la canto? ¿Se la canto a mi nena? *La niña asiente con la cabecita.* ¿Que sí? Pos vaya que sea: se la voy a cantá mejó que nunca. *Le da muchos besos.* ¡Si no te tengo más que a ti en er mundo!…

Música

A una niña bonita
como una estreya,
le pegaba su madre:
¡mardita eya!

Ar saberlo la Virgen,
madre cristiana,

vorvió a la niña rosa
de la ventana.

Nana, nanita,
¿en dónde está la pobre
niña bonita?

La buscaba su madre
con desconsuelo:
«¿Quién se yevó a mi niña,
Virgen der sielo?»

Y regando sus flores
una mañana,
le dió un beso a la rosa
de la ventana.

Y er beso dando,
de la rosa la niña
salió cantando.

La madre ar vé que un beso
se la vorvía,
besándole la cara
se yevó er día.

Y no vorvió a pegarle,
¡bendita eya!
a la niña bonita
como una estreya.

Nanita, nana,

duérmete tú, rosita
de mi ventana.

Cesa la música.

Contemplando a María Luisa. Ya está dormidita. ¡Ay, ánger mío, lo que me hase cantá toas las noches! Voy a tomá una poquita e agua. *Bebe de un vaso que hay encima de la cómoda. Dentro, en la calle, óyese poco después ruido de cristales rotos.* ¡Jesús! Ya está ahí ése. Un faró menos. ¡Miste que la manera de yamá! Y mañana, naturarmente, vorverá er guindiya der Juzgao. ¡Ay, qué pasensia hase farta, Dios mío, qué pasensia! *Vase por la puerta de la derecha.*

En seguida vuelve con José, que no digamos que trae una borrachera como la de su señor suegro, pero sí que no le faltan tres copas para igualarla.

José. *Con voz llorosa y triste.* ¿Me perdonas, mujé? ¿me perdonas?

Magdalena. Habla bajo, que duerme la niña.

José. ¿Me perdonas?

Magdalena. Sí, te perdono, sí; pero ¿de ánde vienes de esa manera?

José. De insurtá ar río, que está cresiendo una barbaridá. El agua en Seviya es la perdisión de los pobres.

Magdalena. ¡Mía si er vino que bebes se te volviera sá, pa que te yevaras un año seguío pidiendo agua!

José. ¡Agua, no!

Magdalena. Agua, agua.

José. ¡Agua no, Madalena, agua no! ¡To lo que tú quieras menos agua!

Magdalena. Estás que te caes… Anda a dormirla pronto. ¿Pa qué demonios beberás?

José. Mujé, porque al agua le tengo tirria; y descartando el agua, si no bebo vino, ¿qué vi a bebé? ¿aseite?

Magdalena. Pero ¿no me dijiste ayé que te matara si cogías otra borrachera, bribón?

JOSÉ. Sí, Madalena, pero acuérdate der sordao der cuento: ésta no es otra; es la misma de ayé.

MAGDALENA. Tienes rasón, José, tienes rasón; anda pa dentro… anda… anda a acostarte.

JOSÉ. Pero ¿tú estás enfada conmigo?

MAGDALENA. ¡Qué disparate, hombre!

JOSÉ. *Muy afligido.* ¡Sí! ¡sí estás enfadá! ¡Si yo soy un mal esposo! ¡si soy un sinvergüensa! ¿Pa qué bebo yo, teniendo una mujé que es una santa?

MAGDALENA. Bueno, déjame a mi. Y caya, que se va a despertá la niña.

JOSÉ. ¿Pa qué bebo yo, teniendo ahí ese cacho e gloria?

MAGDALENA. ¿Quiés cayarte, José?

JOSÉ. *Llorando.* ¡No! ¡si yo me porto mu malamente con ustedes! Madalena, déjame que te convide esta noche.

MAGDALENA. No, no; muchas grasias.

JOSÉ. Anda que a ti también te gusta tomá una copita de vez en cuando.

MAGDALENA. ¿Quiés cayarte? Si a mi también me gustara bebé… esa criatura en vez de sé una niña sería una uva en aguardiente. ¡Anda a la cama, pirandón!

JOSÉ. Pos consiénteme que primero le dé un besito a mi pimpoyo.

MAGDALENA. ¡En seguía! ¡Pa que la despiertes!

JOSÉ. No la despierto, no. ¡Soy su padre!

MAGDALENA. ¡Vamos, hombre!

JOSÉ. ¡Déjame, Madalena, déjame!

MAGDALENA. ¡Jesús!

JOSÉ. *Logrando al fin acercarse a María Luisa.* ¡Hija e mi sangre, qué desgrasiá has nasío, con este padre que es un pirata! ¡que es un crimina!

MAGDALENA. ¡Jesús, Dios mío!

JOSÉ. ¡Er patíbulo es poco pa el hombre que pisa una taberna! ¡Dios te libre, hija de mi arma, de un bebedó! Madalena, píele tú a la Virgen que le dé un marío boticario.

MAGDALENA. ¿Boticario?

JOSÉ. ¡Boticario! ¡Pa que lo arregle to con agua der poso!

MAGDALENA. ¿Quiés acostarte ya? ¡No pararás hasta despertarla!

JOSÉ. Voy a darle er beso y me voy ¡Adiós, pimpoyo mío! *Al agacharse para besarla está a punto de caerse al suelo. La niña se despierta.* ¡Toma, hija mía, toma!

MAGDALENA. Bueno está, José; vamos a la cama.

MARÍA LUISA. ¡Mamá!

MAGDALENA. ¿Ves tú? Ya la has despertao.

MARÍA LUISA. ¡Mamá!

JOSÉ. ¿Pa qué bebo yo? ¿Pa qué bebo? ¡Permita Dios que una copa de vino que tome se me güervan dos en el cuerpo, pa que me hagan daño! ¿Pa qué bebo yo?

MAGDALENA. Arsa, arsa pa dentro. *Lo empuja y lo mete por la puerta de la izquierda, como al otro.*

MARÍA LUISA. ¡Mamá!

MAGDALENA. Aquí estoy, corasón, aquí estoy. No tengas tú miedo. Era papá… que ha venío también con el amigo de toas las noches. *Suspirando.* ¡Es que ya me fartan las fuersas, Dios mío! Ahora mismo sierro er portón, y le digo ar sereno que como venga mi cuñao borracho lo yeve a la *casiya. Asomándose a la ventana y llamando.* ¡Juan! ¡Juan! ¡Sereno! *A la niña.* Espérate un momentito, arma mía; ya vuervo a tu lao. *Al Sereno, que aparece tras la ventana*. Oiga usté, sereno.

SERENO. *Dejando chicos a los otros.* ¡Benditas sean las mujeres que pelan la pava con er sereno!

MAGDALENA. ¿Eh?

SERENO. ¿Quiere usté que le cante la hora, reina de la caye?

MAGDALENA. ¡Jesús! Pero ¡si está más borracho que los otros dos juntos!

SERENO. Es una vez al año, Mardalena. Onse de febrero: proclamasión de la República. ¿Le canto a usté *La Marseyesa?*

Magdalena. *Cerrando las puertas de la ventana de un golpe.* ¡Cántesela usté a su mujé, si no se la está cantando otro! ¿Habráse visto? ¡Ay, Virgen mía, tú que lo puedes to, haz que este año, en vez de uvas nazcan dátiles en las viñas, pa que ni a martiyasos suerten jugo! *Volviendo al lado de la niña*. Aquí estoy otra vez, corasón. Siempre a tu cabesera. Esos borrachones, a despertarte, y yo, a cantarte cuantas veces lo quieras tú la cansión de la niña que se vorvió rosa. *Suspira y principia a cantar*.

Música

A una niña bonita
como una estreya,
le pegaba su madre:
¡mardita eya!

Ar saberlo la Virgen,
madre cristiana,
vorvió a la niña rosa
de la ventana.

Nana, nanita,
¿en dónde está la pobre
niña bonita?…

El telón ha ido cayendo lentamente.

FIN

Madrid, diciembre, 1902-Febrero, 1907.

LA ZANCADILLA

ENTREMÉS

Estrenado en el **Teatro Español** el 23 de marzo de 1907

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Refugio.	Rosario Pino.
Antonia.	Alejandrina Caro.
Ildefonso.	Rafael Ramírez.
Juan.	Fernando Aguirre.

LA ZANCADILLA

Calle solitaria, en Sevilla. Puerta de la casa de Refugio. Junto a ella, arrimada a la pared, una silla basta. Es una noche clara del mes de julio. Un farol próximo alumbra la escena.

Salen por la derecha del actor Ildefonso y Juan. Son dos mocitos del pueblo, jactancioso y presumido el uno, y modesto y guasón el otro.

ILDEFONSO. ¿Lo estás viendo, tú? Mía la ziya.

JUAN. La siya sí la veo; pero no veo más que la siya.

ILDEFONSO. Hombre… déjate di… Lo primero que necezita una reina ez er trono. Con eza ziya en zemejante zitio, quié decirme que zale.

JUAN. Tar vé, tar vé; pero mientras no te diga otra cosa…

ILDEFONSO. También me la dirá. Tiempo ar tiempo.

JUAN. ¡Límpiate!

ILDEFONSO. ¿Va la cena pa tos?

JUAN. Va la sena pa tos.

ILDEFONSO. Pos ya pués di juntando, porque tú tienes que pagarla.

JUAN. ¡Qué ilusiones te hases! Tú no sabes con quién te juegas er dinero. Esa niña no sabe desí que sí; no se lo han enseñao.

ILDEFONSO. ¿Va la cena pa tos?

JUAN. Esa niña tiene la cabesa yena e muñecos. Esa niña está esperando un Rey Mago… Esa niña…

ILDEFONSO. ¿Va la cena pa tos?

JUAN. Va.

ILDEFONSO. Pos no hables más y quítate de en medio, que me paece que zale ahí. De aquí a doz horas estoy yo en er café.

JUAN. ¿Quiés que te mande un carriyo e mano?

ILDEFONSO. ¿Pa qué?

JUAN. Pa que te yeves en é las calabasas.

ILDEFONSO. *Después de mirar el reloj con mucha sorna.* La contestación, a las doce y diez.

JUAN. ¡Y que nos vamos a reí poco!

ILDEFONSO. ¡Zí, ar contrario!

JUAN. Hasta luego. *Vase por la izquierda.*

ILDEFONSO. Hasta luego. Esta gente ze ha creío que yo no tengo idea; que me vengo aquí cruzao de brazos… Zeis o ziete noches na más yevo hablando con la mocita y está ya más zuave que razo der güeno. Y por zi eso fuea poco… *Se quita con mucha precaución el sombrero y saca una rosa de él.* ¡Na! ¡No le traigo na! To er día la he tenío en agua; azín ze ha puesto. No hay otra más pompoza en toa Zeviya. Y luego la malicia pa prezentarla… *Clava la flor en el asiento de la silla.* ¿Qué tá?… Como zi hubiea nacío en las neas… *Prestando oido.* Me paece que zale la niña. Yo de espardas, zin darle a la coza validó… *Se vuelve de espaldas, en efecto, y se pone presuntuosamente a encender un puro. Mientras tanto sale Antonia, abuela de Refugio, muy vieja* v *muy fea, repara en él y se sienta con mal modo en la silla sin fijarse en la rosa.* Ya está ahí, ya está ahí… Ya me ha visto… Ya ha visto la fló… Ya la ha cogío… Ya la güele… Me vi a gorvé de pronto con er puro encendío y le vi a paecé un faro. Anda, Irdefonzo. *Da la vuelta y se le corta la respiración al ver a Antonia.* ¡Agüela!

ANTONIA. Dios guarde a usté, Irdefonso.

ILDEFONSO. (¿Le paece a usté?… ¡Y están tos los días cayendo rayos en er campo!) ¿Y Refugio?

ANTONIA. Güena.

ILDEFONSO. ¿Y… zeñó Manué?

ANTONIA. Güeno.

ILDEFONSO. ¿Y… usté, güena?

ANTONIA. Güena.

ILDEFONSO. La noche está güena.

ANTONIA. Güena.

ILDEFONSO. ¡Güeno, hombre, güeno!…

ANTONIA. ¿Qué lo trae a usté por aquí?

ILDEFONSO. Na; zino que pazaba y dije: zi está Refugio ahí, la zaludaremos.

ANTONIA. Pué que tarde en bajá.

ILDEFONSO. Daré una güerteciya, porque ya que he venío me paece feo no zaludarla…

ANTONIA. Ayá usté.

ILDEFONSO. (¡Demonio e vieja! ¡Me ha espachurrao la roza y to er principio e la conversación!)

Se aleja lentamente por la derecha canturreando.

ANTONIA. *Para si, viéndolo marcharse.* ¡Anda ya, esaborío, que te la das de alegre y eres un funerá!

Sale de la casa Refugio hecha un clavel. Trae otra silla.

REFUGIO. ¿Corre aquí aire?

ANTONIA. Er que había se lo acaba e yevá Irdefonso con er meneo e los brasos. Míalo cómo va.

REFUGIO. ¡Ay, Jesús, si no cabe en la caye! ¿Se ha ido pa gorvé?

ANTONIA. ¡No que no! Si tú no le dieras palique…

REFUGIO. Pero ¡si es la única diversión que tengo este verano! ¿No ve usté que no hay sirco?

ANTONIA. Pos mira lo que hases… y no juegues con las cosas der queré, que es jugá con fuego.

REFUGIO. Agüela, por Dios, no le yame usté fuego a ese hombre; que hasta los sigarros se le apagan de soso que es.

ANTONIA. Yo lo que te digo es que muchas veses se empiesa riendo y se acaba yorando.

REFUGIO. Pos miste que estará presioso afligío.

ANTONIA. ¿Y si a quien le toca yorá es a ti?

REFUGIO. Como no me entre un mosquito en un ojo no yoro yo por ese perma. Pierda usté cuidao.

ANTONIA. Güeno, güeno.

REFUGIO. Miste, agüela: es que son tos los hombres a jugá con una, porque una ar prinsipio no mira más que si le petan y no pué carculá las intensiones; y cuando se ofrese por casualidá que un fachendoso de éstos yeve un revorcón y se vaya chafao, no va una a desperdisiá la vez… Porque son mu malos: miste lo que le ha pasao a Mariquiya la Pelusa… Y mu traisioneros: miste er chasco de Isabé Molina… Y mu vengativos: miste lo de Asunsión la Guapa… Y mu perros, mu perros… ¡Ay, yo les tengo un coraje, agüela… que si no fuea porque quieo casarme, y casarme prontito, tos estaban de más pa mí! Usté no sabe lo que yo gosaría con traé ar retortero a seis o siete.

ANTONIA. ¡Chiquiya!

REFUGIO. Sí, agüela, sí; y toavía he dicho pocos. Pero habían de está siegos, trastornaos, sin ganas e come, sin ganas e dormí, sin ganas de afeitarse, sin ganas e na… El uno que se pegara un tiro; el otro que se tirara de la Girarda; el otro que se gorviera loco y le diera por escribí mi nombre por las paredes; dos que se rebanaran er pescueso por causa mía; uno que se ahorcara de un árbo… ¡Ay, qué gusto, qué gusto!

ANTONIA. *Levantándose.* ¡Jesús, Jesús, Jesús!

REFUGIO. ¿Adonde va usté?

ANTONIA. A desirle a tu padre que busque un médico en seguía, porque tú no estás güena.

REFUGIO. ¡Ja, ja, ja!

ANTONIA. Ríete, ríete.

REFUGIO. Ayí viene ya don Juan Tenorio.

ANTONIA. Si por eso me quito de aquí… Plántale la boleta, niña; formá te lo aconsejo; que he sabio que se está dando tono a costa tuya, y que toas las noches apuesta una sena a que tú le dises que sí.

REFUGIO. Mejó; así traga luego más guita… y le sargo más cara.

ANTONIA. Espántalo de una vez y no seas tonta.

REFUGIO. Esté usté tranquila, que esta noche yeva su meresío. Calabasas de Rota, que son las que más gusto le dan a la bersa.

ANTONIA. Me alegraré como si me cayera er premio gordo. *Éntrase en la casa.*

REFUGIO. *Viendo acercarse a Ildefonso en actitud de pavo real y burlándose de él.* Ya está aquí mi hombre… ¡Ole los brasos bien movíos! Paese que está nadando. ¿A que da un resbalón en esa hojita de lechuga?

Sale Ildefonso contoneándose, y apenas sale, se resbala, en efecto. Refugio se tapa la cara con el abanico, riéndose.

ILDEFONSO. (¡Mardito zea el Ayuntamiento, que no limpia estas cayes!)

REFUGIO. ¿Qué fué?

ILDEFONSO. Una broma, pa que usté ze riyeze.

REFUGIO. Muchas grasias. Pos sí que me he reío.

ILDEFONSO. Tenga usté güenas noches a to esto.

REFUGIO. Güenas noches.

ILDEFONSO. Ya la veo a usté tan zuperió…

REFUGIO. No estoy mala, a Dios grasias. ¿Y usté, cómo está?

ILDEFONSO. Ar prezente, mejó que usté.

REFUGIO. ¿Por qué?

ILDEFONSO. Porque a usté le toca verme a mí, y a mí me toca verla a usté, que ya hay diferiencia.

REFUGIO. *Fingiendo que la cautiva la galantería.* ¡Ay, qué bien está eso!… *Se queda mirándolo como encantada.*

ILDEFONSO. (Farciná. Y no ze acuerda de que le dije lo mismo la otra noche.)

REFUGIO. ¡Tiene usté unas ocurrensias más bonitas, Irdefonso!…

ILDEFONSO. ¿Le ha gustao a usté éza?

REFUGIO. Mucho… ¿La aprendió usté en viernes, verdá?

ILDEFONSO. *Desconcertado por el golpe.* No… en zábado… ¡Je!… (¡Pos zí que ze acordaba!)

Silencio. Se miran sonriéndose.

REFUGIO. ¿Va usté a cresé?

ILDEFONSO. Zi a usté le paece que zoy chico…

REFUGIO. ¡Qué disparate! Miste; tanto así de más, ya sobraba; y tanto así de menos, ya no estaba bien, Se ha quedao usté en er tamaño justo.

ILDEFONSO. ¿De veras? ¡Ez usté más gracioza que la má!

REFUGIO. Siéntese usté, si no tiene prisa: aquí a mi lao, que yo no me como a la gente.

ILDEFONSO. ¿No, eh? ¿Qué más quiziea la gente?

REFUGIO. ¡Ay, qué fino está er tiempo!… Vaya, hombre, siéntese usté.

ILDEFONSO. *Jactancioso.* (¡Digo!)

REFUGIO. *Fijándose en la flor cuando Ildefonso va a sentarse.* A vé, espérese usté; ¿qué es esto?

ILDEFONSO. Una roza paece.

REFUGIO. ¿Quién la habrá puesto aquí?

ILDEFONSO. Argún chiquiyo que haiga pazao.

REFUGIO. Tírela usté… ¡Sabé Dios en qué moño se habrá visto!…

ILDEFONSO. *Obedeciéndola con oculta contrariedad.* (¡Y pa esto la he tenío yo en agua to er día!…) Se *sienta, se quita el sombrero y se atufa los tufos con intención de que ella le vea una sortija.*

REFUGIO. ¡Jesús! ¿Hay relámpagos?

ILDEFONSO. ¿Relámpagos?

REFUGIO. Me ha dao un resplandó así en los ojos…

ILDEFONSO. *Mostrándoselo candorosamente.* ¿No zerá er briyante?

REFUGIO. Pos miste, es verdá: er briyante es; no había yo caío.

ILDEFONSO. Tiene mu güenas luces.

REFUGIO. ¡Pa pareserme a mí relámpagos!

ILDEFONSO. Pero ¿quién ha visto relámpagos con er zó fuera?

Refugio. ¿Con er só fuera, si es de noche?

Ildefonso. Pos por ezo está fuera.

Refugio. ¡Ah, vamos; usté quié desí que está de viaje!

Ildefonso. No zea usté burlona. Lo que yo quieo decí es que como usté zale de noche a la puerta e zu caza… por ezo está er zó fuera.

Refugio. ¡Ay, vaya un dicho presioso que me ha dicho usté! *Levantándose.* Se lo vi a referí a mi agüela.

Ildefonso. ¡No se vaya usté ahora!…

Refugio. ¿Usté no quiere? Pos ya no hay más que hablá. *Se sienta.*

Ildefonso. *Como antes.* (¡Digo!)

Callan de nuevo.

Refugio. Irdefonso…

Ildefonso. Me yamo.

Refugio. Oiga usté una cosa. *Con extremada zalamería.* Güeno, pero prométame usté no engañarme.

Ildefonso. ¿Engañarla yo a usté? ¡Vamos! ¿Qué zucede?

Refugio. Anoche… Er caso es que me da cortedá…

Ildefonso. Le arvierto a usté que yo tampoco me como a nadie. (¡Ez una tortolita!)

Refugio. Pos anoche… Pero ¿de veras no me va usté a engañá?…

Ildefonso. ¡Primero me lastimen las botas!

Refugio. Pos anoche…

Ildefonso. ¿Qué?

Refugio. Estaba yo acostá… ¿sabe usté?… y de la parte afuera de mi ventana… oí una guitarra de pronto…

Ildefonso. (¡Ejem!, ¡ejem!)

Refugio. Una guitarra… que sonaba a gloria bendita… Las cosas hay que desirlas como son.

Ildefonso. (¡Qué bien vi yo a cená esta noche!)

REFUGIO. Y acompañándose de la guitarra… oí a un mosito que cantaba esta copla:

Entonándola.

No sé cómo no floresen
las tejas de tu tejao,
estando tú ebajo de eyas,
primaverita de mayo.

ILDEFONSO. ¿Zí, verdá? *Tierno.* ¡Qué cozitas pazan a ezas horas, mi arma!…

REFUGIO. Güeno, Irdefonso, pos no me engañe usté; ¿era usté, por casualidá, er que cantaba y er que tocaba?

ILDEFONSO. Yo mismito. Y zintiendo no zé un canario y no tené por istrumento un *larpa.*

REFUGIO. Es que me lo dió er corasón… Y si usté supiera una cosa…

ILDEFONSO. ¿Qué?

REFUGIO. Que estuvo en tanto así…

ILDEFONSO. ¿Que usté ze azomara?

REFUGIO. *Dejando la zalamería y turbando con la salida al galán.* To lo contrario: que se asomara mi papá a tirarle una bota.

ILDEFONSO. ¡Je!… ¡Ez usté más guazona que la má! ¿No le agrada a zu papá de usté que a usté la ronden?

REFUGIO. Le gusta más que lo dejen dormí.

ILDEFONSO. ¿Y a usté… princeza?

REFUGIO. Yo sargo a mi papá.

ILDEFONSO. ¿Es decí, que no debo gorvé con la guitarra?

REFUGIO. *Con súbita tristeza.* ¡Ay, eso no, Irdefonso!… Pero ¿le va usté a dá ese való a una broma mía? ¿No somos amigos?… Vaya, que ya me pesa habérsela gastao.

ILDEFONSO. Refugio, no lo tome usté azí tampoco… Por lo mismo que zemoz amigos, en mí estaba no molestarla a usté.

REFUGIO. *Suspirando.* ¡Ay!…

ILDEFONSO. ¿Qué quié decí eze zuspirito?

REFUGIO. Que usté debía sabe de memoria… que a mí no me molesta nunca.

ILDEFONSO. *Mirando su reloj.* (¡Y no zon más que laz once y cinco!)

REFUGIO. *Después de desahogar la risa detrás del abanico.* ¿Estuvo usté ayé de mañana en la buñolá de la Chiclanera?

ILDEFONSO. (¡Hola! ¡Celitos ya!) Estuve.

REFUGIO. *Fingiéndose celosa.* ¡Espantárame yo!

ILDEFONSO. Me gustan mucho los buñuelos.

REFUGIO. ¡Y quien los hase!

ILDEFONSO. Quien loz hace me tiene zin cuidao.

REFUGIO. *Con vehemencia y satisfacción.* ¿Sí?

ILDEFONSO. Zí, mi arma.

REFUGIO. ¿De verdá?

ILDEFONSO. De verdá.

REFUGIO. Por más que, después de to, ¿a mí qué se me daba?… Claro que, como amiga de usté, me intereso…

ILDEFONSO. Dios ze lo pague…

REFUGIO. Porque la Chiclanera no será, pero a mí me han dicho que anda usté que bebe los vientos por una mujé.

ILDEFONSO. Pos cuando er río zuena…

REFUGIO. ¡Ah!… ¿De manera que no me han engañao?

ILDEFONSO. No, zeñora.

REFUGIO. Y… ¿es der barrio éste, Irdefonso?

ILDEFONSO. ¡Que ze quema usté!

REFUGIO. No me diga usté quién es, a vé si la asierto. ¿Es Anita la Rubia?

ILDEFONSO. Frío.

REFUGIO. ¿María Juana, la der serero?

ILDEFONSO. Frío.

REFUGIO. ¿Mi amiguiya Clotirde?

ILDEFONSO. Ya ze va usté templando.

REFUGIO. ¿Me voy templando ya?

ILDEFONSO. Un poco, un poco…

REFUGIO. ¿Mi primiya Remedios?

ILDEFONSO. ¡Que ze quema usté!

REFUGIO. *Como emocionada.* Oiga usté: ¿vive en esta caye?

ILDEFONSO. ¡Que ze quema usté! *Enciende una cerilla para el cigarro y se queda con ella en la mano sin tomar lumbre, subyugado enteramente por el interrogatorio de Refugio.*

REFUGIO. ¿En esta caye?…

ILDEFONSO. Zí.

REFUGIO. ¿Será quisa… Milagritos la de ahí enfrente?

ILDEFONSO. Cámbieze usté de cera.

REFUGIO. Pero ¿es en esta sera, Irdefonso?

ILDEFONSO. En ésta, Refugio.

REFUGIO. ¡Que se quema usté!

ILDEFONSO. *Tirando la cerilla.* ¡Que ya me he quemao!

REFUGIO. ¡Ay, pobresito!… ¿Quiere usté que vaya por una telaraña?

ILDEFONSO. Estimando, niña; pero esta quemaúra no vale pa que usté ze mueva. Quemaúra la que yevo aquí dentro.

REFUGIO. ¿En dónde?

ILDEFONSO. ¡En medio er corazón!

REFUGIO. Y ¿quién la ha causao?

ILDEFONSO. ¡Usté con ezos ojos! ¡Basta de dizimulos ya!

REFUGIO. ¿Yo?

ILDEFONSO. ¡Usté, que es más bonita que la má, y más zimpática que la má… y a quien yo quiero más que la má!

REFUGIO. ¡Irdefonso!

ILDEFONSO. Ya lo zabe usté con toas zus letras, zerrana. Ahora deme usté la arzolución… o er puntiyazo. Lo que usté quiera. En usté está que yo no me cambie por nadie o que me deje cogé de un tranvía.

REFUGIO. ¡Ay, por Dios, Irdefonso, no haga usté eso!

ILDEFONSO. ¿Usté no quiere que lo haga?

REFUGIO. Yo, no.

ILDEFONSO. *Esponjado.* ¿Entonces… es que no le paezco a usté ningún zaco e papas?

REFUGIO. No, señó; ni muchísimo menos.

ILDEFONSO. ¡Óle!

REFUGIO. Sssss… sssss… no se entusiasme usté tan pronto; pare usté er cohete… que le vi a dá a usté unas calabasas… *que la má.*

ILDEFONSO. ¡Gracioza!

REFUGIO. ¿Grasiosa, eh?

ILDEFONSO. ¡Zi no pué usté dizimulá la alegría que tiene en er cuerpo!

REFUGIO. Ni la pueo disimulá ni quieo disimularla tampoco; que pa disimulo basta con lo pasao, como usté ha dicho.

ILDEFONSO. *Receloso.* ¿Qué?

REFUGIO. Tenía yo muchas ganas de ponerle er pie, pa que se cayera de boca, a uno de estos mositos jacarandosos que apuestan en la taberna con los amigos si logran o no logran er cariño de una mujé.

ILDEFONSO. *Azoradísimo.* Pero, oiga usté, Refugio, y ¿quién ha apostao?…

REFUGIO. ¡Usté, so mal ánge!… Y ha debío usté mirá antes de esponé su dinero, que con ese coló de argarroba y ese labio de arriba, que paese un tordo der de abajo, ninguna mujé que se presie lo pué mirá a la cara.

ILDEFONSO. Niña, niña…

REFUGIO. No, si yo no vargo dos cuartos: no es que yo me alabe; pero, hijo mío, ar lao de usté soy una pintura. Además, usté se cree que tiene mucha grasia, y dise usté un chiste y se apagan las luses; usté se la da de que toca, y coge la guitarra y paese que están rayando pan; usté presume de que

canta, y se arranca usté y se paran tos los relojes; y sobre to, usté se figura que tiene solimán en los ojos y armiba en la boca y mucha malisia y mucha escuela pa las mujeres, y una niña de nueve años le da a usté quinse güertas. Conque aire, aire, pa que se le pase a usté er soloco; y si no basta el aire, una sangría. A la taberna o ar café, donde estén los amigos: a pagá la senita apostá; a hablá malamente de las mujeres; a contá cosas que no han pasao pa darse tono… y a comprarse unos lentes pa otra vez, que tiene usté menos vista que un gato viejo. *Hace ademán de irse.*

ILDEFONSO. Pero ¡escuche usté!…

REFUGIO. ¡Ya he escuchao bastante!

ILDEFONSO. Es que no está ni medio bien…

REFUGIO. ¿Er qué?

ILDEFONSO. Tratarlo a uno con tanta finura… pa zortarle después eza rociá…

REFUGIO. Hijo mío, yo estoy por lo moderno. Y ahora, hasta las muelas se sacan sin doló. ¡De verano! *Éntrase en su casa riéndose.*

ILDEFONSO. *Furioso.* ¡Mardita zea la má!… ¡Me cazo con la má!… ¡Y que una arma mía que después e to ez una lombrí con moño, le haiga hecho este dezaire a Irdefonso Crespo! ¡Mardita zea la má!… ¡Me cazo con la má!… ¡Y no es que a mí me importé pagá la cena! ¡Lo malo es que tengo que aguantá las guazas de toz eyos… y que encima no pueo probá ni una pescaíya; porque cuando tengo este humó to me hace daño! ¡Mardita zea la má!… ¡Me cazo con la má!… ¡Hay pa pegarle fuego… a la má!… *Vase de estampía maldiciendo de todo lo existente.*

Refugio y Antonia salen de la casa muertas de risa.

REFUGIO. Místelo, agüela, místelo; miste qué paso yeva.

ANTONIA. Er demonio eres.

REFUGIO. Le digo a usté que se las he dao a mi satisfasión. Esta noche vi a dormí mucho mejó que é, que de seguro no pega un ojo. *Cantando y bailando con alegría.*

Tengo unas calabazas
puestas al humo;

ar primero que pase
se las emplumo.

Antonia. ¡Jesús, Jesús, qué loca estás, chiquiya!

Refugio. Lo que estoy es deseando que venga otro.

Antonia. ¿Pa qué?

Refugio. Pa lo mismo, si no es de mi agrado. Goso yo lo que usté no sabe echándoles la sancadiya a los hombres.

Al público;

Si le gusto a argún presente,
que me lo venga a desí,
que seré mu complasiente,
Yo no trato malamente
más que a los tipos así.

FIN

Madrid, febrero, 1904.

LA BELLA LUCERITO

ENTREMÉS

CON MÚSICA DEL MAESTRO ARTURO SACO DEL VALLE

Estrenado en el **TEATRO APOLO** el 10 de abril de 1907

A MARIQUITA PALOU,
reina del garbo y del salero,
sus admiradores y amigos,
LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Gloria.	María Palou.
Doña Felisa.	Pilar Vidal.
El Señor Baena.	Emilio Carreras.
El Maestro De Baile.	Miguel Mihura Álvarez.
Pepe El Pianista.	Manuel Rodríguez.

LA BELLA LUCERITO

Gabinete en casa de Gloria, calle de Jacometrezo, en Madrid. Una puerta al foro, otra a la izquierda del actor y un balcón enfrente de ésta. Muebles de diversas clases y categorías, como pagados por distintos bolsillos. En el rincón de la derecha, un piano adornado con un gran mantón de Manila. Sobre todas las sillas y butacas hay algo que impide sentarse: una caja de sombreros, dos o tres pares de zapatos de raso, unas medias de seda, varios trajes de «cupletista», un capote de torero y una montera, un sombrero de ala ancha, un corsé, etcétera, etc. Se ve que en la casa reina el orden más absoluto. Es de día, a Dios gracias.

Aparecen dona Felisa, el Maestro de baile y Pepe el pianista.

Doña Felisa, madre de Gloria, era conocida en su pueblo —San Juan de Aznalfarache— por «la tía Gañote», pero ha mejorado de posición, gracias a la niña, y se ha plantado un «doña» como una casa, que le sienta lo mismo que a un Santo Cristo dos pistolas. No obstante el «doña», viste a lo popular y tiene voz de hombre. El Maestro de baile, individuo ya entrado en años, y andaluz también, es una pirueta humana. Jamás adopta una postura que no esté pidiendo a voces la fotografía. Pepe el pianista no es más que una prolongación del asiento del piano. Cuando se le llama, asoma la cabeza por detrás de éste, y entonces se le ve. Si no se le llama, sólo se sabe de él porque el piano suena.

Dentro, hacia el foro, se oye ladrar a un perro con furia.

DOÑA FELISA. ¿Oye usté, maestro? Ya está ahí. Ya está ladrando *Pito*. Ya está ahí. Pero miste que ez orfato er de eze animá: yaman a la puerta unas

fardas, y no ladra nunca; yaman unos carzones, y ze jace porvo ladrando.

MAESTRO. Pos sí que tiene trabajo el animalito.

DOÑA FELISA. Verdá que lo tiene: desde que mi niña ze ha metió a *estreya… Asomándose a la puerta del foro.* ¡Cáyate, condenao! ¡Marina!, ¡abre er portón, mujé, y yévate a *Pito! Asomándose a la puerta de la izquierda*. ¡Gloria!, ¡hija mía!, ¡menéate un poco, que ya está aquí eze cabayero! Vamos a vé qué pinta trae. *El perro ha dejado de ladrar*. *El señor Baena se presenta en la puerta del joro. Es un hombre de cierta edad, retocadito y no mal trajeado.*

SEÑOR BAENA. ¿Se puede pasar?

DOÑA FELISA. Paze usté adelante, zeñó. Está usté en zu caza.

SEÑOR BAENA. Muchas gracias, señora. ¿Habrán ustedes recibido una carta mía?…

DOÑA FELISA. Zí, zeñó, que la hemos recibío. Y lo esperábamos a usté: como ya es la hora que usté dice en la carta… Este zeñó ez er maestro de baile.

MAESTRO. Servidó de usté. Fransisco Machuca, San Marcos, veintiséis, segundo…

SEÑOR BAENA. Muchas gracias.

MAESTRO. Lersiones a domisilio…

SEÑOR BAENA. Muchas gracias.

MAESTRO. Presios módicos; academia en casa por las noches, menos los domingos…

SEÑOR BAENA. Repito las gracias. Yo no pienso aprender a bailar. Vengo aquí, a tratar con ustedes, por complacer a un amigo mío, a quien nada puedo negarle. Ha debido buscar persona más apta, porque yo, francamente, no entiendo palabra de estas cosas. Ni sé lo que es contratar a una artista del género ínfimo, ni distingo las peteneras del tango; pero, en fin, la amistad obliga…

DOÑA FELISA. Ziénteze usté, zeñó.

SEÑOR BAENA. *Buscando con la vista un asiento vacío.* ¿Dónde?

Doña Felisa. Es verdá, que está to ocupao. Como andamos ya de preparativos… *Quita de una silla unos zapatos de raso y los pone sobre el piano*. Ziénteze usté aquí.

Señor Baena. Gracias. Y ¿está la Bella Lucerito?

Doña Felisa. Pa zervirle.

Señor Baena. *Levantándose del susto*. ¿Es usted?

Doña Felisa. ¡Zeñó, qué disparate! Quieo decí que la niña está pa zervirle. Yo ¿cómo vi a zé la Lucerito?

Señor Baena. (¡En todo caso, la Osa Mayor!)

Doña Felisa. Yo zoy zu madre *de eya*.

Señor Baena. (¡Pues por la voz parece su padre lo menos!)

Doña Felisa. Aquí zale ya.

En efecto, por la puerta de la izquierda llega Gloria, a quien hay que mirar con lentes. Parece mentira que sea hija de su madre. Viste un caprichoso traje de «cupletista», y basta verla andar para comprender que será una estrella en su género. En honor de la verdad, al amigo Baena se le corta la respiración.

Gloria. Güenas tardes. ¿Cómo sigue usté?

Señor Baena. Bien, ¿y usted?

Gloria. Me estaba probando este vestío, y por no haserlo a usté espera no he querío quitármelo.

Señor Baena. Ha hecho usted admirablemente. El vestido es precioso.

Gloria. ¿Le agrada a usté? Pos toavía le fartan dos gorpes: un laso aquí, y otro aquí, que van a quitá er flato. Y luego miste, miste si tiene gasa… La modista se ha queao sola echando *fru-fru*…

Señor Baena. Yo también me quedaría solo, no crea usted…

Gloria. Le iba a dá a usté miedo. Pero ha tenío usté ánge.

Señor Baena. Me alegro mucho. (¡Qué mujer, Dios de las alturas!)

Gloria. Como habrá usté reparao, vi a salí en cueros. Un ojo me he gastao en ropa.

SEÑOR BAENA. Pues ya vale el dinero un ojo de usted.

GLORIA. Así está la casa; que por toas partes hay vestíos. Yevo ensima más gasa que una decorasión de ópera. Pero, siéntese usté.

SEÑOR BAENA. Con permiso. ¿Y usted, no se sienta?

GLORIA. ¡Digo! Y a su vera de usté.

SEÑOR BAENA. Dios se lo pague, Lucerito.

DOÑA FELISA. Enzéñale las postales a este zeñó.

GLORIA. ¡Ya las habrá visto de sobra! ¡Si no se ve otra cosa por to Madrí! Hasta en las sacristías.

SEÑOR BAENA. Es cierto. Y hay una de gitana que me tiene usted que firmar.

GLORIA. Sí, señó; en cuantito venga mi hermaniyo se la firmo a usté.

SEÑOR BAENA. ¿Las guarda su hermanillo?

GLORIA. No; pero es el único que sabe firmá en toa la casa.

SEÑOR BAENA. ¡Ah, ya! Bueno, pues… como le indicaba a usted en mi cartita, mi amigo don Prudencio Martorell, propietario de Barcelona, ha edificado un teatrito para explotar únicamente el género que usted cultiva.

GLORIA. Que pienso curtivá; porque toavía no he sacudío er porvo de ningún tablao.

SEÑOR BAENA. Cabalmente eso es lo que pretende mi amigo: que empiece usted allí. Ha visto las postales de usted, que son estupendas, se ha vuelto loco… y me ha encargado a mí que la contrate sin pérdida de tiempo.

GLORIA. Usté ¿cómo se yama?

SEÑOR BAENA. Ezequiel Baena.

GLORIA. Pos miste, señó Baena, vi a hablarle a usté clarito: como a mí me gusta er chocolate. Yo estoy metiendo mucha buya antes de *debutá;* y yo, puesta en este camino, no sargo a un tablao a tragá *viruta,* sino a darle ar público *lo suyo.* Er público de Barcelona disen que tiene *guasa;* vamos, que tiene *arate;* que *se las trae* con las artistas que yegan de Madrí; ¿usté me comprende? Y a mi aquer público, por er carté que ya me he formao, me va a resibí con *lo suyo;* y yo, naturarmente, voy con *lo mío.* Escuche usté: yevo

una dansa mora, que tiene *lo suyo;* y una *farruca,* que tiene *lo suyo;* y un *cake-vá…* que tiene *lo suyo;* y cuatro tangos… que tienen *lo suyo;* y un bolero, que tiene *lo suyo.* Y yo, a tos esos bailes, ¿usté me comprende?, les doy *lo mío;* porque a los bailes —y aquí está er maestro— una tiene que darles *lo suyo;* y la cosa está en tené ánge o en no tené ánge. Y a mí me párese que yo tengo ánge, y que por eso a los bailes les doy *lo mío.* Y la que no tenga *lo suyo* pa los bailes, que no sarga a bailá, porque va a tragá mucha *viruta.* Por eso yo, o sargo a darle ar público *lo suyo,* pa que er público me dé *lo mío,* o me queo en mi casa con *lo mío,* pa que er público no me dé *lo suyo.* ¿Qué le parese a usté?

SEÑOR BAENA. ¡Que estoy encantado con *lo suyo* y *lo mío*!

DOÑA FELISA. ¡Hija de mi arma!

MAESTRO. Aquí la señorita se ha esplicao perfetamente.

SEÑOR BAENA. *¡Perfetamente!*

MAESTRO. ¡O como se diga! A los bailes, la artista nesesita darles…

SEÑOR BAENA. *¡Lo suyo; lo suyo!* ¡Si no hay otra palabra!

MAESTRO. Eso es; sí, señó.

GLORIA. *Levantándose.* Un poné, pa que usté se entere. Rosa la Claveyina, que me paese que tiene carté, hase así la salía der tango. *Da unos pasos imitando a la otra.* Pa mí eso tiene *guasa.*

SEÑOR BAENA. ¡Tiene guasa!

GLORIA. Elisa Campo, la Torrente, sale así… *La imita.*

SEÑOR BAENA. ¡Pues también tiene *guasa*!

GLORIA. ¿Verdá que tiene *guasa*? Atienda usté ahora a mi salía. Tacatac, tacatac, tacatac…

MAESTRO. ¡No, no! *Marcándolo él con verdadero lujo de tacones.* Tacatac, tac tac, tacatac, tac tac…

GLORIA. Es verdá: me había yo confundió. ¡Yeva una tantos pasos en la cabesa! ¿Usté ve? Tacatac, tac tac, tacatac, tac tac…

SEÑOR BAENA. «¡Vaya cardo!» ¡Eso es salir de tango! y lo demás es música.

GLORIA. ¿De veras le ha gustao a usté?

DOÑA FELISA. ¡Déjame que te beze, hija mía! ¡Lo que gozaría tu primer padre, zi viviera!

SEÑOR BAENA. ¿Cómo su primer padre? ¿Tiene dos?

DOÑA FELISA. ¡Mi primer marío, he querío decí!

SEÑOR BAENA. ¿Es hija de su primer marido?

DOÑA FELISA. No, zéñó; ez hija der segundo; pero ar primero le gustaba mucho er baile.

SEÑOR BAENA. Ya.

GLORIA. Pos güeno, señó… ¿Cómo ha dicho usté que se yama?

SEÑOR BAENA. Baena.

GLORIA. Pos güeno, Baena: lo mismo me pasa con to. ¿Usté ve er *garrotín*? Ar *garrotín* también le doy *lo mío.*

SEÑOR BAENA. ¿Quién es el *Garrotín*?

GLORIA. Er *garrotín* es otro baile.

SEÑOR BAENA. ¡Ah! Me había parecido un banderillero.

GLORIA. *Riéndose.* Hombre, eso tiene ánge. ¿Verdá que ha tenío ánge, mamá? *Al Maestro.* Ha tenío ánge.

MAESTRO. Sí que ha tenío ánge.

SEÑOR BAENA. Muchas gracias.

GLORIA. Sin grasias: la pura. Ha tenío usté ánge. Hay quien tiene ánge y quien no tiene ánge, como hay quien tiene *pata* y quien no tiene *pata.* Y usté tiene ánge.

SEÑOR BAENA. Pues nunca me lo han dicho en la oficina.

MAESTRO. Aquí la señorita se ha esplicao perfetamente. Eya ha querío desí que usté… vamos, que usté tiene ánge.

SEÑOR BAENA. Eso es lo que ha querido decir y lo que ha dicho.

DOÑA FELISA. A mí ze me figura, niña, que pa que este zeñó ze haga una idea de to tu trabajo, le debes cantá arguna coza y le debes bailá arguna coza.

GLORIA. Ahora mismo. ¿Usté trae mucha prisa?

Señor Baena. ¡Ninguna!

Gloria. Pos verá usté: le vi a cantá a usté unos *cuplés* que me han dedicao, que pa mí que tienen *lo suyo:* y le vi a bailá a usté uno de mis bailes, er *porvorín,* que me gusta mucho bailarlo, porque le doy *lo mío.*

Señor Baena. ¡Vamos allá!

Gloria. Vi a hasé salía, pa que la ilusión sea completa. *Se pone un mantón de Manila y un sombrero ancho.* Pepe.

Pepe. *Asomando la cabeza por cima del piano.* ¿Eh?

Señor Baena. (¡Corcho! ¡Había ahí detrás un hombre! ¡Me luzco si hablo mal de los pianistas!)

Gloria. Toca primero er pasodoble de la Canela y luego mis *cuplés.*

Señor Baena. ¡Vamos, vamos allá! *Música.*

La bella Lucerito, al son del indicado pasodoble, da varias vueltas por la escena, arrogante y graciosa. Al señor Baena se le van los pies detrás de ella.

Maestro. ¿Eh? ¿Hay trapío? ¿Hay *clase*?

Doña Felisa. ¡Hija de mi arma!

Señor Baena. (¡Yo voy a Barcelona al *debut*!)

Deja Gloria mantón y sombrero y canta los siguientes «cuplés»:

Gloria. Entérese usté, señó Baena.

Señor Baena. Ya, ya me voy enterando, Lucerito.

Gloria. *Cantando:*

En un sitio que no es para dicho,
tengo yo mu rebién señalá
una fresa que fué de un capricho…
de un capricho que tuvo mamá.

Y un paisano vino ayé
y me dijo en andalú:
—Que la fresa me enseñe usté;
¡se lo pío por su salú!

Y le dije yo
ar paisano cansada de oírlo:
—No le enseño la fresa yo…
porque no…
porque no…
porque no…
¡Lo demás no puedo desirlo,
que me murta er gobernado!

Doña Felisa. ¿Qué tá? ¿Qué tá?

Señor Baena. ¡Que la contrato en blanco, señora!

Gloria. *Volviendo a cantar:*

En un pueblo rabiaban dos novios
por casarse cuanto antes mejó,
y a un San Roque abogao de bodas
le ofresieron yevarle un faró.

Lo corgaron con gran fe
ensendido ante el artá,
y juntitos delante de é
se abrasaban para rogá.

Y ya tanto dió
la pareja *rogando* to er día,
que er San Roque se sofocó,
se indirnó
se quemó,
se atufó,
¡y en cuantito a los novios vía le pegaba un soplo ar faró!

Cesa la música.

SEÑOR BAENA. ¡Bravo!, ¡bravo! ¡Va usted a causar una revolución dondequiera que llegue! ¡Contratada! desde este momento.

GLORIA. ¡Pos toavía no me ha visto usté bailá!

SEÑOR BAENA. ¡No importa! ¡Contratada! ¡Vengan las condiciones!

DOÑA FELISA. ¿Tú estás oyendo, niña?

MAESTRO. ¡Como que es una arquisisión!

SEÑOR BAENA. ¡Pero una *arquisisión!*

MAESTRO. ¡O como se diga!

SEÑOR BAENA. ¡Condiciones, vengan las condiciones!

GLORIA. Contrato por un mes; dos mir reales de antisipo; viaje de ida y güerta en primera y con *lipin* pa mi madre y pa mí; perrera pa er perro, y quinse *machacantes* diarios.

SEÑOR BAENA. ¿Quince *machacantes*?

GLORIA. Sí, señó; ni uno menos.

DOÑA FELISA. ¿Es mucho, quizá?

SEÑOR BAENA. ¡No, señora!

DOÑA FELISA. ¡Como ze estraña usté!

SEÑOR BAENA. ¡Porque no sé lo que son quince *machacantes!*

MAESTRO. Pos quinse *machacantes,* señó Baena, son quinse *chulés.*

SEÑOR BAENA. Ahora ya está más claro.

GLORIA. ¡Quinse duros, hablando en españó!

SEÑOR BAENA. ¡Ah! ¿Quince duros son quince *machacantes*? Es machacar a un empresario, ¡caramba!

GLORIA. La Beya Luserito no se mueve de su casa por menos.

SEÑOR BAENA. Y está en su derecho la Bella Lucerito.

DOÑA FELISA. ¡Que te vea, que te vea bailá!

SEÑOR BAENA. ¡Si, sí, baile usted! ¡Desde luego queda usted contratada, pero baile usted! (¡Yo me gasto con esta mujer todos mis ahorros!) *Coge entusiasmado el corsé que hay sobre una silla y se lo oprime contra su pecho.* ¡Ay, Bella Lucerito!

GLORIA. ¡Josú! ¿Qué hase usté?

SEÑOR BAENA. ¡Demostrarle a usted todos los *machacantes* que vale!

Risas.

GLORIA. Mamá, por Dios, yévate tu corsé, que siempre está rodando.

SEÑOR BAENA. *Perplejo.* ¡Ah! pero el corsé ¿es de usted, señora?

DOÑA FELISA. Y de usté.

SEÑOR BAENA. ¡Yo no lo quiero, para nada! ¡Venga, venga ese baile!

GLORIA. Ahora mismo. Pepe.

PEPE. ¿Eh?

SEÑOR BAENA. (¡Corcho!, ¡qué sustos me da Pepe! ¡Siempre se me olvida que está ahí!) *Al Maestro.* (Oiga usted: ¿es de cuerpo entero el pianista?)

GLORIA. Toca er *porvorín.* Haserse tos pa un lao, pa dejarme sitio.

SEÑOR BAENA. ¡Lo que usted quiera, salerosa! Vamos a ver ese *polvorín.*

Baila Gloria al son del piano entre los comentarios del señor Baena y de su madre, y las indicaciones profesionales del Maestro.

MAESTRO. Salida. Grasia. Sonrisa.

SEÑOR BAENA. Le da, le da *lo suyo.*

MAESTRO. Caderita.

SEÑOR BAENA. Eso; caderita.

MAESTRO. Más caderita.

SEÑOR BAENA. ¡Más caderita!

DOÑA FELISA. ¡Ay qué cuerpo!, ¡qué cuerpo!

MAESTRO. Sortura. Su mijita de aqué.

SEÑOR BAENA. ¡Óle!, ¡óle!

MAESTRO. Grasia. Alegría. *Saracatepeque.* Su gorpesito de *gurugú.*

SEÑOR BAENA. ¡No respondo de las butacas de orquesta!

DOÑA FELISA. ¡Hija de mi arma!

Acaba el baile.

Señor Baena. *Aplaudiendo con frenesí.* ¡Bravo!, ¡bravísimo! ¡Permítame usted que la abrace! ¡Es usted una estrella! ¡Quince *machacantes* son pocos!

Maestro. ¿Ha visto usté? ¿Ha visto usté qué brasos?

Señor Baena. Me he fijado más en las piernas; pero, en fin… he visto los brazos. He visto los brazos… y he visto un porvenir de rosa… y he visto también… *Cantando:*

¡Lo demás no puedo desirlo,
que me murta er gobernadó!

Gloria. ¡Ja, ja, ja! Este hombre tiene ánge.

Doña Felisa. Tiene ánge.

Señor Baena. Y ¿quién no tiene *ánge* al lado de usted? Señora, la felicito a usted por este pimpollo.

Doña Felisa. Muchas gracias.

Señor Baena. Maestro, lo felicito a usted por esta discípula.

Maestro. Se aserta con gusto.

Señor Baena. Y a usted… ¡Bueno, a usted la acompaño yo a Barcelona! ¡Yo veo el *debut*! Hasta luego. Despídanme ustedes del pianista.

Gloria. Pero ¿se va usté ya?

Señor Baena. Sí, señora.

Gloria. ¿Adónde?

Señor Baena. A Teléfonos. A ponerle un telefonema al empresario, que va a decir, poco más o menos: «Vista Lucerito. Adquisición. Contrato firmado. Tiene *lo suyo.* Tengo *lo mío.* Quince *machacantes.* Lleva un *polvorín. Díguili que vingui.* Baena.» Buenas tardes. *Vase por la puerta del foro.*

Gloria. ¡Vaya usté con Dios!

Doña Felisa. ¡Ya nos traerá usté la razón que haya!

Gloria. ¡Ya sabe usté dónde tiene su casa y una amiga!

Doña Felisa. ¡Hija de mi corazón! ¡Hija de mi zangre! ¡Ven aquí, que te achuche!

Gloria. ¡Josú! ¡Josú! ¡Qué alegría! ¡Miste que quinse duros!

Maestro. Hay pa está contenta.

Gloria. Pero ¿gustaré?, ¿gustaré?

Doña Felisa. ¿No has visto cómo va eze hombre?

Gloria. ¿Me entenderán los catalanes?

Maestro. Pos ¿no la han de entendé, criatura, si usté con las piernas habla er *volapuke*?

Doña Felisa. Y zi quiés zalí más pronto de dudas, pregúntazelo a estos zeñores.

Gloria. Es verdá. *Al público:*

¿Tengo yo grasia y trapío?
¿Canto y bailo con sentío?
¿Atorruyo o no atorruyo?
¿Le doy al arte *lo mío?*
¡Pos denme ustedes *lo suyo!*

FIN

Madrid, marzo, 1907.

LA PATRIA CHICA

ZARZUELA EN UN ACTO

MÚSICA DEL MAESTRO RUPERTO CHAPÍ

Estrenada en el **TEATRO DE LA ZARZUELA** el 15 de octubre de 1907

Al insigne pintor **DON JOSÉ VILLEGAS***, sevillano nato y español neto, que honra a su patria.*

LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Pastora.	Joaquina Del Pino.
María Pilar.	Pilar Pérez.
Señá Manuela.	Irene Alba.
Conchita.	Paz Calzado.
José Luis.	Juan Gil Rey.
Mariano.	Francisco Meana.
Míster Blay.	Carlos Rufart.
Españita.	Antonio González.
Carranque.	Felipe Agulló.
Gregorio.	Ricardo Güell.
Ansúrez.	Rafael Díaz.
Medina.	Carlos Tojedo.

LA PATRIA CHICA

Estudio en París de José Luis Romero, pintor español. A la derecha del actor, la puerta de entrada. Ante ella un biombo desplegado. A la izquierda, una puertecilla con cortina, que da a una habitación. Al foro, dos ventanas grandes, sin reja, por las cuales se ve un jardincillo alegre. Como el estudio es pobre, no hay nada en él que valga dinero. La mayor riqueza está en los cuadros y bocetos de José Luis y de algunos colegas, que hay por todas partes, colgados unos, y otros arrimados a la pared en el suelo. Dos o tres figuras y bustos de yeso, varias armas, una tarima, y sobre ella un maniquí con una chaquetilla de luces, etc., etc. Diversidad de bancos y sillas.

José Luis, mozo simpático, pinta entusiasmado en un gran lienzo que representa una figura de mujer andaluza, de tamaño natural, envuelto el cuerpo en vistoso mantón de Manila. Colocado en un maniquí análogo al que hay en la tarima está el mantón que le ha servido de modelo.

Preséntase en la puerta de entrada Españita, viejecillo andaluz alegre y animoso.

ESPAÑITA. ¿Se puede?

JOSÉ LUIS. ¿Quién? ¡Adelante, Españita!

ESPAÑITA. Dios guarde a usté, don José Luis.

JOSÉ LUIS. Ven acá. A ver qué te parece esto.

ESPAÑITA. ¿Lo acabó usté ya?

JOSÉ LUIS. Ahora mismo.

ESPAÑITA. *Admirando el cuadro.* ¡Presioso! ¡Presioso!

JOSÉ LUIS. ¿De veras te gusta?

ESPAÑITA. Usté va a haserse rico en París. Se lo dise a usté un modelo viejo. Ese fleco está pintao de mano maestra.

JOSÉ LUIS. ¿Y la cara? ¿Qué dices de la cara?

ESPAÑITA. Que yo no he conosío a esta mujé, pero que debe de está hablando.

JOSÉ LUIS. ¡Hablando está! No es pasión de artista. Es que Dios ha dicho vas a acertar, y he acertado en firme. Te aseguro, Españita, que nunca soñé que pintando a esta mujer de memoria pudiera salirme tan parecida.

ESPAÑITA. Sí que es milagroso de veras. ¿Lo ha visto míster Blay?

JOSÉ LUIS. Todavía no. Luego he quedado en ir por él para que venga a verlo. ¡No te digo nada cuando lo vea! ¡Él está que sueña con el cuadro!…

ESPAÑITA. ¿Se lo pagará a usté a peso de oro?

JOSÉ LUIS. Según lo encuentre. A mí me ha dicho que si acierto con lo que él lleva en la imaginación, me entierra en libras esterlinas de pie.

ESPAÑITA. ¡Ja, ja! Y es muy capaz de haserlo.

Asoma Carranque en la ventana de la derecha del foro. Es un joven pálido y triste, que fuma en pipa. Habla con afectado desdén de las cosas. Viste con desaliño.

CARRANQUE. ¡Hola, José Luis!

JOSÉ LUIS. ¡Hola. Carranque! Pasa.

CARRANQUE. No estoy de humor.

ESPAÑITA. Espantárame yo, don Manué.

CARRANQUE. Adiós, Españita.

JOSÉ LUIS. ¿Trabajas mucho?

CARRANQUE. Nada. ¿Para qué? No creo en el trabajo.

JOSÉ LUIS. ¿Has heredado a alguien?

CARRANQUE. Tampoco creo en las herencias, muchacho. Me meto en mi estudio, a zambullirme estúpidamente en mi pereza. Huyo de ese nauseabundo París, que me ataca los nervios. *Con asco.* ¡Bah!

JOSÉ LUIS. Te compadezco, chico. Lo que es así vas a entregarla pronto.

CARRANQUE. Sería una solución. Pero tampoco creo en la muerte.

ESPAÑITA. ¡Ah! pues no tenga usté duda: se muere la gente por ahí.

CARRANQUE. Oye una cosa, tú, flor de optimismo.

JOSÉ LUIS. ¿Qué quieres?

CARRANQUE. Mira cómo estudias una parada.

JOSÉ LUIS. ¿Es que vas a pedirme dinero?

CARRANQUE. ¡Nunca! No creo en el dinero. ¡Bah!

ESPAÑITA. ¡Claro! Pa creé en siertas cosas hay que conoserlas.

CARRANQUE. Te decía lo de la parada, porque ahí fuera disputan con *madame la concierge* tres españoles que se me figura que quieren saludarte de modo expresivo.

JOSÉ LUIS. *Con sorpresa.* ¿Tres españoles?

CARRANQUE. Un español y dos españolas. Él viste de baturro. En ellas no he parado mientes. Porque son guapas, ¿sabes?, pero con aquella belleza tosca, ordinaria, de nuestras pobrecitas compatriotas.

ESPAÑITA. *A José Luis.* (¡Tírele usté argo!)

JOSÉ LUIS. Pero, hombre, ¿cómo no te has detenido a ver qué querían? Estoy por salir yo.

CARRANQUE. Haz lo que te plazca. Yo me he venido huyendo. ¡Bah! Los españoles me molestan en casa y fuera de casa.

ESPAÑITA. ¿De qué pueblo es usté, don Manué?

CARRANQUE. De un pueblo *de cuyo nombre no quiero acordarme.* Y siento haber citado el *Quijote,* ese libraco soporífero. Un pueblo de la España negra, triste, inquisitorial… ¡Qué país! ¡No se come más que cocido! ¡Bah! Hasta luego. Me voy a mi torre de marfil. Hasta luego. *Vase.*

JOSÉ LUIS. Adiós, hombre, adiós. *A Españita.* ¿Qué te parece?

ESPAÑITA. Que no le vendría mal argunos días, en la torresita de marfí, un poquito de cosido de ese que se come en España.

JOSÉ LUIS. Es un majadero forrado de lo mismo. Y ¿quiénes serán esos compatriotas?… Dos mujeres… un aragonés… Me sorprende mucho.

ESPAÑITA. Pues va usté a salí muy pronto de dudas. Porque creo que ya están ahí. ¿No oye usté?

JOSÉ LUIS. En efecto; aquí llegan.

PASTORA. *Dentro, llamando a la puerta*. ¿Se pué pasá?

JOSÉ LUIS. Adelante.

PASTORA. *Después de abrir la puerta, sin asomar aún*. ¿Hay permiso?

JOSÉ LUIS. ¡Adelante, adelante!

Salen Pastora, María Pilar y Mariano. Pastora es andaluza, y María Pilar y Mariano, aragoneses. Visten pobremente los trajes peculiares del pueblo en sus respectivas regiones.

JOSÉ LUIS. *Sor prendidísimo.* ¡Pastora! ¿Tú?

PASTORA. Yo misma, don José. Dichosos los ojos que lo están viendo.

Se estrechan las manos con efusión.

JOSÉ LUIS. Pero, muchacha, ¿tú en París?

PASTORA. *Suspirando.* Yo en Parí, por mi mala fortuna.

MARIANO. Güenos días a to esto, siñor artista.

MARÍA PILAR. Güenos días.

JOSÉ LUIS. Felices. Siéntense ustedes donde quieran. Ésta es su casa. Basta que vengan con Pastora y que sean españoles.

MARIANO. Se estima.

MARÍA PILAR. Falta que nos hace. Yo estoy rindida. *Se sienta.*

PASTORA. *Lo mismo.* Yo también. ¡Ay, qué tres días yevamos!

JOSÉ LUIS. *Sentándose junto.* Ahora me contarás, mujer. Porque te aseguro que lo que menos esperaba era verte aquí. ¡Vaya, vaya con mi primer modelo! Estás más guapa cada día. *A Mariano.* ¿Usted no se sienta?

MARIANO. Sí, siñor; pero antes va usté a consentime que le dé un abrazo.

JOSÉ LUIS. *Levantándose a ello.* ¡Ahora mismo!

MARIANO. Dios se lo pague: y apriete usté como si fuera de la familia.

JOSÉ LUIS. ¡Compadre, usted es el que aprieta como si yo no fuera de la suya!

MARIANO. Perdóneme usté. Es que lo hi cogido con ganas. ¡Gracias a Dios que nos pone en sitio donde nos entiendan lo que hablemos!

Se sientan los dos.

MARÍA PILAR. Sí que es antipática esta tierra: ¡hasta los letreros de las calles están en francés!

MARIANO. Si eso sucediera en España, ya nos criticarían, ya.

JOSÉ LUIS. Yo, cuando vine, pasé también los grandes apuros.

PASTORA. Don José de mi arma, ¡qué angustia de idioma! ¿Querrá usté creé que a mí ni los loros me entienden? ¡Miste que enseñarles fransés a los loros!

JOSÉ LUIS. Bueno, bueno, vamos a ver: ¿qué viento te ha traído por París?

MARÍA PILAR. Viento de tronada, siñor. Nunca hubiera soplao.

PASTORA. A Parí me ha traío mi mala fortuna, como ya le he dicho a usté antes, y los consejos de más de cuatro que me yenaron de humo la cabesa. Usté sabe que yo, viendo que de modelo no se come, me metí a cantaora. Armé un arboroto, eso sí; pero er arboroto fué mi perdisión. Porque empesó to er mundo a desirme: «No seas tonta y vete a Parí. Tu suerte está en Parí.» Y dale con Parí. Y torna con Parí. Y tanto hablaron, que me vine a Parí. Y ya estoy en Parí… y mardita la grasia que me liase a mí Parí.

MARÍA PILAR. Ni a ti ni a nadie.

MARIANO. ¡Condenao París! ¡Qué malamente nos ha recibido!

MARÍA PILAR. ¡Cuándo lo perderemos de vista!

PASTORA. ¡Cuándo querrá Dios! ¡Ay, er día que yo sarga de Parí, vi a sortá un suspiro como pa hinchá un globo!

MARIANO. ¡Malhaya París! *A Españita.* ¿Usté no será de París?

ESPAÑITA. No, señó; no soy de París.

MARIANO. ¡Porque se había lucido!

ESPAÑITA. *Con júbilo.* Yo soy españó, como ustedes. Paisano de esta señorita tan guapa.

PASTORA. ¡Óle! En la manera de escucharme había yo conosío que era usté andaluz. ¿Es usté der Puerto?

ESPAÑITA. No, señora, que soy der mismo Cadi. Der barrio e la Viña.

PASTORA. Yo soy de Málaga: perchelera.

JOSÉ LUIS. Pues nos juntamos aquí tres andaluces; porque yo, aunque no lo parezca, también nací por allá abajo.

PASTORA. Ya lo sé.

ESPAÑITA. Me casé con una fransesa, y por eso me he quedao aquí. Las mujeres tiran más que uno.

MARIANO. Entonces… disimule usté lo que se ha hablao. Aunque de las mujeres francesas na malo himos dicho.

ESPAÑITA. De la mía puén ustés desí lo que se les antoje.

MARIANO. ¿Está usté separao?

ESPAÑITA. ¡Ojalá!

MARÍA PILAR. ¿Es también de las que al recogerse las sayas enseñan las piernas?

ESPAÑITA. ¡También! ¡Pero más valía que no las enseñara! *Risas.* Por desgracia, mi mujé no podría serví de modelo, como yo sirvo.

PASTORA. ¿Sirve usté de modelo?

ESPAÑITA. Sí, señora. Elegí este ofisio porque tan pronto me veo de rey, como de fraile, como de torero, como de majo… ¡y to sin moverme! ¿Se pué dudá de que yo sea españó?

Nuevas risas.

JOSÉ LUIS. Bueno, Pastorilla, cuéntame ya cuál es tu desgracia y la de tus amigos, por si de algo puedo yo servir.

PASTORA. Cuéntalo tú, María Pilá.

MARÍA PILAR. Lo que nos ocurre, siñor, es que un impresario sinvergüenza nos sacó de España con engaños, y nos trajo a París en compañía de unos cuantos artistas más. Mi hermano aquí presente y yo, cantamos jotas. En vez de llevanos al teatro que habíamos convinido, nos llevó a una barraca que está allí donde Cristo dió las tres voces y no lo

oyeron. Fracasó el nigocio —claro es—, y lo pior de to es que el muy granuja se escapó con una bailadora, se llevó mucha de nuestra ropa, y nos dejó en esta Babel sin más amparo que el que nos quiera llover de allá arriba. Pero se conoce que los santos aquí también son franceses, y por más que les pidimos cosas, como se las pidimos en español no nos entienden y no nos hacen caso. ¡Ya podían tener un interpretico allá arriba, ya!

PASTORA. Van dos o tres días que de milagro dormimos bajo techao y comemos caliente. En er Consulao de España, como son tantos a pedí, no sabemos lo que podrán hasé. Y nuestra situasión no armite espera. Anoche vagábamos desesperaos por esas cayes, y quiso la casualidá que me encontrara a aquer muchacho seviyano, también pintó, que usté me presentó en Madrí.

JOSÉ LUIS. ¡Ah! sí: Molina.

PASTORA. Molina. Pero er pobre Molina está tan pegaíto a la paré que no lo despegan ni con agua caliente. No pudo darme na. Me dijo que usté vivía aquí y que usté quisá pudiera socorrernos. Y apenas salió er só echamos pa acá. Ahí en un banco de esa plasa que hay a la güerta, se han quedao esperándonos los compañeros. Por lo que usté más quiera, don José, si usté no tiene, discurra usté argo: mándenos usté a España. Yo le dejo a usté que me dé un beso, y si usté me deja a mí, se lo yevo a su madre. ¡Mándenos usté a España!

Silencio.

JOSÉ LUIS. ¿Dónde dices que se han quedado los otros compañeros?

PASTORA. Ahí… en la plasa esa… der palasio ese… de la estatua esa.

Nuevo silencio. La andaluza y los aragoneses esperan con gran ansiedad a que hable José Luis.

JOSÉ LUIS. Pues, hija, si valieran deseos, esta misma tarde se iban ustedes para España. Pero, la verdad, aunque he venido aquí a hacerme rico… todavía no he conseguido sino mal comer, trabajando mucho. Ando por el estilo de Molina. Españita lo sabe. Y tú me conoces de sobra. Lo que yo tuviera sería tuyo; de ustedes; pero no tengo un cuarto.

Gran abatimiento.

PASTORA. ¡Ay, madresita mía der Carmen!

MARIANO. ¡Toas las puertas se cierran!

MARÍA PILAR. ¿Qué ti hemos hecho, Virgen del Pilar?

JOSÉ LUIS. *Abriendo camino a la esperanza.* Ahora…

PASTORA. ¿Ahora, qué?

JOSÉ LUIS. Hay un rayo de luz todavía.

ESPAÑITA. ¡Hay más que un rayo: ya sé yo por dónde va usté!

PASTORA. ¿Por dónde?

JOSÉ LUIS. Vuelve la cara y mira el cuadro ese.

Se levantan todos.

PASTORA. *Asombrada, mirándolo.* ¡Jesús, Dios mío! ¡Qué retebién está!

JOSÉ LUIS. ¿La conoces?

PASTORA. ¡Digo! ¿No la he de conosé? ¡Ésta es Merseditas la Caramela!

JOSÉ LUIS. *Loco de alegría.* ¡La Caramela! ¡Justamente!

PASTORA. ¡Si se sale! ¡Si es estarla viendo! ¡Qué mujé más bonita ha sío siempre!

JOSÉ LUIS. ¡Déjame que te abrace, Pastora! ¡No necesito escuchar más! ¡Déjame que te abrace! ¡Vengan esas manos, simpáticos aragoneses! ¡Choca, Españita, choca tú también!

PASTORA. Pero ¿qué le susede a usté?

MARIANO. Pero ¿qué le pasa?

JOSÉ LUIS. Lo más grande, lo mejor que puede pasarle a un artista. ¡Que soy creador: que le doy alma a una criatura con mis pinceles! Oigan ustedes la historia de este cuadro.

PASTORA. Hable usté, por los ojos de su cara.

JOSÉ LUIS. Hay en París un extranjero, míster Blay, hombre extraordinario, rarísimo; con más oro que pesa y que tiene gran pasión por las cosas de nuestra tierra. En prueba de ello, el castellano lo habla como tú y como yo. Bueno, pues este míster Blay —estoy nervioso de alegría, estoy fuera de mí— conoció en Granada una noche a la Caramela. Él es hombre de

pasiones ardientes, y se enamoró de ella como un mahometano. La chiquilla, por supuesto, lo merecía: estaba hecha un capullo de rosa. Al día siguiente de conocerla, desatentado, ciego, la buscó para ofrecerle su fortuna, su mano, su vida entera… ¡qué sé yo! Pero Mercedes había desaparecido no sabemos con quién, y ésta es la hora en que nuestro hombre no ha vuelto a encontrarla viva ni muerta.

PASTORA. En Méjico disen que está, con Paco er melonero.

JOSÉ LUIS. Eso dicen, pero vaya usted a averiguarlo. El hecho es que míster Blay, charlando conmigo una tarde, se enteró, con asombro, de que yo fuí gran amigo de Mercedes, y me dijo así: «Yo lo entierro a usted de pie en libras esterlinas —que son monedas de cinco duros—, si me pinta un buen retrato de aquella mujer». ¡Y aquí está el retrato! ¡Y tú la has reconocido apenas has vuelto los ojos! Excuso decirte que se me figura estar ya tocando las libras esterlinas. Y excuso decirte también que las primeras que coja en mis manos irán a las de ustedes, para que se vuelvan a España y dejen de sufrir.

La alegría del artista se ha ido comunicando a sus oyentes.

PASTORA. ¡Ay, don José de mi corasón! ¡Lo que acaba usté de desirnos! ¡Vaya usté corriendo por ese inglés!

JOSÉ LUIS. Sí que voy a ir, no te creas.

MARIANO. Y risulte lo que risulte, Dios le pague a usté su intinción.

MARÍA PILAR. Y permítame usté a mí que le bese la mano con que ha hecho esa pintura.

JOSÉ LUIS. ¡Mujer!

María Pilar Tengo en España un hijico que se me está muriendo; y si gracias a usté llego a tiempo de velo vivo, pa mí que se me salva, siñor artista; que de otros males piores lo ha sacao su madre. Permítame usté que le bese la mano.

JOSÉ LUIS. ¡Bah!, ¡bah! ¡No hay que pensar en cosas tristes! ¡Hoy ya es todo de color de rosa!

MARIANO. ¡Sí, siñor; dice usté muy bien! ¡Paice que semos otros!

María Pilar. ¡Y semos otros! ¡Y ahora mismo voy a llevarles la noticia a los compañeros!

José Luis. ¡Y que con usted se vengan aquí!

Españita. ¡Eso!, ¡eso! ¡Que se vengan aquí!

Pastora. ¡Bendita sea la madre que lo trajo a usté ar mundo, don José Luis! ¡Pinta usté mejó que Muriyo y es usté más güeno que tos los santos que pintó Muriyo! ¿Pos no estoy yorando de alegría?

Españita. ¡Si estoy yorando yo, señora! ¡Viva la República!

Mariano. ¡A ver si vamos a la cárcel!

Españita. ¡Ca, hombre! ¡Aquí se pué gritá eso a toas horas! Por gritarlo una vez na más en España, yevo yo en Fransia cuarenta y sinco años.

Muchas risas.

José Luis. Españita, el momento lo merece y lo pide: ¡cántanos tu canción española!

Mariano. ¿Qué canción es esa?

Españita. Una que yo he sacao pa consolarme der destierro y der matrimonio, y que canto tos los días cuando me levanto y cuando me acuesto… y cuando peleo con mi mujé. Van ustés a oírla.

Mariano. ¡Venga, venga!

Se sientan todos a escuchar a Españita.

Música

Españita, poseído de gran entusiasmo, y con todo el aire gallardo y calavera que sus flojas piernas le permiten, da un par de paseos, admirado por todos. Luego rompe a cantar.

Españita.

Yo soy españó:
yo soy de la tierra dichosa
der vino y der so.

Para haser en el aire castiyos
me basta un guitarro;
para estarme tendido en la cama
me basta un catarro;
para vé cómo pasan las horas
me basta un sigarro;
para darle mir güertas ar mundo
me basta una copa de vino y un jarro.

¡Chitón! ¡Chitón!
¡Me carga la Costitusión!

Paladín soy que no caya
en defensa de su fe;
soy ministro que no haya
ni un escoyo en cuanto ve;

general soy que avasaya,
y sin tropas ni metraya,
yo no pierdo una bataya
en la mesa der café.

Yo tengo tesoros
de supertisión;
un naipe de oros
es un fortunón.

Me encantan los moros
y la Inquisisión,
y voy a los toros

y luego ar sermón.

Dándose golpes de pecho.

—¡Santo, santo, santo,
Señor, yo pequé!

Gritando, como si estuviera en los toros,

—¡Señor presidente,
no lo entiende usté!
—¡Santo, santo, santo,
mísero mortá!
—¡Váyase usté ar toro!
¡Granuja!, ¡morrá!

Yo nunca estoy triste:
yo soy españó.
A todo infortunio mi patria resiste.
Es la única tierra que ersiste
que vende y revende la *sombra* y er *só*.

Yo soy españó:
yo soy de la tierra dichosa
der vino y der só.

Cesa la música entre aplausos y aclamaciones a Españita.

MARÍA PILAR. ¡Mira qué bonica es!

MARIANO. ¡Bonica de veras!

ESPAÑITA. Cuando estoy enfadao con mi mujé y se la canto, le sienta peó que unas banderiyas e fuego. ¡Ja, ja!

MARÍA PILAR. ¡Conque yo me voy a llegar por los otros!

ESPAÑITA. ¡Y yo la acompaño, que me gusta mucho dá güenas notisias!

JOSÉ LUIS. ¡Pues yo estoy aquí con míster Blay antes de media hora!

MARÍA PILAR. ¡Pues andando!

JOSÉ LUIS. ¡Andando!

Se van, anhelantes, por la puerta de la derecha. María Pilar, delante, y Españita y José Luis, abrazados, detrás, entonando la canción de Españita. Pastora va con ellos hasta la puerta, y luego, con orgullo satisfecho, se dirige a Mariano.

PASTORA. ¿No se lo dije a usté? ¿Hisimos malamente en vení aquí? Ahí tiene usté lo que son las cosas: un andaluz es er que va a sarvarnos. ¡Un andaluz! Pa que usté se entere: ¡un andaluz! ¡Métase usté ahora con los andaluses! ¡Eso, eso es un andaluz!

MARIANO. Ya ha dicho él que no lo parecía.

PASTORA. ¿Sí, verdá? Con que no lo parezca y lo sea… Usté tampoco paese bruto… y pué dá lersiones.

MARIANO. ¿Ya empezamos? ¡Que siempre himos de estar riñendo!

PASTORA. No se meta usté con mi tierra.

MARIANO. ¡Si es usté la que se mete con la mía!

PASTORA. Porque usté la quié compara.

MARIANO. ¿Compararla yo? ¡Dios me libre! ¿Qué comparación ha de haber entre un país que no da más que embusteros y otro que dice las verdades claras?

PASTORA. ¡De boquiya! Mucha palabra gorda, mucho puñetaso en el pecho, mucho maño pa arriba, mucha maña pa abajo… y eso es lo que tienen ustés: mucha maña… pa engaña a to er mundo.

MARIANO. ¡Usté quié oíme!

PASTORA. Pero conmigo se la lía usté ar deo, compadre; que ya ha quedo usté varias veses entrá por uvas… y se ha encontrao usté con un perro

en la viña.

Mariano. Siempre le hará usté caso a algún flamenco escuchimizao, de esos que vienen con nosotros.

Pastora. A cuarquiera, menos a un hombre que se ensiende los fósforos en la cabesa.

Mariano. *Dándose en ella un puñetazo.* ¡Es que hay que ver bien la cabecica!

Pastora. Der país. ¡Tienen ustedes que usá pañuelo en vez de sombrero, porque los sombreros se lastiman!…

Mariano. Gracia me hace usté a veces: la verdá sea dicha.

Pastora. ¡Pos es raro; porque nasí no me acuerdo dónde!…

Mariano. ¡Anda con Dios! No se le pué echar a usté un piropo: en siguida se engríe. ¡Cristo, qué humos con la gracia! ¡Estoy ya de la tierra e la gracia hasta los mismos pelos! Y dispués de to, si va usté a míralo, por cada andaluz que sale gracioso, ¡a cuánto pelmazo hay que aguantar! ¡Por aquello de que son de la tierra e la gracia!

Pastora. No, no, si eso es sabio: pa grasia, los aragoneses. *Imitándolo con exageración.* «¡Chiquio! ¿Cómo has podio comerte un cabrito tú solo? ¡Ahí tiés tú: entró a juerza e pan!» ¡Vaya grasia… y vaya finura!

Mariano. ¡De la finura no se ha hablao! ¡Usté quié oíme!

Pastora. Ni de la finura ni de na debía hablarse. Yo no sé pa qué discuto con usté. ¿Dónde se va a poné tierra con tierra? Er día que vaya usté a Seviya, y oiga usté repicá las veintisinco campanas de la Girarda…

Mariano. ¡Joroba con las veinticinco campanas, siñora! ¡La Campana de Huesca no es más que una, y es más soná que toas las veinticinco de usté! ¡Y no se la refriego a usté tanto por los hocicos!

Pastora. Che, che, che; que yo no tengo hosicos; que me confunde usté con la burra, como en toas las coplas de amores que canta usté.

Mariano. ¿También se va usté a meter con las coplas?

Pastora. *Volviendo a imitarlo.*

La burrica de mi suegra

y el burrico de mi suegro,
tuvieron una burrica,
y yo les hice el cuarteto.

Eso es una fló y lo demá es un cardo.

Mariano. ¡Usté quié oíme!

Pastora. Siempre cambian ustés a la novia por la burrica. Por argo será.

Mariano. ¡Repaño, esas son gromas! ¡Y cuando uno está de groma… dice lo que siente! ¡Dispués de to, preferibles son esas salidas a los *gorigoris* del *cante jondo* que usan ustés por Andalucía!

Pastora. ¿Cómo *gorigoris*?

Mariano. *Remedando los ademanes de los cantadores de flamenco.* Que entré en el cimenterio y pisé un güeso; que mi madrecita se me muere; que a mi padrecito le dan garrote; que si el presidio, que si el hospital… ¿Eso es estar de jota o es estar de *tideum?*

Pastora. Lo que hay en mi tierra son unos cantares de cariño, que ni soñando los ha escuchao usté nunca.

Mariano. ¡Pues anda que en la mía!

Pastora. Lo primero que farta en la de usté es quien sepa queré de ley.

Mariano. ¡También es inorancia! Siñora, vaya usté a Teruel, y vea usté las momias de los amantes. ¡Toavía se están mirando!

Pastora. En Andalusía nos aprovechamos antes de yegá a momias. Oiga usté esta coplita:

Dies años después de muerta
y a la vera de mi hoyo,
has de encontrar unas flores
con er coló de tus ojos.

Mariano. ¡Está bien! ¡Pero no salimos del cimenterio y de sus alrededores!

Pastora. Pos oiga usté ésta de otro estilo.

He visto una marvaloca
en un campito andaluz,
tan gayarda y tan bonita,
que me paresiste tú.

Mariano. ¿Eso es a mí?

Pastora. ¡No, hombre! ¡No sea usté animá! Eso es de un enamorao a su novia; en lugá de desirle que no va a verla porque está en er pesebre trabao, que es lo que usté diría.

Mariano. ¡Ah!, ¿sí? Ya que me pica usté el amor propio, a ver si entre tos sus cantares saca usté uno de su tierra como éste que canto yo de la mía.

Pastora. Vamos a verlo.

Música

Mariano. *Apoyando un pie en un banquillo y simula que toca la guitarra.*

En Aragón hi nacío
porque así lo quiso Dios:
si me consultan mi gusto
también nazco en Aragón.

Pastora.

Ésa es mu bonita,
varga la verdá;
pero oiga usté una
que le va a ganá:

Aquer pueblesito blanco
que está entre los olivares,
vale más que er mundo entero,
porque ayí tengo a mi madre.

Mariano.

A eso de la madre
le hi de contestar;
que la madre es cosa
para tos igual:

Viejecica, viejecica,
a tu Virgen, que es tan güena,
dile tú que me perdone
que te quiera más que a ella.

Pastora.

De Virgen sé yo una
que es un portento.
No hay en otra ninguna
más sentimiento:

Los ojos con que lo miro
te ofrezco yo, Virgen mía,
porque no miren a otra
los ojos con que ér me mira.

Mariano.

¡Pues allá va ésta de cariño!

Es tanto lo que la quiero,
que cuando labro la tierra,
mi arado escribe en el surco
su nombre letra por letra.

Pastora.

¡Pos ayá va esta otra!

Lo yevo tan en el arma,
que cuando yoran mis ojos,
en cada lágrima mía
va una imagen der que adoro.

Mariano.

De cariño una rosa
planté en mi pecho,
y los celos me espinan:
¡malditos celos!

Pastora.

Er cariño es un niño
que yora y ríe:
er cariño sin yanto
no echa raises.

Mariano.

Yo bendigo a todas horas
la tierra donde nací…

Pastora. *Interrumpiéndolo.*

¡Eso es de mi tierra!

Mariano.

¡No, que es de la mía!

Pastora.

¡Siempre se ha cantao
por Andalusía!

Mariano.

¡Pues en Zaragoza
ya lo escucharía!

Pastora.

¡Eso es de mi tierra!

Mariano.

¡No, que es de la mía!

Yo bendigo a todas horas…

Pastora.

Yo bendigo a todas horas…

Mariano.

La tierra donde nací…

Pastora.

La tierra donde nasí…

Mariano.

Porque por algo mi madre…

Pastora.

Porque por algo mi madre…

Mariano.

Hizo que naciera allí…

Pastora.

Hiso que nasiera ayí.

¡Siempre se ha cantao
por Andalusía!

Mariano.

¡Pues en Zaragoza
ya lo escucharía!

Cesa la música.

¡Bien ha estao de coplicas!

Pastora. ¡Bien ha estao!

Mariano. Pero no himos dicho ninguna contra las suegras.

Pastora. Como ni usté ni yo nos hemos casao, toavía no hay motivo.

Mariano. Mire ésta que me ricuerdo ahora y que es muy sabida:

Aquel que quiera mandar
mimorias a los infiernos,
la ocasión la pintan calva:
mi suegra se está muriendo.

Pastora. Pos atienda usté a ésta, que oí yo en un bautiso en Seviya:

Cuando se muera mi suegra,
que la entierren boca abajo,
por si escarba pa salirse que se
vaya más pa abajo.

Mariano. ¡Cristo, qué ideíca!

Pastora. *Mirando por una de las ventanas.* ¡Ahí está nuestra gente! Tendrá que oí la señá Manuela. *Encamínase hacia la puerta.*

Mariano. Escuche usté, Pastora.

Pastora. *Deteniéndose.* ¿Qué hay, Mariano?

Mariano. Que lo pior de to será que le toque a usté una suegra de mi tierra.

Pastora. Lo *pior* será que me toque un marido. ¡Güerva usté por otra! *Vase.*

Mariano. Se me está metiendo en el seso esta mujer. Y mientras más riñimos, más me gusta. ¡Y riñimos tos los días veinticuatro veces! Pero ¡anda! que hasta que no me diga que Aragón vale más que su tierra, no le hi de decir yo lo que estoy pasando.

Capitaneados por Españita, Pastora y María Pilar, llegan animosos y alegres la seña Manuela, Conchita, Medina, Ansúrez y Gregorio, andaluces todos menos este último. La seña Manuela, madre de Conchita, es una vieja agitanada; Conchita es bailadora; Ansúrez, cantador, y Medina, tocador. Lleva consigo una guitarra enfundada. Es hombre entrado en años y habla siempre entre lágrimas y sollozos. Gregorio es un mozo bailador aragonés.

Españita. Por aquí; vengan por aquí. *Llevándolos ante el cuadro de José Luis.* Este es er retratito que va a hasé er milagro.

Todos lo contemplan con admiración. Algunos materialmente embobados. Pausa.

Conchita. ¡Ay, qué cosa más presiosa!

Señá Manuela. ¡Ay, qué manos de hombre!

Ansúrez. ¡Vaya asúcar cande! No le farta más que er parpagueo.

Medina. Yo no pueo vé estas cosas sin echarme a yorá. ¡Seviya e mi arma!

Señá Manuela. Er mantón está hablando.

Pastora. ¿La conoséis?

Ansúrez. ¡Pos ya lo creo!

Conchita. ¿No la tenemos de conosé?

Gregorio. *Que no ha pestañeado hasta ahora.* ¿Es la Ripública?

Todos se ríen.

ESPAÑITA. ¡Ja, ja! La República, dise.

MARIANO. ¡Qué bruto eres, Grigorio!

GREGORIO. ¡Del roce con tú!

ANSÚREZ. ¡Es Merseditas la Caramela!

MEDINA. ¡Si es verla en persona!

CONCHITA. ¡Como que paese que nos va a hablá!

SEÑÁ MANUELA. Ganas me dan de preguntarle qué ha hecho de unos pendientes que le presté.

MARÍA PILAR. ¡Güen respiro ha tenido la señá Manuela!

SEÑÁ MANUELA. Respiro, cuando nos veamos en er ferrocarrí. ¡Ay!

PASTORA. No me hable usté de eso, que me paese mentira.

MARÍA PILAR. Y a mí también. Lo veo y no lo creo.

ANSÚREZ. Yo, ¡mardito sea er mundo!, como faye la combínasión, me tiro ar Sena.

SEÑÁ MANUELA. ¿A qué sena? ¿Quién habla de senas ahora, si toavía está en el aire el armuerso?

ESPAÑITA. ¡Ja, ja!

GREGORIO. ¡Lo pior será que nos den billete de ida y güelta! ¿Qué hacemos entonces?

MARIANO. ¡Amontarnos en tú, pa que nos lleves uno a uno!

MEDINA. Compañeros, yo estoy entregao. Me acuerdo e mi casa, me acuerdo e mi gente, y como ya soy viejo…

SEÑÁ MANUELA. ¡Puñales!, ¡no nos meta usté er corasón en un puño!

Vuelve José Luis en esto. Los recién llegados se deshacen en cumplimientos y bendiciones.

JOSÉ LUIS. ¡Paisanos, salud!

ESPAÑITA. ¡Este cabayero es er padrino!

SEÑÁ MANUELA. ¡Ay, señó padrino! ¡Bendita sea la madre que lo parió a usté!

ANSÚREZ. ¡Dios le premie a usté lo que va a hasé con estos pobres desterraos!

José Luis. Vaya, vaya…

Medina. ¡Crea er señorito que es una obra e caridá!

Conchita. ¡Argún día se la pagaremos, ca uno como puea!

José Luis. No se hable de eso, por amor de Dios.

Señá Manuela. ¡Esta hija mosita tengo: si la quié usté, se pué casá con eya esta tarde!

Conchita. ¡Y lo mismo le digo yo a usté de mi mamá!

Medina. ¡Yo no tengo más que esta guitarra, heredá de mi padre, y es de usté!

Ansúrez. ¡Yo no tengo más que un corazón pa agradeserle su servisio!

María Pilar. ¡Grigorio, di tú algo!

Gregorio. ¡Si no me dejan éstos, que hablan tos a la vez!

José Luis. Bueno, bueno; basta de gratitudes ya… No me emocionen más de lo que estoy. El extranjero que va a pagar el cuadro se ha detenido a la puerta del estudio con un amigo… Apártense ustedes a un lado para no llamarle la atención cuando entre.

Obedecen todos con gran solicitud.

Españita. Yo me voy ahí junto, al estudio der señó Durand, que es mi hora. Si necesita usté argo, ya sabe dónde estoy.

José Luis. Gracias, Españita.

Españita. Paisanos, hasta luego.

Pastora. ¡Hasta luego!

María Pilar. Vaya usté con Dios.

Mariano. Que le veamos, ¿eh?

Medina. ¡Que le demos a usté un abraso!

Se va Españita por la puerta de la derecha. A poco se le ve cruzar hacia la izquierda por el jardín.

José Luis. *Moviendo un poco el caballete que sostiene el cuadro.* Así parece que le da mejor luz. ¿Verdad, Pastora?

Pastora. No tenga usté cuidao ninguno, que le va a encanté. Conchita y Ansúrez y Medina y tos se han quedao con la boca abierta.

ANSÚREZ. Verdá que sí: es un cuadro presioso.

MEDINA. A mí se me sartan las lágrimas na más e lo miro.

GREGORIO. ¡Y aguarde usté que le pongan el marco!

JOSÉ LUIS. Míster Blay viene ilusionadísimo, soñando con la primera impresión. Al fin y al cabo es un enamorado. Aquí llega. *Adelantándose a recibirlo.* Pase el ilustre míster Blay a honrar una vez más mi modesto estudio.

El grupo de los españoles está al lado opuesto del cuadro. Pastora, delante de todos ellos, en primer término. Llega Míster Blay. Su figura es noble y simpática; su rostro, encendido. Es hombre de mediana edad, y no es rubio ni tiene patillas. Usa monóculo. Viste elegantemente de americana. Habla con calma inalterable y con leve acento extranjero.

MÍSTER BLAY. Buenos días.

Todos contestan a su saludo con la misma frase, aunque no a la vez, naturalmente.

JOSÉ LUIS. Míster Blay, he aquí mi humilde obra, esperando su aprobación.

MÍSTER BLAY. Vamos a verla. *En este momento, cuando se cala el monóculo para mirar el cuadro, tropiezan sus ojos con la figura de Pastora, que lo subyuga y que lo atrae. No puede contener una ligera exclamación de asombro:* ¡Ah! *Permanece un rato admirándola. La inquietud del pintor aumenta por segundos. No sabe qué hacer para llamarle la atención hacia el lienzo.*

JOSÉ LUIS. ¡Ejem!… Míster Blay…

MÍSTER BLAY. *Absorto.* Peregrina hermosura… Tipo de española perfecto…

JOSÉ LUIS. Míster Blay…

Pastora se retira un tanto, esquivando la pertinaz mirada del extranjero. Éste la sigue con los ojos.

MÍSTER BLAY. Tiene aquella noble bizarría de las andaluzas. Lo que los españoles llaman garbo.

JOSÉ LUIS. *Cada vez más desconcertado.* ¡Ejem!, ¡ejem! Míster Blay… míster Blay…

MÍSTER BLAY. ¿Qué pasa?

JOSÉ LUIS. El cuadro…

MÍSTER BLAY. ¡Ah! el cuadro. Es verdad, que he venido a verlo. *Aparta su vista de Pastora y se encara fríamente con el lienzo. Está un minuto contemplándolo. Nadie respira. José Luis tiembla. Al cabo, volviéndole la espalda, dice:* No me gusta. *Y se encamina hacia Pastora.*

JOSÉ LUIS. ¿Eh?

MÍSTER BLAY. Que no me gusta.

Consternación general. Ninguno puede reprimir una exclamación, y casi simultáneamente salen todas ellas de sus labios.

MARÍA PILAR. ¿Que no le gusta?

CONCHITA. ¿Que no le gusta?

SEÑÁ MANUELA. ¡No le gusta!

MEDINA. ¡No le gusta!

ANSÚREZ. ¡La jisimos! ¡No le gusta!

GREGORIO. ¿No le gusta?

MÍSTER BLAY. *Volviéndose hacia ellos, algo sorprendido.* No, señores, no; no me gusta.

MARIANO. (¡Cómo que ya estoy viendo yo lo que le gusta!)

MÍSTER BLAY. *A Pastora.* ¿Es usted española, señorita?

PASTORA. Sí, señó: soy de Málaga.

MÍSTER BLAY. ¡Oh, de Málaga! Honra usted a su tierra.

PASTORA. Grasias: es favó.

MÍSTER BLAY. Yo no hago favores.

GREGORIO. ¡Ya lo estamos viendo!

MÍSTER BLAY. ¿Eh?

MARÍA PILAR. ¡Calla borrico!

JOSÉ LUIS. De modo… míster Blay… querido míster Blay…

Míster Blay. ¿Qué es eso? ¿Qué le sucede a usted, que está tan triste, teniendo aquí tan buena compañía?

José Luis. Como me ha dicho usted que no le gusta el cuadro…

Míster Blay. ¡El cuadro!, ¡el cuadro!… No tome nada tan a pechos… *Abrazándolo cariñosamente.* La culpa de lo sucedido es de usted… La belleza real es siempre superior a la pintada; aunque se llamara usted Velázquez. El cuadro de usted puede que me guste, que me entusiasme, mañana o pasado: hoy es imposible. *Vuelve junto a Pastora.* Conque malagueña, ¿verdad?

José Luis. (¡Vaya! ¡Por ahora lleva las de perder el cuadrito!)

Pastora. Sí, señó; malagueña. Recriá en Seviya.

Míster Blay. ¿Y su papá de usted?

Pastora. Mi papá era de Córdoba.

Míster Blay. ¿Y su mamá?

Pastora. Mi mamá de Cadi.

Señá Manuela. (¿Le va a hasé er padrón?)

Míster Blay. Sangre de toda Andalucía corre por sus venas de usted.

Pastora. Así párese.

Míster Blay. Y ¿qué hace usted aquí?

Señá Manuela. ¡Esperando er santo arvenimiento!

Míster Blay. ¿Quién es esa señora que habla?

Conchita. Mi mamá.

Míster Blay. ¿Y usted, quién es?

Conchita. Yo soy la hija de esa señora.

Míster Blay. Eso tiene gracia.

En vista de esta favorable opinión, se ríen todos para halagar a Míster Blay.

Ansúrez. *Animándose, seguro de su ingenio. Mosiú,* ya que no ha visto usté bien el otro cuadro, miste er cuadro éste, de unos cuantos artistas de tablao que están aquí pasando las morás.

Míster Blay. Eso no tiene gracia.

MARÍA PILAR. Güen hombre, con licencia de usté le diré yo que semos unos infilices desterraos de España, que suspiramos por golver a ella. El que más y el que menos tiene allí de quien acordase, y siente unos tirones en el corazón que le hacen mucho daño.

MARIANO. ¿A qué le cuentas al siñor lo que no le importa?

MÍSTER BLAY. ¿Quién le ha dicho a usted que no me importa?

PASTORA. A mí se me ocurre que en lugá de yorarle plagas a este cabayero, lo que debemos es bailarle y cantarle una mijita, pa que apresie nuestro trabajo. ¿No opina usté, don José Luis?

La iniciativa de Pastora anima y regocija a lodos.

JOSÉ LUIS. ¡Claro! Míster Blay gusta mucho de las cosas de España.

MÍSTER BLAY. Sobre todo, de lo que lleva aroma popular. Acepto esa fiesta, señorita. Ya presumía yo que usted diría lo mejor de cuanto se hablase. ¿Usted canta?

PASTORA. Maliyamente, pero canto.

MARÍA PILAR. Yo también canto: cosas de mi tierra.

ANSÚREZ. Y yo.

MEDINA. Y yo toco.

CONCHITA. Y yo bailo.

GREGORIO. Y yo bailaba jotas, pero se me ha fugao la pareja con el impresario. ¡Ajolá discarrilen!

MÍSTER BLAY. *A Mariano.* ¿Y usted?

MARIANO. Yo hago lo que se tercie.

MÍSTER BLAY. *A la señá Manuela.* ¿Y usted, señora?

SEÑÁ MANUELA. Yo no hago más que tené cuidao con mi niña, que no es poco trabajo.

MÍSTER BLAY. Eso tiene gracia. *Vuelven a reirse todos, como antes.* Dígame algún chiste de su país. Algún *golpe,* como ustedes les llaman.

SEÑÁ MANUELA. ¿No se va usté a enfadá?

MÍSTER BLAY. No, señora; aunque se meta usted conmigo.

SEÑÁ MANUELA. Pos entonses le vi a desí una cosa: que se quite usté ese cristá que yeva en el ojo, porque paese que va usté asomao a un camarote.

Ríe de buena gana el extranjero y lodos lo acompañan.

MÍSTER BLAY. ¡Muy bien; muy justa observación! Diga usted todo cuanto se le ocurra.

CONCHITA. (Éste no sabe lo que píe.)

MÍSTER BLAY. Y vamos a ver esa fiestecita.

PASTORA. Vamos ayá, vamos ayá.

Gran animación y alegría. En un decir Jesús, quedan lodos colocados convenientemente, sin duda por la fuerza de la costumbre. Ansúrez y Medina se sientan en dos sillas que colocan sobre la tarima, y los demás se agrupan en torno de ellos, unos de pie y otros sentados en la propia tarima. Mister Blay no le quita ojo a Pastora, ni Mariano a Míster Blay. Durante toda la fiesta, Mariano permanece callado.

Música

SEÑÁ MANUELA. Ande usté, Paco: tóquele usté argo a mi Conchiya, pa que eya baile.

ANSÚREZ. Deje usté, señá Manuela. Haré yo boca con unas soleares. ¡La copita e casaya!

MEDINA. Eso está más propio. A vé si sacas lo mejorsito der baú.

Principia a tocar con verdadero lujo de dedos.

ANSÚREZ. *Cantando al son de la guitarra.*

Un dolorsito que tengo
no lo curan melesinas;
lo curan tus ojos negros.

Los compañeros lo jalean.

MÍSTER BLAY. No me gusta.

ANSÚREZ. ¿No le gusta?

PASTORA. Es que ha cantao con un poquiyo e míeo.

SEÑÁ MANUELA. Baila tú, Conchiya, baila tú.

ANSÚREZ. Aguarde usté, agüela. ¡Cambiaremos la bebía! *A Medina*. Pásate ar *moyate*.

MEDINA. ¿Un tanguiyo?

ANSÚREZ. Un tanguiyo.

CONCHITA. ¡Vamos a verlo!

ANSÚREZ. *Volviendo a cantar*.

La estreyitas que hay en er sielo
me dan consuelo de cuando en cuando,
y las estreyas que hay en tu cara
me tienen siempre desconsolao.

Mándame un besibitibito
de la tu boquibitibita,
que estoy enfermibitibito
de calenturibitibita.

Los compañeros se entusiasman a ver si contagian a Míster Blay.

MÍSTER BLAY. No me gusta.

ANSÚREZ. *Como quien se traga una píldora sin agua*. ¿Tampoco?

SEÑÁ MANUELA. ¡Que baile mi Conchiya, o se va a cansá este señó!

JOSÉ LUIS. Si, si; que baile, que baile.

PASTORA. Anda, Conchiya, baila cualquier cosa.

CONCHITA. Volandito. Toque usté *Las Pamplinas*.

La señá Manuela coge el mantón de Manila que hay en el maniquí y se lo coloca a su hija.

ANSÚREZ. *A Medina, mientras Conchita se prepara*. (Estaba por desirle ar tío ese que se pusiera er cristá en la oreja.)

MEDINA. *A Ansúrez*. Cármate, por tu salú, que nos va er viaje. Conchiya, *Las Pamplinas*. ¡Vamos ayá!

CONCHITA. ¡Vamos ayá!

ANSÚREZ. *Olvidando todo resentimiento*. ¿Hago parmitas?

MÍSTER BLAY. Mejor será que no haga usted nada.

ANSÚREZ. Güeno está. (¡La ha tomao conmigo el inglés!)

SEÑÁ MANUELA. Verá usté, verá usté mi niña. Y eso que con este traje no luse.

Baila Conchita Las «Pamplinas», jaleada por todos, pero principalmente por Pastora, por la señá Manuela y aun por el propio Ansúrez, a quien la situación y el temperamento le impiden callar.

MÍSTER BLAY. *Así que termina Conchita.* Esto ha estado mejor.

CONCHITA. Muchas grasias.

SEÑÁ MANUELA. Lo ha bailao demasiao desente. ¡Como no trae las medias güenas!

MARÍA PILAR. Vaya, Grigorio, coge tú la guitarra ahora, y cantaré yo alguna cosica de nuestra tierra.

GREGORIO. ¡Ni visto ni oído! *Lo hace.*

Los demás secundan la iniciativa con todo calor, en vista de que el extranjero parece ablandarse.

MARÍA PILAR. *El Baturrico;* ¿sabes, maño?

GREGORIO. Ya estoy.

MARÍA PILAR. *Cantando.*

Oiga usté lo que le dijo
una baturra al llevar
a presentale su hijo
a la Virgen del Pilar.

Como si tuviera un niño en brazos y le hablara a la Virgen.

Ampara este retoño
que me ha nacido
de unas conversaciones
con mi marido.

Quiero que saque el genio
como su madre,
y la cabeza dura
como su padre.

Quiero que cuando sienta
la sangre moza,
se lo rifen las chicas
de Zaragoza.

Quiero que nunca pase
la pena negra;
quiero que si se casa
no tenga suegra.

Quiero que sea alegre para el trabajo,
y español y baturro
de arriba abajo.

Esto fué lo que le dijo
una baturra al llevar
a preséntale su hijo
a la Virgen del Pilar.

Gran entusiasmo.

MÍSTER BLAY. Es muy bonita la canción.

MARÍA PILAR. Hi hecho lo que sé.

PASTORA. ¿Le ha gustao a usté de veras?

MÍSTER BLAY. Yo no miento nunca si no hace falta; y aquí no hace falta. Lo que deseo es que cante usted.

JOSÉ LUIS. Anímate, Pastora; anímate.

PASTORA. ¡Pos ya lo creo! Nunca me hago yo de rogá. Coge la guitarra, Medina.

GREGORIO. Vaya.

MEDINA. Venga.

SEÑÁ MANUELA. (El inglés con Pastora tiene los ojos encandilaos: er der cristá y el otro.)

MEDINA. ¿Qué toco?

PASTORA. Acompáñame er *Te quiero y me quieres.*

MEDINA. ¡Ole! ¡La alegría e la casa!

PASTORA. *Cantando.*

Te quiero
cuando por mi caye arriba
vienes vendiendo salero.

Me quieres
cuando me asomo a mi puerta
de veintisinco arfileres.

Te quiero,
porque teniéndote ar lao
me orvío der mundo entero.

Me quieres,
porque en estando a mi vera
se acabaron las mujeres.

Te quiero,
porque mirando me hieres;

me quieres,
porque mirando te hiero,

Por lo grasioso que eres,

por mi charla salamero,
porque entre sien me prefieres,
porque entre mil te prefiero;
¡ay, compañero
de mis quereres!
por eso tanto me quieres;
por eso tanto te quiero.

Se repiten las muestras de entusiasmo y cesa la música.

MÍSTER BLAY. ¡Bravo!, ¡bravo! También es muy linda canción.

PASTORA. Yo me alegro de haber asertao.

MÍSTER BLAY. *Levantándose y llamando aparte al pintor*. José Luis.

JOSÉ LUIS. Míster Blay.

MÍSTER BLAY. ¿Es usted mi amigo?

JOSÉ LUIS. Y ¿usted lo duda?

MÍSTER BLAY. Pues bien: venga la prueba. Necesito hablar ahora mismo, y a solas, con esta mujer.

JOSÉ LUIS. Es lo más sencillo del mundo.

MÍSTER BLAY. Perfectamente.

Se dedica a ver las pocas curiosidades del estudio. Los demás lo observan todo con extrañeza, sin explicarse bien lo que ocurre.

JOSÉ LUIS. (¡Qué hombre más raro! ¡Me parece que se ha salvado esta pobre gente!) *A Ansúrez, con resolución.* Amigo, ¿me hace usted el favor?

ANSÚREZ. ¿Habla usté cormigo?

JOSÉ LUIS. Sí, señor; y con su compañero. Tengan la bondad. *Éntrase por la puerta de la izquierda, seguido de Ansúrez y de Medina.*

PASTORA. *A María Pilar*. (¿Qué pasará, tú?

MARÍA PILAR. *A Pastora*. No sé, chica.)

ANSÚREZ. *Asomándose a la puerta*. Gregorio.

GREGORIO. Mande usté.

ANSÚREZ. Venga usté también.

Gregorio. Allá voy. ¡Ridiez, qué misterio! *Éntrase en la habitación tras Ansúrez.*

Conchita. *A la seña Manuela.* (¿Has visto, mamá?

Señá Manuela. *A Conchita.* Viendo estoy.

Conchita. Pa mí que el inglés se ha chiflao por Pastora.

Señá Manuela. Pos como eya no se ponga romántica, me veo en er tren.)

Gregorio. *Asomándose como Ansúrez.* Señá Manuela. Conchita. Entren ustés aquí, que tinemos una disputa.

Conchita. (Digo, ¿eh?

Señá Manuela. Mariano está como las sopas de las estasiones: que echa humo.)

Siguen a Gregorio las dos.

Mariano. (¡Güeno, hombre, güeno! ¡Se conoce que ahí dentro dan algo!)

Señá Manuela. *Asomándose también, como los anteriores.* Mariano. María Pilá. Don José Luis los yama a ustedes.

Mariano. ¿Nos llama don José Luis?

María Pilar. Vamos, tú.

Mariano. (Está visto: quié hablar con ella el extranjero. Allá veremos lo que sale de aquí.) *Éntrase en la habitación.*

María Pilar. *Deteniéndose un punto con Pastora, antes de seguirlo.* (Escucha, Pastora.

Pastora. ¿Qué quieres?

María Pilar. Ese hombre se ha prendado de tú.

Pastora. ¡Vamos!

María Pilar. Ya lo verás. En tu mano está nuestra suerte: ya lo verás. Na te digo, sino que te acuerdes del hijo e mi alma. Mía que tengo en la caeza que si lo veo lo salvo.)

Mariano. *Dentro.* ¡María Pilar!

María Pilar. ¡Allá voy! *Éntrase con lodos.*

MÍSTER BLAY. *Después de una pausa.* La han dejado a usted sola conmigo.

PASTORA. Ahora me yamarán a mí.

MÍSTER BLAY. ¿Y usted irá?

PASTORA. Según. Si es pa arguna urgensia… Porque carcule usté que hay fuego en ese cuarto…

MÍSTER BLAY. El fuego no está en ese cuarto. *Pastora se ríe.* ¿De qué se ríe usted?

PASTORA. De una cosa que me ha hecho grasia.

MÍSTER BLAY. Le suplico a usted que no se *pitonee* conmigo. Me haría mucho daño.

PASTORA. Descuide usté, que no me *pitoneo.* Esté usté seguro.

MÍSTER BLAY. *Escamado.* ¿No es pitoneo como ustedes dicen?

PASTORA. No, señó; desimos pitorreo. *Pitoneo* me suena más bien a otra cosa.

MÍSTER BLAY. Lamento la equivocación. ¿Quiere usted decirme de lo que se reía? ¿Era de mi lente quizás, como la vieja?

PASTORA. Vamos a que fuera der lente. *Se sienta.*

MÍSTER BLAY. Las andaluzas y los andaluces son muy salados.

PASTORA. Menos er que sale patoso.

MÍSTER BLAY. ¿Patoso… patoso?… ¿Qué es patoso? ¿Patoso, por ejemplo, es ese flamenco aburrido que cantó antes?

PASTORA. No me gusta hablá malamente de mis compañeros; pero, sí, señó: ese flamenco es un patoso. Tiene *pato.*

MÍSTER BLAY. ¿Se dice tiene *pato* o tiene *pata*?

PASTORA. Las dos cosas. Y lo que es ése tiene *pato* y *pata,* y han hecho cría.

MÍSTER BLAY. ¡Ja, ja, ja! Con permiso de usted voy a sentarme al lado suyo.

PASTORA. ¿Por qué no?

MÍSTER BLAY. Gracias. *Se sienta, y la mira atentamente en silencio, acercándose mucho a ella.*

PASTORA. ¿Es usté *moípe?*

MÍSTER BLAY. *¿Moípe?*

PASTORA. Corto e vista; segato.

MÍSTER BLAY. ¡Ah! vamos; miope.

PASTORA. Eso. ¡Como me miraba usté tan serca!…

MÍSTER BLAY. Mucho más cerca quisiera yo mirarla todavía.

PASTORA. ¿Pa qué?

MÍSTER BLAY. *Conteniendo un suspiro.* Permita usted que me reserve la contestación. *Pausa.* Señorita: ¿qué cree usted que es lo más triste que hay en este mundo?

PASTORA. ¿Lo más triste? *Suspirando.* ¡Ay! ¡Verse lejos de la tierra de una!

MÍSTER BLAY. Hay algo más triste. Un caballero enamorado y no correspondido.

PASTORA. Eso es otra cosa. Ya me ha contao don José Luis que anda usté chalaíto por la der cuadro.

MÍSTER BLAY. Anduve. Pero, como Romeo, he conocido a Julieta y he olvidado el otro amor.

PASTORA. ¿Quién es Julieta?

MÍSTER BLAY. Julieta es usted.

PASTORA. Yo me yamo Pastora.

MÍSTER BLAY. Pues bien: yo estoy enamorado de Pastora.

PASTORA. ¿Usté?

MÍSTER BLAY. Yo.

PASTORA. ¡Ave María Purísima! *Pausa. Míster Blay espera con cierta ansiedad.* Miste…

MÍSTER BLAY. Guillermo es mi nombre.

PASTORA. Si no lo yamo a usté.

MÍSTER BLAY. Como dijo usted míster…

PASTORA. No, señó, no; dije miste. En mi tierra desimos: miste esto, miste lo otro… Y yo iba a desí: ¡miste que me suseden a mí unas cosas!

MÍSTER BLAY. ¿Se refiere usted a mi enamoramiento? ¿Hay nada más natural, atendiendo a todas las circunstancias? Yo no tengo patria: yo soy de todo el mundo. Pero mi amor por España es grande. Mi corazón está siempre pronto a sentir cuanto le hable de España. Yo siempre he dicho que si España es una mujer hermosa, sus ojos son Andalucía. Usted, para mí, es toda Andalucía. Ahora me parece que España entera me mira con sus ojos.

PASTORA. ¡Qué salidas tiene usté, míster Blay! Y ¡qué cosas tan bonitas inventa!

MÍSTER BLAY. Hablo con absoluta sinceridad. Preferiría que se me hubiera ocurrido lo del *pato y* la *pata.*

PASTORA. Vamos, ¿quié usté cayarse?

MÍSTER BLAY. Si usted ha de hablar, me callaré con mucho gusto. ¿Qué me responde a mi declaración?

PASTORA. Míster Blay, ¿qué quié usté que yo le responda? Eso es una locura de usté. Mentira párese que ponga los ojos en mí, cansao como estará de vé mujeres bonitas en toas partes der mundo.

MÍSTER BLAY. Por lo mismo.

PASTORA. Piénselo usté un poco y se convenserá de que eso no es más que un arrechucho de usté.

MÍSTER BLAY. Yo no pienso nunca las cosas del amor: las siento solamente. *Levántase.* Veo que no le inspiro a usted ninguna simpatía.

PASTORA. ¿Qué tiene que vé?… Póngase usté en mi caso, don Guiyermo. *Se levanta también.* Yo soy una pobre mujé que suspira por verse en España. Suspiro yo, y suspiran tos los que están ahí dentro. Ya se lo refirió a usté María Pilá. El empresario que nos trajo a París nos ha abandonao, y nos vemos aquí sin amparo de nadie. Esa pobre mujé tiene en su tierra un chiquiyo enfermo… y está que no vive.

MÍSTER BLAY. Basta. Yo les daré lo necesario para la vuelta.

PASTORA. *Resistiéndose a creerlo de pura alegría.* ¿De verdá?

MÍSTER BLAY. Le repito a usted que nunca miento, a no ser preciso.

PASTORA. ¡Se van a gorvé locos cuando se enteren! ¡Lo van a hartá a usté de bendisiones!

MÍSTER BLAY. Pues esta misma tarde podrán partir.

PASTORA. ¿Todos?

MÍSTER BLAY. Todos, con una sola excepción.

PASTORA. *Temerosa.* ¿Cuá?

MÍSTER BLAY. ¿No la adivina?

PASTORA. *Comprendiendo.* ¿La mía, quisás? ¿He de quedarme yo en Parí?

MÍSTER BLAY. ¿A qué menos puede aspirar un enamorado que al placer de verla a usted y de tratarla algún tiempo?

PASTORA. *Con angustia.* Míster Blay…

MÍSTER BLAY. No significa esto que usted haya de quererme por fuerza: esto no es más que un poco de egoísmo de mi parte. El amor es absolutamente egoísta. ¿Qué tiene usted?

PASTORA. *Serenándose.* Nada.

MÍSTER BLAY. ¿Está llorando?

PASTORA. No, señó, no.

MÍSTER BLAY. Me había parecido. ¿Por qué vacila entonces? París es muy hermoso, muy hermoso… ¿En qué piensa usted?

PASTORA. En el hijo de María Pilá.

MÍSTER BLAY. ¿Qué quiere decirme con eso?

PASTORA. Que sí: que aserto. Que me quedo en Parí. *Éntrase decidida en la habitación de la izquierda.* ¡María Pilá!

MÍSTER BLAY. Estas andaluzas son todas corazón. Yo tal vez haya sido un poco bellaco; pero el amor lo disculpa todo. Y un poeta español lo ha dicho:

En guerra y en amor, es lo primero

el dinero, el dinero y el dinero.

Sale José Luis. Luego salen los demás uno detrás de otro, con gran emoción y algazara.

JOSÉ LUIS. Míster Blay, ¿qué dice Pastora? ¿Manda usted a España a mis paisanos?

MÍSTER BLAY. ¡Oh, si!

JOSÉ LUIS. ¡Siempre el mismo! Noble y generoso.

MÍSTER BLAY. Y un poco bellaco.

JOSÉ LUIS. ¿Bellaco, por qué?

MÍSTER BLAY. Yo me entiendo.

MARÍA PILAR. ¡Siñor inglés, la Virgen del Pilar le pague su obra! ¡Esto que hace usté no se olvida nunca! ¡A mi hijico le hi de enseñar a bendecir su nombre!

SEÑÁ MANUELA. ¡Ay, *mosiú, mosiú*, la Virgen de Regla lo acompañe a usté siempre!

CONCHITA. ¡La Virgen de la Esperansa le ha tocao a usté en er corasón, señorito!

ANSÚREZ. ¡Eso es sé güeno! ¡Er Señó der Gran Podé no lo deje a usté nunca!

MEDINA. ¡Dichosos los ricos, que puén sacá de apuros a los pobres!

GREGORIO. ¡Viva usté mil años, siñor! ¡Y yo que lo vea!

MARIANO. ¡Usté nos salva, caballero! ¡Usté nos da la vida! ¡Si hay Dios en el cielo, satisfecho estará de ver lo que usté hace!

GREGORIO. ¡Y si no lo hay, Él se lo pierde!

PASTORA. ¿Estáis contentos?

MARIANO. ¡Qué preguntas tiene usté, Pastora! ¿No lo himos de estar? ¿Es poca dicha encontrar en el mundo un tal caballero y pitar tos pa España esta tarde?

PASTORA. *Fingiendo tranquilidad.* No, no; todos, no. Yo me quedo en Parí.

MARIANO. ¿Que usté se queda?

María Pilar. ¿Que tú te quedas?

Señá Manuela. ¿Que se queda usté?

José Luis. ¿Que tú te quedas, dices?

Pastora. Sí, sí; me quedo.

Míster Blay. ¡Oh, sí! Se queda.

Silencio. Todos se miran, consultándose.

Mariano. *Saltando con resolución.* Me paice a mí que no se queda.

Míster Blay. ¿Cómo?

Mariano. No, siñor, no; a no ser muy a gusto suyo, no se queda. Y la cara que tiene, no es de quedarse muy a gusto.

Pastora. Yo le diré a usté, Mariano…

Mariano. No me diga usté na; que aunque bruto, ya estoy al cabo de la calle.

Ansúrez. Güeno; pero…

Mariano. Usté se calla ahora.

María Pilar. No te precipites, hermano.

Mariano. Tú también te callas. Y se calla to el mundo. Y hablo yo solo.

Míster Blay. Vamos a ver lo que usted dice.

Mariano. Con usté va. Y me alegro de que entienda usté el español, porque sería una lástima que no me comprendiera bien. *Hay un murmullo como de censura y temor en los compañeros.* ¡Ya he dicho que se calle to el mundo! *A Míster Blay.* ¡Esta mujer se queda en París haciendo un sacrificio, por salvarnos a los demás!

Míster Blay. Sí, señor; es muy cierto.

Mariano. Pues si es tan cierto, yo le juro a usté por mi madre que no va por ahí el agua a la fuente. Marcharnos tos a España contentos y dejala a ella aquí llorando, eso no pué ser. O ella se viene a España con nosotros, o tos nos quedamos aquí con ella. Y cuenta que ella y yo andamos siempre de pelea: que si tu tierra, que si la mía; que si mi gente vale más que tu gente; que si las campanas de mi pueblo suenan mejor que las del tuyo. Pero, ahora,

¿quién se acuerda de esas niñerías? Ahora es otra cosa. Vamos; yo no me sé expresar, pero pa algo himos pasao las mismas penas, y pa algo himos nacido en la misma tierra, aunque ella sea de un barrio y yo del de enfrente. ¡Aquí no hay más barrio que España, contra! ¡O ella se viene a España con nosotros, o tos nos quedamos aquí!

MÍSTER BLAY. Debo advertirle a usted…

MARIANO. ¡O tos nos quedamos aquí, o ella se viene a España con nosotros!

JOSÉ LUIS. Pero comprenda usted, Mariano…

MARIANO. ¡O ella se viene a España con nosotros, o tos nos quedamos aquí! *A un movimiento de algún compañero.* ¡Y el que no esté conforme que lo diga, que ése sí que se queda en Francia pa siempre! *Enseñando el puño cerrado.* ¡Yo me encargo de ello!

GREGORIO. *Imitándolo.* ¡Y yo con tú!

SEÑÁ MANUELA. ¡Y nosotros también! ¿Qué se han figurao ustés con los puños? ¡Tos tenemos puños!

En el grupo de los expatriados estalla repentinamente gran algarabía, producida por las más vivas protestas de patriotismo.

MÍSTER BLAY. Silencio. ¡Silencio! *Callan todos y escuchan.* Acepto la lección que me ha dado este hombre, que es un hombre de corazón y un patriota. Todos ustedes, sin excepción alguna, partirán esta tarde para su país.

PASTORA. Míster Blay… ¡Dios se lo pague a usté!

MÍSTER BLAY. Todos, ¿eh? Ya está dicho. Todos. Y yo, por supuesto, detrás. Siguiendo a esta mujer, que me ha cautivado. *A Mariano.* Esto no me lo impide a mí ni usted ni Palafox.

MARIANO. No, siñor; ni yo lo pretendo. Ése es otro cantar. Lo que vale tiene muchos golosos… Y si le falté en algo…

MÍSTER BLAY. En nada. Tanto es así, que le ruego a usted que me consienta estrechar su mano.

MARIANO. ¡Ahí va!

MÍSTER BLAY. Muchas gracias.

Se estrechan las manos.

MARIANO. ¡Es usté fuerte!

MÍSTER BLAY. ¡Oh, pues usted no es flojo! —José Luis, pase luego por el Hotel y recogerá cuanto les sea preciso a sus compatriotas. Me ha conmovido el arranque de este hombre.

JOSÉ LUIS. ¿De veras, míster Blay? ¿Qué es eso?

MÍSTER BLAY. *Enjugándose una lágrima.* ¡Oh! Cada día que pasa me cuesta una lágrima. La de hoy ha sido para los españoles. Salud. *Vase.*

MARIANO. ¡Vaya usté con Dios!

MARÍA PILAR. ¡Dios le dé to el bien que merece!

JOSÉ LUIS. ¡Viva míster Blay!

Todos. ¡Vivaaaa!

PASTORA. ¡Viva también don José Luis!

Todos. ¡Vivaaaa!

Estalla la alegría general; los unos cantan y bailan jotas, los otros tangos, y todos chillan que se las pelan.

PASTORA. ¡Usté nos ha sarvao! ¡Usté ha sío nuestra Providensia!

JOSÉ LUIS. No sabes tú la satisfacción que yo tengo, Pastorilla.

MARÍA PILAR. Y ese hombre le compra a usté el cuadro; ese hombre es muy güeno. ¡Ay, siñor, me paice mentira!

Cruza Españita cantando por el jardín, en sentido contrario que antes.

JOSÉ LUIS. ¡Españita! ¡Ahí vuelve Españita!

MARÍA PILAR. ¡Lo que va a alegrarse cuando lo sepa!

MARIANO. *A Pastora, aparte.* ¿Cuál es mejor tierra, Pastora: la tuya o la mía?

PASTORA. *Dándole la mano.* Las dos juntas, ¿no te párese?

MARIANO. Me paice.

Llega Españita.

JOSÉ LUIS. ¡Españita!

SEÑÁ MANUELA. ¡Señó Españita, nos vamos a España!

PASTORA. ¡Míster Blay nos paga er viaje!

Españita. ¡Pues que sea enhoragüena! ¡Van ustés a cogé la vía poco a gusto!

Medina. ¡Como si to er camino fuea cuesta abajo! ¡Mi Girarda!

Españita. Yo no les encargo más sino que arguna que otra vez se acuerden de Españita, y que a tos los cursilones que les digan a ustés que nuestra tierra es la peó der mundo les contesten que se vayan a otra cuarquiera, y que se casen ayí, como yo me he casao. ¡Y ya tienen bastante!

Mariano. No, siñor, no; a ésos lo mejor será cantales esta coplica, que, aunque paezca mentira, la hi sacao yo. No sé si de la caeza o de dónde, pero la hi sacao.

Música

Cantando.

Aquel que hable mal de España
un castigo ha de tener:
echarlo a una tierra extraña
y no dejarlo volver.

FIN

Fuenterrabía, agosto, 1907.

LA VIDA QUE VUELVE

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el **Teatro de la Princesa** el 20 de diciembre de 1907

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Isabela.	Carmen Cobeña.
Doña Repelitos.	Conchita Ruiz.
Doña Dulce.	Josefa Cobeña.
Bernarda.	Josefina Álvarez.
Luisón.	Francisco Morano.
Don Joseíto.	Ricardo Manso.
El Tío William.	Leovigildo Ruiz-Tatay.

LA VIDA QUE VUELVE

ACTO PRIMERO

Salita, llamada «cuarto de la camilla» hace cuarenta años, en casa de don Joseíto, en Madrid. Al foro, hacia la izquierda del actor, una puerta que da a un pasillo. A la derecha, un balcón. A la izquierda, una puerta más pequeña que la del foro. Estera de cordelillo, deslucida. En el centro del cuarto, la camilla que le da nombre, cubierta con falda y tapete del año de la nana. Cerca de ella, y en torno, butacas y sillas desiguales. Junto a la puerta del foro, una cómoda, encima de la cual hay varios objetos de adorno y un quinqué, contemporáneos del tapete. Es digno de mención especial un gato disecado, que contempla impasible la monótona vida de los habitantes de la casa. A un lado de la cómoda, un reloj de pesas, que nunca da la hora que señala ni nunca señala la que es. En las paredes, cuyo papel ha perdido el color por la acción del tiempo, varios cuadros distintos, entre los cuales, no obstante, existe curiosa armonía. Uno pequeñito, con marco dorado, guarda tras su cristal una trenza de pelo rubio anudada graciosamente. Varios retratos en fotografía, con marcos negros. Es de noche. Las maderas del balcón están cerradas. Dan luz al cuarto una lámpara de petróleo que pende del techo sobre la camilla y el quinqué de la cómoda. En el pasillo del foro, frente a la puerta, un quinqué de pared.

Bernarda, criada de la casa, es la más joven de cuantos la habitan y ha pasado de los sesenta inviernos. Acaba de encender la lámpara, y asomándose primero a una puerta y luego a la otra, dice en voz alta lo que sigue:

BERNARDA. ¡Doña Repelitos! ¡Doña Dulce! ¡Ya tienen la lámpara encendida: no vaya a estar alumbrando al gato nada más!… ¡Don Joseíto! ¡Véngase, que ya hay luz: no se gaste el petróleo en balde!… Como no vengan pronto, apago otra vez.

Sale a poco doña Dulce por la puerta del foro. Trae calceta en la mano, y la deja sobre la camilla. Es una viejecita como las que los niños hacen poniéndoles por cabeza un garbanzo. Habla con dulzura y suspira frecuentemente.

DOÑA DULCE. Bernarda.

BERNARDA. ¡Alabado sea Dios! Ya era hora. ¿Usted sabe lo que se gastó el mes pasado en petróleo?

DOÑA DULCE. Eso, tú allá con doña Repelitos. Óyeme una cosa.

BERNARDA. Pues subió de cuarenta reales. ¡Qué dolor de cuarenta reales!

DOÑA DULCE. Bueno, sí, sí… *Sin atenderla, busca con interés una moneda que se le ha perdido.*

BERNARDA. Y si ahora que empieza el invierno, con sus días cortos y sus noches largas, sigue este despilfarro en petróleo, los finales de mes los vamos a pasar a pan y agua.

DOÑA DULCE. Déjame de eso y dime: ¿has buscado bien en la cocina?

BERNARDA. Sí, señora.

DOÑA DULCE. ¿Y en tu habitación?

BERNARDA. No hay rincón que no haya registrado.

DOÑA DULCE. ¡Ay, qué dolor, Dios mío! ¡Mi moneda! ¡mi moneda! ¿Tú la conoces bien, Bernarda? Moruna, pequeñita, de cobre…

BERNARDA. ¿No he de conocerla, señora? Y sé que no dan por ella ni dos cuartos.

Doña Dulce. Y ¿qué tiene que ver? Para mí vale dos millones. Era de mi hijo. ¿No sabes tú que era de mi hijo?

Bernarda. Olvidado lo tengo, de tanto como nos lo repite a todos. Está usted perdiendo la cabeza, doña Dulcenombre.

Doña Dulce. ¡Ah! no, no; eso no. A pesar de que voy arañando los setenta, mis manos y mis piernas temblarán, pero mi cabeza está firme: firme, como a los veinte años. ¿De qué hablábamos, oye?

Bernarda. Del ochavo moruno.

Doña Dulce. Es verdad. ¿Has buscado bien en la cocina?

Bernarda. ¿Otra te pego?

Doña Dulce. No te enfades, mujer. Como te da por esconderlo todo…

Bernarda. Yo escondo lo que algo vale; lo que de algo puede servir. ¡Ah, si no fuera porque Bernarda esconde, de cuántos apuros no se habría podido salir en esta casa! «Que ya es de noche; que no se ven los dedos de la mano; que es preciso encender la luz… Enciende, Bernarda. ¿Y los fósforos? ¿Quién me da los fósforos? ¡Ay, que no hay fósforos! Pues sí que hay fósforos: porque Bernarda ha ido escondiendo hoy uno, mañana dos, para cuando llegara esté caso». Y todos se ríen, y qué Bernarda ésta. Acuérdese usted, doña Dulce, del día que hicieron falta unas tijeras, y nadie encontraba sus tijeras, y fué Bernarda, y una de aquí, y otra de allá, sacó seis tijeras.

Doña Dulce. ¡Por eso no encontraba nadie las suyas!

Bernarda. Sí, sí… Fortuna que yo no lo hago para que me lo agradezcan. Voy a dar el último repaso a la cocina.

Doña Dulce. Echa aquí una firmita antes.

Bernarda. No, señora; que con tantas firmitas se va el brasero en un decir Jesús.

Doña Dulce. Bueno, mujer; sea como tú quieres.

Vase Bernarda por la puerta del foro, hacia la izquierda. Doña Dulce se sienta cerca de la camilla en una butaca, a hacer calceta. No muy lejos, óyese el toque de Ánimas de una iglesia. Doña Dulce reza entre dientes. Antes de acabarse el toque de Ánimas sale por la puerta de la izquierda don

Joseíto. Es un setentón acartonado, a quien se le ha quedado la ropa grande. Tiene tina calva limpia, orlada de pelusilla blanca. Se sienta a la camilla también.

DOÑA DULCE. *Cuando termina de rezar.* Santas y buenas noches nos dé Dios.

DON JOSEÍTO. Buenas noches.

DOÑA DULCE. Desde mañana, que es primero de mes, darán las Ánimas una hora más temprano.

DON JOSEÍTO. Cómo se van acortando los días… ¿Escuchaste anoche el toque de maitines?

DOÑA DULCE. Abiertos tuve los ojos hasta que terminó. La campanita del convento acompaña… Es tan solo este barrio de Madrid, que parece que está fuera del mundo.

Silencio.

DON JOSEÍTO. ¿Y doña Repelitos?

DOÑA DULCE. Echando un sahumerio la dejé.

DON JOSEÍTO. Pues ¿qué diablillo ha entrado en casa?

DOÑA DULCE. El hombre de la mujer que trae las astillas. Ella está enferma, y lo ha mandado a él. Y es muy mal hablado; y no sé qué cosa le dijo Bernarda sobre el precio de las astillas, que el hombre se sulfuró y soltó un *periquito.* Bernarda le contestó de mala manera, y el hombre soltó otro *periquito.* Y *periquito* va, *periquito* viene, aquello no era boca. Solo se quedó en la cocina. Conque fué doña Repelitos, encendió su copilla, y empezó a decir exorcismos por todos los rincones.

DON JOSEÍTO. ¡Je, je! ¿Y Bernarda, no soltó ningún *periquito*?

DOÑA DULCE. Soltó un *pericazo;* que ya la conoces tú cuando se enfada.

Nuevo silencio. El reloj, después de un carraspeo de hombre caduco y contrariado, da cuatro campanadas y se queda tan fresco.

DON JOSEÍTO. ¿Te parece qué hora ha dado ese sinvergüenza?

DOÑA DULCE. ¿Las cuatro, no?

DON JOSEÍTO. Las cuatro. A ver la que señala. *Se levanta y va a ello. Después vuelve a sentarse, riéndose.* ¡Las doce!

DOÑA DULCE. ¡Jesús! Es una irrisión. ¿Para qué le das cuerda, Joseíto?

DON JOSEÍTO. Mujer, mientras ande, aunque se equivoque y tropiece y parezca chocho… que suene, que viva… El día que se pare del todo, voy a sentir mucha tristeza. Lo estoy oyendo desde que era estudiante… Tic-tac, tic-tac… Entonces él y yo marchábamos de otro modo que ahora. *Suspirando.* ¡Ay!…

DOÑA DULCE. *Lo mismo.* ¡Ay!…

Sale doña Repelitos por la puerta de la izquierda también. Es más vieja que Bernarda y menos que don Joseíto y que doña Dulce. Nerviosilla, cascarrabias, inquieta, reñidora, todos le temen en la casa y ella no le teme a ninguno. En las manos trae un tapete que está haciendo para la camilla con pedacitos de todas las telas que caen en su poder.

DOÑA REPELITOS. *Encarándose con don Joseíto.* ¿Ahí estás tú esta noche? ¡Vaya! ¡Si sabrá una dónde tiene su sitio!

DON JOSEÍTO. Donde siempre, tonta. *Cambiando de sitio.* Ya te lo dejo. Es que me senté aquí distraído.

DOÑA REPELITOS. No; si a mi me es igual uno que otro; pero yo quiero saber cuál es mi sitio. ¿Es éste mi sitio? Pues se concluyó: éste es mi sitio. Y nadie tiene que sentarse en mi sitio. ¿Qué se quema?

DON JOSEÍTO. Yo no huelo.

DOÑA DULCE. Ni yo.

DOÑA REPELITOS. Será gana de hablar que yo tengo; como siempre. Cuando nos cerquen las llamas me daréis la razón.

Líbranos, Señor bendito,
Señor que en el cielo estás,
de las llamas del incendio,
con las olas de la mar.
Líbranos, líbranos, líbranos.

Cada vez que dice «líbranos», señala a uno con el dedo. Si como hay tres hubiera doce, doce veces lo repetiría.

Esa luz tiene pico.

DON JOSEÍTO. Es verdad. Espérate. *Se levanta y la arregla*. Ya no tiene pico. *Vuelve a sentarse.*

Sale Bernarda bostezando.

BERNARDA. ¡Virgen de la Paloma, qué sueño! Esta noche no doy puntada: que aguarde el delantal.

DOÑA REPELITOS. Bernarda.

BERNARDA. Mande usted.

DOÑA REPELITOS. Acércate a mí. Échame el aliento.

DON JOSEÍTO. ¡Je, je! Doña Repelitos es el fielato: no te deja pasar ni una copa.

BERNARDA. *Retirándose de ella*. ¡Es mucha pensión!

DOÑA REPELITOS. ¡Borrachona! ¡Pícara!

DON JOSEÍTO. Mujer, si no es que bebe; es que se da friegas en el brazo, para el reuma.

BERNARDA. No, señor; es que un *chupito* me alivia el estómago. *Se sienta.*

DOÑA REPELITOS. Pues chupa, chupa; luego te lo dirán de misas en el infierno.

DON JOSEÍTO. ¿Misas en el infierno, doña Repelitos? Es la primera vez que lo oigo.

BERNARDA. No se halla usted más que sonsacando los pecados ajenos.

DOÑA DULCE. Y antes que en los ajenos, debe una pensar en los propios. Esa es la verdad.

DOÑA REPELITOS. La que los tenga, como tú.

DOÑA DULCE. ¿Yo? ¿Pecados yo?

DOÑA REPELITOS. Por lo menos en tu vida tienes uno, y bien grande.

DON JOSEÍTO. Mira, tú, no la martirices.

DOÑA REPELITOS. Pues que no me busque las pulgas. Se figura que va a ir al cielo con zapatos y todo, y olvida que estuvo en un convento para profesar… y luego se casó con un militarote. Ya vendrá el temblar, cuando llame a la puerta la de la cara dura.

DOÑA DULCE. Si mi pecado no es más que ése, por ése voy al cielo, doña Repelitos.

DOÑA REPELITOS. No te duermas, Bernarda.

DOÑA DULCE. Me casé con un hombre muy bueno, que se prendó de mí. ¿Verdad, Joseíto?

DON JOSEÍTO. Y que supo hacerla dichosa los años que vivió.

DOÑA DULCE. Y bien dichosa, ciertamente. Nada me faltaba: sosiego, bienestar, y un hijo que ha llenado mi vida durante treinta años. ¡Ay!… Dios dispuso también de él y se lo llevó de entre nosotros. Yo no protesto: lloro nada más. Pero mi vida acabó cuando acabó la suya. Todas las noches, al acostarme, pienso que aquél va a ser mi último sueño; y cuando el sol me abre los ojos por la mañana, despierto sorprendida de que todavía quiera el Señor tenerme por aquí. Por eso, doña Repelitos, no me asusta la de la cara dura, como le dices tú. Cuando llame a mi puerta, yo misma le abriré; puede que ella tiemble; yo, no. Se va a llevar tan poquita cosa, y me va a dar tanto sosiego…

DOÑA REPELITOS. Pero ¿a qué viene ahora toda esa monserga? Aquí se hablaba de que ibas para monja y de que te casaste con el primero que se presentó.

DOÑA DULCE. No, no, hija mía: con el primero que me quiso.

DOÑA REPELITOS. ¡Tu tu tu tu! ¡Es que si yo me hubiera casado con todos los hombres que me han querido a mí, tendría a estas horas veinticinco maridos!

DON JOSEÍTO. ¡Quijota, qué barbaridad! Tendrías uno, y se te habrían muerto veinticuatro. ¡Quijota!

DOÑA DULCE. Por causa de ésta has soltado ya dos *periquitos.*

DON JOSEÍTO. Mis *quijotas* no son *periquitos.*

Doña Repelitos. Pues lo parecen. Son *periquitos* con disfraz. Y la hipocresía es el peor de todos los pecados. No me coge a mí.

Bernarda. ¡Como que usted es aquí la única que va a ir al cielo derechita!

Doña Repelitos. Aunque tú me lo digas con retintín.

Don Joseíto. Que vaya y que entre, no quiero discutirlo; que la aguanten allí, ya es harina de otro costal.

Doña Repelitos. Envidia es eso y nada más que envidia. Tampoco me coge a mí ese pecadote de la envidia. ¡Uf! ¿No he de ir al cielo yo? ¡Si mi vida ha sido un puro sacrificio! «María Josefa, que te gusta el dulce: pues no comes dulce hasta que a la niña se le quiten las calenturas. La niña eras tú, vejestorio. María Josefa, que te gusta vestir de colorado: pues vas a vestir de negro hasta que Luquitas llegue a Valparaíso. María Josefa, que te gustan mucho las diversiones y las tertulias: pues a la novena.» ¡Me parece que la diversión de las novenas!…

Doña Dulce. ¡Niña, niña!

Doña Repelitos. Y así un año, y otro, y otro… sin gozar de nada, sin disfrutar de nada, hasta los sesenta y siete que tengo.

Don Joseíto. Sesenta y ocho.

Doña Repelitos. ¡Sesenta y siete! ¡Sesenta y siete años huyendo de las pompas y vanidades de la vida… huyendo de los hombres!…

Don Joseíto. ¡Y viceversa!

Doña Repelitos. ¿Qué? Búrlate, búrlate. ¡Flojos tizonazos vas a ganarte tú en aquellas calderas de Barrabás!

Doña Dulce. No lo creo yo así; que ha sido muy bueno para todos.

Bernarda. Y de sus ahorritos vivimos, a Dios gracias.

Don Joseíto. La verdad es que a mí no me preocupa gran cosa adonde haya de ir. Yo no he sido malo ni bueno: sólo sé que no he hecho daño a nadie, y que si algún pecadillo pesa en mi conciencia, es el de haberme gustado las faldas un poquillo más de lo natural.

Doña Dulce. Joseíto…

DON JOSEÍTO. Si por esta afición mía me encajan una temporada en el purgatorio, yo no protestaré. ¡He de encontrarme allí con tantas conocidas! ¡Je, je!

DOÑA DULCE. Joseíto…

DON JOSEÍTO. ¿Qué queréis? Han sido mi flaco en este mundo. Todavía es, y cuando voy a cobrar a Clases Pasivas y me encuentro a alguna palomita de barrio, no puedo menos de decirle…

DOÑA REPELITOS. Que te pase a la otra acera, no te coja un coche, ¿verdad?

DON JOSEÍTO. ¡Je, je!

DOÑA REPELITOS. ¡El demonio del viejo! Todos son iguales. ¡Ay, qué hombres, qué hombres! *Se levanta y, dispuesta a marcharse, dice los siguientes versos, probablemente originales:*

Por la chimenea
un diablillo entró:
¡huy, qué zipizape!
¡huy, qué mal olor!

Por mujeres vino
y hombres se llevó;
que los hombres todos
del infierno son.

Cuando yo me muera,
divino Señor,
ábreme las puertas
de tu gran mansión.

A éstos, no; a éstos, no; a éstos, no.

Éntrase por la puerta de la izquierda.

DON JOSEÍTO. *Confidencialmente, a las otras.* Ésa cree que en el cielo la van a recibir en palmitas, y se va a llevar uno de los chascos más grandes

de que tenéis idea.

BERNARDA. Lo que es que ya cansa todas las noches hablar de lo mismo: que si el cielo, que si el infierno, que si la de la cara dura… Ya vendrá cuando Dios sea servido, y nos llevará a todos donde Él disponga.

DOÑA DULCE. ¿Tú no le temes a la muerte, Bernarda?

BERNARDA. ¿Yo? No, señora. Un año la estuve llamando a gritos, y no me hizo caso ninguno.

DOÑA DULCE. ¿Qué año fué ése? ¿El del cólera?

BERNARDA. No, señora; peor. El que viví con mi marido: Dios lo haya perdonado.

DOÑA DULCE. ¡Jesús!

BERNARDA. Era mucho hombre aquél. ¡Más harta me tenía! Siempre se estaba sublevando. «¡Que viva Prim!» «¡Que viva O'Donnell!» Eso sí; era al revés que acá; no pensaba que se muriera nadie.

Óyese sonar en la calle, a alguna, distancia, el violín de un músico ambulante, que a poco se aleja.

DON JOSEÍTO. El ciego. Ya está ahí Luisón.

DOÑA DULCE. ¡Pobrecito ciego! Está aguardando la limosna, y en cuanto se la da Luisón, se marcha a otra calle.

BERNARDA. Voy a abrirle a Luisón. Por cierto que hay que arreglar la campanilla; que si no, todo el que aquí llega tiene que echar la puerta abajo para que se le oiga. *Se va por la del foro, hacia la derecha.*

DON JOSEÍTO. Cada día encuentro más feo el tapete de doña Repelitos.

DOÑA DULCE. Pero no se lo digas a ella.

DON JOSEÍTO. Dios me libre. La pobre piensa que está haciendo un tapiz de la casa real… ¡Je, je!

Sale por la puerta del foro Luisón, seguido de Bernarda. Es un muchachote sombrío, desgarbado, feúcho, vulgar. Viste modestamente. Al llegar deja la capa y el sombrero sobre una silla.

Luisón. Buenas noches.

Doña Dulce. Buenas noches.

Don Joseíto. Dios te guarde, Luisón. ¿Hace fresco?

Luisón. Un poco hiela.

Don Joseíto. Acércate a la lumbre.

Luisón. No es menester: esto está templadito. *Se sienta al lado de dona Dulce.*

Doña Dulce. ¿Y tu madre?

Luisón. Igual; no adelanta un paso.

Don Joseíto. Y ¿qué haces tú que no la curas, mal médico?

Luisón. Todavía no lo soy.

Don Joseíto. Ella te da todo cuanto tiene para que acabes tu carrera, y tú no la sabes curar. ¡Vaya un hijo!

Luisón. Si no le pesaran tanto los años… Doña Dulce, ¿y su hermana de usted?

Doña Repelitos. *Saliendo por donde se fue.* Aquí está la hermana. ¿Qué era eso? ¿Se hablaba mal de mí?

Luisón. No, señora.

Doña Repelitos. Pues yo, por si acaso, venía pensando mal de todos. ¡Anda con ésa! ¿Cómo sigue tu madre?

Luisón. Lo mismo, doña María Josefa.

Doña Repelitos. ¡Picaros años!

Don Joseíto. Luisón, ¿estudias mucho?

Luisón. Lo que da de sí el día, fuera de los ratos que paso aquí.

Don Joseíto. ¡Vaya una vida! Entre librotes y entre viejos… Así andas tú de triste.

Bernarda. ¿Por qué no va usted algún ratito al café o al teatro, como hacen otros jóvenes?

Doña Repelitos. ¿Al teatro? ¿Para qué ha de ir al teatro? ¿Para oír lo que no debe, y ver mujerzuelas descocadas… luciéndolo todo? ¡Uf! Calla, calla, Bernarda.

LUISÓN. No se altere usted, que no voy. Cuando tengo humor me falta dinero, y cuando tengo dinero me falta humor.

DON JOSEÍTO. Humor te falta siempre.

LUISÓN. Soy otro viejo como ustedes. Esta noche tengo cincuenta años.

DON JOSEÍTO. Pues yo esta noche tengo veinticinco. ¡Je, je! Me doblas la edad. Lo que debías tú, Luisón, era echarte una novia.

DOÑA REPELITOS. ¡El otro! ¡Qué salida!

LUISÓN. Y ¿quién va a quererme a mí, don Joseíto?

DON JOSEÍTO. ¡Muchacho! Yo te la buscaré.

LUISÓN. Soy feo, soy tosco, sin ningún atractivo personal, antipático, obscuro… Gracias que no soy malo; que si no, el diablo no tendría por qué desecharme.

DOÑA DULCE. Siendo bueno, ya le puedes gustar a alguna mujer.

DON JOSEÍTO. Sin ir más lejos, aquí tienes a mi cuñada doña Repelitos, soltera y mártir.

Risas.

DOÑA REPELITOS. ¿Ah, sí? *Enseñándole a don Joseíto un alfiler.* ¿Tú ves éste? Pues esta noche, cuando estés dormido, te lo clavo hasta la cabecilla. *Nuevas risas.* No seré yo, Luisón, quien te aconseje que te cases. Las niñas de hoy en día… ¡tu tu tu tu!… de novias, «que te quiero, que te adoro»; pero una vez casadas… ¡tu tu tu tu! Hay mucha tunanta, Luisón, mucha tunanta. ¡Uf! ¡Yo no puedo con las tunantas!

Silencio.

LUISÓN. ¿A que no saben ustedes a quién vi anoche por mis barrios?

DON JOSEÍTO. ¿Cuándo te marchaste de aquí?

DOÑA DULCE. ¿A quién?

LUISÓN. A Gloria.

DON JOSEÍTO. ¡A Gloria!

DOÑA DULCE. ¿Qué Gloria? ¿La hermana de Isabela?

LUISÓN. La misma.

DOÑA REPELITOS. ¡A propósito de tunantas!

DON JOSEÍTO. ¿Le hablaste?

LUISÓN. No.

DOÑA REPELITOS. ¡Qué ocurrencias tienes! ¡Se iba a parar el chico con una… cualquier cosa!

LUISÓN. Pues tentado estuve: no por ella, que ya sabemos en lo que ha caído; sino por adquirir noticias de Isabela. ¿Qué será de Isabela? No acierto a pensar en otra cosa desde que hallé a su hermana. Al fin y al cabo…

DOÑA DULCE. Es verdad: Isabela llegó a ser casi nuestra: se hubiera casado con mi pobre Gabriel.

DOÑA REPELITOS. No hables de eso, Dulcenombre; que me horrorizo.

DON JOSEÍTO. ¿Por qué razón?

DOÑA REPELITOS. Isabela habrá corrido la suerte de la otra.

LUISÓN. No, señora. Isabela no es capaz de venderse.

DON JOSEÍTO. Pienso como tú. ¡Desgraciada criatura! ¿Adónde habrá ido a parar toda esa familia?

LUISÓN. ¡Oh! Como otra vez me encuentre a Gloria, yo le pregunto por su hermana.

DOÑA DULCE. Sí, Luisón, si; si ves a Gloria, hazlo. Yo no puedo olvidar aquel amor de mi hijo por Isabela.

LUISÓN. Yo tampoco.

DOÑA DULCE. Era pasión, era delirio: ¿te acuerdas tú?

LUISÓN. Me acuerdo bien.

DOÑA DULCE. Cuando él la quería tanto, es porque Isabela era buena.

LUISÓN. Gabriel la hubiera hecho dichosa: la habría arrancado de su casa, del lado de sus padres. Sus padres eran malos.

DOÑA DULCE. Muy malos.

LUISÓN. Ni veían con buenos ojos los amores honrados de Isabela y Gabriel. No parecían los padres de sus hijas, sino los mercaderes de sus esclavas.

DOÑA DULCE. ¡Cómo entregaron a la pobre Gloria! ¡Jesús bendito!

LUISÓN. Recordando eso, me espanta pensar en Isabela.

Silencio. Los otros viejos van durmiéndose poco a poco.

DOÑA DULCE. Luisón.

LUISÓN. ¿Qué?

DOÑA DULCE. Saca el retrato de mi hijo.

LUISÓN. ¿Para qué, si sufre usted al verlo?

DOÑA DULCE. Pero gozo a la par. *Se levanta Luisón, y de uno de los cajones de la cómoda saca un recorte de papel blanco que representa el perfil del hijo de doña Dulcenombre.* Aquí, en esta pared es donde mejor sale.

Se levanta también.

LUISÓN. Ya lo sé, ya. *Se acerca a la pared indicada por doña Dulce, coge el quinqué de encima de la cómoda, e interponiendo entre la luz y la pared el papel desplegado, obtiene en ésta la proyección de la persona.*

DOÑA DULCE. Un poco más lejos… Así… Es verlo; es verlo a él… Parece que está aquí con nosotros. Ningún retrato lo evoca tan bien como esta sombra… ¡Hijo de mi alma! *Se aparta llorando.*

LUISÓN. ¿Qué le decía yo, doña Dulce? *Guarda el papel.*

DOÑA DULCE. ¿Por qué se llevaron su vida, llena de promesas, y dejaron aquí la mía, que para nada sirve?

LUISÓN. Misterios… No se atormente usted. La muerte parece que se complace en confundir nuestra razón.

DOÑA DULCE. Estos bienaventurados se han dormido. Ven acá, tú, Luisón. Hazme compañía. Esta noche quiero hablar mucho de Gabriel.

LUISÓN. ¡Esta noche! Todas.

Se sientan los dos aparte de la camilla.

DOÑA DULCE. Pues todas. Tú no sabes lo que yo te agradezco estos ratitos. Eres la única alma viviente que asoma por aquí, por esta especie de antesala de la otra vida. Tú, además, fuiste el amigo inseparable de mi hijo: recuerdo que lo respetabas, que hasta le temías…

LUISÓN. Era un temor supersticioso: quizás consistía en el reconocimiento de mi inferioridad.

DOÑA DULCE. ¡Ah! Sí, sí: valía mucho. ¡Cuántas noches, desde aquí mismo, cuando estudiabais juntos, oía yo vuestras carcajadas, porque tú no entendías alguna cosa!

LUISÓN. ¡Tenía conmigo una paciencia!… Me explicaba una vez, y otra, y otra más… sin cansarse nunca… Como yo soy tan bruto…

DOÑA DULCE. Hombre, no te tires por tierra… Es que al lado de él… naturalmente…

LUISÓN. Sí, señora, sí…

DOÑA DULCE. Y ¡qué figura tan hermosa tenía! Era todo a su padre. ¿Te acuerdas de su figura, Luisón? ¡Llenaba la casa!

LUISÓN. Sí, señora, sí…

DOÑA DULCE. De Isabela te hablaba a todas horas, ¿verdad?

LUISÓN. A todas horas. Mil veces, al confiarle yo mis murrias extrañas, mi absurdo anhelo de soledad, mi terror a la gente, al bullicio, me decía el pobre: «Luisón, hasta que no te quiera una mujer como Isabela, no te enteras tú de que vives.» Y yo le contestaba: «¿Y a mí, Gabriel, cómo ha de quererme una mujer como Isabela? Eso se queda para ti, que eres un guapo mozo.»

DOÑA DULCE. Yo también te decía muchas veces: «Pero hombre Luisón, no seas bobo; paseando solo por la Moncloa o por la carretera del Pardo no vas a encontrar novia en tu vida. Tienes que meterte donde haya muchachas, buscar una entre todas ellas, cortejarla, decirle que la quieres…»

LUISÓN. A eso no le contestaba yo nunca.

DOÑA DULCE. Nunca.

LUISÓN. ¿Sabe usted por qué?

DOÑA DULCE. ¿Por qué?

LUISÓN. Porque no hay más que una mujer a quien yo le hubiera dicho que la quería.

DOÑA DULCE. ¿Una nada más? Y ¿cuál es?

LUISÓN. Isabela.

DOÑA DULCE. ¿Isabela? ¿Qué me dices, Luisón?

LUISÓN. Isabela, doña Dulce; Isabela. Perdone usted si se me sale del alma esta noche lo que a mí mismo me había prometido callar, escondiéndolo para siempre entre las sombras de mi vida.

DOÑA DULCE. ¡Jesús, Luisón! Nunca me hablaste de esto.

LUISÓN. ¿Para qué?

DOÑA DULCE. ¿Y a él tampoco?

LUISÓN. A él menos que a nadie. Ni él ni ella sospecharon jamás lo que en mí pasaba. El incendio interior lo apagaba yo con el llanto de noches en leras.

DOÑA DULCE. ¡Pobre Luisón! Habrás sufrido mucho.

LUISÓN. Mucho. Mientras él vivió, callando y disimulando siempre; cuando él murió, llorando más que nunca y huyendo de ella.

DOÑA DULCE. ¿Huyendo de ella?

LUISÓN. Pues ¿no había de huir, si sabe usted que Gabriel era como mi hermano? Me parecía tan gran ultraje al muerto pensar yo ni entonces ni nunca en aquella mujer, que ante el temor de que ella pudiera sospechar alguna vez mi cariño, y odiarme y despreciarme, resolví no volver a verla.

DOÑA DULCE. ¡Jesús, Jesús!… Me aturdes, me estremeces… ¡En el nombre del Padre, nuestro Señor!…

LUISÓN. Ya pasó todo, doña Dulce. No se hable más de ello. Perdóneme usted. *Doña Dulce se levanta y vuelve a su sitio de costumbre. Luisón se levanta también y se dirige a don Joseíto, que despierta.* Don Joseíto, nuestro paseo de mañana hay que dejarlo.

DON JOSEÍTO. ¿Por qué?

LUISÓN. Porque tengo que ir a Velilla de San Antonio a ver a un sobrinillo mío.

DON JOSEÍTO. Pero por la noche sí vendrás.

LUISÓN. Por la noche, sí. Regresaré a la tarde. Sería ya demasiado trastorno que yo no viniese acá en todo un día.

DON JOSEÍTO. ¡Je, je! Como que cuando llegan tus horas y te tardas, parece que nos falta algo.

DOÑA REPELITOS. *Despertándose.* ¿Habrase visto? Ésta siempre como una marmota. No te duermas, Bernarda.

BERNARDA. *Bostezando.* ¡Ah!… ¿Qué hora es?

LUISÓN. La de irse Luisón. *Mira su reloj.* Las once menos veinte. Me voy antes que cierren la puerta.

DOÑA DULCE. Que se alivie tu madre.

LUISÓN. Muchas gracias.

DOÑA DULCE. Oye: cuando vengas mañana para acá, cómprame una madejita de estambre de éste.

LUISÓN. Bueno. ¿Y usted, doña María Josefa, necesita algo?

DOÑA REPELITOS. La ratonera que te he pedido hace dos días. Éstos creen que el gato disecado espanta los ratones, y ya se me han comido un refajo.

DOÑA DULCE. ¡Pobre *Pepe-Hillo*! ¡Buenos servicios prestó en su tiempo!

BERNARDA. Luisón.

LUISÓN. ¿Qué se ofrece?

BERNARDA. A ver si me pasa usted esta peseta mala.

LUISÓN. Si ya me la han rechazado en dos tiendas, ¿no se lo he dicho a usted?

BERNARDA. Yo, porque es un dolor… La doy por lo que quieran darme.

LUISÓN. Traiga: veremos.

DOÑA DULCE. ¡Qué paciencia tiene este pobre!

DOÑA REPELITOS. ¿Hay palillos de dientes?

BERNARDA. ¡Un celemín!

DON JOSEÍTO. ¡Lo que no hay son dientes para los palillos!

LUISÓN. Vaya, hasta mañana.

DOÑA DULCE. Si Dios quiere, Luisón.

DOÑA REPELITOS. Adiós, Luisón.

BERNARDA. Buenas noches, Luisón.

DOÑA REPELITOS. *Viendo a don Joseíto ensimismado.* ¿Qué haces tú, Joseíto? ¿Es que no cierras la puerta esta noche?

DON JOSEÍTO. Es verdad, hija: estaba en Babia. Vamos, Luisón, vamos. *Vase con éste por la puerta del foro, hacia la derecha.*

Como si la marcha de Luisón fuera el final del día en la casa, doña Repelitos y dona Dulce recogen sus labores y se las llevan. Bernarda se levanta también.

DOÑA REPELITOS. No sé cuándo he de ver acabado este tapete… No me dejáis dar una puntada. Charlar y más charlar… Aquí no se piensa más que en charlar. Y por cada palabra que se dice de más en este mundo, tenemos siete días de purgatorio. *Vase por la puerta de la izquierda.*

BERNARDA. ¡Pues no sale de allí! ¿Verdad, doña Dulce?

DOÑA DULCE. Calla tú. ¡Qué vicio éste de criticar en cuanto vuelve una la espalda! Anda a echar los garbanzos en agua y a disponerlo todo, que ya es hora de descansar. *Se va tras doña Repelitos.*

BERNARDA. *Cogiendo un carrete que han dejado olvidado las viejas.* Si una no mirara por la casa… Algún día pedirán un carrete. *Lo esconde en un cajón de la cómoda.*

Sale don Joseíto a tiempo de verla.

DON JOSEÍTO. *Sonriéndose, y como si no fuera con Bernarda:*

Sacristán que vende cera
y no tiene colmenar,
«rapaverum, rapaverum,
rapaverum» del altar.

BERNARDA. Ya, ya lo entiendo a usted; pero no me importa.

DON JOSEÍTO. Ven acá: sostenme la silla, que voy a darle cuerda a este mozo.

BERNARDA. ¡También es humor!

Auxiliado por Bernarda se sube don Joseíto en una silla y le da cuerda a su compañero. Mientras dura la faena, que es larga, vuelve a salir doña Repelitos por donde se fué, echando por los rincones el último sahumerio del día y tal cual bendición.

DOÑA REPELITOS.

Diablillo, si aquí estás,
vete con tu padre Barrabás.
Te irás, te irás.

En otro rincón.

Si aquí estás con rabo y con cuernos,
vete noramala a los infiernos.

Se marcha aprisa por la puerta del foro, hacia la derecha.

DON JOSEÍTO. ¡Ajajá!

BERNARDA. ¿Me necesita usted?

DON JOSEÍTO. Para nada.

BERNARDA. Voy a remojar los garbanzos. Dos cartuchos así tengo ya, nada más que de apartar un garbanzo diario.

DON JOSEÍTO. No; si como hormiguita…

Se va Bernarda por la puerta del foro, hacia la izquierda. Sale doña Dulce por donde se marchó. Trae un rosario y un libro de oraciones. Mientras vuelven las otras, se entretiene en ordenar los muebles. Don Joseíto pasea. Doña Repelitos pasa con su copilla por el pasillo del foro, de derecha a izquierda.

DON JOSEÍTO. Dulce.

DOÑA DULCE. ¿Qué?

DON JOSEÍTO. ¿A cuántos estamos hoy, a veintiocho?

DOÑA DULCE. A treinta y uno.

DON JOSEÍTO. Pues ¿no es jueves?

DOÑA DULCE. ¿Qué ha de ser jueves, Joseíto, si es martes?

DON JOSEÍTO. ¡Ah! ¿Es martes?

DOÑA DULCE. San Pedro Pascasio, obispo de Jaén.

Sale doña Repelitos de nuevo por la puerta de la izquierda. Trae también su rosario y su libro.

DOÑA REPELITOS. Aquí me tenéis ya. ¿Qué hacéis que no os sentáis?

Se sientan los tres.

DOÑA DULCE. María Josefa.

DOÑA REPELITOS. Dulce.

DOÑA DULCE. ¿Quién lleva el rosario esta noche?

DOÑA REPELITOS. Yo. Anoche lo llevaste tú.

DOÑA DULCE. No, que lo llevaste tú.

DOÑA REPELITOS. ¿Yo? ¿Quién llevó el rosario, Joseíto?

DON JOSEÍTO. Me parece que fuiste tú.

DOÑA REPELITOS. Espantárame a mí que no le dieses la razón a Dulce. *A Bernarda, que sale por el toro.* Bernarda, anoche, ¿quién llevó el rosario?

BERNARDA. Usted. *Se sienta.*

DOÑA DULCE. ¿Lo estás viendo?

DOÑA REPELITOS. Bueno, pues lo llevo también esta noche; que luego tú te duermes, y se pierde la devoción, y no gano yo para sahumerios.

DOÑA DULCE. Sí, hija, sí; si a mí me da lo mismo. Todo llega al cielo: no te enfades.

DOÑA REPELITOS. Pues silencio ya. *Se cala unas gafas dignas de ella y busca una oración en su libro.*

El reloj vuelve a dar las cuatro.

DON JOSEÍTO. *Riéndose.* ¡Je, je! Por dónde resuella ése ahora.

DOÑA REPELITOS. ¡Schsss!

DON JOSEÍTO. Me río, porque hoy ha dado ya tres veces las cuatro.

DOÑA REPELITOS. ¡Silencio! Por la señal de la Santa Cruz… *Se persignan todos. Doña Repelitos principia a leer una oración en su libro, y los demás van repitiendo sus palabras.* «Dirigid —dirigid— Dios y Señor nuestro —Dios y Señor nuestro— todos nuestros pensamientos —todos

nuestros pensamientos— palabras y obras —palabras y obras— a mayor honra —a mayor honra— y gloria vuestra: —y gloria vuestra—: y vos —y vos— Virgen Santísima —Virgen Santísima— alcanzadnos de vuestro Divino Hijo —alcanzadnos de vuestro Divino Hijo— que con toda devoción —que con toda devoción…»

Óyense dentro varios golpes dados en el portón con viveza. Bernarda. Calle usted.

DOÑA REPELITOS. ¿Qué pasa?

BERNARDA. *Un poco inquieta.* ¿No han oído ustedes? Han llamado a la puerta.

Todos participan de la misma inquietud.

DON JOSEÍTO. Sí han llamado, sí.

DOÑA DULCE. ¿Será Luisón, que se ha olvidado algo? *Vuelven a sonar los golpes, aun más rápidos y más fuertes.*

La inquietud iniciada en los viejos crece por instantes.

DOÑA REPELITOS. No, no; ése no es Luisón.

DON JOSEÍTO. ¿Quién podrá ser ahora, Bernarda? Bernarda. ¿Y yo qué sé, don Joseíto?

DOÑA DULCE. Llama quien sea de un modo tan extraño… Doña Repelitos. ¿Será algún parte?

DOÑA DULCE. ¿Una mala noticia?

DON JOSEÍTO. Pero ¿de quién? ¡Si no conocemos a nadie! ¡Si nadie nos conoce!…

BERNARDA. Así no hemos de estar: yo voy a enterarme. Doña Repelitos. ¡No vayas!

DON JOSEÍTO. ¿Cómo que no vaya? Iré yo con ella también.

Se repiten los golpes todavía más fuertes y continuados.

DOÑA DULCE. ¡Virgen mía!

DOÑA REPELITOS. ¡Nuestro padre Jesús nos ampare! Don Joseíto. Calma, calma… No os alarméis sin fundamento… No tembléis, por Dios… ¿No estoy yo aquí? Anda, Bernarda, ven conmigo.

BERNARDA. Vamos, vamos a ver…

Se van los dos por la puerta del foro, hacia la derecha.

DOÑA DULCE. Mira por el postiguillo, Joseíto.

DOÑA REPELITOS. No abráis la puerta, aunque la derriben.

DOÑA DULCE. *Abrazándose a dona Repelitos.* ¡Ay, hermana; ay, hermana! ¡Yo tengo mucho miedo!

DOÑA REPELITOS. *Con más miedo que doña Dulce.* Mujer, no te pongas así… ¡Eres la única para un caso de susto!

DOÑA DULCE. Mira, mírame temblar…

DOÑA REPELITOS. Sosiégate, Dulce… sosiégate…

DON JOSEÍTO. *Dentro, lleno de asombro.* ¡Isabela! Bernarda. *Lo mismo.* ¡Señorita Isabela!

DOÑA REPELITOS. *Asombrada también.* ¿Isabela? ¿Han dicho Isabela?

DOÑA DULCE. *Lo mismo.* ¿Isabela aquí? ¿Y a estas horas?

DOÑA REPELITOS. Pero ¿estamos soñando, Dulce?

DOÑA DULCE. ¡Ánimas benditas! ¿qué mal nos amenaza?

DOÑA REPELITOS. ¡Isabela!… ¡Isabela!…

DOÑA DULCE. ¡Isabela!…

Llega ésta trémula, desconcertada, llorosa, y se abraza a las dos. La siguen, más muertos que vivos, don Joseíto y Bernarda.

ISABELA. Isabela, sí; la pobre Isabela, que viene a esta casa huyendo de la suya.

DOÑA REPELITOS. ¿Huyendo, dices?

ISABELA. Huyendo, sí, huyendo.

DON JOSEÍTO. Pero ¿de quién, niña?

DOÑA DULCE. ¿De quién?

ISABELA. De mis padres, de mi gente, de todos… Ampárenme esta noche. Dios me ha guiado aquí… Ustedes son muy buenos… Esta noche… nada más que esta noche… Temo que me busquen… temo que den conmigo… Ampárenme. Yo no me voy, yo no me voy de aquí… ¿Verdad que ustedes no quieren que yo me vaya?

Don Joseíto. No, hija mía, no… Descansa, reposa…

Bernarda. ¡Virgen de las Angustias!

Doña Repelitos. ¡Señor mío crucificado!… Serénate, serénate…

Don Joseíto. Y dinos qué es esto… Pero cálmate, cálmate antes de hablar.

Doña Repelitos. Cálmate, sí, cálmate…

Doña Dulce. Cálmate…

Isabela. Gracias… gracias… Dios se lo pague a ustedes… Ahora les diré… ahora les contaré… Pero déjenme primero que llore… que llore mucho… *Cae en una butaca y llora largamente.*

Don Joseíto. Llora, alma mía, llora cuanto desees.

Los viejos la rodean atribulados. Baja rápidamente el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero. Es de noche. Las maderas del balcón están entornadas y encendidas las luces. En el cuarto se advierte algún desorden.

El reloj, indiferente a las leyes de la mecánica, da las cuatro, como de costumbre. Después, por la puerta del foro, sale dona Repelitos, copilla en mano, echando un sahumerio, desasosegada e inquieta.

Doña Repelitos. ¡Ay, Dios mío! ¡Si me dejarán decir mi romance de las tribulaciones! Lo he empezado tres veces y no lo he acabado ninguna. Va a castigarme Dios.

Quien lo sepa y no lo diga,
quien lo empiece y no lo acabe,
en los profundos infiernos
se quedará bajo llave.

¡Ay!… ¡Es mucho día!… ¡Qué veinticuatro horas! Vamos allá, doña Repelitos, vamos allá. *Se santigua tres o cuatro veces.*

Entre dos hojas de rosa
se peinaba una mujer:
era la Virgen María,
a que Madre nuestra es.

Un zagal atribulado,

llegó y le dijo a sus pies:
«Madre mía del Consuelo…»

Sale doña Dulce por la puerta de la izquierda.

DOÑA DULCE. En el sofá del comedor se ha quedado dormidita la pobre.

DOÑA REPELITOS. ¡Vaya! ¿Quieres dejarme ahora? Doña Dulce. ¡Ay, hermana, qué día llevamos!

DOÑA REPELITOS. Pues vete acostumbrando, que aún queda el rabo por desollar, Y déjame ahora, te digo.

Entre dos hojas de rosa
se peinaba una mujer:
era la Virgen María,
la que Madre nuestra es.

Suena en la calle el violín precursor de Luisón.

DOÑA DULCE. ¿Oyes, oyes al ciego? Allí está ya Luisón. Doña Repelitos. ¡San José bendito! De ésta me condeno por causa de todos. Ya era hora de que viniera Luisón. Doña Dulce. Desgracia ha sido también que pase el día lejos de Madrid.

DOÑA REPELITOS. *Llamando.* ¡Bernarda! ¡Bernarda! Bernarda. *Pasando de izquierda a derecha por el pasillo del foro.* Ya voy, ya voy a abrirle.

DON JOSEÍTO. *Por la puerta de la izquierda.* ¿Qué es eso? ¿Tenemos ahí ya a Luisón, no es verdad?

DOÑA DULCE. Ahí lo tenemos. ¡Qué entrada tan distinta de la de todas las noches!

DON JOSEÍTO. Él lo arreglará todo, Dios mediante. Doña Dulce. Todo, todo.

DOÑA REPELITOS. Sí; como que Luisón va a ser el ungüento amarillo. Aquí se nos vendrá encima una gorda y muy gorda, y vosotros tendréis la culpa por malos pecadores.

Llega Luisón por la puerta del foro, seguido de Bernarda. Se le recibe como a un enviado del cielo. Todos lo rodean agitados.

DOÑA DULCE. Luisón…

DON JOSEÍTO. Luisón…

DOÑA REPELITOS. Luisón…

LUISÓN. Pero ¿qué sucede? ¿Qué me ha dado a entender Bernarda?

DOÑA DULCE. ¡Ay, Luisón, déjame que te abrace! La Virgen te envía.

DOÑA REPELITOS. ¡Ay, Luisón, la que se nos ha metido por las puertas!

DON JOSEÍTO. ¡Ay, Luisón! ¡qué noche! ¡qué día! Estas pobrecitas solas conmigo…

BERNARDA. Todo cuanto le contemos es poco. ¡Ay, Luisón!

DOÑA DULCE. ¡Ay, Luisón!

LUISÓN. Pero ¡por los clavos de Cristo; Luisón va a perder la cabeza! ¿Quieren enterarme de lo que ocurre?

DOÑA REPELITOS. ¡Friolera!

BERNARDA. Verá usted…

DOÑA DULCE. Verás tú…

Hablan con ansiedad y vehemencia, queriendo relatar el hecho todos a la vez, quitándose la palabra de la boca unos a otros.

DON JOSEÍTO. Anoche…

DOÑA DULCE. Anoche…

DON JOSEÍTO. Apenas te fuiste…

DOÑA REPELITOS. ¡Qué! ¡Si no habrías dado la vuelta a la esquina!

DOÑA DULCE. ¡Si estábamos empezando el rosario! Don Joseíto. Bueno, pues de pronto…

BERNARDA. De pronto…

DON JOSEÍTO. ¡Pum, pum, pum!… principian a dar golpes a la puerta.

DOÑA REPELITOS. Al portón: al de nuestro cuarto.

DON JOSEÍTO. Que quién será, que quién no será… Doña Dulce. Tú calcula: aquí no viene nadie más que tú…

DOÑA REPELITOS. Nadie más que tú…

LUISÓN. Bien, y ¿quién llamaba? ¿Quién era?

DOÑA DULCE. ¡Ah, quién era!

BERNARDA. No lo acertará usted.

DOÑA REPELITOS. No lo acertarás.

DON JOSEÍTO. No lo acertarás, no.

DOÑA DULCE. ¡Ay, cuando te digamos quién era!

DOÑA REPELITOS. ¡Era el mundo, con todos sus pecados, que se nos colaba en la casa!

DOÑA DULCE. Calla, hermana, no la culpes a ella.

DON JOSEÍTO. ¡Pobrecita!

DOÑA DULCE. En el comedor está durmiendo.

LUISÓN. ¿Quién? Pero ¿quién?

DOÑA REPELITOS. ¡Isabela!

LUISÓN. *Atónito.* ¿Isabela?

DOÑA DULCE. Isabela, sí…

DON JOSEÍTO. Isabela…

BERNARDA. La señorita Isabela…

LUISÓN. Isabela… Isabela… ¿Dónde está? ¿Dice usted que está en el comedor?

DOÑA DULCE. En el sofá, dormida.

LUISÓN. Voy a verla al instante.

DOÑA DULCE. ¡No la despiertes!

LUISÓN. No, no; descuide usted, que no la despierto; pero quiero verla… quiero verla…

Se va por la puerta del foro, hacia la izquierda, seguido en silencio por los viejos. Bernarda se queda en la misma puerta, esperando.

BERNARDA. La despertarán entre todos. Y eso que cuando se ha rendido aquel cuerpo… ¡Infeliz mujer! ¡Ay, qué vida! ¡qué hombres! ¡Y me quejaba yo de mi marido! ¡Ángel de mi alma! En el cielo estará dándole vivas al Padre Eterno.

Vuelven los otros viejos y Luisón, al cual embarga emoción profundísima.

LUISÓN. ¡Jesús, Dios mío! Pero ¿qué le pasa a Isabela? Díganme ustedes… Sáquenme, por Dios, de esta ansiedad… ¿Por qué está aquí? ¿Qué desgracia la trajo? ¿Quién la persigue? ¿Quién la ofende? ¿Quién la maltrata?

DOÑA DULCE. Verás…

DON JOSEÍTO. Verás…

DOÑA REPELITOS. ¡Ha sido un espanto!

BERNARDA. ¡Un espanto!

DOÑA DULCE. Lo que le pasa se pone en un libro y no se cree.

DON JOSEÍTO. ¡Oh! ¡Qué tragedia!

BERNARDA. ¡Qué cosas! ¡Oh!

DOÑA REPELITOS. ¡Qué asco de vida!

DON JOSEÍTO. Verás…

DOÑA DULCE. Verás…

DOÑA REPELITOS. Verás…

LUISÓN. ¡Que hable uno solo, por lo que más quieran ustedes!

DOÑA DULCE. Mira… Cuando murió mi pobre Gabriel…

DOÑA REPELITOS. Cuando empezó a tunantear la otra hermana…

BERNARDA. La Gloria… la…

LUISÓN. Ya… ya estoy… ¿Qué tiene que ver la hermana con ésta? Háblenme sólo de ésta…

DOÑA DULCE. Cuando murió mi pobre Gabriel, levantaron el vuelo…

DOÑA REPELITOS. Se plantaron en Buenos Aires…

DON JOSEÍTO. El padre, la madre, los cuñados…

BERNARDA. ¡Toda la gentuza!

DOÑA REPELITOS. ¡Toda la patulea!

DOÑA DULCE. ¡Y la inocente niña con ellos!…

DON JOSEÍTO. Y todo era querer que se perdiera como la otra…

LUISÓN. ¡Oh!

DOÑA REPELITOS. Y la hostigaban constantemente…

BERNARDA. Y la obligaban a lucirse…

DOÑA DULCE. Y allí han vivido de la estafa, del robo…

DOÑA REPELITOS. De los crímenes…

LUISÓN. Bien, bien; no se cansen ustedes; conociéndolos, nada puede asombrarme. ¿Cuándo han vuelto a España?

DOÑA REPELITOS. Hace un mes.

DOÑA DULCE. Hace dos.

DOÑA REPELITOS. Hace un mes.

DON JOSEÍTO. No seas terca: hace un mes que han vuelto a Madrid; pero a España, hace dos.

BERNARDA. Esa es la verdad.

DOÑA REPELITOS. Sí; ¡si yo siempre estoy equivocada! Don Joseíto. Y han vuelto, ¿te enteras, Luisón?… atraídos por unos cuartillos que ha heredado un tío.

DOÑA DULCE. El tío William.

DOÑA REPELITOS. Un herejote.

BERNARDA. Un moro.

DOÑA DULCE. Un salvaje.

DOÑA REPELITOS. Un republicano. Como que en el brazo derecho…

DON JOSEÍTO. En el izquierdo…

DOÑA REPELITOS. En el derecho, tiene un letrero hecho con pólvora y con aguardiente.

BERNARDA. ¡Lástima de aguardiente!

LUISÓN. Basta; basta… ¡Si también me sé de memoria al tío William!…

DOÑA DULCE. Pues en cuanto le chuparon los cuartos, a pensar otra vez en lo mismo: en la nena…

BERNARDA. En que la nena habla de perderse…

DOÑA REPELITOS. En que había de tunantear como la hermana…

DON JOSEÍTO. Y le buscaron un cortejo de mucha bambolla…

BERNARDA. Un tal Paco Revuelta…

DOÑA REPELITOS. Un baratero…

DOÑA DULCE. Un majo…

DON JOSEÍTO. Un hombre sin entrañas…

DOÑA DULCE. ¡Y una de convites!…

DOÑA REPELITOS. ¡Y una de regalos!…

BERNARDA. ¡Y una de comilonas!…

DON JOSEÍTO. Y todos, en que había de quererlo… Doña Dulce. Y ella que no, y que no.

DON JOSEÍTO. Y un día le dijo… le dijo…

DOÑA REPELITOS. Le dice…

DOÑA DULCE. Le dijo…

DON JOSEÍTO. ¡Callad! Le dijo: «Primero arrancaré piedras con los dientes que quererlo a usted.»

DOÑA REPELITOS. Lo mismo hubiera dicho yo.

DOÑA DULCE. Y anoche, ¿sabes…?

DON JOSEÍTO. Anoche estaban todos borrachos allá en la casa…

DOÑA REPELITOS. ¡Con una escandalera!… Bernarda. ¡Unas palabrotas!…

DOÑA DULCE. ¡Una de *periquitos*!…

DON JOSEÍTO. ¡Y tramaban algo muy grave!

DOÑA DULCE. ¡Muy grave!

DON JOSEÍTO. ¡El secuestro; una violencia!… ¡vaya usted a saber!

DOÑA DULCE. Y ella, ¿tú comprendes?… se metió en su cuarto… arregló un hatillo…

DON JOSEÍTO. Y sin que nadie la sintiera se plantó en salvo.

BERNARDA. Se escapó.

DOÑA REPELITOS. Se escapó.

DOÑA DULCE. Y anduvo por esas calles llorando sola…

DON JOSEÍTO. Hasta que se acordó de nosotros…

DOÑA REPELITOS. Y no vaciló entonces.

BERNARDA. Y aquí llegó.

DOÑA DULCE. Y llamó a nuestra puerta.

DON JOSEÍTO. Y la recibimos con los brazos abiertos.

DOÑA REPELITOS. Y ahí está desde anoche.

BERNARDA. Y hoy ha venido la otra, ¡la hermana!…

DOÑA REPELITOS. ¡La lagarta! ¡Dejó un tufillo a jabón de lujo! ¡Uf!…

DOÑA DULCE. ¡Y el padre ha estado rondando la calle!

DON JOSEÍTO. ¡Y uno que debe ser el que la quiere!

LUISÓN. ¿Sí?

DOÑA DULCE. Y nos han mandado una carta sin firma…

DOÑA REPELITOS. Escrita con tinta colorada…

DOÑA DULCE. En que dicen que somos unos secuestradores…

DON JOSEÍTO. Y que el juez va a venir…

BERNARDA. Y que vamos a salir en los periódicos…

DOÑA DULCE. ¡Ay, ay, ay!…

DON JOSEÍTO. ¡Ay, Luisón!

DOÑA DULCE. Tranquilízanos tú; consuélanos tú. Mira que a mí, al menos, ya me faltan los ánimos.

DON JOSEÍTO. Y a mí.

BERNARDA. Y a mí.

DOÑA REPELITOS. Y a mí.

Sucesivamente, y en prueba de ello, van dejándose caer en la silla o butaca que hallan más cerca. A poco vuelven a levantarse, atraídos por la extraña actitud de Luisón.

LUISÓN. *Ensimismado.* ¡Cuánto dolor hay en la vida! Si a los unos nos hirieran siempre las penas de los otros, huiría la dicha de la tierra. ¡Pobre Isabela! Bien hiciste en venir a esta casa.

Pasea, acariciando sus pensamientos y ajeno en absoluto a los viejos, que se miran atónitos y lo miran a él sin comprender enteramente su actitud.

DON JOSEÍTO. ¿Qué dices. Luisón?

LUISÓN. He pensado tanto en ti, que por fuerza había de atraerte.

DOÑA REPELITOS. ¿Qué dices, hombre?

BERNARDA. ¿Qué dice usted?

LUISÓN. Parece que la vida sabe que eres fuerte, y quiere probar el temple de tu alma… No hay dolor, no hay miseria humana que tú no conozcas…

DOÑA DULCE. Es verdad, es mucha verdad… Escucha.

DOÑA REPELITOS. Oye.

LUISÓN. ¡Ay, si yo tuviera en mi mano el hacerla dichosa!

DON JOSEÍTO. Pero ¿qué dices?

LUISÓN. Téngalo o no, mi deber es ampararla, defenderla.

DON JOSEÍTO. ¿Ampararla, verdad?

BERNARDA. Defenderla, eso; defenderla.

LUISÓN. Ese es mi deber, es mi deber: sacarla del fango en que vive, del foco en que respira… Es mi deber, es mi deber…

DOÑA REPELITOS. Pero ¿es que te has vuelto loco, Luisón?

DOÑA DULCE. *Interpretando la actitud de Luisón.* No, no se ha vuelto loco.

LUISÓN. No, no me he vuelto loco: dice bien doña Dulce… Lo estoy, lo estaba hace mucho tiempo por esa mujer…

DOÑA REPELITOS. ¿Por quién?

DON JOSEÍTO. ¿Por Isabela?

DOÑA REPELITOS. ¿Tú?

BERNARDA. ¿Usted?

LUISÓN. Yo, sí, yo… ¡Silencio, por Dios vivo!… La quería, la quise, la quiero más que a mi propia vida. Ha sido ésta una pasión insensata que Dios ha infundido en mi alma sin duda para advertirme de que la tengo… Pero que Isabela no lo sospeche; que no lo sepa… Nada le digan… Por la memoria de Gabriel se lo pido a todos. Estoy desconcertado, confuso… Se me figura que el destino la pone en mi paso otra vez… Y yo debo defenderla de quien la ultraje, con todas mis fuerzas, con toda mi alma… Pero temo que adivine mi pasión, que la conozca, que no la comprenda, que a pesar suyo me tenga lástima, me compadezca, me desdeñe… se ría de mí. Silencio… silencio… que no lo sepa nunca.

DOÑA DULCE. ¡Ay, pobre Luisón! Cálmate…

DOÑA REPELITOS. Sosiégate…

DON JOSEÍTO. No te pongas así…

BERNARDA. ¿Le hago un poco de tila?

LUISÓN. No, no… ¡qué disparate! Perdónenme ustedes. Ha sido un arrebato, un momento… No fui dueño de mí. Pero ya pasó. *Coge su sombrero.*

DOÑA REPELITOS. ¿Dónde vas?

DON JOSEÍTO. ¿Dónde vas ahora?

BERNARDA. ¿Se va usted a la calle?

DOÑA DULCE. ¿Vas a abandonarnos, Luisón?

LUISÓN. ¿Qué he de abandonarlos, doña Dulce?

DOÑA DULCE. ¡No, por Dios!

LUISÓN. No voy más que al café de la vuelta. Allí seguramente estará este señor… —don Joseíto le conoce— Romero, mi vecino.

DON JOSEÍTO. ¡Ah, sí!

LUISÓN. Con él le mando a decir a mi madre que me recogeré más tarde esta noche; que no pase cuidado. Y en seguida volveré con ustedes, y de aquí no me moveré hasta que se aquieten esos ánimos, y la puerta se cierre y desaparezcan las sombras chinescas de la calle.

DOÑA DULCE. ¡Ay, qué bueno eres, Luisón!

Doña Repelitos. Pero ¡qué bueno!

Luisón. Conque, hasta ahora.

Don Joseíto. No tardes, ¿eh?

Luisón. No tardo, no.

Bernarda. Yo voy tras él y atranco el portón en cuanto salga. ¡Jesús, Jesús!

Doña Repelitos. Sí, hija, sí: hay que vivir con el ojo alerta.

Por la puerta del foro se marcha Luisón hacia la derecha, seguido de Bernarda.

Doña Dulce. Pues yo voy allá, no despierte la niña y se encuentre sola. ¡Virgen mía de los Desamparados! *Éntrase por la misma puerta, hacia la izquierda.*

Don Joseíto. La quiere… la quiere… ¿Quién había de pensar…? El señor nos valga. *Vase por la puerta de la izquierda hablando solo.*

Doña Repelitos. ¡Ay, Virgen del Consuelo! ¡Ahora si que digo yo mi romance! *Vuelve a santiguarse varias veces, y, en efecto, dice su romance de cabo a rabo.*

Entre dos hojas de rosa
se peinaba una mujer:
era la Virgen María,
la que Madre nuestra es.

Un zagal atribulado,
llegó y le dijo a sus pies:
«Madre mía del Consuelo,
conmigo a mi choza ven.

Malita está la mi madre
y la mi hermana también,

y el perrito que nos guarda:
malitos están los tres.»

Dejó la Virgen sus peines
para peinarse después,
y así le dijo al mancebo:
«Contigo a tu choza iré.»

Caminando va la Virgen,
caminando va con él,
y jazmines y azucenas
salen donde pone el pie.

Ya llegaron a la choza;
ya a los desdichados ve;
ya en sus manos, de un arroyo,
agua les da de beber.

Ya sanó la pobre vieja;
sanó la niña también,
y el perrito que los guarda:
sanitos están los tres.

Madre mía del Consuelo,
hoy en nuestra ayuda ven:
ven y ampara con tu manto
a quien sierva tuya es.

Se dirige primero a un rincón y luego a otro, después de coger su copilla, y en cada uno dice una de las estrofillas siguientes:

Diablejo,
vencejo,

cara de conejo,
para que te vayas
hago yo la cruz
en el santo nombre
nombre de Jesús.

Diablote,
feote,
cara de herejote,
para que te vayas
hago la cruz yo
en el santo nombre
nombre del Señor.

Tras, tras.
¿Quién es?
El demonio
Lucifer.
¡Pues acá no lo queremos:
váyase vuestra merced!

De repente llega Bernarda por la puerta del foro.

Bernarda. Doña Repelitos.

Doña Repelitos. ¿Qué hay?

Bernarda. Que llaman a la puerta.

Doña Repelitos. ¿Quién? ¿El demonio?

Bernarda. ¿El demonio?

Don Joseíto. *Saliendo por donde se fué.* ¿Han llamado, verdad?

Bernarda. Sí, señor: eso estaba diciendo. Un caballero que pregunta por la señorita Isabela.

Doña Repelitos. ¿Le has abierto quizás?

Bernarda. ¡Al instante! He hablado con él por la mirilla. Me ha dicho su nombre… ¿Cómo me ha dicho que se llama?… El apellido es muy extraño. El nombre es don Florencio.

Don Joseíto. ¿Don Florencio? ¿Don Florencio Villaviciosa?

Bernarda. ¡Eso mismo!

Doña Repelitos. ¡Su padrino! ¿No es ése?

Don Joseíto. ¡Cabal! Su padrino en persona. Ella le ha escrito hoy una carta. ¡Lo que va a alegrarse! Es un señor muy bueno y muy rico, casi millonario, que protegió a su familia en otros tiempos… Anda, Bernarda, corre y hazlo pasar en seguida.

Bernarda. Si, señor; si, señor… *Vase a ello.*

Don Joseíto. Y tú, María Josefa, avísale a la niña. Despiértala; dile la visita que tiene.

Doña Repelitos. Voy, voy. Y de paso me arreglaré un poquillo; que está una hecha una facha. *Vase por la puerta de la izquierda.*

Don Joseíto. ¡Ay, qué fortuna que ese buen señor haya venido! ¡Qué fortuna! Lo que siento es que ni esta pobre casa ni yo estamos para recibir a personajes. *Tratando de poner en orden los muebles del cuarto.* Todo sea por Dios. Él nos dispensará…

Isabela. *Dentro, hacia la izquierda.* ¡Padrino! ¡Padrino! *Sale por la puerta de la izquierda. En la del foro aparece en esto el tío William. Al verlo da un grito de rabia.* ¡Ah!

Don Joseíto. ¿Qué?

El tío William viene mal vestido. Trae un gabán pardo, de ancho cuello, que casi le llega a los pies. En la mano estruja un sombrero flexible. Su rostro es velazqueño; la tez, morena, requemada del sol. Los cabellos, grises y revueltos; las barbas, que debieron ser blancas, amarillentas del tabaco; la boca, con escasos dientes. Él piensa que su figura es venerable, y es truhanesca.

WILLIAM. ¡Yo no soy dlon Florencio Villaviciosa! ¡Eso salta a la vista!

ISABELA. *Con ira.* ¡Pues como a don Florencio Villaviciosa es a quien se le ha dicho que pase, está usted aquí de más!

DON JOSEÍTO. *Estupefacto ante lo que ve.* ¿Qué dices, niña? ¿No es quien tú esperabas?

ISABELA. ¡Qué ha de ser!

DON JOSEÍTO. Ya me parecía a mí que lo que es millonario…

Pasa Bernarda por el pasillo del foro, de derecha a izquierda, mirando recelosa.

WILLIAM. ¡Yo no soy don Florencio Villaviciosa! ¡No, señor! ¡Ni ganas! Porque si yo fuera don Florencio, personaje de viso y tal, estaría a estas horas dándome golpes de pecho en una sacristía, en vez de estar aquí luchando por la justicia de la tierra. *¡All right!*[3]

ISABELA. Bueno, basta. ¿Qué tiene usted que hacer en esta casa? ¿A qué viene a ella?

WILLIAM. ¡Por ti vengo!

ISABELA. ¿Por mí?

WILLIAM. ¡Por ti! Primero, por el ruego; después, por la ley; si no, por la fuerza.

ISABELA. Pues ni oigo el ruego, ni le temo a la ley, ni menos a la fuerza. ¡Váyase usted, tío William!

WILLIAM. Muy pronto lo has dicho, mariposa.

DON JOSEÍTO. ¡El tío William!… ¿Es el tío William éste?

WILLIAM. Para servir a usted, mi amigo: William Talavera de Ferrada. Me llaman William porque mi mujer era inglesa. Bueno… ni era inglesa, ni era mi mujer —hablando de hombre a hombre—. El matrimonio es una necedad de los países salvajes. Talavera soy por culpa de papá, Ferrada por culpa de mamá, Hinojosa por culpa de abuelito y Castaño por culpa de abuelita.

DON JOSEÍTO. Y disponiendo de tantos apellidos, ¿cómo se vale usted de uno ajeno para entrar aquí?

WILLIAM. Porque yo sabía de memoria, señor y dueño mío, que al llamar a esta puerta no me servirían sino de estorbo el William, y el Talavera, y el Ferrada, y el Hinojosa, y el Castaño, y todo el árbol genealógico, que acaba en mí y comienza en Miguel Talavera: el que le dio la mecha a Hernán Cortés para quemar las naves. *¡All right!*

DON JOSEÍTO. Y ¿qué necesidad tenía usted de haber venido?

WILLIAM. ¡La de reclamar a una mujer secuestrada!

DON JOSEÍTO. ¡Hola, hola! ¡De usted es el anónimo!

WILLIAM. ¡Yo no escribo anónimos, señor mío! Lo que tengo que decir lo digo cara a cara: lo mismo a usted que a una familia de leones en la selva. Repito que esta señorita está secuestrada, y por ella vengo. Y no me iré de aquí sin ella.

DON JOSEÍTO. ¡Ay, Dios del cielo!… Luisón… si llegara Luisón…

ISABELA. No se asuste usted, don Joseíto… Tío William, márchese usted donde no lo veamos: mire usted que puede venir quien lo abofetee y lo arroje por las escaleras.

WILLIAM. ¿Amenazas? ¿Amenazas a mí? William Talavera, ¿tú oyes esto? Por fuerza has olvidado, pichona, quién es el tío William. El tío William no conoce el temor ni ha temblado nunca. Tengo la independencia indómita del aire: encuentro en mi camino una flor, y arrullo; encuentro una roca, y bramo. ¡Ese es el tío William!

DON JOSEÍTO. ¡Por vida de!… ¿En dónde están mis veinte años?

WILLIAM. ¡Amenazas a mí! ¿Qué podrá arredrarme en el mundo? Yo, señor mío, me he visto entre el cielo y el mar, agarrado a una tabla, y he ido insultando al mar, y al cielo, y a la tabla, y pidiendo un rayito que me partiera. Así, con esta guasa: un rayito. Y vienes tú, muchachuela mal criada y arisca, a querer infundirme espanto con tus amenazas pueriles… ¡Vamos, hombre! Si soltara yo la carcajada que me baila en el cuerpo, habría temblor de tierra.

Doña Dulce, doña Repelitos y Bernarda asoman mientras tanto a la puerta del foro, llenas de curiosidad y temor. Cuchichean, y se retiran

escandalizadas: Bernarda, hacia la derecha; las otras dos, hacia la izquierda.

ISABELA. Mire usted, tío William: cuanto hable, cuanto diga, cuanto grite, es inútil: de aquí nadie me arrancará. Me defenderé como una fiera.

WILLIAM. ¡Pues como fiera te trataremos, qué puñales! ¿Es que no hay más que porque sí abandonar una casa, dejar a unos padres? ¡No, pimpollo! ¿Qué te has creído tú? Mientras ha habido que comer, a la sopa boba en casita, que para eso ha heredado el tío William unos reales. Se acabó el dinero, y sin más ley que tu capricho, ahí te quedas, tío William; ahí te quedas, casa paterna; ahí os quedáis todos; moríos, si tenéis humor de morir, que yo sacudo las alas y echo a volar, porque me entran ganas de cruzar los aires. ¡No, paloma, no; eso no; te digo que no! ¡que no!

ISABELA. ¡Y yo le contesto que sí y que sí! ¡Asco me da oírlo! ¡Mal hombre! ¡mala bestia! ¿Qué le debo yo a usted si no son consejos que agravian; insinuaciones que sonrojan? ¡Quítese de mi vista ya, o puede que salga perdiendo! Mire que siento arder mi sangre; mire que si usted se cree fuerte por haber desafiado al mar y al cielo, y se figura que se ríe y estremece al mundo, todavía soy yo más fuerte que usted.

WILLIAM. Pues ¿qué eres tú, muñeca?

ISABELA. ¡Una mujer que defiende su honra!

DON JOSEÍTO. Eso… eso… Ya lo oye usted…

WILLIAM. *Soltando una carcajada indescriptible.* ¡Ja, ja, ja! ¡Muy bonito! ¡muy bonito! ¡Un aplauso a la niña! William Talavera, ¿tú oyes esto? ¡Me caso con la Biblia! ¡Me caso con el catecismo de Ripalda!

DOÑA REPELITOS. *Saliendo por la puerta de la izquierda a tiempo de oírlo y retirándose de nuevo horrorizada.* ¡Ave María Purísima!

WILLIAM. *Volviendo la cara sorprendido.* ¿Eh? ¡Alharacas! ¡Desplantes! ¡Gritos a mí! ¡A mí, que enfrente al Niágara me puse a recitar en inglés unos versos de Shakespeare, y no se oía al Niágara! ¡Ja, ja, ja!

DOÑA REPELITOS. *Volviendo a salir por la misma puerta, asustadísima.* Joseíto… aquélla está dando diente con diente…

DON JOSEÍTO. ¿Dulce?

DOÑA REPELITOS. Sí.

WILLIAM. Beso a usted los pies, señora mía.

DOÑA REPELITOS. ¡A mí no me besa usted nada! ¡Herejote! ¡Masón! *Se marcha precipitadamente.*

WILLIAM. ¿Qué es esto?

ISABELA. Esto es que ha venido usted a escandalizar esta casa, y que se puede ir ya noramala donde bien le parezca, para no acordarse más del santo de mi nombre.

WILLIAM. Pero ¡voto va! ¿Hablo yo en griego, golondrina? ¿No he dicho que sin ti no me voy?

ISABELA. Y ¿no le he contestado yo que es empeño inútil?

WILLIAM. Harás que apele a la violencia; que pierda los estribos, que te obligue… que te…

DON JOSEÍTO. *Interponiéndose.* ¡Alto allá! Viejo y todo, aún puedo defender a esta pobre niña. ¡Váyase de mi casa ahora mismo, señor ladrón, señor bandolero!

WILLIAM. Paso, paso, señor de los cabellos blancos…

BERNARDA. *Presentándose por la puerta del foro, en un arranque de valor*. ¡Ea, ea, ya me cansé yo de escuchar voces! ¡Basta de escandalera! ¡A la calle, a la calle, señor de… como quiera que le digan!

WILLIAM. ¿A la calle? ¿A la calle? Y ¿quién lo ordena, mi señora?

BERNARDA. ¡Yo; Bernarda; la criada de la casa, que tengo una pareja prevenida en la esquina, para llamarla por el balcón si usted no obedece! ¡No faltaría más!

DON JOSEÍTO. ¡Muy bien hecho, Bernarda; muy bien hecho!

WILLIAM. ¿Conque muy bien hecho? ¿Conque una parejita? Y ¿usted pretende intimidarme con una parejita de Orden público? ¡Ja, ja, ja! *Mostrándole distintas cicatrices en la frente, en el cuello y en los brazos.* Mire usted: del sesenta y ocho. Mire usted: del setenta y tres. Mire usted: del setenta y cuatro. Y por urbanidad no enseño las honrosas cicatrices del setenta y cinco y del setenta y seis. Pero, en fin, ¿se quiere la guerra? ¡Pues habrá guerra! Con bandera de parlamento me presenté, y se me recibió a

balazos. ¡Habrá guerra! ¡Y dura, dura! ¡Sin cuartel! ¡Mal enemigo soy! En Cuba incendié un ingenio yo solo: ¿qué trabajo me costará incendiar estas cuatro paredes, que por lo secas y podridas arderán como paja? ¡Y ya cuidaré yo de no hacerlo en sábado, para que no les coja en el aquelarre a todas las brujas que aquí viven! ¡Maritornes de la casa, puede usted avisar incluso a Viriato; tórtola inocente, no será la última vez que nos veamos las caras; venerable estantigua, abur! ¡William Talavera, vente tú conmigo! *¡All right! Vase de estampía por la puerta del foro.*

Bernarda lo sigue.

BERNARDA. ¡Jesús, Jesús, Jesús!…

Por la puerta de la izquierda sale en esto otra vez muy atribulada doña Repelitos y se va en seguida.

DOÑA REPELITOS. Joseíto, Bernarda; ¡por la Virgen María!… venid allá, que Dulce lo ha oído todo y está como yo no la he visto nunca.

DON JOSEÍTO. ¡Válgame el Señor! Allá voy, allá, voy…

ISABELA. ¡Pobre doña Dulce! ¡Pobres todos ustedes! ¿Qué mal viento me trajo a esta casa?

Llega Luisón por la puerta del foro, lleno de ansiedad. Al ver a Isabela, se dirige a ella con emoción vivísima.

ISABELA. ¡Luisón!

LUISÓN. ¡Isabela!

DON JOSEÍTO. ¡Luisón!

LUISÓN. ¿Qué es esto? Dime: ¿a qué ha venido aquí ese hombre?

DON JOSEÍTO. A escandalizar, a insultarnos a todos, valido de que somos débiles.

LUISÓN. ¿Te ha ofendido?

ISABELA. ¿Y qué había de hacer más que ofenderme? Me ha hecho llorar… me ha hecho temblar de ira…

LUISÓN. ¡Oh! ¡Canalla! *Corre hacia el foro.*

ISABELA. *Estorbándole el paso.* ¿Adónde vas? ¿Qué intentas? Déjalo, déjalo…

DON JOSEÍTO. Déjalo, hijo mío… No te apartes ya de nosotros… Quédate aquí… Consuela tú a Isabela… tranquilízala. Yo voy a ver qué tiene Dulcenombre… ¡Allá voy, María Josefa, allá voy! ¡Bernarda! ¡Bernarda! ¡Ven allá dentro, ven!… ¿En qué te hemos ofendido, Señor de los cielos? *Marchase por la puerta de la izquierda.*

BERNARDA. *Cruzando de la del foro a la de la izquierda, por donde se va tras don Joseíto.* Pero ¡en esta casa ha entrado el diablo! ¡Allá voy, allá voy!…

Pausa. Isabela llora en silencio. Luisón la contempla.

ISABELA. ¿Ves, Luisón, ves? ¿Por qué es esto? ¿Por qué me siguen dondequiera el desorden, la lucha, las lágrimas? ¿Por qué he venido yo a turbar la paz bendita de estos viejos?

LUISÓN. Porque tú eres la vida, Isabela; porque contigo viene la vida, y la vida es pasión, pasión… ¡pasión! *Dice esto mirándola embelesado y dejando asomar a sus ojos toda la que siente por ella.*

ISABELA. Es que si la vida fuese para todos como para mí, no habría más que desesperados. Ya me rindo; ya no me van quedando fuerzas ni aun para llorar. Dondequiera que voy, parece que un vendaval de dolores me sigue. Por donde paso dejo rastro de lágrimas. Aquí no llevo un día, y he traído a esta casa un infierno. Me iré, me iré también de aquí, para que todos descansen, para llorar yo sola… para arrancarme la memoria de estas vergüenzas… para olvidar…

LUISÓN. ¿Para olvidar, dices? ¿Crees tú que olvidarías?… Cuando tanto se sufre, Isabela, no es fácil olvidar.

ISABELA. ¿Lo sabes tú, Luisón?

LUISÓN. Lo sé. Jamás fué el olvido remedio para las heridas de mi alma. Pude creer que acaso iban cerrándose, y por bajo de la mentida cicatriz siento de pronto que manan sangre a borbotones.

ISABELA. No te entiendo, Luisón…

LUISÓN. ¿No me entiendes? ¡Desdichado de mí! ¿Tan bien disimulo o tan indigno soy de que tú lo veas?

ISABELA. ¿Cómo?

LUISÓN. ¿Es que ni antes ni ahora, en un solo momento de mi vida, ha salido a mis ojos una chispa de este fuego interior que me consume? ¿Tan en mis entrañas lo encerré que no lo delató jamás una lágrima, ni un gesto, ni un suspiro? *Con pasión desbordada.* Pues bien: ya rompe la horrible cárcel del silencio; ya estalla; ya no puede vivir aprisionado. Juré callar toda mi vida, y también quebranto el juramento, frágil y baldío como cosa humana. Quizás juré porque no sospechaba que iba a volver a verte.

ISABELA. Luisón, me inspiras miedo…

LUISÓN. ¡Miedo! ¡miedo!… ¡Por Dios que no es miedo lo que te quisiera inspirar! Te quisiera inspirar lo que tú me inspiras a mí desde que mis ojos te vieron: ¡y eso que te vieron mirando a otro hombre!

ISABELA. Calla; no me recuerdes…

LUISÓN. Pero ¿no has oído que no puedo callar aunque me empeñe en ello? Hoy es día de hablarlo todo, Isabela: hoy me has de escuchar. No me digas que no, porque no quiero desobedecerte. Ni escapes de aquí, porque te seguiría adonde fueras. Te vi y te quise; te oí y te quise más; quisiste tú, adoraste a mi amigo, a mi hermano, y los celos, y la envidia, y la pena acrecentaron mi pasión, cada vez más frenética, cada vez más grande, pero cada vez más oculta. El pobre Luisón, feo de cara y de cuerpo, vulgar en la vida, se avergonzaba de que la adivinases tú; se espantaba de que la sospechase él… Ocurrió su muerte desgraciada, te fuiste de aquí, no volví a verte… y, sin embargo, la luz de aquel cariño tan puro, tan solo, tan callado, alumbró mis horas más tristes… Y esa pasión, Isabela, inspirada por ti, por tus ojos negros, por tu cuerpo divino, por tu alma generosa y fuerte, esa pasión ha sido mi orgullo: primero, porque supe esconderla, cuando hubiera sido maldad o flaqueza mostrarla; después, porque supe abrazarme a ella y vivir con ella, sin esperanza de que jamás llegara este momento. Así, cuando los demás me compadecían por oscuro, por insignificante, por simplote, yo me asomaba dentro de mí, y me consideraba más alto, más grande, más noble que ninguno, con sólo quererte de esta manera que te quiero.

ISABELA. Luisón, cálmate. Te pido que te calmes. Nunca pude imaginar que tú me querrías, y al oírte, al escuchar cuanto me has dicho —temblando estoy— se confunden mis sentimientos y mis ideas. Empezaste por darme miedo… y has concluido por darme lástima.

LUISÓN. ¿Lástima? ¿Lástima, Isabela? ¡Nada podía dolerme más! ¡Lo temía; lo sabía; era mi pesadilla constante!… ¡Tu lástima! ¡tu lástima!

ISABELA. Entiéndeme. Luisón; no delires. Me inspira lástima tu gran sufrimiento. Bien pudiste enamorarte de otra mujer, y ser dichoso.

LUISÓN. También pude nacer de más noble hechura, y quererme tú.

ISABELA. ¿Yo, Luisón? Tú conoces mi vida. Desde niña, ligada a Gabriel, sólo para Gabriel había de ser. Me lo robó la muerte; sobre su cuerpo frío, en esta misma sala donde estamos, lloraron mis ojos las primeras lágrimas del amor… y con él se fueron bajo tierra. Y óyeme, Luisón, óyeme: su recuerdo, su santo recuerdo ha sido mi defensa, mi escudo en las batallas de mi vida. Sin él, quizás habría caído o rendida o desesperada.

LUISÓN. ¡No!

ISABELA. ¡Sí! Cuando dices que no, no sabes tú lo que empujan la miseria y el hambre. Su recuerdo, sólo su recuerdo me ha hecho fuerte. Por él he despreciado a los demás hombres; por él he sido y soy honrada.

LUISÓN. ¡Bien, Isabela, bien: y ojalá viviera quien tanto te quiso y a quien tanto quisiste! Si no es sincero esto que digo, haga Dios que nunca más te vea. Pero si Dios se lo llevó de entre nosotros, ¿por qué ese mismo Dios te pone otra vez delante de mí? ¿Por qué me dió corazón para sentir esta pasión que siento?… Compréndelo, Isabela: ¿no es ley de la vida? La tuya sigue su andar turbulento y desordenado; la mía sigue su marcha serena, silenciosa y triste. Y las dos vidas se hallan frente a frente de nuevo, y el desorden y turbulencia de la tuya llegan a mí, y me conmueven y sacuden; y quisiera yo que lo más puro, que lo más bueno de la mía llegase a ti igualmente, y calmara tu corazón y tu pensamiento, y templara tu sed de horas tranquilas… *Llora.*

ISABELA. Dime, Luisón: y ¿no temes que al acercarte apasionado a mí, una voz misteriosa de allá lejos pudiera helar la sangre en tus venas?

LUISÓN. ¡No! He oído esa voz muchas veces, y nunca me ha dicho más que esto: «¡Búscala, hermano, búscala! ¡No la dejes rodar por el mundo! ¡Llévala contigo: hazla dichosa!»

ISABELA. ¿Eso te dice, Luisón?… ¿Eso te dice?… *Estremeciéndose de improviso con supersticioso terror.* ¡Ah!

LUISÓN. ¿Qué tienes?

ISABELA. ¿No has oído?

LUISÓN. Yo no.

ISABELA. Yo sí… Vete… déjame… Nos escucha… ¡Ay, madre mía!

LUISÓN. Pero ¿qué dices? Estás alucinada. Serénate, mujer, serénate.

ISABELA. Sí, sí… Ya pasó. En estos estados del alma… ¿quién puede evitar?… Pero déjame, déjame… No quiero seguir hablando de eso… Déjame.

LUISÓN. Te dejo, sí. Aún te dura el temblor, el miedo…

ISABELA. Aún me dura.

LUISÓN. ¿Temes que Gabriel nos escuche?

ISABELA. No es que lo tema; pero un instante lo he creído.

LUISÓN. *Balbuciente, casi al oído de ella, con lágrimas de ternura en la voz.* Pues oye: por si nos escucha, yo te digo que te quiero con toda mi alma; que la sangre de mis venas late y circula porque este cariño le da ser; que deseo tu dicha en la vida; que si las espinas que te punzan fueran cosa material y tangible, yo las arrancaría una por una de tu corazón para clavarlas en el mío; que si alguna vez la alegría orea tu alma y la risa asoma a tus labios y hermosea tu cara, no te acuerdes, si no quieres, del pobre Luisón; pero que si el dolor no se cansa de herirte, y tus ojos vuelven a llenarse de lágrimas, lo llames a tu lado; que él sabrá enjugarlas tal vez… aunque tú dejes que las suyas le quemen el rostro…

Silenció. Isabela lo mira dulcemente.

ISABELA. Luisón, Luisón… ¡qué consuelo me dan tus palabras en esta soledad en que me veo!

LUISÓN. ¿De veras?

ISABELA. No te vayas, no; no me abandones… Habíame así. Nadie pensé que me quería… y me quieres tú. Dios te pague ese cariño, Luisón…

LUISÓN. Me lo estás pagando tú, Isabela, con decirme que no te deje… de ese modo que me lo has dicho. Isabela, alma mía, no llores más; no te atormentes… Abramos paso a la razón en medio de estos delirios de mi amor insensato… *Con suprema delicadeza.* ¿Quieres tú venir a mi casa? ¿vivir con mi madre?

ISABELA. ¿Con tu madre?

LUISÓN. Con mi madre, sí. Yo soy capaz, mirando a tu bien sólo, de cambiar en mi corazón esta pasión viva por el afecto que me pidas tú. Seré tu amigo; seré tu hermano seré lo que tú quieras… Y si alguna vez… si alguna vez… ¡Pero no, no; de esto no quiero hablarte ahora! ¡Seré lo que tú quieras! Isabela, yo te juro que velaré tu sueño, sin qué un solo pensamiento de enamorado pase por mi frente.

ISABELA. Luisón… eres aún más bueno y más generoso de lo que yo sabía.

LUISÓN. Ven a mi casa, ven: vive con mi madre.

ISABELA. Haz de mí lo que quieras, Luisón…

LUISÓN. *Súbitamente exaltado por la alegría.* ¿Qué?

ISABELA. Lo que quieras; sí.

LUISÓN. ¡Oh! ¿Qué me has dicho, Isabela? ¿Qué me has dicho? ¿No te arrepentirás de lo que me has dicho?

ISABELA. ¡Nunca! No temas.

LUISÓN. ¿Nunca, verdad?

ISABELA. ¡Nunca! ¿Cómo he de arrepentirme, Luisón? ¿No ves que tú solo, desde hace mucho tiempo, me hablas en un lenguaje que yo pensé que jamás volvería a sonar en mis oídos de boca de los hombres? Mi alma tiembla escuchándote y se estremece de gratitud… Tus palabras no son palabras: son caricias… Y ¿ves este llanto que brota en mis ojos? Pues no es fuego: es rocío…

LUISÓN. ¡Alma de mi alma! Yo también temí que jamás escucharía de boca de mujer lo que acabo de escuchar de la tuya.

ISABELA. Pues ahora…

LUISÓN. ¿Ahora, qué?

ISABELA. Ahora… déjame descansar.

LUISÓN. Sí.

ISABELA. Necesito reposo. Estoy muerta.

LUISÓN. ¡Pobrecíta mía! Pero mañana…

ISABELA. Mañana, sí.

LUISÓN. Vendrá mi madre a recogerte.

ISABELA. No es preciso: iré yo.

LUISÓN. Vendrá ella.

ISABELA. Lo que tú digas. Adiós, Luisón. Eres bueno, eres bueno…

LUISÓN. Mientras no quieras tú que sea malo.

ISABELA. Nunca.

LUISÓN. Pues nunca.

ISABELA. Hasta mañana.

LUISÓN. Hasta mañana.

ISABELA. Adiós. *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

LUISÓN. *Frenético de alegría.* ¡Dios mío! ¿Qué pasa por mí? ¡Si me parece que soy otra persona! Pero ¿es posible que alguna vez esté la dicha tan cerca de nosotros y no la sintamos llegar? ¡Qué contento voy a darle a mi madre! ¡Qué júbilo van a tener estos pobres viejos! *Llamándolos a voces.* ¡Don Joseíto! ¡Doña Dulce! Vivir con ella… vivir junto a ella… ¡Doña Repelitos! Vivir para ella… Oírla, verla, hablarle a todas horas… ¡Doña Dulce! ¡Don Joseíto!

Doña Dulce y don Joseíto salen por la puerta de la izquierda, y por la del foro, Bernarda y doña Repelitos, sobresaltados iodos, temiendo una nueva desgracia.

DON JOSEÍTO. ¿Qué pasa, Luisón?

DOÑA DULCE. ¿Por qué gritas?

DOÑA REPELITOS. ¿Qué es ello?

BERNARDA. ¿Qué sucede?

LUISÓN. Nada malo; ahora no es nada malo. ¿No me ven? ¿No me ven contento?

DOÑA DULCE. ¿Y la niña?

LUISÓN. Se ha ido a descansar: está rendida la infeliz. ¡Va a vivir conmigo, con mi madre! Mañana vendrá mi madre por ella.

Los viejos lo escuchan turulatos.

DOÑA REPELITOS. ¿Qué vendrá tu madre por ella?

BERNARDA. ¡Jesús!

DON JOSEÍTO. ¿Qué dices, Luisón?

DOÑA DULCE. ¿Qué se va a vivir con tu madre?

LUISÓN. *Llorando y riendo a la vez.* Con mi madre, sí: con nosotros. En mi casa: me lo ha prometido. Pasó la mala hora… No se santigüe usted, doña Repelitos. A descansar todos: a tranquilizarse. Ya nada hay que temer. Pasó la mala hora. La paz bendita volverá a reinar entre estas paredes, que azotó durante unas horas el aire de la vida. Hasta mañana, ¿eh? Duerman tranquilos. Yo me voy corriendo a mi casa. Mi madre nada sabe: figúrense… ¡Qué alegría! Quiero enterarla cuanto antes… Hasta mañana; hasta mañana. *Vase a escape por la puerta del foro, hacia la derecha.*

Los cuatro viejos se miran estupefactos. La sorpresa no les permite hablar.

DON JOSEÍTO. Pero ¿ese muchacho ha perdido el juicio?… ¿No veis cómo va?

DOÑA DULCE. ¡Qué exaltación! ¡Qué ojos!

DOÑA REPELITOS. ¡Qué salidas más raras!

BERNARDA. ¡Mire usted llevarse a Isabela!

DOÑA DULCE. A mí me ha dado miedo…

DOÑA REPELITOS. Y a mí también… Si hasta su semblante era otro…

DON JOSEÍTO. Como que va fuera de sí…

BERNARDA. ¡Ay, Dios de Dios!

DOÑA DULCE. Estamos todos en pecado mortal. Vamos a rezar como siempre, por que Dios nos vuelva a nuestra calma dichosa, a nuestra paz perdida…

DOÑA REPELITOS. Sí, sí; vamos a rezar.

DON JOSEÍTO. Vamos a rezar.

BERNARDA. Vamos a rezar.

Maquinalmente, y como buscando reposo a sus cansados cuerpos, se sientan en sus sitios de costumbre. Suspiran. Doña Repelitos saca de su bolsillo rosario y libro de oraciones.

DON JOSEÍTO. No sé… no sé… Estaba por ir y preguntarle a Isabela…

DOÑA REPELITOS. Deja ahora a Isabela. ¿Se ha dicho que a rezar? Pues a rezar. *Leyendo la oración que los demás van diciendo con ella, después de persignarse.* «Dirigid —dirigid— Dios y Señor nuestro —Dios y Señor nuestro…»

DOÑA DULCE. Va a ser un escándalo que se lleve a la niña a su casa…

DON JOSEÍTO. Enamorado como está… tú imagina…

DOÑA REPELITOS. Eso sí; va a ser un escándalo, y de los gordos. ¿Qué va a decir la gente?

BERNARDA. ¡La gente siempre tiene que decir!

DON JOSEÍTO. Sí; pero nosotros… nosotros deberíamos…

Rompen todos a hablar a un tiempo.

DOÑA REPELITOS. ¡Vaya! ¿Se reza o no se reza? Para rezar sin devoción, lo dejamos.

DOÑA DULCE. No, no, no… Vamos a rezar. Empieza otra vez.

DOÑA REPELITOS. «Dirigid —dirigid— Dios y Señor nuestro —Dios y Señor nuestro— todos nuestros pensamientos…»

DON JOSEÍTO. *Levantándose asustado.* ¿Eh? ¿Quién?

DOÑA REPELITOS. ¿Qué es eso, Joseíto?

DOÑA DULCE. *Temblando.* ¿Qué ocurre?

DON JOSEÍTO. He sentido unos pasos…

BERNARDA. ¡Qué pasos ni qué…! Será arriba. ¿Hemos de creer ahora que siempre llega alguien?

DON JOSEÍTO. Es verdad… Dices bien… Ha sido ilusión mía…

DOÑA DULCE. ¡Ay, Señor! ¡De qué manera tan distinta rezamos esta noche!

DON JOSEÍTO. *Emocionadísimo.* ¡Ay, hermanas! Nos hallábamos más cerca de la muerte que de la vida, y volvió de pronto la vida a turbar nuestros corazones. Vamos a rezar, vamos a rezar… Pero no por nosotros, que en el último sueño tenemos ya toda nuestra esperanza; sino por los que quedan aquí, llorando y sufriendo, a merced de las pasiones del mundo… Vamos a rezar… vamos a rezar… si es que podemos.

Doña Repelitos vuelve a leer la oración y todos la repiten. En la voz de todos y en la actitud hay turbación, inquietud, sobresalto, miedo.

DOÑA REPELITOS. «Dirigid —dirigid— Dios y Señor nuestro —Dios y Señor nuestro— todos nuestros pensamientos —todos nuestros pensamientos— palabras y obras —palabras y obras— a mayor honra y gloria vuestra —a mayor honra y gloria vuestra…»

El telón ha ido cayendo lentamente.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, diciembre, 1907.

A LA LUZ DE LA LUNA

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL el 21 de enero de 1908

A ROSARIO PINO,
mujer encantadora y encantadora
actriz, sus encantados admiradores
y amigos,
LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Elena.	Rosario Pino.
Carlos.	Emilio Thuillier.
Don Facundo.	Francisco Palanca.

A LA LUZ DE LA LUNA

Pintoresca orilla de un río. Es una clarísima noche de verano.

Carlos, recostado sobre la verde alfombra, que dicen los poetas, parece dormir. Sus ropas son de viaje. Al lado tiene un maletín y una manta. Por la derecha del actor salen Elena y don Facundo, también vestidos de viaje. Elena es la única estrella que ha consentido la luna esta noche. Don Facundo es un tío carnal de la estrella. Habla medio dormido y bosteza frecuentemente.

DON FACUNDO. Pero ¿adónde me llevas? ¿Adónde vamos a parar, sobrina de mi vida? ¿No ves que andando, andando nos apartamos una legua del tren?

ELENA. Y ¿qué nos importa, tío, qué nos importa, si ha de amanecernos así?

DON FACUNDO. ¿Amanecernos?

ELENA. ¡Pues claro está! ¿Es que cree usted que yo vuelvo a meterme en el tren después de lo ocurrido?

DON FACUNDO. Pero ¡si no ha ocurrido nada, muchacha!

ELENA. ¡Nada: es verdad! Media montaña que se derrumba; el tren que choca; la máquina que se hace polvo; el peligro enorme de ir todos los viajeros al río… ¿Le parece a usted poco todo eso, o quería usted más? ¡Ay, qué espanto!, ¡qué espanto!

DON FACUNDO. Eres una chiquilla. Yo no le quito importancia al hecho; mucho más que por lo pasado, por lo que ha podido pasar… Pero ya

no hay riesgo ninguno… Todos los compañeros de viaje están metidos en sus coches, dándome envidia, dispuestos a dormir hasta que llegue el tren de auxilio. ¿Por qué hemos de permanecer nosotros al raso, a la luz de la luna?

ELENA. Acuéstese usted, si se le antoja; no se ocupe de mí. Estoy aterrada; nerviosísima… ¡Ay, qué nerviosísima estoy! Necesito esta brisa, esta calma, el ruido de las hojas, el rumor del agua del río… Y sobre todo necesito estar sola: quiero estar sola. Váyase usted y déjeme sola. Aquí no hay nadie. No me van a comer los lobos.

DON FACUNDO. ¡Ay, Elena, Elena, qué testarudita te ha hecho Dios!

ELENA. Váyase usted, le digo, y duerma a pierna suelta, ya que tiene pasta para ello.

DON FACUNDO. Lo que tengo es un sueño que me caigo, hija de mi alma. Apiádate de mí.

ELENA. ¿No le he dicho a usted que me deje?

DON FACUNDO. ¡Y dale! ¿Vienes al tren o no?

ELENA. ¡Ay, tío!, ¡qué pesado es usted! Comprendo la muerte por cansancio de mi pobre tía.

DON FACUNDO. Y yo la muerte repentina de tu pobre marido. Adiós. Ahí te quedas. En la berlina me hallarás. Que te hagan buen provecho el rumor de las aguas, y el de las hojas, y la brisa nocturna, y los gusanitos de luz… ¡Jesús, qué calamidad de sobrina! *Vase por donde salió bostezando siempre.*

ELENA. ¡Señor, Señor! ¡Cuánta prosa cabe en un tío paterno!… *Suspirando.* ¡Ay!… ¡Qué bien me va a hacer esta soledad!… *Pasea.* Hernioso sitio es éste… La luna, soberana del cielo, me mira desde lo alto, asombrada de verme tan sola… ¡Qué buenas amigas somos la luna y yo!… ¡Cuántas confidencias nos debemos!… *Prestando oído.* ¿A ver?… ¿Es un ruiseñor el que canta?… No. ¡Lástima grande! ¡Me sería tan grato oír cantar a un ruiseñor ahora mismo!… ¡Canta, ruiseñor, canta! ¡Si entre las ramas de estos árboles anidas, canta, que tienes quien te oiga y quien te comprenda!…

Nada: silencio… No se percibe otro rumor que el del aire jugando en las hojas, y el del agua del río que corre hacia el mar, y besa al paso estas orillas… ¡Bendita noche!… ¡Ay!… ¡Me alegro de haber descarrilado!…

Carlos. *Soñando en alta voz.* ¡Ninguna!, ¡ninguna como tú!

Elena. *Aterrada.* ¿Eh? ¡Dios mío! ¿Quién habla en esta soledad?

Carlos. ¡Tus ojos me arrastrarán adonde quieras!

Elena. ¡Jesús, qué miedo!… Pero ¡qué cosa más interesante! *A cercándose cautelosamente hacia el sitio de donde parte la voz.* ¿Quién será la persona que habla? ¡Pues si es un caballero dormido!…

Carlos. ¡A tu lado siempre!, ¡contigo siempre!

Elena. Y que sueña conmigo… Es decir, con una mujer adorada… Su porte es señoril… Y por las trazas es un compañero de viaje… Buscó la soledad, como yo… y lo ha rendido el sueño… ¡Si él supiera que otra mujer se está enterando de los secretos de su alma!… ¡Qué bonito! Mi marido nunca soñó en voz alta, como éste… Roncaba nada más. Y de un modo que se quejaban todos los vecinos.

Carlos. ¡Convenceré a tu madre!, ¡estrangularé a tu tutor!, ¡incendiaré el convento!, ¡haré un racimo con todas las monjas!

Elena. ¡Ave María Purísima!

Carlos. ¡No, no llores, vida mía, no llores!, ¡que se empañan tus ojos divinos, y no me puedo ver en ellos!

Elena. ¡Anda con Dios: ya se metió en la celda! Y parece guapo este hombre… O miente la luz de la luna… Yo voy a despertarlo.

Carlos. ¡Por aquí, por aquí! ¡La tornera es nuestra; la abadesa está amordazada; al sacristán lo hemos echado al pozo!

Elena. ¡Jesús! Este hombre se va a condenar.

Carlos. *Despertándose sobresaltado.* ¡Eh! ¡Quién!, ¡quién!

Elena. *Gritando asustadísima.* ¡Ay!

Carlos. *Asustado a su vez por el grito de ella, se incorpora primero y luego se levanta, sin explicarse claramente la situación.* ¡Eh! ¿Qué es esto? ¿Quién grita?

ELENA. Caballero, por Dios, no alborote ni asuste; cálmese usted un poco…

CARLOS. ¿Qué?

ELENA. Que se calme usted un poco… que yo no soy el comendador…

CARLOS. ¿El comendador, señorita?… No entiendo… Usted… yo… He tenido el gusto de descarrilar… Digo… Bueno, he descarrilado… Supongo que usted también habrá descarrilado… Vine aquí, me tumbé a la larga… perdone la expresión… y me quedé profundamente dormido…

ELENA. Ya, ya. Y ha soñado usted en voz alta. Lo sé todo.

CARLOS. *Alarmadísimo.* ¿Todo? ¿Cómo todo? ¿He dicho lo de…? ¿He dicho alguna tontería?

ELENA. Dormido, no.

CARLOS. Pues es raro; porque como no manda uno en la voluntad…

ELENA. Justo; sí.

CARLOS. ¿Y usted, señorita, es una ninfa de este paraje, o es una compañera de tren?

ELENA. Lo último nada más.

CARLOS. ¡Oh! Más bien parece usted lo primero.

ELENA. Es usted muy galante, a pesar del sueño que tiene. ¿Iba usted a Madrid?

CARLOS. No, por cierto. Yo debía haberme quedado en un apeadero que hay a dos kilómetros de este sitio. Allí me esperaría con un caballo un criado de mi madre, y montado en él —en el caballo, naturalmente— llegaría al pueblo en que mi madre vive.

ELENA. Ya.

CARLOS. Es decir, que si tenemos la desgracia de descarrilar dos kilómetros más adelante, no nos encontramos aquí.

ELENA. ¡Claro! ¡Si descarrilamos más adelante, qué habíamos de encontrarnos aquí!

CARLOS. Entienda usted lo que quiero decirle.

ELENA. Entendido.

CARLOS. Y permítame usted que bendiga el trozo de montaña que se desprendió de la cumbre, y cayó a la vía, y detuvo al tren en su marcha.

ELENA. Pasado el susto, y sin desgracias que lamentar, bendiga usted todo lo que quiera. Pero me va usted a decir por qué lo bendice.

CARLOS. Porque a ello se debe, señorita, el que me estén mirando ahora mismo esos ojos, más bellos que esta noche clara, y el que estén oyendo mis oídos esa voz más dulce que el rumor del río y más transparente que sus ondas…

ELENA. ¡Oh!… ¡A ver si se entera la monjita!

CARLOS. ¿Qué monjita?

ELENA. La del sueño de usted. Estaba usted soñando con una monja.

CARLOS. ¡Milagro!

ELENA. Había usted ahorcado ya a la abadesa del convento, y echado al pozo al sacristán, lo mismo que si fuera un galápago.

CARLOS. Lo de siempre, sí; mi sueño favorito. Así como hay quien sueña frecuentemente que vuela, o que lo coge un toro, o que se le caen todos los dientes de una vez, o que lo persiguen, o que lo matan, yo rara es la noche que no sueño que me llevo a una monja.

ELENA. ¿Colecciona usted?

CARLOS. Parece que sí.

ELENA. ¿Y era bonita la de esta noche?

CARLOS. Era ideal. Comprenda usted que puesto a robarla, no había de cargar con ningún mamarracho. Era encantadora. Pero al despertarme y verla a usted me ha parecido un coco.

ELENA. ¡Jesús!… Le advierto a usted que yo pierdo mucho con el sol… Me va mejor la luna.

CARLOS. Lo dudo.

ELENA. Pues no lo dude usted un momento.

CARLOS. ¿Quiere usted someterse a la prueba?

ELENA. ¿A qué prueba?

CARLOS. Esperemos aquí juntos charlando hasta que llegue el día, y así me convenceré de la verdad por mis propios ojos.

ELENA. ¿Y si la verdad es que, en efecto, me va mejor la luna?

CARLOS. ¡Apago al sol de un soplo como una vela!

ELENA. *Soltando la carcajada.* ¡Ja, ja, ja!

CARLOS. ¡Oh, qué risa más cristalina y más alegre! ¡Se ha estremecido el bosque al oírla! *Gritando.* ¡Eco!, ¡misterioso eco! ¿Qué haces que no te la llevas en tus alas para alegrar los campos?

ELENA. ¡Ja, ja, ja!

CARLOS. Ríase, ríase más y más, que me refresca el alma… y al mismo tiempo me deja ver su dentadura, que es monísima.

ELENA. Ahí tiene usted: como digo una cosa digo otra: los dientes pierden a la luz de la luna. Ganan con la del sol.

CARLOS. El sol y la luna y las estrellas son los que pierden a su lado de usted, señorita.

ELENA. Señora.

CARLOS. ¡Ah, señora! ¿No es usted soltera?

ELENA. No, señor. Si fuese soltera, ¿cree usted que estarla aquí?

CARLOS. ¿Cómo es eso? Pues qué, ¿las solteras no descarrilan?

ELENA. ¡Sí, señor! Pero no andan con esta libertad. A menos que descarrilen de otro modo.

CARLOS. Eso sí. ¿De manera, mi dulce aparecida, que, por desgracia, todos sus irresistibles encantos tienen dueño?

ELENA. Lo tenían.

CARLOS. ¿Ha aplastado la máquina a su esposo?

ELENA. ¡Jesús, hijo, qué atrocidad! La máquina no ha aplastado a nadie.

CARLOS. Usted dispense.

ELENA. Ni ha sido preciso. Mi esposo, el pobrecito, se murió repentinamente.

CARLOS. ¡Ah, caramba! ¿Hace mucho tiempo?

ELENA. Cuatro años.

CARLOS. Menos mal. No se ponga usted triste. ¿Usted tiene mucho que hacer esta noche?

ELENA. Pero ¡qué cosas dice usted, hombre de Dios! Esperar a que llegue el tren de auxilio. ¿Y usted?

CARLOS. Yo, nada. Verla a usted; oírla a usted; admirarla a usted. Nada más. Siéntese, siéntese junto a mí.

Se sientan los dos en un tronco caído.

ELENA. Con muchísimo gusto. Me encanta el lance. Todo lo extraordinario me atrae, me subyuga. Y este lance lo es.

CARLOS. Aquí todo es extraordinario: mi suerte, su belleza… todo.

ELENA. ¿Es usted poeta?

CARLOS. Como todo enamorado, señora.

ELENA. ¿Está usted enamorado, caballero?

CARLOS. ¿No lo ha advertido usted, Luisa?

ELENA. ¿Luisa?

CARLOS. Qué, ¿no es su nombre Luisa?

ELENA. No, señor, que es Elena.

CARLOS. ¡Oh, Elena, Elena! ¡Precioso nombre! ¿Cómo no adiviné que era Elena?

ELENA. Porque eso es muy difícil, Mateo.

CARLOS. ¿Quién le ha dicho a usted que me llamo Mateo?

ELENA. *Contrariadísima.* Pero ¿se llama usted Mateo?

CARLOS. ¡No, señora! ¡De ninguna manera! Me llamo Carlos. Un nombre vulgar, pero bonito.

ELENA. ¡Carlos, Carlos!…

CARLOS. Si no le gusta, me confirmo inmediatamente. Carlos es mi nombre; mi apellido, Quintana. Resido en Madrid casi todo el año; mi carrera es la de arquitecto, pero no hago más que castillos en el aire; vivo de mis rentas; soy libre como el pájaro, y deseo perder esta libertad en seguida. Si es posible, esta noche.

ELENA. ¿Está usted loco?

CARLOS. Completamente loco, Elena. Me han robado el juicio esos divinos ojos de usted, que ojalá me miraran con amor.

ELENA. ¿Con amor y todo?

CARLOS. Con amor, que es todo. ¿Por qué hemos de creer que el amor necesita de preámbulos, ni de antesalas, ni de paseos por la calle, ni de cartas retóricas, ni de presentaciones ridículas a los papás? El amor, o estalla como un incendio, o no es amor: es una amistad bastardeada e indigna.

ELENA. ¡Ah! pienso como usted, Carlos: lo mismo que usted.

CARLOS. Que me place.

ELENA. Si el amor no es un sentimiento tan fuerte que anula y absorbe a todos los demás, que se enseñorea del corazón y del pensamiento, que es capaz de revolverlo todo, de trastornarlo todo, de crear un mundo y unas leyes sólo para él, sólo para sus horas… si el amor no es eso, vaya noramala el amor.

CARLOS. ¡Justo, justo! ¡Admirable elocuencia!

ELENA. Yo gozo íntimamente cuando leo que un emperador dejó su imperio por el beso de una bailarina, o que un pobre pastor buscó la muerte en un precipicio, porque no tuvo alas para volar hasta el trono de una princesa…

CARLOS. O que dos viajeros descarrilaron una noche, y se hallaron en la soledad del campo, a la orilla de un río, a la luz de la luna, bajo árboles protectores de su dicha, oyendo el beso de las ondas a sus pies, y el beso del aura en el ramaje… y que se miraron, y que se comprendieron, y que él tomó entre las suyas una mano de ella, que tenía cinco hojas, como los jazmines… y que sonó otro beso…

ELENA. No, señor: con el de las ondas y el del aura basta por ahora.

CARLOS. ¿Cómo por ahora? ¡Me deja usted atónito! Pues ¿no acaba usted misma de confesar que el amor, o no es amor, o no se detiene en… *por ahoras*?…

ELENA. *Levantándose.* ¡Ja, ja, ja!

CARLOS. ¡La risa otra vez! Las mujeres, cuando no quieren hablar demasiado, muchas veces ríen. Y su risa es careta del amor.

ELENA. Pero ¿está usted seguro de que es amor lo que yo siento ahora y lo que siente usted?

CARLOS. *Yendo junto a ella.* ¡Seguro! ¡Segurísimo! ¿Qué puede ser si no es amor esa sonrisa con que usted me escucha, este ardimiento con que yo le hablo, esa luz que asoma a sus ojos, este fuego que incendia los míos, ese suave temblor de su seno, esta inquietud que de todo mi ser se apodera, esta viva alegría que va por camino invisible de usted a mí y de mí a usted, creciente como la luz de la mañana?… ¿Qué puede ser todo esto, si no es amor, y amor de ese que le encanta a usted leer en los libros?…

ELENA. Tal vez, Carlos, tal vez… No me atrevo a decir que no… Acaso ahora mismo pasa el amor por este bosque solitario…

CARLOS. Pues no lo dejemos pasar, Elena encantadora. Aprisionémoslo aquí entre nosotros.

ELENA. ¡El amor que pasa!… ¡Qué admirable poesía!… ¿Le gusta a usted Bécquer?

CARLOS. Es mi poeta. ¿Y el… tuyo?

ELENA. El mío también. Habla del amor con un a delicadeza infinita, con una tristeza desesperada, que me hace llorar.

CARLOS. ¡Oh! Preferimos al mismo poeta: señal de que sentimos igual. Los latidos de nuestros corazones marchan a compás de idéntico ritmo. Hemos nacido el uno para el otro. ¡Ay, si viniera un cura en el tren!

ELENA. ¿Para qué, Carlos mío?

CARLOS. ¡Para casarnos mañana al salir el sol, como soñó casarse Don Álvaro el indiano! ¿Qué tienes? ¿Por qué se nubla tu semblante, luz de mis ojos?

ELENA. *Con tristeza.* ¡Ay, Carlos! Has pronunciado la palabra trágica. ¡Casarnos!

CARLOS. ¡Casarnos, sí! ¿Qué mal hay en ello?

ELENA. Cuando te digo que has pronunciado la palabra trágica…

CARLOS. No te comprendo ahora…

ELENA. Entre todas las rimas de nuestro querido poeta, hay una que me ha estremecido mil veces… y me ha hecho pensar mucho.

CARLOS. Dímela. ¿Cuál es?

Vuelven a sentarse.

ELENA.

> *¿Quieres que de ese néctar delicioso*
> *no te amargue la hez?*
> *Pues aspírale, acércale a tus labios*
> *y déjale después.*
>
> *¿Quieres que conservemos una dulce*
> *memoria de este amor?*
> *Pues amémonos hoy mucho, y mañana*
> *digámonos «¡adiós!»*

CARLOS. *Abatidísimo.* ¡Ay! Los poetas, siempre, haciendo la realidad imposible.

ELENA. No. Los poetas, siempre, viendo sólo la poesía de la realidad.

CARLOS. Pero ¿por ventura en este amor nuestro no hay poesía?

ELENA. En este amor, sí; pero echaría a volar en cuanto llamásemos al cura.

CARLOS. ¿No hay poesía en el matrimonio?

ELENA. La poesía con que tú sueñas, no.

CARLOS. ¿No hay poesía en tener un hijo?

ELENA. La más pura de todas. Pero por lo mismo que es la más pura, se quiebra de sutil, y como hija del cielo, el más leve aliento mundano la mata.

CARLOS. Tampoco te comprendo ahora.

ELENA. ¡Ay! pues es muy claro. Considera que se van como un sueño las dulces horas de la luna de miel, y que a esa luna sigue otra menos melosa, y que al fin y al cabo entran las aguas de nuestra vida en su cauce corriente… y llama a nuestras puertas un hijo…

CARLOS. ¡Un hijo tuyo!

ELENA. ¡Y tuyo!

CARLOS. ¡Es natural!

ELENA. Ése de que tú hablabas… Sonrosadito… rubio…

CARLOS. Con los ojos azules…

ELENA. Negros… negros…

CARLOS. Azules… como los tuyos…

ELENA. No… como los tuyos, negros…

CARLOS. Azules…

ELENA. Negros…

CARLOS. Bueno: ¡uno azul y otro negro!… Sigue.

ELENA. Imagina que ese ángel de Murillo nos sale llorón, y tienes tú que pasarte las noches, porque te da lástima de tu mujercita, paseándote en camisa de dormir por la alcoba, con el rorro en los brazos, cantándole la nana.

CARLOS. ¡Oh, qué puerilidad! El amor que le tendré a nuestro hijo lo idealizará todo.

ELENA. ¿Y si no es uno solo el que te doy, sino que tras el primero vienen tres o cuatro, o cinco… o seis… o siete?

CARLOS. ¿Llorones todos?

ELENA. Todos. Cuál más, cuál menos. Es ley de la infancia. Llora porque nace. Los niños son la poesía que cantaba en nuestros corazones, que protesta de verse convertida en realidad… y llora por eso.

CARLOS. Acaso digas una triste verdad… pero recargas los colores del cuadro… Eres cruel, Elena. ¡Mira que siete niños, llorones todos!

ELENA. ¡Y con siete amas!

CARLOS. ¡Amas, no! ¡Prefiero siete cabras o siete biberones!

ELENA. Pues anda… idealiza el biberón, Carlos mío… Te veo metido en la cocina cociendo la leche…

CARLOS. Pero ¿es que yo lo voy a hacer todo en mi casa?

ELENA. Lo harías por tu propia voluntad, infeliz; desconfiarías de toda la servidumbre. Y esto se sabría en el Casino; y los amigos te llamarían padrazo, y calzones…

CARLOS. ¡Horror!

ELENA. Y haciendo traición a tus mejores sentimientos, el recuerdo de tus amigas… de tus amigas… ¿sabes?… empezaría a halagarte como una brisa perfumada…

CARLOS. ¡Ay!

ELENA. Además, yo soy muy celosa.

CARLOS. ¿Sí?

ELENA. Mucho. Sentiría esa brisa de que te hablo y no te dejaría vivir. Te registraría los bolsillos…

CARLOS. ¡Eso no!

ELENA. ¡Eso sí! Te registraría también los papeles de tu despacho, la cartera; te seguiría a todos lados sin que tú me vieses; te daría escándalos; te pondría en ridículo; te lloraría en la alcoba por las noches…

CARLOS. ¿Tú también? ¿No basta con los niños?

ELENA. No basta.

CARLOS. Pero ¿por qué ha de ser así todo eso?

ELENA. Porque así es. Porque la vida está llena de momentos prosaicos, de dolores pequeños, de amarguras ridículas, capaces de acabar con toda la poesía del amor más grande y más puro.

CARLOS. ¡Oh!

ELENA. En cambio, Carlos, si tenemos el valor de separarnos esta noche para no vernos más, eternamente vivirá en tu alma, como aroma ideal, el recuerdo de aquella viajera soñadora, que sorprendió tu sueño una noche para despertarte al amor, y en mí el recuerdo placentero, más placentero por ser triste, de aquel caballero enamorado que soñaba con raptos de monjas, en un bosque poético, a la luz de la luna, arrullado por las ondas de un río… Separémonos, Carlos. Es mucho mejor: separémonos. *Se levanta.*

Silencio. Carlos medita; luego se levanta también.

CARLOS. Separémonos, sí. Pero has de jurarme no olvidar jamás esta noche.

ELENA. Si te lo jurara, puede que la olvidase. Pero no te lo juro, y no la olvido. ¿Y tú, la olvidarás?

Carlos. Nunca. Y siempre que la luna brille en mi cielo tan clara como esta noche brilla, yo la miraré con este amor que tú me has inspirado.

Elena. Pues en su luz encontrarás mis ojos. Adiós, Carlos.

Carlos. Adiós, Elena. ¿Y ahora, me consientes que te bese en la mano?

Elena. Ahora, ¿para qué? Los besos de este amor que nos separa, no suenan. Adiós… caballero del bosque.

Carlos. Adiós… rayo de luna.

Se estrechan las manos y se apartan uno del otro emocionadísimos.

Sale don Facundo precipitadamente por donde se fué.

Don Facundo. Niña, niña.

Elena. ¡Ay, tío, que me ha asustado usted!

Don Facundo. El tren de auxilio está al llegar, ¿sabes? *Reparando en Carlos.* ¿Eh? *Aparte con ella.* ¿Quién es este viajero?

Elena. No lo sé: no lo he visto en mi vida hasta esta noche, y ¡ojalá no vuelva a encontrarlo en mi camino! ¡Lo adoro! *Se va por la derecha, dejando estupefacto a su tío.*

Don Facundo. ¡Cáspita! Mi sobrina se ha vuelto loca. *A Carlos.* Caballero, usted me dispense. ¿Conocía usted a mi sobrina?

Carlos. No, señor. Esta noche ideal la he visto por primera vez en mi vida. ¡Haga el cielo que sea la última que la vea! ¡La idolatro! *Se va por la izquierda.*

Don Facundo, mirando alternativamente a uno y otro lado, se santigua sin palabras.

Elena. *Dentro.*

¿Quieres que conservemos una dulce
memoria de este amor?

Carlos. *Dentro también.*

Pues amémonos hoy mucho, y mañana

digámonos «adiós».

ELENA. ¡Adiós!

CARLOS. ¡Adiós!

DON FACUNDO. ¡Adiós, Madrid! ¿Pasará por algún manicomio el tren de auxilio?

Sigue mirando a uno y otro lado, con un palmo de boca abierta, mientras cae rápidamente el telón.

FIN

Madrid, diciembre, 1907.

LA ESCONDIDA SENDA

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el **TEATRO LARA** el 24 de marzo de 1908

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
María Luz.	Nieves Suárez.
Doña Aniceta.	Balbina Valverde.
Juliana.	Leocadia Alba.
Olimpia.	Mercedes Pardo.
Vicenta.	Rosario Toscano.
Rosita.	Mercedes Latorre.
Emilio.	Ricardo Puga.
Don Laureano.	José Rubio.
Don Manuel.	Ricardo Simó-Raso.
Ricardo.	Ramiro de la Mata.
Acuña.	Salvador Mora.
Benjamín.	Alberto Romea.
El Cartero.	Antonio Suárez.

LA ESCONDIDA SENDA

ACTO PRIMERO

Salita de entrada en la casita de campo de don Laureano Peñaflor, situada en Valle Sereno, al norte de España. Tres puertas de diferentes proporciones: una a cada lado y otra a la derecha del foro. Junto a ésta, y ocupando casi por entero la pared, un gran mirador de cristales. A través de ellos se descubre en parte el jardín de la casita, y a lo lejos se ven las montañas cubiertas de verdura. Pocos muebles, de caña y de mimbre todos ellos. Un perchero. En el mirador, persianas verdes, recogidas. En las paredes, pintadas de un solo color, de tono suave, algunos cuadros de escenas campestres. Es al mediodía.

Doña Aniceta y Juliana colocan sobre una mesita un servicio de café para dos personas.

Doña Aniceta es la suegra del dueño de la casa. Lleva el manejo de ella, en su opinión, de un modo irreprochable. Juliana es la criada de confianza. Se va a casar muy pronto, cosa que no esperaba nunca, y tiene ciertas pretensiones.

DOÑA ANICETA. Ayer, agua de castañas, y hoy, tinta china. ¡Cuándo te quedarás en el justo medio!

JULIANA. Cuando usted me enseñe a hacer café. ¿No ve usted que no lo he hecho nunca?

DOÑA ANICETA. Mal se conoce, si lo has hecho. Avisa a don Manuel y al señor.

JULIANA. ¿En dónde están?

DOÑA ANICETA. En el jardín. ¿O es que quieres que yo les avise? No puedo con las remolonas. ¡Ay! ¡Había que verme a mí a tu edad!

JULIANA. Pues si yo llego a la de usted, puede ser que no gruña tanto.

DOÑA ANICETA. ¿Cómo se entiende?

JULIANA. *Asomándose al jardín por la puerta del foro,* y *llamando.* ¡Señor! Va está el café servido. *Espera a que lleguen y pasen don Laureano y don Manuel.*

DOÑA ANICETA. Vamos a zurcir medias y calcetines. Estos nietos míos tienen un pincho en cada pie. *Se sienta junto al mirador a hacerlo. Coge un calcetín y asoma un dedo por la punta.* ¿Eh, qué tal? ¡Eche usted tarea! Consecuencias del andar por el campo y de las alpargatas.

Salen por la puerta del foro don Laureano y don Manuel.

DON LAUREANO. Pasa, hombre, pasa; déjate de cumplidos.

DON MANUEL. Chico, la costumbre. Dispensa.

JULIANA. Aquí está el servicio completo. *A don Manuel, con mucho agrado.* No le he puesto a usted el azúcar, porque ayer no vi si lo toma dulce o amargo. Lo que sí he procurado es que esté cargadito; como le oí decir que le gusta.

DON MANUEL. Muchas gracias, mujer.

DOÑA ANICETA. Anda, anda a tu obligación y no charles tanto.

JULIANA. ¡Jesús! Hasta luego. *Le hace un mohín a la vieja y un gesto de afabilidad a don Manuel, y se va por la puerta de la derecha.*

DOÑA ANICETA. Si el hablar fuera pecado, al infierno iba ésa.

DON LAUREANO. ¡Je!

Don Manuel y don Laureano se han sentado a tomar su café. Ambos camaradas pasan ya de los cincuenta años. Don Laureano es un hombre bonachón, calmoso; de aspecto saludable. Don Manuel es un infeliz,

nerviosillo e inquieto. El uno viene de camisa floja sombrero de campo y alpargatas; el otro viste con traje corriente de americana y gorra.

DON MANUEL. ¡Ay, doña Aniceta! ¡Qué bien viven ustedes! ¡Qué bien se está aquí! ¡Qué hermoso es esto!

DON LAUREANO. Ya, ya te irás enterando. Aún no has empezado a tomarle el gusto. Si llegaste ayer por la mañana, ¿qué sabes tú dónde has caído? Ya verás, ya verás. Manuel, esto es la gloria.

DON MANUEL.

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido…!

DON LAUREANO.

¡Y sigue la escondida
senda por donde han ido…!

DON MANUEL.

¡Los «muchos» sabios…!

DON LAUREANO. Los pocos sabios, hombre.

DON MANUEL. ¿Son muchos o pocos?

DON LAUREANO. Pocos, pocos. Los sabios son pocos.

DOÑA ANICETA. Y los tontos, muchos.

DON MANUEL.

¡Los pocos sabios que en el mundo han sido!

DON LAUREANO. ¡Qué contento estoy! Me has dado con venir el alegrón más grande de mi vida.

DOÑA ANICETA. Sí es verdad: puede usted creerlo. Soñaba este hombre con tenerlo a usted aquí siquiera quince días.

DON LAUREANO. Como que no es pasión de propietario, Manuel; pero te aseguro que no hay en todo el norte de España, ni lugar como éste de Valle Sereno, ni casita como mi casita, con ser tan modesta.

DON MANUEL. A decir verdad, de todo cuanto yo conozco, y he viajado mucho por estas provincias, nada he visto más pintoresco.

DOÑA ANICETA. Es una bendición de Dios.

DON MANUEL. ¡Dice usted que soñaba su yerno con que yo viniera!… Yo sí que soñaba con este par de meses aquí, en medio del campo; junto a un amigo de toda la vida, probado mil veces, hasta pidiéndole dinero, que es la piedra de toque; lejos de Madrid, aquella Babel, aquella gran charca, capaz de envenenar con su aliento a los hombres más puros.

DON LAUREANO. Mucha mucha verdad.

DOÑA ANICETA. Cuéntemelo usted a mí: allí se me enredó mi marido —Dios lo tenga en su gloria— con una… con una… a quien Dios no tenga en su gloria. Y no por rencor, ¿eh?, sino porque sé que en seguida vuelve a buscar a mi marido.

DON LAUREANO. Mamá suegra, por Dios, ¿celos de ultratumba? Yo no he visto nada más gracioso. Y a ti ¿qué te pasa, que te has quedado de pronto serio como un poste?

DON MANUEL. *Mirando alternativamente al yerno y a la suegra.* ¡Ay! Voy a abrirles a ustedes mi pecho.

DON LAUREANO. Me alarmas, tú. ¿Es que tienes algún pesar?

DON MANUEL. Uno, que me llega muy hondo.

DON LAUREANO. ¿Hola? *Bajo, aparte.* ¿Te la ha pegado la Remedios?

DON MANUEL. *Lo mismo.* ¡No, hombre! ¿Ni cómo iba yo a contar delante de tu suegra…?

DOÑA ANICETA. Le advierto a usted que yo no me asusto de nada.

DON MANUEL. ¿Se ha enterado usted?

DOÑA ANICETA. Sí, señor; tengo un oído muy fino.

DON LAUREANO. Sigue, sigue tú.

DON MANUEL. Laureano: señora: lo que tanto me preocupa es muy serio. Ustedes conocieron ayer a mi sobrino Emilio.

DOÑA ANICETA. Tuvimos ese gusto.

DON MANUEL. Si yo me hubiera casado alguna vez, y hubiera tenido un hijo varón, no lo querría tanto como a él lo quiero. Es hijo de una hermana mía muy desgraciada; vive conmigo desde que era así; yo lo he criado; yo le he dado carrera; yo lo he enseñado a trabajar; yo lo he hecho hombre… Mi bufete será para él cuando yo me canse… Es mi debilidad, mi único cariño, en una palabra.

DON LAUREANO. Y él adora en ti; ya lo he podido ver.

DON MANUEL. Ciertamente: me quiere y me respeta mucho. Pues bien: este muchacho, listo, guapo, de excelentes condiciones morales, con un gran porvenir en la vida, adolece de un defecto gravísimo: el de poner su corazón, que es de lo más sensible que he visto nunca, al alcance de cualquier mujer que lo mire dos veces con los ojos tiernos. Hasta ahora, mal que bien, había escapado con fortuna de las muchas aventuras galantes en que se ha metido; pero ¡ay!, al fin y al postre, como les ocurre a todos estos mariposones volanderos, le han echado la zancadilla, y ha venido a caer en lo más malo: en mitad del barro de la calle.

DON LAUREANO. ¿Pues?

DON MANUEL. ¡Se me ha enamorado neciamente de una mujerzuela!

DON LAUREANO. *Bajo, como antes.* ¿De tu amiga?

DON MANUEL. *Lo mismo.* ¡No seas majadero!

DOÑA ANICETA. ¡Qué cosas preguntas, Laureano!

DON MANUEL. ¿También ha oído usted eso, señora?

DOÑA ANICETA. Yo lo oigo todo; tengo esa desgracia.

DON LAUREANO. Sigue.

DON MANUEL. Esa mujerzuela juega con él: con su corazón y con su bolsillo. Y lo que es más grave todavía: con su dignidad. Le saca cuánto dinero quiere, lo trastorna, no lo deja vivir… ¡y lo engaña! Me consta que lo engaña.

DON LAUREANO. ¡Ave María Purísima!

DOÑA ANICETA. ¡Las hay… las hay!… Yo no sé en qué piensa el gobierno.

DON MANUEL. Lo peor de todo es que él lo sabe, y le falta voluntad para romper con ella. Horrible, horrible. Yo he visto a mi sobrino llorar y decirme que no puede olvidarla. Un espanto. Por eso, querido Laureano, cuando una vez más me ofreciste ahora tu casita del Valle para pasar en ella unos días, con la autoridad que indudablemente ejerzo sobre él, le dije: «Prepara tus cosas, que nos vamos al campo.» «¿Al campo? ¿Mucho tiempo?» «¡El que a mí se me antoje!» Y obedeció como un doctrino. ¡Quiera Dios que esta vida tranquila, esta paz bienhechora, estos aires puros, lo alivien, lo curen, y me lo devuelvan tal cual era!

DON LAUREANO. ¡Oh! Ten la seguridad absoluta. No hay medicina como la naturaleza para todos los males. Ella cura el cuerpo… y el alma. Mira: cuando se murió mi mujer —es otra cosa, vamos; pero, al fin, de un dolor se trata—, yo no hallé consuelo ni reposo más que aquí. Mi pedacito de jardín, mi trozo de huerta, estos aires, estos panoramas… Nada, chico; aquí sólo me sentía bien.

DOÑA ANICETA. Verdaderamente.

DON LAUREANO. Tú lo has de ver: Emilio será otro hombre dentro de ocho días.

DON MANUEL. ¡Ay, Laureano! ¡Dios te oiga! Me anima la esperanza, ¿sabes?, porque si hay algún enamorado del campo, ése soy yo. Ni a ti te cedo el primer puesto.

DON LAUREANO. ¡Je!

DON MANUEL. Y eso que tú bien predicas con el ejemplo el culto que le tienes. ¡Lo menos pasas aquí la mitad del año!

DON LAUREANO. En invierno, voy y vengo a Madrid; pero desde mayo hasta octubre, aquí vivo. Mis hijos, Olimpia y Ricardo, se desesperan. Por eso, así que entra más el verano, los mando a San Sebastián con su tío Gregorio, para que allí se bañen a la moda y se distraigan.

DOÑA ANICETA. Es natural: son jóvenes; les gusta llevar otra vida… Pongámonos en su pellejo.

En la puerta del foro aparece la gentil figura de Vicenta, linda vendedora de pescado. Trae una banasta a la cabeza, y viste pobremente. La falda le

llega al tobillo, y usa media negra y alpargata blanca. Habla el castellano con graciosa dificultad. Las eses en su boca cortan como navajas barberas.

VICENTA. ¿Hay permiso?

DOÑA ANICETA. ¿Quién? ¡Ah! Vicenta. Pasa.

VICENTA. Buenas tardes.

DON LAUREANO. Buenas tardes.

DON MANUEL. *Principiando a ver los encantos de Valle Sereno.* Buenas tardes.

VICENTA. Llamé por la cosina: no respondieron. Dispensen.

DOÑA ANICETA. Siempre estará aquella marmota escribiéndole al novio. *Se levanta.* Ven por aquí.

VICENTA. Con permiso.

DOÑA ANICETA. ¿Qué pescado traes a estas horas?

VICENTA. Corrocones traigo, señorita. Y agujas también traigo.

DOÑA ANICETA. ¿Y sardinas, no?

VICENTA. Sardinas no pescaron, señorita. Mañana pescarán.

DOÑA ANICETA. *A don Manuel.* ¿Le gustan a usted los corrocones?

DON MANUEL. *Atribuyéndole a los corrocones el mismo sabor que a la pescadora*. No sé lo que son corrocones; pero apuesto cualquier cosa a que me van a gustar… los corrocones.

DOÑA ANICETA. Es pescado bastante sabroso.

DON MANUEL. ¡Cuando le digo a usted!…

DOÑA ANICETA. Ven conmigo, Vicenta.

VICENTA. Sí, señorita. Con permiso.

Doña Aniceta se va por la puerta de la derecha y Vicenta la sigue, contoneándose.

DON MANUEL. *Cogiéndose el labio inferior*. ¿De manera que tú te pasas aquí seis meses del año?

DON LAUREANO. ¿Lo dices por la pescadorcita, eh? ¡Tunante!

Por la puerta de la izquierda sale Ricardo del interior, como disparado.

DON MANUEL. ¡Hola, pollo!

RICARDO. ¿No estaba aquí Vicenta?

DON LAUREANO. ¿Qué te parece?

DON MANUEL. Estaba, estaba; pero ya voló a la cocina, señor don Ricardito.

DON LAUREANO. Como que éste no sale de su cuarto en todo el día, leyendo versos y novelas; pero apenas oye una voz de mujer, ya lo tienes aquí.

DON MANUEL. Hombre, eso no debes censurárselo.

RICARDO. Don Manuel, hágase usted cargo de las cosas. Hace ya un mes que estamos en Valle Sereno; y el campo es muy hermoso… ¡muy hermoso!… todo lo que quiera papá, pero se aburre uno como una almeja en estas soledades. ¿Usted cree que es posible vivir sin hablar con una muchacha en tres y cuatro días?

DON MANUEL. Es bastante desagradable, por lo menos.

RICARDO. ¡Para mí es la muerte! Mire usted: yo, en Madrid, compro los pitillos en un estanco donde hay una estanquera muy guapa —ya metidita en carnes, pero muy guapa—; la cerveza, la copa de coñac, el café, todo eso lo tomo en una cervecería servida por camareras, y, naturalmente, me siento en el rincón de la más bonita; me viste un sastre que prueba la ropa junto al taller donde están las oficialas —¡ay, qué oficialas tiene!—; me calza un zapatero, con una hija… —¡ay, qué hija tiene mi zapatero!—; voy al teatro a ver las caras bonitas del escenario y de la sala… En fin, don Manuel, estoy perdido entre hombres solos. ¿Le sorprende a usted ahora que cuando sienta aquí una voz femenina salga de mi cuarto como una flecha?

DON MANUEL. No, señor, no; y hace usted al pelo… Y haces al pelo. —Yo voy a hablarle a éste de tú.

DON LAUREANO. ¡Claro, hombre!

RICARDO. ¡Pues no faltaba más!

DON LAUREANO. Cualquiera que lo oiga, pensará que estamos en un desierto. Se queja de vicio. En la casita de las malvalocas, que tanto te ha gustado, vive una muchacha como unas perlas.

RICARDO. ¡Ah! sí: María Luz Sevilla. Pero no hay manera de hallarla nunca a tiro. Anda siempre del valle al monte; del monte al llano… No se cansa de andar; se mete por los atajos más peligrosos: trepa por las pendientes más difíciles; salta arroyos cubiertos por la maleza… ¡qué sé yo! Imposible seguirla, don Manuel. Además, ¿para qué seguirla? En Madrid tiene un novio con las barbas hasta la cintura.

DON MANUEL. ¡Ja, ja, ja! Ya pareció el defecto grande.

RICARDO. Y descartada ésa, pare usted de contar. Aquí no viene alma viviente lo menos hasta entrado julio…

DON MANUEL. Pues ya poco te queda, hombre. Total, un mes escaso. Ten calma. Estás en el mejor terreno. Mientras te gusten las mujeres así por docenas, en la gloria. El día que te guste una sola, agárrate.

RICARDO. ¿Cómo que me agarre? ¿Adonde?

DON MANUEL. A la barquilla de un globo que no sea cautivo. A ver si caes en alta mar; que te tiene más cuenta.

DON LAUREANO. ¡Je! Aquí vuelve la de los corrocones.

En efecto, sale Vicenta por donde se marchó. El calor de la cocina la ha puesto más guapa.

VICENTA. Hasta mañana, pues.

RICARDO. ¡Adiós, Vicenta!

VICENTA. Hasta mañana, pues, señorito.

RICARDO. Oye.

VICENTA. Mande usté, señorito.

RICARDO. ¿Dónde vas tan de prisa?

VICENTA. De prisa no voy, no. Voy a repartir.

RICARDO. ¿Qué nos has traído: chipirones?

VICENTA. No, señorito; chipirones, no.

RICARDO. ¡Pero, mujer, sabiendo que yo sueño con ellos!

VICENTA. No han pescado, señorito. Ya pescarán. Si no hoy, mañana; este mes, el otro… Ya pescarán, ya.

RICARDO. Me da el corazón que hasta que yo no flete un barquito y me vaya mar adentro a pescar en tu compañía, no vamos a comer chipirones.

VICENTA. Se marearía, pues, el señorito.

RICARDO. ¡No aseguro yo que no me marease, pues!

VICENTA. Bromear, ya bromea, ya.

RICARDO. No es broma, no: en serio te lo digo.

VICENTA. Sí, en serio, sí. Hasta mañana, pues.

RICARDO. Adiós, lucero.

DON MANUEL. Adiós, pimpollo.

DON LAUREANO. Adiós, Vicentita.

Vase Vicenta por la puerta del foro.

RICARDO. *A don Manuel.* ¡Una tontería! Deme usted a mí a elegir entre esa chiquilla y la higuera que le encanta a papá, y ya verá usted qué pronto me voy con la chiquilla y dejo a mi papá en la higuera. ¡Hasta luego!

DON MANUEL. ¡Ja, ja, ja!

Vase Ricardo por la puerta de la izquierda.

DON LAUREANO. *A su amigo, picarescamente.* Los pocos años: el afán de separar las cosas. No sabe él que lo mejor es la chiquilla… y la higuera.

DON MANUEL. Ya lo aprenderá.

DON LAUREANO. *Concibiendo de repente un plan de recreo.* ¡Qué! ¿Nos vamos a ver los conejitos? Los tengo aquí muy cerca; apenas pasaremos sol.

DON MANUEL. ¡Aunque tuviéramos que atravesar el Sahara!

DON LAUREANO. Dices bien: ¡si aquí no hay que hacer otra cosa! Ver cómo pintan los tomates; ver cómo maduran las peras; ver cómo corren los conejos; ver cómo vuelan los palomos…

DON MANUEL. ¡Pues a ello, a ello!

DON LAUREANO. Aguarda. Voy a buscarte el sombrero que te ofrecí. *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

DON MANUEL. ¡Ay, qué delicia de vida! Creo que lo vamos a pasar a pedir de boca. *Mirando hacia el jardín.* ¡Oiga! Allí viene mi señor sobrino,

en guisa de hombre pensativo, además. Todo sea por Dios. Tiempo al tiempo.

Sale Juliana por la puerta de la derecha a recoger el servicio de caté.

JULIANA. ¿Estaba bueno el café, señor?

DON MANUEL. ¡Estaba inmejorable!

JULIANA. ¿Es ése el punto que le agrada? Ya lo sé para todos los días. ¿Y el pescado, cómo lo prefiere? Porque lo puedo guisar con tomate, lo puedo cocer para aliñarlo, lo puedo freír… Como más le guste al señor.

DON MANUEL. A tu iniciativa lo dejo. Yo tengo buen diente.

JULIANA. Gracias por el favor. Ya procuraré que me sople la musa. Servidora de usted. *Se va por donde vino, sonriéndole.*

DON MANUEL. ¡Qué amable es esta fámula! Da gusto.

Llega Emilio por la puerta del foro, con cara de pocos amigos. Viste de americana y sombrero flexible.

DON MANUEL. Hola. ¿De dónde vienes?

EMILIO. *Sentándose con abatimiento.* ¡Qué sé yo! De vagar por ahí, aburrido. ¿Es muy hermoso todo esto, verdad?

DON MANUEL. ¡Pero muy hermoso! No te burles.

EMILIO. Lo que hace es un calor que marea.

DON MANUEL. ¿Que hace calor, dices?

EMILIO. Sudo como un pato. Usted dirá si estamos bajo cero.

DON MANUEL. ¡Válgate Dios, hombre, válgate Dios!

Pausa.

EMILIO. Tío Manuel.

DON MANUEL. ¿Qué hay con tío Manuel? Lo primero que quiere el tío Manuel es no verte mustio.

EMILIO. Pues vámonos esta misma tarde.

DON MANUEL. ¡Jesús, qué desatino!

EMILIO. Desatino, ¿por qué? Desatino es haber venido; y usted perdone.

DON MANUEL. ¡Qué equivocado estás, Emilio!

EMILIO. Sí, sí; a un hombre que lo que necesita es distraerse, olvidar, lo mete usted en un campo solo, para que por fuerza haya de pensar en su desventura.

DON MANUEL. Te diré, te diré… Aquí también hay distracciones… Lo que tiene, que hemos llegado ayer. Aún no hemos tomado la tierra. Eres impaciente; impresionable. Te imaginas a lo mejor que toda la vida está en un día, en una hora. Calma, hombre, calma.

EMILIO. Mucha voy a necesitar si se obstina usted en que nos quedemos.

DON MANUEL. ¡Ni que te hubiera encerrado en una cárcel!

EMILIO. Para mí, tanto monta. Yo no sé apreciar, no siento como usted lo que se llama la poesía de estos campos. No me interesan; no me atraen. Lo mismo se me dan llanos que montañas, manzanos que ciruelos, que salga el sol o que se ponga. Además, su amigo de usted, el amo de la casa, es pesadísimo.

DON MANUEL. ¿Quieres callar?

EMILIO. Bajaré la voz; pesadísimo. Cree que sus conejos son un prodigio de la naturaleza y que su higuera es un monumento nacional. ¡Pesadísimo! —no quito una sílaba.

DON MANUEL. Te repito que calles.

EMILIO. ¿Y la niña? ¡Ay, qué niña de mis pecados! ¡No me deja ni a sol ni a sombra, contándome siempre majaderías y chiquilladas de colegio!

DON MANUEL. ¡Bah, bah! estás empecatado. Te saqué del cieno en que te revolvías, y la misma contrariedad que experimentas te lleva a desbarrar así. Pero, óyelo bien: seguiremos aquí junio y julio, y si nos vamos a otra parte, no será ciertamente a Madrid. A menos que por perder todas tus buenas cualidades, hayas perdido ya también la obediencia y el cariño a tu tío.

EMILIO. Eso, ya he probado que no, con sólo estar aquí como estoy. Pero no sea usted conmigo demasiado cruel: no apriete usted mucho los tornillos… que temo hacer una locura, aunque luego me pese. Bien sabe usted el dolor porque estoy pasando. Hay en mi alma desencanto y vergüenza… pero hay pasión por encima de todo.

DON MANUEL. ¡Pasión!…

EMILIO. Pasión, sí. ¿Cómo se ha de llamar a esto, que despierto y dormido no me deja un pensamiento libre? ¡Ay, tío! No emprendo por estos campos un camino que no se me antoje que pueda ser vereda que me lleve a su lado.

DON MANUEL. ¿Para ver cómo te engaña otra vez?

EMILIO. Para estar allí. Para verla.

DON MANUEL. Bien, Emilio, bien. Por este camino sí que no hemos de seguir tú ni yo. Si necesitas hablar con alguien de esa mujer, habla con los árboles y con las fuentes: conmigo, no. Y doblemos la hoja.

EMILIO. Sea como usted quiera. No hablemos más.

Vuelve don Laureano con un sombrero de campo para su amigo.

DON LAUREANO. Oye, Manuel: ¿tú no has visto nunca un conejo enamorando a una coneja?

DON MANUEL. Nunca.

DON LAUREANO. Pues te vas a reír. Toma este pavero. ¿Qué hay, Emilio? ¿Qué dices? —porque yo voy también a apearle el tratamiento a éste.

DON MANUEL. ¡Es natural!

DON LAUREANO. ¿Qué hay?

EMILIO. Nada: he dado por ahí una vuelta…

DON MANUEL. ¿No me está esto un poquillo grande, tú?

DON LAUREANO. ¡No, hombre! ¿Vas a presumir en el campo?

DON MANUEL. Eso, sí.

Suena la bocina de una bicicleta, que se acerca a la casa a más andar.

DON LAUREANO. ¡Adiós! ¡Ahí viene Acuña!

DON MANUEL. ¿Quién?

DON LAUREANO. Acuña: aquel pelmazo que pasó ayer aquí la tarde.

DON MANUEL. ¡Ah, ya! ¿Qué casta de pájaro es?

DON LAUREANO. Ni él mismo te sabría contestar. Es un ser anónimo. Yo lo que sé es que tiene casa en el pueblo y se ha creído que vive en la mía. Por más que en todas las del contorno se quejan de lo mismo.

DON MANUEL. ¡Ja, ja, ja! A mí esos tipos me divierten mucho.

DON LAUREANO. Y a mí también. Pero vámonos por el corralillo.

DON MANUEL. Vamos por donde digas.

DON LAUREANO. Emilio, ¿no nos acompañas?

EMILIO. ¿A ver enamorarse los conejos? No, señor. Estoy algo cansado.

DON LAUREANO. Como usted… como tú quieras. Ésa es otra de las ventajas de esta vida. ¡Libertad individual! Anda, Manolo.

DON MANUEL. Vamos.

Éntranse los dos por la puerta de la derecha.

EMILIO. *Resignándose.* Pues, señor, con menos motivo hay algunos santos en el cielo. *Coge un libro de sobre la mesilla y lee en él distraído.* «Alimentación económica del conejo. Cuidados que deben prodigarse a la coneja durante su embarazo…» ¡Vamos, hombre! *Tira el libro, coge otro y lee en la cubierta.* «Para el campo. Versos escogidos.» *Deteniéndose en una de las páginas, al azar.*

Cerca del Tajo, en soledad amena,
de verdes sauces hay una espesura,
toda de hiedra revestida y llena…

Sale por la puerta del foro el Cartero. Es un muchacho del país vestido pobremente. Usa boina. Sujeta al hombro por una correa trae una cartera muy vieja y abultada, y algunas postales y cartas en la mano. Habla por el estilo de Vicenta.

CARTERO. Buenas tardes.

EMILIO. Buenas tardes.

CARTERO. El correo, señorito.

EMILIO. *Levantándose con interés.* ¡Hombre, el correo!

CARTERO. *Separando cartas y tarjetas, que deja sobre la mesita.* Una, dos, tres, cuatro… ¿Don Manuel Mendosa, es aquí también?

Emilio. Aquí es.

Cartero. Son seis, entonses.

Emilio. ¿No trae nada para don Emilio Medina?

Cartero. Nada, señorito. Son seis. Hasta mañana.

Emilio. Oiga.

Cartero. Mande, señorito.

Emilio. Don Emilio Medina soy yo. Carta o tarjeta que llegue a nombre mío, no se la dé usted a nadie más que a mí. ¿El reparto es a estas horas todos los días?

Cartero. Sí, señorito.

Emilio. Pues yo andaré al cuidado.

Cartero. Bien, señorito.

Emilio. Vaya usted con Dios.

Cartero. Hasta mañana, señorito. *Marchase por donde salió, no sin saludar a Acuña, que llega.* Páselo bien, señor Acuña.

Acuña. ¡Adiós, *Chirimiri!* ¡Que me debes una botella de sidra!

Emilio. (Éste aquí, por si faltaba algo. Pues no tengo humor de palique.) *Vuelve a sentarse y a leer.*

Acuña viene en traje de ciclista un poco adán. Se cuela de rondón y deja la bicicleta a un lado.

Acuña. ¡Hola, hola! ¿Nos aburrimos?

Emilio. ¿Quién? ¡Ah! Buenas tardes, señor Acuña.

Acuña. ¿Cómo señor Acuña? ¡No me mate usted, hombre! ¿Va usted a andar en el campo con señor Acuña? ¡Acuña a secas, y está bien! ¿Qué leemos?

Emilio. Cualquier cosa, por distraerme.

Acuña. No tiene usted la culpa, sino quien se trae libros a pleno campo. Suelte usted ese libro, hombre de Dios. Los libros están buenos allá en las bibliotecas. Al campo se viene a otra cosa: a pisar verde, a respirar verde… y a comer verde, si me apura usted mucho. ¡Ja, ja, ja! ¿Y Ricardillo? *Emilio sigue leyendo sin hacerle caso.* ¿Y Ricardillo? ¡Caramba, qué interesante es

eso! *Convencido de que Emilio no lo atiende poco ni mucho, se fija en la correspondencia.* ¡Hombre, postalitas! A mí me gusta esta moda de las postales porque, sin faltar a la educación, se entera uno de lo que no le importa. Que es una ventaja. *Leyendo en una postal que ha cogido.* «María». ¿María, María?… ¿Quién será esta María? «Amiga Olimpia». Es una amiga de Olimpia. «Eres una ingratona». ¡Je! Las mujeres siempre quejándose. «Probablemente veranearemos en Robledales, como el año pasado». ¡Ah! Ya sé quién es. «Te prometo pasar contigo muchas horas, sobre todo si os deja este año en paz el cataplasma de Acuña».

EMILIO. ¡Es una ventaja de las postales!

ACUÑA. ¡Sí, señor! ¿Usted cree que yo me pico por esto? En Madrid, tal vez; pero aquí en el campo todo se tolera buenamente. Sin contar con que medio mundo ha dado en llamarme cataplasma.

EMILIO. ¿En el campo?

ACUÑA. ¡Y en Madrid! Voy a ver si está Ricardillo.

EMILIO. ¿Para que se lo llame a usted también?

ACUÑA. ¡Es posible, es posible!… ¡Así quiero que me trate usted en el campo! *Vase por la puerta de la izquierda, dando voces.* ¡Ricardo! ¡Ricardillo!

EMILIO. ¡Delicioso retiro es éste a que me ha traído mi señor tío! Hay cariños que matan. *Mirando hacia la puerta de la derecha y levantándose.* ¡Bueno va! La niña de la casa ahora.

Sale Olimpia, en efecto Es una muchacha muy mona, como de quince años, que no le puede molestar a nadie más que a Emilio, por el humor que tiene.

OLIMPIA. ¿Otra vez solo? Pero ¡que siempre ha de estar usted solo!

EMILIO. ¡Pche!

OLIMPIA. Pues usted hablaba con alguien.

EMILIO. Con Acuña.

OLIMPIA. Ahí tiene usted: más vale estar solo… *Reparando en las cartas.* ¿Ha venido el correo?

EMILIO. Hace poco llegó.

OLIMPIA. ¿Ha recibido usted alguna noticia interesante?

EMILIO. Ninguna. Nadie se ha acordado de mí.

OLIMPIA. No es tiempo todavía. En cambio, mire usted yo: cuatro postales tengo. De mis amigas de Madrid. Me escribo con todas. ¿Qué va una a hacer en esta soledad si no les escribe a las amigas? Aburrirse. Para su tío de usted hay dos cartas.

EMILIO. Ya lo sé, ya.

OLIMPIA. Han venido siguiéndole los pasos. ¿Y para usted, ninguna?

EMILIO. Ya le he dicho a usted que ninguna.

OLIMPIA. *Mirándolo maliciosamente.* ¡Je! Con permiso.

EMILIO. Usted lo tiene.

OLIMPIA. *Leyendo y comentando las postales.* ¡Hombre, me alegro! Mariquita Pérez se ha arreglado, por fin, con su primo. No hacen buena pareja.

EMILIO. Y ¿por eso se alegra usted?

OLIMPIA. No, señor; me alegro porque ella está enamoradísima. Pero usted calcule: Mariquita no levanta una vara del suelo, y él es tan largo, que tiene que dormir en tres dobleces… ¿Por qué será que a los altos les gustan las chicas, y a los chicos las altas, y a las gordas los flacos, y a los flacos las gordas? ¿Por qué será?

EMILIO. La verdad es que no he pensado sobre el asunto.

OLIMPIA. ¡Demonio! Esto sí que lo esperaba yo. Emilia Ruiz…

EMILIO. ¿Se ha arreglado con otro pollito?

OLIMPIA. Al revés: se ha desarreglado con el que tenía. Estaba visto, ¿eh? No congeniaban. Ella es muy flemática, y él es muy nervioso… ¡Imagine usted! ¿Por qué les gustarán a los nerviosos las flemáticas, y a las calmosas los fuguillas?

EMILIO. Tampoco he meditado sobre el particular. ¿Y usted, no se arregla con nadie?

OLIMPIA. Precisamente esta otra postal es de Juanito Alfaro: un chico que bebe los vientos por mí. Y un gran partido. Mi abuela dice que es para

aceptarlo con los ojos cerrados.

EMILIO. Y ¿dice bien la abuela?

OLIMPIA. Sí, señor; porque con los ojos abiertos no hay quien cargue con él.

EMILIO. ¿Es feo, quizás?

OLIMPIA. Horrible. El labio inferior es una almohadilla de viaje. Pero si no es ése, será otro. En buena hora lo diga, tengo mucho partido. Y sin amores no se puede vivir. ¿Verdad?

EMILIO. Verdad.

Preséntase María Luz en la puerta del foro. Viste traje sencillo, sombrero de campo y alpargatas. Trae una sombrilla. Sus ademanes son resueltos y vivos; su charla, ardiente y espontánea; su cuerpo, gracioso y gentil; su cara, puesta en el compromiso de no echar a perder todo esto, lo salva a maravilla.

MARÍA LUZ. Aquí estoy yo.

OLIMPIA. *Levantándose a recibirla.* ¡María Luz! ¿Tú sola?

MARÍA LUZ. Yo sola. Por ti vengo. *Advirtiendo la presencia de Emilio.* Digo, si es posible. Buenas tardes.

EMILIO. Buenas tardes.

OLIMPIA. Los presentaré a ustedes.

MARÍA LUZ. No hace falta: este señor y yo nos conocemos.

EMILIO. ¿Que nos conocemos? Pudiera ser; pero yo creo que hasta ahora no he tenido el gusto…

MARÍA LUZ. Es usted muy desmemoriado, y usted dispense la franqueza. ¿No recuerda usted… en la boda de María Galán…?

EMILIO. *Sin caer.* ¡Ah!… sí… sí…

MARÍA LUZ. Pone usted una cara diciendo que sí, que se ve a la legua que no. En el momento en que nos presentaron estaba yo con Charito Miranda, y llegó usted y me ofreció un sorbete.

EMILIO. ¡Ahora sí que recuerdo!… Es cierto, es cierto… Perdóneme usted: había olvidado…

MARÍA LUZ. Yo no, como usted ve.

EMILIO. *Un tanto engreído.* ¿Usted no?

MARÍA LUZ. No, señor; porque me hizo daño el sorbete.

Se ríen los tres. Ricardo, al sentir la voz de María Luz, vuelve a salir lo mismo que antes.

RICARDO. ¡Vecina de mi alma!

MARÍA LUZ. *Remedándolo.* ¡Vecino de mi corazón! ¡Vengan esos cinco!

RICARDO. ¡Como si quiere usted los diez!

MARÍA LUZ. Con cinco bien apretados, basta y sobra.

RICARDO. ¿Qué es eso? ¿Viene usted señalada?

MARÍA LUZ. ¿Señalada?

RICARDO. ¿Quién le ha arañado a usted en esa nariz indescriptible?

MARÍA LUZ. ¡Qué guasón! Una zarzamora. Pero no le guardo rencor ninguno.

OLIMPIA. Bueno, y ¿a qué debemos el honor de que hayas venido? ¿Mando repicar?

MARÍA LUZ. No; no mandes. He venido porque tengo muchas ganas de andar un rato y no encuentro con quién. Rosita, mi doncella, que es mi compañera de expediciones, como sabes, ha bajado al pueblo por azúcar. Para mí, a ver al novio. Bueno; por azúcar. Con mi tía no es posible contar, ni para ir a los maizales de frente a casa. Mi tío está durmiendo la siesta desde las dos, y es hombre que lleva a los Tribunales al que lo despierte. Total: que como no me acompañen ustedes, me quedo sin paseo.

RICARDO. ¡En seguida vamos a consentir semejante infamia!

MARÍA LUZ. ¡Infamia! Muy bien dicho. No esperaba yo menos de usted. Ande por su sombrero. Y tú, por de contado, Olimpia: con Ricardo solo no voy.

OLIMPIA. ¿Y usted, Emilio, no quiere ser de la partida?

MARÍA LUZ. Sí querrá; ¿por qué no?

EMILIO. Con franqueza… hoy prefiero quedarme.

OLIMPIA. ¿Prefiere quedarse?

EMILIO. Agradezco mucho la invitación, pero estoy cansadísimo. Le ruego a usted que no tome a desaire que no vaya.

MARÍA LUZ. Cállese usted, criatura. ¿Quién habla de desaires aquí? Aquí se vive a la pata la llana, como dice Acuña, que mete la suya en todas partes.

RICARDO. ¡A propósito de cañonazos!

MARÍA LUZ. ¿Qué ocurre?

RICARDO. ¡Que está en mi habitación!

MARÍA LUZ. ¿Quién?

RICARDO. ¡Acuña: ese de a la pata la llana!

MARÍA LUZ. ¡Ánimas benditas! ¡Que no se nos pegue, por Dios vivo!

RICARDO. Eso es lo que me temo. Pero ya procuraré sacudirme la mosca. Vámonos a escape.

MARÍA LUZ. Olimpia, date prisa.

OLIMPIA. Ya estoy aquí.

Ricardo se va por la puerta de la izquierda y Olimpia por la de la derecha.

EMILIO. Por lo visto, el tal señor Acuña es temible.

MARÍA LUZ. ¡Temible! ¿No lo conoce usted?

EMILIO. Sí, señora.

MARÍA LUZ. Entonces, ¿cómo lo pregunta?

EMILIO. ¡Ja, ja, ja!

Pausa. María Luz espera inútilmente a que Emilio hable, y al cabo rompe ella.

MARÍA LUZ. Usted llegó ayer, ¿es verdad?

EMILIO. Ayer por la mañana.

MARÍA LUZ. ¿Había usted venido alguna vez a Valle Sereno?

EMILIO. Nunca.

MARÍA LUZ. ¿Cómo todavía? Pues ¿hay más que llegar, y desde el pueblo aquí venir todo el camino con la boca abierta? ¿O es que venía usted dormido en el coche?

EMILIO. No tal: que venía bien despierto.

MARÍA LUZ. Pues entonces no me lo explico.

EMILIO. ¿Es usted muy entusiasta de estos campos?

MARÍA LUZ. Mucho: muchísimo. ¡Con decirle a usted que paso aquí gran parte del año y tengo en Madrid a mis padres, y a mis hermanas, y a mis amigas… y a mi novio!…

EMILIO. Sí que es entusiasmo y afición.

MARÍA LUZ. Como que a mí se me figura que ya soy… no sé cómo decirlo… una cosa más de Valle Sereno. Algunas veces creo que voy a echar raíces en la tierra y que voy a acabar por dar flores… o por dar fruto.

EMILIO. Sería cosa de ver.

MARÍA LUZ. ¿Ha visitado usted la Ermita?

EMILIO. No.

MARÍA LUZ. A la Ermita pienso llevar a ésos. He descubierto un atajo para subir allá, que es sorprendente.

EMILIO. ¿Sí?

MARÍA LUZ. Se va en diez minutos, y por la carretera hay cerca de una hora de camino. Pero no es lo bueno lo que se acorta, sino lo pintoresco y accidentado de cada palmo de terreno. Hay que saltar dos o tres regatos; hay que trepar por unos escalones muy pinos, llenos de zarzamora; hay que pasar por una gruta obscura como boca de lobo, que despide un olor penetrante, extraño, no se sabe a qué, pero a algo muy rico; y se llega a un sitio, poco después, en que para abrirse camino es menester ir separando las madreselvas con las manos.

EMILIO. Bonito será. Ya lo veré algún día.

MARÍA LUZ. ¿Y la cañada grande, no la ha visto aún?

EMILIO. Aún no.

MARÍA LUZ. ¿Y al pueblo, no ha bajado?

EMILIO. Tampoco.

MARÍA LUZ. ¿De manera que no ha visto el mar?

EMILIO. No, señora. ¡Si llegué ayer!…

MARÍA LUZ. ¿Ni siquiera ha ido usted a lo que llamamos la Floresta, a dos pasos de aquí, salvando el arroyo?

EMILIO. No sé, no sé… Puede que haya ido, pero no sé.

MARÍA LUZ. No ha ido usted, de seguro. Es inconfundible. Sólo el olor de las magnolias le mantendría el recuerdo. Tantas hay, que puede usted coger hasta que se le canse el brazo. Yo, cuando voy allá, siempre vuelvo a mi casa con una carga de ellas.

EMILIO. Pues, efectivamente, por las señas no he ido. Como llegué ayer…

MARÍA LUZ. ¡Caramba! es que parece que no ha llegado usted todavía. O no se ha movido usted de casa, o ha salido de ella con los ojos cerrados.

EMILIO. Ni una cosa ni otra. He salido poco… y eso poco, de mala gana. Y ya que es usted tan ingenua conmigo, le confesaré, aun a trueque de que me considere un alma de cántaro, que nunca ha sido espectáculo de mi predilección éste de la madre naturaleza. No entiendo, no percibo, no llega a mí ese lenguaje sin palabras de las altas cumbres, de los valles hondos, de los bosques espesos y de las fuentes cristalinas. Reconozco toda la vulgaridad de mi alma, pero ni lo entiendo ni me interesa. No me da más que sueño.

MARÍA LUZ. ¡Vaya por Dios! ¡Qué desgracia más grande!

EMILIO. ¿Tanto como desgracia? ¿Por qué?

MARÍA LUZ. Porque si está usted mucho tiempo en Valle Sereno, va usted a acabar por ahorcarse de un castaño de Indias.

EMILIO. No me dará tan fuerte. Aparte de que ya he comenzado a ver en Valle Sereno verdaderos y positivos encantos.

MARÍA LUZ. *A Olimpia, que sale por donde se fué, con sombrilla y sombrero de campo*. Olimpia, este señor me está hablando de ti.

OLIMPIA. ¿De mí? ¿Bien o mal?

EMILIO. Siempre bien; pero ahora hablábamos de otra cosa.

RICARDO. *Saliendo aprisa, ya dispuesto a marchar*. Le he dado una botella de cerveza y se la va a beber entera. Vámonos, antes que la acabe y nos coja.

MARÍA LUZ. Vámonos, sí. *A Emilio*. ¿No se anima usted?

EMILIO. No. Mil gracias. Otro día prometo acompañarlos.

MARÍA LUZ. Usted se lo pierde.

EMILIO. Es verdad.

MARÍA LUZ. Pues en marcha.

OLIMPIA. En marcha.

RICARDO. Hasta luego.

EMILIO. Hasta luego.

OLIMPIA. *Ya en la puerta del foro, señalando hacia la derecha*. ¿Por aquí?

MARÍA LUZ. *Señalando hacia la izquierda*. No; por aquí. Echaremos por la vereda de los chopos. *A Emilio, antes de irse*. Oiga usted, Emilio; una precaución.

EMILIO. Usted dirá.

MARÍA LUZ. Si Acuña le pregunta a usted si sabe de nosotros, contéstele que hemos ido al Castillo Viejo.

EMILIO. ¿Al Castillo Viejo?

MARÍA LUZ. Sí, señor; está a cuatro leguas de la Ermita, que es adonde vamos.

Sueltan todos la risa, y se van Ricardo y las muchachas, animadamente.

EMILIO. *Suspirando y sentándose muy abatido*. ¡Ay!…

Sale Juliana por la puerta de la derecha, de mantón. Al ver a Emilio se detiene.

JULIANA. A propósito, señorito; me alegro de encontrarlo a usted. Voy al pueblo; ¿tiene usted algo que encargarme?

EMILIO. No, nada; muchas gracias.

JULIANA. Mándeme con libertad, señorito. Tabaco, sellos, lacre, cerillas… Lo que se le apetezca.

EMILIO. Si es que no necesito nada…

JULIANA. Un periódico de Madrid…

EMILIO. No.

JULIANA. Una baraja para hacer solitarios…

EMILIO. No, señora, no.

JULIANA. Lo que usted guste. Una servidora va por papel secante. Y usted dirá: ¿para qué necesita la cocinera papel secante? Pues es porque le escribo a mi novio todos los días, y si seco las cartas al fogón, se abarquillan todas y se ponen de un color que no le gusta a Paco. Y una ¿a qué está? A darle gusto a Paco. También voy por papel rayado, porque las falsillas me bailan mucho. Y en papel liso no sé escribir, ¿comprende el señorito? Me salen todos los renglones cuesta arriba, y Paco tiene que leerlos guiñando un ojo, porque, si no, dice que se marea. Y usted dirá: ¿a qué me cuenta a mí esta mujer todo esto?

EMILIO. Yo no digo nada absolutamente.

JULIANA. En el campo hay que hablar de todo, aunque sean tonterías. ¡Ea!, quédese usted con Dios, señorito. ¿Sabe usted que en el pueblo hay billar?

EMILIO. No lo sabía.

JULIANA. Se lo advierto por si alguna vez está usted aburrido y quiere distraerse. Como lo veo tan mustio… Buenas tardes.

Vase por la puerta del foro.

EMILIO. Adiós.

Sale Acuña por la de la izquierda.

ACUÑA. ¿Adónde va ésa?

EMILIO. ¿Quién?

ACUÑA. Ésa.

EMILIO. ¡Qué sé yo!

ACUÑA. ¿Y Ricardillo?

Emilio. Con su hermana y con otra muchacha salió a dar un paseo.

Acuña. ¿Sin avisarme?

Emilio. ¡Claro!

Acuña. ¿Cómo claro?

Emilio. ¿Le han avisado a usted? No. ¡Pues está bien claro que no le han avisado!

Acuña. Y ¿adónde han ido, usted no sabe?

Emilio. Dijeron que al Castillo Viejo.

Acuña. ¿Al Castillo Viejo? Sí, sí… ¡Pero esa gente cree que yo acabo de llegar de las Batuecas!

Emilio. Eso dijeron, señor Acuña.

Acuña. Lo dirían para que usted me lo dijese a mí. ¡Si no lo dudo! ¿No ve usted que no es la primera vez que me he visto solo con mi bicicleta en el Castillo Viejo? Pero ¡anda! que los voy a perseguir como ratones. Por malos amigos. Ahora mismo me planto en un vuelo en el Cerrillo de la Cruz. Desde allí se domina todo el contorno: aunque vayan arrastrándose como las lagartijas, los veo. Y en cuanto los vea, ¡zas!, tomo la recta y no hay escape. ¡Qué empeño tienen en que no meriende con ellos! ¡Abur! *Echa mano a la bicicleta y se va escapado por la puerta del foro. La bocina suena varias veces, alejándose.*

Emilio. ¿Hubiera escrito Fray Luis de León *La vida del campo* si llega a conocer a este hombre?

Doña Aniceta sale por la puerta de la derecha con unas tijeras de jardín.

Doña Aniceta. ¿Cómo es esto? ¿Usted aquí, Emilio? Creí que se habría usted marchado con los chicos a dar un paseo.

Emilio. No…

Doña Aniceta. Mire usted que aquí, como no se salga y se entre, no hay diversión ninguna.

Emilio. Ya, ya…

Doña Aniceta. ¿Está usted malo?

Emilio. No, señora; cansado, nada más.

Doña Aniceta. ¿Quiere usted asomarse al jardín?

Emilio. Ahora iré.

Doña Aniceta. Yo voy a podar una enredadera… La faena no es cosa mayor; pero, en fin…

Emilio. Ahora iré.

Doña Aniceta. Por mí no se violente… ¿Ha visto usted las malvalocas del corral?

Emilio. No.

Doña Aniceta. ¿Quiere usted verlas?

Emilio. Luego.

Doña Aniceta. ¿Por qué no sube usted un rato al mirador alto? Desde él se divisa hasta un pedacito del mar.

Emilio. Ya subí esta mañana.

Doña Aniceta. Pues aquí fuera estoy. Cualquier cosa que se le ocurra…

Emilio. Muchas gracias.

Doña Aniceta. Se lo digo porque nos han dejado solos.

Emilio. Sí, señora, sí.

Doña Aniceta. Hasta luego. *Se va al jardín, mirando compasivamente a Emilio.*

Emilio. Hasta luego. *Pausa.* ¡Ay, Valle Sereno, Valle Sereno… lugar apacible y tranquilo, paraíso encantado para todos los que en ti viven… yo te cambiaría ahora mismo por un calabozo… donde estuviera una mujer!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

Doña Aniceta y Olimpia están sentadas. Don Laureano está asomado a la puerta del foro, aspirando el aire fresco de la tarde.

DON LAUREANO. ¡Ah!… ¡Qué hermosura! ¡Qué aire más rico! ¡Ah!… ¡Ah!…

OLIMPIA. Papá, que parece que te han recetado inhalaciones.

DON LAUREANO. Éstas me las receto yo. Y así me va: que no me parte un rayo. ¡Ah!… ¡Si es una bendición del cielo! ¿Hay una cosa como aspirar el aire después de la lluvia? ¡Ah!… ¡Ah!…

DOÑA ANICETA. Y que ha llovido, si Dios tenía qué… ¡Jesús! Se desplomaba el cielo.

OLIMPIA. Falta hacía; que el calorcito iba apretando ya.

DOÑA ANICETA. El agua sí hacía falta, pero no los relámpagos y los truenos. ¡Ave María, qué modo de asustarla a una! El Señor nos coja confesados.

DON LAUREANO. A tiempo está usted de prepararse; porque ésta repetirá mañana a la misma hora.

DOÑA ANICETA. ¡Vaya una diversión!

DON LAUREANO.

Y entre las nubes mueve
su carro Dios, ligero y reluciente;

horrible son conmueve,
relumbra fuego ardiente,
treme la tierra, humíllase la gente…

OLIMPIA. Papá, ¿te has dedicado a cómico?

DON LAUREANO. Lo que estoy es contento: muy contento. ¿Y Manuel? ¿Dónde se ha metido Manuel?

DOÑA ANICETA. Hombre, deja en paz a Manuel.

OLIMPIA. En el cenador del jardín creo que lo he visto.

DON LAUREANO. ¡Ah, granuja! ¡Me huye!

OLIMPIA. ¡Pues claro, papá: si lo traes de cabeza!

DON LAUREANO. ¿De cabeza?

DOÑA ANICETA. Va a acabar por aborrecerte. Un mes hace que vino de Madrid, y yo creo que no se habrá visto solo un instante. Cuando no te lo llevas al conejar, te lo llevas al gallinero; cuando no, a ver cómo maduran los higos. ¿Tú crees que a todo el mundo le interesan esas cosas lo mismo que a ti?

DON LAUREANO. A todo el mundo, no; pero a Manuel, soy capaz de jurarlo. Ya se conoce que no lo ha visto usted, como yo, embobado ante los conejos, y ante las gallinas, y ante los palomos. Sobre todo, ante los conejos: se extasía mirándolos. Ha llegado a quererlos como si fueran nietos suyos. ¡Si muchos van ya a comer a su misma mano!

DOÑA ANICETA. Con todo, hombre, con todo; déjalo en libertad alguna vez…

Llega por la puerta del foro Rosita, la doncella de María Luz.

ROSITA. ¿Se puede pasar?

DOÑA ANICETA. Pasa, mujer, pasa.

ROSITA. ¿Cómo están ustedes?

DON LAUREANO. Bien, ¿y tú?

ROSITA. Bien, muchas gracias; para servirles.

DOÑA ANICETA. ¿Qué te trae?

ROSITA. La señorita María Luz me manda a preguntarles a los señores si prepara la merienda, o si se deja la excursión en vista de la lluvia.

DOÑA ANICETA. ¡Pues claro que se deja!

ROSITA. ¡Ay! pues lo va a sentir; porque a ella la veía yo muy decidida.

DOÑA ANICETA. Como que le falta un tornillo. Dile que he dicho yo que le falta un tornillo. ¡Después de la tormenta que ha descargado, buenos se habrán puesto los caminos para andar por ahí!

ROSITA. Yo se lo diré.

OLIMPIA. Y dile, de mi parte, que se venga a pasar la tarde conmigo.

DOÑA ANICETA. Eso, sí; como vivimos cerca y ella a nada le teme, que venga, si gusta. Mi nieta no se mueve de aquí.

ROSITA. Perfectamente. De esto, la que sale ganando soy yo; porque necesito bajar al pueblo a comprar unas cosas…

OLIMPIA. Ya, ya.

Sale Ricardo por la puerta de la izquierda, al olor, como de costumbre.

RICARDO. Dios te guarde, Rosita.

ROSITA. Buenas tardes, señorito Ricardo.

DON LAUREANO. ¡Je! Espantárame a mí que tú no salieras…

ROSITA. ¿Cómo sigue usted?

RICARDO. Bien, ¿y tú, simpática?

ROSITA. Bien; para servirle.

RICARDO. ¿Estás aquí hace mucho tiempo?

ROSITA. Acabo de llegar.

RICARDO. Ya decía yo que mi oído no me habría engañado. En el buen oído salgo a mi abuela.

DOÑA ANICETA. Nada más que en el buen oído, ¡granuja!

RICARDO. Oye: ¿por qué te has puesto hoy a la derecha ese lunar que tenías a la izquierda?

ROSITA. *Entre agradecida* y *ruborosa.* ¡El señorito!…

RICARDO. ¿Cuándo lo rifas?

ROSITA. ¡El señorito!

DOÑA ANICETA. Mira, no la entretengas, que tiene que ir al pueblo por no sé qué.

OLIMPIA. Por azúcar, ¿verdad?

ROSITA. ¡La señorita!… Vaya, hasta luego o hasta mañana.

OLIMPIA. ¡Que no deje de venir tu señorita!

RICARDO. ¡Adiós, mujer! ¡Y cuidadito con el azúcar del pueblo!

ROSITA. ¡El señorito!… *Se marcha.*

DON LAUREANO. Es simpática esa muchacha.

RICARDO. Y muy lista.

OLIMPIA. ¡Pues tiene un novio de lo más bruto!… Me da compasión de ella. ¿Por qué será que a los brutos les gustan las listas, y a los listos las tontas?

RICARDO. No siempre ocurre eso. La prueba la tienes en ti misma. Tú eres tonta, y, sin embargo, le gustas a Juanito Alfaro, que es tonto también.

OLIMPIA. Da esa casualidad. Pero hay un caso peor todavía: el del tonto que se las echa de listo, y lo engaña una tonta, retonta, como le ha pasado a quien yo me sé.

RICARDO. ¡Ja, ja, ja! Escucha: ¿he oído que va a venir María Luz?

OLIMPIA. Si.

RICARDO. Me alegro de saberlo para no salir de mi cuarto.

DOÑA ANICETA. ¿Por qué?

RICARDO. Abuela, porque pega la hebra con Emilio, y no nos hace caso a los demás. Y me aburro.

DOÑA ANICETA. Es verdad, que los veo muy entusiasmados. Olimpia, ¿tú sabes si ella ha reñido con el de Madrid?

OLIMPIA. ¡Cualquiera sabe eso! Mire usted que habla María Luz; y que es franca. Pues de todo habla menos del novio. Es una reserva desesperante.

RICARDO. Allá ellos. *Vuélvese a su cuarto canturreando una música alegre.*

Olimpia. Ése dice «allá ellos». Pero ¿es que a las amigas no nos interesa?… Pues si no nos comunicamos esas cosas, ¿para qué somos amigas? Ya ve usted: ahora mismo voy yo a contestar a ocho postales, todas de noviazgos. Pero ahora mismo; no llegue María Luz y se me junten con las de mañana. *Vase por la puerta de la derecha, canturreando también.*

Doña Aniceta. ¡Diablo de chiquilla! ¡Qué enredadora es y qué pizpireta! *A don Laureano, que se ha abstraído completamente.* ¿En qué piensas tú?

Don Laureano. ¿Eh?

Doña Aniceta. ¿En qué piensas tú?

Don Laureano. En que tengo un conejo con mal de orejas, y no hay vaselina bórica en la botica.

Doña Aniceta. ¡Estamos frescos! ¡Por dónde se descuelga ahora!… Vamos, aquí el que no anda loco, va camino. *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

Don Laureano. Sí, sí, locura. Pues si no me ocupo yo de ello, ¿quién se ha de ocupar?

Encamínase hacia la derecha, a tiempo que sale Emilio por la puerta del foro.

Don Laureano. Pero, hombre, ¿y tu tío?

Emilio. No sé de él… Hoy no lo he visto apenas. Juraría que anda por el jardín.

Don Laureano. Es su encanto: el jardín. Por supuesto, su encanto es el jardín y todo el contorno. Está pasando una temporada deliciosa. Yo creo que estoy más gordo y más joven de lo que gozo contemplándolo a él.

Emilio. Sí que parece muy contento. Y se explica: como allá, en Madrid, tiene tanto quebradero de cabeza, y aquí vive casi sin pensar en aquello, en compañía de usted, a quien quiere como a un hermano, y en esta delicia de Valle Sereno, que es imponderable…

DON LAUREANO. Es claro, sí; todo eso es verdad, y a mí me llega a lo más vivo; pero, en rigor, lo que más alegra y satisface a Manuel es verte a ti satisfecho y alegre.

EMILIO. No digo que no, don Laureano. Y en verdad que lo estoy. Creo que no necesito hacer juramento: me sale a la cara.

DON LAUREANO. ¡Qué triunfo el mío! Se lo pronostiqué a Manuel cuando, en reserva, me contó que venías por no desobedecerlo y dado a los demonios.

EMILIO. Sí, señor; así era. Lo declaro ya con lealtad y franqueza campesinas.

DON LAUREANO. ¡Muy bien dicho! ¡Lealtad y franqueza campesinas! ¡Aquí no usamos de eufemismos ni de tiquis miquis! Lo que se siente, se habla; lo que se tiene, se da; lo que se quiere, se pide. Dame un cigarro.

EMILIO. Ahí va. Pues, sí, señor, sí; cuando entré en esta casa me figuré que entraba en un presidio.

DON LAUREANO. ¡Je!

EMILIO. Encontré obscuro y feo el sitio donde está edificada; la encontré ridícula toda ella: desde el jardín al palomar…

DON LAUREANO. ¡Je!

EMILIO. Me molestó usted, su hija, Ricardo; me molestó doña Aniceta, la criada…

DON LAUREANO. Ésas seguirán molestándote por mucho que varíes.

EMILIO. ¡Quite usted, por Dios! ¡Si no hay dos personas más agradables en el mundo!

DON LAUREANO. Chico, chico; no sospeché que el milagro de Valle Sereno se extendiera a tanto.

EMILIO. Esas son pequeñeces. El milagro ha sido grande, don Laureano. No lo dude usted.

DON LAUREANO. ¡Si no lo dudo un punto! ¡Si te oigo y te miro cayéndoseme la baba, muchacho! ¿Tú ves a un padre muy padrazo a quien le ponderan unos y otros las buenas prendas de su chico, lo guapo que es su chico, lo listo que es su chico y lo travieso que es su chico?… Pues como

escucha ese padre esas lindezas, escucho yo lo que me hablas ahora. La alegría me inunda interiormente, me estremece todo, me turba… hasta lágrimas me trae a los ojos. Esta casita, Emilio, la he hecho yo con el trabajo de toda mi vida; la quiero como si fuera cosa de mis entrañas… Ven acá, ven acá; cuéntame pormenores, cuéntame detalles de cómo empezó a serenarse tu ánimo… de cómo te fueron cautivando este paisaje y esta vida. Cuéntame, cuéntame…

EMILIO. Le diré a usted: ello ha sido de una manera insensible, lenta, sosegada, tranquila… Yo no podría precisar dónde ni cómo empezó el cambio, ni si lo determinó esto o aquello… ¡Quién lo sabe! Mi voluntad ha ido viéndose sometida a un influjo saludable, benéfico… No he recibido en este o en aquel momento la impresión fuerte y conmovedora que produce, por ejemplo, la presencia de una mujer bonita, capaz en un solo minuto de trocar la vida de un hombre. No ha sido eso, no… Más bien se ha ido abriendo mi corazón como a las palabras sabias, reposadas, persuasivas de un amigo, de un gran amigo, superior a mí en años, en experiencia, en bondad… en todo. ¿Me comprende usted?

DON LAUREANO. De sobra… de sobra. La mujer enloquece, arrebata… ¡Dios sabe dónde irá uno a parar! Pero el amigo aconseja, insinúa, convence… Está bien… Está bien… Dame una cerilla.

EMILIO. Hay, sin embargo, don Laureano, entre mis primeras impresiones, una, acaso más viva y penetrante que todas las demás… Fué a los pocos días de hallarme aquí.

DON LAUREANO. Cuenta, cuenta.

EMILIO. Había yo pasado la noche febril, inquieto, imaginando cien locuras… con esa exaltación enfermiza que da el insomnio. Cuando ya no pude más, salté de la cama, me arropé de cualquier manera y abrí la ventana de mi cuarto, para respirar otro aire. Era casi al amanecer. En el cielo quedaban ya contadas estrellas, que atrajeron toda mi atención, y una por una fuí viéndolas empequeñecerse, entibiarse, huir… Una luz mucho más fuerte que la de ellas, que asomaba por el horizonte lejano, pintando y alegrando el cielo y la tierra, las vencía, las borraba… Si yo hubiera sido poeta, habría encontrado una singular relación entre lo que empezaba a pasar en mi espíritu

y lo que mis ojos veían. Poeta o no, me sentí conmovido. Nada dije; nada escribí; pero me eché a llorar.

DON LAUREANO. ¡Oh! Eso debieran hacer algunos poetas: echarse a llorar y no escribir. O escribir y echarse a llorar al leer lo que han escrito.

Se ríen los dos.

EMILIO. Yo nunca había visto amanecer. Y si lo había visto, no me había dado cuenta de ello. Recuerdo que varias tardes después, hablándole del caso a María Luz, me dijo: «No es extraño que no haya usted visto amanecer, porque en Madrid se pone el sol, pero no amanece.» ¡Y es verdad! Yo he vivido siempre en Madrid, y no he visto amanecer nunca. ¡Y me ha cogido algunas veces el amanecer en la calle! Pero no lo he visto.

DON LAUREANO. Es mucha María Luz. ¡Qué atractivo tiene y qué inteligencia!

EMILIO. Y ¡qué ojos, don Laureano, qué ojos!

DON LAUREANO. ¡Je!

EMILIO. Aquí ha sido y es mi constante guía. Ya sabe usted que cada lunes y cada martes andamos de excursión. ¡Cómo conoce esto! Y ¡qué habilidad tiene para mostrar la belleza esencial de cada rincón, de cada sitio, de cada cosa! A mí —le soy a usted franco— me seduce oírla.

DON LAUREANO. ¿Sí, eh? Ya lo hemos advertido todos. Pero ándate con tiento, que creo que hay moros en la costa.

EMILIO. Mientras no sean cristianos…

DON LAUREANO. En eso no quiero meterme. Yo, con verte esa cara, y verte ese ánimo, y oírte lo que te oigo decir, estoy como chiquillo con zapatos nuevos. Lo demás son vaivenes de la vida, nubes que pasan… Que pasen, que pasen siempre, aunque sea con rayos y con truenos; pero que pasen y dejen el campo lozano y brillante como ahora. *Vuélvese hacia el jardín para enseñarle el campo, en el momento en que asoma por la puerta María Luz.* ¡Mira qué cosa más bonita!

MARÍA LUZ. ¿Es a mí?

EMILIO. ¡Oh! María Luz.

DON LAUREANO. No, no es a usted; porque si hubiera sido a usted, habría sido la flor más espléndida. Y éste le habría añadido algo.

EMILIO. ¿Cómo no?

MARÍA LUZ. Vamos a ver: ¿qué me ha dicho mi chica? ¿que se han acobardado ustedes con la tormenta y ya no tenemos excursión?

EMILIO. Para mí es ésta la primera noticia.

DON LAUREANO. Ha sido una orden a rajatabla de la abuela.

MARÍA LUZ. Que por cierto me ha mandado a decir que me falta un tornillo.

EMILIO. Será lo único que le falte a usted.

MARÍA LUZ. ¡Ay, Dios mío! ¡Cuántas flores brotan con la lluvia!

EMILIO. Con lluvia o sin ella, a su paso de usted brotan siempre.

MARÍA LUZ. ¡Jesús!

DON LAUREANO. ¿No le decía yo a usted que éste añadiría algo?

MARÍA LUZ. En vista de ello, intentaré echar por tierra la orden terminante de la abuela, y nos marcharemos un rato por ahí… a seguir escuchando piropos.

DON LAUREANO. Me temo que lleva usted el pleito perdido.

MARÍA LUZ. Pues sería una lástima quedarnos. ¡Si ahora está el campo más hermoso que nunca! Y esta humedad no le hace daño a nadie. Desde mi casa he venido yo sacudiendo los árboles para que me cayera el agua encima.

DON LAUREANO. ¡Je!

EMILIO. Lo creo; pero no se lo cuente usted a la abuela.

MARÍA LUZ. Buen cuidado tendré.

DON LAUREANO. Dígale usted, en cambio, que usted, que se cartea con el sol, sabe que esta tarde ya no llueve.

MARÍA LUZ. ¿Le añade usted algo a esa frase, Emilio?

EMILIO. No. Le ha salido tan redonda a don Laureano, que temo estropearla.

Se ríen los tres.

MARÍA LUZ. Voy a ver a Olimpia. *Éntrase por la puerta de la derecha.*

Emilio. Tiene esta mujer para mí el principal encanto de las mujeres: belleza y salud.

Don Laureano. Sí; si fuese pálida y ojerosa, tendría para ti el principal atractivo del sexo: palidez y ojeras. Voy conociendo el temperamento, amigo mío.

Emilio. ¡Me confunde usted con su hijo Ricardo!

Don Laureano. No, no te confundo, perillán; sé quién eres. Anda, vámonos con tu tío.

Emilio. ¿Con mi tío?

Don Laureano. Les haremos una visita a los conejos.

Emilio. Ustedes; porque yo esperaré a las chicas.

Don Laureano. Anda, anda. ¡Manuel! ¡Manuel! *Se va por la puerta del foro con Emilio, que malditas las ganas que tiene de separarse de allí. Queda la escena sola un momento.*

Por la puerta de la izquierda sale don Manuel, huyendo de la quema.

Don Manuel. ¡No, no, no, no; los conejos no los veo más; no te hagas ilusiones! Eso me lo he jurado. Conejos al amanecer, conejos al mediodía, conejos por la tarde, conejos por la noche… ¡Son ya muchos conejos para un hombre solo!

Sale Juliana por la puerta de la derecha.

Juliana. Señor.

Don Manuel. *Sin verla ni oírla.* Que si nacen con los ojos cerrados; que si no los abren hasta los nueve días; que si no echan el pelo hasta los cuatro o cinco; que si zanahorias, que si lechugas, que si tronchos de col… ¿A mí qué jinojo me importa? ¡No veo más los conejos!

Juliana. Señor.

Don Manuel. ¿Eh? ¡Ah! Juliana.

Juliana. ¿Qué le sucede a usted?

Don Manuel. ¡Que voy a acabar por menear las orejas y arrugar el hocico cuando sienta pasos!

Juliana. ¿Está usted de broma?

Don Manuel. ¡Sí! A ti ¿qué te trae?

Juliana. Con el permiso de usted, quisiera hacerle una pregunta.

Don Manuel. ¿Una nada más?

Juliana. ¡Je! El señor me va conociendo.

Don Manuel. Pregunta lo que quieras.

Juliana. ¿Cómo le gusta a usted más el conejo; en caldereta o con arroz?

Don Manuel. ¡De cualquier manera menos vivo! Tú elige.

Juliana. Muchas gracias por la confianza. Yo lo pondré para que se chupe usted los dedos.

Don Manuel. No lo dudo un instante.

Juliana, Escúcheme otra cosa… —Y bajo la voz porque la señora oye crecer la hierba—. El estofado de ayer no lo guisé yo; era una porquería. Se empeñó en guisarlo doña Aniceta, que no sabe de eso… y así salió él.

Don Manuel. ¡Bah! ¿Qué más quieres?

Juliana. Pues… si no molesto demasiado…

Don Manuel. Di.

Juliana. Aquí le traigo la notita.

Don Manuel. ¿Qué notita?

Juliana. La que me pidió usted tocante al destino que le va usted a dar a mi Paco.

Don Manuel. No; que le voy a dar, no; que veré si me es posible darle…

Juliana. Usted es persona muy *influyenta*…

Don Manuel. No tan *influyenta* como tú crees… Pero, en fin, haré lo posible… Dame acá la notita.

Juliana. Le daré primero una audición, por si no la entiende. *Lee con emoción digna de unos Juegos florales.* «Francisco Gil Conejo…»

DON MANUEL. ¡No lo coloco!

JULIANA. *Asustadísima*. ¿Qué?

DON MANUEL. Nada, nada; sigue.

JULIANA. ¡Ah, ya! *Continúa la lectura*. «… natural de Almadén del Azogue, de veinticuatro años, soltero por ahora, buenos ojos, desea colocación en lo que honradamente le salga, no siendo de cobrador del tranvía, por lo que de palabra se dirá. Sabe leer, sabe de cuentas, y sabe escribir con las dos manos. Buena conducta: no fuma, no bebe, saca su cédula cuando le corresponde y va a votar todas las veces que hace falta. Señas personales en Madrid. Cojos, 25.»

DON MANUEL. ¿Acaba ahí?

JULIANA. Sí, señor; aquí acaba. ¿Bastará con esto?

DON MANUEL. Y aún sobra. Ya se ve que es un ciudadano ejemplar. Procuraremos colocarlo.

JULIANA. Dios se lo pagará, don Manuel, que estoy yo aquí pasando penas, porque esto de la ausencia no es para mi temperamento.

DON MANUEL. Bien, bien…

JULIANA. Le habrá chocado a usted lo del tranvía que dice la nota.

DON MANUEL. No he parado mientes.

JULIANA. Pues yo le explicaré a usted lo que hay.

DON MANUEL. ¡Si no lo necesito!

JULIANA. Es para que no se figure que se trata de nada feo. Mi Paco estuvo en los tranvías *cangrejos* todo un verano pero… —a mí no me ciega el cariño— su estatura no es cosa mayor, y resulta que no alcanza a la correa del timbre cuando quiere apearse algún viajero. Y le hacen mala sangre las cuchufletas a que eso da lugar. ¡Porque por diez céntimos no hay derecho a reírse de nadie! Y no quiero exponerlo a un disgusto.

DON MANUEL. Bien, bien; ya estoy en ello.

JULIANA. Tocante a que sabe escribir con las dos manos, que también le habrá chocado a usted…

DON MANUEL. Sí por cierto. ¿Qué significa eso?

JULIANA. Que sabe escribir en maquinilla.

DON MANUEL. ¡Ah! ¡Cualquiera cae!

JULIANA. ¿Lo hará usted con interés, señor?

DON MANUEL. Descuida.

JULIANA. ¡Mire usted que me va la boda!

DON MANUEL. ¡Te digo que descuides!

JULIANA. Ea, pues no canso más. Muchísimas gracias, don Manuel. Aquí viene el señorito Emilio; le voy a preguntar también una cosa.

DON MANUEL. ¡Vamos allá!

JULIANA. *A Emilio, que en efecto sale por la puerta del foro.* Señorito Emilio: el arroz con leche ¿le gusta a usted con la canela molida nada más, o con algunas astillitas entre medio?

EMILIO. Me da lo mismo.

JULIANA. Entonces yo acertaré con su gusto. Esta tarde lo comerán. Y encárguele usted a su señor tío que no me olvide. Y muchas gracias. Sin faltar: al señorito se da un aire en los ojos.

EMILIO. ¿Quién?

JULIANA. Mi Paco. Ya digo: sin faltar. *Vase por donde salió, sonriéndole.*

DON MANUEL. *Encarándose con Emilio, cuando se va Juliana.* ¡Chico, qué monserga!

EMILIO. ¿Sobre la comida de hoy?

DON MANUEL. ¿Qué sobre la comida? ¡Sobre su Paco! ¡Un novio que tiene que debe de caber en una fresquera! ¡Y está empeñada en que yo le busque un destino! ¡Vamos, hombre! ¡Era lo único que me faltaba!

EMILIO. ¿Cómo, cómo es eso? ¿Qué dice usted? ¿Es que tiene usted algún motivo de disgusto? A ver, a ver… Porque ese lenguaje; ese resuello…

DON MANUEL. Emilio de mi vida, ya no puedo más. He venido disimulando por ti; pero te aseguro que no puedo más. ¡No puedo más! ¡Me

llega la bilis hasta la raíz del pelo… por arriba! ¡No puedo más!

EMILIO. *Sorprendido, pero sin concederle importancia al desahogo.* Baje usted la voz.

DON MANUEL. ¡No me da la gana! ¡Que se enteren! ¡Si te digo que no puedo más!

EMILIO. Pero, tío, me deja usted con la boca abierta. ¿No está usted encantado con esta familia y en este sitio, como ya por suerte lo estoy yo?

DON MANUEL. ¿Que tú estás encantado? ¿No hablas con ironía?

EMILIO. No, señor; hablo con entera sinceridad.

DON MANUEL. ¡Vaya! Se conoce que por obra de tu encantamiento no sientes las picadas de las pulgas.

EMILIO. ¿De las pulgas? Pero ¿aquí hay pulgas?

DON MANUEL. ¿Que si hay pulgas? ¡Hasta en el almanaque! ¡Si el reloj se ha parado porque no lo dejan andar!

EMILIO. ¡Ja, ja, ja!

DON MANUEL. No te rías.

EMILIO. ¿No he de reírme, tío, si parece usted un chico de diez años algunas veces? ¿Cuándo han sido las pulgas un motivo serio para estar rabioso en ninguna parte?

DON MANUEL. ¡Las pulgas, y los mosquitos, y las moscas, y los perros, y las lagartijas, y las vacas! ¡Ahí es nada: las vacas! ¡Ni por casualidad salgo a un camino una vez que no me embistan tres o cuatro! La otra tarde tuve que correr como un galgo huyendo de una. ¡Jinojo! ¿He venido yo aquí a solazarme o a torear?

EMILIO. Calle usted, calle usted; que don Laureano anda en su busca, y si se entera de esto va usted a amargarle la vida.

DON MANUEL. ¡Pues que se fastidie! ¡Bastante me la amarga él a mí!

EMILIO. ¡Tío! Usted no está bueno. Lo desconozco a usted completamente.

DON MANUEL. ¡Me desconoces… me desconoces!…

EMILIO. Un pobre señor que no tiene más fin que hacerle a usted agradable esta temporada; que sueña con distraerlo y agasajarlo…

DON MANUEL. ¡Que me gana todas las noches al tresillo!

EMILIO. Pero, tío, ¡si juega usted muy mal!

DON MANUEL. ¡Juego mejor que él y que tú! Pero no es eso: es que cuando se tiene un huésped, en buena cortesía se le debe dejar ganar alguna noche.

EMILIO. ¡Entre amigos de la niñez!…

DON MANUEL. ¡Entre amigos de todas las edades!

EMILIO. Vamos, tío, no desbarre usted, por amor de Dios… ¡Pobre don Laureano!

DON MANUEL. ¡Pobre don Laureano! ¡Laureano es el hombre más pesado que ha parido madre!

EMILIO. No… Es afectuoso… es solícito…

DON MANUEL. ¡Es plúmbeo!

EMILIO. ¿Plúmbeo?

DON MANUEL. ¡De plomo! ¡Claro! Tú, como te largas con las muchachas y apenas tienes que aguantarlo… Pero, vamos a ver: ¿cuántas veces has visto los conejos?

EMILIO. Dos o tres veces… No soy aficionado.

DON MANUEL. ¡Ah! Dos o tres veces. ¡Lo que yo a diario! ¿Cuántas veces has visto ponerse el sol?

EMILIO. No las he contado… Si me coge por ahí la puesta, la veo…

DON MANUEL. ¡Ah! Si te coge por ahí…

EMILIO. Es un espectáculo admirable siempre.

DON MANUEL. Ya te daría yo a ti admiración si te obligaran a verlo todas las tardes. ¡Y no lo veo dos veces al día porque no se pone más que una! ¡Afortunadamente!

EMILIO. ¿Todas las tardes, dice usted?

DON MANUEL. ¡Todas las tardes, hijo mío! ¡A ver si hay rayo verde o no hay rayo verde, no me escapo una sola! ¡Algunas he pedido para mis

adentros un rayito de cualquier color que lo hiciera cisco!

EMILIO. ¡Qué disparate!

DON MANUEL. No es disparate, no; ponte en mi lugar. Es que se colman las medidas del más paciente. ¡Son ya muchos conejos a todas horas, y muchos palomos por la mañana, y muchas puestas por las tardes… y muchos codillos por las noches!

EMILIO. Tío, pues ahora le hablo a usted completamente en serio. Porque yo vine aquí a remolque; renegando del campo, y de mi estrella, y casi de usted. Pero usted vino satisfecho, ansioso de verse en estos valles, en esta soledad, que para usted era un paraíso… ¿Qué cambio es éste?

DON MANUEL. Pero ¡si no hay tal soledad! ¡Si eso me ha resultado que es fantasía de los poetas! A lo mejor te crees que estás solo en medio del campo… ¡porque necesitas estar solo!… y ves de pronto que hay una pareja que te observa desde un maizal. ¡Hombre! ¿Qué soledad es ésa? Sin contar con Acuña, que está, como Dios, en todas partes.

EMILIO. ¡Bah, bah, bah!…

DON MANUEL. Sí, ¡bah, bah!… Añade a todo eso lo que en rigor vale más que nada y que constituye en esta ocasión el mayor de los desencantos.

EMILIO. ¿Eh?

DON MANUEL. Como suena: el mayor de los desencantos. Porque no sé si atribuirlo a que todo esto de la poesía de la naturaleza es una pura farsa, o a la vulgaridad de mi ser; pero el hecho es que ni los valles, ni las montañas, ni los arroyos, ni la mar, me elevan el ánimo.

EMILIO. ¡Tío!

DON MANUEL. Nada: no me elevan el ánimo. ¿A qué voy a decir una cosa por otra? ¡No me elevan el ánimo! Desde que estoy aquí no se me ocurren más que bellaquerías.

EMILIO. ¡Ja, ja, ja!

DON MANUEL. Para que te convenzas: a mi edad, a mis años, he caído en la más ridícula de las tentaciones: he querido seducir a Vicentita: ¡a la pescadorcilla!

EMILIO. ¡Señor don Manuel!

DON MANUEL. Nada, nada, no me duelen prendas: como te lo cuento. ¡Y le hablé de ponerle un pisito en la calle de la Berenjena! ¿Es esto elevación del ánimo? ¡Naranjas de la China!

EMILIO. Pero ¡veo que está usted irremisiblemente perdido!

DON MANUEL. Hasta tal punto eso es así, y tales ganas tengo de escapar de esta perdición; tan asado estoy a la parrilla, tan desesperado me veo, que sin reparar ya ni en ti ni en la Osa Mayor —que también me la enseña Laureano todas las noches—, le he escrito una carta… —*Bajando cómicamente la voz*— bueno, pero de esto no quiero que se entere ni el aire —le he escrito una carta a Pizarroso…

EMILIO. *En voz tan baja como el tío.* ¿A quién?

DON MANUEL. A Pizarroso…

DOÑA ANICETA. *Apareciendo por la puerta de la izquierda.* ¿Ese Pizarroso es uno que fué ministro del Tribunal de Cuentas?

EMILIO. ¿Eh?

DON MANUEL. Pero, señora, ¿es usted la telegrafía sin hilos?

DOÑA ANICETA. ¿No hablaban ustedes de Pizarroso?

DON MANUEL. Sí; pero a éste no lo conoce usted. Es un empleado a mis órdenes.

DOÑA ANICETA. El que yo digo era un señor muy serio.

DON MANUEL. No; pues este otro es muy bromista. ¿Verdad, Emilio?

EMILIO. Muy bromista. Siempre está de chanza y de humor.

DOÑA ANICETA. Ya. Voy a darle un vistazo a la cocina. ¡Ah! No tome usted en cuenta el flan del almuerzo de hoy. Ha sido una verdadera porquería. Esa Juliana cree que hace el dulce como las monjas, y vive en un error muy grande. Ha estado incomible; una verdadera porquería. Mañana haré yo un flan, y ya verá usted la diferencia. Cosa de enjuagarse la boca con el flan. Usted lo ha de ver; usted lo ha de ver… *Se va por la puerta de la derecha.*

DON MANUEL. Ésta es otra: con la competencia culinaria entre ama y criada, ya lo ves: no comemos más que porquerías.

EMILIO. Bueno, tío: ¿qué me iba usted a decir de Pizarroso?

DON MANUEL. ¡Ah! Verás. *En voz baja de nuevo y tomando todo género de precauciones.* Te iba a decir de Pizarroso que le he mandado que me ponga desde Madrid un telegrama con este refresco: «Catástrofe inminente. Sociedad en peligro. Junta el lunes. Ineludible su presencia. No hay apelación. Lo espero sin falta. Pizarroso.» ¿Qué tal? ¿Me iré a Madrid o no me iré?

EMILIO. ¡Ja, ja, ja! ¡Lo que se habrá reído Pizarroso!

Sale don Laureano por la puerta del foro.

DON LAUREANO. Pero, Manuel, ¿estamos jugando al escondite?

DON MANUEL. ¡Anda con Dios!

DON LAUREANO. ¿Qué hacéis aquí metidos, bobos?

EMILIO. Diciéndole estaba yo a mi tío que usted lo buscaba. Y la conversación que hemos tenido antes.

DON LAUREANO. ¡Ah, sí! ¿No es verdad que es otro tu sobrino, Manuel? *A Emilio.* Oye: ¿te pesaste al salir de Madrid?

DON MANUEL. No, hombre, no: ¿te pesaste tú? ¡Nosotros no pesamos más que el equipaje!

DON LAUREANO. ¡Je! ¡El equipaje, dice! ¡Tu tío siempre como unas sonajas!

DON MANUEL. ¡Siempre! ¡Yo soy así!

DON LAUREANO. Anda: vámonos a dar un paseo; que tenemos una tarde muy fresca. Y de recogida pasaremos por el conejar.

DON MANUEL. ¿Eh?

EMILIO. ¿No le han hecho ustedes hoy ninguna visita?

DON LAUREANO. Esta mañana fuí yo solo, porque a éste se le pegaron las sábanas. Es un dormilón.

DON MANUEL. ¡Un gallo es lo que yo no soy!

DON LAUREANO. Pero está entusiasmadísimo con aquella familia.

EMILIO. Ya me lo ha contado.

DON LAUREANO. Le he inculcado la afición, el amor al conejo. Te advierto, Emilio, que el conejo acaba por hacerse querer. Es inteligente, es

gracioso… Yo le encuentro gran semejanza al ser humano.

DON MANUEL. ¡En el nombre del Padre!

DON LAUREANO. No es la primera vez que me lo oyes: no sé qué te sorprende. Pero te lo demostraré minuciosamente en nuestro paseo. De algo hemos de hablar. Y no con fantasías, sino con datos preciosos de un tratado de cuniculicultura que me sé de memoria. Anda, vámonos.

DON MANUEL. *Resignándose, acaso por última vez.* ¡Vámonos, hombre, vámonos!

DON LAUREANO. Empieza tú porque el conejo puede tener todas las enfermedades del hombre. ¡Todas! Bueno, casi todas. Al conejo le puede dar una pulmonía, como a ti; le puede dar una congestión, como a ti…

DON MANUEL. ¡Toma! ¡también le pueden dar un tiro, como a ti!

DON LAUREANO. ¡Je! ¡Qué buen humor de hombre! ¡Siempre con las mismas salidas! *Vase por el jardín.*

DON MANUEL. *Rápidamente a Emilio, volviéndose atrás un momento.* Al conejar no voy: si hace falta, lo tiro por un barranco. ¡No voy!

DON LAUREANO. *Dentro.* ¡Manuel!

DON MANUEL. ¡Ya, hombre, ya! *Márchase con su amigo.*

EMILIO. En efecto, está mi tío Manuel que echa las muelas. ¡Y yo que lo suponía en plena Jauja!

Salen por la puerta de la derecha Olimpia y María Luz.

OLIMPIA. Nada, hija: quien manda, manda, y cartuchera en el cañón.

EMILIO. ¿Qué ocurre?

MARÍA LUZ. Lo que ya sabíamos. Doña Aniceta no deja salir a Olimpia, y ha sido inútil toda mi elocuencia.

EMILIO. Desgracias mayores pueden caer sobre nosotros.

MARÍA LUZ. Pues hay que idear alguna cosa para pasar la tarde.

OLIMPIA. Algo para reírnos.

Habla Benjamín dentro, con voz atiplada y ridícula.

BENJAMÍN. ¿Se puede?

EMILIO. ¿Eh?

BENJAMÍN. ¿Se puede?

OLIMPIA. Adelante, quien sea.

Aparece en la puerta del foro Benjamín, que en vano negaría que es sacristán de nacimiento. En la mano trae un telegrama cerrado y un paquete de velas.

BENJAMÍN. Santas y buenas tardes nos dé Dios.

MARÍA LUZ. Buenas tardes.

OLIMPIA. Buenas tardes.

EMILIO. Buenas tardes.

MARÍA LUZ. *A los otros.* (Ya no hay que inventar nada para reírse.)

BENJAMÍN. Tengo a gran dicha saludar a ustedes.

EMILIO. Muchísimas gracias.

Las muchachas no pueden hablar conteniendo la risa, y Emilio puede a duras penas.

BENJAMÍN. Yo soy el sacristán nuevo de la Ermita.

EMILIO. Por muchos años.

BENJAMÍN. Y he bajado al pueblo a comprar unas velas, y me he encontrado a Bermúdez, el telegrafista, que es amigo mío, y que venía para acá con este despacho, y me ha rogado que lo trajera yo, porque él tiene a su mujer con el mal de San Vito, y se hallaba muy desasosegada en aquel momento. *Sueltan la carcajada María Luz y Olimpia, y Emilio después.* El caso no es de risa, pero comprendo que excite la hilaridad.

EMILIO. Sí, señor; sí, señor… ¿Para quién es el telegrama?

BENJAMÍN. Para don Manuel Mendoza. Aquí dice Mendozo, pero debe de ser equivocación.

MARÍA LUZ. ¡Claro!

EMILIO. Es equivocación, justamente… Deme usted… firmaré el recibo…

Benjamín. Tome, señor mío. Me complace mucho haber prestado este servicio urgente, y desde luego me ofrezco para cualquier cosa que se ocurra; porque yo… *Sale Ricardo por la puerta de la izquierda, con tal ímpetu que asusta a Benjamín y le corta el hilo. Se explica el ímpetu de Ricardo, porque al oír la voz del sacristán supuso que te pertenecería a alguna tiple más o menos ligera. Las muchachas* y *Emilio tratan en vano de ocultar su risa ante el nuevo aspecto de la situación.* ¿Eh?

Ricardo. *Sin poder contenerse.* ¡Vamos, hombre!

Benjamín. Buenas tardes.

Ricardo. Buenas tardes.

Emilio. Este señor nos ha hecho la merced de traernos este telegrama para mi tío. *Se lo guarda.*

Ricardo. Sí…

Emilio. *Aparte a Ricardo.* (¿Quién te creíste que era?)

Ricardo. *Lo mismo a Emilio.* (¡Qué sé yo! Una *cupletista,* una máscara… ¡Todo menos un sacristán!) *A Benjamín.* Que usted siga bueno. *Vase de estampía por donde salió.*

Benjamín. ¿Cómo dice?

Emilio. Que usted siga bueno.

Benjamín. ¡Ah!, muchas gracias. Igual deseo a todos los presentes. Felices tardes. Y que siga, que siga el buen humor. *Vase a otra parte a hacer reír, despedido con nuevas carcajadas de todos.*

María Luz. ¡Ay, Jesús! He llorado de risa con ese hombre.

Olimpia. ¡Qué lance, Dios mío! ¡Cuidado con la salida de Ricardo!

Emilio. ¡Ah! Notable de veras. ¡Lo menos creyó que iba a encontrarse aquí a la Imperio!

Olimpia. *Asomándose al mirador.* Allá va, todo presuroso. ¡Anda, morena! Se ha metido en un charco. A ver si se constipa y enronquece un poco, que falta le hace.

María Luz. ¡Ja, ja, ja! *Se sienta.* A mí me han cansado las risas. ¿Querrá usted creerlo?

EMILIO. ¡Si me han cansado a mí también! No me reía de tan buena gana hacía mucho tiempo. *Se sienta cerca de ella.*

MARÍA LUZ. Ya ve usted, y queríamos irnos. No se sabe dónde está la fortuna.

EMILIO. No se sabe.

Olimpia, desde el mirador, observa con interés el grupo de María Luz y Emilio.

MARÍA LUZ. Mi empeño en salir era porque el campo está delicioso. Sopla un aire tan sano… ¿No le gusta a usted el olor de la tierra después de la lluvia?

EMILIO. Mucho. Lo aspiro siempre con deseo. Y me gustan también estas nubes que descargan de pronto, y se van abriendo paso al sol y dejando la tierra fresca y alegre.

MARÍA LUZ. ¿Le gustan?

EMILIO. Sí. Recuerdan el enojo pasajero de una mujer, que principia llorando y acaba por reír entre lágrimas. Mire usted ahora el campo todo, cómo parece que se ríe entre lágrimas.

MARÍA LUZ. Es cierto. *A Olimpia, que con admirable discreción se encamina hacia la derecha, sin quitarles ojo.* ¿Adónde vas, Olimpia?

OLIMPIA. *Maliciosamente.* A contarle a mi abuela lo del sacristán, que le va a hacer muchísima gracia. *Éntrase por la puerta de la derecha.*

EMILIO. *Riéndose.* ¡Qué chiquilla! Es saladísima de veras.

MARÍA LUZ. Muy salada. Discurre menos que un mosquito.

EMILIO. A mí me divierte su charla, que cuando quiere ser maliciosa es ingenua, y cuando quiere ser ingenua es maliciosa.

MARÍA LUZ. ¿Y esa muletilla qué tiene sobre los gustos en los amores? «¿Por qué será que a los chatos les gustan las narigudas y a los narigudos las chatas?»

EMILIO. ¡Ja, ja, ja! Es muy original. Le aseguro a usted que para mí Olimpia es un atractivo más de Valle Sereno.

MARÍA LUZ. ¿Uno más, Emilio? Advierto complacida que poquito a poco se ha reconciliado usted enteramente con este Valle Sereno, que cuando

llegó le aburría y le enfadaba.

EMILIO. Gracias, principalmente, a usted.

MARÍA LUZ. ¿Gracias a mí le aburría y le enfadaba?

EMILIO. Todo lo contrario: gracias a usted he ido apreciando, comprendiendo el atractivo y el encanto de estos lugares.

MARÍA LUZ. No niego mi influencia en que lo haya usted logrado más pronto; pero créame que si usted hubiera sido ciego, de nada le habría servido el lazarillo. Quiero decir que esta gran belleza del campo, o se sabe ver, y en ese caso enamora y cautiva el alma, o no se sabe ver, y hastía y desespera. Para quien no la entiende, todas las horas son iguales… todos los caminos son lo mismo… En cambio, para quien tiene el secreto, ¡qué maravillosa variedad! No hay un momento igual a otro, ni hay un camino que no tiente a cruzarlo. ¿No es cierto, Emilio?

EMILIO. Ciertísimo. Usted no miente nunca. Yo algunas veces pienso: «Tal vez por esto me es a mí esa mujer tan simpática.»

MARÍA LUZ. ¿Es que no trataba usted más que con embusteras?

EMILIO. Se conoce. El resultado es, sea de ello lo que fuere, que usted me atrae de una manera tal…

MARÍA LUZ. Cuidadito con la baranda.

EMILIO. ¿Cómo?

MARÍA LUZ. Siga usted.

EMILIO. Que usted me atrae de Una manera tal, que casi he llegado a no pensar más que en usted, ni a querer hablar más que con usted, ni a desear otro momento que el momento de verla a usted. Cuando salgo por esos campos solo, y de improviso en mi camino la encuentro, no sé expresarle la alegría que me causa. Es algo infantil, algo muy puro; yo diría que muy luminoso… No sé… ¿Qué significa esto, María Luz?

MARÍA LUZ. Pues es bien claro: que va usted solo… y que de pronto tiene con quién charlar. Ni más ni menos. Ya me hago yo cargo de que la aparición de Acuña no le produciría a usted el mismo efecto; pero no hay más que esto que le digo, salvando la diferencia que existe entre Acuña y yo. A

Acuña, por ejemplo, no le debe usted más que tabarras, y a mí me debe usted un poquito de gratitud.

EMILIO. ¿De gratitud?

MARÍA LUZ. Así se llama ese sentimiento.

EMILIO. Y ¿un poquito?

MARÍA LUZ. O un pocazo.

EMILIO. ¡Toda la que quepa en mi alma!

MARÍA LUZ. ¡Toda la que usted guste!

EMILIO. Yo entré en Valle Sereno lleno de amargura, entristecido; abrumado por un dolor que imaginaba que sería eterno. Todos los hombres, a poco que hayamos vivido, sentimos alguna vez la vanidad de un gran dolor, superior en nuestro concepto al que sea capaz de sentir otro hombre cualquiera. Ese gran dolor ha ido calmándose, disipándose; como desprendiéndose lentamente del corazón. Mi espíritu, hora por hora, va recobrando su perdida tranquilidad, su equilibrio. Mi voluntad vuelve a ser mía. Voy sintiéndome sereno, fuerte, dichoso… Todo esto se lo debo a usted.

MARÍA LUZ. ¿A mí, criatura?

EMILIO. A usted.

MARÍA LUZ. No lo crea usted, Emilio. No es a mí a quien usted le debe todo eso. Es a esta vida campesina, llena de sosiego y de paz, que templa las almas de los hombres que como usted son buenos. Se lo debe usted a los amaneceres de este Valle Sereno, risueños y alegres; a los aires puros de la mañana, en el mar o en el monte; a los paseos sin rumbo, ni en los pasos ni en la imaginación, abierta el alma a lo que le brinden los ojos; a la charla amiga, bajo los árboles sombríos; a los últimos rayos del sol, distintos cada tarde; a los múltiples colores del cielo; a la primera estrellita que asoma en él cuando llega la noche; al pío de un pajarito sonando solo en el silencio de los campos; a las noches claras, a las noches de estrellas; al sol que sale después de la tormenta… y que a usted le recuerda las paces hechas con una mujer… A todo eso le debe usted su dicha presente; no a mí. Ya sabe usted que yo siempre digo la verdad.

EMILIO. En este caso…

MARÍA LUZ. En este caso más que en ningún otro. Usted se convencerá con el tiempo. Rodarán los días, se irá usted a Madrid nuevamente, libre ya de la carga de sus tristezas; tornará a la lucha y a las pasiones, y cuando alguna vez el dolor vuelva a herirle… ¡qué poco se acordará de mí! Y ¡cómo suspirará, sin embargo, por estos campos siempre verdes, y por estos aires, y por esta vida!…

EMILIO. ¿Y de usted no he de acordarme entonces?

MARÍA LUZ. En todo caso, como se acuerda uno de una mariposa que le pasó ante los ojos un día, y a la que le atribuye supersticiosamente todo lo bueno que en aquel día le haya de pasar.

EMILIO. ¿Y si yo le dijera a usted, María Luz…?

MARÍA LUZ. ¿Y si yo le pidiera a usted que no me lo dijese?…

EMILIO. ¿Por qué?

MARÍA LUZ. Porque va usted a cometer la primera tontería gorda de la temporada.

EMILIO. Usted ¿qué sabe?

MARÍA LUZ. ¿No he de saberlo, hombre? Por poco observadora que yo sea, he visto bien claro que es usted un corazón inflamable y una cabeza inquieta. Y va usted a espetarme ahora que está enamorado de mí. Y yo, que sé muy bien que no hay tal amor, ni falta, voy a verme en el duro caso de darle a usted unas calabazas como para usted solo. Y con las calabazas a cuestas, ¡a ver qué hace usted aquí el resto de la temporada! ¡Aguar todas las excursiones que nos queden!

EMILIO. Le suplico a usted, María Luz, que no eche esto a broma.

MARÍA LUZ. Si lo tomo en serio va a ser peor. ¿No lo comprende usted?

EMILIO. Pues aunque lo sea, le suplico a usted que no lo eche a broma.

MARÍA LUZ. Pues oiga usted en serio. ¿Qué idea tiene usted de mí? ¿No le consta a usted que yo quiero a un hombre? ¿que tengo novio?

EMILIO. ¿Que tiene usted novio?

MARÍA LUZ. ¿Y se sorprende usted? Yo misma se lo he dicho ya varias veces…

EMILIO. Bueno; pero así… sin insistir en ello; de pasada…

MARÍA LUZ. Pues ¿qué quería usted? ¿Que se lo hubiera dicho en papel de a peseta, o con un tamborilero y un bando? Pero, en fin, si no lo había creído, créalo firmemente: me quiere un hombre y yo lo quiero a él. Estamos enamorados el uno del otro. Enamorados, ¿lo oye usted? no así… con ganas de palique. Es hijo de una familia muy rica… y hoy está cuesta abajo: muy cuesta abajo. Esto, que es una desgracia, me ha unido más a él, naturalmente. Si no lo quisiera, habría seguido el parecer de mis padres, de mis hermanos, de mis amigas… y lo hubiera dejado solo con su ruina. Pero lo quiero, ¿sabe usted?, lo quiero. Él me quiere lo mismo, y trabaja. Dios dirá. Cuando voy a Madrid, cuantas personas me rodean, vuelven al mismo tema: «Que eso es cosa perdida; que no levantará cabeza; que adonde voy con ese hombre; que la sociedad; que la familia; que lo deje, que lo deje…» Pero vengo a Valle Sereno, y los árboles meciendo sus copas, y los arroyos saltando entre las peñas, y el aire puro acariciando mi frente, y el sol escondiéndose detrás de las montañas por las tardes, para pedirme cuentas de mi cariño al amanecer del otro día, me dicen incesantemente que lo espere, que le dé ánimos, que lo siga queriendo… Por eso, Emilio, como me halaga más que lo que allí me predican lo que aquí escucho, paso la mayor parte del año en Valle Sereno. *Pausa*. ¿Se ha convencido usted ya de que tengo novio?

EMILIO. Sí, por cierto.

MARÍA LUZ. ¿Y de que se iba usted a ganar unas calabazas morrocotudas?

EMILIO. Me he convencido de algo más.

MARÍA LUZ. ¿De qué?

EMILIO. De que me las hubiera merecido. Y de otra cosa: de que los hombres no nos merecemos a las mujeres.

MARÍA LUZ. Le diré a usted: mi novio a mí, sí. Pero tiene usted razón: por regla general son ustedes muy ligeros, muy casquivanos. El cariño en ustedes, cuando lo hay, jamás lleva las raíces tan hondas.

EMILIO. ¿Se olvidará usted de mi impertinencia de esta tarde?

MARÍA LUZ. ¿Quién habla de eso ya? Y usted, ¿se olvidará del proyecto de calabazas que le he leído?

EMILIO. Procuraré olvidarme, ¡qué remedio!

MARÍA LUZ. Pues entonces… hasta mañana. Me marcho.

EMILIO. Hasta mañana.

MARÍA LUZ. Mañana iremos adonde la lluvia no ha querido que vayamos hoy.

EMILIO. Iremos.

MARÍA LUZ. Y… le voy a ser a usted franca: yo… más tranquila que hasta aquí. Porque de algunos días a esta parte había notado en usted una verbosidad… un fuego…

EMILIO. Sí; tales, que me ha tenido usted que decir varias veces: «Cuidadito con la baranda.»

MARÍA LUZ. Eso. Conque adiós. Hasta mañana, Emilio.

EMILIO. Hasta mañana, María Luz.

MARÍA LUZ. No; pero si ha de quedarse usted con esa cara, no me voy.

EMILIO. Mucho mejor si no se va usted.

MARÍA LUZ. Muchas gracias; pero necesito irme ya.

EMILIO. Pues ¿qué cara quiere usted dejarme?

MARÍA LUZ. La que me encontré cuando vine: complacida y risueña…

EMILIO. Es que entonces no habíamos hablado… de lo que hemos hablado.

MARÍA LUZ. Es que yo quiero que esta charla nuestra pase por nosotros como las nubes de esta tarde han pasado por allá fuera: entristeciendo el campo un momento, pero alegrándolo después. ¿Entendido?

EMILIO. Entendido.

MARÍA LUZ. Nuestra amistad ha de ser más fuerte, más sincera, desde esta leve tormentilla. ¿No?

EMILIO. Sí.

MARÍA LUZ. Pues lo dicho: ponga usted otra cara.

EMILIO. ¡Si no tengo más que ésta!

MARÍA LUZ. Pues ríase usted con esa que tiene.

EMILIO. ¿Para qué he de reírme?

MARÍA LUZ. Para que yo me marche tranquila. Ríase usted, hombre. ¿Ya no le hago a usted gracia? Ríase usted.

EMILIO. Ya me río: ya está usted satisfecha.

MARÍA LUZ. Eso es otra cosa. Ahora sí que me voy. Hasta mañana.

EMILIO. Hasta mañana.

MARÍA LUZ. Adiós. *Vase por el jardín.*

Emilio la contempla.

EMILIO. ¡Adorable mujer!… ¡Qué lección me ha dado esta tarde!

Vuelve Olimpia por la puerta de la derecha.

OLIMPIA. Pero ¿se ha ido ya María Luz?

EMILIO. Acaba de irse. Contemplándola estaba yo.

OLIMPIA. ¡Qué cosas tiene! No se despide casi nunca Pero ¡mire usted que es simpática!

EMILIO. Muy simpática.

OLIMPIA. Rarilla de genio, ¿verdad? Pero buena, ¿verdad?

EMILIO. Verdad.

OLIMPIA. ¡Qué lástima que tenga novio! ¿verdad?

EMILIO. Verdad.

OLIMPIA. ¿Usted lo sabía?

EMILIO. Sí.

OLIMPIA. Pues nadie lo hubiera creído al verlo a usted tan… tan… tan tarán tan…

EMILIO. Pues lo sabía. Lo que no sabía era que María Luz lo quisiera como lo quiere. Bien es verdad que para comprender un cariño así, y aun para sentirlo, hay que hacer con el corazón lo que María Luz ha hecho con el suyo: sacarlo del pecho y que lo oreen y lo purifiquen y lo fortalezcan los aires del campo y del mar.

OLIMPIA. ¡Qué solemne! ¡Jesús! Siempre que habla usted con María Luz un gran rato, acaban ustedes por las nubes.

Por la puerta del faro salen don Manuel y don Laureano.

DON MANUEL. Emilio, ¿qué telegrama es ése de que me ha hablado María Luz?

EMILIO. No sé, tío: no lo he querido abrir. ¿Teme usted quizás algo desagradable?

DON MANUEL. No las tengo todas conmigo. ¿Quieres ver si es de Pizarroso?

EMILIO. Voy a verlo. *Saca el telegrama y lo abre.*

DON LAUREANO. Me ponéis en cuidado.

OLIMPIA. Y a mí.

EMILIO. De Pizarroso es.

DON MANUEL. ¡Ay! ¿Qué dice? ¿Qué dice ese hombre?

EMILIO. Escuche usted. *Como si leyera el telegrama. A don Manuel, a medida que lo oye, se le va demudando el semblante.* «Tranquilidad completa. No hay novedad ninguna. Esté confiado. Puede quedarse ahí cuanto tiempo guste. Enhorabuena, —Pizarroso».

DON MANUEL. *Sin poder contenerse.* ¡Lo mato!

DON LAUREANO. ¿Eh?

DON MANUEL. No; nada.

DON LAUREANO. *Abrasándolo.* Chico, me alegro, porque me he llevado el gran susto.

OLIMPIA. Y yo también.

DON MANUEL. *Echando chispas por los ojos.* Pero trae acá, tú, trae acá. ¿El telegrama dice eso?

EMILIO. No, señor.

DON MANUEL. ¡Ah!

EMILIO. Eso querría yo que dijera; pero dice una cosa bien distinta.

DON MANUEL. ¡Ah!

DON LAUREANO. ¿Cómo?

OLIMPIA. ¿Qué?

EMILIO. *Leyendo.* «Catástrofe inminente. Sociedad en peligro.»

DON MANUEL. *Maquinalmente*. Junta el lunes.

EMILIO. «Junta el lunes»: cabal.

DON MANUEL. Sí, si es que todos los lunes hay junta.

EMILIO. «Ineludible su presencia. No hay apelación. Lo espero sin falta. —Pizarroso.»

DON MANUEL. Eso sí; ése es el que yo estaba aguardando. ¡Maldita sea mi suerte! ¡Hay corazonadas en el mundo!

OLIMPIA. ¡Qué contratiempo!

DON LAUREANO. Pero ¡esto es un rayo, Manuel!

EMILIO. ¡Qué lástima! ¡Usted que se encontraba tan a gusto!

OLIMPIA. Pero ¿no volverá?

DON LAUREANO. ¿Cómo que no? De aquí no sale sin prometerlo.

OLIMPIA. Y ¿usted se va también, Emilio?

DON MANUEL. No, no, no: ¡Emilio, de ninguna manera! ¿Por qué he de ser yo tan egoísta que lo arranque de esta felicidad?

OLIMPIA. Y ¿no habría forma de ocultar que usted ha recibido el telegrama?

DON LAUREANO. En todo caso… Pero no, no… Comprendo que eso no puede ser.

DON MANUEL. Imposible. Es gravísima la situación. Son muchos intereses pendientes de mí. Y que hay que conocer a Pizarroso y que fijarse en el telegramita que me ha puesto. *Lo lee recargando las tintas*. «Catástrofe inminente. Sociedad en peligro.» Una Sociedad industrial de que soy director. «Sociedad en peligro. Junta el lunes». ¡El lunes, y hoy es sábado! «Ineludible su presencia. No hay apelación. Lo espero sin falta. —Pizarroso.»

DON LAUREANO. Aprieta, aprieta Pizarroso.

DON MANUEL. (¡Como que se jugaba el destino!)

DOÑA ANICETA. *Saliendo por la puerta de la derecha como si le hubiera oído el pensamiento*. ¿Qué dice usted?

DON MANUEL. Nada, doña Aniceta. ¿Qué he de decir yo? Lo dice todo este telegrama. Entérese usted.

Doña Aniceta. Ya lo he oído.

Don Manuel. ¡Adiós mis delicias de Valle Sereno; adiós mis madrugones ideales, con este buen amigo de la niñez; adiós mis conejitos amados; adiós mis perros y mis vacas; adiós mis puestecitas de sol; adiós mis partiditas de tresillo!… ¡Ay!

Emilio. Tío, principio y fin quieren las cosas. No se acongoje ni entristezca más de lo justo. Usted prométanos volver, si puede, y usted volverá.

Don Laureano. ¡Claro que volverá! ¿Verdad que volverás, Manolillo?

Don Manuel. ¡Sí!

Emilio. Y, sobre todo: ¿cuál fué su principal idea al venir al Valle Sereno? ¿No fué la de buscar para mí la salud del cuerpo y la del alma? Pues váyase tranquilo a Madrid, que una y otra las voy recobrando, y aquí me quedo yo dichoso y contento unos días más, por estar entre quien estoy… y por seguir respirando los aires puros de estos cerros y de estos valles, cuyo misterio he penetrado y cuya belleza ha sido mi mejor medicina. Váyase, váyase el tío satisfecho a aquel bullicio de la corte, que aquí queda el sobrino saboreando a su placer la vida del campo, la descansada vida…

la del que huye él mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido.

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía, septiembre, 1907.

Madrid, febrero, 1908.

EL AGUA MILAGROSA

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el **Teatro Romea**, de Murcia, el 28 de marzo de 1908

A CONCHA CATALÁ,
A quien hizo Dios… y rompió el molde. Sus admiradores y amigos
LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Florentina.	Concha Catalá.
El Padre Juan.	Juan Balaguer.
Antonia.	Josefa Alcoba.

EL AGUA MILAGROSA

Habitación del Padre Juan, cura de misa y olla, en un buen pueblo castellano. Puerta a la derecha del actor, y al foro dos ventanas grandes, a través de cuyos cristales se ve un corralillo limpio y alegre. Los muebles son pocos y se caen de viejos. Una estera de pleita, vieja también y remendada, cubre el suelo, mucho más viejo que ella y que los muebles. Es por la mañana.

El Padre Juan, sentado en un sillón de vaqueta al lado de una de las ventanas, lee en un libro, que por excepción en este caso no está empastado en pergamino. Es hombre de hasta edad de sesenta años, de aspecto bonachón, y tan pobre y humilde como el cura del Pilar de la Horadada. En sus ojillos, vivos y sagaces, hay un reflejo de socarronería.

Antonia, su criada, sale de improviso en tal guisa que hace inverosímil toda murmuración. Viene muy azorada.

ANTONIA. ¡Padre Juan! ¡Padre Juan!

P. JUAN. ¿Eh? ¿Qué hay?

ANTONIA. ¡Visita!

P. JUAN. ¿Visita? ¿Quién es, tan de mañana? ¿La señora alcaldesa?

ANTONIA. No, señor; no es del pueblo. Es una señorona muy señorona; lo menos de Valladolid. Yo he sentido que me coja en esta facha.

P. JUAN. De Valladolid espero una visita; pero es el hijo de un amigo mío. ¿No te ha dicho lo que me quiere?

ANTONIA. Ni sé lo que me ha dicho, señor. Si estoy aturrullada. ¡Qué sombrero! ¡qué plumas! Tiene aire de cómica.

P. JUAN. ¿De cómica?

ANTONIA. Y ¡qué bien huele!

P. JUAN. A mí no me huele tan bien; ahí verás tú. Pero hazla pasar.

ANTONIA. ¿Cómo?

P. JUAN. Que le digas que pase y la acompañes hasta aquí.

ANTONIA. Y ¿me quedo yo escuchando detrás de la puerta?

P. JUAN. Te quedarás aunque yo no te dé permiso… conque anda.

ANTONIA. Voy allá, voy allá. *Vase.*

P. JUAN. ¡Cosa más particular que esta visita!… No sé qué pensar de ello… En fin… *Se levanta y espera, fija en la puerta la mirada.*

A poco llega Florentina. Es una mujer hermosa y elegante, aturdida y ligera.

FLORENTINA. Muy buenos días, señor cura.

P. JUAN. Dios guarde a usted, señora. Buenos días.

FLORENTINA. ¿Es usted el mismo Padre Juan?

P. JUAN. El mismo soy.

FLORENTINA. Usted me perdonará que venga a importunarlo a estas horas.

P. JUAN. Todas son buenas para servir a Dios y al prójimo.

FLORENTINA. Muchas gracias. Como es tan temprano…

P. JUAN. Para mí es mediodía. Yo amanezco siempre con el sol. ¿Tiene usted la bondad de sentarse?

FLORENTINA. *Sin atenderlo.* ¡Qué cuartito más cuco, señor cura! ¡Qué ambiente de reposo hay en él!…

P. JUAN. Es una pobreza, señora: lo que corresponde a quien lo habita.

FLORENTINA. ¿Adónde dan esas ventanas?

P. JUAN. Al corral.

FLORENTINA. Ya, ya lo veo. Es muy alegre este corral. ¡Cuántas flores! ¿Es usted aficionado a las flores?

P. JUAN. A todo lo que cría Dios.

FLORENTINA. Yo también. Cuando vuelva a mi casa de Madrid, me permitirá usted que le envíe unos cogollos de claveles andaluces que quitan el sentido.

P. JUAN. ¡Oh! ¡tanto honor!… Pero ¿no se sienta usted?

FLORENTINA. Déjeme usted curiosear un poco. Somos tan curiosas las mujeres…

P. JUAN. Bien poco hay que curiosear aquí.

FLORENTINA. ¿Es de marfil este crucifijo?

P. JUAN. No, señora: es imitación.

FLORENTINA. ¡Qué bonito es! *Mirando un cuadro.* ¡Ay, San Lorenzo!

P. JUAN. San Francisco de Asís.

FLORENTINA. Es verdad. Lo he confundido porque yo, en mi casa de Córdoba, tengo un San Lorenzo muy parecido a este San Francisco de Asís.

P. JUAN. Ya. Los pintores, a lo mejor, no son muy católicos.

FLORENTINA. *Sacando de un bolso que trae un pomito, y aplicándoselo a la nariz.* Con permiso de usted, padre Juan… ¡Me he levantado con una jaqueca!… ¿Quiere usted aspirar? Es muy agradable.

P. JUAN. Gracias, gracias. Yo no tengo jaqueca.

FLORENTINA. Pues a dársela a usted vengo yo.

P. JUAN. Pues entonces… luego aspiraré.

FLORENTINA. ¡Ay, qué buena sombra! ¿Es usted andaluz?

P. JUAN. No, señora: soy castellano viejo. ¿Y usted?

FLORENTINA. Madrileña. Pero fíjese usted. Ahora ya me siento. *Lo hace. El Padre Juan se sienta también.* Mi padre, italiano; mi madre, habanera; el padre de mi padre, de Sevilla; el padre de mi madre, de Lugo; la madre de mi padre, de Soria; la madre de mi madre, de Gibraltar… Y yo estuve a punto de nacer en Huesca. ¿De dónde soy?

P. JUAN. *Después de vacilar*. Española… para acabar pronto.

Florentina. Española; es verdad. Ha estado usted muy oportuno. Y usted pensará: pero ¿esta señora a qué ha venido? Porque hasta ahora no he dicho a qué he venido.

P. Juan. Ha dicho usted, modestamente, que a darme la jaqueca.

Florentina. ¡Ay, qué gracioso! Usted es andaluz.

P. Juan. No, señora, no. ¿Por qué había de ocultarlo?

Florentina. Pues lo parece. Es usted una estampa de un primo de mi madre que vive en Ronda.

A Ronda voy yo por peros
y a Málaga por manzanas,
a las Indias por dineros
y a la Sierra por serranas.

Bueno; no quiero marearlo. Al asunto.

P. Juan. Hable usted.

Florentina. He pasado muy mala noche, señor cura. Como que no se me descarga la cabeza. ¡Ay! Usted me dispense. *Del propio bolso saca una bellotita y se frota la frente.* Esto refresca mucho. ¿No quiere usted frotarse?

P. Juan. Todavía no me duele.

Florentina. Ni lo permita Dios. ¡Ah! Si usted fuma, fume con libertad: a mí no me molesta. Mi marido con la colilla de un cigarro enciende el otro. Para otra mujer esto sería una falta; para mí es un encanto. ¿Querrá usted creer que me divierto con las espirales del humo? Bueno, yo soy un poco soñadora. Soñemos, alma, soñemos… Pero, en fin, al grano, que lo estoy entreteniendo a usted. Mi marido… Es decir, mi marido y yo, para que no se me tache de injusta… Por más que… ¡Ay, padre Juan, yo soy muy desgraciada!

P. Juan. ¿Usted, señora? Nadie lo diría: su rostro resplandece felicidad. Y la cara es el espejo del alma.

Florentina. Como que si no fuera por lo que yo me sé y usted sabrá dentro de un rato, no habría mujer más dichosa en el mundo.

P. Juan. ¿Luego no me engaño completamente?

FLORENTINA. No, señor.

P. JUAN. Y ¿no tiene usted esperanza de que Dios le otorgue lo que necesita para ser absolutamente dichosa? ¿Se lo ha pedido usted con unción, con fe?

FLORENTINA. Se lo he pedido hasta bailando sevillanas.

P. JUAN. ¿Bailando sevillanas? No es la actitud más a propósito para hablar con Dios.

FLORENTINA. Quiero decir con ello que no hay momento en mi vida en que no haya elevado mis súplicas al Señor para que me conceda lo que me falta. Padre cura, yo tengo unos padres que me adoran: no hay otros más buenos: los hizo Dios y rompió el molde. Tengo un marido que es una alhaja: todas mis amigas me lo envidian.

P. JUAN. ¿Las casadas también?

FLORENTINA. También. Y las solteras. Porque de las viudas no hay que hablar: por sabido se calla.

P. JUAN. Señora, señora…

FLORENTINA. ¡Usted no conoce a mi Toto! Se llama Teófilo; pero así es como le digo en la intimidad. Mi Toto, mi Totito… Es noble, es generoso, es guapo, adora en mí… También lo hizo Dios y rompió el molde.

P. JUAN. ¡Que lástima!

FLORENTINA. ¿Cómo?

P. JUAN. ¡Qué lástima!, pensarán las otras… las que se lo envidian a usted.

FLORENTINA. ¡Ah, ya!

P. JUAN. Y ahora pregunto yo: con unos padres tan ejemplares y un marido tan singular, ¿qué más dicha apetece usted en la tierra? No hay que ser ambiciosa…

FLORENTINA. ¿Se le antoja a usted desatentada ambición pedirle a Dios un hijo… y que no rompa el molde hasta que yo le avise?

P. JUAN. ¡Ah!… ¡Un hijo!… ¿Es por un hijo por lo que usted suspira?

FLORENTINA. ¡Uno siquiera, padre Juan! Así la vida es imposible. Un matrimonio sin hijos es muy soso. ¡Pero muy soso! A mí se me figura que es un matrimonio equivocado. Y pensar yo que mi Toto debiera ser de otra y no mío, me estremece, me espanta. Y mi Toto, en broma, me echa a mí la culpa: me dice que yo no tengo gracia. Y yo le digo que es él quien no la tiene. Esas tonterías de los matrimonios. Y es él, es él, ahora que no me oye. Porque, mire usted: mi hermana la de Cáceres tiene seis querubines —¡seis querubines, padre Juan, y yo ni uno solo!—; otra que vive en Montevideo, Catalina, está esperando el quinto, o al quinto y al sexto a la vez, porque así las gasta Catalina; mi hermano Manolo tiene ya dos de la primera, dos de la segunda y dos de la tercera. Esto parece una charada; pero es que Manolo se ha casado tres veces. Dígame usted ahora si con estos hermanos tiene la culpa Toto de lo que nos ocurre, o la tengo yo.

P. JUAN. Así… a primera vista… la verdad… tiene la culpa Toto.

FLORENTINA. A usted le ha hecho gracia lo de Toto. Usted es andaluz. ¡Vaya si es usted andaluz!

P. JUAN. Le advierto a usted que a los de Castilla la Vieja también nos hacen gracia algunas cosas.

FLORENTINA. ¡Ay, qué salado! Si no es usted andaluz, merece serlo. Mi Toto es andaluz.

P. JUAN. Ya me lo he figurado, señora.

FLORENTINA. Pues ésa es mi pena, padre Juan. Yo necesito en mi casa un angelín, una cabeza rubia —mi Toto es rubio…

P. JUAN. Entonces… ahí tiene usted ya la cabeza rubia que necesita…

FLORENTINA. Otra cabeza, padre Juan: una cabecita de serafín que pueda yo dormir sobre mi seno, que pueda yo apretar contra mi regazo, que pueda yo besar hasta volverme loca, delante de mi Toto, para decirle así una vez más todo cuanto le quiero, y cuando mi Toto no esté en casa, para recordarlo en mi niño y besarlo en él sin que él se entere… ¡Ay, padre Juan, es una obsesión que raya en manía, pero que usted convendrá conmigo en que es muy respetable! A mí me hace falta que en aquella casa de Madrid suene la voz de una criatura; me hace falta quien corra por aquellos pasillos, quien me descomponga los relojes, quien me rompa los muebles, quien asuste

al gato; me hace falta un ser a quien yo decirle siete veces al día: «Te voy a matar, te voy a matar, te voy a matar», y no matarlo sino a besos… ¡Me hace muchísima falta, señor cura; muchísima falta!

P. JUAN. Sí lo comprendo, sí; pero ¿qué quiere usted que yo le haga, hija mía?

FLORENTINA. A eso voy; es decir, a eso vengo. Porque con tanto hablar, aún no he hablado del objeto de mi visita. Se me ha secado la garganta… *Saca del bolso una caja de pastillas y toma una, después de ofrecerle al padre Juan.* ¿Quiere usted una pastillita, padre? Son muy buenas… suavizan las fauces… refrescan la boca…

P. JUAN. Gracias… muchas gracias… Yo no acostumbro…

FLORENTINA. Yo, sí. Como charlo tanto, y soy tan expresiva y tan nerviosa… Porque yo soy muy nerviosa, padre Juan; pero muy nerviosa.

P. JUAN. Ya, ya. (Acabaré por necesitar el pomito y la bellotita y las pastillas y todo lo que traiga en el bolso.)

FLORENTINA. Bueno, pues… Ahora sí que voy a entrar en materia. Mi marido y yo siempre andamos de la Ceca a la Meca, como vulgarmente se dice, buscando antigüedades. ¡Como no tenemos otra cosa que hacer! Él es muy dado a las antigüedades y a ciertos estudios, que a mí no me importarían un comino si no le importaran a él. A este pueblo hemos venido a visitar el castillo en ruinas, y la torre mudéjar, y no sé qué puerta de no sé qué casa de no sé qué calle. Y yo tal vez haya venido, sin sospecharlo, a encontrar mi felicidad.

P. JUAN. ¿Pues?

FLORENTINA. En la fonda donde paramos —que se llama «Fonda del Norte, antes del Sur», cosa que no he entendido…

P. JUAN. Pues es que el primitivo dueño de la fonda era gaditano, y el dueño actual es gallego… Por eso la que era del Sur es ahora del Norte.

FLORENTINA. Es muy gracioso. Pues bien, en esa fonda del Norte o del Sur, que el viento no hace al caso, hay una camarera, padre Juan, que tiene doce hijos. Ya ve usted: ¡doce hijos, todos de un camarero!

P. JUAN. Naturalmente: todos de su marido, que es camarero.

FLORENTINA. Quiero decir de un hombre pobre, que no gana para alimentarlos siquiera, por muchas propinas que le den… Y yo, en cambio, yo, en cambio… Pero, en fin, basta de lamentaciones. Esa mujer me ha asegurado anoche mismo —y por eso no he podido dormir: mire usted qué palidez y qué ojeras— que usted tiene una huerta cerca del pueblo, y que en la huerta hay una fuente que da un agua pura y cristalina, y que mujer que bebe ese agua no se queda sin hijos. ¿Es cierto?

P. JUAN. Es cierto que tengo esa huerta, y esa fuente, y ese agua, a la que se le atribuye esa extraña virtud… pero…

FLORENTINA. Pero ¿qué? ¡No me ponga usted inconvenientes!

P. JUAN. Descuide usted, señora.

FLORENTINA. ¿Es cierto que es precisa la autorización de usted para beberla?

P. JUAN. Es cierto.

FLORENTINA. Y ¿es cierto que usted no la concede casi nunca?

P. JUAN. También es cierto.

FLORENTINA. ¿Por qué?

P. JUAN. Porque me ha ocasionado muchos disgustos la dichosa agua… y muchos sinsabores… y ha dado lugar a no pocas calumnias, que es peor. Se llegó a decir que a mí me interesaba que nacieran chicos en el pueblo por lo que me ganaba en los bautizos…

FLORENTINA. ¡Qué picardía!

P. JUAN. Los pueblos son así. Luego, ésta es otra: los maridos llegaron a tomarme entre ojos. Esa misma camarera que le ha dado a usted las noticias bebió el agua a los cinco años de casada, y desde entonces a la fecha… ya ve usted: ¡doce! Y el camarero ¡me echa unas miradas cuando me ve!… ¡Como si yo tuviera la culpa! Además, señora —todo ha de decirse—, dieron en beber el agua algunas solteritas, y… ¡un horror! En resumen: que tuve que cerrar la huerta en absoluto y que negarme a toda súplica y a todo ruego.

FLORENTINA. Me lo explico, padre Juan, me lo explico… Le obligaron a usted… Hizo usted admirablemente, Pero yo soy aquí un ave de paso; me voy mañana… Beberé el agua sin que nadie se entere de ello más que mi

marido, porque para mi marido no tengo secretos… Y si Dios quiere concederme lo que tan de veras le pido, yo bendeciré a Dios una y mil veces, y la hora en que vine a este pueblo, y del agua de la fuente, y la huerta, y a usted. ¡Ay, señor cura, no me niegue usted la felicidad que tiene en su mano!

P. JUAN. No, hija mía. Beberá usted el agua… ¿Por qué no?

FLORENTINA. ¿Qué me dice usted, padre Juan?

P. JUAN. Que beberá usted toda el agua que quiera.

FLORENTINA. ¿Sí?

P. JUAN. ¡Ya lo creo!

FLORENTINA. ¡Qué bueno es usted! ¡Déjeme que le bese la mano!

P. JUAN. Luego, más tarde, le mandaré a usted a la fonda al guarda que tengo en la huerta, y él la acompañará hasta allá, y la guiará a la fuente, y beberá usted cuanto desee.

FLORENTINA. ¡Ay! Y ¿me podré llevar un cantarito a Madrid?

P. JUAN. ¡Sí, señora!

FLORENTINA. ¿Y Toto? ¿Podrá beberla Toto?

P. JUAN. ¡Que la beba, si gusta! No creo que tenga objeto; pero ¡que la beba! Dicen que para los hombres no vale…

FLORENTINA. ¿Usted la ha bebido?

P. JUAN. ¿Eh?

FLORENTINA. ¡Ay!, usted perdone: he dicho una tontería como una casa. Y es que ya no sé ni lo que pienso, ni lo que hablo… Me ha trastornado la alegría. ¡Mi querubín, mi querubín querido! ¡El ideal de mi matrimonio! ¡El complemento de mi dicha!

P. JUAN. Dígame usted, señora: ¿cuánto tiempo lleva usted de casada?

FLORENTINA. ¡Un año!

P. JUAN. ¿Un año nada más?

FLORENTINA. ¿Le parece a usted poco tiempo?

P. JUAN. Para tener esa impaciencia, sí. Calma, un poco de calma, hija mía.

FLORENTINA. ¡No se arrepienta usted, señor cura!

P. JUAN. No me arrepiento, no… Pero creo que es algo exagerada la impaciencia de usted.

FLORENTINA. ¡Eso me dice Toto!

P. JUAN. ¡Y tiene Toto más razón que un santo!

FLORENTINA. Voy a comunicarle la novedad… Ya no estoy tranquila hasta que lo sepa.

P. JUAN. Es claro.

FLORENTINA. Disimule usted que me vaya tan pronto. Verdad es que así dejo de molestarlo.

P. JUAN. Señora…

FLORENTINA. Ya se me ha quitado la jaqueca, y la sequedad de la garganta, y todo, todo absolutamente. ¡Ah! Va usted a consentirme una cosa. ¡No me diga usted que no, padre Juan! ¡No me diga usted que no!

P. JUAN. ¡Si no he dicho ni que sí ni que no!

FLORENTINA. Sé que en el pueblo hay mucho pobre: he visto a muchos niños… Yo quiero que por mano de usted vaya esta limosna para ellos… *Le da unos billetes.* Sin que se sepa de quién es.

P. JUAN. Señora, Dios le premiará a usted esta obra caritativa… Yo repartiré la limosna entre los más necesitados que son infinitos… Gracias, un millón de gracias…

FLORENTINA. Calle usted, por Dios; no vale la pena. Gracias yo a usted… Y me marcho, me marcho ya. ¡Qué mañana le he dado! No deje usted de mandarme prontito al guarda de la huerta. Ya vendré a saludarlo a usted con mi Toto. Mi Toto se alegrará mucho de conocerlo. En fin, adiós… ¿Me dejo algo? ¿me dejo algo? No; no me dejo nada… Será la primera vez que me vaya de un sitio sin dejarme algo… Adiós, padre Juan. No me olvido de los claveles… ¡Ay, padre Juan, si viene el querubín al mundo, usted me lo bautiza! Adiós otra vez. Adiós, adiós, adiós…

P. JUAN. Adiós, señora, adiós. *La acompaña a la puerta, y desde ella hace a poco una cortesía, como si la despidiese. Después se aparta de allí, se santigua y trata de coordinar sus ideas.* ¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué visita! ¡qué cosa!

¿Quién había de pensar…? Con ese empaque, con esa charla… ¡Qué mundo éste!… ¡Jesús! ¡Jesús!

Vuelve Antonia.

ANTONIA. Ya se fué… Menos mal que ha dado una limosna para los pobres… ¡Qué tarabilla! ¡qué discursos! ¡qué saltar de una cosa a otra!

P. JUAN. No critiques.

ANTONIA. Y ¿sabe usted lo que le digo?

P. JUAN. ¿Qué?

ANTONIA. Que si su Toto es un sietemesino *escuchimizao* que la estaba esperando en la esquina, ¡ya puede beber la señora hasta cansarse, que no habrá novedad!

P. JUAN. Anda, anda a volcar la olla, y déjate de murmuraciones.

ANTONIA. Ya voy, señor, ya voy. *Se va.*

P. JUAN.

¡Bien merece alcanzar la dicha plena
esa dama habladora
que así socorre la pobreza ajena
al vislumbrar lo que del cielo implora!…
Toda mujer que quiere un hijo, es buena.

FIN

Madrid, marzo, 1908.

LAS BUÑOLERAS

ENTREMÉS

Estrenado en el **TEATRO LARA** el 20 de abril de 1908

A **LEOCADIA ALBA**,
actriz de gracia inagotable,
sus admiradores y amigos,
LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Micaela.	Leocadia Alba.
Reposo.	Mercedes Pardo.
Catalina.	Luisa Beltrán.
Un Transeúnte.	Luis de Diego.
Un Soldado.	Joaquín Pacheco.
Un Paisano.	Antonio Pérez-Indarte.
Margarita.	Josefina Otero.
Asunción.	Mercedes Olmedo.
Concha.	Inés Pérez Estela.
Bernardo.	Salvador Mora.
Juana.	Rosario Toscano.
Gasparito.	Alfonso Girón.
Doña Antonia.	Balbina Valverde.
Carmela.	Mercedes Latorre.
Aníbal.	Francisco Barraycoa.
	Ricardo Puga.

Un Amigo De Aníbal.	
Eduardo.	**Ramiro de la Mata.**
Paco.	**Antonio Suárez.**
Luis.	**Fernando Delgado.**
Un Señor Grave.	**Alberto Romea.**
Don Pedro.	**Ricardo Simó-Raso.**
Don Pablo.	**Manuel Enríquez.**
Un Matrimonio Popular.	**Esperanza Olmedo.**
	Carlos Beltrán.

LAS BUÑOLERAS

Una plazoleta en el camino de la feria de Sevilla.

A la izquierda del actor, en primer término, y con la entrada de frente a la derecha, la caseta de Micaela, blanca y reluciente, y adornada con algunos lazos de colores. Es por la mañana.

Micaela y Reposo están a la puerta de la caseta. Micaela es una gitana en la madurez de la gitanería, y Reposo es un pimpollito, cuya sola presencia anima a entrar en la caseta a comer buñuelos. Visten trajes de percal de vivos colores, muy almidonados y limpios.

MICAELA. *En tono de pregón.* ¡Ea, ea, no irse por otras cayes, que aquí está lo güeno! ¡Cocholate con biñuelos! ¡Abrí los ojos!

REPOSO. No chiyes ahora, mujé; ¡si no pasa naide! ¿Quién te va a oí?

MICAELA. Asina se va una templando. ¡No quieo buya! ¡no quieo buya! ¡Mardita sea la buya! ¡Cocholate con biñuelos, muchachas! ¿Quién quiere una librita?

REPOSO. ¿Haremos güena feria, Micaela?

MICAELA. Reposo, qué sé yo. Esta Seviya no es conosía. Veinte años hase ya que pongo la casiya en er mismo sitio, y ca año que pasa vendo dos libras menos.

REPOSO. Pos éste se me figura que pinta bien.

MICAELA. No pinta malamente. A lo úrtimo cantarán los dineros. *Suenan unas palmadas en el interior de la caseta.* Anda vé, que yaman.

REPOSO. *Obedeciéndola.* Voy.

MICAELA. Presiosa es, porque la Virgen ha querío. Más gente me va a meté en la casiya con esa cara, que entra en la Catedrá pa oí er Miserere. Y eso que ayí se entra de barde. *Gritando.* ¡Hola, hola! ¡Los mejores de la feria están aquí! ¡No quieo buya! ¡no quieo buya! ¡Mardita sea la buya! ¡Cocholate con biñuelos! *A un Matrimonio popular que sale de la caseta y se va por la derecha del foro*. Di con Dios, resalaos: que vengáis mañana. ¿No sos mando a casa una librita? *Deteniendo a un Transeúnte que sale precipitadamente por la derecha y se va por la izquierda.* Párate tú y no corras, que vas a trompesá.

TRANSEÚNTE. ¡Déjame!

MICAELA. Pero ¿no vas buscando biñuelos? ¡Pos aquí los tienes!

TRANSEÚNTE. ¡Vamos, suerta; que yevo prisa!

MICAELA. ¡Si no los vas a encontrá mejores en toa la feria!

TRANSEÚNTE. *Desasiéndose de un empellón.* ¡Que yevo prisa, corcho!

MICAELA. ¡Adiós, *telegrama!* ¿Qué has bebío esta mañana, que vas tan apurao? *Saliéndoles al encuentro a un Soldado y a un Paisano que aparecen por la derecha.* ¡Ea, ya yegó er generá! ¡Y ar lao el ayudante! ¡Reposo! ¡coge el armiré y toca la música! ¿Venéis a tomá unos biñolitos, verdá?

SOLDADO. ¿Pa qué? ¿Pa mancharnos de aseite?

MICAELA. ¿Mancharse en mi casiya, que está como los chorros’el oro? ¿No la veis que ofende la vista de blanca? ¡Arsá ya pa dentro, escarriaos!

PAISANO. Y ¿quién paga después?

MICAELA. Ya sos convendréis. Media librita y dos copas no valen na. ¡Ea, no sé roñosos!

SOLDADO. Convíanos tú.

MICAELA. Vergüensa debía darte desirlo. Míalo: con toa la hechura er generar Prim y quié que lo convíe. *Se ríen los dos. —Al Paisano.* Anímate, Futraque, que paeses un faro de día: que no sirves pa na. Anda; pa que cuando vayas a tu pueblo cuentes que has comío biñuelos de la Micaela.

PAISANO. Zi yo vivo en Zeviya, guazona.

SOLDADO. Si éste es er que va a toreá esta tarde.

MICAELA. Pos que no coma más que biñuelos e viento, y asina corre más.

SOLDADO. ¡Vamos, quita!

PAISANO. ¡Suértanos, que manchas!

SOLDADO. ¡Y que no queremos comé esperdisios!

MICAELA. ¿Esperdisios yamas a mis biñuelos? Pos ¿qué te dan en er cuarté: gelatina?

PAISANO. ¡Echa pa alante y no le hagas cazo!

MICAELA. ¡Ay, er torero, qué patoso es!

PAISANO. ¡Pa gracia, tú!

Se van los dos por la izquierda riéndose.

MICAELA. ¡Vete ya, escurrío! ¡Permita Dios que un toro te ponga por detrás como un tostaó de castañas! *Óyense dentro algunos piropos de los recién idos a unas mocitas.* ¡No haserles caso, niñas, que no yevan una monea entre los dos! ¡Déjalas tú, sablaso, que eshonras la melisia! —¡Güenos días capuyitos tempranos! ¿Queréis que sos convíe? *Salen por la izquierda Margarita, Asunción y Concha, que son tres muchachas del pueblo.* ¿No queréis probá mis biñuelos, caritas de rosa?

MARGARITA. Ya nos han convidao en la feria.

MICAELA. ¿Y qué tiene que vé? Toma los míos de postre, boquitas de claveles. Mira que con una dosenita na más que toméis vais a sacá novio.

ASUNCIÓN. ¡Si tenemos novios las tres!

MICAELA. Y sos lo mereséis, cachitos e sielo. Vení pa dentro ya, varitas e nardo. No pensarlo más, terronsitos de asúca.

CONCHA. Otro día, otro día.

MARGARITA. El aseite se agarra mucho a la garganta.

ASUNCIÓN. Andá, que se hase tarde. *Se van por la derecha del foro.*

MICAELA. ¡Ea, pos echá a corré ya y no perderse! ¡Y poné una tienda de sar sosa! ¡Vármame Dios, qué lasias son las tres y qué *arate* tienen! ¡Jesús y cómo está la mañana! —¡No quieo buya! ¡no quieo buya! ¡Mardita sea la buya! ¡Cocholate con biñuelos! ¡Abrí los ojos!

Salen por la izquierda Bernardo, Juana y Gasparito. Son marido y mujer de un pueblo inmediato, que han venido a la feria con uno de sus críos, Gasparito, y se llevan una carga de juguetes para él y para los demás.

BERNARDO. ¡A vé zi te ze cae er tambó, Gasparito! *Gasparito toca incesantemente una corneta.* ¿Quién yeva er cabayo?

JUANA. Yo lo yevo. ¿Y er tren?

BERNARDO. Er tren va en esta caja. ¿Y los cuernos? ¿Quién yeva los cuernos?

JUANA. Tú. Digo, no, que los yevo yo. ¿Y los cohetes?

BERNARDO. En las arforjas van. ¿Y la muñeca? ¿Quién yeva la muñeca? ¿Tú yevas la muñeca?

JUANA. Gasparito yeva la muñeca. ¿Y er tren?

BERNARDO. ¡Dale! ¡Er tren va aquí! —¿Te quiés cayá con la corneta, niño, que me traes zordo?

MICAELA. ¿Por qué no entráis a descansá una mijita y a esayunarse con unos biñuelos?

BERNARDO. Zí, zí: pa ezo vamos.

MICAELA. ¡Ya lo creo que sí! ¡Andá pa dentro, y ahí dentro contáis los juguetes!

BERNARDO. Deja, deja. ¿Quién yeva los cuernos?

MICAELA. ¡Catalina, ven aquí! ¡Verás qué niño más presioso!

JUANA. ¡Zuerte usté ar niño!

MICAELA. ¡Si no me lo voy a comé! ¡Reposo! ¡Catalina!

De la caseta salen Reposo y Catalina, gitana vieja. Entre las tres «copan» a los paletos, obligándoles a entrar en ella, detrás de los juguetes, que les arrebatan de las manos.

BERNARDO. ¿Quién yeva los cuernos?

JUANA. ¿No te he dicho que los yevo yo?

MICAELA. ¡Mirá que só de niño!

CATALINA. ¡Ay, qué creatura!

Reposo. ¡Ay, qué lusero! Entrá a tomá unos biñolitos, que vais mu cargaos.

Bernardo. ¡No queremos ná!

Micaela. Roñoso, ¿vas a gastarlo to en juguetes? Trae acá, que te ayúe.

Catalina. Dame tú.

Reposo. Ven tú pa dentro, gloria.

Bernardo. Pero ¿qué va a zé esto? ¡Zortá los juguetes!

Micaela. Tú caya y ven.

Juana. Pero ¿tú conzientes, Bernardo?…

Bernardo. ¡Oiga usté, zeñora!

Micaela. Sos vais a chupa los deos de gusto.

Reposo. Cayá y vení.

Micaela. Cayá y vení.

En medio de las protestas de las víctimas, de los trompetazos del niño y de las zalamerías de las gitanas, que, como se ha dicho, cargan con los juguetes, entran en la caseta todos.

Por la derecha llegan doña Antonia, Carmela y Aníbal, madre, hija y novio.

Doña Antonia. Ze me va, ze me va la vista.

Aníbal. ¿Eh?

Doña Antonia. Que ze me va la vista, Aníba.

Carmela. Te lo dije, mamá: vas a tener debilidad: toma cualquier cosa antes de salir.

Doña Antonia. Encima e to no me lo agradeces. ¡Conque lo he hecho para que no esperara tu novio!…

Aníbal. Muchas gracias, señora; pero no lo vuelva usted a hacer…

Doña Antonia. *Olfateando los buñuelos.* Ze me va la vista; ze me va… Vamos a meternos en cuarquier parte. No zé zi aqueyo que está ayí ez

un árbo o un municipá… Y zi acierto que aquí cerca hay buñuelos es por el oló… Ze me va, ze me va la vista…

Carmela. ¿Te parece, Aníbal, que entremos en esta caseta para que tome un tente en pie?…

Aníbal. Sí, hija mía, sí… Si a tu mamá se le va la vista…

Doña Antonia. Ze me va… ze me va… No zé cómo no me caigo reonda. Necesito que ze me ziente el estómago.

Aníbal. (¡Pues como se le siente el estómago, me he lucido; porque cualquiera lo levanta de la silla!)

Carmela. Ea, vamos, vamos…

Doña Antonia. Vamos.

Aníbal. Pasen ustedes y pidan lo que gusten, que yo me voy a llegar por tabaco, y ya estoy aquí.

Carmela. No tardes, gloria.

Aníbal. Descuida, cielo. Es a la esquina nada más.

Doña Antonia. Ze me va, ze me va la vista…

Carmela. *A doña Antonia, aparte.* (Mamá, como se te vaya mucho la vista, se me va a ir a mí mi novio.

Doña Antonia. ¡Qué rediculez!)

Entran las dos en la caseta.

Aníbal. *Mirando a su verdugo.* Eso no es una suegra: ¡eso es el carro de la carne! ¡Lo que traga! A los diez minutos de almorzar ya se le va la vista. Y ¿qué hago yo ahora sin un céntimo? *A un amigo que sale oportunamente por la izquierda.* ¡Hombre! ¡Me has salvado!

Amigo. ¡Caramba! ¡lo que me alegra verte!

Aníbal. ¡Eres mi Providencia!

Amigo. ¡Y tú la mía! ¿Tienes ahí diez reales?

Aníbal. ¡Si yo te iba a pedir un duro!

Amigo. Pues ¿qué te pasa?

Aníbal. Hijo mío, que apenas salgo con mi novia, empieza mi suegra: «Ze me va la vista… ze me va la vista…» y siempre se le va la vista adonde

hay algo que comer.

AMIGO. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué *gañote!*

ANÍBAL. Ahí la tengo ahora mismo, y no quiero pensar en los buñuelos que va a comerse. Ayer me costó doce pesetas. ¡Doce pesetas en buñuelos, que se dice pronto! ¡Le salían ya por las orejas! ¡Si la coge un tranvía y tienen que hacerle la autopsia, no la encuentran más que buñuelos!

AMIGO. ¡Ja, ja, ja!

ANÍBAL. ¿Y tú, para qué me pedías los diez reales?

AMIGO. Hombre, porque te conocí en la cara que me ibas a pedir un duro… y no creo yo que tenga obligación de costearle los buñuelos a tu suegra. Adiós, y ahórcala. *Vase por la derecha, riéndose.*

ANÍBAL. ¡Mucho, sí, muy gracioso!… Pero ¿qué hago yo? «Ze me va la vista… ze me va la vista…» ¡Maldita sea su estampa! A mí también se me va la vista… a una casa de préstamos. ¡Empeñaré aunque sean los pantalones, qué demonio! *Marchase a escape por la izquierda.*

Eduardo, Paco y Luis, estudiantes, salen por la derecha.

EDUARDO. Nada, nada: el primer número del programa es desayunarse y no pagar.

PACO. ¡Pistonudo número!

EDUARDO. Y eso va a ser aquí.

LUIS. Y ahora mismo.

PACO. Sobre la marcha.

EDUARDO. Pedimos unos buñolitos y unas copas; sin abusar, ¿eh? A la hora de pagar, armamos pendencia; que tú, que yo, que eso no me lo dices en la calle; salimos a matarnos… y ya en la calle… vamos a ver quién corre más.

PACO. Y luego nos vemos en el Arquillo de Manara.

LUIS. Eso es.

EDUARDO. ¡Lo mismo que el año pasado!

Sale Micaela.

MICAELA. ¿Digo, eh? ¿Tres mositos güenos aquí, sin entrá en mi casiya?… ¿No tomáis unos biñolitos, serranos?

PACO. ¿Los tomamos, niños?

MICAELA. ¿Pa qué se lo preguntas? ¿No estás viendo que tienen gana?

EDUARDO. ¡Vamos a tomarlos!

MICAELA. ¡Ole los mositos con ánge!

LUIS. Los tomaremos, sí.

MICAELA. ¡Viva er rumbo! Anda tú, bigote de charó. Anda tú, ojiyos de enamorao. ¡Reposo! ¡Ahí va lo mejó de Seviya! ¡Sírvelos bien, pa que güervan mañana! *Entran en la caseta los estudiantes.* Esto se anima: esto va a sé la Casa e la Monea. ¡Cocholate con biñuelos! ¡Abrí los ojos! *A un señor grave, de nariz desaforada, que viene por la izquierda.* ¡Ya era hora… señó corregió!

SEÑOR. Paso, paso.

MICAELA. *Impidiéndole seguir.* ¿Ande vas tan serio en un día de fiesta, saleroso?

SEÑOR. A mí no tiene usted por qué tutearme.

MICAELA. ¡Jesús, qué genio! ¿No has matao er gusaniyo esta mañana?

SEÑOR. Ni decirme chocarrerías, porque no las admito. *Se va dignamente por la derecha.*

MICAELA. ¡Ay, er tío, qué mar fayo tiene! ¿Te has escapao der simenterio, siprés?

SEÑOR. *Dentro.* ¡O se calla usted o llamo a un guardia!

MICAELA. ¿Qué vi a cayarme yo, carcamonía? ¡Yama a un afilaó pa que te afile la narí, que farta te jase! ¡Si te yega a nasé en la esparda, no te pués acostá boca arriba! ¡Anda ya esmayao! ¡Vete a una serería y que te cuerguen en el escaparate con los otros sirios!

Salen por la derecha don Pedro y don Pablo, vestidos de negro. A la legua se echa de ver que son gente de iglesia.

DON PEDRO. Pos, como le digo a usté, er Consilio de Trento… ¿usté me comprende?…

MICAELA. ¿Hola? ¿Vais a pasa de largo, presiosos?

DON PEDRO. Déjanos en paz. —Er Consilio de Trento…

MICAELA. Pero ¿no queréis tomá una copita?

DON PABLO. Déjanos, mujer, déjanos.

DON PEDRO. Er Consilio de Trento…

MICAELA. ¿Me vais a hasé a mí ese desaire, vaniosos?

DON PEDRO. ¡Que nos dejes, te digo! —Er Consilio de Trento…

Sale Reposo, como si la hubieran llamado.

MICAELA. Reposo, ¿tú no ves? Diles tú argo a estos señores, que van mu embebíos.

REPOSO. *Acercándoseles y estorbándoles el paso con zalamería.* ¿Ande vais que mejó sos quieran, salerosos? Andá, simpáticos: mercá media librita. Estos biñuelos son asúca. Yo misma se los serviré a sus mersedes. ¡Ea, desidirse y no pensarlo más!

Don Pedro y don Pablo se han mirado y han cambiado de ideas ante la cara de Reposo.

DON PEDRO. ¿Entramos, don Pablo?

DON PABLO. Entraremos, don Pedro.

DON PEDRO. ¡Se ponen tan pesas estas mujeres!…

REPOSO. Vení, vení cormigo.

DON PEDRO. Pos ya le digo a usté: er Consilio de Trento…

MICAELA. Dios sos lo pague, rumbosos der to.

Entran los dos en la caseta, detrás de Reposo. En seguida salen de ella, con su preciosa carga, Bernardo, Juana y Gasparito, que cruzan hacia la derecha.

BERNARDO. ¿Quién yeva los cuernos ahora?

JUANA. Yo los yevo también. ¿Y er cabayo?

BERNARDO. Er cabayo va aquí. ¿Y er tren?

JUANA. Er tren lo yeva er niño.

BERNARDO. Pos vámonos.

JUANA. Vámonos.

MICAELA. Que gorváis mañana, güena gente.

BERNARDO. Gorveremos, zí. —¡Niño, no toques más la arrastrá corneta!

Se van. En el interior de la caseta suenan de improviso gritos de pendencia entre los estudiantes. A poco salen de ella desafiados, seguidos de Reposo y de Catalina.

MICAELA. ¡Jesús! ¿quién riñe? ¿Qué pasa ahí? ¡A vé si me rompéis los platos!

EDUARDO. ¡Eso no me lo dices tú aquí fuera!

PACO. ¡Aquí y en todas partes!

LUIS. ¡Pero, hombre… por una tontería!… Pero ¿vais a pelear dos amigos? *Siguen chillando e insultándose. Luis trata de contenerlos y separarlos. Surge en esto Aníbal a todo correr y se encuentra, sin comerlo ni beberlo, metido en el fregado.*

ANÍBAL. ¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Qué ocurre?

REPOSO. ¡Que no han pagao, Micaela!

CATALINA. ¡Que no han pagao!

MICAELA. ¿Que no han pagao? *Agarrando por un brazo a Aníbal*. ¡Ven acá tú, lombrí!

Los estudiantes escapan según sus intenciones, Las tres gitanas caen sobre Aníbal.

CATALINA. ¡Tú no te escapas!

MICAELA. ¡Suerta los *parneses*!

ANÍBAL. ¡Pero si yo no venía con ésos!

REPOSO. ¡Afloja las moneas!

MICAELA. ¡Sablaso, paga ya o te jasemos tiras!

ANÍBAL. ¡Yo no pago lo que no debo!

CATALINA. ¿Que no pagas?

REPOSO. ¿Que no pagas tú, sanguijuela? ¡Verás tú si pagas o no!

Entre las tres le quitan el abrigo. Aníbal queda en mangas de camisa.

ANÍBAL. ¡Protesto! ¡protesto! ¡Esto es un atropello indigno! ¡Protesto! ¡Guardia! ¡guardia!

MICAELA. Pero ¿vienes sin chaqueta, escurrío? ¡Yevarse er paletón hasta que pague!

CATALINA. *Metiéndose en la caseta con Reposo.* ¡Aquí dentro lo tienes en er guardarropa, lagartija!

REPOSO. ¡Entra por é si te da frío, arcayata!

ANÍBAL. ¡Horrible; horrible! ¡Ah… chis! ¡Se ve que he empeñado la americana! ¡Horrible! ¡Ah… chis!

Doña Antonia y Carmela salen de la caseta y se alejan por la derecha, menospreciando al pobre Aníbal. Doña Antonia lleva en la mano, ensartadas, dos o tres docenas de buñuelos.

DOÑA ANTONIA. ¡Quéeze usté con Dios, zo trampozo! ¡Lo que le sobra a mi niña es quien le pague los buñuelos a zu mamá!

CARMELA. ¡Eso, eso!

DOÑA ANTONIA. ¡Ez usté un *boqueras*!

CARMELA. ¡Eso, eso!

ANÍBAL. ¿Tú también, cielo mío? —Nada, que no tengo más solución que abonar el gasto de aquellos bribones, rescatar mi gabán… y tirarme al río de cabeza. ¡Ah… chis! ¡Ah… chis! *Éntrase desesperado en la caseta, estornudando fuerte.*

MICAELA. ¡Ahí, ahí; a sortá lo que debes, esbaratao! ¡Permita Dios que si no pagas te dé una purmonía en los deos!

Al público:

Mis biñuelos son canela;
en Seviya tienen fama…
Si queréis una librita,
yamá, tocando las parmas.

FIN

Madrid, abril, 1903.

LAS DE CAÍN

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada el 3 de octubre de 1908 en los **TEATROS DE LA COMEDIA**, **ELDORADO**, **SAN FERNANDO** y **ROSALÍA DE CASTRO**, de Madrid, Barcelona, Sevilla y Vigo, respectivamente

Al insigne maestro de la novela y del teatro,
DON BENITO PÉREZ GALDÓS,
sus apasionados admiradores
y devotísimos amigos,
LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Doña Elvira Horcajo De Caín.	Irene Alba.
Rosalía.	Nieves Suárez.
Marucha.	Concha Ruiz.
Estrella.	Mercedes Pérez De Vargas.
Amalia	María Carbone.
Fifí.	Esperanza Bedoya.
Doña Jenara.	Julia Martínez.
Brígida.	Ana Quijada.
Don Segismundo Caín Y De La Muela.	José Santiago.
El Tío Cayetano.	Rafael Ramírez.
Alfredo.	Manuel González.
Marín.	José Calle.
Pepín Castrolejo.	Ernesto Vilches.
Tomás.	Juan Catalá.

UN GUARDA.	PEDRO ZORRILLA.
EMILIO VÁZQUEZ.	ANTONIO SUÁREZ.
UN BARQUILLERO.	EMILIO RUIZ SANTIAGO.
UN LACAYO.	N. N.
UN POLLITO.	EMILIO RUIZ SANTIAGO.

En Barcelona, Sevilla y Vigo estrenaron esta comedia, respectivamente, las compañías de Balaguer y Larra, Rosario Pino y Emilio Thuiller y Carmen Cobeña.

LAS DE CAÍN

ACTO PRIMERO

Pequeña glorieta entre las alamedas frondosas de un paseo público, en Madrid. Tres bancos: dos de ellos, en el primer término de la derecha y en el de Ja izquierda, y el otro, al foro. Es por la mañana, en el mes de abril.

Tomás está sentado en el banco de la derecha del actor, estudiando en unos apuntes. Es un jovenzuelo de la clase media, que viste sencillamente y sin aliño alguno.

TOMÁS. *Después de un rato de lectura.* ¡Qué pesado es esto!… ¡Qué opio!… ¡Lo que me importará a mí que paguen o no paguen derechos de aduanas las esponjas! *Deja los apuntes sobre el banco, y se pone a cantar una cancioncilla ligera, para explayar su espíritu.*

El Guarda del paseo sale por la izquierda y se dirige a él.

GUARDA. Buenos días, señorito.

TOMÁS. Buenos días.

GUARDA. Usté dispense una pregunta.

TOMÁS. Si no ha de ser del programa, venga.

GUARDA. ¿Esas señoritas, usté me comprende, que vienen a esta glorieta muchas mañanas, y que ayer también estuvieron, me comprende usté, sabe usté si han perdido aquí alguna cosa?

TOMÁS. Hombre, sí: echaron de menos un abanico.

GUARDA. Un abanico. ¿Usté lo conoce?

TOMÁS. Es posible.

GUARDA. A ver si es éste por un casual. *Le da uno que trae guardado.*

TOMÁS. Sí, señor: éste es. Tiene aquí el nombre de la dueña.

GUARDA. Pues si el señorito quiere hacerme el favor de entregárselo…

TOMÁS. ¡Ya lo creo! Y muchas gracias.

GUARDA. No las merece, señorito. Es el deber de uno, en concencia. Porque si uno, ¿usté me comprende?, se encuentra una cosa que no es suya, ¿me comprende usté?, uno, ¿usté me comprende?…

TOMÁS. ¡Vaya si lo comprendo a usted! *Le da una propina.* Tome para unos cigarrillos.

GUARDA. Se estima. No quería yo nada; pero se estima. Porque ya sabe el señorito que lo que caiga en mis manos seguro lo tiene. Lo mismo le entrego a usté esa porquería de abanico que una alhaja de precio.

TOMÁS. Ya, ya.

GUARDA. *Mirando hacia la derecha del foro.* ¡Anda con Dios! ¡Qué bestias son algunas! Y no es criticación.

TOMÁS. ¿Por qué lo dice?

GUARDA. ¡Arrepare usté en aquella niñera! Ya se sentó en el verde. Ni que la regañe ni que no, toas las mañanas ha de hacer lo mismo. ¡Al verde! Paece que en lugar de chicos trai borregos. *Chillándole y yéndose hacia ella.* ¡Eh! ¡Señora! ¡Que no está usté en su casa! ¡Señora!

Por la izquierda del foro llega Pepín Castrolejo, antes que desaparezca el Guarda. Es un gomosillo adinerado, de poquísimo fósforo en la mollera y con pretensiones de hombre de mundo.

PEPÍN. Hola, Tomás.

TOMÁS. Hola.

PEPÍN. ¿No han venido las niñas todavía?

TOMÁS. Todavía no.

PEPÍN. Bueno, vamos a ver: ¿cuál es el *colmo*…

TOMÁS. Hombre, ¿ya empieza usted con *colmos* y con chistes?

PEPÍN. ¡Si no tengo otra cosa que hacer! Éste me ha desvelado toda la noche. Se me ocurrió al meterme en la cama, y no lo he podido dejar. ¿Cuál es el *colmo…*? No; no… Por más que sí… ¿Cuál es el *colmo* de la costurera interesada?

TOMÁS. ¡Qué sé yo!

PEPÍN. Fíjese usted, hombre: el *colmo* de la costurera interesada.

TOMÁS. No lo acierto; no.

PEPÍN. ¡Hacerle el amor a un guarda-agujas! ¡Jeeeee! *Se ríe de una manera muy peculiar, como siempre que tiene algún chispazo de ingenio.*

TOMÁS. ¡Vamos!

PEPÍN. Esta tarde lo digo en el Círculo y me tiran por el balcón. ¿Y usted estaba estudiando?

TOMÁS. Por matar el tiempo, mientras viene la novia…

PEPÍN. ¿Se prepara usted para Aduanas, eh?

TOMÁS. Todos los años me preparo para alguna cosa. Pero no me presento nunca. Usted calcule: siempre son tres o cuatro mil opositores y cuatro o cinco plazas… ¿Y va a estar una de las cuatro o cinco esperando a que yo llegue y la coja? ¡Eso es soñar despierto!

PEPÍN. Entonces, ¿para qué se prepara usted?

TOMÁS. Si en realidad no me preparo: hago que estudio, por no disgustar a mi madre. Y me dedico a hablar con la novia. En la vida se aprende más que en los libros.

PEPÍN. ¡Oh! ¡Qué peste de libros! Los libros son para los sabios. Yo, gracias a Dios, acabé ya mi carrerita, y no perderé la vista leyendo, como no sean novelas verdes. ¡Jeee!

TOMÁS. ¿Qué carrera tiene usted?

PEPÍN. ¡Vaya una pregunta! La de abogado. Me consiguió papá un pase de ferrocarriles, y he visto todas las Universidades de España. Lo que yo le decía a papá: ¡esto sí que es una carrera! ¡Jeeeee!

TOMÁS. Como que no se puede estudiar. Y menos cuando se acerca mayo, que es cuando suele hacer más falta. ¡Se pone Madrid que no hay quien coja un libro! ¡Qué cielo! ¡Qué muchachas! ¿Qué tal lleva usted sus pretensiones?

PEPÍN. Viento en popa a toda vela. Yo de leyes no sabré, pero de estos lances…

TOMÁS. Donde tiene usted que venir es a la casa, por las noches. ¡Son unas tertulias deliciosas!

PEPÍN. ¿Sí, eh? ¿Se juega al escondite?

TOMÁS. Se juega, se juega. Y cuidado que la mamá se cala a lo mejor las gafas negras, y no sabe usted cuándo lo está mirando.

PEPÍN. ¡Jeeeee! ¡Lo que me gustan a mí esos detalles! ¿Qué tiempo lleva usted de relaciones con Amalia?

TOMÁS. Cinco o seis meses. La pretendí por no estudiar; entré en relaciones con ella por no estudiar… y vengo aquí algunas mañanas y voy a su casa de noche, por no estudiar.

PEPÍN. Pues yo, la verdad, amigo —confianza por confianza—, me he acercado al río por ver lo que se pesca, naturalmente. No se vaya usted a figurar que soy tan tonto como para tomarlo en serio.

TOMÁS. ¡Ah! pues viva usted alerta.

PEPÍN. ¿Alerta?

TOMÁS. ¿Usted no tiene noticias de esa familia?

PEPÍN. Muy pocas. Sé que don Segismundo, el papá —¡qué gran tipo!— es profesor de lenguas vivas, y que las niñas son muy cursilitas, las pobres.

TOMÁS. Pues veo que está usted en ayunas. ¡Las de Caín son famosas en todo Madrid! Mire usted, es tradicional: muchacho que entra en aquella casa, ése ya no sale soltero.

PEPÍN. ¡Caramba!

TOMÁS. Así, así. Las hermanitas eran ocho. Pues sólo en el año pasado se casaron tres.

PEPÍN. ¿Y usted no tiene miedo?

Tomás. Yo, ninguno. Si fuera un partido, lo tendría; ¡pero si soy una calamidad! Sin dinero, sin carrera, sin ganas de estudiarla, ¿qué padre me va a querer a mí para una hija? Sobre que, en último caso, lo mismo se me da casarme que no casarme: ¡con tal de no hacer oposiciones, todo va bien!

Pepín. ¡Ay, qué gracia!

Tomás. Pero usted, que es hombre de cuartos, y de posición, y de… ándese con ojo.

Pepín. No sea usted criatura, Tomás. Bueno, como usted apenas me conoce, no sabe la clase de punto que soy yo. Pregúnteles usted a los camareros de la Bombilla. ¿Qué apostamos a que hoy me declaro a la niña ésa… y el mes que viene ya he pasado del primer capítulo?

Tomás. Usted allá.

Se presenta por la derecha del foro, paseando reposadamente, el tío Cayetano. Es un señor omnipotente, que está hueco. A un pájaro que mire en la rama, es para brindarle protección. Viste bien, pero a gusto del sastre. A pocos pasos le sigue un Lacayo, con un gabán de entretiempo al brazo.

Tío Cayetano. *Reparando en Tomás.* ¡Oiga! ¡Qué encuentro más inesperado! ¡Tomasillo!

Tomás. *Acercándosele.* ¡Señor don Cayetano! ¿Cómo está usted?

Tío Cayetano. Bien, ¿y tú, perillán?

Tomás. ¡Se vive! A dar un paseíto, ¿no?

Tío Cayetano. Y a tomar mi vaso de leche. Yo, desde que entra abril, ya se sabe: como se me ocurra pasear alguna mañana, no perdono mi vaso de leche. ¿Y tú?

Tomás. Esperando a la novia.

Tío Cayetano. Me lo había figurado. Yo también he tenido tu edad.

Tomás. Suele venir toda la familia algunas mañanas, y nos apropiamos esta glorieta, que está muy agradable.

Tío Cayetano. Eso iba yo a decirte, que está muy agradable esta glorieta. Luego volveré yo por aquí a saludar a los parientes. *A Pepín.* ¿Usted es hijo de mi amigo Manolo Rebolledo?

Pepín. No, señor; no tengo ese gusto.

Tío Cayetano. ¡Pues se le parece usted muchísimo!

Tomás. Creí que se conocerían ustedes. *Presentándolos.* Don Cayetano de la Banda. Pepín Castrolejo, como se le llama en todas partes.

Tío Cayetano. ¡Ah! ¡Castrolejo! ¿Es usted hijo de mi amigo Pepe Castrolejo?

Pepín. Servidor de usted.

Tío Cayetano. ¡Pues también se le parece usted muchísimo! *Dándole la mano.* Puede usted mandarme como quiera, Y tú, Tomasillo, a ver cuándo me pides un favor, que me eres muy simpático.

Tomás. Gracias.

Tío Cayetano. ¿Gustan ustedes de tomar conmigo mi vaso de leche?

Pepín. Gracias.

Tomás. Muchas gracias.

Tío Cayetano. Mandar.

Se va por la izquierda, seguido del pobre Lacayo.

Pepín. ¿Quién es este pavo real, compañero?

Tomás. Supuse que se lo sabría usted de memoria. Éste es el famoso tío Cayetano.

Pepín. ¡Ah!

Tomás. ¿No le ha oído usted nunca a doña Elvira hablar del corazón del tío Cayetano?

Pepín. Sí, hombre, sí.

Tomás. Pues ahí lo tiene usted.

Pepín. ¡Qué bombos le da doña Elvira a toda la familia! ¡Jeeeee!

Tomás. ¡Ah, sí! Y ¡qué besos! Este fantasmón es hermano de una cuñada de ella, y hombre influyente; tan influyente como rico. Fue ministro un cuarto de hora. Tomándose medida del uniforme le sorprendió la crisis.

Pepín. ¡Jeeeee!

Tomás. Le engorda, como usted habrá notado, proteger al prójimo, y para las sobrinas es una verdadera lotería. La historia de todos los solterones. Siempre que usted les vea trapitos nuevos o alguna alhajilla, atribúyaselos al

tío Cayetano. Porque las lecciones de idiomas de don Segismundo, y las traducciones de novelas, no dan para ciertos perfiles.

PEPÍN. Allí vienen. Las cinco hermanas, el papá y la mamá.

TOMÁS. Sus futuros suegros de usted.

PEPÍN. ¡Un demonio! ¡La trampa en que haya de caer yo no se ha fabricado todavía! ¡Jeeeee!

TOMÁS. ¿Vamos a salirles al encuentro?

PEPÍN. Vamos.

Se van por la derecha. El Guarda aparece en dirección opuesta y se cruza con ellos. Viene liando un cigarrillo.

GUARDA. ¡La pacencia que es menester pa ser guarda de un paseo público! Cuando no son niñeras, son amas, y cuando no son amas, son estitutrices. Pero ¡anda! que to se pué pasar bien menos los edilios. ¡Los edilios me atacan la bilis! Y ésta que viene aquí es la familia de los edilios. ¡Pacencia! Haber nacío estatua, que ésas lo ven to tranquilamente.

Se marcha por el foro, volviendo la cara hacia la derecha.

Llega, en efecto, la anunciada familia de los «edilios» don Segismundo Caín y de la Muela, doña Elvira Horcajo de Caín y sus bellas hijas Rosalía, Marucha, Estrella, Amalia y Fifí. Las cinco visten sombreros y trajes de la misma forma. Rosalía y Marucha, de un color, y las otras, de otro. Todo ello cuidadito y pulcro: sin pretensiones; nada cursi.

La mamá, que frisa con los cuarenta y cinco años, se retoca y acicala lodo lo que puede, dentro de su modestia. Aunque ha tenido ya ocho hijas, se conserva tan tiesa y firme, que bien pudiera tener otras ocho.

El señor Caín pasa de los cincuenta. Su rostro es bonachón y dulce; más bien que de Caín, parece de Abel. Usa chaqué, hongo de copa plana, botines y unos pantalones bien anchos. En la mano izquierda trae un libro y varios periódicos, y en la diestra un bastón, regalo del lío Cayetano.

Tomás vuelve de palique con Amalia, y Pepín Castrolejo con Estrella. Estos últimos ríen más que hablan. Los unos se sientan a poco en el banco de

la derecha, y los otros en el de la izquierda. Don Segismundo y doña Elvira, en el del foro.

ROSALÍA. *Como buscando a alguien.* Pero ¿se ha escondido ese tonto?

TOMÁS. ¿Quién?

ROSALÍA. Alfredo.

TOMÁS. ¿No le he dicho a usted que no ha venido aún? ¿Piensa usted que es broma?

MARUCHA. *En un tono mimosito, lleno de malicia y coquetería, que es característico en ella.* La tiene tan mal acostumbrada…

DON SEGISMUNDO. *Recreándose en las enamoradas parejas.* ¡Ay, ay, ay!

> *Au corps sous la tombe enfermé*
> *que reste-t-il? D'avoir aimé*
> *pendant deux ou trois mois de mai.*

¿No te parece, Elvira?

DOÑA ELVIRA. No te he entendido, Segismundo.

TOMÁS. Ni yo tampoco. ¿Es latín?

DON SEGISMUNDO. *Siempre lisonjero con el prójimo que le conviene.* ¡Ja, ja! ¡Donosa pregunta! ¡Latín! *Traduciendo.* «¿Qué le queda al cuerpo en la tumba? Haber amado durante dos o tres primaveras.» ¿Es oportuna la cita, sí o no?

PEPÍN. ¡Extraordinariamente oportuna!

TOMÁS. ¡Ya lo creo que lo es!

ESTRELLA. Salvo lo de la tumba, papá; que no viene a nada.

ROSALÍA. *Impaciente.* Pero ¿y Alfredo? ¿Qué le habrá sucedido a Alfredo?

DOÑA ELVIRA. Mujer, ya sabes que no falta jamás. Alguna razón habrá tenido el chico para retrasarse.

DON SEGISMUNDO. Poderosa habrá sido seguramente; porque a Alfredo lo comparo yo con Amadís de Gaula. *Se dedica a leer sus periódicos.*

Marucha. Anda tú, Rosalía; no pienses más en Alfredo; ya vendrá Alfredo. Vamos a dar un paseíto hasta la Fuente. No me digas que no.

Rosalía. ¡Vamos hasta la Fuente! Y si llega Alfredo mientras tanto, que me aguarde. ¿No lo estoy esperando yo a él?

Marucha. ¿Vienes con nosotras, Fifí?

Fifí. *Sollozando y acompañando su negativa con movimientos de cabeza.* No… que no voy…

Marucha. ¿Por qué?

Fifí. Porque… no… no voy…

Rosalía. Pero ¿qué te pasa, Fifí?

Fifí. Que antes… antes… me dijo Marucha… que no me quería…

Marucha. ¡Pero te lo dije en broma!

Rosalía. ¡Pues claro! No seas tonta, Fifí.

Marucha. Acompáñanos, y por el camino te diré que te quiero más que a ninguna.

Fifí. Entonces… vamos.

Rosalía. Vamos, vamos.

Doña Elvira. No os alejéis mucho. Hasta la Fuente nada más.

Tomás. *Levantándose un momento del lado de su novia.* ¡Ah! Maruchita.

Marucha. ¿Qué?

Tomás. El abanico que había usted perdido.

Marucha. ¿Pareció?

Tomás. El guardado tenía. Me he estado abanicando con él, y me ha contado dos o tres secretillos.

Marucha. ¿Míos?

Tomás. De usted. Y que pican que rabian.

Marucha. ¡Ay, qué malo es usted, Tomás! Amalia, tu novio es muy malo; me está diciendo cosas malas. Dile que no me diga cosas malas.

Amalia. ¿Qué te ha dicho?

TOMÁS. La verdad: que su abanico me ha contado unos cuantos secretos terribles.

AMALIA. ¡Pues sí que hay para mandarte a presidio!

MARUCHA. Es muy malo, muy malo. Ten cuidado con él, que es muy malo.

ROSALÍA. Y tú eres tan tonta como Fifí. Deja en paz a ésos, y vente. *A Fifí*, ¡Anima tú esa cara, chiquilla! ¡Jesús, qué pavisosa! ¿A qué no me alcanzáis? *Echa a correr y se va por la izquierda.*

MARUCHA. ¿A qué sí? *Corre tras ella vivamente.*

FIFÍ. *Afligidísima.* ¡Papá… papá!… ¡Que me dejan sola!

DON SEGISMUNDO. Pues, hija, corre; que tú estás en la edad más que ellas.

DOÑA ELVIRA. ¡Pobrecita mía! Ven acá, Fifí; ven acá. Ven que te abroche este automático de la falda. *Lo hace*. Y ahora dame un beso. *La besa con gran efusión, como siempre que besa esta señora.* Ea, corre con tus hermanas. *Fifí se va sin alterarse grandemente.* ¡Ángel mío! ¡Qué corpachón ha echado! Y ¡qué monísima está! ¡Qué mona! ¿Verdad, Segis?

DON SEGISMUNDO. Muy mona, muy mona.

DOÑA ELVIRA. ¡Y tan inocentita como se conserva! *Saca las gafas negras de que Tomás ha hablado, y se las cala, por si las novias y los novios no son ya tan inocentes como Fifí.* ¡Jesús! ¡Cómo me molesta el resol!

DON SEGISMUNDO. Elvira, tienes que cuidarte esos ojos, que me trastornaron un tiempo.

DOÑA ELVIRA. ¡Ay!… ¡Qué tiempo, Mundo!

DON SEGISMUNDO. No evoques…

TOMÁS. *Bajo, a Amalia.* Ya se caló tu mamá las gafas negras, y ya estoy yo nervioso.

AMALIA. Simple, si se las pone para ver menos.

TOMÁS. Sí, sí.

AMALIA. Pero qué poco galante eres.

TOMÁS. ¿Por qué?

AMALIA. Porque traigo el peinado que a ti te gusta, y no me has dicho una palabra.

TOMÁS. ¡Es verdad! Perdóname.

AMALIA. ¿Me está bien?

TOMÁS. ¡Te está para comerte!

AMALIA. ¿Y las uñas? Míralas: parecen espejos. Puedes verte en ellas.

TOMÁS. ¡Como que dan ganas de comerse los deditos con chocolate!

AMALIA. Chico, ¡qué hambre tienes!

TOMÁS. En cuanto te veo se me despierta.

AMALIA. Pues mucho cuidado con las gafas negras de mamá.

Atraviesa el Guarda de izquierda a derecha, mirando con indignación contenida a los tres grupos.

PEPÍN. Vamos a ver: ¿cuál es el *colmo* de la dicha de un pretendiente?

ESTRELLA. *Con vehemencia y cierta afectación nerviosa de que hace siempre gala.* ¡Ay, por Dios, Pepín, cállese usted ya! Es usted incansable. ¿Cómo ha dicho usted?

PEPÍN. El *colmo* de la dicha de un pretendiente.

Estrella, No caigo; soy muy torpe.

PEPÍN. Pues que le dé su pretendida un *sí* con colmo. ¡Jeeeee!

Se ríe según costumbre, y ella lo secunda como si en efecto hubiera dicho una gracia.

ESTRELLA. ¡Jesús, qué diablo de hombre! ¡Qué cosas idea! Estoy ya mala de reír. Y *yo* me temo: cuando me pongo a reír así, me temo. En el teatro, como lo que den sea de risa, llamo la atención. Me temo; me temo. Soy tan nerviosa, ¿sabe usted?… que no sé contenerme. Me temo.

PEPÍN. Dichoso yo, que le he caído a usted tan en gracia.

ESTRELLA. Sí, por cierto; me es usted muy simpático.

PEPÍN. Todo se pega, ¿no?

ESTRELLA. Y le advierto a usted que traía poquísimas ganas de risa. Si no es porque usted me esperaba, no vengo hoy.

PEPÍN. ¿Y eso?

ESTRELLA. He pasado una noche muy mala.

PEPÍN. Pues que sea enhorabuena.

ESTRELLA. ¿Enhorabuena?

PEPÍN. Si la noche era *mala,* y la ha *pasado* usted… ¡Ojalá me ocurriera a mí lo mismo con un duro que nadie me toma! ¡Jeeeee!

Vuelta a la risa de los dos.

ESTRELLA. *Levantándose de pura admiración.* ¡Es usted de lo que no hay! ¡Papá, papá: le digo a Pepín que he pasado muy mala noche, y me felicita porque era mala y la he pasado! ¡Como si fuera una moneda! ¡Ja, ja, ja!

DON SEGISMUNDO. *Dándose con los dedos de una mano en el dorso de la otra, en son de aplauso.* ¡Ja, ja! ¡Mucho; mucho! Eso es de buena ley. ¡Mucho; mucho!

DOÑA ELVIRA. Esta Estrella, Pepín. —¡Hija de mi vida!— se vuelve loca con las ocurrencias de usted. Como es usted tan ingenioso…

PEPÍN. No… ¡por Dios!… Es que son ustedes muy amables conmigo. *A Estrella, que ha vuelto a sentarse.* Y ¿se puede saber por qué ha pasado usted tan mala noche? Sin chistes ahora.

ESTRELLA. ¡Psche!… Ha habido de todo… ¡Unos sueños!… ¡unas pesadillas!… Y mucho desvelo. Y yo me temo cuando me desvelo; me temo. Porque es un desate de la imaginación y de todo el sistema nervioso… que ya le digo a usted: me temo; me temo. ¿Usted duerme bien?

PEPÍN. Siempre. Y desde que tengo el gusto de tratarla a usted, mejor todavía.

ESTRELLA. ¿Sí? ¿Por qué?

PEPÍN. Porque *da usted el opio.* ¡Jeeeee!

Nuevas risas.

ESTRELLA. ¡Ay, pero por María Santísima, pero qué hombre, pero qué ingenio, pero qué torrente… pero qué cosa!

PEPÍN. Se conoce que me inspira usted; que es usted mi musa.

ESTRELLA. Usted tendrá la misma chispa con todas. ¿Ha estado usted alguna vez enamorado?

PEPÍN. ¿Enamorado? Infinitas veces. Unas más graves que otras; pero infinitas veces. Cosa de atarme, sólo una.

ESTRELLA. ¡Cosa de atarlo dice!…

PEPÍN. ¿Y usted ha querido a alguien en este mundo?

ESTRELLA. ¡Ni lo permita Dios, Pepín! No me hable usted de amores. Me temo; me temo enamorada. Soy una mujer que tiene un corazón tan ardiente, y que quiere de un modo, Pepín, que me temo; me temo.

PEPÍN. Pues… de amores deseaba yo hablar con usted hoy mismito.

ESTRELLA. Mire usted que me temo, Pepín; que me temo.

PEPÍN. Mejor. ¿Y a mí, me teme usted?

ESTRELLA. A usted, no; es usted un buen amigo mío…

PEPÍN. ¿Y si aspirara a ser algo más?

ESTRELLA. Que me temo, Pepín; que me temo.

PEPÍN. ¡Encantado yo con esos temores! Bien claro me indican que ese corazoncito volcánico… tiene alguna lava para mí.

ESTRELLA. Pepín, por Dios, que he pasado muy mala noche… que estoy muy nerviosa… No siga usted por ese camino… yo se lo ruego a usted. Otro día… mañana, si usted gusta, hablaremos del particular… Hoy me temo; me temo. ¿Quiere usted que vayamos dando un paseo hasta donde están mis hermanas?

PEPÍN. ¡Y hasta el fin del mundo!…

ESTRELLA. ¡Pepín!… ¡Pepín!…

PEPÍN. Escuche usted: ¿en qué se parece el corazón de una mujer a un impermeable?

ESTRELLA. ¡Jesús, qué salida! No está mi ánimo para acertijos ahora. *A Amalia y a Tomás.* ¿Estiramos un poco las piernas?

AMALIA. Las estiraremos.

TOMÁS. Admirable proposición.

DOÑA ELVIRA. Hasta la Fuente nada más, ¿eh?, que yo no los pierda de vista.

PEPÍN. Descuide usted, señora. Aquí no hay ninguno tan listo que se pierda de vista. ¡Jeeeee!

Risas generales.

DON SEGISMUNDO. *Aplaudiendo.* ¡Mucho; mucho! De muy buena ley.

Se van por la izquierda las dos parejas.

Doña Elvira se quita las gafas y se levanta a verlas marchar. Luego se acerca a su marido y le pregunta:

DOÑA ELVIRA. ¿Te satisface este Castrolejo para nuestra hija?

DON SEGISMUNDO. ¿Cómo no? ¿Crees tú que de no ser así le reiría yo esos chistes? *Se levanta y pasea unos momentos del brazo de doña Elvira.*

DOÑA ELVIRA. Me has convencido, Mundo; como siempre.

DON SEGISMUNDO. ¿Se te ocurre a ti algún reparo?

DOÑA ELVIRA. ¿Qué podré yo ver que tú no veas? Sin embargo, mi instinto de madre recela un poco de la formalidad de ese joven. Como su posición es muy superior a la nuestra, y estos ricos creen que el dinero todo lo allana… Tú ¿qué dices?

DON SEGISMUNDO. Que el instinto de madre no se engaña nunca. Estoy al cabo de la calle. Pepín, ciertamente, es algo calaverilla, algo ligero… Pero también es algo tonto. Esto me lo dice a mí el instinto de padre. Encuentro yo que es el marido justo para una mujer tan avispada como Estrella. El matrimonio es equilibrio… Que siembre, que siembre… Por todas partes se va a Roma… Que siembre…

DOÑA ELVIRA. Mundo, Mundo, ¡qué talento te ha dado Dios! Y a mí, ¡qué gran fortuna con hacerte el padre de mis hijas, siendo yo una mujer vulgar y adocenada!

DON SEGISMUNDO. En nuestras hijas estriba todo mi talento. Con ocho hijas no hay modo alguno de ser torpe. ¿Quién era yo, cuando tuve la

dicha de hallarte?

DOÑA ELVIRA. La dicha fué la mía, Segis.

DON SEGISMUNDO. De entrambos. Yo no era más que un humilde profesor de lenguas vivas. Pero me encontré en siete años con ocho lenguas vivas más, que empezaron a pedirme medias, y zapatos, y moños, y sombreros… ¡Hasta entonces no supe bien lo que eran lenguas vivas! Convéncete, esposa: se le aguza el ingenio a una puerta.

DOÑA ELVIRA. ¡Ay! Dios nos dé salud para ver a estas cinco palomas tan bien casadas como a las tres mayores.

DON SEGISMUNDO. Y aún mejor. En eso tengo gran confianza. Se me figura que le hemos cogido el tranquillo a esto de las bodas.

DOÑA ELVIRA. La de Tomás creo que va para largo. Es muy simpático, muy bueno; pero no tiene oficio ni beneficio, ni pariente ni *ambiente*.

DON SEGISMUNDO. Habiente has de decir, Elvira.

DOÑA ELVIRA. ¿Habiente? ¡Qué mal me suena eso!

DON SEGISMUNDO. Pues así es… Con Tomás me hago yo ilusiones, acaricio proyectos futuros… Ya saldrá, ya saldrá… Hay madera en él; hay un corazón; hay un hombre… Sin voluntad, sin rumbo todavía… que va donde lo lleva el viento… Pero el viento soy yo, ¿comprendes? Tomasito no necesita más que un par de lenguas vivas que le pidan pan por las mañanas, y se hará un mozo de provecho… Al tiempo, Elvira… Ya saldrá, ya saldrá…

DOÑA ELVIRA. Dime: ¿qué has hablado anoche con Rosalía, tocante a Alfredo?

DON SEGISMUNDO. ¡Ah! Algo muy profundo y de gran trascendencia.

DOÑA ELVIRA. ¿Sí?

DON SEGISMUNDO. Tal creo. Si me equivoco, rectificaré. Rectificar es de discretos, y de sabios, equivocarse. Alfredo adora en Rosalía…

DOÑA ELVIRA. Y es natural que adore; porque Rosalía es tan buena, tan inteligente, tan guapa, tan graciosa, tan zalamera, tan viva de genio…

DON SEGISMUNDO. *Atajando el párrafo.* Extracta, porque la conozco. Pues bien: Alfredo habla ya de preparativos de boda; y esto, que desde su

punto de vista es muy natural, a mí se me antoja prematuro.

DOÑA ELVIRA. ¿Prematuro que se case una hija nuestra? Es la primera vez. Me asombras, Mundo.

DON SEGISMUNDO. Te tranquilizaré en seguida. El amor de Alfredo a nuestra hija es grande, es intenso: de ese que no se borra fácilmente. El amor es siempre una fuerza; y como todo es poco para casar a cinco hijas, sobre todo después de haber casado a tres, yo pienso aprovechar la fuerza de ese amor, como aprovecha un ingeniero un salto de agua.

DOÑA ELVIRA. ¡Y todavía me permito yo hacerte observaciones!

DON SEGISMUNDO. Ya saldrá, ya saldrá… Se casarán Amalia, Estrella y Rosalía, y ya vendrán mientras los que hayan de ser compañeros en esta vida de Maruchita y de Fifí.

DOÑA ELVIRA. ¡Afortunados mortales! ¡Porque mira que Marucha es tan dulce, tan celestial, tan cariñosa!… Yo las quiero a todas igual —¡entrañas mías!— pero Marucha tiene un encanto, un modo de expresarse, un mimo…

DON SEGISMUNDO. La conozco también.

DOÑA ELVIRA. ¡Y Fifí…!

DON SEGISMUNDO. Fifí, la pobrecita, es una castaña.

DOÑA ELVIRA. ¿Qué dices, Segis?

DON SEGISMUNDO. Que es una castaña. Si algún talento tengo yo, es el de ver las cosas a su luz verdadera. Ni el ser padre me pone una venda en los ojos. Fifí ha nacido tonta de capirote.

DOÑA ELVIRA. No la trates con esa dureza.

DON SEGISMUNDO. ¿Qué hablas de dureza? Por lo mismo que tiene esa desgracia la quiero más. Pero reconócelo: es tonta. Se le encoge el corazón y llora sin motivo alguno. Y ya la oyes tú por las noches: «¡Papá, que veo al demonio!» «¡Papá, que me tiran de los pies!» «¡Papá, que la sombra del sombrero me parece un bicho!» Rara es la noche que no le pide a una de sus hermanas que se la lleve a dormir con ella.

DOÑA ELVIRA. ¡Tiene dieciséis años!

DON SEGISMUNDO. A esa edad te casaste tú, y nunca se te ocurrió pedirme nada por el estilo.

DOÑA ELVIRA. Es verdad.

DON SEGISMUNDO. Pero no te apures: tonta y todo, la casaremos. La mujer debe marchar en la vida al lado de un hombre. Lo demás es contrario a la naturaleza. —Te voy a convidar a barquillos. *Llamando a un Barquillero que, momentos antes, sale por el primer término de la derecha y cruza hacia el foro.* ¡Barquillero!

BARQUILLERO. *Acercándose al grupo.* ¡Hola!

DON SEGISMUNDO. Vamos a ver si tengo buena mano. Toma. *Le da una moneda de diez céntimos.*

BARQUILLERO. Puede usted tirar cuatro veces.

Don Segismundo juega.

DON SEGISMUNDO. ¡El uno! ¡También es desgracia!

BARQUILLERO. Uno.

DON SEGISMUNDO. El cuatro.

BARQUILLERO. Y cuatro, cinco.

DON SEGISMUNDO. ¿El uno otra vez?

BARQUILLERO. Y uno, seis.

DON SEGISMUNDO. ¡Huy, que creí que pescaba el treinta!

BARQUILLERO. Y dos, ocho.

DON SEGISMUNDO. Juega tú otra perrilla, Elvira, a ver si tienes mejor suerte. *Se la da al Barquillero.* Toma.

DOÑA ELVIRA. Vamos a ver. *Jugando.* El quince.

DON SEGISMUNDO. ¡Digo!

BARQUILLERO. Y ocho del señor, veintitrés.

DON SEGISMUNDO. ¡Anda, morena!

DOÑA ELVIRA. ¡El ocho!

BARQUILLERO. Y veintitrés, treinta y uno.

DON SEGISMUNDO. Sigue, sigue.

DOÑA ELVIRA. ¡El quince otra vez!

BARQUILLERO. Y treinta y uno, cuarenta y seis.

DON SEGISMUNDO. ¡Atiza!

BARQUILLERO. Y treinta, setenta y seis.

DOÑA ELVIRA. ¡El treinta!

DON SEGISMUNDO. ¡Buen tino! ¿eh?

BARQUILLERO. ¡Vaya una tiraíta! *Se pone a contar los barquillos.*

DOÑA ELVIRA. ¿Ves cómo tengo más fortuna que tú. Segis?

DON SEGISMUNDO. En los barquillos, Elvira, en los barquillos.

Sale Alfredo por la derecha. Viene muy alegre.

ALFREDO. ¡Buenos días! ¿Se juega a los barquillos, eh?

DON SEGISMUNDO. *Adelantándose a recibirlo.* ¡Queridísimo Alfredo de mi alma!

DOÑA ELVIRA. Por pasar el rato.

ALFREDO. ¿Y las chicas?

DON SEGISMUNDO. Míralas allí.

ALFREDO. Es verdad; que están en la Fuente. Ya me vió Rosalía.

BARQUILLERO. *Dándole a doña Elvira dos «banderillas» de barquillos y otras dos a don Segismundo.* Tenga usted, señora. Tenga usted, señor. Pa todos hay.

DOÑA ELVIRA. Otro día escaparás mejor, hombre.

BARQUILLERO. ¿Viene usté por aquí toas las mañanas?

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja! ¡Es que Elvira, como ves, le ha vaciado el bombo!

BARQUILLERO. *Marchándose.* De salú sirvan. ¡Barquillero! ¡Barquillos! ¡De canela!

DOÑA ELVIRA. ¿Gustas, Alfredo?

ALFREDO. Muchas gracias.

DON SEGISMUNDO. Pues vamos allá, a que nos ayude aquella gente.

DOÑA ELVIRA. Vamos, sí. Aquí se acerca Rosalía.

DON SEGISMUNDO. A vosotros se os puede dejar solos. Y aún se os debe.

ALFREDO. Hasta ahora.

Don Segismundo y doña Elvira se van por la izquierda.

Alfredo mira hacia allá sonriendo. Poco después aparece muy presurosa Rosalía.

Alfredo es vehemente, apasionado, de expresión viva y franca.

Rosalía es traviesa, zalamera, burlona. Está muy segura de sí misma, y muy particularmente del efecto que le producen a su novio su frente, sus ojos, su boca… y aun su propia nariz.

ROSALÍA. Caballero, vengo extraviada. ¿Es usted forastero?

ALFREDO. *Siguiéndole el humor*. No, señorita.

ROSALÍA. Pues tiene usted cara de *isidro*. ¿Me hace usted el favor de decirme entonces cómo se llama esta glorieta?

ALFREDO. La de los *idilios*, creo que la llama el guarda. ¿Por qué?

ROSALÍA. Porque hace media hora que debiera estar en ella mi novio, y por fuerza se ha confundido.

ALFREDO. ¡Qué tonto! ¡Confundirse, esperándolo usted!

ROSALÍA. No es tonto; es pillo.

ALFREDO. ¿Pillo?

ROSALÍA. O se lo hace. Ven acá: ¿de dónde vienes, que traes una guía para arriba y otra para abajo?

ALFREDO. ¿Que de dónde vengo? ¿Que de dónde vengo? ¡Ay, si tú supieras de dónde vengo!

ROSALÍA. Sí que traes una carita de pascuas… Lo de siempre: en cuanto andas lejos de mí, no te cambias por nadie.

ALFREDO. No me digas eso, Rosalía.

ROSALÍA. Pues te advierto una cosa: que si te gusta otra más que yo, tienes la puerta franca para irte. Ni me da un patatús, ni tomo cerillas, ni me

pego un tiro, ni me arrojo al estanque. Al mes, otro novio: tengo los pretendientes así. Anda, anda; puedes irte si quieres. ¿No venías tan contento? Pues vete, vete allá. Donde sea, que tampoco me importa.

ALFREDO. Rosalía, sabes que esa broma me subleva.

ROSALÍA. Si no es broma, no.

ALFREDO. ¡Sí es broma, sí!

ROSALÍA. ¡No es broma!

ALFREDO. ¡Sí es broma!

ROSALÍA. *Mirándolo con coquetería.* Pues sí que es broma.

ALFREDO. ¿No ha de serlo? ¡Suponer tú que quiero a nadie, que pienso en nadie que no seas tú… tú, que eres mi vida entera!

ROSALÍA. ¿De verdad?

ALFREDO. ¡Yo no sé hablar sino de verdad cuando hablo de esto! ¡Si te llevo en el corazón y en el pensamiento a todas horas; de noche y de día!… ¡Si vas conmigo a todas partes!

ROSALÍA. Según donde tú vayas: cuidado.

ALFREDO. Yo no voy más que adonde puedas ir tú conmigo.

ROSALÍA. ¡Ole los santos de almanaque!

ALFREDO. ¡Ja, ja, ja!

ROSALÍA. ¡Lo que yo quiero a mi santito! Pero vamos a sentarnos: que santo y todo, tienes que explicarme tu tardanza de hoy.

ALFREDO. ¡Oh! ¡Mi tardanza de hoy! ¡Mi tardanza!… Tú verás cómo me la agradeces…

Se sientan en el banco de la derecha. Pasa el Guarda en sentido contrario que antes.

GUARDA. (Edilios por arriba, edilios por abajo, edilios por delante y edilios por detrás… ¿Hasta dónde estaré ya de edilios?) *Vase.*

ROSALÍA. Bueno: mírame a los ojos: ¿por qué has tardado? No lo pienses, no: vivo, vivo. Habla: ¿por qué has tardado?

ALFREDO. *Sonriendo, y dándole gran importancia a la revelación.* ¡Porque he estado en una tienda de muebles!

ROSALÍA. ¿A qué?

ALFREDO. A buscar una cosa.

ROSALÍA. Pues, chico, hacerme esperar por una mujer, ya es grave; pero ¡hacerme esperar por un mueble!…

ALFREDO. No es uno solo; son varios. Dos camas muy lindas, un lavabo, un armario de luna, dos mesas de noche, cuatro sillitas, dos butacas…

ROSALÍA. ¿Estás loco, Alfredo?

ALFREDO. ¡Loco estoy! ¡Por ti! ¡Y no quiero que me pongas cuerdo; quiero seguir loco; eternamente loco, y a tu lado! Verás lo que ocurre. Anoche, al volver a casa, me encontré una carta de papá. La aguardaba con impaciencia. Es contestación definitiva y categórica a dos o tres mías sobre lo mismo. ¿No ves? ¿No ves cómo tiemblo de gozo? ¡Te abrazaría de mejor gana que lo estoy diciendo!

ROSALÍA. ¡Pues ya iba a ser abrazo! ¡Porque los ojos te echan chiribitas!

Alfredo, Bueno: mi padre me dice que, en efecto, él está ya cansado de visitar enfermos y de poner recetas; que su titular y sus visitas serán para mí; que en el pueblo se me recibirá con gran simpatía… y que no hay más que hablar: que me case, en vista de que no tengo remedio, y que me vaya allá con mi mujercita, cuanto antes mejor. ¿Qué te parece?

ROSALÍA. ¿Es muy grande el cementerio de ese pueblo?

ALFREDO. ¿A qué viene eso ahora?

ROSALÍA. Porque todo va a ser poco cuando tú empieces a recetar.

ALFREDO. ¡Déjate de chirigotas, Rosalía! *Observando que se ha quedado pensativa de pronto.* Pero ¿qué te ocurre? ¿Qué cara es ésa? ¿No te alegras con lo que te he dicho?

ROSALÍA. ¿No he de alegrarme, tonto, si veo lo que me quieres, si te quiero yo más aún… y ése es tu porvenir y el mío?

ALFREDO. Entonces, no comprendo…

ROSALÍA. Alfredo, ¿tu cariño no es cosa pasajera, verdad? ¿Es de toda la vida, verdad?

ALFREDO. Y ¿tú me lo preguntas?

ROSALÍA. ¿Tú por nada ni por nadie dejarás de quererme?

ALFREDO. Pero ¡qué simpleza! Rosalía, me alarman tus palabras. ¿Por qué no has estallado de alegría como yo, al oír lo que a mí me ha quitado el sueño esta noche?

ROSALÍA. *Con gravedad, retardando un poco la respuesta.* Porque yo, Alfredo, no puedo casarme por ahora.

ALFREDO. ¿Cómo? ¿Qué? ¿Quién lo impide?

ROSALÍA. Nadie.

ALFREDO. ¿Nadie?

ROSALÍA. Nadie más que yo.

ALFREDO. ¿Tú, muchacha? ¿Estás en tu juicio?

ROSALÍA. Yo misma, yo. Yo, que he resuelto hace tiempo no dejar a mis padres hasta que se casen mis hermanas.

ALFREDO. ¿Tus hermanas?

ROSALÍA. Sí.

ALFREDO. ¿Las cuatro?

ROSALÍA. Las cuatro.

ALFREDO. ¡Ave María Purísima! ¡Qué disparate!

ROSALÍA. Lo será para ti.

ALFREDO. *Levantándose descompuesto.* ¡Y para cualquiera que discurra serenamente! ¿Quieres decirme qué… qué…?

ROSALÍA. ¿Qué?

ALFREDO. ¿Qué origen, qué fundamento, qué meollo tiene esa resolución que has tomado?

ROSALÍA. Debieras comprenderlo sin decírtelo yo. A ti te consta que en mi casa soy poco menos que indispensable. No sólo le ayudo a mi padre en sus trabajos, que cada día lo rinden más y lo fatigan, sino que cuido de mis hermanas: que cuido de ellas en todos sentidos, tú lo sabes.

ALFREDO. ¡Ah, pues que…!

ROSALÍA. ¿Qué?

ALFREDO. Nada; iba a decir una tontería.

ROSALÍA. Mejor es que te la hayas callado.

ALFREDO. ¡No extrañes que desafine, Rosalía, porque todo lo podía yo esperar menos esa pitada! ¿Tú has meditado bien lo que es en Madrid casar a cuatro niñas?

ROSALÍA. Nos iremos a Filipinas, si te parece.

ALFREDO. ¿Tú no consideras todo lo que hay que esperar para eso?

ROSALÍA. Pues esperamos.

ALFREDO. ¡Eso es; esperamos! ¿Y si no se casan?

ROSALÍA. Sí se casan.

ALFREDO. ¿Y si no se casan?

ROSALÍA. Si no se casaran, ya veríamos. Por ahora hay que esperar.

ALFREDO. ¡Ah, no, no! ¡Esto no puede tolerarse, Rosalía! Yo hablaré con tu padre…

ROSALÍA. Habla con quien quieras. ¡Bonito modo de alborotarse tiene el niño! ¡Vaya un cariño el tuyo! Al fin y al cabo, hombre. Tan egoísta como todos. En cuanto se os contraría en lo más mínimo, os ponéis por las nubes.

ALFREDO. ¿Cómo en lo más mínimo? Pero ¿a qué le llamas tú lo más mínimo? ¡A un hombre que está rabiando por casarse, le pides que se siente a la puerta, a ver si pasan novios para tus hermanas! ¡Rosalía, esto tiene todo el carácter de una burla!

ROSALÍA. Pues no lo es. Y a mí no me chilles: que lo que me sobran a mí son despachaderas para darte a ti pasaporte. Pero volando, ¿eh?

ALFREDO. ¡Rosalía!…

ROSALÍA. Nada, nada; aunque se te salgan los ojos del cráneo, no me caso mientras no se casen mis hermanas. Y si me apuras mucho, hasta que enviude una de ellas.

ALFREDO. *Va a contestarle destempladamente y se reprime.* Me voy: me voy… por no tener un disgusto serio.

ROSALÍA. Lo tendrás tú: yo me quedo tan fresca.

ALFREDO. *Cortando por lo sano.* Hasta luego… si voy a tu casa.

ROSALÍA. Allá tú.

ALFREDO. ¡Ah! ¿allá tú?

ROSALÍA. ¡Claro!

ALFREDO. ¡Vaya! ¡Te has propuesto darme la mañanita!

Echa a andar hacia el foro, a tiempo que por la izquierda vuelve don Segismundo y se encara con él.

DON SEGISMUNDO. ¿Qué es eso? ¿Adónde vas así? ¿Qué pasa?

ALFREDO. *Alteradísimo.* ¡Pasa… pasa… pasa que esto no puede ser!

DON SEGISMUNDO. *Con gran complacencia.* No puede ser.

ALFREDO. ¡Lo defienda quien lo defienda, no puede ser!

DON SEGISMUNDO. No puede ser.

ALFREDO. Pero ¿usted sabe de lo que se trata, señor?

DON SEGISMUNDO. No; pero cuando tú, que eres tan sentadito, me dices que no puede ser…

ALFREDO. ¡Bah! ¡bah! ¡A la noche hablaremos! ¡Abur! *Se va por la derecha como alma que lleva el diablo.*

Rosalía lo ve irse sonriendo. Caín, en actitud seráfica.

DON SEGISMUNDO. ¿Le doraste la píldora?

ROSALÍA. Se la ha tragado sin dorar. Yo sé cómo hago las cosas con éste. Me quiere mucho.

DON SEGISMUNDO. ¡Cuánto te agradezco, hija mía, el sacrificio a que te prestas en bien de tus hermanas!

ROSALÍA. ¿Sacrificio? Ninguno. Pero si lo fuera, también lo haría. Alfredo volverá a pedirme perdón antes de diez minutos. Nuestro reinado es éste: de novias. Y ¿qué me importa a mí seguir de reina algún tiempo más? Hasta que tú quieras, papaíto.

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Corre tu sangre por mis venas… ¡Al revés!

ROSALÍA. Bueno; y ya que lo he hecho, ¿me quieres descubrir la idea que te llevas?

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja! Curiosilla… Si te la descubriera, sabrías tú tanto como yo. Y tú tienes los cabellos negros y los míos principian a

blanquear… Sobre que tal vez no me comprendieses… Ya saldrá, ya saldrá… Lo que me encanta es esta sumisión, esta unión de todos nosotros ante la perspectiva del bien de alguno… No cabe duda: somos una familia ejemplar. *Volviéndose hacia la izquierda.* Y ¡mira quién llega con las chicas!

Sale el tío Cayetano pavoneándose. De un brazo trae a Marucha y del otro a Fifí. El Lacayo lo sigue impasible, como siempre.

ROSALÍA. ¡Ah! ¡Tío Cayetano! ¡Dichosos los ojos! ¿Cómo usted por estas soledades?

TÍO CAYETANO. A dar un paseo… y a tomar mi vaso de leche. Yo, ya se sabe: en cuanto llega la primavera, mi vaso de leche por las mañanas no hay quien me lo quite.

DON SEGISMUNDO. Muy sano, muy sano…

ROSALÍA. ¿Ha visto usted qué bonitos han quedado los trajes?

TÍO CAYETANO. Ya, ya he hablado yo de eso con Marucha.

MARUCHA. Y ¿sabes lo que dice? Mira si será malo: dice…

TÍO CAYETANO. Digo yo que los bonitos no son los trajes, sino las perchas. Se me ha ocurrido eso.

Se ríen todos de la agudeza indudable y él engorda un milímetro momentáneamente.

ROSALÍA. ¡Las perchas! ¡Tiene gracia!

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Eso es de buena ley; de buena ley.

TÍO CAYETANO. ¿Eh, Segismundo? Digo yo que los bonitos no son los trajes, sino las perchas. ¿Eh? ¡Las perchas! *Se ríe prolongando su buen éxito*.

MARUCHA. Pero, Rosalía, ¿tú qué haces que no felicitas al tío Cayetano?

ROSALÍA. ¿Cómo?

MARUCHA. Dale la enhorabuena: está de enhorabuena. ¿Sabes? Le han dado otra cruz.

DON SEGISMUNDO. Sí, mujer; pero ¿en qué estás pensando? ¡Si acabo de decírtelo yo!

ROSALÍA. ¡Es verdad! ¡Si papá vino a eso! Sólo que con esta risa de las perchas y de los trajes… ¡Pues que sea enhorabuena, tío Cayetano! ¡Muy enhorabuena!

TÍO CAYETANO. ¡Bah! Es de lo menos importante que tengo…

ROSALÍA. ¿Qué cruz es?

TÍO CAYETANO. La cruz del Mérito Urbano de primera clase. Como he adoquinado un trozo de mi calle de mi bolsillo particular… se ha empeñado el ministro… Pero no tiene más que usía. Eso sí: la cruz es muy vistosa. El día del Corpus me la pondré para que me la vean.

DON SEGISMUNDO. ¡Ay, ay, ay! ¿Qué cruz habrá que tú no merezcas, Cayetano?

MARUCHA. Dices bien, papá: se las merece todas, porque es buenísimo. Y los demás hombres son muy malos, Y él nos quiere mucho. Y al que no nos quiera a nosotros, que no le den cruces. ¿Verdad, tío Cayetano?

TÍO CAYETANO. ¡Qué mocosilla ésta!… Hombre, Segis, a Fifí es a la que encuentro yo paliducha. *Fifí principia a arrugar la cara, próxima al sollozo.* ¿Qué le sucede? ¿Ha dejado de tomar aquel tónico que yo le mandé?

ROSALÍA. No hablen ustedes de Fifí, que vamos a tener llantina. Miren ya qué cara está poniendo.

TÍO CAYETANO. ¿Cómo se entiende? ¡Delante del tío Cayetano no se llora!

DON SEGISMUNDO. No extrañes que ande así. Su edad es muy crítica… Va de crisálida a mariposa. Está en el tránsito de niña a mujer.

ROSALÍA. Pues ninguna de nosotras se ha puesto tan tonta en ese tránsito.

FIFÍ. *Con el corazón encogido.* Mejor… mejor…

TÍO CAYETANO. Nada, si sigue así, este verano hay que pasar un mes en el campo: ¡al aire libre! ¡No hay más remedio! ¡Lo dispongo yo! ¿Eh, Fifí? ¡Yo!

DON SEGISMUNDO. Cayetano…

ROSALÍA. Tío Cayetano…

TÍO CAYETANO. ¡Sierra! ¡Mucha sierra! ¡Repito que lo dispongo yo! Nada de mar, ¿eh? ¡Pinos! ¡Muchos pinos! Ya están de acuerdo todos los médicos en que el mar va resultando algo húmedo. Yo lo he leído en una revista portuguesa. Y es muy aburrido, además, como no pasen barcos.

MARUCHA. Tío Cayetano, tiene usted que hacernos alguna perrada un día para que vea lo que lo queremos.

TÍO CAYETANO. ¡Ja, ja, ja! ¿Tú has oído?

DON SEGISMUNDO. Tiene razón Marucha: no te cansas de ser generoso… y pudieras creer…

TÍO CAYETANO. ¡Bah, bah, bah! Doblemos la hoja. Me voy a mi coche.

MARUCHA. ¿Se va usted ya a su coche?

TÍO CAYETANO. Sí. Ya he digerido mi vaso de leche.

ROSALÍA. Pues lo acompañaremos al coche, ¿no?

MARUCHA. Sí, sí; vamos a acompañarlo.

TÍO CAYETANO. Como queráis.

DON SEGISMUNDO. Yo me quedo, ¿eh?, no venga su madre con las otras…

TÍO CAYETANO. Sí, hombre, sí. Adiós.

DON SEGISMUNDO. *Enternecido por la gratitud.* ¡Adiós, Cayetano: no te digo nada!

TÍO CAYETANO. Adiós. *Se va por la derecha con las tres muchachas, inflado como un globo.*

ROSALÍA. Oiga usted, tío Cayetano: ¿cuándo le veremos a usted esa cruz?

MARUCHA. Tío Cayetano, ¿sabe usted lo que dice Fifí?

FIFÍ. ¡A ver si te callas!

ROSALÍA. Tío Cayetano…

MARUCHA. Tío Cayetano…

Desaparecen. Caín contempla la escena, y de cuando en cuando saluda con la mano, sonriendo.

DON SEGISMUNDO. ¡Bien haya ese hombre, para quien toda nuestra gratitud es escasa! ¡Mis hijas son suyas!… Vamos, como suyas las quiere.

Por la derecha del foro vuelve Alfredo cogido del brazo de Marín, que se resiste un poco.

Este Marín es un muchacho de aspecto sencillo, huraño y tristón; nada cortesano.

ALFREDO. Ya verá usted: son unas chicas muy simpáticas.

MARÍN. Si no lo dudo, amigo Ruiz; pero no tengo humor de tratar con nadie.

ALFREDO. ¡Por lo mismo! Usted necesita distraerse; cambiar en absoluto de vida; salir de su monólogo. Venga usted.

MARÍN. Pero, hombre…

ALFREDO. Venga usted. ¡Don Segismundo!

DON SEGISMUNDO. ¡Hola! *Al ver a Alfredo con un amigo de buen porte, la alegría del triunfo le brilla en los ojos.* ¡Alfredito! ¿Tú por aquí de nuevo, Alfredito?

ALFREDO. Voy a tener el gusto de presentarle a usted a mi amigo Leopoldo Marín.

DON SEGISMUNDO. ¡Ah!, con mil amores… Muy favorecido…

MARÍN. Muchas gracias, señor…

ALFREDO. Don Segismundo Caín y de la Muela; mi futuro padre político.

DON SEGISMUNDO. Para servir a usted.

MARÍN. Muchas gracias.

ALFREDO. Aquí lo tiene usted: un muchacho simpático, inteligente, bien parecido, con dinero… y que se va a morir este año.

DON SEGISMUNDO. ¡Hombre! ¡hombre! Todo está muy bien menos lo último.

MARÍN. Alfredo se chancea; estos males de carácter nervioso tienen, encima de ser insoportables, esa gracia: la de que nadie los toma en serio.

DON SEGISMUNDO. Pero ¿está usted malo de verdad? Porque el aspecto… ¡lo que es el aspecto!…

MARÍN. Según la gente, estoy rebosando salud. Ya oye usted a Alfredo. Pero hace unos meses que los nervios no me dejan vivir ni hacer nada a derechas. Soy su juguete, a mi pesar.

DON SEGISMUNDO. ¿Vive usted en Madrid?

MARÍN. No, señor: estoy aquí de temporada. Vivo con mis padres en una aldea de Asturias.

ALFREDO. Una desgracia más. El padre, viéndolo así, para pocos días, le llenó la cartera de billetes y le dijo: «Anda, vete a Madrid: diviértete lo que te queda de vida.» Nos hemos conocido en el café.

MARÍN. Ya no voy.

DON SEGISMUNDO. ¿Por qué?

MARÍN. Porque, al fin y al cabo, habla uno de sus males y molesta. ¿Qué le importa a nadie lo que cada cual sufra por dentro? Y para no incurrir en esa falta, si usted no tiene nada que mandarme…

DON SEGISMUNDO. *Estrechándole la mano.* Que me mande usted es lo único que se me ocurre. *Mirando hacia la izquierda y haciendo tiempo para que llegue su señora.* Le daré a usted una tarjeta mía.

MARÍN. Yo siento no traer, pero es lo mismo: en el Hotel María me tiene usted a su disposición.

DON SEGISMUNDO. Tantas gracias. *Entregándole su tarjeta* Ahí va mi nombre y las señas de la choza en que me puede usted mandar a toda hora.

MARÍN. Obligadísimo.

DON SEGISMUNDO. *Estrechándole nuevamente la mano.* Y nada más, sino que deseo que usted destierre pronto esas aprensiones… Pero aguarde un segundo: lo presentaré a mi esposa, que aquí llega, y que tendrá un gran placer en saludarlo.

MARÍN. Y yo a la vez.

Sale doña Elvira por la izquierda. La siguen Estrella y Pepín, Amalia y Tomás.

DON SEGISMUNDO. Elvira, te presento al señor…

ALFREDO. Marín: Leopoldo Marín.

DON SEGISMUNDO. Al señor don Leopoldo Marín, amigo íntimo de Alfredo.

DOÑA ELVIRA. ¡Oh!

MARÍN. Señora…

DOÑA ELVIRA. Basta que sea usted amigo suyo para que desde ahora lo sea nuestro.

DON SEGISMUNDO. Y va usted también a conocer a estas parejitas. Mi hija Estrella…

ESTRELLA. Servidora de usted.

MARÍN. ¿Cómo está usted? *Les va dando la mano a todos.*

ESTRELLA. Bien, ¿y usted?

MARÍN. Bien, mil gracias.

DON SEGISMUNDO. Mi hija Amalia…

MARÍN. Tengo mucho gusto…

AMALIA. El gusto es mío.

DON SEGISMUNDO. Don José Castrolejo…

MARÍN. Beso a usted la mano.

PEPÍN. Beso a usted la suya.

DON SEGISMUNDO. Don Tomás Menéndez…

MARÍN. Muy señor mío.

TOMÁS. ¿Sigue usted bien?

MARÍN. Bien, para servirle… Muchas gracias.

Hay una pausa, durante la cual todos se miran y a nadie se le ocurre nada.

DON SEGISMUNDO. Pues este señor es asturiano… y está de temporada en Madrid. *Mira hacia la derecha a ver si vienen las otras niñas.*

ALFREDO. Ya lo llevaré a casa alguna noche.

DOÑA ELVIRA. Nos veremos muy honrados con ello.

MARÍN. La honra será mía. Y con permiso de ustedes… *Dándoles sucesivamente otra vez la mano a todos.* Señora a los pies de usted.

DOÑA ELVIRA. Adiós, Marín; beso a usted la mano.

MARÍN. Señorita, a los pies de usted.

ESTRELLA. Beso a usted la mano.

MARÍN. A los pies de usted, señorita.

AMALIA. Beso a usted la mano.

MARÍN. Leopoldo Marín, en el Hotel María…

PEPÍN. José Castrolejo, Velázquez, treinta y tres…

MARÍN. Lo mismo le digo; en el Hotel María…

TOMÁS. Gracias. Tomas Menéndez, Jacometrezo, veintiuno…

MARÍN. Señor Caín, he tenido un placer muy grande… Amigo Alfredo, lo dejo a usted aquí con su familia…

DON SEGISMUNDO. ¡Caramba, pues ya va usted a conocer el restó!…

MARÍN. ¿A qué resto?

DON SEGISMUNDO. ¡Al de la familia!

ALFREDO. ¡Es verdad!

Sale por la derecha Fifí.

DON SEGISMUNDO. Fifí. El señor Marín. Ésta es la menor de la casa.

MARÍN. Señorita…

FIFÍ. ¿Está usted bueno?

MARÍN. Bien, ¿y usted?

FIFÍ. Bien, gracias. ¿Su familia ésta buena?

MARÍN. Buena, gracias. A la de usted ya la veo tan buena…

Sale Marucha. Marín se sorprende ligeramente.

DON SEGISMUNDO. Maruchita. El señor Martín un amigo de Alfredo.

MARUCHA. ¡Ay!, tanto gusto en conocerlo a usted…

MARÍN. El gusto es mío, señorita.

MARUCHA. ¿Cómo está usted?

MARÍN. Bien, gracias, ¿y usted?

MARUCHA. Yo, bien; muchas gracias. Mamá, ¿a quién se le parece en los ojos?

DOÑA ELVIRA. En los ojo… Eso estaba considerando yo… ¿Es a tu primo Poli?

MARUCHA. ¿Qué se ha de parecer a Poli? ¡Que más quisiera Poli!

MARÍN. Usted me favorece, señorita.

MARUCHA. Es qué usted no conoce a Poli.

MARÍN. No… no conozco a Poli… Y no molesto más.

DON SEGISMUNDO. Que quedaba otra.

MARÍN. ¿Qué?

Sale Rosalía.

DON SEGISMUNDO. Que quedaba otra.

MARÍN. ¡Ah!

ALFREDO. Y esta presentación la hago yo. Rosalía.

ROSALÍA. ¡Hola!

ALFREDO. Mi amigo Leopoldo Marín. Mi futura.

MARÍN. Tanto honor…

ROSALÍA. Tanto gusto…

MARÍN. Para gusto, el de su novio de usted.

ROSALÍA. ¡Un millón de gracias!

MARUCHA. ¡Mira qué amable! Mamá, ¿has visto qué amable?

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho, mucho!

MARÍN. Es cosa que salta a la vista, Y me marcho ya. *Despidiéndose muy aprisa.* Señorita, la felicito a usted… Es decir, felicito… felicito a los dos.

ROSALÍA. Muchas gracias.

MARÍN. A los pies de usted, señorita.

MARUCHA. Beso a usted la mano.

MARÍN. A los pies de usted.

FIFÍ. Beso a usted la mano.

DOÑA ELVIRA. *Tendiéndole la diestra.* Adiós, Leopoldo.

MARÍN. Adiós, señora. *Un poco atolondrado ya, vuelve a darles la mano a los demás personajes.* Adiós, señorita.

ESTRELLA. Adiós.

MARÍN. Adiós, señorita.

AMALIA. Adiós.

MARÍN. Adiós, amigo.

PEPÍN. Adiós.

MARÍN. Adiós, amigo.

TOMÁS. Adiós.

MARÍN. Adiós, Alfredo.

ALFREDO. Hasta la vista.

MARÍN. Don Segismundo…

DON SEGISMUNDO. Repito…

MARÍN. Adiós a todos.

TODOS. Adiós, adiós.

Se quita Marín el sombrero y saluda. Al encaminarse hacia la izquierda del foro, lo detiene Caín con un grito.

DON SEGISMUNDO. Pero ¿qué es eso? Pero ¿se marcha usted por ahí?

MARÍN. Sí, señor. ¿Hay inconveniente?

DON SEGISMUNDO. ¡Haberlo dicho, hombre! ¡Si por ahí nos marchamos todos! ¡Si ése es nuestro camino!

DOÑA ELVIRA. ¡Es verdad! ¡Y la hora de marcharnos ésta!

DON SEGISMUNDO. ¡Nos iremos juntos!

MARÍN. *Con la respiración entrecortada.* Yo lo celebro muy de veras… pero si lo llego a saber… no me despido tantas veces…

Grandes risas acogen la salida del nuevo amigo.

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! ¡De muy buena ley; de muy buena ley!

DOÑA ELVIRA. ¿Vamos, Mundo?

DON SEGISMUNDO. Vamos, sí, vamos.

ALFREDO. Vamos, vamos.

ROSALÍA. Vamos.

Se dirigen todos hacia el foro, rodeando al pobre Marín, que no sabe a quién atender. Inmediatamente en torno suyo van don Segismundo, doña Elvira, Marucha y Fifí. Detrás, por parejas, Alfredo y Rosalía, Estrella y Pepín, Amalia y Tomás. Hablan todos a un tiempo: gran algazara.

El Guarda asoma por el primer término, creyendo que se han echado a la calle los republicanos.

GUARDA. ¡Rediez, qué bullicio! ¡Paece que les ha tocao la lotería!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Despacho en casa de Caín. Una puerta al foro y otra a la izquierda del actor. A la derecha, un balcón. Una chimenea de chaflán, entre las paredes del foro y de la izquierda. Cercana al balcón, la mesa de trabajo. Muebles modestos, con la huella de muchas mudanzas encima. Una anaquelería atestada de libros y papeles. En las paredes, dos o tres retratos al óleo, de esos que se transmiten de padres a hijos, sin que haya una buena voluntad que los queme. Sobre la chimenea, una corona de laurel. En el pasillo, frente a la puerta del foro, un perchero. Es de noche. Luz en el centro de la habitación.

Rosalía, sentada a la mesa de trabajo, escribe lo que le dicta su señor padre. Don Segismundo traduce de un libro que tiene en la mano, y pasea. Está de batín y babuchas. Rosalía viste un trajecito de casa muy sencillo, y delantal. Como ella visten sus hermanas.

Don Segismundo. «El tren marchaba con vertiginosa rapidez. Allá lejos, cada vez más lejos, entre la espesa niebla, adivinábanse las luces de París, de aquel París dorado y brillante que fué primero su sueño, después su encanto, y al cabo su ruina. A los ojos del viajero asomó una lágrima.»

Rosalía. *Acabando de escribir.* «… asomó una lágrima.»

Don Segismundo. Mira, pon dos lágrimas, porque a dos ojos es muy difícil que asome una sola.

Rosalía. ¡Aunque el viajero fuese tuerto!

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja! Pero ¡que esto se publique… y se venda… y tenga que traducirlo yo! En fin, ¡qué diablo! peor fuera no verlo… ser… aquello que dijimos, y tener las narices de corcho. Adelante.

Aparece Tomás por la derecha del foro en el pasillo. Deja su sombrero en el perchero, y, después de saludar, sigue por el mismo pasillo hacia la izquierda.

TOMÁS. Buenas noches.

DON SEGISMUNDO. Hola, Tomasito; buenas noches.

ROSALÍA. Se ha levantado mucho aire, ¿verdad?

TOMÁS. Mucho, sí. Aire de tormenta.

ROSALÍA. Ya lo he conocido yo en mis nervios.

TOMÁS. ¿Se labora?

DON SEGISMUNDO. Un poco. Ganarás el pan con el sudor de tus disparates.

ROSALÍA. Allá en el comedor están las chicas con la tía Mercedes.

TOMÁS. Pues hasta ahora; no quiero molestar.

DON SEGISMUNDO. Tú no molestas nunca, hijo mío. *A Rosalía, bajo.* Hijo mío: que digiera la frase. *Volviendo al libro.* «Capítulo decimosexto. La herencia de los Golber. Han pasado seis meses.» «*Le soleil clair el beau de le printemps divin…*» ¿Cómo, cómo? ¿A real el pliego y descripciones pintorescas? ¡No en mis días! *Leyendo a saltos para ver lo que va a tragarse.* «*Des fleurs… oiseaux… ruisseaux…*» ¡Bah, bah, bah! «*Fontaines… ombrages… vergers… les nénufars dorés…*» ¡Bah, bah, bah! Escribe: «Llegó la primavera.» Punto final. Hemos traducido medio capítulo con una sencillez lapidaria.

Asoma Pepín Castrolejo como Tomás, y hace lo propio.

PEPÍN. Buenas noches.

DON SEGISMUNDO. ¡Oh! ¡El gran Pepín!

PEPÍN. Hola, Rosalía.

ROSALÍA. Hola.

Pepín. Don Segismundo, dispense usted que lo distraiga un momento de su tarea; pero le traigo dedicado un *colmo.*

Don Segismundo. ¡Ja, ja!

Pepín. Como le hacen a usted tanta gracia…

Don Segismundo. ¡Mucha me hacen!

Pepín. Oiga usted. ¿Cuál es el *colmo* del encuadernador?

Don Segismundo. ¿El *colmo* del encuadernador? Ya sabe usted que no doy nunca…

Rosalía. ¿El *colmo* del encuadernador? ¿Cuál es?

Pepín. ¡Tener hasta las muelas *empastadas!* ¡Jeeeee!

Rosalía. ¡Jesús!

Don Segismundo. ¡Mucho; mucho! De muy buena ley. ¡Tener hasta las muelas *empastadas*! ¡Mucho; mucho!

Pepín. En el Círculo esta mañana me han querido acogotar porque lo dije ¡Jeeeee!

Don Segismundo. ¡Ja, ja!

Pepín. Hasta luego.

Don Segismundo. ¡Adiós! *Se vuelve para mirar a Rosalía, que lo mira a él, a guisa de comentario.* Con los ojos nos lo decimos todo. Estrella lo espabilará.

Sale Marucha por la puerta de la izquierda.

Marucha. Pero ¿no ha venido mamá todavía?

Don Segismundo. No; todavía no ha venido.

Marucha. Me pareció oírla hablar. ¡Estoy más inquieta esta noche!… ¡Pobrecito Marín! Debe de estar peor.

Don Segismundo. ¿Por qué razón, muchacha?

Marucha. ¿A ti no te dice nada el corazón, Rosalía?

Rosalía. ¿De Marín? Sí. De Marín me dice una cosa… que yo no te digo.

Marucha. ¡Ay, qué mala eres!… Papá, ¿ves qué mala? ¿Y a ti, qué te dice el corazón?

DON SEGISMUNDO. ¡El corazón a mí me habla muy pocas veces ya!… ¡Si vieras!…

MARUCHA. Pues a mí no para de hablarme.

DON SEGISMUNDO. ¡También lo creo!

MARUCHA. ¡Y me está diciendo desde anoche unas cosas más tristes!… ¡Pobrecito Marín! ¡Venir a distraerse a Madrid, caer enfermo de gravedad y encontrarse solito en la habitación de una fonda!… ¡Qué pena! ¡Sin tener a su alrededor ninguna persona querida!…

DON SEGISMUNDO. Mujer, mujer… a falta de las de su familia, tu madre desde el primer momento no abandona la cabecera de su cama.

ROSALÍA. Lo está tratando como a un hijo. Dos noches lo ha velado ya.

MARUCHA. ¡Ay! Me he quedado un poquito traspuesta en el comedor, ¡y he soñado una de horrores en dos minutos!…

DON SEGISMUNDO. Pues date ahora una vuelta por los pasillos, bébete un buen vaso de agua fresca, y desecha esas ideas terribles…

MARUCHA. Como me lo dices voy a hacerlo. Porque ¡estoy tan preocupada con Marín!… Rosalía, no te rías, no seas mala. Papá, dile que no sea mala… Ya veis que es un muchacho que no ha venido acá más que unas cuantas veces… y que ni se ha fijado en mí, ni muchísimo menos… pero ¡qué sé yo!… ¡Vaya usted a explicarse!…

DON SEGISMUNDO. Anda, anda; déjanos trabajar.

ROSALÍA. Y vete luego al comedor, no se duerma la tía Mercedes.

MARUCHA. La tía Mercedes no se duerme. ¡Sabe más!… Cierra un ojo, y los novios se creen que es el bueno, y que está dormida… Y el que cierra es el de cristal. ¡Ay, Jesús! ¡Quiera Dios que se me vayan estas ideas tan tristes!… *Éntrase por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

DON SEGISMUNDO. Cómo me recuerda esta muñeca de Marucha a tu madre, cuando nos conocimos. Tenía el mismo dengue, el mismo dejillo de mosquita muerta… Y luego, ya ves: me dió ocho hijas, os ha criado a las ocho, y ha sido una mujer para todo en la vida.

ROSALÍA. *Barajando ideas.* ¡Pobrecillo Marín!… La verdad es que… Bueno, ¿seguimos traduciendo?

DON SEGISMUNDO. Seguiremos otro ratito… Llamándole a esto traducir. «Una mañana, el viejo Golber…»

Sale Brígida por la puerta del foro. Es una criada que habla siempre en voz baja y con cara de susto.

BRÍGIDA. Señor.

DON SEGISMUNDO. ¡Vaya! ¿Qué hay?

BRÍGIDA. Una señora pregunta por usted.

DON SEGISMUNDO. ¿Por mí?

ROSALÍA. ¿Quién es, no te ha dicho?

BRÍGIDA. Sí me lo ha dicho, sí; pero se me ha olvidado.

DON SEGISMUNDO. ¡Válgate Dios!

BRÍGIDA. Aguarde usted: doña… doña… ¡doña Jenara!

DON SEGISMUNDO. ¿Doña Jenara Izquierdo?

BRÍGIDA. ¡La misma!

ROSALÍA. ¿La madre de Tomás?

DON SEGISMUNDO. Seguramente. Que pase en seguida.

BRÍGIDA. ¿Cómo?

DON SEGISMUNDO. Que pase.

BRÍGIDA. ¿Que pase?

DON SEGISMUNDO. Sí; que entre.

BRÍGIDA. ¡Ah! Eso es otra cosa. *Se va.*

ROSALÍA. ¡Qué mujer! Parece que está siempre asustada.

Asoma Brígida de nuevo.

BRÍGIDA. ¿A la sala o aquí?

DON SEGISMUNDO. *Sobrecogido.* ¿Eh?

BRÍGIDA. ¿A la sala o aquí?

DON SEGISMUNDO. Aquí; aquí. *Vase Brígida.* Ahora soy yo el que se ha asustado.

ROSALÍA. Y yo. ¡Demonio de mujer!

DON SEGISMUNDO. ¡Le da a todo una importancia y un misterio!

ROSALÍA. ¿Se acabó el trabajo, verdad?

DON SEGISMUNDO. Se acabó. Digo, este trabajo: porque todo es trabajar, no te creas. Déjame solo con esa señora.

ROSALÍA. Y ¿le digo a Tomás que ha venido?

DON SEGISMUNDO. Ni una palabra, como yo no avise.

ROSALÍA. Descuida. *Se va por la puerta de la izquierda.*

DON SEGISMUNDO. *Preparándose a recibir a la dama.* ¡Bien, bien, bien! ¡Perfectamente bien! El mundo gira, el mundo rueda, y su vida está en su movimiento. *Doña Jenara aparece en la puerta del foro. Es una señora de buen ver. Viene de velo, y habla con cierto dejo popular madrileño.* ¡Oh, señora! ¿Para qué se ha molestado usted? ¿Cómo está usted?

DOÑA JENARA. Bien; para servirle.

DON SEGISMUNDO. Tenga la bondad de sentarse.

DOÑA JENARA. Muchas gracias.

Se sientan los dos.

DON SEGISMUNDO. Por lo visto, en mi carta me he expresado mal. Mi intención fué pedirle a usted hora para visitarla en su casa; en modo alguno…

DOÑA JENARA. No; si ya lo entendí; si era eso lo que usted me decía. Pero yo pensé: este señor está muy ocupado: ¿a qué voy a hacerle perder tiempo en ir y venir? Y como la cuestión es que hablemos, aquí estoy. Cuanto antes, mejor. No sabe usted las ganas que yo tenía de conocerlo a usted personalmente para decirle más de cuatro cosas.

DON SEGISMUNDO. Me alegro entonces de que las aguas hayan corrido por este cauce. Voy a cerrar las puertas, para que ni una sola palabra salga de aquí… mientras no nos pongamos de acuerdo. *Lo hace.*

DOÑA JENARA. ¿Y mi hijo, está ahí?

DON SEGISMUNDO. ¡Pues no! Hablando con mi hija, precisamente. Porque los hijos hablan allá, hablan aquí los padres.

DOÑA JENARA. Sí, señor; es mucha verdad. Y al oírlo a usted, con esa cara de bueno que tiene —usted disimule la confianza—, se me encienden los remordimientos que ya sentía. Porque esta visita la he debido yo hacer mucho antes. *Sofocándose por palabras.* ¡Sí, señor; sí, señor: mi hijo es un pillo; mi

hijo hace muy mal en engreír a ninguna chica; mi hijo no se puede casar con su hija de usted!

DON SEGISMUNDO. *Alarmándose un punto.* ¿Por qué, señora?

DOÑA JENARA. ¡Porque en ley de Dios no se puede casar!

DON SEGISMUNDO. ¿Es casado?

DOÑA JENARA. ¡Qué ha de ser casado!

DON SEGISMUNDO. *Recobrando su aplomo.* ¡Entonces sí se puede casar!

DOÑA JENARA. Según y cómo, señor don don don… ¿Cómo se llama usted?

DON SEGISMUNDO. Segismundo, señora.

DOÑA JENARA. Pues según y cómo, señor don Segismundo. Yo soy muy franca y muy decente, y a mí no me gusta que mi hijo engañe a nadie. Porque mi marido, que esté en gloria, no engañó a nadie. ¡A nadie! ¡Ni a mí! —que eso lo cuentan muy pocas mujeres—. Y como él no ha podido ver engaños en su casa, se me arde la sangre y me sofoco toda de ver lo que está haciendo. Yo le voy a decir a usted lo que es mi hijo, y luego, usted que es padre, verá si le rompe un hueso o lo que determina.

DON SEGISMUNDO. Cálmese; cálmese usted, señora…

DOÑA JENARA. ¡No puedo; no puedo! Mire usted: mi hijo es un vago; mi hijo se levanta a las doce; mi hijo no estudia; mi hijo bebe; mi hijo no sabe ganar una peseta; mi hijo trasnocha; mi hijo empeña los libros; mi hijo no confiesa; mi hijo no oye misa… ¡mi hijo es una condenación! Ese es mi hijo; ya sabe usted quién es mi hijo. Y me va usted a permitir que ponga derecho este cuadro, porque yo, en viendo que vea un cuadro torcido, no puedo hablar una palabra. ¡Manías! *Se levanta y lo hace.*

DON SEGISMUNDO. Señora, está usted en su casa… ¡Ja, ja! Y venga aquí, y sosiegue ese ánimo… Usted, en su buena fe, hace montes de granos de arena… ¡Donoso lance éste! La madre acusando… y el suegro defendiendo… ¡Ja, ja!

DOÑA JENARA. Lo que veo es que a usted lo ha engatusado, como a todo el mundo, Porque, eso sí: gatera, ya es gatera; y labia y gancho ya le ha

dado Dios; y desparpajo y metimiento, no le faltan a él. ¡Como digo una cosa, digo otra! Pero ¡me va a matar!

Don Segismundo. Francamente, señora, a mí bien hubiese podido engañarme, porque a mí me engaña una codorniz… pero es que, en rigor, los cargos que usted acumula contra él son pueriles, ¡fundamentalmente pueriles!… ¡Que no estudia! Y ¿quién estudia ya en este país, donde todo se debe al favoritismo? ¡Qué se levanta a las doce! Y si no estudia, ¿para qué se ha de levantar más temprano? ¡Que empeña los libros! Y ¿para qué los quiere, si no estudia? ¡Que bebe! ¡Ésa es una necesidad fisiológica! ¡Que no oye misa! Y ¿quién oye misa a la edad que tiene Tomás? A esa edad, si se va a la iglesia, es a ver a la novia; y su hijo de usted prefiere, con muy buen gusto, ver la novia fuera de la iglesia. ¡El sacerdote más escrupuloso lo absolvería!

Doña Jenara. Vamos, señor: ¡si le parece a usted, lo pondremos en un altar con una palmita y un perro lamiéndole las llagas!

Don Segismundo. ¡Ja, ja! ¡Mucho, mucho! Pero ni tanto ni tan calvo, Gonzalvo. ¡A la cantera! ¡a la cantera! Dígame usted: el chico ¿es listo?

Doña Jenara. ¿Que si es listo? ¡Un rayo! ¡Anda, pues si él quisiera trabajar! ¡Corta un pelo en el aire!

Don Segismundo. ¡Mucho, mucho! ¿Es bueno? ¿Tiene corazón?

Doña Jenara. ¡No le cabe en el pecho! Mentiría yo si lo negara. Ve una pena de otro, y le duele como si fuera propia.

Don Segismundo. ¡Mucho, mucho! Tenemos hombre; tenemos hombre. Ya saldrá, ya saldrá… Así lo he apreciado yo desde el primer día, y por eso he consentido sus amores con mi hija Amalia. ¡Con Amalia! ¡Con Amalia! Luego conocerá usted a Amalia. Decir Amalia aquí, es decir la perla de esta casa. Y todas son mis hijas: ¡y tengo ocho! Pero la perla de la casa es ella.

Doña Jenara. Sí, señor; y yo me alegro mucho de que su elección haya sido tan acertada. Y quedamos en que la chica es una perla, y el chico, San Isidro Labrador, y en que se quieren a morir; pero ya sabe usted que los

suspiros no alimentan: más bien debilitan, y mi hijo, sobre que no sabe ganarlo, no tiene dinero.

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho, mucho!

DOÑA JENARA. No, señor; lo que es en eso no me convence usted. ¡No tiene dos reales!

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho, mucho!

DOÑA JENARA. ¡Le digo a usted que ni dos reales!

DON SEGISMUNDO. ¡Si ya lo sé! «Mucho, mucho», en esta ocasión, significa que estamos de acuerdo.

DOÑA JENARA. ¡Ah!

DON SEGISMUNDO. Ciertamente su hijo de usted no tiene dinero, ni mi hija tampoco, y claro está que para casarse lo necesitan…

DOÑA JENARA. ¡Mucho, mucho!

DON SEGISMUNDO. Mucho, no; una cosa prudente…

DOÑA JENARA. ¡Si es que yo también estoy de acuerdo ahora!

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja! ¡Muy bien, muy bien! De muy buena ley… Pues óigame usted cuatro palabras. Un pariente mío —pariente y protector— tiene por Tomasillo las más fervientes simpatías, y me ha ofrecido para él, viéndolo tan enamorado de Amalia, un destino que le permita realizar sus sueños. Mi opinión es que la salvación del chico está ahí: con la golosinilla de la boda, con la miel del te quiero y me quieres, se nos mete en trabajo, se acostumbra a él y se hace un hombrecito. Usted ¿qué dice a esto?

DOÑA JENARA. *Un poco conmovida.* ¡Ay, señor don… don… don…!

DON SEGISMUNDO. Segismundo.

DOÑA JENARA. Don Segismundo, que nunca me acuerdo de su nombre: ¿qué quiere usted que diga yo? ¡Que el padre de mi hijo no haría más por él! Si ése es mi afán: que se arrime a buen árbol, que sea formalito, que se deje de gandulear, que trabaje, que mire al mañana…

DON SEGISMUNDO. ¡Oh! Pierda usted cuidado… Se va a casar con una hormiguita… Mi hija Amalia es una hormiguita… Va usted a conocerla.

DOÑA JENARA. Me veré muy favorecida, señor. Ya no deseo otra cosa.

Don Segismundo va a la puerta del foro a llamar a Brígida. Mientras tanto. Doña Jenara coloca otros cuadros derechos.

DON SEGISMUNDO. ¡Brígida! ¡Brígida! *Asoma Brígida, siempre asustada, naturalmente, y don Segismundo le da un recadito en voz baja.* Ahora vendrá.

DOÑA JENARA. Muchas gracias, señor.

Vuelve a asomar Brígida.

BRÍGIDA. ¿La señorita Amalia sola?

DON SEGISMUNDO. Sí; sola, ella sola. *Se va Brígida.* Esta criada cree que tenemos siempre un enfermo grave. Pues bien, amiga mía: mañana a primera hora veré yo a Cayetano, mi pariente, le hablaré con entera seriedad del caso, y luego pasaré a saludar a usted para enterarla de todos los pormenores: índole del destino, sueldo, etc., etc.

DOÑA JENARA. Lo que usted guste, señor, lo que usted guste.

Sale Amalia por la puerta de la izquierda. Al ver a doña Jenara se sorprende ligeramente.

DON SEGISMUNDO. Aquí la tiene usted: ésta es Amalia.

AMALIA. Servidora.

DOÑA JENARA. Por muchos años. *Contempla encantada unos momentos a la muchachita.*

DON SEGISMUNDO. ¿Tú conoces a esta señora?

AMALIA. De vista… Una tarde tuve el gusto de encontrármela con Tomás… y luego él me dijo…

DOÑA JENARA. ¡Sí que ha sabido elegir el muy sinvergüenza! ¡Vaya si es bonita, señor! ¡Y tan repulidita que ella parece! ¡Le digo a usted que es de lo más chulo! Bueno, todos los pillos tienen suerte… ¡Pillo, más que pillo! ¿De cuándo acá se va a merecer él este confite? ¡El muy granuja!… ¡el muy pendón!… ¡el muy gandulazo!…

DON SEGISMUNDO. Yo no sé si tú sabrás que habla de tu novio.

AMALIA. Ya lo he comprendido… Pero no me hace mella.

DOÑA JENARA. ¡No la hace mella, dice! ¡Mira qué buen agrado tiene y qué gracia! ¡Es un regalo esta criatura! ¡un regalo!

AMALIA. Usted me favorece.

DOÑA JENARA. *Yéndose de repente a la mocita, con efusión de suegra simpática.* ¡A ver si me lo metes en cintura, hija mía! ¡Lo que tú, con esa cara, no puedas con él, no ha de poderlo nadie! ¡Que arrime el hombro al trabajo! ¡que sude!

DON SEGISMUNDO. Sudará, sudará…

DOÑA JENARA. ¡Que no es hijo de ningunos príncipes! Está tan mimado, tan consentidote… ¡Ay, señor! Lo peor que puede pasarle a un matrimonio es no tener más que un hijo.

DON SEGISMUNDO. Con permiso de usted, amiga mía, puede pasarle algo peor. ¡Ja, ja!

DOÑA JENARA. Entiéndame usted por qué se lo digo, pero ¡qué bonita eres, hija mía! ¡Dame un beso! ¡Te voy a querer más que a él! Y me voy, me voy, porque si no me voy, no dejo de hablar.

DON SEGISMUNDO. ¡Como ya están todos los cuadros derechos!

DOÑA JENARA. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué sombra ha tenido! Quedamos en lo que quedamos, don… don… don…

DON SEGISMUNDO. Segismundo.

DOÑA JENARA. Don Segismundo. Ya sabe usted su casa. Dame tú otro beso, bonita. No se molesten, no se molesten… Buenas noches… *Al llegar a la puerta del foro apaga maquinalmente la luz.* ¡Ay! ¡Los dejaba a oscuras! La costumbre que tengo en casa.

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja!

DOÑA JENARA. Disimulen ustedes. Buenas noches. No se moleste usted, señor.

DON SEGISMUNDO. No es molestia ninguna.

Doña Jenara se va por la puerta del foro, hacia la derecha, Don Segismundo la sigue, Amalia queda asomada a la puerta, despidiéndola.

AMALIA. Adiós… vaya usted con Dios.

Vuelve don Segismundo.

DON SEGISMUNDO. ¿Eh, qué tal? Dame tú un abrazo.

AMALIA. ¡Con toda el alma, papaíto! ¡Qué buenísimo eres! Y esta señora es muy campechana y muy agradable. ¿Quieres algo?

DON SEGISMUNDO. Que te vayas, que es lo que tú quieres.

AMALIA. Pues hasta luego. ¡Estoy más contenta que mi suegra! *Se marcha por donde salió.*

DON SEGISMUNDO. ¡Bien, bien, bien! ¡Perfectamente bien! ¿Hoy es trece, verdad? Porque se me está dando un buen día…

Aparece Alfredo por la derecha, en el pasillo, y deja su sombrero.

ALFREDO. ¿Se puede, don Segis?

DON SEGISMUNDO. ¡Qué preguntas haces, Alfredo!

ALFREDO. Es que no vengo solo. Pasa, Emilio.

DON SEGISMUNDO. ¡Ah!

Surge en el pasillo Emilio Vázquez, sombrero en mano. Es un autor cómico, envanecidillo con el triunfo de su primera obra, porque los críticos han dicho de él que es un «grano» para algunos autores famosos.

EMILIO. Buenas noches.

DON SEGISMUNDO. ¡Adelante, señor!

ALFREDO. *Presentándolos.* Don Segismundo Caín. Mi amigo Emilio Vázquez.

DON SEGISMUNDO. Tanto honor…

EMILIO. Tanto gusto…

ALFREDO. Autor cómico muy aplaudido.

DON SEGISMUNDO. ¿Hola?

EMILIO. ¡Psche!…

ALFREDO. Ha hecho sus primeras armas ahora en el Salón Martínez.

DON SEGISMUNDO. ¡Ah, en el Salón Martínez! ¿Qué compañía trabaja en él?

EMILIO. Una muy modestita. Sí. La compañía Sánchez- Pérez-Bermúdez. Sí.

DON SEGISMUNDO. Tengo una idea de haber leído algo de eso… ¿Cómo se titula la obra de usted?

EMILIO. «*Castañas pilongas*». Sí.

DON SEGISMUNDO. ¡«*Castañas pilongas*»! Es gracioso el título, ¿verdad?

ALFREDO. Sí, señor. Y la obra. Ha gustado mucho. Yo estuve en el estreno.

EMILIO. Es un sainetito. Sí.

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho, mucho! Cultiva usted el género que más me agrada: el sainete. Tan castizo, tan español… La gracia culta, la sátira burlona de las costumbres… «*Castigat ridendo mores*…» ¡No vaya usted a sacar un sainetito de esta casa! ¡Ja, ja! Pero, sentémonos. ¿O pasamos al comedor? ¿Qué te parece, Alfredo?

ALFREDO. Mejor será. Allí están las chicas…

DON SEGISMUNDO. Dices bien. Vamos, vamos al comedor.

ALFREDO. Yo le espero aquí, don Segismundo. Con permiso de Emilio, necesito hablarle a usted en seguida.

DON SEGISMUNDO. ¿Ah, sí? Pues en seguida vuelvo. Usted perdonará…

EMILIO. No hay de qué, señor mío.

DON SEGISMUNDO. *Llevándoselo del brazo.* ¿Con que tan joven y ya autor cómico aplaudido, eh?

EMILIO. Sí, señor, sí.

DON SEGISMUNDO. Es la misión más alta: la de divertir a los hombres… Lo dijo Schiller, como usted sabe mejor que yo.

EMILIO. Sí, señor, sí.

DON SEGISMUNDO. Pase usted.

EMILIO. Muchas gracias.

Se van por la puerta de la izquierda. Don Segismundo mira a Alfredo con gratitud.

ALFREDO. *Paseándose preocupado.* ¡Pobre don Segis! Le voy a dar la noche… Sí. Y es claro que debo decírselo. Sí. Porque sabe Dios adónde habrán llegado las cosas… Sí. Y si hace falta, obligaremos a ese joven… Sí. ¡Caramba! ¡Que se me ha pegado la muletilla del autor cómico!

Sale Rosalía por la puerta de la izquierda.

ROSALÍA. ¿Por qué no has ido al comedor?

ALFREDO. Porque quería que tú vinieras.

ROSALÍA. Pues aquí me tienes. En cuanto vi llegar a papá con un muchacho nuevo, pensé: «Alfredo está ahí».

ALFREDO. Y aquí estoy, en efecto. ¿Te lo ha presentado tu padre?

ROSALÍA. *Remedando a Emilio.* Sí. Me lo ha presentado. Sí.

ALFREDO. Ya veo que te lo ha presentado. Es simpático, ¿eh?

ROSALÍA. Sí.

ALFREDO. Sí, *Se ríen.* ¡Burlona!

ROSALÍA. ¿Cuándo nos casamos?

ALFREDO. ¡Nunca!

ROSALÍA. ¡Ja, ja, ja!

ALFREDO. Vas a tener que pedírmelo en cruz.

ROSALÍA. Menos que en cruz.

ALFREDO. Y conste que no es de nobles vencedores divertirse así de los vencidos.

ROSALÍA. ¿Te declaras vencido?

ALFREDO. ¡Vencido y convencido! ¿No lo estás viendo? Al cabo triunfó lo que debía: se hizo la luz en mi mollera. Pero me he llevado más de un mes con unas dudas y unos recelos… que no los quiero para ti. La otra noche me daba de coscorrones en mi cuarto. «¡Animal! ¡zopenco! ¡que deberías estar tirando de una carreta! ¿De manera que cuando tu novia te demuestra en su cariño a los suyos todo lo que vale moralmente, es cuando a ti se te ocurre

hacer de Otelo y ponerte en ridículo? ¡Eres un ser abominable!» Todo esto me decía.

ROSALÍA. Pues no te mereces más que la mitad.

ALFREDO. Y que tú me quieras, ¿me la merezco?

ROSALÍA. *Después de bailar un rigodón con los ojos.* Sí.

ALFREDO. ¡Entonces pídeme… hasta que me tire por el balcón!

ROSALÍA. Tírate.

ALFREDO. Mira que me tiro.

ROSALÍA. Tírate. *Alfredo se dirige al balcón.* No te tires.

ALFREDO. ¿No me tiro?

ROSALÍA. ¿Para qué, si es un entresuelo y no vas a matarte?

ALFREDO. *Corriendo hacia ella cogiéndole las manos apasionadamente.* ¡Bendita sea tu cara!

ROSALÍA. ¡Te quiero mucho, Alfredo!

ALFREDO. ¿Mucho?

ROSALÍA. Mucho. Pon todos los muchos que dice papá al cabo del día, y todavía son pocos.

ALFREDO. Pues multiplica esos muchos por mi cariño, y así te quiero yo.

Cogidos de las manos se miran unos momentos sin palabras.

ROSALÍA. ¡Ay, Alfredo!

ALFREDO. ¿Qué?

ROSALÍA. ¡Qué mal lo vamos a pasar como no se casen pronto las chicas!

ALFREDO. No lo dudo un instante. Ya en todo pienso como tú. ¡Hay que casarlas por la posta!

Óyese la tos de Caín detrás de la puerta del foro. Alfredo y Rosalía se sueltan las manos. La tos continúa, y entonces se separan. Se oyen dos o tres golpes más y se separan otro poco.

ROSALÍA. ¡Jesús! Pero ¿qué idea tiene papá de las distancias?

Sale don Segismundo con los residuos de la tos.

Don Segismundo. ¡Ay, ay, ay!

Rosalía. ¿Por qué no tomas unos vahos de brea?

Don Segismundo. ¡Esta tos no se cura con brea! *A Alfredo.* Oye, ¿sabes que me agrada bastante ese chico? Tiene labia, tiene despejo natural…

Alfredo. Es compañero de mi nueva casa de huéspedes. Y sí parece listo, sí.

Don Segismundo. Sí. Y ¿era cierto que deseabas hablarme?

Alfredo. ¡Ojalá no lo fuera, don Segismundo!

Don Segismundo. *Mirando alternativamente a los novios.* ¿Eh?

Alfredo. Porque lo que tengo que decirle es, cuando menos, bastante desagradable, y pudiera ser grave además.

Rosalía. ¿Grave?… Y ¿por qué me lo has callado, Alfredo? ¿Es que estorbo yo?

Alfredo. No; al contrario: quédate.

Don Segismundo. ¿Grave, dices? Pocas cosas hay graves en el mundo.

Alfredo. Pues ésta, en mi concepto, lo es.

Don Segismundo. Habla.

Alfredo. Ustedes me conocen y saben que yo no tengo pelos en la lengua, ni puedo decir las cosas con rodeos.

Don Segismundo. ¡Mucho!

Alfredo. Pues bien: cuando anoche me fuí de aquí, antes de recogerme, estuve dando vueltas por las calles tomando el fresco; y al pasar de nuevo por ésta, camino de mi casa ya, vi que del balcón del cuarto de Estrella se descolgaba un hombre.

Don Segismundo. ¿Qué dices?

Rosalía. ¡Ah, vamos! *A don Segismundo.* No te alarmes; no es eso.

Alfredo. ¿Cómo que no es eso? ¿Me vas a negar lo que yo vi?

Rosalía. Estoy enterada… Yo explicaré… Óyeme, papaíto.

Don Segismundo. Deja, deja que acabe éste. ¿Has dicho que se descolgaba un hombre del cuarto de mi hija?

ALFREDO. Sí, señor.

DON SEGISMUNDO. Y ¿quién era ese hombre? ¿Tú lo reconociste?

ALFREDO. Pepín Castrolejo.

DON SEGISMUNDO. ¡Pepín Castrolejo! ¡Ah, traidorzuelo sinvergüenza! No lo creí tan osado.

ROSALÍA. Papá, pero yo explicaré…

DON SEGISMUNDO. ¡Eso no es un hombre, como tú has dicho! ¡Es el novio de ella, que es peor!

ROSALÍA. ¿Quieres oírme?

DON SEGISMUNDO. Un hombre, un desconocido, puede ser un ladrón que entró por una alhaja; pero un novio que escala el balcón de su novia, aunque nada se lleve, se lleva algo más que pueda llevarse una partida de ladrones.

ROSALÍA. Papá, papá, no hagamos una escena de novela, que bastantes hay con las que tú traduces. Yo lo sé todo: ¿no me ves tranquila?

DON SEGISMUNDO. Por lo que hace a Estrella, lo estoy yo también, porque en ella tengo confianza; pero… En fin, dime tú: ¿qué diablos pasó?

ROSALÍA. Estrella misma me lo ha contado. Pasó que ese monigotillo, que le está buscando tres pies al gato desde el principio de las relaciones, le dijo anoche, entre burlas y veras, cuando ella salió al balcón a despedirlo, como de costumbre, que iba a subir a darle un beso… o qué sé yo qué. Tonterías.

DON SEGISMUNDO. Sigue, que no son tonterías.

ALFREDO. ¡Tonterías, don Segis!

DON SEGISMUNDO. Sigue.

ROSALÍA. Que no lo harás, que sí lo haré; que no te atreves; que subo, que no subes… Total: que, con unas y con otras, trepó como un gato por la reja de la taberna, y ganó el balcón. Entonces Estrella se puso por las nubes: cerró los cristales, cerró las maderas, y lo dejó allí, como un tiesto, Esta es la historia.

ALFREDO. Que no desmiente en un ápice lo que yo he contado.

ROSALÍA. Pero que necesitaba explicarse, como comprenderás.

DON SEGISMUNDO. ¡Bien! ¡Muy bien! ¡Perfectamente bien! ¡Con cuantísima razón recelaba tu madre de ese monicaco! Mal corresponde a nuestro noble afecto. Vivir para ver. *Silencio.* Repito que, por mi hija, estaba yo tranquilo, porque la conozco. Pero ¡ay! que la gente no la conoce como yo. Calumnia, que algo queda…

ALFREDO. ¡He ahí el gran peligro!

DON SEGISMUNDO. *¡Voila!*

ROSALÍA. La calumnia… Es cierto.

DON SEGISMUNDO. Del mismo modo que éste ha visto bajar del balcón al señorito ése, han podido verlo otras personas que ignoran cuándo y a qué subió. Este es el caso —no hay que darle más vueltas—, y sabido es cómo estos casos se resuelven entre personas que guardan su buen nombre.

ALFREDO. ¡Sí, señor; dice usted muy bien!

ROSALÍA. ¿Un duelo?

DON SEGISMUNDO. ¡Quiá!

ALFREDO. ¡Mi primer impulso fué saltar sobre él, cogerlo por el cuello y ahogarlo!

DON SEGISMUNDO. ¡Nunca! ¡Hubieras hecho un gran desatino!

ROSALÍA. ¡Como que así no se remedia nada, señor!

DON SEGISMUNDO. ¡Nada absolutamente! Aquí la solución es clarísima; de una transparencia de cristal; y, por buenas o por malas, a ella hemos de ir. Yo espero que será por buenas.

ALFREDO. ¡O por malas! No se puede jugar impunemente con la reputación de una señorita. Y si, en último término, fuera preciso romperle la cabeza a ese pollo…

ROSALÍA. ¡Y dale!

DON SEGISMUNDO. ¡Todo menos eso, hombre de Dios! ¡Déjale la cabeza quieta! Y ahora, ya que eres tan bueno, una súplica.

ALFREDO. Usted me manda.

DON SEGISMUNDO. Esta noche no sale de aquí ese mocito sin hablar conmigo seriamente. Yo quiero que se halle presente en la entrevista el tío Cayetano.

ROSALÍA. ¿El tío Cayetano?

DON SEGISMUNDO. Sí. Toma un coche, y llégate al Casino por él. Me basta y me sobra mi autoridad de padre; pero no me estorba la de un hombre de la representación de Cayetano.

ALFREDO. Ni una palabra más. Aquí estoy con él antes de diez minutos. ¿Tú quieres algo, Rosalía?

ROSALÍA. Nada; que vuelvas.

ALFREDO. Hasta ahora. ¿Supongo que no te quejarás?

ROSALÍA. ¡Quejarme! Me tienes encantada…

Vase Alfredo precipitadamente por la puerta del foro.

DON SEGISMUNDO. Este chico vale un imperio. ¡Cómo colabora en nuestros afanes! ¿Verdad, Rosalía?

ROSALÍA. Es un bendito. *Mirando hacia dentro desde la puerta.* Ahí tenemos de vuelta a mamá. Al salir Alfredo, ha entrado ella.

DON SEGISMUNDO. ¡Ah, mamá! Pues, oye: luego, tú, de la manera más discreta, a solas las dos, entérala de todas estas amargas novedades. Ahora, disimulemos.

Sale doña Elvira por la puerta del foro, un poco fatigada.

DOÑA ELVIRA. ¡Ay! Ya estoy aquí; creí que no llegaba Se ha levantado un vendaval horrible.

DON SEGISMUNDO. ¿Cómo sigue ese pobre muchacho?

ROSALÍA. ¿Cómo está Marín?

DOÑA ELVIRA. Mejor; está mejor, a Dios gracias. Treinta y ocho y décimas ha tenido esta tarde. *A Rosalía, besándola.* Dame un beso, cielo. *A don Segis, besándolo también.* Ven acá tú, descastadote.

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja!

ROSALÍA. De manera que está mejor, ¿eh? ¡Lo que se va a alegrar Marucha! *Llamando desde la puerta del foro.* ¡Niñas! ¡Niñas! ¡Ya ha venido mamá!

DOÑA ELVIRA. *Con júbilo.* A propósito de Marucha, tengo que contaros…

ROSALÍA. ¿Qué?

DOÑA ELVIRA. Que es indudable: Marín está impresionadísimo.

DON SEGISMUNDO. ¿Sí?

DOÑA ELVIRA. ¡En el delirio de la fiebre la nombra con frecuencia!…

Sale Marucha por la puerta de la izquierda Sus hermanas salen luego también por la misma puerta.

MARUCHA. ¿Cómo está Marín?

DOÑA ELVIRA. Está mejor, corazón mío.

MARUCHA. ¿Está mejor?

DON SEGISMUNDO. Sí, está mejor: treinta y siete…

DOÑA ELVIRA. Treinta y ocho y décimas. No te apures tú, palomita. *La besa.*

MARUCHA. ¡El pobre!… Si no fuera por ti, que eres tan buena, se hubiera muerto como un perro.

ROSALÍA. No tanto, mujer…

DOÑA ELVIRA. En los momentos en que se limpia más de fiebre, se deshace conmigo en palabras de gratitud.

MARUCHA. ¡Mira, qué bueno!

DOÑA ELVIRA. Y por Dios me pide que no se les avise a sus padres, como no se agravara demasiado.

MARUCHA. ¡Pobrecito! ¡Qué bueno, qué bueno! Papá, si yo caigo mala algún día, muy mala, muy mala, y tú estás fuera, como no me vaya a morir no te aviso.

DON SEGISMUNDO. ¡Me parece muy acertado! ¡Ja, ja!

DOÑA ELVIRA. *Besando otra vez a Marucha.* Pero ¡qué rica eres!

ROSALÍA. Y qué previsora además.

MARUCHA. Y tú qué mala: siempre me estás pinchando.

Sale Estrella.

ESTRELLA. Hola, mamá. ¿Cómo has pasado el día?

DOÑA ELVIRA. Bien. Acordándome mucho de vosotras. *La besa.*

ESTRELLA. Y ¿cómo está Marín?

MARUCHA. Está mejor; está mejor, ¿sabes?

ROSALÍA. Treinta y ocho y décimas.

ESTRELLA. Vaya, me alegro. Que sea enhorabuena, Marucha.

MARUCHA. ¡Ay, qué tonta! Mamá, mira lo que me dice ésta.

ESTRELLA. Por supuesto, yo voy a reventar de risa. Viene Pepín esta noche desatado. ¡Qué de tonterías nos ha dicho! Y yo me temo, me temo cuando viene así desatado.

Sale Amalia.

AMALIA. Buenas noches, mamaíta. ¿Cómo está Marín?

DOÑA ELVIRA. Está mejor. *La besa.*

MARUCHA. Está mucho mejor. Treinta y ocho y décimas nada más.

DON SEGISMUNDO. Está mejor.

ROSALÍA. Está mejor.

ESTRELLA. Está mejor.

MARUCHA. *A Fifí, que sale.* ¿Sabes, Fifí? Marín está mejor.

FIFÍ. ¿Está mejor?

DOÑA ELVIRA. Sí; está mejor. *La besa.* ¡Reina del mundo!

ROSALÍA. Está mejor. Treinta y ocho y décimas.

DON SEGISMUNDO. Está mejor.

AMALIA. Está mejor.

ESTRELLA. Está mejor.

DOÑA ELVIRA. Por cierto —¿me oyes, Segis?— que hay que llevarle el caldo de aquí. Por humanidad. Hoy subió la camarera un caldo que era veneno.

MARUCHA. ¡Ay, qué mala! ¡Que metan a esa mujer en la cárcel!

ROSALÍA. ¡Jesús!

DOÑA ELVIRA. Mañana —¿sabes, Mundo?—, aunque sea haciendo un sacrificio, mataremos un pollo.

DON SEGISMUNDO. *Humorísticamente.* ¡Baja la voz!

DOÑA ELVIRA. ¿Por qué?

DON SEGISMUNDO. ¡Porque en el comedor hay un pollo nuevo, y pudiera asustarse!

Grandes risas.

MARUCHA. ¡Ay, qué gracioso es mi papá! *Lo besa.*

DOÑA ELVIRA. ¿Qué me decís? ¿Hay un pollo nuevo en el comedor?

ROSALÍA. Alfredo lo ha traído.

DON SEGISMUNDO. Muy simpatiquillo, por cierto.

AMALIA. Y muy galante.

ESTRELLA. Y se ha enamorado de Fifí.

FIFÍ. No, no, no, no.

DOÑA ELVIRA. ¿Esas tenemos?

FIFÍ. No, no, no, no.

DOÑA ELVIRA. *Besándola.* Pero, simple, ¿qué mal hay en ello? Anda, vamos allá; que yo lo conozca.

ESTRELLA. Sí, sí; vámonos para allá.

AMALIA. Vámonos, vámonos.

ROSALÍA. Es autor cómico: ha estrenado las «*Castañas pilongas*».

ESTRELLA. ¡Y también dice *colmos,* como Pepín! Pero sin tanta gracia.

MARUCHA. ¡Pues uno ha dicho muy salado!

AMALIA. Y a Fifí le ha echado muchas flores.

FIFÍ. No, no, no, no.

DOÑA ELVIRA. ¡Vaya, vaya, veo que ha caído bien, ha caído bien el recién llegado!

Hablándole a la madre todas a la vez se van por la puerta del foro, hacia la izquierda.

Don Segismundo. Ya iré yo ahora, ¿eh? No os curéis de mí, que he de corregir un poco unas cuartillas. *Cuando se queda solo, exclama:* La soledad es madre de la inspiración. *Pasea. Luego se asoma vigilante a una puerta y a otra, y las cierra. Se sienta a la mesa y busca entre los papeles un plieguecillo blanco para una carta. Después de desechar dos o tres distintos, elige uno pequeño. Toma la pluma para escribir, y se detiene. La deja y toma un lapicero. Va a escribir naturalmente con la mano derecha, y de pronto se detiene otra vez.*

Coge el lápiz con la izquierda y traza unos renglones. Lee lo que ha escrito, y arruga el pliego como llevado de la cólera. Por fin lo dobla y se lo guarda. Se levanta y vuelve a pasear. Y como expresión y resumen de cuanto ha pensado y ha hecho, dice:

Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero él honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.

Aparece por la puerta del foro el tío Cayetano. Alfredo lo sigue.

Tío Cayetano. ¡Chico, qué nochecita de aire!

Don Segismundo. ¡Cayetano!

Tío Cayetano. ¡Cómo sopla Febo!

Alfredo. ¡Hay que echarse piedras en los bolsillos!

Don Segismundo. ¡Y yo que te he hecho venir en tal noche! ¿Por qué eres tan bueno, Cayetano?

Tío Cayetano. ¿Quieres callarte, Segismundo? Si yo no te sirvo para ocasiones como la presente, ¿para qué he de servirte yo? Cuando yo vi entrar a éste, y éste me dijo a lo que iba, estaba yo tomando mi taza de café, mi copa de coñac y mi vaso de agua, y allí se quedó todo.

Don Segismundo. ¡Válgame el Señor! ¡Qué trastorno! ¿Quieres tomar aquí alguna cosa?

Tío Cayetano. No; si el café y el coñac ya me los había yo bebido Quiero decir que ni le pagué al criado, ni me ocupé de nada más que de

servirte.

DON SEGISMUNDO. Que Dios te lo premie. Alfredo te habrá dicho…

ALFREDO. Sí; ya sabe de lo que se trata.

TÍO CAYETANO. Sí; ya sé yo de lo que se trata. Y ¿qué piensas hacer, si has pensado algo?

DON SEGISMUNDO. Te diré: no he pensado más que una cosa: llamar aquí a ese joven —y de ahí que haya querido ampararme de tu apoyo moral — y pedirle primeramente, y después exigirle, si hiciera falta, que cumpla su deber de caballero. Y como el tiempo vuela, y tu tiempo es precioso, Cayetano, porque para ti no hay minuto perdido, vamos a afrontar la situación. Alfredo, ángel tutelar de esta casa, ten la bondad de ir al comedor y suplicarle a Pepín que venga; que le vamos a decir un *colmo.*

ALFREDO. Ahora mismo. *Se va por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

DON SEGISMUNDO. ¡A qué amargas consideraciones se presta la vida algunas veces, Cayetano!

TÍO CAYETANO. Eso se me estaba ocurriendo a mí.

DON SEGISMUNDO. ¡Ah! hombre; y dispensa mi olvido. ¡Si no sé dónde tengo la cabeza! Enhorabuena por la nueva encomienda con que han premiado tus relevantes méritos.

TÍO CAYETANO. ¡Psche! No tiene importancia… ¡Un botón más! Se empeñó el ministro… Si me alegro es porque me concede honores militares para mi entierro.

DON SEGISMUNDO. ¡Haga Dios que tarden mucho esos honores!

TÍO CAYETANO. Lo mismo estaba pensando yo.

Llega Alfredo por donde se fué.

ALFREDO. Ya viene. ¿Me quedo o me marcho, don Segismundo?

DON SEGISMUNDO. ¡Te quedas! ¡Pues no faltaba más!

ALFREDO. Como usted guste. Celebro quedarme; eso sí.

TÍO CAYETANO. ¡Ah, pues no faltaba más! ¡Usted se queda!

DON SEGISMUNDO. Y lo que os ruego a entrambos es que recibáis a ese bribonzuelo con el gesto más duro de que vuestro semblante disponga.

ALFREDO. Ya, ya.

Caín se deja caer en un sillón, como abatido; Alfredo pasea con cara de vinagre, y el tío Cayetano se sienta con su aire de superioridad acostumbrado. Por la puerta del foro sale Pepín muerto de risa.

PEPÍN. ¡Señores, qué juerga! Buenas noches, don Cayetano. Ese chico autor nos ha puesto una charada graciosísima. Figúrense ustedes que… *Reparando en las caras de todos.* Pero ¿es que pasa algo? Les encuentro las caras un poco tirantes.

DON SEGISMUNDO. Pues aún debieran estarlo más. *Se levanta.*

PEPÍN. ¿Cómo?

TÍO CAYETANO. Aún debieran estarlo más.

DON SEGISMUNDO. Alfredo, hazme el favor de cerrar las puertas.

Alfredo obedece.

PEPÍN. Me dejan ustedes atónito. ¿Se puede saber…?

DON SEGISMUNDO. Señor de Castrolejo.

PEPÍN. Señor de Caín.

DON SEGISMUNDO. *Mostrándole el plieguecillo de marras.* Yo he recibido esta carta anónima. *El tío Cayetano mira a Alfredo, Alfredo a don Segis, y éste pasa por alto las dos miradas.* Fíjese usted, por si se considera aludido.

PEPÍN. A ver…

DON SEGISMUNDO. *Lee.* «Anoche, a deshora, del balcón de una de tus hijas se descolgaba un hombre. Te lo advierto para que guardes más bien el honor de tu casa. —Un buen amigo.»

Pepín se pone lívido y traga toda la saliva que puede. Las miradas están fijas en él.

PEPÍN. No entiendo por qué me lee usted eso a mí.

DON SEGISMUNDO. ¿No tiene usted ninguna noticia del caso?

PEPÍN. Ninguna.

ALFREDO. ¿Ninguna?

PEPÍN. Ya he dicho que ninguna. Pero como usted tiene más de una hija con novio…

ALFREDO. ¡Alto allá! Amigo Pepín. Usted, y sólo usted, fué quien se descolgó anoche de un balcón de esta casa. Yo lo vi.

PEPÍN. ¿Que usted lo vió?

ALFREDO. Que yo lo vi. Y por las trazas —y esto es lo más grave— no fui yo sólo.

Pausa. Pepín vuelve a tragar saliva, cada vez más amarga.

PEPÍN. Bien… Yo he ocultado en un principio… porque… claro… como siempre estas cosas se abultan… Pero lo que ocurrió no tiene nada de particular… Fué que Estrella me dijo…

DON SEGISMUNDO. No se le ha llamado a usted aquí para que nos refiera el paso, que conocemos enteramente…

PEPÍN. Pues entonces no veo la tostada, y usted perdone.

DON SEGISMUNDO. Pues la va usted a ver en seguida, mi joven amigo. La fama de mi hija se ha puesto en tela de juicio; anda en lenguas… Bien claro lo prueba este papel. Usted es el responsable de ello. A usted, pues, toca, como cumplido caballero, detener en su camino a la calumnia. Arrestos me sobran para acometer cuanto mi honor exige; pero en este momento yo me olvido de mis fueros de padre, y quiero esperarlo todo de su nunca desmentida hidalguía, de su inmaculada honorabilidad. No se lleva en balde el apellido que usted lleva.

PEPÍN. *Abrumado por la nube que se le viene encima.* Pero, bueno… Pero, entendámonos… Pero, pregunto yo… Pero… ¿Qué me quiere usted decir, don Segismundo? Porque usted debe comprender… que una chiquillada…

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho!… ¡Una chiquillada!… Califica usted el hecho perfectamente… Yo también las hice, en mi abril… Pero hay chiquilladas de chiquilladas… y algunas que en chiquilladas empiezan, en hombradas tienen que acabar. Por mi parte, ya supe no comprometer en ninguna de mis chiquilladas el quebradizo honor de una doncella.

ALFREDO. ¡Muy bien!

PEPÍN. ¿Muy bien?… ¿Quién ha dicho muy bien?

ALFREDO. Yo.

PEPÍN. No… pues no tan bien… porque… Francamente don Segismundo… esa hombrada a que usted parece aludir… francamente… Claro que yo quiero mucho a Estrellita… y que mis intenciones siempre fueron las de casarme… pero ¡caramba!… así de golpe…

DON SEGISMUNDO. Pues ¿qué otro medio encuentra usted, así de golpe, como usted dice, para contener la calumnia que deshonra mi casa?

PEPÍN. Pero si yo creo que no hay tal calumnia…

DON SEGISMUNDO. *Mostrándole el anónimo. ¡Voila!*

PEPÍN. Eso es un anónimo, señor…

DON SEGISMUNDO. Y ¿de cuándo acá necesitó firma la calumnia?

PEPÍN. Bueno, señor, pero… No es eso solo… Son muchas consideraciones de otra índole… Yo necesito consultar con papá… que tiene un genio del diablo…

DON SEGISMUNDO. ¿Consultó usted con su papá para subir al balcón de mi hija?

ALFREDO. ¡Muy bien!

PEPÍN. ¿Otra vez?

TÍO CAYETANO. *Levantándose en alas de la inspiración.* No, pero si hay más; si yo estoy callado porque… vamos, porque estoy callado… Pero a mí se me ocurre preguntarle a este joven: se me ocurre a mí: ¿consultó usted con su papá para subir al balcón de Estrella? ¿Eh? ¿Eh, Segismundo? ¿Consultó con su papá para subir al balcón de tu hija? ¿No le parece a usted, Alfredo? ¿Consultó con su papá…?

PEPÍN. No, señor don Cayetano; no consulté… Aquí lo que hay… Llevadas las cosas así… Porque, es natural, ustedes están apasionados… Yo lo pensaré… Yo veré…

DON SEGISMUNDO. ¡Ah! ¿luego vacila usted en darme la reparación que yo esperaba de su caballerosidad y de su nobleza?

PEPÍN. ¿Cómo he de vacilar?… Nada de eso… Lo que es que hay cosas… mi querido don Segismundo… ¡Esta es una escena muy violenta!… Fíjese usted… fíjese usted…

ALFREDO. Usted es el que se ha de fijar en esto que yo voy a decirle; que ya me están a mí bailando los nervios al oír tantas evasivas intolerables. Yo soy en esta casa un hijo más: a usted le consta. Bueno: pues o nos da usted ahora mismo palabra de honor de que se casa con mi hermana, o le pego un tiro en la cabeza.

PEPÍN. ¡Hombre!

DON SEGISMUNDO. Alfredo, no te pongas así…

ALFREDO. Con quien no conoce su deber, así hay que ponerse.

PEPÍN. No… pues mire usted… lo que es con bravatas…

ALFREDO. ¡Si no son bravatas!

PEPÍN. Yo bien claro he manifestado mis intenciones… He dicho que me pienso casar… Pero yo soy soltero… yo soy un hijo de familia… Yo hablaré con papá… Yo les prometo a ustedes formalmente…

DON SEGISMUNDO. ¡Basta, Pepín, basta! No necesito oír más de tus labios. Ni podía esperar otra cosa. ¡Este cascarrabias de Alfredo es un fuguillas! Dispénsalo. Y dame a mí un abrazo fuerte: dame un abrazo en señal de paz, porque, para mí tus últimas palabras, que son las de un hombre de honor, tienen toda la fuerza de una escritura pública.

Pepín, anonadado, se deja abrazar.

TÍO CAYETANO. Yo no quiero ser menos, en vista de que su actitud es la que corresponde. *Lo abraza.*

ALFREDO. Y yo uno a esos abrazos el mío, rogándole a usted, no sólo que me perdone, sino que me considere de hoy más como su hermano. *Lo abraza también.*

PEPÍN. Gracias, señores… gracias…

DON SEGISMUNDO. Y ahora abriré las puertas, no alarmemos a la familia. *Abre primeramente la del foro y luego la otra, detrás de la cual aparece, temblorosa y pálida, la noble figura de doña Elvira. Rosalía está con ella.* ¡Elvira! ¿Tú aquí?

DOÑA ELVIRA. *Sinceramente conmovida.* Sí… yo aquí… Ustedes me dispensarán… Soy una madre…

DON SEGISMUNDO. Vamos… vamos… yo que no quería…

TÍO CAYETANO. Éste que no quería…

DOÑA ELVIRA. Hola, Cayetano…

DON SEGISMUNDO. Siéntate, tranquilízate…

TÍO CAYETANO. Siéntate, tranquilízate…

ALFREDO. Beba usted un poco de agua.

ROSALÍA. Pídela tú, Alfredo.

TÍO CAYETANO. *A gritos.* ¡Agua! ¡Un poco de agua, en seguida! *Se va por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

ALFREDO. Deje usted; yo mismo voy por ella. *Se va por la puerta de la izquierda, corriendo.*

DOÑA ELVIRA. Deploro darles este mal rato… ustedes se harán cargo de mis sentimientos… Una cosa así… nunca había pasado en mi casa… Soy una madre que se mira en sus hijas…

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Ya no hay que hablar de ello siquiera… Ahora no hay más que estar todos contentos… ¡muy contentos!… ¿Verdad, Pepín?

PEPÍN. Sí, señor, sí… ¡contentísimos todos!

Por la puerta del foro van llegando, sucesiva y apresuradamente, y con cierta inquietud, Amalia, Fifí, Marucha, Estrella, Tomás y Emilio Vázquez. Detrás de lodos, el tío Cayetano. Alfredo vuelve por donde se marchó con un vaso de agua, que ofrece a doña Elvira.

AMALIA. ¿Qué sucede? ¿Qué tiene mamá?

ROSALÍA. Nada, nada…

DON SEGISMUNDO. Nada; no os alarméis.

DOÑA ELVIRA. *Besándola.* Nada, corazón, nada.

FIFÍ. Mamaíta, ¿qué es eso?

DOÑA ELVIRA. Nada, nada, cara de gloría. *La besa.*

DON SEGISMUNDO. No es nada, no es nada…

MARUCHA. Pero ¿qué le ha pasado a mamá?

ROSALÍA. Nada, no le ha pasado nada…

DOÑA ELVIRA. Nada, tesoro mío, nada absolutamente.

La besa también.

ESTRELLA. ¿Qué ha sido? ¿qué ha sido?

DOÑA ELVIRA. ¡Estrella!

DON SEGISMUNDO. Nada, nada… ¿Cómo se ha de decir?

ROSALÍA. Nada, mujer, nada…

DOÑA ELVIRA. ¡Ven acá, hija de mí sangre, ven acá! *La besa y la abraza con ardimiento.*

TOMÁS. ¿Se ha puesto mala doña Elvira?

EMILIO. ¿Se ha puesto mala?

DON SEGISMUNDO. No, señor… son los nervios… Gracias por su atención…

DOÑA ELVIRA. Muchas gracias.

TÍO CAYETANO. ¿Pasó? ¿Pasó ya?

ALFREDO. Ande usted, tome un poco de agua, señora.

MARUCHA. Pero ¿qué ha habido? ¡Porque algo ha tenido que haber para esto!…

DOÑA ELVIRA. Nada… no ha habido nada… Que yo soy muy tonta…

DON SEGISMUNDO. ¡Ha habido! ¡ha habido! ¡Yo diré lo que ha habido! ¡Esto es hijo de la emoción natural y de la alegría! Al enterarse vuestra madre de que el señor don José Castrolejo, que tanto nos honra con su amistad, quiere formalizar sus relaciones con Estrella para casarse en breve plazo, se ha conmovido profundamente…

General explosión de alegría. Todas las caras resplandecen, menos la de Pepín.

ROSALÍA. ¡Eso ha sido!

ALFREDO. ¡Eso ha sido!

ESTRELLA. *A Pepín.* ¡Tunante! ¡Mira qué callado me lo tenías!

MARUCHA. ¡Qué malo es usted! No nos había dicho una palabra.

AMALIA. ¡Dame un beso, Estrella!

MARUCHA. ¡Y otro a mí!

FIFÍ. ¡Y otro a mí!

ROSALÍA. ¡Y a mí otro!

DOÑA ELVIRA. ¡Y ciento a tu madre!

La besan todas.

TOMÁS. *Abrazando a Pepín.* ¡Que sea enhorabuena! ¿No se lo anuncié yo a usted hace tiempo?

PEPÍN. *Balando lo mismo que un borrego.* ¡Jeeeee!

EMILIO. Reciba usted mi felicitación. Sí.

PEPÍN. Sí. Tantas gracias.

TOMÁS. ¡Pues, señores, yo reviento si me lo callo!

DON SEGISMUNDO. ¿Qué hablas tú, buena pieza?

TOMÁS. ¡Que reviento si me lo callo! ¡Que esa boda no será sola en plazo breve!

DON SEGISMUNDO. ¿Cómo?

DOÑA ELVIRA. ¿Qué?

TOMÁS. ¡Que Amalia y yo también nos vamos a casar muy pronto! *Nueva explosión de alegría.* ¿Verdad, don Cayetano?

TÍO CAYETANO. ¡Verdad, Tomasillo! *Lo abraza.*

TOMÁS. ¿Verdad, don Segismundo?

DON SEGISMUNDO. *Abrazándolo.* ¡Verdad y muy verdad!

MARUCHA. ¡Mira Amalia también! ¡A la chita callando!

DOÑA ELVIRA. ¡Déjame que te coma, delirio de tu madre!

Besa efusivamente a Amalia. Todas sus hermanas la besan asimismo con gran júbilo.

ROSALÍA. *Aparte a Alfredo, radiante de satisfacción.* (¡Dos menos, Alfredo de mi alma! ¡Ya está más cerca nuestra dicha!

Alfredo. *Lo mismo a ella.* ¿Cómo si está más cerca? ¡Este verano las casamos a todas!)

Tío Cayetano. ¡Pues yo digo otra cosa además! ¡Sí, señores! ¡Yo digo que esas dos bodas tienen ya padrino! ¿Eh? ¡Que esas dos bodas tienen ya padrino! ¡El tío Cayetano!

Aplausos.

Don Segismundo. ¡Cayetano! *Lo abraza.*

Doña Elvira. ¡Querido Cayetano! *Lo abraza también.* ¡El de siempre! ¡El de siempre!…

Extraordinaria alegría. La madre y las hijas se deshacen las caras a besos y los cuerpos a abrazos, chillando de dicha, y los caballeros se abrazan jovialmente. Pepín no se da cuenta de lo que le ocurre. Emilio Vázquez abre los brazos de cuando en cuando a ver si alguien cae en ellos, porque se considera en ridículo sin abrazar a nadie.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Jardincillo de una casita de recreo en un pueblo cercano a Madrid, en la Sierra. La casa está a la izquierda del actor. Una verja de madera, pintada de verde, limita por el foro el jardín, cuya entrada se supone a la derecha. Al fondo, a lo lejos, montes y pinares. Mecedoras de rejilla y butacas de mimbre. Un velador de hierro. Es a la caída de la tarde, en el mes de agosto.

Doña Elvira, sentada en una butaca, cose. Marín aparece tras la verja del foro y la llama.

MARÍN. ¡Sch… sch!… ¡Doña Elvira!

DOÑA ELVIRA. *Sin ver a quien la llama.* ¿Quién?

MARÍN. ¡Doña Elvira! Aquí: en la verja.

DOÑA ELVIRA. *Viendo a Marín y levantándose alborozada.* ¡Marín! ¡Querido Marín! ¡Qué sorpresa tan agradable!/p>

MARÍN. ¿Dónde está la entrada?

DOÑA ELVIRA. Ahí abajo: a la vuelta.

MARÍN. Pues en seguida voy. *Desaparece hacia la derecha.*

DOÑA ELVIRA. ¡Cuánto me alegro! *Llamando a su colaborador.* ¡Segis! ¡Segis! ¡Mundito!

De la casa sale don Segismundo en traje de campo.

DON SEGISMUNDO. ¿Qué quieres, Elvira?

DOÑA ELVIRA. ¿Sabes? Marín está ahí: ahora va a entrar a vernos.

DON SEGISMUNDO. ¿Hola?

DOÑA ELVIRA. ¡Consecuencias de la postalita de Marucha! ¡Qué talento tienes!

DON SEGISMUNDO. *Saliendo con los brazos abiertos al encuentro de Marín, que asoma por la derecha.* ¡Entre usted perdido, entre usted; que no hay perro!

MARÍN. ¡Ja, ja, ja! ¿Qué tal, don Segismundo?

DON SEGISMUNDO. Bien, ¿y usted, querido Marín?

MARÍN. ¡Como nuevo estoy! ¿Y usted, mi buena doña Elvira? Ya la veo tan simpática como siempre.

DOÑA ELVIRA. Gracias; muchas gracias.

DON SEGISMUNDO. *Ofreciéndole una butaca.* Siéntese usted.

MARÍN. ¡Lo que me ha costado dar con la casa!

Se sientan los tres.

DON SEGISMUNDO. Pero; qué bien se ha puesto. ¿Verdad, Elvira? Es otro, enteramente.

MARÍN. Dígaselo usted a ella. ¿Eh? Usted creyó que no lo contaba cuando la recaída.

DOÑA ELVIRA. El que lo creyó fue usted, grandísimo aprensivo.

MARÍN. La verdad es que no podré olvidar nunca las atenciones que conmigo han tenido ustedes. Ni mi madre tampoco.

DON SEGISMUNDO. ¡Ah! La madre… la madre…

DOÑA ELVIRA. Pues, a pesar de todo, tunante, confiéselo usted, si Marucha no le pone una postalita llamándolo al orden, aun estando esto a cuatro pasos de Madrid, se va usted a su tierra sin venir a vernos.

MARÍN. ¡Eso sí que no! Soy agradecido.

DON SEGISMUNDO. Pero ¿Marucha le ha puesto a usted una postal? ¡Diablo de chiquilla!

MARÍN. Sí, señor: insultándome. Bueno: como puede insultar Marucha.

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja! Maruchita —ahora que no nos oye ninguna, y no se pueden encelar—, Maruchita es la perla de la casa.

MARÍN. Sí, señor, sí. Y ¿qué noticias hay de los recién casados?

DON SEGISMUNDO. ¡Mieles y rosas! ¿Cuáles ha de haber?

DOÑA ELVIRA. Para Estrella y Amalia, Pepín y Tomás son los mejores hombres del mundo; y para cada uno de ellos, su mujer es la reina de la tierra. ¡Hijas de mis amores! ¡Qué felices son!

MARÍN. ¿Y las otras, andan de paseo?

DON SEGISMUNDO. Sí; de paseo andan… ¡Lo que ellas van a sentir no ver a usted!

DOÑA ELVIRA. Ya se esperará un poco, a ver si vuelven.

MARÍN. ¡No que no! Es bonita la casa. Y el jardín es muy amplio.

DOÑA ELVIRA. La entrada, como usted habrá visto, es hermosísima. Ahí a la parte de atrás tenemos también algo de gallinero, un corralillo…

DON SEGISMUNDO. No nos faltan comodidades. Todo ello debido a la mano pródiga que nos favorece de continuo. Cayetano vió a Marucha delicadilla…

MARÍN. ¿A Marucha?

DON SEGISMUNDO. A Fifí; ha sido un *lapsus linguae…* Y se empeñó en tomarnos esta casita para que pasásemos en ella el mes de agosto. Aquí hay montes, hay pinos, hay aires puros, buenos alimentos, buena leche… A los ocho días se le conocía el cambio a la criatura.

MARÍN. ¿Y don Cayetano, está aquí con ustedes?

DON SEGISMUNDO. Sí, señor; aquí está. Fué condición que yo le impuse para aceptar su obsequio: que había de disfrutar de la casita ocho o diez días siquiera.

MARÍN. Leí en un periódico que lo habían nombrado presidente de no sé qué Centro…

DON SEGISMUNDO. De uno de estos Centros regionales de nueva creación. Ahora se entretiene en escribir el discurso de apertura. Muy bonito lo lleva.

MARÍN. ¿Se restableció fácilmente de aquel amago de congestión?

DOÑA ELVIRA. ¡En seguida! ¡No tuvo importancia!

DON SEGISMUNDO. Algo de bilis… unos gases… Sin embargo, él anda preocupado. *En voz más baja.* Cuando usted lo vea, no se canse de ponderarle lo bien que lo halla, lo ágil y lo joven que lo encuentra… ¡Por desimpresionarlo!

MARÍN. Descuide usted: yo sé lo que se agradecen esas cosas.

DOÑA ELVIRA. Y ¿va usted a pasar aquí algunos días?

MARÍN. No, señora; he venido sólo por despedirme de ustedes. Me marcho esta noche en el último tren, y mañana saldré, al fin, para Asturias.

DON SEGISMUNDO. ¡Caramba!

DOÑA ELVIRA. ¡De verdad que lo siento! Pero es tan natural que sus padres tengan impaciencia por abrazarlo… Su madre sobre todo.

DON SEGISMUNDO. ¡Ah! La madre… la madre…

MARÍN. Yo no he querido parecer por allá hasta llevar cara de salud.

DOÑA ELVIRA. ¿Cenará usted con nosotros esta tarde?

DON SEGISMUNDO. ¡Ya lo creo! ¿Quién piensa en otra cosa?

MARÍN. Lo agradezco en el alma, pero…

DON SEGISMUNDO. Ese *pero* se lo guarda usted para merendar, como diría mi yerno Pepín, que es muy dado al chiste.

MARÍN. Es que en el tren me ha invitado un amigo.

DON SEGISMUNDO. ¡Pues que también venga ese muchacho!

MARÍN. No es un muchacho. Es un señor que tiene aquí a su mujer y a toda su familia…

DON SEGISMUNDO. ¡Ah!… Dígale usted que lo hemos comprometido en tales términos que no lo dejamos escapar.

DOÑA ELVIRA. ¿Quiere usted enviarle dos letras?

MARÍN. No, no hace falta: iré yo en persona. Ya lo convenceré. Porque, la verdad, me es más grato cenar en compañía de ustedes que en la suya.

DON SEGISMUNDO. Esa preferencia nos honra.

DOÑA ELVIRA. ¿Lo esperamos a usted, entonces?

MARÍN. Desde luego. Él vive aquí muy cerca. Me llego en un salto, cumplo con él y vuelvo en seguida.

DON SEGISMUNDO. ¡Ajajá! Pues hasta ahora.

MARÍN. Hasta ahora. *Se marcha por donde salió.*

Doña Elvira y don Segismundo lo saludan con la mano, despidiéndolo. Cuando se supone que ha salido ya del jardín, doña Elvira va a abrazar a su esposo, toda regocijada.

DOÑA ELVIRA. ¡Mundo! ¡Mundito!

DON SEGISMUNDO. *Deteniéndola.* Quieta.

DOÑA ELVIRA. ¿Cómo?

DON SEGISMUNDO. Quieta.

Pasa Marín por detrás de la verja del foro, hacia la izquierda, y saluda.

MARÍN. Hasta ahora.

DON SEGISMUNDO. *Con extremada amabilidad.* ¡Adiós!

DOÑA ELVIRA. ¡Adiós!

DON SEGISMUNDO. Ya puedes abrazarme, Elvira.

Se abrazan, en efecto.

DOÑA ELVIRA. No acabas de sorprenderme, Mundo.

DON SEGISMUNDO. Pues estoy disgustado conmigo mismo. Decaigo, decaigo… Dos veces he querido decir una frase sobre el amor de madre, y no se me ha ocurrido nada feliz. Decaigo, decaigo…

DOÑA ELVIRA. Calla, Mundo: ¿qué has de decaer? Nuestras hijas van casándose todas a gusto nuestro, y ¿a quién sino a ti se debe el milagro?

DON SEGISMUNDO. El chispazo de la inspiración habrá sido mío, Elvira; pero la musa has sido tú.

DOÑA ELVIRA. *Enternecida.* ¿Yo?

DON SEGISMUNDO. Tú. Y el ideal lleva camino de realizarse enteramente. ¡Lástima que el apellido Caín no se perpetúe!

DOÑA ELVIRA. *Discretamente ruborosa*. ¿Qué sabemos aún?

DON SEGISMUNDO. ¿Cómo?

Doña Elvira. Que aún no sabemos…

Don Segismundo. ¿Qué?

Doña Elvira. ¿Recuerdas lo que te indiqué hace unos días en tono de chanza? Pues acaso resulte verdad.

Don Segismundo. ¿Sí?

Doña Elvira. Sí.

Don Segismundo. ¡En el nombre del Padre!

Doña Elvira. Nos ha rodeado tanta dicha estos últimos meses… hemos suspirado tanto por la felicidad de nuestras hijas… que Dios tai vez haya querido otorgarnos un nuevo premio…

Don Segismundo. *Mirando el cielo, humorísticamente.* ¡Gracias Señor de las alturas! ¡Pero estabas cumplido con nosotros!

Doña Elvira. ¿Qué dices? Bien venga lo que sea.

Don Segismundo. ¡Oh, sí! Bien venga.

Doña Elvira. Me voy a prepararle a Marín un plato muy dulce.

Don Segismundo. Pues yo, hasta mañana ya, no vuelvo a mis cuartillas.

Doña Elvira. ¿A qué cuartillas? ¿Traduces aquí?

Don Segismundo. No. Aquí, creo. Te lo revelaré, ya que estamos de confidencias importantes aun haciendo traición a mi temperamento, que ama la vida interna. Estoy escribiendo… el discurso que *está escribiendo* Cayetano.

Doña Elvira. ¿Ves? ¡Y hablas de decadencia!… ¡Cuando te digo que no acabas de sorprenderme!

Don Segismundo. Pues… ¿y tú a mí? *La mira de un modo indescriptible. Ella se va por detrás de la casa, mirándolo a él con una sonrisa tan dulce como el plato que piensa prepararle a Marín.* ¡Bien, bien, bien! ¡Perfectamente bien!… ¡Mucho, señor, mucho! Ya saldrá, ya saldrá… *Pasea. Por detrás de la verja, de izquierda a derecha, atraviesa Marucha corriendo. Luego pasan Rosalía y Fifí.* ¿Adónde irá esa golondrina? ¡Ah! que también vienen las otras. Pero ¿y Alfredo? ¿No salió con ellas Alfredo?

MARUCHA. *Presentándose alborozada por la derecha.* No me lo digas, porque ya lo sé. Hemos encontrado a Marín. Va a cenar con nosotros. Alfredo se ha ido a acompañarlo para que no se pierda a la vuelta. ¿Y mamá? ¿Dónde está mamá?

DON SEGISMUNDO. Preparando un dulce para el convidado, precisamente.

MARUCHA. Allá voy yo a darle una idea. *Se marcha por detrás de la casa.*

DON SEGISMUNDO. *A Fifí, que llega muy cariacontecida con Rosalía.* Y a ti ¿qué te sucede, Fifí? ¿Qué gestillo es ése de disgusto?

ROSALÍA. Que la viene siguiendo un pollito… y ya sabes tú lo que eso la enfada ¡Como si fuera una vieja pilonga!

FIFÍ. ¡Pues no quiero, no quiero! ¡ea!, ¡no quiero!…

DON SEGISMUNDO. Mujer, pero si le has gustado al chico…

FIFÍ. ¡Pues no quiero!…

ROSALÍA. Es tonta de remate.

FIFÍ. ¡No quiero no quiero!…

ROSALÍA. Pues eres tonta, aunque no quieras. Fíjate, papá; ahí viene él.

Fifí Se vuelve de espaldas a la verja. El Pollito pasa por el foro de izquierda a derecha. Don Segismundo y Rosalía lo observan. Nuestro hombre aparece de un color y se va de otro, porque no contaba con la expectación de la familia. Cuando ya no se le ve suelta la risa Rosalía.

DON SEGISMUNDO. No te burles, no. Tiene una apostura muy gallarda… Yo jamás he visto una quisquilla tan esbelta.

FIFÍ. *Gimoteando.* ¡Pues no quiero, no quiero!… ¡Todos se ríen de mí!… ¡No quiero, no quiero!… *Éntrase en la casa.*

ROSALÍA. ¡Lo peor es que cada día está más tonta!

DON SEGISMUNDO. Puede que eso sea lo mejor.

ROSALÍA. Puede. Y ya ves que le salen partidos; porque ¡como es tan mona!… Pero no se le acerca un muchacho que no se vaya haciéndole ¡fu! ¡Jesús, qué chiquilla!

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Dices perfectamente.

ROSALÍA. En Madrid, si ella pone un poco de gracia de su parte, entra en relaciones con aquel autor que llevó Alfredo.

DON SEGISMUNDO. Aquel autor tenía tanta gracia, que era muy difícil hacerle ninguna. Sí. La verdad en su punto.

ROSALÍA. ¿Y el hijo del juez, que le presentó Alfredo la otra mañana? ¡Desesperado se fué el chico! Es incasable; incasable. Convéncete, papá.

DON SEGISMUNDO. ¿Incasable has dicho? ¿Incasable? Es palabra que no enseño en ningún idioma. Ni la traduzco; le tengo guerra declarada.

ROSALÍA. Pues lo que es en esta ocasión…

DON SEGISMUNDO. Ya saldrá, ya saldrá…

ROSALÍA. *Mirándolo maliciosamente.* ¿Que ya saldrá?… ¿Sabes que estoy atando cabos y que me figuro tus planes?

DON SEGISMUNDO. ¿Tú… mis planes?

ROSALÍA. Sí. Yo… tus planes. ¡Vaya!…

DON SEGISMUNDO. *Sonriente.* No lo dudo… No en balde eres mi hija… Me alegro, me alegro… Sabes que aprecio en lo que vale tu colaboración… Ya saldrá, ya saldrá… *Sacando un libro del bolsillo.* Vamos a mi banquito, a conversar un rato con mi buen amigo Platón.

Retírase por la derecha.

Alfredo llega precipitadamente por la izquierda del foro, y desde detrás de la verja habla con Rosalía.

ALFREDO. ¡Rosalía!

ROSALÍA. ¿Eh? ¿Quién? Dios lo, ampare, hermano.

ALFREDO. Óyeme una cosa.

ROSALÍA. Dios lo ampare.

ALFREDO. Vamos, mujer…

ROSALÍA. Espere un momento: voy a ver si han quedado mendrugos. ¡Brígida! ¿Hay mendrugos? Pues sabe usted que no hay mendrugos. Perdone usted por Dios.

ALFREDO. *Hechizado.* Bueno, y si no hay mendrugos, ¿no tiene usted un traguito de agua que darme, hermanita?

ROSALÍA. La contestación, este otoño.

ALFREDO. ¡Ja, ja, ja!

ROSALÍA. Oye: ¿a qué venías tan sofocado? ¿Qué has hecho de Marín?

ALFREDO. Eso me traía. Su amigo se ha empeñado, ya que no cenan juntos, en que tomemos una cerveza los tres.

ROSALÍA. Y ¿no tienes dinero?

ALFREDO. ¡Guasona! Tengo un tesoro, que eres tú.

ROSALÍA. A mí no me tienes.

ALFREDO. ¿No, verdad? La contestación, este otoño.

ROSALÍA. ¡Ja, ja, ja!

ALFREDO. En serio: di a tus padres que no se impacienten si tardamos: que Marín corre de mi cuenta. Estoy convenciéndolo para que pierda el tren.

ROSALÍA. ¿Ah, sí? Bien hecho.

ALFREDO. ¡Y que se quejen de mí tus hermanitas!

ROSALÍA. De ti no se queja aquí nadie más que yo.

ALFREDO. Ya te quejarás con razón. ¡Te voy a dar muy mala vida!

ROSALÍA. ¿Muy mala?

ALFREDO. ¡Muy mala!

ROSALÍA. *Acercándose más a la verja, con zalamería.* ¿Muy mala, muy mala?… No será tanto, ¿eh?

ALFREDO. *Suspirando.* ¡Ay, Rosalía!

ROSALÍA. Mira; vete a tomar la cerveza.

ALFREDO. Es un buen consejo. Adiós.

ROSALÍA. Adiós. *Se queda junto a la verja viéndolo irse.*

ALFREDO. *Dentro ya.* Adiós.

ROSALÍA. Adiós *Le sopla un beso que pone en la palma de su mano izquierda. Después recoge graciosamente en el aire otro que se supone que*

le manda Alfredo; vacila entre llevárselo a la boca o guardárselo, y *al fin se lo guarda diciendo:* Para postre. *Marchase por detrás de la casa.*

Sale de ella el tío Cayetano, bostezando y desperezándose, en faz de haber dormido una siesta de cuatro horas.

TÍO CAYETANO. Pues, señor, no vuelvo a dormir más la siesta.

DON SEGISMUNDO. *Desde dentro.* ¡Hola!

TÍO CAYETANO. ¿Eh?

DON SEGISMUNDO. ¡Ven con Dios, hombre, ven con Dios! *Sale.* ¿Qué decías?

TÍO CAYETANO. Nada: que no vuelvo a dormir más la siesta. Me levanto de un humor de perros… con mal sabor de boca… se me corta la *indigestión…* ¡Bah!

DON SEGISMUNDO. A mí lo que me suele suceder es que se me paraliza el cerebro, y no puedo pensar en algunas horas.

TÍO CAYETANO. Igual me pasa a mí. Ahora yo no puedo pensar nada, no te creas.

DON SEGISMUNDO. Me lo explico, me lo explico perfectamente… Pero a bien que aquí no hemos venido a pensar mucho, ¿verdad, Cayetano?, sino a darle al cuerpo y al espíritu un poco de expansión.

TÍO CAYETANO. Eso: un poco de expansión. *Bostezando,* ¡Aaaaah! Mientras más se duerme, más se quiere dormir. *Se sienta.*

DON SEGISMUNDO. Yo lo que deploraría, querido, sería que te aburrieses.

TÍO CAYETANO. ¡Quita allá!

DON SEGISMUNDO. Esta vida en familia, apartada, serena, que para mí tiene tan grato perfume, quizás a ti, espíritu inquieto, voluntad independiente, te resulte empalagosa, sosilla… ¿No?

TÍO CAYETANO. ¡De ninguna manera! ¡Al revés! Pues si yo soy un hombre que… Yo… yo… Precisamente yo… A mí dame tú… Claro que uno… uno… No siempre las cosas… ¿eh? no siempre… Porque yo… yo…

DON SEGISMUNDO. ¡Es claro! Te comprendo muy bien: no porque tú hayas permanecido célibe…

TÍO CAYETANO. No, no; pero si eso de célibe… eso… eso es gana de murmurar que tienen algunos…

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Hasta de Dios dijeron. Me refería yo que nada tiene que ver que tú, por los azares de la vida, hayas dejado de constituir una familia para que puedas comprender y apreciar los encantos de la vida doméstica; lo que la familia significa para el hombre; el ánimo que le presta en la adversidad… en la desgracia…

TÍO CAYETANO. Ahí va, ahí va… El ánimo… el… ¿eh?… La vida doméstica… la… ¿eh? Porque hay momentos… hay momentos…

DON SEGISMUNDO. No te canses; ya sé por dónde vas.

TÍO CAYETANO. ¿Eh? Hay momentos… ¿eh?

DON SEGISMUNDO. ¡Y dices que no se te ocurre nada cuando duermes la siesta!… En la vida hay momentos que son toda la vida. ¡Qué bien lo has visto, Cayetano!

TÍO CAYETANO. ¡Eso: toda la vida!

DON SEGISMUNDO. Más de una vez he hablado yo con mi mujer, y con Fifí, que es muy sentadita, de tu amargura inmensa la noche aquella en que te dió el amaguillo cerebral.

TÍO CAYETANO. ¡Oh!

DON SEGISMUNDO. ¡Verte solo en tu casa, sin más asistencia que la de tus criados, que por fieles que sean no pasan de ser servidores; sin una mano querida que estrechar, sin unos ojos en que fijar los tuyos y que te miraran como sólo miran los de los hijos y los de las esposas!… Horrible, horrible.

TÍO CAYETANO. *Inquieto, nervioso, pálido.* Horrible… es muy cierto. Te juro que pasé un ratito… Horrible. Segismundo… No me quisiera ver en otra, no.

DON SEGISMUNDO. Ni hay que pensar en ello, tonto… Por fortuna, tu salud es de roble: tienes una energía juvenil que yo te envidio cordialmente…

Pero ¿me permites que te haga una pregunta, hija de una idea que ahora mismo entra en mi cerebro, con la fuerza de la inspiración momentánea?

TÍO CAYETANO. Sí, hombre… ¿Por qué no? Pregunta lo que quieras.

DON SEGISMUNDO. Vas a perdonarme lo que pueda haber en ella de impertinente o de indiscreto; pero tal como se me ha ocurrido, allá va. *Mirándolo con atención, y dándole un rápido golpecillo en un hombro.* ¿Por qué no te casas?

TÍO CAYETANO. *Riéndose como quien se siente lisonjeado por la pregunta.* ¡Ja, ja, ja!… Por qué no me caso… No está mal… no está mal… Por qué no me caso… Me ha hecho gracia la idea… ¡Ja, ja, ja!

DON SEGISMUNDO. Sí, señor, sí; y me atrevo a repetirte la pregunta: ¿por qué no te casas?

TÍO CAYETANO. No, si ya lo he pensado yo muchas veces… Yo ya… ¿eh?… ya yo… ¡Pero como siempre he sido un *turista*!…

DON SEGISMUNDO. ¡Anda con Dios!

TÍO CAYETANO. Sí, hombre, sí: un *turista*… ¡Siempre he sido un *turista*!…

DON SEGISMUNDO.*Jovialmente.* Mira, mira, no te me vengas a mí con historias… ¿Qué es eso de un *turista*?

TÍO CAYETANO. ¡Pues un *turista*! ¡La palabra lo dice, señor! Un hombre que come bien, bebe bien… y le gustan las buenas mujeres.

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Y es verdad: ¡siempre has sido un *turista*! Pero aun así, a pesar de esas aficiones, me declaras que muchas veces has pensado en el matrimonio…

TÍO CAYETANO. ¡Ah! sí: he pensado… ya lo creo que he pensado… Antes, ¿eh?, antes… ¿A mi edad ya quién…?

DON SEGISMUNDO. ¡A tu edad! ¡a tu edad! ¡Chistosa callejuela! ¡Ja, ja!

TÍO CAYETANO. *Halagadísimo.* ¿Te ríes, eh?

DON SEGISMUNDO. ¿No me he de reír, grandísimo *turista*? ¿No me he de reír? Tú lo sabes mejor que yo: eso de la edad es el mayor de los convencionalismos. En rigor, no hay edades. Hay quien se muere a los seis

meses y quien se muere a los noventa años… ¿Cuál era el más viejo? ¡El de los seis meses, que se murió antes!

Tío Cayetano. Eso sí: eso es una verdad muy profunda. Hay quien se muere a los seis meses.

Don Segismundo. ¡Más es! ¡Hay quien teniendo veinticinco años, tiene sesenta!…

Tío Cayetano. ¡Justo! ¡te lo iba yo a decir! ¡Como hay quien teniendo sesenta…! ¿eh?

Don Segismundo. ¡No tiene más que veinticinco!

Tío Cayetano. ¡Justo! ¡justo!

Don Segismundo. ¡En mi casa, sin ir más lejos, lo ves! Rosalía es mi hija mayor; Fifí es la más pequeña; ¡pues ahí están ellas dándole un mentís a la edad! La mayor es Fifí, y la más pequeña es Rosalía. ¿Por qué? ¡Porque Rosalía tiene la ligereza y la sangre de una chicuela de quince abriles, y Fifí tiene toda la cachaza y todo el sosiego de una mujer de cuarenta años!

Tío Cayetano. Sí, sí. Ya lo he notado yo.

Don Segismundo. *Riéndose.* ¡Pero has tenido muchísima gracia! ¡La tapaderilla de la edad que se busca! ¡Ja, ja! Me voy, me voy, porque no quiero andar con viejos… no se me peguen los alifafes… ¡Está bien! ¡está bien!… ¡Lo que tú eres un empedernido *turista*!… ¡Eso es lo que tú eres! *¡Turista!* ¡Más que *turista*!… ¡Me ha hecho llorar el demonio del hombre!

Éntrase en la casa, llorando materialmente de risa. El tío Cayetano también ríe.

Tío Cayetano. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué Segismundo éste!… ¿Eh? ¡Cómo se ha reído!… ¡Claro! yo… yo…

Llegan por la derecha Alfredo y Marín.

Marín. ¡Caramba! ¡Señor don Cayetano!…

Tío Cayetano. ¡Oh, señores! Queridísimo Marín, ¿qué tal va ese valor?

Marín. Ya parece que hemos echado la ruina fuera. Muchas gracias.

Tío Cayetano. ¡Vaya, hombre, vaya!

MARÍN. ¡A usted sí que lo encuentro al pelo! ¡Pero al pelo!

TÍO CAYETANO. ¿Sí, eh?

MARÍN. Sí, señor: unos colores envidiables; un aspecto de salud que da gozo. ¿Verdad, Alfredo?

ALFREDO. Como que esto le está sentando muy bien.

TÍO CAYETANO. ¡Ah! sí: esto me está sentando muy bien.

MARÍN. Muy bien, es poco: ¡archibién! ¡Si parece usted un muchacho! ¡Qué fuego en la mirada! ¡qué lozanía! Yo, como le he visto las orejas al lobo, nada envidio ya como la salud.

TÍO CAYETANO. ¡Asomó el aprensivo! Porque éste es un aprensivo muy grande.

ALFREDO. Incorregible.

TÍO CAYETANO. No sea usted aprensivo, hombre de Dios. La ciencia ha adelantado mucho ¡Ya se muere muy poca gente!

MARÍN. Toda la que nace, don Cayetano. ¡Pero ni con usted ni conmigo va eso ahora!

Sale de la casa Fifí. En el delantal trae un poco de trigo.

FIFÍ. *Sorprendida.* ¡Ay! buenas tardes. No sabía que estaba usted aquí.

ALFREDO. Avisaré yo a todos. *Éntrase en la casa.*

MARÍN. ¿Cómo sigue usted?

FIFÍ. Bien, ¿y usted?

MARÍN. Perfectamente ya; muchas gracias.

TÍO CAYETANO. ¿Adónde vas con ese trigo, Fifí?

FIFÍ. A echarles de comer a las gallinas. Con permiso de ustedes.

TÍO CAYETANO. Aguarda, mujer, aguarda un poco. Te acompañaré yo en la empresa. ¡Ja, ja, ja! *A Marín.* Es una muchacha… ¡pero tiene cuarenta años! Hasta ahora, querido Marín; hasta ahora.

Fifí se va por detrás de la casa, y el tío Cayetano la sigue.

MARÍN. Adiós, don Cayetano, adiós. ¡Qué simpática es la familia ésta!

Sale Marucha de la casa.

MARUCHA. ¡Dichosos los ojos, amigo Marín!

MARÍN. ¡Oh, Maruchita! ¿Cómo va?

MARUCHA. Es usted muy malo, muy malo; el más malo de todos.

MARÍN. ¿Por qué soy tan malo?

MARUCHA. Siéntese usted y se lo diré. *Se sienta ella.* ¿O es que está usted ya rabiando por irse? ¿Nos va usted a hacer visita de médico?

MARÍN. Todo to contrario: de enfermo.

MARUCHA. *Con interés mimoso. ¿De* enfermo?…

MARÍN. De enfermo… ya curado y agradecido.

MARUCHA. ¡Ah! Me asustó usted. Vamos, ¿no se sienta?

MARÍN. ¿Cómo no?

MARUCHA. ¡Ay, qué lejos! ¿Usted se cree que yo me como a los asturianos?

MARÍN. ¡Ojalá! *Se sienta cerca de ella.* Todos los asturianos, desde don Pelayo inclusive, se dejarían comer por usted.

MARUCHA. ¿Sí, verdad? ¡Mira qué malo ha salido de las calenturitas! ¡Pícaro! ¡Más que pícaro! Si no paso el bochorno de escribirle yo una postal, no viene usted a despedirse. ¡Malo! ¡Con los calditos que yo le preparaba!…

MARÍN. Pero, Maruchita, ¿de veras cree usted que iba yo a despedirme a la francesa?

MARUCHA. Y tan de veras como lo creo.

MARÍN. ¡Ah! pues no: modifique usted su juicio sobre mi persona, porque entre mis innumerables defectos, el de ser ingrato no cuenta. Se lo aseguro a usted.

MARUCHA. ¿Y el de ser hipócrita?

MARÍN. Ése, menos: no sé fingir. Por eso, a veces, paso por huraño y adusto; porque no sé fingir.

MARUCHA. ¡Anda! Se ha puesto serio.

MARÍN. Para que usted me crea. Y porque es bien serio lo que siento. La gratitud que me liga a ustedes durará lo que dure mi corazón.

MARUCHA. ¡Ay, lo que se me ocurre!…

MARÍN. ¿Qué?

MARUCHA. Nada; no se lo digo… Soy muy tonta. Siga usted hablando, Marín.

MARÍN. Yo no puedo olvidar que, en una crisis de mi vida, me he visto enfermo, lejos de mis padres, y de mi casa, y de mis montañas… y que su madre de usted, Marucha, velándome la fiebre a la cabecera, alguna vez llegó a parecerme la mía. Esto *yo* no puedo olvidarlo.

MARUCHA. ¡Qué bueno es usted, Marín! Pero ¡qué bueno qué bueno! Aquello de malo que le dije antes era de broma. Yo no he visto nunca un hombre más bueno.

MARÍN. Bueno o malo, Marucha, ingrato es lo que desde luego no soy. Puede usted creer que, si dejo a Madrid con pena, es sólo por ustedes.

MARUCHA. ¿Por ustedes? Y ¿quiénes son ustedes?

MARÍN. Ustedes: sus padres, sus hermanas, usted…

MARUCHA. Usted… no es ustedes.

MARÍN. ¡Claro! Usted es usted.

MARUCHA. Yo.

MARÍN. La firmante de la postalita, gracias a la cual estoy yo aquí.

MARUCHA. No sea usted malo, que ya le he dicho a usted que es bueno. Y no finja usted: que lo que menos le importa de Madrid es la firmante de la postalita.

MARÍN. Le repito a usted que no finjo. Cuando no siento una cosa, no la digo jamás.

MARUCHA. Entonces, yo no sé qué pensar de usted… ¡Ay, qué hombre más malo!

MARÍN. Pero veo que otorga usted títulos de bondad y de maldad con gran ligereza.

MARUCHA. No, señor; sino que si usted se va de Madrid apenado porque me ha conocido y siente dejarme… pues usted es muy malo, Marín.

MARÍN. ¿Malo porque siento dejarla a usted? Pues ¿no era malo porque me iba tan fresco, según usted creía?

MARUCHA. Sí, es verdad; y es usted muy bueno.

MARÍN. ¿Muy bueno?

MARUCHA. Muy bueno. Pero… francamente… me mira usted de un modo, que es usted muy malo.

MARÍN. ¿Vamos a dejarlo en regular?

MARUCHA. Eso es: regular de malo y regular de bueno. Con unos granitos más de malo.

MARÍN. ¡Ja, ja, ja!

MARUCHA. ¿Y yo, cómo le parezco a usted? ¿Mala o buena?

MARÍN. Muy mala.

MARUCHA. ¡Qué pronto lo ha dicho! Pero eso es broma; es usted muy malo; porque si le pareciese tan mala… no le importaría a usted dejarme. Ya lo cogí.

MARÍN. Efectivamente; me cogió. No hay réplica.

MARUCHA. No; de verdad. En serio, como se puso usted antes, Marín: ¿qué le parezco a usted?

MARÍN. ¡Preciosa!

MARUCHA. ¡Ay, qué malo!

MARÍN. Tan preciosa, Marucha, tan atractiva…

MARUCHA. Por Dios, Leopoldo… no me vaya usted a decir una cosa muy mala que le estoy leyendo a usted detrás de los ojos…

MARÍN. Y ¿es muy mala esa cosa, Marucha?

MARUCHA. No… muy mala, no; regular de mala también.

MARÍN. Como yo, entonces; eso le probará a usted que es sincera.

MARUCHA. Pero, de todos modos, no me la diga usted ahora… que me va a dar muchísimo *pavo*…

MARÍN. Si usted ya la ha leído, ¿para qué tengo yo que decírsela?

MARUCHA. ¿Y si me he equivocado en la lectura, Marín?

MARÍN. No; no se ha equivocado usted, Maruchita.

MARUCHA. ¡Ay, qué malo! Digo, no; ¡ay, qué bueno!… ¡Jesús bendito! El tío Cayetano viene ahí… Y nos va a ver juntos… y se va a pensar

cualquier cosa muy mala… Yo me marcho… Leopoldo… Hacia allá, ¿sabe usted?… Voy a sentarme en aquel banquito… Usted haga lo que quiera… Cogeré mientras una flor y le preguntaré una cosa… *Se retira por la derecha, sin dejar de mirar a Marín.*

MARÍN. ¡Es encantadora ésta chica! ¡Qué atractivo tiene! Me da el corazón que he hecho un viaje completo.

Sale el tío Cayetano por donde se marchó.

TÍO CAYETANO. ¿Qué es eso, hombre? Pero ¿aún está usted aquí solo?

MARÍN. No, señor, no; estaba bien acompañado. Hablaba con Marucha, que se ha ido allá… a coger unas flores…

TÍO CAYETANO. ¡Ah, vamos, con Marucha! Es verdad, si; allá la veo. A coger flores, ¿eh?

MARÍN. Ocupación de jóvenes, don Cayetano.

TÍO CAYETANO. Justo, sí; eso iba yo a decirle: los jóvenes, ¿eh?, a coger flores. ¿Eh? ¡A coger flores!

MARÍN. Pues todavía puede usted coger alguna. ¡Porque usted se conserva que es un gusto!…

TÍO CAYETANO. ¿Sí, eh?… Hombre, yo… la verdad… Oiga usted, yo siempre he pensado que eso de la edad no existe…

Marín no quita ojo al sitio por donde Marucha se fué.

MARÍN. ¿Que no existe la edad?

TÍO CAYETANO. No existe, no… porque… Usted vea: hay quien se muere a los seis meses y quien se muere a los noventa años… ¿eh? ¿Cuál es el más joven? ¡Pues el de noventa años… porque el otro se muere antes! ¿Eh? ¿eh?

MARÍN. Sí, señor, sí. Temo que Maruchita se aburra. Voy allá.

TÍO CAYETANO. En esta casa misma está el ejemplo: la mayor de las muchachas es Rosalía, y Fifí es la menor. Bueno, pues… ¿usted no lo ha notado? ¡Fifí parece que tiene cuarenta años, y Rosalía dieciséis!… ¿Eh? ¿eh? ¿eh?

MARÍN. ¡Ah! justo, sí; esa observación es muy buena.

TÍO CAYETANO. ¿Eh? Rosalía…

MARÍN. Que sí, que sí; Rosalía es la menor siendo la mayor, y Fifí la mayor siendo la menor. Entendido. Pero Maruchita es el término medio, que es el mío por ahora. Dispénseme usted, querido amigo. *Se va con Marucha.*

TÍO CAYETANO. ¡El término medio! ¡Qué gracioso! Ya yo se lo iba a decir… pero él se anticipó.

Salen de la casa Alfredo y Rosalía.

ROSALÍA. Aquí te pillo, aquí te cojo.

TÍO CAYETANO. ¿Eso es a mí?

ALFREDO. A usted, a usted mismito.

ROSALÍA. Prepárese usted: se trata de un tiro a quemarropa.

TÍO CAYETANO. ¿De un tiro?

ALFREDO. Sí, señor.

ROSALÍA. Verá usted el asunto: Alfredo me quiere un disparate.

ALFREDO. La quiero un disparate.

ROSALÍA. Yo lo quiero a él otro disparate.

ALFREDO. Ella me quiere a mí otro disparate.

ROSALÍA. Y otro disparate que pensamos hacer este otoño…

ALFREDO. Son tres disparates.

ROSALÍA. ¿Usted apadrina tantos disparates?

TÍO CAYETANO. ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya una preguntita salada! ¡Eso no había ni que tratarlo!

ROSALÍA. ¡Ole mi tío, qué retebueno es! Deme usted un abrazo muy fuerte, muy fuerte, muy fuerte.

TÍO CAYETANO. *Abrazándola.* ¿No se enfadará Alfredo?

ALFREDO. No, señor; porque después de abrazarla a ella me abraza usted a mí, y yo me quedo con los dos abrazos.

TÍO CAYETANO. *Abrazándolo.* ¡Ja, ja, ja! ¿Conque para el otoño, ¿eh?… para el otoño?

ROSALÍA. Para el otoño, sí.

ALFREDO. ¡Gracias a Dios que voy a casarme!

ROSALÍA. Que vamos a casarnos; no me dejes fuera en las gracias a Dios.

ALFREDO. ¡Como que los dos soñamos con ese día!…

TÍO CAYETANO. Sí; realmente… ¿eh?

ALFREDO. Realmente, tío Cayetano, dadas nuestras costumbres y la sociedad en que vivimos, es el único estado en que se puede pasar bien.

ROSALÍA. Se suele pasar mal; pero es el único en que se puede pasar bien.

TÍO CAYETANO. Sí, es el único… sí… Ya… yo…

ALFREDO. La soltería, sobre todo para los hombres, está erizada de peligros.

ROSALÍA. ¡Erizada!

TÍO CAYETANO. Sí… sí está erizada.

ALFREDO. La vida entre criados o de hotel en hotel, es aburridísima, fastidiosa…

ROSALÍA. Y lo peor no es eso: sino que a última hora se encapricha usted con una fregona de buen palmito… o con una lagarta…

ALFREDO. Y acaba por hacer viejo mal lo que joven pudo hacer bien.

TÍO CAYETANO. Sí… eso lo he dicho yo mil veces: de viejo se hace mal lo que de joven se hace bien.

ALFREDO. Como otros peligros inevitables y tremendos. Ya ha visto usted ese pobre señor de que ayer hablaban los papeles.

ROSALÍA. Una cosa horrible: ¡le han cortado el pescuezo entre el ayuda de cámara y el pinche de cocina!

ALFREDO. ¡Por vivir solo como un hongo! ¿No lo ha leído usted?

TÍO CAYETANO. ¡Ni lo leo! Luego en la siesta es ella: se me representa todo junto… y no duermo tranquilo.

ALFREDO. Por eso yo, tío Cayetano, este otoño, al pueblo con mi mujercita. A trabajar allí como un hombre… y a vivir contento y en paz.

ROSALÍA. ¡Y el que quiera más felicidad, que la pinte!

TÍO CAYETANO. Que la pinte, ¿eh?… que la pinte.

Sale Fifí por detrás de la casa y atraviesa hacia la derecha.

ALFREDO. Que la pinte. ¿Adónde vas, Fifí?

TÍO CAYETANO. ¡Fifí! ¿Adónde vas?

FIFÍ. Allí con Marucha.

TÍO CAYETANO. Ven acá, mujer.

ROSALÍA. Ven acá.

FIFÍ. No, que está ahí Alfredo y se burla de mí.

Vase.

ALFREDO. ¡Qué chiquilla!

TÍO CAYETANO. Es una chiquilla; ¡pero tiene cuarenta años!

ALFREDO. Tiene más.

TÍO CAYETANO. ¿Tiene más eh?

ALFREDO. En bondad y en sentido práctico de la vida y de las cosas, tiene más.

ROSALÍA. ¡Es una señora mayor!

TÍO CAYETANO. ¡Ja, ja, ja! ¡Dice que es una señora mayor!…

ALFREDO. Mire usted, tío Cayetano: a mí me han derretido los sesos los ojos de mi novia, pero no por eso dejo de comprender que la perla de la casa es Fifí.

TÍO CAYETANO. Fifí… ¿eh?… Fifí… ¿Vamos allá a enredar un rato?

ALFREDO. Vamos allá.

TÍO CAYETANO. *Del brazo de Alfredo*. ¡Niñas! ¡niñas! ¿Hay sitio para este par de mozos?

Se van por la derecha los dos. Rosalía, que va a seguirlos, se detiene al ver salir a don Segismundo de la casa, y se acerca a él.

ROSALÍA. Papá.

DON SEGISMUNDO. Hola, secretaria. ¿Qué quieres?

ROSALÍA. Haces muy bien en no enseñar en ningún idioma la palabra «incasable». Eres un genio, aunque yo sea tu hija. Y Alfredo te ha salido un

discípulo que ya, ya. Acaba de decirle al tío Cayetano que Fifí es la perla de la casa.

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja, ja!

ROSALÍA. Como tengamos hijas, lo que es a ése no se le quedarán solteras. Voy con él. *Marchase por la derecha.*

DON SEGISMUNDO. ¡Bien; muy bien! ¡Perfectamente bien! ¡Mucho, señor, mucho!… Ya salió, ya salió… *Asomándose por detrás de la casa.* ¡Elvira! ¡Elvira!

Sale doña Elvira.

DOÑA ELVIRA. ¿Qué quieres, Segis?

DON SEGISMUNDO. Echa la vista hacia aquel banco, pero sin mirar… Como si tuvieses puestas las gafas negras.

DOÑA ELVIRA. ¡Todos allí!

DON SEGISMUNDO. ¡Todos! ¡Por parejas. Elvira!

Los dos miran disimuladamente.

DOÑA ELVIRA. Fifí, el ángel mío, con Cayetano… ¿verdad?

DON SEGISMUNDO. Y Maruchita, el otro ángel tuyo, con Marín.

DOÑA ELVIRA. Pero ¿será posible, Mundo?

DON SEGISMUNDO. Pues ¿no lo ves claro, mujer?

DOÑA ELVIRA. ¡Lo de Cayetano sería demasiada ventura! ¡Un hombre de su posición y de sus prendas!

DON SEGISMUNDO. Pues dalo por hecho. Cayetano no piensa más que lo que a mí se me antoja que piense. ¿Tú te haces cargo?…, Todas las mañanas, hasta que se case, como quien le da la ropa interior, le daré las ideas que hayan de llevarlo a la Vicaría… Ése es mi cuidado. Y no creas sino que le hacemos un gran servicio. A él y a Fifí.

DOÑA ELVIRA. ¡Hija de mi alma!

DON SEGISMUNDO. Serán felices… serán felices… Y si Dios les concede algún hijo, no será tonto. Porque como fuerzas iguales se

destruyen…

DOÑA ELVIRA. No te entiendo, Segis.

DON SEGISMUNDO. En este punto, basta con que me entienda yo.

DOÑA ELVIRA. ¿Te parece que los llamemos para ir hacia la mesa?

DON SEGISMUNDO. ¿Todo está listo ya?

DOÑA ELVIRA. Todo.

DON SEGISMUNDO. Pues a la mesa entonces, que en la mesa se fortifica el amor: se alimenta… y bebe. *Llamando.* ¡Jóvenes!

DOÑA ELVIRA. Llama también a Cayetano.

DON SEGISMUNDO. ¡Si por él he dicho lo de jóvenes!

DOÑA ELVIRA. Ya.

DON SEGISMUNDO. ¡Jóvenes!

TÍO CAYETANO. *Dentro.* ¿Qué pasa?

DON SEGISMUNDO. *A doña Elvira.* ¿Ves? *A los otros.* ¡Que la mesa espera! ¡Que no se vive sólo de ilusiones! ¡Que los viejos, por lo menos los viejos, tenemos apetito!

Se oyen dentro grandes carcajadas de iodos y algunos aplausos.

DOÑA ELVIRA. ¡Andad, andad hacia la mesa!

DON SEGISMUNDO. Son dichosos, Elvira. No hay que dudarlo.

Aparece Marín y Marucha.

MARÍN. En esta casa, don Segismundo, las horas se vuelven minutos.

DON SEGISMUNDO. Eso quiero yo, eso quiero yo.

MARUCHA. Venga usted, Marín, que lo voy a sentar a mi lado.

MARÍN. ¡Aunque me cuelgue usted del techo estaré contentísimo!

Entran en la casa. Don Segismundo y doña Elvira, que los contemplan hechizados, se miran luego sonrientes, con veinticinco comentarios en cada ojo. Salen el tío Cayetano y Fifí.

TÍO CAYETANO. ¿Eh, Fifí? ¿Lo apruebas, Fifí? Oye, Segismundo, le digo yo a Fifí que si ese muchacho Marín se quedara un día más, haríamos mañana una excursión en burro. ¡Se me ha ocurrido eso! ¿Eh? ¡Una excursión en burro!

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Una excursión en burro… Muy oportuna idea…

FIFÍ. ¿Iremos a las peñas, tío Cayetano?

TÍO CAYETANO. ¡Iremos adonde tú guíes! Y ahora… ahora… ¡a hacer por la vida!

Éntrase en la casa con Fifí. Los esposos vuelven a mirarse como antes. Salen Alfredo y Rosalía.

ROSALÍA. Papá: mamá: dice Alfredo que esta noche pierde Marín el tren; y digo yo que mañana se cae el tío Cayetano de su burro.

Risas generales.

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Eso es de buena ley.

ALFREDO. Don Segismundo: doña Elvira…

DOÑA ELVIRA. ¿Qué?

ALFREDO. Ya pueden ustedes decir lo que gusten… y yo también; pero el que se lleva la perla de la casa, soy yo.

Nuevas risas. Éntrase en la casa con Rosalía.

DON SEGISMUNDO. Está bien… está bien…

DOÑA ELVIRA. ¡Mundo!

DON SEGISMUNDO. ¡Elvira!

DOÑA ELVIRA. ¡Conseguido nuestro ideal!

DON SEGISMUNDO. ¡Que se lo doy yo a los conquistadores de América!

DOÑA ELVIRA. ¿Le pides algo a Dios en este momento?

DON SEGISMUNDO. ¡Sí! Que sean tan felices como nosotros… y que *eso*… ¡sea varón!

Se cogen del brazo y se encaminan hacia la casa.

FIN DE LA COMEDIA

Santander, agosto, 1908.

AMORES Y AMORÍOS

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

Estrenada en el **Teatro Avenida**, de Buenos Aires, el 10 de octubre de 1908

A MUCHAS Y A NINGUNA

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Isabel.	María Guerrero.
Dolores.	María Cancio.
Julia.	Catalina Bárcena.
Nieves.	Elena Riquelme.
Matilde.	Concepción Robles.
Irene.	Luisa García.
Cecilia.	Carmen Jiménez.
Mercedes.	Aurora Le-Bret.
Juan María.	Fernando Díaz de Mendoza.
Don Leoncio.	Francisco Palanca.
Don Alejandro.	Alfredo Cirera.
Lauro.	Manuel Díaz.
Jorge.	Mariano Díaz de Mendoza.
Moyita.	Ricardo Vargas.
Rafael.	Ramón Guerrero
	Carlos Allen-Perkins.[4]

CIUTTI.

AMORES Y AMORÍOS

ACTO PRIMERO

Pomposo y ameno jardín de una posesión de recreo que tiene en tierras andaluzas don Leoncio Herrera, caballero castellano. En el primer término hay una explanada semicircular, formada por sólidos poyetes cubiertos de azulejos árabes. En el centro mismo, cortando la curva, se abre una calle de verdes macizos de arrayán, cortada a su vez, a derecha e izquierda, por otras calles más angostas. Aquí y allá, entre los macizos, descuellan lozanos naranjos en flor y altos y pintorescos rosales. Es una noche clara del mes de mayo.

El jardín está solo. Hacia la izquierda del actor, óyense lejos las diez en un reloj de torre, y a poco la voz de un Zagalillo que canta.

Zagalillo.

Por tu cara rebonita
te ha comparao mi amó
a la primera estreyita
que sale ar ponerse er só.

Tienes unos dientes
como chinitas de río,
limpitos y relusientes.

ISABEL. *Dentro, hacia la derecha, llamando.* ¡Lauro!… ¡Lauro!…

Sale Lauro por el primer término de la izquierda. Es un viejo recio, de tostado rostro, jardinero y guardián de la finca desde hace veintitantos años, y hombre experimentado y prudente.

LAURO. ¡Mande usté, zeñorita! *Por la vereda central se acerca un poco hacia la derecha, y desde allí habla con Isabel. A ésta no se la ve, pero por su voz solamente se adivina que es guapa.*

ISABEL. ¿Quién canta?

LAURO. ¡Ah! Pajarito. Pajarito le dicen.

ISABEL. ¿Pajarito?

LAURO. Ez un zagaliyo de quince años, hijo de zeñó Juan, er guarda que por las noches vigila estos contornos. Cuando zeñó Juan ze pone malo o tiene quejaceres… que ziempre viene a zé a los finales e mezes, cuando cobra… —*Al decir esto empina el codo*— manda pa que lo zupla a Pajarito.

ISABEL. Ya.

LAURO. Er zeñó Juan, usté lo habrá oído, canta la hora de cuando en cuando como los zerenos, porque azí ze lo tiene mandao mi zeñó, y er zeñó Yorente, el amo de la finca frontera; pero Pajarito dice que ér no canta la hora aunque lo jagan tiras, y que prefiere cantá una copla ca media hora que paze. Y la canta porque le zale der pico. *Se oye la risa de Isabel, que contribuye a robustecer el concepto que de su belleza se forma por su voz.* Cozas de esta tierra, zeñorita. ¿Ze le ofrece a usté argo más cormigo?

ISABEL. Nada más, Lauro. Muchas gracias.

LAURO. Pa zervirla estamos. *En son de elogio.* To quié zaberlo, to le prezocupa, y por to ze intereza… *Va a irse por donde llegó.*

Por el primer término de la derecha aparece en esto Dolores, su mujer, vieja servicial y solícita si las hay.

DOLORES. Atiéndeme, Lauro.

LAURO. ¿Qué tripa te ze ha roto?

DOLORES. La zeñorita Izabé y er zeñorito don Alejandro, ¿ze van por fin mañana a Madrí?

LAURO. Ze van.

DOLORES. Yo, como el amo quería que ze estuvieran aquí argunos días más…

LAURO. Zí; pero don Alejandro —zin fartarle— tiene en vez de cabeza un ladriyo —zin fartarle—, y ha dicho ya que ze va mañana, y mañana a las tres tiene que está er coche enganchao.

DOLORES. ¡Ay! posme vi a poné corriendo a hacé la maza.

LAURO. ¿Qué maza?

DOLORES. Que quieo que ze yeve la zeñorita ziquiea medio ciento de *zuspiritos de Zanta Teresa*. En Madrí no come ezos durces ni por zoñación, y tienen que gustarle mucho.

LAURO. ¡Ah, vamos!

DOLORES. Zólo que ze me ha ocurrío a úrtima hora, y zon mu entretenííos, y la maza necezita batirze mu bien y lo menos trez horas de horno. Tú no le digas na.

LAURO. ¿Yo? Ezo es coza tuya.

DOLORES. Es que zi no me zalen como pa que los coman los reyes de España, no ze los prezento. *Va a irse y vuelve.* ¿Cómo has dicho?

LAURO. No he despegao mis labios.

DOLORES. Me quizo parecé. *Se marcha por donde salió, hablando sola, ilusionada con el futuro éxito de confitería.*

LAURO. Ayá va eya, que no ve más que durces en doz horas. *Relía un cigarrillo y lo enciende,* Ze ha creío que los zeñores van a poné en Madrí una confituría.

Salen por una de las calles de la derecha don Leoncio y don Alejandro, antiguos camaradas y amigos. Ambos rayan en los sesenta años, pero don Leoncio parece más viejo. Su aspecto tísico es revelador de su antagonismo moral. Don Leoncio es de blanda cera y don Alejandro, de bronce.

DON LEONCIO. Nada, nada; insisto. Se resolverá lo que quiera Isabel.

DON ALEJANDRO. Isabel no quiere nunca más que lo que yo quiero.

DON LEONCIO. No te hagas ilusiones. —Lauro.

LAURO. Zeñorito.

DON LEONCIO. ¿Salió mi hijo?

LAURO. ¿Er zeñorito Juan María? No, zeñó; por to lo jondo der jardín está pazeándoze. ¿Lo yamo?

DON LEONCIO. Sí.

DON ALEJANDRO. No. ¿Para qué molestarlo? ¿Y mi hija?

LAURO. ¿La zeñorita Izabé? Ahora mesmo hablaba cormigo desde zus barcones. ¿La yamo?

DON ALEJANDRO. No.

DON LEONCIO. Sí.

DON ALEJANDRO. ¡No!

LAURO. Los zeñores dirán.

DON ALEJANDRO. Que no; que no.

LAURO. Zervidó de los zeñores. *Se retira por la izquierda.*

DON LEONCIO. Ya ves, y quieres irte; mis criados te hacen a ti más caso que a mí.

DON ALEJANDRO. Es que Lauro es un hombre muy serio.

DON LEONCIO. Muy serio; pero criado mío.

DON ALEJANDRO. Yo he simpatizado grandemente con él. Echamos largos párrafos. Tiene una gravedad, un empaque… y una opinión tan personal y tan segura sobre todas las cosas… Es el andaluz más serio que he conocido.

DON LEONCIO. Es que los andaluces que salen serios, son serios hasta delante de los toros. Acuérdate de Rafael, que parecía que iba a decir misa cuando se abría de capa.

DON ALEJANDRO. ¡Ja, ja, ja!

DON LEONCIO. A este Lauro lo tengo a mi servicio desde que compré esta finca de *Los Rosales,* hace ya veinticinco años. Es hombre fiel, de ley, y un jardinero como hay pocos. Y como a los hombres no los malean más que las mujeres, y la suya es tonta de capirote, no hay temor de que Lauro cambie.

DON ALEJANDRO. ¿Veinticinco años hace ya que tienes esta finca, Leoncio?

DON LEONCIO. ¡Ay!… Veinticinco años, Alejandro. Veinticinco primaveras con ésta he pasado ya en ella. Quiere esto decir que hace veinticuatro que estás quedando mal conmigo.

DON ALEJANDRO. Yo no quedo nunca mal con nadie.

DON LEONCIO. Conmigo, sí. ¡Mira tú que un cuarto de siglo ofreciéndome año tras año venir a pasar una temporada, y hasta ahora no haberme cumplido tu ofrecimiento! Y cuando te digo que me acompañes unos días más, te me sales por peteneras.

DON ALEJANDRO. Ni por peteneras ni por tangos. Te prometí estar a tu lado veinte días, y veinte días he estado ya. Mañana me voy. Hacer otra cosa sería una flaqueza de la voluntad.

DON LEONCIO. ¿Habrá majadero? Cuando lo agradable en el mundo es decir: «¿Qué había pensado, esto? ¡Pues voy a hacer todo lo contrario!»

DON ALEJANDRO. Eso será agradable para ti, que siempre has sido un tarambana.

DON LEONCIO. ¡Lo que no soy es una libra de chocolate con el peso justo, como tú! Y sobre todo, mamarracho, vete ya solo norabuena a tostar castañas, pero déjame aquí a Isabel.

DON ALEJANDRO. No insistas, porque bien me conoces. Volveré otro año, y pasaré contigo el tiempo que a ti y a mí nos acomode. Ahora, transcurridos ya los veinte días, no transijo.

DON LEONCIO. ¿Ni por tu hija, que está encantada aquí?

DON ALEJANDRO. Por mi hija menos que por nadie. Cabalmente la educo en esta fortaleza de la voluntad, que debe traslucirse aun en los hechos más sencillos de la vida: en esta fortaleza de la voluntad que a mí me ha hecho hombre.

DON LEONCIO. ¿Que a ti te ha hecho hombre? ¡Si tú no eres hombre, Alejandro! ¡Tú eres una piedra de molino!

DON ALEJANDRO. Más duro soy aún. Y a ti te consta.

DON LEONCIO. A mi nada me consta; ni falta. Me irritas, me exasperas. Por supuesto, ¿qué se puede esperar de un señor que no ha tenido en su vida más que una novia?

DON ALEJANDRO. ¡Ja, ja, ja! Una nada más, ciertamente. Pero, dime: ¿por cuántas valía?

DON LEONCIO. No es ése el caso: es el hecho ridículo de no haber tenido más que una. Como valer… ¡ya lo creo que valía por un millón! Y ¡cuánto me la recuerda Isabel!

DON ALEJANDRO. ¿Verdad?

DON LEONCIO. Mucho. Por fuera… y por dentro.

DON ALEJANDRO. Sin embargo, Isabel es más vehemente, más apasionada, más entera de alma que fué su madre; más parecida a mí.

DON LEONCIO. ¡Quiá!

DON ALEJANDRO. La madre era dulce, suave, toda ternura…

DON LEONCIO. No sé cómo cargó contigo, mastuerzo.

DON ALEJANDRO. Ahí verás. A su cariño debo el ser como soy, y el ser lo que soy. Si mis padres y mi familia toda no se me hubieran puesto enfrente, declarándome una guerra sin cuartel, cuando supieron que vivía con ella, sólo porque ella era hija del pueblo, yo tal vez no habría sido en el mundo más que un señorito rico que pasa su vida ociosamente. Pero como me encontré fuera de mi casa a los veinte años, aislado, solo, y ciego por aquella mujer, a ella me abracé firmemente y ella me salvó. Su cariño fué mi estímulo y mi consuelo. Tú no sabes lo que es trabajar sin descanso día tras día, y que haya unas manos de mujer que enjuguen el sudor de tu frente. Tú, el escéptico, el humorista, el mujeriego, no sabes lo que es vivir para una, creer sólo en una, adorar en una rada más… besar en unos labios sólo… ¡Cuánto calor, que otros como tú desparraman en tantas bocas, se pone en esos besos! Y aquellos besos, primero de amante y luego de marido, labraron una dicha firme, segura, fuerte, porque labraron a la vez un corazón y una voluntad. Y yo también, como tú por Andalucía, tengo por Asturias una casa de campo: y no se llama *Los Rosales,* como ésta; se llama como ella se llamaba: *Isabel.* Y mi fábrica se llama *Isabel,* y mi hija se llama también *Isabel.* Y es porque *Isabel* se llama mi vida entera.

DON LEONCIO. ¡Bravo, Alejandro, bravo! A pesar de tu cabeza broncínea eres un hombre de corazón. *Le estrecha las manos.* ¿No te irás mañana, verdad?

DON ALEJANDRO. Sí, Leoncio, sí; ¿no te he dicho que sí?

DON LEONCIO. ¡Vaya! Es inútil. Ni haciéndote cosquillas en el sentimiento. ¿A qué hora se te piden a ti los favores, mi alma?

DON ALEJANDRO. A ninguna. Porque no hago favores; ni los pido. Ni doy consejos; ni los tomo. Cada cual que sea dueño y señor de sí. Y yo me voy mañana.

DON LEONCIO. *A Isabel, que aparece por la derecha en el fondo.* ¡Isabel! ¿Tú oyes esto, Isabel?

La presencia de Isabel confirma la opinión que al oír su voz y su risa se ha formado de su persona. Dolores sale detrás de ella y se queda un poco rezagada.

ISABEL. ¿Otra vez de pelea? Pero ¡que siempre han de andar ustedes como el perro y el gato!

DON LEONCIO. ¡Naturalmente! ¿Crees tú que se pueden llevar de otra manera un alcornoque y un hombre de sentido común?

DON ALEJANDRO. Sólo que falta saber quién es el alcornoque.

DON LEONCIO. Te faltará a ti: yo lo sé desde que te conozco.

DON ALEJANDRO. Bueno, bueno; vete a tostar castañas, como tú dices.

DON LEONCIO. Escucha.

DON ALEJANDRO. No quiero. Isabel, hija mía, Dios te dé paciencia para aguantarlo.

ISABEL. Pero oye, papá.

DON ALEJANDRO. ¡No oigo! ¡Son ya dos horas de monserga! ¡Me voy a la huerta a respirar tranquilo! ¡A oír cantar los grillos, que me gustan mucho!

DOLORES. ¿Que le gustan los griyos, dice?

DON LEONCIO. ¡No estás tú mal grillo cebollero! ¡El diablo que te lleve!

DON ALEJANDRO. ¡Con tal que no te lleve a ti a la par, que me lleve en buen hora! *Vase de estampía por la izquierda.*

Isabel ha presenciado la escena riendo cariñosamente.

DON LEONCIO. Admiremos la grandeza de Dios… que echa al mundo a ese hombre… para que luego nazca esta mujer.

ISABEL. ¡Ja, ja, ja! Pues le advierto a usted, don Leoncio, que somos dos gotas.

DON LEONCIO. ¡Vamos, calla! ¿Qué habéis de ser dos gotas, criatura? Es decir, podéis serlo: él, de vinagre, y tú, del mejor vino del mundo.

ISABEL. ¡Qué galante!

DON LEONCIO. Genio y figura…

DOLORES. Con permizo, zeñorita Izabé.

ISABEL. ¿Qué hay, Dolores?

DOLORES. Los cogoyitos de claveles, como están agarraos, ze los vi a poné a usté en un cajoncito pa que yeven bastante tierra, ¿zabe usté?

ISABEL. Bueno; como vayan mejor.

DOLORES. Er que tendrá que di en la misma maceta ez er naranjito; zi no, va a perderze.

ISABEL. No, por Dios; el naranjito no me lo llevo.

DOLORES. ¿Me va usté a hacé a mí eze dezaire? ¡Zi ze mete ande quiera! En un rincón der coche ze lo pone a usté Lauro y nadie lo ve.

ISABEL. ¿Qué ha de caber en un rincón del coche?

DOLORES. Güeno, pos le zaca usté biyete; pero usté ze lo yeva. Otra coza. Las monjitas der Carmen me han mandao con la demandadera un porroncito de mier de caña. Eze porroncito es pa usté.

ISABEL. ¿Más dulces, Dolores? ¿Usted sabe los que me llevo ya?

DOLORES. Poz aguarde usté, que toavía…

ISABEL. No, no, no. En serio; más dulces, no. ¡Por los clavos de Cristo, don Leoncio: póngale usted un freno a esta mujer! ¡Mire usted que hay una sala baja llena ya de cosas!, y se empeña en que he de llevármelo todo.

DON LEONCIO. Y te lo llevarás, no te quepa duda.

DOLORES. ¡Ya lo creo que ze lo yevará!

DON LEONCIO. ¿Tú ves a tu padre, que se encastilla en que mañana os vais, y os vais mañana sin remedio? Pues lo que Dolores se haya propuesto regalarte, cargas con ello aunque no quieras. Yo conozco a mi gente.

DOLORES. Zi no le he preparao más que una mizeria. Lo que ze dice na. Cuatro docenitas de porvorones; otras cuatro de *peyizquitos de monjas:* un cajoncito de carne de membriyo; otro de jalea; un medio ciento de *coronitas de fraile;* las tortitas de aceite, los pestiños, las yemitas de coco… Ya le digo a usté: una mizeria.

ISABEL. Usted lo ha oído: una miseria.

DOLORES. *Enterneciéndose.* ¿Zabe usté lo que yo ziento, zeñorita? No poderle dá a usté lo que usté ze merece y es mi voluntá. ¡Poszi tengo er corazón traspazao, na máz en penzá que ze va usté mañana! Hasta luego, zeñorita, hasta luego. *Vase por la derecha, gimoteando.*

ISABEL. Pobre mujer: es de lo más bueno que hay.

DON LEONCIO. ¡Oh! Aún te queda una escena sublime: la de la despedida. La verás llorar como si fueran a matarte. En ella tengo puesta mi esperanza de que perdáis el tren: porque como se te agarre al cuello a la hora de partir, trabajillo va a costar separarla.

ISABEL. ¡Qué buen humor tiene usted siempre, don Leoncio!

DON LEONCIO. ¡Siempre! Pago la misma contribución que teniéndolo malo y vivo más a gusto…

ISABEL. Se burla usted hasta de su sombra.

DON LEONCIO. Pero ¿tú crees que mi sombra a mis años no es para burlarse de ella?

ISABEL. ¡Cuánto daría yo por ser como usted!

DON LEONCIO. ¿Tan vieja, muchacha?

ISABEL. Me refiero a la condición; al carácter. A usted todo debe de salirle por una friolera.

DON LEONCIO. Casi todo.

ISABEL. Pocas serán las cosas que tome a pechos.

DON LEONCIO. Muy pocas. Hay tan pocas en la vida que lo merezcan…

ISABEL. No diga usted eso. ¡Si todo cuanto se ve y se conoce reclama un poco de nuestro corazón! Y no es lo malo que lo reclame, sino que se lo lleva. Ya verá usted mañana qué dúo vamos a cantar Dolores y yo.

DON LEONCIO. ¿Tú también?

ISABEL. ¡Claro, don Leoncio! ¿Piensa usted que después de estos veinte días pasados aquí, puedo yo marcharme sin sentirlo? Quiero ya este jardín y esta casa como si hubiera nacido en ellos.

DON LEONCIO. Pues tuyos son desde el palomar hasta la huerta. Aquí los tienes a tu voluntad y a tu capricho. Que si a ti te encanta el paraje, pregúntale al paraje lo que le parece de ti.

ISABEL. ¡Oh! ¡Si hablaran los rosales, y los naranjos, y los limoneros!…

DON LEONCIO. ¿Qué dirían?

ISABEL. ¡Qué sé yo! Muchas imprudencias, probablemente. Imagine usted: ¡veinte días paseando mis pensamientos entre ellos!…

DON LEONCIO. ¡Buena semilla está! Pues oye: por si fructifica, el año que viene vuelves aquí, te hartas de comer naranjas y limones y de oler rosas, y así gozas de tu propio jugo. Y tu padre, que ha discurrido mucho por entre los limones agrios —como era natural—, que se coma también todos los que quiera.

ISABEL. *Riéndose*. ¡Ya pareció mi padre! *Suspirando*. ¡Ay!… Sí que es esto hermoso… y simpático. Usted viene todos los años, ¿verdad?

DON LEONCIO. En primavera, todos. Y en otoño, algunos.

ISABEL. En primavera, todos… y en otoño, algunos… Y… ¿siempre lo acompaña a usted?

DON LEONCIO. ¿Quién?

ISABEL. Juan María.

DON LEONCIO. ¿Mi hijo? ¡Quiá! No es posible contar con él para nada crónico. Mis hijas, sí; ésas me visitan casi todas las temporadas con los maridos y la gente menuda. Pero este *bailabonicas* de Juan María apenas si se deja ver por esta hermosura de Dios.

ISABEL. ¡Cosa más rara… en un poeta… Baila!… ¿qué le ha llamado usted?

DON LEONCIO. *Bailabonicas.*

ISABEL. Y ¿qué es eso?

DON LEONCIO. Un término que he aprendido yo de Lauro. Así llama Lauro a mi hijo: *bailabonicas.* Ello lo dice: uno que no baila más que a las *bonicas.*

ISABEL. Sí, sí… En los versos de Juan María ya se advierte, se advierte esa afición. Se ve que ha bailado bastante.

DON LEONCIO. Y ha hecho bien. Es lo único que no le pueden quitar a uno: lo bailado.

ISABEL. ¡Qué bonitos versos escribe! Y ¡cómo se parece él a sus versos! A mí me gustó tanto su libro que me aprendí muchas poesías de memoria. Yo creo, don Leoncio, que en ninguna cosa como en los versos se transparenta mejor el alma de un artista.

DON LEONCIO. Es verdad. Y ahí tienes tú lo más estimable de los de mi hijo: que son suyos, que son sinceros.

ISABEL. Sí.

DON LEONCIO. Yo celebro mucho que los escriba. Aunque no sea más que por la novedad asombrosa del caso en España: un hombre que tiene dinero… y hace versos. O al revés: que hace versos… y tiene dinero. Ya es milagro. Además, ésta de los renglones cortos, entre todas sus manías artísticas, es la más arraigada en él. Y eso algo significa, ¿no?

ISABEL. ¡Qué linda es aquella rima de las reliquias!

DON LEONCIO. ¿Cuál?

ISABEL. Aquella que dice:

> De aquel amor guardo siempre,
> como reliquias sagradas,
> una *rosa* y un *recuerdo*,
> un *suspiro y* una *lágrima.*
>
> Misterios de mi ternura:

guardo lo que nadie guarda.
Óyeme: duerme la *rosa*
de un libro en las hojas pálidas;

la contemplo, y de tu imagen
nace el *recuerdo* en el alma;
y del *recuerdo,* el *suspiro;*
y del suspiro, la lágrima.

DON LEONCIO. No está mal eso, no está mal. Bien que como yo soy el abuelo de la rima, mi voto es recusable.

ISABEL. ¿Y… y…?

DON LEONCIO. ¿Y qué?

ISABEL. Yo soy curiosísima, don Leoncio. ¿Quién es… quién era…? vamos, ¿a quién le dedicó esos versos?

DON LEONCIO. ¡Uh!… ¡Vaya usted a saber! A lo mejor, a una con quien habló en el teatro una noche y no ha vuelto a ver más.

ISABEL. No lo creo yo así. Causan mucha impresión esos versos para que no hayan salido de muy hondo. Como otra composición que hay en el libro, que me interesa a mí, todavía más que por ella misma, por la musa de carne y hueso que la haya podido inspirar. Se refiere a una mujer caída.

DON LEONCIO. Je… ¿La sabes también de memoria?

ISABEL. Sí, señor.

DON LEONCIO. Dímela; a ver si puedo iluminarte.

ISABEL. Es un soneto.

Quisiera ser el aire que amoroso
se mezcla en tus suspiros y en tu aliento;
quisiera ser la luz de tu aposento,
de todas tus miradas codicioso.

Quisiera ser el eco misterioso
que recoge su música a tu acento;

y tu imán para todo movimiento,
y tu tranquilo lecho de reposo.

Quisiera ser el alma de tu vida,
y tu sangre en tus venas extendida,
por ser todo en tu ser y en tu belleza.

Y por verme feliz y a ti dichosa,
devolviendo a tu cuerpo la pureza,
quisiera ser el Dios que te hizo hermosa.

Me hace llorar siempre que lo digo. ¿Qué mujer es ésta cuya impureza es el tormento de un amor que parece tan grande?

DON LEONCIO. Pues… tampoco lo sé. Algo me figuro; pero no lo sé. ¿Quieres que se lo preguntemos?

ISABEL. No, por Dios.

DON LEONCIO. Pues ¿qué tendría de particular? A buen seguro que nos contestaría con pelos y señales.

ISABEL. No se figure usted tampoco que yo tengo un interés vivísimo… Es que la conversación ha ido por ahí.

DON LEONCIO. Ya, ya. Anda, vamos nosotros a pasear un rato por el jardín antes de retirarnos. ¿Quieres?

ISABEL. Sí, señor; encantada. No se lo había propuesto a usted porque no se cansase.

DON LEONCIO. ¿Cansarme yo de ir al lado tuyo? Lo contrario, no digo.

ISABEL. Más vale que no lo diga usted.

Echan a andar del brazo y se van por el foro, hacia la izquierda.

DON LEONCIO.

Quisiera ser el viento que…

ISABEL. No; no es así, don Leoncio; tío es así.

Quisiera ser el aire que amoroso

se mezcla en tus suspiros y en tu aliento,
quisiera ser…

Desaparece con el viejo repitiendo los versos de Juan María. Éste sale por el segundo término de la izquierda, no como quien huye, pero si como quien esquiva un encuentro con Isabel. La ve alejarse y luego se encamina a llamar a Lauro.

JUAN MARÍA. Lauro, Lauro.

Sale Lauro por el primer término de la izquierda.

LAURO. Hola, Juan María. ¿Qué hay?

JUAN MARÍA. Vamos a ver; ¿tienes mucho que hacer esta noche?

LAURO. Fuera de dormí con mi mujé, lo que tú me mandes.

JUAN MARÍA. Poca cosa; pero te necesito.

LAURO. Abre la boca ya.

JUAN MARÍA. Estoy de pava.

LAURO. ¿De pava?

JUAN MARÍA. De pava.

LAURO. Espantárame a mí que zu paternidá no fuera fraile, cómo decía mi agüela. Por zupuesto, que ya me lo había maliciao. *Misteriosamente.* ¿Es con la zeñoritá Izabé?

JUAN MARÍA. ¡No, hombre!

LAURO. ¿Qué no?

JUAN MARÍA. ¡Quita allá! ¿A quién se le ocurre?… Es en el pueblo, ¿sabes?

LAURO. Me cogí los deos con la puerta.

JUAN MARÍA. Te los cogiste. Se trata de una pava sin consecuencias. Jarabe de pico nada más. Natural desahogo de mi corazón de poeta. Yo no puedo verme en Andalucía y dejar que pasen estas misteriosas noches de mayo sin hablar en una ventana con una mujer. La reja la inventó el amor.

Lauro. ¡Güen *bailabonicaz* eres tú! Cuando no zon rozas zon claveles. Y ¿a quién le ha tocao la pedrá?

Juan María. Hombre, a cada cosa le das su nombre justo; yo te llevaba a la Academia de la Lengua. La pedrada le ha tocado esta vez a una mujer divina.

Lauro. Eze pormenó ya estaba en caza; tú no te detienes nunca en laz arcachofas.

Juan María. Nunca. Es una morena blanca… que para los relojes. Tiene los ojos negros; muy negros. El cabello, muy negro también y muy brillante, le cubre las sienes. Una patillita suave le bordea la oreja, y un poquitito de bozo el labio superior.

Lauro. ¿Cuál ez er zuperió?

Juan María. Los dos son superiores; pero el del bozo es el de arriba. Y para mayor hechizo, viste de luto, como la Petenera.

Lauro. Apaga la luz. Eza es Frasquita la del estanco: la viuda.

Juan María. La misma que viste y calza.

Lauro. ¡Bendito zea er Zeñó! ¡Métaze usté en er zaguán, que truena! ¡Y que una mujé que ha enterrao a zu marío jace tres mezes, zarga ya a la ventana a hablá con un hombre! ¡La grandízima *pirandona*!

Juan María. Te diré: no la juzgues tan de ligero. Es una mujer muy prudente. Lo primero que quiere es cubrir las formas; no dar que decir. La prueba es que me recibirá en la ventana a la una de la noche: cuando ya duerma todo el mundo en el pueblo.

Lauro. ¿A la una, eh?

Juan María. A la una. Es una pava de alivio de luto.

Lauro. ¿Y a las dos ze entornará la ventana y ze abrirá la puerta e la caye?

Juan María. No anticipes juicios temerarios. Aparéjame la jaca y espérame con ella a la misma puerta, del jardín. Yo saldré de aquí sin que nadie me sienta y volveré al amanecer sin que nadie me oiga. ¿Estás?

Lauro. Hasta er tuétano.

De izquierda a derecha, por el fondo, pasa Isabel. Al pasar saluda a Juan María.

ISABEL. Buenas noches, Juan María.

JUAN MARÍA. Muy buenas noches, Isabel.

ISABEL. Hasta mañana.

JUAN MARÍA. Hasta mañana. Que descanses.

Silencio.

LAURO. Mía qué pazaíta más curioza.

JUAN MARÍA. ¿Temes que haya escuchado?…

LAURO. No. Zino que ha tenío zu aqué la pazaíta… No lo niegues.

Nuevo silencio.

JUAN MARÍA. ¿Qué dices?

LAURO. Na. Los doz estamos como en miza. También la zeñorita Izabé —dispenzando la comparanza— para los relojes.

JUAN MARÍA. Y los hace andar, Lauro.

LAURO. Es guapa.

JUAN MARÍA. Es guapísima. Es la única mujer a quien le he huido yo en este mundo.

LAURO. Explica ezo. ¿Le juyes de guapa que es?

JUAN MARÍA. Le temo, sí. Le temo por lo que me atrae. Aquí, donde la casualidad nos ha reunido, esquivo los momentos de encontrarme solo con ella. No es mujer Con la que se pueda jugar… y, francamente, aún no quiero yo salirme de la rueda.

LAURO. Ya estoy puesto. Y te digo una coza: que zi ezo ez azí como es, toavía le juyes poco.

JUAN MARÍA. Fortuna que se va mañana.

LAURO. No hay minuto zeguro.

JUAN MARÍA. No me asustes.

LAURO. Con estas mujeres de esta forma, paza que te pones a hablá, y ar principio e la converzación estáz en una fuentecita clara: hasta er fondo lo ves. Pero zigue er palique, y la fuentecita ze güerve un arroyo, y zopla el aire,

y del arroyo te cuelaz en er río zin zentí; y como vaz a favó e corriente, que ze va mu a gusto, cuando menos lo pienzas has pazao la barra, y te vez en medio en medio e la má, con el agua a la boca, que no hay quien te zarve zi no ez eya.

JUAN MARÍA. Sabes más que Lepe.

LAURO. Esta cencia de las mujeres la enzeñan las canas. Mientraz er pelito no *tordea,* no ze entiende una palabra de ezo. ¿Qué miras pa ayá?

JUAN MARÍA. Está cerrando su balcón.

LAURO.

¡Quién tuviera la zuerte
que tiene la luz,
que ze apaga y ze quea
donde duermes tú!

¡Vaya copla!

JUAN MARÍA. ¡Vaya copla! —bien dices. Todos mis versos los daba yo por que fuera mía. ¡La suerte que tiene la luz!… La luz la contempla, la acaricia, la envuelve… y al apagarse, al morir, junto a ella se queda. ¡Divina musa popular! —¿Qué miras tú ahora?

LAURO. Que zu mercé ha levantao un viziyo, y me malicio yo que no ha zío pa quitarle una arruga.

JUAN MARÍA. Pues no mires. *Silencio.* Sí, sí; es mejor que se vaya mañana. Es muy hermosa, muy hermosa… No haga el amor una trastada de las suyas. ¡Ay, Lauro! ¡Vale tanto esta libertad de mi corazón!… A ésa quiero, a ésta olvido, engaño a aquélla, enamoro a la otra… ¡Deliciosa red la de los amoríos, de la que logran escapar los pájaros con sólo sacudir un poquito fuerte las alas! Lauro, tú que tanto sabes, ¿crees que un gran amor vale la esclavitud?

LAURO. Te diré: ¿tú has visto a los mataorez e toros en las tardez e mieo? «Yévamelo ayí; dos metros máz acá; no tanto; zácalo de las tablas; quítamelo der zó; pórmelo en la zombra…» Arma mía, zi eres tú er que tiene que acabá con é, porque no caen rayos que los maten, ¿a qué lo pienzas

tanto? Poz aplica er cuento, Juan María: zi con las mujerez ar fin y ar cabo ze jinca er pico, ¿a qué conducen tantoz arrodeos?

Juan María. Cállate, que vienen ahí mi padre y don Alejandro.

Lauro. Ya no chisto ziquiera.

Juan María. A mi cuarto me voy. Así que todos se recojan…

Lauro. En la verja me tendrás con la jaca.

Juan María. Hasta luego.

Lauro. Hasta luego.

Vase Juan María por el primer término de la derecha. Por el segundo o tercero de la izquierda llegan don Alejandro y don Leoncio.

Don Alejandro. Da pereza acostarse; pero hay que descansar. Me gusta luego disfrutar de las horas de la mañana.

Don Leoncio. Buenas noches, Lauro.

Lauro. Güenas noches. ¿Los zeñores mandan arguna coza?

Don Leoncio. Nada; puedes retirarte.

Lauro. Hasta mañana zi Dios quiere.

Don Alejandro. Adiós.

Lauro va a marcharse por la izquierda, a tiempo que por la derecha sale Dolores, y al verla se detiene. Dolores oculta algo bajo el delantal.

Dolores. Zeñorito don Alejandro.

Don Leoncio. *Viendo venir la nube.* ¡Anda morena!

Don Alejandro. ¿Qué se ofrece, Dolores?

Dolores. Que antes dijo usted una coza *delante mía,* y lo que *delante mía* ze dice no ze lo yeva el aire.

Lauro. *Contemplándola.* ¿Por dónde zardrás tú?

Don Alejandro. ¿Qué dije? No recuerdo.

Dolores. Aquí lo tiene usté. *Rompe el misterio del delantal y le presenta a don Alejandro una grillera con un grillo precioso.*

Don Alejandro. ¿Qué es eso?

Dolores. Un griyo.

Don Leoncio suelta la risa. Lauro, por todo comentario, mueve filosóficamente la cabeza.

DON ALEJANDRO. ¿Un grillo? Y yo, ¿para qué quiero un grillo?

DOLORES. Pa que le cante a usté. ¿No dice usté que le gusta mucho el oírlos?… Éste canta como un tenó.

DON LEONCIO. Sí, sí; pónselo a don Alejandro en la mesa de noche.

DON ALEJANDRO. ¡Un demonio!

DOLORES. ¿Va usté a despreciármelo?

DON ALEJANDRO. No es desprecio, Dolores.

DOLORES. Pero ¿me lo va usté a despreciá?

DON ALEJANDRO. Si no es desprecio, digo. Es que ya nos ha regalado usted muchas cosas. Buenas noches. *A don Leoncio.* Anda tú para allá y no te rías tanto.

DON LEONCIO. *Yéndose con don Alejandro por la derecha.* ¿No he de reírme, hombre? ¿Tú has visto nada más gracioso en tu vida?

Se retiran, comentando el suceso. Dolores mira alternativamente a ellos y a Lauro, un poco anonadada.

LAURO. *Cuando se ve solo con su costilla.* Yo no me río porque me da coraje. Paece que tienez ocho años, Dolores. ¿A quién ze le ocurre, a un zeñó más zerio que un libro e miza, ofrecerle un griyito?

DOLORES. Yo, como ze fué de aquí diciendo que ze iba a oírlos cantá…

LAURO. Eres tonta perdía. Arza a acostarte.

DOLORES. ¿Ande vas tú?

LAURO. Arza a acostarte ya.

DOLORES. Escúchame una coza primero.

LAURO. A vé.

DOLORES. De los *zuspiritos de Zanta Tereza* me ha zobrao una poquita e maza; y con una poquita de armíba que de esta mañana me quedó, vi a vé zi hago mañana dos docenitas de *bocaditos de viuda*. ¿Le gustarán a la zeñorita Izabé?

Lauro. Zi no le gustan a la zeñorita Izabé le gustarán a don Alejandro; y zi no, ya loz aprovechará Juan María. ¡Tú has de yevarte jaciendo confites hasta que pite er tren!… Conque anda a acostarte; y tira er griyo, no lo vayaz a meté en la arcoba, que bastante tengo contigo.

Dolores. No te zofoquez, hombre. Ande hay patrón, no manda marinero.

Márchase Lauro por el foro, hacia la izquierda, y Dolores por el primer término del mismo lado.

Queda la escena sola. A poco óyese cantar otra vez al Zagalillo.

Zagal.

Nos basemos ilusiones
de separarnos tú y yo,
y hay un hilito invisible
que nos amarra a los dos.

Tienes una boca
que seria quita er sentío,
y si te ríes, disloca.

Por entre los macizos de la derecha aparece de nuevo Isabel. Anda pausadamente, llega a la explanada y se sienta.

Isabel. En ninguna parte me encuentro bien… ¡Qué inquietud!… ¡Qué desasosiego!… ¿Quién se encierra en la alcoba para no dormir?… «Hasta mañana. Que descanses.» Eso me dijo. *Vuelve a salir Juan María cautelosamente por donde se marchó. Isabel, al verlo, se sobresalta. Él también, aunque de distinta manera.* ¿Eh? ¡Juan María!

Juan María. ¿Qué es esto?

Isabel. ¡Ay, qué susto me has dado, criatura!

Juan María. ¿No te habías recogido ya?

Isabel. Sí, pero… te diré… Oye, ¿vas a salir ahora?

JUAN MARÍA. No…

ISABEL. Como traes sombrero…

JUAN MARÍA. Maquinalmente lo he cogido. ¿Y tú, qué haces aquí?

ISABEL. Respirar… gozar de la noche… No tenía sueño, y dije: «Yo no me acuesto todavía. Al jardín otra vez». ¿Te ha pasado lo mismo quizás?

JUAN MARÍA. Lo mismo.

ISABEL. Pues mira, no lo siento; porque gracias a esta casualidad, en lugar de estarme aquí sola, me acompañas tú.

JUAN MARÍA. Dicen que más vale estar solo…

ISABEL. Tu compañía no es mala, hombre. Y aunque lo fuera a veces la más mala compañía es la soledad. ¿No te sientas?

JUAN MARÍA. Sí.

ISABEL. Digo, si no te contraría.

JUAN MARÍA. ¿Quieres callar?

ISABEL. Podías preferir verte solo… para pensar en tus cosas… en tu poesía…

JUAN MARÍA. Poesía eres tú… como dice Bécquer.

ISABEL. Los poetas sois muy lisonjeros.

JUAN MARÍA. Yo en este caso no lo he sido.

ISABEL. Habrá que creerle por tu palabra.

Silencio. Turbación misteriosa y profunda sobrecoge a los dos.

JUAN MARÍA. ¿Os vais decididamente mañana, Isabel?

Isabel Decididamente.

JUAN MARÍA. Volverás con gusto a Madrid.

ISABEL. No lo creas. Esto es delicioso.

JUAN MARÍA. ¿No te aburres?

ISABEL. ¡No! ¿Te aburres tú?

JUAN MARÍA. A ratos. Y había creído que tú te aburrías.

ISABEL. Pues eres muy mal observador. Estoy aquí en la gloria. De buena gana no me iría en mucho tiempo.

JUAN MARÍA. Pues quédate.

ISABEL. Imposible. Papá tiene necesidad de marcharse.

JUAN MARÍA. ¡Qué lástima!

ISABEL. ¿Lo sientes?

JUAN MARÍA. Mujer, si te hayas tan a gusto…

ISABEL. ¡Ah! sí; muy a gusto.

JUAN MARÍA. Por mí no lo hablo, porque no puedo tener interés en que te quedes.

ISABEL. Claro que no.

JUAN MARÍA. No me has entendido. Es que también me marcho a Madrid un día de éstos.

ISABEL. Y eso, ¿qué?

JUAN MARÍA. Que si te quedas tú en *Los Rosales…* no te veo en la corte.

ISABEL. ¡Qué tonto! ¡Bastante cuidado te da! ¡Ay, Juan María! Tuyo es el mundo.

JUAN MARÍA. Pues está a tu disposición.

ISABEL. *Riéndose.* Muchas gracias.

JUAN MARÍA. Así contesta siempre a esa frase un amigo mío.

ISABEL. Hijo, primero, Bécquer; ahora, un amigo tuyo… Me voy a picar. ¿No tienes nada que decirme por tu cuenta y riesgo?

JUAN MARÍA. ¿Por mi cuenta… y riesgo?

ISABEL. Sí.

JUAN MARÍA. Cuanto te oigo es por mi cuenta y riesgo. Si tomo las frases ajenas… es porque me parecen mejores que las mías.

ISABEL. Bueno, pues yo prefiero las tuyas, mejores o peores.

JUAN MARÍA. Peores.

ISABEL. Contéstame a esto. Pero, mira, contéstame… contéstame *en poeta*,

JUAN MARÍA. *Sonriendo*. ¿A ver?

ISABEL. Cuando el sueño huye de una… ¿adónde va?

JUAN MARÍA. Probablemente a otra.

ISABEL. No; en serio, en poeta, Contéstame en poeta. ¿Adónde va el sueño cuando huye?

JUAN MARÍA. Se lo lleva el enemigo que lo espanta. ¿Qué te ha desvelado esta noche? ¿Acaso la tristeza de dejar mañana *Los Rosales?*

ISABEL. Acaso,

JUAN MARÍA. Pues éntrate por las Veredas de ese jardín, busca entre las rosas, sacude los naranjos para que se estremezca el azahar en las ramas y caiga a tus pies… y ya verás cómo en una parte o en otra encuentras tu sueño. Los sueños de las mujeres bonitas se esconden siempre entre las flores. ¿Te he contestado en poeta?

ISABEL. Ahora sí. Y en poeta galante.

JUAN MARÍA. Galante ¿por qué?

ISABEL. Porque me has llamado bonita.

JUAN MARÍA. Para eso no hay que hablarte en poeta; basta sólo con verte.

ISABEL. ¿Con verme sólo?

JUAN MARÍA. Sí. Porque si se te mira, decirte bonita es ser injusto. Hay que decirte mucho más.

ISABEL. Y ¿tú me has visto… o me has mirado?

JUAN MARÍA. Mirándote estoy.

ISABEL. Juan María…

JUAN MARÍA. ¿Qué tienes?

ISABEL. Nada… no sé… Voy a seguir tu consejo de poeta, y voy a ver si entre las flores encuentro mi sueño.

JUAN MARÍA. ¿Te inquieta mucho el no dormir?

ISABEL. El no dormir, nada. Pero el sueño, Juan María, me dijiste una tarde que son dos cosas: dormir… y soñar; reposo… y quimera. Así me dijiste.

JUAN MARÍA. Cierto es. Reposo y quimera. Y ¿en busca de qué vas por el jardín adentro?

ISABEL. ¿Por qué me lo preguntas?

JUAN MARÍA. Porque si es él sueño de repaso el que buscas, te dejaré ir sola; pero si es otro sueño el que Vas buscando, aguarda, Isabel, que quiero que vayamos juntos.

ISABEL. ¿Juntos?

JUAN MARÍA. Juntos, sí. ¿Por qué no, si lo estamos ya? Te alteró el alma y te abrió los ojos el desvelo, y aquí viniste; y cuando aquí me trajo el azar, aquí estabas, tal vez esperándome sin saberlo. Y yo, que no sé adónde iba, ya no quiero moverme de aquí. Me atraes con atracción misteriosa; no doy dos pasos por este jardín sin que te me aparezcas; tu imagen me sigue, me espía, me vela; no sé verte sin sentirme impulsado hacia ti, ni sé mirarte sin temblar. ¡Bendita noche de mayo en que te digo esto! ¡Bendita luna que te alumbra el semblante para que yo vea tus ojos y en tus ojos las lágrimas!

ISABEL. ¿Qué pasa por mí, Juan María?… ¿Qué me has dicho?… ¿Qué has hecho conmigo?… ¿Es que la luna ya alumbra como el sol?… ¿Es que hay más flores en el jardín y huelen más?… Yo tiemblo… yo vacilo… ¿Es que me falta la tierra porque ya todo es cielo?

JUAN MARÍA. Es que se han dicho que se quieren una mujer y un hombre. Ven conmigo. Vamos los dos a buscar tu sueño.

ISABEL. Vamos a recorrer su camino; porque ya lo he encontrado. *Se internan juntos por el jardín, hablándose y mirándose amorosamente.* ¿Me querrás mucho?

JUAN MARÍA. Mucho es decirte poco.

ISABEL. ¿Me querrás siempre?

JUAN MARÍA. Te querré hasta que tú me olvides.

ISABEL. ¡Entonces!…

Sale Lauro por el primer término de la izquierda. Los ve alejarse, como quien está al cabo de todo, y antes que ellos desaparezcan, exclama:

LAURO. Ze puzo a mirarze en la fuente… pazó el arroyito… y ¡válgame Dios! ¡qué fuerza yeva la corriente con esta luna!…

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete en el cuartito bajo, de soltero, de Jorge Navarra, en Madrid. Al toro, hacia la derecha del actor, una puerta. A la izquierda, otra. Frente a ella, un balcón. Muebles de distintas clases y cataduras, como de casa que se ha ido formando al azar. En las paredes, sobre el color suave del fondo, caricaturas de escenas picantes y alegres, pintadas al temple por algún amigo de Jorge. Ante la puerta del foro, un biombo con dibujos de la misma mano. Es de noche. Luces.

Por la puerta del foro sale Juan María, a quien ya conocemos. Viste de frac. Lo sigue Ciutti, criado de Jorge, mozo andaluz pescado en aguas malagueñas.

CIUTTI. Si no me yega usté a desí su nombre, no pasa.

JUAN MARÍA. ¿Hay tapada, quizás?

CIUTTI. No, señó; pero esta noche no entran aquí más que los cabales. Y de toa la partía —usté perdone la espresión— sólo a usté no tenía yo er gusto de conoserlo.

JUAN MARÍA. Ni yo a usted tampoco, mi amigo. ¿Cómo se llama usted?

CIUTTI. Apee usté er tratamiento: tos los de la partía me tutean.

JUAN MARÍA. Bueno, ¿cómo te llamas?

CIUTTI. En mi tierra me conosen por *Asafrán;* en er cuarté me yamaban *Sarmuera,* y aquí me disen *Chuti.* Pero mi nombre es José Garsía. Voy a avisarle ar señorito. *Éntrase por la puerta de la izquierda con gran resolución.*

JUAN MARÍA. *Riéndose.* ¡Este Jorge es *fantástico* para los criados! ¿De dónde sacará a esta tropa?

JORGE. *Dentro, gritando.* ¿Quién vive?

JUAN MARÍA. ¡España!

JORGE. ¿Qué gente?

JUAN MARÍA. ¡Un mal poeta!

JORGE. ¿Trae ripios?

JUAN MARÍA. ¿Cómo no?

JORGE. ¡Pues que los deje a la puerta y que pase! *Sale por la de la izquierda, también de frac. Es un muchacho des preocupado y sinvergüenza, en el «buen sentido» de la palabra: lo que en el lenguaje de su grupo se llama un «fresco».* ¡Poeta, ya era hora! ¡Ven aquí! *Se abrazan.*

JUAN MARÍA. Ya sabes que el verano nos dispersa a todos.

JORGE. Sí, pero ya estamos en octubre, y tú llevas en Madrid lo menos quince días. Me traerás tu libro.

JUAN MARÍA. Mañana té lo mandaré.

JORGE. Pero ¿no decías que venías con ripios?

JUAN MARÍA. ¿Qué poeta no los lleva siempre en la cabeza?

JORGE. La gente por ahí se hace lenguas del libro. Ha gustado bastante más que el otro. Yo no leo nada, pero lo oigo decir.

JUAN MARÍA. Bueno, vamos a ver: ¿qué significa la carta tuya que he recibido, invitándome a comer aquí con cuatro o cinco sinvergüenzas? Porque a mí me huele a chamusquina.

JORGE. Siempre has tenido buen olfato. Esa comida es el suspiro del moro. ¡Ay de mi cuartito de soltero!

JUAN MARÍA. ¿Al fin? ¿Cuándo te casas?

JORGE. A principios del mes que viene. He querido hacer coincidir el lance con la caída de la hoja, con los buñuelos de viento y con las primeras castañas.

JUAN MARÍA. Es un verdadero acierto de fecha. Te compro el cuartito. ¿Cuánto quieres por él?

JORGE. Ya es tuyo.

JUAN MARÍA. Pero, oye, en serio: ¿tú no pensabas casarte tan pronto?

JORGE. ¡Yo no pensaba casarme nunca! Pero, chico, mi padre me ha sitiado por hambre —porque presume que con el matrimonio sentaré la cabeza—, y no me manda un real hace un siglo. Estoy de trampas hasta los ojos; los judíos me cercan; he tenido que comprarme una barba postiza y unas gafas negras para poder pasar por ciertas calles… En fin, un horror.

JUAN MARÍA. Según eso, no te casas enamorado.

JORGE. ¿Cómo que no? ¡Enamoradísimo! Si me oyeras todo el día suspirando: ¡Mercedes! ¡Mercedes! ¡Mercedes!

JUAN MARÍA. ¿Mercedes? Pues ¿no es Julia?

JORGE. Mi novia, sí. Mercedes es el automóvil que nos va a regalar mi suegro.

JUAN MARÍA. Anda y que te fusilen.

JORGE. ¡Chico, y qué suegro! Ya puede decir mi novia que la adoro.

JUAN MARÍA. Sí, ya lo he visto.

JORGE. ¡Es que no tienes una idea de mi suegro! Todos los caballos del Mercedes son pocos para huirle. Si ese hombre no fuera tan rico, no se le podría tolerar. Le da por la música, al muy catre. Y le da por que la niña vaya siempre con él. ¡Y llevo dos temporadas de Real y dos de conciertos, que estoy partido por los riñones! Como prueba de amor, no la dio más grande Amadís. Por supuesto, que el día que me entregue a la niña y los *cupones adyacentes*, ¡va a oír ese hombre de *Sigfredo* y de *Tannhauser* lo que no ha oído nunca!

JUAN MARÍA. ¡Ja, ja, ja! Compadezco a tu novia.

JORGE. Y yo. Menos mal que mi padrino va a ser tu padre, que tiene buena mano.

JUAN MARÍA. Sí que la tiene. ¡A ver si lo desacreditas tú!

JORGE. Lo sentiría muchísimo. Pero ¡ca! Chico, le ha escrito una carta a mi novia dándole consejos, que es tirarse de risa. *Pasa Ciutti de la puerta de la izquierda a la del foro.* ¿Han llamado, Ciutti?

CIUTTI. Sí, señorito.

JORGE. Mucho ojo, ¿eh?

CIUTTI. Pierda usté cuidao. Será un *ersigente*. *Se va.*

JUAN MARÍA. ¿Un exigente? ¿Qué quiere decir eso?

JORGE. Mi criado les llama exigentes a los que vienen a cobrar cuentas.

JUAN MARÍA. A querer cobrarlas.

JORGE. No; ellos vienen a cobrarlas de buena fe. Pero no las cobran. Y Ciutti les llama exigentes.

JUAN MARÍA. Me parece muy justo. ¿Dónde has pescado a ese boquerón?

JORGE. Es un asistente de Málaga que tuvo mi hermano Guillermo. Acabó con él; yo había visto la buena mano que tenía para despachar exigentes, y dije: —Éste es mi hombre. No estuve mal

JUAN MARÍA. ¡Cuántas cosas se nos van con tu boda, Jorge!… Porque, burla burlando, tu cuarto ha sido siempre el centro, el foco de nuestra vida aventurera. ¡Mira que hemos gozado y que nos hemos reído en este cuarto! ¡Ah! eso sí; mientras pueda, yo me quedo con él.

JORGE. Ya os haré yo alguna visitita.

JUAN MARÍA. ¿Tú, miserable?

JORGE. No hay que olvidar lo que rueda el mundo. Ayer estuvo aquí la Pompita; ¿tú la conoces?

JUAN MARÍA. Te conozco a ti; ¿no la he de conocer a ella?

JORGE. Dices bien; esa arrastrada, entre todas las que yo he tratado de cerca, es la única que siempre *ha mandado* algo.

Esta noche mando yo,
mañana mande quien quiera;
esta noche he de poner
por las esquinas banderas.

A lo que iba. Estuvo a verme la Pompita, y me dijo: «Conque te casas, ¿eh? Bueno, pues… hasta el año que viene.»

JUAN MARÍA. No te da más que un año de fidelidad.

JORGE. Y se ha corrido un poco. La fidelidad de los hombres es cosa deleznable.

Vuelve Ciutti.

CIUTTI. ¿Ve usté cómo los güelo? Era un *ersigente.*

JORGE. ¿Cuál?

CIUTTI. Er sapatero. Ése tiene mu güena lidia. Le di dos pases naturales y tres en reondo; se cuadró en seguía, aproveché… y yeva *media lagartijera.*

JORGE. *A Juan María.* ¿No te digo?

CIUTTI. Tirándome a matá estaba yo cuando entró er señorito Moya.

JUAN MARÍA. ¡Ah, Moyita!

JORGE. ¿Está ahí?

CIUTTI. Dejando no sé qué en er perchero.

JUAN MARÍA. Tiempo hace también que no veo a Moyita. Como se casó y es tan formal…

JORGE. Ése fué el que hizo hilo en la *cofradía.* Su responsabilidad es inmensa.

CIUTTI. Señorito: ¿quié usté escucharme una palabra?

JORGE. Ahora voy.

Retirase Ciutti por la puerta de la izquierda. Sale por la del foro Moyita, con el júbilo pintado en el rostro. Es un hombre feliz. Viste de frac, como sus amigos.

MOYITA. ¡Caballeros y hombres buenos!

JUAN MARÍA. ¡Moyita!

MOYITA. Dios te guarde, poeta.

JORGE. Ven con Dios, *correligionario.*

MOYITA. ¡Todavía no lo somos!

JORGE. Es verdad; todavía puedo respirar a mis anchas.

MOYITA. ¡Qué tonterías dices! ¡Tú no sabes!…

JUAN MARÍA. ¿Y Aurora?

MOYITA. *Con íntimo gozo.* Bien; muy bien; ahora está muy bien. ¡Una salud, unos colores!… Muy bien; muy bien.

JUAN MARÍA. Y tú en la gloria.

MOYITA. ¡En la gloria lo pasan mal, comparados conmigo! ¡Soy el ser más venturoso de la creación! ¡Ah! ¡Y el único casado que no se la pega a su mujer! ¡Tengo ese timbre!

JORGE. Ya se la pegarás.

MOYITA. Estás tú fresco. Yo creía que éramos dos: Evaristo Laborda y este cura. Pero, hijos míos, ayer, en un cochecito de La Peña, no queráis saber lo que vi. ¡Y con el descaro del mundo! ¡A las tres de la tarde! ¡Vamos, hombre! ¡El único soy yo; yo!

JUAN MARÍA. ¿Y de… novedades, nada todavía?

MOYITA. *Suspirando.* ¡Nada todavía!

JORGE. ¡Nada, hombre! ¡Yo no sé en qué piensa! Está en ridículo: ¡tres años de un fracaso absoluto!

MOYITA. Mira, no me quemes la sangre. Demasiado sabes tú que… Porque cuando… Ya os acordaréis de aquélla… El pobrecito se murió, pero…

JUAN MARÍA. Aquél se lo alquilaste a una vecina para deslumbrarnos.

MOYITA. Vaya, vaya, es que queréis oírme. A otro tema. ¿Quiénes cenamos?

JORGE. Los cabales; los justos; nada más. Bueno, exceptuando a Calpena y a mi hermano Guillermo, que no están en Madrid.

MOYITA. De manera que entonces no seremos más que nosotros tres y Rafael.

JORGE. ¡Los cabales!

JUAN MARÍA. ¿Y faldas, no vienen?

MOYITA. ¡No; faldas, no!

JORGE. Yo tengo poca vergüenza; pero, la verdad, tratándose de lo que se trata, no me ha parecido decente invitar a ninguna.

MOYITA. ¡Pues claro!

JUAN MARÍA. ¡Lástima grande, entonces, que se trate de lo que se trata!

JORGE. Soy el primero en lamentarlo. —Voy a ver qué me quiere Ciutti. Algún detalle de la comida. Guisa que… ¡ya veréis!

Se va por la puerta de la izquierda.

MOYITA. ¡Bueno, hombre, bueno! Me alegro de echarte la vista encima, porque tengo que decirte dos cosas. No; tres cosas. Cuatro cosas; en rigor, cuatro cosas.

JUAN MARÍA. Habla.

MOYITA. Primera: que te cases.

JUAN MARÍA. ¡Moyita!

MOYITA. Segunda: que sea enhorabuena por tu libro… y que te cases. Tercera: que no dejes de enviármelo en seguida, porque Aurora lo quiere leer… y que te cases. Y cuarta: otra vez que te cases… y un favor que te pediré luego.

JUAN MARÍA. Pero, vamos a cuentas, Manolillo: ¿tan a maravilla te va desde que te has casado que te has vuelto panegirista y propagandista del matrimonio?

MOYITA. ¡Y apóstol, si me apuras! A ti se te puede hablar de ello, se te puede abrir el corazón, porque, aun siendo tan punto filipino como los demás, entiendes, respetas, no te burlas de un cariño sano como el mío.

JUAN MARÍA. Nunca; ¡qué he de burlarme yo! En todo caso lo envidiaré.

MOYITA. *Metiéndose en harina.* Esto de la felicidad conyugal, del calor de nido de una casa… —no te rías…

JUAN MARÍA. ¡Si no me río, hombre!

MOYITA. Es cosa que hay que pasar por ella, que sentirla, para comprenderla del todo bien. Sales a la calle, y no vas solo; llevas tu casa a cuestas. Y, mira qué fenómeno: lejos de pesarte sobre los hombros, es como un aire que te empuja, que te hace andar mejor y más aprisa. ¿Tú te haces cargo?

JUAN MARÍA. Desde luego. Y te escucho muy complacido, Moyita.

MOYITA. ¿Y los detalles? ¡Cuánto se goza con los detalles! Yo no oigo un chiste, ni una ocurrencia, ni presencio un paso gracioso, que no diga para mis adentros: «¡Lo que se va a reír Aurora cuando se lo cuente!…» ¿Y entrar por las puertas con un paquetito de postres? «¿Qué me traes? ¿qué me traes?» «¡A ver si lo aciertas!» «¿Son bombones?» «¡No son bombones!» «¿Son yemas de huevo?» «¡No son yemas de huevo!» «¿Son *marrones* de *La Mahonesa*?» «¡No son *marrones* de *La Mahonesa*!» «Pues ¿qué son? ¿qué son?» «Si no me das un beso, no te lo digo.» Y me da el beso… ¡y son *marrones* de *La Mahonesa*! ¡Y ya tenemos broma para toda la noche! Cásate, Juan María; tú eres hombre para casado.

JUAN MARÍA. No, pues esa ternura del paquete de postres es superior a mí: no la siento.

MOYITA. ¡Ya la sentirías! ¿La sentía yo antes? ¡Pues apenas si me reía de esas cosas! Y ya ves. ¡Ay, si Dios me mandara un chiquillo!

JUAN MARÍA. Y ¿para qué lo necesitas, viviendo en esa dulcedumbre de bizcocho borracho?

MOYITA. ¡Ah! ¿te estás divirtiendo conmigo?

JUAN MARÍA. ¡Quita allá! No seas tonto.

MOYITA. Pues, mira, lo del chico, lo deseo por distintas razones. Es el fruto de bendición; sin un hijo falta algo natural en el matrimonio. Y luego, Juan María, que la gente es muy entrometida… y ya me van cargando. No hay persona que no me pregunte: «¿Y qué? ¿Sin novedad todavía? Pero, hombre, ¿en qué piensa usted?» ¿Te parece? Y los hay que me dicen: «¡Pues ya lleva usted tres años de casado!» ¡Como riñéndome! ¡Mira que es imprudencia! Pero, anda, que yo me vengaré de todos. En cuanto me nazca el primero —que tarde o temprano ha de venir—, yo me saco la espina en el parte para los amigos. «Fulanito de Tal y Fulanita de Tal de Fulanito, ofrecen a usted un nuevo servidor, *como no podía menos de esperarse*.»

JUAN MARÍA. ¡Ja, ja, ja!

MOYITA. ¿No crees que se lo tienen merecido?

JUAN MARÍA. ¡Quién lo duda, muchacho! Y te confieso que tu charla me anima, me contagia; que se me comunica tu entusiasmo y tu fuego dichoso.

MOYITA. Pues ¡claro, chico! Tú debes hacer feliz a una mujer.

JUAN MARÍA. Siempre he creído que era mejor hacer felices a unas cuantas… pero…

MOYITA. ¡Bah! Ésas son frases y tonterías. Busca una novia.

JUAN MARÍA. ¿Crees que debo buscarla… o esperar a que me salga al encuentro?

MOYITA. Búscala, búscala. A Aurorita la busqué yo.

JUAN MARÍA. *Confiándose*. ¿Y si yo te dijese que sin buscarla he tenido una novia esta primavera?

MOYITA. ¿Tú?

JUAN MARÍA. Yo.

MOYITA. Pero… ¿novia?

JUAN MARÍA. Novia; novia.

MOYITA. Y ¿ya no la tienes?

JUAN MARÍA. Ya no.

MOYITA. Chico, de la primavera al otoño… Eso ha sido una nube de verano.

JUAN MARÍA. Eso ha sido. Te aseguro que nunca ha sentido mi corazón ventura más honda, más íntima, más pura que la de aquellos días. Era aquél un amor que borraba para nosotros lo demás del mundo. A solas, me asustaba un poco su dominio. Llegó a parecerme aquella mujer un abismo de fuego, donde iba yo a consumirme y a anularme… y a desaparecer. Nos separamos… —¡qué tortura de despedida! El camino que poco a poco me iba alejando de ella, era como una cinta cada vez más tirante, a cuyo extremo estaba sujeto mi corazón. Pasados los primeros días de ausencia, en que ella sola llenaba mi vida, fuí serenándome, calmándome… Mis cartas, interminables al principio, fueron insensiblemente haciéndose más cortas. Ya me fijaba en otras mujeres… Volví a ser quien era. Algo me dijo ella en una carta que me enojó, que me contrarió sin motivo. Le contesté… no; le

contestó ese diablo egoísta que todos los hombres llevamos dentro. Luego sentí lo que le dije. Surgió en esto una aventurilla galante; no quise desaprovecharla; fué más escandalosa de lo ordinario; llegó a sus oídos… estalló la tormenta… y con esto pasó la nube.

MOYITA. ¿Acabaron ustedes?

JUAN MARÍA. No había más remedio; aunque yo no hubiera querido. La carta en que me despidió no decía más que esto: «Recobra tu deseada libertad; yo no la quiero para mí. El amor que se lleve al mío no ha de ser tan sólo tirano; ha de ser tirano y esclavo a la vez.»

MOYITA. Ya decía bastante. Y… si no es indiscreción, ¿se puede saber quién es ella? ¿La conozco yo?

JUAN MARÍA. Sí.

MOYITA. ¿Y Aurora? ¿La conoce Aurora?

JUAN MARÍA. *Sonriendo.* También.

MOYITA. ¿Será muy guapa?

JUAN MARÍA. ¡Oh! Es muy hermosa. Ahora que ya no me pertenece… ni en ilusión, se me figura más hermosa todavía. Con decirte, querido Moyita, que cuantos versos le escribí los he roto por parecerme indignos de su realeza… Nunca he sabido cantarla en versos míos. Mira, tiene unos ojos… ¿Cómo te ponderaría yo sus ojos?…

Negli occhi porta la mi a donna A more;
per che si fa gentil ció ch'ella mira…

Y tiene una boca…

Che dolce ha'l riso, e dolce ha la favella…

MOYITA. Pues por esas señas no caigo. Pero sí noto que hablas de ella con mucho calor,

JUAN MARÍA. ¿Me has oído nunca hablar con frialdad de una mujer hermosa?

MOYITA. Nunca.

JUAN MARÍA. Ésta ya pasó por mi corazón. La herida está completamente cerrada. La otra tarde nos encontramos en el Retiro. Nos

miramos, hubo un saludo ceremonioso… y nada más. Yo volví la cabeza, y ella no.

MOYITA. Y ¿quién es? ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

JUAN MARÍA. Dime tú primero qué favor ibas a pedirme.

MOYITA. ¡Ay, es verdad! Antes que vengan esos guasones. Comprendiendo que aquí te vería, he traído el álbum de Aurora para que me firmes una página.

JUAN MARÍA. ¡Sí, hombre! Con muchísimo gusto. ¿Dónde lo tienes?

MOYITA. Ahí en el perchero lo dejé. Voy a traértelo.

Se va corriendo por la puerta del foro.

JUAN MARÍA. ¡Egoísta!… En cuanto le recordé su amor… ya no le importa nada el mío. *Pasea un momento mientras vuelve Moyita con el álbum.*

MOYITA. Éste es. Aquí tienes donde escribir.

JUAN MARÍA. Ahora mismo. *Se sienta y hojea el libro con curiosidad.* ¿Sabes que hay cosas muy bonitas? Este apunte de Villegas es precioso.

MOYITA. Precioso. A ver si tú te luces. Bueno, no quiero hablarte para no cortarte el hilo de la inspiración.

JUAN MARÍA. No me cortas nada.

Moyita se aparta de Juan María y lo contempla con emoción.

Por la puerta del foro llega entretanto Rafael. Es un teniente de Caballería que no tiene pelos en la lengua. Viste de uniforme.

RAFAEL. ¿En dónde está el reo?

JUAN MARÍA. ¡Rafael!

MOYITA. ¡Hola, Rafael!

RAFAEL. ¿Dónde está ese infeliz?

MOYITA. Cállate ahora.

RAFAEL. ¿Por qué me he de callar?

MOYITA. Porque está Juan María escribiéndome ahí unos versos… *Se lo lleva aparte.*

RAFAEL. ¡Ah, vamos! La peste de las postalitas.

MOYITA. No, hombre; si es el álbum de Aurora.

RAFAEL. Dispensa. Y ¿cómo está Aurora?

MOYITA. Bien, bien; muy bien.

RAFAEL. Pero ¿ni el menor mareo… ni el menor antojito… ni…?

MOYITA. ¡Y dale! ¡No, señor! ¡Acabaréis por marearme a mí!

RAFAEL. Hombre, es que si el primero de la reunión que se casa se porta tan desdichadamente, ¿qué se va a pensar de nosotros?

MOYITA. Bueno, bueno, bueno…

JUAN MARÍA. A ver qué te parece esto, Manolillo.

MOYITA. A ver, a ver.

RAFAEL. Vamos a ver.

JUAN MARÍA. *Leyendo.*

> Antes de casarse Moya
> con Aurorita hechicera,
> le puso a una verdulera
> un piso en la calle Goya.
> Para informes, la portera.

Rafael suelta la risa. Moyita bota de indignación.

MOYITA. ¿Has escrito esa barbaridad?

JUAN MARÍA. ¿Barbaridad? Yo ante todo soy un poeta sincero.

RAFAEL. Muy bien dicho. Hay que desenmascarar a los hipócritas como éste.

MOYITA. ¡Pues es una gracia! ¡Porque me cuesta arrancar la hoja!

JUAN MARÍA. Lo peor es que es la del apunte de Villegas.

MOYITA. ¡Te mato!

JUAN MARÍA. No, hombre, no; tranquilízate. Lo que he escrito ha sido esto otro.

MOYITA. ¡Ya decía yo!

JUAN MARÍA. *Volviendo a leer.*

El ideal del cariño:
encontrar una morena
graciosa, bonita y buena:
casarse… y tener un niño.

MOYITA. Eso está muy bien, muy bien. Me sueltas lo del niño, pero está muy bien. ¿Verdad que está muy bien?

RAFAEL. A mí me gustaba más lo otro.

MOYITA. ¡Sí, sí! *Leyendo la redondilla con embeleso.*

El ideal del cariño:
encontrar una morena
graciosa, bonita y buena:
casarse… y tener un niño.

RAFAEL. ¡O tener una docena! —se me ocurre a mí, versificando.

MOYITA. ¡Qué gaznápiro eres! Muchas gracias, Juan María, muchas gracias.

JUAN MARÍA. No hay de qué. Dispón a tu sabor de mi musa.

Se va Moyita por la puerta del foro, soplando la redondilla para que acabe de secarse.

RAFAEL. Este Moyita era bueno de suyo; pero desde que se casó es pan de flor. Y oye, tú, el de la musa: me tienes que regalar tu libraco,

JUAN MARÍA. ¡Ya lo creo!

RAFAEL. Te advierto que me lo voy a sorber. ¡Me entero de todo! He leído las dos o tres poesías que han publicado los papeles… ¡y me entero de todo!

JUAN MARÍA. No es mucho elogiar.

RAFAEL. ¿Cómo que no? Chico, será porque yo soy muy arrimado a la cola; pero llevo una temporada en que no entiendo una palabra de lo que escriben algunos poetas.

JUAN MARÍA. ¡Ja, ja, ja!

RAFAEL. La que más me gusta de las que conozco es *La rosa del jardinero.* A mí y a todo el mundo.

JUAN MARÍA. ¿Ah, sí?

RAFAEL.

> ¿Quién te llevó de la rama,
> que no estás en tu rosal?

Es preciosa.

JUAN MARÍA. ¿Sabes cuándo se me ocurrió? El día en que se casó Beatriz Galindo con aquel bárbaro de Requena. Ella tan delicada, tan fina, tan tierna, tan poética, verdadera flor de sus padres, y él tan grosero de alma, tan basto de hechura, tan indigno de una mujer así.

RAFAEL. No me hables. Ahora me gusta más la poesía. Es uno de los maridos a quien más odio. Muerde, cocea y aborrece al hombre. *Como si lo tuviera presente.* ¡Animal!

MOYITA. *Volviendo de dejar el álbum.* ¿Qué gritos da este cafre?

RAFAEL. ¿A ti qué te importa?

JUAN MARÍA. Aquí lo tienes: aconsejándome y pidiéndome que me case en todos los tonos.

MOYITA. Sí, señor; porque lo quiero bien. Y a ti te aconsejo tres cuartos de lo mismo.

RAFAEL. Yo me casaré cuando me dé la gana; no necesito moscones a la oreja. Es decir, me casaré o no me casaré. El cura para mí es lo de menos. Lo esencial es que yo dé con la mujer que haya de ser mía. Porque en el cielo estará escrito, como creen algunos, aquello de: «Fulanito para Fulanita, Zutanita para Zutanito»; pero yo veo por aquí tal desbarajuste, que me doy a pensar que el tenedor de libros ha perdido ya la cabeza. ¡Nadie está contento con la mujer que le mandan desde allá arriba!

MOYITA. ¡Yo sí!

RAFAEL. La generalidad busca otra.

JUAN MARÍA. Es verdad; y si puede ser la de un amigo, miel sobre hojuelas.

MOYITA. ¡Pacotilla de mesa de café es todo eso!

RAFAEL. Sí, sí, pacotilla. Pregúntaselo a Eduardo Rivera. Le ha salido, rana la mujer, y está pasando las de Caín, porque le falta valor para echarla a la calle. ¡Pues hará muy bien en buscar otra!

MOYITA. ¡Bah, bah! Ése es un caso aislado.

RAFAEL. ¿Un caso aislado? ¿Conoces a Molina, el de los explosivos?

MOYITA. Sí.

RAFAEL. Pues ¿sabes lo que me dijo el otro día? «Muchacho, estoy tan harto de mi mujer, que no le pido a Dios más que una cosa, convencido de que en esta vida no tengo ya remedio: ¡que no nos entierren juntos!»

JUAN MARÍA.

¡Sólo en la paz de los sepulcros creo!

MOYITA. Por lo visto, tú proclamas el amor libre.

RAFAEL. ¡Eso es una majadería! Si es libre, no es amor, y si es amor, no es libre. Yo creo que cada hombre debe vivir con la mujer que más le guste y que más lo quiera. Que en resumidas cuentas es lo que sucede, mal que pese a todas las mentiras sociales.

MOYITA. Fuertecillo viene el militar.

JUAN MARÍA. Pero muy simpático. Su teoría, en rigor, es la única sana y consoladora: la única que no va ni contra lo divino ni contra lo humano. ¡Cuántos amoríos que no pueden pasar de serlo, serían los amores honrados de muchos hombres y de muchas mujeres, si la vida los hubiese puesto en vereda de encontrarse a tiempo!…

MOYITA. Retórica, retórica. Cada uno carga con lo que se merece.

JUAN MARÍA. También es posible. En amor no hay ninguna verdad absoluta, sin duda porque hay muchas. Es la única materia no legislable. Ya lo dijo el clásico:

… *Bien sabéis vos,*
que por no sujeto a ley

el Amor, le pintan rey,
niño, ciego, loco y dios.

¿Cómo han de vivir juntos y en buena armonía un dios, y un niño, y un ciego, y un loco, y un rey?

MOYITA. ¡Ay! Feliz quien, como yo, ha dado con la palomita de su palomar.

RAFAEL. ¿Y nuestro Jorge, dará con la suya?

JUAN MARÍA. De otra manera que Moyita, tal vez.

RAFAEL. Por de pronto da con los cañamones. Y ¿dónde se ha metido ese criminal? ¿Lo está guisando Ciutti? ¡Hay que llamarlo al orden inmediatamente! *Gritando.* ¡A ver! ¿En qué miserable bodegón hemos caído? ¿Aquí no hay quien sirva? ¿Se ha acabado el vino en esta casa?

Sale Jorge por la puerta de la izquierda.

JORGE. Pues, señor, en cuanto se oyen voces, ya se sabe: el teniente Jerez.

RAFAEL. El teniente Jerez, si grita, es porque quiere que haya vergüenza en la reunión.

JORGE. Y ¿en qué estriba el que haya vergüenza, mi teniente?

RAFAEL. Hombre, en que se nos dé una copa de manzanilla antes de cenar. ¡Está indicadísimo!

JORGE. ¿Sólo en eso?

RAFAEL. ¡Es la costumbre en esta santa casa!

JORGE. *Llamando.* ¡Ciutti!

CIUTTI. *Dentro.* ¡Señor!

JORGE. ¡Pon vino al Comendador!

Se presenta Ciutti por la misma puerta con una bandeja de copas y una botella, que deja sobre una mesita. Luego llena las copas.

RAFAEL. ¡Bravo! ¡bravo!

JORGE. Así se sirve aquí a los militares. Apenas te oí le dije a Ciutti: prepara la manzanilla. *A los otros dos.* Dispensadme vosotros: he estado escribiendo a mi novia, por si *descarrilamos* esta noche. —¿Llaman?

CIUTTI. Sí, señó. Con ésta van dos veses; sino que me estaba hasiendo er loco a vé si se iba.

JUAN MARÍA. ¿Otro exigente, Ciutti?

CIUTTI. Señorito, aquí no viene más que ese ganao: *ersigentes…* o *ersigentas. A Jorge.* Éste debe de sé er der *champán.*

JORGE. Pues anda con él.

CIUTTI. Mala lidia tiene er *gachó.* Se pega a las tablas, prinsipia a alargá el hosico y a escarba en la arena, y no hay un dios que entre a matá.

JORGE. Pues con esos bichos marrajos es como hay que ver a los matadores.

CIUTTI. ¿Sí, eh? ¡A mí no se me repiten las cosas! ¡Va por ustedes! *Se marcha por la puerta del foro entre las risas y aclamaciones de los muchachos.*

MOYITA. Es gracioso este Ciutti.

RAFAEL. ¡Un poquillo corto de genio lo encuentro yo!

JORGE. Recién salido del seminario, señor; ¿qué vamos a pedirle?

JUAN MARÍA. Le da quince y raya al otro Ciutti: al paisano de Buttarelli.

MOYITA. *Levantando su copa. Los demás lo imitan después.* Señores: ¡por el feliz enlace de nuestro amigo!

RAFAEL. ¡Por que no deje a la reunión a la desdichada altura que Moyita!

MOYITA. ¡Hombre!

JUAN MARÍA. ¡Por que como el sol seca el rocío, nuevos amores sequen las lágrimas de las infinitas hijas de Eva que ahora mismo lloran el casamiento de este canalla!

JORGE. ¡Por la repentina muerte de mi suegro!

Risas de protesta.

RAFAEL. ¡Qué bárbaro!

JUAN MARÍA. Pues ¿qué reservas para el *champagne* asesino?

JORGE. ¡La inauguración del mausoleo!

MOYITA. *Horrorizado.* ¡Ay, ay, ay!

Vuelve Ciutti con una carta perfumada, que le da a Juan María.

CIUTTI. No he podio lusirme porque por casualidá no era un *ersigente.* Era un *botón,* que ha traío esta carta pa usté.

JORGE. ¿Hola?

JUAN MARÍA. *Cogiendo la carta con interés y apartándose un poco para leerla.* La esperaba.

CIUTTI. Me ha dicho que yeva ya dos horas buscándolo.

JORGE. Pues dale una buena propina, Ciutti.

CIUTTI. Sí, señó. *Se va.*

JORGE. Aquí hay dinero para todo el mundo, menos para el que viene a cobrar lo que se le debe.

RAFAEL. *A Juan María.* Lo menos que se hace en un caso así es pedir permiso.

JUAN MARÍA. Eso es entre personas regulares. *Se guarda la carta. Los ojos le echan chispas de alegría.*

MOYITA. Mira qué carita de pascua se le ha puesto.

JUAN MARÍA. ¿Acaso estaba triste?

JORGE. ¿De quién es, poeta?

RAFAEL. ¿Es cosa que empieza, o es breva que ya está madura y para comerse?

MOYITA. ¿Es soltera?

JORGE. ¿Es casada?

RAFAEL. ¿Es viuda?

MOYITA. ¿Qué color tiene la aventurilla?

RAFAEL. ¿Qué olor?

JORGE. ¿Qué sabor?

JUAN MARÍA. No me sacaréis una palabra.

JORGE. A lo mejor se está dando tono y es un recordatorio para unas misas.

JUAN MARÍA. Justamente: tú has dado en la clave.

RAFAEL. Vamos, no muelas, hombre: di de lo que se trata.

JUAN MARÍA. Señor, de una mujer preciosa: ¿qué más queréis que os diga?

JORGE. Pero ¿es algo nuevo?

JUAN MARÍA. Del todo nuevo.

JORGE. ¿Del todo?

JUAN MARÍA. Nuevo para mí. Un brote pujante y copioso. Un árbol que se cuaja de hojas sin que yo lo pudiera esperar. Ha bastado una mirada en el paseo, un apretón de manos en el teatro, un encuentro fortuito en una calle sola, para que yo reciba esta carta.

MOYITA. Y ¿qué dice? ¿qué dice la carta?

RAFAEL. ¡Claro! Porque según lo que diga, así habrá que felicitarte o no.

JUAN MARÍA. La carta es muy lacónica: «Esta noche, allí.» Ahí lo tenéis todo.

JORGE. Ésas son las que a mí me gustan. Que sea enhorabuena.

JUAN MARÍA. ¡La recibo con verdadero gozo!

MOYITA. ¡No hay más que mirarte a la cara!

RAFAEL. ¡Bueno; pero no nos pongas los dientes largos!

JUAN MARÍA. «Esta noche, allí.» ¡Dejadme que me explaye! ¿Dónde hay ventura como ésta? «Esta noche, allí.» Lo que vale una mujer no se sabe bien hasta el momento en que se la espera. Todo rumor lejano ha de ser para el oído amante el de su coche, el de su paso, el de su falda… Hasta lo que no suena se oye en el corazón. Si tarda, ¡qué angustia! La imaginación en un instante corre el mundo entero buscándola. «¿Por qué no está aquí ya, si pasa un minuto de la hora?» Y cuando llega… ¿a qué puede compararse ese momento? ¡Ya está allí! ¿Qué importa entonces el mundo entero que con ansia se recorrió porque no venía?

JORGE. Chico, me parece del peor gusto recordar esas cosas en la despedida de un soltero.

RAFAEL. No, no; hace muy bien. Así ves más clara la pifia que vas a cometer dentro de unos días.

MOYITA. ¿A qué llamas tú pifia, ignorante?

JUAN MARÍA. ¡Cada cual que atienda a su juego! ¡Viva la libertad individual! Sentirse libre es sentirse dichoso; ¡es gozar del sol y del aire! ¡Y es algo más aún: es ser de todas; es poder ser de todas! ¡Deliciosas mujeres, encanto del mundo, único tesoro del hombre! ¿Qué más dan amores de una vida que amores de un año o de un minuto? La cuestión es amar. Despertar todas las mañanas pensando en que hay que enviar unas flores aquel día; subirse en un tren y adorar a una divina compañera de viaje, que al amanecer ha desaparecido; llegar a una desconocida ciudad y ver unos ojos tras una celosía y ofrecerles con los nuestros, en aquel instante, el alma, el corazón y la voluntad: cuanto su dueña espere; entrar en una iglesia, y que se vuelva un rostro para mirarnos, turbando el rezo de una hermosa. ¡Dios perdona estos pecadillos! Y siempre así, siempre así… No sólo es dichoso el amor que consigue; lo es también el que suspira, el que cela, el que desconfía, el que promete, el que espera, el que da, el que pide, el que ruega, el que llora… ¡Ay, Señor, no me quites la juventud, porque vas a dejar sin novio a todas las bonitas del mundo!

JORGE. ¿A que le escribo a mi suegro diciéndole que no cuente conmigo?

Se ríen todos.

MOYITA. ¡Qué disparate!

JUAN MARÍA. Conmigo sí que no habéis de contar así que cenemos.

RAFAEL. ¡Ah!, claro.

JUAN MARÍA. Estoy aquí como el apóstol que puso de más en la cena el pintor del cuento: «en cuanto cene, me voy».

MOYITA. ¡Toma! y yo.

RAFAEL. Y todos.

JORGE. ¡Bah!

RAFAEL. Sí, sí, no hay que enredarla. Mañana estoy de guardia, y esta noche, además, he quedado en ir a última hora al teatro de la Princesa. Me espera Federico Izquierdo, que, por lo visto, no piensa como tú, Juan María: quiere ser de una sola.

JUAN MARÍA. Pues ¿y eso?

RAFAEL. Precisamente voy a presentarlo a la dama de sus pensamientos y fatigas.

JUAN MARÍA. ¿Sí?

RAFAEL. Está loco por ella.

MOYITA. ¿Federico? ¡Cuánto me alegro! Señor, como que en llegando a nuestra edad, huelgan los discursos poéticos: no hay más solución que el dulce yugo.

JORGE. Y ¿a quién lo vas a presentar?

RAFAEL. A una mujer muy guapa: a Isabel Lozano.

JUAN MARÍA. *Rápidamente.* ¿A Isabel Lozano?

RAFAEL. Sí. Es verdad, que tú la conoces mucho.

JUAN MARÍA. Muchísimo. Nos hablamos de tú.

RAFAEL. ¿Ah, sí?

JUAN MARÍA. Sí. Su padre y el mío son antiguos amigos. Hace poco pasaron el padre y la hija una temporada en *Los Rosales*, la casa de recreo que mi padre tiene en Andalucía.

JORGE. También es muy amiga de mi novia.

MOYITA. Pues ha tenido buena elección Federico: no sólo es muy guapa esa mujer, sino que creo que es una perla.

RAFAEL. Así está él de loco.

JUAN MARÍA. *Disimulando cierta inquietud.* Pero ¿tan loco está?

RAFAEL. ¡Cosa de atarlo!

JORGE. ¡Ése cae!

RAFAEL. ¡Cae! ¡Seguramente cae! Es decir falta que ella quiera ponerle el pie para que caiga.

JUAN MARÍA. ¿Por qué lo dices? ¿No crees tú que Isabel…?

Rafael. No las tengo todas conmigo. A Federico no le he dicho nada, pero… La otra noche, cuando le pedí permiso para presentárselo, no pudo reprimir un gesto que me dió que pensar. ¿Tú sabes si esa muchacha ha tenido algún novio, algún desengaño?

Juan María. No… Que yo sepa, no…

Rafael. Pues no lo entiendo entonces. Fué muy rara la expresión de aquella mujer.

Moyita. Misterios femeninos.

Ciutti sale por la puerta de la izquierda.

Ciutti. Tomarse la última copa, y a la mesa.

Jorge. ¡Ya lo estáis oyendo: a la mesa!

Rafael. ¡Hora va siendo ya!

Moyita. Sí, por cierto.

Rafael. ¡Venga, venga esa copa!

Jorge. ¡No será la última! *Escanciando.* Y esperaos un instante, que en algo se ha de conocer que estoy *majareta*. ¡Voy a brindar en verso! ¡Para chafar a este coplerillo de moda!

Rafael. ¡Ah, pues si brindas tú, brindo yo!

Moyita. ¡Y yo! ¡Esto tiene gracia!

Juan María. Y yo también.

Moyita. ¡Naturalmente! Eres el único obligado.

Jorge. Pues allá voy como las balas. ¡Bomba!

Moyita. ¡Bomba!

Jorge.

Por que el suegro sin segundo
que me ha venido a tocar,
vaya pronto a saludar
a Wagner… al otro mundo.

Carcajada de todos.

RAFAEL. ¡Eso ya nos lo has dicho en prosa!

JORGE. ¡Y le pondré música en seguida!

MOYITA. Anda tú, Rafael.

RAFAEL. Tú primero.

MOYITA. Tú, tú.

RAFAEL.

A mí lo que me interesa
es que haya *champagne* y fresa.

Nuevas risas.

JORGE. ¡Muy bien! ¡De las dos cosas hay!

RAFAEL. ¿Y espárragos?

JORGE. ¡También!

RAFAEL. No me han cabido en la aleluya.

Vase Ciutti por la puerta del foro.

MOYITA. Ea, pues… Bueno; callar ahora.

Brindo por que…

No, no.

Por que tal día como hoy…

No, no, tampoco. La idea la tengo ya, pero…

JORGE. ¿Es que quieres lucirte?

MOYITA. No me interrumpas.

Por que en el día de la fecha…

Ya, ya.

Por que en el día de la fecha…

No. Sí, sí… No. Sí. No, no…

Por que en no remota fecha…

Jorge. ¡Que se va a enfriar la sopa!

Moyita. ¡No seas ganso! Ya está, ya está.

Por que en no remota fecha
haya dos dichosos completos
en el paseo de Recoletos
veinticuatro, principal, derecha.

Grandes risas.

¿No es allí donde vais a vivir?

Jorge. ¡No, hombre! ¡Si vamos a vivir en el paseo de Rosales!

Rafael. ¡A ver el poeta de la casa!

Moyita. A ver, a ver.

Juan María.

Por que nos rija el Talión,
y si una espina clavamos
a un corazón, la sintamos
herir nuestro corazón.

Aplausos de los camaradas.

Rafael. ¡Bravo! ¡bravo!

Jorge. ¡Bravísimo!

Moyita. *Abrazando a Juan María* ¡Eres el mejor poeta que conozco!

Llega Ciutti precipitadamente.

Ciutti. ¡Cayarse!

Jorge. ¿Qué?

Ciutti. ¡Cayarse, que está ahí er der *champán*!

Jorge. ¿El del *champagne*?

Ciutti. Y que dise er tío que o se yeva las boteyas o se yeva er dinero.

Jorge. Dile que las botellas se las podrá llevar dentro de un par de horas.

CIUTTI. Le arvierto a usté que no viene pa banderiyitas e lujo. Y además se trae dos amigos.

RAFAEL. *Dispuesto a todo.* ¿Interviene el Ejército?

JORGE. No, no; hasta ahí podíamos llegar. El *champagne* es sagrado. *Sacando su cartera.* Pregúntale que si tiene cambio de mil pesetas.

CIUTTI. Sí, señó. *Vase.*

MOYITA. Oye, tú, ¿qué *champagne* es ése?

JORGE. ¡Ahí es nada! El de la cena de esta noche, que aún está en el aire. Yo pensaba que me lo pagase mi suegro, pero…

Vuelve Ciutti.

CIUTTI. Señorito, que no tiene cambio.

JORGE. ¡Ah! pues lo siento mucho. No es culpa mía. Que vuelva mañana cuando quiera.

CIUTTI. Está bien. *Vase.*

JUAN MARÍA. Pero, entendámonos, Jorge; porque todo esto me parece fantástico: ¿tú tienes ahí mil pesetas?

JORGE. Yo ¿qué he de tener? ¡Pero hubiera sido lo mismo, porque él tampoco tiene cambio! ¡Ahí de la vista de los hombres!

Risas generales.

MOYITA. ¿Y si te llega a decir que tiene cambio?

JORGE. ¡Le doy la enhorabuena! *Nuevas risas* Lo seguro ya es que el *champagne*, como yo quería, lo pagará mi suegro, y por consiguiente haremos toda la cena con *champagne.* ¡El vino del amor!

Pasa Ciutti de una puerta a la otra.

CIUTTI. ¡A la mesa!

TODOS. ¡A la mesa! ¡a la mesa!

Se van hacia el comedor alegremente, mientras cae el telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala de paso en el hotel de don Basilio Gandía, padre de la novia de Jorge. Salidas por la derecha y por la izquierda. Al foro, un gran mirador de cristales que da al jardín. Buen gusto y riqueza. Es una mañana de otoño.

Julia, la novia, vestida de blanco, espera el momento de ir al altar. Está monísima,

> *«porque además de hermosa, brilla en ella*
> *la bondad que hermosea la hermosura».*

La rodean Nieves, Irene, Cecilia, Mercedes y Matilde, sus amigas más íntimas, tocadas de mantilla blanca, Don Leoncio, el padrino, anda entre ellas como el pez en el agua. Viste de levita.

DON LEONCIO. Muchas bodas he apadrinado en mi vida, y siempre ha habido que ver a la novia; pero a medida que me voy haciendo viejo, me van cayendo en suerte las más bonitas.

JULIA. Mil gracias, querido padrino. Es usted la flor de la galantería.

MATILDE. No dice más que la verdad.

NIEVES. Lo que es como ésta no habrá usted apadrinado a ninguna.

IRENE. Y si no, que se lo pregunten al novio.

CECILIA. Está sencillamente preciosa.

MATILDE. Está monísima.

NIEVES. Está que es un sueño.

DON LEONCIO. ¡Está para casarse con ella!

NIEVES. ¡Toma! Para eso está.

DON LEONCIO. Si digo para casarme yo…

JULIA. Don Leoncio, ¿usted reincidiría?

DON LEONCIO. Contigo, ahora mismo.

JULIA. Y ¿qué hacemos de Jorge?

DON LEONCIO. Allá él.

IRENE. Por Jorge no te apures; ya arreglaríamos eso.

JULIA. ¡Pobrecillo! Mejor será no complicar las cosas; cásese usted con una de éstas.

DON LEONCIO. ¿Me querrán?

LAS CINCO. ¡Sí, sí, sí!

DON LEONCIO. ¿Eh? Ya quisieran este partido más de cuatro pollos.

MERCEDES. ¡Ay, qué pollos!

MATILDE. ¡Ay, cómo están los pollos!

NIEVES. Cada vez más cerriles. Los deportes nos los están embruteciendo. A mí me han presentado a uno que desde lejos me gustaba, y se ha pasado diez minutos tragando saliva sin saber cómo empezar la conversación.

DON LEONCIO. ¡Qué torpe! Con elogiarte los lunares, que son cosa que salta a la vista, ya se ponía en camino de quedar bien.

NIEVES. Pues ¿qué creerán ustedes que me preguntó?

JULIA. ¿Si tienes novio?

NIEVES. No.

DON LEONCIO. ¿Si tienes perro?

NIEVES. No, señor; si tengo cosquillas.

CECILIA. ¡Qué bruto!

MATILDE. Y ¿qué le contestaste? Porque yo me hubiera visto negra.

NIEVES. Que sí las tengo; pero que no era él el llamado a buscármelas. Y lo dejé con la palabra en la boca. ¡Que se vaya a arar!

MERCEDES. ¡Naturalmente!

IRENE. ¡Ah! pues yo con esos brutos me divierto mucho.

Llega por la derecha Isabel, también de mantilla.

ISABEL. Hija, he cerrado una de esas puertas, porque está la casa llena de gente, y si entran aquí todos, te van a marear y a aturdir. ¡Jesús, qué algarabía! Y ¡qué temperatura moral! Veo que no hay nada como un casamiento para despertar el amor en todas sus fases.

JULIA. ¿Por qué lo dices?

ISABEL. ¡Porque acaba de preguntarme un pollo que si tengo cosquillas!

NIEVES. ¡El mío!

ISABEL. ¿Cómo el tuyo?

CECILIA. Uno que le ha preguntado lo mismo a ésta.

ISABEL. ¿Es de veras?

MATILDE. Pero ¿ese hombre no sabe otra cosa?

IRENE. ¿Será *masagista?*

ISABEL. ¡Por lo visto!

MERCEDES. Yo voy a pensar una contestación para cuando me lo pregunte a mí.

DON LEONCIO. Pues mira, yo te la daré. «Señorita, ¿tiene usted cosquillas?» «No, señor; yo no tengo cosquillas; pero mi mamá, aquí presente, sí.» Y con tal motivo lo presentas a tu mamá… y ya es un paso para que entre en la casa.

ISABEL. No hay que burlarse; cada hombre tiene su ideal amoroso. Después de todo, vale más que lo diga. Por lo menos, es franco y leal: se presenta ya con las cosquillas en la mano.

JULIA. Tienes razón. Y por ahí se empieza. Así empezó Jorge.

NIEVES. ¿Cómo así?

JULIA. Con toda sinceridad. Recuerdo que me dijo de pronto: «Me gusta usted infinitamente más que Wagner». Y aquella salida me hizo gracia… y ya veis. Claro que esto sólo fue el principio; pero lo digo a propósito de lo que

hablamos. Luego vi lo bueno que era, lo que me quería… Estoy muy contenta; estoy segura de que seré dichosa al lado suyo.

DON LEONCIO. Bien puedes estarlo.

JULIA. ¿Cree usted?

DON LEONCIO. A pie juntillas. En el matrimonio, con que uno quiera ser dichoso, ya lo son los dos. La paz estará asegurada si el enemigo no encuentra con quién pelear.

NIEVES. Ésa es una verdad muy grande. En mi casa lo veo: tengo un tío que siempre va buscando camorra, y como todos le seguimos la corriente, se echa a la calle a desfogar.

DON LEONCIO. Siempre recuerdo a este propósito aquella frase que se le atribuye a un gran poeta, a quien le preguntaron: «Don Fulano, pero ¿usted oye misa?» Y él respondió graciosamente: «Me cuesta menos que oír a mi mujer». He aquí toda la filosofía de la paz conyugal, en concepto mío. Transigir, disimular, engañar, si es conveniente hacerlo.

ISABEL. ¿Engañar también, don Leoncio?

DON LEONCIO. ¡Pues claro, mujer! ¿Qué importa una mentira bien intencionada?

ISABEL. Si es bien intencionada, menos importa una verdad.

DON LEONCIO. No lo creas; ésas son las ideas de tu padre, que es un tarugo; incapaz de flexibilidad ninguna.

ISABEL. Incapaz de engañar a nadie, don Leoncio. La verdad, siempre la verdad; aunque hiera, aunque lastime; pero la verdad siempre.

DON LEONCIO. ¡Su padre! ¡su padre! Lo estoy oyendo. Con una voz más argentina, pero lo estoy oyendo.

ISABEL. Tú hazme caso a mí, Julia; no le mientas nunca a tu marido… ni en sueños.

JULIA. ¡Oh no; no podría! Ni él a mí tampoco: me quiere mucho.

DON LEONCIO. Bueno, bueno; me parece muy bien. Mientras no haga falta…

JULIA. No hará falta nunca.

DON LEONCIO. ¡Encantado el padrino, en primer lugar! Pero tú tienes veinticuatro años y yo sesenta. Y no hablemos más del negocio. Voy allá fuera a ver cómo anda eso, y a animar a tu padre, que está el infeliz hecho un trapo.

JULIA. Sí que lo está, sí… Se queda tan solo… tan solo…

DON LEONCIO. ¡Ah, pues que se fastidie! Ése es otro cantar. A mí no te me pongas mustia. Lo natural es que tu padre se quede aquí hecho un sauce llorón, y tú te vayas por ahí hecha una rosa con tu novio, riéndote del mundo. ¡Y así es la vida! ¡Y no la arregla ya ni el padre de ésta! ¡Las novias de hoy serán las suegras de mañana! ¡Y el que no quiera llegar a suegro, que se muera marido… y así nos deja una viudita apetitosa! Hasta luego, ahijada; hasta luego. *Se va por la derecha.*

Las muchachas se ríen.

ISABEL. La mitad de lo que dice no lo siente; es que se complace en coquetear con la imaginación.

JULIA. Es un burlón de marca, pero más bueno que el pan bendito.

CECILIA. Lo que debe de haber sido es un gran *farrista*, como dicen en Buenos Aires.

MATILDE. Creo que ha tenido muchas novias.

IRENE. Dichoso él.

ISABEL. Una por semana.

IRENE. Dichoso él; como yo los novios.

NIEVES. ¡Hija, qué anzuelo! ¡Un novio por semana!

IRENE. Así me divierto. Después, cuando me case, no voy a tener más que un marido para toda la vida…

NIEVES. ¡Claro!

Risas. Silencio.

JULIA. Ha pasado un ángel.

ISABEL. Será el amor, que también tiene alas. *Suspirando.* ¡Ay!

JULIA. ¡Qué suspiro, Isabel!

ISABEL. *Maquinalmente.*

¿Quién te llevó de la rama,
que no estás en tu rosal?

JULIA. ¿Qué dices?

ISABEL. ¡Qué sé yo! Una muletilla con que me he levantado esta mañana, que no se me va de la cabeza. No me toméis en cuenta nada de lo que diga, porque estoy en un estado de nervios… ¡Ay, qué martirio! ¡Parece que soy yo la que va a casarse!

NIEVES. Yo también tengo un bailecito interior…

MERCEDES. En cambio, ésta…

JULIA. No me sorprende que vosotras, que tanto me queréis, estéis más inquietas que yo. No conocéis a Jorge. Es muy bueno. Pensáis en mi porvenir con la zozobra que os inspira vuestro cariño. Pero es porque no conocéis a Jorge. Es muy bueno; muy bueno. Si no fuera tan bueno, de seguro que no me querría como me quiere. Los malos no quieren, ¿verdad?

ISABEL. Dicen que quieren… Como los otros… Pero vaya usted a saber cuál es bueno o es malo, y cuál quiere de veras o cuál no. ¡Jesús, qué tonta estoy! Me he empeñado en poneros tristes.

MATILDE. Estás filósofa.

ISABEL. Estoy inaguantable.

CECILIA. ¿Quién viene?

Por la derecha llegan Moyita y Juan María.

MOYITA. Aquí hay dos intrusos de confianza.

JULIA. Pasen, pasen. Estábamos hablando mal de los hombres.

JUAN MARÍA. ¿De todos, Julia?

JULIA. Menos de uno.

JUAN MARÍA. Pues hoy, en salvándose ése, que perezcan todos los demás.

Isabel no puede ocultar su desasosiego desde que aparece Juan María. Al fin, con un pretexto, se retira por la izquierda.

ISABEL. Bueno, Julia, hasta ahora. Voy a ver si ha llegado más gente.

JULIA. Hasta ahora, Isabel.

Juan María se da cuenta de que Isabel le huye, y la ve alejarse, disimulando su contrariedad.

MOYITA. Y ¿qué pensará usted que nos trae, lindísima novia?

JULIA. Usted dirá, Manolo.

MOYITA. Una pretensión modestísima. La de que nos dé usted el primer alfiler que se quite después de la ceremonia, para que Juan María, que se quiere casar este año, se lo clave a Jorge. ¡Je!

JULIA. El primero ya no puede ser: está comprometido. ¡Compadezco a Jorge! ¡Cómo me lo van a poner a alfilerazos!

NIEVES. Hecho un acerico materialmente.

JULIA. ¡Yo no sé los alfileres que me han pedido ya!

MERCEDES. Pero ¿es cierto que piensa usted en casarse?

JUAN MARÍA. Lo piensa Moyita por mí.

MATILDE. ¿Tiene usted ya novia?

MOYITA. Yo corro con todo: soy su agente.

IRENE. ¿Sabe usted mis señas, Moyita?

NIEVES. ¡Claro! Como a usted le ha ido tan bien con Aurora…

JULIA. Y a los dos les sale a la cara la felicidad.

MATILDE. Aurora está guapísima.

NIEVES. Siempre lo fué; pero, vamos, con el matrimonio ha ganado mucho.

MOYITA. ¡Quien ha ganado he sido yo!

CECILIA. ¿Sí?

MOYITA. Sí. Pásmese usted: he ganado seis kilos.

NIEVES. ¿Pesaba usted cuatro?

Risa general. La cara de Moyita es un sol de dicha en este momento, Pero la dicha dura poco.

MOYITA. ¡Ay, qué buena sombra!

NIEVES. Oiga usted, Moyita, ¿y todavía… estamos como estábamos?

MOYITA. ¿Eh?

MERCEDES. Yo creo que sí.

MATILDE. Notársele no se le nota nada.

NIEVES. ¿De manera que no hay novedad?

IRENE. ¿No hay novedad?

MOYITA. *Amargadísimo.* ¡No hay novedad!

JUAN MARÍA. ¡Ni la habrá nunca! ¿Quién piensa ya en eso? ¡Ese asunto huele a cosa añeja! ¡Válgame Dios y qué falta de gracia!

MOYITA. *Nervioso.* Mira, mira, mira… Te advierto que… En fin, no quiero hablar… todavía. Aquí está el padrino.

Vuelve don Leoncio por donde se marchó.

DON LEONCIO. En efecto: aquí está el padrino, honrado con serlo de tan gentil muchacha, y aquí está el brazo del padrino para conducirla ya, sin perder minuto, adonde esperan un altar, un sacerdote y un novio.

JULIA. ¿Ya?

DON LEONCIO. Sí, hija mía, ya.

JULIA. *Dándole el brazo a don Leoncio.* Pues vamos.

DON LEONCIO. Vamos.

NIEVES. *Sin poder ahogar un suspiro.* ¡Ay!

Se marchan por la derecha en silencio. Las cinco amigas los siguen lo mismo, llenas de emoción. Juan María y Moyita contemplan la marcha, también silenciosos.

JUAN MARÍA. *Hablando, al fin, cuando se queda solo con Moyita.* Me da lástima de esa niña, Manolo. Seamos sinceros: nuestro amigo Jorge no se la merece. ¿Verdad?

MOYITA. *Distraído.* ¿Cómo?

JUAN MARÍA. ¡Ah! pero ¿no me oyes?

MOYITA. ¡Ni oigo a mi padre cuando me ocurren ciertas cosas! Que me lo pregunten los hombres, malo; pero que me lo pregunten las mujeres, me vuela.

JUAN MARÍA. ¿El qué?

MOYITA. ¡Si hay novedad o no hay novedad! Pero anda que… Bueno. No quiero echar roncas. A las mujeres me dan unas ganas de decirles… Claro que no se lo debo decir; pero me dan unas ganas de decirles… Naturalmente que no sería correcto; pero me dan unas ganas de decirles… *A Juan María, que, sin atenderlo, mira hacia la izquierda.* ¿Qué haces tú?

JUAN MARÍA. ¿A ti qué te importa? Ocúpate de tus… asuntos y déjame a mí. El deber de todo ciudadano es constituir una familia.

MOYITA. ¡Canastos! ¡Vais a concluir por amargarle el matrimonio al único casado que no se la pega a su mujer! ¡El único! Y ¿sabes tú lo que te digo yo ahora, dejando mis asuntos, como les llamas tú, para meterme un poco en los tuyos? Que a mí no me la das: que tengo tu secreto.

JUAN MARÍA. ¿Eh?

MOYITA. ¿Hola? Parece que te he llegado a lo vivo. Pues, sí, señor; tengo tu secreto.

JUAN MARÍA. ¿Cuál? Porque son tantos…

MOYITA. El que te preocupa hoy por hoy. Estás sin estar en ti. Todo el mundo lo atribuye a la nervosidad natural del casamiento de un íntimo amigo. Yo no; yo sé que no es eso.

JUAN MARÍA. *Bajando instintivamente la voz.* Pues ¿qué sabes tú?

MOYITA. *Lo mismo.* Yo sé, porque llevo atando cabos toda la mañana, que tu novia de esta primavera es ésa que se fué por ahí; Isabel Lozano.

JUAN MARÍA. Calla.

MOYITA. ¿Ves cómo lo sé? Sé también, porque no en balde estuve y estoy enamorado, y el amor iguala a los tontos y a los discretos, que tú reñiste con ella creyendo que olvidar es saltar de una flor a otra sin más trabajo que batir las alas; y a pesar de tu experiencia de las mujeres y del mundo, esta vez te engañaste, y cuando te encuentras con ella se te alborota el corazón.

JUAN MARÍA. No es eso.

MOYITA. Sí es eso.

JUAN MARÍA. Como quieras. Te confieso que no me agrada que si me acerco a ella me vuelva la espalda bruscamente. Porque terminara nuestro

amor, ¿va a terminar también nuestra amistad? No hay más que esto en lo que has observado.

MOYITA. Sí, sí.

JUAN MARÍA. La amistad entre hombre y mujer, o va camino del amor o por él ha pasado ya. Y créeme: esta amistad *a posteriori* es un sentimiento finísimo, de un perfume suave, de una dulzura con dejo amargo que a mí me deleita paladear.

MOYITA. Pues a ella se conoce que no.

JUAN MARÍA. Se conoce.

Dentro, hacia la derecha, principia a oírse música lejana, como acompañamiento de la ceremonia nupcial.

MOYITA. ¿Oyes, Juan María? Nuestro amigo Jorge va a casarse.

JUAN MARÍA. Es verdad. Allí está nuestro puesto ahora.

MOYITA. Vamos.

Se van por la derecha.

Atraída por el rumor de la música, vuelve por la izquierda Isabel.

ISABEL. Ya parece que empieza la ceremonia. No hay ninguna más breve… ni que más dure. Me falta valor para presenciarla en este caso. ¡Pobre Julia! Se la lleva un hombre que tiene el corazón podrido.

¿Quién te llevó de la rama,
que no estás en tu rosal?

Por algo me han despertado a mí esta mañana estos versos… Y son de él… del otro… ¡del que creí que era mío! *Silencio.* ¡Pobre Julia! ¡Pobre criatura! *Abstraída, y como impulsada por sus sentimientos, dice melancólicamente los versos que le llenan el alma.*

Era un jardín sonriente;
era una tranquila fuente
de cristal;

era, a su borde asomada,
una rosa inmaculada
de un rosal.

Era un viejo jardinero
que cuidaba con esmero
del vergel,

y era la rosa un tesoro
de más quilates que el oro
para él.

A la orilla de la fuente
un caballero pasó,
y la rosa dulcemente
de su tallo separó.

Y al notar el jardinero
que faltaba en el rosal, cantaba así, plañidero,
receloso de su mal.

—Rosa la más delicada
que por mi amor
cultivada nunca fue;

rosa la más encendida,
la más fragante y pulida
que cuidé;

blanca estrella que del cielo,
curiosa de ver el suelo,

resbaló;

a la que una mariposa,
de mancharla temerosa,
no llegó;

¿Quién te quiere? ¿Quién te llama
por tu bien o por tu mal?
¿Quién te llevó de la rama,
que no estás en tu rosal?

¿Tú no sabes que es grosero
el mundo? ¿Que es traicionero
el amor?

¿Que no se aprecia en la vida
la pura miel escondida
en la flor?

¿Bajo qué cielo caíste?
¿A quién tu tesoro diste
virginal?

¿En qué manos te deshojas?
¿Qué aliento quema tus hojas
infernal?

¿Quién te cuida con esmero,
como el viejo jardinero
te cuidó?

¿Quién por ti sólo suspira?
¿Quién te quiere? ¿Quién te mira

como yo?

¿Quién te miente que te ama
con fe y con ternura igual?
¿Quién te llevó de la rama,
que no estás en tu rosal?

¿Por qué te fuiste tan pura
de otra vida a la ventura
o al dolor?

¿Qué faltaba a tu recreo?
¿Qué a tu inocente deseo
soñador?

¿En la fuente limpia y clara,
espejo que te copiara
no te di?

¿Los pájaros escondidos,
no cantaban en sus nidos
para ti?

¿Cuando era el aire de fuego,
no refresqué con mi riego
tu calor?

¿No te dió mi trato amigo
en las heladas abrigo
protector?

¿Quién para sí te reclama?
¿Te hará bien o te hará mal?

¿Quién te llevó de la rama,
que no estás en tu rosal?

Así un día y otro día,
entre espinas y entre flores,
el jardinero plañía
imaginando dolores,

desde aquél en que a la fuente
un caballero llegó,
y la rosa dulcemente
de su tallo separó.

Queda en silencio unos instantes. La música lejana cesa a poco. Luego, prestando oído hacia la derecha, dice:

Me he distraído… La ceremonia ha debido de concluir hace un rato. Sí, en efecto… siento el rumor de besos y felicitaciones. Voy allá.

En este momento llegan don Leoncio, Jorge, Moyita y Rafael. Moyita viene todavía abrasando a Jorge.

DON LEONCIO. Por aquí, Jorge, por aquí.

MOYITA. Chico, chico, ¡la vida del hombre bueno!

ISABEL. *Deteniéndose.* ¡Oh, Jorge! Mil felicidades.

JORGE. Muchísimas gracias, Isabel.

DON LEONCIO. ¿No has estado tú en la capilla?

ISABEL. No, señor. Poquedad de ánimo. Igual me ocurre siempre.

JORGE. ¿Le asustan a usted los matrimonios?

ISABEL. Me asustan.

RAFAEL. La verdad es que el acto es cortito, pero le encoge el corazón al más terne. Lo confieso.

JORGE. ¡Pues ya me has visto a mí!

RAFAEL. Ya, ya te he visto. Empezaste con una sonrisita de hombre jovial y despreocupado, y acabaste con una cara de a metro. ¡Más serio que mi coronel!

Risas.

JORGE. ¡Bah! Visiones tuyas. ¡Pues a fe que me dan un palo! ¡Me llevo la cara más bonita que ha venido de Cuba!

DON LEONCIO. Anda, anda a mudar de traje, para que os escapéis en seguida. Todos los abrazos que ahora des tú, y todos los besos que dé tu novia… es gastar la pólvora en salvas.

MOYITA. ¡Dice bien don Leoncio!

JORGE. Hasta luego, Isabel.

ISABEL. Hasta luego, Jorge.

MOYITA. ¡Ya eres de los míos, buena pieza!

Se van por la izquierda. Por la derecha salen Nieves y Cecilia.

ISABEL. Venid acá; contadme. ¿Y Julia?

NIEVES. Se está cambiando de vestido.

CECILIA. Pero ¿tú no la has visto casarse?

ISABEL. No.

NIEVES. Mujer, eres tonta. Pues mira, ella, muy serena; pero muy serena.

ISABEL. ¿Y él?

CECILIA. Él, muy pálido. La procesión iba por dentro.

NIEVES. ¿Tú te fijaste? Parecía que iba adelgazando a medida que el obispo le leía la Epístola.

CECILIA. Y ¡qué bien la ha leído el buen señor!

NIEVES. Y ¡qué bonitas palabras dijo luego!

CECILIA. Y ¡qué joven es para ser obispo!

NIEVES. Sí; pero yo hubiera traído otro.

ISABEL. ¿Otro obispo?

NIEVES. Otro en vez de ése; menos colorado, menos robusto.

ISABEL. ¿Por qué?

NIEVES. Mujer, porque si se fijan los muchachos en que el único hombre que seguramente no se casa, goza de tan buena salud… ¡cualquiera los decide! Ellos, que necesitan poco…

ISABEL. ¡Ja, ja, ja!

CECILIA. ¡Qué cosas se le ocurren a ésta!

Salen por la derecha Matilde y Juan María.

MATILDE. Nada, nada, no se me escapa usted.

JUAN MARÍA. Si no quiero escaparme, Matilde.

CECILIA. ¿Qué es eso?

MATILDE. Que me va a escribir unos versos en el abanico.

CECILIA. ¿Ahora?

JUAN MARÍA. Ahora.

CECILIA. ¡Ay, pues yo no quiero ser menos!

JUAN MARÍA. Ni yo quiero que usted lo sea.

NIEVES. ¿Y yo, voy a quedarme desairada?

JUAN MARÍA. ¡No faltaría más! Habrá consonantes para todas. Y para ti también, Isabel.

ISABEL. Gracias. Ya tengo versos tuyos.

MATILDE. ¡Qué suerte, hija!

ISABEL. La misma que vosotras… Porque improvisa que es un asombro. Ya veréis.

NIEVES. *A Isabel, cogiéndole el abanico que lleva.* ¿Aquí te ha escrito algo?

ISABEL. No; en éste no.

JUAN MARÍA. ¿No es en ése? A verlo. *Nieves se lo entrega. Isabel reprime un movimiento de protesta.* Pues es muy lindo. Y el país es muy a propósito para escribir en él.

ISABEL. Bien, bien; tráelo.

JUAN MARÍA. ¿Quieres que te lo firme?

ISABEL. No quiero cansarte el ingenio… del que ya me has dado grandes pruebas.

JUAN MARÍA. ¿Te burlas? Pues, con tu permiso, aunque me fatigue, te pondré en él algún piropo.

ISABEL. Allá tú. Pero date prisa, que quiero estar un rato con Julia.

JUAN MARÍA. ¡Oh! Las cosas se han de hacer por orden. Primero, el de Matilde, que ha sido la de la ocurrencia. Todo ello no pasará de diez minutos.

MATILDE. Pues a ver si se luce usted.

Juan María se sienta ante una mesita escritorio, sin soltar ya un momento el abanico de Isabel. Sucesivamente va firmando los de las amigas.

JUAN MARÍA. ¡Ojalá acierte a escribir algo digno de que sus ojos lo lean!

MATILDE. ¡Ay, qué galante!

Escribe Juan María.

NIEVES. ¿Qué tienes tú, Isabel?

ISABEL. ¿Yo? Nada.

NIEVES. ¿Te ha disgustado que le dé tu abanico?

ISABEL. No. ¡Qué disparate!

NIEVES. Creí…

JUAN MARÍA. Oiga usted, Matilde. *Leyendo.*

En el cielo hay una estrella
que brilla como ninguna;
la luna la envidia a ella,
y a ti, la estrella y la luna.

MATILDE. ¡Mira qué bien! Un millón de gracias, Juan María.

CECILIA. Sí que son bonitos de veras.

NIEVES. Y ¡qué facilidad!

ISABEL. Estos poetas son el diablo. No les cuesta trabajo, ni la verdad, como en esta ocasión, ni la mentira, como otras veces.

MATILDE. Se los voy a enseñar a mi hermana. *Vase corriendo.*

CECILIA. Ahora me toca a mí.

JUAN MARÍA. Sí, por cierto; a usted.

ISABEL. Pues dame entretanto mi abanico, que tengo un calor…

JUAN MARÍA. *Dándole el de Nieves.* Toma.

ISABEL. Éste no es el mío.

JUAN MARÍA. Pero hace aire, que es para lo que lo quieres tú.

ISABEL. Eso sí. *Se abanica con rabia.*

NIEVES. Mejor sería que le hubiera usted dado el suyo, porque me lo va a hacer añicos. Estás hoy rarísima de nerviosa y de tonta.

CECILIA. Sí que lo está.

ISABEL. Será el tiempo.

JUAN MARÍA. Señorita Cecilia: atención.

CECILIA. ¿Ya?

JUAN MARÍA. Ya, ya.

CECILIA. Son disparos.

JUAN MARÍA. *Leyendo.*

Tu abanico es mariposa
que en tu mano se posó,
porque en su vuelo otra rosa
más bonita no encontró.

CECILIA. ¿De verdad? ¡Qué fino es usted y qué bien dice las finezas!

NIEVES. ¿Le quedarán a usted flores para mí?

ISABEL. Pierde cuidado: tiene para todas. Toma el abanico.

NIEVES. *Entregándoselo a Juan María.* Tenga usted.

Llega Matilde con dos abanicos más. La impaciencia de Isabel aumenta.

MATILDE. Usted va a decir que es un abuso; pero no hay más remedio que poner en estos dos cualquier tontería.

JUAN MARÍA. ¡Matilde!

Matilde. Al que se hace de miel… Éste es de mi hermana; va todavía con el traje corto.

Juan María. Bueno.

Matilde. Y éste, de Manolita Ruiz.

Nieves. Mira, no lo distraigas, que está ya pensando mis versos.

Cecilia. Oye los que me ha puesto a mí.

Matilde. A ver.

Cecilia. *Leyendo.*

> Tu abanico es mariposa
> que en tu mano se posó,
> porque en su vuelo otra rosa más bonita no encontró.

Matilde. Lo que más me encanta es lo a propósito que son todos ellos.

Juan María. ¿Nievecitas?

Nieves. Como se haya usted quedado corto, lo mato.

Juan María. *Leyendo.*

> Tersa, alegre, blanca y fina,
> en apariencia es igual
> la nieve a la sal marina.
> Dime tú, Nieves divina,
> si eres nieve o eres sal.

Nieves. No se ha quedado corto.

Isabel. Pero eso mismo se lo ha puesto ya a otra.

Nieves. ¿Eh?

Juan María. No, no se alarme usted, Nievecitas; no tengo esa mala costumbre. Es que Isabel hoy tira con bala. Aunque yo quisiera, no podría decirles a dos mujeres la misma cosa, porque olvido con facilidad lo que escribo.

Isabel. Sí; lo he observado. Escribes y olvidas con la misma facilidad.

JUAN MARÍA. Es que sería un suplicio para mi recordar todo cuanto he escrito.

ISABEL. También convengo en ello. Mira si te doy la razón.

MATILDE. Ea, pues ande usted con el abanico de mi hermana.

ISABEL. No, no; primero el mío: le ha llegado su turno.

JUAN MARÍA. Los últimos serán los primeros, Isabel. Contigo tengo más confianza. Dispensa.

NIEVES. Voy a leerle esta preciosidad al ganso que me preguntó lo de las cosquillas.

CECILIA. Te acompaño, que quiero conocerlo.

NIEVES. Poeta, ¿le traigo a usted una copita de *champagne*?

JUAN MARÍA. Allá iré yo a tomarla con ustedes.

NIEVES. Que lo esperamos, ¿eh?

Se va charlando con Cecilia.

JUAN MARÍA. Matilde: para su hermanita.

MATILDE. Pero ¡qué pronto! Echa menos tiempo que en retratarse. Léamelo usted.

JUAN MARÍA. *Obedeciéndola.*

Tengo en mi huerto una rosa primorosa,
rosa de pitiminí;
y oye, chiquilla preciosa,
una cosa:
mi rosa es igual a ti.

MATILDE. ¡Lindísimos! Se va a volver loca la mocosilla.

JUAN MARÍA. Y ¿quién es la dueña del otro?

MATILDE. Manolita Ruiz.

JUAN MARÍA. No la recuerdo. ¿Es guapa?

MATILDE. ¡Psche!

JUAN MARÍA. ¿Tiene bonitos ojos?

MATILDE. ¡Psche!

JUAN MARÍA. ¿Tiene bonita boca?

MATILDE. ¡Psche!

JUAN MARÍA. Pues ¿qué tiene, entonces?

MATILDE. Tiene… tiene el novio fuera de Madrid.

JUAN MARÍA. ¡No hablemos más! ¡Nos hemos salvado!

MATILDE. *A Isabel,* Ni que sean guapas ni que sean feas se apura él. Siempre encuentra salida.

ISABEL. Sí; pero prefiere que sean guapas.

MATILDE. Y hay que alabarle el gusto. ¿No?

ISABEL. Sí.

JUAN MARÍA. Tome usted, Matildita; y, por Dios, no me traiga más.

MATILDE. Esté usted tranquilo. ¿Qué le ha puesto?

JUAN MARÍA. Algo con motivo del novio ausente. *Leyendo*.

He de pedir en la Audiencia
para todo malhechor,
que lo condenen a ausencia,
que no hay castigo mayor.

MATILDE. ¡Qué bien está! Va a llorar de alegría, porque ella es un poquillo sensible. Y ¿todo esto lo saca usted de su cabeza?

JUAN MARÍA. No tengo otro sitio de donde sacarlo, señorita.

MATILDE. ¡Qué guasón! Pues nada, muchísimas gracias, muchísimas gracias y muchísimas gracias.

JUAN MARÍA. No las merece.

MATILDE. Y ahora, a hacer entrega de las joyas. ¿Vienes, Isabel?

ISABEL. Así que rescate mi abanico.

MATILDE. Es verdad. *Se va por la derecha.*

Por la izquierda vuelve don Leoncio, y se va por la derecha también.

DON LEONCIO. ¿Qué hacéis aquí como dos pasmarotes? Venid allá a beber una copa. Yo voy por Julia. Mi misión no acaba hasta que se fuguen los novios. ¿Qué es eso, no venís?

JUAN MARÍA. Ya vamos, ya.

DON LEONCIO. ¡Ah! bueno.

ISABEL. *Con resolución, apenas se marcha don Leoncio.* Dame el abanico.

JUAN MARÍA. ¿El abanico?

ISABEL. Sí.

JUAN MARÍA. Perdona. Lo he retenido en mi poder porque quería hablarte.

ISABEL. ¿Hablarme? ¿De qué?

JUAN MARÍA. ¿No crees que haya nada que hablar entre nosotros?

ISABEL. Hombre, entre dos personas que se tratan y que se encuentran, siempre hay que hablar algo, naturalmente. Hablemos, si quieres, de lo que aquí nos ha traído: de Julia, mi amiga; de su novio, tu amigo; de la boda de ambos; de la suerte que pueden correr… de todo ello podemos hablar. Pero comprende que para venir a semejante conversación, que nace espontáneamente de las circunstancias, no era necesario el ingenioso ardid de quedarte con mi abanico.

JUAN MARÍA. Como he pretendido acercarme a ti dos o tres veces… y has huido…

ISABEL. ¿Que yo he huido, Juan María? ¿Huir yo de ti? Mira, nada tengo de literata; pero creo que la idea e huida lleva por delante la de temor. Y ¿por qué he de temerte yo, criatura? ¿En qué cabeza cabe? No es esto dudar de que seas temible; pero yo no te temo.

JUAN MARÍA. Ni lo soy, ni hay por qué me temas. Quise decirte que dondequiera que yo he entrado me has vuelto la espalda.

ISABEL. Eso sí; pero eso, lejos de ser cobardía ni desdén, ha sido generosidad. Pensé que mi presencia encendería tal vez tus recuerdos; y como eres hombre de corazón sensible, librándote de ella esquivé el molestarte.

JUAN MARÍA. Hay recuerdos que, aunque lastimen, gusta saborearlos.

ISABEL. ¿Ah, sí? ¿Te gusta darte con la badila en los nudillos? Dispensa: la frase no es todo lo poética que mereces tú; pero se me ha venido a los labios.

JUAN MARÍA. Al pasar por ellos se hace poética, Isabel.

ISABEL. Ahí tienes: esa tuya es bastante cursi. ¿Ves cómo te trato con confianza, tonto?

JUAN MARÍA. Eso quiero: que no haya entre nosotros resentimiento alguno.

ISABEL. ¡Ninguno! ¿Por qué?

JUAN MARÍA. Que seamos los amigos de antes.

ISABEL. Los de antes, no; los de ahora. Hay que vivir el momento presente; mil veces me lo has dicho.

JUAN MARÍA. Si entre nosotros, en rigor, no ha pasado *nadar*…

ISABEL. Ya no estamos conformes. Entre nosotros ha pasado mucho… mucho; pero ha pasado.

JUAN MARÍA. ¿Ha pasado?

ISABEL. Y ¿tú me lo preguntas? Y ¿tú te precias de conocer mi corazón? No había para qué remover las cenizas de aquello que vanamente llamábamos nuestro cariño. Nuestro: de los dos. ¡Qué tontería! Pero ya que estoy regalándote el oído, porque te hablo de lo que tú querías hablar, te diré lo que con tu cariño hice cuando recibí el desengaño; y te lo diré con palabras de un poeta que tenía más corazón que tú:

Como se arranca el hierro de una herida,
tu amor de las entrañas me arranqué,
aunque sentí al hacerlo que la vida
me arrancaba con él.

JUAN MARÍA. ¿Te arrancabas con él la vida?

ISABEL. Sí. ¿Cómo he de negarlo? Sería tan falsa como tú eres. Pero supe arrancármelo y vivir.

JUAN MARÍA. Isabel…

ISABEL. No es ocasión de defenderte; no te oigo. Tú ya no eres aquél, ni puedes serlo. Yo, como es lógico, tampoco puedo ser aquélla. Ahora somos los dos amigos entre quienes no ha pasado nada, según tú pretendías. Pero como no se trata de personas enteramente vulgares, hay en nuestra amistad una circunstancia curiosa: que tú me conociste a mí hace algunos años, y yo no te he conocido a ti hasta hace algunos meses.

JUAN MARÍA. No me has conocido, Isabel; te engañas por completo. Y si me has conocido, me juzgas mal.

ISABEL. Te juzgo mal precisamente porque te he conocido. Pero no debemos insistir sobre cosa que ya está resuelta. Tú eres quien eres, y yo soy quien soy; por eso estamos como estamos. ¿Qué me pides ahora? ¿Mi amistad? ¿Mi trato afectuoso? Nunca pensé negártelos.

JUAN MARÍA. Yo temí que sí.

ISABEL. Pues ya has visto que no.

JUAN MARÍA. Pues era cuanto yo quería.

ISABEL. Pues que sea enhorabuena. Eres el ser más dichoso del mundo: lo que sueñas, lo que consigues.

JUAN MARÍA. Es verdad. Por eso algunas veces me espanta, como a niño mimado, la idea de tener un sueño y no conseguirlo.

ISABEL. ¡Ay, Juan María! No todo han de ser flores y revolar de mariposa. Día llegará en que las lágrimas te quemen los ojos.

JUAN MARÍA. ¿Crees que aún no he llorado nunca, Isabel?

ISABEL. Sí; pero… *en verso*.

JUAN MARÍA. *En poeta* me pediste en alguna ocasión que te hablara.

ISABEL. Hablar no es llorar, Juan María. Las lágrimas no han menester de poeta mentiroso que las adorne. Suben del corazón a los ojos… y ya son poesía.

JUAN MARÍA. ¿Y si son de amor?

ISABEL. Poesía de poesía. Pero es cercado en que no deben entrar dos amigos.

JUAN MARÍA. ¿Ni por curiosidad?

ISABEL. La curiosidad es condición femenina, y aquí la mujer está curada de ella. Conservémonos, pues, en el terreno de nuestra apacible amistad.

JUAN MARÍA. Bueno, pues… la amistad no consiste sólo en palabras.

ISABEL. Ni la amistad, ni nada.

JUAN MARÍA. Hemos convenido en concretarnos a la amistad.

ISABEL. ¿Y qué? ¿Ya quieres pruebas de la mía?

JUAN MARÍA. Una quiero; sí.

ISABEL. Habla.

JUAN MARÍA. Mi padre, como sabes, no sale de casa por las noches en cuanto refresca. Los buenos amigos suelen ir un rato de tertulia. El año pasado ibas tú con tu padre; este año, hasta ahora, no has ido. ¿Irás?

ISABEL. Iré. Ya te he dicho antes lo que me impulsaba a alejarme de ti. ¿Deseas otra prueba?

JUAN MARÍA. Te agradezco la que me das.

ISABEL. Y ¿estás dispuesto a corresponderme?

JUAN MARÍA. ¿Lo dudas?

ISABEL. Sí. ¿No ves que te conozco?

JUAN MARÍA. Pídeme lo que quieras.

ISABEL. Primero, el abanico, que todavía no me lo has devuelto.

JUAN MARÍA. Tómalo.

ISABEL. Y después, la promesa de entregarme también el único recuerdo mío que aún conservas.

JUAN MARÍA. No sé a qué te refieres.

ISABEL. Sí lo sabes. Cuando me devolviste mis cartas, te quedaste con un retrato. Como es mío, lo quiero.

JUAN MARÍA. ¿Y si se me hubiese perdido?

ISABEL. Sería el complemento de tu hazaña. Pero no mientas; no se te ha perdido. Sé que está en tu despacho, entre otros.

JUAN MARÍA. No está entre otros.

Isabel Pero está allí, y donde debe estar es en mi casa.

JUAN MARÍA. Pues perdónale a nuestra apacible amistad —como la has llamado— esta primera falta; pero no te lo doy.

ISABEL. ¿Qué no?

JUAN MARÍA. No. De mi cuarto de trabajo no sale.

ISABEL. Eso ya lo veremos.

JUAN MARÍA. Ya lo verás.

Por la derecha vienen don Leoncio y Julia, con las amigas de ésta, y casi al mismo tiempo, por la izquierda, Jorge y sus amigos. Los recién casados, en traje de viaje.

DON LEONCIO. Vamos, vamos; no te entretengas.

ISABEL. ¡Julia!

JULIA. ¡Isabel! Te echaba de menos.

Se abrazan fuertemente y se besan.

ISABEL. ¿A qué decirte lo que yo deseo para ti?

JORGE. Julita, tu padre está en el coche aguardándonos hace un cuarto de hora.

JULIA. Pues vamos en seguida. Adiós, Isabel.

ISABEL. Adiós, Julia.

Vuelven a abrazarse y a besarse con efusión.

Después, Julia se despide de los demás.

JORGE. *Abrazando también a sus amigos.* Adiós, Rafael.

RAFAEL. Adiós, chico; que te portes mejor que Moyita.

MOYITA. ¡Qué pesados sois!

JORGE. ¡Moyita insigne!

MOYITA. ¡Aprieta, muchacho! ¡Me das un gran día con tu casamiento!

JORGE. Poeta: salud, inspiración… y a imitar mi ejemplo cuanto antes.

JUAN MARÍA. Se tendrá presente el consejo. Adiós.

DON LEONCIO. Vamos, vamos… que el suegro espera… y todavía es pronto para darle disgustos.

JORGE. Adiós, Isabel.

ISABEL. Vaya usted con Dios, hombre afortunado.

JULIA. Adiós, adiós a todos.

ISABEL. Adiós.

JORGE. *Dándole el brazo a Julia.* ¿Eh? ¿Me voy con alguien? ¡Hasta la vuelta!

JUAN MARÍA. ¡Hasta la vuelta!

RAFAEL. ¡Adiós!

MOYITA. ¡Adiós!

Se van por la derecha don Leoncio, Julia y Jorge.

JUAN MARÍA. ¡Ay! Ciertamente es hermoso: hermoso y envidiable. Elegir una mujer entre todas… y cruzar la vida de su mano.

ISABEL. ¿Qué sabes de eso tú?

JUAN MARÍA. ¡Isabel!

MOYITA. Tiene muchísima razón: tú ¿qué sabes de eso? Nieves. *Señalando hacia el jardín.* Allá van.

Todos miran y los saludan.

MOYITA. ¡Adiós!

RAFAEL. ¡Adiós, Jorge!

NIEVES. ¡Adiós, Julia!

TODOS. ¡Adiós! ¡adiós!

ISABEL.

> ¿Quién te llevó de la rama,
> que no estás en tu rosal?

RAFAEL. *A Juan María.* ¡Compañero! ¡Nos huele la cabeza a pólvora! ¡Es el segundo de la partida que cae!

JUAN MARÍA. ¡El segundo!

Moyita. ¡El segundo! ¡Y como tenga un hijo el año que viene… yo me tengo que marchar de Madrid!

Todos. *A los novios, saludándolos por última vez.* ¡Adiós! ¡adiós! ¡adiós!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Estudio de Juan María en su casa. Una puerta al foro, hacia la derecha, y otra a la izquierda del actor. En el centro, la mesa de trabajo, Muebles severos y elegantes. Estanterías abiertas, llenas de libros. Ante ellos, en algunas tablas, retratos de mujeres en fotografía. Cuadros de pintores modernos. En un rincón, sobre una columna, una reproducción de la Venus de Milo. Es de noche. Luces.

Juan María está sentado leyendo en un libro. A poco Lauro, con traje dominguero y sombrero en mano, se presenta en la puerta del foro.

LAURO. ¿Hay permizo?

JUAN MARÍA. Adelante, Lauro.

LAURO. ¿No te estorbo?

JUAN MARÍA. Al contrario, hombre: me distraes. ¿Has cenado ya?

LAURO. Ahora mesmo.

JUAN MARÍA. ¿Vienes de despedida?

LAURO. Justamente. Mañana por la mañana *pito* pa *Los Rozales* otra vez.

JUAN MARÍA. Poco te gusta estar en Madrid.

LAURO. No es que me guste ni que me dijuste, zino que a lo que vengo, vengo. Arreglé mis cuentas con tu padre, nos convinimoz en lo que ze ha de hacé en la güerta nueva, me entregó los cuartos precizos… y espachao.

JUAN MARÍA. Bien, hombre, bien.

LAURO. Además, ¿tú zabes las cartas que estoy yo recibiendo de mi Dolores? ¡Jozú! Dolores ze cree que yegá a Madrí, dá er biyete en la puerta e la estación y cogé una pormonía, es to la mesma coza.

JUAN MARÍA. Así lo creen muchos andaluces.

LAURO. ¡Zi quería darme argodones pa que me tapara hasta la narí! Y ezo que er rigó del ivierno va ya pazao.

JUAN MARÍA. Y ¿por qué no te acompañó para estar más tranquila?

LAURO. ¿Dolores? Bájate der macho, que te vaz a canzá. Ni por una esportiya de onzas de oro paza un *túnele*. Yo no zé qué jinojo ze le ha figurao a eya con los *tunes;* pero no paza un *túnele* zi la matan.

JUAN MARÍA. ¡Ja, ja, ja!

LAURO. Conque azí es que ya que he rematao, me güervo a escape pa que le zarga er zusto der cuerpo. ¿Te veremos por ayá esta primavera?

JUAN MARÍA. No sé; todavía no lo sé.

LAURO. Pos la pazá no te fué malamente.

JUAN MARÍA. ¡Ah! no.

LAURO. ¿Te acuerdas de la noche que me mandaste aparejá la jaca… y zi no ando vivo e la vista toavía está la jaca apareja y yo esperándote en la verja?

JUAN MARÍA. ¡Ya lo creo que me acuerdo!

LAURO. Tu conquista de aqueya noche ze caza.

JUAN MARÍA. ¿Quién?

LAURO. Frasquita la del estanco: la viuda.

JUAN MARÍA. ¿Se casa otra vez la viuda?

LAURO. Otra vez. ¡Y las que le quean!

JUAN MARÍA. Los hay valientes. Éste es el tercero.

LAURO. Er tercero. Y er pobrecito va a durá menos que un eclize.

JUAN MARÍA. Casarse con una mujer así es una de las formas más agradables del suicidio.

LAURO. *Riéndose.* Amarra er carnero, que aquí hay yerba. Ahora has tenío gracia. *Silencio.* Lo que me ha dicho tu padre que acabó, fué lo otro.

Juan María. ¿Lo otro?

Lauro. Lo formá; lo zerio: lo que por poco me tiene a mí en la verja hasta el amanecé.

Juan María. ¡Ah, sí! Acabó enteramente.

Lauro. Pero ¿arrancaste las raíces o cortaste la mata na más?

Juan María. Las raíces eran tan tiernas todavía, que no me costó gran trabajo arrancarlas.

Lauro. Porque tú lo dices lo creo; pero me he engañao. Er cariz de la coza era otro.

Juan María. ¿Sí? ¿Cuál era el cariz?

Lauro. Er cariz era er de ezas zemiyas que no brotan a fló de tierra hasta que no están bien agarrás por abajo.

Juan María. Ya. Pues no, no; aquello vino y se fué con las golondrinas.

Lauro. Las golondrinas güerven.

Juan María. Algunas, no. Éstas, no.

Lauro. *Señalando un retrato de Isabel que hay sobre la mesa.* Por ezo te dejó un retrato.

Juan María. Es verdad; que está ahí un retrato de ella. Lo que tú no repares…

Lauro. ¡Azí que lo tienes recatao!

Juan María. Ahí lo puse al volver de allá… y ahí se quedó.

Lauro. Ya me lo figuro. En zu caza estuve yo el otro día con una carga e durce que me dió Dolores pa eya.

Juan María. ¿De dulce?

Lauro. ¡Claro! ¿De qué había e zé? ¡Estoy cazao con un merengue!

Juan María. Y ¿la viste?

Lauro. ¡Posno que no! Una hora me entretuvo charlando. ¡No me dejaba irme! Está… está *mimbreña.*

Juan María. ¿Cómo dices que está?

Lauro. *Mimbreña*.

Llega don Leoncio por la puerta del foro.

DON LEONCIO. ¿Hola? ¿De palique?

LAURO. Despidiéndome der zeñorito. Conque ¿quiéz argo pa ayá, Juan María?

JUAN MARÍA. Dale recuerdos a Dolores. Y dile de mi parte que hay muchas cosas bastante más temibles que los túneles.

LAURO. Ze lo diré.

JUAN MARÍA. Anda con Dios. Hasta que vaya yo a conocer la huerta nueva.

LAURO. No lo verán miz ojos.

DON LEONCIO. *Maliciosamente*. Si; sí irá.

JUAN MARÍA. ¿Que iré?

DON LEONCIO. ¿No acabas de ofrecerlo? Irá, Lauro, irá. Tú has de ver cómo irá.

LAURO. Poz ezo es lo que yo dezeo. Que haya zalú. Usté y yo, don Leoncio, nos despediremos mañana. Güenas noches.

JUAN MARÍA. Que lo pases bien, Lauro.

DON LEONCIO. Adiós.

Vase Lauro por la puerta del foro, hacia la izquierda.

JUAN MARÍA. ¿Ha llegado alguien?

DON LEONCIO. Empiezan a llegar los habituales contertulios. Ahí están ya tu tía Mercedes y el general Reguera. Dos siglos y medio.

JUAN MARÍA. ¿Dos y medio?

DON LEONCIO. Sí: un siglo tu tía, otro el general, y medio siglo el bisoñé del general. Los he dejado solos para que se enamoren. ¿Tú sigues en la misma idea?

JUAN MARÍA. ¡Ah, sí! Esta noche, sí. No estoy en casa para nadie.

DON LEONCIO. ¿Para nadie absolutamente?

JUAN MARÍA. Absolutamente.

DON LEONCIO. Me gusta esa entereza de carácter. Eres de roble.

JUAN MARÍA. ¿Se burla usted?

DON LEONCIO. ¡Nunca! Dios me libre.

JUAN MARÍA. No sé qué hay de ridículo, para que usted adopte esa actitud zumbona, en que yo no tenga gana de ver gente y me encierre aquí como un fraile cartujo.

DON LEONCIO. ¿Vas a trabajar?

JUAN MARÍA. Quizás… Ya veremos… Es posible…

DON LEONCIO. «Quizás… Ya veremos… Es posible…» Vale el dinero esa contestación.

JUAN MARÍA. Señor, trabajaré o no trabajaré, según se me ocurra. Si trabajo, trabajo, y si no trabajo, no trabajo.

DON LEONCIO. Cállate, que asustas, como Shakespeare.

JUAN MARÍA. ¡Vaya!

DON LEONCIO. «Si trabajo, trabajo, y si no trabajo, no trabajo…» Quédate con Dios, que los artistas debéis aprovechar estos momentos luminosos.

JUAN MARÍA. *Sonriendo*. Sí, sí: ande usted al salón, papá; ande usted al salón.

DON LEONCIO. Hago que me voy… y vuelvo. Escúchame.

JUAN MARÍA. ¡Buena está la noche!

DON LEONCIO. Me asalta una idea extraordinaria, sin duda de respirar tu atmósfera. Si viniera Isabel Lozano…

JUAN MARÍA. Si viniera Isabel Lozano, tampoco saldría yo de aquí.

DON LEONCIO. ¡Ah! ¿Tampoco? ¡Eso está muy bien! Y yo sin haber dado en ello.

JUAN MARÍA. Se ría usted o no, cabalmente porque ahora acostumbra venir Isabel Lozano, me quito de en medio algunas noches. La gente es plebeya y chismosa, y puede atribuir a las visitas de Isabel una intención que de fijo no tienen; y eso debe evitarlo mi delicadeza.

DON LEONCIO. ¡Bravo, bravo! Siempre ves las cosas desde la cumbre. Pero al águila, que eres tú, le pregunta la codorniz, que soy yo: con semejantes escrúpulos de delicadeza, ¿por qué no te vas a la calle?

JUAN MARÍA. Y ¿qué tengo yo que hacer en la calle?

DON LEONCIO. Hijo mío, me aturdes; me anonadas. Todas las noches sales a la calle, sin duda porque tienes algo que hacer; esta noche, que acaso venga Isabel Lozano, no sales a la calle. «¿Qué tienes tú que hacer en la calle?» Concluyente; definitivo, como se dice ahora.

JUAN MARÍA. Mire usted, papá, ¿quiere usted dejarme tranquilo?

DON LEONCIO. Dejarte, sí; tranquilo… no depende de mi voluntad.

Sale Moyita presuroso por la puerta del toro, y se sorprende de hallar a Juan María.

MOYITA. ¡Ah! pero ¿estás aquí? Buenas noches.

DON LEONCIO. Buenas noches.

JUAN MARÍA. Hola, Manolo.

MOYITA. ¿Estás aquí?

DON LEONCIO. No, señor; ha salido.

MOYITA. Eso me dijo doña Mercedes.

JUAN MARÍA. Y *he salido,* ¿eh?

MOYITA. ¡Ah! vamos; ya entiendo. Pues, chico, perdona este abuso, pero venía a ponerle dos letras a mi mediquillo.

JUAN MARÍA. Escribe lo que quieras. ¿Te ocurre alguna novedad?

MOYITA. *Con el semblante iluminado.* Hombre… novedad… Te diré, te diré… Bueno, prométanme ustedes no reírse.

DON LEONCIO. ¿Aunque tenga gracia lo que usted cuente?

MOYITA. ¡Este don Leoncio!

JUAN MARÍA. Yo me estoy figurando algo…

MOYITA. ¿Sí, verdad? ¡Eso es! ¡Por ahí van los tiros! *Emocionándose por puntos.* Esta tarde le mandé a mi hermana mi coche para que luego fuera al teatro… Y Aurorita y yo, por no alquilar un *pesetero…* nos hemos venido acá en el tranvía.

JUAN MARÍA. ¿Y qué?

MOYITA. ¡Que se me ha mareado en el tranvía!

JUAN MARÍA. ¡Chico! ¿Qué me cuentas?

MOYITA. Así, así. Y un mareo inconfundible, ¿sabes? Estoy contentísimo.

DON LEONCIO. ¿Le alegra a usted que se le maree la señora en el tranvía?

MOYITA. ¡Por lo que significa, don Leoncio! Además, yo sumo observaciones. Anoche tuvo un antojito.

DON LEONCIO. ¿Anoche?

MOYITA. Sí, señor. Me pidió chocolate con picatostes.

DON LEONCIO. ¡Diablo! Me está usted poniendo en aprensión, querido Moyita.

MOYITA. ¿Por qué?

DON LEONCIO. Porque el chocolate con picatostes se me antoja a mí muy a menudo… y porque suelo marearme en el tranvía.

MOYITA. ¡Ja, ja, ja! *Se ríe a carcajadas, mitad de felicidad, mitad del chiste.*

DON LEONCIO. Hasta ahora.

MOYITA. Hasta ahora, don Leoncio.

JUAN MARÍA. Cuando vengan Jorge y Rafael, o alguno de ésos, que pasen aquí con pretexto de que van al billar.

DON LEONCIO. Bien, bien; yo lo diré con todo el misterio que las circunstancias requieren.

MOYITA. Jorge entraba con Julia al tiempo que yo.

DON LEONCIO. Pues lo mandaré para acá. Y usted, Manolo, no se preocupe por su señora: yo me encargo de seguir mareándola. *Se va por la puerta del foro, hacia la derecha*.

MOYITA. ¡Je! Tu padre siempre tan bromista. Con tu permiso voy a escribir esas dos letras.

JUAN MARÍA. Celebraré infinito que el médico confirme tus esperanzas.

MOYITA. *Mientras escribe, sentado a la mesa de Juan María.* ¡Ay, si Dios quisiera! Sí, porque, la verdad, muchacho, el matrimonio es una dulce cadena, incompleta sin los eslaboncillos de los hijos. No es que se entibie el cariño entre la esposa y el esposo… ¡no! ¡eso no! Es que los hombres vivimos mucho fuera de casa… y a lo mejor hay encuentros… hay peligros… restos de la vida anterior que las olas arrojan a la playa… —¡vaya una frase! — y siempre es conveniente la voz de un hijo, fruto de tus entrañas… fruto de… fruto de… Bueno, tú me entiendes. Me voy a equivocar si continúo.

JUAN MARÍA. Tú te lo dices todo.

MOYITA. ¡Es mucho cuento éste de la vida!… *Termina su carta en silencio, la relee y* se *la guarda en la cartera.* Ya estamos listos. A ver lo que me dice mañana. Es un médico de un ojo admirable.

JUAN MARÍA. ¿Sí, eh?

MOYITA. Ve desde una legua. El caso de Amparito Gordo no puede ser más elocuente. Lo llamó, llegó, y no hizo más que pulsarla, y le dijo: «Que sea enhorabuena».

JUAN MARÍA. ¿Y acertó?

MOYITA. ¿Cómo que si acertó? A los dos meses tuvo un chico.

JUAN MARÍA. ¿A los dos meses?

MOYITA. A los dos años he querido decir. Me he equivocado.

JUAN MARÍA. ¡Pues sí que es ojo clínico!

Por la puerta del foro llega Jorge.

JORGE. ¡Salud, compañeros!

MOYITA. ¡Schss!

JORGE. ¿Qué sucede?

MOYITA. No grites, que éste no está en casa.

JORGE. Ya lo sé.

JUAN MARÍA. Ven con Dios. ¿Y Julia?

JORGE. Buena. *Tararea una música popular*.

MOYITA. Que te calles, que éste no está en casa.

JORGE. ¡Pero si el que canta soy yo! Y ¿a qué se debe esta encerrona, Juan María? ¿Cómo no te has lanzado a la calle?

JUAN MARÍA. Me dió pereza de salir… Y no estoy de humor de tertulia.

JORGE. Pues ahí la tienes ya.

JUAN MARÍA. ¿Cómo?

JORGE. Que ahí la tienes ya.

JUAN MARÍA. ¿A quién?

JORGE. ¡A la Cibeles!

MOYITA. Tanto disimulo ya es tonto, Juan María.

JUAN MARÍA. Pero ¿qué estáis hablando?

MOYITA. Anoche se dijo en casa de Valle Florido que andas haciendo números por ella.

JUAN MARÍA. ¡Ah, ya!

JORGE. Ahora cae, ¿sabes?

JUAN MARÍA. Un poeta, Moyita, no puede hacer números por ninguna mujer; hará versos en todo caso.

MOYITA. ¡Llámale hache!

JUAN MARÍA. Sí, las señas no mienten: ella viene aquí, y yo ni siquiera salgo a verla…

JORGE. ¡Ni te lo aconsejo! Ésos son otros López.

JUAN MARÍA. ¿Por qué?

JORGE. Porque se ha presentado esta noche de un guapo tan subido de punto, como para que hicieras en plazo breve la misma atrocidad que hice yo en plazo no lejano.

MOYITA. ¡Hombre! ¡hombre!

JUAN MARÍA. ¡Ja, ja, ja!

JORGE. Sí, Manolo, sí; no le des vueltas. Casarse es una barbaridad con letra mayúscula. Barbaridad: estoy viendo la b de burro.

MOYITA. ¡Y llevas poco más de tres meses!…

JORGE. *Horrorizado.* ¡Qué será luego! *A Juan María.* Chico, tú no sabes aun lo que es aburrirse en este mundo. ¡Oh! ¡Qué tardes de la Castellana, sin poder mirar ni de reojo a ninguna amiga del corazón!… ¡en que todo el aliciente consiste en que pase el suegro y en saludarlo con la manita!…

JUAN MARÍA. Me han dicho que anda delicadillo del estómago.

JORGE. No envenenes tu puñal, Juan María. Desde que me endosó a la nena…

MOYITA. ¡Me endosó, me endosó!…

JORGE. ¡Se toma cada jarro de cerveza negra y cada bistec con mostaza…! ¡Oh! ¡Qué hombre! ¡Nos en tierra a todos! La idea del mausoleo que yo acariciaba, se me desvanece por minutos.

MOYITA. Mira, Jorge, bromas aparte: lejos de renegar del matrimonio, debieras darle gracias a Dios por la mujer que te ha tocado en suerte.

JUAN MARÍA. Ésa si es la verdad: Julia es un tesoro.

JORGE. ¡Porque es un *tesoro* me casé!… Si no, ¿quién me atrapa? Y yo lo comprendo: mi mujer es un ángel, un ángel…

JUAN MARÍA. Te resiste a ti…

JORGE. Pero no tiene más que una nota. ¡Ay, qué soporífero es el hogar! ¡Dichoso hogar! ¡Con deciros que Wagner me ha llegado a parecer un autor de polquitas!… ¡No te cases, Juan María! ¡No te cases nunca! Rechaza toda tentación. El matrimonio es una llanura de la Mancha: dos que andan, y que andan, y que andan… y siempre ven lo mismo. ¡Cuando me acuerdo de la Pompita…!

MOYITA. No seas animal.

JUAN MARÍA. Déjalo que se desahogue.

JORGE. La Pompita era para mí un mundo entero. ¡Cuantísimas facetas!… Unas veces era mi amante; otras veces era mi novia por lo fino; otras era mi prestamista; otras, mi patrona; otras, mi chula; otras, una tía carnal que me daba consejos prudentes; otras… ¡qué sé yo! Siempre era lo que a mí me hacía falta. ¡Que es lo que necesita un hombre!

MOYITA. Pero ¿tú oyes esto, Juan María?

Juan María. Con pena lo oigo; pero lo oigo… y tal vez aprendo. ¡Es tan natural lo que le ocurre!… La vida egoísta y liviana del corazón nos lo quebranta para el amor verdadero, que tiene tanto de regalo como de sacrificio. Con gotas de su sangre, no más que con gotas, solemos pagar la ofrenda de corazones enteros que desdeñamos brutalmente; y cuando queremos toda nuestra sangre, ansiosos de ofrecérsela a un corazón, volvemos con dolor los ojos para mirar la que derramamos por el camino gota a gota. Y ése es nuestro castigo: no poder querer como se nos quiere.

Jorge. ¡Ah! es que si yo quisiera a mi mujer como ella a mí… ¡apaga y vámonos! A Moyita y a Aurora íbamos a dejar en pañales.

Juan María. Ríete, ríete de Moyita; él supo buscar su compañera, y por nadie se cambia. ¡Dichoso él!

Moyita sopla.

Jorge. A mí lo que no me cabe en la cabeza es que, al cabo de los años, no se la haya pegado a su mujer todavía.

Moyita vuelve a soplar y se turba visiblemente.

Juan María. Ése es su orgullo: no pecar como todos pecan en este mundo frágil.

Jorge. ¡Es el único! ¡el único!

Moyita no puede resistir la presión atmosférica y decide marcharse.

Moyita. Bueno, yo me voy allá dentro… No vaya a llamar la atención… Hasta luego, ¿eh?… ¿Qué me decíais?… ¡Ah! no… nada… Hasta luego. *Vase por la puerta del foro, tropezando.*

Jorge. ¿Tú has visto, Juan María?

Juan María. ¡Qué decepción! ¡El incorruptible Moyita! Porque es seguro: ¡se la ha pegado a su mujer!

Jorge. ¡Segurísimo! ¡Pues ya tiene matraca toda la noche! ¡Ahora verá ese hipócrita! Y te voy a hacer una revelación: Moyita era el único dique que me contenía hasta la fecha; mañana le contesto a la Pompita, que ya me ha escrito un par de cartas.

Juan María. ¡Jorge! ¡Ten vergüenza!

JORGE. ¡Chico! ¡Me pides unas cosas de pronto…! Abur. *Vase en persecución de Moyita, tarareando.*

JUAN MARÍA. Adiós. *Pasea en silencio unos momentos, fumando un cigarrillo.* Mejor estoy solo. Todo cuanto me hablan los demás viene a parar en lo mismo: en ella. Los enamorados no oyen más que su propia voz… *Pausa.* Que por ahí se dice… que por ahí se asegura… La verdad, la verdad destruyendo toda la trama del disimulo… *Nueva pausa.* ¿Le preguntarán a ella lo mismo que a mí? ¿Pasará por estas mismas torturas? La vida daría por saberlo. *Vuelve a callar.* He debido salir. Sentirla y no verla, es mayor tormento que ninguno… Ni sé lo que quiero, ni sé lo que no quiero… ni nada sé… No sé más que a ella sola veo. *Calla otra vez, y a poco se sienta a la mesa. Coge unas cuartillas y con abandono, empieza a escribir.* La pluma, sin que mi mano la guie, escribe ya su nombre… ¡Bah! Es inútil. *Se levanta.* Me obsesiona la idea de que está a veinte pasos de mi. Saldré, saldré a la calle. Es lo mejor. Entre estas paredes me ahogo… *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

Queda solo el estudio. Al cabo de algunos instantes, cautelosa y llena de temor, llega Isabel.

ISABEL. *Con sorpresa.* Pues ¿cómo hay aquí luz? Tal vez el criado… De todos modos… ninguna ocasión mejor que ésta… *Busca, ansiosa, entre todos los retratos el suyo*. ¿Dónde está?… ¿Dónde está?… ¡Dios mío de mi vida! ¡Cuántas mujeres!… ¿Será posible que esté aquí?… Vengo por él… y lo sentiría. No está, no está… Lo tiene muy guardado. *Viéndolo de repente*. ¡Ah! Lo tiene en su mesa. *Va a acercarse para cogerlo, y le llama la atención la cuartilla comenzada a escribir*. ¿Eh? ¿Qué es esto?… Mi nombre. *Lee, sin tocar la cuartilla.*

«Isabel.

¿Por qué si estás en mí no estás conmigo?…»

No ha escrito más… *Con suprema emoción.*

«¿Por qué si estás en mí no estás conmigo?…»

Sale Juan María.

JUAN MARÍA. ¿Quién ha entrado? ¡Isabel!

ISABEL. ¡Jesús!

JUAN MARÍA. ¡Isabel! ¡Alma mía!

ISABEL. Déjame; creí que no estabas. Me engañaron.

JUAN MARÍA. No.

ISABEL. Déjame.

JUAN MARÍA. No te vayas ahora, Isabel. ¿Por qué viniste?

ISABEL. ¿No lo sabes?

JUAN MARÍA. No.

ISABEL. Por lo único mío que hay aquí por mi retrato.

JUAN MARÍA. Mucho más que tu retrato hay aquí tuyo.

ISABEL. Pues con él me conformo; te regalo todo lo demás.

JUAN MARÍA. Pues yo te lo daré cuando me oigas.

ISABEL. No; oírte más, no, Juan María.

JUAN MARÍA. ¿Por qué no?

ISABEL. Porque te oí una vez, y tus palabras engañosas me hicieron luego llorar mucho.

JUAN MARÍA. Tal vez ese llanto lo necesitaba mi corazón para despertar a una luz nueva. Óyeme, Isabel.

ISABEL. No quiero, Juan María.

JUAN MARÍA. Pero ¿es que al llegar no me has oído ya antes que yo viniera? ¿No escuchaste tu nombre en el aire? Yo aquí, sin ti, sueño y hablo a solas contigo. ¿No me oíste al entrar?

ISABEL. No, Juan María, no; empezaron todas estas mujeres a hablar a un tiempo, y no te oí; te aseguro que no te oí.

JUAN MARÍA. ¡Oh! pues ahora has de oírme.

ISABEL. ¿Para qué?

Juan María. Para descubrirte el fondo de mi alma: para que sepas tú que yo mismo me acuso; que sé que fui traicionero y liviano; que ofendí tu amor con mi frivolidad egoísta…

Isabel. Sin oírlo de tus labios sabía yo todo eso. Como no digas algo más… Déjame salir.

Juan María. No será sin que escuches lo que no sabes.

Isabel. De ti lo sé todo. Juan María.

Juan María. Y ¿sabes que no puedo vivir sin ti?

Isabel. Sin ti no podía vivir yo… y dejaste que me muriera.

Juan María. Pues ya que la sufriste, Isabel, no me castigues a mí con pena tan grande. Yo no puedo vivir sin ti. Tuyos son mis sueños; tuyo es mi despertar; tuyos, mis ocios y mis trabajos. Mi mano sólo escribe tu nombre. Te veo en todo lugar, en todo instante, y cuando no te veo se me figura que voy a verte. Frente a tu retrato escribo y leo, y una corriente ideal le lleva para ti lo mejor de mi alma. Y el retrato me mira, y me riñe, y me acusa, y me llora… y yo… yo… cuando mejor quiero defenderme, lo beso.

Isabel. Palabras, palabras… frases bonitas, hojarasca, versos que suenan bien… Tus más sinceras palabras están en tus versos, y puedes quemarlos todos juntos, que no quemas ninguna verdad de tu vida.

Juan María. Mis más sinceras palabras están ahora mismo en mis labios.

Isabel. Pues lléveselas el aire también con las cenizas de tus versos.

Juan María. Pero ¿no me crees?

Isabel. No.

Juan María. ¿No estás viendo la verdad en mis ojos?

Isabel. No.

Juan María. ¿Ni aun mirando que lloran?

Isabel. No lloran no.

Juan María. ¿Por qué he de jurarte?

Isabel. Por nada. Por cuanto hay en el cielo y la tierra me has jurado en falso mil veces. Como me sonó a verdad no lo olvidé. Me has jurado que me

querías por la luz de mis ojos y por la risa de mi boca; por mis manos, que se enlazaban a las tuyas cándidamente; por mi vida, que querías para ti; por el aire que respirábamos juntos; por las flores que juntos cogíamos; por la tierra que íbamos pisando; por la luna, que nos miraba desde el cielo; por la luz del sol, que burlábamos entre la sombra de los árboles. ¿Qué te queda ya para jurar, Juan María? Que haga Dios otro mundo y que forme otro cielo para que tú me jures por ellos que me quieres, y tal vez entonces te crea.

JUAN MARÍA. Isabel, vida de mi vida, mira que mi culpa no es otra que no haber sabido que te adoraba.

ISABEL. ¿No lo sabías y me lo juraste por todo eso?

JUAN MARÍA. Ven acá, Isabel…

ISABEL. Déjame.

JUAN MARÍA. Mira que Dios va a hacer ese mundo nuevo de que tú hablas para ti y para mí. Para ti, porque lo mereces; para mí, porque quiero de veras merecerlo.

ISABEL. *Vacilante, conmovida.* Déjame, no te acerques… ¿Por qué vine aquí? ¿Quién me trajo?

JUAN MARÍA. Mi voz, que te llamaba en silencio. Ábreme tu alma, Isabel. En mis horas de insomnio hay algo que me dice que tú no debes ser más que mía; en las tuyas, si también las tienes, ¿no hay nada que te diga que yo pueda ser tuyo?

ISABEL. *Entre lágrimas.* No, Juan María, no… Yo ya no te quiero; no te puedo querer…

JUAN MARÍA. ¡Sí!

ISABEL. ¡No! No te puedo querer… no te quiero…

JUAN MARÍA. ¡Yo a ti, sí!

ISABEL. Tú a mí, tampoco, Juan María. Tú gastaste tu corazón en otros amores, y llegaste a mí a ofrecerme lo que ya no tenías; por eso hiciste lo que hiciste. Yo puse en tus manos mi corazón entero… y tú me dejaste sin él. Mi pena es mayor que la tuya. No te quiero, no… no te quiero… No puedo quererte… no te quiero…

JUAN MARÍA. Isabel, alma mía, sigue diciéndome así que no me quieres… ¿Me perdonas?

ISABEL. Perdonarte, sí… pero no te quiero, no te quiero…

JUAN MARÍA. ¿Te pesa haber venido aquí esta noche?…

ISABEL. No… no me pesa, no… pero no te quiero…

JUAN MARÍA. Entonces… ¿te llevarás tu retrato… que es por lo que viniste?

ISABEL. Bueno… sí… me lo llevaré… porque… porque no te quiero, no te quiero…

Pausa. Se miran.

JUAN MARÍA. *De pronto.* ¿Eh?

ISABEL. ¿Qué ocurre?

JUAN MARÍA. Alguien llega.

ISABEL. Me voy yo.

JUAN MARÍA. ¿Y si te ven salir de aquí?

ISABEL. Pues vete tú; que no te vean conmigo.

JUAN MARÍA. Mejor es. *Éntrase por la puerta de la izquierda rápidamente.*

Sale don Leoncio, picado de curiosidad. Isabel finge que busca un libro.

DON LEONCIO. ¡Muchacha! ¿Tú aquí sola?

ISABEL. ¡Oh! Don Leoncio.

DON LEONCIO. ¿Qué haces aquí sola?

ISABEL. Buscaba un libro que me ha ofrecido Juan María… Como él no está…

DON LEONCIO. Es verdad, que esta noche no está… Y ¿qué libro es ése?

ISABEL. Uno de versos…

DON LEONCIO. ¿Conque uno de versos?…

ISABEL. Sí, señor; muy bonito…

Don Leoncio. Muy bonito… *Con sorna*. Buscas un libro de versos muy bonito…

Isabel. *Observándolo recelosa.* Pero no doy con él…

Don Leoncio. ¡Caramba, qué contrariedad! Pues mira, si de aquí a poco no lo encuentras, llamas a Juan María, que está ahí escondido escuchándome, y entre él y tú, busca buscando, daréis al fin con el libro más interesante y más bello de cuantos se han escrito. Hasta luego, hija mía.

Isabel. *Turbada*. Don Leoncio…

Don Leoncio. ¡Isabel!… ¿De qué me serviría a mí haber amado lo que he amado en este mundo, si ahora no comprendiese que estorbo? Buenas noches. *Se va por donde llegó, sonriéndose.*

Juan María sale sonriéndose también.

Isabel. ¿Tú has oído? Me ha puesto colorada.

Juan María. Pero tiene razón, Isabel. Fía en sus palabras, ya que las mías aún las escuchas con recelo. Entre los dos podemos encontrar ese libro tan bello en que sólo saben leer los que bien se aman, porque sólo está escrito en los ojos de los enamorados.

Isabel. Pues si quieres leer claro en los míos, para que leas mejor Juan María, no vuelvas a hacerlos llorar.

Juan María. No temas, Isabel. Sé ya cuánto valen sus lágrimas. Ellas me enseñaron a conocer qué distinta cosa son en la vida del corazón amores y amoríos… Amoríos, hojas sueltas de flores distintas… Amores, hojas juntas de una sola flor, como tú. Inquietan, agostan y fatigan el corazón los amoríos, y en un amor como el tuyo, descansa. ¡Descansa, corazón!

Isabel. ¡Descansa!

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, junio, 1908.

LAS MIL MARAVILLAS

ZARZUELA CÓMICA EN CUATRO ACTOS Y UN PRÓLOGO

MÚSICA DEL MAESTRO RUPERTO CHAPÍ

Estrenada en el **TEATRO APOLO** el 23 de diciembre de 1908

CHAPÍ

Y LA SOCIEDAD DE AUTORES

Pocos días después de la muerte del insigne maestro, el Ateneo de Madrid le consagró una velada necrológica. En ella leyó Sinesio Delgado el discurso que con su autorización transcribimos aquí. A ello nos impulsa, de un lado, el deseo de dar publicidad por nuestra parte, para ejemplo de todos, a hechos que revelan la excepcional grandeza de Chapí, y que nuestro compañero describe y pinta con sincero entusiasmo y viva y elocuente palabra; y de otro lado, la eterna gratitud que como autores españoles le debemos al glorioso artista que tanto trabajó y sacrificó en su vida en bien de los demás.

S. y J. A. Q.[5]

Señoras y señores: Lo que os voy a contar es tan importante para el arte dramático español, que debería ocupar diez tomos de abundante lectura.

Temo, pues, que la forzada concisión perjudique a la claridad, y que el asunto no se entienda; pero tal grandeza tienen los hechos y tal relieve adquiere en ellos la figura del insigne autor de *Los gnomos de la Alhambra*, que ambas cosas saltan a la vista, a pesar de la extremada sencillez del relato y a través de la vulgaridad del estilo.

Corto de raíz el exordio, y empiezo:

Hace diez años justos, a principios de 1899, la propiedad dramática en España era administrada por tres casas editoriales, que cobraban, en concepto de comisión, el 25 por 100 de la recaudación del extranjero, el 15 de la de provincias y el 2 ó el 5 de la de Madrid; rendían a los autores cuentas trimestrales; anticipaban cantidades con un interés del 9, el 12 y aún el 18 por 100; compraban en las mejores condiciones posibles para ellas, naturalmente, cuantas obras se les ofrecían, y obtenían entre todas, en concepto de recaudación total de derechos de representación, la suma de ochocientas mil a novecientas mil pesetas anuales.

El servicio de materiales de orquesta, absolutamente necesario para la representación y ejecución de las obras líricas, se hacía por dos casas: la de don Florencio Fiscowich, a quien la mayoría de los compositores había vendido en cantidades irrisorias el derecho de copia, alquiler y venta de los susodichos materiales, y la de don Pablo Martín, con quien Chapí había formado una especie de Sociedad comanditaria. Cada uno de estos archivos costaba a las Empresas teatrales 15 pesetas diarias, amén de infinidad de gabelas y obstáculos.

Con lo cual, y con la multiplicidad de catálogos, las compañías funcionaban con dificultad; el fraude de los derechos de autor era facilísimo; cuantos producían y trabajaban dependían del archivero y del editor, y los negocios teatrales se desenvolvían en malas condiciones.

Ahora… los autores dramáticos son libres, han prescindido en absoluto de todo género de intermediarios, mandan en lo suyo, administran directamente sus obras, rebajando los gastos de administración, que será gratuita dentro de poco; disponen de la incalculable riqueza que representan los archivos musicales unidos en sus manos, y el mercado teatral se ha extendido de tal modo, que la recaudación total por derechos de representación ha llegado en 1908 a rebasar la cifra de dos millones de pesetas.

España, dando este paso de avance con la vehemencia y el ímpetu propios de la raza, se ha colocado de pronto a la cabeza de las demás naciones. La misma Francia, a la cual citamos siempre como modelo, sigue aún amarrada a las cadenas del editor y del agente, y aunque se empeña en desconocernos, no

tendrá más remedio que venir a estudiar nuestra organización y a aprender de nosotros.

El milagro se ha hecho, gracias a Dios en primer lugar, y en segundo, a aquel músico ilustre, gloria de su patria, que llenó con su labor admirable más de un cuarto de siglo.

Él, con su amor al arte y a la libertad, que puso siempre sobre todas las cosas; con su espíritu indomable y su voluntad de acero; con su altruismo y su generosidad sin límites, fué la piedra que sirvió de base para el soberbio edificio de la Sociedad de Autores Españoles, a prueba de vendavales y borrascas; fué, en aquella segunda aventura de los galeotes, la espada que cortó las ligaduras de los «forzados del Rey que iban a galeras», y fué el caballero andante que aguantó a pie firme y con la sonrisa en los labios la pedrea de los manumitidos.

Aunque no hubiera llegado jamás a la cima del arte supremo, merecería bien de la patria.

Allá en 1892, y creo que por iniciativa de los señores Vidal y Llimona y Boceta, representantes en España de la Sociedad francesa del *pequeño derecho*, se fundó en Madrid otra similar, por acciones, con el fin de recaudar los derechos de ejecución de piezas musicales sueltas, en cafés, salones y círculos, derechos que se perdían por falta de organización adecuada.

La nueva agrupación nombró representantes donde pudo y empezó la ingrata tarea de hacer cumplir la ley en todas partes con las fatigas que es de suponer. Cuatro años más tarde, y a propuesta de Chapí, que asistía a la junta general como accionista, se reformaron los estatutos, añadiendo casi por sorpresa un artículo, por el que se autorizaba a la Sociedad para administrar también los productos de obras teatrales completas cuando lo creyera conveniente.

Claro es que, estando la mayoría de las acciones en poder de editores y archiveros, la ejecución del artículo adicional no se hubiera creído conveniente nunca; pero allí estaba la semilla que había de fructificar más tarde o más temprano.

Fructificó temprano, por fortuna.

Pero, entretanto, como el archivo independiente de Chapí, compuesto casi exclusivamente de sus obras, era el único obstáculo que impedía a don Florencio Fiscowich desarrollar sus planes, y como la firma del maestro era la que faltaba en su colección para disponer como señor y dueño absoluto del servicio completo de materiales de orquesta, el editor procuró, primero, rendir al rebelde con ofertas tentadoras y acabó por combatirle a sangre y fuego, sitiándole en toda regla.

Valientemente, con una tenacidad y una energía sin ejemplo, resistió Chapí todos los ataques, previendo que de aquella resistencia suya dependía la redención de sus compañeros, y cuando muchos de éstos se coaligaron contra él, cuando los libretistas de fuste le abandonaron temerosos de los perjuicios que semejante terquedad podía acarrearles, cuando todos los teatros de Madrid se cerraron para sus obras, se hizo empresario de uno de segundo orden que agonizaba en el descrédito, y desde aquella trinchera débil lanzó las notas brillantes que vibraron como un himno de guerra en todos los escenarios de España.

El redoble marcial, enérgico y viril de *El tambor de granaderos* indicó claramente a la nube de enemigos que los muros de aquella fortaleza de granito no se derrumbarían nunca.

Así, arrullada por estos vientos de fronda, y entre el torbellino de las pasiones desatadas, surgió de pronto, para intervenir en la contienda, la Sociedad de Autores Españoles. Al amparo del artículo adicional de los estatutos de la del *pequeño derecho*, unos cuantos escritores y músicos de buena voluntad se lanzaron a administrar sus obras por sí mismos y montaron rápidamente el complicado engranaje de la poderosa máquina que funciona desde entonces sin tropiezo. Pero deudas enormes, contratos y escrituras de todas clases impedían realizar la magna idea del catálogo único, base insustituible de prosperidad y engrandecimiento.

Cayose en la cuenta de que, sin la posesión del archivo musical, la actual generación no podría ver el magnífico remate de la obra, y empezaron las negociaciones con don Florencio Fiscowich para obtener de él la cesión de

todos sus materiales de orquesta y de los derechos de reproducción correspondientes.

Negociaciones largas, laboriosas e inútiles, que no hay por qué relatar ahora y que terminaron diciendo a Chapí los demás autores libres:

—Maestro, necesitamos que el archivo de usted pase a ser propiedad de la Sociedad para utilizarle como catapulta contra el castillo roquero que tenemos enfrente.

Y el autor de *La Tempestad*, sin vacilar ni pensarlo siquiera, como si se tratara de la cosa más natural del mundo, contestó con la sonrisita despectiva que le era peculiar:

—Hecho.

—Ya sabemos —añadieron los comisionados— que le produce a usted 10 000 duros anuales, y, sin embargo, la Sociedad, para adquirirle, no podrá dar a usted más que la mitad de la suma, y solamente durante cuatro años.

Y Chapí tornó a contestar con la misma sonrisa:

—Hecho.

Si se tiene en cuenta que la posesión de aquel archivo que con tal facilidad entregaba a sus compañeros, le había costado largos años de amarguras, sinsabores y peleas terribles; si se añade que pocos meses antes don Florencio Fiscowich le había ofrecido 500 000 pesetas en el acto o una renta de 6000 duros anuales, no por la propiedad, sino simplemente por la autorización para servirle con el suyo, se comprenderá que para dar semejante respuesta se necesitan el cerebro y el corazón de aquel hombre.

Efectivamente: la catapulta inauguró sus formidables arremetidas, y empezó la lucha; aquella tremenda lucha de intrigas, de asechanzas, de pleitos, de causas criminales, en que intervinieron sin querer actores, empresarios y público y en que peleaban furiosamente los menos por salvar a los más, y los más por no dejarse redimir por los menos de ninguna manera.

Tan rudos fueron los choques, que aun después de abatidas y aniquiladas las casas editoriales, cuando ya habían caído en poder de la Sociedad de Autores la administración, las obras de propiedad, los archivos… ¡todo el botín de la victoria!, todavía siguieron soplando violentos huracanes sobre el

nuevo edificio, como si quisieran probar su solidez y resistencia, y la revolución estalló impetuosa para socavar sus cimientos.

Todos vosotros recordaréis, sin duda, los incidentes de aquella guerra sin cuartel, en que los ejércitos de la rutina desplegaron todas sus fuerzas y las pasiones ruines esgrimieron todas sus armas, y lo recordaréis, digo, porque hasta los últimos rincones de la nación llegó el rumor de los combates.

Chapí arrojó entonces a las profundidades del olvido maravillosas partituras que el público destrozaba con feroz delectación, ofuscado y frenético, y sin protestar de la injusticia continuaba impávido su trabajo incesante, devorando las amarguras y animando a los pusilánimes con el ejemplo.

Con la batuta en alto, cumpliendo sin dudas ni vacilaciones la misión impuesta, atravesó entre los alaridos de la muchedumbre la vorágine que sorbía los hombres y destrozaba las honras, y oyó sonar la hora del triunfo abrazando generosamente a los vencidos.

Cuando, andando los tiempos, los autores del porvenir encuentren, entre las montañas de papel pautado almacenadas en los archivos de la Sociedad, las notas del maestro, amarillentas ya sobre el pentagrama borroso, elevarán el espíritu a las regiones insondables y orarán con la cabeza descubierta.

Porque son algo más que la expresión sublime del genio creador. ¡Son la libertad!

SINESIO DELGADO.

A LA MEMORIA DE RUPERTO CHAPÍ

Poeta: si en el no ser
hay un recuerdo de ayer,
una vida como aquí
detrás de ese firmamento…
conságrame un pensamiento
como el que tengo de ti.

ZORRILLA.

Fué esta zarzuela de **LAS MIL MARAVILLAS** *la última que escribimos con el maestro. El espíritu de su Musa voló por entre las páginas de este libro como una mariposa, ennobleciendo y enriqueciendo cuanto toco con sus alas de oro.*

Merced a esta zarzuela, sentimos una vez más el noble orgullo y el puro entusiasmo de colaborar con el eran artista que jamás profanó su pluma para lograr aplausos fáciles y plebeyos. Y al calor de la llama comunicativa de su mente creadora nacieron en nuestra alma anhelos e ilusiones que cuando él murió se fueron tras él para siempre, como corte ideal de sus restos gloriosos…

Aparezca, pues, su nombre al frente de esta obra por nuestra admiración, por nuestra gratitud, por cuanto perdimos al perderlo, y sean estas palabras como sencillas flores que echamos nosotros llorando sobre la tierra donde él duerme y descansa.

LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PRÓLOGO.— EL JURAMENTO	
La Ventera.	Aurora Rodríguez.
Don Gastón.	Emilio Carreras.
Don Sebastián.	Pedro Ruiz De Arana.
Don Paco.	Vicente García Valero.
Don Antonio.	Vicente Carrión.
El Loco.	Enrique Gandía.
El Ventero.	Diego Gordillo.
ACTO PRIMERO.— LA PROFECÍA	
La Adivinadora.	Joaquina Del Pino.
Pepilla La Tonta.	Elisa Moreu.
Don Gastón.	Emilio Carreras.
Pascualito.	José Moncayo.
Juan.	Carlos Rufart.
El Posadero.	José Mesejo.

PEREJIL.	ANTONIO PÉREZ SORIANO.
UN GITANO.	JOSÉ MEDINA.
OTRO.	EMILIO MORENO.
UN ARRIERO.	MANUEL MONCAYO.
UN MOZO.	ENRIQUE GADEA.
OTRO.	CLAUDIO LLORENS.
UN CHIQUILLO.	ANTONIO MAYA.
UN TAMBORILERO.	LUIS PALACIOS.

Gente del pueblo

ACTO SEGUNDO.— PIMPINELA

PIMPINELA.	MARÍA PALOU.
DOÑA MENCÍA.	PILAR VIDAL.
LA MUDA.	ANTONIA ESPINOSA.
DON GASTÓN.	EMILIO CARRERAS.
PASCUALITO.	JOSÉ MONCAYO.
JUAN.	CARLOS RUFART.
DON JOSÉ MARÍA.	PEDRO RUIZ DE ARANA.
DON SANDALIO.	LUIS MANZANO.
LA ROSA.	FELISA TORRES.
EL CLAVEL.	ARACELI SÁNCHEZ IMAZ.
LA ROSA OCULTA.	JOAQUINA DEL PINO.
EL CLAVEL OCULTO.	EMILIO MORENO.
UN AMORCILLO.	NATIVIDAD LA HERA.

Otro.	**Manuela Llórente.**

Rosas y Claveles

ACTO TERCERO.— LA NOCHE DE LA CITA

Pimpinela.	**María Palou.**
LA Pirala.	**Rosario Soler.**
Don Gastón.	**Emilio Carreras.**
Pascualito.	**José Moncayo.**
Juan.	**Carlos Rufart.**
Calasparra.	**Miguel Mihura Álvarez.**
El Sereno.	**José Mesejo.**
La Familia De La Pirala.	**Felisa Torres.**
	Elisa Moreu.
	Vicente Carrión.
	Diego Gordillo.
	Victoriano Picó.
Un Papá Con Tres Niñas.	**Manuel Sánchez.**
	Isabel Carceller.
	Manuela Llórente.
	Martina Rodríguez.
Dos Mamás.	**Adelina Fernández.**
	Ana Vizcaíno.

Los Papás De Un Paje	Aurora Rodríguez.
	Vicente García Valero.
El Paje.	Natividad La Hera.
Un Pollo.	Emilio Moreno.
Un Matrimonio.	Araceli Sánchez Imaz.
	Luis Manzano.
Un Amigo.	Constantino Del Vando.

Viejas y viejos, muchachas y muchachos, otros concurrentes al baile y algunos enmascarados.

ACTO CUARTO.— LA ÚLTIMA FARSA

Pimpinela.	María Palou.
La Adivinadora.	Joaquina Del Pino,
La Muda.	Antonia Espinosa.
Doña Mencía.	Pilar Vidal.
Don Gastón.	Emilio Carreras.
Pascualito.	José Moncayo.
Juan.	Carlos Rufart.
Don José María.	Pedro Ruiz De Arana.
Perejil.	Antonio Pérez Soriano.
Un Tamborilero.	Luis Palacios.

Varios criados.

LAS MIL MARAVILLAS

PRÓLOGO

EL JURAMENTO

Campo madrileño. A la izquierda del actor un ventorro. Es un buen día de sol del mes de febrero.

Al empezar la acción está la escena sola. Dentro, a lo lejos óyese al Loco entonar parte de su canción. Poco después salen del ventorro el Ventero y la Ventera, con una mesa tosca, que ponen al sol. Luego traen sillas, que colocan en torno de la mesa, y más tarde servicio de café para cuatro personas. En el interior del ventorro se oyen voces y carcajadas.

VENTERA. ¿Qué dices tú, si cayeran muchos días como éste?

VENTERO. Que nos quitábamos de estar entre estos dos pueblos, en este mal ventorro, y nos íbamos a Madrid a poner una fonda.

VENTERA. Me paece a mí que no es pa tanto, Blas.

VENTERO. Siempre se exagera; tú lo sabes. Aquí está bien la mesa. Vamos por las sillas.

Entran en el ventorro y vuelven a salir en seguida.

VENTERA. Y ¿qué asunto será el que ha traído a comer en este sitio a esos señores?

VENTERO. Eso no es cuenta nuestra, Higinia.

VENTERA. ¡Es que hay uno que habla de unas cosas tan raras, y está refiriendo una de portentos!…

VENTERO. Anda por el café.

VENTERA. A mí, sin faltarle, se me figura un gran embustero. *Vase.*

VENTERO. Os perecéis por charlar de lo que no importa. Paguen ellos su almuerzo, y páguenlo con rumbo, como lo han pagado, que de lo demás, igual se me dan a mí pitos que flautas.

VENTERA. *Saliendo nuevamente.* El café.

VENTERO. Trae. Lo iré echando en las tazas, mientras tú avisas a los señores.

VENTERA. ¿Ves lo que te decía, Blas? El don Gastón acaba de decir que nació ya con el bigote que ahora tiene. ¿Es eso posible?

VENTERO. El don Gastón quiere tomar café con los otros tres, quiere tomarlo cuanto antes.

VENTERA. ¡Vaya! No has de dejarme respirar. *Éntrase en el ventorro.*

VENTERO. Lo dice la copla:

Los inviernos son inviernos;
los calores son calores;
las mujeres son mujeres,
y los hombres somos hombres.

Y no hay que darle vuelta a eso.

Salen del ventorro, en guisa de haber almorzado fuerte de veras, don Gastón, don Sebastián, don Paco y don Antonio. La ventera los sigue. Los cuatro son personas que andan entre los cuarenta y los cincuenta años. Han venido a caballo al ventorro, y visten trajes apropiados al caso.

DON PACO. Yo no sé qué ha estado mejor: si las judías con chorizo, el cordero con guisantes, la merluza en salsa, los callos o el arroz.

DON GASTÓN. Lo mejor ha sido el pollo con tomate.

DON ANTONIO. Lo mejor ha sido el vinillo de Valdepeñas.

DON SEBASTIÁN. Lo mejor va a ser el café.

DON PACO. Eso, eso.

Se sientan a la mesa a tomarlo.

DON SEBASTIÁN. ¡Qué rico aroma tiene!

DON GASTÓN. Café con aroma… café con aroma…

VENTERA. *Al Ventero.* (Otro embuste, otro embuste…)

DON ANTONIO. A ver, a ver…

DON PACO. Prevenidos.

DON GASTÓN. No, no te sonrías. Café con aroma uno que tomé yo en Constantinopla. En fin, mi barbero no pudo afeitarme en una semana, porque se excitaba sólo de olerme y le temblaba el pulso…

Grandes risas.

DON SEBASTIÁN. *Entre dientes.* ¡Bah! Imposible, imposible…

DON GASTÓN. ¿Qué gruñes tú?

DON SEBASTIÁN. Nada, hombre, nada; no tienes atadero. Empiezas a mentir y no acabas.

DON ANTONIO. Pero, bueno, querido Gastón, héroe de la jornada, anfitrión rumboso: ¿es hora ya de que conozcan tus amigos el motivo de esta francachela?

DON GASTÓN. ¿Quién lo duda? Prometí hablar cuando tomáramos el café, y ya estamos en ello. Ventera: coñac para todos.

VENTERA. Al instante. *Se va y vuelve a poco con el servicio necesario.*

LOCO. *Cantando nuevamente dentro.*

> ¡Bendigo mi suerte!…

DON PACO. ¿Qué es eso? ¿Quién canta por ahí?

VENTERO. El mendigo loco.

DON SEBASTIÁN. ¿Loco?

VENTERO. Sí, señor; un pobre viejo que está perdido de la cabeza hace muchos años. Duerme en un agujeruco que ha hecho en un desmonte, y vive de lo que le dan las buenas almas de estos contornos.

Ventera. Para acá viene; si tienen los señores curiosidá…

Don Antonio. Callemos, a ver si se le oye.

Música

Loco. *Volviendo a cantar dentro primero y aproximándose lentamente después, hasta que al fin sale. Es un viejo vestido de andrajos, de cabellos y barbas blancos y revueltos, y tez curtida por el sol. Canta sombrero en mano.*

Yo como el tiempo camino,
siempre adelante, adelante,
que caminar es mi sino,
y no parar un instante
mi destino.

¡Bendigo mi suerte!
Yo voy como un pájaro errando
y vivo cantando
sin miedo a la muerte;
y paso volando, volando…
¡Bendigo mi suerte! *Sale.*

Cuando por el horizonte
sale el sol,
de las entrañas de un monte
salgo yo.

Y cuando tras las montañas
muere el sol,
a las profundas entrañas
vuelvo yo.

No hay nada en el mundo
que a mí se me oculte,
que a mí se me esconda,
ni en tierra ni en cielo;
mi genio es profundo,
mi paso muy firme,
mi vista muy honda,
muy alto mi vuelo.

Por eso bendigo mi suerte,
y voy como un pájaro errando,
y vivo cantando
sin miedo a la muerte;
y paso volando, volando…
¡Por eso bendigo mi suerte!

Cesa la música.

Y ahora, señores y caballeros, ¿hay una limosnita para el pobre viejo, que dicen que está loco?

DON SEBASTIÁN. Sí, señor; tome usted.

DON ANTONIO. Tome.

DON GASTÓN. Vaya; ronda completa.

DON PACO. Yo no me quedo atrás, ¡qué diantre!

LOCO. Gracias, gracias, señores. Si no me hubieran dado nada, sería lo mismo. Yo vivo siempre. Ni los vientos ni las lluvias me matan. Yo vivo siempre; yo soy lo que quiero.

DON GASTÓN. Que sea enhorabuena.

LOCO. *Destempladamente.* ¿Eh?

DON GASTÓN. No, nada, nada; que sea enhorabuena.

LOCO. Ninguna cosa me contarán que me sorprenda ni me asombre.

DON PACO. ¡Gastón, anda con ésa!

LOCO. ¡No me interrumpa! Yo he sido un arroyo que iba a un río, y un río que iba al mar. Y he sido el mar. Y luego he sido el cielo. Y he sido un monte tan alto, tan alto, que no llegaban a él ni las águilas. Ahora soy el Tiempo. Por eso no me muero nunca, ni me asusto de nada.

DON SEBASTIÁN. ¿El Tiempo es usted?

LOCO. Sí, señor caballero: el Tiempo soy. Y el Tiempo ¿de qué se va a asombrar? Lo que hoy estaba aquí, mañana estará allí; lo que ayer era castillo arrogante, mañana será arena…

DON GASTÓN. ¿Sabéis que me está turbando la digestión el Tiempecito este?

LOCO. ¡Ja, ja, ja!

DON GASTÓN. ¿Eh?

LOCO. Me río, me río; ¿no me he de reír, si soy el Tiempo?, ¿si soy lo que me pide mi fantasía?

DON PACO. Ya lo hemos oído.

LOCO. Ustedes morirán; yo, no.

DON GASTÓN. ¡Vaya!

DON ANTONIO. Bien está, amigo, bien está. Siga su marcha, a ver si le dan más limosnas.

LOCO. Y ¿para qué las quiero, señor mío? ¡Las limosnas!, ¡las limosnas! ¿Usted sabe lo que hago yo con las limosnas? ¡Pues esto hago! ¡Esto! *Tira con rabia todas las monedas que le dieron antes*. ¡El dinero me quema a mí las manos! ¡Si fueran flores!… *Rompe a cantar de pronto y se aleja. Don Gastón se levanta a verlo marchar y se queda como contemplándolo un punto.*

Yo voy como un pájaro errando,
y vivo cantando
sin miedo a la muerte;
y paso volando, volando…

¡Por eso bendigo mi suerte!

DON ANTONIO. ¡Pobre viejo! Está como un chivo.

DON SEBASTIÁN. ¡Infeliz! Vive la vida de la quimera.

VENTERO. Con permiso de ustedes voy a recoger las monedas que él despreció, porque a mí no me queman las manos. *Lo hace.*

DON SEBASTIÁN. Muy bien, ventero: usted no será el tiempo, pero lo aprovecha perfectamente.

DON PACO. *A don Gastón, a quien observa pensativo.* ¿Qué te pasa, Gastón?

DON GASTÓN. ¿Que qué me pasa? Os vais a quedar con la boca abierta.

DON ANTONIO. ¿Y eso?

DON GASTÓN. Figuraos que yo fui quien tuvo la culpa de la locura de ese pobre hombre.

DON PACO. ¿Tú?

VENTERA. ¿Usté?

DON SEBASTIÁN. ¡Bah, bah, bah!

DON GASTÓN. Es la más estupenda aventura de amor que a mí me ha ocurrido.

DON ANTONIO. Venga, venga; que se me hace la boca agua. ¿Fué en mar o en tierra la aventura?

DON GASTÓN. Ni en mar, ni en tierra.

DON SEBASTIÁN. ¡Cristiano, que no te quedan más que el aire y el fuego!

DON GASTÓN. A eso voy. En el aire fué. En un globo.

DON ANTONIO. ¡Ja, ja, ja!

DON PACO. ¡Alto ahí! Ésa no cuela.

DON GASTÓN. ¿Cómo que no cuela?

DON PACO. No, señor; porque acabas de decirnos hace media hora que jamás has subido en un globo.

DON GASTÓN. ¡Y lo sostengo! Jamás he subido en un globo.

DON PACO. ¿Pues entonces?…

DON GASTÓN. Pero he bajado en uno.

DON ANTONIO. ¡Agua va!

Risas.

DON GASTÓN. Estaba yo en los Alpes cogiendo unos nidos de águilas; pasó un globo a mano, era conocido el capitán, me ofreció una copa de ginebra, me echó un cable… y adentro.

Nuevas risas. La Ventera y el Ventero se entran en el ventorro, riéndose.

DON SEBASTIÁN. ¡Calla, hombre, calla! ¡No puedo con estas patrañas! Más vale que os diga ya cuál es el motivo de este almuerzo.

DON PACO. Sí, mejor es; que bien ha apurado nuestra curiosidad.

DON GASTÓN. Pues oído, señores. Sabed, al fin, que esta cuchipanda misteriosa y campestre no es otra cosa que mi adiós a la soltería. Me caso. *Se ríen don Paco y don Amonio.* Me caso; me caso. En serio. Yo no sé por qué os hace tanta gracia la nueva.

DON PACO. Vamos a ver, Sebastián: ¿puede creerse lo que dice tu hermano?

DON SEBASTIÁN. Por rara casualidad, puede creerse.

DON PACO. ¿Hola?

DON ANTONIO. ¿Hola?

DON SEBASTIÁN. Acaba de morir en Portugal un lejano pariente nuestro: don Alonso Calderilla y Gómez de Vasconcellos, señor de los Campos Floridos y Caballero de la Cruz de Bronce. Este ilustre prócer era el más ardiente y apasionado defensor de las glorias de nuestro apellido, y vió con pena antes de morir que, a la sazón, todos los Calderillas existentes, o estaban casados y sin hijos, como yo, o estaban solteros como mi hermano. El apellido, por consecuencia, corría a sus ojos riesgo de extinguirse.

DON GASTÓN. Y ahora viene lo bueno.

DON SEBASTIÁN. Don Alonso, en uno de sus frecuentes viajes por Andalucía, tuvo amores con una muchacha del pueblo, prodigio de belleza.

De esos amores hubo fruto.

DON GASTÓN. Pero no fué fruto, sino fruta, que es la particular.

DON SEBASTIÁN. ¿Quieres callarte? En efecto, don Alonso no tuvo un hijo; tuvo una hija. Y a esa hija la ha reconocido antes de morir, y le deja toda su fortuna, que es fabulosa, a condición de que se case con un Calderilla. De no ser así, no le deja más que un buen pasar, y la enorme herencia queda a beneficio de un convento de monjas.

DON PACO. ¡Bonito caso!

DON ANTONIO. ¿Y eres tú, Gastón, quien va a llevar el gato al agua?

DON GASTÓN. Yo mismo. He nacido de pie.

DON SEBASTIÁN. Lo probable es que sea mi hermano. Dos Calderillas más que hay no pensamos que vayan al torneo. El uno es un mozo andaluz, sin pizca de entendimiento ni de seriedad. Pascual Calderilla se llama.

DON PACO. ¿Y el otro?

DON SEBASTIÁN. El otro es una bala perdida. Debe de ser el más joven de los tres, y es fama que le gusta la vida bohemia, y que ha sido cómico y no sé cuántas cosas más. A estas horas no se sospecha por dónde anda, ni siquiera si está vivo o muerto.

DON ANTONIO. ¿Y la heredera es guapa, amigo Gastón?

DON GASTÓN. Una idealidad; un ensueño. Me ha mandado un retrato… ¡y tiene un lunar en la punta de la nariz!…

DON SEBASTIÁN. ¡No mientas! Lo que sabemos de la heredera es que ha sido recogida, por voluntad expresa de su padre, en la casa solariega de unos parientes de él, que viven en Pretil de las Brujas.

DON ANTONIO. ¿Dónde?

DON SEBASTIÁN. En Pretil de las Brujas; un pueblo andaluz escondido en la Sierra. Según mis noticias, se vive en él como en el siglo XVI.

DON GASTÓN. Mañana parto para allá. Esta noche voy a pasármela quemando cartas, y rizos, y retratos, y flores secas de amores que fueron. Va a parecer que está ardiendo Madrid por los cuatro costados; pero en conciencia debo quemarlo todo. Si oís tocar a fuego, no os alarméis mucho.

Risas.

DON ANTONIO. Pues nada, chico; que vuelvas pronto con tu dama del brazo.

DON GASTÓN. ¡Seguro!

DON SEBASTIÁN. Y que se perpetúe el apellido.

DON PACO. Eso no es tan seguro.

DON GASTÓN. ¿No, verdad?

DON PACO. De los que hoy viven, ningún Calderilla ha tenido hijos, al decir de tu hermano.

DON GASTÓN. Llégate a Buenos Aires y pregunta. Avenida de Mayo, 148.

DON ANTONIO. ¿Tienes hijos en Buenos Aires?

DON GASTÓN. Quince. Por cierto que al más chico de ellos me lo crió una negra, y se me está obscureciendo por días. Me trae muy disgustado.

DON ANTONIO. ¡Ja, ja, ja!

Don Sebastián se levanta irritadísimo.

DON SEBASTIÁN. ¡Ira de Dios!

DON PACO. ¿Qué es eso, Sebastián?

DON SEBASTIÁN. ¡Que me es imposible oír a este majadero con paciencia! ¡Ni sé cómo te dirijo la palabra! Soy el único hermano que ha podido aguantarte; estás en mi casa a mesa y mantel, a qué quieres boca, porque no tienes más oficio que el de mentir, y ése no da dinero; y cuando te depara tu buena estrella un medio de emplear bien tu vida y de recompensar mis sacrificios —ya que el lustre de nuestro apellido te importe un rábano—, te veo en disposición de llegar a Pretil de las Brujas, ponerte en ridículo con tus mentiras y dar lugar a que te echen de allí a pedradas.

DON ANTONIO. Sí, señor; no puede negarse. Es así.

DON PACO. Tiene mucha razón tu hermano.

DON GASTÓN. *Un poco enternecido.* Sebastián… óyeme.

DON SEBASTIÁN. ¡Si nuestro padre levantara la cabeza!…

DON GASTÓN. Óyeme, Sebastián. *Relativamente solemne.* Yo te juro, y ya que invocas la memoria de papá, te Jo juro por ella…

DON SEBASTIÁN. ¡Mira lo que dices y a lo que te comprometes!

DON GASTÓN. Repito que te juro por la memoria de papá, que en este importantísimo viaje que emprenderé mañana en pos de la compañera de mi vida, no ha de salir de mis labios ni una mentira sola.

DON SEBASTIÁN. ¿Ni una sola?

DON GASTÓN. ¡Ni una sola! Y si falto a mi juramento, tendréis derecho a escupirme a la cara.

DON PACO. ¡Bravo!

DON ANTONIO. ¡Muy bien!

DON PACO. ¡Eso es ser un hombre!

DON SEBASTIÁN. ¡Pues ven a mis brazos!

DON GASTÓN. ¡Yo a los tuyos y tú a los míos! *Se abrazan.*

DON SEBASTIÁN. Eres mi debilidad, y eres una criatura. Me alegro de verte en camino de enmienda.

DON ANTONIO. ¡Bueno, basta de matemáticas! ¡A bebernos ahora mismo otra copa para celebrar las paces de los dos hermanos, y luego, en los caballos que nos han traído, a dar una vuelta por estos campos, y a Madrid otra vez!

DON PACO. ¡Aceptada la idea! ¡Brindemos por las paces y por el feliz suceso de don Gastón Calderilla y otras hierbas!

DON GASTÓN. ¡Don Gastón Calderilla, y otras hierbas tiene el honor de despedirse en este ventorro, ante sus mejores amigos, de tramoyas y de aventuras de soltero! ¡Entro en la vida ordenada y serena!, ¡levantemos las copas! ¡Salud!

TODOS. ¡Salud!

Música

DON GASTÓN.

Con el rostro placentero
y gozoso el corazón,
de la vida de soltero

se despide un embustero
pirandón.

TODOS.

¡Pirandón!

DON GASTÓN.

Se despide un verdadero
cotorrón.

TODOS.

¡Cotorrón!
¡Se despide un cotorrón!

DON GASTÓN.

Vecinita juguetona,
remonona;
viudita frescachona,
tunantona;
desgraciada cursilona,
ya jamona,
que pensáis en mi persona
con legítima ilusión:
de ese mundo zalamero
de soltero,
atractivo y lisonjero,
se despide un coquetón.

TODOS.

¡Coquetón!

DON GASTÓN.

Se despide un cotorrón.

Todos.

¡Cotorrón!
¡Se despide un cotorrón!

Don Gastón.

Merendero de pardillo
y organillo;
tabernucha de cuartillo
tapadillo;
entresuelo bonitillo,
picantillo.
de la calle del Colmillo,
de la Reina o del Carbón:
de ese mundo aventurero
de soltero,
atractivo y lisonjero,
se despide un trapalón.

Todos.

¡Trapalón!

Don Gastón.

¡Se despide un cotorrón!

Todos.

¡Cotorrón!
¡Se despide un cotorrón!
¡Tunantón!
¡Coquetón!
¡Pirandón!

¡Embrollón!
¡Trapalón!
¡Cotorrón!
¡Se despide un cotorrón!

DON ANTONIO. ¡Ea, vámonos!

DON SEBASTIÁN. ¡Sobre la marcha!

DON GASTÓN. ¡Salud, venteros!

DON SEBASTIÁN. ¡Salud!

Salen los Venteros.

VENTERO. ¡Que lo pasen bien, señoritos!

VENTERA. ¡Aquí quedamos pa servirles!

DON PACO. ¡Salud!

DON ANTONIO. ¡Salud!

VENTERA. ¡Y que el señor tenga buena fortuna en su viaje!

DON GASTÓN. ¡Muchas gracias!

Se van por la derecha, cantando con gran algazara y alegría. Los Venteros los despiden participando de su júbilo.

TODOS. *Mientras se alejan.*

Con el rostro placentero
y gozoso el corazón,
de la vida de soltero
se despide un embustero
pirandón.
¡Pirandón!
Se despide un cotorrón.
¡Cotorrón!
¡Se despide un cotorrón!

FIN DEL PRÓLOGO

ACTO PRIMERO

LA PROFECÍA

Patio de una posada en Cuevas del Río, pueblo andaluz cercano a Pretil de las Brujas. Una tapia al foro, y en ella la puerta de entrada. A la derecha del actor, en segundo término, un arco que conduce a los departamentos interiores. En los primeros términos de la derecha y de la izquierda, y a dos o tres metros del suelo, la puertecilla de un pajar y la de un camaranchón, respectivamente. A una y otra se sube por escaleras de mano. Hacia el rincón de la izquierda, un pozo. Aquí y allá aperos de labranza y guarniciones de caballerías. Dos o tres mesas toscas, sillas y bancos. Es una noche clara. Un par de faroles encendidos en las paredes y sobre cada mesa un velón.

Juan, mozo del pueblo, bebe vino sentado a una mesa. Dos Gitanos y un Arriero están sentados ante otra, concertando la venta de un burro. Pepilla la Tonta, hija del Posadero, va y viene del interior al patio, trajinando. El Posadero hace cuentas con un lápiz en la pared, donde lleva el diario de su casa Es hombre que se rasca mucho, por diversas razones.

Música

POSADERO.

Dos perros de pimienta,
seis cuartos de maíz…

No me sale la cuenta
por mucho que me arrasco la nariz.

Gitano.

¡Er borrico es una finca!

Otro.

¡Er borrico canta y fuma!

Gitano.

¡Er borrico sarta y brinca!

Otro.

¡Er borrico es una pluma!

Arriero.

¿Ze quién ustés cayá?
¡Zi er borrico no ze pué ni meneá!

Juan.

Caminito arriba,
caminito abajo,
caminito alante,
caminito atrás,

ya por la verea, y
a por el atajo…
Yo estoy canzaíto:
no camino más.

Yo me quiziera zentar ahora

a la zombrita de un arbolito,
y en las manitas de una pastora
beber agüita de un arroyito.

PEPILLA.

¡Ay, Jesú, Jesú, qué trajín!
¡Ay, Jesú, Jesú, qué brega!
¡No hay manera de verle er fin!
¡Yo reniego de la posá!

Cesa la música.

POSADERO. *Continuando sus cuentas en la pared.* Una peseta de sebá, dos cuartos de fósforos, diez sentimos de asúca, tres reales de pan y dos maravedís de triquitraques… ¡Cuarquiea suma esto! *Sigue el hombre empeñado en su tarea, sin comprender que, aunque llamase a Pitágoras, sería igual.*

ARRIERO. Zi no está mu lejos de aquí, vamos donde usté diga. *Al Posadero.* Hasta ahora.

POSADERO. ¿Se ha arreglao ya er trato?

GITANO. Er canto e dos pesetas no le farta. *Al Arriero, viéndose con él y con el otro.* Miste, señó: lo mejó que tiene er burro no ha podio usté verlo toavía. Porque er burro…

OTRO. Er burro…

GITANO. Er burro, ¿sabe usté?…

OTRO. Er burro…

Desaparecen.

POSADERO. Er burro me trae a mí ya desasonao. *A Juan.* Un mes yevan así.

JUAN. Y er burro ¿vale argo?

POSADERO. ¿Er burro? Si apaga usté un fósforo delante de é, se cae.

JUAN. ¿Entonces pa qué lo procura el arriero?

POSADERO. Lo querrá pa hasé con er peyejo un tambó.

JUAN. ¡Je, je!

POSADERO. *Volviendo a su pared.* De consiguiente que tenemos: un ochavo de matalahúva, un napoleón de trigo, y media libra e papas —porque a la estanquera le pago en papas… Vamos a sumá.

JUAN. *Llamando a Pepilla.* ¡Niña! ¡Niña!

PEPILLA. ¿Es a mí?

JUAN. A ti.

PEPILLA. Yámeme usté Tonta. Yo acudo por Tonta. Como soy tonta, tos los que vienen a la posá, ya se sabe: la Tonta pa arriba, la Tonta pa abajo…

JUAN. Pos güeno está, Tonta: dime lo que te debo, que me voy.

PEPILLA. ¿Se va usté ya? Me debe usté mu poca cosa: un reá der bacalao y otro reá der vino. Pero si me quié usté da una peseta, como soy tonta, me queo con eya y no digo na.

JUAN. Una pezeta no te daré; pero, vamos, toma tres reales y un abrazo que vale más de una pezeta.

PEPILLA. Estése usté quieto, que yo soy tonta, pero está ahí mi padre, que no es tonto. Y a vé si güerve usté por la posá.

JUAN. Zi güervo zerá por verte a ti la cara. ¿A qué hora no estará tu padre, Tonta?

PEPILLA. ¡Ay, qué grasioso! Usté es forastero.

JUAN. Forastero zoy. ¿Por qué lo dices?

PEPILLA. Porque, tos los mosos der pueblo saben bien a la hora en que no está mi padre. ¡Ja, ja! ¿Ve usté cómo soy tonta?

JUAN. ¡Je, je!

PEPILLA. ¿Usté también es tonto?

JUAN. Yo, no, hija mía. Yo no zoy más que un pobrecito hombre que busca trabajo. Esta mañana, con er zó, yegué a Cuevas der Río, y mañana por la mañanita pa Pretí de las Brujas me voy; que dicen que hay ayí muchas cazas ricas.

Pepilla. Sí que las hay.

Juan. Dios te guarde. Tonta. *Se marcha cantando.*

Pepilla. Vaya usté con É, simpático. *Se queda embobada mirándolo.* Tiene ese hombre esa cosa… esa cosa espesiá que no tienen más que los forasteros. No se sabe lo que es, pero agrada. *Vase al interior*.

Posadero. Pos, señó, ni ar revés ni ar derecho me sale. Lo dejaremos pa mañana. *Limpiándose el sudor de la frente.* ¡No hay sensia como las matemáticas en er mundo!

Vuelven los Gitanos con el Arriero y cruzan hacia el interior de la posada.

Arriero. Yo lo que voy ya es a acostarme. Güeno está por hoy.

Gitano. Si, señó, güeno está; pero mientras usté coge er sueño, podemos discurrí otro poquito.

Otro. Porque er burro…

Gitano. Er burro, señó, sabe más que Lepe.

Otro. Er burro…

Gitano. Déjame a mí: er burro…

Otro. Er burro…

Se retiran hablando del burro.

Posadero. Pa mí que er burro es el arriero. ¡Compadre, qué carga le están dando!

Llega por la puerta del foro Pascualito. Lo siguen un Mozo y un Chiquillo, con un baúl y dos maletas que dejan a un lado. Pascualito es un señorito andaluz, más andaluz que señorito. Viste de marsellés y sombrero sevillano. En la mano trae un junquillo, entre bastón y fusta, con el que juega continuamente.

Pascualito. *Con gran resolución, como si estuviera en su casa.* Ponerlo to junto ahí en un rincón. ¡Posadero! ¡Posadero! ¿En esta posá no

hay posadero? ¡Posadero! ¿Dónde está er posadero? ¡Posadero! ¡Posadero! Pero ¿no hay posadero?

POSADERO. Sí, señó; pero no me ha dejao usté sitio pa contestarle.

PASCUALITO. ¿Es usté?

POSADERO. Servidó.

PASCUALITO. *Al Mozo y al Chiquillo.* Toma. Toma tú.

MOZO. Grasias, señorito.

CHIQUILLO. Muchas grasias.

Se van los dos.

PASCUALITO. Oiga usté, posadero: yo venía aquí a tomá er coche pa Pretí de las Brujas, y ar yegá se me dise que er coche pa Pretí de las Brujas no sale esta noche. ¿Quié usté esplicarme eso?

POSADERO. Sí, señó; que er coche pa Pretí de las Brujas no sale esta noche.

PASCUALITO. ¿Por qué?

POSADERO. Por que no sale.

PASCUALITO. ¿Y si yo me voy al arcarde y me quejo?

POSADERO. Pos a usté y al arcarde les diré entonses una coplita que se canta mucho por esta tierra.

Yo soy el amo der burro
y en er burro mando yo;
cuando quiero digo ¡arre!
cuando quiero digo ¡so!

PASCUALITO. Pues no deja de sé un abuso.

Llega don Gastón, también seguido de un Mozo con baúl y maleta.

DON GASTÓN. A ver, ¿dónde está el posadero? *Al Mozo.* Coloque usted eso en cualquier lado, y váyase. ¡Posadero!

POSADERO. Presente.

DON GASTÓN. ¿Es cierto que el coche para Pretil de las Brujas no sale esta noche?

POSADERO. Es cierto.

DON GASTÓN. Y ¿por qué no sale?

PASCUALITO. Porque aquí el amigo, cuando quiere dise ¡arre! y cuando quiere dise ¡so!

DON GASTÓN. Eso será a quien se lo consienta.

POSADERO. Señores: si me guardan er secreto, voy a declararles lo que pasa.

DON GASTÓN. Pues ¿qué pasa?

POSADERO. Se sabe de güena tinta que er *Cariñito*… ¡er *Cariñito!*… ese bandolero que trae asustá a toa la comarca, anda por estos alreores.

DON GASTÓN. ¡Corcho!

PASCUALITO. *Con desdén.* ¡Vamos, hombre, vamos!

POSADERO. Y no soy yo quien compromete ni a los viajeros, ni ar mayorá, ni er coche, ni las cabayerías. De día claro ya tienen las cosas otro coló. A las siete de la mañana, con la fresca, se van ustés de aquí; a las nueve yegan a Chumba Mora; ayí toman la tartana de la tía Pelendreja; la tartana los yeva a ustés hasta er río; pasan er río en la barca; de la oriya de ayá está la carreta; en la carreta van ustés hasta Cala-Bobos, y en Cala-Bobos armuersan ustés y esperan a que yegue Pilili con sus burros, que son los que los han de condusí a Pretí de las Brujas.

DON GASTÓN. ¡Pues está más cerca Montevideo! ¡Me he cansado sólo de oírlo a usted!

PASCUALITO. ¿Es desí, que no hay más salía que pasá aquí la noche?

POSADERO. Ni más ni menos.

DON GASTÓN. ¿Y se puede dormir en esta posada?

POSADERO. La verdá: trayendo mucho sueño, sí se pué dormí; si no, es mu difisi. Yo no engaño a nadie.

DON GASTÓN. Sí que se rasca usted de un modo que preocupa a cualquiera.

POSADERO. *A Pascualito*. Usté, que es más joven, pué acomodarse ahí, en er pajá, y er señó, en ese camaranchón que está enfrente.

DON GASTÓN. Convenido.

PASCUALITO. Pues tráiganos usté un jarro e vino y quítese de en medio, que me está usté contagiando de su *rasquiña.*

POSADERO. Los señores me mandan. *Vase al interior.*

PASCUALITO. *A don Gastón.* Supongo que usté me asertará a mí un vaso e vino que yo le ofrezca.

DON GASTÓN. Con muchísimo gusto.

PASCUALITO. ¿Vamos a sentarnos?

DON GASTÓN. Vamos a sentarnos. *Lo hacen.*

PASCUALITO. ¿Un sigarriyo?

DON GASTÓN. Venga un cigarrillo. *Cogiendo el junquillo de Pascualito, que éste deja un momento sobre la mesa.* ¡Hombre, qué bastoncito más gracioso!

PASCUALITO. De Manila me lo trajeron.

DON GASTÓN. ¡Qué flexible y qué fino es!

PASCUALITO. ¿Fino? Er más gordo que tengo es ése.

DON GASTÓN. ¿El más gordo éste?

PASCUALITO. Er más gordo. Tengo uno dose veses más fino.

DON GASTÓN. ¿Doce veces más fino? Fíjese usted en lo que dice.

PASCUALITO. ¡Y de estoque!

DON GASTÓN. *Levantándose de un salto.* (¡Anda, morena! Un competidor. ¡Y yo que le juré a mi hermano…!)

PASCUALITO. Se lo regalo a usté, si le gusta.

DON GASTÓN. Calle usted, por Dios. El rumbo… las hipérboles… Ya se ve que estamos en Andalucía. *Vuelve a sentarse.* Lo que me tiene encantado es el tiempo. ¡Qué noche! Nadie diría que es de febrero. Es propia de abril.

PASCUALITO. ¡Es mucho clima er de esta tierra! No hay otro. A esersión der verano, ¿eh? Er verano es horrible.

DON GASTÓN. ¿Sí?

PASCUALITO. ¡Horrible! Un caló de asarse. Paese que está usté siempre metío en la cosina. En fin, baste desirle a usté: en mi pueblo, a dos leguas de aquí, yega er mes de agosto y no hay huevos crudos.

DON GASTÓN. ¿Que no hay huevos crudos?

PASCUALITO. No, señó; de lo que sudan las gayinas ar ponerlos, salen pasaos por agua.

DON GASTÓN. *Nervioso.* (¡Ay!… ¡Con qué gusto te diría yo que las de mi pueblo los ponen ya fritos con tomate!)

PASCUALITO. Eso sí: en compensación de esas calores, el invierno que dise «ayá va frío…»

DON GASTÓN. *Mintiendo por cuenta del otro, para consolarse.* ¡La Siberia es una incubadora!

PASCUALITO. ¡Una incubadora! Recuerdo que hase sinco años apretó tanto er frío, que tuve yo que ponerle a mi termómetro una camiseta.

DON GASTÓN. *Saltando*. Pues mire usted: a mí me sucedió una vez en… en… en…

PASCUALITO. ¿En dónde?

DON GASTÓN. En… en… ¡en ninguna parte! (¿Para qué le juraría yo a Sebastián?) Hablemos de otra cosa. ¿Vive usted en Pretil de las Brujas?

PASCUALITO. Viviré. Yo voy ayí a casarme.

DON GASTÓN. ¿A casarse? Aguarde usted un poco: usted es Calderilla.

PASCUALITO. Pascualito Calderiya soy. ¿En qué me ha conosío usté?

DON GASTÓN. En varios detalles. En el bastón de estoque… en el termómetro con camiseta…

PASCUALITO. ¡Ja!

DON GASTÓN. Pues yo, amigo, soy Gastón Calderilla: rival de usted en este caso. No es usted sólo el que puede casarse con aquella niña encantadora.

PASCUALITO. Compadre, ¡qué casualidá! Choque usté esos sinco. Rivales somos, pero entre nosotros no va a habé más que noblesa y buena amistá.

DON GASTÓN. Dicho.

PASCUALITO. Dicho.

Sale la Tonta con el vino.

PEPILLA. Er vino, señores.

PASCUALITO. ¿Han estao pisando la uva? Échanos dos vasitos volando,

PEPILLA. Volando va a sé.

PASCUALITO. Oiga usté, don Canuto.

DON GASTÓN. ¿Cómo don Canuto?

PASCUALITO. *Bajo, a don Gastón.* Usté aquí se va a yamá don Canuto y yo don Alejo.

DON GASTÓN. ¿Por qué?

PASCUALITO. Porque no conviene que nos conozcan.

DON GASTÓN. ¡Ah! Bien, bien. Como usted quiera… don Alejo.

PASCUALITO. Yo me entiendo y bailo solo, don Canuto.

DON GASTÓN. *Como sincerándose con su hermano.* (Sebastián, esto no es cosa mía.)

Beben.

PEPILLA. De salú sirva, señoritos.

Suena allá dentro un redoble de tambor que a la legua dice que es de unos payasos. Se va acercando y acentuándose poco a poco. Voces de chiquillos y rumor de pueblo alborotado lo acompañan.

PASCUALITO. ¿Hola?

DON GASTÓN. ¿Qué tambor es ése?

PASCUALITO. Títeres que habrá en la Plasa: de seguro.

DON GASTÓN. *A Pepilla, que corre hacia el foro.* Oye, mocita.

PASCUALITO. Tonta, ven acá.

PEPILLA. ¿Qué se ocurre?

PASCUALITO. ¿Es que hay títeres?

PEPILLA. No, señó, no son títeres: es la Adivinadora.

DON GASTÓN. ¿La Adivinadora?

PASCUALITO. ¿Qué quié desí la Adivinadora?

PEPILLA. Una mujé que aparesió en er pueblo hase una semana, y que tiene una sensia que lee en las estreyas y lo adivina tó.

DON GASTÓN. ¿Cómo que lo adivina todo?

PEPILLA. Tó, tó, tó: hasta lo más ocurto. ¡Me adivinó a mí una cosa que no sabía más que un novio que tuve!

DON GASTÓN. ¡Ah!, ¿sí? ¡Que venga esa mujer! Pasaremos un rato con ella.

PASCUALITO. Sí, sí, que venga. Anda y yámala, Tonta.

PEPILLA. Ahora mismo. ¡Pos si a mí me encandila más!… *Vase corriendo.*

DON GASTÓN. ¡Vaya si la encandila! Se le han puesto los ojos como llamas.

PASCUALITO. Este pueblo está de non en er Globo. Gente más novelera no la hay.

DON GASTÓN. ¡A ver si nos adivina nuestra suerte, don Canuto!

PASCUALITO. Don Canuto es usté. Trabajiyo le va a costá, don Alejo. Digo don Canuto. Don Alejo soy yo.

Por la puerta del foro, precediendo a la Adivinadora, a Perejil y al Tamborilero que la acompañan, aparecen chiquillos, viejas y mozos y mozas del pueblo. La Adivinadora viste un traje pobre lleno de colorines. Perejil y el Tamborilero, de payasos.

Música

CORO.

Está tó er pueblo arborotao
desde que vino esta mujé,
porque a to er mundo le ha asertao
argo imposible de sabé.

Está tó er pueblo sublevao,
atolondrao,
sobresartao…
¡Cosa de brujas debe sé!

Adivinadora.

¡Dios guarde a los caballeros!

Pascualito y Don Gastón.

¡Dios te guarde en tu camino!

Pepilla.

Éstos son los forasteros
que quieren sabé su sino.

Coro.

Éstos son los forasteros
que quieren sabé su sino.

Adivinadora.

Lo sabrán.
Les diré quiénes son y adónde van.

Coro.

Lo sabrán.
Les dirá quiénes son y adónde van.

Don Gastón. *Con Pascualito, aparte.*

¡Cuánto misterio!
Esta Adivinadora

lo toma en serio.

Pascualito.

¡Los desatinos
que va a desir a cuenta
de nuestros sinos!

Un fuerte redoble de tambor le corta el resuello al concurso. Perejil abre un libro grande que trae, y hace que lee. La Adivinadora mira al cielo, cruzadas sobre el pecho las manos.

Adivinadora.

Estrellitas del cielo
que me alumbráis,
decidme de estos hombres
cuanto sepáis.

Decidme si algo turba
sus almas buenas
y si habrá en su camino
dichas o penas.

Ése es mi anhelo.
¡Iluminad mi frente,
flores del cielo!

Don Gastón.

¡Bonita invocación!

Perejil. *Con autoridad y energía.*

¡Chitón!

Coro.

¡Chitón!

Perejil.

Principia la experiencia:
silencio y atención,
o fallará la ciencia
de la adivinación.
¡Chitón!

Coro.

¡Chitón!

Adivinadora.

Pregunta, Perejil,
que de estos caballeros
ya estrellas y luceros
me dicen cosas mil.

Perejil.

¿Cómo se llama el señorón?

Silencio. La Adivinadora lee con ansia en el cielo, como iluminada. Don Gastón sonríe con Pascualito. Perejil repite la pregunta.

¿Cómo se llama el señorón?

Adivinadora.

¡Don Gastón!
¡Se llama don Gastón!

Coro.

¡Don Gastón!

¿Se yama don Gastón?

Don Gastón. *Perplejo.*

¡Me llamo don Gastón!

Los interesados empiezan a hacerse cruces y a contagiarse del supersticioso temor del pueblo. La curiosidad y el encanto aumentan.

Perejil.

¿Cómo se llama el otro tal?

Silencio.

¿Cómo se llama el otro tal?

Adivinadora.

¡Don Pascual!
¡Se llama don Pascual!

Coro.

¡Don Pascual!
¿Se yama don Pascual?

Pascualito. *Asombrado.*

¡Me yamo don Pascual!

Don Gastón.

Amigo don Pascual…

Pascualito.

Amigo don Gastón…

Don Gastón.

Esto es fenomenal.

Pascualito.

Yo pierdo la rasón.

Perejil.

¡Chitón!

Coro.

¡Chitón!

Adivinadora.

En una hermosa morada
que hay en Pretil,
vive una rosa encantada,
rosa de abril.

Es una niña divina,
de alma de flor,
cuyo mirar ilumina
luz del amor.

Amantes y decididos
por ella van,
pero mustios y vencidos
retornarán.

Porque la niña sin nombre,
flor de pasión,
ya le ha entregado a otro hombre
su corazón.

Coro.

Amantes y desididos

por eya van,
pero mustios y vensidos
retornarán.

Porque la niña sin nombre,
flor de pasión,
ya le ha entregado a otro hombre
su corasón.

Pascualito.

Yo no sé lo que me pasa
ni con mucho.

Don Gastón.

Yo no puedo echar a guasa
lo que escucho.

Adivinadora.

¡La verdad ya sabéis!
Dadme ahora una limosna, si queréis.

Mientras va recogiendo lo que cada cual quiere darle, el coro hace comentarios.

Coro.

Es arrogante y es muy hermosa.
Mira de un modo que miedo da.
Nunca se ha visto tan grande cosa.
Eya adivina lo que será.

ADIVINADORA.

Guárdeos el cielo, nobles señores.
Yo herí sin duda vuestra ilusión.
Si os traje espinas en vez de flores,
a vuestras plantas pido perdón.

Al son del tambor se va con los dos Payasos por el foro. El Coro los sigue. Pepilla la Tonta también.

CORO.

¡Nadie sin verlo se lo creería!
¡Crispa los nervios y da aprensión!

ADIVINADORA. *Dentro.*

¡Perdón!…

CORO.

¡Éste es asunto de hechisería!
¡Ay si existiera la Inquisisión!

ADIVINADORA. *Dentro, más lejos.*

¡Perdón!…

Cesa la música.

Don Gastón y Pascualito se miran fijamente un rato sin decirse palabra.

PASCUALITO. Don Gastón.

DON GASTÓN. Pascualito.

PASCUALITO. ¿A usté le han dao arguna vez un martiyaso en un deo gordo?

DON GASTÓN. No, señor; pero me he cogido la nariz en una ratonera. (Perdona, Sebastián; no está uno para nada con estas adivinaciones.)

PASCUALITO. Pues argo por el estilo es la pírdora que nos ha sortao esa mujé.

DON GASTÓN. Sí; porque claro está que se trata de un soplo, pero…

PASCUALITO. Pero ¿quién ha soplao? Y ¿por qué ha soplao? Y ¿qué hay de verdá en lo que ha soplao?

Soplan los dos. El Posadero vuelve.

POSADERO. Señores: si han de madrugá pa salí de aquí por la mañana, ya va siendo hora de acostarse.

PASCUALITO. Sí, señó; ya va siendo hora. Sino que lo estamos pensando.

DON GASTÓN. ¡Ay!…

POSADERO. Güeno: una arvertensia. Es mu posible que a media noche sientan ustedes como que les andan en los pies. No asustarse, que es er galápago.

PASCUALITO. ¡Compadre!

DON GASTÓN. ¡Pero, hombre!

POSADERO. ¡Si no hase na!

DON GASTÓN. ¡Aunque no haga nada! Yo no he dormido nunca con un galápago junto.

PASCUALITO. Yo, sí; pero no era galápago: era *galápaga*.

DON GASTÓN. *Cortando la conversación.* Bien, bien; que Dios nos la depare buena.

Óyese dentro un grito extrañísimo que estremece a los huéspedes.

DON GASTÓN. ¿Qué es eso?

POSADERO. La urraca. Es la urraca. No hagan ustés caso. *Óyese un silbido.* Er mirlo; er mirliyo que le contesta. *Se va a la calle.*

DON GASTÓN. ¡Este posadero es Noé!

PASCUALITO. *Cogiendo un velón.* Vaya, buenas noches. Hasta mañana, si Dios quiere.

DON GASTÓN. *Cogiendo otro.* Si Dios quiere.

Cada uno sube por su correspondiente escalera.

PASCUALITO. Esto me recuerda una peripesia que me ocurrió a mí en una fragata…

DON GASTÓN. ¡No la quiero oír!

PASCUALITO. Pues usté se lo pierde, porque es pa tirarse de risa.

DON GASTÓN. Mejor. *Desde la misma puerta de su aposento.* ¿Se puede? Sentiría que el galápago me contestara que sí.

Llega Juan por el foro. En la mano trae un par de cartas.

JUAN. Güenas noches.

DON GASTÓN. ¿Eh?

PASCUALITO. Buenas noches.

JUAN. Aquí traigo dos cartas: una pa don Pascuar Carderiya y otra pa don Gastón Carderiya. ¿Paran aquí?

PASCUALITO. Aquí quien pará, pero no los dejan. Yo soy uno.

DON GASTÓN. Y yo el otro. A ver, a ver…

Bajan las escaleras, dejan los velones, y cada uno recoge su carta.

PASCUALITO. No conozco la letra.

DON GASTÓN. Ni yo. ¿De parte de quién vienen?

JUAN. No lo zé. A mí, en mita e la caye, me laz entregó un cabayero mu bien portao, y me dijo: «Toma un duro y yeva estas cartas a la pozá». Y yo, por un duro, zus mercés carculen, no ya dos cartas, traigo dos perros rabiozos zi es precizo.

DON GASTÓN. ¡Que no es preciso!

JUAN. Es un decí. Conque, güenas noches.

PASCUALITO. Adiós.

DON GASTÓN. Vete con Dios.

Vase Juan cantando.

PASCUALITO. ¿Ha visto usté qué cosa más extraña, don Canuto?

DON GASTÓN. No estoy de humor de motes, don Alejo.

Se acerca cada uno a un velón y abren las cartas.

DON GASTÓN. (Sin firma.)

PASCUALITO. (Un anonimito.)

DON GASTÓN. *Leyendo aparte, mientras Pascualito lee para sí.* «Viejo libidinoso y ruin…»

Vendrá en verso, y será un ripio
que traerá la poesía.

«Hasta el amanecer te aguardo en la Alameda Antigua, para cortarte la cabeza.»

Don Gastón silba de miedo maquinalmente.

PASCUALITO. ¿Es er mirlo?

DON GASTÓN. No, señor; creo que he sido yo.

PASCUALITO. *Leyendo su carta, mientras don Gastón repasa con la vista la suya.* «Fanfarrón, majadero y villano: hasta el amanecer te aguardo en la Alameda Antigua, para partirte el corazón.»

Se miran desde lejos consultándose.

DON GASTÓN. ¿Qué es eso, Pascualito?

PASCUALITO. *Aparentando indiferencia.* Na; er Casino der pueblo, que me nombra sosio transeúnte. Lo esperaba. ¿Y lo de usté?

DON GASTÓN. *Lo mismo.* El anuncio de una zapatería. Una circular. Yo no lo esperaba.

PASCUALITO. ¿Conque una sirculá? Pues se le ha puesto a usté la cara to lo contrario de sirculá: así de larga.

DON GASTÓN. *Acercándosele.* ¡Como que esto es un anónimo horrible!

PASCUALITO. ¡Y esto otro! Mire usté.

DON GASTÓN. Tome usted.

Cambian las cartas y las leen. Se oye un grito como el de antes.

PASCUALITO. ¿Ha sido usté quien ha gritao?

DON GASTÓN. No, señor; ha sido la urraca. —Por su puesto, el anónimo es un arma vil.

PASCUALITO. Es un arma ví, pero nos da la noche.

DON GASTÓN. Esto es del amante de la niña.

PASCUALITO. Justo. Der mismo que ha soplao a la Adivinadora.

DON GASTÓN. Y nos espera, dice.

PASCUALITO. Eso dise. *Con súbito arranque de energía.* ¡Y yo le juro a usté que hoy no duermo contento, si no es con er corasón de ese hombre debajo e la armohá!

DON GASTÓN. ¡Ni yo, si no le arranco las entrañas para que se las coma el galápago! (Perdona otra vez, Sebastián, pero es por decoro del apellido.)

PASCUALITO. ¡Pues no fartaría más!

DON GASTÓN. ¡Pues estaría gracioso!

PASCUALITO. ¡Templao es el niño!

DON GASTÓN. ¡A buena parte viene!

PASCUALITO. ¿A qué hora dise que me espera?

DON GASTÓN. ¿A qué hora me cita?

Música

Comienza a pasar por la calle alguna gente del pueblo discutiendo a gritos y dando indicios de exaltación. Llega el Posadero, que se va al interior desesperado. Detrás llega Pepilla la Tonta.

PASCUALITO. ¿Oye usté?

DON GASTÓN. ¿Qué le ocurre a esa gente?

POSADERO. ¡Vamos tos a perdé la cabesa con la arrastrá Adivinadora!

PASCUALITO. Pero ¿hay argo nuevo?

POSADERO. ¡Que no anunsia más que desastres! *Se va.*

PEPILLA. ¡Jesú, Jesú! ¡Jesú, Jesú!

DON GASTÓN. ¿Qué ha sido? ¿Qué ha sido?

PASCUALITO. ¿Qué es eyo, Tonta?

PEPILLA. ¡Jesú, Jesú! ¡Miste la revolusión que ha armao! ¿Ustés no saben lo que ha dicho la Adivinadora en mitá e la Plasa?

DON GASTÓN. ¿Qué ha dicho? ¿Qué?

PASCUALITO. ¿Qué ha dicho?

PEPILLA. ¡Jesú! ¡Ha dicho que mañana, a la salía der só, se encontrará la gente dos hombres muertos a puñalás en la Alamea Antigua! ¡Jesú, Jesú! ¡Padre!, ¡padre! ¡Jesú, Jesú!

Vase despavorida al interior.

DON GASTÓN. *Temblando como un azogado.* Bueno… hasta mañana si Dios quiere, Pascualito.

PASCUALITO. *Lo mismo.* Si Dios quiere, querido don Gastón.

Coge cada uno su luz, y en vano pretenden subir las escaleras de sus aposentos. Las piernas les fallan.

DON GASTÓN. Sí, porque…

PASCUALITO. ¡Desde luego!…

DON GASTÓN. Porque… ¿para qué vamos a…?

PASCUALITO. ¡Entendido!… Lo que usté quiera… El anónimo es un arma ví…

DON GASTÓN. Que usted descanse…

PASCUALITO. Muchas grasias…

DON GASTÓN. ¿Eh?

PASCUALITO. ¿Cómo?

DON GASTÓN. Nada…

PASCUALITO. Nada, nada…

Por la calle, rodeada del pueblo y acompañada de Perejil y del Tamborilero, que toca desaforadamente, pasa la Adivinadora entre la gritería general.

CORO.

¡Nadie sin verlo se lo creería!
¡Crispa los nervios y da aprensión!
¡Éste es asunto de hechisería!
¡Ay si existiera la Inquisisión!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

PIMPINELA

Frondoso jardín en el palacio de don José María, en Pretil de las Brujas. A la izquierda del actor se supone que está la casa, y a la derecha, la entrada al jardín. Varias sillas y dos mecedoras. Es de día.

Óyense los últimos compases de un Coro interior compuesto por doña Mencía, vieja ridícula, hermana de don José María, y por un maestro de la localidad. A poco sale la buena señora por el fondo, realmente admirada de su propia obra.

DOÑA MENCÍA. ¡Oh! ¡Precioso! ¡Preciosísimo! Este ensayo me asegura el buen éxito. ¡Gracias sean dadas a la compañía de opereta que está aquí de paso!

Aparece por la izquierda don José María, dispuesto para salir a la calle, según cree él. Trae a un lado el lazo de la corbata, un pernil de los pantalones doblado, un zapato en un pie y una bota en el otro.

DON JOSÉ. ¡Ea! Vamos a esperar a los viajeros.

DOÑA MENCÍA. ¡Pero, hombre! Pero ¿cómo vas?

DON JOSÉ. En coche voy a ir: ¿no está ya enganchado?

DOÑA MENCÍA. ¡Siempre fué desaliñada la ciencia! ¡Jesús, Jesús! Mira qué irrisión. Llevas una bota y un zapato.

DON JOSÉ. Es que me lastima la bota de este pie.

DOÑA MENCÍA. Pues haberte puesto los dos zapatos.

DON JOSÉ. Es que él zapato de este pie también me lastima. No me hables, que estoy echando los colmillos. ¡A qué buena hora se le ocurrió morirse a nuestro pariente el portugués, y reconocer a esa niña, que es una cabra loca, y endosárnosla y meternos en este berenjenal del casorio!

DOÑA MENCÍA. Calla, calla. Bien poco te ha molestado el asunto hasta ahora.

DON JOSÉ. ¿Bien poco? ¡Quince días hace que apenas puedo trabajar en mis inventos! No sabe la humanidad lo que pierde. Allí está muriéndose de risa mi gran idea de levantar el piso en toda la Mancha. Y allí está también, durmiendo el sueño del olvido, mi enorme proyecto sobre el monopolio del aire. ¡Friolera! ¿Usted quiere respirar? Usted me compra a mí el aire o no respira. ¡Una tontería! ¡Y es la cosa más simple! ¡Lo de siempre, señor! ¡El huevo de Isabel la Católica!

DOÑA MENCÍA. De Colón, hermano.

DON JOSÉ. El huevo lo cascó Colón, pero era de las gallinas de Isabel la Católica, como yo demostraré muy pronto en un folleto.

DOÑA MENCÍA. Bien, bien; vete aprisita, no llegues tarde y quedemos mal con nuestros huéspedes. Ya que en Cuevas del Río se han visto obligados a demorar su viaje dos días más por la inesperada crecida de las aguas, que al llegar aquí encuentren todo género de atenciones.

DON JOSÉ. Las encontrarán.

DOÑA MENCÍA. Y eso que, al fin y al cabo, cuanto estamos haciendo por cumplir la voluntad del difunto, me temo que nos resulte infructuoso.

DON JOSÉ. ¿Por qué?

DOÑA MENCÍA. Porque la niña es montaraz, selvática. No quiere vestir, no quiere aprender, no quiere educarse. Es una voluntad arisca.

DON JOSÉ. *Abstraído.* ¡Oh! ¡Como yo consiga vender el gas en grano, el negocio es hecho!

DOÑA MENCÍA. ¿Qué hablas ahí de gas?

DON JOSÉ. ¡Chifladuras!

Sale por la izquierda la Muda, criada joven, simpática y graciosa.

DOÑA MENCÍA. Hola. ¿Qué traes tú?

MUDA. *Expresa por señas y sonidos inarticulados que allá dentro aguarda alguien a la señora.*

DOÑA MENCÍA. ¿Me llaman?

MUDA. *Signo de asentimiento.*

DOÑA MENCÍA. ¿Quién es?

MUDA. *Indica que es la profesora de baile.*

DOÑA MENCÍA. ¡Ah!, ¡la maestra de baile de la niña! Va voy, ya voy.

Se van doña Mencía por la izquierda y la Muda por la derecha.

DON JOSÉ. También ha sido empeño el de Mencía en que se quede esta muda en casa. Las mujeres, a lo mejor, parecen locas.

Atraviesa Juan el jardín con una regadera en la mano. Es el mozo que hemos visto en la posada de Cuevas del Río, y que actualmente sirve de jardinero en la casa.

JUAN. *Cantando.*

Morena tiene que zé
la tierra para claveles…

DON JOSÉ. ¡Eh!, ¡eh! ¡El de la regadera!

JUAN. Zeñorito.

DON JOSÉ. ¿Tú eres el jardinero nuevo?

JUAN. Desde antié. ¡Bendigo la hora en que ze me ocurrió vení a Pretí de las Brujas y yamá a las puertas de este palacio!

DON JOSÉ. Pues acuérdame que hablemos luego sobre mi injerto de la patata y el clavel, para obtener el clavel-patata. La unión de lo útil y lo agradable, ¿estás? Que te cansas de oler el clavel: ¡le hincas el diente a la patata! Hasta la vista. *Vase por la derecha.*

JUAN. Vaya usté con Dios. —¡Er clavé-patata!… Dicen que está loco; pero está más loco de lo que dicen.

Se interna por el jardín, cantando.

Morena tiene que zé
la tierra para claveles,

y la mujé para el hombre
morenita y con desdenes.

Música

Llega Pimpinela corriendo por la izquierda como huyendo de alguien, que seguramente es doña Mencía. Es una muchacha gentil e inquieta. Peina y viste a lo popular andaluz, con sencillez y gracia.

Pimpinela.

¡Ay, zeñó, qué fastidio de vieja!
¡Vinge, qué pezá!
¡Ni peinarme a mi gusto me deja!
¡No hace más que zumbarme en la oreja!
¡Yo me vi a escapá!

¡La leción de habla,
la leción de canto,
la leción de varzes
y de rigodón;
y er francés de día,
y el inglés de noche,

y er tocá er piano,
y er tocá er violón!
¡Vinge, qué tormento!
¡Vinge, qué penzión!
¡Ya me tiene frita
tanta educación!

Que no me rasque por la narí;
que zi me ziento no enzeñe ná;

que está ordinario tanto reí;
que no ande nunca con este andá;
que la cuchara ze coge azo,
y que er trinchante ze coge azá.

¡Déjeme de tanta coza!
¡No me aburra, por favó!
Cada tierra da zu roza;
cada roza da zu oló.

Pobrecita,
zenciyita,
modestita,
humirdita,
yo nací:

humirdita,
modestita,
zenciyita,
pobrecita,
zeguiré:

¡y er que no me quiera azo…
ezo va perdiendo é!

Cesa la música.

Vuelve la Muda por la derecha, y al reparar en Pimpinela se le pone delante y le dice con un gesto que la halla muy bonita. Juan, desde el fondo, observa la escena, como distraído.

PIMPINELA. ¿Bonita?

MUDA. *Le señala la cara.*

PIMPINELA. ¿La cara? ¿Bonita la cara?

MUDA. *Asiente, y le señala el cuerpo, riéndose.*

PIMPINELA. ¿Y bonito er cuerpo?

MUDA. *Le da a entender que toda ella es bonita.*

PIMPINELA. ¡Ah! vamos; que de arriba abajo te gusto.

MUDA. *Asiente con gran regocijo y se va por la izquierda riéndose y mirándola.*

PIMPINELA. ¡Pobrecita! ¡Me da una lástima de la muda! Zi yo fuera muda, estayaba.

DOÑA MENCÍA. *Dentro, llamando.* ¡María Luisa!

PIMPINELA. No voy.

DOÑA MENCÍA. ¡María Luisa!

PIMPINELA. Que no voy.

DOÑA MENCÍA. ¡María Luisa!

PIMPINELA. No voy, no voy, no voy. *Refuerza su determinación con unas graciosas y enérgicas taconaditas en el suelo, que acostumbra a emplear a veces cuando las razones no le bastan.*

JUAN. *Acercándose a ella.* Zeñorita María Luiza, ¿no oye usté que la yama la zeñora?

PIMPINELA. No, que no me yama. Mi nombre no es María Luiza: mi nombre es Pimpinela. Y la vieja ze ha empeñao en decirme María Luiza; y yo me yamo Pimpinela. En mi huerto azo me nombraron desde que vine ar mundo, porque nací junto a un rosá de rozas pimpinelas. Y como mi madre me ha yamao ziempre Pimpinela, y miz abuelos Pimpinela, y to er mundo en er pueblo Pimpinela, me yamo Pimpinela, y zoy Pimpinela, y no respondo más que por Pimpinela.

DOÑA MENCÍA. *Llamando como antes*. ¡Pimpinela!

PIMPINELA. Alí me yamo yo.

DOÑA MENCÍA. ¡Pimpinela!

PIMPINELA. Zólo que ahora tampoco voy. Porque ¿tú zabes pa lo que me quiere? Pa que me perejile. Dice que no está bien que yo reciba a ezos zeñores que van a yegá con estos corales y este vestío. Y en zu vía han visto ezos zeñores coza mejó.

JUAN. Ya ze pué apostá argo.

PIMPINELA. ¿Qué ze pienza? ¿Que yo me vi a arreglá a lo zeñorita pa ponerme en ridículo? ¡Pos no, pos no, pos no! No me perejilo y no me perejilo. Porque zí yo me perejilo, y ze me ocurre í ar huerto e mi madre, y mi madre me ve perejilá, tiene mi madre riza pa to er día. No me perejilo, no me perejilo, y no me perejilo.

JUAN. Y dígame usté, zeñorita Pimpinela, y usté me dispenze la pregunta: ¿ezos dos zeñores vienen a cazarze con usté?

PIMPINELA. Zegún.

JUAN. ¿Cómo zegún?

PIMPINELA. Zi me peta arguno, me cazo; zi no, no me cazo. Yo no me cazo zi no ze me intereza er corazón.

JUAN. ¡Pero zi me ha dicho la cocinera que zi usté no ze caza con arguno de eyos, una fortuna mu grande, mu grande que hay va a pará a manos de unas monjas!…

PIMPINELA. Que vaya. Y que ze cazen las monjas zi quieren; que pué que me lo agradezcan argunas.

JUAN. ¡Je, je! Usté dice toas ezas cozas porque tendrá otro novio en zu pueblo.

PIMPINELA. No, que no tengo novio ninguno.

JUAN. Vaya que zí.

PIMPINELA. Vaya que no.

JUAN. Como que usté, tan precioza, iba a está zin novio.

PIMPINELA. Pretendientes he tenío pa hacé con eyos un peineciyo de alfileres; pero por ninguno ze me ha interezao er corazón. ¿Y tú, tienes novia?

JUAN. ¿Y a mí quién va a quererme, zeñorita?

Pimpinela. Una mujé, zo tonto.

Juan. ¡Zi me quiziea la que me gusta!…

Pimpinela. ¿Te gusta una?

Juan. ¿Qué zi me gusta? Ze me ha metío en la frente, y no me zale de eya ni cuando estoy dormío, que no manda en uno la voluntá.

Pimpinela. Tenemos que hablá de ezo.

Se siente hacia la derecha el cascabeleo de un coche que llega a la entrada del jardín.

Juan. ¡Er coche!, ¡ahí está er coche!

Pimpinela. ¡Ay, Vinge, qué zusto!

Juan. Quéeze usté con Dios; no ze enfaen los zeñoritos de verla a usté hablá con er jardinero.

Se va por el fondo.

Pimpinela. *Inquieta.* ¡Ay, qué zusto, qué zusto! ¿Cómo tendrán la cara? Yo me vi a escondé. A mí no me encuentran en to er día. *Cogiendo de improviso una flor que hay en el suelo y deshojándola nerviosamente.* Me cazo, no me cazo; me cazo, no me cazo; me cazo, no me cazo; me cazo, no me cazo; me cazo. ¡Pos no, pos no me cazo, zi no ze me intereza er corazón! *Volviendo al taconeo.* ¡No me cazo, no me cazo, y no me cazo! ¡Huy, ya vienen ahí! ¡Yo me escondo, yo me escondo! ¡Conmigo no dan!, ¡conmigo no dan!, ¡conmigo no dan! *Echa a correr jardín adentro, volviendo la cara como si fuera perseguida.*

Llega doña Mencía a tiempo de verla correr.

Doña Mencía. ¿Adónde irá esa gata montesa? No hay quien la gobierne. —¡Ay! Estoy emocionadísima con mi composición… El maestro está lo mismo. Al sentir el coche lo he visto ponerse pálido en lo alto del ciruelo, desde donde dirige. Aquí llegan.

Música

Por la derecha del foro salen, con don José María, don Gastón y Pascualito, nuestros conocidos.

Doña Mencía.

Pasen a honrar esta morada.

DON GASTÓN Y PASCUALITO.

Es honra nuestra entrar aquí.

DOÑA MENCÍA.

Callemos todos un instante
y hablen las flores del jardín.

Dicho y hecho. El del ciruelo se conoce que agita la batuta, y el Coro oculto suena por todos lados. Pascualito y don Gastón se miran atónitos y se preguntan con la vista de dónde y cómo salen aquellas voces. A doña Mencía se le cae la baba.

CORO.

Trovadores,
caballeros triunfadores,
bien venidos al Torneo seductor:
bellas flores,
démosles nuestros olores
y brindémosles la dicha del amor.

DON GASTÓN.

¡Espléndido!

PASCUALITO.

¡Fantástico!

DON JOSÉ.

Son cosas de Mencía,
espíritu poético.

Doña Mencía. *Ruborosa.*

¡Por Dios, José María!

Hable pronto la rosa,
ya que no hay flor más pura y olorosa.

Rosa.

Mis colores ya se han apagado,
y mi aroma ya se consumió,
porque en este jardín ha brotado
una rosa más linda que yo.

Del fondo del jardín salen una Rosa y un Amorcillo danzando delicadamente. La Rosa languidece de pena; el Amorcillo la asiste, la anima, la consuela y al fin se la lleva a lo interior del jardín. Durante esta danza el Coro oculto canta lo que sigue:

Coro.

Pierde color y perfume
la rosa bella,
y de pena se consume.
¡Ay, pobre de ella!

Don Gastón.

¡Magnífico!

Pascualito.

¡Quimérico!

Don José.

Son cosas de Mencía:
es ella toda espíritu.

Doña Mencía.

¡Por Dios, José María!

Hable pronto el clavel,
ya que no hay flor tan bella como él.

Clavel.

A mí se me va la vida;
mi reino llegó a su fin,
porque una boca encendida
me ha vencido en el jardín.

Como antes el Amorcillo y la Rosa, salen por el fondo un Clavel y otro Amorcillo, y ejecutan una danza semejante, mientras se oyen las voces interiores.

Coro.

¡Ay!, triste del clavel,
sin vida y sin color.
¡Fue gala del vergel!
y muere de dolor!

A parecen por diversos lados otros Claveles, Rosas y Amorcillos, y danzan caprichosamente, dispersándose a los últimos acentos del Coro

interior.

Y así morimos todas las flores,
nobles señores,
ante esta nueva rosa gentil,
porque es tan linda, porque es tan bella,
que allá en el cielo fuera una estrella,
y es en el suelo gala de abril.

Cesa la música.

DON GASTÓN. Señora mía, agradecido y encantado a la par, la felicito a usted por esta peregrina ocurrencia.

DOÑA MENCÍA. ¡Oh! ¿Qué menos para recibir a quien tanto vale, y a quien por tanto viene? Voy por ella. Pero háganme la merced de sentarse. (Los dos son muy apuestos… Pimpinela sólo se casará con uno… Sobra otro.) *Se va por la izquierda.*

PASCUALITO. (La mujé que vende los mostachones en la estasión de Utrera tiene toa la cara de esta vieja pintá.)

Por entre la espesura de la derecha, hacia el fondo, surge en esto una extraña figura. Es don Sandalio Hormigo, el notario del pueblo. Viste de negro, usa gafas negras, bigote negro y recortado y mosca también negra. El chaleco es blanco, con botones negros. En lo alto de la calva lleva otro pedacito negro por el estilo del bigote y en las sienes dos parches negros.

Trae bastón negro, con puño de marfil.

DON JOSÉ. ¿Quién llega?

PASCUALITO. *Fijándose en el individuo.* (¡Er seis doble!)

DON SANDALIO. Señores míos…

DON JOSÉ. ¡Oh, don Sandalio! ¡Querido don Sandalio!

Presentándolo. Don Sandalio Hormigo, notario de la localidad.

DON SANDALIO. Muy servidor de ustedes. A los señores no necesita usted presentármelos, porque ya sé quién son. Suplico a ustedes que se sienten.

DON JOSÉ. ¿Y usted?

DON SANDALIO. Yo no me siento, para dar mayor solemnidad a lo que he de decirles.

DON JOSÉ. Está bien. Sentémonos, señores.

DON GASTÓN. Sentémonos.

DON SANDALIO. Yo, señores de Calderilla, fuí amigo íntimo —me cupo esa honra— de don Alonso Calderilla y Gómez de Vasconcellos.

Se inclinan con respeto los dos Calderillas presentes.

DON GASTÓN. En paz descanse.

PASCUALITO. Santa Gloria haya.

DON JOSÉ. Amén.

DON SANDALIO. Pues bien, señores: anoche estuve hablando con él.

Don Gastón y Pascualito se levantan del susto.

DON GASTÓN. Pero ¿ha resucitado?

DON JOSÉ. Este señor es espiritista.

DON GASTÓN. ¡Ah!

PASCUALITO. (¡Vaya! Otro loco.)

DON SANDALIO. Yo evoqué su espíritu anoche en mi alcoba, y como siempre acudió solícito a mi llamamiento. Y en su virtud, vengo a revelar lo que hablamos, por estimarlo caso de conciencia. En primer término, me dió las señas personales de ustedes y me elogió sus prendas; y seguidamente añadió, recalcándolo mucho: «¡No son don Gastón y don Pascual los dos únicos hombres que pueden aspirar a la blanca mano de mi hija! ¡Hay un tercero, que se supone muerto o perdido, y que aún vive! ¡Deber de todos es buscarlo!»

DON JOSÉ. Y ¿no le dijo a usted hacia dónde se le podría encontrar, poco más o menos?

DON SANDALIO. Tal vez me comunique esta noche más datos. Anoche no pudo, porque lo llamó otro espíritu con gran urgencia, y tuvo que irse. Pero fíen ustedes en que noticia que me dé el difunto, será la misma que yo me apresure a traer aquí.

DON GASTÓN. *A Pascualito.* (Pues, señor, no vamos a tener digestión tranquila.

PASCUALITO. *A don Gastón.* ¡Y que yo con muertos no quieo na! ¡A mí me ha desconsertao este mochuelo!)

DON SANDALIO. He dicho cuanto tenía que decir. Y como no era otro mi propósito, y ustedes acaso necesiten recogerse a meditar sobre mis palabras, me ausento. Señores… Hasta mañana, si Dios es servido. Nadie se moleste. Hasta mañana. ¡Que nadie se moleste, repito! Hasta mañana. *Se va solemnemente por donde llegó.*

Todos lo miran desaparecer en silencio.

DON JOSÉ. *Cuando ya no se ve al notario.* ¡Está loco! ¡Loco!

PASCUALITO. Hombre, me alegro que lo diga usté.

DON GASTÓN. Y yo.

DON JOSÉ. ¡Completamente loco! Y cuenta que de la misma hechura es todo el pueblo. Milagros, fantasmas, aparecidos, espíritus puros… Yo soy al revés: razón, lógica, números, habas contadas. Tanta fuerza tiene este motor; tantas bujías tiene esta bombilla. Dos por dos, cuatro. A mí no me den ustedes lo espiritual, ni lo incorpóreo: a mí denme ustedes algo material, algo tangible: ladrillos, vigas, barrotes de hierro…

PASCUALITO. (Y hases una jaula, que te está hasiendo muchísima farta.)

DON GASTÓN. (¡En buena casita hemos caído!)

DON JOSÉ. Aquí sale la niña.

DON GASTÓN. ¡Ah!

PASCUALITO. ¡Ah!

DON JOSÉ. Yo, con licencia de ustedes, voy allá dentro a dar algunas órdenes a los criados. *Se va por la izquierda.*

Pimpinela viene de la mano de doña Mencía, no digamos que a remolque, pero poco menos.

Música

Doña Mencía. *Presentándolos.*

Aquí está la flor sencilla
arrancada de un rosal.
Los señores Calderilla
don Gastón y don Pascual.

La saludan corteses. Ella hace un mohín.

Don Gastón.

(Su carita es como una estrella.

Pascualito.

Su boquita es como una guinda,

Don Gastón.

No soñé que fuese tan bella.

Pascualito.

No pensé que fuese tan linda.)

Pimpinela.

(¡Vinge mía qué dezazones
va a costarme mi cazamiento!
¡Zi mi padre ve estas viziones
hace añicos zu testamento!)

Don Gastón. *Dirigiéndose galantemente a Pimpinela.*

Bendigo la suerte mía
que me trajo a este confín
a ver lo que no creería:
la aurora en medio del día,
iluminando un jardín.

Pascualito.

(¡Vaya una cursilería!)

Doña Mencía.

¡Qué madrigal más bello!
¡Qué flor más oportuna!
¡Cómo demuestra en ello
lo noble de su cuna!

Pimpinela.

Yo quiziera respondé
a ezas flores que me ha dicho zu mercé,
pero estoy tan zorprendía
y aturdía,
que tan zolo ze me ocurre echá a corré.

Pascualito. *Dirigiéndose a ella como don Gastón.*

Si es que en mi sino está escrito
que yo en ese corasón
yegue a tener un laíto,
no me cambio ahora mismito
ni por Cristóbar Colón.

Don Gastón.

(¡Te has lucido, Pascualito!)

Doña Mencía.

¡Qué garbo y qué salero!
¡Qué gracia y simpatía!
¡Se ve que es caballero
de nuestra Andalucía!

Pimpinela.

Yo que zoy muy naturá
a eza gracia le quiziera contestá;
pero no le correspondo,
ni respondo,
porque estoy una mijiya atortolá.

Don Gastón y Pascualito.

Preciosa es la muchacha:
fortuna Dios me dé
para que yo a mi tierra
me lleve este clavel.

Doña Mencía.

Galante es el más viejo;
gallardo es el doncel.
¡Dichosa Pimpinela
que puedes escoger!

PIMPINELA.

> Zi no hay otros parientes
> que tengan máz aqué,
> ar huerto de mi madre
> muy pronto vorveré.

Cesa la música.

DOÑA MENCÍA. Y ya que la niña y ustedes han saciado su natural curiosidad de verse las caras, ¿quieren los señores pasar a sus habitaciones un momento?

DON GASTÓN. ¡Oh, feliz idea! ¿Cómo no?

DOÑA MENCÍA. Pues síganme, si así les place.

Se encaminan hacia la izquierda la señora y los dos caballeros.

PASCUALITO. *Al pasar junio a Pimpinela.* Tiene usté unos ojos, que miran ar só, y estornuda.

PIMPINELA. ¿Quién?

PASCUALITO. Er só.

Risas generales.

DOÑA MENCÍA. ¡Donosa hipérbole!

DON GASTÓN. (No, pues una hipérbole no es una mentira. Yo no debo ser menos.) *A Pimpinela.* Por verla a usted una vez más iría yo a América a pie.

PIMPINELA. ¿A pie?

DON GASTÓN. A pie cojito.

PIMPINELA. ¿Y qué iba usté a hacé con er má, zeñó?

DON GASTÓN. Bebérmelo, y así tendría la mitad de la sal que usted tiene.

PIMPINELA. ¡Vinge!

Nuevas risas.

DON GASTÓN. (¡Estornudos a mí!)

DOÑA MENCÍA. Compiten en ingenio los dos galanes. Vamos.

Se marchan los pretendientes detrás de la vieja, mirando siempre a la muchacha, y por mirarla y no mirarse, tropiezan el uno con el otro.

DON GASTÓN. ¡Ah! Usted dispense.

PASCUALITO. No hay de qué.

PIMPINELA. *Una vez que desaparecen todos.* ¡Ay, madre, qué deslucíos que zon! ¿Y me vi a cazá yo con uno de ezos tipos? Yo no me cazo, yo no me cazo, yo no me cazo.

Sale Juan. Trae una pala al hombro.

JUAN. Zeñorita.

PIMPINELA. ¿Qué ocurre?

JUAN. Ezos zon zus dos novios, ¿verdá?

PIMPINELA. ¡Qué más quizieran eyos! Ni aunque estuvieran bordaos en oro, cargo yo con zemejantes fachas.

JUAN. ¿No?

PIMPINELA. No y no. Me moría der zusto. ¡Encerrarze una zola en zu caza de noche con doz hombrez extraños!

JUAN. Zería con uno de eyos na más.

PIMPINELA. ¡Ni con dos, ni con medio, ni con uno! Yo no me cazo zi no ze me intereza er corazón.

JUAN. *Suelta la pala, y cambiando repentinamente de entonación, de actitud, de ademanes, con verdadero asombro de la mocita, le dice:* Y hace usted lo que debe. Se lo digo con toda la sinceridad de mi alma.

PIMPINELA. ¿Eh?

JUAN. María Luisa, divina Pimpinela, ¿tengo yo traza de gañán?

PIMPINELA. Pero ¿usté quién es? ¡Ay, qué miedo de hombre! ¡Zi parece otro!

JUAN. Ahora soy el que soy; el otro es Juan el jardinero. Yo no soy más que un caballero enamorado.

PIMPINELA. ¿Pariente de los forasteros?

Juan. No. Si lo fuera, ¿tendría necesidad de esta astucia, de este disfraz de que me he valido para llegar adónde está usted? Yo he sabido que usted debía ser muy pronto de uno de los dos, y he querido, en las últimas horas de su libertad, vivir cerca de usted, respirar donde usted respire, coger las flores que usted arroje al suelo, robar un pañuelo que usted pierda… *Dice esto mostrándole uno de la muchacha.*

Pimpinela. ¡Mi pañuelo, er de las pintitas!

Juan. Su pañuelo.

Pimpinela. *Conmovida.* ¡Pos me gusta a mí esta zorpreza, no vaya usté a creerze!

Juan. ¿De veras? ¿No le enoja a usted lo que he hecho?

Pimpinela. No, zeñó, que no me enoja: ar contrario. Porque cuando un hombre hace una coza azo… ¡es porque ze le ha interezao er corazón!

Doña Mencía. *Dentro.* ¡Pimpinela!

Pimpinela. Me yaman.

Juan. De esto sí que hablaremos, ¿verdad?

Pimpinela. ¡Digo zi hablaremos!

Juan. ¿Cuándo?

Pimpinela. Cuando estemos zolos, como ahora.

Doña Mencía. ¡Pimpinela!

Pimpinela. ¡Ya voy!

Juan. Vaya usted, vaya usted.

Pimpinela. Zi, zí; no ze escame la bruja.

Juan. Adiós, Pimpinela. Usted es la que no se me sale de la frente, ni en sueños.

Pimpinela. ¡Vinge, qué coza! Esto parece una letura, una letura, una letura…

Doña Mencía. ¡Pimpinela!

Vase ésta por la izquierda precipitadamente, cantando de alegría.

Música.

Pimpinela.

Lenguaje de las rozas
y los claveles,
voy buscando en er mundo
cómo ze aprende.

Juan. ¡Bonita es como un capullito temprano!

Vuelve a coger su pala, y echándosela al hombro, se interna por el jardín cantando, como Pimpinela.

Tan zólo por un gusto
soy jardinero:
por yevarle mis flores
a quien yo quiero.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

LA NOCHE DE LA CITA

Una plazoleta irregular en Pretil de las Brujas. A la izquierda del actor, el palacio de don José María. En primer término, de trente al público, una de sus ventanas, con reja. En una de las casas de la derecha, un retablo con un farolillo. Es una noche clara.

El Sereno, un viejecito que no puede con los calzones, escucha, apoyado en su chuzo, la música que suena dentro del palacio. Sale Juan de éste y traba conversación con él.

Música

SERENO. ¡Güena fiesta en honó de los forastero! ¿Eh, Juaniyo?

JUAN. En la edá que tengo, nunca he visto coza tan lucía.

SERENO. Doña Mensía es muy afisioná a estos bailes de trajes. Casi tos los carnavales da uno. Pero como éste, no; como éste, no. Éste dejará memoria en Pretí de las Brujas.

JUAN. ¡Pué que zí que la deje!

Óyese hacia la derecha algarabía de máscaras escandalosas.

SERENO. ¡Adiós! La Pirala y toa su familia. Me van a busca una pendensia.

JUAN. ¿Quién es la Pirala?

Sereno. Una mujé que está medio loca, y que tiene una familia loca der to. Y han tomao la costumbre de salí por los carnavales a escandalisá durante la noche y a meterse con to er que ven. Pero principarmente con los serenos. Y como yo no quieo cuestiones… Quédate con Dios, Juaniyo.

Juan. Vaya usté con Dios. Yo tampoco tengo humó de máscaras. *Se va por el primer término de la izquierda.*

Sereno. *Encaminándose hacia la derecha, por donde se aleja, arrastrando los pies.* Esta pierna… esta pierna me va a enterrá a mí. ¡Ay, que arrastrá pierna!

Por la derecha del foro salen con gran ruido los Piralas, o sean, seis personas que forman una familia ilustre, a saber: la Pirala, dos hermanas suyas, dos hermanos y el padre de todos. Vienen grotescamente enmascarados, cantando, saltando, chillando, riéndose y dándose empujones.

Pirala.

¡La Pirala disen que es mala,
porque no se caya su boca;
la Pirala disen que es loca!…
¡Qué dijusto pa la Pirala!

Rompe a bailar, jaleada por su distinguida familia, la cual acompaña la música tocando algunos instrumentos extraños, como, v. gr., un perol, un chocolatero, una sartén, etc., etc.

La familia de la Pirala.

¡Ole, salero,
venga de ahí!
¡Lo que nos vamos
a divertí!

Pirala.

¡Ay, mamita, mamita,
cómprame un sombrero!
¡Como no me lo compres,
me pondré un plumero!

Joseliyo, sujeta esa gayina,
que si entra en la cosina
huyendo der minino,
se va a comé er tosino
que tengo guardaíto pa mamá.

Manoliyo: te arvierto que no fumo,
que me hase daño el humo,
y er médico presume
que er visio me consume
y me ha dicho que beba nada má.

La familia de la Pirala.

¡Ay, mamita, mamita,
cómprale un sombrero!
¡Como no se lo compres se
pondrá un plumero!

Pirala.

Dame arroz con leche
con mucha canela;
saca en un platito
luego pa la abuela.

Yo quiero un bizcocho,
yo quiero una torta…
Tus piernas son largas,
la sábana es corta…

Tunantón, en la esquina te espero;
tunantón, tunantón.
Tunantón: si no yevas dinero,
tú verás dónde va mi mantón.

TODOS. *Mientras la Pirata baila de nuevo.*

¡La Pirala disen que es mala
porque no se caya su boca;
la Pirala disen que es loca!…
¡Qué dijusto pa la Pirala!

Terminan con risas escandalosas, y se van corriendo por la izquierda del foro, con algazara de mil diablos.

¡Ole, salero,
venga de ahí!
¡Lo que nos vamos
a divertí!

Cesa la música.

Sale Calasparra por el primer término de la derecha. Es un cómico que está más loco que todos los Piralas juntos. Viene vestido como Don Juan

Tenorio en la Hostería y declamando a voces.

Calasparra.

¡Cuán gritan esos malditos!
¡Pero mal rayo me parta
si en concluyendo la carta
no pagan caros sus gritos!

¡Estoy gozando esta noche como nunca en mi vida!

Vuelve Juan por donde se fué y se fija con extrañeza en Calasparra.

Juan. (¡Hombre! ¡Vaya una máscara bien puesta! ¿Será del baile?)

Calasparra. *Encarándose con Juan, en fuerza de sentir el traje que lleva.*

Buen talante. Bien venido,
caballero.

Juan. *Siguiéndote el humor.*

Bien hallado,
señor mío.

Calasparra.

Sin cuidado
hablad.

Juan.

Jamás lo he tenido.

Calasparra.

Decid, pues, a qué venís
a esta hora y con tal afán…

(Reconociendo a Juan de improviso.)

¡Pero, diablo! ¡Si tú eres Calderilla!

Juan. *Tapándole la boca.* ¿Quieres callarte, máscara?

CALASPARRA. ¿No eres Calderilla?

JUAN. ¡Que te calles, te digo!

CALASPARRA. Pero ¿por qué?

JUAN.

Porque me siento capaz
de arrancarte el antifaz,
con el alma que tuvieres.

CALASPARRA. No es preciso. Me lo quito yo de muy buen grado. *Lo hace.*

JUAN. *Reconociéndolo, con gran alegría.* ¡Calasparra!

CALASPARRA. ¡Juanillo! *Se abrazan.* ¡Qué encuentro más inesperado!

JUAN. ¡Aprieta cuanto gustes, pero no me llames por mi apellido!

CALASPARRA. Bien está. Y dime ahora: ¿qué haces aquí vestido de villano?

JUAN. ¿Y tú, vestido de Tenorio? ¡Cosa más sorprendente!

CALASPARRA. Chico, una humorada. He llegado esta tarde a este pueblo con mi compañía: vengo a dar unas cuantas funciones; me he hallado en el carnaval, y en este ambiente legendario que caracteriza a Pretil de las Brujas he creído que nada hacía más acertado y oportuno que echarme a la calle de esta guisa, diciendo versos clásicos. A pesar del carnaval y del ambiente, me han tomado por loco. Pero, como ves, no soy más que aquel pobre cómico romántico que alguna vez compartió contigo todo lo que querían tirarnos a la escena.

JUAN. Pues en este instante eres algo más que eso, querido Calasparra; eres mucho más.

CALASPARRA. A ver ¿qué soy?

JUAN. ¡Qué sé yo! Un emisario de Jos cielos; una viva prueba de mi loca suerte en este mundo. ¡La que voy a armar contigo y con tu compañía! Porque tú comprenderás, Calasparra amigo, que a Pretil de las Brujas no me ha traído en traje de patán ninguna combinación de Bolsa.

CALASPARRA. Ya me figuro que andarán en ello unos ojos negros o unos ojos azules.

JUAN. Esta vez son negros. Y ¡qué ojos! Tristes y alegres, a la par. Son dos penas heridas por el sol.

CALASPARRA. ¿Eso es del repertorio?

JUAN. No; eso es mío. Y me han mirado… como te miraron a ti los de tu mujer.

CALASPARRA.

Don Juan ¿qué es lo que decís?

JUAN.

Don Luis, lo que oído habéis.

CALASPARRA.

¡Ved, Don Juan, lo que emprendéis!

JUAN.

¡Lo que he de lograr, Don Luis!

CALASPARRA. Pero ¿de veras piensas en casarte, animal?

JUAN. Sí.

CALASPARRA. ¿Tú, el bohemio, el perdido, el que nunca reconoció rey ni Roque; el que tan pronto era cómico, como pintor, como poeta; el volandero, el inconstante, el imprevisto Calderilla?…

JUAN. ¡Calla o te ahogo!

CALASPARRA. Pero ¿me quieres decir por qué?

JUAN. Porque aquí yo no soy ni quiero ser más que Juan, el jardinero de este palacio. En este palacio, donde se da ahora mismo un baile de trajes, está mi Dulcinea. En él se hospedan también dos lejanos parientes míos, que por ella vienen. Por ella y por su herencia fabulosa. Yo he podido presentarme como ellos, ya que mi apellido me da derecho a la pretensión; pero me ha parecido más digno de mí venir oscuramente para ganar primero y por mi mismo el corazón de la muchacha. Su corazón ya es mío. Esta noche mis dos

rivales van a hablar con ella en esa ventana, por acuerdo de la familia, que a todo trance quiere casarla con uno de los dos. Yo estoy resuelto a amargarles la cita. Es afán de aventuras. ¿Cuento contigo?

Calasparra. Para todo.

Juan. ¿Y con tu compañía?

Calasparra. Para todo también. Es gente capaz de prenderte fuego a Pretil de las Brujas.

Juan. ¿Dónde vives?

Calasparra. *Señalando hacia la derecha.* En aquella casa del farolito verde estoy con la mayor parte de mi tropa.

Juan. ¿Podrás facilitarme un disfraz gallardo?

Calasparra. ¡Gallardo y calavera! De la época que mejor te cuadre.

Juan. Pues vamos a tu casa.

Calasparra. Y al fin del mundo.

Juan. Va a parecer que anda el diablo suelto por estas callejuelas.

Calasparra.

Mas por allí un bulto negro
se aproxima, y a mi ver…

Juan. No; no es Brígida. Es el sereno de la calle. Vente más que de prisa, que empieza a salir la gente del baile.

Calasparra.

Parece un juego ilusorio…

Juan. *Empujándolo.* ¿Quieres callarte, charlatán? *Se van por el primer término de la derecha.*

Música

Del palacio principian a salir, en efecto, formando animados y pintorescos grupos, los asistentes al baile de trajes. Entre éstos, los hay de

diversas nacionalidades y épocas. Se dispersan en muy distintas direcciones.

GRUPO DE VIEJOS Y VIEJAS

Unos.

¡Qué fiesta más brillante!
¡Qué lujo y esplendor!
Estos señores tienen
buen gusto y distinción.

UN PAPÁ CON TRES NIÑAS

Papá.

Lo que es como el año próximo
la fiesta se vuelva a dar,
o venís con la tía Cándida
o alquiláis otro papá.

Niñas.

¡Ay, qué genio más ridículo
vas echando con la edad!

VARIOS MUCHACHOS

Todos.

Pimpinela es graciosa,
Pimpinela es canela,
Pimpinela es garbosa,
Pimpinela es preciosa…
¡Quién pudiera robar a Pimpinela!

VARIAS MUCHACHAS

Todas.

El viejo gusta mucho
por lo galante,
y el joven interesa
por lo tunante.

DOS MAMÁS QUE LAS SIGUEN

Las dos.

Después de tanto hablá,
ni la niña ni los novios valen ná.
Pero ná; pero ná.

UNOS PAPÁS CON UN PAJE QUE ES UNA MOCITA DE QUINCE AÑOS

Papá.

Hemos sido la irrisión.
Te lo dije, Encarnación,
y me da mucho coraje
que no atiendas la razón.

Asunción con ese traje
moverá murmuración,
pues para ir así de paje,
tiene muchas pantorrillas Asunción.

UN POLLO, PRETENDIENTE DEL PAJE

Pollo.

¡Ay, que paje, Dios santo!

¡Qué bonita que va!
Esta noche con ella
yo quisiera soñar.

UN MATRIMONIO Y UN AMIGO

ELLA.

¿Verdad que mi marido
está muy bien de Otelo?

ÉL.

A tu elección ha sido:
yo no tengo opinión.
Si a ti te da la gana,
soy príncipe del Congo.

AMIGO.

¡Adiós, y hasta mañana!

ELLA. *Al amigo.*

(En cuanto él salga pongo
la toalla en el balcón.)

VARIOS Y VARIAS

ELLOS.

Ha sido una fiesta magnífica.

ELLAS.

Ha sido una fiesta cabal.

ELLOS.

Ha sido una fiesta fantástica.

Ellas.

Ha sido una fiesta ideal.

Continúa la música.

Vuelve por el foro el Sereno.

Sereno. Ya parese que se va quedando esto tranquilito. Grasias a Dios. En noches así no hase uno más que comprometerse. *Óyese lejos una sonora campanada de un reloj de torre.* Una. *Presta atención a ver si se oye otra.* Na más que una. Lo mismo puén sé las dose y media, que la una, que la una y media. *Consulta su reloj.* Y mi reló no tiene más que minutero… Cantaremos la una… y así no me equivoco mucho *La canta, en efecto, con tan poca voz que igual seria que cantara las cuatro.* ¡Ave María Purísima… la una… creo que ha dao… y sereno! Ganas de cantá; porque esta noche a estas horas to er mundo está despierto… La repetiré en la otra esquina. *Estornudando.* ¡Ah… chis! ¡Ah… chis! Ya lo piyé. *Se va por el primer término de la izquierda. Queda la escena sola.*

Ábrese la ventana del palacio que da frente al público, y tras ella aparece Pimpinela, vestida de maja. Mira hacia un lado y otro de la calle, suspira y se dispone a esperar resignada.

Pimpinela.

De zueño y de canzancio estoy rendía
y tengo que está en vela.
A gusto lo estaría
la pobre Pimpinela,
y aquí le diera er día,
zi en vé de los que aguarda entrístezía
vinieze er que la encanta y la conzuela…

Sigue la música unos momentos más y luego cesa.

Sale del palacio Don Gastón, de chambergo capa y tizona.

DON GASTÓN. Ha dado la una en la cercana iglesia. A buen seguro que Pimpinela está ya aguardándome. *Suspira Pimpinela.* ¿No lo dije? Me encanta esta cita y esta noche. En Pretil de las Brujas los hechos más vulgares se truecan en poéticos y misteriosos. ¡Ay! ¿Me preferirá Pimpinela a Pascualito? Ahora mismo lo voy a saber. *Se atusa los bigotes, acaricia la pluma del chambergo y se arregla la capa, dispuesto a todo. En esta faena lo sorprende la salida de Calasparra, vestido tal como lo hemos visto, por el primer término de la derecha. Con paso vivo y gran decisión se acerca a la ventana. Don Gastón retrocede unos pasos, no dándole crédito a lo que ve.* (¿Eh? ¿Quién va? ¿Qué máscara es ésta? ¡Corcho!)

CALASPARRA. *Con Pimpinela, aparte.* Buenas noches.

PIMPINELA. *Un poco perpleja.* Buenas noches.

CALASPARRA. ¿Es usted Pimpinela?

PIMPINELA. Zí.

CALASPARRA. *Dándole una carta.* Tome usted: de Juan.

PIMPINELA. ¡Vinge!

CALASPARRA. Léala en seguida y donde nadie pueda verla.

PIMPINELA. A mi cuarto voy ahora mismito. *Retírase*.

DON GASTÓN. (¿Hablan? ¡Lance más singular!)

CALASPARRA. *Sin apartarse de la reja.* (¡Sí que es preciosa la muchacha! Y ese del chambergo que está ahí debe de ser uno de los galanes. Como no ve que ella se ha marchado, le voy a soltar el primer refresco.) *Lleno de pasión, le espeta a la ventana todo lo que sigue. Don Gastón tiembla y no quiere creer lo que oye*.

¿Por qué tiempo perder?… La jaca torda,
la que, cual dices tú, los campos borda,
la que tanto te agrada
por su obediencia y brío,
para ti está, mi dueño, enjaezada
para Curra, el overo.

Para mí, el alazán gallardo y fiero…
Y para Don Gastón y el otro tipo,
un garrotazo que les quite el hipo.

DON GASTÓN. (¡Corcho!)

CALASPARRA.

¡Oh, loco estoy de amor y de alegría!
En San Juan de Alfarache preparado…

Etcétera, etcétera. Quedamos en eso y no te digo más, amor mío. Ánimo y hasta luego. *Se da tres besos en la mano, que estremecen a Don Gastón. Deja la ventana, y se encamina como una bala hacia la derecha. Don Gastón, casi maquinalmente, se atreve a llamarlo.*

DON GASTÓN. ¡Oiga usted!

CALASPARRA. *Volviéndose airado.* ¿Es a mí?

DON GASTÓN. Sí… señor: a usted.

CALASPARRA. ¿Qué se ofrece?

DON GASTÓN. Ante todo, quítese usted la careta.

CALASPARRA. ¡Quítesela usted!

DON GASTÓN. Yo no llevo careta.

CALASPARRA. ¡Pues lo parece! *Descubriéndose el rostro.* ¿Qué más?

DON GASTÓN. *Con el resuello cortado.* No… nada… nada: no lo había conocido a usted con la careta.

CALASPARRA. ¿Y sin ella?

DON GASTÓN. Sin ella, tampoco… pero… vamos… con la careta, ni soñarlo a usted.

CALASPARRA. Bueno, pues usted dirá qué me quiere.

DON GASTÓN. Nada… nada… Es que me he extraviado por estas calles… y no acierto a volver a mi casa… ¿Sabe usted si está por aquí el *callejón del Mendrugo*?

CALASPARRA. Lo ignoro en suma. El que está muy cerca es el de «Sal si puedes». Y la que no está lejos es la calle de «Reza antes de entrar». Y

adiós, don Gastón Calderilla, que yo sí lo he conocido a usted. Llévele el diablo. *Le vuelve la espalda y se va de estampía por donde apareció.*

DON GASTÓN. *Después de querer tragar saliva y no tragarla, porque ya no le queda.* ¡Muy misterioso es este pueblo!… ¡Muy poético!… Yo no he comido nunca papel secante; pero si alguna vez lo como, me va a saber la boca lo mismo que ahora. ¡Es mucha desgracia! Desde que le juré a mi hermano que no mentiría, no me ocurre una sola cosa que parezca verdad.

Quédase pensativo. Pascualito sale del palacio, vestido de majo rico de principios del siglo XIX. Trae capa. Se llega naturalmente a don Gastón y le pone una mano en un hombro. Don Gastón se asusta y Pascualito se asusta más aún.

DON GASTÓN. ¡Eh!…

PASCUALITO. ¡Eh!… ¡Que me ha asustao usté, amigo!

DON GASTÓN. ¡Y usted a mí, caramba!

PASCUALITO. ¿Sabe usté que tiene usté una cara como de no haberse afeitado en tres días? ¿Qué le susede a usté? ¿Es que le han largao ya las calabasas?

DON GASTÓN. No, señor. No tengo ganas de reírme. ¡Y mire usted que verlo a usted con esos arreos y no soltar el trapo, ya es difícil de veras!

PASCUALITO. Compadre, no pague usté conmigo su mal humó. ¿Qué jinojo pasa?

DON GASTÓN. Pasa que usted y yo no hemos hablado con Pimpinela todavía; pasa que a la una en punto bajó ella a la ventana; pasa que por ésa callejuela oscura salió un caballero vestido a lo Tenorio, y le dió tres besos no sé dónde, pero que sonaron lo mismo que cohetes…

PASCUALITO. ¡Me deja usté con las patas corgando! Nos están ocurriendo aquí unas cosas, don Gastón, que me van cormando a mí las medías. Esta mañana, en er cajón de la mesa e noche, otro anonimito.

DON GASTÓN. ¡Anda con Dios! Pues oiga usted: a mí me han echado en la cama polvos de pica-pica.

PASCUALITO. ¿Y la tontá de reyenarnos tos los días las botas con serrín, no tiene ya *arate*?

Don Gastón. Se pasa uno de bien educado, Pascualito.

Pascualito. No es pa mi cararte ni pa mis purgas na de esto. Y lo que le pío a Dios con toa mi arma es que no se sigan hasiendo las cosas así, como por milagro y encantamento, sino que me ponga ya delante e las narises a quien tenga la curpa de to.

Don Gastón. ¡Eso, eso! ¡Un hombre con quien verse la cara!

Pascualito. ¡Un hombre!

Don Gastón. ¡Un hombre!

Como al conjuro de estas palabras, aparece Juan por la derecha del foro. Viene también vestido de Tenorio, aunque con traje y capa distintos de los de su amigo. Trae antifaz. Se encamina a la ventana de Pimpinela. Al pasar ante los dos galanes, los mira con descaro, y sigue. Ellos se apartan asombrados.

Pascualito. *A don Gastón.* Oi… oi… oiga usté: ¿es éste er de antes?

Don Gastón. *A Pascualito.* No… no, señor, que es otro.

Pascualito. ¿Otro?

Don Gastón. Otro, otro.

Pascualito. ¡Otro!

Juan toca las palmas.

Don Gastón. ¿Querrá café?

Pascualito. Que… que no estoy pa bromas, don Gastón.

Don Gastón. Ni yo tampoco. Es que se me ha salido esa tontería.

Pimpinela asoma a la ventana.

Música.

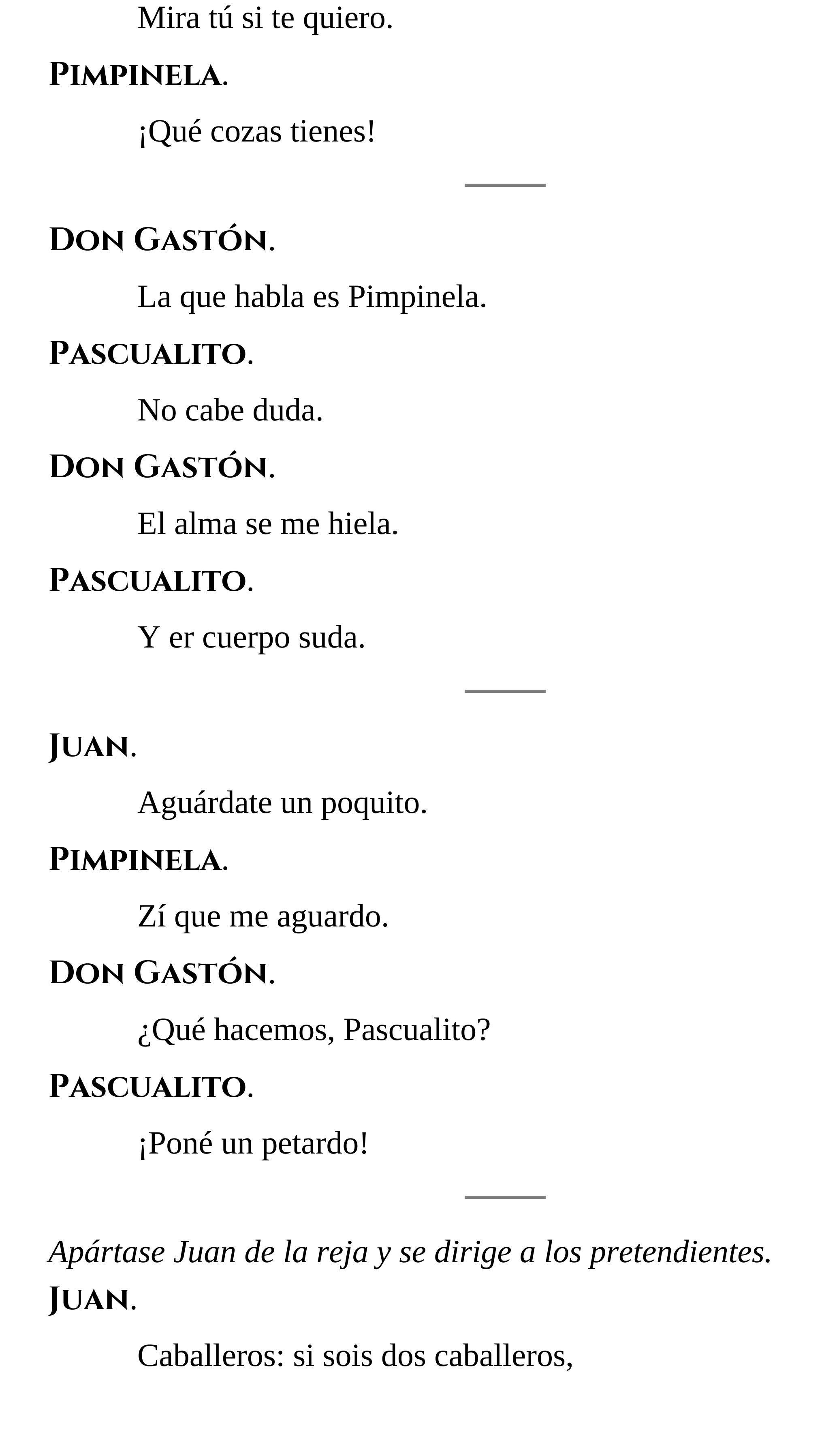
Juan.

Dios te guarde, lucero.

Pimpinela.

¡Ay, cómo vienes!

Juan.



Mira tú si te quiero.

Pimpinela.

¡Qué cozas tienes!

Don Gastón.

La que habla es Pimpinela.

Pascualito.

No cabe duda.

Don Gastón.

El alma se me hiela.

Pascualito.

Y er cuerpo suda.

Juan.

Aguárdate un poquito.

Pimpinela.

Zí que me aguardo.

Don Gastón.

¿Qué hacemos, Pascualito?

Pascualito.

¡Poné un petardo!

Apártase Juan de la reja y se dirige a los pretendientes.

Juan.

Caballeros: si sois dos caballeros,

como dice sin duda vuestro talle,
por mi amor una súplica he de haceros:
que libre y sola me dejéis la calle.

Don Gastón.

(¡Vaya una salida!

Pascualito.

¡Buena pretensión!

Los Dos.

Es comprometida
nuestra situación.)

Juan.

Si no atendéis mi súplica sincera
y me dais por respuesta la callada,
me atenderéis tal vez de otra manera;
porque, además de lengua, tengo espada.

Vuélvese a la reja.

Pascualito.

Pero ¿y yo he de aguantarme?

Don Gastón.

Pero ¿en qué mundo estamos?

Pascualito.

¿Quiere usté peyizcarme
para vé si soñamos?

Pimpinela.

Me tienes derretía,
me tienes embobá,
me tienes aturdía,
me tienes farciná,

me tienes embebía,
me tienes arzobía;
contigo yo me iría
hasta la fin der mundo zin pará.

Juan.

Noche de verano,
mariposa loca,
deja que en tu mano
ponga yo mi boca.

Le da un beso en la mano.

Don Gastón. ¡Corcho!
Pascualito. ¡Cuerno!
Don Gastón. ¡Corcho!
Pascualito. ¡Cuerno!
Don Gastón. ¡Corcho!
Pascualito. ¡Cuerno!

¡Esto ya no lo debemos tolerá!

Don Gastón.

¡Yo me voy a la ventana y suelto un terno!

Pascualito.

¡Yo le doy a ese Tenorio una guanta!

Se detienen el uno al otro, disputándose la primera bofetada al galán.

Juan.

Retírate en seguida
de la ventana

Pimpinela.

Adiós, luz de mis ojos.
Hasta mañana. *Vase*.

Juan.

Por aquí yo me escurro
bonitamente.
Van a pasar la noche
diente con diente.

Se marcha con sigilo por el primer término de la izquierda.

Pascualito.

¡Déjeme usté a mí!

Don Gastón.

¡Primero soy yo!

Pascualito.

¡Vamos! ¡Quieto aquí!

Don Gastón.

¡Eso sí que no!

Pascualito.

¡Quite usté de ahí!

Don Gastón.

¡Vaya! ¡Se acabó!

Pascualito.

¡Déjeme usté a mí!

Don Gastón.

¡Primero soy yo!

Cesa la música.

Pascualito. Don Gastón, es un favó que yo le pío: déjeme usté a mí sé er primero, por su salú.

Don Gastón. Bien está: vaya usted. Para todo hay espacio.

Pascualito. ¡Ya lo creo que voy! *Se tercia la capa y se encamina a la ventana más muerto que vivo. Don Gastón se recata. Al encontrarse el sitio solo, se asombra primero y respira tranquilo después.* (¿Qué es esto? ¿Nadie? ¡Se ha ido! No pué sé más sino que se ha ido. ¡Ay!…)

Don Gastón. (Parece que tiemblo, pero no tiemblo: es la oscilación de esa luz.)

Pascualito. (Pues ahora es cuando yo me luzco.) *Como si estuviera ante su rival.* Con permiso de la dama, buen moso.

Don Gastón. ¡Ay!…

Pascualito. Le voy a contestá a usté a las bravatas de hase un momento. El hombre que haya de asustá a Pascualito Carderiya está toavía hasiéndole yevá cuentas a su mamá. *Asomándose un instante a hablar con su amigo.* Don Gastón, no se mueva usté, que me basto yo solo.

Don Gastón. Pierda usted cuidado, Pascualito.

Pascualito. *Volviendo a la ventana y creciéndose, en vista de que el rival no dice ni pió.* ¡Y ni usté, ni su padre de usté, ni su abuelo de usté, ni toa su parentela de usté me sirven a mí más que pa sacarles briyo a las punteras e mis botas!

DON GASTÓN. (¡Qué callado está el otro!) *Se acerca cautelosamente a ver la escena, y se halla a Pascualito solo, hecho un energúmeno.*

PASCUALITO. ¡Conque ya pué usté dobla la esquina y apretá er paso, si no quié usté que esta niña bonita vea un cuadro e sangre delante e sus ojos! ¡Largo ya! ¡Pues, hombre! ¡Cucarachas a mí!… *Da media vuelta y se encuentra con don Gastón.*

DON GASTÓN. ¿Está usted ensayando?

PASCUALITO. ¿Eh? Pero, señó, ¿no le dije a usté que no se moviera de su sitio?

DON GASTÓN. ¿Para hacerme creer que espantaba usted al Tenorio?

PASCUALITO. ¡Valiente Tenorio! Er Tenorio se ha ido a to corré apenas me ha visto a mí la cara.

DON GASTÓN. ¡Ah!, ¿se ha ido?

PASCUALITO. *Jactanciosamente*. ¡Claro que se ha ido! Estaba aquí y no está, luego se ha ido.

DON GASTÓN. En efecto: se ha ido.

PASCUALITO. ¡Se ha ido!

Juan ha salido momentos antes por la izquierda del foro, y ha avanzado hacia ellos hasta ponérseles inmediatamente detrás.

JUAN. No; no me he ido.

El respingo que dan los galanes es indescriptible.

PASCUALITO. ¿Eh?

DON GASTÓN. ¿Eh?

Escuchan temblando las palabras misteriosas de Juan.

JUAN. ¡No me he ido! Estaré entre vosotros mientras permanezcáis neciamente en Pretil de las Brujas. Pero será en vano que luchéis conmigo: vosotros tenéis vestidura carnal, humana y deleznable; yo, no. Yo soy el espíritu aventurero, atrevido, inmortal, de Juan Calderilla, que viene aquí a estorbar que triunfe la codiciosa intención que a este pueblo os trato. *Se quita el antifaz.* ¡Majaderos! ¿No veis en mí al mozo que os dió en Cuevas del Río los anónimos que os quitaron el sueño aquella noche? ¡Imbéciles! ¿No

reconocéis en mi persona al jardinero de este palacio? ¡Oh! Me he de presentar ante vosotros tantas veces y en formas tan distintas, que os haré perder el poco juicio que tenéis. ¡Abur, mamarrachos! *Vase por la derecha del foro, como alma que lleva el diablo.*

Don Gastón y Pascualito se quedan mirándose atónitos largo rato. Una o dos veces intentan hablar y no suenan. Al cabo, don Gastón logra romper el cómico silencio, bien que con una voz que no parece suya.

DON GASTÓN. Pascualito.

PASCUALITO. Don Gastón.

DON GASTÓN. Ese espíritu… o ese diablo suelto…

PASCUALITO. *Aterrado.* ¡No lo insurte usté!

DON GASTÓN. Bueno, bueno… Ese caballero cumplidísimo tiene una lengua muy pelada…

PASCUALITO. Don Gastón, a mí se me ha cortao er café con leche.

DON GASTÓN. ¿Cómo el café con leche?

PASCUALITO. Lo úrtimo que he tomao. En cuanto me hablan de espíritus, y de aparesidos, y de fantasmas, se acabó Pascualito. Me apago lo mismo que una vela.

DON GASTÓN. Igual que yo. Las cosas de tejas arriba, para los gatos.

PASCUALITO. ¿Y se ha fijao usté en la cara del hombre ése?

DON GASTÓN. ¡Sí, señor! ¿Si se estará divirtiendo con nosotros y será un granuja de más de la marca?

PASCUALITO. *Gritando descompuesto.* ¡Que no lo insurte usté!

ECO. *Hacia la derecha.* ¡Usté!…

PASCUALITO. ¿Cómo?

DON GASTÓN. ¿Usted ha oído?

PASCUALITO. Párese que hay eco.

DON GASTÓN. Si, si; debe de haber eco.

PASCUALITO. A éste creo que le yaman er *Cayejón del eco.*

DON GASTÓN. Ahí tiene usted una cosa que también me hace a mí malas tripitas.

PASCUALITO. ¡Hombre, por Dios! Es usté un chiquiyo. Verá usté, verá usté. *Gritando.* ¡Eco!

ECO. ¡Eco!… *Un poco más lejos.* ¡Eco!…

DON GASTÓN. Dos… dos veces. Es maravilloso.

PASCUALITO. ¡Ca, hombre! Yo conozco un eco que da siete gorpes.

DON GASTÓN. Será una codorniz.

PASCUALITO. *Volviendo a gritar.* ¡Pimpinela!

ECO. ¡Pimpinela…!, ¡Pimpinela!…

PASCUALITO. Es muy bonito.

DON GASTÓN. Es extraño; es curioso.

PASCUALITO. ¡Pretil!

ECO. ¡Pretil!… ¡Pretil!…

DON GASTÓN. Deje usted, Pascualito; voy a probar yo.

PASCUALITO. ¿Le ha perdío usté er mieo?

DON GASTÓN. ¡Gastón!

ECO. ¡Melón!… ¡Melón!…

DON GASTÓN. ¡Corcho! ¿Me ha llamado melón?

PASCUALITO. Con toas sus letras.

DON GASTÓN. ¡Pascual!

ECO. ¡Animal!… ¡Animal!…

DON GASTÓN. Con todas sus letras.

PASCUALITO. Esto es chunga de argún vesinito.

DON GASTÓN. ¡A cualquier hora cree Sebastián que el eco me ha insultado!

PASCUALITO. *Yéndose a la boca de la callejuela.* ¡A vé si le vi a desí arguna cosa a la mamá del eco!

ECO. ¡Eco!… ¡Eco!…

DON GASTÓN. ¡Demonches! ¿Qué gente es ésa que viene hacia aquí?

PASCUALITO. ¿De dónde han salió?

DON GASTÓN. ¡Es un tropel de locos! ¡En el nombre del Padre!

PASCUALITO. ¿Vamos a acostarnos, don Gastón?

Por la callejuela del primer término de la derecha salen en tropel, capitaneados por Juan y Calasparra, hasta ocho enmascarados. Visten trajes de la misma época que ellos dos. Algunos traen hachones encendidos y otros desenvainados los aceros. Hay en su paso y en sus acciones fuego de exaltación. Juan habla como un poseído del demonio. Don Gastón y Pascualito no saben en dónde meterse, llenos de espanto supersticioso.

JUAN. ¡Por aquí! ¡Por aquí! ¡Al que no me obedezca le va la vida! ¡Ya sabéis la señal! ¡Vosotros, guardad esta calle; vosotros, guardad ésta! *A Calasparra* ¡Tú, sígueme adentro! ¡Quien pretendiere estorbar nuestra acción o llegar al palacio, cuéntese con los muertos! ¡Pimpinela será libre esta noche! ¡Escapará de entre estos muros, donde quieren venderla! ¡Cada uno a su sitio! ¡Vamos todos!

Unos se van por la derecha del toro y otros por la izquierda, y él y Calasparra se entran en el palacio y cierran la puerta tras de sí.

DON GASTÓN. ¡Pascualito!…

PASCUALITO. ¡Don Gastón!… ¿Qué debemos hasé?

DON GASTÓN. ¡Han cerrado la puerta!

PASCUALITO. ¡Pediremos ausilio!

DON GASTÓN. ¡Sereno!

PASCUALITO. ¡Sereno! *Mirando hacia el foro.* Y ¿qué otros locos son aqueyos?

DON GASTÓN. ¡Ave María Purísima!

PASCUALITO. ¡Er Señó nos ampare!

Por la izquierda del foro vuelve a salir la Pirala con toda su gente, chillando más que nunca. Ella trae una bengala roja en la mano. Cantando su estribillo y saltando, dan vueltos en torno de los galanes, que ya no saben a punto fijo ni quienes son ni dónde se encuentran.

TODOS.

¡La Pirala disen que es mala
porque no se caya su boca;

la Pirala disen que es loca!…
¡Qué dijusto pa la Pirala!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

LA ÚLTIMA FARSA

Pintoresco exterior de una casa de campo de don José María, en las inmediaciones de Pretil de las Brujas. A la derecha del actor, la casa. A la izquierda y al foro, el campo alegre.

Pimpinela, doña Mencía, don Gastón y Pascualito están de charla. Visten trajes propios de una jira campestre. La Muda, sentada a la puerta de la casa, cose.

DON GASTÓN. Hermosa finca de recreo.

DOÑA MENCÍA. Para la luna de miel; ¿verdad, don Gastón?

DON GASTÓN. *Huyéndole.* Sí, señora, sí.

DOÑA MENCÍA. Digo que para la luna de miel; ¿verdad, Pascualito?

PASCUALITO. *Huyéndole también.* Sí; sí, señora.

PIMPINELA. *Echando a correr hacia la izquierda de repente,* ¡Ay, una maripoza! ¡Y blanca! ¡No ze me escapa, no! ¡Buena noticia!, ¡buena noticia!

DOÑA MENCÍA. *Siguiéndola.* ¡Pimpinela! Pero ¿adónde vas? ¡Pimpinela!

PASCUALITO. Don Gastón.

DON GASTÓN. Pascualito.

PASCUALITO. Usté y yo vamos a acaba como er Lentejica, que murió de un orsequio. ¡Miste que después de la nochesita der baile hasernos

madrugá pa vení a una jirita e campo!

DON GASTÓN. Y ¡qué nochecita! Yo no he dormido ni dos horas, y he soñado una de disparates, que a estas fechas no sé ni lo que ha sido sueño ni lo que me ha ocurrido en realidad.

PASCUALITO. Lo mismito estoy yo.

DON GASTÓN. Y lo que le aseguro a usted es que voy a morirme si no abro la válvula y le doy alguna salida a mi temperamento.

PASCUALITO. ¿Cómo?

DON GASTÓN. Mire usted, Pascualito; yo soy tan embustero como usted.

PASCUALITO. ¡Don Gastón! ¿Me está usté hablando en plata?

DON GASTÓN. Le estoy hablando a usted en Calderilla. Yo le juré a un hermano mío no mentir mientras aquí estuviese. Pues bien: desde entonces, todo cuanto me ocurre parece invención. ¿Y para esto vivo yo con mordaza? ¡No en mis días! ¡Se concluyó el suplicio! ¡Que me perdonen las cenizas sagradas de mi papá! ¡Vuelvo a ser quien era! *Respirando a sus anchas, como quien se quita de encima un gran peso.* ¡Ay!

PASCUALITO. Lo que tiene usté es más rasón que un santo. A mi también me pasa que nadie me cree ni la mitá de to lo que digo. La otra noche, cuando se habló en er casino de la solitaria, dije yo que tenía un griyo en el estómago, y se echó to er mundo a reí.

DON GASTÓN. Lo creo.

PASCUALITO. ¡Pues es verdá!

DON GASTÓN. ¡Y no me asombra, Pascualito! ¡Si yo he tenido un orfeón!

PASCUALITO. ¿De qué?

DON GASTÓN. De grillos: me asomaba a la boca un tomate y se paraba la gente a oírlos cantar. (¡Ay, qué *debut* más bueno me ha caído en suerte!)

PASCUALITO. ¿No serían griyas, don Gastón?

DON GASTÓN. *Impaciente por soltar el chorro.* Oiga usted; conocí yo en Toledo a una pantalonera, hija de un sastre militar que cortaba el paño con la uña…

Pascualito. ¡Déjese usted de cuentos japoneses!

Don Gastón. ¿Cómo japoneses? ¡No me nombre usted al Japón! Precisamente una noche en el Japón, después de un cólico de nísperos, y momentos antes de caerme un rayo en la petaca, que tenía las iniciales de platino, como las puntas de los pararrayos…

Pascualito. Pero ¿usté se figura que le vi yo a aguantá de un gorpe to lo que tiene usté atascao en los quinse días de astinensia? ¡Vamos, hombre! ¡Quítese usté de ahí!

Don Gastón. Pero, escuche usted…

Pascualito. ¡No me da la gana! ¡Vi a ventilarme un poco! *Vase de estampía por la izquierda, refunfuñando.*

Don Gastón. ¡Pobre Pascualito! Creí yo que tendría más correa. O será que yo lo veo ya todo de color de rosa. Me parece como que estaba preso y he cumplido. *A doña Mencía, que vuelve a salir por la izquierda.* ¡Oh, mi dulce amiga!

Doña Mencía. ¡Qué solo se ha quedado usted!

Don Gastón. Es que Pascualito ha ido a ponerse tierra en la nariz, porque le ha picado una avispa.

Doña Mencía. Ya me lo ha dicho.

Don Gastón. ¿Qué?

Doña Mencía. Cabalmente voy yo a buscar una telaraña para la picadura. *Éntrase en la casa.*

Don Gastón. *Riéndose.* ¡Corcho! ¡He coincidido con Pascualito! Bueno, a mí me ocurrió una vez en Santiago de Chile… ¡Ah, que no hay nadie! *A Pimpinela, que pasa por el foro.* ¡Pimpinela!

Pimpinela. ¿Qué quié usté conmigo?

Don Gastón. *Llevándosela aparte.* (De nada te ha servido ocultarlo; ya sé que ese corazón tiene dueño.

Pimpinela. ¿Quién ze lo ha dicho a usté?

Don Gastón. La Muda.

Pimpinela. ¿La Muda?

DON GASTÓN. ¡La Muda, que habla más que un loro!

PIMPINELA. ¿Qué habla la Muda? ¡Infeliz!

DON GASTÓN. No es el primer caso. Yo tuve un sobrino protestante…

PIMPINELA. Vamos, zeñó, no ze burle usté de la desgracia.) *Desaparece por la derecha, después de hacerle una caricia a la Muda.*

DON GASTÓN. *Contemplando a ésta.* ¡Inocente Muda! ¡Si supieras tú que he dicho ahora mismo que hablas más que un loro!

MUDA. *Levantándose sobresaltada.* Pero ¿usté lo zabe, don Gastón?

El brinco que da don Gastón con los pelos de punta entra también en el terreno de la fantasía.

DON GASTÓN. ¡Corcho!

MUDA. *Siguiéndolo adonde su turbación quiere llevarlo y hablando por los codos.* ¡Ay, por Dios! ¡No ze lo diga usté a nadie! ¡Miste que yo no tengo la curpa de na! ¡Miste que yo vine a esta caza desde mi pueblo, y la zeñora me comprometió a fingirme muda pa vigilá mejó lo que aquí pazara estos días! ¡Miste que yo me rezistí! ¡Miste que yo no zoy malina! ¡Ay, por Dios! ¡Que no ze entere doña Mencía de que me he descubierto! ¡Miste que vi a perdé la caza! ¡Ay, qué dijusto!, ¡ay, qué dijusto! *Atribulada y llorosa vase adentro.*

Don Gastón empieza a accionar sin poder articular palabra ninguna. Al fin, consigue oírse.

DON GASTÓN. Ahora soy yo el que no tiene habla. ¡Corcho, qué tártago! ¿Es que me va a resultar verdad cuanto invente?… ¡Horrible! ¡Para ahorcarse de un árbol! ¡No poder mentir! ¡Horrible, horrible!… *Pasea agitadísimo.*

Sale don José María de la casa.

DON JOSÉ. ¡Qué triunfo me espera! No sé pensar en otra cosa. Voy allá.

DON GASTÓN. ¡Horrible, horrible!…

DON JOSÉ. ¿Horrible? ¿Qué es eso de horrible?

DON GASTÓN. *Liándola otra vez.* Pascualito…

DON JOSÉ. ¿Pascualito?

DON GASTÓN. Es un chiquillo… parece que le ha herido que Pimpinela me prefiera… ¿sabe usted?… y se ha ido por el campo adelante con una cara que no me gusta nada, hablando de matarle y de qué sé yo qué…

DON JOSÉ. ¡No tema usted, por Dios!

DON GASTÓN. ¡Es que lleva un revólver de seis tiros!

DON JOSÉ. ¡Bah!, ¡bah!

Suena dentro una detonación espantosa. A don Gastón se le figura que Pascualito se ha suicidado efectivamente. Don José María echa a correr hacia la derecha, increpando al encargado del fuego.

DON GASTÓN. ¡Jesús!

DON JOSÉ. ¡Animal! ¡Se me ha adelantado ese hombre!

Vase.

DON GASTÓN. *Dejándose caer en un banco trémulo y sin fuerzas.* ¡Ay!… ¡ay!… ¡*Me cargué* a Pascualito! Por mentir… ¡*me cargué* a Pascualito! ¡Ay!… ¡ay!…

Vuelve en esto Pascualito por donde se marchó.

PASCUALITO. Don Gastón, ¿qué ha sío eso?

DON GASTÓN. *Abalanzándose a él, poseído le un júbilo extraño, y abrazándolo con frenesí.* ¿Eh? ¡Pascualito! ¡Pascualito! ¡Ay, Pascualito! Le tembló a usted el pulso, ¿verdad?

PASCUALITO. ¿Cómo? ¿Qué pasa, don Gastón? ¿Se ha vuerto usté loco?

DON GASTÓN. ¡Ay!…

PASCUALITO. Pero ¿qué pasa?

DON GASTÓN. Nada, hombre, nada… Que llevamos de amigos pocos días, pero que yo lo quiero a usted como si nos hubiéramos criado juntos.

PASCUALITO. ¡Camará, pero nunca le ha dao a usté tan fuerte!

Llegan, sucesivamente, Pimpinela por la derecha; doña Mencía, del interior de la casa, y por la derecha también, don José María.

PIMPINELA. ¿Ha zonao un tiro, no es verdá?

Pascualito. ¡Vaya si ha sonao!

Doña Mencía. ¿Qué detonación ha sido ésa?

Don José. ¡Victoria!, ¡victoria! ¡He realizado la prueba de mi último invento con un éxito absolutamente satisfactorio! ¡El cohete acuático!

Pascualito. ¿Hola?

Don José. Me van a levantar una estatua los labradores; ¡se acabó la sequía! En cuanto el campo necesite agua, se echa al aire una docenita de cohetes, y se riega una extensión enorme.

Pascualito. Y luego se puén hasé sambombas con las cañas, pa Nochebuena.

Risas generales.

Música

Sale Perejil inopinadamente por la derecha, capirote en mano, pasmando con su presencia a todos, y se dirige a ellos en actitud de súplica.

Perejil.

¡Perdonad!
¡Oh, señoras y señores
que en dichosa libertad
disfrutáis de los olores
de este campo y de estas flores!…
¡Escuchad!

Don Gastón y Pascualito. *Cada uno para su capote.*

(Éste es Perejil,
y no me hace gracia
verlo por aquí.)

Perejil.

Unos pobres farsantes
van rodando, rodando
por el mundo buscando
un pedazo de pan;

y si os place el oírlos,
condición que es precisa,
una farsa de risa
ante todos harán.

Pimpinela. *A doña Mencía.*

¡Ay! diga usté que zí;
que toítas ezas cozas
me gustan mucho a mí.

Don Gastón, Pascualito y Don José.

¡Que vengan sin tardar!
Lo quiere Pimpinela,
y ya no hay más que hablar.

Doña Mencía.

Yo nada he de oponer,
si es culta y es honesta
la farsa que han de hacer.

Perejil.

Deseche ese temor;
la farsa es tan sencilla

que un niño es el autor.

Voy, pues, con vuestra licencia,
a darles el parabién,
y a hacer que a vuestra presencia
lleguen en un santiamén.

Da una cabriola y se va corriendo por donde salió. Ríen todos y se acomodan para presenciar él espectáculo. La Muda, y dos o tres criados y criadas más, se asoman a la puerta de la casa respetuosamente, pero con curiosidad mal contenida. Allí comentan entre si el suceso, y se aguardan a presenciar la farsa.

PIMPINELA.

Tiene gracia er payazo.

DOÑA MENCÍA.

Sí que la tiene.

DON GASTÓN Y PASCUALITO.

A ver si la comedia
nos entretiene.

Vuelve Perejil, tocando una guitarrilla. Lo sigue el Tamborilero, con su instrumento. Al son de unos compases de pasodoble, dan un par de vueltas ante el concurso, al cabo de las cuales se detienen y se ponen juntos a un lado.

PEREJIL.

La farsa de *La risa del tío Conejo*
va a comenzar;

cuando hayáis de reíros, con un redoble
se os prevendrá.

El Tamborilero toca un redoble y sueltan la carcajada todos. Cesa la música.

Sale el Tío Conejo, que es un mamarracho con capotón y luengas barbas. Es Juan en persona, pero no hay modo de conocerlo.

Juan.

¡Ay, qué achacoso que está
el pobre del tío Conejo!
De desmedrado y de viejo
no puede tenerse ya.

Soy la irrisión de las gentes;
no hay nadie que me resista;
tengo que mirar sin vista;
tengo que comer sin dientes.

Tan sólo la tía Pelleja
suele soportar mi trato,
y me divierte algún rato
contándome una conseja.

Si asomara por aquí
diera gusto a mi deseo.
¡Es tan buena! Mas ¿qué veo?
¿No es ésta que viene ahí?

Sí por cierto; y muy aprisa.
¡Ay, por poquito se cae!
¡Seguramente me trae
alguna historia de risa!

Sale, como es natural, la Tía Pelleja, con un manto largo, gafas de ciego y un báculo. Es la Adivinadora disfrazada. Se saludan muy jovialmente.

¡Guárdete Dios, tía Pelleja!

Adivinadora.

¡Dios te guarde, tío Conejo!
¿A quién espera mi viejo?

Juan.

¿A quién, si no es a su vieja?

Redoble de tambor, y risas del concurso.

¿Qué se dice? ¿Qué se miente?
¿Sabes algo divertido?

Adivinadora.

Una historieta he oído
que es de lo más sorprendente.

Juan.

Cuéntamela, vieja mía,
y a ver si de risa lloro.
Ya no tengo más tesoro
que estar en tu compañía.

Adivinadora.

Pues escúchala al momento,
ya que la quieres oír.
Lo que no te sé decir
es si es historia o es cuento.

Llegó a un palacio andaluz
una niña tan preciosa,

que por su cara era rosa
y lucero por su luz.

Y era esta rosa-lucero,
en abril, clavel temprano,
jazmín fragante en verano,
violeta humilde en enero.

A esta niña portentosa,
de su padre por la muerte,
cayole de pronto en suerte
una herencia fabulosa.

El Viejo se ríe. Los oyentes se miran unos a otros con cierta inquietud, que crece por grados a medida que avanza el cuento.

Y por amor o interés,
ansiosos de conquistarla,
llegaron a enamorarla
dos galanes.

Redoble de tambor.

Miento: tres.

Dos de ellos, comprometidos
a no disputarla en riña,
a las plantas de la niña
se arrodillaron unidos.

¿Y el tercero? ¡Ay, el tercero!
Ahora te vas a reír:
entró en la casa a servir
fingiéndose jardinero.

PIMPINELA. *Asombrada; sin poder contenerse*.

¡Vinge!

El Viejo ríe muy de veras.

Adivinadora.

Y mientras los dos galanes
no tienen punto de calma,
y por llevarse la palma
discurren absurdos planes;

cantándole sus amores
el jardinero fingido,
le enseña a su bien querido
el lenguaje de las flores.

El Viejo ríe a mandíbula batiente.

Esto que te cuento yo
es lo que a mí me han contado.
Y colorín colorado,
que mi cuento se acabó.

Ríen más que nunca él y ella.

Queda con Dios, tío Conejo.

Juan.

Vete con Él, tía Pelleja.
¡Lo que averigua esta vieja!

Adivinadora.

¡Lo que se ríe este viejo!

Desaparecen, riéndose, cada uno por un lado. Pascualito se levanta hecho una fiera. Movimiento general.

Pascualito. ¡Me caso con la Biblia!

DON JOSÉ. ¿Qué sucede?

PASCUALITO. ¡Que ya se me ajumó a mí er pescao! *Llamando a los farsantes, que, al oírlo, vuelven en seguida.* ¡Eh!, ¡eh!, ¡señora! ¡Venga usté pa acá! ¡Y usté también, tío Conejo, o como se yame! ¿Quién es usté, señora? ¿Pué saberse?

ADIVINADORA. *Descubriéndose.* Mírelo, señor.

PIMPINELA. ¡Ay, qué mujé más guapa!

PASCUALITO. ¡La Adivinadora!

DON GASTÓN. ¡Claro que es la Adivinadora!

DOÑA MENCÍA. ¿Qué Adivinadora?

ADIVINADORA. Ninguna, porque no lo soy. Si yo fuese adivinadora de verdad, no andaría por estos caminos buscando el pan para mi gente. En Cuevas del Río un mozo del pueblo me informó de quiénes eran estos señores y de sus propósitos, y por eso dije cuanto dije. Marchábamos esta mañana a Pretil de las Brujas, y a mitad de camino el mismo mozo nos habló de venir aquí y de representar esta farsa.

PASCUALITO. ¿Y ese mosito, no andará por aquí serca también?

JUAN. *Descubriéndose.* Si, señor; no puede estar más cerca.

PIMPINELA. *Sorprendidisima.* ¡Juan!

DOÑA MENCÍA. ¿Juan?

DON JOSÉ. ¿Juan?

PIMPINELA. *Yendo de unos a otros.* ¡Vinge! ¡Zi es Juan! ¡Es Juan! *A don Gastón.* ¿Ha visto usté que es Juan? ¡Es Juan!

DON GASTÓN. ¡Ya he visto que es Juan!

JUAN. Juan. Ése es mi nombre. Y mi apellido, Calderilla.

DOÑA MENCÍA. ¿Calderilla?

DON JOSÉ. ¿Calderilla? ¿Usted es Juan Calderilla?

JUAN. Y traigo conmigo cuantos documentos lo acreditan así.

PASCUALITO. No hasen farta, *pajolero* pariente.

DON GASTÓN. Pascualito y yo hemos conocido ya que eres de la familia.

PIMPINELA. ¡Es más listo!, ¡más listo!

DON JOSÉ. ¡Dame un abrazo, galopín!

JUAN. ¡Y ciento, don José María!

Se abrazan y forman un animado grupo con doña Mencía y Pimpinela.

DON GASTÓN. *Con Pascualito, aparte.* (¿Usted qué dice a esto?

PASCUALITO. Que se me ha quitao de ensima la Sierra e Córdoba. Na más.

DON GASTÓN. ¿Por qué?

PASCUALITO. ¡Porque soy casao!

DON GASTÓN. ¿Y eso le preocupaba a usted. Pascualito?

PASCUALITO. ¡Claro!

DON GASTÓN. ¡Qué bobada! Preocupación la mía, que… que…

PASCUALITO. ¿Qué?

DON GASTÓN. Nada. Le iba a decir a usted que yo soy cura; pero como me está saliendo verdad todo lo que digo… ¡corcho!, ¡eso era ya muy grave!)

PASCUALITO. Pimpinela, Juan: que sea enhorabuena. Nosotros somos los primeros en alegrarnos. ¿No es eso, don Gastón?

DON GASTÓN. Aunque envidiosos de tanta dicha, eso es.

PASCUALITO. Siempre había usté de ponerle arguna borlita a la frase.

JUAN. Se agradece la nobleza, mis queridos parientes. *Los abraza.* Y tú, Adivinadora, toma, para que también goces con tu gente de mi alegría. *Le da un billete.*

ADIVINADORA. Dios se lo pague. ¿Vámonos, Perejil?

PEREJIL. Vámonos; pero antes les echaremos una copla a los novios.

ADIVINADORA. Ahora mismo.

PIMPINELA. *Batiendo palmas.* ¡Ole!, ¡ole! ¡Que zea muy bonita!

Música

Al son de la guitarrilla del payaso canta la Adivinadora, en medio de la animación y del regocijo generales.

ADIVINADORA.

Para bonita, la novia;
para travieso, el galán,
y para dicha, la dicha
que su cariño les da.

Con el estribillo,
quédate con Dios,
y de nuestras faltas
danos tu perdón.

TODOS. *Al público:*

Con el estribillo,
quédate con Dios,
y de nuestras faltas
danos tu perdón.

FIN

Fuenterrabía, julio, 1907.

CUATRO PALABRAS

APROPÓSITO

Estrenado en el **Teatro de la Comedia** el 15 de enero de 1909, en función a beneficio de las víctimas de los terremotos de Sicilia y Calabria

A **LUCIA MONTI DE VILLEGAS**,
noble iniciadora de la fiesta de caridad que dió origen a este apropósito, sus buenos amigos,
LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
La Abuela.	Irene Alba.
Carmen.	Nieves Suárez.
Laura.	Conchita Ruiz.
Felisa.	Mercedes Pérez de Vargas.
La Modelo.	Adela Carbone.
Pablo.	Manuel González.
Don Otón.	José Santiago.

CUATRO PALABRAS

Estudio de pintor de Pablo, en Guadalema.

Aparece Pablo copiando a la Modelo, que está caprichosamente vestida.

PABLO. ¿Te cansas?

MODELO. Poca cosa.

PABLO. Ahora descansaremos un rato.

MODELO. Hoy estamos trabajando mucho.

PABLO. Es que quiero terminar esto hoy mismo.

MODELO. ¿Hay comprador en puerta?

PABLO. No. Pero con motivo de la inundación de La Puebla se están organizando aquí, en Guadalema, dos o tres fiestas de caridad. Todo el mundo trata de contribuir a ellas con lo que puede, y yo, que no dispongo de más riqueza que mi trabajo, he ofrecido un lienzo.[6]

MODELO. ¿Y va a ser éste?

PABLO. Éste, o ese otro. Luego vendrán a verlos don Otón Areneros y sus hijas. Si les gusta éste, éste se llevarán. Y si prefieren ése, lo mismo. Todo mi estudio he de ponerlo a su disposición.

MODELO. ¿Todo?

PABLO. Mujer, si te eligieran a ti, ya sería cosa de exigir condiciones, ¿no te parece?

MODELO. Se está hablando de las pinturas, don Pablo.

PABLO. ¿Y qué más pintura que tú?

MODELO. ¡Qué fino está el tiempo!

PABLO. Descansa un poco, y de camino sal a ver quién es, que creo que han llamado.

MODELO. Será la Abuela.

Se va y vuelve luego seguida de la Abuela, vieja andaluza. Pablo, mientras, enciende un cigarrillo.

PABLO. Pues, señor, no hay como trabajar con entusiasmo para que salgan bien las cosas. Estoy contento.

MODELO. ¿Ve usted cómo era ella?

ABUELA. Aquí estoy ya. No me diga usté na, que usté verá lo que me ha pazao. *Se sienta.*

PABLO. Dios te guarde, mujer. Si te llego a esperar para que me fueses por el almuerzo, me luzco.

ABUELA. No me riña usté, que estoy estrozaíta. ¿De dónde dirá usté que vengo?

PABLO. ¿De dónde?

ABUELA. ¡De La Puebla!

MODELO. ¿De La Puebla, abuela?

ABUELA. ¡De La Puebla, hija mía! ¡De vé los dezastres de la inundación!

PABLO. ¡Qué locuras haces! Y ¿has ido sola o con tu marido?

ABUELA. ¡Ocurrencia es! ¡Mi marío tiene a estas fechas otra inundación en er cuerpo; pero es de vardepeñas! ¡Mar fin tenga er vino también!

PABLO. ¿Y qué has visto en La Puebla?

ABUELA. ¡Un horró, don Pablo, un horró! Como no zé leé la relación que traen los papeles, quería mirá con miz ojos lo que ha pazao. ¡Un horró! Inundaciones grandes ha habío en La Puebla —porque paece que Dios lez ha echao una mardición a aqueyos infelices—, pero como ésta no he conocío ninguna.

PABLO. Espantosa dicen que ha sido; es verdad.

ABUELA. To lo que uzté ze imagine es poco: er pueblo entero está arrazaíto. Me enteré anoche de que unos vecinos iban a di esta mañana en un

carro a repartí limosnas, y les pedí que me yevaran. Y fui con eyos. Y tos zon más pobres que las ratas, no ze pienze usté; pero como zon güenos, zaben compadecé a los desgraciaos. Y el uno cogió unos zapatiyos de zu hijo, y el otro una manta de zu cama, y el otro una carguita e leña, y el otro una jarrita e leche… Ca uno lo que tenía, zeñó… Y yo, como no tengo más que la boca pa charlá y pa dá bezos, ayá me fui zegún estoy, y los labios traigo doloríos de bezá a tanta criaturita dezampará.

PABLO. Tranquilízate, mujer, tranquilízate.

ABUELA. Déjeme usté que me dezahogue. Esta noche zueño yo con aqueyos escombros y aqueyas ruinas. Y repare usté en lo más grande, zeñó, y entérate tú, niña, también, pa que veas lo que ez er mundo pícaro. La Puebla, en zana paz, ez un reñiero. No hay ni dos perzonas que bien ze quieran: el arcarde está a matá con er cura; er cura quiziera vé corgao al arcarde; er médico no ze yeva bien ni con er boticario; er juez ze pelea con zu sombra… El único que está cayaíto ez er maestro de escuela, porque ze murió de flato hace tres mezes… ¡Ayí nunca ha habío a toaz horas más que riñas!… Y zin embargo de ezo, azome usté la cara por ayí, y verá usté cómo después de esta desgracia tos paecen hermanos… tos ze abrazan yorando… tos van a una… ¡Y a mí me da mucha rabia, don Pablo, y ze me parte er corazón de pena, de penzá que tengan que vení estas calamidades y estas lágrimas pa que parezcamos hermanos loz unos de loz otros!…

PABLO. ¿Y qué le vamos a remediar, abuela? Así es el mundo, y no lo vamos a arreglar tú ni yo.

ABUELA. Porque no nos ponemos a eyo. Diga usté que me concediera a mí er Padre Eterno un rato e palique, y ya veríamos zi ze arreglaban o no ze arreglaban las cozas.

PABLO. A ver: ¿qué le dirías tú al Padre Eterno?

ABUELA. Pos miste: lo primero, que a vé zi quitaba los conzumos. Después, que a vé zi hacía que toa el agua de la inundación ze la tragaze de un zorbo eze zeñó banquero que no ha dao más que diez reales pa las vírtimas. Después, que acabara con la política, que to lo trae revuerto. Después, que a los borziyos de los ricos les hiziera unos agujeros pa que ze les fueran cayendo las moneas, que ya las recogeríamos los pobres. Después,

que en vez de nacé uvas en las viñas, nacieran panes. Y zi ez que está enamorao de las uvas, y tiene mucho empeño en que nazcan, que güeno, que nazcan, pero pa tomarlas con quezo na más, y a to er que intente pizá una, que lo deje cojo. Y después… después que me quitara de encima zezenta años, pa plantarme en quince y quearme como una roza… y que vorviera a hacerme el amó mi marío, y decirle que no. To ezo y mucho más le pediría yo ar Padre Eterno en menos que ze lo digo a usté.

PABLO. Pues, mira, quizás te hiciera caso.

MODELO. Es posible. Don Pablo, voy a abrir, que ahora sí que deben de ser don Otón y sus hijas. *Vase.*

PABLO. Sí, sí; vé.

ABUELA. ¿Vienen zeñoras?

PABLO. Dos o tres muchachas.

ABUELA. Entonces, con permizo de usté, pegaré a la paré la Venus; que no la vean las niñas. *Lo hace.*

PABLO. Es verdad, sí.

ABUELA. Esta ez otra. ¡Lo disparatao que está er mundo! Yegan cabayeros, y er desnúo de la Venus ze quea en zu zitio; yegan zeñoras, y hay que pegá er desnúo a la paré. ¡Lo naturá zería ar contrario! Porque zi hay pecao…

PABLO. Calla; no disertes.

Salen don Otón y sus hijas Carmen Laura y Felisa. Los sigue la Modelo.

PABLO. Pasen a honrar mi estudio las bellas hijas del insigne orador, y el insigne orador.

CARMEN. ¡Oh!, Pablo. ¿Cómo va?

PABLO. Bien, ¿y usted, Carmen? ¿Y ustedes?

LAURA. Muy bien; gracias.

FELISA. Perfectamente; gracias.

PABLO. ¡Mi querido don Otón!

DON OTÓN. ¡Mi querido artista! Le sorprenderá a usted que haya entrado con el sombrero puesto.

PABLO. No; ¿por qué? El pasillo está frío…

DON OTÓN. La explicación es otra. He entrado con el sombrero puesto… para quitármelo. Porque yo, siempre que entro en un templo, me descubro.

PABLO. Es usted la suma amabilidad. Siéntense ustedes, si hallan dónde.

CARMEN. ¡Qué disparate! Primero vamos a curiosear.

LAURA. ¡Claro!

PABLO. Poco hay que ver ahora. Ahora y siempre.

FELISA. Pues este cuadro es bien bonito.

PABLO. Más bonitos son los ojos que lo están mirando.

FELISA. ¡Oh! ¡Qué galante!

LAURA. ¡Y este paisaje de tamaño natural es algo precioso!

CARMEN. Y este lienzo vuelto, ¿qué es?

PABLO. Chafarrinones de un discípulo.

DON OTÓN. Hombre, hombre, veámoslo: que siempre son considerables los primeros tanteos de la juventud.

PABLO. *A don Otón.* (Le advierto a usted que es un desnudo de mujer.)

DON OTÓN. (¡Ah, caramba!) Por más que cuando el chico lo ha vuelto, sus razones tendrá. Y a la sombra del mérito crece la modestia. Respetemos, pues, la de este Goya en cierne. *Desde ahora aprovecha cualquier distracción de las niñas para ver él por su cuenta el desnudo.*

CARMEN. ¿Y cuál es el que va usted a regalar para la función?

PABLO. Éste, si les parece bien. Y si no, ese otro.

CARMEN. ¡Cualquiera de los dos! ¡Ya lo creo!

LAURA. ¡Ay, éste es lindísimo!

FELISA. ¡Lindísimo! ¿Verdad que es lindísimo, papá?

DON OTÓN. ¿Cómo?

CARMEN. El cuadro éste, que es precioso.

DON OTÓN. Voy a empaparme en él, y entonces emitiré mí juicio. Porque todo cuadro, como toda obra de arte, obedece a un criterio, a una escuela, a una idea, a un temperamento, etcétera, etcétera. Voy a empaparme, digo.

CARMEN. Pues a mí, sin empaparme, me gusta mucho.

PABLO. Es que su papá de usted, como hombre de extensa cultura, es muy *analítico.*

LAURA. Demasiado *analítico.*

Todos callan y miran al cuadro, esperando la sentencia del sapientísimo don Otón.

DON OTÓN. Bien, bien, bien… Hay, hay… Tiene, tiene… Revela… Está, está, está… Tiene, tiene… Hay… Bien, bien…

ABUELA. *A Pablo.* (¿Tarda mucho en empaparze éste zeñó?

PABLO. Calla ahora.

ABUELA. Porque yo ya estoy zudando de oírlo.)

DON OTÓN. Al considerar una obra de arte como la presente, se me ocurren tres observaciones, las cuales, a su vez, me sugieren tres comentarios cada una.

CARMEN. (¡Ay, Dios mío!)

DON OTÓN. Es decir, que tenemos por el momento tres observaciones y nueve comentarios.

LAURA. Huelgan los comentarios, papá.

DON OTÓN. Tú ¿qué sabes? La primera observación, mi admirado artista, puede dividirse en dos observaciones más.

FELISA. Déjate ahora de distingos.

DON OTÓN. En dos observaciones más. Primera de primera.

CARMEN. Mira, papá: eso es un camarote.

DON OTÓN. ¿Cómo un camarote?

FELISA. Ten en cuenta que hay prisa, papá.

LAURA. Que tenemos que hacer muchas cosas.

CARMEN. Y, sobre todo, que el cuadro es un primor, y a todos les va a parecer lo mismo. De manera que vamos a tratar del mejor modo de ofrecérselo al público.

PABLO. ¿No se había hablado de una rifa?

LAURA. Sí, señor.

FELISA. Y para mí es lo más acertado.

CARMEN. Y para mí también. No hay como la rifa.

LAURA. Es lo que dará más productos.

FELISA. Y lo más simpático.

CARMEN. En uno de los intermedios de la función, que se celebrará en el teatro Principal, se le exhibe al público, y papá dice entonces cuatro palabras a propósito del cuadro y explicando la rifa. ¿No opina usted, Pablo?

DON OTÓN. ¿Vuelta a insistir sobre lo mismo? Ya hemos tratado en casa de esto, Carmencita, y sabes que me opongo resueltamente a decir eso que llamáis cuatro palabras.

PABLO. ¿Por qué? Pues ¿quién mejor que usted sabrá decirlas en Guadalema?

DON OTÓN. Agradezco la lisonja, querido Pablo. Pero póngase usted en mi lugar: me tasan el tiempo, porque han discurrido un programa larguísimo, con canciones y bailes y qué sé yo qué, y sólo me conceden cinco minutos para que diga esas cuatro palabras. ¿Usted cree que yo puedo decir esas cuatro palabras en cinco minutos?

PABLO. Sí, señor, por largas que sean.

DON OTÓN. Lo voy a convencer a usted de que se halla en un error crasísimo.

CARMEN. Papá, papá…

DON OTÓN. El discurso, conforme a las leyes de la oratoria, se compone de cuatro partes, a saber: exordio, proposición, confirmación y peroración. Exordio es aquella parte en que se prepara al auditorio; proposición aquélla en que se propone el asunto; confirmación, aquélla en que se prueba, y peroración aquélla con que se concluye. Yo siempre arranco en la peroración un murmullo de simpatía.

CARMEN. Papá, no seas plúmbeo.

PABLO. Pero si no se trata de un discurso, querido amigo.

LAURA. Eso le decimos nosotras. No son más que cuatro palabras.

DON OTÓN. ¡Y dale con las cuatro palabras! Yo hasta el chocolate lo pido con exordio, proposición, confirmación y peroración. ¿Quién es capaz de encerrar en cuatro palabras todo el vasto tema que se pretende encomendarme? Analicemos. ¿De qué se trata? De una fiesta de caridad. ¿Qué es caridad? Un sentimiento humano. ¿Cómo prescindo de un poco de historia de la Humanidad? Sería una falta imperdonable. ¿Qué forma afecta en este momento concreto esta caridad? La rifa de un cuadro. ¿Por qué se rifa?

ABUELA. ¡Por papeletas o por bolas, digo yo!

PABLO. ¡Silencio!

DON OTÓN. Se rifa porque ha habido un artista generoso. ¿Y quién no le dedica algunos párrafos al artista en cuestión, a su idiosincrasia, a su escuela y a sus maestros?

Y.al hablar de los maestros del artista, por pocas alas que yo tenga, heme de remontar a la historia del arte. ¿Qué menos, no es verdad? Pues fíjese usted en lo que tenemos para dicho en cuatro palabras: historia de la Humanidad; historia del arte, sentimiento de la caridad; concepto vulgar de la caridad, de la Humanidad y del arte; concepto mío del arte, de la Humanidad y de la caridad; relación entre la caridad y el arte, y relación entre el arte y la Humanidad.

ABUELA. Pero, zeñó, ¿to ezo es menesté pa decí que ze rifa un cuadro? Porque a mí ze me figura que bastaba con un letrero.

LAURA. ¿Ves a lo que te expones, papá?

DON OTÓN. ¿Quién es esa mujer ignorante?

PABLO. Una pobre vieja que me arregla el estudio, y a la cual debe usted dispensar ahora. Yo se lo suplico.

DON OTÓN. Dispensada. Pero ¿usted estará de acuerdo conmigo en lo tocante a la materia del discurso?

PABLO. Completamente.

DON OTÓN. Pues bueno: si eso pienso del fondo, ¿qué no diré respecto de la forma? ¿Usted no sabe cuáles son, en buena oratoria, las formas propias del que raciocina?

PABLO. No, señor.

DON OTÓN. ¿Que no lo sabe usted?

PABLO. No, señor.

LAURA. ¡Ay, ay!…

DON OTÓN. Pues son las siguientes: antítesis, concesión, epifonema, expolición, gradación, paradoja, símil o comparación, sentencia, prolepsis, revocación, reyección y transición.

ABUELA. (Y mientras acaba, yega otra inundación.)

PABLO. Admirable, don Otón, admirable. Hará usted muy bien en no transigir con la rutina.

DON OTÓN. Usted es un hombre de talento.

PABLO. ¿Qué tiempo necesita usted para decir esas cuatro palabras?

DON OTÓN. Dos horas, condensando mucho.

PABLO. Pues o que se las concedan a usted, o no abra usted su pico.

DON OTÓN. Ni más ni menos.

FELISA. Ya lo convenceremos en casa.

DON OTÓN. Estáis frescas.

CARMEN. Adiós, Pablo, Y mil enhorabuenas.

PABLO. Adiós, Carmen. Muchísimas gracias.

LAURA. Adiós. Los pobres inundados le agradecerán a usted su generosidad.

FELISA. Adiós.

PABLO. Vayan con Dios.

DON OTÓN. Siempre que me voy del estudio de un artista se me ocurren tres consideraciones, que a su vez…

FELISA. Anda, papá, anda…

DON OTÓN. Adiós, Pablo; no han de dejarme en paz. Detesto la prisa. Ya lo dijo el latino: *festina lente:* apresúrate despacio. Adiós.

PABLO. Adiós, don Otón.

Se van el papá y las niñas, seguidos de Pablo.

ABUELA. *A la Modelo.* ¿Tú has visto nunca un hombre más pezao?

MODELO. Lo que quiere es lucirse y nada más.

ABUELA. ¡Jezús con er tío! Ze ha figurao que en lugá de rifarze er cuadro ze rifa é.

Vuelve Pablo.

PABLO. ¡Ave María Purísima! ¡No sé cómo lo aguantan en su casa!

ABUELA. Ezo estábamos diciendo acá.

MODELO. ¿Y soltará el discurso?

PABLO. ¡Ca! Soy yo el primero que se opone.

MODELO. Me alegro.

ABUELA. Y yo también me alegro.

PABLO. No es preciso saber tanta retórica ni pedir dos horas de atención para adelantarse a un público y decirle sencillamente. —*Al público*—. Señoras, señores: una espantosa desgracia aflige en estos momentos a un pueblo hermano. La caridad, que vive en los corazones de los buenos, oculta como planta modesta, sale a luz estos días y ofrece sus flores abundantes. Por algo en el crudo invierno hay rayos de sol, y hay fresco rocío en el ardoroso verano Cada uno da lo que tiene y puede: el rico, sus monedas de plata y de oro; el pobre, sus besos y sus lágrimas; el labrador, sus mieses; el jornalero, su jornal… Escriba el poeta dramático, que sus farsas se representarán, trocándose en realidad verdadera de amparo y de ternura; representen los comediantes, que sus voces, y sus risas, y sus canciones sonarán como alegre música allí donde todo es desconsuelo, pinte el pintor, y su mano será bendita… De la ofrenda de un cuadro de un pintor nació esta fiesta de caridad. ¡Dichoso mil veces ese cuadro! Dormía en el estudio, esperando, como sus hermanos, su ignorado destino. Pero tuvo suerte entre todos. Pudo ir al palacio de un magnate que lo mostrara con orgullo; pudo ir a un museo, con una rama de laurel; pudo venderse y revenderse de mano en mano, sin

hallar en ninguna cariño bastante a retenerlo. ¡Feliz él, que ha de ir a una de vuestras casas! Conseguido por suerte, siempre se le mirará con amor y con simpatía; logrado en una fiesta de caridad, siempre le acompañará el recuerdo de un sentimiento noble, Y si por ventura en la casa donde haya de ir hay niños que la alegren, cuide el padre de mostrarles este cuadro con preferencia a todos, aunque por su mérito fuere inferior a los demás, por que aprendan en él los niños que el arte es siempre generoso y que ni para el amor ni para el dolor hay patrias diferentes…

Y esto dicho, pido perdón para los autores de este apropósito, y va a celebrarse la rifa que ha dado ocasión a estas **CUATRO PALABRAS**.

FIN

Madrid, enero, 1909.

SANGRE GORDA

ENTREMÉS

Estrenado en el **TEATRO APOLO** el 30 de abril de 1909

A MARÍA PALOU,
morena y sevillana, por admiración de su persona y de su arte,
LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Candelita.	María Palou.
Santiago.	José Moncayo.

SANGRE GORDA

Habitación en casa de Candelita, linda costurera de Arenales del Río. Una puerta a la izquierda y otra a la derecha. Al foro, una ventana sin reja, que da a un patio lleno de luz. Pocos muebles. Entre ellos, una máquina de coser, un costurero y un bastidor para bordar.

Candelita, sentada cerca de la ventana, cose y canta a la vez, desasosegada y nerviosa. Ella es una pólvora, como suele decirse, y se halla, además, en un momento crítico de su corazón.

Candelita.

Grande pena es la de un siego
que no ve por donde va,
pero mayor es la mía,
que no sé tu voluntá.

¡Por vía der merengue! ¡Ya cosí una manga ar revés! *Suelta la costura y se levanta sofocadísinta.* ¡Señó, si no es posible; si no tengo la cabesa en la costura! ¡Ay, qué condenasión de hombres!… ¿Dónde he echao mi abanico? ¿Dónde he echao mi abanico? Aquí está. *Se abanica con furia.* Como San Lorenso voy yo a morí por ese *sangre gorda* de Santiago, ¡achicharra! ¡Jesú, qué sofoco! Soplo y caliento el aire. *Pasea unos momentos rabiosa y como dándose razones a sí misma.* Mira, Candelita, vamos a cosé, que te tiene más cuenta. *Vuelve a sentarse a ello.* Digo, a descosé; porque ahora tengo que descosé esta manga. *Lo hace de un tirón.* Por poquito la rompo. Y luego, pague usté la tela… ¡Mar fin tengan los hombres!… *Cantando como antes.*

Grande pena es la de un siego
que no ve por donde va…

Se levanta repentinamente de un salto ¡Ea, que no coso!, ¡que no coso y que no coso! ¡Si no pueo cosé! ¡Si por las uñas me está saliendo elertrisidá!… ¡Ay! *Pasea, se sienta, se levanta, se abanica y no está un punto quieta.* ¡Ay! Es que se dise muy pronto, señó: dos años. ¡Dos años! Se dise muy pronto: dos años. Ya está: ¡dos años! Enero, er Carnavá, la Cuaresma, la Semana Santa, la primavera, er verano, los baños en er río, la vendimia y las sambombas de Nochebuena. ¡Dos años! Y empiese usté otra vez con enero y acabe usté con er Niño Dios. ¡Dos años! Se dise muy pronto: ¡dos años! Dos años viniendo a mi casa día por día ese plomo de hombre, gustándole yo —porque sé que le gusto—, gustándome é —porque eso es lo más malo, que ér me gusta— y sin haberme dicho toavía: «Candelita… arrímese usté a mí, que vi a ensendé un sigarro». ¡Ay, qué sangre más gorda le ha dao su Divina Majestá! En to Arenales der Río no se encuentra otro. ¿Qué habré yo hecho, pa que Dios me castigue de esta manera? ¡Yo, que soy una tira de triquitraques, enamorá de un hombre que hasta en apagá un fósforo echa tiempo! ¡Y no hay más que hasé así! *Sopla con vehemencia.* Y ya está apagao. Por supuesto, que se acabaron los rodeos. De hoy no pasa que aclaremos la situasión. O me dise sus intensiones, o le digo que me está perjudicando y que no güerva. ¡Que no güerva!… ¡Si ahí está la dificurtá: que yo quiero que güerva!… ¡Por vía der merengue!… *Siéntase otra vez a coser.* De tos modos: no lo sufro más. ¡Yo no voy a pasarme la juventú aguantando a ese chinche! De hoy no pasa; no pasa. *Canta de nuevo.*

Dos vereítas iguales:
¡cuár de las dos cogeré!
Si cojo la de mi gusto,
mi perdisión ha de sé.

Ahí viene ya. Ya siento sus andares. Pa echá una pierna le píe permiso a la otra… y no se lo da toas las veses. ¡Jesús!

Santiago. *Dentro.* ¿Ze pué pazá?

Candelita. Adelante. *Pausa.* ¡Adelante! *Nueva pausa. Levantándose y abriendo la puerta de la izquierda.* Pero ¿se ha muerto usté?

Sale Santiago.

Santiago. Me estaba escondiendo… Güenos días. Me estaba escondiendo las correíyas de las botas. Como zé que a usté no le gusta que ze me vean…

Candelita. Y ¿no ha tenío usté tiempo en toa la mañana pa esconderse las correíyas?

Santiago. Tené tiempo, zí he tenío tiempo; zino que no me he acordao hasta er momento mesmo en que pregunté zi se podía pazá. ¡Las cozas e la memoria, que vaya usté a entenderla!

Candelita. *Reprimiendo la primera fresca del día.* Güeno: siéntese usté, si quiere, que estará usté cansao del ejersisio. *Se sienta ella.*

Santiago es un mozo del pueblo, pulido y simpático, pero despacioso de lengua, de movimientos y ademanes, hasta la desesperación.

Santiago. Ahora me zentaré. Antes vi a dejá er zombrero en otra ziya. *Va a dejarlo, en efecto, y previamente sacude el asiento con el pañuelo.*

Candelita. No se mancha: no tenga usté cuidao.

Santiago. Es la costumbre der café.

Candelita. Ya.

Santiago. ¿Zu papá de usté está güeno?

Candelita. Está güeno: grasias.

Santiago. ¿Y zu mamá de usté está güena?

Candelita. *Atajando el padrón.* Está güeña toa la familia.

Santiago. ¿La hermanita güena también?

Candelita. ¿No le digo a usté que toa la familia?

Santiago. ¿Y tito Juan?

Candelita. ¡Tito Juan es hermano de mi madre!

Santiago. Pero ¿está güeno?

Candelita. ¡Ay!

Santiago. ¿Qué le paza a usté?

Candelita. Nada.

Santiago. Vi a zentarme ya. *Acerca una silla a la de Candelita, y le sacude el asiento como a la otra*.

Candelita. ¡La costumbre der café!

Santiago. Ezo mesmo.

Candelita. Si no fuera usté ar café perdería la dichosa costumbre.

Santiago. Poco va a durá. Porque vengo notando hace doz años que er café me ercita.

Candelita. ¡Sí! ¡Si lo que le conviene a usté es sarsaparriya, pa refrescá la sangre!

Santiago. ¡Je! Ha tenío usté zalero. ¡Lo que me gusta a mí hablá con usté, Candelita!

Candelita. ¿Ah, sí? ¡También lo vengo yo notando hase dos años!

Santiago. ¡Je! Y es curiozo esto. Ar principio nos hacían la tertulia zu papá de usté, zu mamá de usté, zu hermanita de usté, y er tito Juan de usté. Pero primero er papá, que zu carpintería; luego la mamá, que los quejaceres de zu caza; después ér tito Juan, que no ze haya a gusto más que jugando ar tute, y por fin la hermanita, que zi laz amigas, que zi que zé yo que… Totá, que noz han dejao zolos a usté y a mí.

Candelita. Pos tenga usté cuidao no se quee usté solo der to.

Santiago. ¿Es que va usté a zalí quizás?

Candelita. ¡Por peteneras!

Santiago. ¡Je! Ziempre de guazita.

Candelita. ¡Siempre!

Santiago. Pero ¿de veras va usté a zalí?

Candelita. Sí, señó: a entregá una farda.

Santiago. ¿A qué hora?

Candelita. ¿Qué hora es?

Santiago. ¿Hora? Verá usté. Yo arranqué de mi caza a las diez y cuarto. De mi caza ar café, que está ayí a la vera, diez minutos. Totá: las diez y veinticinco. Tome café con leche… y una copita. Totá: laz once menos

cuarto. Fui a la bodega de don Rufino: laz once menos diez. Discutí con é zi ze zurfatan las viñas o zi no ze zurfatan, laz once y cinco…

CANDELITA. *Estallando.* Pero, arma mía, ¿no tiene usté reló?

SANTIAGO. Tengo reló; sino que me gusta carculá la hora en el aire.

CANDELITA. ¡Es que mientras usté la carcula suena er de la iglesia!

SANTIAGO. Mejón zi zuena: porque entonces pongo bien er mío.

CANDELITA. Y ¿qué hora tiene usté en er suyo?

SANTIAGO. *Después de sacar el reloj y de aplicárselo al oído.* ¿Por la iglezia o por la estación?

CANDELITA. *Levantándose.* ¡Por er demonio que se lo yeve a usté! Deme usté er reló. *Se lo quita de la mano lo mira* y *se lo devuelve furiosa.* ¡Las dose menos cuarto! ¡Ya salimos de dudas! ¡Jesú con el hombre!

SANTIAGO. ¡Qué viva de genio ez usté!

CANDELITA. No, hijo mío; es que no pué aguantarse que yeve usté reló y pierda tanto tiempo carculando las horas.

SANTIAGO. Y ¿a que no zabe usté por qué lo hago? To tiene zu porqué. Por zi argún día ze me orvía er reló. Como me acuesto a oscuras toas las noches, por zi arguna vez ze me orvían los fósforos.

CANDELITA. Y ¿por qué no prueba usté a anda de prisa un día, por si arguna vez se le orvía anda despasio?

SANTIAGO. No ze me orvía, no. Ezo va con mi natura. Yo zargo a mi padre.

CANDELITA. ¡Ah!, ¿de manera que es herensia? ¿No tiene arreglo?

SANTIAGO. Ni farta. Er pobrecito de mi padre me lo decía. «Er que anda apriza ez er que trompieza. Déjate dí espacito. Espacito; espacito…».

CANDELITA. ¡Pos sí que está usté bien educao! *Se sienta.*

SANTIAGO. ¡Que zi lo estoy! Mi padre era un hombre de mucha cencia. No abría la boca zi no era pa zortá una márzima. En fin, nació pobre lo mesmo que el hambre, y me dejó los piaciyos e tierra que tengo… Na más una pena ze yevó al otro mundo.

CANDELITA. ¿Cuá?

SANTIAGO. No habé podio darme una carrera.

CANDELITA. ¡A usté no le da una *carrera* ni su padre ni toa su casta!

SANTIAGO. ¡Je! En er zentío del estudio, Candelita. Yo empecé a estudiá.

CANDELITA. ¿Pa qué?

SANTIAGO. Pa er Telégrafo.

CANDELITA. *Soltando la risa.* ¿Pa er telégrafo usté? ¡Ja, ja, ja!

SANTIAGO. Pa er Telégrafo; no ze ría usté; pa er Telégrafo.

CANDELITA. *Volviendo a levantarse.* ¡Vamos, hombre! Hiso usté bien en no seguí. ¡Primero que los partes de usté yegaban toas las cartas! ¡Aunque las yevaran andando!

SANTIAGO. ¡Qué viva de genio ez usté!

CANDELITA. También es herensia.

SANTIAGO. ¿Zí?

CANDELITA. Sí, señó.

Pausa. Santiago la mira embelesado. Ella, alentando alguna esperanza de que el hombre se anime y rompa de una vez, lo estimula con miradillas zalameras.

SANTIAGO. Ziempre ha de está usté con la riza en los labios.

CANDELITA. Siempre, no.

SANTIAGO. Delante *mía* por lo menos.

CANDELITA. Eso es otra cosa. To tiene su porqué, como ha dicho usté antes.

SANTIAGO. ¿Zí?

CANDELITA. Ya se ve que sí… ¡mala persona!

SANTIAGO. ¡Mala perzona dice!… ¡mala perzona!… ¡Je! *Nueva pausa. Candelita lo mira fijamente. Él la mira también, pero sin darse clara cuenta de la intención que ella pone en sus ojos. Al fin exclama:* ¡Qué gracia tiene cuando dos ze yevan un rato azí como nozotros, na más e mirándoze, zin decirse na y como zi ze dijeran argo!… Ezo paza mucho.

CANDELITA. *Desesperada.* ¡Mucho pasa! ¡Mucho!

Santiago. *Levantándose.* ¿Me deja usté que me fume un pitiyo?

Candelita. ¡Fúmese usté aunque sea un cohete!

Santiago. Zi le incomoda a usté, no fumo.

Candelita. ¿A mí incomodarme? ¡Ya pué usté fumá hasta que se le acabe er resueyo!

Santiago. Pero ¿qué bicho le ha picao a usté de pronto?

Candelita. ¡Que no encuentro un oviyo… que estoy buscando hase dos años!

Santiago. ¡Vaya una coza! No es pa zofocarze de eza manera. *Se asoma a la ventana y se distrae en soplar despaciosamente el humo del cigarro.* Miste, miste cómo ze va el humito.

Candelita. (¡Ay! ¡Yo no puedo más! ¡Yo tiro por la caye de en medio!). *Se sienta.*

Santiago. ¿Zale de aquí zeñó Frasquito, er de la Zambrana?

Candelita. De aquí sale.

Santiago. A la cuenta, de hablá con zu papá de usté.

Candelita. De hablá con mi papá, sí, señó.

Santiago. Zon mu amigos.

Candelita. Muy amigos. Y ahora tratan de sé argo más. Como señó Frasquito tiene un hijo moso…

Santiago. ¡Ah, zí! —Juan María. Mu zimpático.

Candelita. ¿Verdá que lo es?

Santiago. Mu zimpático, y mu formalito… y de lo mejón que hay en Arenales.

Candelita. ¡Vaya! Me alegro de que piense usté así.

Santiago. ¿Le gusta quizás zu hermanita de usté?

Candelita. No, señó. *Se señala ella.*

Santiago. ¿Cómo? *Candelita vuelve a señalarse, sonriendo.* ¿Qué?

Candelita. ¡Que le gusto yo!

Santiago. *Asombrado.* ¿Que le gusta usté?

Candelita. ¡Sí, hijo mío! ¡Que le gusto yo! ¿No pueo yo gustarle a la gente? ¡Ni que fuera yo er león der correo de Córdoba, que dise mi papá que es lo más feo que ha visto en er mundo!

Santiago. Pero ¿usté ha hablao arguna vez con Juan María?

Candelita. ¡Muchas veses! ¿No ve usté que somos vesinos?

Santiago. Guazitas ahora no. Digo que zi ha hablao usté con é de estos particulares.

Candelita. ¡Ya lo creo!

Santiago. ¿Cuándo?

Candelita. De estos particulares, anoche mismo.

Santiago. ¿Anoche?

Candelita. Anoche.

Santiago. ¿A qué hora?

Candelita. ¿Hora? Verá usté. *Remedándolo con mala sangre.* Yo acabé de comé… serían las ocho. Sí: las ocho eran; recuerdo que dieron las Ánimas. Estuve luego de palique con Mariquita la de aquí ar lao. Totá: las ocho y diez. Después vino er periódico y le leí a mi papá la sesión de susesos. Totá: las ocho y veinte. En seguía entró usté, y charlamos como de costumbre. Totá: las diez y media. Se fué usté…

Santiago. Pero ¿ze guazea usté, Candelita?

Candelita. No, señó: ¡echo las cuentas en el aire, por si argún día se me orvía er reló!

Santiago. Es que a mí me corre priza zabé…

Candelita. Es usté muy vivo de genio. Espasito, espasito… que er que anda aprisa es er que tropiesa, como le enseñó a usté er talento de su papá. ¡Qué talento de hombre! ¡Oh!

Santiago. Vamos, vamos… Óigame usté en zerio.

Candelita. ¿Qué pasa?

Santiago. Paza… paza… Haga usté er favo de zentarze a mi lao.

Candelita. ¡Digo! *Lleva una silla junio a la de Santiago, busca tranquilamente un trapo cualquiera, dando lugar a la extrañeza y a la*

impaciencia de él, y acaba por sacudir el asiento con sorna.

SANTIAGO. ¿Qué hace usté, niña?

CANDELITA. ¡La costumbre der café! To se pega.

SANTIAGO. ¿No le he dicho a usté que me oiga en zerio?

CANDELITA. Pero ¿quién se ríe?

SANTIAGO. Usté por dentro, Candelita.

CANDELITA. Ea, pos ya me tiene usté como un juez, por dentro y por fuera.

SANTIAGO. ¿Es verdá ezo de que usté le gusta a Juan María?

CANDELITA. Cruse usté la caye y pregúnteselo usté a é, ya que, por lo visto, es un fenómeno que yo puea gustarle a ese hombre.

SANTIAGO. Y ¿es verdá que Juan María le gusta a usté?

CANDELITA. Sí, señó, que me gusta.

SANTIAGO. ¿Que le gusta a usté?

CANDELITA. ¡Que me gusta, Santiago, que me gusta! Y ¿sabe usté por qué me gusta? ¡Porque tiene sangre en las venas en vez de manteca colorá! ¡Porque si me ve a la puerta e mi casa, se aserca a mí y me dise veintisinco flores en un minuto! *Se levanta para hacer a lo vivo la escena.* «¡Grasiosa!, ¡bonita!, ¡carita de sielo!, ¡boquita de mié!, ¡cuerpesito de pluma, que echas a anda y hasta las farolas de la caye se ensíenden solas pa alumbrarte!, ¡benditos sean los ojos con que me estás mirando!, ¡y la boca con que te ríes de mí!, ¡y la manita con que me paras pa que no me aserque!, ¡y la camita donde vas a acostarte pa soñá conmigo!… ¡y bendita seas tú de arriba abajo!». ¡Y esto me lo dise con fuego en los ojos y en las palabras y hasta en la punta de los pelos; como les disen los hombres las cosas a las mujeres que quién pa eyos, no como dise usté si se surfatan o no se surfatan las viñas! ¡Sangre gorda! ¡Ya tiene usté esplicao por lo que me gusta ese hombre! *Vuelve a sentarse, pero lejos de él.*

SANTIAGO. *Aplanado por la revelación.* ¡Güeno está! Me ha dejado usté zin temperatura. ¿Es decí, que de na me ha zervío a mí vení a esta caza desde hace doz años, un día tras de otro, zin fartá ninguno?

CANDELITA. El único que ha ganao ha sío er siyero.

SANTIAGO. Deje usté las guazitas.

CANDELITA. ¡Si es que no entiendo lo que quié usté desirme!

SANTIAGO. *Un poco emocionado.* Zeñó, que de na me ha zervío vení a zu caza tos los días… pa que usté comprenda que la quiero.

CANDELITA. *Fingiendo gran sorpresa, tras un movimiento de alegría.* ¿Que usté me quiere a mí?

SANTIAGO. Pero ¡zi estoy viniendo tos los días!

CANDELITA. ¡Hijo de mi arma, también er de las burras de leche viene tos los días a dejá un cuartiyo pa mi madre, y hasta ahora no sé yo lo que le parezco!

SANTIAGO. ¿Va usté a compará una coza con otra?

CANDELITA. Pero ¿usté me ha dicho arguna vez que le gusto?

SANTIAGO. Yo… yo… ¡yo estoy viniendo desde hace doz años tos los días!

CANDELITA. Y ¿pensaba usté seguí lo mismo?

SANTIAGO. ¡Claro! Hasta vé…

CANDELITA. ¿Hasta vé qué?

SANTIAGO. Hasta vé… hasta vé…

CANDELITA. ¡Hasta vé si yo le tiraba er costurero a la cabesa! *Se levanta.*

SANTIAGO. ¡Ez usté mu viva de genio!

CANDELITA. Muy viva. Y usté no perdía na con cambiá er suyo con un amigo.

SANTIAGO. Yo hago to lo que usté me mande.

CANDELITA. ¿A que no?

SANTIAGO. ¿A que zi?

CANDELITA. *En tono de burla.* Pos ahora, cuando sarga usté, busca usté a mi papá, se aserca usté a é… y le da usté la enhoragüena.

SANTIAGO. *Con recelo.* ¿La enhoragüena? ¿Por qué?

CANDELITA. Porque ha sabío usté… que Juan María… se entiende con mi hermana Dolores.

Santiago. Pero ¿es con Dolores con quien ze entiende Juan María?

Candelita. ¡Naturalmente, arma de cántaro!

Santiago. *Loco de contento.* ¡Hombre!… ¡hombre!… ¡me güerve la temperatura! Y ezo ¿cuándo ha zío? ¿Cómo ha zío?

Candelita. ¿Cómo había de sé? ¡Como son esas cosas! Le gustó er domingo, se lo dijo er lunes, y se quié casá er martes.

Santiago. Mu depriza va ezo… pero ¡me güerve la temperatura!

Candelita. ¿Sí, eh? Pos mucho ojo, y no dé usté lugá a que se le vaya otra vez pa siempre.

Santiago. ¡Yo zeguiré viniendo tos los días!

Candelita. *Aterrada.* ¿Quéeeee?

Santiago. *Temeroso.* ¿Va usté a prohibirme vení?

Candelita. Lo que le digo a usté es una cosa: que si he de quererlo, tiene usté que tomá una medisina pa aclararse la sangre. Las mársimas der sabio de su papá se las guarda usté pa un librito. Mañana, a las sinco de la mañana, voy a la ermita de la Luz, a resarle a la Virgen: es devosión que tengo er día 13. A las siete, voy a la plasa a vé si hay flores; si no las hay ayí, voy ar güerto de Pepa. Luego voy ar río, a pasearme por la oriya. Después, a casa de Manuela Romero, que tiene una chiquiya mala. Después, a misa a San Fransisco. Después, aquí, a armosá; me asomaré durante el armuerso a la ventana de la caye Larga, ar barcón que da a la caye Corta y a la asotea por er pretí desde donde se ve la plasuela. Después de armosá voy a casa de la Garbosa, a entregarle una farda; a casa de doña Réditos, a entregarle una blusa, y a casa de don Andrés, a vé si me paga lo que me debe. Y después, a la confitería. Y después, a comprá unos encajes. Y después, a recoge unos sapatos nuevos… Y después, donde se me ocurra. Pos güeno: en tos esos sitios quiero verlo a usté ar yegá y al irme. *Santiago se levanta asombrado.* Y si farta usté en uno sólo, voy yo a tardá en desirle a usté si lo quiero lo que usté ha tardao en desírmelo a mí. Conque hasta mañana, si Dios quiere. *Vase resueltamente hacia la puerta de la derecha.*

Santiago. Pero ¡escuche usté, Candelita!…

Candelita. Hasta mañana, si Dios quiere.

Santiago. Pero ¡comprenda usté que en tres cayes a un tiempo!…

Candelita. ¡Así se demuestra er cariño! ¡Hasta mañana, si Dios quiere! *Éntrase decidida por la puerta de la derecha dejándolo con la palabra en la boca.*

Santiago. Hasta mañana, si Dios quiere… Zí; porque de pazao… yo no respondo de está vivo. Conforme der to en que yo tome una medicina pa aclararme la zangre; pero conforme der to también en que eya necezita echarle un poquiyo e jierro a la zuya. ¡Compadre, qué zangre más ligera gasta la niña! En fin, lo prencipá ya lo he lograo. Mi padre me lo dijo ziempre: «En er zurco hay que derramá er grano a poquito a poco…». Hasta mañana zí Dios quiere. *Vase por la puerta de la izquierda, mirando hacia la otra.*

Candelita. *Saliendo por donde se fué.* ¡Ay! ¡Ha nesesitao banderiyas e fuego… pero ya esto es viví! *Se asoma a la ventana, muy contenta.* ¡Hasta mañana, Santiago!

Santiago. *Dentro.* ¡Zi Dios quiere, Candelita, zi Dios quiere!

Candelita. *Retirándose de la ventana.* Si querrá. ¿Por qué no ha de queré, si los dos queremos?

Al público:

La que quiera como yo,
sepa que yo le deseo
un novio de lo mejó:
torpe o listo, guapo o feo,
¡pero *sangre gorda*, no!

FIN

Madrid, abril, 1909.

EL PATINILLO

SAINETE

CON MÚSICA DEL MAESTRO GERÓNIMO GIMÉNEZ

Estrenado en el **TEATRO APOLO** el 15 de octubre de 1909

A FRANCISCO DE LOS RÍOS Y QUINTERO,
a quien debemos muchas y muy sabrosas referencias de la vida militar,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LUCÍA.	MARÍA PALOU.
MISERICORDIA.	JOAQUINA DEL PINO.
MANUELA.	ARACELI SÁNCHEZ IMAZ.
CONCHA.	ELISA MOREU.
LA MORITA.	CLARITA PAJARES.
LA PILONGA.	PILAR VIDAL.
ANTONIA LA GUAPA.	ANTONIA ESPINOSA.
LUISILLA.	PAQUITA MAIQUEZ.
DON BARTOLOMÉ.	PEDRO RUIZ DE ARANA.
BEJARANO.	EMILIO CARRERAS.
PEREA.	JOSÉ MONCAYO.
PETRÓLEO.	MIGUEL MIHURA.
AMAPOLO.	ANTONIO P. SORIANO.
MIGUELILLO EL CIEGO.	ALFONSITO GÓMEZ.
CARAMILLO.	JOSÉ MESEJO.
	VICTORIANO PICÓ.

RAMÓN.

Mendigas y mendigos.

EL PATINILLO

Patinillo de forma caprichosa e irregular, en casa de don Bartolomé Carmona, rico cuanto bruto labrador de Arenales del Rio. En el foro, un arco grande que da paso al corral y a las cuadras. El corral es amplio y alegre. A la derecha del actor, dos pilas de lavar la ropa, ambas hechas en un solo bloque. Del lado de allá de las pilas, la puertecilla de un cuarto llamado «la leonera». A la izquierda, en segundo término, la de la cocina, y en primer término, una puerta vidriera que conduce a la parte principal de la casa, y sobre la cual hay un balcón. De frente al público, una ventana, y al pie de ella, un arriate alto. Cerrando la escena, en ángulo recto con esta ventana, un postiguillo que da a una callejuela. Aquí y allá pequeños arriates con arbustos y flores. Las paredes, blancas como la nieve; si se quiere ver un ladrillo hay que mirar al suelo, que está enladrillado. Es por la mañana, en el mes de abril, y alegra el lugar un cielo azul intenso y limpio de nubes.

Misericordia, Manuela, Concha y Petróleo, criados de la casa, terminan de almorzar sentados en torno de una mesilla tosca. Misericordia, la lavandera, es una persona de buen ver y corazón sensible; Manuela, la cocinera, una moza de Bollullos del Condado, silvestre como un higo chumbo: Concha, la criada del cuerpo de casa, se distingue por su exquisita educación, y Petróleo, el mozo de cuadra y cocherillo, por ser tan vivo de ingenio como largo de manos.

PETRÓLEO. *Canturreando.*

Las cuento y no están cabales,

las cuento y no están cabales…

CONCHA. En la mesa no se canta, Petróleo.

PETRÓLEO.

Las cuento y no están cabales…

MISERICORDIA. ¿No oyes que no ze canta en la meza?

PETRÓLEO.

Las estreyitas der sielo
las cuento y no están cabales…

MANUELA. ¡Que en la meza no ze canta, bruto!

PETRÓLEO. *Intentando pellizcarla.* ¡Verá la de Boyuyos también!

MANUELA. ¡Estate quieto!

PETRÓLEO. Pos si no se canta ni se toca, ¿qué se pué hasé en la mesa, que es cuando, está uno más a gusto? *A Concha, intentando pellizcarla como a la otra.* ¿No es verdá?

CONCHA. A mí no tienes tú que peyizcarme, so indesente.

PETRÓLEO. *A Misericordia.* ¿Y a ti, reina der patiniyo?

MISERICORDIA. A mí tampoco. Vé ar postigo a abrí, que están yamando.

PETRÓLEO. ¿Qué están yamando?

MISERICORDIA. Zí. Amapolo zerá.

PETRÓLEO. Pos vamos a abrirle a Amapolo.

Vasa por el corral, hacia la izquierda, volviendo a su copla.

Las cuento y no están cabales…
Las estreyitas der sielo
las cuento y no están cabales,
fartan la tuya y la mía,
que son las dos principales.

CONCHA. Tiene este niño *muy poquísima* educasión y va a habé que darle unas lesiones. Ar fin, cochero.

MANUELA. Lo que tiene este niño…

MISERICORDIA. Lo que tiene es un deo índice y un deo gordo que no ze juntan más que en blando.

MANUELA. Dices tú bien, Misericordia. Crucifica me trae. *Mostrando diferentes pellizcos en los brazos.* Miste, miste, miste, ¡miste!… Y otros cuantos *mistes* que no hay pa qué enzeña.

CONCHA. Así peleó con su novia, en cuanto se enteró la muchacha de lo afisionao que es a dá peyizcos.

MISERICORDIA. A ezo contesta é que por zu parte no ha habío farta ninguna. Porque dice que a zu novia le ofreció er corazón entero, pero que de las manos nunca le dijo na.

MANUELA. Zí, zí; to ezo está mu graciozo; pero a la novia le gustaría que no la peyizcara más que a eya.

Vuelve Petróleo con Amapolo, campesino socarrón y risueño. Viene de sombrero ancho, chaqueta al hombro, faja y zahones.

AMAPOLO. Güenos días nos de Dios.

CONCHA. Güenos días.

MANUELA. Güenos días.

MISERICORDIA. Dios te guarde. Amapolo.

CONCHA. ¿Gusta usté de armosá?

AMAPOLO. Gracias. Yo ya he armozao.

MISERICORDIA. Pero tomarás un vazito e vino.

AMAPOLO. Ezo, zí. Venga er vazito e vino.

MISERICORDIA. Vaya.

AMAPOLO. A la zalú de ustedes. *Bebe.*

MISERICORDIA. De zalú zirva.

CONCHA. Amapolo, asiéntese usté.

AMAPOLO. ¡Zi vi a dirme al instante!… ¿Y el amo?

PETRÓLEO. ¿El amo? Arriba, digeriendo.

AMAPOLO. ¿Digeriendo, eh? ¡Je, je, je! ¡Ya estará contando moneas!

Manuela. Es to lo que hace: contá moneas… y digerí.

Misericordia. Ayé ze le juntaron dos digestiones y ze puzo a la muerte.

Amapolo. ¡Je, je, je!

Petróleo. Pero no hay cuidao; bicho malo…

Amapolo. ¿Y Bejarano, arriba con é?

Manuela. Arriba, espantándole las moscas.

Petróleo. Ande está el amo tiene que está er perro.

Misericordia. ¿*Ze vais* a di ar campo, no es verdá?

Amapolo. Por eyos vengo yo. ¡Y que van a pazá un güen día! ¡Je, je, je!

Petróleo. Pos ¿qué ocurre en er campo?

Amapolo. *Gozando mientras cuenta las novedades a los demás, que lo escuchan compartiendo su júbilo.* Ocurre poca coza… Por lo pronto han robao dos yuntas e güeyes… ¡Je, je, je!

Manuela. ¿Na más e dos?

Amapolo. ¡Hasta ahora! Pero no te apures; esta mañana me ha dicho er zeñó Pepe el aperaó que… ¡je, je, je! —no pueo hablá de riza— que en los cochinos ha habío tres cazos e viruela… ¡Je, je, je!

Manuela. ¡Arzá!

Petróleo. ¡Y las viruelas se corren como la pórvora!

Misericordia. Zi tiene que castigarlo Dioz; zi es mu malino.

Concha. Si trata mu malamente a los pobres.

Amapolo. Pos aguardarze, aguardarze, que toavía no he acabao. ¡Je, je, je! Las escardaoras dicen que zi no les zuben er jorná, que escarde Zan Pedro ¡je, je, je!…; er borriquiyo der chiquichanca ze ha ajogao… ¡je, je, je!…; ha habío fuego en la gañanía; don Antonio Garzón va a ponerle pleito por mo de unos pastos que ze ha comío er ganao de acá…, y yo no zé qué pidemia ha entrao en er gayinero, que tos los días amanecen dos o tres gayinas con la pata tieza. ¡Je, je, je!

Risas generales, en vista de las buenas noticias que les comunica Amapolo.

PETRÓLEO. *Bailando.*

> *Las cuento y no están cabales,*
> *las cuento y no están cabales…*

CONCHA. Mía esté bailando e gusto.

MANUELA. ¡Arzá!

CONCHA. ¡Qué gansísimo es!

PETRÓLEO. ¡Bendita sea tu cara!

CONCHA. ¿Te quiés está quieto?

AMAPOLO. ¡Lo que va a yorá Bejarano, cuando le descargue yo las arforjas!

PETRÓLEO. No te metas con ese hombre, que hay aquí una mujé interesá.

MANUELA. ¿Interezá? Comprometía con é.

MISERICORDIA. Yo no estoy comprometía con nadie; cuidaíto. Que yo le guste a Bejarano es coza distinta. Anoche mismo me lo dijo mu formarmente… y me he tomao tiempo pa contestarle. Porque la mujé que ha tenío un trompiezo en er mundo, como yo lo he tenío, lo pienza bien antes de escucha a ningún hombre. Y no es que er corazón no me pía guerra —porque me la píe—, zino que enzeña muncho un trompiezo. Y yo tuve un trompiezo al empezá a viví… y toavía estoy yorando aquer trompiezo.

PETRÓLEO. Bejarano te consolará. Porque está *chifleta*, Amapolo. Na más e la mira, se le múa er coló.

AMAPOLO. *En voz baja y con cierto misterio.* Y a propósito de noviajos: ¿es verdá ezo que ze mermura por ahí?

CONCHA. ¿De quién?

AMAPOLO. De la zeñorita… y der zeñorito… Amos, de esta caza.

MISERICORDIA. ¿Qué ze mermura?

AMAPOLO. Yo me he enterao por Juaniyo er tonelero, que le habla a Pepa la Cautiva, que lo oyó en la panadería der Chato, donde paece que lo

dijo Mariquiya la Pinturera… la prima de Azunción, la que coze en ca e la zeñorita Eduarda.

Manuela. ¿Y qué ze mermura?

Amapolo. Ze mermura que dende que yegó a Arenales der Río la tropa de Cabayería que ha venío de Zeviya, el amo no digiere tan bien como antes. ¿Es verdá?

Petróleo. ¿Que si es verdá? ¡Como que en la botica de esta caye se ha acabao er carbonato!

Amapolo. ¡Je, je, je!

Misericordia. Cayarze. Tú verás lo que hay. Hay un capitán mu zimpático y mu rear mozo…

Manuela. ¡Pero mu rear mozo!

Concha. ¡Mu rear moso, sí, señó!

Misericordia. Los ojos negros, er bigote pa arriba, los dientes mu blancos…

Manuela. Y anda azín, ¿zabes?, meneando los brazos azín…

Misericordia. Es un hombre, Amapolo, que zi yo encontrara en mi claze uno parecío… negra me iba a vé pa no da er zegundo trompiezo.

Amapolo. ¡Je, je, je!

Petróleo. ¡Y vaya si es rumboso! Tiene un agujero en la mano. Reparte propinas como quien reparte prospertos.

Misericordia. Las da… como éste los peyizcos: cuando menos lo espera una. Pos güeno: este capitán, que ze yama don Fernando Vargas, ze ha prendao de la zeñorita Lucía desde que la vió.

Amapolo. ¿Y la zeñorita le jace cara?

Misericordia. Erretía está por é.

Amapolo. ¡Me alegro! ¡Me alegro!

Misericordia. ¡Y entre tos ze la estamos pegando ar zeñorito! Como eya es tan rezuerta y tan viva que no ze acobarda por na… Ya ze han hablao diez o doce veces, zin que ér lo zepa, por las azoteas de aquí junto.

PETRÓLEO. Aprovechamos los días en que se va ar cortijo con Bejarano, como hoy va a irse.

MISERICORDIA. O los días en que ze van los dos a Zeviya a cobrá er *copón.*

AMAPOLO. ¡Je, je, je!

PETRÓLEO. ¡Y de ésta se le casa! ¡Digo si se le casa!

CONCHA. ¡Quiera o no quiera é!

MISERICORDIA. ¿No es una grandísima pena, Amapolo, que a una niña que vale tanto la tenga eze pirata encerrá entre cuatro paredes? ¿Quién le ha contao a é que la va a dejá pa vestí zantos, con eza cara y eze cuerpo y eza gracia y eze corazón? ¡Tenía que no viví Mizericordia la lavandera!

MANUELA. Y to no es más que la idea der dinero arrastrao: la de que los novios no vienen por la niña, zino por los miyones.

MISERICORDIA. Y cuidao que er capitán, dice Perea, zu ordenanza, que es mu rico… ¡Pero to le paece poco a eze avariento! ¡Ajogao ze vea en onzas de oro!

PETRÓLEO. ¡Como si en er mundo y en estas cosas der cariño importara un pitiyo er dinero!

MANUELA. ¿Verdá que no?

PETRÓLEO. ¡Claro que no! ¡Que me den a mi a la señorita na más que liá en un periódico! ¡Verás si me la yevo!

AMAPOLO. ¡Je, je, je! ¡Yo, jata zin periódico!

MISERICORDIA. El otro día, antié… —no, tras de antié— le dió un mar rato a la pobrecita.

PETRÓLEO. Desde aquí se escuchaban las voses. *Imitando al amo,* «¿Qué te has creío tú? ¿Que he amazao yo mi dinero pa que venga un zeñorito *boquera* a darze con é güena vía? ¡No, hija, no! ¡Er que quiea dinero, que lo gane!».

MANUELA. Azín, azín.

PETRÓLEO. ¡Peaso e borrico!…

MISERICORDIA. Yo estaba zin rezueyo. Porque a mí, Amapolo, en cuanto sufre una perzona que yo quiero, ze me hace aquí un núo que me

ajoga.

Amapolo. ¿Dónde?

Misericordia. En medio er pecho: aquí. Ze me hace un núo… ¡Y yo tengo adoración por la zeñorita!

Manuela. Tú y tos nosotros. Zólo que a nozotros no ze nos hace ningún núo en ninguna parte.

Amapolo. ¡Je, je, je!

De improviso se abre el balcón y se asoma Lucía, la señorita de la casa, precisamente. Es como una pluma de fina y de ligera, y la cabeza le pesa menos que una pluma. Habla a media voz, y como con prisa de marcharse.

Lucía. ¡Amapolo!

Amapolo. ¿Eh?

Lucía. ¡Amapolo!

Amapolo. *Mirándola sorprendido.* ¡Zeñorita!

Lucía. Pon el sombrero.

Amapolo. ¿Cómo?

Lucía. Que pongas el sombrero.

Amapolo. Ya está.

Lucía. Toma ese puro.

Amapolo. Dios ze lo pague a usté, zeñorita.

Lucía. De mi padre es.

Amapolo. *Con asombro.* ¿Der señorito? ¿Ze lo ha dado a usté pa mí?

Lucía. ¡Qué cosas tienes! ¡Se lo he quitado yo para regalártelo!

Amapolo. Muchas gracias.

Lucía. Guárdatelo ahora.

Petróleo. Señorita Lusía, ¿por qué no me tira usté a mi un ojo, que tengo que entrá en los graneros y están mu oscuros?

Lucía. Porque si te tiro a ti un ojo, no voy a poder guiñarle a quien me convenga. *Risas.* Y dejar ya la conversación, que va mi padre para abajo.

Misericordia. ¿Que baja er zeñorito?

LUCÍA. Sí: con Bejarano. Ponerse a trabajar. *Se retira del balcón.*

MISERICORDIA. Ca uno a zu avío.

MANUELA. Ayúdame aquí, Concha.

CONCHA. Vete tú; yo quitaré la mesa.

Manuela se entra en la cocina; Concha recoge los restos del almuerzo, y se va luego a la cocina también. Misericordia lava, y Petróleo se pone a limpiar, frotándolo con una gamuza, un collerón de cascabeles que está colgado en la pared. Amapolo, entretanto, hace un cigarrillo. Y Manuela rompe a cantar en la cocina, al son del almirez, y Concha y Misericordia y Petróleo, y aún el propio Amapolo, cantan también a la vez que ella, por no ser menos, cada uno su copla favorita. Las coplas que cantan son las que siguen:

MANUELA.

La Virgen de la Peña,
la Pequeñita,
entre peña y peñasco
tiene zu ermita.

CONCHA.

Una tasa sin asa
me dió mi suegra,
cada vez que reñimos
manda por eya.

MISERICORDIA.

Cinco sentidos tenemos,
todos los necesitamos,
todos cinco los perdemos
cuando nos enamoramos.

PETRÓLEO.

Las estreyitas der sielo

las cuento y no están cabales,
fartan la tuya y la mía,
que son las dos prinsipales.

AMAPOLO.

A tomiyo y romero
me güeles, niña:
como vengo der ampo,
no es maraviya.

Aparece don Bartolomé, seguido de su perro fiel Bejarano. Don Bartolomé es un animal de bellotas: ¿para qué andar con eufemismos? Se parece tan poco a su hija Lucía, que quien los ve juntos no puede menos de preguntar si la mamá, que en paz descanse, se casó dos veces. Viene fumando un puro semejante al palo de una silla, y compañero de caja del que ya conocemos. Bejarano es el criado de confianza. Entre los demás se cree que debió de tomar el pecho de una perra, a juzgar por lo cariñoso y noble que es con su amo. Está enamoradísimo de la lavandera, a quien mira constantemente con ojos tiernos. Amo y criado visten trajes propios para ir al campo a caballo.

DON BARTOLOMÉ. Estamos de concierto, ¿eh?

PETRÓLEO. Mientras se trabaja, señorito.

DON BARTOLOMÉ. Mientras ze hace que ze trabaja. ¿No ves tú que yo he zío cocinero antes que fraile? *A Amapolo*. Tú, ¿por qué no has zubío?

AMAPOLO. Porque acabo de yegá ahora.

DON BARTOLOMÉ. Pa quien te crea. Ziempre te habrá dao palique eza arrastrá.

Bejarano siente el aguijón de los celos.

MISERICORDIA. ¿Yo?

DON BARTOLOMÉ. ¡Tú! que en viendo unos carzones te vuerves loca.

MISERICORDIA. Cuarquiera que lo oiga a usté…

DON BARTOLOMÉ. Zujétame esta espuela, Amapolo *Bejarano intenta hacerlo él. Amapolo obedece.* Petróleo.

PETRÓLEO. Señorito.

DON BARTOLOMÉ. ¿Quiés mira zi ze me ha zortao la trabiya e los pantalones?

Bejarano también trata de ir a ello.

PETRÓLEO. No es que se ha sortao: es que se ha sartao.

DON BARTOLOMÉ. Y ¿qué más tiene? Er cazo es que yo me notaba más ezahogaiyo. Arráncala der to. Dámela.

PETRÓLEO. Diga usté, don Bartolomé.

DON BARTOLOMÉ. ¿Qué hay?

PETRÓLEO. Ese puro, ¿es de estoque?

DON BARTOLOMÉ. Zí, de estoque. Cuando tú tengas er dinero que yo, los fumarás de estoque. ¡Qué bruto zoy!, ¿verdá? Mientras, te chupas un deo emparmao con otro. ¡Qué bruto zoy! Hace cuarenta años era gañán en Jaramiyo y ahora fumo puros de estoque. ¡Qué bruto zoy! ¡Qué bruto!

AMAPOLO. ¡Je, je, je!

PETRÓLEO. Tendremos pasiensia los que no somos tan brutos, mi amo. *Le guiña a Amapolo y se va por el corral hacia la derecha, llevándose el collerón y sonándolo.*

DON BARTOLOMÉ. Vámonos pa la cuadra. *Se encamina al corral seguido por Bejarano y Amapolo. Al llegar al arco mira hacia la izquierda y exclama:* ¡Ea! ¡Ya están aquí los pobres! ¡Mar fin tengan los zábados! ¡Cuadriya e gandules!… Pero, güeno está; que no diga la niña que ze le quita un gusto que tiene. ¡Mizericordia! Yama a la zeñorita pa que dé la limosna. Y que espache pronto; que esta gente pué yevarze argo y no deja más que mizeria. Vámonos pa la cuadra. *Echa a andar por el corral, hacia la derecha.*

Amapolo y Bejarano se van tras él. Este último mira melancólicamente a Misericordia.

MISERICORDIA. *Estallando de indignación.* ¡Animá!, ¡borrico!, ¡mar corazón! ¡Que te peza enjugá una lágrima de los desgraciaos! ¡Permita Dios que ze te apoliyen los biyetes! *Llamando.* ¡Zeñorita Lucía! ¡Zeñorita Lucía!

LUCÍA. *Dentro, lejos.* ¿Qué pasa?

MISERICORDIA. ¡Que ya están aquí los pobrecitos pobres!

LUCÍA. *Lo mismo.* ¡Voy allá!

Misericordia coge una canasta llena de ropa y se va al corral a tenderla. Mirando hacia la izquierda, les grita a los pobres.

MISERICORDIA. ¡Ea!, ¡ya podéis entrá, que ya viene la zeñorita! *Bajando la voz.* Pero con la boca cozía, que el amo está en la cuadra.

Música

De la izquierda del corral van surgiendo silenciosamente, unos tras otros, hasta quince Mendigos y Mendigas, que se agrupan a la derecha del patinillo, según costumbre. La mayoría de ellos son viejos. Entre todos vienen la Morita, la Pilonga. Luisilla, Antonia la Guapa, Miguelillo el Ciego, Caramillo y Ramón. Esperan, mirando a la puerta de la casa, a que salga Lucía, la cual no se hace esperar mucho tiempo. Primero se asoma al balcón y luego baja. En la mano trae un canastito con monedas de cobre.

LOS POBRES.

Dios te guarde, carita bonita,
manita de plata,
rosita de abrí.
Aquí estamos por tu limosnita,
que el hambre no mata
teniéndote a ti.

LUCÍA.

¡Pues ya estoy aquí!

Sonando las monedas en el canastito.

Escuchad, escuchad:
No hay dinero que suene como el dinero

que se va a dar.

Mi papá tiene el granero
que revientan las paredes,
y yo soy una hormiguita
menudita,
que le quita, que le quita,
que le quita unos granitos
doraditos
para dárselos a ustedes.

Yo le digo que no quiero
que a unos falte y a otros sobre;
que del Cielo está bendita
la manita,
la manita de hermanita
que le da unos ochavitos
pequeñitos
al que pide porque es pobre.

Escuchad, escuchad.
No hay dinero que suene como el dinero
que se va a dar.

Cesa la música.

ANTONIA. ¡Bendita sea tu boca, hija mía!

LUISILLA. ¡Es más güena que el agua e mayo!

LUCÍA. Luisilla, ven acá. Tú vas a ser hoy la primera que tú tienes que hacer en tu casa.

Se adelanta Luisilla hacia la señorita, como harán sucesivamente todos para recibir la limosna. Luisilla es una muchachuela desmedrada y andrajosa, pero no fea.

LUISILLA. La Vigen ze lo premie a usté, señorita Lucía.

LUCÍA. ¿Y tu padre?

LUISILLA. ¿Mi padre? En er campo que está.

LUCÍA. ¿Y tu madre?

LUISILLA. ¿Mi madre? En er campo que está.

LUCÍA. ¿Y tu hermano?

LUISILLA. ¿Mi hermano? En er campo que está.

LA PILONGA. ¿Ahora le yaman er campo a la taberniya?

Esta Pilonga es una vieja muy rara, calva del todo.

LUCÍA. Calla tú. Vete con Dios, mujer.

LUISILLA. A vé zi ze acuerda usté de los zapatitos… que miste cómo ando.

LUCÍA. ¡Ay, es verdad! Yo te los mandaré con Petróleo.

LUISILLA. Bendiciones ze le güervan a usté zeñorita Lucía. *Se va por el corral hacia la izquierda.*

LUCÍA. Antonia la Guapa.

ANTONIA. Servidora.

Esta pobre es una verdadera irrisión de vieja y destruida.

LA PILONGA. ¡Miste la Guapa!

ANTONIA. ¡Lo he sío!, ¡más que usté! ¡Por argo se me ha queao el apodo! ¡Tos loz sábados habernos de tené la mesma grasia!

LUCÍA. *Riéndose.* Vamos, no reñir.

ANTONIA. ¡Si es que no me deja esa envidiosa! Y yo siquiea conservo mi pelo, señorita. No estoy como eya, que paese una cabesa de ajo.

Se ríen algunos.

Lucía. Bueno, bueno. Toma y vete tú.

Antonia. Dios le dé a usté salú, señorita… y le conserve er pelo, que es lo más bonito de las personas. ¡Pero en la cabesa, no en un cuadro, como lo tiene aquer fenómeno!

Lucía. Anda con Dios.

La Pilonga. ¡Las calenturas que me lo quitaron te daba yo a ti, cotufa zeca!

Lucía. Callarse ya.

Antonia. *Mientras se encamina al corral.* ¡A mí me han seguío los hombres por las cayes! ¡Y he dao mucho que hablá con mis ojos!

Lucía. Caramillo.

Caramillo. ¡Presente!

Es un viejo muy viejo, entre cuyos harapos de mendigo hay restos de lo que fué traje de un pastor.

Lucía. Toma.

Caramillo. *Después de tomar la limosna, y como una gracia con que pretende corresponder a ella.*

Bajo un olivito verde
la sagala se durmió…

Lucía. No, no me digas el romance.

Caramillo.

Rubio er cabeyo tenía
como los rayos der só…

La Pilonga. ¡Que no le digas er romance, hombre!

Caramillo. ¡Si no sé otra cosa! ¡Si es pa que eya se ría!

Lucía. Ya me río, ya.

Caramillo.

Soñando la niña estaba,
soñando con un pastó,

y así, soñando, soñando,
soñaba su corasón.

La Pilonga. ¡Y dale con la tarabiya dichoza!

Se promueven murmullos de protesta en el grupo de los pobres.

Lucía. Déjalo ya, Caramillo; vete a tomar el aire.

Caramillo. To eso no es más que envidia, señorita. Hasta er sábado que viene, señorita. *Volviéndose a los otros pobres* ¡Pos lo tengo de desí entero! *Se encamina al corral y se aleja diciendo su romance:*

Pastorsito, pastorsito:
desde que te vide yo,
yorando están los mis ojos,
yorando que es compasión.
Pastorsito, pastorsito,
hijo de padre pastó…

Lucía. ¡Pobre Caramillo! Chochea.

La Pilonga. ¡Hace que chochea!

Música

Lucía. Miguelillo.

Miguelillo. Zeñorita Lucía.

Se adelanta hacia ella, de la mano de la Morita. Es un chiquillo de doce a catorce años, ciego. La Morita es una chiquilla de la misma edad, que le sirve de lazarillo.

Lucía. Ten ahí.

Miguelillo. Dios ze lo pague a usté, zeñorita Lucía. *Besa la limosna y se la entrega a la Morita.*

La Morita. Er Zeñó ze lo aumente, zeñorita Lucía.

Miguelillo. *Cantando.*

Me compadecen por ciego:
yo no quiero ver er zó,

que quiero vé la carita
que esta limosna me dió.

La Morita.

El otro hermanito
gana pa viví;
pero zordaíto
pronto va a zalí,
y este cieguecito
quiere reuní
pa que er pobrecito
no vaya a zerví.

Termina bailando y cesa la música.

Lucía. Toma una perrita más, para la hucha.

La Morita. ¡Qué güena ez usté, zeñorita Lucía!

Se van.

La Pilonga. ¡Ya zaben eyos lo que hacen con las coplitas y los zartos! ¡Zi yo pudiea zartá!

Lucía. ¡Lo que gruñes, Pilonga! Ven acá; te voy a dar la limosna para que te vayas corriendo. ¿Qué tal estás de tus dolores?

La Pilonga. Malamente, zeñorita Lucía, zino que por no apurarla a usté no me quejo. Va a yové más que cuando enterraron a Bigote. *Señalando al cielo.* Miste ezos pájaros qué anuncian zi no ez agua.

Ramón. ¿Qué pájaros?

La Pilonga. ¡Aqueyos que van pa la íglezia! ¿No los veis? *Miran todos al cielo, y ella, entre tanto, le entrega una carta a Lucía, que, sorprendida, la recoge.* Tenga usté, zeñorita.

Lucía. ¿Eh? No la esperaba.

La Pilonga. Que la lea usté en zeguía, que corre prieza.

Don Bartolomé, que ha salido momentos antes, ha visto la escena. Bejarano, que, naturalmente, lo ha seguido, la ha visto también.

DON BARTOLOMÉ. ¿Con que corre prieza, verdá? *Lucía y la pobre dan un grito y se separan.* ¡Trae eza carta ahora mismo!

LUCÍA. ¡Papá!

DON BARTOLOMÉ. *Arrebatándosela violentamente.* ¡Trae eza carta! *A los pobres.* ¡A la caye to er mundo!

LA PILONGA. ¿A la caye?

DON BARTOLOMÉ. ¡Y tú la primera! ¡Y cuidao no te meta en la carce también! ¡Vamos!, ¡vamos! ¡No penzarlo más!

RAMÓN. ¡Pero zi no noz han dao la limosna!

DON BARTOLOMÉ. ¡Ni vorveréis a zacá un cuarto de mi caza! ¡Fuera!, ¡fuera ya! ¡O empiezo a latigazos! ¡Lucía, arza pa dentro tú!

Música

Sobrecogidos por la actitud del amo, desfilan mirándolo te reojo sin más protestas, pero refunfuñando. Misericordia y Petróleo, a los gritos, salen por el corral. Misericordia se va a las pilas. Manuela se asoma, a la puerta de la cocina. Concha al balcón, escoba en mano. Don Bartolomé rasga el sobre de la carta y la lee para sí, mientras sus servidores lo miran atónitos y su hija, temerosa.

LA PILONGA. *Marchándose con sus compañeros e ínterpretando el sentimiento general.* (¡Mardecío! ¡Los duros ze te güervan granos en er cogote! ¡Ajolá zueñes toas las noches que te roban… y zea verdá por la mañana!).

MIGUELILLO. *Cantando dentro.*

Jarmines y nardos nazcan,
nazcan rozitas de oló,
en er zuelo donde pize
la niña que me amparó.

Cesa la música. Lucía se entra en la casa, lloriqueando.

Don Bartolomé. ¿De manera que?… *Reparando de pronto en la expectación de los criados.* Pero ¿qué viene a zé esto? ¿Es que paza una proceción por er patiniyo? ¡A trabajá, gandules! *Petróleo se mete en la leonera; Manuela, en la cocina, y Concha se va del balcón. Misericordia lava.* ¿De manera que mi hija tiene un novio zin yo zaberlo, que habla con é por las azoteas y que toa esta cuadriya e criados ze burla de mí?

Bejarano. *Rompiendo a hablar, en defensa propia.* Don Bartolomé, yo le juro a usté por… por… por… Yo le juro a usté por… por… por…

Don Bartolomé. Tú te cayas, que a ti no te meto en er fregao. Contigo no va na. Eres el único perro fié que guarda mi caza. Espérame aquí, que antes de irme ar campo vi a leerle la cartiya a mi hija. Y cuando vuerva, ya le diré yo a esta gentuza quién es don Bartolomé Carmona, antes Bartolo, y antes que Bartolo, Bartoliyo. Espérame aquí. *Éntrase en la casa.*

Bejarano. *Dirigiéndose con vehemencia a Misericordia, apenas desaparece don Bartolomé.* Si me tendrá usté sorbío er seso, Misericordia, que estoy oyendo al amo y no me entero de lo que me dise. ¿Ha pensao usté ya en lo de anoche?

Misericordia. ¡Ay, Bejarano! Ahora no estoy pa respondé, porque ya tengo er núo.

Bejarano. ¿Er qué tiene usté, corasón?

Misericordia. Er núo.

Bejarano. ¿Er núo?

Misericordia. ¡Er núo eze que ze me forma aquí cuando peno!

Bejarano. ¡Yo le desato a usté tos los núos que tenga!

Misericordia. Déjeme usté, Bejarano; déjeme usté ahora. —¡Ladrón! ¡Mala perzona! ¡Que vas a mata a eza inocente niña!

Bejarano. No hable usté así der que nos mantiene, y dígame usté si ha pensao ya en lo de anoche.

Misericordia. Esta camiza es zuya. *Lavándola con saña mientras insulta a don Bartolomé.* ¡Negrero!, ¡pirata! ¡En los infiernos te has de vé! ¡Mar tiro te peguen, arrastrao!

BEJARANO. ¡Que nos da er pan, Misericordia! ¿Ha pensao usté ya en lo de anoche?

MISERICORDIA. ¡Zi ze ha propuesto acabá con zu hija! ¡Inocentita! ¡Más güena no la hay! Este pañuelo es zuyo. *Lavándolo con mimo y suavidad*. Precioza, zimpática, florecita der campo, que tienes er corazón yeno de mier de abeja… pimpoyo bonito…

BEJARANO. ¿Sabe usté lo que estoy notando?… Vamos, sin que esto sea… Que lavando así, la ropa que va a salí más limpia no es la de… sino la de… *Imitando las dos maneras de lavar de Misericordia.* Se me figura… No es que yo… ¡Pero, por los clavos de Cristo, dígame usté ya si ha pensao en lo de anoche! ¡Sáqueme usté der purgatorio! ¡Usté no sabe, Misericordia, la nochesita que he pasao! ¡Si la quiero a usté como no he querío a ninguna mujé en este mundo! ¡Si esto no es de ahora; si esto es desde que vino usté a esta casa! ¡Si no vivo más que reinando en usté toas las horas der día! ¡Si le doy un beso a mi camiseta por la noche cuando sé que usté va a lavarla por la mañana! ¡Si cuando se mete usté en su cuarto no me asomo por el agujeriyo e la serradura porque sé que lo ha tapao usté con argodones! No se ría usté, por los ojos e su cara… y que no pase er día de hoy sin que yo sepa mi sentensia. ¡Miste que en capiya se está mu malamente!

MISERICORDIA. *Suspirando.* ¡Ay, Dios mío de mi arma!

BEJARANO. *Con ansia.* ¿Qué?

MISERICORDIA. Ahora, na.

Vuelve don Bartolomé del interior de la casa.

DON BARTOLOMÉ. Bejarano.

BEJARANO. Mándeme usté.

DON BARTOLOMÉ. Dezapareja tu cabavo, que te queas aquí ar cuidado de esta gente. Yo iré ar campo con Amapolo, porque no tengo más remedio. Ayí también estoy vendío: ¡el aperaó, er vaquero y er yegüerizo! ¡Qué *triángulo!* Tos van a liá er petate. Güeno: a mi hija la dejo encerrá en la zala de arriba.

MISERICORDIA. ¿La ha encerrao usté?

DON BARTOLOMÉ. ¡Pos no, que iba a dejarla zuerta! ¡Mía la yave! ¡Zi yo zoy mu Bruto! Ya hablaremos espacio. *A Bejarano.* Y abre el ojo tú; el único de quien me fío.

BEJARANO. Sí, señó.

DON BARTOLOMÉ. Como paze un zordao ziquiera por la esquina, líate cuenta que has perdió er pan que comes en mi caza hace veinte años.

BEJARANO. Si, señó.

DON BARTOLOMÉ. ¡Qué bruto soy!, ¿verdá?

BEJARANO. Sí, señó.

DON BARTOLOMÉ. Ven a zujetarme la jaca.

BEJARANO. Vamos ayá, y vaya usté tranquilo… que aquí se quea su perro e Terranova.

Se van uno tras otro por el corral, hacia la derecha. La mirada de Bejarano a Misericordia es indescriptible.

Música

MISERICORDIA. *Llena de indignación.*

¡La ha encerrao,
pero no le va a zerví!
¡Condenao!
¡Tos iremos contra ti!

Sale Manuela.

MANUELA.

¿La ha encerrao?

MISERICORDIA.

¡Pero no le va a valé!
¡Arrastrao!
¡Tos iremos contra él!

Salen Petróleo y Concha.

PETRÓLEO Y CONCHA.

¿La ha encerrao?

MISERICORDIA.

¡Pero no le zervirá!
¡Me he jurao
que lo habemos de burlá!

CONCHA, MANUELA Y PETRÓLEO.

¿Qué piensas hasé?

MISERICORDIA.

¡No he determinao!
¡Ya discurriré!
¡Pero, por mi madre,
que aunque la ha encerrao
no le va a valé!

CONCHA, MANUELA Y PETRÓLEO.

¿No le va a valé?

MISERICORDIA.

¡No le va a valé!

Después de mirar si se acerca o no Bejarano. En tono compasivo.

¡Encerrá a eze lucero der día!…
¡Encerrá a eze capuyo reá!…
¡Pobrecita mía!

Pasando de la compasión a la rabia.

¡Hace farta una zangre judía!

Concha.

¡Bandolero!

Petróleo.

¡Ladrón!

Manuela.

¡Creminá!

Misericordia.

¡Hora güena no tenga ni un día!

Petróleo.

¡Lo fusilen con porvora y sá!

Concha.

¡Le dé paralisis!

Manuela.

¡Le dé pormonía!

Misericordia.

¡Ze caiga en la ría,
no zepa nadá!

Petróleo.

¡Un tren misto lo coja en la via!

Misericordia.

¡Mejó un mercancia,
porque ez er que tarda más tiempo en pazá!

Concha, Manuela y Petróleo.

¡Mejó un mercancía,

porque ez er que tarda más tiempo en pazá!

TODOS.

¡Arrastrao!
¡Mardecío!
¡Condenao!
¡Mar nacío!

MISERICORDIA.

¡Yo me vengaré!

CONCHA, MANUELA Y PETRÓLEO.

¿Qué piensas hasé?

MISERICORDIA.

¡No he determinao!
¡Ya discurriré!
¡Pero, por mi madre,
que aunque la ha encerrao,
no le va a vale!

CONCHA, MANUELA Y PETRÓLEO.

¿No le va a valé?

MISERICORDIA.

¡No le va a valé!

TODOS.

¡Ze ha engañao
zi la quiere emparedá!
¡No ha contao
con la rabia que nos da!

¡No ha penzao
que nos tiene contra é!
¡La ha encerrao,
pero no le va a valé!

Cesa la música.

PETRÓLEO. ¡Cuidao, que yega Bejarano!

MISERICORDIA. ¡Pos a dizimulá to er mundo! Dejarme a mí zola.

PETRÓLEO. ¡Más pronto que la vista!

Se van corriendo: Petróleo, a la leonera, y Manuela y Concha, a la cocina.

MISERICORDIA. ¡No le va a valé! ¡Por estas cruces que no le va a valé! *Se pone a lavar.*

Pasa Bejarano del corral a la puerta del interior de la casa, por la cual se va, después de vacilar unos momentos al oír los suspiros de Misericordia.

BEJARANO. Es menesté ponerse en la rasón… ¡Señó, si es su hija!…

MISERICORDIA. *Suspirando intencionadamente.* ¡Ay!… ¡Ay!… *Una vez que se ha ido Bejarano, acércase a la leonera y llama sigilosamente a Petróleo.* ¡Petróleo!

PETRÓLEO. *Saliendo.* ¿Qué quieres?

MISERICORDIA. Ahora mismo te vas en busca der zeñorito Fernando y le dices que venga aquí.

PETRÓLEO. ¿Er capitán? ¿Aquí? ¿Tú estás loca?

MISERICORDIA. Pué que zí que lo esté; pero, míralas: por estas cruces que hoy ze ven y ze hablan en er patiniyo er zeñorito y la zeñorita.

PETRÓLEO. ¡Pero si está enserrá!

MISERICORDIA. ¡Yo me encargo de abrirle! La yave la tendrá Bejarano. Ya ha pazao otras veces.

PETRÓLEO. Sí; pero ¡ni con un calambre la suerta!

Misericordia. ¿No, verdá? Tú déjalo a mi cargo. ¡La mujé más güena ze güerve mala mirando a un padre tan caribe! Bejarano zuerta la yave, y además yo lo encierro a é arriba en la azotea, pa que no nos estorbe. Anda a lo que te he dicho.

Petróleo. ¡Volando va a sé! ¡Mucho mejó que si me lo mandara el amo! *Se pone una gorrilla y echa a correr y se va por el corral hacia la izquierda.*

Misericordia. *Volviendo a las pilas.* ¡No le va a valé; no le va a valé! Ahí viene otra vez er carcelero. ¡Eneliz!

Música

Cuando empieza a cantar Misericordia, sale Bejarano en dirección al corral, y al oír sus lamentos se detiene sin poder evitarlo. Va acercándosele insensiblemente, se sienta unos momentos, y cuando termina de cantar está junto a ella poco menos que con lágrimas en los ojos.

¡Ay, qué pena!
¡Ay, qué pena más traidora!
¡Qué zuplicio y qué condena!
¡La mujé que ze enamora,
hasta cuando canta, yora!
¡Ay, qué pena!

Perzonita que padece,
la quiero;
heridita que ze abre,
la cierro;
lagrimita que resbala,
la zeco;
y boquita que ze queja,
la bezo.

Yoren miz ojitos,
yoren con doló,
porque no yoren otros más bonitos
y los míos no.

Cesa la música.

Bejarano. Pero, Misericordia… ¡que me ha hecho usté yorá de oírla! ¡Canta usté mejó que una alondra! ¿Estaba usté pensando en lo de anoche?

Misericordia. *Con zalamería.* Penzando en eyo estaba.

Bejarano. ¿De verdá?

Misericordia. Yo nunca miento, Bejarano; yo no zoy hombre.

Bejarano. ¡Ni yo tampoco, Misericordia!

Misericordia. ¿Qué dice usté, criatura?

Bejarano. ¡Que yo tampoco miento!

Misericordia. ¡Ya! Pos zerá usté el único.

Bejarano. Bueno, ¿y qué?

Misericordia. ¿Cómo qué?

Bejarano. ¿Qué?… ¿qué?… Ya usté me entiende. ¿Qué?…

Misericordia. ¡Ay, Bejarano!… Usté me es mu zimpático…

Bejarano. ¿Sí?

Misericordia. Usté, a pezá de loz años, tiene joventú…

Bejarano. Tengo, tengo joventú…

Misericordia. Pero yo estoy mu dolía de loz hombres. A mí me zucedió un trompiezo al empezá a viví…

Bejarano. ¿Güerta ar trompieso, Misericordia? ¡No me lo nombre usté! ¡Como si no hubiera usté trompesao!

Misericordia. Es que yo, por lo mismo que trompecé, no me pueo fiá de loz hombres ni de zus palabritas durces… Yo necezito que ze me prueben las cozas.

Bejarano. ¡Y yo estoy dispuesto a probá lo que sea necesario! ¿Qué es lo que quié usté que yo le pruebe?

Misericordia. Zu cariño, na más.

Bejarano. ¿De qué manera?

Misericordia. De una manera mu zenciya.

Bejarano. ¡Abra usté la boca pidiendo imposibles! ¡Como si fuea yo Santa Rita!

Misericordia. Una cozita na más vi a pedirle a usté.

Bejarano. Y ¿está en mi mano?

Misericordia. En zu mano está.

Bejarano. ¡Cuente usté con eya!

Misericordia. ¿Zí?

Bejarano. ¡Aunque sea la sangre e mis venas vorcá en un lebriyo!

Misericordia. No quieo yo tanto, no… que zin zangre no iba usté a viví… y a mí me intereza que usté viva…

Bejarano. *Entusiasmándose.* ¡Que me diga usté ya lo que quiere!

Misericordia. Ea… pos deme usté la yave de la zala donde está encerrá la zeñorita Lucía.

Bejarano. ¡Hip! ¡Hasta hipo me ha entrao! ¡Hip! *Pasea nervioso.*

Misericordia. ¿Qué le zucede a usté?

Bejarano. ¡Hip!

Misericordia. *Un poco asustada.* ¿Qué le zucede a usté?

Bejarano. ¡Que ahora soy yo er der núo!…

Misericordia. Pero ¿me va usté a da eza yave?

Bejarano. ¿Esa yave?… ¿esa yave?… Si yo… Si yo no la tengo, Misericordia.

Misericordia. ¿Que no la tiene usté, Bejarano?

Bejarano. Que no la tengo, Misericordia.

Misericordia. ¡Déjeme usté que lo registre! *Bejarano huye.* ¡Déjeme usté!…

Bejarano. ¡Por Dios, Misericordia!… Misericordia… Usté… Yo… Usté no repara… Es que… Porque… Si yo… si yo… si yo…

Misericordia. *Con fingida dureza.* ¿Ve usté cómo no eran verdá aqueyos desplantes? ¿Ve usté cómo es usté tan farzo como tos loz hombres? ¿Ve usté cómo zu cariño es una fantezía? ¡Ziga usté zu camino ya, y no guerva a tomá en zu boca la palabra cariño pa decírzela a Misericordia la lavandera!

Bejarano. Misericordia…

Misericordia. ¡No hay mizericordia! ¿Éze era to er cariño de cuatro años e fecha? ¿Éze era er bezá la ropa interió cuando yo iba a lavarla? ¡Le digo a usté que ni verlo quiero! ¡Ni chiste usté, porque no lo oigo! A la azotea me voy, a recogé pañuelos zecos, pa yorá er dezengaño. Y escuche usté mi úrtima palabra, que es más firme que la de una reina: la yave de mi cariño, es eza yave. En la azotea estoy.

Bejarano. ¡Misericordia!

Misericordia. ¡En la azotea estoy!

Éntrase resueltamente por la puerta de la cocina.

Bejarano empieza a dar vueltas por el patinillo, como un autómata. De sus labios no salen palabras, sino un rumor extraño, semejante a las tentativas oratorias de los loros que no saben hablar.

Bejarano. *Rematando ininteligible monólogo.* ¡Imposible!, ¡imposible! ¡No pué sé!, ¡no pué sé!… *Vacilando un punto.* Y cuidao que desde la asotea se ve bien si viene er señorito o no viene… *Saca la llave del bolsillo y la mira.* ¡Pero, no; no pué sé! ¡No pué sé! *Se la guarda.* ¡Mar fin tenga mi sino!

Misericordia. *Cantando, dentro, lentamente.*

Aqueya firmeza tanta,
y aquer ponderao amó,
y aquer no viví zin verme,
¡qué pronto ze te acabó!

Durante esta copla la mano de Bejarano entra y sale distintas veces en el bolsillo en que tiene la llave, dando así idea de las vacilaciones de su conciencia alterada.

BEJARANO. *Repentinamente.* ¡No!, ¡si el hombre que se enamora así, *caduca* como hombre: ya es un estropajo! ¡Vamos a la asotea! *Éntrase también, como Misericordia, por la puerta de la cocina, corriendo.*

Manuela y Concha salen de ella en seguida rebosando júbilo por la rendición de Bejarano.

MANUELA. ¡Arzá! ¡Ya va el hombre pa arriba!

CONCHA. Mía tú si eya lo dijo; ¡no le va a vale!

MANUELA. ¡Como que eza mujé tiene mucha idea!

CONCHA. ¡Lo que tiene es a Bejarano embrujao!

MANUELA. ¡Poco que ze va a reí la zeñorita!

Llega Petróleo a escape por el corral, también contentísimo.

PETRÓLEO. ¿Y Misericordia?

MANUELA. ¿Mizericordia? Tú verás.

CONCHA. Tú veras.

PETRÓLEO. ¿Qué ha pasao?

MANUELA. ¡Que ze ha citao con Bejarano en la azotea, pa que le dé la yave de la zala ande está la zeñorita encerrá!

PETRÓLEO. ¡Y pa enserrarlo luego a é, que es lo que tú no sabes!

MANUELA. ¿Zí?

CONCHA. ¡Ole con ole!

PETRÓLEO. ¡Se fastidió el amo!

MANUELA. ¡Pero der to!

PETRÓLEO. ¡Como que er novio de la señorita va a vení a verla!

CONCHA. ¿Que va a vení er señorito Fernando?

PETRÓLEO. ¡Aquí ar patiniyo na más! De avisarle güervo yo ahora. ¡Y que le ha sentao malamente!

MANUELA. ¡Arzá!

PETRÓLEO. ¡Y el amo mientras en er campo tomándose dijustos!

CONCHA. ¡Ole con ole!

MANUELA. ¡Arzá!

PETRÓLEO. ¡Dame un abraso!

MANUELA. ¿Te da lo mismo un *cate*?

Salen Lucía y Misericordia del interior de la casa muertas de risa.

CONCHA. ¡Señorita!

MANUELA. ¡Zeñorita!

LUCÍA. ¡Por supuesto, Misericordia, eres el demonio!

PETRÓLEO. ¿Lo enserraste ya?

MISERICORDIA. ¡Zin que haya podio figurárzelo! Yegó me dió la yave cazi con las lágrimas zartás, le dije que aguardara un istante, eché er cerrojo… ¡y hasta ahora! Esperándome está to derretío.

Risas generales.

LUCÍA. *Empezando a repartir besos entre las criadas.* Ven acá. Ven acá tú también. Ven acá tú.

PETRÓLEO. Siga usté, señorita.

LUCÍA. Es muy malo soñar despierto.

PETRÓLEO. ¿Y si le digo a usté que er señorito Fernando está aquí dentro e diez minutos?

LUCÍA. ¿Qué?

MISERICORDIA. ¿Pa qué has hablao? ¡Yo quería zorprenderla con ezo!

LUCÍA. Pero ¿de veras va a venir el señorito?

MISERICORDIA. ¡No que no! ¡Las cozas han de hacerze completas!

LUCÍA. ¡Que Dios te bendiga, Misericordia! ¿No tengo de quererte yo? ¡Vales un tesoro! ¡Ahora sí que no me cambio por nadie! *Volviendo a besarlas a todas.* Ven acá otra vez. Ven acá. Ven acá.

PETRÓLEO. ¡Ni por casualidá se equivoca!

MANUELA. ¡Lo alegre que está eya!

CONCHA. ¡Lo que eya se ríe!

PETRÓLEO. ¡Lo que gosa!

MISERICORDIA. ¡Lo que gozo yo viéndola azín!

Música

Lucía, en la explosión de su alegría, rompe a cantar. Los criados la secundan.

LUCÍA.

¡Alegría!

LOS CRIADOS.

¡Alegría!

LUCÍA.

¡Yo no lloro!
¡Déjeme usted que me ría!
¡No hay en el mundo tesoro
más rico que la alegría!

LOS CRIADOS.

¡Ni plata, ni oro,
ni na en esta vía!
¡No hay en er mundo tezoro
más rico que la alegría!

LUCÍA.

Una fuente de alegría
en el alma llevo yo,
más parlera cada día
desde que mi amor nació.

¡Alegría!
¡Pon en mis ojos el día!
¡Alegría!
¡Llena de risa mi boca!
¡Alegría!
¡Corre por la sangre mía,
aunque yo parezca loca!

LOS CRIADOS.

¡Alegría!
¡La zeñoríta Lucía!
¡Alegría!
¡La que derrama zu boca!
¡Alegría!
¡Dios ze la dé toa la vía,
aunque digan que está loca!

LUCÍA.

¡Alegría!

LOS CRIADOS.

¡Alegría!

Cesa la música.

PETRÓLEO. ¡Ole! ¡No hay otra señorita como usté en las siete partes der mundo!

MANUELA. No, zeñó; no la hay.

Se oye un silbido dentro.

PETRÓLEO. ¡Er sirbío del ordenansa! ¡Ya tiene usté ahí ar señorito!

LUCÍA. ¿Ya?

PETRÓLEO. Voy corriendo a abrirle. *Vase por el corral, hacia la izquierda.*

LUCÍA. ¡Esto sí que es gracioso! ¡Bejarano en la azotea y mi novio en el patinillo! *Impaciente y nerviosa se acicala y compone para recibirlo.*

MISERICORDIA. *A sus compañeras.* Desde antié no veo yo ar capitán. Ez un hombre que me da *repelucos* de guapo.

CONCHA. Verás tú lo pomposo que entra.

MANUELA. A vé zi me regala a mí pa unas ligas.

MISERICORDIA. Ya viene ahí. Escucha las espuelas.

Óyese el acompasado son de las espuelas, en efecto. Expectación. Las cuatro mujeres miran a la entrada del corral con la sonrisa en los labios. Decepción. En lugar del gallardo capitán llega su ordenanza Perea, que dista mucho, pero mucho, de ser tan guapo como él. En cambio, es el soldado más dicharachero y resuelto del Arma de Caballería. Lo sigue Petróleo.

PEREA. ¡Güenos días!

LUCÍA. Buenos días. ¿Qué es esto? ¿Tú solo?

PEREA. Yo solo.

LUCÍA. ¿Y el señorito?

MISERICORDIA. ¿Y er zeñorito?

PEREA. ¿Er señorito? Pos er señorito, señorita, de salú güeno, y de humó… ¡güeno!

LUCÍA. Pero ¿qué ha sucedido? ¿Qué hay?

PEREA. Hay… Como habé, no hay na de estraordinario. Pero, señorita, cuando se suerta er coroné, no tenemos minuto seguro.

LUCÍA. Y ¿qué ha hecho el coronel?

PEREA. ¿Er coroné?… ¿Usté conose ar coroné?

LUCÍA. Ni ganas. Dime lo que sucede.

PEREA. Pos er coroné es un tío que no cabe a entrá po esa puerta. Más arto que una estatua. Yo es el único hombre que he visto que suene las moneas en er techo, porque le coge más serca que las losas.

PETRÓLEO. ¡Está sembrao este Perea!

LUCÍA. Bueno, ¿y qué? ¿Por qué no viene el señorito?

MISERICORDIA. Zí, hombre; acaba.

PEREA. Er señorito… Cuando fué la Pilonga, que traía una carta pa usté, a desirle que su papá de usté había cogío la carta, mi amo echó las orejas pa alante y yo en seguía me fijé en las botas.

LUCÍA. ¿En las botas?

PEREA. Sí, señorita. Porque tiene unas nuevas con la punta afilá, que cuando las usa conmigo, se me figura que yeva las espuelas alante. Se puso de un cariz y empesó a sortá unas espresiones, que no paresía er capitán; paresía er coroné. Usté habrá notao, señorita, que er coroné y yo no congeniamos. Somos dos *cararteres* mu distintos.

MISERICORDIA. ¡Jezú, lo que charlas! ¡Revienta de una vez y concluye, que está la zeñorita intranquila!

PEREA. A eso voy. Yegó Petróleo después a endursarle er trago ar señorito, con er mandao de que viniera. Ar señorito se le cambió er semblante; más alegre no lo he visto nunca. Y cuando ya estábamos los dos en la puerta e la caye, otro mandaíto der coroné: que esta tarde hay que paseá a los sordaítos. ¡Una grasia!

LUCÍA. ¡Así le caiga un rayo al coronel!

PEREA. No le cae, señorita. También le temen. Rayo que lo ve, rayo que se echa a un lao. Mi amo no dijo na; pero si le leen er pensamiento, lo mandan a un castiyo. Se metió pa dentro tragando viruta, me dijo que esperara, me fijé otra vez en las botas, y ér se puso a escribí mu aprisa una carta que le traigo a usté.

LUCÍA. Pero ¿traes una carta?

MISERICORDIA. Y ¿por qué no has empezao por ahí, guaza viva?

PEREA. Señorita, usté me dispense; pero si le doy a usté la carta primero, usté no me hase caso ninguno, y yo nesesitaba hablá der negosio.

Manuela y Concha se entran en la cocina.

LUCÍA. Bueno, dame la carta ya.

PEREA. Tome usté la carta.

Lucía la coge y la abre nerviosamente.

MISERICORDIA. Zeñorita Lucía.

LUCÍA. ¿Qué?

MISERICORDIA. Yo voy arriba a la azotea a entretené mientras a Bejarano.

LUCÍA. Vé donde quieras; sí.

MISERICORDIA. Er pobreciyo ze está ganando er premio.

Vase por la puerta de la casa.

LUCÍA. *Apartándose a un lado.* ¡Con lápiz me ha escrito! ¡Y el pliego entero! ¡Lo que quiero a este tonto! *Principia a leer.* ¡Jesús! No puedo leer con el sol de cara.

PEREA. Pos no podrá usté lee desde que nasió.

LUCÍA. ¿Cómo?

PEREA. Porque desde que usté nasió tiene er só de cara, señorita.

LUCÍA. Muchas gracias.

PEREA. *A Petróleo.* ¡No vale na Manuer Perea!

PETRÓLEO. ¡Ole los hombres!

PEREA. Lo der sigarro no lo dejes pa luego.

PETRÓLEO. *En son de elogio.* ¡Arrastrao! ¡Qué sinvergüensa eres!

Saca tabaco y fuman. Lucía se va junto al arriate alto y queda oculta a la vista de ellos. Lee la caria con avidez y vivos comentarios. De cuando en cuando la besa ardientemente. Estos besos llaman la atención de Perea.

LUCÍA. *Leyendo.* «Luz de mis ojos: Dios te guarde. Te escribo hecho una furia. Pensaba verte dentro de diez minutos y no te veré en todo el día, y Dios sabe hasta cuándo. Pero quien manda, manda, y mi coronel quiere un ratito de instrucción esta tarde precisamente Te hago gracia de todo lo que se me ocurre para mi coronel». ¡Me haces gracia de todas maneras! *Besa la carta. Perea aplica el oído.* «Te advierto que estoy decidido; me ha sentado muy

mal que tu padre haya sorprendido mi carta; mañana mismo he de hablar en serio con él. Esta tiranía no tiene sentido común. Perdona». Perdono; no lo tiene. «Escribo a toda prisa y pongo en el papel cuanto se me ocurre. Es intolerable que hagamos a traición lo que podemos hacer a la luz del día. Y por bruto que sea tu padre… —perdona— tendrá que comprenderlo así. Le haré ver mi posición, le diré mi nombre sin tacha, lo informaré de mi familia…». ¡Muy bien!, ¡muy bien! ¡Ay, lo que te quiero! *Vuelve a besar la carta y Perea a aplicar el oído.* «Y si no se trata materialmente de un… —perdona— que haya que agarrarlo por el… —perdona— o que ponerle las… —perdona— para que no me suelte un par de… —perdona— supongo que me abrirá los brazos». La cabeza es lo que puede que te abra; pero perdono, perdono, perdono y perdono. *Dice esto estrujando contra el pecho la carta y besándola luego.*

PEREA. *No pudiendo oír ya más besos tranquilo.* ¿Se metió er capitán dentro er sobre?

LUCÍA. *Siguiendo la lectura.* «Y en fin de cuentas, y encaso de que no se avenga a razones, nada me queda que pensar: daremos un escándalo mayúsculo». ¡Mayúsculo! ¡Muy bien! «Saldrás de tu casa por el pararrayos o por el sótano…». ¡Muy bien! «… pero saldrás para ser mía». ¡Muy bien!, ¡muy bien! «Esta tarde pasaré con mi tropa por delante de tus balcones y mandaré tocar las trompetas más fuerte que nunca, para que tú las oigas desde tu encierro y ellas te digan, atronando el aire y sin qué las entienda nadie más que tú, que soy capaz por tus ojos de fusilar a toda tu familia y de volar a Arenales del Río. Firmo y plego. Fernando». Y como lo dice, lo hace. Y yo se lo alabo. Y no me caso más que con él. Con él, con él, con él… *Pasea como loca por el patinillo, dando lugar a maliciosos comentarios de Perea.* Allá mi padre, y allá mis tíos, y allá mi abuela. No me caso más que con él. Con él, con él, con él. Y ahora mismo voy a escribirle veinticinco pliegos. ¡Perea!

PEREA. Señorita.

LUCÍA. Espera la contestación.

PEREA. A la orden, mi capitana.

LUCÍA. *Encaminándose al interior de la casa.* Con él, con él, con él.

PEREA. ¿Qué desía usté de un vasito e vino?

LUCÍA. *Sin oír a Perea*. Con él, con él, con él. *Vase.*

PEREA. *Viendo que Lucía no se ha enterado*. Fayó er tiro, Perea.

PETRÓLEO. ¡Es que está que hase números por tu capitán!

PEREA. ¿Sí, eh? ¡Pos güeno está mi capitán por la señorita!

PETRÓLEO. ¿La quiere mucho?

PEREA. ¿Que si la quiere? ¡Tiene un retrato de eya pegao en la paré, y duerme con los ojos abiertos pa está mirándolo toa la noche!

PETRÓLEO. ¡Mar tiro te den! ¡Qué grasia tiene!

En este momento asómanse Manuela y Concha a la puerta de la cocina, más compuestas.

PEREA. ¡Vaya dos prinsesas que han salío a verme! Güen pelo, güen herraje… y las dos con la edá en la boca. *Acercándoselas.* ¡Ronda!

MANUELA. ¿Cómo ronda?

PEREA. Ronda es un juego e cartas en que se basen parejas. Ustés dos son ahora mismo una ronda. Éste y yo somos otra ronda. Y esta ronda le dise a ésa: ¡envío! ¿Quiere esa ronda?

MANUELA. Tiene ánge este hombre.

CONCHA. Y finura.

PEREA. ¿Finura? Diga usté que nasí hijo de señó Ambrosio, el alfarero; que si yego a nasé hijo de un duque, me yeva a mí er rey a toas las caserías.

Risas.

PETRÓLEO. ¡Está sembrao!

PEREA. ¿He oído yo argo de unas asitunas?

MANUELA. No, zeñó; pero va usté a tomarlas, zi las quiere.

CONCHA. Y un vasito e vino también.

Éntrase en la cocina Manuela.

PEREA. ¡Viva er rumbo! Lo menos es usté der Coroní.

CONCHA. Se equivoca usté. ¿Y a que no asierta usté de dónde soy?

PEREA. Vaya que sí.

CONCHA. Vaya que no.

PEREA. Una apuestesita. Si lo asierto, como gano, me da usté un beso; y si no lo asierto, como pierdo, se lo doy yo a usté.

CONCHA. ¡Ay, qué grasioso!

Sale Manuela con un vaso de vino, que bebe Perea.

MANUELA. Aquí está er vino pa hacé boca. Ahora zacaré laz acitunas.

PEREA. Vaya por la suerte de la comandanta.

CONCHA. ¿Y quién es la comandanta?

PEREA. La señorita. Porque brindo por eya… y porque asienda er capitán.

CONCHA. Eso de la comandanta es argo difisi.

MANUELA. Dificiliyo es. Er zeñorito de acá tiene la cabeza mu dura.

PEREA. ¿Mu dura?

PETRÓLEO. ¡Como una piedra de molino!

PEREA. ¡Ronda con er coroné!

Viene en esto Misericordia por la cocina, un tanto atribulada.

MISERICORDIA. ¡Zeñorita Lucía!

PEREA. ¿Qué se le ofrese a usté, generala?

MISERICORDIA. ¿Y la zeñorita Lucía?

PEREA. Arriba está escribiendo.

MANUELA. ¿Ocurre argo?

CONCHA. ¿Qué ocurre?

PEREA. ¿Qué ocurre?

MISERICORDIA. Ocurre que zubí a la azotea en busca e Bejarano —paece que lo ha hecho Dios— y me encontré con que Bejarano ya no estaba ayí.

CONCHA. ¡Dios mío! ¿Qué habrá hecho ese hombre?

MISERICORDIA. Pa mí que ar darze cuenta de que lo he encerrao, ha zartao por la caza e junto, y va a vení por la cayejuela. *Señala al postiguillo.*

MANUELA. Zeguramente ez ezo.

MISERICORDIA. Vi a azomarme. Lo menos ze ha creío que la zeñoríta a estaz horas ze ha escapao con er capitán. *Corre al postiguillo, lo abre y se asoma a la callejuela.* ¿No lo dije? ¡Ayí viene! Meterze ustés en la cocina, porque zi lo ve a usté aquí de pronto, le da un patatús.

PEREA. Lo que usté mande, reina. *A Manuela.* ¡No saque usté ya las asitunas!

PETRÓLEO. ¡Ahora voy yo pa aya!

Entran en la cocina, riéndose, Perea, Manuela y Concha. Petróleo se entra en la leonera.

MISERICORDIA. *Viendo venir a Bejarano.* Con los pelos de punta viene el hombre. ¡Vaya por Dios! ¡Ha trompezao y ha medío la caye! ¡Jezú con é!

Aparece don Bartolomé por el corral con aire de triunfo.

DON BARTOLOMÉ. ¡A la paz e Dios!

MISERICORDIA. *Gritando, aterrada.* ¡Ay!

DON BARTOLOMÉ. ¿Qué es ezo? ¿Te azustate, no? ¡Qué bruto soy!, ¿verdá? Vengo cuando no ze me espera. ¡Qué bruto zoy!

Sale Petróleo de la leonera, corriendo y cantando, con una guitarra.

PETRÓLEO.

Las cuento y no están cabales…

Dando un grito, como Misericordia, al toparse con don Bartolomé. ¡Ah!

DON BARTOLOMÉ. ¿Qué te zucede, hombre?

PETRÓLEO. Na, mi amo: que las cuento y no están cabales. *Se mete en la cocina, procurando ocultar la guitarra.*

Asoma Lucía con curiosidad al balcón y, al ver a su padre, se retira como un relámpago, sin poder contener un chillido.

LUCÍA. ¡Ay!

DON BARTOLOMÉ. ¿Eh? ¿Quién grita arriba? ¿Paece que la vuertecita del amo ha desconcertao? ¿Y Bejarano, dónde anda?

MISERICORDIA. ¿Bejarano? ¡Vi a decirle que usté ha venío! (¡Ande voy es a encerrá a la zeñorita!). *Vase por la puerta de la casa apresuradamente.*

DON BARTOLOMÉ. *Riendo con socarronería.* ¡Je, je, je! ¡La verdá es que zoy bruto!

Por el postiguillo llega Bejarano trémulo, descompuesto, sin ver a nadie y sacudiéndose aún las huellas de su batacazo.

BEJARANO. ¿Qué habrá pasao aquí? ¿Qué habrá pasao aquí? Es mía la respon… Es mía, mía, mía… Es mía la respon…

DON BARTOLOMÉ. *Saliéndole al encuentro.* ¿Qué jinojo dices, hombre?

BEJARANO. *Horrorizado.* ¡Eeeeeeh!

DON BARTOLOMÉ. ¿Qué ha zío ezo?

BEJARANO. ¡Hip!

DON BARTOLOMÉ. ¿Qué ha zío ezo, jinojo? ¿Quiés explicarte ya? *Bejarano quiere explicarse y le vuelve a salir el rumor sin palabras que ya conocemos.* ¿Has perdío el habla con er zusto?

BEJARANO. Comprenda usté que… Comprenda usté que… Lo que menos podía yo… Como usté se fué a… Como usté se fué a… Ar verlo entrá así de… de… Ar verlo entrá así de… de…

DON BARTOLOMÉ. Pos bébete un cántaro de agua pa que ze te paze la imprezión. ¡No paece zino que ez un toro er que ha yegao! A mitá e camino me zoplaron que habían visto a Petróleo entrá en la caza donde está alojao eze *pajolero* capitán, y le dije a Amapolo: «A dezandá lo andao. Zigue pa er campo tú. A mí me intereza mi caza más que er cortijo». ¿Aquí ha habío novedad?

BEJARANO. *Con la nuez en la campanilla.* ¿Aquí?… ¿Aquí?… Carcule usté aquí…

DON BARTOLOMÉ. ¿Y la niña? ¿Tú haz entrao a verla? ¿Ha yorao?

BEJARANO. La niña… la… La niña… ¡Claro! la niña… Carcule usté, la niña…

DON BARTOLOMÉ. Pa que luego digan que zoy una fiera. Bejarano; tengo ganas e darle un bezo. Trae acá la yave.

Las piernas de Bejarano están a punto de doblarse, como si *fueran de papel de seda*.

BEJARANO. ¿La… la yave?

DON BARTOLOMÉ. La yave, zí.

BEJARANO. ¿La yave?… Yo, cuando usté… Porque yo dije… Si se me cae… si se me… No, vamos… si me duermo, si… Porque como esta gente… Yo dije… La esconderemos… la… ta…

DON BARTOLOMÉ. ¡Ah!, ¿la has escondío? Bien hecho. Poz anda por eya.

BEJARANO. Voy… voy por eya… Voy…

DON BARTOLOMÉ. Zéntimiento me da a mí de hacé lo que hago, Bejarano; pero no conziento las relaciones de mi hija con er capitán. Y ya me he enterao de que es una perzona ecente, y de que está enamorao de eya, y de que tiene *trigo.* ¡Pos no conziento las relaciones! ¡Qué bruto zoy!, ¿verdá? ¡Pos no las conziento! Anda, vé por la yave.

BEJARANO. Voy… voy por la yave…

Deseando antes que nada quitarse de la vista de don Bartolomé, da dos o tres pasos, vacilante, y entra en la cocina, como hubiera podido tirarse a un pozo. Apenas entra da un grito extrañísimo, y vuelve a salir, blanco como una vela.

DON BARTOLOMÉ. ¿Qué le ha dao a éze? ¿Qué te ha dao?

BEJARANO. Na… un mareíyo… un mareíyo… Cuando fuí a… Un mareíyo… En er momento de… Un mareíyo… Al agacharme a… Un mareíyo…

DON BARTOLOMÉ. ¡Estás trazijao, Bejarano! ¡Necezitas un pienzo de habas! Ábrele la zala a la niña y dile que la espero en er comedó pa merendá conmigo. ¡Arrea tras e mí! *Vase al interior de la casa.*

BEJARANO. *Despavorido*. ¡Ay!… ¡ay!… ¡Ahora va a vé!… ¡Ahora va a vé!… ¡Ay!… ¡Misericordia!… ¡Misericordia!… ¿Dónde estará Misericordia?…

Perea y Petróleo salen con cierta precaución de la cocina. Al ver Perea a Bejarano se dirige a él con resolución. Bejarano huye. Después lo escucha sobrecogido y estremeciéndose ante las amenazas.

PETRÓLEO. Anda, Perea.

PEREA. Espérate un minuto. *A Bejarano.* ¡Oiga usté! No juya usté, que no vi a matarlo toavía. ¿Usté es Bejarano verdá?

BEJARANO. Es lo más probable.

PETRÓLEO. Déjate ahora…

PEREA. Güeno; pos yo soy Perea. ¿Lo oye usté? ¡Perea! Dise usté Perea en er cuarté y juyen hasta las moscas e cabayo.

PETRÓLEO. ¡Está sembrao este sinvergüensa!

PEREA. Más detayes: Perea, cuando se viste de paisano, usa una cadena de reló hecha en Cuba con las muelas de un negro.

PETRÓLEO. ¡Con las muelas de un negro! ¡Está sembrao!

PEREA. Es a sabé: que Perea da lo mismo las gofetás de militá que de paisano.

PETRÓLEO. ¡Está sembrao!

PEREA. Pa concluí: si el amo de esta casa yega a olé, porque usté se lo dise, que ha estao aquí Perea, Perea le pone a usté la cabesa a veintisinco pasos der tronco.

BEJARANO. *Imitando maquinalmente a Petróleo.* ¡Está sembrao!

PEREA. ¡Ya sabe usté quién es Perea! *A Petróleo.* Echa pa alante, tú. ¡No vale na Manuer Perea!

PETRÓLEO. ¡Mar tiro le den! ¡Qué grasia tiene!

Se marcha Perea victoriosamente por el corral, hacia la izquierda, acompañado de Petróleo.

Sale Misericordia por la puerta de la cocina.

MISERICORDIA. ¿Pareció usté ya, martirio de hombre?

BEJARANO. ¡Misericordia! ¿Y la señorita?

MISERICORDIA. ¡Encerrá en la zala! ¿Dónde va a está la zeñorita?

BEJARANO. ¿Y la yave?

Misericordia. ¡Tome usté la yave! ¡Es usté lo más torpe que he visto!

Bejarano. ¡Ah!, ¿toavía me riñe?… ¿Toavía se enfada?…

Misericordia. ¡Claro, zeñó! ¡No tiene usté rezolución pa na! ¡Zi pa to es usté lo mismo, no me conviene! *Vase al corral, hacia la derecha, volviéndole rápidamente la espalda.*

Bejarano. ¡Misericordia!

Se asoma al balcón don Bartolomé.

Don Bartolomé. Pero, Bejarano, ¿toavía estás ahí? ¿Y yo aguardándote? ¿Y mi hija encerrá? ¡Tú no riges hoy como ziempre!

Bejarano. *Enseñándole la llave.* No, sino que… Me desía Misericordia que… Y yo le contestaba que… Porque… porque…

Don Bartolomé. ¡Zube a abrirle a mi hija, tabardiyo!

Bejarano. *Aludiendo a don Bartolomé.* ¡Está sembrao!

Éntrase en la casa muy contento.

Don Bartolomé. Eze se figura que yo me chupo er deo. Hasta er tuétano estoy de to. La niña ha zalío de la zala pa vé ar capitancito en auzencia mía. ¡Zerán papanatas! Esto va como las propias rozas. Cuando hay mucha zé, poquita agua y con trabajo. Ziguiendo azí, el año que viene están cazaos, que es a lo que yo tiro. ¡Qué bruto zoy! ¡Qué bruto! *Suenan a lo lejos las trompetas de la Caballería.* ¿Hola, hola? ¿La tropita que va a pasá por delante de la caza? ¡Me gusta!, ¡me gusta! Dejaremos que ze vean, que el hombre irá mu guapito encima e zu cabayo.

Misericordia sale del corral y se pone a lavar. Lucía sale al balcón y acaricia a don Bartolomé, recelosa.

Lucía. ¡Papá!

Don Bartolomé. ¡Hola, palomita! ¿Te has escapao ya de la jaula?

Lucía. Me han abierto la puerta. ¿Y tú, por qué no has ido al campo?

Don Bartolomé. Porque de pronto me arrepentí de haberte encerrao.

Lucía. ¡Sí, si tú me quieres mucho!

Don Bartolomé. ¡Pué zé que veinte veces más que tú a mí, cabeza e chorlito! Anda y vamos a tomá juntos una copita e vino. *Se retira.*

Lucía. Allá voy. *A Misericordia, misteriosamente.* ¡Misericordia!

Misericordia. Zeñorita.

Lucía. ¿Sospecha algo mi padre?

Misericordia. ¡Ni por zoñación, zeñorita!

Suenan las trompetas más cerca.

Lucía. *Como respondiendo a ellas.* ¡Ya, ya te oigo! ¡Ya sé todo lo que quieres decirme! *Tirando besos.* ¡Toma, toma, toma! ¡Ay, si yo tuviera un tambor para contestarte! Hasta luego, Misericordia; hasta luego.

Misericordia. Vaya usté con Dios, zó de Andalucía.

Manuela y Concha salen corriendo de la cocina, decididas a ver el paso de los soldados por la casa, y se van por el corral hacia la izquierda. Petróleo se les une en el fondo.

Manuela. ¡Vamos a vé la tropa!

Concha. ¡Vamos, vamos a verla!

Manuela. ¡A vé zi mira er capitán!

Petróleo. ¿Y Misericordia, no viene?

Vuelve Bejarano.

Manuela. ¡Mizericordia, venga usté!

Bejarano. *Deteniéndola.* ¡Qué peso se me ha quitao de ensima! ¿Y usté qué tiene, que está así tan… tan?…

Misericordia. ¡Que estoy mu contenta, Bejarano; pero mu contenta! No zé por qué ze me figura que la zeñorita Lucía y er zeñorito don Fernando van a decirze mu pronto en er patio e la caza loz amores que principiaron en la azotea y ze ampararon en er patiniyo.

Bejarano. ¿Y ya pa entonses me querrá usté a mí, Misericordia?

Misericordia. Pué que lo quiera a usté una mijiya antes…

Bejarano. ¡Me lo merezco! ¡Aunque no sea más que por er día de hoy!

Misericordia. Es verdá; porque con muchos como éste me queo viuda antes de cazarme con usté. *Al público:*

Er patiniyo, pobre y zenciyo,
es mentidero de loz amores…
Y es que por argo ze ziembran flores
en los rincones der patiniyo…

Suenan una vez más las trompetas con todo brío, y como si pasaran ante los balcones de la casa y le expresaran en tal momento a Lucía el amoroso fuego del capitán.

FIN

Madrid, abril, 1909.
Fuentarrabía, septiembre, 1909.

DOÑA CLARINES

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el **TEATRO LARA** el 5 de noviembre de 1909

A FRANCISCO BRAVO RUIZ,
grande amigo de personajes extra-
ordinarios, a quien debemos el expre-
sivo nombre de Doña Clarines.
Los más vulgares de sus amigos,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Doña Clarines.	Matilde Rodríguez.
Marcela.	Conchita Ruiz.
Tata.	Leocadia Alba.
Daría.	Mercedes Pardo.
Miguel.	Ricardo Puga.
Don Basilio.	Ricardo Simó-Raso.
Luján.	Alberto Romea.
Escopeta.	Ramiro de la Mata.
Crispín.	Fernando Delgado.

DOÑA CLARINES

ACTO PRIMERO

Estancia preferida de doña Clarines en el piso principal de su casa de Guadalema, ciudad castellana. A la derecha del actor, en primer término, la puerta de las habitaciones de la señora. Inmediato a esa puerta, de frente al público, cierro de cristales, con zócalo de madera tallada, que da al jardín, y el cual, desde la mitad de la escena, se prolonga en ángulo recto hasta el foro. Una puerta a la izquierda del actor, y al foro, otra. Lo mismo estas dos que la de las habitaciones de doña Clarines son de cristales y tienen medios puntos. En el suelo, de losas encarnadas, y en primer término de la izquierda, una mirilla de madera para ver desde arriba la gente que llega al portal, y cerca de ella, también en el suelo, una argolla atada al extremo del cordel que sirve para abrir el portón sin tener que bajar escaleras. Muebles antiguos, pero ricos y bien cuidados. Algunos retratos al óleo, de familia, decoran las paredes. Es de noche. Una lámpara, que fué primero de petróleo, luego de gas y ahora es de luz eléctrica, alumbra la estancia. La luz de la luna platea las copas de los árboles del jardín, que asoman tras los cristales del cierro.

La escena está sola. Dentro, lejos, en el piso bajo, óyese ladrar a «Leal», el perro de dona Clarines, anunciando que alguien llega a la puerta. Por la del foro aparece Tata, vieja desdentada y ruinosa, pero activa y despierta, pies y manos de doña Clarines y su admiradora incondicional.

TATA. ¡Calla, *Leal*, calla! Con este perro no hemos menester campanilla. ¡Calla ya, escandaloso! *Calla el perro. Tata se asoma a la mirilla.* ¿Quién es? ¡Ah! Don Basilio con el amigote que esperábamos. Haga el Señor que no tengamos toros y cañas con el tal amigote. *Tira del cordel, para abrir.*

Sale Escopeta por la puerta de la derecha. Escopeta es un mozo andaluz, criado reciente de la casa. En la mano trae una botella de la botica.

ESCOPETA. Pos, señó, güeno está. Oiga usté, Tata.

TATA. ¿Qué hay con Tata?

ESCOPETA. Las señoras de Guadalema, ¿son toas como doña Clarines?

TATA. ¡Qué disparate! Lo que quisieran las señoras de Guadalema era saberla descalzar. ¡Aaaaah! ¡Doña Clarines! Doña Clarines no hay más que una.

ESCOPETA. Más vale. Porque si no era cosa de *pitá* otra vez pa mi tierra y dejá a Guadalema y a toa Castiya na más que pa vení cuando hubiera festejos.

TATA. ¿Pues?

ESCOPETA. Er criao que estuvo en la casa antes que yo, ¿duró mucho ar servisio de la señora?

TATA. Seis días escasamente. Era muy casquivano y muy gandul.

ESCOPETA. ¿Y er de antes?

TATA. El de antes no duró sino tres. Aquél era muy poquita cosa. Se asustaba de todo.

ESCOPETA. ¡Es que se asusta er Sí Campeadó! ¿Usté sabe los mandaos que esta señora quié que uno le yeve a to er mundo?

TATA. ¿No he de saberlo? ¡Aaaaah! Y que o se dicen las razones como ella las da, ce por be, o por la puerta se va a la calle. ¡Es mucha señora!

ESCOPETA. Pos ¿sabe usté lo que se me ocurre? Que en lugá de un criao debía tené un piquete de infantería.

TATA. Poco murmurar, ¿eh?

ESCOPETA. No es murmurá, señora; es que ahora me ha mandao que me yegue a la botica con esta boteyita que traje pa la señorita Marsela, y que le

diga ar boticario: «De parte de doña Clarines que no es esto lo que eya ha pedío; que agua der poso ya tiene eya bastante en su casa, y que se vaya usté a robá a Despeñaperros».

TATA. *Riéndose.* ¡Aaaaah! Oyéndola estoy.

ESCOPETA. ¡Y yo estoy oyendo ar boticario!

TATA. Pues así lo ha de decir usted si no quiere perder la casa.

ESCOPETA. ¿No le daría iguá por escrito?

TATA. Ande, ande a su obligación y déjese de más discursos.

ESCOPETA. ¿Qué se le va a hasé? Vamos a que me tire un mortero er tío ése. Peó fuera no verlo. *Se marcha por la puerta del foro hacia la izquierda, canturreando* y *contoneándose.*

TATA. ¡Ay! Muy zaragatero eres tú para hacer los huesos viejos en esta casa.

Por la misma puerta que se ha ido Escopeta salen don Basilio y Luján. Don Basilio, hermano de doña Clarines, es un señor de ojos vivos y cabeza inquieta, señal de poco peso. Viste con desaliño. Luján, antiguo amigo suyo, es hombre de pesquis, un tanto socarrón y de espíritu reposado y tranquilo. Viene en traza de haber caminado a caballo unas leguas. La edad de uno y otro anda alrededor del medio siglo.

DON BASILIO. Pasa, Isidoro.

LUJÁN. Buenas noches.

TATA. Buenas las tenga usted, señor mío.

DON BASILIO. ¿Y mi hermana, Tata?

TATA. También son ganas de preguntar lo que sabe usted de memoria: en sus habitaciones.

DON BASILIO. *A Luján:* ¿Quieres verla?

LUJÁN. Si no ha de servirle de molestia, con mucho gusto. *Mirando un cuadro.* ¿Este retrato es de tu padre?

DON BASILIO. Sí; ése es papá. Papá recién casado. Como yo lo conocí mucho después, no puedo apreciar si se parece. ¡Je! *A Tata, mientras Luján ve los otros cuadros y observa el jardín.* Bueno, tú, llégate y dile a doña Clarines que aquí está ya mi amigo el señor Luján, que desea saludarla.

TATA. *Bajo a don Basilio.* ¡Va soltar una descarga de fusilería!

DON BASILIO. *Lo mismo, a Tata.* ¡Ya lo sé! ¡Pero si no es ahora, será luego más tarde!

TATA. ¡Ah!, bien, bien. Por mí no ha de quedar. —Con permiso, buen caballero. *Vase por la puerta de la derecha.*

LUJÁN. ¿Quién es esta vieja escamona?

DON BASILIO. ¡Tata! La tradición, como quien dice. Nos ha visto nacer a todos. Ya la infeliz no es más que una de tantas ruinas en este viejo caserón de los Olivenzas. ¡Pobre caserón! Por mucho que lo cuido, y lo revoco, y lo aderezo, se viene abajo, como la familia.

LUJÁN. ¡Pues tú no te conservas mal!

DON BASILIO. ¿Y me lo dices tú, que estás hecho un pollo?

LUJÁN. Sí lo estoy, sí. Para la edad que tengo… Pero eso no quita… Desde que resolví que nada me importase nada, en vista de que lo contrario me afectaba al hígado, marcho como unas perlas.

DON BASILIO. Es verdad. Quince años hacía que no te echaba la vista encima y, lo que es en lo exterior, apenas si han dejado huellas.

LUJÁN. Me las arranca mi mujer.

DON BASILIO. ¡Ah, carape! Secretos del hogar.

LUJÁN. Sí. Tú, en cambio, te las tiñes. Ya lo he visto.

DON BASILIO. Secretos del tocador.

LUJÁN. ¡Secretos… a voces!

DON BASILIO. Chico, hay que defenderse. No me resigno a la vejez de la cabeza, cuando tengo el corazón entrando en quintas. Pero siéntate, galopín.

LUJÁN. *Obedeciendo.* Cansadillo estoy. Mi caballejo tiene un trotecillo que desbarata. En mal hora se le ocurrió a don Rodrigo ponerse neurasténico, y a su familia llamarme a mí a consulta. Me he vuelto poltrón. No me gusta salir de mi casa.

DON BASILIO. ¿Y querías irte a parar a un fonducho? ¡Ca, hombre, ca! Los días que estés en Guadalema, en mi casa vives.

LUJÁN. Dios te lo pague. La comida de las fondas me aterra. Las camas me espantan. Sobre todo en cuanto empieza mayo. En fin, que te agradezco muy de veras tu hospitalidad.

DON BASILIO. No se hable más de ello. ¿Qué tal te va en ese poblacho?

LUJÁN. Tan bien como en otra parte cualquiera. Todo está en todo. Estoy decidido a vivir a gusto.

DON BASILIO. ¿Te quedan gajes además de la titular?

LUJÁN. No faltan. El pueblo es rico, la gente no es de la peor… me quieren…

DON BASILIO. ¿Hay muchos enfermos?

LUJÁN. Muchos; pero los voy matando a casi todos.

DON BASILIO. Entonces, ¿cómo te quieren tanto?

LUJÁN. Porque elijo bien. ¿A quién no le sobra un pariente?

DON BASILIO. ¡Ja, ja, ja! Veo que también conservas aquellas tus salidas chuscas de mozo. *Reparando en Tata, que se acerca.* Ahora verás.

LUJÁN. ¿Cómo?

DON BASILIO. Que ahora verás.

Sale Tata.

TATA. Aquí estoy ya de vuelta. *Encarándose con Luján.* Bueno, señor: es costumbre de la señora que sus servidores demos los recados a todas las personas de la misma forma que ella los da.

LUJÁN. Bien. Me parece muy bien.

DON BASILIO. ¿Tú le has dicho?…

TATA. Yo le he dicho que había llegado y que tenía gusto en saludarla su amigo de usted el forastero.

DON BASILIO. ¿Y qué te ha contestado ella?

TATA. Que dime con quién andas, te diré quién eres. Que está en el oratorio, y que no sale porque no quiere ver visiones. Y que mañana, con la luz del sol, tendrá usted mejor vista. Con permiso. *Se va por la puerta del foro hacia la derecha.*

Luján la mira fijamente, un poco estupefacto, sin dar crédito a lo que oye. Don Basilio traga alguna saliva. Pausa.

LUJÁN. ¿Qué es esto, Basilio?

DON BASILIO. Isidoro, abrázame.

LUJÁN. Basilio, ¿qué es esto?

DON BASILIO. Abrázame, Isidoro.

LUJÁN. ¿Por qué no?

DON BASILIO. Eres el rigor de las desdichas.

LUJÁN. En los cuarenta y nueve años que tengo no me ha ocurrido cosa igual. ¿Quieres explicarme?…

DON BASILIO. ¡Ay, querido Isidoro! No sólo has venido a Guadalema a que te fría la sangre la familia de don Rodrigo, sino a cumplir al lado mío, en el caserón de los Olivenzas, un alto deber profesional.

LUJÁN. ¡Carape!, como dices tú.

DON BASILIO. Mi hermana Clarines… *Barrenándose con un dedo la sien.* Mi hermana Clarines ha perdido el juicio.

LUJÁN. ¿Qué me cuentas?

DON BASILIO. Lo que oyes, Isidoro; lo que oyes. Sufrió en una edad crítica de su vida una conmoción moral extraordinaria, espantosa…

LUJÁN. Algo recuerdo que me escribiste…

DON BASILIO. Pues de aquella fecha arranca el mal. La sonrisa se fué de sus labios, se le pusieron blancos los cabellos, su carácter se desquició, se envenenó su espíritu, dió en mil manías y aberraciones, y un día tras otro, para no cansarse, ha llegado a tal punto, que creo un deber de conciencia, ya que estás aquí, consultar el caso contigo.

LUJÁN. ¡Diablo, diablo!

DON BASILIO. ¿Comprendes ahora que me tiña las canas?

LUJÁN. Hombre, no; comprendo que te salgan. Que te las tiñas no lo comprendo, francamente.

DON BASILIO. Bien, bien; no divaguemos. Esta desgracia que yo te anuncio con el temor de que tu ciencia pueda llevarme a la certidumbre, es

una verdad axiomática en toda Guadalema: «Doña Clarines está loca; doña Clarines está como un cencerro; que la aten, que la encierren…». Éste es el rumor público; esto es lo que oyes dondequiera que de ella se habla.

LUJÁN. ¿Qué vida llevadla?

DON BASILIO. La más extraña que puedes imaginarte. O en sus habitaciones misteriosamente encerrada —¡ni a mí me deja entrar!— y haciendo no sabemos qué, o sentada en este butacón, devorando las horas en silencio. Si habla, es para reñir y desatinar; si alguien viene a verla, seguro está que ella no lo insulte y lo haga salir a espetaperros por las escaleras. A excepción de Tata, la vieja, que desde niña la conoce y la quiere, no hay criado alguno que pueda resistirla ocho días seguidos. Ninguno para en esta casa. ¡Y cuidado que se les paga con largueza! ¡Pues ninguno para! Todos se van jurando y perjurando que es loca.

LUJÁN. ¿Y quién le administra sus bienes? ¿Quién lleva el cargo de su hacienda?

DON BASILIO. ¡Ella misma! Y éste es mi gran temor, Lujanito. Yo creo que nos está arruinando. Y digo *nos* porque, claro es, yo… desde que… por los azares de mi vida me quedé sin blanca de lo mío, vivo, naturalmente, al lado de ella. Figúrate si su ruina me interesará como cosa propia.

LUJÁN. Ya, ya me lo figuro. ¿Es pródiga tu hermana?

DON BASILIO. A quien le pide, jamás le da un céntimo: me consta de un modo indudable. Pero temporadas hay en que su mano no se cansa de dar dinero; que no parece sino que tiene el prurito de quedarse con el día y la noche.

LUJÁN. Pues eso es ya más serio.

DON BASILIO. ¿Crees que no lo sé? ¡Si yo no hago un sueño de dos horas! Porque es que nos va el bienestar, la tranquilidad de la vida, en estos años en que se empieza a bajar la cuesta… Te digo que hay para no dormir.

LUJÁN. Ciertamente.

DON BASILIO. Y aún queda el rabo por desollar, amigo Isidoro.

LUJÁN. ¿Sí? ¿Cuál es el rabo?

DON BASILIO. Mi hermano Juan, viudo con una hija de dieciocho años, ha muerto en Madrid hace tres meses.

LUJÁN. ¿Que ha muerto Juan?

DON BASILIO. Hace tres meses murió el pobre. ¿Extrañarás no verme de luto?

LUJÁN. Sí.

DON BASILIO. ¡Cosas de Clarines! ¡Dice que el luto es una vanidad del dolor y que no se pone luto por nadie!

LUJÁN. ¿Y tú piensas lo mismo que ella?

DON BASILIO. ¿Yo qué he de pensar?

LUJÁN. Entonces, ¿cómo no vas de negro?

DON BASILIO. ¡Por no hacer más patente su chifladura!… ¡Y porque no me da una peseta para el traje!…

LUJÁN. Ya.

DON BASILIO. Pero concluyamos con mi cuento. Mi hermano Juan —Dios lo tenga en su gloria— ha hecho al morir el disparate —asómbrate, Isidoro— de confiarle su hija y sus bienes a esta desventurada Clarines. ¿Qué tal? ¿Debo yo permanecer ocioso? ¿Eh? Mi responsabilidad moral ante los hechos es enorme. El pobre Juan seguramente desconocía el estado de perturbación de nuestra hermana. ¿No es deber mío ponerme al lado de esa niña?

LUJÁN. Claro.

DON BASILIO. ¿Verdad que sí? Por eso, ya que la Providencia te envía, me atrevo a suplicarte que observes detenidamente, concienzudamente, científicamente, a la infeliz Clarines, y si, por desgracia, tú confirmas mis secretos temores… algo habrá que hacer, ¿no te parece? ¡Algo habrá que hacer!… Yo hablaría con mi sobrinita, que es muy razonable… y… ¡qué carape!, de acuerdo contigo, le buscaríamos al caso la mejor solución. Así como así, mi vida es un tanto aburridilla, y el administrar los cuatro cuartos de la muchacha me serviría de entretenimiento. ¿Qué me dices tú?

LUJÁN. *Con gran sorna.* Yo, querido Basilio, hace va tiempo que procuro no darles a las cosas sino sólo el valor que tienen. Determinar qué

valor tienen es lo primero. Hay que vivir en la realidad de la vida.

DON BASILIO. Quiere eso significar…

LUJÁN. Quiere esto significar que acepto la delicada comisión que me encomiendas y que empiezo a atar cabos desde este momento.

DON BASILIO. Pero ¿lo tomarás con interés?

LUJÁN. Con tocio el interés que merece. Declarándote que, para mí, pocas cosas logran ya tener ninguno. Porque es un hecho, Basilio amigo: el planeta se enfría, y este tinglado va a durar poco.

DON BASILIO. Sí, pero… ¿A qué viene?…

LUJÁN. Viene…

DON BASILIO. Calla ahora.

Por la puerta de la izquierda salen los ojos de Marcela, y luego Marcela, la sobrina de doña Clarines. Viste de negro. Su hablar es comedido y prudente.

MARCELA. Buenas noches.

DON BASILIO. Aquí la tienes. Ésta es Marcelita. Mi amigo Luján…

MARCELA. Ya, ya me he figurado… Tanto gusto… Acabo de darle los últimos toques a su alcoba de usted.

LUJÁN. Mil gracias. No podía yo sospechar que manos tan lindas…

MARCELA. Calle usted, por Dios.

DON BASILIO. Chico, eres el mismo de antaño Este perillán es muy galante.

LUJÁN. ¡Bah!

MARCELA. Cualquiera falta que usted note allá, cualquier cosa que necesite, me lo dice a mí.

DON BASILIO. Sí, mejor es; porque si se lo dices a Tata, Tata va con el cuento a Clarines y tenemos gresca.

MARCELA. Eso, no; a doña Clarines no hace falta que le digan las cosas para saberlas ella. Tiene un poder de adivinación que a mí me da susto.

DON BASILIO. *A Luján.* ¿Eh?

MARCELA. Es natural, después de todo: en soledad constante, no para de discurrir aquella cabeza, y alambicando, alambicando, siempre va a dar con la verdad. ¿Usted ha entrado a saludarla?

LUJÁN. Ha habido un pequeño inconveniente.

MARCELA. Pues a estas horas, sin haberlo visto, esté usted seguro de que sabe doña Clarines cómo es usted.

DON BASILIO. Te advierto, Marcelita, que ha dicho que no lo recibe porque no quiere ver visiones.

MARCELA. ¿Sí?

LUJÁN. Así mismo.

MARCELA. Sus cosas… Usted me dispense… Yo no sabía… Si yo adivinara como ella…

LUJÁN. No le preocupe a usted. Me importa poco parecerle visión a la tía, si a la sobrina no se lo parezco.

MARCELA. A la sobrina, de ninguna manera.

LUJÁN. Entonces… Sobre que doña Clarines fundó su juicio en el antiquísimo proverbio de «Dime con quién andas te diré quién eres»…

MARCELA. ¡Ja, ja, ja!

DON BASILIO. Total: que la visión soy yo. Ven a tu alcoba, cepíllate un poco, y vamos a dar una vuelta por la ciudad. La noche convida. ¿Tú ya no vuelves a casa de don Rodrigo?

LUJÁN. Hasta mañana, no.

MARCELA. ¿Qué es lo que tiene ese caballero?

LUJÁN. ¡Ganas de fastidiarme a mí!

MARCELA. Todo sea por Dios.

LUJÁN. Conque estoy a tus órdenes incondicionales. Y no se diga a las de usted, Marcela.

MARCELA. Muchas gracias.

DON BASILIO. Anda, anda, mediquillo.

Se van por la puerta de la izquierda los dos camaradas.

MARCELA. Es muy simpático este señor. Y parece que tiene más seso que el tío Carape. Poco se necesita…

Llegan por la puerta del foro precedidos de Tata, Daría y Crispín, moza y mozo naturales de Cogollo del Llano, pueblo lindante con Guadalema. Daría es linda, y lo será doble cuando el agua la purifique. Parece asombrada. Crispín no sólo lo parece, sino que lo está y ni a tres tirones entra en la estancia. Queda vagando por el pasillo del foro y acecha cautelosamente los momentos en que, sin ser visto, puede echar una ojeada a la escena. Cuando lo ven, huye como un conejo.

TATA. Entrad aquí.

DARÍA. Buenas noches.

MARCELA. Buenas noches.

TATA. Es la criada nueva. Hija de una parienta mía. Veremos si nos sirve. Voy a avisarle a la señora. *Se va por la puerta de la derecha.*

MARCELA. ¿Quién viene con usted?

DARÍA. Crispín: mi hermano.

Las primeras palabras de Daría, su aliento entrecortado, revelan que está tan asustada como Crispín, sino que ella no ha tenido más remedio que entrar. Pesa sobre ambos la temerosa leyenda de doña Clarines.

MARCELA. Dígale usted que entre.

DARÍA. No entra, no.

MARCELA. ¿Por qué?

DARÍA. Porque no entra.

MARCELA. Dígaselo usted.

DARÍA. Se lo diré; pero no entra. *Crispín, que ha oído todo, no parece en diez metros a la redonda. Daría va a la puerta del foro, y desde allí le habla.* ¡Crispín! La señorita, que entres. —No entra.

MARCELA. Bueno; déjelo usted. ¿De qué pueblo son ustedes?

DARÍA. De Cogollo del Llano, para servir a usted.

Marcela. ¿Es usted parienta de Tata?

Daría. Yo, no: mi madre; para servir a usted.

Marcela. Aquí está la señora.

Crispín, que andaba a la vista, a este anuncio desaparece nuevamente. Pausa.

Sale por la puerta de sus habitaciones doña Clarines La sigue Tata. Doña Clarines es una señora de buen porte y poderosa simpatía. Aunque no pasa de los cuarenta y cinco años, sus cabellos son blancos como la plata. Viste con gran originalidad, con gusto personalísimo, dentro de una graciosa sencillez. Se expresa en tono campechano y noble a la par, enérgico, sin sombra alguna de afectación.

Doña Clarines. Buenas noches.

Daría. Buenas noches.

Doña Clarines. *A Tata.* Muy joven es.

Tata. Más vale.

Doña Clarines. Está visto que no he de parar de domar potritos. *Se sienta en su butaca. Ladra «Leal».* ¿Quién es, ahora?

Tata. ¡Calla, condenado! Vamos a ver. *Se asoma a la mirilla.* ¿Quién es? —Un pobre.

Doña Clarines. ¿Es viejo?

Tata. No, señora, que es mozo.

Doña Clarines. Pues que trabaje.

Tata. ¡Que trabaje usted, hermano! *Cierra la mirilla de un golpe fuerte, sobresaltando a Daría aún más de lo que está.* ¡Que bien trabajo yo, con mis setenta a las espaldas! *Se va por la puerta de la izquierda.*

Doña Clarines. Acérquese usted. *Daría no se da por entendida.* Que se acerque usted; ¿no me oye?

Daría. *A Marcela.* ¿Es a mí?

Marcela. A usted, sí; a usted. Acérquese a la señora.

Daría se acerca a doña Clarines.

Doña Clarines. ¿Cómo se llama usted?

DARÍA. Daría, para servir a usted.

DOÑA CLARINES. ¿Daría qué?

Daría mira a Marcela con angustia.

MARCELA. Dígale su apellido.

DOÑA CLARINES. Calla tú. ¿Daría qué? ¿No lo sabe? *Crispín, asomando la cara pegada al quicio de la puerta del toro, sin ser visto por nadie, se empeña en decirle a Daría con la fuerza del gesto el apellido de la familia. Daría, tras una vacilación momentánea, echa a andar hacia la misma puerta y se marcha por ella.* ¿Adónde va?

DARÍA. *Volviendo al sitio donde estaba.* Romillo, para servir a usted.

DOÑA CLARINES. ¿A quién le ha preguntado? ¿Quién anda ahí fuera?

DARÍA. Crispín, para servir a usted.

DOÑA CLARINES. ¿Crispín? ¿Y quién es Crispín?

DARÍA. Mi hermano.

DOÑA CLARINES. Pues que entre su hermano.

DARÍA. No, entra, no, señora.

DOÑA CLARINES. ¿Cómo que no entra?

MARCELA. No entra, no.

DOÑA CLARINES. ¿Y por qué no ha de entrar? Yo lo mando.

DARÍA. *Desde la puerta del foro.* ¡Crispín! ¡La señora te manda entrar! *Pausa.* Dice que no, que no, con la cabeza.

MARCELA. Y no entra, no; es el segundo intento.

DOÑA CLARINES. Pues ¿a qué ha venido Crispín?

DARÍA. A acompañarme.

DOÑA CLARINES. ¡Bah! ¿Qué edad tiene usted? *Daría titubea y echa a andar de nuevo hacia el foro. A la voz de doña Clarines se detiene.* ¡Sin preguntárselo a Crispín! ¡Tampoco lo sabe! Pero ¿usted no sabe nada?

DARÍA. Nada; para servir a usted.

DOÑA CLARINES. Casi lo prefiero. Entre no saber nada y saber poco y mal, mejor es la ignorancia absoluta. Así la podré moldear a mi gusto, aunque sea a coscorrones.

DARÍA. Sí, señora.

DOÑA CLARINES. ¿Tiene usted novio?

DARÍA. Aquí, no: en el pueblo. Pero lo puedo dejar, si quiere la señora.

DOÑA CLARINES. ¿Yo? ¡Dios me libre!

DARÍA. No me tira mucho.

DOÑA CLARINES. Allá usted. En no distrayéndola de sus obligaciones… Mire usted, que se vaya Crispín o que entre; pero que no esté como una sombra chinesca por el corredor. Por más que, aguarde un poco, y se irá usted también con él. ¿Cuánto tiempo hace que no se lava usted?

DARÍA. ¿La cara?

DOÑA CLARINES. No; usted, de arriba abajo.

DARÍA. ¡Uh!…

MARCELA. Como no sabe la edad que tiene…

DOÑA CLARINES. Pues en mi casa la limpieza es la primera condición que exijo.

DARÍA. Sí, señora.

DOÑA CLARINES. Y la segunda, trabajar mucho y bien; que para eso las pago a ustedes mejor que nadie.

DARÍA. Sí, señora. Yo haré todo lo que sea menester.

DOÑA CLARINES. No le queda a usted otro recurso. De lo contrario, en la calle sopla un aire muy fresco. Las puertas de mi casa son mucho más anchas para salir que para entrar. —Marcela, acompaña a esta mujer allá dentro, que suelta un tufillo a algarrobas que marea.

DARÍA. Sí, señora.

DOÑA CLARINES. Y vuelve en seguida, que tenemos que hablar.

DARÍA. ¿Manda algo más la señora?

DOÑA CLARINES. Nada, nada. Que se vaya usted con la señorita.

DARÍA. Sí, señora. Servidora de la señora.

MARCELA. Venga usted.

DARÍA. Sí, señora.

MARCELA. Por aquí.

DARÍA. Sí, señora.

Entrase Marcela, por la puerta del foro, hacia la izquierda. Daría la sigue mirando a todas partes, azoradísima. Crispín cruza en seguida por el pasillo, como una exhalación, detrás de Daría.

DOÑA CLARINES. ¡Jesús me valga! ¿Y ésta es la flor de Cogollo del Llano? ¡Alabado sea Dios!

Sale Tata por la puerta de la izquierda.

TATA. ¿Qué tal le ha parecido la moza?

DOÑA CLARINES. Cerril del todo; pero si tiene buena voluntad…

TATA. ¡Aaaaah! Como salga a la madre… No es porque sea mi prima, pero es mujer que levanta una casa en vilo. Por esa puerta no cabe a entrar el marido que tiene, y cuando se resiste a trabajar le da unas palizas que lo balda.

DOÑA CLARINES. Eso me gusta.

Vuelve Escopeta por la puerta del foro, canturreando, como se marchó.

ESCOPETA.

> *Hise un hoyito en la arena,*
> *sepurté mi pensamiento…*

DOÑA CLARINES. ¡Escopeta!

ESCOPETA. Dispense la señora. No sabía que estaba usté aquí.

DOÑA CLARINES. ¿Fué usted a la botica?

ESCOPETA. De ayí vengo.

DOÑA CLARINES. ¿Y qué?

ESCOPETA. Pos que le sorté ar boticario la rosiá.

DOÑA CLARINES. ¿Qué le dijo usted?

ESCOPETA. Lo mismito que usté me encargó. Como se lo yevara impreso. Le dije, digo… le dije: «De partí de mi señora doña Clarines, que no es esto lo que eya ha pedío; que agua der poso ya tiene eya bastante en su casa, y que se vaya usté a roba a Despeñaperros». ¿No era así?

Doña Clarines. Así era. ¿Él contestó algo?

Escopeta. *Rascándose la cabeza.* Contestó, contestó. ¿No había e contestá?

Doña Clarines. ¿Qué contestó? *Escopeta vuelve a rascarse la cabeza, y trata de hablar y se contiene, ante la dificultad de decirle a doña Clarines la desvergüenza que le ha contestado el boticario. La señora se da cuenta de ello, y lo libra del compromiso.* Bien está. Toda la vida ha sido un mala lengua ese boticario.

Tata. ¡Aaaaah! Siempre habla el que tiene por qué callar.

Escopeta. ¿No se le ofrese a usté otra cosa?

Doña Clarines. Que se acueste usted.

Escopeta. Como las balas.

Doña Clarines. Escuche usted.

Escopeta. Señora.

Doña Clarines. Antes de acostarse, asómese usted al postigo y dígale al sereno que ya tengo la seguridad de que es él mismo quien por las tapias de la huerta me roba las frutas.

Escopeta. ¿Ar sereno?

Doña Clarines. Al sereno, sí.

Escopeta. ¿Y eso na más?

Doña Clarines. Nada más. Vaya usted con Dios.

Escopeta. Güenas noches. ¡To será que no duerma en mi cama! *Marchase decidido por donde llegó.*

Doña Clarines. Parece listo este Escopeta.

Tata. Sí, señora; pero muy así… muy movido él. Es hijo del que ha tomado ahora la cantina de la estación. También andaluz. Les durará poco la cantina.

Doña Clarines. ¿Por qué?

Tata. Porque se la van a beber entre el padre y el hijo. Mire usted, señora; yo no lo puedo remediar: no me hacen gracia los andaluces. Quizás que a los andaluces les suceda lo mismo conmigo.

DOÑA CLARINES. Quizás.

Vuelve Marcela.

MARCELA. Tía…

DOÑA CLARINES. Espérate un momento.

TATA. ¿Estorbo?

DOÑA CLARINES. Sí.

TATA. Me lo había maliciado. ¿Qué vamos a comer mañana?

DOÑA CLARINES. Lo que hoy.

TATA. Y hoy lo que ayer.

DOÑA CLARINES. Y siempre lo que a mí se me antoje.

TATA. Si no lo digo en son de crítica.

DOÑA CLARINES. ¡Cuando lo dejo a tu elección no pones más que cebollas rellenas!…

TATA. La cebolla es muy estomacal.

DOÑA CLARINES. ¿Quieres no replicarme, Tata? Todo este preguntar ahora qué se ha de guisar, es entretenerte para oler lo que aquí se guisa.

TATA. ¡Dios de Dios! Pero ¡cómo adivina usted las intenciones! ¡Aaaaah! *Vase por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

MARCELA. ¡Qué graciosa es Tata! Y ¡qué buena!

DOÑA CLARINES. ¿Buena? La única persona de quien yo me fío en este mundo. Siéntate, que vamos a echar un parrafito.

MARCELA. ¿Un parrafito?

DOÑA CLARINES. Sí. Siéntate.

MARCELA. Me pone usted en cuidado. ¿Qué novedad hay?

DOÑA CLARINES. Novedad… ninguna.

MARCELA. Pues usted dirá.

DOÑA CLARINES. Desde que tu padre murió, llevas a mi lado muy cerca de tres meses, y siempre que hemos tratado en nuestros coloquios de un sentimiento muy natural a la edad en que tú te hayas —aunque se da en todas las edades, porque hay mucha vieja sinvergüenza y pindonga—, me has dicho que no tienes novio. ¿Es esto verdad?

MARCELA. Sí, señora; cuando se lo he dicho a usted así…

DOÑA CLARINES. Está bien. Sales en lo hipócrita a tu madre, y a tu padre en la falta de seso.

MARCELA. Tía Clarines…

DOÑA CLARINES. ¡Tía Jinojo! Ten en cuenta que estás en un callejón sin salida.

MARCELA. ¿Piensa usted decir mentira para sacar verdad?

DOÑA CLARINES. Al contrario: pienso decir verdad para sacar mentira. Ya sabes bien que a mí no se me ocultan las cosas.

MARCELA. Pues esta vez fallaron sus adivinaciones.

DOÑA CLARINES. ¿Insistes en tu negativa? Testaruda como doña Sara, tu abuela materna, que se tragó un carrete, y hasta que no la abrieron en canal lo estuvo negando.

MARCELA. Pero ¿en qué se funda usted para creer que yo le miento?

DOÑA CLARINES. En que sé a ciencia cierta que tienes novio.

MARCELA. ¡Tía!

DOÑA CLARINES. ¡Chist! Mira: desde que viniste, raro es el día que no pasas dos horas en la casa de enfrente, so pretexto de que la niña de la casa es amiga tuya a partir de una larga temporada que estuvo en Madrid.

MARCELA. Así es la verdad.

DOÑA CLARINES. No es así la verdad. La niña de enfrente empacha a los tres días de hablar con ella; por sí sola carece de atractivos para tanto trato. Pero, en cambio, tiene una tía, hermana de su madre, que siempre se distinguió grandemente en un oficio que elogiaba mucho Don Quijote.

MARCELA. No la entiendo a usted.

DOÑA CLARINES. Celebro tu candor. Esas aficiones de la tía —sigo sobre la pista— eran para mí un dato de bastante importancia. Una mañana, de sobremesa, dije yo esta frase, que se puede esculpir: «No hay un solo hombre que tenga corazón». Y tú saltaste, como si te hubiera picado una avispa: «¡Hay de todo!». ¿Hola? ¿Hay de todo? ¿Ésta cree que hay de todo? —pensé yo entre mí. ¿Conque opinamos que hay de todo?

MARCELA. Sí, señora; yo creo que hay de todo. Sin tener novio, me parece que se puede opinar que hay de todo.

DOÑA CLARINES. Indudable: se puede opinar. Pero cuando seguramente se opina es teniéndolo. Las mujeres no defienden nunca a los hombres: defienden a un hombre nada más.

MARCELA. Cuando usted lo dice… Más sabe usted de eso que yo.

DOÑA CLARINES. De eso y de cuanto hay que saber, monicaca. Otro día, amaneciste con un catarro que no se te entendía lo que hablabas, y yo me opuse a que pasaras ahí enfrente. La rabieta, que te dió, de esas silenciosas, de no cruzar la palabra con nadie ni por educación, no se la toma ninguna muchacha más que a cuenta del novio. Ya bajas la vista.

MARCELA. No…

DOÑA CLARINES. Sí. El domingo pasado se prolongó la visita más de la costumbre… y viniste muy colorada y con un dedo manchado de tinta. *Marcela se mira disimuladamente la mano derecha.* De la mano derecha, sí. Yo te pregunté: ¿Qué traes, chiquilla? ¿Qué sofoco es ése? ¿Cómo has tardado tanto? «Porque… porque he estado jugando a la pelota» —me respondiste. ¡Ah, caramba! Esta niña se mancha la mano de tinta jugando a la pelota. ¡Y la pelota, que aún está en el tejado, era una carta de tres pliegos! *Marcela se compunge.* No; no empiecen ahora los pucheros y las lagrimitas. Me has engañado como yo no merezco. Tienes un novio como un castillo, le escribes ahí enfrente, y ahí enfrente recibes sus cartas, que vienen a nombre de doña Sebastiana, la tía de tu amiga. Son las únicas cartas de amor que ha recibido esa tarasca en el siglo y medio que lleva a cuestas.

MARCELA. Perdóneme usted, tía. Quiero mucho a mi novio… y temí que usted se opusiera a las relaciones.

DOÑA CLARINES. ¿Es algún bandolero?

MARCELA. No, señora; por Dios… Si es más bueno… más bueno es…

DOÑA CLARINES. Entonces ¿por qué había de oponerme? Marcela. Como tiene usted ese genio tan raro…

DOÑA CLARINES. ¿También tú? Yo nunca me aparto de lo justo; y las rarezas de mi genio consisten en que le digo las verdades al lucero del alba.

¿Conocía tu padre estos amores?

Marcela. No, señora; tampoco.

Doña Clarines. Pues de tu padre no te ocultarías por mal genio. Alguna maca tendrá el señorito. ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

Marcela. Miguel.

Doña Clarines. ¿Miguel qué? *Marcela calla*. ¿Miguel qué? ¿Estás como Daría? ¿Necesitas preguntárselo a Crispín?

Marcela. ¡Qué cosas tiene usted! Confíe usted, tía, en que yo no había de ponerme en relaciones con quien no mereciera mi cariño. Es un muchacho como hay pocos: para mí, como no hay ninguno. Es arquitecto; trabaja mucho; tiene un gran porvenir. Cuando murió mi padre, nuestras relaciones no habían hecho más que empezar… y ¡si viera usted qué consuelos tan delicados debo a su cariño; qué alientos me dió para calmar mi pena; para seguir la vida tan sola!… Lo quiero mucho mucho; más que a nadie. Y ya verá usted cómo él lo merece.

Doña Clarines. Bien está. Basta de inocente palabrería. Tú eres muy niña para juzgar a ningún hombre. Cada «te quiero» de ellos es un veneno que nos parece miel, por la pérfida dulzura de esas dos palabras.

Marcela. No me asusta usted; estoy muy segura.

Doña Clarines. Eres una mocosa. Pero tan segura como estás tú necesito estar yo.

Marcela. Él… acaso venga a Guadalema…

Doña Clarines. *Rápidamente*. Si no es que ya ha venido.

Marcela. *Sorprendida*. No, señora.

Doña Clarines. Cualquiera fía en tus negativas. Pero, en fin, haya venido o no, cuando venga, vendrá a verte a esta casa. Tus visitas ahí enfrente se han concluido. Se quedó doña Sebastiana sin novio. Por mi parte, con oírlo un par de veces nada más, lo diseco. Y si, como barrunto, es un zascandil…

Marcela. ¿Un zascandil?

Doña Clarines. Muy cerca ha de andarle el hombre que, conociendo quién soy para ti, cómo vives conmigo, se oculta de mí y se vale de tapujos y tercerías. Limpio no juega.

MARCELA. ¡Tía Clarines!

DOÑA CLARINES. No hablemos más del particular. Si el señorito no me entra por el ojo derecho, prepara media docena de pañuelos para llorarlo tres o cuatro días. Más no ha de durarte la congoja de la separación, ya que probablemente se tratará de una chiquillada.

MARCELA. Todo lo compone usted a su gusto…

DOÑA CLARINES. Punto final.

Silencio.

MARCELA. *Mirando hacia la puerta de la izquierda.* Aquí salen el tío Basilio y ese señor amigo suyo.

DOÑA CLARINES. Tal para cual.

MARCELA. ¿Conoce usted a ese señor?

DOÑA CLARINES. No; pero cuando es amigote de mi hermano… No estoy para tertulia. Buenas noches. *Se levanta dispuesta a marcharse.*

MARCELA. Buenas noches, tía. Hasta mañana, si Dios quiere. *Va a besarla.*

DOÑA CLARINES. *Deteniéndola.* Menos besuqueo, y más respeto.

Salen en esto don Basilio y Luján. Marcela queda pensativa y disgustada.

DON BASILIO. ¡Clarines! ¡Clarines!

DOÑA CLARINES. ¿Eh?

LUJÁN. Buenas noches, señora.

DON BASILIO. *Presentándolos.* Mi hermana Clarines… Mi amigo Isidoro Luján.

LUJÁN. Tengo mucho gusto…

DOÑA CLARINES. Yo celebraré que lo pase usted bien en mi casa los días que esté en ella.

LUJÁN. ¡Oh! Seguramente.

DOÑA CLARINES. Pronto lo ha dicho usted.

Don Basilio le hace señas de inteligencia a Luján ahora y en adelante.

Luján. Señora…

Doña Clarines. ¿Ha venido usted a Guadalema a ver si se muere don Rodrigo?

Luján. No, señora; no es caso grave. No es más que una gaita para la familia.

Doña Clarines. Se perdía bien poca cosa si se muriera. Es un solterón egoísta, que ha vivido siempre de chupar la sangre de los pobres. Los sobrinos están deseando que dé un estallido. La prueba es que todos los médicos les parecen pocos. Pero, bien, eso… allá usted con su conciencia. Si la tiene: porque en la carrera de usted la conciencia anda por las nubes. Fortuna que yo gozo de una salud inalterable. No padezco más que ataques de sentido común.

Luján. *Estupefacto.* Hem…

Doña Clarines. ¿Se van ustedes de paseo, verdad?

Don Basilio. Me lo llevo por ahí un ratillo.

Luján. Ya lo oye usted.

Doña Clarines. Bien. La puerta de mi casa se cierra a las once para todo el mundo. El que a las once no esté aquí, duerme en un banco de la Plaza Mayor. *La estupefacción de Luján se acentúa.* Hay más. Si se viene a las diez y media, y se viene borracho, es como si se viniera fresco después de las once: en la calle se duerme también.

Don Basilio. Clarines, por… por amor de Dios; alguna vez piensa lo que dices…

Doña Clarines. No pienso nunca lo que digo; y bueno es que lo sepa usted, caballero. Cuanto digo, lo digo porque me nace en el corazón; y como antes de llegar a la cabeza pasa por la boca, se me sale siempre sin pensarlo. Buenas noches.

Luján. A los pies de usted.

Éntrase, doña Clarines por la puerta de la derecha, Luján y don Basilio se miran sin palabras largo tiempo.

Marcela. Esta noche tiene para todos. ¡Ay, Dios mío!

Don Basilio. Abrázame, Isidoro.

LUJÁN. Calla, hombre, calla.

DON BASILIO. ¿Está esa mujer en sus cabales? ¿Eh? Con franqueza. ¿Está en sus cabales?

LUJÁN. Con franqueza: lo que es juzgándola por impresión… está como una cabra. *Baja la voz al decir esto.*

DON BASILIO. No; no te recates de Marcela… Calcula tú, la pobre: ¡la tiene que aguantar noche y día!

LUJÁN. Y la cuestión es que, a poco que se mediten sus palabras, se ve que en rigor no ha dicho nada que sea absurdo. Porque ¿qué es lo que ha dicho, después de todo? Que don Rodrigo es un chupa-sangre. Eso nos consta, desgraciadamente. Que los sobrinos están deseando que se muera. No lo sé; pero es muy humano. Que cada día traen un médico para conseguirlo. Sí… es un sistema que suele dar resultados muy satisfactorios. Que si los médicos no tenemos conciencia, que si ella goza de salud excelente, que si sólo padece ataques de sentido común… Nada de esto es desatinado, en ley de Dios.

DON BASILIO. *Nervioso.* Pero, hombre, Isidoro; no me digas. ¿Y la manera de… de…? Es la primera vez que te habla, y… ¡Vamos, que soltarte que la puerta de esta casa se cierra a las once!… ¡Carape!

LUJÁN. Ahí tienes una cosa que, lejos de haberme molestado, la encuentro muy bien. No he podido conseguirla en mi casa, pero la encuentro bien. Ahora, aquello de que si a las diez y media se llega borracho… ¿Tú bebes? ¿Tú te recoges borracho algunas noches?

DON BASILIO. ¡Nunca! ¡Que te lo diga ésta! ¡Eso es una pata de gallo! ¡Cuando se enreda la madeja y tomo cuatro copas de más… vengo siempre por la mañana!

LUJÁN. ¿Ah, sí?

DON BASILIO. ¡Naturalmente, hombre! Anda, vámonos a la calle, que tenemos tela cortada para largo.

LUJÁN. Presumo que sí. *A Marcela.* Marcelita, muy buenas noches.

MARCELA. *Saliendo de la abstracción en que se hallaba.* Qué, ¿se marchan ustedes?

Luján. Sí; pero a las once menos cinco minutos estaremos de vuelta. Yo me ciño a los estatutos.

Marcela. Hace usted bien. Hasta mañana.

Luján. Hasta mañana.

Marcela. Adiós, tío.

Don Basilio. Adiós, pequeña. Y no te apures tú mientras viva tu tío Carape. ¡Qué carape! *Se va con Luján por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

Marcela. ¡Que no me apure, dice!… ¿Qué sabe él? ¡Para no apurarse es la situación! Y habrá que echar por la calle de en medio, y decir la verdad. Miguel y yo, ¿por qué razón no hemos de querernos?

Sale por la puerta de la izquierda Darla, llena de inquietud.

Daría. ¡Señorita!, ¡señorita!

Marcela. ¿Otra te pego? ¿Qué pasa?

Daría. Que se me ha olvidado preguntarle a usted a qué hora tengo que levantarme.

Marcela. Con las gallinas. La señora se levanta a las seis. Ya te llamará Tata; descuida tú.

Daría. Es que me había dicho Crispín que la señora llamaba a los criados con una trompeta.

Marcela. Eso es en los cuarteles. Aquí, no.

Daría. Ya. Crispín, desde que lo han tallado, no oye más que trompetas. Diga usted, señorita.

Marcela. ¿Qué?

Daría. ¿Antes de acostarme debo entrar a besarle la mano a la señora?

Marcela. Esta noche es mucho mejor que no entres.

Daría. ¿Sí, verdad?

Marcela. Lo que has de hacer es meterte en la cama ahora mismo sin que te sienta nadie.

Daría. En seguida, señorita. Hasta mañana, si Dios quiere, señorita.

Marcela. Adiós.

Daría. *Vacilando entre las dos puertas.* ¿Por dónde voy mejor a mi cuarto?

Marcela. *Señalando a la del foro.* Por ahí todo seguido, darás con la escalera al momento.

Daría. Sí; porque al venir para acá me perdí, ¿sabe la señorita?, y me metí en una habitación con los muebles con fundas blancas, por la que no quisiera volver a pasar hasta verla de día. Buenas noches. *Se marcha.*

Marcela. Vete con Dios, mujer.

Vuelve Tata por la puerta de la izquierda.

Tata. ¿Con quién hablabas?

Marcela. Con Daría, que no ve de miedo.

Tata. Ya se le irá pasando. A todas le pintan esta casa como un presidio… ¿Se acostó la señora?

Marcela. Se fué a su cuarto, al menos.

Tata. Y ¿qué tienes tú? ¿Ha habido *regañina?*

Marcela. Sí, Tata, sí: la ha habido. Y dura.

Tata. ¡Aaaaah! ¡Qué *caráter*! ¡Es un acero! Si como nació con faldas nace con pantalones, hubiera sido emperador. *Rompe a llorar Marcela.* ¿Qué es eso, nena? ¿Por qué lloras?

Marcela. Estoy muy triste. Se ha ido muy enfadada la tía. Fui a darle un beso, y me detuvo.

Tata. Algo malo habrás hecho tú; porque ella es la justicia mesma.

Marcela. No, señora; yo no he hecho nada malo. Ocultarle una cosa que podría ser motivo de disgusto, no creo yo que sea mala acción.

Tata. ¿Motivo de disgusto para la señora? A ver, a ver… ¿Qué es ello, nena? Dímelo a mí, por si yo puedo valerte de algo. ¿Lo ha descubierto ya la Tía?

Marcela. No del todo. Me ha hecho confesarle… pero yo he callado… he callado mucho… Venga usted, Tata; ampáreme usted; aconséjeme usted.

TATA. ¡Malo será que no haya unos calzones de por medio!

MARCELA. Un hombre hay.

TATA. ¡Anda con Dios! ¿Tienes novio, eh?

MARCELA. ¡Naturalmente!

TATA. ¡Sópleme usted en el ojo, que me ha entrado aire!

MARCELA. Un novio, Tata, que ¡me quiere más!…

TATA. ¡Aaaaah!

MARCELA. ¡Más bueno!… ¡más noble!… Y yo lo quiero… ¡vamos! No sabe usted cómo yo lo quiero.

TATA. ¡Aaaaah!

MARCELA. Ahora que he estado lejos de él he visto que mi vida es la suya. Paso que daba, paso que me parecía inspirado por él. ¡Lo que charlamos él y yo a tantas leguas de distancia! Algunas veces me ha sorprendido doña Clarines por el jardín, y me ha dicho: «Chiquilla, ¿estás hablando sola?». «Sí, tía». Y la, engañaba. No estaba hablando sola: hablaba con él.

TATA. ¡Aaaaah!

MARCELA. Si él no me quisiera, mi vida valdría mucho menos; desde que él me quiere, vivo más. Y si me dijeran que para vivir a su lado tendría que dar los ojos, los ojos daría: que yo sé que, sin ver, siempre encontraría su mano que me guiase. ¿Comprende usted cuánto lo quiero?

TATA. Comprendo la *regañina* de la tía. ¿Y es de Madrid, por ventura, ese lazarillo?

MARCELA. De Madrid. Pero está en Guadalema ya.

TATA. ¿En Guadalema? ¿Y cuándo ha venido?

MARCELA. Esta mañana.

TATA. ¿Lo sabe doña Clarines?

MARCELA. Lo sospecha; no lo sabe de cierto. Ni sabe tampoco que esta noche voy a hablar con él.

TATA. ¿Esta noche? ¿Dónde?

MARCELA. Abajo, en el jardín. Por la verja.

TATA. No; eso, no. Por la verja, no. Aquí no se hace nada sin que ella lo consienta, y yo sé que eso no lo consentiría. ¡Buena íbamos a armarla! ¡Santo Dios!

MARCELA. Tata, si no es más que esta noche. Si él ha venido a Guadalema para hablar con mi tía; pero antes es preciso que los dos hablemos… Es un caso éste… son unas circunstancias… Para que usted lo comprenda de una vez, le diré el nombre de mi novio: Miguel Aguilar.

TATA. ¿Miguel Aguilar?

MARCELA. Hijo de don Guillermo Aguilar.

TATA. *Espantada.* ¡Ánimas benditas del Purgatorio! ¿Qué me dices, nena?

MARCELA. ¿Ve usted, Tata, qué misterios tiene la vida? ¿Por qué he venido yo a parar a la única casa donde el nombre de Miguel Aguilar lleva consigo un recuerdo tan doloroso?

TATA. ¡Aaaaah! ¡Cuando doña Clarines se entere!… ¡Qué *turbamulta*! ¡Dios de Dios! ¡Remover al cabo de los años aquellas memorias!… ¡Don Guillermo Aguilar… el padre de…! ¡Aaaaah! ¡El Señor nos coja confesados!

MARCELA. ¿Cree usted que no perdonará doña Clarines?…

TATA. ¡A ese hombre, nunca!

MARCELA. Pero ¿tan grave fué?…

TATA. ¡Tan grave, dices!… *Con pasión.* Los cabellos de la señora eran negros como el ébano mesmo, y en un año se tornaron blancos como ahora los ves. ¡Don Guillermo Aguilar! ¡En mal hora vino a Guadalema! ¡Maldita sea su casta!

MARCELA. Su casta, no, Tata.

TATA. ¡Bueno, su estampa! ¡Igual me dá! *Enardeciéndose y exaltándose por momentos.* ¡Condenado hombre!… ¡Ladrón de corazones! ¡Pillo! ¡Que mató en mi señora la alegría de siempre! ¡Para esas muertes no hay horcas ni justicia; pero debiera haberlas!

MARCELA. ¡No grite usted; no se entere la tía!

TATA. Tentada estoy de ir a *dispertarla* y contárselo todo. ¡El don Guillermo! ¡El don Guillermo! ¡Menos dones y más buenas *aciones*! En

Guadalema se presentó, y fué el rey. Venía de Madrid. Entonces decir aquí de Madrid era poco menos que decir de los Chirlos Mirlos. Tenía buena presencia y mucho señorío postizo en los movimientos y en las palabras. De calle se llevaba a la gente. ¡Ladrón! La nena, tu tía, porque nena era en aquel tiempo, se prendó de él… Y ¡de qué manera se prendó! No veía con más luz que la de los ojos azules de aquel hombre. Le entregó su corazón y su alma de paloma; le entregó su vida. En este jardín se hablaban por las noches, sin otros testigos que yo… y *Clavel*, un perro que él traía. ¡Bien me acuerdo… y se me cuajan los ojos de lágrimas! Si aquello hubiera acabado como empezó… ¡qué gloria del mundo!… No sería así doña Clarines.

MARCELA. ¿Dice usted que se veían en el jardín?

TATA. En el jardín. ¡Qué discurrir el suyo por entre los árboles, cogidos de la mano! ¡Qué esquivar unas veces, por juego, los sitios donde la luna daba, y qué buscar la luna otras veces, por juego también! ¡Qué taparse las bocas de pronto, para atajar la risa, no los descubriera! ¡Qué despedidas allá, en la verja, de cada vez más largas, sin encontrar nunca la última palabra que habían de decirse! ¡Aaaaah! ¡Cuántas veces tuve yo que llegarme a ellos y advertirles: «Que empieza a clarear»!

MARCELA. Me ha hecho usted llorar, Tata.

TATA. El caso no es para reír, ciertamente. Pues escucha: una noche de aquéllas duró la despedida más tiempo. Cantaban las alondras cuando él se fué. «Hasta mañana» —le dijo—. Yo lo oí. Y no volvió más.

MARCELA. ¡Jesús!

TATA. ¡Ésa fué su hazaña!

MARCELA. ¡Qué espanto!

TATA. A la noche siguiente, cuando lo esperábamos como todas, vimos llegar a la verja al pobre *Clavel*. Venía solo. No quiso seguir a su amo. ¡Qué *leción*! ¿Te parece? Aquí se quedó desde entonces. Cuando murió, lo enterré yo en el mesmo jardín, allá, junto a la tapia. *Silencio.* De lo que la nena sufrió nada he de decirte. No podría. Tú, que tanto quieres, y que la ves a ella, imagínalo. A la muerte estuvo. El mesmo cambio que se hizo en sus cabellos, se hizo en su corazón. Es otra; otra.

Marcela. ¡Dios mío! No sé qué pensar… Me estremece cuanto usted me ha dicho… ¡Pobre señora! Pero yo estoy segura, Tata…

Tata. ¡Segura estaba ella!

Marcela. No, Tata, no; éste no es como aquél: éste es el mío. Y éste no miente; éste no engaña… ¡pero esta noche más que nunca necesito oírlo! ¿Vendrá usted conmigo al jardín?

Tata. No, nena; no bajes al jardín…

Marcela. ¿Por qué no, Tata? Usted que fué buena entonces, séalo ahora. ¡Esta noche necesito oírlo!

En este momento sale doña Clarines de sus habitaciones. La impresión que su presencia les causa a Tata y a Marcela es grande.

Doña Clarines. Aquí las dos.

Marcela. ¡Ah!

Tata ¡Señora!

Doña Clarines. Y las dos con llanto en los ojos. No me engañaron mis pensamientos.

Tata. *Desconcertada.* Creíamos que la señora estaba recogida ya…

Doña Clarines. Lo sé; pero desde mi cuarto vi que esta luz permanecía encendida, y pensé sin equivocarme. —*Habla con firmeza, mirando fijamente a las dos, y como si en la turbación de ellas hallara evidenciado lo que imagina—:* Allí están mi sobrina y Tata. Y hablan del novio de Marcela. Y Marcela le propone a Tata algo a que Tata se resiste; porque al decir Marcela el nombre de su novio, tembló… *A Marcela, que intenta hablar.* Y esto es por algo, que sabré sin que tú me lo cuentes. Pero, en fin, esta noche ha terminado toda conspiración. Podéis recogeros. *Impidiendo cualquier respuesta.* Sin decir palabra. Buenas noches.

Marcela. Hasta mañana, tía.

Tata. Hasta mañana, si Dios quiere.

Marcela se va por la puerta de la izquierda, y Tata por la del foro, sobrecogidas.

Doña Clarines. *Reflexivamente.* ¿Por qué tembló al decir el nombre?… *Queda pensativa.*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es por la mañana.

Doña Clarines, con velo a la cabeza, dispuesta para salir a la calle, está sentada. Don Basilio pasea.

DON BASILIO. ¿Vas a salir?

DOÑA CLARINES. ¿No lo ves?

DON BASILIO. *Observando si están enteramente solos.* Pues… antes…

DOÑA CLARINES. ¡Ah!, sí. *Saca de su portamonedas un duro y se lo da a su hermano.* Toma.

DON BASILIO. *Afectando un sentimiento de dignidad herida.* No puedo. ¡No puedo acostumbrarme!

DOÑA CLARINES. ¿Cómo?

DON BASILIO. ¡No puedo acostumbrarme! ¡Un Olivenza, un descendiente del señor de la Torre de Olivenza, viviendo asalariado por su hermana! ¡No puedo acostumbrarme! Me quema la mano esta moneda.

DOÑA CLARINES. Pues suéltala.

DON BASILIO. *Suspirando, después de mirar a doña Clarines y de guardarse el duro.* ¡Ay, ay, ay!

DOÑA CLARINES. Si el descendiente de los Olivenzas no hubiese despilfarrado la hacienda que le legaron sus mayores, emborrachándose cuanto ha podido con todo linaje de gentuza, otro gallo le cantaría.

DON BASILIO. ¡Un duro diario! ¡Ni siquiera el paquete de los treinta duros al mes! ¡Un duro diario! No hay manera de especular: compréndelo,

Clarines.

Doña Clarines. Empecé dándote los treinta reunidos el día primero de cada mes, y el día cinco ya no tenías un céntimo. Tuya es la culpa de haber venido a parar a esta situación que encuentras bochornosa.

Sale Luján por la puerta de la izquierda. Trae sombrero.

Don Basilio. *Dirigiéndose a él.* ¡Ay, Isidoro; compadece a tu pobre amigo!

Luján. ¿Pues?

Doña Clarines. Cualquier cosa dirá ese badulaque.

Se va don Basilio por la puerta del foro, hacia la derecha, como hombre que no puede con sus desventuras, y no sin amenazar a doña Clarines con un ademán que ella no ve.

Luján. Será mejor compadecerla a usted. ¿No, doña Clarines?

Doña Clarines. ¿Y a mí, por qué ha de tenerme usted compasión?

Luján. Creí… Extraño verla en plan de salir a la calle. No se la concibe a usted sino entre estas paredes.

Doña Clarines. Si lo dice usted porque quiere que yo le diga dónde voy a ir, no me importa que usted lo sepa.

Luján. Je…

Doña Clarines. Todos los meses del año, tal día como hoy, acostumbro ir con Tata a las casas de algunos pobres a darles la limosna que puedo. Es gente que la necesita y que no la pide. Tiene el pudor de su desgracia. Por eso voy yo a visitarlos.

Luján. Ya.

Doña Clarines. Aguardo a Tata, que por lo visto se está emperejilando como si fuéramos a un baile. A la vejez, viruelas. ¿Y usted, va a ver a don Rodrigo?

Luján. Todavía es temprano. ¿Le molesta a usted mi compañía?

Doña Clarines. Ahora, no.

Luján. Pues aprovechemos el momento.

Doña Clarines. Siéntese usted.

LUJÁN. Muchas gracias. *Lo hace.* He de marchar de Guadalema mañana o pasado, y antes de marchar yo quisiera… Como sus costumbres de usted son tan respetables… ¿Usted me autoriza para que les haga un regalo a sus criados, que me están sirviendo a maravilla?

DOÑA CLARINES. ¡Pues no faltaba más! ¡Ya lo creo!

LUJÁN. ¿Me autoriza usted?

DOÑA CLARINES. Sí, señor.

LUJÁN. Ahí tiene usted lo que son las cosas: he tomado tantas precauciones, temeroso de que fuera usted a ponerme como los trapos.

DOÑA CLARINES. No había por qué. Cuando lo pongo de hoja de perejil es si se va usted sin darles nada.

LUJÁN. ¿Sí, verdad?

DOÑA CLARINES. Y ellos conmigo, naturalmente.

LUJÁN. Je…

DOÑA CLARINES. Y vamos a ver, señor Luján, ahora que estamos solos: ¿qué tal lleva usted el encargo que le confió mi hermano Basilio al llegar a esta casa?

LUJÁN. ¿A mí?

DOÑA CLARINES. A usted.

LUJÁN. ¿A mí, señora?

DOÑA CLARINES. A usted, señor. Y si no hemos de reñir de buenas a primeras, no finja. Mi hermano Basilio le encargó a usted que me observara, porque cree que yo estoy para que me encierren. O dice que lo cree.

LUJÁN. Es cierto. Ya ve usted que no finjo. Pero, señora mía, conociendo a Basilio, jamás pude tomar al pie de la letra semejante disparatón.

DOÑA CLARINES. Disparatón, no. Es moneda corriente en Guadalema. Y manía muy vieja en mi hermano, que hasta me ha escrito algunos anónimos a cuenta de ello. Así es que me reí de verdad el día que me habló de hospedarlo a usted en esta casa.

LUJÁN. Ahora comprendo el recibimiento que usted me hizo.

DOÑA CLARINES. Hubiera sido igual de todas maneras. Los huéspedes me enojan, y si los trae el borrachín de Basilio, mucho más. Todos salen hablando mal de mí, y no tiene gracia que yo encima les dé una cama limpia y bien de comer.

LUJÁN. *Turbado.* Verdaderamente… eso no tiene gracia.

DOÑA CLARINES. Lo que sí le debo advertir es que, a poco de hablar con usted, comprendí que su amistad con mi hermano era cosa de azar y no de analogía de caracteres. Lo considero a usted persona, bastante más seria que Basilio.

LUJÁN. Señora…

DOÑA CLARINES. Ya sé que hay quien tiene la seriedad del burro; pero sin duda no se halla usted en ese caso.

LUJÁN. ¡A mí me parece que no!

DOÑA CLARINES. Noto, en cambio de ello, en su carácter, una cualidad que me subleva, que no la puedo resistir.

LUJÁN. ¿Sabe usted que me está usted poniendo bueno?

DOÑA CLARINES. Y ya que va usted a marcharse pronto, no se me ha de quedar entre pecho y espalda.

LUJÁN. ¿Qué cualidad es ésa, señora?

DOÑA CLARINES. Esa frialdad constante, esa indiferencia, esa burla solapada, esa resistencia de la voluntad a entrar en lo grave de las cosas. Yo no he visto nada más antipático.

LUJÁN. ¡Ay, mi señora doña Clarines! Yo tampoco quiero que eso se quede sin respuesta. Usted tiene temple de acero, y no por ello debe exigírnoslo a los demás. Yo un tiempo lo tuve: y fui apasionado, y vehemente, y generoso, y terco, y liberal, y noble, y espontáneo. Y entré en lo grave de las cosas, como usted dice, y sólo donde latía la verdad respiraba a gusto. Y me embarqué, como el poeta, oyendo cantar el amor, y la libertad, y la gloria… Y me pasó que aún tengo, también como el poeta,

la ropa en la playa, tendida a secar.

Por eso, mientras se seca y la recojo, que va para largo en el pueblo en que vivo y en lo más escondido de mi huerto, he plantado ese árbol que sólo plantan en la tierra los hombres tan sabios como yo. Quién dice que es árbol de egoístas, quién de escépticos, quién de filósofos, quién de qué sé yo qué. Nada me importa el nombre: el árbol crece que es una bendición de Dios; con mi trabajo lo riego yo día por día. A mí ya me da sombra; a mi mujer, flores para mi mesa… y para los santos en que ella cree. El fruto lo cogerán mis hijos. Puede usted y puede el mundo entero juzgarme como les dé la gana.

DOÑA CLARINES. Yo, mal, por de contado.

Se levanta y va hacia la puerta del foro.

LUJÁN. Es que usted no pasa por movimiento mal hecho, y yo sí. No soy ni quiero ser el brazo de Astrea. Allá cada cual con la joroba que Dios le puso en las espaldas.

Sale Marcela por la puerta del foro y se encamina hacia la de la izquierda, por donde se va después del breve diálogo que sigue.

DOÑA CLARINES. ¿De dónde vienes tú?

MARCELA. Del jardín, tía. ¿Quiere usted algo?

DOÑA CLARINES. *Mirándola atentamente.* Ahora, nada. Luego contestaremos a una carta que he recibido de doña Sebastiana, tu gran protectora.

MARCELA. Pues hasta luego. *Se va.*

DOÑA CLARINES. *A Luján.* ¿Por qué vino el hablar de estas cosas?

LUJÁN. Porque usted empezó a establecer la diferencia entre su hermano y yo.

DOÑA CLARINES. ¡Ah!, sí.

LUJÁN. Basilio no habrá sembrado nada, ¿verdad?

DOÑA CLARINES. ¿Qué ha de sembrar eso? Ha despilfarrado lo que sembraron para él.

LUJÁN. Pues ¿y su herencia? ¿Y sus propiedades?

DOÑA CLARINES. Todo está en mi mano. Él lo ha ido vendiendo para sus francachelas y sus vicios… y el dinero que recibía lo daba yo sin que él lo supiera.

LUJÁN. ¡Ah, caramba! Pero ¿ya lo sabe?

DOÑA CLARINES. Ya, sí.

LUJÁN. ¡Por eso dice entonces, con gran frescura, que le ha triplicado a usted el capital!

DOÑA CLARINES. No quería yo que fincas que fueron el recreo de mis padres cayesen en poder de gentes extrañas mientras yo estuviera de pie. Algo hubo, sin embargo, que no pude evitar, y que me costó una gran amargura. Tenía mi padre un caballejo, inútil ya por sus muchos años, pero muy querido y estimado por él, que vegetaba allá en el Molino. Pues bien: mi hermano Basilio, que tiene la maldad inconsciente de los majaderos, se lo malvendió a unos gitanos. Y el pobre animal fué a morir en la plaza de toros de Guadalema. Cuando yo me enteré de esta vergüenza y de este dolor, llamé a Basilio y le pregunté por el caballo que fué de nuestro padre. Vaciló un segundo en responderme, y le pegué una bofetada que le echó tres muelas fuera de la boca. ¿Hice bien?

LUJÁN. Sin género de duda.

DOÑA CLARINES. ¡Pues ya ve usted por dónde me da a mí la vena de loca!

LUJÁN. Ya; ya lo veo.

Llega Tata por la puerta del foro hecha un brazo de mar. Viene agitadísima.

DOÑA CLARINES. ¡Alabado sea Dios, mujer! ¿Vamos a los Juegos Florales?

TATA. No, señora; no vamos a los Juegos Florales. Me esperaba el regaño. Pero si me voy sin más ni más y no dejo arregladas las cosas, luego faltan, y se incomoda usted conmigo. Que tires para arriba, que tires para abajo, Tata ha de pagar siempre. ¡Más harta estoy! Mire usted, señor don Isidoro…

DOÑA CLARINES. No disertes, y vámonos a la calle.

TATA. Sí, sí, no disertes. Como que pensará usted que me he llevado las horas muertas delante del espejo poniéndome lazos y perifollos. *A Luján.* Lo que pasa aquí, señor mío, es que con este entrar y salir de criados —que no

hay uno que dure quince días—, ha de servir Tata por todos ellos mientras no aprenden los gustos de acá. Y ahora tengo dos que van a condenarme. La una, la Daría, que es para un repente si Dios fuere servido. ¡Qué miedo tiene siempre la maldita! *Remedándola.* «Diga usted: ¿limpio los grifos de la fuente? Diga usted: ¿limpio la bola de la escalera? Diga usted…». ¡Jesús!, ¡que no te vamos a matar, hija del alma! ¡Yo no sé qué va a sucederle a esa chica si no pierde el miedo! ¡Ave María!

DOÑA CLARINES. Cállate, Tata; vamos ya.

TATA. No puedo, señora. Déjeme usted este desahogo. Pues ¿y el andalucito, que no sabe más que tomar posturas? *Remedando también a Escopeta.* «Oiga usté, paisana. Paisana, escuche usté. Paisana, la yave der despacho. Paisana…». Y se va a ganar un soplamocos con tanto paisanaje. Porque me lo dice por burla. ¡Pues más gracia tenemos las de aquí, y no la cacareamos tanto!… De manera que no es lo malo, ¿usted me comprende?, lo que tengo que hacer, sino lo que tengo que enseñar Tata, aquí; Tata, allá; Tata, acullá ¡Y a todo ha de estar Tata!

DOÑA CLARINES. Pues ahora a lo que estás es a seguirme a mí. Ya has charlado bastante. Hasta luego, señor Luján.

LUJÁN. Hasta luego, señora.

TATA. «¡Paisana!… ¡Paisana!…». ¡Ya le daré yo paisanaje a ése!

Doña Clarines se va por la puerta del foro, hacia la izquierda, y Tata la sigue. Luján se queda haciéndose cruces. Don Basilio sale por donde se marchó, y lo sorprende.

LUJÁN. En mi vida he visto una casa más extraordinaria. ¡Lo que se va a reír mi mujer cuando yo le cuente!…

DON BASILIO. ¿Te estás haciendo cruces?

LUJÁN. Sí, por cierto.

DON BASILIO. ¿Es que has hablado con mi hermana?

LUJÁN. Un poco.

DON BASILIO. Yo escurrí el bulto, ya lo viste. Y qué, ¿crees que es cosa perdida?

LUJÁN. *Siguiéndole el humor*. ¡Ah, sí: cosa perdida!

DON BASILIO. ¿Ves tú? ¿Ves tú? Y me dicen a mí… *Entusiasmándose.* Lo que yo deploro… Porque yo… Porque tú… Porque yo podría darte detalles infinitos de las extravagancias de Clarines, para ayudar a tu labor científica… Pero ¡soy tan frágil de memoria! Se me olvida todo; se me va la cabeza…

LUJÁN. Pues déjala ir.

DON BASILIO. ¿Cómo? Oye: ¿y si yo?… A ver qué opinas de esto.

LUJÁN. Tú dirás.

DON BASILIO. Si yo, que estoy observando a mi hermana constantemente, apuntara todo aquello que a ti te pudiera servir… ¿eh? todas sus rarezas… ¿eh? todas sus… ¿eh? ¿Qué opinas?

LUJÁN. Que has tenido una inspiración. *Disponiéndose a irse.* No dejes de hacerlo.

DON BASILIO. ¡Quita allá! ¡Si para mí es la cosa más fácil!… Verás tú. *Mostrándole un cuadernito que saca del bolsillo.* En este cuaderno, donde no escribo más que coplas…

LUJÁN. ¿Coplas?

DON BASILIO. Coplas, coplas.

LUJÁN. ¿Tuyas?

DON BASILIO. Mías, sí.

LUJÁN. *Sor prendidísimo.* ¡Ah!, pero ¿tú haces coplas?

DON BASILIO. ¿Ahora te desayunas?

LUJÁN. *Cogiéndole el cuaderno.* A ver…

DON BASILIO. Chico, para desahogar mi corazón. Como Espronceda cantó a Teresa.

LUJÁN. *Lee.*

> «Muchacha que estás cantando…»

DON BASILIO. ¡Ah!, ésa la hice ayer tarde. Trae acá. *Recoge el cuaderno y le lee la copla a su amigo, explicándosela verso por verso.*

«Muchacha que estás cantando…»

Y era verdad: había una muchacha cantando…

«En la ventana de enfrente…»

Que es donde estaba ella. Me asomé a mi balcón, la vi, y se me ocurrió eso.

«No te asomes demasiado…»

Porque hizo un movimiento hacia afuera, ¿sabes?…

«Que te hará daño el relente.»

Aquí al relente le doy una intención picaresca, porque estaba el novio en la esquina.

LUJÁN. Ya lo he comprendido.

DON BASILIO. ¿Te gusta?

LUJÁN. El cantar y las acotaciones.

DON BASILIO. Je… Bueno; pues digo yo que en este mismo cuadernito, para que no le choque a ella, como quien escribe una copla, puedo yo anotar, a fin de auxiliarte, todas las chifladuras de Clarines.

LUJÁN. Y así no estarán solas.

DON BASILIO. ¿Qué?

LUJÁN. Que estarán con las coplas tuyas. Y te dejo, que me esperan allá. Hasta después. *Vase por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

DON BASILIO. Anda con Dios. Le ha caído bien la idea. Le ha caído bien. Le ha caído bien. *Frotándose las manos.* ¡Ah, doña Clarines, doña Clarines!… ¿Qué iba yo a hacer ahora? *Mirando a lo lejos del jardín por los cristales del cierro.* ¡Oh! ¡El héroe! ¡Ya está ahí el héroe! Apenas las ha visto alejarse. ¡Es listo el hijo de don Guillermo! *Haciéndole señas.* Voy; voy allá. ¡Ah, doña Clarines, doña Clarines!… Casa con dos puertas, mala de guardar. *Vase por la puerta del foro, hacia la derecha.*

Queda la escena sola un momento. Óyese ladrar a «Leal», y sale Daría por la puerta de la izquierda, asustadísima.

Daría. ¿Quién será ahora? Temblando estaba yo a que llegara alguien. ¡Me ha dicho Tata que no abra la puerta! ¡Jesús! ¡Ojalá sea un pobre, que con decirle «perdone usted por Dios», se sale del paso! *Asómase a la mirilla.* ¿Quién es? ¿Quién es? ¡No veo a nadie! ¿Quién es? ¡Nadie! ¡No es nadie! *Cierra la mirilla.* Pues ¿cómo ladró el perro? *Va a irse.* ¡Lo que me alegro yo de que no sea nadie! *Vuelve a ladrar «Leal».* ¿Otra vez? ¡Dios mío! *Asómase a la mirilla de nuevo* ¿Quién es? ¿Quién es? ¡Nadie!

Aparece don Basilio por donde se fué, con cierto recelo.

Don Basilio. ¿Qué haces aquí, Daría?

Daría. ¡Señorito! ¡Estoy pasando un susto!…

Don Basilio. ¿Por qué?

Daría. ¡Porque ha ladrado el perro dos veces… y yo no veo a nadie en el portal!

Don Basilio. Sí; le ocurre mucho. A lo mejor sueña que entra alguien… Vete allá dentro.

Daría. Sí, señorito.

Don Basilio. Oye. A la señorita Marcela, que estará en su cuarto, dile que venga acá, que la llamo yo.

Daría. Bueno, señorito. *Vase por la puerta de la izquierda.*

Don Basilio se acerca a la del foro y hace pasar a Miguel, que esperaba oculto. Miguel es un muchacho de noble y expresiva fisonomía. Su hablar es resuelto y vehemente. Viste con sencillez.

Don Basilio. Pase usted, Miguel.

Miguel. Muchas gracias.

Don Basilio. Era la chica, que andaba aquí. Había ladrado el perro y vino a ver quién era. Este perro, apenas olfatea gente extraña…

Miguel. Ya lo sé, ya. ¿Y Marcela?

Don Basilio. Al momento sale.

MIGUEL. ¡Lo que yo le agradezco a usted señor don Basilio, que nos facilite esta entrevista!

DON BASILIO. Agradézcaselo usted a la casualidad de que mi hermana y Tata hayan salido hoy. Si no, hubiera sido cosa imposible.

MIGUEL. Sí; pero a no contar con usted…

DON BASILIO. Es que ya le dije a usted anoche que en mí tienen usted y Marcelita un aliado. Yo siempre estoy al lado de los débiles. Mire usted, amigo Miguel, la cuestión tiene dos aspectos.

MIGUEL. ¿Dos aspectos?

DON BASILIO. Uno moral y otro económico. En el moral, ni entro ni salgo. Si ustedes se quieren, harán, como en los cuentos de los chicos, nieblas de las montañas. Pero en el aspecto económico creo que tengo el deber de intervenir.

MIGUEL. No comprendo.

DON BASILIO. Mi hermana está loca. *Vox populi, vox Dei*. La fortuna de esa niña se encuentra en sus manos. ¿Usted está tranquilo? ¿Está usted tranquilo? ¡Porque yo… no estoy tranquilo! Yo no estoy tranquilo. Yo no estoy tranquilo. ¿A qué engañarlo a usted? Mientras más amigos, más claros. Yo no estoy tranquilo. ¿Usted está tranquilo?

MIGUEL. Francamente… me empieza usted a intranquilizar.

DON BASILIO. Ahí se le fué la burra a su futuro suegro de usted, que en paz descanse. ¡Se le fué! No lo discutamos ¡Se le fué! Lo de Clarines no es de ahora, ¡qué carape! Clarines tiene los cascos a la jineta hace mucho tiempo. ¿No estaba yo aquí, tan hermano suyo como ella?

MIGUEL. ¡Claro!

DON BASILIO. Sobre que, a mayor abundamiento, yo, querido Miguel, tengo grandes aficiones financieras. Siempre he especulado con éxito brillante. A la propia Clarines le he triplicado el capital.

MIGUEL. ¿Ah, sí?

DON BASILIO. Sí, señor. Hoy cuenta ella con un sinfín de propiedades que no tendría a no ser por mí.

MIGUEL. ¿Hola?

DON BASILIO. Como usted lo oye. —Aquí está ya Marcela. Pónganse ustedes de acuerdo en seguidita. No me gasten la pólvora en salvas. Y en la terracilla por donde hemos pasado lo espero a usted filosóficamente.

MIGUEL. ¿Cómo expresarle mi gratitud, señor don Basilio?

DON BASILIO. ¡De ninguna manera! Es un deber mío ¡qué carape! *Vase por la puerta del foro, hacia la derecha.*

Sale Marcela por la puerta de la izquierda. Al ver a Miguel corre a él ansiosa de estrecharle las manos.

MARCELA. ¡Miguel!

MIGUEL. ¡Marcela!

MARCELA. ¡Ya era hora!

MIGUEL. ¿Qué tienes?

MARCELA. ¡El contento de verte aquí! ¿Y el tío?

MIGUEL. Ahí fuera, esperándome.

MARCELA. ¡Qué bueno! ¿Verdad?

MIGUEL. Tan bueno, que por él estoy a tu lado.

MARCELA. Hemos de hablar mucho en poco tiempo. Miguel. Sí.

MARCELA. ¡Dos días sin verte ni escribirte!

MIGUEL. Hasta el amanecer te esperé anteanoche en la verja.

MARCELA. No pude bajar. Me sorprendió mi tía. ¡Si vieras! ¡Qué disgusto! Tata me contaba unas historias… ¿Me quieres tú mucho, Miguel?

MIGUEL. ¿Y me lo preguntas, Marcela?

MARCELA. Verdad. No me hagas caso.

MIGUEL. ¿Sabe ya la tía…?

MARCELA. No.

MIGUEL. ¿Por qué no se lo has dicho?

MARCELA. ¡Ay, Miguel! No me atrevo.

MIGUEL. ¿Por qué no?

MARCELA. Porque estoy llena de temores.

MIGUEL. Pues hay que rechazarlos, niña. ¿Qué ley humana nos obliga a recoger las espinas de un dolor sembrado por otros?

MARCELA. Ninguna; pero ya estás viendo que es así.

MIGUEL. No lo será más tiempo. Resuelto estoy.

MARCELA. ¿A qué, Miguel?

MIGUEL. A presentarme a esta señora; a decirle mí nombre, si tú no se lo dices; a convencerla de que serás mía.

MARCELA. ¿Con quién vendrás?

MIGUEL. Yo solo.

MARCELA. ¿Tú solo?

MIGUEL. ¿Qué remedio, si nadie se aventura a acompañarme? ¿Si las insolencias de doña Clarines ponen una valla entre la sociedad y yo?

MARCELA. ¡Ay, Dios mío!

MIGUEL. Vendré yo solo: mi mejor compañía es este cariño que me acerca a ti.

MARCELA. Que es muy grande, ¿verdad?

MIGUEL. Si el corazón de esa señora se estremece de odio al oír mi nombre, yo sé que el tuyo se estremece de amor.

MARCELA. Sí.

MIGUEL. Vendré, vendré. No estoy dispuesto a consentir este secuestro tuyo, esta tortura de los dos, este acechar las ocasiones para hablarnos. ¿Qué hicimos tú y yo que mereciera este castigo?

MARCELA. ¡Ésa es mi pregunta! ¡De día y de noche es ésa mi constante pregunta!

MIGUEL. Pues la respuesta de ella no está más que en tu corazón y en el mío. Guadalema entera dice que doña Clarines es rencorosa, es loca. ¿Y qué? ¿Tú me quieres? Guadalema entera cree que yo saldré de esta casa escarnecido y avergonzado. ¿Y qué? ¿Tú me quieres? Guadalema entera afirma que al eco sólo de mi nombre temblarán las paredes viejas de este

caserón solitario. ¿Y qué? ¿Tú me quieres? Pues si tú me quieres, todo lo demás es cosa sin fuerza ni sentido.

Marcela. Sí, Miguel, sí. Ahí está la única verdad: en que tú me quieres; en que te quiero yo. Necesitaba oírtelo decir así, ahora más que nunca.

Miguel. También lo sé; también lo he leído en tus ojos. Tu corazón no respira tranquilo en el aire que llena esta casa, que no es aire de primavera. Las historias de Tata, la vieja, te han hecho temblar…

Marcela. ¡Miguel!

Miguel. Pues aquellas historias pasaron, y yo no he de juzgarlas al lado tuyo. Pero sí quiero que sepas que el amor no tiene en el mundo dos historias iguales, para que puedas confiar en que ésta nuestra no ha de parecerse a la que a ti te ha dado miedo. ¿Me crees?

Marcela. Te creo, sí.

Miguel. Pues si me crees, no llores.

Marcela. Lloro porque te creo.

Miguel. Yo haré pronto porque me creas y rías a la vez. Adiós.

Marcela. ¿Te vas ya?

Miguel. Sí: no quiero comprometer en modo alguno a ese señor tan bondadoso. Pero cuando vuelva doña Clarines, volveré yo.

Marcela. ¿Sí?

Miguel. Sí. Hoy acaba este suplicio intolerable: no lo dudes.

Marcela. Por Dios, Miguel…

Miguel. Por Dios, Marcela… ¿Es que quieres que siga? Marcela. No.

Miguel. Pues fía en mí.

Marcela. Ya no sé qué decirte. Me abandono a tu voluntad. Haz tú lo que quieras.

Miguel. Yo no quiero más que lo que ha de devolver a tu corazón la calma perdida y a tu voz la alegría que siempre tuvo para mis oídos. Adiós.

Marcela. Adiós. ¿Hasta luego?

Miguel. Hasta luego. *Vase por la puerta del foro, hacia la derecha.*

Marcela. ¡Cómo me quiere! Voy a verlo salir. *Asómase a los cristales del cierro y mira con interés al jardín. Pausa.*

Ladra «Leal». Poco después sale Daría por la puerta de la izquierda.

Daría. Otra vez el perro. ¿Estará también soñando ahora? *Abre la mirilla, mientras Marcela despide a Miguel con la mano.* ¿Quién es? No: ahora no está soñando. Es la señora.

Marcela. *Sobresaltada.* ¿La señora?

Daría. *Asustada con el susto de Marcela.* La señora, sí. ¿Qué pasa?

Marcela. Nada, mujer.

Daría. ¡Ah! Creí…

Marcela. Ábrele. Sin duda le ha sucedido algo.

Daría. ¿Sí, eh? *Tira del cordel para abrir y se va por la puerta de la izquierda, diciendo:* ¡Pues no seré yo quien se lo pregunte!

Marcela. *Preocupada.* Es imposible… Ha vuelto muy pronto. No ha podido dar toda la limosna.

Llega rápidamente don Basilio por la puerta del foro y se dirige con gran misterio a su sobrina.

Don Basilio. ¡Por un pelo!

Marcela. ¿Cómo?

Don Basilio. ¡Por un pelo! Entrando ellas por la puerta grande, saliendo por la verja el otro. ¡Por un pelo!

Marcela. Pero ¿es verdad, tío, que ha vuelto más pronto que nunca?

Don Basilio. ¡Dónde va a parar! ¡A saber si esto ha sido una trampa de ella! ¡Es más larga!…

Marcela. ¡Silencio, que viene!

Don Basilio. ¡Ah! *Pasea silbando.*

Marcela. Ha amanecido muy buen día, ¿verdad, tío Basilio?

Don Basilio. Muy buen día.

Marcela. No podemos quejarnos del tiempo.

Don Basilio. Ciertamente: no podemos quejarnos del tiempo.

Sale doña Clarines por la puerta del foro. La sigue Tata.

Doña Clarines. Pues va a llover.

Marcela. ¿Cree usted que va a llover? ¿Vuelve usted por eso?

Don Basilio. ¿Te duele el tobillo?

Doña Clarines. No; pero cuando se está murmurando de una persona y se habla del tiempo porque ella llega, casi siempre llueve.

Don Basilio. ¡Y truena! ¡Qué carape! ¡La manía de que a todas horas hemos de murmurar de ti!

Doña Clarines. Como los dos tenéis el deber de hablar bien, por eso estoy segura de que habláis mal. *Obedeciendo a un presentimiento.* ¿Quién estaba aquí?

Doña Clarines. Marcela.

Marcela. Tía.

Doña Clarines. Toma pluma y papel, que voy a contestarle a la señora de ahí enfrente.

Marcela. ¿Ahora?

Doña Clarines. Ahora, sí. En la única casa a que he ido me han puesto del humor necesario.

Don Basilio saca el cuaderno de sus cantares y afila la punta de un lapicero.

Marcela. Pues usted dirá. *Siéntase ante una mesita escritorio, y va escribiendo lo que la señora le dicta. A cada instante hace gestos de protesta y disgusto.*

Doña Clarines. *Dictando.* «Señora doña Sebastiana Reguero. Muy señora mía: Empiezo esta carta llamándole a usted señora dos veces, porque de alguna manera he de empezarla; no porque crea que usted lo es ni lo ha sido en su vida».

Sensación. Pausa.

Don Basilio. Nadie.

Doña Clarines. ¿Nadie?

Marcela. El tío y yo.

Don Basilio. Y quitándote el pellejo, según has advertido. *Entre dientes:*

Cosas tenedes el Cid
que farán fablar las piedras.

Doña Clarines, que viene de mal temple, se quita el velo y se lo da a Tata, en unión del portamonedas.

Doña Clarines. Tata.

Tata. Señora.

Doña Clarines. Lleva esto a mi tocador.

Tata. Sí, señora. *Éntrase por la puerta de la derecha.*

Doña Clarines. Marcela.

Marcela. Tía.

Doña Clarines. Toma pluma y papel, que voy a contestarle a la señora de ahí enfrente.

Marcela. ¿Ahora?

Doña Clarines. Ahora, sí. En la única casa a que he ido me han puesto del humor necesario.

Don Basilio saca el cuaderno de sus cantares y afila la punta de un lapicero.

Marcela. Pues usted dirá. *Siéntase ante una mesita escritorio, y va escribiendo lo que la señora le dicta. A cada instante hace gestos de protesta y disgusto.*

Doña Clarines. *Dictando.* «Señora doña Sebastiana Reguero. Muy señora mía: Empiezo esta carta llamándole a usted señora dos veces, porque de alguna manera he de empezarla; no porque crea que usted lo es ni lo ha sido en su vida».

Don Basilio, apenas oye la primera andanada de la carta, silba inconscientemente, y se va escapado por la puerta de la izquierda, dispuesto a anotarla en el cuadernito. En seguida vuelve.

MARCELA. ¡Tía Clarines!

DOÑA CLARINES. Pon lo que yo te mande, y no te asustes por tan poco.

MARCELA. Tenga usted en cuenta…

DOÑA CLARINES. ¡Chist! «Quiere usted saber, y me lo pregunta en una carta ridícula, llena de impertinencias y de haches, por qué mi sobrina no va desde hace dos días a su casa, como antes iba. Voy a satisfacer su curiosidad en el acto, y con mejor ortografía, desde luego». Tú verás, niña cómo escribes.

MARCELA. *Suspirando.* ¡Ay!

DOÑA CLARINES. «Mi sobrina no ha vuelto a su casa, porque nada bueno puede aprender ahí». *Don Basilio sacude los dedos y va a irse otra vez, pero se detiene.* «Ha protegido usted, a espaldas mías, los amores de ella con su novio; lo cual, en neto castellano, tiene un nombre sonoro y rotundo. En medio de él puede usted colocar perfectamente una de esas haches que con tanta liberalidad prodiga». *Vuelve a irse don Basilio: esta vez por la puerta del foro.* Pero ¿qué entrar y salir trae ese majadero?

MARCELA. No sé, tía; no sé.

DOÑA CLARINES. «Aquí daría fin a la presente, si hoy no hubiera sabido por un azar quién es el novio de mi sobrina».

MARCELA. *Estremeciéndose y dejando de escribir*. ¿Eh?

DOÑA CLARINES. *Dictándole con gran energía.* «… si hoy no hubiera sabido por un azar quién es el novio de mi sobrina».

MARCELA. Pero ¿usted ha sabido?…

DOÑA CLARINES. Escribe tú.

MARCELA. *Repitiendo la frase mientras escribe.* «… quién es el novio de mi sobrina».

Don Basilio, que se ha puesto muy serio al oír esta revelación, se guarda el cuaderno y se sienta en un rinconcito a reflexionar.

DOÑA CLARINES. «Pero como he sabido esto, debo añadirle a usted que sus manejos en este caso no revelan solamente liviandad hipócrita, sino maldad muy grande». *Durante las frases anteriores pasa Tata, desde la*

puerta de la derecha a la del foro, prestando oído a doña Clarines, y deteniéndose más de lo natural. Tata.

Tata. Señora.

Doña Clarines. ¿Quieres preguntarme si estorbas, para contestarte que sí?

Tata. Señora, no he hecho más que atravesar de un lado a otro. No sé por dónde había de irme.

Doña Clarines. Chitón, y dile a Escopeta que venga.

Tata. Si está en casa; porque es muy volandero. *Se va refunfuñando.*

Marcela. ¿Algo más, tía?

Doña Clarines. Nada más. Déjame firmar. *Se sienta a ello.* Así: mi nombre y mis dos apellidos. Yo no escribo anónimos, como algunos traidorzuelos de chicha y nabo. *Marcela mira a don Basilio y éste no sabe dónde meterse. Doña Clarines guarda el pliego en un sobre y escribe en él la dirección.* ¿Qué te ocurre, Basilio?

Don Basilio. ¿A mí? ¡Nada! ¿Qué me ha de ocurrir? ¡Nada!

Doña Clarines. *Levantándose.* Lista. Ahora, sobrina, mira tú si tienes alguna otra cosa que ocultarme.

Marcela. Yo, tía…

Llega Escopeta por la puerta del foro.

Escopeta. Señora.

Doña Clarines. Escopeta: lleve usted esta carta ahí enfrente.

Escopeta. *Leyendo el sobre.* Señora doña Sebastiana Reguero. Ya sé. ¿Na más que dejarla?

Doña Clarines. Nada más.

Escopeta. ¿Espero la respuesta?

Doña Clarines. No.

Escopeta. ¿Ni tengo que desí ninguna cosita?

Doña Clarines. Ninguna.

Escopeta. ¡Vaya por Dios! Me iba yo afisionando… ¿Y poné yo argo de mi cosecha?

DOÑA CLARINES. ¿Cómo de su cosecha? ¡Dios lo libre a usted! Aquí no se dice ni más ni menos que lo que yo mando decir. ¡Medrados estaríamos! *Éntrase en sus habitaciones.*

ESCOPETA. ¡Me tocó la china esta vez! No hay más que aguantarse. *A Tata, que sale por la puerta de la izquierda y cruza hacia la de la derecha, llena de curiosidad.* ¡Paisana! ¡No entre usted, paisana! ¡Miste que hay rayos en la armófera, paisana!

TATA. *Volviéndose a él.* ¡Oiga usted… *militar:* para ser yo paisana de usted, tendría que haber nacido en una lata de sardinas! ¡Chúpate ésa y vuelve por otra! *Vase.*

ESCOPETA. ¡Es grasiosa esta vieja! *Se va por la puerta del foro, hacia la izquierda, cantando:*

¿Quién me ha de entender a mí?…

MARCELA. *Cuando se queda sola con don Basilio.* Tío.

DON BASILIO. ¿Qué quieres?

MARCELA. Miguel va a venir.

DON BASILIO. Me lo ha dicho.

MARCELA. Pues esté usted abajo, y cuando llegue entérelo usted de todo esto.

DON BASILIO. Eso… y oro molido que me pidas, ¡qué carape! Yo te quiero más que tu tía, aunque me llames el tío Carape. ¡Qué carape!

MARCELA. Ande usted, ande usted.

DON BASILIO. Descuida en mí, tontuela.

Don Basilio echa a correr por la puerta del foro, hacia la derecha, y Marcela va a entrar en las habitaciones de doña Clarines, a tiempo que de ellas sale Tata.

TATA. ¿Adónde vas, nena?

MARCELA. A ver a mi tía, Tata.

TATA. Pues no está el horno para bollos.

MARCELA. Tanto mejor.

TATA. ¿Ah, mejor?

MARCELA. Sí. Cuando llegue mi novio, que va a venir ahora, avísenos usted.

TATA. ¿Qué va a venir tu novio?

MARCELA. Que va a venir, sí: con el tío Basilio. ¡Ojalá hubiera venido antes! *Vase por la puerta de la derecha.*

TATA. *Santiguándose repetidas veces.*

¡Santa Bárbara bendita
que en el Cielo estás escrita
con papel y agua bendita,
en el árbol de la Cruz,
Padre nuestro, amén, Jesús!

Sale Luján por la puerta del foro y sorprende a Tata en su invocación.

LUJÁN. Pero, señor, ¿qué sucede aquí?

TATA. ¡Ay, señor Luján!

LUJÁN. Al llegar yo, salía Escopeta con una carta que me dice que es un explosivo; ahora bajaba el otro las escaleras rodándolas materialmente; usted se santigua… ¿Qué es esto?

TATA. ¡Ay, señor Luján! ¡Prepare usted el tambor, que hoy tenemos títeres!

LUJÁN. ¿Cómo que tenemos hoy títeres? Explíquese usted, Tata.

TATA. ¡Doña Clarines lo sabe ya todo!

LUJÁN. ¿Todo?

TATA. ¡Todo! ¡De lo más grave se ha enterado en la primera casa donde entramos a dar la limosna! Se lo dijeron sin querer hacerle mal ninguno: al contrario. Pero al oírlo se quedó blanca como la mesilla nieve, aunque hizo por disimular. Y al salir de allí, fué y me dijo: «Tata, vámonos a casa». Y acá volvimos sin chistar. Nunca hasta hoy se ha dejado de dar la limosna completa.

LUJÁN. ¿Y Marcelita?

TATA. Con ella está ahora mesmo. Parece ser que como ya no hay tapujos que valgan, el novio va a venir a verla. ¡Qué *turbamulta*! ¡Milagro

será que la señora no se meta esta tarde en el confesonario!

LUJÁN. ¿Qué dice usted? ¿En el confesonario?

TATA. Sí, señor: la señora tiene en su alcoba un confesonario, que fué de un abuelo suyo medio santo o medio profeta, y siempre que se ve en algún caso de *concencia* que es grave, en él se mete y se está allí las horas y las horas.

LUJÁN. ¡Costumbre más original! Voy de asombro en asombro en esta santa casa.

TATA. Ello vino de que doña Clarines le descubrió una maca gorda al cura que la confesaba, y se la plantó con pelos y señales. El buen señor se incomodó tanto y más cuanto, y la señora entonces mandó limpiar y barnizar ese mueble antiguo, y en él se mete las veces que le digo a usted. Y cuando sale, señor Luján… ¡aaaaah!… son de oírse las *másimas* y las sentencias que echa por su boca. ¡Ni que el mesmo Dios se las dijera al oído!

LUJÁN. Le aseguro a usted, Tata, que cada vez admiro más a esta buena señora.

TATA. ¡Aaaaah!

LUJÁN. Ya tenemos ahí a nuestro hombre.

TATA. ¿Viene por el jardín? *Asomándose al cierro.* ¡Aaaaah!

LUJÁN. Yo aquí estorbo, Tata. Dígale usted a don Basilio que en su despacho estoy. *Vase por la puerta de la izquierda.*

TATA. Y Dios sea con todos, señor. Vamos a anunciar que está aquí el señorito. ¡Santa María de la Cabeza! *Éntrase por la puerta de la derecha, haciendo gestos de tribulación.*

Por la del foro llegan Miguel y don Basilio.

MIGUEL. Otra vez aquí. A fe que no sospechaba volver tan pronto.

DON BASILIO. Ni yo que usted volviera Pero, ya lo ve usted: con esta hermana mía no es posible atar dos cuartos de cominos.

MIGUEL. ¿Marcela está con ella quizás?

DON BASILIO. No sé… Es lo probable. Ahora lo veremos. ¡Ah! Una cosa que no quiero que se me olvide: ¡no se le vaya a escurrir a usted, por Dios, que ha estado aquí hace un rato!

MIGUEL. Pierda usted cuidado, señor.

DON BASILIO. Nada más fácil. Comprenda usted con qué intención podré yo advertirle…

MIGUEL. Sí, sí…

DON BASILIO. Lo veo a usted muy nervioso.

MIGUEL. Mucho, no: un poco.

Sale Tata por donde se fué.

DON BASILIO. A tiempo llegas, Tata.

TATA. Santos y buenos días.

MIGUEL. Buenos días.

TATA. La señora viene en seguida a hablar con usted. *A don Basilio.* El señor Luján lo espera a usted en su despacho.

DON BASILIO. ¿A mí?

TATA. A usted.

DON BASILIO. ¡Ah!, pues voy allá. Esto es importante. Hasta luego, querido Miguel.

MIGUEL. Adiós, don Basilio.

Vase éste por la puerta de la izquierda, examinando el cuadernito de las coplas. Miguel, con aire preocupado, va de aquí para allá, mirando distraídamente la estancia. Tata lo observa melancólicamente. Pausa.

TATA. *Muy entre sí.* Es verlo… es verlo… *Esforzándose para hablar.* ¿No se sienta usted?

MIGUEL. Gracias. No estoy cansado. *Nueva pausa* ¿Lleva usted mucho tiempo con la señora?

TATA. Mucho tiempo. Con el pelo negro la conocí, y hoy lo tiene más blanco que el mío. Yo sé más que nadie de esta casa. Dispense, caballero; pero no puedo mirarlo sin llorar… Con permiso. *Vase conteniendo el llanto por la misma puerta de la derecha.*

MIGUEL. *Impresionado.* Es indudable: despierto aquí un pasado muy doloroso… El llanto de esta vieja es revelador. *Nueva pausa.* Ya viene.

Sale por la puerta de la derecha Marcela, seguida de doña Clarines. Ésta, al mirar a Miguel, no puede reprimir un movimiento de asombro, vivamente herida en su recuerdo. Pausa.

MARCELA. Mi tía…

MIGUEL. Señora…

DOÑA CLARINES. *Adelantándose a la presentación que va a hacer Marcela.* No me digas su nombre: sé quién es. Vete tú.

Vase Marcela por la puerta de la izquierda.

MIGUEL. Señora… puesto que ya sabe usted quién soy…

DOÑA CLARINES. ¡Oh! Sin ningún antecedente lo hubiera sabido con sólo verlo… Bien lo declara mi turbación, que impedir no he podido… No la extrañe usted, porque su presencia ha hecho pasar por mí memoria una ráfaga del dolor que destrozó mi vida… *Se sienta y lo invita con el ademán a hacer lo mismo. Pausa.* ¡Pasó! Pasó ya. Hay algo más fuerte que la mujer más fuerte. Siéntese usted, si gusta.

MIGUEL. *Obedeciendo.* Mil gracias.

DOÑA CLARINES. El esfuerzo de voluntad que necesito para olvidarme de quién es usted es mayor de lo que yo creía; pero debo hacerlo, y lo hago. Tranquilícese. Ya no es usted más ante mí que el hombre que quiere a Marcela, ni yo soy más ahora que la persona a cuyo amparo vive. ¿Se sorprende usted?

MIGUEL. ¿Por qué negarlo? Sí, señora. Era lo primero que venía dispuesto a pedirle a usted como gracia, y es lo primero que usted me concede sin pedirlo.

DOÑA CLARINES. Otra cosa no sería justa.

MIGUEL. Tal creo. Siempre he pensado que si para toda culpa hay castigo, también hay perdón.

DOÑA CLARINES. ¿Y quién le ha dicho a usted que yo perdono?

MIGUEL. ¿No es perdonar esto?

DOÑA CLARINES. Nunca. Yo no perdono nunca: si acaso, olvido, o separo unas cosas de otras, como ahora he hecho. El perdón no está en mis costumbres. Creo que es inmoral. Por él viven y medran todos los malvados. Así se lo dije un día al señor obispo, y no ha vuelto más por mi casa. Ya volverá cuando me necesite. ¿También le sorprende a usted que yo no perdone?

MIGUEL. También; sí, señora.

DOÑA CLARINES. Pero ¿a usted tengo algo que perdonarle?

MIGUEL. A mí, nada. No hablé por mí al hablar de perdón.

DOÑA CLARINES. Pues de usted sólo hemos de hablar aquí. Lo pasado a que usted quiere referirse, no lo borrará más que la muerte. Y yo no he de morirme en algún tiempo. Deseo vivir mucho. La muerte nos iguala a todos, y siempre me parecerá pronto para ser yo igual a otras personas. ¿Entiende usted?

MIGUEL. Entiendo.

DOÑA CLARINES. Volvamos a usted.

MIGUEL. Sí, señora. Ya le habrá contado Marcela…

DOÑA CLARINES. Sí, señor. Y no le he creído una palabra.

MIGUEL. ¿Por qué?

DOÑA CLARINES. Porque lleva tres meses en mi casa, y me ha estado engañando los tres meses. ¿Se le figura a usted poca razón para no creerla?

MIGUEL. Es que si Marcela ha ocultado… ha sido por un motivo muy explicable…

DOÑA CLARINES. Muy explicable para usted, que no me conocía. Ella ha debido discurrir de otro modo.

MIGUEL. Es tan niña…

DOÑA CLARINES. No es tan niña cuando quiere a un hombre.

MIGUEL. Declaro que ella sola me ha contenido para dar este paso antes.

DOÑA CLARINES. Peor que peor. ¿Y es cierto que nadie ha querido presentarlo a usted en mi casa?

MIGUEL. Es cierto.

DOÑA CLARINES. ¿Sabe usted por qué?

MIGUEL. Señora…

DOÑA CLARINES. Dígame lo que sepa. Yo no tiemblo ante la verdad, como la gente, porque siempre la llevo en los labios.

MIGUEL. Guadalema toda cree que usted me arrojaría sin oírme por las escaleras de su casa.

DOÑA CLARINES. ¡Gran sentido moral el de Guadalema!

MIGUEL. Guadalema entera cree que doña Clarines…

DOÑA CLARINES. Siga usted.

MIGUEL. Cree que doña Clarines…

DOÑA CLARINES. ¿Es loca, no?

MIGUEL. Justamente. Yo también digo la verdad.

DOÑA CLARINES. Dispense usted: la he dicho yo. Usted no se atrevía. Fama de loca gozo, sí, señor. Y muy bien ganada. Y la conservaré mientras viva. ¿No conoce usted cuál es mi locura? Pues llamarle al que roba, ladrón, y al que miente, embustero, y al que huye, cobarde, y al que engaña a una mujer, villano. Ésta es mi locura. Todos los locos tenemos una gran manía, y a mí me dió por aprender a conciencia el idioma. ¿Qué le parece a usted?

MIGUEL. Que yo, por de pronto, me felicito de esa gran manía. Tiemble ante las verdades de usted quien lleve sombras en la conciencia. Yo, siendo quien soy y como soy, la oigo a usted tranquilo. Califíqueme usted como merezca.

DOÑA CLARINES. Es claro que lo haré. No había usted de ser la excepción.

MIGUEL. Verá usted que no soy más que un hombre que estudia y trabaja, y que está enamorado de Marcela.

DOÑA CLARINES. Eso no le toca a usted decirlo, sino a mí averiguarlo.

MIGUEL. Se lo he dicho a usted para que cuando lo averigüe se convenza de que yo no miento.

DOÑA CLARINES. Y yo le pido a Dios que así sea. Si lo que quiere usted es la ventura de Marcela…

MIGUEL. Sí; eso quiero.

DOÑA CLARINES. Yo también. Y siendo así, en lo mejor del camino hemos de encontrarnos.

MIGUEL. Y pronto, muy pronto.

DOÑA CLARINES. Tal vez. No le quito a usted la esperanza. Pero ni me abandono ni me confío; porque yo mejor que nadie sé que la traición se esconde bajo las palabras más bellas.

MIGUEL. Señora, dejemos de hablar de mí, para hablar de usted. A despecho de algo que no puede menos de herirme, yo no convengo con todos en llamar locura a lo que, para mí al menos, es cordura y bondad. Mis ideas cambian a medida que la oigo a usted, y a cada paso hallo mayor distancia entre el falso rumor callejero y lo que escucho de su boca. No es doña Clarines la que tengo enfrente, aquella que me pintaron en las casas de Guadalema. Y pienso que mientras ellos ahora mismo comentan con malsana fruición esta entrevista nuestra, suponiéndola a usted capaz de todo insulto para mi persona, usted es tan generosa que prescinde de lo que fué… y me juzga con serenidad y nobleza.

DOÑA CLARINES. ¡Ay, Guillermo!

MIGUEL. Miguel.

DOÑA CLARINES. *Con amargura.* Miguel: es verdad. Si yo no perdono a quien ultraja, menos aún condeno a quien no tiene culpa.

MIGUEL. No toquemos más esa herida. Hablemos ahora de Marcela.

DOÑA CLARINES. ¿Para qué? Va usted a decirme de ella lo que ella me dice de usted.

MIGUEL. ¿Qué le dice de mí?

DOÑA CLARINES. Que es bueno, y que es bueno, y que es bueno.

MIGUEL. ¿Y usted lo duda?

DOÑA CLARINES. *Con emoción.* ¿Su madre de usted vive?

MIGUEL. Sí, señora.

DOÑA CLARINES. ¿Y es muy buena?

MIGUEL. Muy buena es.

DOÑA CLARINES. Ya. ¿Conoce a Marcela?

MIGUEL. La conoce y la quiere, y goza en verme tan enamorado.

DOÑA CLARINES. Pero ¿lo está usted mucho?

MIGUEL. Mucho. Sueño para ella una ventura tan grande que no quepa en el mundo. Conocí a Marcela cuando empezaba mi corazón a alborear al amor y a la vida. No he querido a otra mujer que a ella, ni ella ha querido a más hombre que a mí. No sé qué horas nos tendrá reservadas la vida; pero yo no las deseo ni las concibo más felices que estas horas que ella y yo, tejiendo ilusiones, llegamos hasta los días que vendrán y los forjamos tan dichosos como los que vivimos. Nuestro charlar es a veces de niños; a veces, de locos… No sé… Si gozo, goza; si río, ríe; si llora, lloro; si canta, canto… Parecemos dos y somos uno…

DOÑA CLARINES. *Con dolorosa angustia.* Silencio.

MIGUEL. ¿Qué?

DOÑA CLARINES. Silencio. Despiertan su voz y sus palabras en mis oídos un eco lejano, que no quiero volver a oír. Perdóneme, y llame a Marcela.

MIGUEL. ¿A Marcela?

DOÑA CLARINES. Sí. Que venga con usted.

MIGUEL. Siento, señora, que mis palabras de cariño…

DOÑA CLARINES. Porque son de usted, y son de cariño, no quiero volverlas a oír. Traiga usted a Marcela.

MIGUEL. Voy por ella, voy. Respeto su dolor, señora… Su bondad me conmueve… Lloro y tiemblo de gratitud. ¡Esperaba de su boca palabras tan distintas!… Yo le aseguro a usted que nunca tendrá que arrepentirse de esta bondad con que me trata. Voy por Marcela ya. *Vase por la puerta de la izquierda.*

Pausa.

DOÑA CLARINES. *Mirando al cielo.* ¡Gracias, Señor, que me diste la entereza que necesitaba para ser justa!

Vuelven juntos a poco Marcela y Miguel.

MARCELA. Tía.

DOÑA CLARINES. Ven acá.

MARCELA. ¡Qué bien ha hecho Miguel en venir a verla!

DOÑA CLARINES. Tan mal como tú hiciste en engañarme.

MARCELA. Es que ya sabe usted que yo temía…

DOÑA CLARINES. Temías, porque mentías. La mentira es siempre cobarde. Miguel no lo ha sido, y ahora se alegra de ello; porque ha visto, al acercarse a mí, que las cosas no son como las gentes quieren que sean, sino como son.

MIGUEL. Así es. Y en vano será desfigurarlas.

DOÑA CLARINES. Mal me conocen los que creen que yo soy capaz de llevar mi odio hasta el extremo de hacer con tu vida y con tu amor lo mismo que hicieron con los míos. ¡Dígalo usted así a los cuatro vientos por toda Guadalema! Y ahora, en secreto, para que no salga de los tres que aquí estamos… oídme a mí… que quiero que seáis muy dichosos. *Éntrase luego en sus habitaciones conteniendo las lágrimas.*

MARCELA. ¿Ves, Miguel, como es buena?

MIGUEL. Es buena, sí: para mí más que para nadie.

Sale Luján por la puerta de la izquierda. Lo sigue don Basilio.

LUJÁN. ¿Y doña Clarines?

MARCELA. Ya se fué.

MIGUEL. Y con los ojos llenos de lágrimas, por cierto.

LUJÁN. ¿Vió usted nunca más extraña mujer?

MIGUEL. Nunca. De todos aquí, el más sorprendido soy yo.

Por la puerta de la derecha vuelve a salir Tata.

TATA. *Entre lágrimas.* ¡Años hace que no llora como está llorando!… ¡Aaaaah!

DON BASILIO. ¿Qué os dije yo? ¡Siempre pita por donde no se la espera! ¿Es loca o no es loca?

TATA. ¿Qué ha de ser loca, charlatán?

DON BASILIO. ¡Tata!

TATA. ¡El loco, y el zascandil, y el botarate, y el borracho, es usted! ¡Tío Carape!

DON BASILIO. ¡Che, che, che: que tus canas tienen un límite!

TATA. ¡Sí, señor: pero no será el de teñirlas, que es el que han tenido las de usted! ¡Decir que es loca mi señora!

DON BASILIO. ¿Qué te parece?

LUJÁN. Que tiene razón Tata.

DON BASILIO. *¿Tu quoque?*

LUJÁN. Si es loca o no doña Clarines, pregúntaselo a éstos. *Por los novios, que cuchichean en un rincón, y que al oírlo atienden a sus palabras.* No es loca, no. Es que vivimos respirando mentira, cogidos todos en una red de farsa y de disimulo, y la verdad, siempre la verdad, sólo la verdad, acaba por parecer locura.

MIGUEL. Es cierto: la verdad parece locura. Como también es cierto que ahora estamos contentos todos porque del odio ha triunfado el amor, y de la pasión, la justicia.

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía, agosto, 1909.

EL CENTENARIO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **Teatro de la Comedia** el 16 de diciembre de 1909

AL SR. D. RAFAEL ALTAMIRA,
noble espíritu de alta idealidad, por cariño, por admiración y por simpatía.
LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Currita.	Matilde Moreno.
Doña Marciala.	Julia Martínez.
Doña Filomena.	Irene Alba.
Eulalia.	Mercedes Pérez de Vargas.
Carmen Campos.	Magdalena Sánchez.
Rosa.	Carlota Pazo.
Papá Juan.	José Santiago.
Trino.	Manuel González.
Don Evaristo.	Ernesto Vilches.
Antoñón.	Pedro Zorrilla.
Alonso.	José Portes.
Manuel.	Joaquín Pacheco.

EL CENTENARIO

ACTO PRIMERO

La escena es en Arenales del Río, y en una sala baja de la casa de Papá Juan. Al foro, tres arcos airosos que descansan en finas columnas de mármol, dan paso a un jardín florido y alegre. Sobre cada arco cuelga un transparente de esparto o junco. Puertas a derecha e izquierda. Muebles relativamente modernos, ordenados y limpios. Cuadros que revelan buen gusto, colocados con admirable simetría. Zócalo de azulejos. Suelo de mosaico, aljofifado y reluciente. Es por la mañana, en el mes de mayo.

Por una de las puertas del foro salen Manuel y Carmen Campos, antigua servidora de la casa ella, y cochero él en la actualidad.

Manuel. Entre usté, Carmen Campos. Aguarde usté aquí, que vi a avisarle a la señora.

Carmen. Dígale usté que no tengo priesa.

Manuel. ¿Eh?

Carmen. Que no tengo priesa.

Manuel. ¡Ah! *Vase por la puerta de la izquierda.*

Carmen Campos contempla embobada la habitación.

Carmen. Se puen comé migas en er suelo. Siempre ha sío como los chorros del oro doña Marsiala.

Vuelve Manuel por donde se marchó.

Manuel. Ya viene la señora.

Carmen. Si no tengo priesa.

Manuel. Con Dios, Carmen Campos.

Carmen. Con Dios, Manuer Páez.

Se va Manuel jardín adentro. A poco, por la puerta de la izquierda del actor, aparece doña Marciala, señora de unos sesenta y cinco años muy bien llevaditos, bondadosa y tranquila.

Doña Marciala. Hola, Carmen Campos.

Carmen. Dios guarde a usté, doña Marsiala. ¿Usté está güena?

Doña Marciala. Muy buena estoy, gracias a Dios.

Carmen. ¿Y su papá de usté? ¿Y er señorito?

Doña Marciala. Todos buenos. *Agachándose a coger del suelo una hojita verde, que tira al jardín.* Por supuesto, luego me dice a mí Pepilla que ha barrido esta sala. ¿Te parece?

Carmen. Se habrá entrao con er viento, señorita.

Doña Marciala. Sí, sí; buen viento está. Es que cada día van siendo más puercas. Tú no eras así. Siéntate, mujer.

Carmen. Con su permiso, señorita.

Doña Marciala. ¿Te figuras para lo que te llamo?

Carmen. Argo me figuro; porque por Arenales argo se corre.

Doña Marciala. Ya me hago cargo yo; no es ningún secreto.

Carmen. Sobre er cumpleaños de su papá de usté digo yo que será.

Doña Marciala. Justamente. Hay que poner la casa en revolución, y que echarla por la ventana, para darle gusto. Cumple cien años el veinticinco de este mes, y esa fecha quiere él celebrarla como merece.

Carmen. ¡Sien años! ¡Miste que sien años! ¿Un siglo, no es eso?

Doña Marciala. Un siglo; eso es.

Carmen. ¡Cuarquiera lo cree, viéndolo andá como anda toavía por las cayes!

Doña Marciala. Pues si lo oyeras aquí en casa… Más ánimo tiene que mi marido y que yo misma. Es un milagro de la Providencia.

Carmen. Disen que va a vení su hermano, er que vive en Madrí; aunque disen que está mu viejesito.

Doña Marciala. Muy viejecito está. Verdad que tampoco es ningún muchacho. Como pueda, ha escrito que viene. Y vendrá mi hermana María, de Granada, con sus hijos y con sus nietos… Y la tía Carolina —tú la recuerdas—, que tiene ya dos hijas casadas también… Y tres primos hermanos de papá Juan, con toda su gente… ¡Y no sé, no sé; porque esta casa, en estos días, va a parecer una república!

Carmen. ¡Jesús, señorita Marsiala! ¡Qué rebomba! ¡Loca va usté a gorverse!

Doña Marciala. Pues yo, menos mal; pero mi marido, que es el espíritu del orden, está con los pelos de punta. Porque, mira: papá Juan se levanta, y como no haya venido ya Currita a buscarlo, se planta en casa de Currita.

Carmen. ¿La nieta?

Doña Marciala. ¡La bisnieta! ¡Si Currita es hija de Joaquín, que ya va para los cuarenta años!

Carmen. ¡Jesús bendito! ¡Y lo está una viendo toavía jugá ar toro en la plasa!

Doña Marciala. Bueno, pues entre Currita, que es el demonio, y el bisabuelo, que está como una criatura con los cien años, traen un tejemaneje de cartas y de telegramas, que no quieras pensar. A papá Juan le entra una risa cuando se acuerda de algún pariente más a quien no le ha avisado aún, que da envidia mirarlo. Y en seguida, carta de invitación, que Currita escribe. ¡Y risa y más risa los dos! En fin, quiere que venga hasta un primo segundo suyo que está en las Pampas…

Carmen. *Haciéndose cruces.* ¡Ay, ay, ay!

Doña Marciala. Creo que serán tantos los huéspedes, que no nos bastará mi casa, con ser muy grande. Algunos tendrán que ir a la de mi hermano. Y otros, a casa de Joaquín. Allá los menos, porque el pobre no vive en ningún palacio.

Carmen. ¡Ay, ay, ay!

Doña Marciala. Conque, vamos a ver: ¿podrán tus hijas suplir aquí todos estos días?

Carmen. ¡No fartaba más, señorita Marsiala! Siendo cosa de usté… Pué vení mi Rosa, que ya sabe usté que es mu dispuesta; no es porque sea mi hija, pero vale un imperio. Pué vení mi Dolores, porque le escribo yo a Estepiya, y la deja vení su marío. Pué vení mi Carmen, por si nesesita usté argo de costura. Pué vení mi Andrea, que tiene unas manos pa hasé durses, que ni las monjas de la Trinidá, señorita. Pué vení mi Pepa, que aunque es una chiquiya, da el avío. Y de hombres, pué vení mi Juan.

Doña Marciala. Sí; también harán falta algunos hombres.

Carmen. Pos siendo así, pué vení mi Juan y pué vení mi Pedro.

Doña Marciala. ¿Y tu marido?

Carmen. No me lo miente usté. Mi marío es mi condenasión.

Doña Marciala. ¿Qué hace ahora?

Carmen. En la taberna se yeva er día, bebiendo con cuatro gandules, y hablando malamente de los curas. Antes eran los frailes, y ahora son los curas.

Doña Marciala. ¡Vaya por Dios, mujer! Dile de parte mía que deje eso; que los curas no hacen daño a nadie.

Carmen. Ya se lo digo yo; pero me contesta que los curas son los que casan a la gente, y que ésa tienen que pagarla.

Doña Marciala. *Riéndose.* ¡Bah!

Carmen. Cosas der vino, señorita Marsiala.

Doña Marciala. Pues bien, por de pronto, mándame a la mayor de tus hijas.

Carmen. A mi Carmen.

Doña Marciala. Y a la de los dulces.

Carmen. A mi Andrea.

Doña Marciala. Y ya iré pidiéndote a las demás.

Por la puerta de la derecha sale don Evaristo, marido de doña Marciala, a quien le lleva cinco o seis años. Es un vejete acartonado y pulcro.

DON EVARISTO. *Un tanto nervioso.* ¿Se puede saber…? Buenos días, Carmen Campos.

CARMEN. Güenos días, señorito don Evaristo.

DON EVARISTO. ¿Se puede saber…?

CARMEN. Me alegro de verlo a usté tan gueno.

DON EVARISTO. Muchas gracias. ¿Se puede saber quién ha arrancado la hoja de mi almanaque?

DOÑA MARCIALA. Yo.

DON EVARISTO. Tú habías de haber sido. Estas mujeres… ¿No sabes que las colecciono para quemarlas juntas el primero de año? Y ¿dónde la has puesto?

DOÑA MARCIALA. Sobre el estante de caoba. Allí la tienes, hombre; descansa.

DON EVARISTO. Malo será que no se la haya llevado el aire. ¿Y el cepillo fuerte, el de coco?

DOÑA MARCIALA. ¿El cepillo fuerte? También lo he cogido yo. Espérate que caiga dónde lo he dejado. Con este trajín… ¡Ah! sí; ya me acuerdo. Aguarda, que yo misma te iré por él.

Se va por la puerta de la izquierda.

DON EVARISTO. Así lleva esta criatura más de quince días. No para. No sé qué va a pasarle. Porque no está, no está ya para tales trotes. ¿Cómo la encuentras tú, Carmen Campos?

CARMEN. Don Evaristo, yo la encuentro mu bien.

DON EVARISTO. Fachada, fachada… Pero la procesión va por dentro. Ese corazón… ese estómago… La máquina se descompone. Me trae preocupadísimo.

CARMEN. ¿Sí?

DON EVARISTO. Sí. La pobrecita cree que yo me voy a morir antes que ella; pero el día menos pensado nos da el disgusto.

CARMEN. ¿Quién piensa en semejante cosa, por Dios?

Don Evaristo. Ya lo verás, ya lo verás… Anda muy flojilla. Yo, en cambio, estoy tan terne.

Vuelve doña Marciala con el cepillo fuerte, y se lo entrega a don Evaristo.

Doña Marciala. Ea, toma el cepillo fuerte, agonías de la casa.

Don Evaristo. Dame acá. Cuando yo me quejo…

Doña Marciala. Si te apuras por tan poca cosa, mucho vas a sufrir los días que vienen.

Carmen. ¡Digo! ¡Con la revolución que aquí va a armarse!

Don Evaristo. Ya, ya pienso en ello, y me castañetean los dientes. Aún estamos solos, y mira… *Se señala a los pies.*

Doña Marciala. ¿Qué?

Don Evaristo. Mira. ¡Cómo andará la casa! Mira.

Carmen. ¿Qué, señorito?

Don Evaristo. Mira, Marciala, mira. ¡Las botas de los sábados, y hoy es lunes! Con esto te lo digo todo, Carmen Campos. Tú que me conoces… ¿Dónde dices que está la hoja del almanaque?

Doña Marciala. Sobre el estante de caoba te la dejé.

Don Evaristo. Bueno. Adiós, Carmen Campos.

Carmen. Con Dios, señorito don Evaristo.

Vase don Evaristo por la puerta de la derecha.

Doña Marciala. Ahí lo tienes; cada vez más lleno de manías. Con la edad se le desarrollan. Está hecho un viejo.

Carmen. Acuérdese usté de que siempre ha sío tan mirao y tan pulío pa toas sus cosas.

Doña Marciala. Sin embargo, a medida que pasan los años… Tú que hace tiempo que no lo ves, ¿qué tal lo encuentras?

Carmen. Yo no lo encuentro malamente.

Doña Marciala. ¿No, verdad? Es claro, así por fuera… y visto un momento… Pero ¡me da unas noches…! Una carraspera, una tos…

Carmen. Señorita Marsiala, tos los viejos tienen achaques.

DOÑA MARCIALA. Estoy disgustadísima. El pobre cree que yo voy a morirme antes que él; pero ya verás tú como, por desgracia… Está muy cascado, muy cascado. En cambio, yo me siento muy fuerte. Mejor que hace diez años aún.

CARMEN. No lo jure usté, que nadie que la vea le echa la edá que tiene, señorita. Usté va a yegá a los siento, como don Juan.

DOÑA MARCIALA. No lo ambiciono, mira. Ni lo espero tampoco. Aquí sale su señoría, con su siglo a cuestas.

CARMEN. Me alegro de verlo antes de irme.

Llega Papá Juan, en efecto, por la puerta de la derecha. Viene sombrero en mano y apoyándose en un Inerte bastón. Pisa con energía, como si con los pies se quisiera agarrar al suelo. Sus ropas, sencillas y amplias, causan la impresión de que su cuerpo se ha ido encogiendo dentro de ellas. Cien años pesan sobre él y aún brilla en sus ojos un rescoldo de juventud.

PAPÁ JUAN. ¿No ha venido Currita? ¿Y Currita?

DOÑA MARCIALA. Todavía no ha venido Currita.

PAPÁ JUAN. ¡Siempre se le pegan las sábanas! ¡Es lo más dormilona…!

CARMEN. Señorito, Dios lo guarde a usté.

PAPÁ JUAN. Dios te guarde a ti, Carmencilla, que a mí ya me guarda. ¿Qué es eso? ¿Van a venir tus hijas a echar una manita a nuestra gente?

CARMEN. Sí, señó; que van a vení. Doña Marsiala siempre se acuerda de nosotras.

PAPÁ JUAN. Todo va a ser poco. *Rebosando alegría.* Oye, Marciala; ha escrito Rafael. Me promete que como le dé licencia el director de las minas, aquí se planta con su tropa. ¡Je!

DOÑA MARCIALA. ¡Dios mío! ¡Buena bandada de gorriones!

PAPÁ JUAN. ¡Doce chiquillos, Carmen Campos! Esta casa va a ser una pajarera. Sólo entre nietos y bisnietos voy a sentar a la mesa cuarenta y cinco.

CARMEN. ¡La escuela de Tortolita entera!

Papá Juan. De todas las edades; desde los treinta años hasta los treinta meses. Una sola nieta me va a faltar, y me tiene contrariado. No sé cómo arreglarlo para que viniera también. Pero no; eso no es posible.

Carmen. ¿Cuál es, señorito?

Papá Juan. Josefina, mi ahijada. No la dejan salir del convento… Como profesó la muy tonta hace cuatro años, no la dejan salir.

Doña Marciala. Claro que no, papá; ¡tienes unas cosas!…

Papá Juan. Mujer, por un día… ¿Cuándo va a presentársele otra ocasión por el estilo? ¿No te parece, Carmen Campos? Porque es lo que yo le digo a esta tonta: yo, naturalmente, pienso cumplir otros cien años; ¡pero entonces ya se habrá muerto toda la familia! ¡Por eso quiero reunirlos ahora! ¡Je! *Se ríe, y con él doña Marciala y Carmen.* Hasta luego. Voy a darle dos azotes a Currita, si no se ha levantado ya.

Doña Marciala. ¿Quieres que te acompañe mi marido?

Papá Juan. ¡A mí no me acompaña ningún viejo!

Vase por el jardín con nuevas risas.

Doña Marciala. Lo dejo ir solo. Como no es más que atravesar la calle…

Carmen. Se ve y no se cree, doña Marsiala.

Doña Marciala. Es verdad, Carmen; es verdad. Yo estoy deseando que pasen estos días, porque goza mucho, eso sí; pero se excita, se impresiona… Y que no hay forma de distraerle la imaginación de la idea de su tiesta. El jardín, la huerta, los pájaros, lo que a diario lo entretiene, ahora no le importa un comino. No para, no sosiega… ¡Y son cien años los que lleva encima! ¿Vuelve?

Carmen. No, señora; no es é. Es la señorita Filomena.

Doña Marciala. *Perpleja.* ¿Mi cuñada?

Carmen. La misma: con la niña mayó.

Doña Marciala. ¡Quién quiere morirse! El Señor nos tenga de su mano.

Carmen. De modo que vamos a vé: ¿cuándo le mando a usté a las mías?

Doña Marciala. Cuanto antes. Si puede ser, hoy; y si no, mañana.

Carmen. Mi Carmen y mi Andrea. ¡Lo que eyas se van a alegrá! Dios se lo pague a usté, señorita.

Doña Marciala. Anda con Dios. Vete por aquí, y desayuna en la cocina con todos.

Carmen. Muchísimas grasias, señorita.

Se va por la puerta de la izquierda.

Por el jardín llegan dona Filomena y su hija Eulalia. Visten modestamente, y traen mantones de espuma, puestos a manera de chales, y sombrillas. Doña Filomena, nuera de papá Juan, es una señora cascarrabias y quisquillosa. Eulalia es una víctima del genio de su madre, a quien oye siempre con terror.

Doña Filomena. *Deteniéndose con su hija antes de pasar a la sala, y con gesto agrio.* ¿Se va papá Juan porque yo vengo?

Doña Marciala. Ni te ha visto siquiera, mujer. Se va porque no ha venido Currita, y va a buscarla.

Doña Filomena. Ahora está Currita en el candelero.

Doña Marciala. Sí. Pero ¿no entran ustedes?

Doña Filomena. Entraremos, *ya que nos lo suplicas.* Juré hace tres meses que ni mis pobres hijas ni yo volveríamos a poner los pies en esta casa, para no ofender con nuestros harapos.

Doña Marciala. ¡Jesús!

Doña Filomena. Pero siempre he de ser yo la que transija.

Doña Marciala. ¡Siempre! Ven acá tú, Eulalia, hija mía: dame un beso. A tu madre hay que dejarla por imposible.

Eulalia. ¿Cómo sigue usted, tía?

Doña Marciala. Pasando. Tú cada vez más mona y de más buen color.

Eulalia. Me sienta muy bien esa medicina que usted me regala.

DOÑA MARCIALA. ¿No te lo dije?

DOÑA FILOMENA. ¿Está tu marido?

DOÑA MARCIALA. Está. ¿Quieres verlo?

DOÑA FILOMENA. ¡Vamos! Hoy está. Venimos con suerte. Milagro. Porque hay días en que está, y en que se dice que no está. Las cosas claras y el chocolate espeso.

DOÑA MARCIALA. ¿Necesitas hablar con él?

DOÑA FILOMENA. Y contigo.

DOÑA MARCIALA. Pues voy a llamarlo. Perdóname un instante. *Se va por la puerta de la derecha.*

DOÑA FILOMENA. A llamarlo, ¿eh? ¡La que no te conozca, que te compre!

EULALIA. Mamá, ¡por los clavos de Cristo!

DOÑA FILOMENA. Ya te he dicho que vengo de malas. Y me oyen; me oyen. Lo que es hoy, vuelco el saco.

EULALIA. Como siempre.

DOÑA FILOMENA. Como siempre o como nunca; pero vuelco el saco. Vengo de malas. Me han hecho ya muchas… ¡muchas! y vengo de malas.

EULALIA. Pero ¿tú no comprendes que se van a cansar de favorecernos? ¿Tú no ves que vivimos de lo que nos dan unos y otros?

DOÑA FILOMENA. Ésa es su obligación; hacen lo que deben. Sobre que una mesada ridícula, no los autoriza a ofendernos a todas horas. ¡Si levantara la cabeza tu pobrecito padre! ¿Te fijaste en la carita que puso tu tía cuando te vió la blusa?

EULALIA. ¿Qué había de poner ninguna cara, por Dios?

DOÑA FILOMENA. ¡Inocente! ¡Si lo del beso que te dió fué para ver si era de seda! La conozco muy bien a esa suavona. Tiene más debajo de tierra que encima. Y el otro, el Evaristo, ni a misa voy con él. ¡Es de lo más malo!

EULALIA. ¿Malo el tío Evaristo?

DOÑA FILOMENA. Vaya, hija, que para ti todos son unos santos menos tu madre. ¡Es mucha desgracia!

Salen doña Marciala y don Evaristo.

DON EVARISTO. ¡Dichosos los ojos, Filomena!

DOÑA FILOMENA. Hipocresías, no, ¿eh?

DON EVARISTO. Mira, Filomena: si vienes con tus cosas, como de ordinario, doy ahora mismo media vuelta. Sí; porque acabo de tomar la manzanilla, y no quiero que me la conviertas en veneno.

DOÑA FILOMENA. Pues con mis cosas vengo; sí, señor.

DON EVARISTO. ¿Y tú, chiquilla? ¿Cómo andas?

EULALIA. Ya me ve usted, tío. Usted está muy bien.

DON EVARISTO. Hago cuanto puedo por conservarme.

EULALIA. Y lo consigue usted a maravilla.

DON EVARISTO. Así, así. ¡Te encuentro muy elegantona y muy maja!

DOÑA FILOMENA. *Con las de Caín.* ¡Ejem!

DOÑA MARCIALA. Es verdad; que traes una blusa preciosa.

DOÑA FILOMENA. ¡Ejem!, ¡ejem!

EULALIA. ¿Le gusta a usted, tía?

DOÑA MARCIALA. Mucho; mucho me gusta. Es preciosa.

DOÑA FILOMENA. De París la hemos recibido.

DOÑA MARCIALA. No; ya sé yo que ella y sus hermanas se cosen cuanto llevan puesto. Esa pulla no viene a nada absolutamente.

DON EVARISTO. Ni esa pulla ni ninguna pulla, señor. No puedo con las pullas. Vamos a ver, en sana paz… qué te trae por aquí.

DOÑA FILOMENA. Ibas a decir qué tripa se te ha roto.

DON EVARISTO. Lo que te dé la gana iba a decir.

DOÑA MARCIALA. Pero ¿no nos sentamos?

DOÑA FILOMENA. Ya era hora de que lo preguntases, hija mía. Se conoce que has estado resistiéndote, a ver si era visita de pie. Pues te equivocas: podrá ser la última que haga a tu casa; pero es de silla.

EULALIA. ¡Ay, mamá!

DOÑA FILOMENA. *Encarándosele.* ¡Ay, mamá!, ¡ay, mamá! ¿Qué tenemos con ay, mama? ¡Jesús con la niña! Pídele a Dios que tu suegra, si alguna vez la tienes, se parezca a mí. Que no la tendrás, porque te faltará quien te dote. Como no has caído en gracia, *como otras…*

Eulalia hace un gesto de absoluta resignación, en el que coincide con doña Marciala y don Evaristo. Todos suspiran y se sientan.

DOÑA MARCIALA. Bueno; tú dirás…

DOÑA FILOMENA. Vamos por partes. En primer lugar, yo ¿soy de la familia?

DOÑA MARCIALA. ¡Claro! Te casaste con un hermano mío…

DON EVARISTO. *Suspirando.* ¡Que en paz descanse!

Don Evaristo atiende al coloquio de doña Marciala y doña Filomena, barajando en todas las formas conocidas los dedos de ambas manos. Eulalia escucha disgustada, deseando intervenir y sin conseguirlo.

DOÑA FILOMENA. Lo pregunto, porque si soy de la familia, no lo parezco.

DOÑA MARCIALA. ¿Por qué?

DOÑA FILOMENA. No lo parezco; no lo parezco.

DOÑA MARCIALA. ¿Por qué no lo pareces?

DOÑA FILOMENA. No lo parezco, porque a estas horas sabe todo el mundo en Arenales, menos yo, que se prepara en esta casa una gran fiesta de familia.

DON EVARISTO. Sí; ya vemos que tú no lo sabes.

DOÑA FILOMENA. Por donde debiera saberlo, no lo sé.

DOÑA MARCIALA. Papá Juan ha estado dos veces en tu casa, para hablarte de ello, y no te ha encontrado ninguna.

EULALIA. Eso iba yo a decir.

DOÑA FILOMENA. Tú te callas. También ha sido casualidad que papá Juan no me haya encontrado las dos veces.

DOÑA MARCIALA. ¿Y qué quieres tú que yo le haga?

DOÑA FILOMENA. ¿Y aquí no hay tintero, pluma, papel y sobre?

Doña Marciala. Te hubieras puesto buena tú si te avisamos por escrito.

Eulalia. ¡Claro!

Doña Filomena. ¡Chist! Están hablando personas mayores. *Don Evaristo le guiña a Eulalia.* Te he visto guiñar: no creas que se me ha ido por alto. Bien; paso por esta falta de atención, porque yo paso carros y carretas; pero vamos a lo segundo. ¿Qué fiesta va a ser ésa?

Doña Marciala. Mujer, ya puedes presumirlo: celebrar reunidos, todos los que de cerca o de lejos formamos la familia, el centenario de papá Juan. Sueña con ello el pobre.

Doña Filomena. ¡Ah! *¿Todos?*

Doña Marciala. Todos, sí. Suponiendo que sea posible, todos.

Doña Filomena. ¿De manera que *todos*? ¿Vamos a ser *todos*?

Doña Marciala. Ya oyes que todos.

Doña Filomena. Pues yo sentiré muchísimo descomponer el cuadro; pero, si viene Guadalupe, mis hijas y yo nos quedamos en nuestra casa. Comiendo papas y garbanzos, pero en nuestra casa.

Don Evaristo. *Levantándose un poco descompuesto.* ¡Bah, bah!… No hay modo de… Se me va a agriar la manzanilla. ¡Es un cúmulo de impertinencias!

Doña Filomena. ¿Impertinencias? Pero ¿tú no sabes que Guadalupe y yo estamos así? *Choca los dos índices por las puntas.*

Doña Marciala. ¿Y qué tiene que ver? ¿En una ocasión como ésta te vas a andar con tonterías?

Eulalia. Es verdad; es mucha verdad.

Doña Filomena. ¿Cómo voy a decir que te calles? ¿Tontería llamas tú a la última que me hizo Guadalupe?

Doña Marciala. Mira, Filomena: eres capaz de hacer saltar a un santo de palo. La última que te hizo Guadalupe no sé cuál sería; sé que la primera fué regalarte, cuando tu marido murió, la casa en que vives ahora.

Doña Filomena. ¡Refriega, hija, refriega! ¡Buena está la casa! En tapar las goteras me estoy yo gastando más de lo que ella vale. ¿A que no me

regala la que vive?

DON EVARISTO. ¡Naturalmente! ¡Eso es ya disparatar a chorro suelto, Filomena!

EULALIA. No se altere usted, tío Evaristo.

DON EVARISTO. ¡Hija de mi alma, no hay paciencia que baste!

DOÑA FILOMENA. *Levantándose de repente.* Tranquilízate. Tranquilízate tú también, Marciala.

DOÑA MARCIALA. No; si yo estoy bien tranquila…

DOÑA FILOMENA. Y yo. Se salieron ustedes con la suya. La cuestión era que yo no viniese a la fiesta. Los pobres estorbamos. Soy el garbanzo negro de la olla. Vámonos, Eulalia.

DOÑA MARCIALA. Filomena…

DOÑA FILOMENA. Vámonos, Eulalia.

DOÑA MARCIALA. Le vas a dar un disgusto a papá Juan.

DOÑA FILOMENA. No es flojo el que me llevo yo. Vámonos, Eulalia.

DOÑA MARCIALA. Déjamela aquí hoy, ya que ha venido…

EULALIA. Sí…

DOÑA MARCIALA. Almuerza con nosotros, y luego me ayuda a mí a disponer cien cosas…

EULALIA. Sí, sí…

DOÑA FILOMENA. Mi hija no friega platos mientras viva su madre.

EULALIA. ¡Mamá!

DOÑA MARCIALA. Si no te conociera de sobra, Filomena, me ofendería lo que acabo de oírte. Ni tu hija friega platos, ni yo tampoco. Pero llévatela en buen hora, que yo no quiero sino que se haga tu voluntad.

Pausa. Eulalia contiene los sollozos.

DOÑA FILOMENA. ¡Vaya! ¡Se nos va a derretir la manteca de Flandes! Quédate, hija, quédate, si ha de costarte una *llantina*. El resultado es que en cualquier parte estás más contenta que en tu casa.

DON EVARISTO. El resultado es que, como yo me temía, la manzanilla se me ha vuelto ácido sulfúrico.

Doña Filomena. Más claro no me puedes decir que estorbo. No me lo dirás otra vez. Adiós, Marciala.

Doña Marciala. Adiós, Filomena.

Doña Filomena. Adiós, Evaristo.

Don Evaristo. Adiós.

Doña Filomena. Adiós, hija. Te dejo en el palacio, donde nos humillan, y me voy a mi choza con la frente muy alta. Vivir para ver. ¡Ay, Dios mío!

Se va por donde llegó, sin decir más palabra ni mirar a nadie, tiesa como una escoba.

Doña Marciala. Pero, señor, esto ¿a qué viene?

Don Evaristo. Viene… viene a… viene a… *Sintiendo el efecto de la manzanilla envenenada.* ¡Ya sé yo a lo que viene!

Doña Marciala. ¿Qué le pasa a tu madre con nos otros, Eulalia?

Eulalia. Si no es con ustedes, tía Marciala; si es con todo el mundo. Cada día está más fuera de quicio. ¡Yo lo siento, porque es mi madre; pero tiene un genio que no hay modo de resistirla!

Don Evaristo. No hay modo, no.

Eulalia. A las niñas y a mí nos trae por la calle de la Amargura. Lo que es yo, kilo que gano con la medicina de usted, kilo que pierdo con sus cosas. Así es que cuando me veo libre de ella un momento, respiro a mis anchas. Dios me va a castigar, pero respiro. Mire usted, tía Marciala. —*Chocando, como doña Filomena, los dedos índices—:* está así con tía Guadalupe…

Doña Marciala. Pero ¿por qué está así, Dios mío?

Eulalia. ¡Por nada! ¡Porque tiene que estar así! Está así con papá Juan y con ustedes; está así con Currita; está así con todas las visitas de casa… ¡Ay, Señor, yo no puedo más! ¡Tía Marciala, le juro a usted que yo no puedo más! ¡Es un suplicio superior a mis fuerzas! ¡No puedo más! ¡Ojalá me salga pronto un novio para casarme!

Don Evaristo. A mí me amarga todos los alimentos. ¡Nunca ha de cogerme en ayunas!

Sale Manuel por el jardín. En la mano trae un papel escrito.

MANUEL. Con permiso, doña Marsiala.

DOÑA MARCIALA. ¿Qué hay, Manuel?

MANUEL. Un nombre que ha yamao ar postigo, con el empeño de que le entregue a usté este papé pa que usté lo lea.

DON EVARISTO. Aplica el cuento: consecuencias de abrir la mano en las limosnas. Hay que fijar un día, o nos van a asar.

DOÑA MARCIALA. Bueno, lee tú, que yo no tengo aquí mis gafas.

EULALIA. Traiga usted, tía. *Lee el papel, que sorprende sobremanera a ella y a los viejos.* «Nobles señores de este rico palacio…».

DON EVARISTO. Sí; cualquier monserga.

DOÑA MARCIALA. Calla.

EULALIA. «Un juglar que viene de tierras lejanas, divirtiendo los ocios de los grandes, ha sabido acaso que el cielo conservó cien años la vida del patriarca de esta hidalga familia y pide albergue por unas horas para cantar en su prez y gloria trovas que él compuso».

DON EVARISTO. ¿Eso dice? Nunca he visto una cosa más rara.

DOÑA MARCIALA. Ni yo tampoco. A mí me da miedo, Evaristo.

DON EVARISTO. ¿Qué pinta tiene el pájaro, Manuel?

Manuel suelta la carcajada, que ha contenido hasta aquí a duras penas.

DOÑA MARCIALA. ¿De qué te ríes tú?

DON EVARISTO. ¿De qué te ríes?

MANUEL. ¡De que miste quién es er pájaro!

Aparece Trino en el jardín, riéndose. Viene de viaje. Es un meto de papá Juan, que ya ha cumplido treinta años, y que goza entre los suyos jama de hombre sin atadero.

DOÑA MARCIALA. ¡Trino!

EULALIA. ¡Trine!

DON EVARISTO. ¡Si es Trino!

DOÑA MARCIALA. ¡Trino había de ser!

TRINO. *Repartiendo abrazos.* ¡Tía! ¡Tío Evaristo!

DOÑA MARCIALA. ¡Y nosotros haciendo cábalas con el mensaje!

DON EVARISTO. Pero ¡hombre!, ¿sin avisar?

TRINO. ¿Cómo que no? ¡Un juglar que viene de luengas tierras! ¡Ya lo he dicho en ese papel! ¿Y tú, Eulalia?

EULALIA. Bien. ¿Y tú, Trino?

TRINO. ¡Volando lo que puedo! ¿Era tu madre la que salía?

EULALIA. Mi madre era.

TRINO. Pues la llamé por su nombre, y apretó el paso.

EULALIA. ¿Es posible?

TRINO. Papá Juan ya me ha dicho Manuel que ha pasado ahí enfrente.

DON EVARISTO. Pero no tardará en volver. ¡Qué alegrón vas a darle!

DOÑA MARCIALA. Oye, Trino: ¿traes algún equipaje, por supuesto?

TRINO. Un baulillo traigo, sí, señora. ¡Y el laúd!

DOÑA MARCIALA. Ya lo oyes, Manuel. Recógelo todo y súbelo a la sala de los retratos. Luego dispondré yo…

MANUEL. Está bien, señorita. *Retírase.*

DON EVARISTO. ¡Vaya, vaya, con el chasco del trovador!

DOÑA MARCIALA. ¡Siempre caes como llovido del cielo!

TRINO. ¡Siempre! ¡Es mucho mejor para todos! Evito inquietudes y molestias, y se me recibe con más alegría.

DON EVARISTO. ¿Van a venir tus padres?

TRINO. ¡Pues claro que van a venir!

DOÑA MARCIALA. ¡Ajajá! ¡Qué ganas tengo de abrazar a mi hermano! ¿Está muy viejo?

TRINO. ¡No!

EULALIA. ¿Y Pepe, vendrá?

TRINO. ¡Vendrá Pepe!

EULALIA. ¿Y Rorri?

TRINO. ¡Rorri también! Mis hermanas vendrán las cuatro. Pilar, con su marido y sus tres hijos; Anita, con su marido y sus dos hijos; Bebe, con su marido y su hijo… y Rorri… con su novio. ¡La bandada completa! ¡Y el pájaro delantero soy yo!

DON EVARISTO. ¡En el nombre del Padre! No sé, no sé lo que va a ocurrir en esta casa.

TRINO. ¡Lo que yo me he acordado de usted, tío Evaristo, al pensar en esta invasión! ¡Adiós el ritmo de sus días! ¡Adiós el orden de los cepillos y de las hormas!

DON EVARISTO. ¡Ja, ja, ja! ¡Bien te burlas, tunante!

DOÑA MARCIALA. ¿Y será ésta, Trino, la temporada larga que vas a quedarte con nosotros, ya que te cogemos aquí?

TRINO. Ésta no puede ser, tía Marciala.

DOÑA MARCIALA. Espantárame yo.

EULALIA. ¿Por qué, primo Trino? Cuando pasas por Arenales, pasas siempre como un relámpago.

TRINO. Así me gusta pasar por dondequiera.

DOÑA MARCIALA. No estás tú mal relámpago.

DON EVARISTO. Mal trueno, dirás. ¡Qué tipo de sobrino éste!

TRINO. Pues en cuanto celebremos el centenario de papá Juan, me marcharé a París.

EULALIA. ¿A París nada menos?

DOÑA MARCIALA. Y ¿a qué vas a París?

TRINO. A casarme.

EULALIA. ¿A casarte? ¿Te has echado una novia francesa?

DOÑA MARCIALA. Ésa es muy gorda, y no pasa por debajo del puente.

EULALIA. Pero ¿tienes novia en París?

TRINO. No.

DON EVARISTO. Pues hombre… es lo primero…

EULALIA. Entonces, ¿cómo vas a casarte, mentiroso?

TRINO. Verás tú: en un periódico de allá, que no diré que es de la cáscara amarga, pero que de la dulce no es, he leído el anuncio de una señorita intachable, joven, bella y rica, sentimental y soñadora, que desea casarse con un caballero español de tales y de cuales prendas. Y por las prendas, no parece sino que me conoce muy de cerca, o que me ha vislumbrado en sueños una noche. Le he escrito una carta llena de ansiedad y de fuego, le he mandado dos retratos míos, uno en traje de calle y otro en traje de baño, para que sepa a qué atenerse, y en cuanto reciba su respuesta tomo el tren.

DOÑA MARCIALA. ¡El diablo que te crea una palabra!

EULALIA. Mientes como nadie.

DON EVARISTO. ¡No, no miente! ¿Qué ha de mentir? ¡Es muy capaz de hacer todo lo que ha dicho! Yo, desde que quiso declararse súbdito japonés, no hay chifladura que no crea de esta bala perdida.

DOÑA MARCIALA. Pues mira, Trino: como te dé calabazas la francesa, cosa que yo le voy a pedir a Dios en mis oraciones, desde ahora me has de prometer quedarte con nosotros un mes para buscar consuelo.

TRINO. ¡Prometido, tía! ¡Jurado, si no basta! ¡Si a mí la vida en familia me enamora!

DOÑA MARCIALA. No digo que no; pero lo disimulas cuanto puedes.

TRINO. ¡Ah!, ¿sí? Pues a ver quién ha venido a esta solemnidad primero que yo. Las cosas hay que demostrarlas a tiempo. Yo, con esta capa de ave de paso, soy un verdadero amante de la familia. La prueba es que tengo un proyecto…

DOÑA MARCIALA. En proyecto se quedará.

TRINO. ¿A que no?

DOÑA MARCIALA. ¿A que sí?

TRINO. ¿A que no? Tengo un proyecto… Voy a escribir un libro, tío Marciala, que va a ser el libro más pintoresco y más gracioso que se haya visto.

EULALIA. Sí que lo será si Lo escribes.

Don Evaristo. Yo también niego que Jo escriba. Se declara súbdito japonés, pero no escribe el libro. La cuestión es hacer cosas que exijan poco tiempo y poca constancia, y que lleven un toque de novelería.

Trino. Tendré el gusto de leerle a usted mi libro antes de mandarlo a la imprenta. *Mis antepasados.* Así lo pienso titular: *Mis antepasados.*

Don Evaristo. ¡Chúpate ésa!

Trino. No se ría usted.

Don Evaristo. Pero ¿tú qué sabes de tus antepasados?

Trino. ¡Ay, qué gracia! ¡Más que usted, con tanto librote y tanto legajo amarillento! Porque sobre el estudio que, sin contárselo a nadie, he hecho de la familia, percibo dentro de mi alma la influencia de casi todos los que han vivido antes que yo.

Doña Marciala. ¡Ave María Purísima!

Trino. ¡Como usted lo oye! No te rías tú tampoco, Eulalia. Ha habido en nuestros ascendientes héroes y mártires, y poetas, y músicos, y frailes y monjas, y granujas y aventureros. ¡Pues de todos ellos tengo yo algo! *Exaltándose.* ¡De todos! ¿No hubo un abuelo de papá Juan que se fué a la India a predicar a los salvajes la religión de Cristo?

Doña Marciala. Sí, por cierto: lo hubo.

Trino. Pues yo mil y mil veces he sentido ese anhelo de sacudir con mi palabra las almas dormidas y deslumbrarlas con la luz de un arte o de una religión. Hablo completamente en serio. Otras veces me abrasa —unan ustedes estos dos venates— el ardor bélico, el patriótico tesón de aquel alcalde de Arenales del Río que incendió su casa por no entregarla a los franceses. Otras me compro un violín, y me llevo las horas muertas, como el tío Gustavo, buscando en la música la íntima expresión de mis sentimientos, el único refugio de mi alma, que necesita confesarse a solas… Otras veces sueño en darle la vuelta al mundo, como el bis abuelo marino. Otras veces quiero, como ustedes, orden y reposo, y tranquilidad y descanso… ¡Qué sé yo cuántas cosas quiero y cuántas cosas soy! Lo malo del caso no está en estas rachas, en estas ventoleras en que vivo a merced del influjo espiritual de algunos de mis ascendientes. Nada importa ser un mes místico y otro mes

incendiario. ¡Lo terrible es que hay horas en mi vida —¿que digo horas?, ¡semanas!— en que siento dentro de mí a todos los parientes juntos!

Risas de los tres que lo oyen.

DOÑA MARCIALA. ¡Jesús!

TRINO. Y entonces, tía —créame usted bajo mi palabra—, no hallo en lo humano otra solución que pasarme quince días acostado; porque, ¡claro es!, un hombre con esa balumba de sentimientos y de pasiones dentro de sí no puede andar suelto por las calles.

Nuevas risas.

EULALIA. Escucha, Trino: y entre los antepasados, ¿no hubo ningún loco?

TRINO. Ninguno, que yo sepa.

EULALIA. No dirán lo mismo tus nietos.

DOÑA MARCIALA. ¡Anda con la primita!

TRINO. Bien; pues si parezco loco, tanto mejor. Todo es preferible a pasar por la vida sin enterarse de ella. El alma de un hombre no es una piedra de molino. Detesto a los que nacen buenos y ya son buenos a todas horas, o a los que nacen malos y ya lo son siempre, sin una oscilación, sin una contradicción en el espíritu. ¿No es mucho más simpático, señor mío, tener vergüenza por la mañana y no tenerla por la noche?

DON EVARISTO. ¿Cómo ha de ser eso más simpático?

DOÑA MARCIALA. ¿Te parece, Trino, que ya basta de disparatar? ¿Tú no vas a sacudirte el polvo del viaje?

TRINO. Yo no voy aquí más que a lo que disponga mi tía. *Abrazándola.* ¡La flor y nata de las tías cariñosas!

DOÑA MARCIALA. ¿Me vas a sacar en tu libro?

TRINO. ¿Cómo no? ¡Y no habrá para usted más que elogios! ¡Y se dirá que tiene las mejores manos conocidas para hacer pestiños y alfajores!

DOÑA MARCIALA. ¡Ya salieron los alfajores! Eulalia, ven conmigo a ver en dónde instalamos a este trovador de lejanas tierras… que se perece por los alfajores.

EULALIA. Vamos, tía; sí. Eso quiero; que me mande usted muchas cosas.

DOÑA MARCIALA. Hay tarea larga, no te apures. Aguarda aquí un instante, Trino.

TRINO. Usted manda en mí, doña Marciala.

DOÑA MARCIALA. *A Eulalia, con quien se va por la puerta de la izquierda.* Así que coloquemos a éste, subiremos al segundo piso, y la emprenderemos con la mantelería. Temblándole estoy a ese renglón.

TRINO. Tía Marciala, diga lo que quiera, goza lo indecible con estos arreglos. Está en sus glorias.

DON EVARISTO. Sí, pero ya le coge a una edad… Los años, los picaros años… ¿Cómo la encuentras tú?

TRINO. Yo la encuentro perfectamente. Mejor que a mi padre. ¡Más joven y más guapa que la última vez que la vi!

DON EVARISTO. Pues todo es fachada, hijo mío.

TRINO. ¿De veras?

DON EVARISTO. ¡Todo! La pobre ya es una ruina. El día menos pensado nos da el disgusto.

TRINO. ¡Exagera usted!

DON EVARISTO. No; desgraciadamente no exagero. Lo veo bien claro. Porque, ahí tienes; como te digo una cosa te digo dos. Yo estoy asombrado de mí mismo. No he notado en mí la menor decadencia.

Vuelve doña Marciala.

DOÑA MARCIALA. Trino.

TRINO. Tía Marciala.

DOÑA MARCIALA. Ven conmigo, que será mejor que tú elijas la jaula que más te acomode.

TRINO. ¡La que no quiera nadie, tía! ¡Que por mí no haya piques! ¡Yo duermo en una caña!

DON EVARISTO. Pues en cuanto te lavotees y te arregles, vete a mi despacho. Allí te espero. Te enseñaré cómo tengo la biblioteca. Vas a quedarte turulato.

TRINO. ¿Sí, eh?

DON EVARISTO. Sí. He encuadernado todos mis libros, de igual tamaño todos.

TRINO. Y eso ¿cómo es posible?

DON EVARISTO. Muy fácilmente. Los grandes llevan las pastas justas, y los más pequeños, pastas iguales a los grandes. Ya sé yo que en la mayoría o sobran pastas o falta libro; pero la vista resulta preciosa. Y como apenas leo ya… Los estantes han quedado lindísimos. Allí te espero. *Vase por la puerta de la derecha.*

TRINO. ¡Qué ocurrencia más peregrina!

DOÑA MARCIALA. Chocheces. ¿Qué le vas a pedir? El pobre ha dado un bajón en tres años… ¿Cómo le encuentras tú?

TRINO. Yo no lo encuentro mal.

DOÑA MARCIALA. Engaña la apariencia, Trino; pero está hecho un cascajo, una tiritaña.

TRINO. ¡Demonio!

DOÑA MARCIALA. Gracias a mis cuidados va el pobrecito trampeando. Dios ha querido mantenerme a mí fuerte para que lo cuide. ¡Ay!

TRINO. ¡Menos mal, tía!

Vuelve a salir Manuel y se encamina hacia la puerta de la derecha. Esta vez viene con dos cartas.

DOÑA MARCIALA. ¿Adónde vas, Manuel?

MANUEL. A yevarle una carta a don Evaristo.

DOÑA MARCIALA. ¿No ha habido más hoy?

MANUEL. Una pa su papá de usté. Se la dejaré aquí, que es lo que me tiene mandao.

DOÑA MARCIALA. A ver. Dámela. *Manuel se la entrega y ella la mira con disgusto.* Lo temía.

TRINO. ¿Qué?

DOÑA MARCIALA. Ahora sabrás… Bueno, Manuel; llévale al señorito la suya y sube luego, que te necesito allá arriba.

Manuel. Al istante.

Doña Marciala. ¡Ah!, escucha: si ves a mi padre, no le digas que ha tenido ninguna carta.

Manuel. Conforme. *Se va por la puerta de la derecha.*

Doña Marciala. Papá Juan es de lo que no hay. Trino. ¿Por qué, tía?

Doña Marciala. ¿Tú sabes de quién es esta carta?

Trino. ¿De quién?

Doña Marciala. De Gabriela.

Trino. ¿De Gabriela?

Doña Marciala. Imagínate: se ha empeñado en que venga también… Ya conoces el escándalo que dió en Sevilla. La dejó aquel hombre; vive con otro… tiene un hijo… En fin, Trino, que no puede ser.

Trino. ¿Y papá Juan se empeña…?

Doña Marciala. ¿Papá Juan? Si tuviéramos un pariente secuestrador, querría traerlo.

Trino. ¡Ja, ja, ja! ¡Pobre papá Juan!

Doña Marciala. Anda, vámonos para arriba.

Trino. Vámonos. La verdad es, tía, que en estas circunstancias todos debemos acatar lo que disponga él.

Éntrase por la puerta de la izquierda con doña Marciala.

Manuel pasa de la de la derecha a la de la izquierda, riéndose.

Manuel. ¡Qué grasia tiene! Se ha puesto por las nubes porque la carta es pa doña Marsiala y le dirigen er sobre a é. ¡Es un viejo pa sacarle aleluyas! *Vase.*

Poco despyés llegan por el jardín Papá Juan y Currita, cogidos del brazo. Currita es bella, vehemente, inquieta, apasionada. Tiene unos ojos tan expresivos, que parece que se le van a ir del rostro cuando mira. Si Trino escribiera otro libro sobre los descendientes de papá Juan, le consagraría su mejor capítulo a la primer bisnieta. Viste un traje sencillo y un chal de gasa.

PAPÁ JUAN. Nada, nada, Currita: como te sigas levantando a las tantonas, voy a tener que echarme otra secretaria. Se nos va la mañana en ir y venir. Y de todo esto tienen la culpa esas novelas y esas fantasías que haces en la cama cuando te acuestas.

CURRITA. Sí, señor; dice usted muy bien. Me desvelo ideando disparates, y luego por la mañana es ella; cojo el sueño y parece que caigo en un pozo. Pero desde mañana, al gallo de mi corral voy a llamarlo yo para que se despierte.

PAPÁ JUAN. Sí, sí; menos tralla y más calesa, Currita. Currita. ¿Qué quiere usted que hagamos ahora?

PAPÁ JUAN. Ahora… ahora… esperar al cartero.

CURRITA. El cartero ya ha estado aquí; va por la calle arriba.

PAPÁ JUAN. ¡Pateta! ¿Entonces tampoco vamos a tener hoy carta de Gabriela?

CURRITA. Por lo visto. La habría dejado aquí Manuel.

PAPÁ JUAN. ¡Ay, ay!… Esa niña, esa niña… ¿Será capaz de no agradecerme…?

CURRITA. ¿Iremos luego a la huerta de Antoñón, como se pensó anoche?

PAPÁ JUAN. Iremos. ¡Pobre Antoñón! Se va a quedar viendo visiones. Tú calcula, un humilde hortelano… Pero, señor, si es pariente mío, ¿por qué no ha de sentarse a mi mesa con los demás?

CURRITA. ¡Ay, papá Juan! ¡Qué bueno es usted!

PAPÁ JUAN. ¿Te parezco bueno?

CURRITA. *Acariciándolo.* ¡Más que el pan bendito!

PAPÁ JUAN. No me toca a mí decirte que no. Yo sé que soy bueno; porque si no lo fuera, Currita, no hubiera vivido cien años. ¿Entiendes esto tú?

CURRITA. ¿No lo he de entender? Y además, me lo ha explicado usted muchas veces. Los que no son buenos, viven con el colmillo retorcido, rabian, patalean, se les envenena la sangre y se mueren antes que los otros. Eso es más claro que la luz del día.

PAPÁ JUAN. Dicho se está que no basta ser bueno para llegar al siglo; pero el que llega al siglo, bueno es. La maldad es cosa muy triste, y con tristeza no se sube a esta cumbre.

CURRITA. Pues yo voy a ser más buena que nadie para vivir más que nadie en el mundo. ¿Qué hay que hacer para conseguirlo, papá Juan?

PAPÁ JUAN. Muy sencillo: vivir siempre como si hubiera Dios. Ni tú, ni yo, ni nadie, podemos estar seguros de que lo haya. Pero yo he vivido como si lo hubiera.

CURRITA. ¡Yo tengo la seguridad de que lo hay! ¡Basta con mirar a las estrellas por la noche y al sol cuando sale por la mañana!

PAPÁ JUAN. Al sol cuando sale no lo has visto tú todavía, dormilona.

CURRITA. Mañana lo veré. En cambio, las estrellas puedo contarlas. Y hay una que es mía; mía nada más.

PAPÁ JUAN. Me gusta que mires al cielo.

CURRITA. De usted lo he aprendido, papá Juan. Y también he aprendido su muletilla.

PAPÁ JUAN. ¿Cuál? ¿La de pateta?

CURRITA. Ésa es otra clase de muletilla. Me refiero a que usted, siempre que ve algo maravilloso, algo que por hermoso o por bueno sobrecoge el ánimo, dondequiera que sea y como sea, dice: «Señor, si esto no lo ha hecho Dios, parece que lo ha hecho».

PAPÁ JUAN. ¡Sí que lo digo, sí!

CURRITA. ¡Pues yo lo digo ya también mirando a mi estrella! Como digo siempre que viene a cuento, y como si fuera cosa mía, aquello de la lucecita que tanto me ha predicado usted.

PAPÁ JUAN. ¿Qué es aquello de la lucecita?

CURRITA. Lo de los cuentos de chiquillos. ¿No se acuerda? En muchos cuentos hay un caminante fatigado que camina de noche oscura, y no ve más que una lucecita muy lejos, que le sirve de esperanza y de norte. Y anda, y anda, y la lucecita no llega nunca; pero él siempre la ve, y porque la ve camina, y camina con ilusión. Y usted dice que en la vida no se puede pasar sin la lucecita de los cuentos.

PAPÁ JUAN. ¡Ay, qué discípula más aventajada estoy sacando! Ya me acordaba yo, pero quería oírlo de tu boca. Y no se puede pasar sin la lucecita de los cuentos; no se puede. Yo siempre la he tenido. Y aún me dura.

CURRITA. ¿Aún le dura a usted, papá Juan?

PAPÁ JUAN. Aún me dura, sí. Atiende. A los sesenta y siete años empecé yo a edificar esta casa que ves aquí, con la misma ilusión de un muchacho de veinticinco. Se rió todo el mundo de mí; me sacaron coplas…

El señor don Juan del Monte,
que es un viejo setentón,
se manda hacer una casa
en lugar de un panteón.

¡Je! ¿Qué te parece? ¡Pues treinta años llevo ya de vivir en ella… y el de la coplita puede que esté en el otro barrio componiéndole jácaras al diantre! *Se ríe.*

CURRITA. Y la casa, entonces, era la lucecita.

PAPÁ JUAN. ¡La lucecita! Como en estos últimos años de mi vida ha sido esa luz el llegar a estos días en que estoy, el dar esta fiesta de todos, el ver en torno mío a los que en el mundo van a seguir la vida por mí. Y no te creas que mi ilusión se acaba con ella; no se acaba. Yo quiero seguir caminando, porque allá lejos sigo viendo la lucecita. Si me oyera el poeta de marras, me sacaría otra copla.

CURRITA. ¿Con qué sueña usted ahora, papá Juan?

PAPÁ JUAN. Y me lo preguntas agrandando los ojos y poco menos que sacándome la copla tú. Pues oye: he tenido hijos, he tenido nietos, he tenido bisnietos… y ahora se me ha montado un tataranieto en las narices.

CURRITA. ¿Un tataranieto?

PAPÁ JUAN. Cabalito. No lo he tenido; pero puedo tenerlo. ¿Es verdad?

CURRITA. Cuando usted lo dice…

PAPÁ JUAN. Es que para salirme con ella, necesito de ti.

CURRITA. ¿De mí? ¿Es asunto de secretaría?

PAPÁ JUAN. Es asunto de buscarte novio con sandunga y casarte.

CURRITA. ¡Ja, ja, ja! Papá Juan… pues ya sabe usted que yo tengo siempre muchísimo gusto en complacerlo.

PAPÁ JUAN. Pues a ello, a ello. Eres la única de quien puedo esperarlo pronto. Los demás bisnietos son unas criaturas todavía. Conque sobre la marcha. ¿Qué señoritingo te peta en Arenales? Verás como le pongo yo los puntos, y lo metemos en la canasta.

CURRITA. En Arenales, verdaderamente, no hay dónde escoger…

PAPÁ JUAN. ¡Pues vámonos fuera de Arenales!

CURRITA. *Suspirando.* ¡Ay… fuera de Arenales!

PAPÁ JUAN. ¿Por qué no?

CURRITA. *Con graciosa solemnidad.* Papá Juan: yo estoy enamorada de un hombre a quien llevo aquí dentro. *Se señala la frente.* Ésa es mi lucecita.

PAPÁ JUAN. ¿Cómo?, ¿cómo? No salgamos con alguna novela. Todas las muchachas de tu edad llevan un hombre ahí mismo, y luego, cuando se les presenta uno de carne y hueso, tienen que decirle adiós al hombre fantástico.

CURRITA. No; ¡si éste que yo llevo aquí es de carne y hueso!

PAPÁ JUAN. ¡Pateta!

CURRITA. Sí, señor.

PAPÁ JUAN. A ver, ¿quién es él?

CURRITA. No vive en Arenales.

PAPÁ JUAN. Pero ¿quién es?

CURRITA. Trino.

PAPÁ JUAN. *Con asombro.* ¡Trino!

CURRITA. Trino, sí.

PAPÁ JUAN. ¿Mi nieto?

CURRITA. El mismo que viste y calza, papá Juan.

PAPÁ JUAN. Pero ¡eso no es una lucecita! ¡Eso es un incendio! ¿Y dónde has conocido tú a Trino?

CURRITA. ¡Si yo no lo conozco!

PAPÁ JUAN. ¿Eh?

CURRITA. No lo conozco, no. Las veces que ha venido a Arenales he estado siempre en el colegio. Pero he oído contar tales cosas de Trino, allí, y en mi casa, y aquí, y en todas partes, que me he enamorado de él. Ésta es la verdad, papá Juan: he de resistirme a escuchar a ningún otro hombre hasta conocerlo. ¡Es lo más simpático! Una noche, rondando las tapias del colegio con un guitarrillo, se la pasó entera canta que te cantarás coplas de amor a las colegialas. Las monjas vacilaban entre la indignación y la risa, porque las coplas tenían muchísimo salero, y nosotras, haciendo que dormíamos, mordíamos las sábanas para no soltar el trapo escandalosamente. Luego se supo que había sido Trino, y a mí me cayó tan en gracia aquello, que ya empezó Trino a alborotarme el corazón. Usted mismo me ha ponderado cien veces sus aventuras, su bondad, su talento, su gracia… sin sospechar que echaba leña al fuego… Usted mismo me ha dicho que Trino se pegó un tiro por una mujer. Ese rasgo acabó de volverme loca: un hombre capaz de pegarse un tiro por una mujer es un hombre de corazón; no es un hombre cualquiera.

PAPÁ JUAN. Y tiene además una ventaja para ti.

CURRITA. ¿Cuál, papá Juan?

PAPÁ JUAN. Que tú sabes que es capaz de pegarse el tiro… y que ya es muy difícil que se pegue otro. Esas cosas no se hacen dos veces.

CURRITA. No lo eche usted a broma. ¡Mala mujer tenía que ser aquélla! ¡Vamos, que no querer a Trino!…

PAPÁ JUAN. Pero ¡si tú no lo conoces, criatura!

CURRITA. Sí lo conozco. Nunca lo he visto, pero lo conozco. ¡Ojalá me conociera él a mí lo mismo! Cuando el otro día, papá Juan, le escribimos para que viniera, ¡puse un calor en aquella carta!

PAPÁ JUAN. ¡Ah, picara! Te serví yo de… Adelante.

CURRITA. Y cuando él contestó que vendría, y leyó tía Marciala su carta, que rebosaba luz por todos los renglones, yo me estremecí de pies a cabeza y me llevé temblando mucho tiempo. Si hubiera sido una paloma, me hubiera delatado el plumaje… Como soy mujer, nadie conoció lo que por mí pasaba.

PAPÁ JUAN. ¡Ay, Currita! ¡Currita de mi corazón! ¡Qué plato de natillas me estás dando! ¡Hablarme a mí de Trino! ¡De Trino, que me ha cogido el pan debajo del brazo desde que era así, y ha hecho siempre de mí lo que le ha dado la real gana!

CURRITA. ¿Y usted de él?

PAPÁ JUAN. A él no hay quien lo gobierne.

CURRITA. Allá veremos, papá Juan.

PAPÁ JUAN. ¡Je! ¡Trino! ¡Trino! ¡El demonio de Trino! Currita. ¿Quiere usted que vaya por un retrato suyo que hay en la sala baja?

PAPÁ JUAN. Vé, vé por el retrato… Si a ti te lo piden los ojos…

CURRITA. ¡Ahora mismo voy a traerlo!

PAPÁ JUAN. ¡Ay, Currita, Currita!

CURRITA. ¿Qué?

PAPÁ JUAN. Nada, nada: que hacia mi lucecita camino.

CURRITA. Y yo hacia la mía, papá Juan. Voy por el retrato. *Éntrase corriendo por la puerta de la derecha.*

PAPÁ JUAN. Currita… Trino… Lo que menos pasaba por mi imaginación… Mire usted la chiquilla… Un poco atropellado es Trino; pero…

Sale Trino por la puerta de la izquierda, en dirección a la de la derecha, y principia a dar voces de júbilo al ver a papá Juan.

TRINO. ¡Papá Juan! ¡Papá Juan!

PAPÁ JUAN. *Absorto, espantado.* ¡Trino! Pero, Trino, ¿tú aquí?

TRINO. *Abrazándolo cariñosamente.* ¡Yo, papá Juan; yo! ¡El primero de todos!

PAPÁ JUAN. Te digo que… Me ha sorprendido de tal manera… que… Pero ¿de veras eres tú, Barrabás?

TRINO. ¡Yo soy! ¿No me está usted mirando?

PAPÁ JUAN. Sí, sí; ya te miro… Pero es que hay cosas… es que hay cosas… Ésta no me sale a mí del cuerpo en un rato. ¿Has visto a los niños?

TRINO. No.

PAPÁ JUAN. ¿No has visto a los niños? Pero ¡hombre! *Llamando.* ¡Evaristo! ¡Marciala!

TRINO. ¡Ah! Pero ¿ésos son los niños?

PAPÁ JUAN. Mis hijos; claro es.

TRINO. ¡Pues sí los he visto! ¡Si he estado con ellos! ¡Sí llevo aquí un gran rato!

PAPÁ JUAN. ¿Un gran rato, dices? Pues hombre, yo… yo… Hace un momento, yo… Te aseguro que yo…

Vuelve en esto Currita, fijos los ojos en el retrato de Trino, que trae en la mano, y llega sin levantar la vista de él casi al lado del propio Trino. Ve a éste de pronto, y da un grito terrible, mezcla de sorpresa y de miedo. Maquinalmente oculta el retrato a su espalda.

CURRITA. ¡Ah!

TRINO. ¿Qué es eso? ¡Qué susto se ha llevado!

PAPÁ JUAN. Tú verás… Verás tú… Es que… es que…

TRINO. ¿Te doy miedo, Currita? Porque tú eres Currita. Currita. *Temblando.* Y tú eres Trino.

TRINO. Trino soy. ¿Cómo estás, Currita?

CURRITA. Trino, bien; ¿y tú?

Se estrechan la mano y se miran: él sonriente, y ella, como encantada, ocultando siempre el retrato.

PAPÁ JUAN. *Contemplándolos.* Pues, señor, si esto no lo ha hecho Dios, parece que lo ha hecho.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es por la tarde.

Doña Marciala está sentada tranquila y santamente. Dentro se oye a Eulalia, que se acerca a la sala cantando la famosa jota de «La Bruja».

EULALIA.

Como los pájaros cantan…
como los pájaros cantan…

DOÑA MARCIALA. ¡Cualquiera le da una pena a esa chiquilla!

EULALIA.

… la pena de sus amores,
así canto yo la jota
para aliviar mis dolores…
Como los pájaros cantan…

Sale por la puerta de la izquierda.

¡Ah! que estaba usted aquí.

DOÑA MARCIALA. Oyéndote.

EULALIA. Sí que hay que oírme. Tengo un oído enfrente del otro. Tome usted la llave del chinero. He sacado la vajilla fuerte: la de las listitas azules.

DOÑA MARCIALA. ¡Ajajá!

EULALIA. Y entre Frasquita y yo la hemos colocado en las tablas de la despensa.

DOÑA MARCIALA. ¡Ajajá! Sí, hija, sí; empieza a venir gente menuda, y a los chiquillos no les pongo yo platos finos. Siéntate un ratito conmigo, mujer.

EULALIA. Iba a ir al corral, a ver si ha puesto la Tordilla.

DOÑA MARCIALA. Bueno; ahora irás. Siéntate un ratito. ¿Guardaste la ropa de cama que te dije?

EULALIA. Sí, señora. Y ¡vaya un olor a membrillo que salía del ropero!

DOÑA MARCIALA. Y a ropa blanca y limpia. ¡Qué bendición de Dios!

EULALIA. En la tabla de abajo puse los dos juegos.

DOÑA MARCIALA. ¡Buen avío me estás dando, chiquilla! Dios te lo pagará.

EULALIA. ¿Quiere usted callarse? ¡Si estoy yo más contenta que un sonajero! Por supuesto, algún fenómeno va a ocurrir: o aparece una estrella de rabo, o va a haber un eclipse, o cosa así por el estilo. Esto de que mi madre me haya dejado aquí toda esta semana, con lo que ella es y con su genio…

DOÑA MARCIALA. Ahí tienes ya el fenómeno. ¿Para qué más?

EULALIA. ¡Mire usted que ocho días yendo yo a mi casa como de visita, y viviendo aquí, en vez de vivir en mi casa y venir aquí de visita! *Saltando de júbilo.* ¡Ay, tía Marciala! ¡Déjeme usted que le dé un beso!

Sale Rosa, una de las hijas de Carmen Campos, por la puerta de la derecha. Viene en traje de faena y con el delantal recogido.

ROSA. Zeñorita.

DOÑA MARCIALA. ¿Qué quieres?

ROSA. Ya están barríos y dezhoyinaos los zalones de arriba arriba. ¿Qué hago ahora?

DOÑA MARCIALA. ¿No les has pasado siquiera una aljofifa?

ROSA. No, zeñora.

DOÑA MARCIALA. Pues pásasela.

ROSA. Está mu bien. Otra coza: ¿en er zaquizamí va a dormí arguien?

DOÑA MARCIALA. Supongo que no será preciso.

ROSA. Por zi acazo le daré una manita.

DOÑA MARCIALA. No estará de más.

ROSA. Pá arriba me voy. *Vase por donde vino.*

EULALIA. Diga usted, tía: ¿tío Rafael va a quedarse toda la tarde en Montemayor?

DOÑA MARCIALA. No sé; allá ellos. Yo, a todo el que viene a esta casa, es lo primero que le exijo: que vaya a cumplir con la Virgen. Después, libertad individual, como dice mi padre; pero primero, la visita a Montemayor.

EULALIA. ¡Lo preocupado que iba el tío Evaristo! Verdad que es mucha caravana: ¡doce chiquillos nada menos!

DOÑA MARCIALA. Y todos de la piel de Satanás.

EULALIA. ¡Qué gordo está tío Rafael!

DOÑA MARCIALA. ¡Ah! No es conocido. Está hecho un fardo. Y era una arrogante figura. Pero se ha abandonado completamente. ¡Claro! ¡Cuando dos duermen en un colchón!… ¡Y es que la mujer…!

EULALIA. Pues es muy simpática la pobre.

DOÑA MARCIALA. Sí; pero más puerca que la araña.

EULALIA. ¿No preguntaba usted antes por Currita? Ahí viene.

DOÑA MARCIALA. ¿Currita?

EULALIA. Currita, sí.

Por el jardín llega Currita, en efecto.

CURRITA. Buenas tardes, tía. *La besa.*

DOÑA MARCIALA. Dios te guarde.

CURRITA. Buenas tardes, Eulalia. *La besa también.*

EULALIA. Ven con Dios.

CURRITA. Ahora mismo entraba tu madre en mi casa: según me dijo, a poner a mi padre como un guiñapo.

EULALIA. *Nerviosa.* ¡Ay, ay, ay!… Se salió con la suya. Ya me lo anunció anoche.

CURRITA. ¿Y papá Juan?

DOÑA MARCIALA. ¿Papá Juan? Con Trino debe de andar de paseo.

CURRITA. ¡Dichoso Trino! Desde que ha llegado no me hace caso ninguno papá Juan. ¡Tengo ganas de que se vaya Trino!

EULALIA. Pues yo, no.

CURRITA. Ni yo tampoco. Esto es gana de hablar. Pero es que vengo esta mañana a ver a papá Juan, y papá Juan ha salido con Trino; y vengo esta tarde, y Trino y papá Juan por ahí. Y necesito verlo; porque tengo que contestar una carta urgente. ¿Dónde estarán ahora?

DOÑA MARCIALA. Hija, no lo sé.

CURRITA. ¿Podría Manuel acompañarme?

DOÑA MARCIALA. Pero ¿adónde, si no sé dónde están? ¡Contesta la carta a tu gusto! ¡Para algo tienes la confianza de la corona!

CURRITA. Eso voy a hacer; y si luego no le agrada a papá Juan, que la pague con Trino. Al despacho me voy.

DOÑA MARCIALA. No enredes mucho allí.

CURRITA. No enredo, no. Vente conmigo, Eulalia. ¿Dejo aquí el mantón? No. Sí. No. Sí; aquí lo dejo.

DOÑA MARCIALA. Si sabrás tú…

CURRITA. Anda, vente conmigo, que te quiero contar una cosa.

EULALIA. ¿Tuya?

CURRITA. No; tuya.

EULALIA. ¿Mía?

CURRITA. Tuya, sí. Bueno, también es mía. Vaya, de las dos. Vámonos.

EULALIA. Vámonos.

Éntrase por la puerta de la derecha.

DOÑA MARCIALA. Es un rabo de lagartija esta Currita. Y la otra inocente no se cambia estos días por un pájaro suelto. *Se levanta como para marcharse.* ¡Ay, Señor!

Viene don Evaristo por el jardín, sudando, y de un humor de perros.

DON EVARISTO. ¡Cuando a mí me cojan en otra!

DOÑA MARCIALA. ¡Hola! ¿De recogida ya?

DON EVARISTO. Sí; pero yo solo.

DOÑA MARCIALA. ¿Tú solo? Pues ¿y Rafael? ¿Y los chiquillos?

DON EVARISTO. ¡Allá los he dejado! ¡Que mareen a sus padres, que tienen la obligación de sufrirlos! ¡A mí, no!

DOÑA MARCIALA. Pero, Evaristo, ¡por los doce apóstoles!

DON EVARISTO. Pero, Marciala, ¡por las once mil vírgenes!

DOÑA MARCIALA. ¡Qué cosas haces con los años!

DON EVARISTO. ¡Con los años ni con los años!…

DOÑA MARCIALA. Siéntate, hombre, siéntate, que vienes cansadísimo.

DON EVARISTO. No me siento, porque se me va a enfriar el sudor.

DOÑA MARCIALA. Pues quédate de pie.

DON EVARISTO. ¡Tú no tienes idea de unos niños más traviesos ni más insolentes! ¡Qué caminito hemos llevado hasta llegar allí! Iban en el coche, y chillaban por ir a pie; echaban pie a tierra, y, a los dos minutos, vuelta a querer subirse al coche. ¡Una delicia! Y al llegar a Montemayor, Rafael es el primero que se pone a robar naranjas; y la mujer se tumba a la bartola en el verde, y me enseña las piernas, que yo no tenía ninguna necesidad de habérselas visto; y nadie se acuerda de la Virgen; y un niño, que es de oro por cierto, lee en la huerta un letrero que dice: «Se prohíbe la entrada», y allí se cuela con dos o tres, y principia a enredar; y se lo cuento al padre, y me contesta que a sus hijos se les antoja todito lo que se prohíbe. En fin, Marciala, que no pude más, y que Les dije con la risita del conejo: «Vaya, aquí se quedan ustedes como en su casa, disfrutando de todo. Yo tengo que hacer en Arenales». Y volví la espalda y eché a andar. Y en el coche de la fruta de Gasparón, que para acá venía, me metí como pude. El buen hombre me ha dejado en la misma puerta. No vuelvas a comprometerme, Marciala, a acompañar a nadie.

DOÑA MARCIALA. ¡Si lo hice porque tomaras un poco el aire del campo! Siéntate ya.

DON EVARISTO. ¡Dios mío, qué familia! ¡Qué desorden! ¡Qué mala educación! Ahora no me acuerdo de un golpe de todo lo que han hecho; pero

ya irán saliendo hazañas. ¡Ah! Uno chiquitín, emperrado en chupar una hierba que me consta que es venenosa. ¡Y el padre se reía!

Doña Marciala. ¿Te convences de que no estás para trajines, Evaristo?

Don Evaristo. Allí hubiera querido verte yo, Marciala. ¡Te da una apoplejía! *Suspirando.* ¡Qué humanidad ésta! ¡Cómo abusan algunas personas! *Mostrándole a doña Marciala su petaca vacía.* Mira; mira cómo me ha dejado Rafael la petaca. Con uno enciende otro.

Doña Marciala. Me alegro; así fumarás menos, que te hace mucho daño.

Don Evaristo. Más daño te hacen a ti los dulces, y bien que te los comes a hurtadillas.

Doña Marciala. ¡Bah, bah!

Don Evaristo. ¿Ha habido novedad aquí?

Doña Marciala. Ninguna.

Don Evaristo. ¿Y papá Juan?

Doña Marciala. En la calle.

Don Evaristo. ¿Con Currita?

Doña Marciala. Con Trino.

Don Evaristo. ¿No es demasiado ir y venir éste de papá Juan?

Doña Marciala. Sin duda. Ya viste el mareíllo que le dió esta mañana. Pero es inútil aconsejarle. No hace más que su gusto.

Don Evaristo. Dios lo bendiga. ¿Y Eulalia?

Doña Marciala. Loca de contenta. En tu despacho está.

Don Evaristo. ¿En mi despacho? Y ¿a qué ha ido a mi despacho?

Doña Marciala. Allá se la llevó Currita.

Don Evaristo. Pero ¿anda Currita en mi despacho? ¡Válgame Dios! ¡Acabaré por cerrarlo con siete llaves! ¡A saber cómo me estará poniendo todo aquello! Con lo revoltosa que es…

Vase por la puerta de la derecha.

Doña Marciala. Lleno de manías. ¡Ay, Señor! Vamos por los moldes para la carne de membrillo.

Se va por la puerta de la izquierda.

Aparecen allá en el fondo papá Juan y Trino, que vienen lentamente hacia la sala, charlando y riéndose.

Papá Juan. *Una vez en la sala.* ¡Je! Siempre serán tus cosas, Trino.

Trino. ¿No está usted cansado, papá Juan?

Papá Juan. Yo, no.

Trino. Yo, sí. *Se sienta.*

Papá Juan. Y yo también. *Se sienta igualmente.* Esto ha sido una fanfarronada. ¡Je! ¿Le has dicho a Manuel que enganche el cochecillo para ir luego a esperar al curita?

Trino. Sí, señor; ya está en ello Manuel.

Papá Juan. ¿Te ha gustado nuestro paseo?

Trino. Mucho, papá Juan.

Papá Juan. Es uno de mis predilectos en Arenales. Son deliciosas las márgenes de este río.

Trino. Sí que lo son. Están llenas de misterio y de encanto. Aun a los espíritus alborotados como el mío, nos llevan a la paz, el sosiego… Yo he estado alguna vez tendido a la sombra de aquellos álamos, y el rumor de las aguas al pasar me ha sonado como la voz de una mujer casta y serena.

Papá Juan. ¡Hola! Está en casa doña Francisca Saavedra del Monte, Guevara y Pérez, Cañas, Garzón, Cedillo y Lozano.

Trino. ¿Quién es esa señora, papá Juan?

Papá Juan. ¡Currita!

Trino. ¡Ah, Currita! No la había conocido. Y ¿de dónde saca usted que está en casa?

Papá Juan. De donde has debido sacarlo tú; que no sé para qué te sirven los ojos. Mira allí su mantón.

TRINO. ¡Es verdad! *Se levanta a cogerlo y a mirarlo.* ¡El mantón de Currita! Éste es nuevo. Nunca se lo he visto. ¡Qué cosa más bella es el mantón! Tiene esta prenda para mí el doble encanto de ser a un tiempo señoril y popular.

PAPÁ JUAN. Y de ser de Currita.

TRINO. ¿Qué?

PAPÁ JUAN. Lo he dicho aparte, como en las comedias. No lo has debido oír.

TRINO. Pues lo he oído. *Deja el mantón y pasea preocupado.*

Pausa. Vuelve Currita por la puerta de la derecha un tanto sofocada.

TRINO. ¡Currita!

PAPÁ JUAN. ¡Hola, Currita!

CURRITA. ¿Parecieron ustedes ya?

TRINO. Ya parecimos. ¿Y a ti qué te ocurre?

CURRITA. Que me ha sacado los colores el tío Evaristo. ¡Ay, qué humor tiene y cómo me ha puesto!

PAPÁ JUAN. ¿A santo de qué?

CURRITA. De que me metí en su despacho a escribir una carta —luego hablaremos de ella usted y yo— y acabé por pintar una alegoría del amor en todas las épocas: desde Adán… hasta Trino.

TRINO. ¿Hasta mí?

CURRITA. Hasta ti.

PAPÁ JUAN. ¡Ay, qué gracia! ¿Y hasta Trino por qué?

CURRITA. Porque Trino dice usted que es el hombre de nuestra época. Usted sabrá con qué fundamento lo dice. Yo ni entro ni salgo. Pues llegó el tío Evaristo, me vió con todos los lápices de colores pinta que te pinta… ¡y como si hubiera visto al demonio!

PAPÁ JUAN. Oye, y ¿dónde está la alegoría?

CURRITA. ¡La ha roto de coraje!

TRINO. ¡Qué lástima!

CURRITA. Y era una maravilla de arte.

TRINO. No lo dudo un momento.

PAPÁ JUAN. Ni yo. Tales manos la hilaron.

CURRITA. Mire usted: primero puse a Adán solo completamente, como buscando distracción en el Paraíso; y en un piquito puse a Dios pidiéndole una costilla para hacerle su compañera. Y Adán estaba así en el piquito: con los brazos abiertos. Parecía decirle: «¡Siendo para eso, Señor, dispón de todas mis costillas!».

Ríen papá Juan y Trino.

PAPÁ JUAN. ¡La de paparruchas que ensartas!

TRINO. Pero ¡eso no es asunto para un piquito de un pliego de papel, sino para un cuadro al óleo de grandes proporciones! Escucha, Currita, que esto me interesa directamente: y ¿cómo me pintaste a mí?

CURRITA. No llegué a dibujarte siquiera.

TRINO. Antes has dicho lo contrario.

CURRITA. No, no; he dicho que eras el final de la alegoría.

PAPÁ JUAN. Bueno; pero ¿cómo pensabas ponerlo?

CURRITA. Se va a enfadar si se lo digo.

TRINO. ¿Enfadarme contigo yo? ¡Imposible!

CURRITA. ¿No te enfadas de veras?

TRINO. Si me lo preguntas en serio, sí me voy a enfadar.

CURRITA. Pues pensaba ponerte muy blanco, con los ojos muy negros, mirando un retrato de mujer… y pegándote un tiro. ¿No te has enfadado?

TRINO. ¡Quita allá!

PAPÁ JUAN. Pues lo que es gracia no te ha hecho.

CURRITA. ¿Ves tú? Perdona.

TRINO. Te digo que no, simple. Únicamente me ha sorprendido que tú recuerdes…

CURRITA. Pues sí lo recuerdo, sí… Pero descuida que no volveré a hablarte nunca…

PAPÁ JUAN. Eso es lo que yo te aconsejo. Porque a nadie le sienta bien que se le recuerden las tonterías que hace.

TRINO. A mí no me importa. Y menos si quien me refresca la memoria es Currita. Le aseguro a usted que no me duele recordar aquello; al contrario: me agrada, me complace. A medida que el tiempo corre, veo claramente lo estúpido y lo necio que fui. ¡Mire usted que querer que acabara mi vida a los veinte años porque era coqueta una mujer!…

CURRITA. ¿Era coqueta? *Se compone con disimulo el peinado.*

TRINO. ¡Pensar que la vida de un hombre está en una hora, en un día o en un año de ella!

PAPÁ JUAN. ¡Qué ha de estar, Trino, qué ha de estar! Así me gusta oírte. Me das una gran alegría sintiendo así. La vida sigue… La vida no es el invierno sólo; la primavera vuelve… Te lo dice quien, como yo, ha visto brotar las flores de cien primaveras, y ha oído cantar las golondrinas de cien veranos.

TRINO. ¿Verdad, papá Juan?

PAPÁ JUAN. Y tal vez las oí cantar y vi brotar las flores, porque así pensé siempre. Jamás he dicho yo en mi vida: «Y ya ¿para qué?». Nunca es tarde, Trino. La vida sigue; la primavera vuelve… El hombre se muere una vez nada más, pero nace todas las mañanas al abrir los ojos.

TRINO. Es verdad; eso sí que es cierto.

PAPÁ JUAN. ¡Matarte tú por una mujer… cuando hay por ahí cada pimpollo!…

Mira a Currita, que no sabe dónde meterse.

TRINO. ¡Calle usted, por Dios!

También mira a Currita, cuya turbación sube de punto.

PAPÁ JUAN. Y te advierto que esta chilindrinera…

CURRITA. *Aterrada.* ¿Qué va usted a decir?

PAPÁ JUAN. Lo que me da la gana, Currita; ¿no soy mayor de edad? Pues esta artista de las alegorías amorosas, Trino, es una gran admiradora de aquel lance tuyo.

TRINO. ¿Sí?

PAPÁ JUAN. Sí.

TRINO. A ver, a ver. Explícame esa admiración, Currita.

CURRITA. ¡Vaya, que se han propuesto ustedes abochornarme!

TRINO. ¡Explícamela por lo que más quieras!

CURRITA. No es preciso que te pongas así. Te lo diré con toda franqueza, sin más súplicas tuyas. ¡Me gusta mucho lo que hiciste! ¡Me gusta mucho, sí, señor! ¡Es un rasgo ése que me habla a mí de tantas cosas que no son la vulgaridad de todos los días! Tú no sabes, Trino, lo que es tener mis años y mis ilusiones, y vivir en un pueblo como éste, en donde la ilusión mayor, cuando dan las tres en el reloj de la iglesia, consiste en esperar a que den las cuatro, y cuando dan las cuatro… en esperar a que den las cinco. ¡Ay! ¡Dichosa campana de la torre! ¡Ni por casualidad toca nunca a fuego! Y yo siempre suspirando, Trino, por algo que no sea lo de siempre… Ahí tienes Ja razón de que aquello que hiciste tú… y de que ahora reniegas, me inspire tan grande simpatía. Aparte, es claro, el celebrar, yo primero que nadie, que no te matase la bala.

Callan los tres. Papá Juan pasea burlonamente sus miradas de Trino a Currita y de Currita a Trino. A romper el embarazoso silencio llega Eulalia por la puerta de la derecha. Trae al brazo alguna ropa blanca de mesa, planchada y doblada.

EULALIA. Currita.

CURRITA. ¿Qué quieres?

EULALIA. Tía Marciala te llama.

CURRITA. ¿Para qué?

EULALIA. Para preguntarte una cosa.

CURRITA. ¿Qué cosa, tú no sabes?

EULALIA. No me lo ha dicho. ¿No vas?

CURRITA. Sí, mujer, ahora mismo voy. ¿De veras no sabes?…

EULALIA. De veras, no. *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

CURRITA. *Resistiéndose a irse.* ¿Qué querrá tía Marciala?

PAPÁ JUAN. Mujer, vé allá, se lo preguntas, te contesta… y sales de dudas inmediatamente.

CURRITA. Tiene usted razón. Allá voy.

Vase por la puerta de la derecha, como si cada piececito le pesara una arroba.

Pausa.

TRINO. Papá Juan.

PAPÁ JUAN. ¿Qué se ofrece?

TRINO. Estoy deseando que pase su fiesta de usted.

PAPÁ JUAN. Yo que pase, no; que llegue. Cinco días faltan nada más, y hay ratos —muy pocos, eso sí— en que me estremece la idea de que no alumbre para mí ese día.

TRINO. ¡Oh!

PAPÁ JUAN. La muerte, que también es mujer, tiene caprichos locos… Pero ¡se me figura, Trino, que se la voy a jugar de puño! ¡Je! Y tú, ¿por qué quieres que pase mi fiesta?

TRINO. Para irme de aquí.

PAPÁ JUAN. ¿Tan mal te va? ¿Extrañas la cama?

TRINO. Papá Juan, chirigotas aparte, oiga usted una revelación: estoy enamorado de Currita.

PAPÁ JUAN. ¿Qué me cuentas, hombre?

TRINO. Pero ¡fatalmente enamorado! ¡Románticamente! ¡Desesperadamente!

PAPÁ JUAN. ¡Bueno va! Lo que no entiendo es que por eso quieras irte. ¡Si te hubieras enamorado de… de la tía Filomena, que es viuda, bien estaba la desesperación y todo lo demás que añades; pero de Currita!…

TRINO. La desesperación consiste, papá Juan, en que me he enamorado… y en que no quiero enamorarme. ¡No quiero, no! Y mucho menos de Currita; una mujer tan linda, tan llena de luz, tan graciosa, tan soñadora…

PAPÁ JUAN. ¡Ah! ¿Prefieres a la tía Filomena?

TRINO. ¡Entiéndame usted, papá Juan!

PAPÁ JUAN. ¡Es muy difícil, Trino!

Trino. ¿Con qué derecho, con qué conciencia llamo yo al palacio encantado de esa niña? Han sido hasta aquí todos mis amores tan trágicos… ¿A qué mujer le dije «te quiero», que no fuese para llorarlo más tarde?

Papá Juan. ¿De qué amores me hablas? Pero ¿tú te has enamorado alguna vez?

Trino. ¡Mil veces!

Papá Juan. Decir mil veces es decir que ninguna. Trino, no confundas tú también el amor con lo que de amor no tiene más que el nombre y la apariencia. Hablen lo que hablen los poetas y los enamorados de todos los colores, para mí no hay más amor que el que quiere seguir la vida. Cuando un hombre y una mujer lo sienten, y se miran con mirada de amor, si escuchas, oirás… no sé dónde… muy lejos… allá en el espacio… tal vez más en la ilusión que en la realidad verdadera, una voz que dice o que canta: «¡Quiero vivir!… ¡Llévenme a la vida!…». ¿Tú la has oído alguna vez?

Trino. Nunca, papá Juan. Ni a escucharla me puse.

Papá Juan. ¿Estás viendo?

Trino. ¿Es decir que, según usted, el amor ha de ser fecundo o no es amor?

Papá Juan. Como el beso del sol a la tierra. Lo demás, lo que has hecho tú tantos años, lo que hice yo a los tuyos, lo que hacen casi todos los hombres… es… jugar al amor.

Trino. *Sonriendo.* ¿Jugar al amor?

Viene Manuel por el jardín.

Manuel. Don Juan, ¿hay permiso?

Papá Juan. Adelante, Manuel.

Manuel. Ahí está Antoñón, er de la güerta der Chorrito, que dise que quié hablá con usté.

Papá Juan. ¡Ah, Antoñón! ¡El bueno de Antoñón!

Trino. ¿Qué Antoñón es ése?

PAPÁ JUAN. Pues ese Antoñón es un grande hombre; pariente nuestro y hortelano. Ya te llevaré a ver su huerta.

TRINO. ¿Pariente nuestro dice usted que es?

PAPÁ JUAN. Pariente nuestro, sí: hijo de Gumersindo Álvarez del Monte, un primo hermano de mi padre. Dueño que fué de una posada que había en la calle del Cristo, y que ya no existe. Bueno, no existe ya ni la posada, ni el amo, ni la calle, ni el Cristo. ¡Je!

MANUEL. Señorito, ¿qué le contesto yo a ese hombre?

PAPÁ JUAN. ¡Ay! Es verdad… Me había distraído. Hazlo pasar aquí.

MANUEL. Está mu bien. *Retírase jardín adentro.*

TRINO. Lo dejo a usted con Antoñón y me voy un ratillo al patio. Hasta luego.

PAPÁ JUAN. Hasta luego, Trino.

Encaminase éste hacia la puerta de la izquierda, por donde se va. Simultáneamente sale por la de la derecha Currita, que le ve irse con desconsuelo.

CURRITA. ¡Vaya!

PAPÁ JUAN. ¡Buena va la danza! Antoñón… Antoñón…

CURRITA. ¡Papá Juan!

PAPÁ JUAN. ¡Ah, Currita! ¿Para qué te llamó la tía Marciala?

CURRITA. Para algo un poco grave; para ver si me sonsacaba lo que yo no le quiero decir. Pero soy yo más lista que la tía.

PAPÁ JUAN. ¿Hola? ¿Qué es ello, secretaria?

CURRITA. Me ha escrito Gabriela.

PAPÁ JUAN. ¿A ti?

CURRITA. A mí, sí, señor. A contestarle fuí al despacho del tío Evaristo. La muchacha extraña que usted insista tanto en que venga, cuando ella le ha puesto ya dos cartas conforme en venir.

PAPÁ JUAN. ¿Que me ha puesto dos cartas?

CURRITA. Así dice. Y eso no es más sino que las cartas han llegado aquí, y aquí ha habido juego de manos.

PAPÁ JUAN. ¿Sí, eh? Pues son unos juegos que no me gustan. ¡Yo hablaré con los niños! No me gustan, no; no me gustan…

En este momento vuelve Manuel con Antoñón, a quien ya conocemos por autorizadas referencias. Viene de limpio, correspondiendo así a la solemnidad de la visita.

ANTOÑÓN. A la paz e Dios. Zantas y güenas tardes.

PAPÁ JUAN. Pasa, pasa, querido Antoñón. ¿Cómo estás?

ANTOÑÓN. Bien; ¿y usté, don Juan?

PAPÁ JUAN. Ya me ves.

ANTOÑÓN. ¿Y usté, zeñorita?

CURRITA. Tan buena, Antoñón. ¿Y su mujer de usted? ¿Y sus hijas?

ANTOÑÓN. Zacando la cara por la casta.

CURRITA. ¿Y los chiquillos?

ANTOÑÓN. Estrozando zuelas.

CURRITA. Deles usted muchos recuerdos míos.

ANTOÑÓN. Zerán daos.

CURRITA. Quede usted con Dios.

ANTOÑÓN. Que usté ze mantenga güena.

MANUEL. *A Currita, que va a marcharse por la misma puerta que Trino.* Señorita Currita.

CURRITA. ¿Qué quieres tú?

MANUEL. Yo, na. La mosa de su casa de usté, que ha venío de parte de su mamá de usté pa que se vaya usté ayá corriendo.

CURRITA. ¿A mi casa ahora?

MANUEL. Sí, señorita.

PAPÁ JUAN. ¿Ha ocurrido algo?

CURRITA. ¿Te ha dicho si ha ocurrido algo?

MANUEL. De malo, no creo, porque la mosa viene riyéndose. Pero dise que se vaya usté sin perdé un minuto.

CURRITA. Pues, señor, ¡bien! ¿Qué será? ¡Hay días con sombra! *Acomodándose el mantón.* Le aseguro a usted que hay días con sombra; ¡pero con mucha sombra! ¡Hay días que parecen noches! Hasta dentro de un rato, papá Juan. Buenas tardes.

Se va por el jardín. Manuel la sigue.

ANTOÑÓN. Güenas tardes. ¿Tiene argún ánge la hija de don Joaquín?

PAPÁ JUAN. Tiene, tiene ángel.

ANTOÑÓN. Zin deja de zé eya mu zeñorita, le paza lo que a los rábanos e mi güerta: que zon finos como la zea, ¿no es verdá?, pero que pican un poquito.

PAPÁ JUAN. ¡Je! Siéntate, Antoñón, siéntate.

ANTOÑÓN. *Obedeciéndolo.* Con licencia.

PAPÁ JUAN. Y deja el sombrero.

ANTOÑÓN. No me estorba.

PAPÁ JUAN. Dame. *Se lo quita y lo pone sobre una silla.*

ANTOÑÓN. *Después de observar a papá Juan.* Pero ¿es de veras, don Juan der Monte, que tiene usté loz años que dice, o noz está engañando a tos en er pueblo?

PAPÁ JUAN. Pregúntaselo al cura que me bautizó.

ANTOÑÓN. ¡Ande estará ya er cura!

PAPÁ JUAN. Por allá nos espere muchos años. El buen señor se portó bien conmigo, ésta es la verdad. Don Manuel Martínez y Argote se llamaba. Emparentado, decía él, con el poeta don Luis de Góngora y Argote. Aquí le pusieron el «Padre Ratonera», porque inventó una máquina infernal contra los enemigos del queso. ¡Je!

ANTOÑÓN. ¡Está usté perdío de la memoria!

PAPÁ JUAN. ¡Je! ¿De modo que tu gente tan buena, Antoñón?

ANTOÑÓN. Ayí no hay tiempo pa ponerze malo.

PAPÁ JUAN. Yo los encontré la otra tarde que daba gloria verlos. Y la huerta es una bendición. Te la envidio; la mía no está así.

ANTOÑÓN. Poz er mismo zó las calienta. Zólo que usté alimenta la zuya pa mirarze en eya na más, y yo me miro en la mía pa alimentá a mi gente.

PAPÁ JUAN. Eso es; eso es. El año no ha sido malo ni para ti ni para mí.

ANTOÑÓN. Como, gracias a Dios, ha yovío… Ya ze zabe: agua de mayo, pan pa to el año.

PAPÁ JUAN. Cabalito. Y mayo muy lluvioso, en el campo feo y en la huerta hermoso. ¿Y qué? ¿Te habló María de lo que me llevó allí la otra tarde? ¿Me darán ustedes el gusto de venir el día veinticinco a comer con toda la familia, para festejar, reunidos, mis cien años? *Antoñón calla.* ¿Qué significa ese silencio? A ver, a ver…

ANTOÑÓN. Zeñó don Juan der Monte, ziempre ha habío en er mundo pobres y ricos. Zabé zé rico, es coza difici; pero zabé zé pobre tiene toavía más dificurtá. Y yo zoy pobre, y no quiero zé rico; y tengo más dineros que argunos ricos; pero quiero zé pobre. Y fuera parte der dinero, lo que canta er cantá:

Cuando ze emborracha un pobre,
ze dice: «¡Qué borrachón!».
Cuando ze emborracha un rico,
«¡Qué graciozo ez er zeñó!».

Porfía mi compadre Alonzo, er marío de Carmen Campos, que yegará un día en que tos los pobres zerán ricos —ér tiene ezas ideas, que a mí ze me figuran disparates—. Pos güeno: yo le juro a usté que zi yega eze día y vivo yo, yo no zeré rico, zino pobre. Porque vale más zé pobre… ziendo rico, que no zé rico… ziendo pobre. ¿Usté me entiende?

PAPÁ JUAN. A medias, Antoñón, a medias.

ANTOÑÓN. A medias me he explicao yo también.

PAPÁ JUAN. ¡Entonces te he entendido del todo!

ANTOÑÓN. ¿No le paece a usté, zeñó don Juan der Monte, que a un vestío de encajes y de abalorios no le pegan bien unos volantes de percá? ¿Usté no imagina que en zu meza, con to y con zé la meza de un rico que ha

zabío y zabe zerlo, mi mujé, miz hijos y yo vamos a está como gayinas en corrá ajeno?

PAPÁ JUAN. ¿Por qué razón?

ANTOÑÓN. Porque zi er mundo da las güertas pa la derecha, es un poné, no las va a dá pa el otro lao porque a usté y a mí ze noz antoje; que es lo que yo le digo a mi compadre.

PAPÁ JUAN. Pues con permiso de tu compadre y tuyo, querido Antoñón, el día de mis cien años dará el mundo las vueltas a mi gusto y capricho. Aquel día vendrás tú, Antoñón, y vendrán tu mujer y tus hijos; y no vendrán ustedes sino a honrar mí mesa con sus percales, y con sus manos endurecidas por el trabajo.

ANTOÑÓN. Zeñó don Juan der Monte…

PAPÁ JUAN. Señor don Antoñón el de la Huerta, ¿qué tenemos?

ANTOÑÓN. Repare usté que Jezucristo vino ar mundo a arreglá este negocio…

PAPÁ JUAN. No te escucho más filosofías, Antoñón. Ni eres tú el único pariente pobre que se ha de sentar a mi lado con los suyos el día de la fiesta.

ANTOÑÓN. ¿No?

PAPÁ JUAN. No. Hasta un sobrinillo que está sirviendo al Rey va a venir también, y hay que leer la carta que me ha escrito.

ANTOÑÓN. Pero ninguno vive en Arenales. En estos pueblos, zeñó don Juan der Monte, tos nos conocemos, y ze critica mucho, y er que más y er que menos ze cree que ze desquicia er mundo porque un pobre ze ziente una vez ziquiera a la meza de un rico.

PAPÁ JUAN. ¡Ah! No se desquicia, aunque lo crean. Y si se desquicia por eso, que se desquicie y que se acabe. Poco vale ese mundo. Otro haremos mejor sobre sus ruinas, en el que, sin asombro de nadie, puedan comer juntos los ricos y los pobres.

ANTOÑÓN. Ezas zon las manías de mi compadre Alonzo.

PAPÁ JUAN. Pudieran serlo. Pero tu compadre dice las cosas borracho y perturbado, y yo las digo fresco y tranquilo. Y tu compadre quiere conseguir su propósito matando hombres, y yo abrazándolos nada más. Ya ves si hay

diferencia. Conque dame un abrazo tú, y prométeme ahora no faltar en mi cumpleaños. *Lo abraza.*

ANTOÑÓN. ¡Qué güeno ez usté, don Juan der Monte! ¡Zi paece usté un pobre como yo!

PAPÁ JUAN. Porque es el mismo sol el que nos calienta; como a tu huerta y a la mía. ¿Me prometes lo que te pido? *Antoñón calla.* ¿Me lo prometes?

ANTOÑÓN. Er que ze caza, no está zolo.

PAPÁ JUAN. En tu huerta no hay más hortelano que tú.

ANTOÑÓN. Hortelano, na más; pero no ze pienze usté que está pintá en la paré la hortelana. Mi mujé no hace más que lo que yo quiero, que es lo que quiere eya; pero hay cozas que z'ha menesté respetarle. Va usté a oí. Tenemos usté y yo en la familia una parienta, que está con mi mujé como con to er mundo: de esta forma. *Choca por las puntas los dedos índices.*

PAPÁ JUAN. No hace falta nombrarla.

ANTOÑÓN. Ni zé por qué motivo, ni María lo zabe tampoco, ni en úrtimo cazo nos importa un rábano a María ni a mí; pero eyo es que la zeñora no ha de pazá una vez por delante e mi puerta que no eche en er zuelo una zalivita y la pize luego, que es lo peó.

PAPÁ JUAN. ¡Ay, qué salado es eso!

ANTOÑÓN. ¿Le hace a usté gracia, eh? Pos a mi mujé ze la yeva er mengue, y yo he tenío ya más e dos veces un escardiyo en la mano pa tirárzelo a la cabeza a la güena zeñora. Porque, don Juan der Monte, el aqué de echá la zalivita, que es veneno, ya está malo; pero er que la pize, no lo podemos aguantá.

PAPÁ JUAN. ¡Me alegro, hombre, me alegro! Así, aquel día hallarán ustedes un motivo para su venganza. Porque, no lo dudes, al verlos a ustedes aquí, toda la saliva que ha escupido a tu puerta… se la va a tragar junta.

ANTOÑÓN. Güeno está. Bastante me favorece usté con tanto ruego pa que yo me haga de rogá más toavía. Aquí vendrán los de la güerta der Chorrito.

PAPÁ JUAN. ¡Claro, hombre, claro!

ANTOÑÓN. Únicamente le aconzejo a usté —y usté me perdone— que, como la meza zerá larga, coloque usté a doña Filomena en una punta y a mi mujé en la otra.

PAPA JUAN. ¡Je!

ANTOÑÓN. Porque pue zé que, como quiere mi compadre, yegue un día en que tos loz hombres ze den un abrazo; pero por lo que toca a las mujeres… ¡está verde eze día!…

PAPÁ JUAN. ¡Je!

ANTOÑÓN. Con Dios y gracias, zeñó don Juan der Monte.

PAPÁ JUAN. Adiós y gracias, Antoñón. Te acompañaré hasta la puerta.

ANTOÑÓN. ¡Zeñó don Juan der Monte!…

PAPÁ JUAN. Anda, anda.

ANTOÑÓN. Nunca me he visto más honrao.

Se marchan juntos al jardín a tiempo que llega y se cruza con ellos doña Filomena, precisamente.

PAPÁ JUAN. ¡Oh, Filomena! ¡Buenas tardes!

DOÑA FILOMENA. Buenas tardes.

Al reparar en Antoñón escupe y pisa la salivita.

ANTOÑÓN. ¿Usté ha mirao ezo?

PAPÁ JUAN. Anda, hombre, anda. Al instante vuelvo, Filomena.

DOÑA FILOMENA. *Indignadísima.* ¡Y se va con el hortelano! ¡Y me deja aquí sola! Luego dirán que no… Luego dirán que son cosas mías… Cada día me convenzo más de que soy la puerca Cenicienta. *Óyese a Eulalia, hacia la izquierda, cantar la misma copla que al principio. A poco, sale.* ¿Es mi hija la que canta así? ¡Vaya! Se conoce que las malas caras y los malos modos los guarda para su pobre madre. *A Eulalia, que ya ha salido.* ¡Canta, hija, canta! *Eulalia, que venía muy alegre, sin sospechar lo que iba a encontrar allí, se entenebrece de improviso, a la sola suposición de que su madre no va a repartir caramelos.*

EULALIA. Hola, mamá… Pero ¿cuándo has venido?

DOÑA FILOMENA. Sigue, sigue cantando. No disimules, no. Ya te veo muy contenta con no estar al lado de tu madre.

EULALIA. No, señora; estoy muy contenta; pero no es por eso, mamá.

DOÑA FILOMENA. Sí, hija, sí; si es mi sino. Y ahora tus hermanas bailarán en casa de gusto porque he salido yo.

EULALIA. Es posible; pero de eso no tengo yo la culpa.

DOÑA FILOMENA. ¿Cómo se entiende?

EULALIA. ¿Vienes de casa de Currita?

DOÑA FILOMENA. De casa de Currita vengo. ¡Buen zipizape he armado allí!

EULALIA. ¿Por qué?

DOÑA FILOMENA. Por las mismísimas razones que aquí voy a armarlo.

EULALIA. ¡Mamá!

DOÑA FILOMENA. No hay mamá que me calle. Se trata de un asunto gravísimo.

EULALIA. ¿Qué asunto es?

DOÑA FILOMENA. Con decirte que no te puedes enterar, te lo digo todo. Llama a tus tíos inmediatamente.

EULALIA. Tío Evaristo está dormido allá dentro.

DOÑA FILOMENA. Pues despiértalo. ¿Y Trino? Eulalia. En el patio, leyendo una novela.

DOÑA FILOMENA. Algún librote protestante. Pues que lo deje, y que venga también. ¡A ver qué opina de este asunto el revolucionario ése!

EULALIA. ¿Revolucionario? Pero ¿qué es?, ¿qué es?

DOÑA FILOMENA. Repito que no puedes enterarte, Eulalia. Haz lo que te he mandado.

EULALIA. Allá voy, allá voy, mamá. ¡Quisiera Dios cambiarte el genio!

DOÑA FILOMENA. *Volviéndose a ella airada.* ¿Qué?

EULALIA. ¡Que quisiera Dios cambiarte el genio; eso es! ¡Que me da mucha pena verte siempre a tres pullas con todo el mundo!

Doña Filomena. ¿Qué?

Eulalia. ¡Que todo ha de ser reñir y armar gresca; que nadie para ti lleva buena intención; que entras en un sitio, y ya se sabe que entra contigo un vendaval!… Y yo sufro mucho… porque soy tu hija… ¡tu hija de tu alma, como tú dices tanto! Y a una hija, lo que le gusta es oír hablar bien de su madre… Y en cuanto tú vuelves la espalda… ¡hay que oír las cosas que dicen de la mía!

Éntrase por la puerta de la derecha, haciendo pucheros.

Doña Filomena. Es tonta; tonta rematada. Pues ¡buena vengo yo, para que me callen pucheritos! Sí que sí.

Vuelve papá Juan.

Papa Juan. *Cantando.*

Cuando Fernando VII
gastaba paletó…

Doña Filomena. Pero dígame usted, papá Juan: ¿qué visita es ésta del hortelano? ¿Es que va a servir la hortaliza el día de la fiesta?

Papá Juan. ¡Qué pitada! ¡Es que va a comer con nosotros!

Doña Filomena. *Atónita.* ¿El hortelano?

Papá Juan. El hortelano, sí. ¿Por qué no, si es pariente nuestro?

Doña Filomena. ¿Qué va a comer conmigo y con mis hijas el hortelano?

Papá Juan. Sí, mujer; ya le encargaremos que no traiga el perro. ¡Je!

Doña Filomena. Pero ¿esto va a ser una comida de familia, papá Juan, o va a ser una merienda de negros?

Papá Juan. No; negro no va a venir ninguno. No tenemos ningún negrito en la parentela. ¡Bastante que lo siento yo!

Doña Filomena. ¡Ah! Pues desde ahora le anuncio a usted que yo, si viene el hortelano con su tropa, brillo por mi ausencia.

Papá Juan. Y yo te anuncio a ti que viene el hortelano y que vienes tú.

Pasa Eulalia de la puerta de la derecha a la de la izquierda, todavía con el corazón encogido, y dirigiéndole a papá Juan una mirada que es un

poema.

DOÑA FILOMENA. Lo que es yo no vengo. ¡Ni mis hijas!

PAPÁ JUAN. Vendrán tus hijas y vendrás tú también.

DOÑA FILOMENA. Se equivoca usted, papá Juan.

PAPÁ JUAN. No me equivoco, tonta. Mira, yo te conozco a ti desde que tu madre te trajo al mundo, y conocí a tu madre desde que la trajo la suya. ¿Sabré yo, Filomena, si vendrás o no vendrás a comer con todos?

DOÑA FILOMENA. Me callo. Me callo. Es lo mejor. Me callo.

PAPÁ JUAN. *Después de un paseíto de burla, cantando como antes.*

Con las bombas que tiran
los fanfarrones…

Y aparte el gusto de vernos a nosotros, y el disgusto de encontrarte con la visita de Antoñón, ¿a qué debemos la satisfacción de esta tuya, tan agradable?

DOÑA FILOMENA. Ahora lo sabrá usted. He llamado a capítulo a la familia.

PAPÁ JUAN. ¡Ah!, ¿sí?

DOÑA FILOMENA. ¡Y al librepensador de Trino!

PAPÁ JUAN. ¿Librepensador?

DOÑA FILOMENA. Sí. Aquí quiero yo verlo. Voy a poner un nombre sobre el tapete.

PAPÁ JUAN. ¿Qué nombre?

DOÑA FILOMENA. El de una desdichada.

PAPÁ JUAN. ¿Cómo?

DOÑA FILOMENA. El de Gabriela.

PAPÁ JUAN. ¿Vas a hablar de Gabriela? ¡Cuánto lo celebro por mi parte! Yo también quiero hablar de Gabriela con todos. Ahí viene mi hija. Y el librepensador también, como tú le llamas.

En efecto, por la puerta de la izquierda salen doña Marciala y Trino.

DOÑA MARCIALA. Hola, Filomena.

DOÑA FILOMENA. Dios te guarde, Marciala.

TRINO. Tía Filomena, ¿cómo está usted?

DOÑA FILOMENA. Bien; ¿y *usted*, sobrino?

TRINO. ¿Qué es eso de usted? ¿Desde cuándo no me tutea?

DOÑA FILOMENA. Desde la mañana en que llegaste, que no me quisiste saludar.

TRINO. ¿Yo?

DOÑA FILOMENA. ¡Tú!

TRINO. ¡Si fué al contrario!

Doña Marciala le hace a Trino una seña para file se calle. Doña Filomena. He visto la seña.

PAPÁ JUAN. ¡Je!

DOÑA MARCIALA. ¿Querías hablarnos, según nos ha dicho tu hija?

DOÑA FILOMENA. Esperaremos a Evaristo.

Llega don Evaristo por la puerta de la derecha, medio dormido y de muy mal talante.

DON EVARISTO. Aquí está ya Evaristo. ¿Qué hay con Evaristo? ¡Qué mal sabor de boca traigo!

DOÑA FILOMENA. Cuando quieras saludas, hombre.

DON EVARISTO. ¿Para que me llames hipócrita?

Se sientan. Pausa.

PAPÁ JUAN. ¿Estamos ya todos?

DOÑA FILOMENA. Todos estamos ya.

DON EVARISTO. Me cae de lo peor que me llamen cuando estoy dormido.

DOÑA FILOMENA. Pues cuando el honor de la familia peligra, hay que abrir los ojos.

DOÑA MARCIALA. ¿Qué hablas tú?

DOÑA FILOMENA. Papá Juan sabe algo.

PAPÁ JUAN. Y papá Juan va a tomar la palabra el primero. Vamos a ver, Marciala. Vamos a ver, Evaristo. ¿Aquí han llegado cartas de Gabriela? *Don Evaristo mira a doña Marciala y callan los dos.* Ya veo que han llegado.

DOÑA FILOMENA. ¡Hum!…

DON EVARISTO. Marciala, dile tú a papá Juan…

DOÑA MARCIALA. Papá Juan, en todo te hemos complacido hasta ahora, porque tu gusto debe ser el que aquí respetemos unos y otros; pero comprende que lo de Gabriela… es de lo que no puede ser.

DON EVARISTO. De lo que no puede ser.

PAPÁ JUAN. ¡Pateta! *A don Evaristo.* ¿Y por qué no puede ser?

DON EVARISTO. *Confuso, a doña Marciala.* ¿Por qué no puede ser?

DOÑA FILOMENA. *Saltando.* Lo diré yo; porque a ésta se le pasea el alma por el cuerpo. No puede ser, en primer lugar, porque eso valdría tanto como plantarme a mí en la calle. No puede ser, porque si en esta casa no hay muchachas solteras que tengan que perder con el roce de cierta gente, van a venir algunas, entre ellas mis hijas de mi alma, y mis hijas no se codean con lagartonas.

PAPÁ JUAN. Eso de lagartonas…

DOÑA FILOMENA. Lagartonas, papá Juan, lagartonas. ¿Qué dice el ateo?

Todos menos papá Juan se miran buscando al ateo.

TRINO. ¿Dónde está el ateo?

DOÑA FILOMENA. ¡Es muy cómodo hacerse el desentendido!

PAPÁ JUAN. No perdamos el tiempo en tonteras.

DOÑA FILOMENA. No lo perdamos. Mi última palabra, papá Juan, es que si Gabriela ha de hallarse en la fiesta, no cuente usted ni con mis hijas ni conmigo.

PAPÁ JUAN. ¡Tengamos aquí la del hortelano! Cuento contigo, con tus hijas y con Gabriela de añadidura.

DOÑA FILOMENA. ¡Jesús, qué horror!

DOÑA MARCIALA. No, papá, no. Esta vez tiene razón Filomena.

Doña Filomena. ¡Ah! ¿Esta vez nada más? ¿Es decir, que no la tengo nunca?

Doña Marciala. Es decir que esta vez la tienes, que es de lo que se trata. Considéralo bien, papá. Llámale a lo que la pobre Gabriela hizo locura o desgracia, o lo que creas más justo y razonable; pero no nos pongas en el caso de sentarnos a la mesa con ella. No ya por nosotros tan sólo; por la gente, por la sociedad. ¿Tú sabes el escándalo que se armaría en el pueblo? ¿No has pensado en los desaires a que ella misma había de estar expuesta aquí?

Don Evaristo. Tiene, tiene razón Marciala.

Doña Filomena. ¿Y yo no?

Don Evaristo. ¡Sí, mujer; si tú has dicho lo mismo que ella!

Doña Filomena. ¡Ah!

Papá Juan. Pues ninguno de los tres la tiene. Ni tú, ni tú, ni tú.

Doña Marciala. Papá Juan…

Doña Filomena. *Encarándose con Trino.* ¿Y la opinión del anarquista, no la conoceremos?

Trino. ¿Soy yo el anarquista, señora?

Doña Filomena. Sí, tú, tú. ¿Quién puede ser aquí si no?

Trino. Pues la opinión del anarquista, según usted me ha calificado, tiene dos partes: la primera es ponerle a usted una bomba debajo de la silla.

Doña Filomena. ¡Qué descaro!

Trino. De pólvora sola; nada más que por la chanza del susto. Y la segunda parte es que el delito de Gabriela, supuesto que a su falta le llamemos delito, no merece el castigo que aquí quiere dársele por todos, menos por papá Juan. Yo soy mucho más indulgente que ustedes con las faltas que nacen del amor.

Doña Filomena. ¡Claro! ¡Como no crees en Dios!

Trino. ¿De dónde saca usted ese disparate?

Doña Filomena. ¡Es el colmo de la herejía defender a una mujer que no está casada y tiene un hijo!

TRINO. ¡Vaya por las que están casadas y no tienen ninguno!

DOÑA FILOMENA. ¡Bah! ¡Paparruchas y más paparruchas!

PAPÁ JUAN. Ha dicho Trino bien. No merece Gabriela el castigo que aquí quiere dársele. Gabriela tiene un hijo porque Dios ha querido que nazca. En la caída de Gabriela hubo desgracia y no perversión. Llamarla aquí, puede ser salvarla del todo; rechazarla, si no es tanto como perderla, es condenarla por perversa, y eso no sería justo. Vendrá Gabriela a la fiesta de la familia. *A un movimiento de los hijos.* ¡No me nieguen ustedes esto! La nieve de cien años ha caído del cielo sobre mi cabeza, y quiero un día verlos juntos a todos: pobres y ricos, malos y buenos, dichosos y desventurados… ¿No es pueril toda resistencia, si a la vuelta de otros cien años juntos hemos de estar también?

TRINO. Ea, ea, no se emocione usted, papá Juan. Esto se concluyó. Se hará lo que usted quiera. ¿Verdad, tía Marciala?

DOÑA MARCIALA. Sí, Trino, sí. Sí, papá, sí. No hablemos más de ello.

TRINO. Usted manda, y nosotros obedecemos ciegamente; porque así debe ser. A la fiesta de usted vendrá quien usted quiera que venga. ¿Quiere usted que todos? ¡Pues todos! Y cuando yo celebre mis cien años, vendrán todos también, menos la tía Filomena, por supuesto.

DOÑA FILOMENA. De eso me encargo yo.

TRINO. Y ahora mismo voy a ver si Manuel ha enganchado ya el cochecillo, como le dijimos, y nos vamos usted y yo a esperar al curita.

PAPÁ JUAN. Hombre, sí; anda, vé. Es verdad, que hoy viene el curita. Anda, vé; anda, vé.

TRINO. Ahora mismo.

Llega Currita por el jardín, a la vez que Trino se marcha.

CURRITA. ¡Hola!

TRINO. ¡Hola!

CURRITA. ¡Bueno! *Reparando en lodos.* ¿Qué caras son éstas? ¿Qué sucede?

DOÑA FILOMENA. *Saltando.* ¡Lo eterno, hija, lo eterno! La pobreza es un crimen. Desde el primer día sé yo que aquí sólo se tira a dejarnos en la

calle a mis hijas y a mí. Que aproveche.

CURRITA. ¿Cómo?

DOÑA MARCIALA. ¿Adónde vas, mujer?

DOÑA FILOMENA. ¡Por mi queridísima hija de mi corazón y de mi alma!

Éntrase por la puerta de la izquierda, ahogando un sollozo.

CURRITA. ¡Ay, qué señora de mis pecados!

DON EVARISTO. Es el sainete de la familia.

DOÑA MARCIALA. No, pues a la chiquilla no se la lleva. Que no se empeñe, porque no se la lleva. Voy allá, voy allá… *Se marcha tras doña Filomena.*

CURRITA. *A don Evaristo, a quien ve todo mustio.* Pero ¿qué pasa, tío Evaristo?

DON EVARISTO. ¡Ay, Currita! Que con estas cosas estoy cambiando de opinión. ¡Me muero yo antes que la tía Marciala! *Vase por la puerta de la derecha.*

CURRITA. Pero ¿qué ocurre, papá Juan?

PAPÁ JUAN. *Con alegría infantil.* Allá ellos, Currita, allá ellos. Yo estoy muy contento, muy contento… Va a venir Gabriela, va a venir Antoñón con sus hijos… van a venir todos… ¿Tú comprendes bien mi alegría?… Voy a hablar con todos… voy a verlos a todos juntos… a todos… a todos… Ahora voy con Trino a esperar al curita.

CURRITA. ¡Ah!, ¿se van ustedes otra vez?

PAPÁ JUAN. Nos vamos; pero tú no te apures. Aunque me llevo a Trino… Trino aquí se queda.

CURRITA. ¿Sí?

PAPÁ JUAN. Sí.

Vuelve Trino.

TRINO. ¿En marcha, papá Juan?

PAPÁ JUAN. En marcha, Trino, en marcha.

CURRITA. ¿Qué disgusto ha habido entre todos? ¿Quieres tú decírmelo? ¿Ha sido quizás por Gabriela?

TRINO. Por Gabriela, sí; pero no ha habido ningún disgusto. Miserias, y egoísmos, y preocupaciones que asoman la cabeza, aun enfrente de los anhelos más puros. ¡Pobre Gabriela! Pero ya se fueron al diablo; ¡acabé con todos ellos de un golpe! ¡No hay más ley que la voluntad de papá Juan! Y si él, por sus años, no tuviera energía para imponerla, que sí la tiene, aquí está Trino, que lleva en sí la representación de todos los parientes que fueron, y ante tantas voces que hablan juntas, es fuerza obedecer y callar. Se hará la fiesta del centenario tal y como papá Juan la soñó; pero si alguno faltase a ella, nunca consentiríamos que fuera el más desventurado…

PAPÁ JUAN. ¡Muy bien, Trino, muy bien!

CURRITA. ¡Muy bien!

TRINO. Habría papá Juan de pedirnos una quimera, y habríamos de acatar su deseo.

CURRITA. ¡Mejor aún si pedía una quimera!

Trino Dices bien, aún mejor. Hasta tal punto estoy dispuesto a ello, que si papá Juan, que te adora y quiere tu dicha, me mandase fundir la campana de la torre que a ti te molesta, y fabricar balas con su bronce, y estarme dando tiros en la cabeza un día tras otro, para divertir la monotonía de tu vida, yo la fundiría y me los daría de la mejor gana del mundo.

PAPÁ JUAN. ¡Je!

CURRITA. *Riéndose.* ¡Eres loco, Trino, eres loco! ¡Pero bien haya esa locura!

TRINO. ¿En marcha, papá Juan?

PAPÁ JUAN. En marcha. Trino.

TRINO. Hasta luego, Currita.

CURRITA. Hasta luego.

PAPÁ JUAN. *Yéndose por el jardín del brazo de Trino.* Los voy a ver a todos… a todos… Van a venir todos… Voy a hablar con todos, con todos…

CURRITA. *Contemplándolos.* ¡Ay, lucecita de los cuentos! ¡Feliz quien te lleva en el corazón!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los anteriores. Es por la tarde.

Carmen Campos, sola en escena, se ocupa en ordenar un poco los muebles de la sala, que aparecen revueltos. Hacia el hondo del jardín, muy lejos, óyese una voz varonil que canta la siguiente copla. Carmen presta atención.

VOZ.

Er zeñó don Juan der Monte
ha cumplío los cien años:
der cielo le caigan dichas
como flores ha zembrao.

CARMEN. ¿Canta argo bien el hombre ese? Y ¿quién le habrá sacao tantas coplas? Porque ya yeva más e diez.

Por la puerta de la izquierda aparece inopinadamente Alonso, el marido de Carmen Campos. En la cara se le conoce que ha celebrado con sus amigos, allá en el casinillo donde se reúnen, la fiesta de don Juan del Monte.

ALONSO. ¡Aquí está er que fartaba!

CARMEN. ¡Alonso! ¿A qué vienes tú? ¿Quién te ha abierto?

ALONSO. Manué, que es correligionario mío.

CARMEN. ¡No se queara manco Manué! ¿Quién le ha dao a Manué permiso pa dejarte entra?

ALONSO. La solernidá de este día. Alonso Parra, er marío de Carmen Campos, le tiene que estreché la mano en este día a don Juan der Monte. Quieras tú o no quieras, y aunque una nube de sotanas se me ponga enfrente pa impedirlo.

CARMEN. Mira, Alonso, no empieses con tus cosas. Doña Marsiala es la primera que no quiere que vayas a la güerta porque te teme. Y yo te temo más toavía. De maera que, vete otra vez por donde has yegao, y tengamos la fiesta en paz.

ALONSO. Pero ¿es que mi persona ofende? Porque si no ofende mi persona…

CARMEN. Lo que ofende es la peste a vino que traes.

ALONSO. ¡Hoy es gran día! Sobre que tampoco creo yo que en la güerta estén bebiendo agua de la fuente.

CARMEN. Eso no es cuenta tuya.

Sale Manuel, también por la puerta de la izquierda, y cruza hacia el jardín. En las manos trae unas cuantas castañuelas con cintas de colores.

MANUEL. ¡Y que no yevo aquí ruío! ¿Eh, amigo Alonso?

CARMEN. ¿Van a bailá las señoritas?

MANUEL. ¡Las mositas toas! ¡Lo menos se van a formá nueve parejas! ¡Vaya un ramo de caras que se ha juntao ayí!

CARMEN. La parma se la yeva la hermaniya más chica de don Trino.

MANUEL. ¡Bonita es! Pero tampoco se quean atrás las hijas de Antoñón, er compadre de éste.

ALONSO. ¿Quién? ¿Las de mi compadre? ¡Las tres chiquiyas e mi compadre son la gala de Arenales der Río! ¡Sangre der pueblo soberano!

MANUEL. Diga usté, amigo Alonso: pa eso de cogé ca uno la que más le guste, ¿cuándo va a yegá er día?

ALONSO. Tiene que yegá antes otro día: er de sortá ca uno la que le estorbe.

CARMEN. ¿Habrá borracho sinvergüensa? ¿Qué sería de ti si no me tuvieras ar lao, pirandón?

MANUEL. No pelearse por tan poco. Me voy pa ayá con los paliyos. *Vase por el jardín.*

En el fondo resuena otra copla cantada por la misma voz de antes. Carmen y su marido la escuchan.

VOZ.

Mu güeno tiene que zé
er que yegue a los cien años:
don Juan der Monte es mu güeno
y por ezo él ha yegao.

CARMEN. ¡Mía que canta bien ese hombre!

ALONSO. Canta bien. La verdá es la verdá. Tenga las ideas políticas que tenga, canta bien. ¡Si yo no vengo en son de ataque! Déjame pasá, que ayí delante e tos quieo yo desí cuatro cositas… mu templás, ¿tú me oyes?, pero mu bien dichas y mu a tiempo. Y me van a tocá las parmas, no te figures. Porque hoy es un día que ha salío er só en Arenales como no ha salío nunca; y er propio Alonso Parra, que tiene fama de revolusionario, *abuele* sus ideas pa entrá en esta casa sombrero en mano y con er respeto debío. ¿Comprendes, mujé?

CARMEN. De sobra. Pero no te dejo pasá.

ALONSO. *A Antoñón, que llega del jardín.* Compadre Antoñón, ¿tú no ves esto?

ANTOÑÓN. Compadre Alonso, ¿qué viento te ha empujao pa aquí?

Una voz de mujer rompe a cantar allá en el fondo de la huerta una copla de seguidillas, a la que acompaña gracioso repiqueteo de castañuelas, amortiguado por la distancia.

VOZ.

Tengo un jardín de rosas:
para guardarlo,
no bastan sus espinas
ni mi cuidado.

Y receloso,
por que no las deshojen
yo me desojo.

Durante la copla sigue el diálogo.

ALONSO. Er viento de la fraternidá entre los hombres. Y te lo digo en una frase retumbante, pa que no lo tomes a chufla.

ANTOÑÓN. Pero ¿tú no zabes que cuanto más retumbante te pones, más a chufla te tomo yo?

CARMEN. Usté y to er que lo escucha.

ALONSO. Caya tú ahora, Carmen Campos. Y atiende tú, compadre Antoñón. Estaba yo en er casiniyo con cuatro amigos de los más avansaos, hablándoles al arma de la fiesta de hoy en esta casa, que es la casa de un rico, y demostrándoles con rasones que hoy alumbra er só de otra manera, y la luna y las estreyas también; y que hoy no hay rencores ni disputas; y que er mismo Alonso Parra *abuele* sus ideas en honó de don Juan der Monte. Porque don Juan der Monte ha sentao a su mesa a los sien años a más de ochenta personas de tos colores, pa haserlas iguales a toas en un momento; y don Juan der Monte ha echao a roá moneas e plata por Arenales, pa que roando roando yeguen a las casas de tos los pobres. Y tan bien hablaba, compadre, que tos a una me mandaron pa acá con estas palabras: «Preséntate ayí, y di to eso tan bien dicho, y deja ar señorío con la boca abierta; que las parmas e la tarde van a sé tuyas».

CARMEN. Sólo que ni é ni los amigos contaban con er sentinela, que soy yo.

Vuelve a oírse la misma voz de mujer cantando otra copla. Durante ella también continúa el diálogo.

—¿Que tienes en er pecho
que tanto huele?
—Asahar de las Indias,
romero verde,
—¿Que huele tanto?

—Asahar de las Indias,
romero blanco.

ANTOÑÓN. Pos déjelo usté entrá, que no dezentona. Por mucho que beba y que charle, hay ayí quien le gana a charlá y a bebé. Huyendo vengo yo de una borrachera zenzible, que me ha güerto loco.

ALONSO. ¿Tú oyes?

ANTOÑÓN. No pueo, Carmen Campos. Estas perzonas que apenas güelen un vazo e vino lo quieren a uno más que a nadie, van contra mi torrente. ¡Yo con vino y zin vino zoy ziempre er mismo hombre! Y cuidao que está la güerta pa no dejarla. ¡Paece aqueyo un mantón de Manila! ¡Bendiga Dios a don Juan der Monte!

CARMEN. ¿Verdá, Antoñón, que no ha habío nunca en Arenales na paresío a esto?

ANTOÑÓN. Ni en Arenales ni en parte arguna, Carmen Campos. Porque ni nace un don Juan der Monte tos los días, ni Dios le conserva la vía cien años, ni aunque ze la conzerve, discurre zemejante fiesta.

ALONSO. Eso, eso iba yo a desí.

ANTOÑÓN. Me alegro de habértelo quitao de la boca. Yo zoy un hombre duro; er corazón no ze me encoge a mí con cosquiyas; er pan que mi mujé y miz hijos ze yevan a la boca, lo gano yo con muchos trabajos, y mirando más que pa er cielo, pa la tierra; ésta es la verdá. Pos güeno; yo le juro a usté, Carmen Campos, yo te juro, compadre, que cuando don Juan der Monte ze zentó en medio e tanta gente a la meza, a mí ze me calentaron loz ojos, y no me vió yorá er que no quizo mirarme a la cara.

CARMEN. *Conmovida.* No me lo jure usté, Antoñón. A mí me ha visto yorá to er mundo.

ANTOÑÓN. Y ¡qué alegría entre tantas perzonas diferentes!… Y ca uno tendrá zus penas y zus zinzabores y zu carga a la esparda; pero ayí to está borrao, na más e con mira a aquer viejo que ze embeleza pazeando los ojos a to lo largo e los manteles.

ALONSO. ¡Mu bien dicho, compadre; mu bien dicho! ¡Ayí no hay castas; ayí no hay diferensias de ricos y pobres; ayí tos son iguales! ¿Por qué?

¡Porque tos están comiendo lo mismo! ¡Que mediten; que mediten los *pedagogos*!

Carmen. Ya saliste tú por peteneras.

Antoñón. Carmen Campos, ¿y er rincón ande ze han puesto los chiquiyos? ¿Vale aqueyo miyones? ¿Tiene aqueyo gracia? Paece una escuela cuando ze va er maestro. ¿Estaba usté prezente cuando ze levantó Rafaelita, la moreniya der traje colorao, y ze puso delante e don Juan y le zortó un romance con media lengua? Porque yo, Carmen Campos, me la hubiera yevao a mi caza. Y ezo que tengo cinco. Pa er cielo miré a vé zi ze azomaba arguien a oírla.

Alonso. ¡En er sielo no hay gente! ¡Er sielo está desarquilao!

Carmen. ¿Qué sabes tú?

Alonso. Más que tú, que no lees ni las cartas que te escriben. Pa sabé hay que ilustrarse; hay que tené curtura; hay que leé los libros que a mí me lee Carbajo er barbero. Y basta e discusiones y vamos a la güerta ya.

Carmen. A la güerta no vas, Alonso, no te empeñes. *Suena otra copla como las anteriores.*

Voz.

No me mires, que miran
que nos miramos:
miremos la manera
de no mirarnos.
No nos miremos,
y cuando no nos miren
nos miraremos.

Antoñón. Déjelo usté que vaya, Carmen Campos. A don Juan le dará una alegría. Zi viniera más cargao yo zería er primero en quitárzelo de la cabeza; pero viene el hombre mu tranquilo.

Alonso. ¡Pa demostrá que tengo curtura! Acompáñame tú, mujé, y me tiras de la chaqueta si se me va la lengua. Si yo no quiero desí más sino que hoy er só en Arenales…

Carmen. Sí; sale y alumbra y se pone de otro modo que tos los días. Ya nos habernos enterao.

Alonso. Y que Alonso Parra, hoy porque es hoy, *abuele* sus ideas.

Carmen. Y ¿cuándo *abuelos* er bebé vino, condenao?

Alonso. ¿Ves lo que es la irnoransia? ¡Er vino no ha sío nunca una idea!

Carmen. Anda pa ayá, condenasión; anda pa ayá.

Alonso. ¿Tú te queas, compadre?

Antoñón. Ahora voy también.

Alonso. ¡Ven a oírme, hombre; ven a oírme! Hoy sale er só como nunca ha salío en Arenales… Hoy es un día…

Carmen Campos y Alonso se van por el jardín, hacia la izquierda. Antoñón enciende despaciosamente el cigarro, que se le ha apagado.

Antoñón. Hermoza ha estao la fiesta… Hermoza pa que la pinte un pintó… Ar que la vió no ze le orvía. *Encamínase lentamente al jardín.*

Carmen. *Dentro.* Sí, señora: ahí está.

Antoñón. ¿Qué? *Se asoma a uno de los arcos y retrocede contrariado.* ¡Mal haya mi zino! ¿Es que vi a tené que meterme debajo e tierra?

Aparece doña Filomena con las mejillas muy encendidas y los ojos brillantes. Es indudable que en la tiesta que se ha celebrado en la casa no ha bebido agua sola. Es la persona de quien vino huyendo Antoñón.

Doña Filomena. *Con gran vehemencia.* ¡Antoñón!

Antoñón. ¡Doña Filomena!

Doña Filomena. Sin doña; sin doña. ¿Qué hace usted aquí?

Antoñón. Vine a zaludá a mi compadre Alonzo.

Doña Filomena. Sí; ahora lo he visto. ¡Ay, Antoñón! ¡Estoy muy contenta de estas paces! ¡Muy contenta! ¿No me ve usted llorar?

Antoñón. Ya, ya lo veo; zí.

Doña Filomena. Un abanico Antoñón; deme usted un abanico.

ANTOÑÓN. Aquí hay dos o tres; tome usté er más grande, que to el aire es poco pa ezos calores.

DOÑA FILOMENA. ¡Ay, qué gracia! Siempre me ha hecho usted a mí mucha gracia, aunque otra cosa le hayan dicho, Antoñón. Una sombrilla, una sombrilla.

ANTOÑÓN. ¿También una zombriya?

DOÑA FILOMENA. Sí; cualquiera. Hoy todo es de todos. Libertad, igualdad y fraternidad. *Enterneciéndose.* ¡Qué tiesta, Antoñón! ¡Qué hermosa fiesta la de hoy para un corazón tan grande como el mío! ¡Porque yo tengo un corazón muy grande!

ANTOÑÓN. Zí, zeñora; es mu grande; no pué zé más grande…

DOÑA FILOMENA. ¡Todos reunidos… todos dichosos… todos contentos… todos amigos… todos iguales!… ¿De qué se ríe usted, Antoñón?

ANTOÑÓN. De ezo… de ezo de tos iguales.

DOÑA FILOMENA. ¿Por qué? ¡Qué gracioso! ¿Por qué?

ANTOÑÓN. Porque dice mi compadre Alonzo que Jezucristo vino ar mundo pa que tos fuéramos iguales… y que por ezo ar vino le yaman la zangre de Cristo: porque no hay más que beberze cuatro copitas… ¡y tos iguales!

DOÑA FILOMENA. *Riéndose.* Mire usted, Antoñón, no sea usted demasiado malicioso. Si me quiere usted decir que yo me he tomado cuatro copitas…

ANTOÑÓN. ¡No, zeñora! ¡Ya zé que han pazao de cuarenta! …

DOÑA FILOMENA. ¡Ay, qué gracia! No, Antoñón, mi alegría de hoy no es del vino; no es artificial: mi alegría tiene su fuente en este corazón tan grande que Dios me ha dado. Y cuidado, Antoñón, que todas mis alegrías han de llevar siempre un crespón de luto, desde que me faltó aquel mártir que fué mi compañero.

ANTOÑÓN. Pero ¿le fartó a usté arguna vez?

DOÑA FILOMENA. ¡Me faltó una vez para siempre! No es caso de broma. ¡Pobre esposo mío! ¿Por qué no me llevó Dios a mí, y él estaría ahora tan contento?

ANTOÑÓN. Vamos, vamos, doña Filomena, que Dios zabe ziempre lo que hace… Yo me voy pa la güerta otra vez.

DOÑA FILOMENA. ¡No me abandone usted, Antoñón!

ANTOÑÓN. Ea, pos agárreze usté a mi brazo, zi no quié usté caerze.

DOÑA FILOMENA. Antes de llegar hasta allá, pasearemos un poco los dos solos por el jardín, a ver si yo me oreo…

ANTOÑÓN. Lo que usté mande, doña Filomena.

DOÑA FILOMENA. ¡Oiga usted, oiga usted cómo cantan los chiquitines! ¡Parecen pájaros!

En efecto, la gente menuda canta a coro en la huerta, muy lejos también y durante el diálogo.

NIÑOS.

¿Quién dirá que la carbonerita?
¿Quién dirá que la del carbón?
¿Quién dirá que yo soy casada?
¿Quién dirá que yo tengo amor?

La viudita, la viudita,
la viudita se quiere casar,
con el conde, conde de Cabra,
conde de Cabra se le dará.

—Yo no quiero conde de Cabra,
conde de Cabra, triste de mí;
yo no quiero conde de Cabra,
conde de Cabra, si no es a ti.

ANTOÑÓN. Zí, señora. Dos míos hay ahí… Y paecen pájaros, como usté dice… Pero ¡zi viera usté los zapatos que rompen!…

DOÑA FILOMENA. ¡Ay, qué gracia! ¿Qué es eso? ¿Viene aquí papá Juan?

Antoñón. Aquí viene.

Llegan por el jardín papá Juan y doña Marciala precedidos de Trino. Papá Juan se apoya en el brazo de su hija.

Doña Filomena. *A Trino, con vehemencia.* ¿Le ha sucedido algo a papá Juan?

Trino. Nada, absolutamente; pero se está excitando mucho, y queremos evitar que le suceda. Por eso me lo traigo aquí.

Doña Filomena. ¡Muy bien, Trino! ¡Tú siempre con tu gran talento!

Trino. Siempre; sí, señora.

Doña Filomena. ¡Papá Juan!

Papá Juan. Filomena… Bien hemos empinado er codo, ¿eh?

Doña Filomena. *Besándole las manos.* ¡Qué fiesta! ¡Qué día!

Doña Marciala. Bien está, Filomena; bien está. Vete, vete con todos. Ya iré yo también.

Doña Filomena. ¡Perdóname, Marciala! ¡He gozado mucho; he reído mucho; he llorado mucho!…

Antoñón. De to bastante.

Doña Filomena. ¡No dejes de ir allá! ¡Hasta luego! *Vase hacia el jardín.*

Papá Juan. *Con risa infantil.* Antoñón, ¿qué milagro es éste?

Antoñón. Zeñó don Juan der Monte, milagros de la zangre de Cristo. Le ha dao cariñoza… y me ha tomao a mí de paño e lágrimas. ¡Pero por la zalú e miz hijos que prefiero la zalivita!

Papá Juan. ¡Je!

Doña Filomena. *Asomando un instante.* ¡Antoñón!

Antoñón. ¡Ayá voy, zeñora; ayá voy!

Se retira con ella por el jardín.

Trino. Conque, quieto aquí, quieto aquí.

Papá Juan. ¡Je!

TRINO. Prisionero de Trino por un rato. Luego volveremos a aquella Babel.

DOÑA MARCIALA. Sí, papá; si hay día para todo… Ríes, lloras, no todos son prudentes… Aquí, aquí con Trino hasta que yo mande.

PAPÁ JUAN. Lo que quieras; lo que quieran ustedes… *Breve pausa.* Oye, Marciala.

DOÑA MARCIALA. ¿Qué?

PAPÁ JUAN. Las flores de la mesa…

DOÑA MARCIALA. Todas van ya para el cementerio. Descuida tú.

PAPÁ JUAN. ¿Quién las lleva?

DOÑA MARCIALA. Dos de las hijas de Carmen Campos. Descuida, te digo. Todo se hace como tú quieres.

PAPÁ JUAN. ¿Saben bien ellas dónde está mamá?

DOÑA MARCIALA. ¿No han de saberlo? Donde está mamá… y donde está Dolores y donde están todos… Cálmate, cálmate… No pienses, más, por Dios…

TRINO. Lo mejor será que procure usted echar un sueñecillo.

PAPÁ JUAN. No; ahora no me duermo; eso no.

DOÑA MARCIALA. Pues te haría mucho bien, papá.

PAPÁ JUAN. Pues no me duermo, hija. Anda tú a manejar aquel cotarro, y déjame a mí… Déjame a mí con Trino. Que bailen los muchachos; que los chiquillos canten y corran; que quede allá en la huerta alegría para mucho tiempo… ¡Papá Juan ha cumplido cien años!

DOÑA MARCIALA. Bueno, bueno; aquí te dejo con Trino y yo me voy. *Se encamina al foro y antes de marcharse llama a Trino sigilosamente.* Escúchame Trino.

TRINO. *Acercándosele.* Usted dirá.

DOÑA MARCIALA. Tú no te moverás de aquí.

TRINO. Yo me quedo de guardia. Usted procure que no se acerque nadie.

Doña Marciala. De mi cuenta corre. Le conviene reposar un poco. *Se marcha.*

Trino. Sí le conviene, sí.

Papá Juan. ¡Pateta! ¡Qué pesados se ponen ustedes! Dormir, no duermo ahora. ¿He esperado yo con tanto afán este día para dormirme ahora? ¡Tuviera que ver! *Pausa.* Trino.

Trino. ¿Qué quiere usted?

Papá Juan. A ti ¿qué te pasa?

Trino. Nada, papá Juan.

Papá Juan. ¿Estás contento?

Trino. Tanto como usted.

Papá Juan se ríe para sí, como recordando lances de la tiesta.

Papá Juan. ¡Je!… Rafael ha estado muy gracioso… Un poco chabacano, pero muy gracioso… Y a Evaristo se lo llevaba el diablo. Oye, ¿y Currita? ¡Mira que el brindis de Currita!… ¿Eh? ¡Qué chusco! ¿Se lo has escrito tú?

Trino. Yo no soy capaz de escribir aquello.

Papá Juan. ¿No, verdad?

Trino. Ni yo ni nadie, más que Currita.

Papá Juan. ¡Ah, Currita, Currita! ¿A quién saldrá esa muñeca con tantas alas? ¿Eh? ¿Qué dices?

Trino. No he hablado ahora.

Papá Juan. Pues ¿para cuándo lo dejas, hombre? ¿Te irás mañana, Trino?

Trino. No, papá Juan, no. Me voy si usted no calla y reposa.

Papá Juan. Pues vete. *Breve pausa.* La pobre Gabriela qué comedida ha estado y qué bien. ¿Te fijaste? Me decían a mí de Gabriela… ¡Pobrecita! Y Filomena se creía que se nos iba a poner en jarras en mitad del jolgorio y que iba a aguar la fiesta… Sí, sí… ¿La viste tú, cuando Rafael algo bebido la obligó a que ella hablara, cómo le contestó? Pues no hizo más que coger a su

hijo y darle un beso, y decir: «Esto es todo lo que yo digo». No fué poco, ¿eh?

TRINO. No, señor; fué bastante. Pero ya hablaremos de Gabriela y de cuanto debamos hablar.

PAPÁ JUAN. Y el chiquillo es monísimo, y más listo que un rayo. ¿Qué será que todos éstos que vienen por la puerta falsa…? Misterios, misterios… Oye…

TRINO. No oigo.

PAPÁ JUAN. ¿Por qué?

TRINO. Porque no oigo; porque no quiero oír: porque quiero que usted descanse.

PAPÁ JUAN. Pues habla tú.

TRINO. Tampoco hablo. A lo sumo canto, para dormirlo.

PAPÁ JUAN. ¡Y dale! No me duermo. Ni temas tú, que nada me ocurre… Comprende que si no me hablas, tengo que hablar yo. ¡Ay, Trino! ¿No sabes con qué ilusión esperé este día? En él estoy, y he visto junto a mí a todos los míos que aún viven… ¿Por qué fuí yo elegido para lograrlo? ¿Por qué llegué a esta cumbre? ¿Por qué no perecí en el camino como los demás? ¿Por qué mueren los niños y los jóvenes… y vivo yo?

TRINO. Silencio, papá Juan, silencio. ¿A qué hablar de la muerte ahora?

PAPÁ JUAN. Porque ahora está más cerca de mí la muerte que la vida. Y por más que aún sueño en la vida, pienso en la muerte. Y verás que hablo de ella tranquilo, sin miedo alguno; traiga consigo un reposo eterno, traiga una eterna vida para mi espíritu… *Queda abstraído. Los niños vuelven a cantar allá lejos. Pausa.* ¿Quién canta?

TRINO. Los chiquillos, allá por el extremo del jardín. ¿Le incomodan a usted?

PAPÁ JUAN. No.

TRINO. Con todo. *Se va por el jardín. Poco después se alejan las voces de los niños, hasta hacerse apenas perceptibles.*

PAPÁ JUAN. Trino… ¿Dónde vas, Trino? Éste se ha empeñado en que me duerma. Le ha dado el vino por ahí… ¡Je! Como a la otra por hacerse

amiga de Antoñón… *Vuelve Trino y observa a papá Juan.* No; no duermo.

TRINO. Correré, sin embargo, estos transparentes, que entra mucha luz.

PAPÁ JUAN. Haz lo que quieras, hombre.

Mientras Trino corre los transparentes, óyense muy lejos las voces infantiles cantando. Luego cesan.

TRINO. Así está mejor. *Pausa.* Ya duerme. *Se sienta.* Dejarlo allí a merced de «todos hubiera sido una temeridad. Yo mismo estoy algo aturdido… *Halla acaso un libro y lo hojea.*

Llega Currita por el jardín.

CURRITA. ¡Trino! Pero ¿dónde te metes?

TRINO. ¡Chist!

CURRITA. ¿Qué?

TRINO. Calla.

Le señala a papá Juan dormido. Hablan a media voz.

CURRITA. ¡Ah! Papá Juan dormido. ¡El pobre!…

TRINO. Lo quité de allí, temiendo que se pusiera malo.

CURRITA. Hiciste bien. Aquello ahora mismo es un infierno.

TRINO. No levantes la voz.

CURRITA. Vámonos de aquí, que lo vamos a despertar.

TRINO. No; no quiero irme, no venga alguno a importunarlo.

CURRITA. Pues… entonces… me iré yo. *No se va.* Me iré yo… porque si seguimos de charla… Me iré yo.

TRINO. Teniendo un poco de cuidado… Quédate.

CURRITA. ¿Quieres tú que me quede?

TRINO. Sí.

CURRITA. ¿Y si lo despertamos, Trino?

TRINO. No lo despertamos; descuida. Quédate.

CURRITA. Bueno; puesto que tú lo quieres… La culpa de lo que., suceda será tuya.

TRINO. Nada más que mía.

Se sienta Currita junto a Trino. Ella contempla a papá Juan y Trino a ella.

CURRITA. ¡Pobre papá Juan! ¡Se le logró su anhelo! *Espera un rato las palabras de Trino, el cual pone toda su elocuencia en los ojos, y al ver que no chista, le dice:* ¡Lo que es así no lo despertamos!

TRINO. *Riéndose.* Cuando yo te he dicho que descuides…

CURRITA. ¿A ver?…

TRINO. ¿Qué?

CURRITA. Está soñando.

TRINO. ¿Sí?

CURRITA. Sí.

PAPÁ JUAN. *Entre sueños.* Currita… Currita…

TRINO. ¡Y sueña contigo!

Papá Juan Currita…

CURRITA. ¡Conmigo! ¡Me quiere más!

TRINO. ¿Y tú a él?

CURRITA. ¡Tanto como a mi padre lo quiero! Los viejos así no debían morirse. Son como libros que lo saben y lo dicen todo. Yo no lo dejo a sol ni a sombra, y por dondequiera que vamos, va siempre enseñándome. ¡Y a mí me gusta tanto saber! Sales con él al campo, y él te dice los nombres de todas las flores, de todas las hierbas y de todos los árboles… Pasa volando un pájaro, y él ha de saber cómo se llama, y dónde hace el nido, y si es de plumas o de barro… Asoma una estrella y te dice su nombre… Lo saluda un pastor, y conversa con él, y le da consejos para el ganado, y luego te cuenta quién es el pastor, y cuántos años tiene, y quién es su hija, y quién fué su madre, y hasta quién fué su abuela… Y cuando no son las cosas que ve, son las que ha visto y lleva siempre en el corazón. Currita, no hagas esto, que es malo; Currita, haz siempre aquello, que es bueno; Currita, oye: y me dice una máxima; Currita, cuando esto te suceda, acuérdate de esto: y me dice un refrán… ¿Y los cuentos que cuenta? ¿Y cómo los aplica a las historias de la gente que no son cuentos? De todo entiende él, de todo habla… ¿No he de

quererlo yo, con lo que él me quiere… y con lo que a mí me gusta querer… y que me quieran?

TRINO. ¿Querer o saber es lo que te gusta?

CURRITA. Las dos cosas. Querer me gusta mucho. Y que me quieran.

TRINO. ¿Y hablar?

CURRITA. Más que a ti, que estás como en misa.

TRINO. ¡Si estoy escuchando!…

CURRITA. Y ¿te gusta más escuchar que hablar?

TRINO. Siendo tú quien habla… desde luego.

Pausa.

CURRITA. ¿Sigo?

TRINO. Si.

CURRITA. Es que a mí también me gusta escuchar.

TRINO. ¿Sí?

CURRITA. ¡Ya lo creo!

TRINO. Pues oye…

PAPA JUAN. *Como antes.* Trino… Trino…

CURRITA. Oye tú. Contigo es ahora.

TRINO. Sueña con los dos…

PAPÁ JUAN. Trino…

CURRITA. Con los dos…

TRINO. ¿Por qué soñará con los dos?

CURRITA. Se lo preguntaremos cuando despierte. Y ¿qué soñará?

TRINO. Soñará… soñará… Papá Juan es un viejo admirable. Sueña mucho dormido… y despierto. Es lo que más me emociona de él: que sueña todavía… Tiene cien años, y aún no ha puesto término a sus ilusiones. Yo tengo treinta, y algunas veces he pensado que mi vida ya no tiene objeto. Y cuando lo escucho a él cantando eternamente la esperanza, me río de lo mezquino de mis desengaños y de la pequeñez de mi espíritu. Porque, ahí donde lo ves, si hasta aquí soñó con esta fiesta de familia, en que parecía

concentrada toda la fuerza ideal de su alma, toda su ilusión en este mundo, así que descanse de este sueño… él soñará con otra cosa.

CURRITA. Sueña ya.

TRINO. ¿Sueña ya? ¿Tú lo sabes?

CURRITA. Sí.

TRINO. Y ¿con qué cosa es? *Currita calla.* ¿No me lo dices?

CURRITA. No.

TRINO. ¿Por qué?

CURRITA. Porque no. ¡En buen laberinto árabe iba a meterme!

Despierta papá Juan, y tos observa complacido, dándose cuenta de lo que sucede entre ellos. A poco se levanta.

TRINO. Pues ¿qué peligro hay en que me lo digas?

CURRITA. Peligro, ninguno; pero… vamos… que yo no te lo digo.

TRINO. Pues yo se lo preguntaré a papá Juan cuando se despierte.

CURRITA. No; eso, menos…

TRINO. ¿No vas tú a preguntarle lo que ha soñado de los dos?

CURRITA. Sí, pero… es distinto… Tú no sabes… Déjame.

TRINO. ¿Que te deje, Currita?

CURRITA. Sí, Trino, sí. *Al ver a papá Juan de pie.* ¡Ay, papá Juan! ¿Estás viendo, Trino?

TRINO. ¡Papá Juan!

CURRITA. Lo hemos despertado con nuestra charla. ¿Qué te dije?

PAPÁ JUAN. No; no ha sido la charla de ustedes la que me ha despertado.

CURRITA. ¿No?

PAPÁ JUAN. No. Ha sido una voz más lejana… Trino, ¿no oyes cantar muy lejos?

TRINO. *Prestando oído.* No… Ahora, no.

PAPÁ JUAN. ¿Que no? Escucha bien… Es allá muy lejos… en el espacio… muy alto… muy lejos…

TRINO. *Comprendiéndolo.* ¡Ah! sí, papá Juan… *Mirando a Currita y abrazándolo.* ¡Ya, ya oigo la voz lejana… ya la oigo!

PAPÁ JUAN. ¿Y tú, Currita? ¿La oyes tú también?

CURRITA. Yo, no… Yo, no…

TRINO. ¡Yo, sí!

CURRITA. Yo, no…

PAPÁ JUAN. Pues oyéndola Trino… tú la oirás cuando la voz se acerque.

CURRITA. ¿Está usted seguro?

PAPÁ JUAN. Seguro estoy. ¿Ves, Trino, ves; tú que quisiste desertar de la vida? Aprende en mí: no te niegues nunca a la esperanza. La vida sigue; la primavera vuelve… Dormía yo descansando de un sueño… y me despertó la voz de otro. ¡La lucecita de los cuentos, Currita! ¡Y hoy tengo cien años!

Abraza a Trino con alegría, y Currita sigue escuchando sin oír, llena de emoción y curiosidad.

Mientras cae el telón, suena allá a lo lejos de nuevo el canto de los niños.

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía, septiembre, 1909.

Madrid, noviembre, 1909.

LA MUELA DEL REY FARFÁN

ZARZUELA INFANTIL CÓMICOFANTÁSTICA EN UN ACTO, DIVIDIDO EN CINCO CUADROS

MÚSICA DE AMADEO VIVES

Escrita ex profeso para la Función de Inocentes celebrada en el **TEATRO APOLO** el 28 de diciembre de 1909

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
La Princesa Suspiritos.	**María Palou.**
La Condesa De Los Agravios.	**Joaquina del Pino.**
La Reina.	**Pilar Vidal.**
Doña Guiomar, dama de la Reina.	**Aurora Rodríguez.**
Alelía, mujer de Febea.	**Araceli Sánchez Imaz.**
La Niña De Cobre.	**Dionisia Lahera**
Coralina.	**Elisa Moreu.**
Garza.	**Araceli Sánchez Imaz.**
Corza.	**Felisa Torres.**
Una Dueña.	**Antonia Espinosa.**
El Rey Farfán I El Dolorido.	**José Moncayo.**
Tomillo, jardinero.	**Emilio Carreras.**
El Condestable.	**Pedro Ruiz de Arana.**

LISARDO, filósofo.	**CARLOS RUFART.**
JAZMÍN, trovador.	**CONSUELO MAYENDIA.**
PERO PÉREZ, cortesano.	**ANTONIO P. SORIANO.**
SAMUEL, físico viejo.	**JOSÉ MESEJO.**
BENJAMÍN, físico joven.	**LUIS MANZANO.**
PERALADA.	**MIGUEL MIHURA.**
EL CHANCILLER.	**VICENTE GARCÍA VALERO.**
EL CONFESOR.	**MANUEL SÁNCHEZ.**
REVUELO, bufón.	**VICENTE CARRIÓN.**
BARRABASINO, enano.	**ALFONSITO GÓMEZ.**
PERANSÚREZ.	**DIEGO GORDILLO.**
PERAFÁN.	**EMILIO MORENO.**

Damas de la Reina, mujeres de Febea, niños de Chilindrina, cortesanos, donceles, farautes, caballeros principales, pajes y soldados.

La acción se desarrolla en la corte de Chilindrina, país rico y floreciente de la antigüedad, y en los años del reinado de Farfán I el Dolorido, que subió al trono a la muerte de Hernán III el Cojo.

LA MUELA DEL REY FARFÁN

CUADRO PRIMERO

Fastuosa cámara en el regio alcázar de Chilindrina. Entrada al foro. Balcones a derecha e izquierda. Es de día.

Música

Pero Pérez, diligente y solícito cortesano, sale por la derecha del foro, vacila entre los dos balcones, y por fin se encamina y se asoma al de la izquierda del actor, desde el cual le dirige la voz al pueblo.

PERO PÉREZ. *A voz en grito.*

¡Pueblo de Chilindrina!
¡Farfán el Dolorido,
apenas ha dormido,
por el dolor transido
de la muela cruel;

y como no hay remedio
que alivie su dolencia,
reniega de la ciencia
y pide a Dios clemencia!
¡Rogad a Dios por él!

EL PUEBLO. *Dentro.*

¡Oh, Señor que estás en la altura!
¡Llegue a ti nuestro vivo afán,
y el dolor amortigua y cura
de la muela del Rey Farfán!

Pero Pérez repite lo mismo en el otro balcón, el pueblo igualmente, y cesa la música.

Sale el Condestable por la derecha del foro.

CONDESTABLE. Pero Pérez.

PERO PÉREZ. Condestable.

CONDESTABLE. El Rey os llama; el Rey os necesita.

Sale doña Guiomar por la izquierda del foro.

DOÑA GUIOMAR. Pero Pérez.

PERO PÉREZ. Doña Guiomar.

DOÑA GUIOMAR. La Reina os llama; la Reina os necesita.

Pero Pérez titubea como es natural, entre las dos órdenes recibidas, y no sabe adonde ir primero, si a la cámara de la Reina o a la del Rey. El Condestable lo saca de dudas.

CONDESTABLE. Sois un majadero, Pero Pérez. ¿Qué titubeáis? ¡Nobleza obliga! Id primero a ver a la Reina.

PERO PÉREZ. *Reverentemente.* Doña Guiomar… Condestable… *Se va por el foro hacia la izquierda.*

CONDESTABLE. ¡Moharracho de Pero Pérez!

DOÑA GUIOMAR. Y bien. Condestable, ¿es cierto que el Rey ha pasado una noche de perros?

CONDESTABLE. De perros y gatos, si se me permite la enmienda al dicho.

DOÑA GUIOMAR. ¿Por qué no? ¿Y el humor del Rey?

CONDESTABLE. De perros y gatos, también. Dígalo el Chanciller, cuya cabeza ha peligrado.

DOÑA GUIOMAR. Terrible cosa es que el Rey, por naturaleza violento y sanguinario, lo sea doblemente desde que le tomó el dolor de la muela.

CONDESTABLE. ¡Fatídica muela!

DOÑA GUIOMAR. ¡Incomprensible muela!

CONDESTABLE. ¡Trágica muela! Se le quiso extraer a su alteza, y sus alaridos estremecieron los muros del alcázar. Fué del todo imposible. Y ni los más sabios físicos, ni las más prestigiosas hechiceras, ni las más fervientes rogativas aciertan ni bastan a curarlo.

DOÑA GUIOMAR. ¡Pobre Rey Farfán, el Dolorido!

CONDESTABLE. ¡Pobre Corte de Chilindrina!

Allá dentro, muy lejos, hacia la izquierda del fondo, empiezan a sonar sucesivas voces que anuncian el paso de la Reina, las cuales se oyen cada vez más cercanas.

VOCES. ¡La Reina!… ¡La Reina!… ¡La Reina!… ¡La Reina!…

Se presenta un Paje, repite el anuncio y se va en seguida.

PAJE. ¡La Reina!…

DOÑA GUIOMAR. *Al Condestable.* ¡Qué linda voz tiene este paje!

CONDESTABLE. (¡Moharracho de doña Guiomar!).

Sale la Reina con sus damas. La Reina es una lágrima viva.

DOÑA GUIOMAR. Alteza…

CONDESTABLE. Alteza…

REINA. Doña Guiomar… Condestable…

CONDESTABLE. ¿Lloráis, señora?

REINA. ¡No hay lugar sino para el llanto en Chilindrina!

Hacia la derecha del foro se oyen voces análogas a las anteriores anunciando al Rey; sólo que el Rey viene de más lejos.

VOCES. ¡El Rey!… ¡El Rey!… ¡El Rey!… ¡El Rey!… ¡El Rey!… ¡El Rey!…

Se presenta otro Paje, a lo mismo que el que ya conocemos.

PAJE. ¡El Rey!

Sale el Rey, seguido de su corte. Viste luengo ropón, trae el cetro en la mano y la corona puesta. Recuerda al rey de copas. Una regia venda le lapa el carrillo derecho, hinchado como si se estuviera afeitando con un limón, y no con una nuez, que es como se afeitaba en la época según todas las crónicas. Apenas llega se sienta abatidísimo en un sillón colocado adrede. A su lado se colocan el Chanciller y el Confesor.

REINA. *Acercándosele con solicitud.* Señor, ¿sufrís mucho? *El Rey la mira como un carnero a medio morir.* ¿Sufrís demasiado? *El Rey sopla.* ¿Es cierto que consentís al cabo en oír a la Princesa Suspiritos, vuestra hija?

CONFESOR. ¡Es cierto!

El Rey mira al Confesor como a la Reina.

REINA. Ya lo oís, Chanciller.

CHANCILLER. ¡Pero Pérez! *Surge Pero Pérez, sin que se sepa por dónde ha venido.* ¡Dad las órdenes para que la Princesa Suspiritos deje la prisión de la torre y venga a presencia del Rey!

Se va Pero Pérez como un rayo y vuelve al instante.

REY. *Quejándose reconcentradamente, y muy a su pesar, de la muela enferma.* ¡Aaaay!… ¡Aaaay!…

CONDESTABLE. ¿Te duele, señor?

REY. *Levantándose airado.* ¡Condestable, la primera vez que me volváis a preguntar si me duele la muela, será la última que me lo preguntéis; como no dejéis la pregunta en el testamento! *Leve rumor entre los cortesanos.* ¿Eh? *Pasea una mirada por el salón y no se oye una mosca.* ¡Aaaay!… *Se sienta otra vez abatidísimo.*

Nuevas voces anuncian, allá dentro, a la Princesa.

VOCES. ¡La Princesa!… ¡La Princesa!… ¡La Princesa!… ¡La Princesa!…

Vuelve de nuevo el Paje que anunció a la Reina.

PAJE. ¡La Princesa!

Música

Aparece la Princesa Suspiritos entre cuatro soldados, que manda Peralada, el guardián de la torre en que está prisionera. La Princesa suspira y solloza frecuentemente. La Reina, al verla, solloza al par que gime. El Rey la mira con las de Caín, y la augusta señora disimula y se traga sus lágrimas.

CORO.

¡Pobre Princesita! ¡Qué bella!
¡Qué dulce! ¡Qué encanto!
¡Se advierte en sus ojos la huella,
la huella del llanto!

La Corte la admira y la quiere.
¡Qué pena de flor,
que allá en sus prisiones se muere,
se muere de amor!

PRINCESA. *Al Rey, entre sollozos.*

En mi torre… prisionera…
tuve un sueño…
¡tuve un sueño!…
Que mi padre… lo supiera…
fué mi empeño…
¡fué mi empeño!…

Por la ventanita
que a los campos da
entró una paloma
de plata y cristal…

—Paloma —le dije—

venme a acompañar;
hazme el sacrificio
de tu libertad…

—Princesa —responde—
deja de llorar,
que el Príncipe Lindo
tu esposo será…

Dile al Rey, tu padre,
que él se curará
si consiente el logro
de tu voluntad…

Y si no consiente,
nunca sanará
¡del dolor de muelas
que lo va a matar!…

De este modo… Rey doliente…
fue mi sueño…
¡fué mi sueño!…
Enteraros… solamente…
fué mi empeño…
¡fué mi empeño!…

El Coro repite, conmovido, las palabras de la Princesa, y cesa la música. Esperan todos con ansiedad la respuesta del Rey.

REY. Peralada.

PERALADA. Señor.

REY. Volved a la Princesa a la torre, y redoblad cerrojos y cadenas. ¡Aaaay!…

PRINCESA. ¿Así me respondéis, alteza?

CONFESOR. ¡Así os responde!

CONDESTABLE. (¡Moharracho de confesor!).

PRINCESA. ¿Es decir, que ni por vuestra preciosa salud admitís mis amores con el Príncipe Lindo?

REY. ¡Es decir que no creo en sueños ni en niñerías! ¡Haced lo que os he dicho, Peralada! ¡Aaaay!

PERALADA. Princesa… he de cumplir con mi deber.

CONDESTABLE. (¡Moharracho de Peralada!).

La Princesa se marcha por donde llegó y en la misma forma: entre sollozos y suspiros que parten el alma. La reina, su madre, le hace el dúo.

PRINCESA. *Retirándose*. ¡Aaah!

REINA. *Mirándola irse*. ¡Aaah!

PRINCESA. ¡Aaah!

REINA. ¡Aaah!

PRINCESA. ¡Aaah!

REINA. ¡Aaah!

REY. ¡Voto va! ¡Harto estoy de plañidos! ¡Con los míos me basta para desesperarme! ¡Dejadme solo!

La Reina y sus damas se retiran, así como la mayor parte de los cortesanos, quedándose solamente los que el rey designa.

Música

CORO.

¡Pobre Princesita! ¡Qué bella!
¡Qué dulce! ¡Qué encanto!
¡Se advierte en sus ojos la huella,
la huella del llanto!

La corte la admira y la quiere.
¡Qué pena de flor,
que allá en sus prisiones se muere,
se muere de amor!

Cesa la música.

REY. Quedaos, Condestable. Quedaos. Chanciller Quedaos, Pero Pérez. *Al Confesor, que no se ha movido.* A vos no os digo que os quedéis, porque os quedáis sin que os lo diga.

CONFESOR. Es mi deber, alteza.

CHANCILLER. Señor: a despecho de excitar otra vez tu real enojo, te pido venia para hablarte.

REY. Hablad.

CHANCILLER. Sabe, señor, que los dos más grandes físicos del mundo acaban de llegar al alcázar, llamados por la Reina, a quien tu dolor hiere en lo íntimo de su alma. Samuel, el Viejo, viene de las Islas Platinas, donde mora. Es famoso en la Humanidad, porque le dió la vista al ojo izquierdo del último rey de sus islas, que era de cristal.

REY. ¿El rey?

CHANCILLER. El ojo. Tan maravillosa fué la cura, que cuando el rey, para dormir, dejaba el ojo en una escudilla de plata llena de agua florida, el ojo seguía viendo.

REY. Ésa no pasa, Chanciller. Pasad al otro físico.

CHANCILLER. El otro es Benjamín, el Joven; nacido en la luminosa Apolonia, y famoso también…

REY. ¡Dejad las alabanzas, Chanciller! ¡Todos son famosos y ninguno me cura! Había resuelto no ver ya a más físicos; pero que entren ésos.

CHANCILLER. Ya lo oís, Pero Pérez.

Se va Pero Pérez por el foro, hacia la derecha.

CONDESTABLE. (¡Moharracho de Chanciller! Odio el discreteo palaciego).

REY. ¡Aaaay!… ¡Aaaay!… ¡Aaaay!…

Llega por el foro Samuel, el Viejo, precedido de Pero Pérez. La catadura del sabio es lamentable Es fama que en las Islas Platinas sirve para asustar a los niños.

PERO PÉREZ. Pasad, gran físico, a ver al Rey Farfán I.

SAMUEL. *Inclinándose ante el Rey*. Rey Farfán…

REY. *Mirándolo de arriba abajo*. (¿Y este hombre presume de físico?).

CHANCILLER. Sabio portentoso, observad la muela del Rey, y honraos con ello.

Samuel se pone otras gafas sobre las que trae, saca, además, un lente y examina la muela enferma.

REY. ¡No me hurguéis, que veo a mi padre!

SAMUEL. Descuida en mí, alteza. *Terminado el reconocimiento, dice con gravedad profunda:* Enterado.

CHANCILLER. ¿Qué opináis de la enfermedad?

SAMUEL. Me asombra que no se haya dado con el remedio. ¿Dónde están los físicos que han visto al Rey?

CONDESTABLE. Fueron degollados, señor.

SAMUEL. *Después de un estremecimiento.* Y a fe que merecieron tan duro castigo. Esa tu real muela está sana completamente. El daño reside en la encía. Quítate la venda, que te dé bien el aire, come mucho dulce, y si el dolor no desapareciere, enjuágate con agua del mar, lo más fría que puedas resistirla.

REY. ¿Eso es todo lo que se os ocurre?

SAMUEL. Y todo lo que tengo que decir.

CHANCILLER. Podéis retiraros.

SAMUEL. Alteza…

CHANCILLER. Acompañadlo, Pero Pérez, y haced pasar al otro.

Se van Samuel y Pero Pérez.

CONDESTABLE. ¿Probarás, señor, el remedio que te aconseja el sabio Samuel?

CONFESOR. ¡Probarálo!

REY. Ya lo oís: probarélo.

Llega Benjamín, el Joven, con Pero Pérez. Benjamín es absolutamente intrépido.

BENJAMÍN. Señor…

CHANCILLER. Examinad la muela del Rey.

REY. Sin tocarme, ¿eh?

BENJAMÍN. *Luego de un vistazo.* ¡Bah! Cosa baladí.

REY. ¿Cosa baladí? ¿Y me lo decís en mis barbas, atrevido?

BENJAMÍN. Perdona, señor; pero me afirmo en que tu mal es cosa baladí. Cosa baladí. *A los cortesanos.* Cosa baladí. Tu muela está enferma; pero la encía está sana. Ponte doble venda de la que usas, que no te dé el aire en modo alguno, no pruebes nunca el dulce, y si el dolor persiste, enjuágate con agua bien caliente, que no sea del mar.

REY. *Levantándose nervioso.* ¡Retiraos!

BENJAMÍN. Señor…

REY. ¡Quitaos ya de mi presencia!

BENJAMÍN. Señor… *Con suma ligereza y movilidad.* Condestable… Chanciller… Confesor… Pero Pérez… Alteza… Condestable…

REY. *Rugiendo.* ¡Basta ya de zalemas, físico!

BENJAMÍN. Alteza… *Se retira muy satisfecho.*

REY. ¡Condestable!

CONDESTABLE. Señor…

REY. ¡Ahora mismo quiero ver esas dos cabezas en una almena, para que allí se pongan de acuerdo!

CONDESTABLE. Serás obedecido. *Vase rápidamente y vuelve a poco.*

REY. ¡Cosa baladí! ¡Aaaay!… ¡Cosa baladí!

Música

Hacia la izquierda del fondo se vuelven a oír, como antes, las voces anunciando a la Reina.

VOCES. ¡La Reina!… ¡La Reina!… ¡La Reina!… ¡La Reina!…

CONFESOR.

¡La Reina vuelve a verte!

REY.

¿La Reina aquí otra vez?
¿Qué es esto, Pero Pérez?
¿Qué es esto, Chanciller?

Vuelve la Reina y con ella sus damas, Lisardo, el Filósofo, Jazmín, el Trovador; el bufón Revuelo, Alalia y un grupo de mujeres de Febea.

REINA.

Perdón, mi dulce esposo,
si os impaciento más;
pero Lisardo, el sabio,
os quiere aconsejar.

REY.

¡Pues que hable ya Lisardo;
mas tenga discreción,
pues como no me plazca,
Lisardo se acabó!

LISARDO. *Adelantándose hacia el Rey, que ha vuelto a sentarse.*

Yo soy un gran filósofo
que estudia el libro íntimo
que nos presenta diáfanos
los males del espíritu.

Mi ciencia, el misterio
más hondo, lo toca;
mi ciencia profunda
jamás se equivoca;

mi ciencia te afirma
que el mal que provoca
el dolor agudo
que tuerce tu boca
y roba tu calma,
¡oh. Rey!, ¡no es del cuerpo!,
¡oh, Rey!, ¡es del alma!

CORO.

Su ciencia, el misterio
más hondo, lo toca;
su ciencia profunda
jamás se equivoca;

su ciencia te afirma
que el mal que provoca
el dolor agudo
que tuerce tu boca
y roba tu calma,
¡oh, Rey!, ¡no es del cuerpo!
¡oh, Rey!, ¡es del alma!

LISARDO.

Y aunque subleve el ánimo

de una legión de físicos,
sostiene aquí el filósofo
que ese tu mal es psíquico.

Rey. ¿Cómo?

Lisardo.

¡Psíquico!

Varios.

¡Psíquico!

Otros.

¡Psíquico!

Lisardo.

Canten y dancen, pues, ante tu alteza
danzarinas, juglares y bufones;
y se te irá el dolor y la tristeza
sin sacarte la muela y sus raigones.

Pues aunque sabios múltiples
afirmen que es mal físico.
Lisardo, el gran filósofo,
sostiene que ello es psíquico.

Rey. ¿Cómo?

Lisardo.

¡Psíquico!

Varios.

¡Psíquico!

OTROS.

¡Psíquico!

REY. Y bien: ¿qué quiere decir psíquico?

LISARDO. Referente a las facultades del alma, señor. Es palabra mía, que ha de darle la vuelta al mundo. Distráete; olvida tu mal, y él huirá de ti sin que tú lo adviertas. Lisardo te lo jura.

REINA. Aceptadlo, esposo. *Al bufón.* Revuelo, danzad vos ante el Rey para divertirlo.

Revuelo da un salto y se planta delante del Rey.

REVUELO.

Revuelo puso a mi padre
Revuelo, que era mi abuelo,
y luego quiso mi madre
a mí ponerme Revuelo.

Revuelo soy, de esta suerte,
porque salto, danzo y vuelo.
Mira, por si te divierte,
el revuelo de Revuelo.

Danza con el atrevimiento y la gracia peculiares en los de su oficio.

REY. ¡Aaaay!… ¿Psíquico, eh?

LISARDO. Psíquico, ciertamente, alteza.

REY. ¡Aaaay!… ¡Que le corten las piernas a ese hombre!

REVUELO. Señor…

REY. ¡Que le corten las piernas!

REVUELO. ¡Repara, señor, que es con lo que danzo!

REY. ¡Que le corten las piernas, digo!

PERO PÉREZ. *Llevándose a Revuelo.* (No temáis: la Reina es toda corazón y ha de conseguir que os corten sólo una.

REVUELO. No me parece un gran consuelo, Pero Pérez). *Se van los dos. Pero Pérez vuelve en seguida.*

REINA. ¿Queréis que este sencillo trovador os cante una trova que aleje vuestra pesadumbre y melancolía?

CONFESOR. ¡Sí quiere!

El Rey lo mira y la Reina le ordena al Trovador que cante.

REINA. Jazmín, cantadle a vuestro Rey.

Se adelanta a su alteza Jazmín, que es una monada, con un laúd precioso, y canta lo que sigue, harto confiado en su buen éxito, no sin unas palabritas encaminadas a preparar el ánimo del Rey.

JAZMÍN. Oye, señor, una trova que yo compuse, sencilla y humilde como mía. Distraje con ella algún tiempo las cuitas de una doncella enamorada. ¡Plegue a Dios que alivie siquiera un momento tu gran dolor y pesadumbre!

¡Trovador!
¡Remedia tú mi dolor!
Yo siempre lloro y no río.
Trovador,
dime una trova de amor,
que consuele el pecho mío,
como refresca el rocío
a la flor.
Trovador,
yo siempre lloro y no río.
Dime una trova de amor.

¿Para qué quieres que cante,
flor del castillo galana,

si al nacer de la mañana
vendrá al castillo tu amante?

Trovador,
ya más no lloro; ya río.
¡Bendita trova de amor,
que fué para mí el rocío
de la flor!

Todos se han quedado un poco tristes.

REY. ¡Aaaay!… *A Lisardo.* ¿Psíquico, verdad? ¿Psíquico?

LISARDO. En breve sentirás el beneficio, alteza.

REINA. Plañidera asaz ha sido la trova. Más os divertirán, esposo, el canto y las danzas de estas mujeres de la oriental Febea, que cruzan la corte de Chilindrina de paso para su patria lejana. Vedlas y oídlas. Adoran al sol en sus cánticos.

Alelía, una de las mujeres de Febea, canta, y las demás danzan al son de su cántico.

ALELÍA.

¡Ya sale el sol!
¡Ya sale, ya viene! ¡Miradlo llegar!
¡Ay!
¡Ya asoma en el mar!
¡Ya va tras el llano a subir!
¡Ay!
¡Miradlo en las aguas brillar!
¡Miradlo en el campo lucir!
¡Ay!

Ven a mi cabaña, sol,

ven a mi cabaña ya;
ven a calentar la tierra
en donde mi amor está.
¡Ay!
Abre la espiga en mis campos,
abre en mi huerto la flor;
ven a mi cabaña ya;
ven a mi cabaña, sol.

¡Ay!
¡Ya asoma en el mar!
¡Ya va tras el llano a subir!
¡Ay!
¡Miradlo en las aguas brillar!
¡Miradlo en el campo lucir!
¡Ay!

Cesa la música.

En lo interior del alcázar, hacia la izquierda, óyense confusos rumores de voces alteradas.

Rey. ¿Eh? ¿Qué es eso?

Condestable. ¿Qué ocurre en el alcázar?

Reina. ¿Queréis ver, Pero Pérez?

Obedece éste como un relámpago, y cuando va a irse tropiézase con Peralada, quien seguido de varios soldados llega por la izquierda del foro hecho un veneno. Por la derecha llegan también algunos cortesanos.

Peralada. Señor…

Rey. Peralada.

Peralada. *Hincando una rodilla en tierra.* ¡Dispón de mi vida!

REY. ¿Qué decís?

PERALADA. ¡Dispón de mi vida! ¡La Princesa Suspiritos ha huido de la torre!

REY. ¿Qué decís?

REINA. ¡Mi hija! *Rompe a llorar amargamente.*

REY. ¡Nuestra hija!

PERALADA. Así es, señor.

Rumor general, en que se confunden la sorpresa y una cierta alegría.

REY. ¡Silencio!

PERALADA. La Princesa ha dado con la puerta secreta que comunica con el foso del jardín, y por ella ha escapado a mi vigilancia. Tomillo, el jardinero, es su cómplice.

REY. ¿Dónde está Tornillo?

PERALADA. ¡No se le halla en parte alguna! ¡Ha huido con la Princesa seguramente!

REY. ¡Ah, gran bellaco!

PERALADA. Señor, ya digo que mi vida es tuya. Pero cóncedeme licencia para que sea yo mismo quien busque a la Princesa y la restituya a su prisión, y para traer desde donde lo encuentre a ese malandrín de Tomillo atado a la cola de mi caballo.

REY. Y ¡ay de vos si así no lo hiciéreis! ¡Condestable, dad a Peralada cuantos soldados pida! ¡Chanciller, venid a mi cámara, que hemos de acordar cosas que cuando se pregonen no ha de quedar en Chilindrina una cabeza que se juzgue segura! ¡Aaaay!… ¡Seguidme!

CONDESTABLE. *Con voz de trueno.* ¡Viva el Rey!

TODOS. *Con poquísimos ánimos.* ¡Vivaaa!…

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Una calle en la corte de Chilindrina. Es de día.

Música

Sale la Niña de Cobre, vestida con muchos colorines. La sigue multitud de Niños, que cantan con ella un romance, famoso desde entonces en Chilindrina.

Niña.

La Princesita Suspiritos
del Principito se prendó;
ellos quisieron bien casarse,
pero Farfán dijo que no.

Niños.

Ellos quisieron bien casarse,
pero Farfán dijo que no.

Niña.

En su torre, prisionera,
llora y llora sin cesar.
¡Pobrecita Princesita
que no tiene libertad!

Niños.

¡Pobrecita Princesita
que no tiene libertad!

Niña.

—¿Por qué lloras, Princesita,
por qué lloras, ay de ti?
—Porque al Principito Lindo
lo encerraron como a mí.

De mi torre las cadenas
ya redobla el rey Farfán.
—No hay cadenas ni cerrojos
que al amor puedan guardar.

Niños.

No hay cadenas ni cerrojos
que al amor puedan guardar.

Niña.

Se escapó la Princesita
por el foso del jardín;
que Tomillo, el jardinero,
dióle medio de salir.

Por los campos, a caballo
y al galope van los dos,
a buscar al Principito
que se muere en su prisión.

Niños.

A buscar al Principito
que se muere en su prisión.

Niña.

La Princesita Suspiritos
al Principito va a buscar;
si a verlo llega, ¡qué dichosa!;
si no lo encuentra, morirá.

Niños.

Si a verlo llega, ¡qué dichosa!;
si no lo encuentra, morirá.

Se alejan cantando.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Selva del Miedo, distante de la corte. A la izquierda del actor, una pequeña gruta, vivienda del enano Barrabasino. En el centro de la escena, un árbol de ancho tronco y de copiosísimo ramaje lleno de flores. Cerca de él, hacia la derecha, el tronco seco de otro árbol, que con él contrasta por lo desnudo y feo. Sobre una de sus ramas desnudas hay un pájaro extraño de grandes ojos amarillos. Es por la tarde.

Por el fondo, hacia la derecha, salen la Princesa Suspiritos y Tomillo, el jardinero del alcázar, vestidos de villanos.

PRINCESA. Aquí se descubre una gruta, Tomillo. Veamos si en ella habita alma viviente que nos ampare.

TOMILLO. ¡Ay, Princesa, yo no puedo más! Permíteme que descanse un poco. *Se sienta en un tronco caído.*

PRINCESA. ¡Qué lejos estás, palacio del Príncipe Lindo!

TOMILLO. Y ¡qué cerca estás aún, alcázar del rey de Chilindrina! Ya oíste al pregonero, Princesa; nos buscan por tierra y por mar. Tu padre, el Rey, va a pagar el dolor de muelas con nosotros. *Silba de miedo.*

PRINCESA. No silbéis, Tomillo; os lo ruego. Fortuna fué que aquellos villanos nos vendieran estas vestiduras. Así no es fácil que nos conozcan.

TOMILLO. Fortuna fué. Como fué gran desgracia que la maldición de la bruja hechicera alcanzase a nuestros caballos y los convirtiese en roca dura.

PRINCESA. ¡Pobre *Lucero*! Como el viento volaba. Era la ilusión del Príncipe Lindo.

TOMILLO. ¡Pobre alazano el que montaba yo! Pero, en fin, peor hubiera sido que la maldición nos alcanzara a nosotros.

PRINCESA. *Reparando en el pájaro extraño.* ¿Eh? Mirad, Tomillo.

TOMILLO. *Levantándose.* ¿Qué cosa, Princesa?

PRINCESA. ¡Mirad qué pájaro más extraño!

TOMILLO. ¡Manes de mi abuelo!

PRINCESA. ¡Qué raro es y qué grande!

TOMILLO. ¿No es un verderón?

PRINCESA. Tomillo, no disparatéis. Y ¿observáis qué quieto se está? Y ¡cómo os mira a vos!

TOMILLO. ¿A mí? *Silba como antes.*

PRINCESA. ¡Que no silbéis, majadero! ¿Cómo os lo he de decir?

TOMILLO. No puedo remediarlo, Princesa. Es algo superior a mi voluntad. En cuanto me entra miedo, silbo ¡Se me va el aire por la boca!

PRINCESA. Pero ¿qué os amedrenta aquí, hombre de poco ánimo? ¡Por Dios que me deparó la suerte un tigre para mi aventura!

TOMILLO. Princesa, yo te desconozco. ¿Tú eres la Princesa Suspiritos, la mosquita muerta, la que ablandó con lágrimas el corazón de Tomillo, el jardinero?

PRINCESA. El amor, Tomillo, trueca las más dulces y tímidas palomas en leonas intrépidas. Veamos si, en efecto habita algún ser humano en esta gruta. *Llamando a la entrada de ella.* ¡Hola!

TOMILLO. ¿Cómo dices ¡hola! si no ha salido nadie?

PRINCESA. Callad, Tomillo, y no seáis necio. ¡Hola!

Sale de la gruta con cierto aire jacarandoso, muy de la ocasión, el enano Barrabasino. Levanta escasamente un metro del suelo y las barbas le llegan a la cintura.

BARRABASINO. ¿Quién llama a la puerta de mi vivienda?

TOMILLO. ¡Rompetechos!

PRINCESA. Buen hombre: dos villanos que en el camino de la corte de Pizpirigaña perdieron sus cabalgaduras…

BARRABASINO. Perdonad; no sigáis adelante. Villano aquí no hay más que uno sólo, y harto de ajos, puesto que me llamó Rompetechos.

TOMILLO. Perdonadme vos, Rompetechos; es que desconozco vuestra gracia, Rompetechos.

BARRABASINO. Soy el enano Barrabasino, que todo lo sabe.

TOMILLO. (¡Por eso no ha crecido este hombre!).

BARRABASINO. Y tú, señora, eres la Princesa Suspiritos.

PRINCESA. ¿Me conocéis?

BARRABASINO. Hija del Rey Farfán I el Dolorido.

PRINCESA. ¿Conocéis a mi padre?

BARRABASINO. Y vais en busca de vuestro sueño: el Príncipe Lindo de Pizpirigaña.

PRINCESA. ¿Conocéis mi vida? ¡Perdidos somos!

BARRABASINO. No, sino al contrario. El cielo te guió hacia esta selva. Llamaré a mis tres hijas, que gustarán de conocerte y de servirte. Princesa… *Hace una reverencia y entra en la gruta.*

PRINCESA. ¿Visteis nunca cosa semejante, Tomillo?

TOMILLO. Nunca, señora. Ni la oí en los cuentos que a la lumbre del hogar me contaba mi abuela. Y ¿es posible que tenga hijas este boniato? Serán tres ratas blancas.

PRINCESA. No murmuréis de quien puede salvarnos, Tomillo. Aquí vienen.

Sorprendiendo a ambos, salen de la gruta, gentiles y hermosas Garza, Corza y Coralina. Detrás sale el enano, muy orgulloso de su descendencia.

GARZA. Princesa…

CORZA. Princesa…

CORALINA. Princesa…

TOMILLO. ¡Manes de mi abuelo! Y ¡qué hijas tiene Barrabasino!

GARZA. Garza, la de los ojos negros, te desea mil venturas.

CORZA. Corza, la de los ojos verdes, alienta tu esperanza de que serás del Príncipe Lindo.

CORALINA. Coralina, la de los ojos azules, te asegura que ya has salvado el mayor abismo de tu pasión.

PRINCESA. La Princesa Suspiritos bendice a Dios que la puso en camino de hallar tan hidalga y generosa compañía.

Hablan las cuatro aparte.

TOMILLO. *Al enano.* Os habéis portado, Barrabasino. ¿Las tres son vuestras?

BARRABASINO. Las tres.

TOMILLO. ¡Pues parece mentira! *Suena una bofetada, Tomillo se lleva la mano al rostro.* ¡Ay! ¿Quién me ha dado esta bofetada?

BARRABASINO. Yo.

TOMILLO. ¿Vos? ¿Dónde os habéis subido? *Suena otra bofetada.* ¡Ay!

BARRABASINO. ¡Imbécil: mi estatura no es la que ven vuestros ojos!

TOMILLO. ¿No? ¡Haber empezado por advertírmelo!

GARZA. *Señalando al pájaro extraño.* Este pájaro, Princesa, te podrá decir sin palabras mucho de cuanto deseas averiguar.

CORZA. Es un pájaro que sabe de la vida, y nosotras le llamamos el pájaro del sí y del no.

CORALINA. Para decir que sí, sus ojos amarillos se ponen verdes, como la hierba de los campos. Para decir que no, sus ojos se tornan rojos, como la sangre humana.

Tomillo silba de miedo, como siempre.

PRINCESA. ¡Tomillo!

TOMILLO. ¡Se me escapó!

BARRABASINO. Pregunta lo que quieras al pájaro, Princesa Suspiritos; que yo, entretanto, vigilaré para prevenir cualquier sorpresa.

Se va por el fondo, hacia la derecha.

PRINCESA. Pájaro del sí y del no, dime: ¿me cerca algún peligro inmediato? *Los ojos del pájaro se vuelven verdes. Tomillo silba y se tapa la*

boca. ¡Verdes! ¡Los ojos verdes!

CORALINA. Contesta que sí.

CORZA. Bien hizo nuestro padre en salir afuera a vigilar. Estaremos alerta.

PRINCESA. ¿Me casaré con algún hombre que no sea mi Príncipe Lindo? *Los ojos del pájaro se vuelven rojos.* ¡Oh! ¡Los ojos grana!

CORALINA. Contesta que no.

GARZA. Serás dichosa.

CORZA. El pájaro no se engaña nunca.

PRINCESA. ¿Existe alguna persona que haya de curar al Rey mi padre? *Los ojos verdes.* ¡Sí! ¿Quién es esa persona? ¿Dónde se halla? *Los ojos vuelven a su primitivo color.* ¡Ah!… No contesta.

CORALINA. No puede contestar.

PRINCESA. ¡Oh!

GARZA. Preguntadle algo vos. Tomillo.

TOMILLO. ¡Ya lo creo! Vamos a ver, pájaro: yo tengo amores con la hija de Martín Sánchez, el porquero. ¿Cuántos años tiene?

CORALINA. Tampoco os puede contestar.

TOMILLO. ¿No?

CORALINA. No.

TOMILLO. Pues lo siento; porque iba a ver si la cogía en un embuste.

Llega Barrabasino.

BARRABASINO. Princesa.

PRINCESA. ¿Qué hay, Barrabasino?

BARRABASINO. Lo que yo presumí. Gente de armas del Rey Farfán cerca la selva y unos cuantos jinetes se aperciben a registrarla.

Tomillo silba.

PRINCESA. ¡Ahora sí que somos perdidos!

BARRABASINO. No. Nada temas. Mis hijas te pondrán a salvo. *Vuélvese a vigilar por el fondo.*

PRINCESA. Escondednos en vuestra gruta.

TOMILLO. ¡Sí!

GARZA. ¡No!

CORZA. ¡No entréis en la gruta!

CORALINA. El que entra en la gruta, no siendo de nuestra familia, queda encantado en ella y no sale más. Se convierte en estatua de hielo.

Tomillo silba nuevamente.

CORALINA. Ven acá, Princesa. Venid vos, Tomillo. Colocaos a la sombra de este florido árbol. Junto a su ancho tronco sois invisibles a los ojos humanos.

PRINCESA. ¿Es posible?

CORALINA. Míralo, si lo dudas. Quedaos allí, Tomillo. ¿Lo ves, Princesa? ¿Ves a Tomillo ahora?

PRINCESA. No, que no lo veo.

TOMILLO. ¡Pues aquí estoy!

PRINCESA. Ahora sí lo veo ya.

GARZA. ¡Porque ha hablado!

PRINCESA. ¿Cómo?

CORALINA. Vuestros perseguidores pasarán por junto a vosotros sin veros; pero como habléis una sola palabra, se romperá el encanto, como ahora se ha roto, y os verán y caeréis en sus garras.

PRINCESA. Ya lo oís, Tomillo. Cuidado con hablar.

TOMILLO. ¿Habrá tiempo de coserme la boca?

GARZA. ¿Se acercan, padre?

BARRABASINO. Ya se acercan, sí.

CORZA. Pues volvamos nosotras a la gruta.

BARRABASINO. Y yo también.

CORALINA. Luego tornaremos a salir, y uno por uno haremos entrar en ella a vuestros infames perseguidores, para que ahí se queden convertido en hielo. Princesa, Tomillo: no olvidéis que hablar una sola palabra os puede perder. ¡Ni una palabra! *Se entra en la gruta.*

CORZA. ¡Ni una palabra! *Entrase detrás.*

GARZA. ¡Ni una palabra! *Sigue a las otras dos.*

BARRABASINO. ¡Ni media palabra! *Se va con sus hijas.*

TOMILLO. ¡Claro! Éste, ni media. ¡Cada uno manda según el tamaño que tiene!

PRINCESA. ¡Silencio ya!

Quédanse los dos materialmente incrustados en el tronco del árbol. Un momento después salen por la derecha del fondo Peralada, Peransúrez y Perafán, con cuatro soldados que permanecen en el fondo.

PERALADA. Os juro, Peransúrez, que he oído hablar en esta selva. No estoy soñando como creéis.

PERANSÚREZ. Pues ya veis, Peralada, que no se columbra ser humano. ¡Aquí no hay nadie!

PERALADA. ¡Nadie!

PERAFÁN. ¡Nadie!

A Tomillo le entra una gran risa, sin ruido, y la Princesa se esfuerza en vano en infundirle formalidad.

PERALADA. *Paseando hecho un energúmeno.* ¡Uñas y rabos de Satanás! Disculpo a la Princesa, que huye de las prisiones, llevada en alas de su amor. A quien no disculpo en modo alguno, y a quien he de hacer blanco de mi cólera es al ruin traidorzuelo de Tomillo. *Silba éste.* ¡Con qué gusto lo ataré a la cola de mi caballo para entrar arrastrándolo por toda la corte!

Tomillo silba más y más. Las piernas principian a temblarle. La Princesa padece.

PERAFÁN. ¿Quién silba, no oís?

PERALADA. ¡Qué sé yo! Algún pajarraco de esta selva. Perafán. ¡No os paréis en cosa de tan poca monta!

PERAFÁN. Decís bien, Peralada. Y ¿sabéis cuál sería mi venganza de ese astuto villano de Tomillo?

PERALADA. ¿Cuál?

PERAFÁN. Despellejarlo primero y luego echarlo en sal. Yo soy muy singular en mis castigos.

Nuevos silbidos de Tomillo y nuevos temblores. Por suerte, sale Coralina de la gruta.

CORALINA. ¿Eh? ¿Qué gente?

PERALADA. ¡Oh!

PERANSÚREZ. ¡Ah!

PERAFÁN. ¿Veis?

PERALADA. ¿Soñaba yo, Peransúrez?

PERAFÁN. ¡Hermosa doncella!

CORALINA. ¡Galanes soldados! ¿Sois por dicha de las huestes del Rey Farfán el Dolorido?

PERALADA. Para serviros, bella flor.

CORALINA. Y ¿cómo está el Rey de la muela?

PERANSÚREZ. Sin alivio alguno.

CORALINA. ¡Mala ventura la del Rey! Llamaré a mi padre y hermanas, que se holgarán mucho en saludaros.

PERAFÁN. ¿Tenéis hermanas?

CORALINA. Dos.

PERAFÁN. Y ¿os siguen en belleza?

CORALINA. Me aventajan; que la mía es bien poca. ¿Queréis pasar a honrar nuestro palacio?

Tomillo se anima y sigue con interés el diálogo.

PERALADA. Pero ¿palacio es esta gruta?

CORALINA. Palacio es, y harto maravilloso y rico. Entrad, señor.

PERALADA. Nuestra dura empresa no nos lo permite, señora.

CORALINA. ¡Oh! Un alto en el camino… Entrad caballeros… Entrad…

PERAFÁN. Lo pedís de una suerte…

CORALINA. Entrad…

PERAFÁN. No hacerlo, fuera descortesía. Entremos, Peralada. Entremos, Peransúrez. *Entra él.*

TOMILLO. *Sin poder contenerse.* ¡Ya entró uno!

CORALINA. *Dando un grito y metiéndose en la gruta también.* ¡Ah!

La gruta se cierra. Peralada y Peransúrez, que ven de improviso a la Princesa y a Tomillo, gritan atónitos.

PERALADA. ¡Oh!

PERANSÚREZ. ¡Oh!

PERALADA. ¡La Princesa!

PERANSÚREZ. ¡Tomillo!

PERALADA. ¿Y cómo no los vimos antes?

PRINCESA. *A Tomillo.* ¡Nos habéis perdido, mentecato!

PERALADA. ¡Princesa Suspiritos: presa estás en nombre del Rey!

PRINCESA. *Reprimiendo el llanto.* Llevadme, Peralada; llevadme adonde queráis. Dondequiera que vaya irá conmigo la ilusión de mi amor.

PERANSÚREZ. ¡Ya sois nuestro. Tomillo! ¡Ya sois nuestro!

TOMILLO. ¡Y menos mal que se queda ahí el que quería salarme!

PERALADA. ¡Vamos!

PERANSÚREZ. ¡Vamos!

Se alejan por el fondo. Los cuatro soldados los siguen. La Princesa gime. Tomillo silba incesantemente.

FIN DEL CUADRO TERCERO

CUADRO CUARTO

La misma calle del cuadro segundo. Es de noche.

Música

Un grupo nutrido de cortesanos comenta los últimos sucesos acaecidos en el alcázar.

CORO.

De nuevo la Princesa
volvió a la torre.
De nuevo en sus mejillas
el llanto corre.

De nuevo la aprisionan
entre cerrojos.
De nuevo sus guardianes
tienen cien ojos.

Ella dicen que asegura
que ha aprendido en su aventura
que hay tan sólo una persona
que a su padre curará;

y constante lo pregona,
y a su sueño se abandona,

y reprime su amargura
porque cree que vencerá.

¿Quién podrá ser?
¿Maga o diablo?
¿Hombre o mujer?

¿Si será esa dama tapada
que en la corte se apareció
y que cruza por estas calles
cuando muere la luz del sol?

Una dueña y un paje lleva,
y es su porte grave y gentil…
Nadie sabe quién es la dama;
mas, ¡silencio!, que viene aquí.

Sale por la derecha del actor un Paje con una antorcha. Detrás salen la Condesa de los Agravios y una Dueña, ambas con mantos. La Condesa trae también antifaz. Los cortesanos se repliegan para abrirles paso.

Condesa. *Cuando está en medio de la calle.*

¡Amor!
¡Para el que engendre el amor!
¡Dolor!
¡Para el que engendre el dolor!

Sigue su camino precedida del paje y desaparece, *Los cortesanos detienen a la dueña.*

Coro.

¡Dueña! ¡Dueña! ¡Dueña!

Dueña.

¿Por qué me llamáis?

Coro.

¿Quién es ese medroso fantasma
a quien acompañáis?

Dueña.

¡Callo! ¡Callo! ¡Callo!
¡Oh, cortesana grey!
Mas diré que es la sola persona
que ha de curar al Rey.

Se va.

Coro.

Es la sola, la sola persona
que ha de curar al Rey.

Condesa. *Dentro.*

¡Amor!
¡Para el que engendre el amor!
¡Dolor!
¡Para el que engendre el dolor!

Vanse los cortesanos como en seguimiento de la Condesa, repitiendo lo mismo.

Coro.

¡Amor!
¡Para el que engendre el amor!
¡Dolor!
¡Para el que engendre el dolor!

FIN DEL CUADRO CUARTO

CUADRO QUINTO

Salón del trono en el alcázar de Farfán I el Dolorido. Es de día.

En el trono están la Reina y el Rey. El Rey sigue mal de la muela. A los lados, de pie, toda la corte: doña Guiomar, el Condestable, el Chanciller, el Confesor, Pero Pérez, Damas de la Reina, Farautes, Caballeros, principales, Donceles, Pajes, etcétera, etc.

La Princesa Suspiritos y Tomillo aparecen como reos ante el trono. Peralada está inmediato a ellos.

REY. *Quejándose amargamente.* ¡Aaaay!… ¡Aaaay!… ¡Aaaay!… Hablad, Princesa, y ved bien lo que decís en vuestro descargo. ¡Aaaay!…

PRINCESA. *Entregada a los suspiritos que le han dado nombre.* Señor… en mi descargo… no he de pronunciar palabra alguna… ¡Cien veces qué pueda… cien veces me escaparé de mis prisiones… para ir en busca de mi Príncipe Lindo! ¡Ay!

REY. ¡Voto va! ¿Y que Farfán I oiga esto y deje todas las cabezas en su sitio? ¡Voto va!

REINA. *Sollozando.* ¡Ay!

REY. ¡Voto va!

CONFESOR. Alteza, contén tu real enojo; reprime tu real cólera.

REY. ¡No me da la real gana, confesor! ¡Y sabed que no sería la vuestra la primera cabeza con cerquillo que mandase cortar! *Silencio trágico.* ¡A ver!

¡Apartaos, Princesa! ¡Ya os castigaré como merecéis! ¡Y vos, Tomillo, acercaos al trono! ¡Necesito una víctima en seguida! ¡Aaaay!… *Tomillo obedece temblando.* ¡Hablad! *Tomillo silba.* ¡Hablad, os digo! *Vuelve a silbar el hombre.* ¿Os burláis, villano? ¿Cómo os he de decir que habléis? *Tomillo silba nuevamente.* ¡Voto va! ¡Aaaay!…

Reina. ¿Qué os pasa, señor?

Rey. ¡Que esta real muela va a llevarme al real hoyo! ¡Aaaay!…

Música

De improviso, preséntase ante el trono la Condesa de los Agravios. Viene enmascarada.

Condestable. ¡Eh! ¿Qué es esto?

Pero Pérez. ¿Quién es esta dama?

Chanciller. ¿Cómo habéis entrado hasta aquí?

Confesor. ¿Quién os dió la venia? ¿Quién sois?

Condestable. ¡Hablad, señora!

Condesa.

¡Yo curo al Rey!

Coro.

¡Ella cura al Rey!

Condesa.

¡Si yo no lo curo,
me impongan la ley;
mas por Dios os juro
que yo curo al Rey!

Coro.

Si ella no lo cura,
le impongan la ley;
mas por Dios nos jura
que ella cura al Rey.

CONDESA.

Yo miro con respeto
dolencia que es tan grave;
yo tengo su secreto;
yo guardo en mí la clave;
yo sé de un amuleto
de que ninguno sabe.
¡El dolor te asesina y te desvela!
¡Yo, Rey Farfán, te curaré la muela!

CORO.

La corte está confusa,
la corte debe ver
si acepta o si rehusa
la voz de esta mujer.

REY.

No más por un calmante,
le tengo de ofrecer
el premio más brillante
que guarde mi poder.

CONDESA.

Los sabios de la tierra
jamás supieron ver
lo que en su pecho encierra
oculto una mujer.

Cesa la música.

CONDESTABLE. Y bien, señora, primero que nada, ¿quién sois vos?

CONDESA. ¡Yo curo al Rey!

CONFESOR. Pero, ¿quién sois, señora?

CONDESA. ¡Yo curo al Rey!

CHANCILLER. Así lo deseamos todos; mas la corte necesita que le digáis…

CONDESA. ¡Yo curo al Rey!

TOMILLO. No sabe otra cosa.

PERO PÉREZ. Callad vos, Tomillo.

REY. ¡Voto va! ¡Cortesanos aduladores! *Rumor de protesta.* ¡Silencio! ¡Voto va! ¿Oís con tal seguridad que me cura y le ponéis obstáculos? ¡Apartaos de mí! ¡Aaaay!… Decid, señora: ¿qué medicina vais a emplear para curarme?

CONDESA. Ninguna medicina, alteza.

REY. ¿Cómo? ¿Psíquico también? *Montando en cólera.* ¡Condestable!

CONDESA. Espera un momento, señor. *Se quita el guante de la mano derecha y se la da a besar.* Besa en esta gota de sangre que tengo en la diestra.

Obedece el Rey.

TOMILLO. (Estaba yo por decir que me duele un colmillo).

CONDESA. ¿Sientes algún alivio, alteza?

REY. Por primera vez siento alivio, desde que me tomó el mal de la muela maldita. Siento, siento alivio.

CONDESA. ¿Ves tú?

REINA. *Emocionadísima.* ¡Ah!

Rumor de admiración y contento entre los cortesanos.

CONDESA. ¡Silencio! Alteza, repite conmigo las palabras que a decir voy, y te sentirás bueno enteramente.

REY. ¡Soy todo orejas! ¡En oro te he de hacer pesar!

CONDESA.

¡Amor!

REY.

¡Amor!

CONDESA.

¡Para el que engendre el amor!

REY.

¡Para el que engendre el amor!

CONDESA.

¡Dolor!

REY.

¡Dolor!

CONDESA.

¡Para el que engendre el dolor!

REY.

¡Para el que engendre el dolor!

CONDESA. Ya estás curado, Rey Farfán.

REY. *Rebosando júbilo.* ¡Sí, por cierto! ¡Curado estoy! ¡Esto ya es vivir!

Algazara en la corte. Las cabezas se creen ya seguras. La Reina abraza al Rey. La Princesa suspira gozosa.

PRINCESA. ¡Ay!

REINA. ¡Oh! ¡Farfán mío!

CONDESA. ¡Mirad todos ahora! ¡Mirad todos… y ved quién ha curado al Rey! *Se descubre el semblante.*

REY. ¡La Condesa de los Agravios!

CONDESTABLE. ¡La Condesa de los Agravios!

Sorpresa general.

CONDESA. La misma. Tantos recibí de ti, Rey sin entrañas, que merecí este título.

REY. ¿Eh?

CONDESA. Perseguiste a los míos con furia; asolaste mis campos y mis villas; encerraste en un castillo a tu mejor vasallo, porque yo puse en él mis ojos. Pero ya estoy vengada, Rey: me otorgó el cielo el bendito don de curarte. Escucha esto: escuchadlo también vosotros, cortesanos de Chilindrina. Esta cura del Rey está sujeta a las leyes del bien y del mal. Mientras Farfán I derrame solamente sobre sus súbditos dichas y venturas, no volverá a aquejarle el mal de la muela. Cada vez que, llevado de su natural sanguinario, pretenda realizar alguna maldad, daràle la muela tan gran punzada, que del salto llegará al techo.

REY. ¡Porra!

CONDESA. ¡Yo os lo juro!

TOMILLO. (¡Pues sí que es una noticia!).

Tempestad de comentarios en la corte.

REY. ¡Voto va! ¡Silencio! ¡Siempre fuisteis una embaucadora, Condesa!

CONDESA. ¿Embaucadora yo? ¡En tu mano está probarme ante todos que miento, majagranzas!

REY. ¿Majagranzas al Rey?

CONDESA. Y aún es poco. ¿Pues no me tratas de embaucadora después que te curo, necio ruin?

REY. ¿Necio ruin al Rey? ¡A ver! ¡Peralada!

Per alada. Alteza…

REY. ¡Sacad ahora mismo a esta mujer a la plaza pública, y que en ella le den quinientos palos! ¡Aaaay!…

No bien acaba de pronunciar esta sentencia, cuando principia a dar botes y alaridos de puro dolor de la muela, llevándose las manos al rostro. La Condesa sonríe. Los cortesanos comentan atónitos el caso. El dolor del Rey cesa cuando rectifica la orden.

CONDESTABLE. ¿Le vuelve el dolor? ¡Luego es cierto!

REY. ¡Aaaay!… ¡Peralada, que no le den palo ninguno!

CONDESA. ¿Vuelves a estar tranquilo?

REY. Sí.

CONDESA. ¿Estás convencido de que no engaño?

REY SÍ.

CONDESA. Tienes que ser bueno por fuerza.

REY. Sí.

CONDESA. Princesa Suspiritos, ven. ¿Qué quieres pedirle a tu padre?

TOMILLO. (¡Ahora vamos a abusar todos!).

PRINCESA. Sólo una cosa. No más que lo que siempre le pedí: mi boda con el Príncipe Lindo. ¡Ay!

REY. ¡Voto va! ¡Con el Príncipe Lindo no os casaréis nunca!

CONDESA. ¡Sí se casará! ¡Y pronto!

REY. ¡No se casará!

TOMILLO. ¡Sí se casará!

TODOS. *Aprovechándose de la situación.* ¡Sí se casará!

REY. ¡No se casará! *Le vuelve el dolor*. ¡Aaaay!… Sí se casará… sí se casará… ¡Si yo siempre he soñado con ese casamiento!

PRINCESA. ¡Oh! ¡Se acabaron mis suspiritos!

REY. *Con la risita del conejo.* ¡Jeeee!

CONDESA. Adiós, Rey Farfán; de hoy más, quieras o no quieras, has de ser noble, generoso y justo. Adiós. Princesa Suspiritos. Tú serás venturosa con el Príncipe Lindo.

REY. ¡Jeeee!

PRINCESA. Permitid, Condesa, que os bese la mano.

TOMILLO. Permitídmelo a mí también.

La Princesa le besa la mano desnuda. Tomillo la enguantada, que es la que le presenta.

PRINCESA. Otra vez.

TOMILLO. Otra vez. (¡Vaya! ¡Siempre me toca a mí la del guante!).

CONDESA. Adiós a todos, y miraos en el espejo de la muela del Rey Farfán. Las lágrimas que nacen naturalmente de nuestros dolores pueden ser acaso un consuelo. Las que nosotros hagamos derramar, no pueden ser sino un martirio. *Se va pomposamente.*

PERO PÉREZ. ¡Viva la Condesa de los Agravios!

TODOS. ¡Vivaaa!

REINA. Esposo, tenéis que ser bueno, puesto que así lo ha pedido al cielo la Condesa de los Agravios. Casemos a nuestra hija con el Príncipe Lindo, que tiene metido en la cabeza…

PRINCESA. ¡Y en el corazón!

REINA. Y en el corazón; y haya en Chilindrina fiestas y torneos para celebrarlo.

REY. ¡Jeeee!

PERO PÉREZ. ¡Viva la Reina!

TODOS. ¡Vivaaa!

PRINCESA. *Al público:*

Los que sembraren amor,
flores al paso hallarán;
los que sembraren dolor,
espinas encontrarán.
Y aquí termina, señor,
LA MUELA DEL REY FARFÁN.

FIN DE LA ZARZUELA

Madrid, noviembre, 1909.

HERIDA DE MUERTE

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el **TEATRO DE LA PRINCESA** el 14 de marzo de 1910

A MARÍA GUERRERO,
alma y vida de nuestra escena, sus
devotísimos admiradores y amigos,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Araceli.	María Guerrero.
Eduardo.	Mariano Díaz de Mendoza.
Jacinto.	Luis Martínez Tovar.
Fermín.	José López Alonso.

HERIDA DE MUERTE

Elegante salita en que el joven doctor Jacinto Cañales recibe, en su casa de Madrid, a lo más granado de su clientela femenina. Una puerta al foro y otra a la izquierda del actor. Es de noche. Luces.

Jacinto, vestido de frac, pasea fumando. Por la puerta del foro llega de la calle Eduardo, su hermano, también de frac.

EDUARDO. ¡Mediquillo!

JACINTO. ¡Hola, abogadete! Dios te guarde. ¿Tú por esta casa?

EDUARDO. ¿Y María?

JACINTO. Allá dentro, esperándome.

EDUARDO. ¿Vais al teatro, por supuesto?

JACINTO. Sí; a la Princesa.

EDUARDO. Yo también.

JACINTO. ¡Ah! ¿entonces vienes para que nos vayamos juntos?

EDUARDO. No; vengo a otra cosa: vengo contra ti.

JACINTO. Pues dé milagro me pescas. Ya debía estar en el teatro…

EDUARDO. ¡Hombre, por Dios! ¿Tú, el médico más elegante de Madrid, incurres en la vulgaridad de ver el acto primero de las comedias? ¡Bah!

JACINTO. ¿Qué quieres? Incurro en esa vulgaridad, y en la de no levantarme de mi sitio hasta que baja el telón en el último acto.

EDUARDO. Pues no sé cómo tienes tanta y tan distinguida clientela. A mí el acto primero me lo explica siempre un acomodador y él desenlace el

guardarropa.

JACINTO. Bien está. Bromas aparte, cuéntame qué es lo que te trae contra mí. O entra primero a ver a María, que dice que eres el número uno de los cuñados ariscos y descorteses. Nos llama Caín y Abel.

EDUARDO. ¿Caín eres tú?

JACINTO. Por descontado.

EDUARDO. Pues oye, Caín. Ahora entraré a ver a tu costilla. Oye. ¿Tienes inconveniente en presentarme esta noche en el teatro a la Villa-Serena?

JACINTO. ¿A la Villa-Serena? ¿A Beatriz? Ninguno. Pero ¿tú para qué quieres conocer a Beatriz?

EDUARDO. ¡Oh! Comprende que no será para verle el escote, porque eso se ve perfectamente desde todos los puntos del teatro.

JACINTO. Entonces, ¿para qué?

EDUARDO. Para nada. Si a mí no me importa un bledo esa señora respetable…

JACINTO. ¿Pues por qué me pides que te la presente?

EDUARDO. Porque a su palco van desde hace algunas noches unos ojos negros, puestos en la cara más linda que sostiene el cuerpo más bello de la mujer más hermosa que hay en todo Madrid.

JACINTO. ¡Anda con Dios! ¿Al palco de la Villa-Serena va todo eso?

EDUARDO. Justo. ¿De qué te ríes?

JACINTO. ¿Cómo se llama esa mujer?

EDUARDO. Araceli Rivera.

JACINTO. *Sorprendido.* ¿Araceli Rivera?

EDUARDO. La misma. ¿Qué te choca?

JACINTO. ¿Y tú quieres tratar a Araceli Rivera?

EDUARDO. Sí, hombre. ¿Qué inconveniente hay?

JACINTO. ¿Cuál es tu intención?

EDUARDO. No lo sé todavía. Ni hay por qué analice mis sentimientos. Pero tengo una necesidad imperiosa de hablar con ella y de decirle que ha

nacido como Venus: del mar entre la espuma.

JACINTO. ¿Sabes, Eduardo, que no conozco un calavera de más suerte que tú?

EDUARDO. De más gusto, querrás decir.

JACINTO. De más suerte, digo. ¿Por qué crees que me has encontrado en casa a estas horas?

EDUARDO. ¡Qué sé yo!

JACINTO. Porque estoy esperando a la propia Araceli Rivera, que va a llegar de un momento a otro.

EDUARDO. ¿Tú?

JACINTO. Yo.

EDUARDO. ¿Qué Araceli Rivera…?

JACINTO. Va a venir a mi casa de un momento a otro.

EDUARDO. ¡Jacinto!

JACINTO. Mira. *Le muestra una carta.*

EDUARDO. ¿Es suya esa carta, Jacinto?

JACINTO. No.

EDUARDO. ¿De quién es?

JACINTO. De la Villa-Serena, su amiga, cabalmente. Escucha. *Lee.* «Querido Jacintillo: Esta noche te voy a robar una hora de teatro. Dispénsame. Una amiga mía muy guapa —dicho sea esto en compensación de la penitencia que te impongo— desea consultarte. Me refiero a Araceli Rivera, que está herida de muerte, según ella cree, aunque por fortuna en esa creencia no la acompaña nadie. Ha visto a todos los médicos de Madrid, y casi del mundo, y ninguno ha acertado a curarla; pero todos coinciden en asegurarle que está como una rosa».

EDUARDO. ¡Y lo está! ¡Si no hay más que verla!

JACINTO. Calla. *Sigue la lectura.* «Los padres se oponen resueltamente a que vea a más médicos. Yo creo que hacen bien; pero como soy muy amiga tuya y a ella la quiero mucho…».

EDUARDO. ¡Qué simpática es esa señora!

JACINTO. «… Y a ella la quiero mucho, te suplico que con toda reserva, la oigas esta noche. Irá a tu casa antes de ir al teatro con la señora que al teatro la acompaña. Tú, que eres un hombre de ciencia y un hombre de mundo…».

Llega por la puerta del foro Fermín, el criado de Jacinto, con una tarjeta.

FERMÍN. Don Jacinto.

JACINTO. ¿Qué hay, Fermín?

FERMÍN. Esta señorita.

JACINTO. *Leyendo la tarjeta.* Ella es.

EDUARDO. ¿Araceli?

JACINTO. Araceli.

EDUARDO. ¿Que está ahí Araceli?

JACINTO. Sí, hombre; no te me vayas a desmayar.

EDUARDO. No, no me desmayo; pero… ¿A ti qué te parece que haga? ¿Me voy, me quedo, me meto debajo de la mesa?…

JACINTO. ¡Qué loco eres! Verás lo que vamos a hacer. Vas a conocerla antes que yo.

EDUARDO. ¿Cómo?

JACINTO. Mientras yo le cuento a María todo este lance tuyo, tú recibes a esa señorita tan guapa. Le dices que yo salgo al instante, le das un rato de palique, le juras que ha nacido entre las espumas del mar, como Venus, y cuando yo aparezca, se cambian los papeles: me dejas aquí y tú te vas a charlar con María.

EDUARDO. Muy bien. Me parece muy bien. Es un plan admirable.

JACINTO. ¿Ves cómo tienes más suerte que nadie en el mundo? Hazla pasar.

EDUARDO. Sí; ahora mismo. Vete tú.

JACINTO. Buena mano derecha. *Se va por la puerta de la izquierda.*

EDUARDO. Fermín.

FERMÍN. Señorito Eduardo.

EDUARDO. ¿Con quién viene esa señorita?

FERMÍN. Con una señora muy alta, con gafas verdes.

EDUARDO. Pues que entre sola.

FERMÍN. ¿La de las gafas verdes?

EDUARDO. No; la de los ojos negros.

FERMÍN. Está bien.

Vase por la puerta del foro. Eduardo espera emocionado la presencia de la hermosa Araceli, la cual justifica plenamente la emoción y la chifladura de Eduardo. Al aparecer, se detiene, anhelante, en la misma puerta.

ARACELI. Doctor…

EDUARDO. Señorita… ¿Qué le sucede a usted?

ARACELI. No… nada… Perdóneme usted… Es una impresión la que me produce entrar aquí…

EDUARDO. ¿Por qué, señorita? Cálmese… Pase usted… Siéntese donde quiera…

ARACELI. *Obedeciéndolo maquinalmente.* Mil gracias…

EDUARDO. ¿Está usted cómoda en esa silla? Aquí estará mejor.

ARACELI. Mil gracias… mil gracias.

EDUARDO. Pero cálmese; procure calmarse…

ARACELI. No puedo… no puedo… Le suplico a usted que me perdone. Soy ridícula, ya lo sé; pero no puedo, no puedo calmarme en un rato. ¡Si usted supiera el esfuerzo que me ha costado subir hasta aquí!

EDUARDO. ¿No ha subido usted en el ascensor?

ARACELI. Sí. Pero ¿y el esfuerzo que me ha costado entrar en él?

EDUARDO. ¿Le dan a usted miedo los ascensores?

ARACELI. No, señor: me dan miedo los médicos. Es decir, los médicos y los ascensores, y todo. Ésta es la verdad. Todo me estremece, todo me aterra, todo me sobresalta… ¡Ay, doctor!

EDUARDO. *Encantado.* ¡Ay, doctor!

ARACELI. ¿Va usted a hacerme burla?

EDUARDO. ¡Qué disparate! Es que ya que la veo más tranquila, debo advertirle a usted…

ARACELI. *Con susto.* ¿Qué?

EDUARDO. Nada, nada de particular… no se altere de nuevo.

ARACELI. Pero ¿qué tiene usted que advertirme?

EDUARDO. Que, en esta ocasión, el miedo de usted a los médicos no está justificado todavía.

ARACELI. Por Dios… ni todavía, ni nunca. Usted se ha molestado con mis palabras.

EDUARDO. ¿Yo? ¡Yo, no! Esté usted segura, señorita.

ARACELI. Soy tonta, inconsciente… Digo sin pensar cuanto se me ocurre. Perdóneme usted una vez más. Los médicos me espantan, pero también me atraen. Ellos tienen el secreto de la vida… ¡y yo quiero vivir! ¡Quiero vivir, doctor, quiero vivir!

EDUARDO. Le alabo a usted el gusto, señorita, y me permito darle la enhorabuena.

ARACELI. ¿Por qué?

EDUARDO. Porque durante muchos años va usted a conseguir sin violencia alguna lo que quiere.

ARACELI. ¿Sí?

EDUARDO. ¿Cómo no? ¿Hay más que verle a usted la cara?

ARACELI. ¿Qué tengo en la cara?

EDUARDO. ¡Los ojos más hermosos que existen!

ARACELI. Deje usted las galanterías.

EDUARDO. Pues cierre usted los ojos.

ARACELI. *Halagada.* Je…

EDUARDO. La cara, Araceli, es el espejo del alma, según muchos. Para mí es el espejo del cuerpo. Si en el cuerpo hay fuerza y salud, a la cara asoman. Y no obstante la palidez momentánea de su impresión primera al entrar aquí, la cara de usted canta salud.

ARACELI. ¡La de todos! ¡Lo mismo que todos! ¡Todos me dicen eso!

EDUARDO. ¡Naturalmente, señorita! ¡Si es usted un clavel de mayo!

ARACELI. No, doctor; no, doctor… Doctor, no; no me engañe usted… No, doctor, doctor, no; doctor, no…

EDUARDO. Doctor, no; doctor, no; estamos de acuerdo. Eso es lo que iba a advertirle a usted, precisamente.

ARACELI. ¿Qué?

EDUARDO. Que no está usted ante el doctor Cañales.

ARACELI. Ya, ya lo sé; ya vengo prevenida… Ya me ha dicho Beatriz… Para mí no será usted el doctor; será usted el amigo… el amigo benévolo, condescendiente… *Estrechándole una mano, cuyo aroma huele luego Eduardo en la suya, al descuido.* Muchas gracias.

EDUARDO. No es eso, señorita.

ARACELI. Sí es eso; si me lo ha dicho Beatriz: que es usted muy bueno, muy amable… muy artista… *De pronto, alarmadísima.* ¿Qué ha notado usted en mí que se huele la mano?

EDUARDO. Nada, señorita… Que la mano y usted… huelen, sencillamente, a gloria.

ARACELI. Je…

EDUARDO. Pero, a lo que iba, porque mi conciencia no me permite… Al entrar usted por esa puerta, el doctor Cañales se fué por esa otra.

ARACELI. Entendido, entendido… No me dé usted más explicaciones. Será usted mi consejero, mi amigo, mi confesor… Todo, menos el médico.

EDUARDO. Muy bien. Todo, menos el médico. Muy bien. Ya no tengo inconveniente alguno en escucharla sin más explicaciones. *Toca un timbre, que estremece a Araceli.*

ARACELI. ¡Ay!

EDUARDO. ¿Qué ha sido?

ARACELI. El timbre: ¿ve usted? Temblando, temblando por el timbre… *Le da la mano.* Mire usted, mire usted…

EDUARDO. Ya, ya… ¡Qué nervios!

ARACELI. ¡No se huela usted la mano, por Dios, que me voy a morir del susto!

EDUARDO. Je…

Se presenta Fermín en la puerta del foro.

FERMÍN. ¿Llamaba el señorito?

EDUARDO. Sí.

FERMÍN. ¿Qué desea?

EDUARDO. Que no estoy para nadie.

FERMÍN. Bien.

EDUARDO. Venga quien viniere, ¿lo oyes?

FERMÍN. Sí, señor. *Vase.*

EDUARDO. No estoy para nadie: es lo mejor. ¿Le molesta a usted esa puerta abierta? *La de la izquierda.*

ARACELI. A mí, no.

EDUARDO. A mí, sí. *La cierra.*

ARACELI. *Suspirando.* ¡Ay!

EDUARDO. Ea, y ahora vamos a ver de qué mal va usted a morirse. *Se le sienta al lado.*

ARACELI. No lo eche usted a broma, si ha de inspirarme confianza, doctor.

EDUARDO. Doctor, no.

ARACELI. Pues bien, amigo mío: no se ría de mí mal, que esa risa de los demás es mi mayor tortura. ¡Yo me muero, y mi padre se ríe!

EDUARDO. Eso no puede ser.

ARACELI. ¡Pues se ríe! Y mi madre se ríe también… ¡y yo me muero! Y mis amigas se ríen… ¡y yo me muero! ¡Y, la verdad, no creo que tenga ninguna gracia que yo me muera!

EDUARDO. Lo que tiene gracia es que usted crea que va a morirse. Por eso se ríen todos.

ARACELI. Es que ellos no están dentro de mí. ¡Y yo estoy muy mala por dentro!

EDUARDO. Por dentro, es posible; por fuera, no puede usted estar mejor.

ARACELI. No lo eche usted a broma.

EDUARDO. De ninguna manera. ¿Qué es lo que siente usted por dentro?

ARACELI. ¡El purgatorio y el infierno juntos! Óigame usted atentamente. Algo de lo que siento, sólo algo, podré explicarle a usted; mucho de lo que siento, no: porque no darla con las palabras. ¡Ay, amigo mío! Siento unas angustias, y unos pavores, y unos anhelos, y unas tristezas, y unos sobresaltos, y unas congojas, que no sé cómo vivo. Tengo constantemente un ansia de no sé qué… de no sé qué… que me hace suspirar y llorar por los rincones, como una chiquilla. A veces el aire me parece que está lleno de enemigos invisibles que me persiguen y me quieren matar, y huyo de ellos desatentada. ¡Huir del aire! ¿No ve usted que esto es estar loca? Ni dormida ni despierta es mía mi voluntad. Las lágrimas siempre están a flor de mis ojos, y del llanto salto sin pensar a una risa sin alegría que a mí misma me aterra. Ni el sol tiene luz para mí, ni la vida atractivo ni encanto alguno. ¿Y mis caprichos? Mis caprichos son desatinados; son locos. Cruza volando un pájaro, y deseo con tal ansia que sea mío, que siento que la vida entera se me va tras él. Y si en aquel instante viniera a mis manos, seguramente, sin estimarlo en nada, yo volvería a echarlo a volar. ¡Y así vivo… mejor dicho, así muero, en medio de las risas de cuantos me rodean… y todos viven y se ríen, y sólo yo me muero llorando!

EDUARDO. No, no; no hay por qué llorar, Araceli; no hay por qué llorar. Serénese usted, que no hay por qué llorar. ¿Quiere usted un poco de agua?

ARACELI. No.

EDUARDO. ¿De azahar?

ARACELI. No.

EDUARDO. ¿De tila?

ARACELI. No.

EDUARDO. ¿De jerez?

ARACELI. Bueno. Pero no: tampoco. No necesito tomar nada absolutamente. Lo que necesito es oírlo a usted. Ya estoy más sosegada.

EDUARDO. ¿Que necesita usted oírme, dice?

ARACELI. Sí, señor; necesito oírlo. Pronto, pronto.

EDUARDO. Bueno; pues me va usted a oír. Usted, Araceli… Usted, hermosísima Araceli…

ARACELI. Sin flores.

EDUARDO. Hemos quedado en que me va usted a oír. Ahora hablo yo, y yo curo a mis enfermas con flores. Usted, divina, encantadora Araceli, tiene, en efecto, todos esos males que a mí me ha dicho.

ARACELI. ¡No me asuste usted!

EDUARDO. Usted, si no quiere, no tendrá nada de cuanto me ha dicho.

ARACELI. ¡No me engañe usted!

EDUARDO. Porque yo le aseguro que todos esos temores, todas esas congojas, todas esas locuras sin fundamento van a durar lo que las pompas de jabón en el aire.

ARACELI. Por amor de Dios, no me mande usted paseos, ni viajes, ni que me distraiga y tome yemas en jerez a cada momento, porque eso es lo que me mandan todos y lo que ya estoy decidida a no hacer. *A un movimiento de Eduardo.* Ni a escuchar siquiera. Me tiene muy harta ya la tal sintonía. ¡Que me distraiga! ¡Qué más quisiera yo que poder distraerme! ¡Lo que yo daría por un libro capaz de sacarme de mí, aunque sólo fuese algunas horas!… ¡Lo que yo daría por una ilusión que alumbrara mi espíritu siquiera un instante!… ¡Que salga, que dé grandes paseos, que vea gente! ¿Para qué he de verla, si nadie me importa? Además, doctor…

EDUARDO. Doctor, no.

ARACELI. ¿Usted se figura que yo no padezco más que esos males de que le he hablado?

EDUARDO. ¿Qué más padece usted?

ARACELI. Mucho más, muchísimo más, infinitamente más padezco. La cabeza, la cabeza que en ocasiones me arde como un volcán, en otras me causa la sensación justa de que está hueca.

EDUARDO. ¿Hueca?

ARACELI. Hueca, sí; no se ría usted también. Es tal ausencia de peso, de gravedad, que se me antoja que va a salir volando, o que ya voló y no llevo

nada sobre los hombros.

EDUARDO. Y se mira usted al espejo y se tranquiliza.

ARACELI. No se burle. Pero ¿usted ve lo que le cuento de la cabeza? Pues apenas hago caso de ello. Una preocupación mayor me domina. En el pecho es donde yo estoy herida de muerte.

EDUARDO. ¡Ave María Purísima!

ARACELI. ¡Oh!, sí, sí; no lo dude usted. En el pecho tengo yo algo.

EDUARDO. Eso no lo discuto yo.

ARACELI. Es una opresión, una angustia, un faltarme el aire… *Aspirando con gran fatiga*. ¡Aaaah! ¿Ve usted? Me falta el aire. ¡Aaaah! Me falta el aire. ¡Aaaah! Me falta el aire. ¡Aaaah!

EDUARDO. Y si sigue usted así, me va a faltar a mí también.

ARACELI. No, no; usted quiere desorientarme con sus burlas, pero es inútil. En su cara he visto la impresión que le ha producido a usted este mal de mi pecho, y yo no me voy de aquí sin que usted me reconozca detenidamente.

EDUARDO. ¿Cómo que yo la reconozca?

ARACELI. Que usted me reconozca, sí.

EDUARDO. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

ARACELI. ¿Qué?

EDUARDO. *Voladísimo*, Nada, nada… Una criatura tan impresionable como usted… sometida a un reconocimiento de esa índole… ¡Qué desatino! ¡Buena íbamos a hacerla! ¿Usted no cuenta con el efecto moral, Araceli? Usted no cuenta con que usted… Usted no cuenta con que yo… ¡Usted no cuenta con muchas cosas!

ARACELI. ¡Ay, doctor! Ahora me parece usted más sincero. Acaso tenga usted razón. ¡Yo me muero si usted me reconoce! ¡Pero si no me reconoce usted, también me muero!

EDUARDO. Calma, Araceli, calma. No se muere usted. Yo se lo afirmo sin reconocerla. Pero vamos a adoptar un término medio. Deme usted la mano.

ARACELI. ¿Para qué?

EDUARDO. Deme usted la mano.

ARACELI. ¿La derecha?

EDUARDO. Es indiferente. *Le toma una mano.* Suspire usted ahora.

ARACELI. ¡Ay, padre mío!

EDUARDO. Bien.

ARACELI. ¿Bien?

EDUARDO. Bien; bien. Suspire más fuerte, y ya que al suspiro acompañan palabras, dedíquele usted este segundo suspiro a otra persona.

ARACELI. ¡Ay, madre mía!

EDUARDO. Muy bien.

ARACELI. ¿Muy bien?

EDUARDO. Muy bien; muy bien. Vuelva usted a suspirar aún más a sus anchas, si es posible…

ARACELI. Es posible, sí.

EDUARDO. Y evoque al hacerlo a otra persona de su mayor cariño y simpatía.

ARACELI. *Después de pensarlo.* ¡Ay, Sebastián!

EDUARDO. *Soltando inconscientemente la mano de Araceli.* ¿Quién es Sebastián?

ARACELI. El único hermanito que tengo.

EDUARDO. ¡Quiere usted mucho a la familia!

ARACELI. Mucho. ¿Suspiro otra vez?

EDUARDO. No; porque a lo mejor va usted a suspirar por un primo segundo.

ARACELI. ¿Y qué?

EDUARDO. Nada, nada; otra broma, Araceli.

ARACELI. Otra broma, no. Porque usted, al oír lo de Sebastián, palideció de pronto; usted soltó mi mano al oír lo de Sebastián… ¿Qué pensó usted que tenía yo en el pecho?

EDUARDO. ¡Pensé que tenía usted a Sebastián! —que no es grano de anís.

ARACELI. No entiendo, amigo mío.

EDUARDO. Pues ya es hora de que entienda usted. No es posible, Araceli, que yo siga adelante con lo que hasta aquí sólo puede hallar disculpa en la ligereza de mi carácter y en la misma vehemencia de usted, que me ha impedido hablar más claro.

ARACELI. Tampoco entiendo.

EDUARDO. Déjeme usted continuar. Yo no soy Jacinto Cañales, el médico famoso, el amigo de su amiga Beatriz, el hombre de moda…

ARACELI. ¡Dios mío! ¿Es que me he metido en otro cuarto?

EDUARDO. No. Se ha metido usted en el cuarto adonde venía. Está usted en casa del doctor Cañales, que ahora mismo saldrá, y en presencia de su hermano Eduardo.

ARACELI. ¡Ah! ¿es usted su hermano Eduardo?

EDUARDO. Para servir a usted.

ARACELI. ¿El viudo?

EDUARDO. El soltero.

ARACELI. Ya. El soltero… Pues parecía usted el casado.

EDUARDO. ¿El casado? ¿Por qué?

ARACELI. Quiero decir que parecía usted el médico. Me ha estado usted oyendo con un interés y poniendo unas caras… ¡Jesús, qué cosa! Esto lo ve una en el teatro y dice que no puede pasar.

EDUARDO. Pues… ya ve usted si pasa. Conste, pues, Araceli, que yo no soy el médico. Lo que soy es enfermo, en tal caso.

ARACELI. ¿Enfermo usted? ¿De qué está usted enfermo?

EDUARDO. Quizás de lo mismo que usted.

ARACELI. ¿De lo mismo que yo? Tampoco entiendo eso, Eduardo.

EDUARDO. Yo, como usted, daría mil veces cuanto pudiera por una ilusión que alumbrara mi espíritu. Yo, preciosa Araceli, pensaba esta noche ir con mis hermanos al teatro y buscar ocasión de saludarla a usted y de

hablarle, porque deseo ser su amigo… porque su persona me interesa profundamente. ¿Entiende usted esto?

ARACELI. Eso está más claro que el agua. Ahora, que yo no sé… Usted se hará cargo… Esta situación es tan anormal… ¿Quiere usted que llame a la *miss*?

EDUARDO. A mí no me hace falta ninguna.

ARACELI. No, ni a mí tampoco; pero… Mi situación… sus palabras de usted… Yo he venido aquí a ver a su hermano…

EDUARDO. ¿Quiere usted que llame a mi hermano?

ARACELI. Llámelo…

EDUARDO. Me parece que hace tanta falta como la *miss*. Pero… lo llamaré. ¡Qué diablo! En lugar de presentarme él a mí, lo presento yo a él. Aunque, después de todo, es una tontería. Porque, vamos a ver: ¿usted no se encuentra algo mejor? Con franqueza.

ARACELI. Con franqueza: ahora me encuentro bien. Como no estoy pensando en mis males…

EDUARDO. Usted lo ha dicho. Olvidar es aliviarse, Araceli. Vamos a dejar a mi hermano allá dentro. Sí; porque si viene, recuerda usted otra vez lo que aquí la trajo, y vuelve a padecer. Y yo no quiero que usted padezca, Araceli.

ARACELI. Eduardo…

EDUARDO. Le he dicho a usted que me interesa su persona, y quiero que otra vez lo oiga de mis labios. Si el sólo verla de lejos me embelesaba y seducía, el oír su voz, el conocer sus cuitas misteriosas ha acabado de cautivarme. ¿Quiere usted ser mi amiga, Araceli?

ARACELI. Yo voy a llamar a la *miss.*

EDUARDO. Un momento. ¿Quiere usted ser mi amiga?

ARACELI. ¿Por qué no, Eduardo?

EDUARDO. Pues ya que nuestra amistad ha empezado de tan particular y graciosa manera, ya que yo he logrado hacerla olvidar sus males un momento, acépteme como médico por unos días.

ARACELI. Como médico… Tiene gracia… Como médico… Y ¿qué va usted a hacer?

EDUARDO. Recetar: lo que hacen los médicos.

ARACELI. Pero ¿usted sabe?

EDUARDO. Curarla a usted, seguramente. Mire usted mi plan. Durante el tiempo necesario la despertará a usted todas las mañanas la llegada de un ramo de flores que yo le enviaré. ¿Me dispensará usted el honor de aceptarlo?

ARACELI. ¿Como medicina?

EDUARDO. Desde luego.

ARACELI. Si es como medicina…

EDUARDO. Horas después, pasaré por la acera de enfrente a la de su casa, y usted se asomará al balcón.

ARACELI. ¡Ay!, me da mucho miedo caerme; por eso no me asomo nunca.

EDUARDO. No importa. Como soy yo el que ha de pasar por debajo, si se cae usted, respondo de que no se hará daño alguno.

ARACELI. Je… Tiene gracia…

EDUARDO. Por la noche, al teatro. Al que usted asista iré yo. Charlaremos allí de las impresiones del día, sin hacer mucho caso de la función, por si es tristona… y Dios dirá luego. Del resultado que nos dé este plan de los primeros días dependerá todo lo demás. ¿Acepta usted… enferma de desilusión?

ARACELI. Acepto, sí. No es un plan nada duro… Recibir sus flores por la mañana, saludarlo a usted al mediodía y hablarle por la noche… No es muy duro, no…

EDUARDO. ¿Verdad? Y ¿espera usted que acierte?

ARACELI. No sé… no sé… no quiero contestarle… Como me ha llamado usted enferma de desilusión… Si luego hay algún cambio en el plan…

EDUARDO. No, eso no; todo será sobre lo mismo… Más llores, más saludos, más charla…

ARACELI. Más charla… más saludos… más flores… Veremos… veremos… Es muy alegre la esperanza… Veremos… Pero ahora…

EDUARDO. ¿Está violenta, no es verdad? ¿Desea marcharse?

ARACELI. Sí.

EDUARDO. ¿Sin ver a mí hermano?

ARACELI. Se me ha hecho un poco tarde, ¿no? En el propio teatro me echarán de menos algunos amigos de casa.

EDUARDO. ¿Quiere usted mi brazo hasta la puerta?

ARACELI. ¿Como medicina también?

EDUARDO. También.

ARACELI. Je… A Jacinto dele mis disculpas…

EDUARDO. ¡Bah! ¡Es un mediquillo de tres al cuarto!

Se van del brazo por la puerta del foro; él contemplándola sonriente y ella a cien leguas del objeto de su visita. A punto de verlos desaparecer, llega curiosamente Jacinto por donde se marchó.

JACINTO. ¡Ah, caramba! ¡Se la lleva del brazo! Pero ¡este hermano mío es inconmensurable! *Llamando.* ¡Fermín! ¡Fermín!

Sale Fermín por la puerta del foro.

FERMÍN. Señorito.

JACINTO. ¿Tú sabes qué ha ocurrido aquí?

FERMÍN. Señorito, yo no sé más sino que el señorito me dejó ahí fuera con la inglesa que viene con la señorita y me dijo que no estaba para nadie.

JACINTO. ¿Para nada?

FERMÍN. Para nadie.

JACINTO. Y ¿tú has hablado algo con la inglesa?

FERMÍN. ¡Mucho! Tampoco anda buena. Empezó a contarme que se va a morir el día menos pensado, y que tiene unas tristezas muy grandes, y que no duerme, y que no come; y yo le dije que en cuanto se enamorara de un español como yo, se le acababan esas murrias. Y se va tan contenta.

JACINTO. ¡Bien, hombre, bien! Pero ese hermano mío…

FERMÍN. Aquí llega.

Vase Fermín y llega, en efecto, Eduardo, muy gozoso.

JACINTO. ¡Eduardo!

EDUARDO. ¡Jacintillo! ¡Abrázame!

JACINTO. ¿Y la enferma?

EDUARDO. ¿La enferma? Convaleciente ya. En cambio yo, gravísimo.

JACINTO. ¿Gravísimo, eh?

EDUARDO. Gravísimo. Pronto la verás en el teatro y me dirás si no hay para enfermar de muerte. Yo le he propuesto ser su médico por unos días.

JACINTO. ¿Tú?

EDUARDO. Yo. Y he de serlo. Y la he de curar. Oyendo las tribulaciones de esa hermosa mujer, de quien ya estoy desatinadamente enamorado, pensé que los médicos de las mujeres, antes que médicos, tienen que ser poetas. ¡Ay de aquel que no sepa curar las almas! ¡Desilusión, desamor, desencanto! ¡Sólo con ilusión y con amor podréis curaros siempre!

Porque el tormento mayor
que hay para toda mujer
es la muerte de ese amor
que se muere sin nacer.

FIN

Madrid, febrero, 1910.

EL ÚLTIMO CAPÍTULO

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el **TEATRO DE LA COMEDIA** el 19 de marzo de 1910

A MATILDE MORENO,
tesoro de sentimiento y de gracia
en una linda, figura de mujer, sus
admiradores devotísimos,
LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
La Chispita.	Matilde Moreno.
Javier.	Manuel González.
Quico.	Ernesto Vilches.

EL ÚLTIMO CAPÍTULO

Gabinetito modesto, pero coquetón, del cuarto que Javier le ha puesto en Madrid a una amiga íntima. Balcón a la derecha del actor y puerta al foro. Es de noche. Luces.

Javier, sentado indolentemente en una butaca, fuma. Parece preocupado, y lo está. A poco sale Quico, que viene de la calle, y se pone detrás de él contemplándolo socarronamente. Javier no advierte su presencia mientras no le habla.

JAVIER. *Suspirando.* ¡Ay!… Hasta que no va uno a dejarlas, no sabe bien todo lo que valen para uno… Pero no hay más remedio, no hay más remedio… *Se levanta y pasea. Quico lo sigue sonriéndose e imitando sus ademanes alguna vez.* Lo primero que debe un hombre es ser hombre, ser dueño de sí. ¡Pobre Chispita! ¡Tan buena, tan linda, tan graciosa!… ¡Qué diablo! Ya encontrará otro. *Quico se señala.* Fuera, fuera, romanticismos y vacilaciones, propios de un pipiolo. Hemos llegado al último capítulo de la historia… y hay que dejar el libro. Quico tiene razón. *Quico da las gracias.* Tiene razón Quico. *Vuelve a dar las gracias.* No cabe duda: Quico tiene muchísima razón. *Quico, negro de risa, ya no sabe qué hacer.* Él será todo lo sinvergüenza que se quiera…

QUICO. ¡Claro! Dime con quién andas…

JAVIER. *Sorprendidísimo.* ¿ Eh? Pero ¿estás aquí?

QUICO. ¡Más me valiera estar en la calle!

JAVIER. ¿A qué has venido?

QUICO. Por lo visto, a oír que me llamaras sinvergüenza.

JAVIER. Y ¿cómo has entrado?

QUICO. Con el llavín de mi cuartito, que es hermano del de éste.

JAVIER. Pues no me hace gracia el parentesco. ¿Ves cómo no tienes vergüenza ninguna?

QUICO. Ni falta; ya lo sé. Y, sin embargo, no me cambio por ti. Porque hay dos clases de sinvergüenzas: el que sabe que no tiene vergüenza, como yo, y lo dice a las claras, y el que cree que la tiene, como tú, y no tiene ni pizca. Esos son los sinvergüenzas peligrosos.

JAVIER. Mira, Quico, no estoy de humor de chirigotas.

QUICO. ¿Qué me dices? ¿Ha habido ya… escena?

JAVIER. No ha habido nada.

QUICO. Pues ¿y la Chispita?

JAVIER. No lo sé.

QUICO. ¿Que no lo sabes?

JAVIER. Cuando he llegado, ya no estaba ella.

QUICO. ¿Voló? ¿Te la ha pegado?

JAVIER. ¡No seas estúpido!

QUICO. ¿Se olió el plato de gusto que le preparabas y ha preferido que te lo comas solo?

JAVIER. ¡No seas imbécil, Quico! La Chispita me quiere demasiado para sospechar siquiera lo que la aguarda. Eso es lo que me tiene de mal humor. ¡Pobre Chispita!

QUICO. Chico, chico: bien he hecho en venir. Estás *coladísimo*. Veo que aún necesitas botonazos de fuego. ¡Cómo te conozco, Javier!

JAVIER. ¿Tú qué has de conocerme, infeliz?

QUICO. ¡Digo si te conozco!

JAVIER. Lo que es ahora no me conoces. ¿Tú sabes lo que yo quiero en este momento?

QUICO. Sí.

JAVIER. ¿Qué quiero? A ver.

QUICO. ¡Que yo tome la puerta!

JAVIER. ¡Eso mismo!

QUICO. ¿Ves cómo te conozco?

JAVIER. Sí, Quico, sí; la Chispita no ha de tardar seguramente, y como estoy dispuesto a concluir con ella esta misma noche, los testigos, aunque sean de confianza, como tú, me estorban.

QUICO. ¡Ah!, pero ¿va de veras lo de concluir esta noche con la Chispita?

JAVIER. Y ¿tú presumes de conocerme? No se piensan tanto las cosas para no hacerlas luego. Al menos, yo. Negar que me duele sería engañarme; pero no ver claro que debo hacerlo sería estar ciego del todo, y ciego no estoy. Ya buscaré un pretexto cualquiera. Aún no sé por qué callejuela he de salir. Porque en realidad no hay motivo alguno para este corte de relaciones; no hay más que mi convencimiento pleno de que el ideal amoroso de un hombre como yo, que ha vivido poco y ha soñado mucho, no debe morir entre las paredes de un cuartito puesto a una pajarita volandera.

QUICO. Bien; muy bien.

JAVIER. Prolongar la aventura es peligrosísimo o es cruel.

QUICO. Las dos cosas, y además una botaratada. Hasta los frailes nos enseñan a dejarlo todo donde lo encontramos. Tú te encontraste a la Chispita en medio de la calle, ¡pues en medio de la calle la dejas, y en paz!

JAVIER. Y ¿qué fraile te ha enseñado a ti eso?

QUICO. ¡Me lo ha enseñado una comunidad! ¡Porque lo he aprendido bebiendo copas de benedictino! Nada, nada: ¡borrón y cuenta nueva! Mira, estas mujeres así, son como las zapatillas que uno se pone en casa para estar cómodo, dicho sea con perdón del sexo. Mientras estás en tu casa o entre amigos muy íntimos, bien van las zapatillas; pero ¿vas a salir con zapatillas a la calle? ¡No puede ser! ¡Te señalarían con el dedo, por insensato!

JAVIER. Quico, no seas grosero. Me molesta ese símil. Te lo he dicho más de una vez.

QUICO. ¡Porque las verdades amargan!

JAVIER. Bueno, bueno; anda, vete y déjame en paz, que no quiero que te encuentre aquí la Chispita. Sería exponerme a que esto no acabara esta noche, y te repito que estoy decidido.

QUICO. Siendo así, lo que haré será volver cuando lo crea oportuno.

JAVIER. ¿A qué?

QUICO. Eres un inocente. A llevarte de su lado con cualquier excusa. ¡Tú no sabes el trabajo que cuesta, en escenas de estas dificultades, salir por el foro! ¡Como se te abrace a las rodillas, estás perdido!

JAVIER. Eso sí. Y es verdad: tú puedes hacerme un gran favor.

QUICO. No lo dudes. Vendré alterado, descompuesto… fingiendo… —¿qué te diré yo?— cualquier cosa: lo que más les impresiona: un duelo de un amigo. Te llamaré aparte, sin darme cuenta de sus lágrimas… «Con permiso, Chispita…». Y que ella oiga entre medias palabras: «… Horrible… disgusto… ofensas… botellazo… sables… sin avanzar… padrinos…». Total: que nos vamos los dos sin más explicaciones, y ya en la calle… ¡la vida tiene otro color! Tú respirarás a tus anchas, me quedarás muy agradecido, me convidarás a *champagne*, como si lo viera… ¡y a otra! ¿Estamos?

JAVIER. *Maquinalmente.* Sí; lo que te parezca. Hasta luego.

QUICO. Hasta luego. *Vase cantando.*

Una morena y una rubia,
hijas del pueblo de Madrid…

Javier pasea preocupado. Un momento después llega la Chispita. Es una muchacha andaluza, del pueblo, zalamera y graciosa. Viene de abrigo y velo.

JAVIER. *Prestando oído.* ¿A ver? Sí. Ya está ahí ésa. Ha debido de encontrarse con Quico. Energía, Javier, energía. ¿Qué le diré para acabar pronto? *Se sienta y espera.*

CHISPITA. Hola, hombre. Mira que tengo mala suerte. Una noche que vienes tú más temprano, se me ocurre salí.

JAVIER. Ya, ya.

CHISPITA. *Quitándose el abrigo y el velo.* ¿Adónde va Quico tan aprisa?

JAVIER. ¡Qué sé yo! Pregúntaselo a él, si te importa.

CHISPITA. ¿A mí? Ya pué matarse por las escaleras. ¿Qué te pasa? *Javier la mira y no responde.* ¿Qué te pasa?

JAVIER. ¿Te parece poco llevar dos horas aguardándote?

CHISPITA. ¿Dos horas? No sabes cómo desirme lo que me quieres.

JAVIER. ¿Eh?

CHISPITA. ¡Se te vuerven horas los minutos!

JAVIER. ¿Sí, verdad?

CHISPITA. ¿En qué reló yevas tú aquí dos horas?

JAVIER. ¡En el mío!

CHISPITA. Pos no hagas huevos pasaos por agua con ese reló.

JAVIER. No tiene gracia el chiste.

CHISPITA. Otra vez será. Ven aquí, mar genio.

JAVIER. Déjame.

CHISPITA. Ven aquí, hombre, ven aquí; que luego te pesa si no vienes.

JAVIER. Déjame, déjame, Chispita.

CHISPITA. Ya estás dejao. A la fuersa, ni agua. Pero ¿se pué sabé si has comío macarrones? *Javier la mira con enojo.* Te lo pregunto, porque como siempre que comes macarrones te sientan mal… y pago yo la digestión.

JAVIER. Debieras haber comprendido ya que en ciertos casos no valen conmigo chanzas ni zalamerías. Me disgustan profundamente.

CHISPITA. Tú sabes bien que soy muy torpe. Dispensa, ¿eh? Yo lo hasía con la mejor intensión; pero, descuida, que ya no te diré más chistes.

JAVIER. Mejor será.

Silencio. Él pasea y ella lo mira con curiosidad.

CHISPITA. *En tono tristemente cómico.* ¿Te has enterao que er portero está con pormonía doble?

JAVIER. *Disculpándose después de haberse sonreído a su pesar.* ¿Ves tú? Eso tiene gracia.

CHISPITA. Hombre, ¿que er portero esté con pormonía tiene grasia? Cuando comes macarrones no hay quien te entienda. Hasta mala persona te vuerves.

JAVIER. Pues me vas a entender bien pronto.

CHISPITA. Eso es lo que yo quiero.

JAVIER. ¿Con quién has salido? *La Chispita sonríe.* ¿Con quién has salido, te pregunto?

CHISPITA. ¿No te lo figuras?

JAVIER. ¡No!

CHISPITA. ¿Que no te lo figuras?

JAVIER. ¡Te repito que no! ¡Basta de evasivas! ¿Con quién has salido?

CHISPITA. *Contestando tranquila.* Me dijiste anteayé: «No me gusta que sargas más que con doña Carmen». Pos con doña Carmen he salido. Con quien a ti te gusta que sarga, tonto.

JAVIER. ¡Falta que sea verdad todo eso!

CHISPITA. Doña Carmen pué desirtelo. ¿La yamo? Abajo está. Hemos dao por ahí una vuerta viendo los escaparates de las confiterías… y eya se ha quedao en su cuartito y yo he subido ar mío.

JAVIER. ¡Ah!, vamos. Temí…

CHISPITA. Sí; como siempre.

JAVIER. ¡Como siempre o como nunca! El caso es que temí…

CHISPITA. Por lo que te engaño, será. ¡Ay, Javié! ¡Lo que yo daría por no verte nunca enfadao! Con ese genio te amargas la vía y me la amargas a mí sin queré.

JAVIER. Pronto dejaré de amargártela.

CHISPITA. ¿Qué dises?

JAVIER. Que pronto dejaré de amargártela.

CHISPITA. No me asustes. ¿Estás loco, Javié?

JAVIER. ¡Vas a volverme tú!

CHISPITA. Pero ¿a qué viene esto? ¿Te han entrao selos otra vez? ¡Por María Santísima! ¿Qué tienes? Si yo no te quisiera tanto, quisás me quisieras tú más. Quien más pone, más pierde. Por supuesto, que yo sé lo que tú maquinas. Desde que Fernando es amigo de la portuguesa, tú no hases más que compará y me tienes en menos. Y yo ¿qué vi a haserle? A mí no me pués

lusí ni en er paseo ni en los teatros, porque me encasquetas un *chapiri* y estoy pa que me den dos tiros. Pero como te empeñes, a la portuguesa y a toas me las dejo yo atrás. Me vi a poné de plumas y de gasas, que te va a costá trabajo encontrarme. Y me vi a pintá como un cuadro al olio. Y tocante a finura, ya verás finura. Tos los idiomas voy a hablarlos… pa podé desirte lo que te quiero en españó, y en fransés, y en inglés, y hasta en *esperándote. A una mirada de él.* ¿No se yama *esperándote* ese idioma nuevo que han inventao ahora pa desí toas las cosas de gorpe?

JAVIER. ¡Esperanto, mujer! ¡No desatines! ¡Hablas peor cada día!

CHISPITA. Se conose que er queré me traba la lengua.

JAVIER. ¡El querer! ¡El querer! ¡Siempre la misma vulgaridad! Malo es que se tenga esa palabra en los labios a todas horas.

CHISPITA. Hombre, *Romea* y *Julieto* no seremos tú y yo; pero tampoco…

JAVIER. Calla.

CHISPITA. Ya estoy como en misa.

JAVIER. *Tropezando con ella en sus paseos.* ¿Por qué no te me pones delante?

CHISPITA. *Yéndose a un rincón.* Ya estoy arrinconá.

JAVIER. ¡Dichoso cuartito! ¡Todos los muebles están por medio!

CHISPITA. Todos.

JAVIER. ¡No hay manera de pasearse!

CHISPITA. Pero que no hay manera.

JAVIER. ¡Me subleva que me lleven la corriente!

CHISPITA. Y a mí también.

JAVIER. ¡Prefiero la discusión, la disputa!

CHISPITA. Pos te yevaré la contraria.

JAVIER. ¿Si, eh?

CHISPITA. ¡Claro! ¡Pa darte gusto!

JAVIER. ¡Estoy inaguantable esta noche!

CHISPITA. *Mimosa*. ¿Quién te lo ha dicho, simple? ¡Estás hecho un encanto!

JAVIER. ¡Chispita! ¿Tú te has empeñado en que peleemos?

CHISPITA. ¿Yo, verdá?

JAVIER. ¡Me parece!

CHISPITA. No, Javié; yo no quiero reñí contigo nunca. Ar contrario: er que quiere reñí conmigo eres tú, y buscas un motivo y no lo encuentras.

JAVIER. ¡Los tengo a millares!

CHISPITA. Pos ¿cómo no me has dicho ninguno?

JAVIER. ¡Porque si empiezo a hablar, va a estallar la tormenta! ¡Pero, en fin, que estallé! ¡Alguna vez había de ser!

CHISPITA. ¿Me pongo un pararrayos?

JAVIER. ¡No es ocasión de burlas, Chispita! ¡Hablo completamente en serio!

CHISPITA. ¡Y yo!

JAVIER. ¿Es cierto que ayer se pasó aquí la tarde Polito Galíndez?

CHISPITA. Tan sierto como que no te la pasaste tú.

JAVIER. ¡Eso es! ¡Y cuando yo no puedo venir, te buscas compañía!

CHISPITA. ¡La que tú me has buscao! Er día que no viene ése, viene otro. Yo estaba en la gloria sin conosé a tos tus amigos. Uno por uno, me los has presentao tú.

JAVIER. No se trata de eso; no lleves la conversación por donde te conviene.

CHISPITA. Yévala tú por donde te convenga.

JAVIER. ¡El caso es que Polito se permite confianzas que tú no le debías tolerar! ¡El caso es que Polito se jacta en el Casino de que te ha caído en gracia! ¡El caso es que me mortifica y me ofende que aquí venga Polito!

CHISPITA. Y ¿qué vi a haserle yo?

JAVIER. ¡Decirle sencillamente que no vuelva!

CHISPITA. ¿De palabra?

JAVIER. ¡O por escrito!

CHISPITA. ¡Ay, Javié! ¿Ves tú cómo te adivino los pensamientos?

JAVIER. ¿Eh?

CHISPITA. Vas a escuchá la carta que le he puesto a Polito y que le pienso manda en cuanto te la lea.

JAVIER. ¿A Polito?

CHISPITA. Sí.

JAVIER. ¿A Polito?… ¿Una carta, tú?…

CHISPITA. Sí, hombre, sí. ¡Si parese que estoy por dentro de tu persona! Disiéndole que no vuerva más. Oye. *Saca de su mesita escritorio la carta a que se refiere, y se la lee a Javier, que la escucha perplejo.* «Señó don Polito Galínde: Muy señó mío y amigo de Javié. A consecuensia de que he sabido de cómo usté dise por ahí, que eso no lo liase ningún hombre con un amigo…». —Le fartan las comas, porque se las quiero poné con otra tinta— «… que yo, que soy la amiga de Javié, le gusto más a un amigo de Javié que a Javié, y eso es una infamia, porque si Javié se enterara de eso tendría yo un dijusto con Javié, a consecuensia de que pa mí en er mundo no hay más hombre que Javié». Creo que está bien puesta. Bueno, aquí un punto, y luego, entre paréntesis, y con una rayita por debajo, le digo: «Por todo lo cuá y a consecuensia de todo esto, si no quiere usté que yo le de con er portón en las narises, procure usté no vorvé por esta su casa. Su amiga, Manuela Martínez, la Chispita». ¿Y ahora, qué me dises?

JAVIER. ¿Qué he de decirte, Chispa? ¡No pierdes ocasión de ponerme en ridículo!

CHISPITA. ¡Ah!, ¿no te ha gustao?

JAVIER. ¿Cómo me ha de gustar semejante sarta de tonterías?

CHISPITA. Vaya, niño, que no hay manera de aserta. ¿Conque esta carta te pone en ridículo?

JAVIER. ¡Sí!

CHISPITA. Pos mira qué poco dura eso. *La rompe* Cuando uno no quiere, dos no riñen.

JAVIER. Haces bien en romperla, hija de mi alma. Tú hablas mal; pero escribes peor.

CHISPITA. Oye, Javié: ¿es que me conosiste en el Ataneo?

JAVIER. ¡Bah! ¡No se te ocurren más que majaderías! ¡Estoy seco! ¡Estoy abrasado!

CHISPITA. ¿Quieres una copa de jeré?

JAVIER. ¡Jerez encima de la cena! ¡Ya se conoce que eres de pueblo!

CHISPITA. Perdona, *alistócrata*. ¿La quieres de *champán*?

JAVIER. ¿Tienes ahí *champagne*?

CHISPITA. Cuando te lo ofrezco…

JAVIER. ¿Que tienes ahí *champagne*?

CHISPITA. Una dosena de boteyas. Y de tu marca: de *Moé.*

JAVIER. ¡Muy bonito! ¡Camino de sorpresa en sorpresa! ¿En eso gastas el dinero? ¡Para un día que de higos a brevas se me ocurre beber *champagne*, compras una docena de botellas! ¿Tú te crees que yo tengo mi dinero para tirarlo?

CHISPITA. ¿Has acabao ya?

JAVIER. ¡Lo que es si seguimos así!…

CHISPITA. ¿Has acabao ya? Porque voy a arvertirte una cosa. Las dose boteyas de *Moé* que tan mal te ha sentao sin probarlo, me han costao dos pesetas en una rifa. Por los cascos vasíos me dan tres pesetas despué*s.* Conque tenemos *champán* pa dos meses y una peseta de ganansia. ¿Te arruino?

JAVIER. Dos pesetas en una rifa… doce botellas de *champagne.*…

CHISPITA. Sí; dos pesetas. María la peinadora me trajo las cartas. Le tocó a la sota de oro. ¿Tengo o no tengo suerte?

JAVIER. Indudable.

CHISPITA. Pos mucha más tiene tú conmigo. Na más con lo que yo te ahorro…

JAVIER. Sí; te podría comprar un automóvil.

CHISPITA. Me lo podrías comprá, pero no lo quiero. ¡Qué peste de automóviles! ¿Adónde va una tan aprisa? Mía lo que le susedió la otra noche ar de la portuguesa.

JAVIER. ¿Qué le sucedió? No sé nada.

CHISPITA. Que en mita de la carretera der Pardo se le rompió un *reumático,* y tuvo que pasa la noche ar sereno. Habría que verla al amanesé con toa la pintura moja y toas las plumas alicaías.

JAVIER. No critiques.

CHISPITA. Bueno, ¿tomamos esa copa, sí o no?

JAVIER. No es este momento oportuno. El *champagne* requiere alegría, y yo, Chispita, no la tengo esta noche. Todo lo contrario: estoy muy triste. De ahí mi mal humor. Ya has podido notarlo.

CHISPITA. Ahora sí que me asustas, Javié. ¿Qué tienes?

JAVIER. Chispita, ¿a qué retardar lo inevitable? Esta aventura amorosa nuestra ha llegado a su fin: estamos en el último capítulo. ¿Comprendes?

CHISPITA. ¡Javié!

JAVIER. Lo que oyes. Es más noble que te hable así que no andar buscando pretextos ridículos de pelea. Esto no puede ser; esto no debe ser; esto hay que cortarlo.

CHISPITA. ¿Te va tan malamente?

JAVIER. Por lo bien que me va hay que cortarlo. Tú, quizás no lo entiendas; pero es así.

CHISPITA. ¡Rasón tenía la mujé que me echó las cartas er domingo!…

JAVIER. Déjate ahora…

CHISPITA. Mía tú si ha salío: me dijo que te gusta una señorita morena con lunares, y que vas a casarte muy pronto. ¿Es verdá? *Javier no contesta.* ¿Es verdá, Javié?

JAVIER. Es verdad.

CHISPITA. *Llorando.* ¡Condenao sino er nuestro! Enseñamos a los hombres a queré… pa que luego se los yeve otra. Menos má que siempre nos queamos en un laíto.

JAVIER. No, Chispita; no llores. Es que la vida no es como nosotros quisiéramos hacerla. Es que la sociedad… es que la posición que uno ocupa…

CHISPITA. No te molestes en seguí. To lo que tú me digas, y más, lo sé yo sin haberlo oído nunca. Como me encontraste, me dejas. Si me hubieras encontrao de otro modo, no me dejarías. ¿Es eso?

JAVIER. Eso es, Chispita; eso es.

CHISPITA. ¿Ves tú? No es que no me quieras; es que no me quieres queré. Esa justisia te la hago. Porque tú me quieres, Javieriyo. ¿Verdá?

JAVIER. ¡Te quiero, sí!

CHISPITA. Con eso me conformo. Yo soy muy rasonable; tú me conoses. La portuguesa, er día que la deje Fernando, tendrá cuarenta arferesías, y no habrá pa eya tila ni éte en to Madrí. Ya ves lo distintas que somos. Yo echo unas lagrimitas —pocas, pa que no sufras tú—, y te digo lo que nunca podías esperá que te dijera: que hases bien en dejarme.

JAVIER. ¿Que hago bien, me dices? ¿Por qué hago bien?

CHISPITA. ¡Ay! Porque los hombres naséis pa muchas, y las mujeres pa uno sólo. Y tú no eres er mío. Si lo fueras, no yevarías ya un mes como yevas cavilando de qué forma has de acabá con la pobre Chispita. ¿Crees que no lo he visto? Y así tiene que sé: ca uno por su verea. Pa ti las carisias de otra… y pa mí despedirme de las tuyas. Cásate, Javieriyo, cásate: tiene que habé en er mundo una mujé que sea pa ti sólo. Tú te lo mereses.

JAVIER. ¡Qué buena eres, Chispita! Eres impagable.

CHISPITA. Muy buena, sí; pero ya sin remedio en er mundo. ¡Eres tú el hombre que más me ha querío… y me dejas! *Silencio.* ¿Sabes lo único que te pío?

JAVIER. Tú dirás.

CHISPITA. *Entre lágrimas.* Que elijas bien; que no te siegues por er dinero, como tantos amigos tuyos, y vayas a cargá con una mona der Retiro; que te cases con una mujé que varga la pena, pa que cuando te vean der braso de eya por ahí, puea desí la gente: «—Hombre… dejó a la Chispita… ¡pero vaya una mujé que yeva a su lao!». No te pío más que eso, Javié… na más que eso… Me paese que no es ninguna penitensia de márti.

JAVIER. Bien, bien… Cálmate, Chispita… No llores…

CHISPITA. ¿Cómo no vi a yorá?

JAVIER. Mujer, esto no es para hoy ni para mañana…

CHISPITA. Pa mí, da lo mismo. Peó, cuanto más tiempo pase.

JAVIER. ¿Por qué ha de ser peor?

CHISPITA. Porque vale más sufrí er gorpe de pronto. Yo prefiero que se me haga peasos en un instante el espejito en que me miro, a está viendo que se le va el asogue poquito a poco.

JAVIER. Razón tienes; sí. Eso es una tortura.

CHISPITA. ¿Estás yorando tú?

JAVIER. No.

CHISPITA. Sí; sí estás yorando.

JAVIER. Te digo que no.

CHISPITA. ¡Jesús con los hombres! Una vez que podéis yorá con motivo, lo ocurtáis como un crimen.

JAVIER. No, Chispita; si lo que me ocurre es que yo… yo…

CHISPITA. ¿Tú… qué?

JAVIER. Yo…

CHISPITA. ¿Quiés que yo te lo diga?

JAVIER. ¡No quiero! ¡Lo vas a escuchar de mi boca! *Entregándose a sus sentimientos.* La verdad, Chispita, la verdad: yo no sé si tú eres la mía ni si yo soy el tuyo; pero sé que a tu lado estoy muy bien; que no tengo novia, ni ganas; que no me caso por ahora; que me casaré Dios sabe cuándo, que todo cuanto aquí he urdido pugna con lo que siento; porque es hijo de una reflexión tormentosa, estúpida, necia; que no me da la gana de que llores más… ¡y que ahora mismo vamos a bebernos las doce botellas de la rifa!

CHISPITA. *Rebosando alegría.* ¿Sí, eh? ¿Qué me dises, chiquiyo? ¡Ganas me dan de pegarte un tiro, por perro!

JAVIER. ¡Pégame los tiros que quieras!

CHISPITA.

Con pórvora de mis ojos,
con balas de mis suspiros…

como dise esa coplita que te gusta tanto.

JAVIER. ¡Ja, ja, ja!

CHISPITA. Y ¿pa acabá de este modo me asustaste con que éste era el úrtimo capítulo de la novela?

JAVIER. Es que creí sinceramente que lo sería.

CHISPITA. Pos mira, pa que te sargas con la tuya, vamos a que sea el úrtimo capítulo… der tomo primero.

JAVIER. ¡Malo es que empiece a tener tomos!

CHISPITA. ¿Malo? ¡Ajolá tenga tantos como la Historia España que tú me trajiste, que no se acaba nunca!

JAVIER. *Abrazándola.* ¿Me quieres?

CHISPITA. *Con coraje.* ¡No! ¿Y tú a mí?

JAVIER. *Imitándola.* ¡Tampoco!

Llega Quico, fingiendo gran alteración, a cumplir el programa.

QUICO. Buenas noches.

CHISPITA. ¡Hola!

JAVIER. ¿Tú aquí?

QUICO. Con permiso, Chispita. Óyeme dos palabras, Javier. *Se lo lleva aparte.* Chico, no sabes… ¡Un horror! Disgusto… botellazo… sables… sin avanzar… padrinos… ¡Un horror!

JAVIER. No te entiendo.

QUICO. *Guiñándole.* Hombre, sí. ¡Te digo que un horror! Disgusto… botellazo… sables… sin avanzar… padrinos… ¡Un horror!

JAVIER. Mira, Quico: hay circunstancias en la vida en que una pluma en el aire estorba; excuso decirte un amigote pelma, impertinente y gorrón.

QUICO. ¿Cómo?

CHISPITA. ¡Ah! pero ¿viene usté a yevárselo?

JAVIER. ¡A eso viene el muy majadero!

QUICO. ¿Eh?

CHISPITA. Vamos, vamos, ande usté de aquí, carcomanía. Esta noche sena conmigo. Y a los dos se nos indigestan los boquerones.

Se ríen ella y Javier.

QUICO. ¿Ah, sí? ¿En qué sentido me ha llamado usted boquerón?

CHISPITA. Menos en er de *salao*, en todos los que usté guste.

QUICO. ¿Es decir, que estorbo?

JAVIER. Hombre, te lo ha dicho ella, te lo he dicho yo… y te ha ladrado la perra al entrar…

Vuelta a la risa de los amantes.

QUICO. Está bien. Me voy. Me voy.

JAVIER. ¡Y si no, quédate! ¿No te parece, Chispa? *Se sienta junto a ella, decidido a todo.*

CHISPITA. ¡Por mí, que se quede!

QUICO. Repito que me voy. No soy hombre que aguanta situaciones embarazosas. Me voy. Me voy. ¡Me voy al comedor, porque sospecho que habrá cuchipandilla! *Vase resueltamente.*

Nuevas risas de la Chispita y de Javier a costa de Quico, y un beso… para las compañías extranjeras.

JAVIER. ¡Es capaz de beberse él solo las doce botellas de *champagne*!

CHISPITA. Hasta onse, lo dejo; pero la que hase dose… ¡ésa nos la bebemos sin testigos tú y yo! *Al público:*

Disen los sabios autores
que si er cariño es verdá,
ar libro de los amores
no se le encuentra er finá.

FIN

Madrid, febrero, 1909.

LA FLOR DE LA VIDA

POEMA DRAMÁTICO EN TRES ACTOS

Estrenado en el **Teatro Odeón**, de Buenos Aires, el 23 de junio de 1910

A CURRITA Y MARÍA
ÁLVAREZ QUINTERO

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ÁUREA.	MARÍA GUERRERO.
CELLINI.	FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA.

LA FLOR DE LA VIDA

ACTO PRIMERO

Frondoso paraje en las inmediaciones de Solar de la Montaña, humilde cuanto heroica ciudad del norte de la Península española. Al fondo, entre los árboles, se adivina el mar, que refleja el sol de la tarde. Del primer término de la derecha del actor hacia el segundo de la izquierda, un arroyuelo tortuoso atraviesa el recinto, entre grandes piedras, que sirven de asientos naturales.

La acción es a principios del siglo XIX y en el mes de mayo.

Dentro, no muy lejos, óyese cantar a Áurea, acercándose, la canción siguiente:

Áurea.

El viejo limosnero
de esta mañana,
en un corro de gentes
así cantaba:

—Entre espinas y entre flores,
entre risas y dolores,
yo siempre fui;
lo mejor que hallé en mi senda,

de mi vida como ofrenda
yo os traigo aquí.

Para los niños, un anhelo;
para las mozas, un amor;
para los hombres, un consuelo;
para los muertos, una flor.

Sale. Es hija de los Duques de la Fontana, señorones de noble estirpe, ricos en hacienda y que, no obstante lo puro y limpio de su escudo y lo repleto de sus arcas, tienen sólo en su hija riqueza que vale por todas las demás. Linda, gentil, inquieta, ardiente, soñadora; de charla clara y abundante, espontánea y sencilla; de risa fresca, pronta y fácil; de singular delicadeza y finura, y graciosamente enamorada de su persona. Esta es Áurea. Trae un manojo de flores campestres.

¡Ay! ¡Bien haya el viejo limosnero que así cantaba! *Llamando y mirando hacia la derecha.* ¡Don Leandro! ¡Don Leandro! ¡Por amor de Dios, deje ya las hormigas dichosas y véngase aquí a hacerme compañía! ¿Es que no valgo yo por todo el hormiguero? ¡Véngase aquí!… Nada: como si no fuera cor él. Es de cal y canto.

Volviendo a la canción.

Para los niños, un anhelo,
para las mozas, un amor…

¡Don Leandro! ¡Mire qué lagarto me ha salido al encuentro y va a comerme! Inútil. Cuando está siguiendo a una hormiga, ya se puede juntar el cielo con la tierra.

Terminando la canción empezada.

… para los hombres, un consuelo;
para los muertos, una flor.

Prefiero que me acompañe en estos paseos el padre Gonzalito. Él me recitará siempre su oda en latín a Carlos IV; pero luego oye con atención cuanto a mí se me antoja decirle. Que no suele ser poco. Y esta tarde yo

quiero hablar, y ese pasmarote… Y quiero hablar, quiero hablar, necesito hablar… ¿Con quién hablaré yo, Dios mío? *Gritando* ¡Eco!… ¡Eco!… No me sirve: no hace más que repetir mi voz. Si de entre estas piedras saliese, como en los cuentos, un enano, ¡qué gusto hablar con él! Pero ya lo puedo esperar, que no sale. *Mirándose en el agua del arroyo.* ¡Ay, qué bien! Parece que estoy dentro del agua. El cielo y yo. ¡Qué bonita me veo! En el fondo, el cielo; en lo alto, el cielo, y en medio de los dos cielos, mi persona. Toda mi persona: los pies, la falda, la cintura, el pecho, los brazos, las manos, los cabellos, la cara… *A la imagen que copia el agua.* ¡Fea! *Se ríe.* ¡Dios mío, si me oyese el padre, que dice que el propio elogio es vanidad, y la vanidad es pecado!… Pero no; no me oye el padre. ¡Qué más quisiera yo! Hablaría con él, si me oyera. Y el gusto de hablar me endulzaría el amargor del récipe. Ni me oye el padre, ni sale el enano, ni siquiera pasa piando un pajarito… Sólo escucho allá lejos el rumor del mar.

Canta otra vez completa la canción del viejo limosnero. Dentro, hacia la derecha del fondo, se oye preguntar a Cellini.

CELLINI. ¿Quién canta?

ÁUREA. ¿Eh?

CELLINI. ¿Quién canta por aquí?

ÁUREA. ¿De dónde me hablan? ¿De quién es esa voz? ¿Será el enano de estas piedras? A nadie veo. *Mirando hacia el fondo.* ¡Ah, sí! De entre esos árboles sale un hombre. Y no es enano, no. Bien venga, para hablar conmigo, sea quien sea. Pero ¿cómo Ramón, el guarda, lo dejó entrar en el cercado?… No lo habrá visto. Yo me alegro. Y don Leandro sigue que te signe a su hormiga. Mejor para mí. ¡Qué despacio viene el aparecido! Y es joven y apuesto. *Se compone y retoca; vuelve a mirarse en el arroyo, y espera en silencio a que llegue el aparecido.*

Sale Cellini. Es un mocetón erguido y fuerte, que viste con humildad y modestia. Sus ojos están fijos en el espacio. Se apoya en un bastón hecho de una rama desnuda.

CELLINI. ¿Hay alguien en este lugar?

ÁUREA. Sí.

CELLINI. ¿Quién?

ÁUREA. Yo.

CELLINI. Mujer parece.

ÁUREA. Pero ¿no me ves?

CELLINI. No.

ÁUREA. ¿Eres ciego?

CELLINI. Ciego soy, por mi desventura.

ÁUREA. *Acercándosele.* ¡Qué pena! Es ciego. No me ve. ¡No puede verme! *Dice esto con la tristeza de quien cree que no ver su hermosura es la mayor desgracia de la tierra.*

CELLINI. Me he perdido en la espesura de este bosque y quisiera dar con el camino real que lleva a la ciudad, para estar en ella antes que el sol se ponga. ¿Estoy muy lejos?

ÁUREA. No; muy cerca.

CELLINI. ¿En qué sitio estoy?

ÁUREA. En un cercado de los duques de la Fontana.

CELLINI. ¡Ah! ¿Eres tú Mariuca, la hija del guarda del cercado?

ÁUREA. ¿La conoces tú?

CELLINI. No; pero mucho hablan de ella los mozos mis amigos.

ÁUREA. *Conteniendo la risa.* Pues, sí: Mariuca soy.

CELLINI. Buen encuentro he tenido. ¿Quieres tu guiarme al camino real, Mariuca?

ÁUREA. ¡Ya lo creo! Ven. Dame la mano.

Se la da Cellini, y al tocar la de Áurea, estremeciéndose, la retira.

CELLINI. ¡Oh, no! Tú me engañas: tú no eres Mariuca.

ÁUREA. ¿Por qué lo dices?

CELLINI. Porque no es tu mano la de una pobre.

ÁUREA. Pues sí soy Mariuca; pero mi padre sueña en casarme con un hidalgo y no quiere que yo labre la tierra, sino que me perfile y componga como una señorita, para merecerlo.

CELLINI. Ya…

ÁUREA. ¿Dudas aún?

CELLINI. No. Cuando así me lo dices… Guíame, ya que eres tan buena.

ÁUREA. Al camino real se sale muy pronto. ¿Llevas gran prisa?

CELLINI. Alguna llevo. El temor de impacientar a mis padres, que se alarman si no vuelvo a casa antes de la noche.

ÁUREA. La noche tarda todavía.

CELLINI. ¿Tarda?

ÁUREA. Sí. Para ti siempre es noche, ¿verdad?

CELLINI. Siempre.

ÁUREA. Siéntate a descansar un poco. Quiero hablar contigo.

CELLINI. Y yo contigo, Mariuca… ¿Dónde he de sentarme?

ÁUREA. En estas piedras. Ven aquí.

CELLINI. *Después de sentarse.* Dios te pague el favor y la compañía.

ÁUREA. Y a ti la charla. ¿Naciste ciego?

CELLINI. No. Perdí la vista a los cinco años.

ÁUREA. Entonces…

CELLINI. Sí; conozco las formas y los colores de las cosas. Sé que el mar es inmenso, y el cielo azul, y las estrellas blancas, y los campos verdes… y las rosas como la mano que me diste.

ÁUREA. ¿Como mi mano es tu recuerdo de las rosas? *Recreándose en ella.* Todavía no le debo una flor así a ninguno de los que pueden verla.

CELLINI. Dime, Mariuca: ¿eres tan bonita como es fama?

ÁUREA. Yo no sé… no entiendo… Así… para asustar a los niños… dicen qué no soy.

CELLINI. Pero ¿a ti qué te dice el espejo cuando te ves en él de frente?

ÁUREA. Me dice… pues me dice que busque otro espejo para mirarme de perfil. *Se ríen.* Pero más que en los espejos de casa suelo mirarme en este arroyito a cuya orilla estamos.

CELLINI. ¿Y el arroyito te habla también?

ÁUREA. También.

CELLINI. Y ¿qué te dice?

ÁUREA. De la mano, lo mismo que tú: parece ciego.

CELLINI. ¿Cómo son tus ojos, Mariuca?

ÁUREA. Negros son.

CELLINI. ¡Negros! ¡Los más bellos de todos!

ÁUREA. ¿Qué sabes tú? A la edad en que dejaste de ver, ¿quién distingue la belleza de los ojos?

CELLINI. Yo. Eran negros los de mi madre.

ÁUREA. ¿Cómo te llamas?

CELLINI. Cellini.

ÁUREA. ¿Cellini? ¿Eres tú el Cellini famoso? ¿El hijo de la mesonera?

CELLINI. No. El famoso, como tú le nombras; el loco, como le nombra todo el mundo, es un hermano mío: Berto.

ÁUREA. ¿Berto?

CELLINI. Borto, sí.

ÁUREA. Ya. Cuentan de él tantas aventuras…

CELLINI. Y las que han de contar aún.

ÁUREA. Dicen que un día se vistió de fraile y se fué a predicar a una aldea, donde movió tremendo revuelo. ¿Es así?

CELLINI. Así es. Cuando se enteró el alcalde de la superchería, lo quiso meter en la cárcel; pero la plática, que fué sobre el amor, había cautivado tanto a las mozas y a los mozos del pueblo, que no sólo impidieron que el alcalde llevase adelante su designio, sino que le dieron al fraile contrahecho una comida y una serenata.

Áurea suelta la risa.

ÁUREA. ¡Eso está bueno!

CELLINI. Ha cometido mil diabluras. Le seduce fingirse otra persona, sea quien fuere, porque dice que no está contento con ser un hombre sólo.

ÁUREA. Pues ¿qué quiere ser?

CELLINI. Quiere valer y servir por veinte hombres. Él se lamenta de esa falta explicándonos que con su fantasía está en mil sitios a la vez, y con su

cuerpo, nada más que en uno. Y esto lo desespera.

ÁUREA. Pues sí que es loco. ¡Un hombre que quiere ser veinte hombres distintos! ¿Tiene novia tu hermano?

CELLINI. ¿Por qué lo preguntas?

ÁUREA. Porque si es celosa… ¡pobrecita!, ¡con el novio en veinte partes a un tiempo… y ella sin verlo más que en una! ¡Jesús!

Ríe Cellini.

CELLINI. Son imaginaciones y disparates suyos. Desde muy niño fué tan fantaseador y alocado. Mis padres pusieron empeño en educarlo bien, y él se prestaba mucho a ello. Devoraba cuanto libro caía en sus manos: de historia, de geografía, de viajes, de inventos, de poetas… A mí, como no puedo leer por mis ojos, me lee mil novelas y farsas de entretenimiento, Y a veces, cuando el desenlace que les da el autor no va bien con sus gustos, o con lo que él ya se ha forjado, lo cambia a su capricho y me lo lee como si así estuviera escrito e impreso. Días pasados, leyéndome la historia de los amantes de Teruel, que yo conocía, la terminé casándolos cristiana y santamente. Me quedé con la boca abierta.

ÁUREA. ¡Qué hombre!

CELLINI. ¿Tú estás aquí sola, Mariuca?

ÁUREA. No.

CELLINI. ¿Quién está contigo?

ÁUREA. A alguna distancia pasea a mi cuidado el ayo de mi hermano mayor, don Luis. Sino que en vez de andar a mi cuidado, anda al de las hormigas. Va a componer un gran estudio de ellas, ¿sabes?, refiriendo cómo viven en el invierno y en el verano, y las batallas que tienen entre sí… y hasta los disgustos de familia. Y en cuanto ve una hormiga que se le figura preocupada o singular por cualquier estilo, o que tiene la cabeza más gorda que otra que vio ayer, la sigue al fin del mundo. Cree que las hormigas son tan sabias como los hombres. Y a mí me amenaza diciéndome que ellas le cuentan todas las picardías que hago a espaldas de él. Yo tengo para mí, Cellini, que está más loco que tu hermano. ¿De qué te ríes?

CELLINI. De considerar la privilegiada educación que Ramón, el guarda de este cercado, les da a sus hijos.

ÁUREA. *Comprendiendo*. ¡Ah!

CELLINI. Te educa a ti para un hidalgo, y a tu señor hermano don Luis le pone ayo a su servicio. ¡Sí, mi señorita doña Mariuca, que es un grande hombre don Ramón el guarda!

ÁUREA. *Riéndose.* ¡No sé mentir! Me descubrí en seguida. Como me preguntaste si era Mariuca, te contesté que sí para inspirarte confianza. Discúlpame el engaño. Acostumbrado a los del fraile, tu hermano, este mío te parecerá pueril e inocente, ¿no?

CELLINI. ¿Cómo no? Pero dime ahora: si no eres Mariuca, ¿quién eres? La verdad.

ÁUREA. La verdad: soy Áurea.

CELLINI. *Se levanta y se quita el sombrero respetuosamente.* ¡Áurea! ¿La hija de los duques de la Fontana?

ÁUREA. La misma. Pero siéntate, bobo.

CELLINI. Perdón; no pude nunca sospechar…

ÁUREA. ¿Perdón de qué? Siéntate, Cellini. Continuemos hablando como hasta aquí.

CELLINI. No, no, señorita Áurea; temo incurrir en el enojo de…

ÁUREA. ¿De quién? ¿De don Leandro? Don Leandro no se ocupa de ti. Ni de mí tampoco. Le basta y le sobra con su hormiguero. *Volviéndose hacia la derecha Ahora mismo no sé ni dónde anda. Espera, voy a ver… Da unos pasos y mira, como tratando de divisar al buen señor.*

CELLINI. ¿No parece el ayo, señorita?

ÁUREA. Sí; allí está. ¡Sólo que va a gatas! ¡Ja, ja, ja! ¡Si vieras tú, Cellini, te reirías como yo! Siéntate.

CELLINI. No puedo, señorita Áurea. Me domina una gran turbación desde que he sabido en presencia de quién estoy. ¡Áurea! ¡La hija de los duques de la Fontana! En todo Solar de la Montaña, y yo pienso además que en todo el mundo, no hay boca que no pondere su belleza, a ninguna otra humana comparable… Yo, por mí, juro que si tengo a gloria haber visto en

mis años de niño, es porque habiendo visto alguna vez, me es dado ahora forjar su imagen dentro de mí, tan bella como la pintan todos… como una luz de oro en estas tinieblas en que vivo… ¿Áurea?

ÁUREA. Aquí estoy, Cellini. Sigue hablando.

CELLINI. ¿Para qué?

ÁUREA. Porque me gusta oírte. Toda la luz que falta en tus ojos tienen para mí tus palabras.

CELLINI. ¿Si?

ÁUREA. Sí. Jamás las escuché más claras, más alegres, más bonitas… Sigue hablando.

CELLINI. ¿Lo quiere usted?

ÁUREA. Lo quiero. Pero vuelve a llamarme de tú; como cuando creías que yo era. Mariuca.

Cellini ¡Oh! Eso, no.

ÁUREA. ¿Por qué no? Si es preciso, lo mando.

CELLINI. Como mandato, ya lo acepto. Por servirte, Áurea, eso y cuanto me pidas.

ÁUREA. ¿Tanto soy para ti?

CELLINI. Tanto eres. Todos los hombres llevamos en el alma una quimera, un ensueño, reflejo acaso del misterio divino en que ninguno penetramos; luz increada del espíritu, cuyo resplandor ideal nos da horas felices. Pues bien: mi ensueño, mi quimera, toma dentro de mí la forma bella de su ser, porque no concibo ninguna más alta y luminosa. ¿Comprendes ya, Áurea, todo lo que eres para mí?

ÁUREA. Y a dicha lo tengo, Cellini. Porque nadie me dijo nunca cosas tales. ¿Dónde y cómo las aprendiste? ¿Quién te las enseñó? ¿Qué has puesto en tus palabras que así me conmueven? ¿Qué hay en ti que me hace temblar? Te confieso, Cellini, que parece que me revolotea un pájaro dentro del pecho. ¡Qué dolor que tus ojos no vean!

CELLINI. ¿Sufres por ello tú?

ÁUREA. Sufro, sí. Un dolor infinito, Cellini; un dolor angustioso, nuevo, no sentido hasta ahora; un dolor muy del alma… ¿Por qué, si me ven todos,

tú no me ves?

CELLINI. Áurea, yo no quiero que por mí sufras; yo te veo.

ÁUREA. *Absorta.* ¿Eh? ¿Qué dices?

CELLINI. Que mis ojos no son ciegos, Áurea, y que si lo fueran, al sentir que por su causa lloraban los tuyos tan hermosos, verían con nueva luz. Te veo, Áurea, te veo.

ÁUREA. ¿Me ves? ¡Ay, Dios mío! *Huye de él.*

CELLINI. No grites, no te asustes.

ÁUREA. No grito, no. Pero asustarme… ¡Vaya! ¿Qué milagro o qué farsa es ésta? ¿Quién eres tú?

CELLINI. Cellini el loco.

ÁUREA. ¿El loco?

CELLINI. Sí. Cellini el ciego no es más que una ficción de Cellini el loco.

ÁUREA. Y ¿quién te trajo aquí? ¿A qué viniste?

CELLINI. A hablar contigo, Áurea. Fingí la ceguera porque un ciego siempre inspira piedad… A un ciego siempre se le escucha y se le acompaña.

ÁUREA. Y ¿qué tienes tú que hablar conmigo?

CELLINI. Tanto tengo, que nunca acabaría.

ÁUREA. ¿Nunca?

CELLINI. Nunca. Y sólo cuento con estas horas, con este azar.

ÁUREA. Pues ¿qué quieres decirme?

CELLINI. Ni yo mismo lo sé. Todo y nada. Todo, por lo que siento; nada, por lo que puedo esperar.

ÁUREA. Cellini: yo no sé qué hay en ti, qué misterio envuelve tus palabras, que te oigo desconcertada y confusa. Y, a pesar de ello, cuanto más te oigo, más deseo oírte. Sentía esta tarde, antes de llegar tú, anhelo de hablar, de hablar mucho, de hablar con quien fuera: con los árboles, con el cielo, con el arroyo, con el mar… Y has llegado tú… y me has dicho esas cosas… y ya no quiero más que oírte. Cellini, ¿de cierto eres Cellini? ¿O me engañas ahora también?

CELLINI. Ahora, no. Berto Cellini soy, Áurea. Y ¡ojalá fuese el hijo de un gran señor u ojalá fueses tú Mariuca!

ÁUREA. ¿Por qué? ¿No es más gracioso vernos en esta confianza siendo lo que somos? A mí me gustas tú porque eres Cellini. ¡Si yo quería conocer a Cellini el loco! ¡Oh! Si fueras el hijo de un gran señor, no estarías aquí poco menos que a solas conmigo. Estaríamos en mi casa, en la sala de estrado, muy tiesos y muy circunspectos los dos, viendo jugar al ajedrez a los señorones y a los frailes tomar chocolate laborado en mi propia casa; oyendo a mi padre celebrar con orgullo las hazañas de los parientes muertos, y a mi madre ponderar a las buenas monjas en cuyo convento crecí y que me enseñaron a escribir y a leer y me infundieron el temor de Dios y del mundo. En cambio, Cellini, tú, sin temor de nada, penetraste aquí, donde a nadie se deja entrar; burlaste al guarda, te fingiste ciego, llegaste a mí, conseguiste mi simpatía, me hablaste en lenguaje nunca oído, llenaste de revelaciones poéticas mi soledad… ¡Oh! Yo, esta tarde, prefiero no ser Mariuca… porque tú seas Cellini.

CELLINI. ¡Bien haya Cellini, que así es recibido por ti! Y pues sólo esta tarde hemos de hablarnos en la vida, hablemos, Áurea, hablemos.

ÁUREA. ¿Esta tarde no más?

CELLINI. Y cuéntalo por un milagro. Mañana, Áurea, en lugar del ayo vendrá contigo el fraile, vigilará el guarda y no entraré… Diles tú a los duques de la Fontana que quieres hablar con el hijo de Rosaura, la mesonera; con el pobre hijo de Cellini el músico, que toca el órgano en Santa Marina, y a buen seguro que creerán que eres loca y te observarán con el mayor cuidado. Naciste muy alta; muy bajo yo. No importa que sienta alas en mi espíritu para pasar las nubes: mis alas no se ven. Ni quiero ni debo trastornar tu alma y tu vida. Muy pronto, según dicen, llegará de tierras andaluzas el esposo que tus padres, los duques, te buscaron entre sus iguales. No hablaremos más que esta tarde, Áurea.

ÁUREA. ¿Me conoces hace mucho tiempo, Cellini?

CELLINI. Sí; desde niño.

ÁUREA. ¿Desde niño?

CELLINI. El día de la romería de la Fontana te vestían tus padres de pescadora, a la usanza de la gente humilde, y te llevaban a la ermita, donde se te adoraba más que a la Virgen de los pescadores. Eras tú, para los niños pobres de aquel tiempo, regalo del cielo, criatura misteriosa de origen divino que los fascinaba con su presencia. Uno de tantos niños fascinados fuí yo.

ÁUREA. ¿Tú? No me acuerdo.

CELLINI. El último año que te llevaron los duques, escogí del campo las flores más lindas que hallé en el camino y formé un ramo con todas ellas. Al pasar tu carroza, te lo ofrecí, y tus padres mandaron detener su marcha y me hicieron subir al lado tuyo. Yo, tan decidido a emprender mi aventura, me asusté de ella al verme allí. No sabía hablar, ni reír, ni respirar apenas… Sólo sabía mirarte. Al llegar a la ermita, me dijeron que te diera un beso.

ÁUREA. ¿Y me lo diste?

CELLINI. Sí.

ÁUREA. ¡Qué pena! No me acuerdo.

CELLINI. Besé en tu carita con mis labios de niño pobre, y con superstición de devoto besé tu faldilla de pescadora. ¡Oh, qué día aquél para mí! En él fuí tocado de la gracia de lo divino, que desde entonces le presta a mi alma estas alas para volar. Y aquella noche tuve insomnio, y sed, y fiebre; y veló mi madre al pie de la cama. Y yo charlaba, deliraba; quería ser hombre, soldado, héroe, rey…

ÁUREA. ¿Y qué más, Cellini? Cuenta; que tu cuento me sabe como ninguno.

CELLINI. Pues te diré ahora lo que más me importa decirte. Mañana dejo estas tierras benditas y estos campos verdes y estos montes azules en donde corrió mi niñez. Mi vida aquí ya no tiene objeto ni oriente. Por el mundo me voy con ambición de conocerlo. En mi corazón de niño sembraste, el germen de este amor que hasta ti me trajo este día…

ÁUREA. ¿Amor has dicho?

CELLINI. Amor es esto. Loco, por ser mío; bello, por inspirarlo tú; puro, por imposible. Tu vida será de algún hombre que acaso te merezca, o de alguno que esté muy lejos de merecerte; pero al marcharme yo de Solar de la

Montaña, no quiero llevarme este secreto. La confesión que te hago es sin duda tan infantil y candorosa como lo fué el beso que te di en la ermita de la Fontana; pero ¿por qué marcharme sin hacértela? ¿Por qué no has de saber tú, Áurea, siquiera valga para ti lo que un cuento referido al hogar por una vieja, que has sido y eres la loca ilusión de mi espíritu? Sábelo, sí: sabe que te adoré en silencio; que llenaste mis horas de adolescente; que una mirada tuya recogida al azar era para mí el sol de un año entero; que rondé cien noches los muros del convento en que te encerraron tus padres y los de tu casa cuando a ella volviste; que robé flores de tu jardín; que con sólo haberte visto en el mundo, doy por buena y dichosa la vida.

ÁUREA. ¿Y qué más, Cellini; qué más?

CELLINI. ¿Eh?

ÁUREA. ¿Qué?

CELLINI. Silencio; disimulo.

ÁUREA. ¿El ayo?

CELLINI. Sí.

ÁUREA. *Contrariada, con candoroso enojo.* ¡Ah! ¿Qué hormiga le habrá contado esto?

CELLINI. *Volviendo a la inmovilidad de sus ojos.* ¿Dice usted, hermana, que hacia la izquierda, por aquí adelante, hay una vereda que puede llevarme al camino real?

ÁUREA. Sí, sí. Pronto dará usted con la caseta del guarda, y él lo guiará. *Como hablando con el preceptor.* ¡Es un pobre ciego, don Leandro, que se ha extraviado en su camino! *Como respondiéndole.* ¡Yo no tengo la culpa! ¡Ya sé que hay un letrero; pero como es ciego, señor, el infeliz no ha podido leerlo!

CELLINI. ¿Quién es? ¿Quién habla allá lejos, señorita?

ÁUREA. No haga usted caso, hermano. Venga por aquí. *Le da la mano y lo conduce hacia la izquierda, por el primer término.* Observa. Forzoso es separarse.

CELLINI. Para siempre.

ÁUREA. ¡Para siempre!

CELLINI. Sí. Así lo quieren la vida y los hombres. Ni para mí naciste, ni para ti yo. Pero tal vez entre nuestros espíritus quede un beso constante y eterno. Adiós, Áurea.

ÁUREA. Cellini, adiós. *Otra vez al ayo.* ¡Ya voy, don Leandro; ya voy! —Ande el ciego camino adelante norabuena, y ¡ojalá pronto vean sus ojos lo que quieran ver!

CELLINI. Lo que habían de ver los ojos del ciego, lo vieron ya. *Desaparece.*

ÁUREA. ¡Ya voy, señor; ya voy! *Encamínase perezosamente hacia la derecha, sin dejar de mirar hacia el otro lado.* ¡Qué sueño!… ¡Qué aventura!… ¿Soy yo la misma? ¿Soy yo la que era? ¿Esta tarde no se pone el sol? ¿Qué estaba yo haciendo cuando vino ese hombre? ¡Ah, sí!… Quería hablar… cantaba…

Para los niños, un anhelo;
para las mozas, un amor;
para los hombres, un consuelo;
para los muertos, una flor.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salita en una quinta de recreo en Sevilla y en la margen del Guadalquivir. En el foro, hacia la derecha, una puerta, y hacia la izquierda, una ventana, por las cuales se ve un jardín que alumbra la luna.

Muebles severos y finos. En las blancas paredes hay varios cuadros de pinturas sencillas y un retrato de caballero. Una luz.

La acción es quince años después del primer acto.

Óyese lejos la campana de la verja del jardín, que anuncia la llegada de una persona. Poco después sale Cellini, embozado en lujosa capa. Sus ropas todas, elegantes y ricas, ofrecen gracioso contraste con las que usaba en Solar de la Montaña.

Cellini. *Después de dar algunos pasos por la salita y mirando hacia la misma puerta por donde ha llegado.* Nadie. *Se asoma a la ventana.* Nadie en el jardín. Hasta ahora no miente la carta. Sonó la campana de la verja, no he visto alma viviente, y hay luz en esta habitación. Esperemos. Más me pesa la capa que la aventura. *Deja sombrero y capa en un mueble.* La noche es tibia y perfumada, como para el amor. Amor es lo que aquí me trae: ¿será amor por lo que aquí me llaman? *¡Chi lo sá!* —que diría mi padre y señor—. Desde aquí, a través de las frondas, y por cima de ellas, se ven algunas luces de la ciudad. ¡Sevilla! ¡Tierra de leyendas y de ensueños, donde toda locura es posible!… ¡En buen hora entré por tus puertas!… *Pasea meditando.* ¡El duque de Él!… ¡El duque de Él!… *Suelta la carcajada.* Berto Cellini, duque de Él. ¡Bien suena el titulillo! Poco trabajo me costó adquirir sangre azul y

título sonoro. El trabajo de discurrirlo no más. *Se acerca a la luz y lee, saboreándola, una carta.* «Duque de Él: A media legua escasa de la Puerta Macarena, y en la margen de acá del río, hay una quinta de recreo conocida por la Casa de los Jazmines. Ve esta noche, a las diez, recatadamente, que te importa. Y por si el importarte a ti sólo no es bastante a encender tu curiosidad, ve, que me importa a mí. Llega a la verja, que cederá al impulso de tu mano, haciendo sonar una campana. Nadie saldrá a tu encuentro». Así fué. «Sigue adelante por la ancha vereda del jardín, y anda sin temor hasta dar en la puerta de la quinta, que te parecerá que nunca llega, y que cederá también a tu mano». Así ha sido. «Entra sin temor». ¡Otra vez sin temor! Señora, no conocéis al duque de Él. «Tampoco hallarás a nadie en la casa. En una salita de la derecha verás luz. Entra en ella, y espérame», Y aquí estoy. «Una mujer». Y aquí la espero. ¡Es ella! ¡Seguramente es ella! *Suena la campana de la verja.* Y ya está ahí. *Aguarda anhelante la llegada de la mujer. Receloso.* Sentiría que fuese todo una burla de los sevillanos. No, no es una burla. Aquí está. ¡Y es ella! ¡Es ella! *Sale Áurea, tapada con mantilla o velo.* Señora… *Áurea no puede hablar de emoción. Con un ademán le indica a Cellini que aguarde.* ¿Qué le pasa? ¿Debo esperar a que se tranquilice? No crea usted… se me ha comunicado su emoción… *Silencio.* Cerraré esta puerta.

ÁUREA. *Sin voz apenas.* Sí.

CELLINI. Sí. *Lo hace.*

ÁUREA. *Suspirando.* ¡Ay de mí!

CELLINI. ¡Oh, voz divina! ¡Cómo no me engañé! ¡Y la oí en mi vida una vez tan sólo! ¡Y pasaron sin oírla más de quince años! ¿Por qué lo primero que vuelvo a oírle es un lamento?

ÁUREA. *Entre lágrimas.* ¿Es usted el duque de Él?

CELLINI. Lo soy, señora. ¡Como pudiera ser el archipámpano de las Indias! ¡Fuera de Dios, yo soy siempre quien quiero! ¡Áurea!

ÁUREA. Áurea, no; la condesa de Miraluz.

CELLINI. ¡La condesa de Miraluz!

ÁUREA. *Descubriéndose.* ¡Cellini!

Se estrechan las manos.

CELLINI. Te esperaba, te deseaba. ¡Qué hermosa!

ÁUREA. Hermosa, no.

CELLINI. Es cierto; hermosa, no: ¡divina!

ÁUREA. No, Cellini, no; las lágrimas destruyen la belleza, y mis ojos han llorado mucho.

CELLINI. Lo sé.

ÁUREA. No lo sabes. Cuando una mujer llora, no lo sabe nunca más que ella. ¿Presumes a lo que aquí vengo?

CELLINI. Tal vez… No lo sé… no lo quiero pensar. Sé que estoy ante ti; sé que bendigo esta cita misteriosa.

ÁUREA. ¡Oh! Esta cita… esta cita… Mucho vacilé antes de dártela… ¡Pero tú eres quien eres! Nada conozco de tu vida; pero eres quien eres. Esta certidumbre me decidió a llamarte. Temblando y llorando he llegado aquí… Tú no consentirás que llorando me vaya. ¿Verdad, Cellini?

CELLINI. ¡Verdad! ¡Mil veces verdad!

ÁUREA. ¡Oh! ¡Qué ciega confianza tenía en esto!

CELLINI. Pero cálmate, Áurea. Reposa. Hablemos. ¡Qué momento! ¡Vale por una vida! ¡Qué noche! ¡Y creíamos habernos despedido para siempre allá, en Solar de la Montaña, la tarde aquélla en que, fingiéndome ciego, llegué hasta ti! ¡Quién le dice al alma adónde va y cuál es su camino!

ÁUREA. ¿Te acuerdas de aquella tarde, Cellini?

CELLINI. Si no me acordara, no sería yo Cellini. ¿Te acuerdas tú?

ÁUREA. Más de una vez la he recordado en estos años. ¡Cellini!… ¡El duque de Él!… Cuando te vi en los jardines públicos y me dijeron: «Aquel que allí va es el famoso duque de Él», me quedé absorta al reconocerte.

CELLINI. Pero ¿me reconociste al momento?

ÁUREA. Al momento. Y comprendí en seguida también la leyenda que en Sevilla te envuelve. ¡Cellini! ¡Cellini, el loco!… ¡El duque de Él!… Siempre llena de misterio tu vida… Háblame… dime… ¿Qué es esto del duque de Él? Oyéndote se calmará mi corazón… Habla, Cellini; habla, mientras yo descanso de esta inquietud… ¿Viven tus padres?

CELLINI. Viven.

ÁUREA. Cuéntame tu historia. ¿Qué es esto del duque de Él?

CELLINI. Pues esto es, Áurea, que ser duque de algo puede ser privilegio de algunos; pero ser duque de sí mismo sólo me toca a mí. Yo no sé de otro.

ÁUREA. *Riendo.* Pero, bien, bien, explícame… Esta grandeza, este rumbo, este fausto con que en Sevilla te paseas… ¿Eres ya rico?

CELLINI. ¡No tengo un doblón! Eso querría el dinero: hacerme suyo, para esclavizarme y pudrirme el alma. ¡Jamás! No tengo un doblón. Y, sin embargo, soy el duque de Él, y no hay en Sevilla rico ni grande que no me rinda pleitesía, ni puerta que no se abra a mi nombre, ni villano que no me salude, ni mendigo que no me bendiga, ni mujer que no se asome a su celosía para verme pasar. ¡Soy el duque de Él!

ÁUREA. Me harás reír de verás, Cellini.

CELLINI. El origen de mi título sólo vas a saberlo tú. Pensaba yo que era el hombre más desatinado y loco del mundo, y rodando por el mundo adelante di en París con un caballero escocés, al lado del cual soy un prodigio de equilibrio y cordura.

ÁUREA. ¡Dios del cielo, Cellini! ¡Cómo tendrá la cabeza el escocés!

CELLINI. Algo daría yo por saber, no cómo la tiene, sino dónde la tiene ahora.

ÁUREA. ¡Jesús!

CELLINI. Conocí a lord Wellington con ocasión de la venta de unas antiguallas de gran valor, en que comercio para vivir de algún tiempo a esta parte. Lord Wellington tiene todo el dinero que yo desprecio y más, y es caprichoso y maniático como un niño mimado o como un enfermo. De tal manera simpatizó conmigo, que a los tres días de hablarnos me trataba como si fuera hermano suyo. Te pintaré la historia a grandes pinceladas, porque estoy ansioso de que hables tú y no yo.

ÁUREA. Sigue.

CELLINI. Soñaba lord Wellington con hacer un gran viaje por España: viaje de juventud, de arte, de amor y de locura, y se empeñó en hacerlo en mi compañía. Ocho meses llevamos ya rodando por toda ella, descubriendo

tesoros y maravillas, admirando rincones, paisajes y mujeres, comprando joyas, tirando el oro, imaginando y acometiendo estupendas hazañas, como en un torneo de disparates. Algunas noches hemos dormido en una catedral, por sólo ver entrar la luna por las ojivas de colores, o por ver si los reyes muertos abandonaban en la soledad sus sepulcros de piedra y nos revelaban algún secreto de ultratumba. Algunas las hemos pasado en las calles desiertas, husmeando aventuras extraordinarias, que unas veces nos salían al paso y otras no. Algunas, también, dimos con nuestros huesos en la cárcel.

ÁUREA. ¿En la cárcel?

CELLINI. Es claro. Fortuna, que con la misma facilidad entrábamos que salíamos. El oro de lord Wellington, manejado con largueza por mí, nos descorría sin rechinar todos los cerrojos. Al llegar a Córdoba, se enamoró mi hombre tan vivamente de una mujer, hallada al paso en una venta, que yo pensé que había llegado en serio a perder el poco seso que le quedaba. Me pidió entonces que continúala yo solo el viaje a Sevilla y que buscase hospedaje para él y para mí, y me aseguró que él vendría siguiéndome los pasos. Y hasta ahora.

ÁUREA. ¿Hasta ahora?

CELLINI. No he vuelto a saber de lord Wellington.

ÁUREA. ¿Cuánto tiempo hace?

CELLINI. Mes y medio; lo que llevo en Sevilla.

ÁUREA. Pero ¿estará en Córdoba?

CELLINI. Es posible.

ÁUREA. ¿Y qué piensas hacer?

CELLINI. Esperarlo.

ÁUREA. ¿Esperarlo? ¿Hasta cuándo?

CELLINI. Hasta que venga.

ÁUREA. ¿Y si no viene nunca?

CELLINI. Sí vendrá. Así entré en Sevilla, y me pareció desde que entré mucho mi equipaje, mucha persona yo, muy grande y muy bella la ciudad para seguir no siendo más que el que fuí hasta aquel día. Me hospedé donde mejor pude y me llamé desde aquel punto y hora el duque de Él. Busqué un

criado de buena cepa sevillana, le llené la cabeza de fantasías, que, por cierto, no se encontraron solas, y no hizo falta más: él se encargó de propalar, no una leyenda, sino mil leyendas de su dueño y señor, que me dieron renombre en ocho días.

ÁUREA. Es verdad. A mí me llegaron algunas de ellas: «El duque de Él va a levantar un palacio en Itálica». «El duque de Él quiere llevarse la Virgen de la Servilleta, cueste lo que cueste». «El duque de Él ha comprado varias paredes del Alcázar». «El duque de Él quiere fundar un hospital y un asilo como el de don Miguel de Manara». «El duque de Él viene huyendo de la Justicia, porque ha matado a un noble en desafío». «El duque de Él viene a robar a una sevillana famosa». «¡El duque de Él!… ¡El duque de Él!…».

CELLINI. ¡Oh! Ya que me hice duque, había de serlo grande y dignamente. Y todo es pura imaginación. Hecho real, fundamento para la credulidad de las gentes, no hay más que uno sólo: el de la adquisición a peso de oro de una *Concepción* de Murillo. La vi y di en el acto cuanto me pidieron por ella, sin regateo alguno. Esto me conquistó la amistad de excelentes artistas. Frecuenté sus estudios, conocí en ellos a muchos grandes, mis iguales, visité sus casas y palacios, distinguiéronme todos con su simpatía, y aquí estoy. Y aquí me tienes, Áurea, poniendo a tus pies mi corona ducal, mis tesoros, mis grandezas todas, mi renombre y, sobre todas esas cosas, y por lo mismo, mi corazón y mi fantasía.

ÁUREA. ¡Cellini! ¡Eres dichoso! Creas el mundo en que quieres vivir, y en él vives.

CELLINI. Como no nací en el único que hubiera podido importarme, que es el que yo habría querido ofrecerte en lejanos tiempos, ahora ya, en cuanto me canso de un mundo, salto a otro.

ÁUREA. ¡Ay de mí!

CELLINI. Otra vez tu lamento. Habla ya, Áurea; dime tus pesares; dime por qué lloras; por qué me llamaste esta noche; por qué viniste aquí. ¿Qué quieres, no del duque de Él, sino del bienaventurado Cellini? Del que a ti se llegó una tarde, como ciego, porque iba enamorado, y del que, ciego, te habló de amor por vez primera, y luego lloró muchas noches de haberte visto.

ÁUREA. Cellini, amigo mío: si es verdad que yo fuí la ilusión de tu alma de niño y la quimera de tus veinte años arrogantes y soñadores, prométeme por esos recuerdos que has de concederme lo que te pida.

CELLINI. ¿Nada más?

ÁUREA. ¿Me lo prometes?

CELLINI. ¿Me lo preguntas?

ÁUREA. Yo he venido esta noche aquí, a esta quinta apartada, donde tantas horas paso con mis hijos, traicionando a mi esposo, comprometiendo mi nombre, en complicidad bochornosa con algunas de mis criadas, temblando de ansiedad y vergüenza. Y cuando así he venido, Cellini, tú comprenderás que vengo por algo que para mí es tanto como la vida.

CELLINI. De tu esposo hablaste…

ÁUREA. Sí, de mi esposo.

Mira el retrato, llamando la atención de Cellini, que también lo mira.

CELLINI. ¡Oh! No había reparado… Señor mío, ¿estaba usted aquí? *Con graciosa ironía.* Perdóneme si al llegar no lo saludé como se merece.

ÁUREA. Cellini…

CELLINI. Aquí estamos los dos, y aquí está ella. Mírala. Nunca supieron sus ojos lo que eran lágrimas hasta que tú te miraste en ellos.

ÁUREA. ¡Cellini!…

CELLINI. Áurea… compréndeme a mí tú también. Y mira que entre cuantas cosas me puedas pedir, sólo hay una que he de negarte.

ÁUREA. Pues ésa, ésa es la que a pedirte vengo.

CELLINI. ¡No, Áurea; no!

ÁUREA. Ésa es. Considera que no podía ser otra. *De improviso, con súbita alarma, prestando oído hacia el jardín.* ¿Eh?

CELLINI. ¿Qué?

ÁUREA. Calla.

CELLINI. ¿Qué es?

ÁUREA. ¿No oyes?

CELLINI. No… Nada oigo.

Los dos escuchan sin hablar.

ÁUREA. Sí; sí suena…

CELLINI. Sí; ya sí. Un coche parece.

Suenan ahora, en efecto, muy a lo lejos, los bulliciosos cascabeles de un cochecillo que se va acercando.

ÁUREA. ¡Dios mío!

CELLINI. ¿Qué temes?

ÁUREA. No sé; pero todo es posible. ¿Por qué me aventuré, Señor?

CELLINI. Calma.

ÁUREA. ¡Se acerca! ¡Oh! ¡Se acerca! ¡Viene aquí! ¡Van a sorprenderme! ¡Viene aquí!

CELLINI. Pero ¿de quién sospechas? ¿Quién pudiera haberte vendido?

ÁUREA. ¡Qué sé yo! La suerte, el azar, mi misma locura… ¡Vete tú, Cellini!

CELLINI. Espera; esperemos.

ÁUREA. ¡Vete tú!

CELLINI. No; yo no te dejo sola. ¿Quién sabe lo que puede ser?

ÁUREA. ¡Virgen mía!

El cochecillo, que un momento ha parecido estar delante de la quinta, sigue adelante su camino, bien ajeno a la tribulación que produce, y el rumor de sus cascabeles llega a perderse del todo en la distancia.

CELLINI. ¿Qué?

ÁUREA. *Dando un grito de espanto.* ¡Ah!

CELLINI. ¿Qué es eso?

ÁUREA. La puerta… sentí alguien en la puerta…

CELLINI. ¡Por Dios, Áurea, estás fuera de ti! ¿No oyes que se aleja el rumor?

ÁUREA. ¿Se aleja?

CELLINI. ¿No lo oyes?

ÁUREA. Se aleja, sí… Se aleja… Se aleja…

CELLINI. Y aquí no hay nadie. ¿Ves? *Abre la puerta enteramente.*

ÁUREA. Nadie… No hay nadie…

CELLINI. Los del coche serán gente de fiesta que irá a algún ventorro cercano.

ÁUREA. Sí… sí…

CELLINI. ¿Qué tienes? Tranquilízate.

En el pecho de Áurea, combatido por tan diversas emociones, nace trabajosamente un sollozo, que al fin rompe en sus labios, y al que siguen copiosas lágrimas.

ÁUREA. ¡Madre mía!

CELLINI. Áurea… no llores… Tranquilízate. Si no ha habido peligro alguno. Tranquilízate, Áurea. Te asustó lo singular de este momento, de esta cita…

ÁUREA. Me asustó, sí; me asustó… Llegué al desvarío. Pero desvarío también es haber hecho lo que he hecho. Acabemos, Cellini.

CELLINI. ¿Qué quieres?

ÁUREA. Jura decirme la verdad.

CELLINI. Te lo juro.

ÁUREA. ¿Por quién?

CELLINI. Por ti.

ÁUREA. *Anhelante.* ¿Es cierto que anoche, en una fiesta, en una zambra canallesca…?

CELLINI. ¡Es cierto! Ya ves que te adivino.

ÁUREA. ¿Es cierto que sonó allí mi nombre?

CELLINI. ¡Es cierto!

ÁUREA. ¿Es cierto que abofeteaste…? *Señala al retrato.*

CELLINI. ¡Es cierto!

ÁUREA. ¿Es cierto que surgió un desafío? ¿Es cierto que al amanecer de mañana…?

CELLINI. ¡Es cierto; es cierto! ¡Tan cierto como que lo pienso matar!

ÁUREA. ¡No!

CELLINI. ¡Sí!

ÁUREA. ¡No, Cellini; no! Porque dicen que tu espada es temible he venido a ponerme entre él y tú.

CELLINI. Porque estás tú llorando entre él y yo es por lo que quiero matarlo.

ÁUREA. ¡Si por eso lloro! ¡Sé noble ahora como siempre, Cellini!

CELLINI. Jamás nació el odio en mi alma más que para ese hombre. ¡Ah!, ¡si él te mereciera!…

ÁUREA. Merézcame o no, de su amor nacieron mis hijos. Merézcame o no, yo lo quiero.

CELLINI. ¿Lo quieres tú, Áurea?

ÁUREA. Lo quiero, sí. No busques la razón de este amor, porque no la hallarás. ¡Lo quiero! Y nunca llegó a su alma mi ternura… y lo quiero. Y nunca lo conmovieron mis lágrimas… y lo quiero. Y siento en mi corazón su desvío, que es hielo que me quema las entrañas mismas… y lo quiero. Y lo acaricio, y huye; y lo sigo, y se esconde; y lo llamo, y no me contesta… y lo quiero. Y ya no tengo más besos de él que los que él deja y yo voy a buscar ansiosa entre los cabellos de mis hijos… ¡y lo quiero!, ¡lo quiero!

CELLINI. ¡Pues malhaya ese amor insensato, que no debe ser! ¡Cada queja tuya me parece como que templa y afila más mi espada!

ÁUREA. ¡No!

CELLINI. ¡Sí! ¡Sí, Áurea; sí! ¿No ves que te oigo a ti y aún me martillean el cerebro las palabras de él que me lanzaron a abofetearlo?

ÁUREA. ¿Cuáles fueron? ¿Qué dijo?

CELLINI. ¡Qué dijo! ¡Qué dijo! ¿Crees que yo he de repetirlo ante ti? ¡Oh! No me pedirlas que no lo matara si pudieras saber lo que escupió aquel hombre, borracho ya, al beber más vino en los labios de una mujerzuela.

ÁUREA. *Dando un grito de vergüenza, de celos y de ira.* ¡Ah!

CELLINI. ¿Qué?

ÁUREA. ¡Mátalo!

CELLINI. ¡Sí!

ÁUREA. *Rehaciéndose.* ¡No, no; Cellini, no! ¡No me atiendas! ¡No me oigas! ¿Qué dije? ¡Mis celos son locos, salvajes! ¡Cuando me azuzan como lobos, capaz sería de matarlo yo misma por mi mano! Pero no me hagas caso, no; no me oigas, sino cuando te pido generosidad para él.

CELLINI. *Con doloroso, nostalgia, con rabia de sí mismo.* ¡Ah, palacio de los duques de la Fontana! ¿Por qué respeté tus muros carcomidos y rotos y no te incendié, para sacar de entre las llamas lo que era mío? ¿Por qué fuí tímido y cobarde? ¿Por qué no busqué oro en el mismo centro de la tierra, para ser poderoso? ¿Por qué no destrocé tu escudo, ridículo fantasma de piedra? ¿Por qué pensé que no era para mí un alma que ató Dios a la mía con lazo más fuerte que todas las mentiras y todas las verdades de los hombres?

ÁUREA. Cellini, basta ya. No deliremos ni tú ni yo. Mañana nos va a parecer esto una pesadilla tormentosa. Ya que el azar nos ha puesto otra vez en la vida frente a frente, que quede entre nosotros, al despedirnos, el mismo aire puro de aquel cercado de Solar de la Montaña en que me encontraste. No es la esposa torpe y locamente enamorada la que te ruega: es la cándida y sencilla muchacha que tomó la mano del ciego para sentarlo en las piedras que bordean el arroyo… aquel arroyo donde se recreaba en su propia belleza, hoy vencida por el dolor.

CELLINI. Áurea…

ÁUREA. Tampoco es aquella muchacha quien te pide que perdones y te alejes de aquí: es la niña rica del vestido de pescadora, con quien en su carroza fuiste a la ermita un día y a quien le diste unas flores y un beso.

CELLINI. Silencio. Áurea; silencio ya. Sólo porque pensé librarte de tu tormento ha sido posible que tú llegaras a suplicarme. ¿Qué me pides?

ÁUREA. Que renuncies a ese horrible duelo y que te alejes de Sevilla para evitarlo. ¿Lo harás?

CELLINI. ¡Me lo pide la muchachita que se miraba en el arroyo!

ÁUREA. ¿Te irás antes de que amanezca?

CELLINI. ¡Me lo pide la pescadorcita que tomó mis flores!

ÁUREA. *Con gratitud.* ¡Cellini!

CELLINI. ¿Lloras?

ÁUREA. Lágrimas son éstas también; pero no las de antes. Sólo en ser lágrimas se parecen.

CELLINI. ¡Amor mío! *Le besa con ternura una mano, que ella le abandona. Luego, con graciosa ingenuidad, dice encarándose con el retrato:* Perdone, amigo. Es lo menos a que tengo derecho. Sobre que entre una estocada en el corazón y un beso en la mano de Áurea, le concedo a usted lo más agradable. *Áurea sonríe.* ¿Te ríes de mi puerilidad?

ÁUREA. Me río, entre lágrimas, de tu locura, y bendigo tu bondad, tu grandeza. ¡El duque de Él!…

CELLINI. ¡El duque de Él!… Muere sin que lo hiera espada alguna; pero muere digno de su nombre: lo mata una mujer hermosa. Saldré de Sevilla antes que alumbre el sol; te lo juro. Nadie pensará que fué miedo ni cobardía: bien se sabe quién soy. Noches ha, en la casa que llaman de los Duendes, terror y sobresalto de Sevilla entera, entré yo solo y acabé con todos ellos a cintarazos. «Por miedo no desapareció», dirán cuántos me conocieron. Y por Dios que ha de envolver mi fuga misterio tan impenetrable, oscuridad tan densa, que más que como hombre de carne y hueso recordarán los sevillanos al duque de Él como al espíritu temeroso de una leyenda.

ÁUREA. Espíritu de leyenda eres en mi vida. Leyenda de amor y de grandeza, Cellini. Adiós.

CELLINI. ¿Ya te vas, Áurea?

ÁUREA. Y aún prolongué demasiado esta entrevista. Adiós. Esta luz, este aroma que sólo tú infundes en mi alma, me consuela de todo. Adiós.

CELLINI. ¿No he de acompañarte?

ÁUREA. No. Un poco después que yo salga, saldrás como viniste. A nadie has de ver.

CELLINI. Y tú y yo, ¿volveremos a vernos algún día?

ÁUREA. Para siempre nos despedimos en el cercado, y no fué para siempre. Mi deseo es el de volverte a ver.

CELLINI. Será sin buscarnos, como ahora. Seguro estoy de que si en tu vida hay algún momento en que, sin llamarme, me llamas, mis pasos me

guiarán hacia ti.

Áurea. Adiós… hasta entonces.

Cellini. Hasta entonces… adiós.

Áurea. Adiós, Cellini.

Cellini. Adiós. *Se estrechan nuevamente las manos y ella se va. Pausa larga. Cellini la mira alejarse. Después, volviendo a encararse con el retrato, grita con exaltación y arrogancia:* ¿A qué miras, si tú no entiendes esto? ¡Entre ella y tú vivo ya eternamente yo! ¡Y ten, además, muy en cuenta que yo no soy el duque de Él, sino Berto Cellini; que no sería la tuya la primera mujer a quien engañase; que cambio de opinión como cambia de rumbo el viento…; que el brazo me está pidiendo una espada… y que aún faltan muchas horas para que amanezca! ¡Buenas noches! *Se cala el sombrero, se encaja sobre los hombros la capa y se marcha resueltamente, mientras cae el telón.*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Antesala en el suntuoso caserón que tienen en Madrid los condes de la Selva. A la derecha del actor, la puerta de entrada. A la izquierda, una gran chimenea. Al foro, cierro de cristales, tras el cual se ve el pintoresco jardín de la casa. En el rincón de la izquierda, el arranque de una escalera que da acceso a las habitaciones interiores. Es una noche clara del mes de enero. Una gran lámpara alumbra la estancia.

Han pasado treinta años desde el acto segundo.

Dentro, hacia la izquierda, suena el quejumbroso violín de un músico callejero, que se aproxima lentamente. Al llegar cerca del caserón, cesa de tocar de improviso. A poco, pasa de izquierda a derecha, por el parque, el viejo artista, bajo el brazo el violín, en dirección a la entrada de la antesala, donde aparece momentos después. Es Berto Cellini. Tiene barba y cabellos blancos y bien cuidados, y viste humildemente. Nadie diría que tan pobres ropas cubren el cuerpo del que hace treinta años se llamaba el duque de Él.

CELLINI. Que pase… y que espere. Bien está, La noche es hermosa, pero fresca: noche pura del madrileño enero. Agradece mi cuerpo este calor de la chimenea. *Se acerca a ella, dejando antes violín y sombrero, y se frota las manos.* ¡Aaaah! ¿Qué me querrán estos señores? Y ¿quiénes serán ellos?… Según viven, nobles y ricos deben de ser… Esperemos. *Pausa. Después de templarse un poco, vuelve a coger sombrero y violín.* ¡Mi violín! ¡Ciertamente, el humor no te falta, Cellini!

Por la escalera baja una señora venerable. ¡Ay! Es Áurea. Treinta años más pasaron por su hermosura. La expresión dulce y risueña de su rostro se acentúa al ver al músico.

ÁUREA. Buenas noches.

CELLINI. Señora, buenas noches.

ÁUREA. Usted será tan bueno que disculpe este atrevimiento mío.

CELLINI. ¿Cuál, señora?

ÁUREA. El de hacerlo pasar aquí, deteniéndolo a usted en su marcha.

CELLINI. Bien haya la ocurrencia de usted. La agradezco, lejos de tener que disculparla. Entre el frío sutil de la calle y el templado ambiente de esta estancia, mi viejo cuerpo no puede vacilar.

ÁUREA. No creí que tenía usted tantos años. ¡Vaya por Dios! ¡Verse en la necesidad de andar por esas calles con este frío!

CELLINI. No me compadezca, señora. El trío es confortante a ratos. Sin contar con que en la casa de huéspedes en que vivo hace mucho más frío que en la plaza de Oriente, aunque el patrón, que es ruso, ande siempre en mangas de camisa.

ÁUREA. ¡Qué buen humor!

CELLINI. Buen humor y poco derecho a quejarme de la profesión que he escogido.

ÁUREA. Deje usted el violín y el sombrero, y siéntese.

CELLINI. Con mil amores, señora mía.

ÁUREA. Tengo que pedirle un favor.

CELLINI. Delo usted por hecho.

ÁUREA. ¿Sin saber lo que sea?

CELLINI. Y deseando que sea un imposible.

ÁUREA. Diga usted lo que quiera, tiene buen humor.

CELLINI. Es tesoro que no me quitan los años.

ÁUREA. ¿Es usted extranjero?

CELLINI. Como usted guste.

ÁUREA. ¿Eh?

CELLINI. Digo esto, no por cortesía ni extravagancia, sino porque igualmente puedo llamarme español y extranjero.

ÁUREA. No me lo explico.

CELLINI. Soy ciudadano español, señora; pero nací en Italia.

ÁUREA. Ya.

Cellini, que se dispone a mentir, como siempre, da al relato que sigue una ligera entonación de burla.

CELLINI. El sol de Nápoles abrió mis ojos a la luz. Mi madre fué una gran trágica, famosa en sus tiempos: Emma Trolli. Mi padre, cuyos apellidos y cuyos títulos son gloriosos, fué el príncipe Filippo Malatesta. Se amaron él y mi madre con locura infinita. De aquel amor ardiente nací yo, que, por las trazas, tenía gran prisa de venir al mundo. Y ya iban a celebrarse las bodas con pompa y boato, y ya la princesa de la escena iba a ser también la princesa Malatesta, cuando una mañana, en Venecia, amaneció asesinado el príncipe, mi padre, bajo el célebre *Ponte dei Sospiri*.

ÁUREA. ¡Oh!

CELLINI. La cabeza, bárbaramente mutilada, en una góndola; el cuerpo, en las aguas, desangrándose y enrojeciéndolas en derredor.

ÁUREA. ¡Qué espanto!

CELLINI. Fué, sin duda, terrible venganza de la familia del príncipe Filippo, que odiaba a la comedianta famosa. Perdió mi madre la razón y yo, a poco, me vi en la más dolorosa miseria. El sentimiento de la música me cantó en el alma. Un señor, que me tomó de criado un par de meses, me regaló un violín la noche de Reyes de aquel año. Desde entonces vivo de mi violín, que es mi constante compañero, y el eco de mi espíritu. Cuando lloro, llora; cuando río, ríe… El apellido que llevo es el de mi madre: Trolli. Ermete Trolli soy, pues, para servir a usted, señora.

ÁUREA. ¡Oh, señor Trolli! Tiene su historia una traza muy novelesca. Y vamos a la gracia que deseo de usted, para no retenerlo aquí demasiado.

CELLINI. Mándeme libremente, señora mía. Debo gratitud especial a esta noble casa, ya que todas las noches, al pasar yo, se me da una espléndida limosna.

ÁUREA. Pues bien: oiga usted, que por la limosna es la gracia que quiero. Esa limosna se la manda a usted un niño.

CELLINI. ¿Un niño?

ÁUREA. Sí; uno de mis nietos. Tengo cuatro.

CELLINI. ¿Cuatro nietos tiene usted, señora?

ÁUREA. Cuatro.

CELLINI. Yo tengo siete. Y si hubiera sospechado que la limosna de esta casa venía de las manos de un niño, puede usted creer que guardaría, sin gastarlas nunca, todas las monedas que de él recibí.

ÁUREA. ¿Pues?

CELLINI. Porque nada hay más puro, ni que mayor emoción me cause, que la dádiva generosa de un niño.

ÁUREA. Es usted muy discreto, señor Trolli.

CELLINI. ¡Bah!

ÁUREA. Pues este nietecillo mío, que a mí me va a sacar el sol de la cabeza, es travieso como un diablo, inquieto, vivo, de una imaginación, señor Trolli, que nos tiene alarmados.

CELLINI. Mucha imaginación, ¿eh?

ÁUREA. ¡Un desatino!

CELLINI. No les importe a ustedes. Ese caudal de la fantasía es patrimonio de los privilegiados de Dios.

ÁUREA. Así sea, y el Señor lo oiga a usted. Sigo con mi cuento. Ha de saber usted que el diantre del chiquillo ha dado en la flor de no dormirse ninguna noche hasta que usted pasa por aquí desde que lo sintió pasar la primera.

CELLINI. ¿Si?

ÁUREA. Como se lo digo. Y se desazona y excita a tal extremo cuando tarda usted, que empieza a charlar disparates y a contar historias sin sentido, asustándonos a su madre y a mí. Estas noches últimas, en que usted ha pasado más tarde, no bastaban ya halagos ni amenazas para obligarlo a callar

y a dormir. Y si, rendido al cabo, cogía unos instantes el sueño, soñaba con usted, y despertaba luego, preguntándonos si le habíamos dado su limosna.

CELLINI. ¡Es particular! ¿Y cuando yo pasó y me oye, descansa?

ÁUREA. Se queda en siete sueños el ángel mío.

CELLINI. ¿Entonces, lo que usted desea…?

ÁUREA. Es que, si puede usted, pase con regularidad todas las noches, y un poco más temprano.

CELLINI. Pasaré, pasaré.

ÁUREA. ¿No le perturba nada?

CELLINI. No es eso sólo; sino que ya no tengo yo más que hacer en el mundo que pasar por aquí una noche y otra, a la hora que usted me ordene, arañando las cuerdas de mi violín, para que con su música sencilla, como canción de madre, se duerma ese niño.

ÁUREA. ¡Señor Trolli! Es usted la misma bondad.

CELLINI. Señora mía: no soy sino un enamorado de mi arte; de la idealidad en la vida; de la poesía de las cosas. Por algún sitio pasaré toca que toca, y no faltará malhumorado que al oírme exclame: «¡Ahí va ese rascatripas!». No es mucho que me obligue de buen grado a pasar por donde sé que hay un niño que me espera para mandarme una limosna, y que, si tardo, pregunta con exaltación: «Pero ¿no viene el viejo?». Señora, donde en el mundo hay una flor a mi alcance, yo la cojo siempre.

ÁUREA. Así, como usted ha dicho, pregunta él: «Pero ¿no viene el viejo?». *Prestando oído hacia la escalera.* ¿Eh?

CELLINI. ¿Qué, señora?

ÁUREA. La madre, que me llama. Seguramente ha despertado. Con permiso de usted.

CELLINI. Sí, señora.

ÁUREA. Vuelvo, vuelvo en seguida. *Sube.*

CELLINI. Aquí espero yo. ¡*Oh! simpática e gentile é la vecchietta! Ed io sono un fantastico chiacchierone che muta di padre come di camicia. Cellini, figlio del principe Filippo Malatesta! C’e proprio da maravigliarsi!*

Silencio. En la escalera asoma Áurea y le habla, sin bajar del todo y a

media voz.

ÁUREA. Señor Trolli.

CELLINI. Señora mía.

ÁUREA. En efecto, ha despertado el niño. ¡Está inquietísimo! Ha vuelto a preguntar por usted. ¿Será usted tan amable…?

CELLINI. ¿Qué?

ÁUREA. Que toque el violín unos momentos, para hacerle creer que pasa usted ahora.

CELLINI. Sí. Al instante.

ÁUREA. ¿Adónde va?

CELLINI. A la calle, ¿no?

ÁUREA. No hace falta, señor; no hace falta. Toque desde ahí. Será igual la ilusión del niño.

CELLINI. Como usted mande.

ÁUREA. Voy a decírselo a mi hija. *Sube.*

CELLINI. *Disponiéndose a tocar su instrumento.* Chiquitín generoso y caritativo, hermanito de fantasía: oye una cancioncilla que de niño me cantaron mil veces, y duérmete con ella, soñando.

Toca con emoción suprema, y el viejo violín responde como nunca a su sentimiento y a su mano. La canción que toca es la del limosnero con que Áurea, una tarde de mayo, alegró el cercado de Solar de la Montaña, donde él le habló. A punto de acabar está cuando Áurea vuelve a asomar en la escalera, y baja luego lentamente, mirando con curiosidad y asombro a Cellini.

ÁUREA. Gracias, señor. ¡Qué canción más linda ha tocado! ¡Y qué diestramente lo ha hecho! Nunca me sonó mejor su violín.

CELLINI. Nunca tampoco, señora mía, tuvo mejor empleo. Violín: si tienes alma, habrás temblado como yo. ¿Duerme ya el niño?

ÁUREA. Pronto dormirá. Y la madre llora en silencio, llena de gratitud. Y la abuela… la abuela… *Sigue mirándolo tenazmente.*

CELLINI. ¡Oh, músicos famosos del mundo, que soñáis con el aplauso loco de las multitudes, exaltadas por vuestro arte! ¡Aquí tenéis al viejo Trolli, músico callejero, que no cambia por vuestros ruidosos triunfos este aplauso callado del niño que duerme y la madre que llora!

ÁUREA. ¡Trolli!… ¡Señor Trolli!…

CELLINI. ¿Cómo se llama el niño?

ÁUREA. Berto.

CELLINI. ¿Berto?

ÁUREA. Berto, sí. Como uno de mis hijos también.

CELLINI. *Observándola atónito.* ¿Uno de sus hijos también…?

ÁUREA. Se llama Berto. Como tú, grandísimo farsante.

CELLINI. ¿Eh?

ÁUREA. Años implacables, ¿qué hicisteis con Áurea, que ya no la conoce Cellini?

CELLINI. *Temblando.* ¡Dios de Dios! ¡Áurea! ¡Áurea! Pero ¿es posible esto?

ÁUREA. Ya ves si es posible, Cellini. *Se dan las manos en silencio, mirándose a los ojos con emoción.* Sí, yo soy; yo soy.

CELLINI. ¿Y cómo no te reconocí apenas mis ojos te vieron?

ÁUREA. Porque tus ojos ya no ven y porque yo tampoco soy la que ellos vieron antes.

CELLINI. ¡Oh, de qué modo me alegra este encuentro! Había perdido ya la esperanza de volver a verle. Pensé que no vivías.

ÁUREA. ¿No vives tú y eres más viejo?

Se miran otra vez, enternecidos, y se ríen.

CELLINI. Áurea…

ÁUREA. Cellini…

CELLINI. ¿Con quién vives, Áurea?

ÁUREA. Siéntate.

CELLINI. Dime con quién vives.

ÁUREA. Con mi hija Cecilia.

CELLINI. ¿Y tienes cuatro nietos?

ÁUREA. Cuatro. Y tú siete, ¿no?

CELLINI. Te diré…

ÁUREA. ¡Ah, vamos! Descienden todos del príncipe Filippo.

CELLINI. En línea recta.

Se ríen nuevamente.

ÁUREA. ¡Qué embustero has sido siempre, Cellini!

CELLINI. Dime, Áurea: ¿vive el conde de Miraluz?

ÁUREA. ¿Mi marido? No. Murió, va para quince años.

CELLINI. ¡Oh! Yo debí matarlo hace treinta… conque no escapó mal del todo.

ÁUREA. Deja eso, Cellini.

CELLINI. ¡Quince años! En el purgatorio ya estarán hartos de él.

ÁUREA. Respetemos a los que ya no son. Yo, por mi parte, le he consagrado tantas oraciones, que bien creo haber salvado su alma.

CELLINI. ¿De veras? Manantial de ternura es tu corazón. ¡Y qué gran placer si tu marido está en el cielo!

ÁUREA. ¿Por qué?

CELLINI. ¡Porque ya no volveré a encontrármelo nunca!

ÁUREA. Ciertamente: que tú irás con zapatos a los infiernos, por mala lengua y por tarabilla. *Vuelven a reír*. ¡Diablo de Cellini! ¿Cómo has venido a parar en músico ambulante?

CELLINI. No; si no he parado aquí. Aún me quedan que ser muchas cosas en esta vida.

ÁUREA. Pues date alguna prisa, Berto.

CELLINI. Me es igual serlas o no serlas. Un pobre músico que vivía en la misma casa de huéspedes que yo, y que me debía mil atenciones, me dejó, al morir, todo su ajuar, que era este violín y un frac de sus tiempos floridos. Yo aprendí a tocar el violín de niño, con mi padre. Ahora, de viejo, me ha parecido éste que la suerte ha puesto en mis manos un amigo de la niñez que viene a recordarme aquellos días. Descansando él sobre mi hombro y yo

inclinando sobre él mi cabeza cansada, erramos juntos por las calles en amor y compañía, recogiendo lo que nos dan.

ÁUREA. ¿Recoges mucho?

CELLINI. Mucho. La música, aunque sea tocada por… *nosotros*, enternece los corazones. Luego voy a casa, me cambio de ropa, y en un barrio más humilde que éste reparto las monedas recogidas aquí. Aquí soy el pobre viejo que toca el violín por las calles; allí soy un buen señor que da muchas limosnas. Lo que me dan por caridad, por caridad lo doy.

ÁUREA. De ese modo es nuestra vida, Cellini. Lo que nos dan, damos. Como tú las monedas que aquí recoges las repartes allá, así hacemos todos: lo que al nacer nos dan, es lo que damos en la vida. Quien nació con ternura en el corazón, su ternura; quien nació con veneno, su veneno. Digo esto por piedad de los malos. ¿Entiendes?

CELLINI. Entiendo, sí. Es otra oración para tu marido.

ÁUREA. ¡A qué luz tan distinta se ven las cosas en estos años, cuando ya la nieve cayó sobre nuestras cabezas!

CELLINI. ¿Recuerdas nuestra fogosa escena a la orilla del río Guadalquivir?

ÁUREA. ¿No la he de recordar, Cellini? ¿Es posible que ni tú ni yo olvidemos nada de lo pasado entre nosotros? ¡Con ser tan poco, ha sido tanto!… Y, sin embargo, ¿qué nos queda ya de aquella pasión tuya, de aquel ciego amor mío a quien nunca lo mereció?… La memoria… el rescoldo suave… estas débiles chispas de luz que ahora asoman a nuestros ojos y que pronto apagará el aire del invierno.

CELLINI. ¿Fuiste alguna vez a Solar de la Montaña, a aquel cercado del arroyo?

ÁUREA. ¡Oh, Cellini! Yo te contaré. Desde la tarde aquella… desde aquella tarde… yo no volví al cercado hasta hace dos años.

CELLINI. ¿Tanto tiempo sin ir por allí?

ÁUREA. Toda una vida. Parece imposible, ¿verdad?

CELLINI. Y ¿qué? ¡Dime!

Áurea. Con mis nietos fuí. El lugar es el mismo: me pareció todo conservado por Dios así para hacer más grato mi recuerdo. Me senté en una de las piedras donde los dos estuvimos hablando, y cerré los ojos… Y te vi llegar, y escuché tu voz en el aire… Y las aguas, al correr por entre las piedras, frescas y limpias, llevaban rumor de juventud y alegría, como entonces… Y las hojas de los árboles también cantaban una canción de primavera… ¡Oh! Todo igual que aquella tarde, Cellini… Engreída con esta ilusión, que me acariciaba la frente con el aire, me asomé candorosamente a las aguas del arroyito… y ¡ay, Cellini!… ¡qué rumor tan distinto entonces el de sus ondas!… ¡qué distinta canción la de las hojas de los árboles!… Pasaron mis nietos jugando y se rieron de que la abuelita se estuviese mirando en las aguas… Yo me reí también… Después lloré un poco… Después… volví a reírme como ahora… *Ríe entre lágrimas.*

Cellini. ¡Ay! ¡El encanto de lo que fué!… ¡Las hojas secas en el suelo mirando a las ramas donde fueron verdes y tuvieron nidos de pájaros!… ¡Eso hacemos tú y yo!

Áurea. ¡Cellini, Cellini!… Si la vida es un sueño, la nuestra es más sueño que ninguna otra.

Cellini. Bien dices.

Áurea. ¿Volverás mañana con tu violín?

Cellini. Mañana y siempre. Volveré mientras el niño quiera. ¿Se llama Berto, de verdad?

Áurea. Berto se llama, como mi hijo y como tú. Es el único pecadillo de infidelidad que cometí en mi vida.

Cellini. Pues no has de condenarte por él. Hasta mañana, Áurea.

Áurea. Hasta mañana. Para siempre nos despedimos la vez primera; en Sevilla, para cuando el azar quisiera juntarnos; ahora… hasta mañana.

Cellini. Hasta mañana. Pero, desde nuestro primer encuentro, en mi vida tú, y yo en la tuya, fuimos la poesía.

Áurea. ¡La poesía!

Cellini. ¡La poesía, sí; la flor de la vida! Flor que nace por dondequiera y está en todo. A veces es flor de realidad, que al tenerla junto a nosotros

perfuma el rincón en que vivimos; a veces, flor de luz que tiembla en el espacio y que al acercar nuestras manos a ella huye o se desvanece.

Áurea. Así fué la flor de nuestros amores.

Cellini. Así fué. En todas las vidas, Áurea, o en muchas, si no en todas, hay dos historias diferentes: la que van dejando en la tierra las huellas de nuestros pies, que arrastran el cuerpo miserable, y la que va tejiendo el alma libre por encima de nuestras frentes. ¡Felices los que logran juntar, siquiera en un momento, las dos historias de su vida! Parece entonces que se han posado en el corazón las mariposas del camino… ¿Hasta mañana?

Áurea. Hasta mañana. ¡Adiós, el ciego de Solar de la Montaña… el duque de Él… el músico ambulante!… ¡Adiós!…

Cellini. ¡Adiós… la poesía de mi vida! Hasta mañana, Áurea. *Vase.*

Áurea. ¡Poesía! ¡Flor de la vida! Es cierto: eres la dicha y el consuelo hasta en el dolor. ¡Quién pudiera sembrar tu semilla de luz y de oro en el corazón de ese niño que duerme! *Óyese allá dentro el violín de Cellini, que toca de nuevo la canción del viejo limosnero.* ¡Oh! ¡Cellini! ¡El violín de Cellini! ¡La canción de aquella tarde otra vez!…

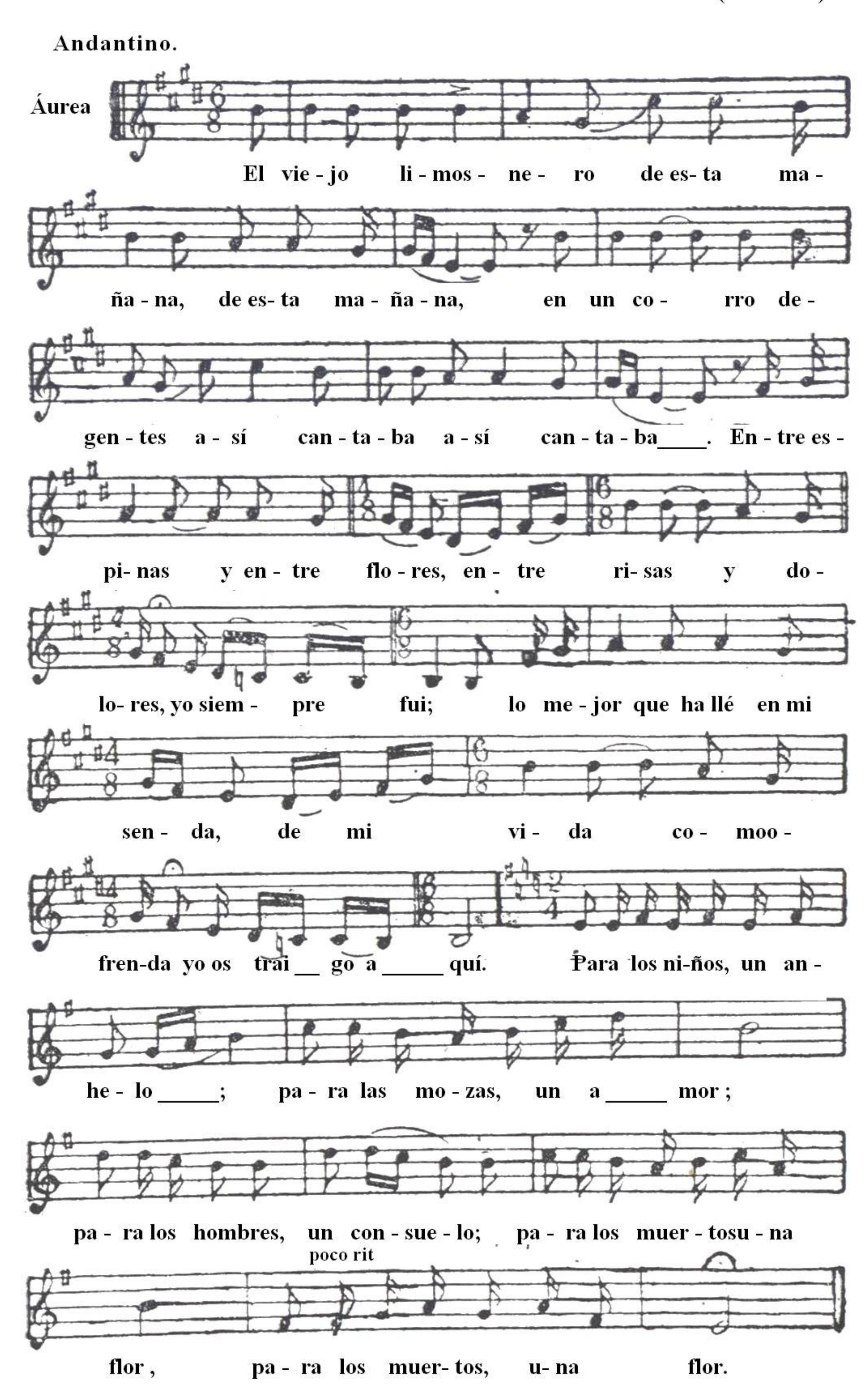
Pasa Cellini de un lado a otro del parque, mirando a Áurea mientras toca el violín, y se aleja tocando. Al llegar a la última estrofa, deja el violín de oírse. Áurea, entonces, con voz velada por las lágrimas, la canta, completando así la melodía.

Para los niños, un anhelo;
para las mozas, un amor;
para los hombres, un consuelo;
para los muertos, una flor…
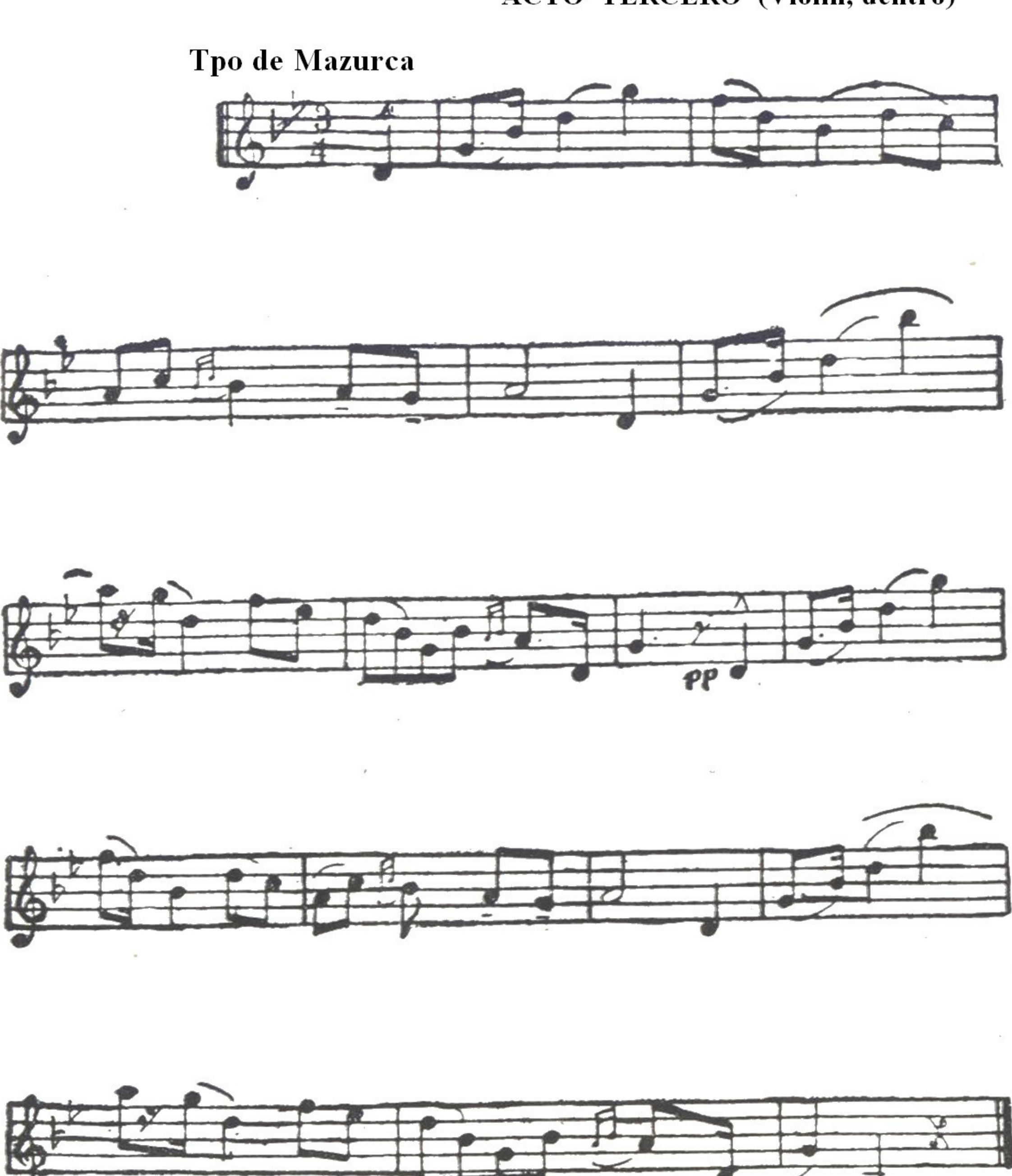
FIN DEL POEMA

Madrid, marzo, 1910.
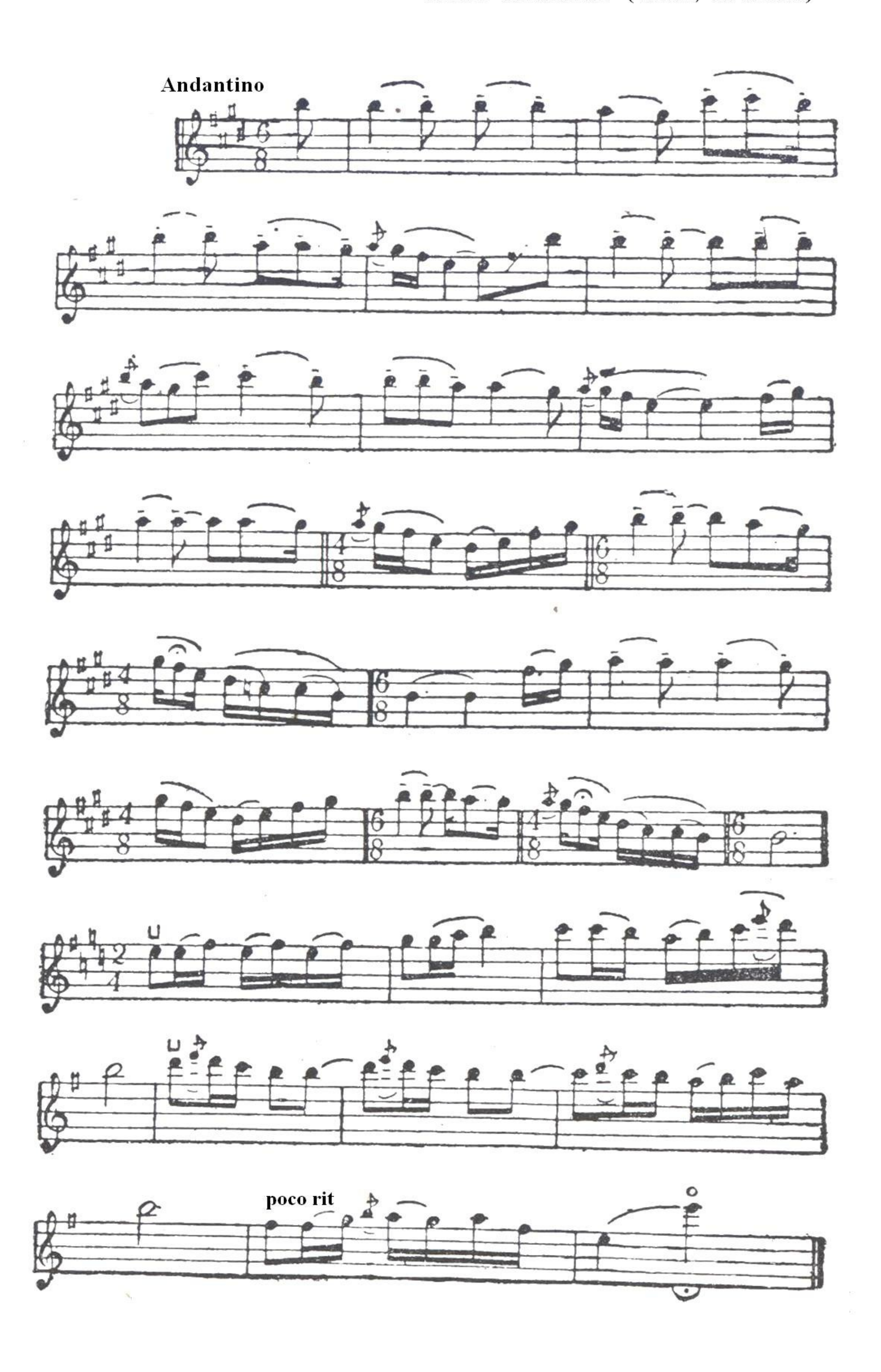
ACTO PRIMERO (Canción)



ACTO TERCERO (Violín, dentro)



ACTO TERCERO (Violín, en escena)



LA RIMA ETERNA

COMEDIA EN DOS ACTOS

INSPIRADA EN UNA RIMA DE BÉCQUER

Estrenada en el **Teatro Lara** el 23 de noviembre de 1910

A la memoria de

LOLITA SÁNCHEZ MORA

de Álvarez Quintero

… Podrá no haber poetas;
pero siempre habrá poesía.
BÉCQUER.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
La Ensoñadora.	Concepción Ruiz.
Ana María.	Joaquina del Pino.
Rosaura.	Mercedes Pardo.
La Señora Ignacia.	Leocadia Alba.
Don Virgilio.	Ricardo Simó-Raso.
Leoncio.	Ricardo Puga.
Telmo.	Luis Manrique.
Don Juanín.	Francisco Barraycoa.
Un Zagal.	N. N.

LA RIMA ETERNA

ACTO PRIMERO

En tierras castellanas y en uno de los patios exteriores del muy noble y vetusto Monasterio del Valle pasa la acción de esta comedia.

Hay en este patio ruinoso, cuyas piedras están carcomidas y ennegrecidas por el peso y azote de los siglos, una tapia almenada al frente; a la derecha del actor, un elevado muro cubierto de hiedra y de campanillas azules, y a la izquierda, una puerta de arco, sobre la cual aparece, borroso ya y deshecho, un rico escudo señorial. Por esta puerta se va a los patios interiores, al claustro, a las celdas, al olvidado templo. Por entre el muro de la derecha y la tapia se sale, a poco andar, a los fértiles campos que rodean el derruido edificio. Al pie del muro de las campanillas hay un ancho asiento de piedra, y al lado de la puerta, dos o tres sillas toscas y algún banco.

Los jaramagos y las zarzamoras que asoman entrelazados por las almenas de la tapia, las amapolas y las margaritas, las espigas y plantas parásitas que crecen libres dondequiera, y el musgo y la hierba menuda que brotan entre las grietas de los muros y en el suelo son pintoresco y fiel testimonio del abandono y soledad en que el vetusto y noble Monasterio se halla.

Es la hora del crepúsculo de una clara tarde de primavera.

Del interior del Monasterio sale Telmo, mozo despierto y vivo, de inquieta y preguntona mirada, y de tez morena, tostada y curtida por el sol y el aire campestre. Va en mangas de camisa, y lleva calzón corto, media azul y abarcas, y sobre la rapada cabeza sombrero de anchas alas deformado y roto. A poco de salir, corre, como picado de curiosidad, hacia el campo, y entabla un diálogo con un caminante que pasa lejos y a quien no se ve ni se oye.

TELMO. ¡Eh! ¡Eh! ¡Tío Carrascas! ¿Adónde bueno? —Que ¿adónde se va? —Y ¿a qué va usted ahora a Jarraque? —¿Por qué? —¡Ya! —Y ¿de dónde se viene? —Y ¿cómo es que viene ahora de Lentisco? —¿Por qué? —¡Ya! —¿La mujer buena? —¡Me alegro! ¡Que se alivie! —¡Para pocos trabajos está el rucio! —¡Vaya usted con Dios!… *Reflexionando sobre, el pasado coloquio.* Ni vas a Jarraque, ni vienes de Lentisco ni tiene mal de oídos tu mujer, ni confesándote con el cura dices tú una palabra de verdad, tío Carrascas. ¡A mí!

Sale en esto la señora Ignacia del interior del Monasterio también. Es abuela de Telmo y guardesa del abandonado edificio. Viste al uso de las viejas aldeanas de Castilla.

SEÑORA IGNACIA. ¿Con quién hablabas, Telmo? ¿Al fin con el caballero de ayer?

TELMO. No, señora, no; hablaba con el tío Carrascas.

SEÑORA IGNACIA. Por hablar te pereces. ¿Qué tienes tú que hablar con el tío Carrascas?

TELMO. Abuela: en estas soledades, a un pájaro que pase, le he de preguntar por qué pía.

SEÑORA IGNACIA. ¿Y sabes que me tiene ya puesta en cuidado el tal caballero? Pero ¿es posible que no lo hayas visto ni divisado en parte alguna?

TELMO. Como si se lo hubiera tragado la tierra. Esta mañana me pidió el caballejo para recorrer muy a su sabor estos contornos, y hasta ahora. Y van a dar las oraciones.

SEÑORA IGNACIA. Mal hiciste en prestarle el animal sin saber quién era.

Telmo. Eso, no; el dedo no me lo chupo todavía. Primero, abuela, que su porte es el de un señor; segundo, que saludó como amigo a don Virgilio, y tercero, que me ofreció buenos dineros por el alquiler.

Señora Ignacia. ¿Por qué no subes al Monte Lunario a ver si desde lo alto lo divisas, antes que sea de noche?

Telmo. Subiré, subiré; que más que a usted, que no lo monta, me importa a mí el caballo. —Aquí tenemos a don Virgilio.

Llega del campo don Virgilio, en efecto. Es un viejo de sesenta años y de noble y serena presencia. Sus ropas son sencillas, de color oscuro. Trae quitasol y un libro.

Señora Ignacia. ¿De vuelta ya?

Don Virgilio. Ya de vuelta. Salí más temprano y he llegado hasta la Peña Vieja.

Telmo. ¿Hasta la Peña Vieja, don Virgilio, ha llegado hoy?

Don Virgilio. Sí.

Telmo. ¿Por qué?

Don Virgilio. *Sonriendo con bondad.* Hombre, porque consulté con las piernas, y me dijeron que estaban dispuestas a llevarme. *Se sienta en el poyete.*

Telmo. *Corriendo de improviso hacia el campo, como antes.* ¡Eh! ¡Eh! ¡Nicanora! ¡Nicanora! ¡Mira qué maja vas! —¿Al mercado? —¿Y a qué vas al mercado? —¿Por una saya? —¿Para ti? —¿Por qué? —¡Ya! —¿Por qué? —¡Ya! —¿Es que quieres embobar a tu novio? —¡Anda con Dios!… *Volviéndose a su abuela y a don Virgilio.* Ni va al mercado, ni tiene dineros para una saya, ni por dónde le vengan, ni sabe a lo que sabe la miel de un novio. ¡A mí!

Señora Ignacia. No casques más y anda a lo que importa.

Telmo. Mal negocio es ése que importa, abuela. De aquí a un rato. *Se va hacia el campo entonando una serranilla.*

Por coger una rosa

de tu ventana,
me espiné las dos manos
la otra mañana.

SEÑORA IGNACIA. No callará su pico, no. —Y usted, señor, deje ya el libro, que bastantes cosas sabe usted para llevarse como se lleva el día quemándose los ojos.

DON VIRGILIO. ¡Ay, señora Ignacia! ¡Si ya no me quedan más camaradas que éstos!

SEÑORA IGNACIA. Pero ¿no ha venido usted al Valle a reponerse, a olvidar su pena?

DON VIRGILIO. A olvidar, no; a reponerme, sí. Para mi pena no hay olvido, señora Ignacia; y tal vez en que no lo haya está el consuelo.

SEÑORA IGNACIA. Sí que es dolor a ningún otro comparado: ¡tener una sola hija y perderla!

DON VIRGILIO. Harto logro con andar de pie todavía, con apariencias de hombre vivo. Y dígame sí en los doce días que aquí llevo no soy ya otro del que llegó.

SEÑORA IGNACIA. Sí, por cierto. Venía usted macilento y caído, y ya, gracias a Dios, se le ve otro semblante.

DON VIRGILIO. No es la primera vez que me devuelven la salud del cuerpo y la del espíritu a la par estos puros aires de las cumbres vecinas, aún cubiertas de nieve. Y eso que ya va bien entrada la primavera.

SEÑORA IGNACIA. ¡Oh! Para la salud no hay como el Valle. Esto es la flor de las dos Castillas. Bien canta la copla. Ya supieron los frailes dónde ponían el Monasterio, ya. No se lo llevaron a ningún callejón sin salida. Si la gente se enterara de lo bueno que este sitio es, en lugar de esta soledad en que estamos ahora, esto sería una feria. Años atrás, en vida de don Miguel Rastrojo, el último conservador que tuvo el Monasterio, venían con bastante frecuencia en la primavera y en el verano, y aun en el otoño, extranjeros, *ingleses*, artistas, parejas de novios… otras parejas que me querían hacer creer a mí que eran de novios… ¿usted me comprende?… y pasaban aquí algunos hasta los quince y los veinte días. Pero desde que murió aquel señor,

y luego la señora duquesa, esto ha quedado, don Virgilio, a las inclemencias del cielo. Al señorito don Enrique digo yo que se le da tanto de las tumbas de los abades y de sus parientes guerreros y príncipes como a mí de las coplas de Calaínos.

DON VIRGILIO. ¡Ah, no cabe duda! Pues pocos años más de este abandono incomprensible, y el Monasterio se vendrá a tierra. ¡Qué lástima!

SEÑORA IGNACIA. Eso dicen los extranjeros.

DON VIRGILIO. ¿Vienen algunos todavía?

SEÑORA IGNACIA. Contados ya. ¿No ve usted que cuesta Dios y ayuda llegar hasta aquí? Que si el tren, que si el otro tren, que si el coche, que si los burros… Por mucha afición que le tengan… Eso sí: los que vienen van de asombro en asombro. ¡Qué visajes al entrar en el claustro, y delante de la portada del templo, y en el templo mismo, y frente a la torre, y en las celdas!… ¡Oh! Salen alborotados. Pero yo les temo a esas visitas.

DON VIRGILIO. ¿Por qué, señora Ignacia?

SEÑORA IGNACIA. Porque como todo lo hablan en su jerga, francés o inglés, o diablos encendidos, Telmo, mi nieto, que se quiere enterar de todo, no se entera de nada y se acuesta con calentura.

DON VIRGILIO. ¡Ja, ja, ja! *Levantándose*. Oiga: ¿y el muchacho que llegó ayer?

SEÑORA IGNACIA. Ésa es otra copla. A buscarlo ha salido Telmo, precisamente. Porque ha de saber usted que se fué de mañana a caballo y ésta es la bendita hora en que no ha parecido. Imagine usted, en un terreno tan engañoso y lleno de peligros, como éste… Yo estoy sin sombra. ¿Usted conoce a ese caballero?

DON VIRGILIO. A él, poco. A su padre lo conozco más.

SEÑORA IGNACIA. ¿Y qué tal es su padre?

DON VIRGILIO. Su padre —de usted para mí, señora Ignacia— es un excelente sujeto; pero, la verdad, se me figura que no anda muy firme de la rueda catalina.

SEÑORA IGNACIA. ¡Espantárame yo! No, si aquí, es particular; hace ya muchos años que no asoma bicho viviente en su sano juicio. Todos están

chifletas.

DON VIRGILIO. Muchas gracias.

SEÑORA IGNACIA. ¡Usted es de lo más sentadito que viene… y habla usted solo más que con las personas!…

DON VIRGILIO. A pesar de ello, me parece que soy de fiar.

SEÑORA IGNACIA. Y otra cosa le digo: Si alguno acierta a llegar cuerdo, aquí se deja el seso que traiga. Es probado.

DON VIRGILIO. ¿Hay en el agua de la Fuente algún maleficio?

SEÑORA IGNACIA. Lo que hay es una de patrañas, y de cuentos, y de leyendas, en boca de viejas y pastores, que mal fin tengan todos por el daño que hacen.

DON VIRGILIO. ¿Usted no cree en leyendas, señora Ignacia?

SEÑORA IGNACIA. No me busque la lengua, señor don Virgilio, que ya le conozco.

DON VIRGILIO. Pues usted dispense, señora mía; pero de todo se puede dudar menos de las brujas que hay en el castillo de Trasmonte.

SEÑORA IGNACIA. ¡Las brujas de Trasmonte! ¡Alabado sea Dios! Así son todas las fantasías. Mire, señor: el sacristán de Trasmonte, que no es ningún duende, que se llama José Padilla, vino aquí a ver si conseguía de mí que lo dejara verse en estas soledades con el ama del cura, que tampoco es ningún espíritu, que se llama Dominica Sánchez. Bueno: pues yo mandé al sacristán… adonde tenía que mandarlo, naturalmente, con licencia de usted… y a los tres días de no dejarlo venir aquí… ¡brujas en el castillo de Trasmonte! Al buen entendedor… Crea usted, señor don Virgilio, que ésas son invenciones de los poetas, que todo lo arreglan a su gusto.

DON VIRGILIO. Ahora me explico la mala voluntad que le tiene usted a la Ensoñadora.

SEÑORA IGNACIA. ¡Oh! ¡La Ensoñadora! ¡Condenación de rapazuela! ¡Ésa sí que es loca! ¡Ésa sí que no tiene atadero!

DON VIRGILIO. Señora Ignacia, ¡si es un encanto de chiquilla! Yo me embeleso oyéndola.

Señora Ignacia. Pues yo no la he despedido ya de aquí porque no tiene en el mundo más que el día y la noche y la caridad que acá le prestamos; que si no… ¡Más harta estoy de sus embelecos!… *Viendo llegar a Telmo, de repente.* Pero ¿qué es eso? ¿Qué le pasa a Telmo? ¿Qué traerá?

Don Virgilio. ¿Pues?

Aparece Telmo precipitadamente, jadeante y sofocado.

Señora Ignacia. Telmo, ¿qué sucede?

Don Virgilio. ¿Qué es ello, Telmo?

Señora Ignacia. ¿Alguna desgracia?

Telmo. No…

Señora Ignacia. ¡Sí!

Telmo. ¡No!…

Señora Ignacia. ¿Se ha despeñado el señorito?

Telmo. ¡No, señora!…

Señora Ignacia. ¿Te ha reventado la caballería?

Telmo. ¡No, señora!… Usted sabe que el puentecillo de allá abajo estaba para un susto…

Señora Ignacia. ¡Virgen del Valle! ¡Al agua han ido caballo y caballero!

Telmo. ¡No, señora!… No es nada malo, no. Al revés. Ustedes verán. El cochecillo de las monjas Damianas venía con gente del convento, y al entrar en el puentecillo, empezaron a crujir las maderas de tal forma, que los pasajeros se alarmaron y el mayoral también. Volvió el hombre grupas con gran prudencia, y con tanta suerte, que apenas desanduvo lo que había andado, dos o tres tablones del puentecillo cayeron al río.

Señora Ignacia. ¡Jesús!

Telmo. ¡El agua saltó hasta las nubes! Yo lo vi. Milagro de la Virgen ha sido que no haya habido un mal suceso.

Don Virgilio. ¿Y quiénes iban en el coche?

Telmo. Tres personas. Una educanda, un viejecito y una señora a quien yo conozco. *Haciendo memoria.* ¿Dónde he visto yo a esa mujer? ¡Vaya si la

conozco! ¡Y me da una rabia no acordarme!…

Señora Ignacia. Ya te acordarás. Sigue, sigue contándonos.

Telmo. Bueno, pues… pasado que fué el susto, se pusieron a pensar lo que hacían. El tren que iban a tomar en el apeadero de Majuela, por perdido: andando no llegarían a tiempo. Era fuerza pasar la noche en la posada de Trasmonte, que para señores no tiene conveniencias, o volver al convento otra vez, o venir a pasarla aquí, que es lo que yo propuse. Y aquí se encaminan. Porque la educanda dijo que lo que es al convento ella no volvía, aunque se hundieran todos los puentes de la tierra; al viejecito se le ponían los pelos de punta de oírme a mí hablar de las pulgas de la posada de Trasmonte, y por lo que hace a la otra señora… Pero, hombre, ¿dónde la he visto yo? ¡Le digo a usted!… No es figuración, no… ¡Para mí es conocida aquella cara!

Señora Ignacia. Luego te acordarás, majadero. Acaba de referirnos el lance.

Principian a oírse los cascabeles del coche, que se acerca aprisa al Monasterio.

Telmo. ¿Eh? ¡Ya está ahí el coche!

Señora Ignacia. ¿El coche ya? Pero ¿por dónde has venido tú?

Telmo. ¡Anda! ¡Por el atajo, más ligero que el aire!

Don Virgilio. Pues yo voy a dejar quitasol y libro, y bajaré a saludar a los nuevos huéspedes, y a enterarme de si son cuerdos o locos, señora Ignacia; que cuerdos han de ser cuando no llegan aquí espontáneamente, sino por un azar desgraciado. Hasta ahora. *Vase al interior.*

Desde que empieza a sentirse el coche, Telmo y su abuela están más atentos a verlo llegar que a las palabras de don Virgilio. Al cabo llega y se detiene del lado del campo.

Señora Ignacia. Corre a ayudarles a bajar.

Telmo. ¿Ve usted? Esa señora guapa es la que yo digo que conozco. ¡Y la conozco! ¡Toma si la conozco!

Señora Ignacia. Corre a ayudarles a bajar, novelero.

Telmo. ¡Así tuviera yo tan segura la gloria! *Vase a escape.*

SEÑORA IGNACIA. *Observando a los recién llegados, mientras bajan del coche.* ¡Mira qué bonita es la educanda! Como una azucena. No le va en zaga la acompañanta. El viejo es el que no tiene traza de durar mucho. Peor está que el puentecillo, a lo que parece.

Pausa. Salen Rosaura y Ana María a corroborar con su presencia el buen juicio que de ellas se acaba de hacer. Ana María, de viaje; Rosaura, aún con el vestido de educanda de las Damianas.

ROSAURA. *A agradablemente sorprendida.* ¡Ay! ¡pues si esto es un castillo feudal! Buenas tardes.

SEÑORA IGNACIA. Buenas tardes.

ANA MARÍA. ¿Cómo está usted, señora?

SEÑORA IGNACIA. Bien; para servirlas.

ANA MARÍA. ¿Es cierto que podrá usted hospedarnos aquí esta noche?

SEÑORA IGNACIA. Es cierto, señora. Siempre tengo dos celdas dispuestas para cualquier caso. Ya he sabido el susto de ustedes…

ANA MARÍA. Aún no nos ha salido del cuerpo.

Vuelve Telmo con un par de sacos de viaje. Mira insistentemente a Ana María.

ROSAURA. Por poquito dormimos en el agua todos, como las ondinas.

ANA MARÍA. No lo quiero pensar. Milagro ha sido de la Virgen del Valle. Yo soy muy devota de ella.

TELMO. ¿Por qué?

SEÑORA IGNACIA. Milagro sería también que tú no preguntaras alguna cosa. Vamos adentro, cuando gusten. Vengan por aquí.

ANA MARÍA. Vamos donde usted diga.

SEÑORA IGNACIA. Telmo, ven tú también con esos maletines. Pasare yo delante.

ROSAURA. Vamos. *Se detiene un momento a la puerta.*

TELMO. ¿Le da a usted miedo, señorita?

ROSAURA. ¿Miedo a mí? *Éntrase en el Monasterio resueltamente.*

TELMO. *Siguiéndola y mirando siempre a la otra*. ¡Vaya si la conozco!

Ana María. Pero ¿y don Juanín? *Se llega al fondo y le da un par de voces.* ¡Don Juanín! ¡Don Juanín! ¡Deje usted eso ahora! ¡Ya le pagaremos mañana! *Contemplando con embeleso el lugar.* Como entonces… todo igual que entonces… Con los ojos cerrados iría yo a la celda número 13.

Va a marcharse, a tiempo que vuelve don Virgilio, quien la saluda, al cruzarse con ella.

Don Virgilio. Señora…

Ana María. Señor… *Éntrase.*

Don Virgilio. *Con melancolía.* Por el claustro del solitario Monasterio he oído la voz y la risa de una muchacha. ¡Ay!… A mí ya todo me ha de hablar de lo mismo.

El coche se aleja. A poco sale don Juanín, de viaje también. Es un viejecillo enteramente inútil, que se cree imprescindible.

Don Juanín. Felices días.

Don Virgilio. Buenas tardes.

Don Juanín. Usted perdone, señor mío.

Don Virgilio. Usted dirá.

Don Juanín. ¿Es usted el administrador?

Don Virgilio. ¿Cómo?

Don Juanín. ¿O es usted el médico?

Don Virgilio. ¿Qué médico?

Don Juanín. El del balneario. ¿No es esto un balneario?

Don Virgilio. No, señor. Éste es el Monasterio del Valle.

Don Juanín. ¡Ah, caramba! Pues ¿cómo se me había metido a mí en la cabeza?… Y ¿hay monjas?

Don Virgilio. No, señor.

Don Juanín. ¿Y monjes?

Don Virgilio. Los hubo. El último murió hace dos siglos.

Don Juanín. ¡Qué contrariedad! Entonces ¿no vamos a poder hospedarnos?

Don Virgilio. Sí, señor. No hay monjes, pero hay hospedería.

DON JUANÍN. Ya. Y ¿es usted por dicha el encargado?

DON VIRGILIO. No, señor. Yo no soy más que un huésped; un visitante del Monasterio, curioso de sus tradiciones y recuerdos y ansioso de su soledad. Pero ya las señoras que venían con usted se están acomodando.

DON JUANÍN. ¿Ah, sí? Lo celebro, hombre. Figúrese usted que a mitad de camino…

DON VIRGILIO. Conozco, conozco el percance…

DON JUANÍN. ¡Ah! ¿lo conoce? Pues hágase usted cargo, si les llega a coger a ellas solas… ¡qué tribulación! ¡Tan asustadiza como es mi sobrina! Y que para dos mujeres solas todo es un conflicto. Fortuna que yo me brindé a acompañarlas. Y, diga usted: ¿aquí hay seguridad personal, o tendremos que dormir con la caja de pistolas a la cabecera de la cama?

DON VIRGILIO. Pierda usted cuidado. Los campesinos de estos contornos son gente muy noble y muy leal. Puede usted dejar las pistolas en la maleta.

Sale Telmo.

TELMO. ¿Y don Juanín?

DON JUANÍN. Aquí está don Juanín. ¿Qué hay?

TELMO. Las señoras, que por qué no sube.

DON JUANÍN. ¿Eh, qué tal? No se hallan un minuto solas. Voy corriendo. A ver qué se resuelve…

TELMO. Ya está todo resuelto y a punto. Usted verá qué celda más maja la suya. ¡Con unas vistas… y una arboleda por delante!… No le dejarán dormir los ruiseñores, no.

DON JUANÍN. ¡Los ruiseñores! Aunque no piara uno, serla igual para mí. Es fatalidad; pero no siendo en mi propia cama, no consigo pegar un ojo.

TELMO. ¿Por qué?

DON JUANÍN. ¡Porque no lo consigo! ¿Quién me guía?

TELMO. Yo mismo. Entre por esa puerta.

DON JUANÍN. Vamos, vamos. Beso a usted la mano, señor.

DON VIRGILIO. Adiós, caballero.

TELMO. *Deteniéndose un punto antes de seguir a don Juanín, y entrándose luego iras él.* ¡Una maleta más que han traído!

DON VIRGILIO. Calla y vé con él. ¡Sí que es un gran acompañante el don Juanín! Y por Dios que nunca vi día más accidentado en el tranquilo Monasterio. *Se asoma al campo.* ¿Y el huésped de ayer, el hijo de mi amigo? ¿Dónde andará? Malaventura sería que se hubiese extraviado lejos del Valle. *Pausa.* Ya brilla en el cielo la primera estrella de la noche. ¡Cuántas almas la esperarán acariciando en ella un sueño vago e indefinible! En el Monasterio del Valle ha salido sólo para mí.

Vuelven Rosaura y Ana María.

ANA MARÍA. Esto es hermoso; ya lo verás mañana cuando amanezca.

ROSAURA. ¿Cuándo amanezca? Siempre será algunas horas después. Porque presumir que yo he de levantarme mañana con el sol, como en el convento, es desconocer la realidad de la vida.

ANA MARÍA. Sí, pero… ¿No hemos de seguir el viaje? ¿Y tu madre, Rosaura? ¿No piensas en ella?

ROSAURA. Porque pienso en ella quiero dormir también. Mamá esta noche tendrá noticia de que nos detenemos aquí; y mamá sabe que el primer sueño que hago yo el día que salgo del convento es de catorce a quince horas. Así es que todo le pasará por la imaginación menos que yo madrugue mañana. Aquel caballero se sonríe.

DON VIRGILIO. ¿Quién, yo? Escucho complacido el coloquio de ustedes. ¿Son ustedes hermanas, y perdonen la libertad?

ANA MARÍA. No, señor; no somos más que amigas. La mamá de Rosaura está delicada de salud; no puede exponerse a las molestias de un viaje como éste, y me suplicó a mí que fuera por su hija al convento de las Damianas, donde se educa.

DON VIRGILIO. ¿Se educa usted en el convento de las Damianas?

ROSAURA. Ya oye usted que sí.

DON VIRGILIO. Y ¿sale usted de él con mucha pena, señorita?

ROSAURA. No, señor: al contrario. Salgo con alegría: como un pájaro a quien le abren la jaula. Y cuidado que las madres son unas benditas, y que el convento es un paraíso, y que el espíritu en él se recoge, y que una se hace una santa y habla con Dios… Pero. Pero allí falta algo.

ANA MARÍA. Rosaura…

ROSAURA. A lo menos a mí.

ANA MARÍA. Rosaurita…

DON VIRGILIO. ¡Ja, ja, ja!

ROSAURA. Y luego, señor, que, con permiso de mamá… y de Ana María, yo no he de ser monja —eso, ni pensarlo—; tengo dieciocho años cumplidos; voy al convento sólo para que las madres me eduquen… ¿No cree usted que ya estoy bastante bien educada?

DON VIRGILIO. Indudablemente.

ANA MARÍA. Aún le faltan algunos perfilillos…

ROSAURA. Acaso. Pero *yo* te aseguro que a querer más lo que allí no tengo, no me van a enseñar las monjas. Todo lo que allí me hablan de la vida, lo oigo y lo entiendo, pero nunca he llegado a sentirlo. Le decía yo a una muchacha, educanda también, a quien encerraron tres días en un calabozo porque le descubrieron una carta de amores, que las monjas no tienen más que alma, y nosotras… ella y yo, tenemos alma… y corazón. ¿Verdad?

ANA MARÍA. No sé.

ROSAURA. ¿Verdad, señor?

DON VIRGILIO. No sé tampoco. De ese particular sabe usted más que su amiga y que yo juntos.

ROSAURA. Pues la hospedera nos ha dicho que es usted catedrático.

DON VIRGILIO. Sí; pero no de Psicología. Y aún ya no lo soy. Ya no ejerzo. Lo fui, en una provincia de cuyo nombre no quiero acordarme, de Geografía, primero, y de Historia de España, después. Les he enseñado a unas cuantas generaciones de chiquillos que la tierra se mueve… y qué clase de gentes han poblado un trozo de la tierra. Bien poca cosa.

ANA MARÍA. Y ¿viene usted aquí a hacer estudios?

DON VIRGILIO. No, señora. Vengo buscando soledad y descanso. Salud para mí quebrantado cuerpo. Usted, por algo que he oído, parece conocer el Valle.

ANA MARÍA. Sí, señor. Estuve con mi marido hace algunos años. Tienen estos muros sombríos y estos campos alegres muchos recuerdos para mí. Entonces era yo más dichosa. Sin que esto sea quejarme de mi vida presente. Pero he entrado en el templo a pedirle a la Virgen que vuelvan para mí horas como aquéllas. Y las espero. Y vendrán.

DON VIRGILIO. Pues ya verá usted, señora, si no lo ha visto aún, que el Monasterio no es lo que era; y muy pronto, como siga tan abandonado, no será siquiera lo que hoy es; será un poético montón de piedras.

ANA MARÍA. Y ¿por qué es esto? ¡Qué dolor! ¿No hay quien vele por estas reliquias?

DON VIRGILIO. Cosas de los tiempos. De los pasados siglos, cada uno dejó su huella de arte, y de fe, y de vida, en el templo, en el claustro, en la torre del homenaje, en las murallas que circundan el Monasterio todo como una fortaleza. Los siglos modernos, no parece sino que no son tales hijos de aquellos otros, cuando con esta impasibilidad, que a los viejos nos da miedo y frío, los ven borrarse y desaparecer.

ANA MARÍA. Es verdad; es así.

DON VIRGILIO. Yo creo que el progreso de la humanidad será siempre incompleto, mientras los hombres, a medida que sondando en la obra de Dios descubren y crean nuevos prodigios, no tengan una mirada de veneración y de amor para los que fueron antes que ellos; para los que les señalaron el camino con rastro de lágrimas y de sangre. Pero los hombres son muy vanos. Y los hombres de nuestro siglo, los más vanos de todos. Les oirán ustedes decir con petulancia: «¡Oh! ¡Si nuestros abuelos levantaran la cabeza!…». Y yo pienso: bien están en la región eterna donde se hallan. Porque si los artistas poderosos que crearon estas gigantes maravillas que embellecen a España presenciaran la bárbara indiferencia con que las vemos desplomarse, es muy posible que nos despreciaran.

ROSAURA. Usted no será ya catedrático, pero acaba de darnos una lección.

DON VIRGILIO. No lo he pretendido. Dispénsenme ustedes. Es tema que me lleva a hablar más de la cuenta siempre que lo toco.

ANA MARÍA. Convendrá usted conmigo, señor, en que todavía le faltan a esta muñeca algunos perfiles.

DON VIRGILIO. ¡No!

ANA MARÍA. ¿No? Es usted muy amable. Yo, en cambio, convengo con usted en todo lo que ha dicho.

DON VIRGILIO. Muchas gracias.

ANA MARÍA. Y qué, Rosaura: ¿nos llegamos a la Cruz, como querías?

ROSAURA. Bueno; sí. Nos llegaremos a la Cruz.

ANA MARÍA. Hasta luego, señor.

DON VIRGILIO. Hasta luego.

Cuando van a marcharse llega la Ensoñadora del campo y se cruza con ellas. Unas y otra se detienen mirándose con curiosidad. La Ensoñadora es una mozuela interesante, de extraño y sugestivo aspecto. No se la puede ver sin preguntar quién sea. Viste una ropilla original, hecha en parte con restos del hatillo de unos saltimbanquis: falda corta de colorines, camisilla blanca, jubón de terciopelo deslucido y roto y abarcas deshechas del constante andar por los campos. Lleva siempre los cabellos adornados con flores silvestres. Es linda, delicada, de expresión ingenua. En sus ojos hay luz, misterio, amor. Tal vez pasa por ellos una ráfaga que acaso parece de locura; pero no es locura: es ensueño.

ANA MARÍA. *Sorprendida al verla venir.* ¿Quién es esta muchacha?

ROSAURA. ¡Qué extraña parece!

DON VIRGILIO. Será la Ensoñadora. Justo; ella es. Ensoñadora, Dios te guarde.

ENSOÑADORA. Y a todos.

DON VIRGILIO. ¿De dónde vienes?

ENSOÑADORA. De la Fuente.

DON VIRGILIO. ¿A qué fuiste?

ENSOÑADORA. Por agua de beber. Pero me olvidé el cantarillo.

DON VIRGILIO. Pues ¿qué te has hecho allí hasta ahora?

ENSOÑADORA. Ensoñar… escuchando el ruido de las aguas.

DON VIRGILIO. ¿No salió el gnomo?

ENSOÑADORA. No, señor; no salió. No se burle.

DON VIRGILIO. Sabes que no es burla. Y ya ves que han venido viajeros. Habrás caído en falta.

ENSOÑADORA. ¿Me reñirá la abuela?

DON VIRGILIO. Seguramente.

ENSOÑADORA. Será que lo merezco. *Éntrase.*

ANA MARÍA. Es original la chiquilla.

ROSAURA. ¿Quién es?

ANA MARÍA. ¿Quién es?

DON VIRGILIO. La Ensoñadora la llaman aquí. La desesperación de la señora Ignacia y mi encanto. Pudiéramos decir que es la musa de este paraje. Vayan, vayan a su paseo antes que sea de noche, que luego tendremos aquí un rato de tertulia, según costumbre, y conocerán ustedes bien a la Ensoñadora, y la oirán hablar, que es un gusto oírla. Vayan, vayan a su paseo.

ROSAURA. Pues anda, Ana María. Cuéntame de camino la leyenda que sabes de esa Cruz que vamos a ver.

ANA MARÍA. ¡Ah, sí! Es muy bonita. Verás. Perseguían a una mora enamorada de un cristiano los más fieles vasallos de su padre, y al llegar la mora a la Cruz, rendida y sin alientos ya… *Desaparece por el campo con Rosaura.*

Vuelve a salir Telmo.

TELMO. ¿Qué es eso? ¿Se van las señoras?

DON VIRGILIO. Sí.

TELMO. ¿Por qué?

DON VIRGILIO. Pregúntaselo a ellas.

TELMO. Y ¿adónde se van? ¿Adónde se van?

DON VIRGILIO. ¿A ti qué te importa, curioso?

TELMO. ¡Como si yo no fuera a enterarme! Mire usted, don Virgilio: ya sé quién son las dos, cómo se llaman, de dónde vienen, adónde se dirigen, la vida que llevan… El vejete se sale como agua en cesto. La más joven es de Guadalema; se llama Rosaura, y es de familia muy principal. La educan en el convento de las Damianas, porque parece ser que es muy dada al amor; no puede tener ni el corazón tranquilo ni los ojos quietos. La otra también es de familia hidalga. Está casada, pero su marido ha ido en busca de plata a las Américas. Tenían dineros, sino que un mal golpe de la fortuna los dejó a buenas noches. No sé si tienen tres hijos o tienen cuatro. Yo no lo sé… porque el viejo no lo sabe tampoco. Ella acompaña a la señorita, porque la mamá padece de reuma. El padre murió del corazón. Una mañana, ¡ah!, se les quedó como un pajarito. El vejete es hermano de él. Va para los ochenta. Sacando las babuchas de la maleta lo he dejado. Oiga usted: se pone todos los días las botas cambiadas para no torcer los tacones. Está chocho ya. Ha sido médico y le da por las antigüedades. Además —y esto sí que es chusco— tiene ya escrita de su puño y letra la papeleta de su defunción, para cuando cierre el ojo no dar que hacer a nadie. ¿Qué me dice usted?

DON VIRGILIO. Nada, porque tú te lo dices todo, galopín. Pero, con averiguar tanto y tan bueno, no sabes todavía una cosa importante.

TELMO. ¿Qué cosa?

DON VIRGILIO. En dónde has visto alguna vez a la señora guapa que acompaña a la colegiala.

TELMO. ¡Y tiene usted razón! ¡Y no lo sé! ¡Y yo la conozco! ¿No he de conocerla? Pero anda que… ¡Bonito soy yo para estas dudas! Le digo a usted que… *A Leoncio, que asoma taciturno en la puerta del Monasterio.* ¡Hola! ¡Qué sorpresa! ¿Parecimos ya? ¿De dónde se viene? ¿Y el caballo? ¿Cómo tan tarde? Se ha perdido usted por los atajos, ¿verdad? ¿Y el caballo? Pero ¿qué le ocurre? ¿Y el caballo?

LEONCIO. *De mal temple.* ¿Nada más tienes que preguntarme? —Salud, don Virgilio.

DON VIRGILIO. Venga usted con bien, amigo mío.

Leoncio, muchacho exaltado y ardiente, trae consigo, sobre el cansancio y la fatiga de una larga e infructuosa jornada a caballo, un humor negro que no quiere disimular. Se sienta apenas llega. Las impertinencias de Telmo lo irritan.

TELMO. ¿Y el caballo?

LEONCIO. Allá en el patio adonde quiso llevarme lo solté. ¡El diablo que cargue con él y contigo!

TELMO. ¡Sí que es una respuesta!

LEONCIO. ¡Animal más resabiado y más inútil!…

TELMO. ¡Oiga!

DON VIRGILIO. Deja a don Leoncio, que ya se advierte que no trae ganas de palique.

TELMO. ¿A que me lo ha deslomado usted por esos vericuetos?

LEONCIO. No todo lo que hubiera querido yo.

TELMO. ¡Mire usted qué gracia! *Éntrase en el Monasterio un tanto mohíno.*

Pausa.

LEONCIO. *Ensimismado.* ¡Qué desesperación! ¡Qué rabia! ¡Haberla visto una vez más… y lo mismo que siempre!…

DON VIRGILIO. *Dirigiéndose a él.* Joven; Leoncio amigo; si mis años y mi buena amistad con su padre me autorizan a hablarle así, yo le aconsejo que no se desespere por azaroso y duro que sea el trance en que se halle.

LEONCIO. Gracias de corazón, señor don Virgilio. Ya la tempestad va pasada; pero le aseguro que me ha faltado poco para despeñarme desde lo alto de uno de esos montes bravíos, y acabar de una vez.

DON VIRGILIO. ¿Habla usted de que la tempestad va pasada, y aún se expresa en ese lenguaje? Es usted de una vehemencia muy peligrosa. Razón tiene la vieja.

LEONCIO. ¿Qué dice la vieja?

DON VIRGILIO. Que no llega a este sosegado lugar persona que esté en sus cabales.

LEONCIO. ¿Ah, sí? Pues yo les digo a usted y a la vieja que lo que me sucede a mí le quita el seso al hombre más frío.

DON VIRGILIO. ¿Tan grave es?

LEONCIO. Va usted a oírlo, y juzgará.

DON VIRGILIO. En buen hora.

LEONCIO. ¿Recuerda usted aquella leyenda becqueriana que anoche evocábamos aquí en nuestra charla con la Ensoñadora?

DON VIRGILIO. ¿Cuál?

LEONCIO. *El rayo de luna*. La historia romántica de aquel noble caballero de Soria, de aquel Manrique apasionado y soñador, que empieza cuerdo y acaba loco, creyendo seguir a una mujer ideal, y la mujer no es más que un rayo de luna, que ya juega entre los árboles a merced del viento que mueve sus hojas, ya tiembla en las tranquilas aguas del Duero.

DON VIRGILIO. Sí la recuerdo, sí. ¿Y es usted Manrique, por ventura?

LEONCIO. No, sino por desdicha. Hace más de un año que lo soy.

DON VIRGILIO. ¡Cáspita!

LEONCIO. En serio. Me confío a usted porque sé que no ha de reírse de mí. Usted es persona de sensibilidad; usted también ha tenido mis años, y sabe que cuando esta fiebre ardorosa del amor se apodera de la sangre y del alma, el mundo entero está en los ojos de una mujer. ¿Es así?

DON VIRGILIO. Así es.

LEONCIO. A mí no me importa hoy que se apague por siempre la luz del sol, si en las tinieblas que rodeen luego eternamente al mundo he de ver brillar los ojos que yo quiero.

DON VIRGILIO. Vaya, que si no es usted el propio Manrique en persona, es usted el diablo en su figura. Siga con su leyenda.

LEONCIO. No es leyenda, que es realidad.

DON VIRGILIO. Pues siga con su realidad.

LEONCIO. Don Virgilio, yo estoy enamorado como un loco de una mujer bellísima, que pasa siempre ante mi vista como una ráfaga, como una visión, como un fuego fatuo de la noche… como un rayo de luna. No quiero fatigarlo a usted contándole cuántas veces la he visto surgir ante mis ojos y desvanecerse y desaparecer. Yo mismo dudo ya que siempre se me haya aparecido realmente y no en mi ilusión.

DON VIRGILIO. Y esa mujer, ¿quién es? ¿Usted lo sabe? ¿Tiene alguna relación con ella su visita de usted a este sitio, y sobre todo su vuelta de esta tarde desesperado y triste?

LEONCIO. ¿No ha de tenerla, don Virgilio? ¿Usted cree que yo doy ahora un solo paso que no lo inspire el deseo de verla?

DON VIRGILIO. Y ¿la ha visto usted?

LEONCIO. ¡La he visto como siempre: pasar! ¡Pero la he visto!

DON VIRGILIO. ¿Dónde?

LEONCIO. ¡En el coche de las monjas Damianas!

DON VIRGILIO. ¿En el coche de…? ¿Qué me cuenta?

LEONCIO. Sí, señor. ¿Por qué le maravilla?

DON VIRGILIO. Un poco de calma. ¿Según eso, ese rayo de luna que así le tortura a usted el corazón brilla en el convento?

LEONCIO. Justo. La madre, guardadora de su belleza, celosa de todos los hombres, la encierra donde sólo puede verla Dios.

DON VIRGILIO. ¡Oh, amigo mío! ¡Gran misterio el que enlaza todas las cosas en la vida!… ¿Qué más? ¿Qué más?

LEONCIO. Me inquieta el tono que empieza usted a darle a sus palabras.

DON VIRGILIO. Siga usted con la realidad de su leyenda.

LEONCIO. Ayer a mediodía llegué al Valle, como usted vió. Solté mis bártulos en una celda, y a buen andar, preguntando a pastores y caminantes, emprendí la marcha hacia el convento, y di con él cuando ya el sol trasponía las montañas. Por las tapias del jardín salían al aire voces de muchachas, que sonaban como piar de pájaros en el silencio de la tarde.

DON VIRGILIO. Y ¿oyó usted la voz de ella?

LEONCIO. Clara y distinta: sí, señor. Y nunca la he oído. Pero aquella voz era la suya. Escalé destrozándome las manos y las ropas los negros muros de su cárcel, y me asomé al jardín por cima de la tapia.

DON VIRGILIO. Y ¿estaba allí, en electo?

LEONCIO. Allí estaba. Pero como si la mirada mía fuese el impulso misterioso que la aleja de mí, echó a correr de pronto por entre unos árboles gigantescos, y desapareció como si volara tras unas madreselvas. No la volví a ver.

DON VIRGILIO. Es particular la aventura.

LEONCIO. Quedé abatido y sin consuelo; pero al menos adquirí la certeza de que allí estaba. Llegó la noche, y volví al Monasterio con unos trajinantes que acá me guiaron. Comí apenas, charlé con usted y con la Ensoñadora por distraerme, dormí poco, soñé mucho, y al amanecer me despertaron los pájaros. Entre sueños pensé yo que eran las voces de las muchachas en el convento. Le pedí a Telmo en hora mala su caballo, y de nuevo eché a andar hacia allá. No había manera de llevarlo por donde yo quería. Almorcé en un ventorro del camino, y cuando me disponía a seguir la marcha, por la carretera real pasó ligero, y oculto casi entre el polvo que levantaba, un cochecillo. Era el de las monjas, y allí iba.

DON VIRGILIO. ¿Iba allí?

LEONCIO. Allí iba. Asomó su cara de rosa un momento para curiosear al jinete detenido, y la vi. Monté de un salto en el caballo dispuesto a seguirla, lo espoleé con furia hasta destrozarle los ijares, y el pobre animal corrió tras el coche cuanto le permitieron sus escasos bríos, que fué bien poco por mi mala suerte. A mis ojos aparecía y desaparecía el coche entre los accidentes y revueltas del camino. Por una de sus ventanillas flotaba al aire un jirón de velo o de chal, que a mí me parecía una mano que me llamaba. De repente, el caballo de Telmo se detuvo rendido, sudoroso, muerto de fatiga. Lo castigué; inútil. Lo acaricié; inútil. Parecía de piedra. En aquel instante adquirí el convencimiento de que mi desventura era ya inevitable y cierta. Y bebí mis lágrimas… cuando, al trasponer una colina, vi por última vez la mano ideal que desde el coche me llamaba. Por encima de mi cabeza pasaron entonces unos gavilanes, que burlándose de la impotencia en que me veían, y

señores del aire y del cielo, volaban a alcanzar el coche desaparecido, sin duda porque dentro de él habían divisado una paloma. Ahora llámeme usted Manrique o Leoncio, y créame cuerdo o visionario.

DON VIRGILIO. Pues… la verdad, prefiero llamarle a usted Leoncio, porque ése es su nombre de pila, en primer lugar, y, en segundo, porque la historia de usted y la de Manrique son distintas.

LEONCIO. Y ¿en qué consiste la diferencia, don Virgilio, si yo al postre he de concluir como Manrique?

DON VIRGILIO. En que Manrique seguía a un rayo de luna, fugaz e impalpable, creyendo que era una mujer, y usted sigue a una mocita de carne y hueso, con dos ojos como dos estrellas. ¡Ahí es nada la diferencia, mi amigo!

LEONCIO. ¡Oh! ¡sus ojos! ¡Si yo pudiera pintarle a usted sus ojos!

DON VIRGILIO. Perdería usted el tiempo lastimosamente.

LEONCIO. ¿Por qué, señor?

DON VIRGILIO. Porque los he visto. Yo conozco a su rayo de luna.

LEONCIO. ¿Que usted la conoce?

DON VIRGILIO. Y además he logrado lo que usted no ha logrado aún.

LEONCIO. ¿Qué?

DON VIRGILIO. Hablar con ella y que me escuche.

LEONCIO. ¿Dónde?

DON VIRGILIO. Aquí.

LEONCIO. ¿Cómo aquí?

DON VIRGILIO. En el Valle.

LEONCIO. Pero ¿ha estado en el Valle?

DON VIRGILIO. Sí, señor; y está.

LEONCIO. ¿Que está en el Valle dice usted?

DON VIRGILIO. Y no muy lejos. Se lo he descubierto a usted poco a poco para que no enloquezca de veras y haya que sentir.

LEONCIO. Don Virgilio, para burla es cruel. Usted me engaña.

DON VIRGILIO. Sería imperdonable. Un contratiempo del camino ha obligado a los viajeros del coche de las monjas a hacer noche aquí.

LEONCIO. Pero ¿es posible eso?

ROSAURA. *Dentro, llamando.* ¡Ana María!

DON VIRGILIO. Oiga usted si es posible.

ROSAURA. ¡Ana María! ¿Tú también te has vuelto ensoñadora?

LEONCIO. *Atónito, confuso, a la vez desconcertado por la sorpresa y la alegría.* ¡Su voz! ¡Es su voz! *Se asoma a verla, no dándoles entero crédito a sus oídos.* ¡Y es ella! ¡ella misma! ¡Es ella, don Virgilio; es ella!

DON VIRGILIO. Pero ¿no se lo estoy yo diciendo a usted?

LEONCIO. Hacia mí viene. Rayo de luna o rayo de sol, yo no quiero más luz para mis ojos.

Sale Rosaura en dirección a la puerta del Monasterio. Al pasar saluda a Leoncio con una leve inclinación de la linda cabeza. Leoncio corresponde a ella fascinado.

DON VIRGILIO. ¿Vuelve usted sola?

ROSAURA. Mi amiga se ha quedado un poco atrás. Yo he vuelto aprisa por ver lo que ha sido del tío Juanín.

DON VIRGILIO. ¿Llegaron ustedes hasta la Cruz?

ROSAURA. Sí, señor. Y ¡qué preciosa es la leyenda!

DON VIRGILIO. Tiene ese encanto de lo que, si no ha sido, debiera haber sido; ¿verdad? Escuchada aquí dudamos de ella y sonreímos acaso; oída junto a la Cruz nos estremece y la creemos. ¡Misterioso poder de la poesía de aquel lugar y de tantos!…

ROSAURA. Yo la he creído a pie juntillas. ¡La mora que se abraza a la Cruz, y abrazada a ella jura hacerse cristiana, y pasan sus perseguidores y no la ven porque la Virgen del Valle los deslumbra y los ciega! ¡Mire usted que es bonito! Ahora vengo, señor, a que hablemos mucho de todas estas cosas. *Entra en el Monasterio.*

Leoncio, sugestionado por ella, va a seguirla.

DON VIRGILIO. ¿Adónde va usted, loco de atar?

LEONCIO. ¡Qué sé yo! ¡Tras ella!

DON VIRGILIO. No haga usted tonterías tan pronto, criatura. Es indudable que está usted muy enamorado.

LEONCIO. ¡Mucho! ¡Y ahora más todavía! ¿Oyó usted nunca voz más suave, palabras más tiernas? ¿Por qué me ha dicho usted que no haga tonterías?

DON VIRGILIO. Porque usted no puede seguirla a donde va ella, y ella en cambio va a volver al instante donde usted está. ¿No se ha enterado?

LEONCIO. Es cierto. Tendré calma.

Sale Telmo y se encara con él.

TELMO. ¡Señor mío, por lo visto se figuró usted que mi caballo era de palo! ¡Espolazos trae hasta en las orejas el pobre animal! ¡Sí que se puede uno fiar de la gente fina! ¡No me sucederá otra, no! ¡Ni al rey que me lo pida se lo alquilo!

LEONCIO. ¡No te apures, Telmo! ¡Razón te sobra en lo que dices! ¡Yo te pagaré cuanto quieras! ¡Más aún: yo te compraré en la feria de Trasmonte un caballo que vuele como los huracanes!

TELMO. *Mirándolo recelosamente, como quien no da un cuarto de cominos por su juicio.* ¡Oooooh!

Sale también la señora Ignacia y también se encara con él.

SEÑORA IGNACIA. Pero usted, señor caballero, ¿ni almuerza ni come? ¿Se alimenta del aire, quizás?

LEONCIO. ¡Del aire! ¡Y me sobra para vivir! *Impaciente llégase a la puerta del Monasterio y mira ansioso al interior.*

TELMO. ¡Oooooh!

La señora Ignacia va a hablar aparte con don Virgilio. Telmo, naturalmente, se acerca al sabroso olor de lo que hablan.

SEÑORA IGNACIA. Diga usted, ¿es loco?

DON VIRGILIO. No, señora; peor.

SEÑORA IGNACIA. ¿Tonto?

DON VIRGILIO. Las dos cosas juntas: está enamorado.

SEÑORA IGNACIA. ¿Que está enamorado? ¿De quién?

DON VIRGILIO. De un rayo de luna.

SEÑORA IGNACIA. ¡Ave María Purísima!

TELMO. ¡Oooooh!

SEÑORA IGNACIA. ¡No; si este Monasterio acabará en casa de orates! ¡Si lo tengo pronosticado!

A la vez que Rosaura sale del Monasterio, llega del campo Ana María. Leoncio y ella se saludan cortésmente. Telmo la observa con tenacidad. Con Rosaura sale don Juanín. Unos y otros se van sentando donde quieren o pueden, dispuestos todos a conversar un rato en amor y compaña.

ROSAURA. ¿Sabes, Ana María?

ANA MARÍA. ¿Qué?

ROSAURA. El tío Juanín…

DON JUANÍN. El tío Juanín… Mire usted cómo se ríe la muy picarona…

ANA MARÍA. ¿Por qué se ríe?

DON JUANÍN. Porque me encerré en mi celda por dentro, como acostumbro siempre que viajo —a escribirle a su madre contándole lo sucedido—, y se encajó la puerta y no podía salir.

ROSAURA. ¡Si yo no llego en su socorro y empujo, no sale!

ANA MARÍA. Sí hubiera salido, mujer. Total, con un esfuerzo… ¿Verdad, don Juanín?

DON JUANÍN. ¡Claro! Sólo que esta cascabelera lo mismo se asusta que se ríe.

ANA MARÍA. *Suspirando.* ¡Ay!…

SEÑORA IGNACIA. ¿Se ha cansado usted?

ANA MARÍA. Un poquitillo. Juraría yo que la Cruz está ahora más lejos que hace años.

TELMO. *Atando cabos.* ¿Más lejos que hace años?

ANA MARÍA. Pero la tarde es deliciosa.

DON VIRGILIO. Deliciosa. Es imponderable esta hora en este lugar.

ANA MARÍA. Ciertamente. Y ¡cómo se entran por el alma esta quietud y este silencio!

ROSAURA. ¡Lo que gozo yo aspirando los olores del campo!

Rosaura ha advertido ya la intensa emoción de Leoncio al mirarla. Ella, por su parte, no dirá nada en lo sucesivo que no sea para hacerse agradable a sus ojos.

Del interior del Monasterio sale sonriente y humilde la Ensoñadora.

SEÑORA IGNACIA. ¡Vaya! ¡No ha de haber fiesta sin tarasca! ¿Qué vienes tú a pintar aquí?

DON VIRGILIO. La he llamado yo, señora Ignacia. Sabe la Ensoñadora que gusto hablar con ella. Además, querían conocerla bien estas damas.

SEÑORA IGNACIA. ¡Una novelera; una visionaria; una loca! Lo mismo que… Pero ¡tente, lengua, que al buen callar llaman Sancho!

DON JUANÍN. ¿Has visto, Rosaura? Es curiosa la muchachuela.

ROSAURA. Ya la conocía.

DON VIRGILIO. La señora Ignacia, que quiere mucho a la Ensoñadora, se lleva con ella muy mal, porque la Ensoñadora sostiene que en el castillo de Trasmonte hay brujas, y la señora Ignacia cree que es otra cosa lo que hay.

SEÑORA IGNACIA. Y ¡muy distinta! ¡Telmo lo sabe como yo!

TELMO. ¡Sí, sí; brujas!

ANA MARÍA. Ensoñadora, ¿tú conoces bien el castillo ese?

ENSOÑADORA. En él nací, señora.

ANA MARÍA. ¡Ah! ¿naciste en el castillo?

ENSOÑADORA. Sí.

ROSAURA. ¡Nació en el castillo! Y ¿cómo es eso? Pues ¿qué eran tus padres?

ENSOÑADORA. Leñadores que allí tenían su albergue. Yo recuerdo que cuando yo era niña, en las noches más tenebrosas del invierno, bajaban mis

padres a los bosques, burlando a los guardas, a cortar leña de los troncos, y me dejaban a mí sola. Por eso sé yo mejor que nadie lo que hay en el castillo.

DON JUANÍN. ¿Brujas?

ENSOÑADORA. Brujas… y espíritus… y almas en pena… y luces que corren por el suelo en la oscuridad… y voces que hablan unas con otras en la noche.

ROSAURA. Y ¿tú no sentías miedo?

ENSOÑADORA. Mucho miedo; mucho. Y quería bajar del castillo al bosque con mis padres. Pero ellos no querían.

SEÑORA IGNACIA. Diga usted que todo eso es patraña; invención que ella se forja a su capricho. ¡Sus padres! ¡sus padres! ¡La dejaron ir con unos payasos!…

ENSOÑADORA. Y eso, ¿qué?

ANA MARÍA. ¿Con unos payasos?

ENSOÑADORA. Sí. Yo era muy dada a referir consejas, a cantar canciones, a decir romances. Una noche de tempestad acertaron a guarecerse en el castillo unos titiriteros que iban de paso. Me oyeron decir mis romances y mis consejas, y quisieron llevarme con ellos. Se convinieron con mis padres, y con ellos me fui. Yo soñaba con verme puesto un vestidillo de colores que me enseñaron.

SEÑORA IGNACIA. Y aún se viste con harapos de aquella gentuza.

DON VIRGILIO. Déjela usted, señora Ignacia.

TELMO. ¡Que cuente lo que hacía por los pueblos!

ROSAURA. ¿Qué hacía?

DON JUANÍN. A ver, a ver lo que hacía por los pueblos.

ENSOÑADORA. Lo que me mandaba el señor Bustos, que con todos era malo y conmigo bueno. Decíame: «Ahora vas a salir a hacer de princesa enamorada». Y yo salía, y con las palabras que discurría yo misma hacía de princesa. Decíame otra vez: «Ahora has de hacer de loca». Y me soltaba el pelo, y hablaba mil disparates como las locas, y la gente reía y aplaudía.

DON VIRGILIO. Pero lo más curioso de la vida de esta chiquilla, con serlo eso bastante, empieza cuando vino al Valle y la señora Ignacia la

amparó.

ANA MARÍA. Bien hizo la señora Ignacia.

SEÑORA IGNACIA. Y ¿quién no hubiera hecho lo mismo, si la trajeron los saltimbanquis enferma y malherida de un porrazo, y los padres o lo que fueran habían muerto ya? ¡Y mal que me pese, le tengo ley a esta maldita de cocer!

ROSAURA. Y ¿dice usted, señor, que desde entonces es más interesante su vida?

DON VIRGILIO. Sin duda alguna. Atiendan ustedes. Es el caso que un viajero un tanto distraído que vino al Valle…

SEÑORA IGNACIA. ¡Uno de los mil malas cabezas que andan por el mundo!

DON VIRGILIO. Se dejó olvidado en la Peña Vieja, donde iba a leer y a meditar, un libro inestimable.

ENSOÑADORA. Y yo me lo encontré una mañana vagando por aquellas alturas.

DON VIRGILIO. Y ya verán ustedes para qué lo encontró.

ENSOÑADORA. Yo no sabía leer; y aquel libro no tenía estampas; pero a mí se me figuró al verlo abierto, y abandonado en aquel lugar tan solo, que era para mí, que me pedía que lo leyera, que debía de tener historias de amor y cuentos de doncellas.

TELMO. ¡Y aprendió a leer no más que por enterarse del libro!

ROSAURA. ¿Aprendió a leer?

ENSOÑADORA. Y bien pronto. Porque yo imaginé que era aquel libro al igual que esas oraciones que hay que aprenderlas cuando se oyen y hay que decirlas cuando se saben. Un pastor me enseñó las letras, y luego yo sola, de noche y de día, con el alma en los ojos, trabajé afanosa hasta entenderlo. Y según lo iba yo deletreando, se me aumentaba la sed de entenderlo algún día tan claramente como los romances y las consejas y las canciones, para repetirlo también. Y cuando lo entendí de esa manera, lo leí muchas veces. Donde podía, donde nadie me veía leerlo. En el claustro, y junto a la puerta de la iglesia, y entre los lirios que crecen al pie de las sepulturas de los

monjes, y en la tapia de las campanillas azules, y en la Peña donde lo hallé, y en los remansos que forma el río, y oculta entre los álamos que cercan la Fuente… ¡Oh! ¡lo he leído tanto ya, que aunque me lo robara una bruja, aprendería a escribir como aprendí a leer y lo escribiría todo entero!

SEÑORA IGNACIA. Una bruja, no; pero como yo logre atraparlo, despídete de él, que al fuego va.

ROSAURA. Pues será un dolor.

SEÑORA IGNACIA. Pero ¿usted sabe, señorita? ¡Si el dichoso libro ha concluido de trastornarla! Imposible contar con ella. Me hace falta cuando menos se piensa para cualquiera menester, y ¿en dónde estará la Ensoñadora? ¡Y la Ensoñadora está en la iglesia, con la oreja pegada a la sepultura de algún guerrero, que de verla no más se eriza el pelo y entra frío, o está en el claustro mirando en las bóvedas los nidos de las golondrinas y diciendo versos como una tonta!

ENSOÑADORA. *Inconscientemente.*

Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar…

SEÑORA IGNACIA. ¿Ve usted?

ANA MARÍA. ¡Ah! Pero ¿el libro que la ha cautivado es el de Bécquer?

ROSAURA. ¿Es el de Bécquer?

ANA MARÍA. ¿Lo has leído tú?

ROSAURA. Conozco algunas rimas que me decía al oído mi compañera; la que encerraron por causa de la carta del novio.

ANA MARÍA. Ya.

DON VIRGILIO. Bécquer… Gustavo Adolfo Bécquer…

DON JUANÍN. Aquéllos eran otros tiempos… ¿Verdad, señor?

DON VIRGILIO. Para usted y para mí, sin duda.

ANA MARÍA. Pues ahora que sé quién es el poeta, comprendo todo el hechizo de la Ensoñadora.

DON VIRGILIO. Tan poderoso es, que yo le ofrezco otros libros bellos y no los quiere. Principia a leerlos y los deja y vuelve con más amor al que la

cautiva. El espíritu del libro ha llenado el suyo, se ha fundido con él, y ha engendrado en su alma aquellas nieblas luminosas, y aquellos embelesos inefables, y aquellos ensueños sin voz y sin palabras que temblaban como la luna en los lagos en el alma del gran poeta.

ROSAURA. ¿Quieres decirnos alguna rima para que te oigamos?

SEÑORA IGNACIA. ¡Que si quiere! Suspirando está. ¿No le ve usted los ojos como ascuas?

ROSAURA. Pues di alguna; sí.

ENSOÑADORA. Y ¿cuál he de decir, señorita?

ROSAURA. La que quieras.

ANA MARÍA. La que mejor recuerdes.

ENSOÑADORA. Las recuerdo todas igual.

ROSAURA. Aquélla tan preciosa que dice que mientras haya primavera en el mundo…

ENSOÑADORA. ¡Ah, sí! La rima eterna.

ANA MARÍA. ¿La rima eterna?

DON VIRGILIO. El dueño del libro abandonado glosó y comentó a su gusto, con sutil ingenio, todas sus páginas. Y a esta rima que vamos a oír de labios de la Ensoñadora, le llamaba la rima eterna, sin duda porque vió que en ella Bécquer supo evocar las eternas fuentes de poesía. Habrá poesía, dice…

ROSAURA. Mientras haya primavera.

DON VIRGILIO. Y mientras no penetremos en el misterio de la vida.

ANA MARÍA. Y mientras haya quien recuerde… y espere.

LEONCIO. *Mirando fijamente a Rosaura.* Y mientras quede un suspiro de amor y haya una mujer que nos enamore.

ENSOÑADORA. *Espontáneamente, cruzadas sobre el pecho las manos y fija en un punto del espacio la vista, dice la rima con ingenua ternura, con sencillez de niña, pero con clara conciencia de su hondo sentido poético. Cada uno de los personajes escucha con mayor emoción, que debe exteriorizarse de manera muy delicada, aquella estrofa que más le interesa y conmueve.*

No digáis que, agotado su tesoro,
de asuntos falta, enmudeció la lira:
podrá no haber poetas; pero siempre
habrá poesía.

Mientras las ondas de la luz al beso
palpiten encendidas;
mientras el sol las desgarradas nubes
de fuego y oro vista;
mientras el aire en su regazo lleve
perfumes y armonías;
mientras haya en el mundo primavera,
¡habrá poesía!

Mientras la ciencia a descubrir no alcance
las fuentes de la vida
y en el mar o en el cielo haya un abismo
que al cálculo resista;
mientras la humanidad siempre avanzando
no sepa a do camina;
mientras haya un misterio para el hombre,
¡habrá poesía!

Mientras sintamos que se alegra el alma
sin que los labios rían;
mientras se llore sin que el llanto acuda
a nublar la pupila;
mientras el corazón y la cabeza

batallando prosigan;
mientras haya esperanzas y recuerdos,
¡habrá poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen
los ojos que los miran;
mientras responda el labio suspirando
al labio que suspira:
mientras sentirse puedan en un beso
dos almas confundidas:
mientras exista una mujer hermosa,
¡habrá poesía!

Cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Los sucesos de este acto pasan en el mismo lugar que pasaron los de anterior; pero a distinta hora. Es por la mañana.

En el campo, a lo lejos, un Zagal canta alegremente esta copla.

ZAGAL.

La nieve se va del monte;
ya viene la primavera;
voy a buscar en Trasmonte
una moza que me quiera.

Así que la copla termina, salen Leoncio y la Ensoñadora de la parte del campo. La Ensoñadora trae una gran brazada de flores diversas, que luego deja en el poyete que hay al pie del muro de las campanillas.

LEONCIO. Y ¿dices que en toda la noche no se te ha ido del pensamiento la rima eterna?

ENSOÑADORA. En toda la noche, señor. Nunca la dije que más adentro me sonara.

LEONCIO. Y ¿hasta en sueños has vuelto a repetirla?

ENSOÑADORA. Y con ella en los labios desperté, como si fuera la oración de la mañana.

LEONCIO. ¿Por qué habrá sido ello, Ensoñadora?

ENSOÑADORA. Si lo supiera yo… Y si yo acertara a explicarlo… Yo vi, cuando empecé a decir la rima, alentar a la señorita muy alegre; y vi

entristecerse a don Virgilio; y suspirar sin suspirar a la otra señora, y a usted mirar embelesado… Esto es lo que yo sé.

LEONCIO. Y ¿cómo pudiste ver tanto, si dijiste la rima con los ojos fijos en el cielo?

ENSOÑADORA. Pues es verdad: con los ojos en el cielo la dije. Pero lo vi, lo vi. Si no se viera más que lo que se mira…

LEONCIO. También es cierto.

Canta de nuevo el Zagal un poco más cerca que antes.

Primavera, yo quisiera
que me dieras una flor,
primavera, la primera
de la huerta del amor.

Llega la señora Ignacia, también del campo. En la mano trae un cestillo con frutas.

SEÑORA IGNACIA. Si como cantas cuidaras el rebaño, no habría tanto que hablar de que ha venido el lobo.

LEONCIO. Bien canta, bien canta el zagalillo.

SEÑORA IGNACIA. Natural es que cante bien: un buen pájaro fué su padre, y su madre una buena pájara… ¿A quién había de salir el mozo? *Estremeciendo con un grito a la Ensoñadora, que está ensimismada. Leoncio escucha el coloquio sonriéndose.* ¡Eh! ¿En qué piensas tú? ¡Temprano principian hoy las telarañas en el aire!

ENSOÑADORA. Oía cantar a Risco.

SEÑORA IGNACIA. *Repitiendo, con mal contenido enojo, las palabras de la Ensoñadora.* ¡Oía cantar a Risco!… ¿Y la leña?

ENSOÑADORA. Orilla del hogar la puse.

SEÑORA IGNACIA. ¡Orilla del hogar la puse!… ¿Y el pan?

ENSOÑADORA. Bautista ha de traerlo.

SEÑORA IGNACIA. ¡Bautista ha de traerlo!… ¿Viste a la tía Ñasca?

ENSOÑADORA. Vila.

SEÑORA IGNACIA. ¡Vila! ¡vila! ¡La vi, se dice!

ENSOÑADORA. La vi.

SEÑORA IGNACIA. ¿Tiene chorizos buenos?

ENSOÑADORA. Eso no sé.

SEÑORA IGNACIA. Pues ¿no fuiste a buscarlos?

ENSOÑADORA. Sí fui; pero me dió miedo hablarle, señora Ignacia.

SEÑORA IGNACIA. Miedo, ¿por qué? ¿No ibas con tus dineros por delante?

ENSOÑADORA. Como dicen que está embrujada y que hace mal de ojo…

SEÑORA IGNACIA. ¡Bah! ¿Le parece a usted, señor caballero? ¡Quítate de mi vista! ¡Si llego a ser tu madre yo, no cumples los años que tienes; te mato antes a golpes con una buena vara de fresno! *Reparando en la brazada de flores.* ¿Qué flores son ésas?

ENSOÑADORA. Unas que he cogido para la señorita que anoche llegó.

LEONCIO. Acompañada y secundada por mí, señora Ignacia. ¿Qué hay?

SEÑORA IGNACIA. Hay que Dios los cría y ellos se juntan, señor mío. A mí fachendas tan de mañana, no. Tengo muy mal amanecer.

LEONCIO. ¡Ja, ja, ja! Al contrario que el de las flores.

SEÑORA IGNACIA. Si con eso ha querido usted llamarme ortiga o cardo borriquero, mejor para mí. ¡La falta que le estarán haciendo a la señorita Rosaura esas flores que no valen un maravedí, harta como estará ella de ver rosas y ver claveles y cuanto Dios crió de lo fino!

ENSOÑADORA. No las cogí porque le hagan falta, sino por ofrecérselas. Y le llevo lo que los campos dan: lirios y margaritas, y rosas de pasión, y violetas silvestres. Y campanillas y madreselvas. Y espigas y amapolas también. Y muchas de todos colores, que yo no sé nombrar. Ésta es la primavera del Valle.

LEONCIO. Las muchachas gustan de las flores por pobres que sean.

ENSOÑADORA. Y entre las del Valle, nunca las encontré tan lindas como las de hoy. ¿Me deja usted que las desbroce un poco, señora Ignacia?

Señora Ignacia. Allá tú. No has de hacer cosa de más provecho…

La Ensoñadora se sienta a arreglar las flores.

Ensoñadora. Mire: aún conservan rocío. Como son más bonitas, lloró más la noche al despedirse de ellas… *Con ingenua espontaneidad.*

Mientras haya en el mundo primavera…

Dice este señor que las flores en primavera tienen más conciencia de que son flores…

Señora Ignacia. *Perpleja.* ¿Usted dice eso?

Leoncio. Sí, señora Ignacia. Y lo digo porque sé que las flores sienten y ríen y lloran como las mujeres. *La señora Ignacia lo mira con recelo. Leoncio sigue, entre burlas y veras.* Yo, deshojando una margarita, al arrancarle cada hoja, he sentido un lamento.

Señora Ignacia. *Dispuesta a retirarse, por no oír más cosas extraordinarias.* ¡Estornude usted, para decir Jesús tres veces!

Sale del Monasterio Don Virgilio.

Leoncio. ¡Ah! ¿cree usted que no es cierto?

Señora Ignacia. ¡Y tanto! ¿Quién ha de pensar tamaño despropósito, señor mío?

Don Virgilio. Pero, señora Ignacia, ¡que apenas sale el sol ya está usted riñendo!

Señora Ignacia. ¡Y reñiré un día, don Virgilio, cuando los gallos empiecen a cantar! ¿Piensa usted que una persona en su sano juicio puede vivir en paz entre tantos locos?

Leoncio. ¿Cómo locos?

Señora Ignacia. Locos y el primero de todos usted, que está peor que el don Quijote.

Leoncio. ¡Ja, ja, ja!

Señora Ignacia. ¡Ángela María! ¡Que las flores se quejan!… Vaya, vaya me marcho que no soy dada a descararme con nadie, si no es en un repente *Se va al interior con sus frutas.*

Bien de buena gana Leoncio y don Virgilio, y sonríe la Ensoñadora.

DON VIRGILIO. Negada a toda idealidad, a toda fantasía. No hay para ella más verdad que la que tocan sus manos y ven sus ojos.

LEONCIO. Yo le he cogido el flaco, y me divierto en exaltarla con invenciones maravillosas. ¿Se descansó, señor don Virgilio?

DON VIRGILIO. A medias nada más. Me acosté con el espíritu muy despierto.

LEONCIO. Yo también.

DON VIRGILIO. Como paso los días en el Valle siempre tan solo y tan aislado, y ayer vinieron las cosas a sacarme de ese recogimiento, de ahí mi intranquilidad y mi insomnio.

LEONCIO. ¿Y ahora?

DON VIRGILIO. Ahora me alejaré un buen trecho y me pondré a leer allá, a la sombra de los álamos. Si me arrullan mucho sus hojas, no es difícil que me quede dormido.

LEONCIO. La mañana es fresca y agradable.

DON VIRGILIO. ¿Y las viajeras?

LEONCIO. Duermen todavía. Al menos yo no las be visto.

DON VIRGILIO. Entonces, duermen.

LEONCIO. Es posible. Y voy a aprovechar su sueño para hacerle a usted una pregunta.

DON VIRGILIO. Diga usted.

LEONCIO. ¿Conoció usted nunca criatura más bella?

DON VIRGILIO. Más bella que cuál; porque vienen dos.

LEONCIO. Más bella que la más bella don Virgilio; más bella que Rosaura. ¿Es ceguera de enamorado cuanto le dije a usted ayer? ¿Hay en el mundo mujer más divina?

DON VIRGILIO. *Melancólicamente.* Quizás no la haya… pero tal vez la hubo…

LEONCIO. *Recordando.* ¡Ah! Es verdad. Perdone.

DON VIRGILIO. ¿Usted sabe?…

ENSOÑADORA. Sí, señor don Virgilio: yo le he contado esta mañana…

DON VIRGILIO. Ya. La Ensoñadora conoce bien y entiende mi dolor. ¡Si viera usted, amigo mío, qué tristeza me causó ayer la risa de esa muchacha, que oí de pronto resonar desde lejos allá en las bóvedas del claustro!

LEONCIO. Lo comprendo: ¿le recordó sin duda?…

DON VIRGILIO. Sí.

ENSOÑADORA. Don Leoncio también se interesa mucho por su pena. Háblele, don Virgilio.

DON VIRGILIO. ¿Para qué?

LEONCIO. Para darle a usted el consuelo de ser escuchado. Se lo debo ya. Desde ayer.

DON VIRGILIO. ¡Ay, amigo Leoncio! Cuando encuentro quien de veras me oye, como en este caso, se abre mi corazón fácilmente. Yo no vivía más que para mi hija. Murió su madre al nacer ella, y en ella junté mis dos amores. Y la vi crecer fascinado de su belleza; conmovido de su ternura. Había en sus ojos claros una luz suave y celestial, que acariciaba y resplandecía. Había en su alma pura no sé qué misteriosa atracción de lo desconocido y de lo ignoto. Ahora ya me doy a creer que era todo ello vaga inquietud de estar en la tierra.

LEONCIO. ¿La perdió usted hace mucho tiempo?

DON VIRGILIO. Pronto hará tres años.

ENSOÑADORA. Y no sabe de qué murió.

DON VIRGILIO. No lo sé. Ni entonces lo supe, ni lo supo nadie, ni después he podido saberlo tampoco. Amaneció un día diciéndome: «Me voy… me muero». Y la vi desde aquel día palidecer, y agostarse, y morir. Y acudí a la ciencia de los hombres lleno de terror, y la ciencia de los hombres sólo acertó a confirmar que se moría. ¡Oh! Yo a los hombres ya no tengo nada que preguntarles.

LEONCIO. Es verdad.

DON VIRGILIO. Porque, ¿qué me responderían, si no alcanzaron a detener su muerte, si no supieron hallar las fuentes de su vida, cuando yo les dijera que es la violeta mi predilecta flor, y que en la tierra donde ella descansa han brotado unas violetas que no ha sembrado nadie?

LEONCIO. ¿Unas violetas?

DON VIRGILIO. ¡Que me miran como sus ojos!

ENSOÑADORA. ¡Qué misterio!

DON VIRGILIO. Misterio, Ensoñadora. Tú has dicho la palabra. ¡Misterio! Misterio en la vida y en la muerte, en los abismos del mar y del cielo. Yo le agradezco a usted, amigo mío, esa emoción con que me oye.

LEONCIO. Sincera y profunda; lo puede usted creer.

ENSOÑADORA. Pues todavía lo será mayor cuando le refiera lo que le sucedió escribiendo.

LEONCIO. ¿Qué?

DON VIRGILIO. Escuche, ya que es capaz de atenderme así. Mi hija se fué del lado mío, y yo la siento a todas horas a mi alrededor. Me acompaña en mis solitarios paseos; me aguarda en mi celda; me consuela en mi gran quebranto, me besa en la noche. Alguna vez siento su mano tenue y suave, que ordena mis cabellos; que seca mi frente… En vida, ella me escribía algunos trabajillos que le dictaba yo, por aliviar así la fatiga de mi tarea. La pluma volaba en su mano, y la huella delicadísima que iba dejando sobre el papel la comparaba yo al paso de una mariposa en la nieve. Llegó aquel día, más triste que ninguno, en que tuve yo que escribir lo que ella hubiera escrito si viviera. Mi mano se crispaba, entorpecida más bien por mi dolor que por su perdida costumbre. En un momento de gran cansancio, surgió en mi pensamiento una idea y la mano se negó a escribirla. Cerré los ojos abatido… La idea vagaba en el cerebro entretanto… No sé qué tiempo estuve así. Cuando de nuevo incliné la cabeza sobre el papel, me estremecí al mirarlo. Por él había pasado la mariposa. La idea estaba escrita. ¿Fué su mano blanca? ¿Fué la mía que fingió su escritura? No sé… no sé… Sólo sé que guardo desde entonces aquel pedazo de papel como una reliquia.

ENSOÑADORA. ¡Oh! ¡Fué su mano!

DON VIRGILIO. ¿Lo crees tú?

ENSOÑADORA. Yo, sí.

DON VIRGILIO. También yo.

¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?

Así pregunta tu divino poeta, doliéndose de la triste soledad en que quedan los muertos. Y yo pienso que cuando el dolor nos purifica, los muertos no quedan tan solos: algo de ellos vive con nosotros, o algo nuestro se muere con ellos. Pero la verdad, ¿quién la sabe?

LEONCIO. Le he hecho a usted llorar, don Virgilio.

DON VIRGILIO. A Dios gracias. Estas lágrimas no me queman los ojos. Lo que siento es haberlo entristecido a usted, que estaba tan alegre.

LEONCIO. ¡Por Dios!

Se estrechan las manos.

DON VIRGILIO. Me voy al campo con mi pena, y lo dejo a usted aquí con su amor. También en el amor, que es vida, hay misterios hondos como el de la muerte.

LEONCIO. También.

DON VIRGILIO. ¿Hasta luego?

LEONCIO. Hasta luego.

Vase don Virgilio hacia el campo. Leoncio lo mira sin hablar.

ENSOÑADORA.

Mientras haya un misterio para el hombre…

LEONCIO. ¡Pobre viejo! ¡El dolor de los dolores es el suyo! *Prestando oído hacia el Monasterio.* ¿Eh?

ENSOÑADORA. ¿Qué?

LEONCIO. Calla. No. Me pareció que hablaba ella. Es el corazón que sube al oído y finge lo que quiere oír.

Ensoñadora. Pues las flores ya están desbrozadas y limpias.

Leoncio. ¿Y el libro?

Ensoñadora. ¿El libro? Mire usted no venga y lo vea la señora Ignacia.

Leoncio. Sí; que ha jurado quitártelo.

Ensoñadora. Para echarlo al fuego. Tanto valdría que me quemara a mí. *De un oculto rincón del patio saca el libro de Bécquer. Está toscamente forrado, y tiene huellas de haber sido cien veces leído, al aire y al sol.*

Leoncio. ¿Ése es el escondite?

Ensoñadora. No, señor; aquí lo traje esta mañana para dárselo a la señorita, que me dijo anoche que quería leerlo. Yo lo tengo siempre muy lejos de aquí, entre unas peñas que forman un hueco, donde no puede entrar la lluvia, ni el aire apenas.

Leoncio. *Hojeando el libro.* Cuánta nota en las márgenes… Es curioso. *Leyendo en una página:*

Si al mecer las azules campanillas
de tu balcón,
crees que suspirando pasa el viento
murmurador,
sabe que oculto entre las verdes hojas
suspiro yo.

Ensoñadora. Deme, no nos coja la señora Ignacia leyendo.

Leoncio. No hay cuidado. Lo que debes hacer es llegarte a ver dónde anda ahora, por si fuese el momento oportuno para entregárselo con las flores a la señorita.

Ensoñadora. Bien dice usted. Y voy a ello.

Leoncio. Aquí te aguardo yo.

Ensoñadora. No abandone el libro.

Leoncio. Nada temas, mujer.

La Ensoñadora se entra en el Monasterio. Leoncio, no bien se queda solo, escribe dos líneas en una de las páginas del libro. Después guarda una florecilla en la misma página, y lo cierra. Vuelve la Ensoñadora.

ENSOÑADORA. Está en la hospedería muy afanada. Aunque despierte a la señorita, voy a llevárselo ahora todo.

LEONCIO. Muy bien. Toma el libro.

ENSOÑADORA. Traiga.

LEONCIO. Y las flores.

ENSOÑADORA. Las flores. Voy corriendo a la celda. *Torna a marcharse al interior*.

LEONCIO. Jamás fué el amor mejor oculto que entre las hojas del libro de un poeta. Esperemos. Y esperemos mirando si el balcón de la celda se abre. *Va a irse por el campo, y le sorprende y lo detiene la llegada de Ana María*. ¡Oh, señora! Pero ¿está usted ya levantada?

ANA MARÍA. Así parece. Buenos días.

LEONCIO. Buenos días. *Mira inquieto, como buscando a Rosaura*.

ANA MARÍA. No. Vengo yo sola.

LEONCIO. Pues ¿y su amiguita?

ANA MARÍA. ¿Rosaura? Si la dejo dormir, hasta las tantas tiene hoy. El primer día que amanece fuera del convento, para que despierte hay que rociarle la cara como una flor.

LEONCIO. Como una flor… ¿Y usted, por lo visto, vuelve ya de dar un paseo?

ANA MARÍA. Y bien largo. Salí por el patio de allá, y ¡qué sé yo lo que he caminado a estas horas!

LEONCIO. ¿Conoce usted el sitio?

ANA MARÍA. Sí, señor.

LEONCIO. ¿Ha estado usted otra vez en el Valle?

ANA MARÍA. Hace años. ¿Usted no?

LEONCIO. No, señora. Es la primera vez que vengo.

ANA MARÍA. Pues le encantará, seguramente.

LEONCIO. Ya me tiene encantado. Ayer, en el caballejo de Telmo, erré todo el día por ahí.

ANA MARÍA. ¡Oiga! ¿Es usted quizás un jinete que primero estaba a la puerta de un ventorrillo…?

LEONCIO. Sí, señora.

ANA MARÍA. ¿Y luego siguió un buen rato nuestro coche?

LEONCIO. El mismo. Me sorprendió en estas soledades del campo hallar caras tan bellas.

ANA MARÍA. ¿Le… sorprendió a usted?

LEONCIO. Puedo jurarlo.

ANA MARÍA. No hace falta.

Sale Telmo como disparado del Monasterio, con dos ojos que son dos mil preguntas y dos orejas insaciables y en ayunas aún.

TELMO. ¡Felices días!

LEONCIO. Felices.

ANA MARÍA. Hola, Telmo. *A Leoncio.* Pues vaya, vaya a donde iba; por mí no se detenga. Esto tiene mucho que ver y que admirar.

LEONCIO. Efectivamente. Ahora voy… a lo que usted ha ido tan de mañana: a vagar sin rumbo, a subir a la Peña, a charlar con cualquier pastorcillo… a hacer, en fin, ganas de almorzar. Adiós, señora.

ANA MARÍA. Hasta después.

Se va Leoncio por el campo, y Telmo salta nerviosísimo en seguida que desaparece.

TELMO. Ni va a vagar sin rumbo, ni sube a la Peña, ni charla con ningún pastor, ni hace ganas de almorzar, ni almuerza. ¡A mí!

ANA MARÍA. ¿Por qué dices eso?

TELMO. ¡Como que yo también vivo en la luna! ¡Como que soy el tonto del lugar!

ANA MARÍA. ¿Qué hablas, hombre?

Telmo. ¡Si en el pueblo me van a correr los rapaces!

Ana María. ¿Qué hablas?

Telmo. ¡Si veo visiones! ¡Si me da un chasco el primero que llega! Ya, ya. ¡Métame usted un dedo en la boca, a ver si lo muerdo!

Ana María. El abanico no diré que no, a ver si te callas.

Telmo. ¡A mí!

Ana María. ¡A ti! ¡A ti! A ti lo que te ocurre es que si la curiosidad fueran pulgas, te llevabas el día rascándote.

Telmo. Eso sí; y la noche también. Pero lo que yo le digo a la señora es que ese señorito a donde va ahora mismo es a ver si se abre el balcón de la celda de la señorita Rosaura.

Ana María. ¡Je!

Telmo. ¿Cómo je? ¿Por qué dice usted je?

Ana María. ¡Qué simpleza! Porque no se me ha ocurrido otra cosa. Sobre todo mirando la cara de bobo que pones.

Telmo. ¿De bobo? ¿Pongo cara de bobo?

Ana María. Acabada.

Telmo. ¡Métame usted un dedo en la boca!

Ana María. ¡Y dale!

Telmo. ¿Usted conocía al señorito?

Ana María. No.

Telmo. ¿Por qué?

Ana María. Porque no lo he visto hasta anoche.

Telmo. ¿Y… y…?

Ana María. ¿Y qué?

Telmo. ¿La señorita? ¿Lo conocía la señorita?

Ana María. Tampoco.

Telmo. ¿Por qué?

Ana María. Por lo mismo que yo.

Telmo. ¿Y don Juanín?

Ana María. Pregúntaselo a él, si te importa.

Telmo. ¿Por qué?

Ana María. ¡Ay, Jesús! ¡Porque lo sabrá mejor que yo!

Telmo. ¿Mejor que usted?

Ana María. ¡Claro!

Telmo. ¿Por qué?

Ana María. ¿Por qué no te compras la rueda de la fortuna, que no trae más que preguntas y respuestas?

Telmo. Usted perdone. Es que me alimenta el averiguar lo que no sé. Desde que era así; me entra un hormiguillo, un hormiguillo… Y más vale saber que ignorar, ¡qué demonio!

Sale la Ensoñadora, para quien es una sorpresa grata la presencia allí de Ana María.

Ensoñadora. ¿Usted aquí, señora? Pensé que todavía descansaba. Buenos días.

Ana María. Dios te guarde, mujer. A descansar vengo. He paseado toda la mañana.

Ensoñadora. ¿Le gusta el Valle?

Ana María. Tanto como tú.

Ensoñadora. Tanto como yo, dice… ¿Oyes, Telmo? ¿Va a quedarse en él muchos días?

Ana María. No. Nos iremos esta tarde o mañana.

Ensoñadora. ¿Tan pronto? Pues ¿no le gusta mucho el Valle?

Ana María. Sí, pero…

Ensoñadora. Quédese más días; que a mí sí que me gusta usted. Me gusta verla… y escucharla… y me gustaría acompañarla por estos sitios. Y a la señorita también. Yo no sé explicar cómo es esto; pero, sin haberlas visto nunca, se me figura que las conozco tiempo hace.

Telmo. Mira, mira, no salgas tú ya con quimeras ni con embelecos.

Ensoñadora. ¿Yo?

TELMO. Quien conoce a la señora de antiguo, y sabe de dónde y cómo y cuándo y por qué, porque estas cosas no son fantasías de las tuyas, es éste que habla.

ENSOÑADORA. ¿Tú?

TELMO. Yo mismo: Telmo Candil; el hijo de su padre.

ANA MARÍA. ¿Que tú me conoces?

TELMO. A punto he estado de romperme la cabeza contra un guijarro porque no daba en ello. ¿Usted no se acuerda de mí?

ANA MARÍA. Yo, no.

TELMO. Así andaba yo ayer. Y cuando esta medianoche caí de golpe en la cuenta, me entró tal alegría que me puse a bailar en el catre. El canto de un pelo me faltó para ir a su celda y despertarla.

ANA MARÍA. ¿A qué?

TELMO. A decirle quién era.

ANA MARÍA. ¿Quién eras tú?

TELMO. Quién era usted.

ANA MARÍA. Eso lo sé yo perfectamente sin que tú me lo digas a medianoche.

TELMO. Por esa reflexión no lo hice.

ANA MARÍA. Como que si lo haces, cuando te enteras bien de quién soy es esta mañana.

TELMO. ¡Usted vino al Valle otra vez, va para diez años!

ENSOÑADORA. ¿Sí?

ANA MARÍA. Justamente.

TELMO. ¡Y con su marido!

ENSOÑADORA. ¿Con su marido vino?

ANA MARÍA. Sí por cierto.

TELMO. ¡Y de luna de miel!

ANA MARÍA. De luna de miel.

TELMO. ¡Y no se pasó mal del todo!

ANA MARÍA. ¿Tú qué sabes?

TELMO. ¿No he de saberlo yo, si soy Telmillo, el que los guiaba muchas veces?

ANA MARÍA. Telmillo… Telmillo… ¡Ah! sí… ya caigo: un chiquitín… ¡Cualquiera te conoce, muchacho! Y es verdad, es verdad que nos guiaste a muchos sitios.

TELMO. Y oye tú, Ensoñadora, una cosa chusca.

ENSOÑADORA. ¿De la señora? ¿Qué?

TELMO. De la señora y del señor. ¡Me prohibieron volver la cara!

ENSOÑADORA. ¿Por qué?

ANA MARÍA. Por que mirase donde iba pisando. Es tan curioso…

TELMO. Ya, ya. Sólo, que no valió; porque yo cogí un pedacito de espejo de una de las celdas, y como caminaba delante, en el pedacito de espejo lo veía todo. ¡Y vi cosas buenas!

ANA MARÍA. No sé qué verías.

TELMO. Pues si le interesa a usted recordarlo…

ANA MARÍA. Calla, Telmo; calla.

ENSOÑADORA. ¿De manera que para usted el Valle, según eso…?

ANA MARÍA. Sí, Ensoñadora; está lleno de encanto, como para ti.

ENSOÑADORA. ¿Tiene muchos recuerdos de él?

ANA MARÍA. Muchos; los que más valen en mi vida. Aquí vi volar esas horas en que el amor florece; en que los enamorados cantan su amor como si fuera a ser eterno.

ENSOÑADORA. ¿Se embelesará usted entonces cada vez que reconozca un sitio en donde tan dichosa fué?

TELMO. ¡Ya está en sus glorias! ¡Ya está ensoñando ella! ¡Mírela, mírela!

ENSOÑADORA. Que calles, Telmo, y dejes hablar a la señora, que quiero oírla. Cuénteme.

ANA MARÍA. Pero ¿qué he de contarte, mujer?

Ensoñadora. Todo lo que se le acuerde de aquel tiempo; lo que ensueñe ahora…

Ana María. ¡Lo que ensueñe ahora!… No hay fuente, ni peña, ni alameda, ni rincón oculto que en mi memoria no avive lo que fué…

Telmo. ¿Recuerda la señora el día que quemaron las cartas?

Ana María. ¡Muchacho! ¿cómo te acuerdas tú?

Telmo. ¿Yo? ¡Andá! ¡Si yo me acuerdo del primer pecho que me dieron!

Ensoñadora. ¿Qué cartas eran ésas?

Ana María. Las cartas de novios.

Ensoñadora. Y ¿las quemaron?

Ana María. ¡Claro! Todas.

Telmo. ¡Y ardieron bien!

Ana María. *Sonriendo.* Ya ellas en sí llevaban fuego suficiente.

Ensoñadora. Y ¿cómo fué el quemarlas? Y ¿dónde fué?

Telmo. En el camino que va a la presa.

Ana María. Al pie de los tres álamos grandes. Las partimos en mil pedazos, y hechas un montón, pusimos en torno y encima y debajo de ellas hojas y ramas secas de los álamos. Bastó una chispa, y saltó la llama en el aire. ¡Qué crujir y qué chisporrotear y qué quejarse tantas ternezas juntas, como protestando de que nosotros mismos las quisiéramos convertir en cenizas!

Ensoñadora. ¿Y en cenizas se convirtieron?

Ana María. No todas; porque cuando la llama era más alta —¿te acuerdas, Telmo?— sopló de pronto el aire con furia, y allá fueron los mil pedazos donde quiso Dios. No hubo medio de volver a reunirlos. El viento de nuevo los esparcía. Y por aquí volaba una palabra de miel, y por allá otra, y otra por allá, y por este lado mi nombre y por el otro el suyo. Y allí quedaron todos, pedazos sueltos de una historia de amor, entre las hojas de los álamos, las flores del suelo y las aguas del río.

Ensoñadora. ¡Qué lástima! Si yo hubiera estado en el Valle, los cojo uno a uno para guardarlos.

TELMO. ¡Que si quieres arroz, Catalina! ¿Te piensas tú que al poco rato no fui yo a la busca? Pero con tan mala suerte, Ensoñadora, que pedacito que encontraba, o tenía escrito el nombre de Ana, o tenía escrito el de Luis. En resolución, nada nuevo; porque como yo sabía ya los nombres de los dos, no me enteraba de cosa alguna.

ANA MARÍA. ¡Ja, ja, ja!

ENSOÑADORA. Y su esposo ¿no vive con usted?

ANA MARÍA. Ahora, no.

TELMO. Están separado.

ANA MARÍA. Separados, no; lejos.

TELMO. ¿Qué más tiene?

ANA MARÍA. Pues sí tiene más.

ENSOÑADORA. Yo bien que lo entiendo.

TELMO. ¿Por qué?

ENSOÑADORA. Y ¿hace mucho que viven así?

TELMO. Cuatro años.

ANA MARÍA. Ya lo oyes.

ENSOÑADORA. ¿Por qué causa, señora, si tan bien se quieren?

ANA MARÍA. Ensoñadora, porque la vida no es siempre como una quisiera pintarla. Pero mientras haya esperanza de que vuelva a ser como fué…

TELMO. ¡Siempre se aparece la Virgen a los pastores!

ENSOÑADORA. ¿Tiene usted hijos?

TELMO. ¡Andá!

ANA MARÍA. Lo sabe todo mejor que yo.

ENSOÑADORA. ¿Cuántos tiene?

ANA MARÍA. Contesta.

TELMO. O son tres o son cuatro; en eso no estoy cierto.

ANA MARÍA. Son cuatro.

ENSOÑADORA. ¿Niños?

ANA MARÍA. No; la menor es niña.

TELMO. ¿Por qué?

ANA MARÍA. A eso sí que no puedo yo responderte.

TELMO. Y ¿cómo se llaman? ¿Cómo se llaman?

ANA MARÍA. ¿Cómo se llaman? Mira: cuando vuelva yo al Valle con mi marido y con ellos cuatro, como espero volver muy pronto, en el mismo lugar que entonces, quemaremos también las cartas que ahora nos escribimos, y que dicen cosas tan distintas. Y si sopla aquel aire que la otra vez sopló, y vuelan los pedazos, y tú vas a enterarte de lo que dice en ellos, en cada pedazo que encuentres hallarás escrito, en lugar de los nuestros, uno de esos cuatro nombres por que ahora me preguntas. Ya lo verás, Telmo; ya lo verás, Así es como quiero yo que te enteres de cómo se llaman mis hijos. Ensoñadora. ¿Llora usted, señora?

ANA MARÍA. Todavía sin lágrimas; pero por si acaso… Adiós. *Éntrase en el Monasterio conteniendo un suspiro.*

ENSOÑADORA. *Viéndola alejarse.*

Mientras haya esperanzas y recuerdos…

TELMO. ¿Qué murmuras tú?

ENSOÑADORA. ¿Yo? Nada… No he dicho nada… ¡Qué buena señora! ¿Verdad?

TELMO. De lo poco. Y el señor también. Y rumboso y liberal si los hay.

ENSOÑADORA. Y ¡cómo se ve que se quieren!

TELMO. Se quieren, se quieren… No; y se querían, se querían… Me acuerdo una tarde… *Suspendiendo de pronto el apenas empezado relato, y dirigiéndose a una persona que pasa por el campo, y que por malos de sus pecados no le contesta ni una sílaba.* ¡Eh! ¡Eh! ¡Señora Demetria! ¿Adónde bueno? —¡Ah! no me responde—. ¡Eh! ¡Señora Demetria! ¿Se ha quedado usted sorda? —¡Y sigue sin volver la cara!—. ¿De dónde se viene? —¡Como si no fuera con ella! ¿Por qué se callará? ¡Más tiene debajo de tierra que encima! Pero no sabe que da conmigo, que la sigo hasta el pueblo.— ¡Eh! ¡Señora Demetria! —De aquí a un rato.— ¡Señora Demetria! *Márchase corriendo.*

La señora Ignacia sale del Monasterio a las voces.

SEÑORA IGNACIA. ¿Adónde se va ese diablo? ¿Por qué grita así?

ENSOÑADORA. Porque ha pasado una mujer y no le ha contestado a sus preguntas.

SEÑORA IGNACIA. ¡Se condenará por curioso! *Quédase contemplando a la Ensoñadora, que la mira y que no se mueve.* Y esta noche va a salir una estrella de rabo.

ENSOÑADORA. ¿Sí? ¿Cómo lo sabe?

SEÑORA IGNACIA. ¡Cómo lo sabe!… ¿Serás tonta? Eso es un decir que se dice siempre que ve una a su alrededor algo que no se explica.

ENSOÑADORA. Y ¿qué es lo que usted no se explica, señora Ignacia?

SEÑORA IGNACIA. Que todos los días, apenas amanece Dios, te vas a volar por esos campos, y hoy no sales del Monasterio.

ENSOÑADORA. No me riña… Si me quisiera oír, yo le contaría… Este amanecer, me alejaba de aquí con la primera luz cogiendo flores, y oí una voz, no sé si del cielo o de la tierra, que me dijo: «¡Ensoñadora! ¡No te vayas del Valle! ¡Vuelve al rincón de las campanillas!». Y le puedo jurar que antes de escuchar esa voz, mi sentir me decía lo mismo. ¿Usted no lo cree?

SEÑORA IGNACIA. ¿Lo de la voz? Ni pizca. ¿Cómo voy *yo* a creer en patrañas? Lo que sí deploro, ya que tú oyes esas voces del otro mundo, es que no te aconsejen mejores cosas. La de hoy, por ejemplo, te ha podido decir muy bien que me ayudaras a desplumar los pollos.

ENSOÑADORA. No me riña…

Sale del Monasterio Rosaura, hecha una rosa fresca. Trae prendidas al pecho algunas de las flores de la Ensoñadora.

ROSAURA. Santos y buenos días.

SEÑORA IGNACIA. Buenos días, señorita. Contesta tú, mujer.

ENSOÑADORA. Ya la vi al llevarle las flores.

ROSAURA. Ya, ya nos vimos.

SEÑORA IGNACIA. ¿Ha dormido usted bien?

ROSAURA. No, señora; que he estado muy inquieta.

SEÑORA IGNACIA. ¡Vaya por Dios!

ROSAURA. Cosa rara en mí, ciertamente. Pero, nada, hice el primer sueño, y se acabó el dormir. No sé qué habrá sido.

SEÑORA IGNACIA. Ya, ya.

ROSAURA. Oí cantar las alondras, y después de las alondras un enjambre de pájaros de todas castas; porque no parecía sino que todos los del cielo se habían dado cita en el jardín del claustro.

ENSOÑADORA. Los ahuyenta el enero y el mayo los trae, señorita.

SEÑORA IGNACIA. ¡Oiga! ¿Y don Juanín?

ROSAURA. Dormido sigue.

SEÑORA IGNACIA. ¡Bendígalo Dios! Porque barrunto que es el único que se ha pasado de un solo tirón toda la noche; con tanto hablar de que no siendo en su cama no pegaba él un ojo.

ROSAURA. ¡Ay, qué hermosa mañana! ¡Qué bien se respira! Mire las campanillas, qué preciosas.

ENSOÑADORA. Nacen mucho en estas ruinas.

ROSAURA. También en el convento. Pero éstas de aquí están más alegres. Y a mí me interesa ver que las abre el sol y las cierra la luna.

SEÑORA IGNACIA. ¿Eh?

ROSAURA. ¿Qué guardarán cuando se cierran?

SEÑORA IGNACIA. *Estupefacta*. ¿Eh? Pero ¿usted también…?

ROSAURA. ¿Cómo?

SEÑORA IGNACIA. ¿Usted también fantasea, y piensa romances, y le busca tres pies al gato?

ROSAURA. ¿A qué gato, señora Ignacia?

SEÑORA IGNACIA. No; si estoy convencida; si es un aire que hay en el Valle, que a todo el mundo envenena y daña menos a mí.

ROSAURA. ¿Por qué? ¿Por lo que he dicho de las campanillas?

ENSOÑADORA. La señora Ignacia a cuanto ella no comprende le llama locura y desatino.

SEÑORA IGNACIA. La señora Ignacia lo que dice, y usted perdone, señorita, si entra en la danza con todos ellos, es que serán verdad las historias que ésta refiere, y que en las entrañas de la tierra habrá hombrecillos enanos con tesoros muy grandes —ésta los llama no sé qué; *monos*, creo que los llama—; y que las flores se quejarán cuando les arranquen las hojas, como asegura el otro huésped, que para mí que anda perdido del seso; y que las campanillas se cerrarán para guardarse algo, como dice usted, y todo lo que se les antoje a usted, y a don Virgilio, y a la otra señora, que también es un poco romancera; pero hablemos en plata y vamos claros: si no guisa la señora Ignacia, ¿qué almorzamos hoy? ¡Pues no hay más que decir! ¡Y déjenme a mí de quimeras y de *monos* y de campanillas y de disparates! *Entra en el Monasterio.*

Rosaura suelta la carcajada y la Ensoñadora sonríe.

ENSOÑADORA. La señora Ignacia, que tan buena es conmigo, ¿por qué no entenderá muchas cosas?

ROSAURA. No sé. Dime tú, Ensoñadora; que deseaba que se fuera para preguntártelo: ¿el libro tuyo…?

ENSOÑADORA. ¿Qué? ¿Ha leído algo ya?

ROSAURA. Algo he leído, sí. Pero contéstame: ¿de tus manos ha pasado a las mías?

ENSOÑADORA. Sí. ¿No ve la señorita que lo tengo que recatar de la señora Ignacia y de Telmo? Esta mañana lo saqué de entre el hueco de las peñas en que lo guardo, y apenas encontré ocasión, lo llevé a su celda.

ROSAURA. Y ¿nadie más que tú lo ha tenido?

ENSOÑADORA. Nadie más.

ROSAURA. ¿Ni siquiera un momento?

ENSOÑADORA. ¡Ah! sí; un momento lo tuvo don Leoncio.

ROSAURA. ¿Cómo se llama?

ENSOÑADORA. Don Leoncio; aquel caballero que ayer tarde…

ROSAURA. Ya sé.

ENSOÑADORA. Él me ayudó también a coger las flores.

ROSAURA. ¿Éstas?

ENSOÑADORA. Y aquéllas… Todas.

ROSAURA. Todas…

ENSOÑADORA. Y ¿qué le ha llevado a pensar que alguien más que yo tuvo el libro?

ROSAURA. Unas palabras que he hallado escritas en la historia del *Rayo de luna*.

ENSOÑADORA. Como ésas hay muchas en todo él.

ROSAURA. Como ésas, no. *Pensativa.* Encantadas palabras…

ENSOÑADORA. Son del viajero que lo dejó olvidado.

ROSAURA. No; ésas son del viajero que tuvo el libro en sus manos un solo instante.

ENSOÑADORA. ¿Sí?

ROSAURA. Sí.

Aparece Leoncio, que viene de la parte del campo. Él y Rosaura se miran con emoción suprema, y, sin palabras, se saludan. La tierra que pisan alborozada se estremece, y flotando en olas de armonía puede oír un poeta rumor de besos y batir de alas. La Ensoñadora los contempla absorta, con reveladora alegría. Tras breve silencio, Leoncio le dice:

LEONCIO. Ensoñadora, ¿no sabes?

ENSOÑADORA. ¿Qué?

LEONCIO. En la Peña Vieja, donde encontraste el libro del poeta, ha nacido una extraña flor.

ENSOÑADORA. ¿Una flor en aquella aspereza?

LEONCIO. Y bella y singular como no vi ninguna hasta ahora. Tiene pétalos claros y transparentes, que parecen de luz, y otros cárdenos y rojizos, como un celaje del anochecer. Su aroma, que perfuma el ambiente, embriaga, deleita… y hace llorar. Vé a verla.

ENSOÑADORA. Sí; a verla voy. Pero ¿no me engaña?

LEONCIO. Tú verás cómo no.

ENSOÑADORA. Pues ha sido de ayer a hoy; es flor de esta aurora; que ayer estuve yo en la Peña, y no había flor alguna. ¿Qué viento llevó allí la semilla? Voy a verla. *Se va hacia el campo sugestionada y trémula de emoción*.

LEONCIO. *A Rosaura, cuando la Ensoñadora desaparece.* ¿Y usted, cree en esa flor original que ha nacido de ayer a hoy?

ROSAURA. ¡Pobre Ensoñadora!

LEONCIO. No la compadezca; lleva la ilusión del camino.

ROSAURA. Sí; pero cuando llegue y no la vea…

LEONCIO. Y ¿quién sabe si la verá? Su espíritu soñador le pone delante de los ojos lo que quiere. No suele ver las cosas a la luz que ellas tienen en sí, sino al reflejo divino que ella les presta cuando las mira. ¿Le entregó a usted su libro?

ROSAURA. Sí.

LEONCIO. Las flores ya he visto que se las entregó.

ROSAURA. *Ruborosa.* Sí.

LEONCIO. ¿Aún no habrá usted leído?…

ROSAURA. Sólo algunas rimas.

LEONCIO. ¿Nada más? *Rosaura calla.* ¡Oh, las rimas de Bécquer!

ROSAURA. Una compañera mía del colegio sabe de memoria muchas de ellas.

LEONCIO. Y se las recita a usted al oído. *Contestando a la sorpresa de Rosaura.* Lo dijo usted ayer.

ROSAURA. Es verdad. Le pedí el libro a la Ensoñadora porque tenía sed de leerlas todas; y ayer, después que le oímos aquélla, se avivó mi deseo.

LEONCIO. Son de una delicadeza infinita; de un poder expresivo y sentimental, que inquieta y conmueve. No parecen escritas con palabras humanas, sino como soñaba él, con «suspiros y risas, colores y notas…».

¡Cuántas veces, en los vagos temblores del alma, que sabe y no sabe lo que desea, suben a los labios sus versos! *Mirando con pasión a Rosaura:*

Hoy la tierra y los cielos me sonríen,
hoy llega al fondo de mi alma el sol…

Rosaura. ¡Qué linda es ésa! ¡Creer en Dios porque lo mira una mujer!…

Leoncio. Los enamorados, Rosaura, desdeñan el mundo que hizo Dios para todos, si ese mismo Dios no hace otro mundo aparte para ellos.

Rosaura. No sé…

Leoncio. ¿No sabe?…

Rosaura. Acabo de salir del convento de las Damianas.

Leoncio. Sí; pero una compañerita le apuntaba al oído…

Rosaura. Cosas de colegialas siempre.

Leoncio. ¿Siempre?

Si se turba medroso en la alta noche
tu corazón,
al sentir en tus labios un aliento
abrasador,
sabe que, aunque invisible, al lado tuyo…
respiro yo.

¿No le dijo nunca esta estrofa su amiga?

Rosaura. *Turbada.* No… no recuerdo…

Leoncio. ¿Y ésta?

Cuando se clavan tus ojos
en un invisible objeto,
y tus labios ilumina
de una sonrisa el reflejo,

por leer sobre tu frente

el callado pensamiento,
que pasa como la nube
del mar sobre el ancho espejo,

diera, alma mía,
cuanto deseo:
¡la fama, el oro,
la gloria, el genio!

ROSAURA. Calle usted, por Dios…

LEONCIO. ¿Que calle?

ROSAURA. ¿He dicho que calle? No… no he querido decirlo… No sé lo que digo… Hable cuanto quiera…

LEONCIO. Sí he de hablar… ¿Encontró usted una flor inesperada entre las páginas del libro de la Ensoñadora?

ROSAURA. Sí.

LEONCIO. ¿Y unas palabras escritas por mi mano junto a ella?

ROSAURA. También.

LEONCIO. ¿Conoció usted quién las había escrito?

ROSAURA. Guardé la flor.

LEONCIO. ¿Y las palabras?

ROSAURA. Ésas quedaron, como la huella de la flor, en el libro.

LEONCIO. ¿Y lo que dicen?

ROSAURA. En mi memoria está.

LEONCIO. ¡Oh! ¡ilusión de mi vida! Nunca pude creer en este momento. Persigo tu luz tiempo hace. Llegué a pensar que ibas a ser siempre para mí rayo de luna fugitivo, llama que borra el viento, voz lejana que me llamaba sin saber adónde… Eso llegué a pensar… ¡y te veo y me miras, y te hablo y me escuchas, y siento en el mío los latidos de tu corazón inquieto!

ROSAURA. Inquieto, sí…

LEONCIO. ¿Qué temes?

ROSAURA. Nada… y todo. No sé… También en el libro del poeta he leído rimas desgarradoras, de un gran desencanto de amor, del amor herido en el corazón por la espalda…

LEONCIO. ¡Oh! Ese amor no es el nuestro; no lo será nunca. Nuestro sol es el de las alondras. Nuestro amor es el que deshace el cielo en rayos de oro y estremece la tierra con el batir de sus alas invisibles. Las golondrinas que en tu balcón del Valle cuelgan esta primavera sus nidos, volverán siempre a contemplar tu hermosura y mi dicha. ¿Qué dices? Habla. Necesito oírte.

ROSAURA. Sí; pero no ahora.

LEONCIO. Ahora, no; razón tienes. A la noche; cuando todo repose en el Valle; cuando sólo la luna vigile el Monasterio. ¿Verdad?

ROSAURA. Sí.

LEONCIO. Asómate entonces al ancho balcón de tu celda, y al pie verás mi sombra.

ROSAURA. ¡Silencio!

LEONCIO. ¿Qué?

ROSAURA. Alguien llega.

LEONCIO. No importa, recordamos páginas del libro de la Ensoñadora. *Fingiendo que disimula para quien llega, y en rigor haciendo suyas una vez más las elocuentes palabras del poeta:*

Dos jirones de vapor
que del lago se levantan,
y al juntarse allá en el cielo
forman una nube blanca;

dos ideas que al par brotan,
dos besos que a un tiempo estallan,
dos ecos que se confunden:
eso son nuestras dos almas.

Aparece un poco antes la Ensoñadora y se detiene oyéndolo.

ROSAURA. Ensoñadora, ¿ya fuiste a la Peña?

Ensoñadora. Ya fuí.

Leoncio. Y ¿me perdonas el engaño, Ensoñadora?

Ensoñadora. ¿Engaño? ¿Qué engaño, si allí está la flor, tan bella como me la pintaba?

Leoncio. ¡Allí está la flor!… Adivinación fué de mi espíritu. Yo no sé qué soplo divino pasa hoy por el Valle.

Rosaura. Yo tampoco lo sé. Pero sé que quiero leer el libro de la Ensoñadora.

Rosaura y Leoncio se despiden en voz muy queda. Él se va por el campo y ella entra en el Monasterio. Antes de desaparecer, se miran.

Leoncio. ¿Hasta la noche?

Rosaura. Hasta la noche.

Leoncio. ¿Por qué será el día tan largo y la noche tan breve?

Rosaura. ¿Qué importa que sea largo este día, si es más alegre que ninguno?

Leoncio. Adiós.

Rosaura. Adiós.

Durante este corto diálogo, apagado y tenue, la Ensoñadora, contemplando a los enamorados, y en voz también muy queda y dulce, dice:

Ensoñadora.

Mientras haya unos ojos que reflejen
los ojos que los miran;
mientras responda el labio suspirando
al labio que suspira;
mientras sentirse puedan en un beso
dos almas confundidas;
mientras exista una mujer hermosa,
¡habrá poesía!

Cuando dice el último verso, ya está sola. El telón ha ido cayendo lentamente.

FIN DE LA COMEDIA

DESPUÉS DE LA COMEDIA

Si al terminar el segundo acto se levantara por dicha el telón para el acostumbrado saludo al público de los intérpretes, la Ensoñadora, sola en escena todavía, y sin desposeerse de su aire poético e ingenuo, dirá así:

Ensoñadora. En la última página del libro encontrado un día por mí en la Peña Vieja, escribió el desconocido viajero: «Este divino poeta no tiene en su patria un recuerdo que a todos hable de su gloria». De tan sencillas palabras nació el pensamiento que ha dado vida a esta comedia. Es él, elevar en tierra sevillana, no lejos del río a cuyas orillas soñó el poeta dormir «el sueño de oro de la inmortalidad», el recuerdo que echó de menos el viajero desconocido; misterioso viajero que olvidó para mí su libro en aquella aspereza donde hoy ha brotado una flor… Quienes compusieron La rima eterna, para ello la compusieron no más. Hija del ideal, nació y creció entre alegría sana y generosa y lágrimas que reposan el corazón. Y, al ofrecérosla hoy, os piden indulgencia para ella, calor y simpatía para el intento que le dió el ser, y amor para el poeta de las golondrinas…

Fuenterrabía, agosto, 1910.

Inaugurado el monumento a Bécquer el día9 de diciembre de 1911, se ruega a las compañías que representen esta comedia que sustituyan por las siguientes las palabras que al final dice la *Ensoñadora* dirigiéndose al público:

Ensoñadora. En la última página del libro encontrado por mí en la Peña Vieja, escribió el desconocido viajero: «Este divino poeta no tiene en su patria un recuerdo que a todos hable de su gloria». De tan sencillas palabras nació el pensamiento que luego dió vida a esta comedia, y que fue el de elevar en tierra sevillana, no lejos del río a cuyas orillas soñó el poeta dormir el «sueño de oro de la inmortalidad», el recuerdo que echó de menos el viajero desconocido; misterioso viajero que olvidó para mí su libro en aquella aspereza donde hoy ha brotado una flor… Quienes compusieron La rima eterna, para ello la compusieron no más. Hija del ideal, nació y creció entre alegría sana y generosa y lágrimas que reposan el corazón. Y cayó la poética semilla en tierras tan fértiles y amorosas, que en sólo un año de vida y de camino logró recoger cosecha tan abundante que pudo trocarse en realidad lo que siempre había sido noble ilusión de los amantes del poeta de las golondrinas. En la hermosa Sevilla se alza ya el monumento que en bronces y mármoles cantará perpetuamente su gloria.

CARTA A JUAN SOLDADO

APROPÓSITO

Estrenado en el **Teatro de la Princesa** el 16 de diciembre de 1910, en función organizada para enviarles aguinaldos a los soldados de la última campaña de África.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
María.	María Guerrero.
Don José.	Felipe Carsí.

CARTA A JUAN SOLDADO

Rincón de una plaza en Alminares, pueblo andaluz.

El memorialista está sentado a su mesa. María Josefa, vieja, se acerca a él.

MARÍA. Don Jozé, Dios le guarde.

DON JOSÉ. Hola, María Josefa. ¿Qué hay por aquí tan de mañana?

MARÍA. Pos que er zeñó Cura, que me escribe las cartas pa mi hijo tos los jueves, está malito con dolores rumáticos en los dos deos de la pluma —que también es cazolidá—, y yo penzaba yegarme en ca der maestro de escuela pa zuplí zu farta; pero mi cuñao, que hoy no estaba borracho —que también es cazolidá—, me aconzejó que viniera a usté, que tiene una letra española mu bonita y mu clara; porque pa escribirle a un probecito zordao que está en er Moro, dice mi cuñao que ninguna letra es mejó que la letra española. ¡Que también es cazolidá que tenga usté la letra española!

DON JOSÉ. Yo la tengo cosmopolita: según er gusto der que me paga. ¿Traes er pliego?

MARÍA. Zí, señó; aquí lo traigo.

DON JOSÉ. ¿Y er sobre, lo traes?

MARÍA. Er zobre y er zeyo. Menos la pluma lo traigo to.

DON JOSÉ. Plumas yo tengo aquí.

MARÍA. Pero no zon de gayina, como las que gasta er señó Cura.

DON JOSÉ. Porque yo no tengo gayinas. ¡Je! Vamos a la carta. Tú dirás.

MARÍA. Empiece usté aquí arriba arriba; que er zeñó Cura ziempre deja dos deítos en blanco, y es coza que me choca mucho.

DON JOSÉ. Dírtame lo que quieras.

MARÍA. ¿Cómo?

DON JOSÉ. Que me dirtes.

MARÍA. ¿Qué?

DON JOSÉ. Que me digas lo que he de ponerle a tu hijo.

MARÍA. ¡Ah! Vaya usté escribiendo. «Mi queridísimo Juan de mi vía, de mi zangre, de mi corazón, de mi arma y de to lo mío».

DON JOSÉ. No corras tanto.

MARÍA. Como er principio nunca lo tengo que penzá, por eso me zale tan de gorpe. «Juan, de lo que me dices de que ya estás güeno, tú no zabes la alegría que noz ha entrao a tu padre y a mí. A tu tío —ya tú le conoces er flaco— demaziá alegría. Ze alegró, como zi en vé de un zobrino, ze le hubieran puesto güenos los cinco que tiene. No te rías, Juaniyo». Póngazelo usté azín, que a é le hace gracia. «Juan, de lo que me dices que ya recibiste la camizeta, hijo mío, yo hubiera querío mandarte dos; pero el año está malo, er trabajo farta, y no te digo más, Juan; ya tú me entiendes. Juan, hijo mío ésta que te escribo es pa decirte, Juan, que en er pueblo la otra noche, Juan de mi arma…».

DON JOSÉ. ¡Van cuatro Juanes en un momento!

MARÍA. Usté escriba con zu letra española y no ze meta en flores; que entre una madre que tiene a zu hijo en er Moro y un hijo que ze yama Juan, tos los Juanes zon pocos.

DON JOSÉ. Bien, bien; sigue.

MARÍA. «Juan, como te iba diciendo, la otra noche, en er teatro der pueblo, echaron una función pa reuní dinero pa mandárzelo a los probecitos zordaos que van a pazá la Nochegüena tan lejos de zus cazas. ¡Dios ze lo pague ar que lo ha discurrío y a tos los que fueron ar teatro! Toz ze han comportao mu bien. Yo estaba en la cazuela, y me pasé la noche yorando. Zabrás, Juan, que el hijo de don Migué Carmona, que es poeta, leyó *un verzo* en eza función; y nombró a tos loz hijos der pueblo que están ahí contigo, y

dijo una coza que a mí ze me ha quedao grabá. Juan, hijo mío, dijo que la bandera española tiene dos colores: er coló del oro y er coló de la zangre: y que zi ustedes derraman en la guerra zu zangre, que ez un coló de la bandera, lo menos que deben hacé los de acá es derramá zu oro y mandarles toíto er que puean, pa que la bandera esté completa. Juan, ¡lo que lo aplaudieron! Dicen que *er verzo* va a zalí en er diario en Zeviya. Yo te lo mandaré zi zale. Zabrás, Juan de mi arma, que esta función le ha gustao a to er mundo menos ar boticario, que ya zabes tú der pie que cojea y la mala lengua que tiene, y lo bien que ha dirigío la guerra y los moros que él ha matao desde la rebotica».

DON JOSÉ. ¡Mu bien!

MARÍA. ¿Le paece a usté bien?

DON JOSÉ. ¡Mu bien!

MARÍA. Pos ziga usté escribiendo. «Zabrás, Juan, que a cuenta de esto de la función, hay toas las noches en la rebotica inzurtos, gritos y hasta palos. Porque dice er boticario, porque lo ha leío no zé donde, que en Ruzia están mejó que en España; y dice er juez que era coza de mandarlo a Ruzia er mes que viene, y mandarlo zin capa».

DON JOSÉ. ¡Mu bien!

MARÍA. Mu bien, pero no ze me ponga usté nerviozo, que no va a escribí claro.

DON JOSÉ. Sí escribo, sí.

MARÍA. «Juan, esto te lo cuento pa que te alegres. Zabrás, Juan, de como ar boticario le han pegao anoche una paliza, porque ze atrevió a decí en la Plaza Nueva que renegaba de España y de loz españoles y que ojalá y no hubiera nacío en España».

DON JOSÉ. *Continuando la escritura.* «¡Con lo contentos que estaríamos tos, si él hubiera nasío en otra parte!». Esto lo pongo yo por mi cuenta y riesgo, María Josefa.

MARÍA. ¡Mu bien! ¡Ahora zoy yo la que dice mu bien! «Juan, er papé ze acaba, hijo mío. Muchos recuerdos de tos los de caza, y de Manué Martínez, que ayé me dió muchos pa ti, y de Alonziyo er ciego, y de Carmencita la

gitana, y de Remedios, y muchos recuerdos de Juan er de la Confituría, y de Tomatera er de los griyos…».

DON JOSÉ. ¡Que se acaba er papé!…

MARÍA. Encoja usté la ortografía. «Y de Joseliyo er panadero, y de zu padre, y de zu hija, y de la vecina de enfrente, que ha estao mu malita la probe; y tú recibe er corazón, y la zangre, y los bezos, y laz entrañas de esta tu madre que lo es, y que está dezeando verte, y que zueña toas las noches contigo, Juan de mi arma, *María Jozefa Campo*». ¡Ay, Dios mío! ¡Probecito él! ¡Qué Nochegüena más triste va a pazá tan lejos! ¿Usté zabe la direrción?

DON JOSÉ. Sí. *La escribe.*

MARÍA. *Viendo que va a guardar la carta en el sobre.* ¿Qué va usté a hacé ahora?

DON JOSÉ. A serrá la carta.

MARÍA. No, no; toavía no.

DON JOSÉ. ¿Por qué?

MARÍA. Porque antes tengo yo que darle muchos bezos.

DON JOSÉ. Vaya, pos dáselos.

MARÍA. Ahora, no. De aquí ar Correo, a mi pazo, tardo media hora en yegá. Le doy los bezos a la carta cuando yegue ayí… y azí me hago yo la iluzión de que los recibe mi.

Juan media hora antes. Con Dios, don Jozé. *Pagándolo.* Tome usté lo zuyo.

DON JOSÉ. Anda con Dios, María Josefa.

MARÍA. *Al público:*

Cartas que van y que vienen,
pedazos del arma zon
de las madres que ayí tienen
pedazos der corazón.

FIN

Madrid, diciembre, 1910.

SOLICO EN EL MUNDO

ENTREMÉS

ESCRITO EX PROFESO PARA MARÍA PALOU

Estrenado en el **TEATRO APOLO**, de Madrid, y en el **TEATRO CIRCO**, de Zaragoza, el 5 de marzo de 1911

A ALBERTO CASAÑAL SHAKERY,

padrino de Crespulín, que ya no está «solico en el mundo», en testimonio de gratitud y simpatía.

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MANOLICA.	MARÍA PALOU.
PACORRO.	JOSÉ MONCAYO.

En Zaragoza interpretaron los papeles de *Manolica* y de *Pacorro*, Julia Velasco y Enrique Lacasa

SOLICO EN EL MUNDO

Corralillo en casa del padre de Manolica, labrador humilde de Canales, pueblo de Aragón. Al foro, tapia y puerta que da a la calle. A la izquierda de la actriz —ya estamos cansados de dar la preferencia a la del actor, siguiendo una rutina poco galante—, otra puerta, que comunica con el interior de la casa. Hacia la derecha, una pila de lavar ropa. Dos sillas viejas. Es de día.

Manolica, moza de buen ver, gentil y resuelta, sale de la casa riéndose. Trae los brazos al aire, como de estar lavando. Habla con el gracioso dejo baturro.

Manolica. Los dimoños en el cuerpo tié la creatura. Si no le voy a la mano pronto, le corta las orejas al gato. Y las echa en la olla, que eso hubiá sido lo pior. Barrabás anda suelto por la casa dende que él vino. *Se pone a lavar.* ¡Probe Nicanora! ¡El gusto que le daría velo ya con seis años, que pa las fiestas del pueblo los hace! ¡Válgame Dios, y cómo pasa el tiempo! *Canta mientras lava.*

El matrimonio y el baño
tienen que ser de repente…

Me paice como que hurgan en la puerta… ¡Alante quien sea, que está abierto! *Viendo que no entra nadie.* Jué feguración. *Torna a la copla.*

El matrimonio y el baño
tienen que ser de repente,

porque al que lo piensa mucho
le entra miedo y no se mete.

Llaman a la puerta del foro. ¿No icía yo? ¡Alante quien sea! *Llaman otra vez.* ¡Alante, que está abierto! *Espera en vano.* A la cuenta va a ser una groma, *Llégase a la puerta y la abre. Aparece en ella Pacorro, de baturro.* Güen hombre, ¿es usté sordo? *Pacorro la mira y no contesta.* ¡Que si es usté sordo!

PACORRO. ¡Ojalá lo juera!

MANOLICA. ¿Sordo?

PACORRO. ¡Y mudo!

MANOLICA. ¿Mudo, pa qué?

PACORRO. ¡Pa no poder icile a usté a lo que vengo!

MANOLICA. Pus con dar media güelta y marcharse…

PACORRO. ¡Toma! ¡Si es que se lo tengo que icir!

MANOLICA. ¿Es alguna disgracia? ¿Viene usté de Rincones? Allá tié mi padre familia.

PACORRO. Pus no vengo de Rincones, no; que vengo de Alcudera.

MANOLICA. ¿De Alcudera? Y ¿a qué viene usté de Alcudera?

PACORRO. A vela a usté. ¿No es usté Manolica, la hija de Demetrio?

MANOLICA. La mesma soy.

PACORRO. ¡Pus no sabe usté lo que lo siento, maña!

MANOLICA. Pero ¿no ice usté que viene a veme, hombre de Dios?

PACORRO. Sí, por cierto; pero es el caso que no quisiá vela. Porque como no le traigo nengún regalico…

MANOLICA. Vaya, vaya, traiga lo que traiga, entre usté si ha de entrar y diga lo que sea si ha de icilo, que no es cosa de que nos pasemos así toa la mañana. *Vuélvese a la pila, y recoge las prendas que estaba lavando.*

PACORRO. A la juerza ahorcan. *Se adelanta como a remolque hacia Manolica, cerrando primero la puerta.* Güenos días.

MANOLICA. Güenos días.

Pacorro. ¿Cómo lo pasa usté?

Manolica. Yo bien, ¿y usté?

Pacorro. De mí no se cuide. El padre, ¿güeno?

Manolica. Güeno, a Dios gracias.

Pacorro. ¿Y la madre? ¿Y la agüela?

Manolica. A Dios gracias, güenas tamién. Salú no falta.

Pacorro. ¡Miá qué contratiempo!

Manolica. ¿Contratiempo que haiga salú?

Pacorro. To hay que explicalo. Si hubiá en la casa alguno siquiá con dolor de cabeza, o con dolor de muelas, como se ice que unos desgustos traen otros, ya podía yo soltar el que traigo a toa satisfaición… Pero en una casa en que tos están alegres y con salú, venir yo a hacer un estropicio…

Manolica. Acabará usté por poneme en cuidao. ¿Es que de veras trae usté un desgusto?

Pacorro. Traigo dos: el desgusto que traigo… y el desgusto de traelo.

Manolica. Siéntese usté.

Pacorro. Y a más me recibe usté con fenuras. Y a más tié usté una cara como un amanecer.

Manolica. ¿Tamién le pesa eso?

Pacorro. ¡Relente!, ¿no me ha de pesar? ¡Si juá usté fea, ya le hubiá yo soltau el desgusto pa echar a correr y no vela, y me habría librau de esta pesaúmbre! Pero con esa cara que tié usté… ¿quién echa a correr si no es pa topala?

Manolica. ¡Repaño con el hombre! ¡Pa icir lo que trae quié ser sordo, quié ser mudo, quié que no haiga salú en mi casa, quié que yo sea fea!… ¿Qué encarguico tan tinebroso es ése? ¡Acabe usté de reventar!

Pacorro. Pus allá va, maña; que eso es lo que estaba yo asperando: que usté me arrempujara un poquico. Allá va.

Manolica. Venga.

Pacorro. ¡Allá va!

Manolica. ¡Venga!

Pacorro. ¿Sabe usté quién se ha muerto?

Manolica. ¿Quién?

Pacorro. Atanasio Rastrillo.

Manolica. ¿Que se ha muerto? ¿Atanasio Rastrillo?

Pacorro. ¡El mesmo que viste y calza!

Manolica. ¡Ya era hora!

Pacorro. ¿Qué ice usté?

Manolica. ¡Que ya era hora!

Pacorro. ¿Ése es to el risponso que le reza?

Manolica. Y haticuenta que no bailo una jotica, porque no es cristiano. ¡Bien muerto está! ¡Sí que es un desgusto el que me trae! Hombre más perro que ése no ha nacido. ¡Ya le tostarán los güesos en los infiernos, ya! ¿Usté era amigo suyo?

Pacorro. Como no tuvo otro.

Manolica. Lobos de la mesma camada… El Siñor nos libre. *Sepárase un poco de él.*

Pacorro. Lobos, no; vea usté lo que son contradiciones. Si él era lobo, yo soy un corderico.

Manolica. Y ¿de qué se ha muerto?

Pacorro. Del último medico que ha ido al pueblo, que es un igoísta.

Manolica. ¿Por qué?

Pacorro. Porque paice que se quié quedar solo. ¡Relente!, ¡y qué maña tié el hombre pa mandar cristianos al otro mundo!

Manolica. Pus ea, que el Siñor Jos perdone a los dos, al muerto y al vivo. ¿Era eso to lo que usté tuvía que icime?

Pacorro. Abura empiezo, maña; ahura empiezo.

Manolica. ¡Repaño! ¿Que empieza usté ahura?

Pacorro. Entérese usté de esta cartica del defunto, que me la escrebió viéndose esamparau con el medico solo, un día antes de cerrar el ojo pa siempre.

Manolica. ¿Una cartica?

PACORRO. Escuche usté. Así ice. *Lee la carta, atendido con gran interés por Manolica.* «Pacorro» —yo me llamo Pacorro—: «Has de saber que estoy malico de muerte va ya pa dos días, y que mi sospecho que no me queda aguante ni pa otros dos. Ganas de vivir no me faltan; pero las juerzas se van por menutos. El medico nuevo se ha liau con mí y ca cuartico de hora me da una melecina. Va a poder más que yo. Y por si la velica se apaga, quió descargame de culpas con tú, que eres mi güen amigo». *Enternecido.* ¡Probecico Atanasio! ¿No se ablanda una piedra, maña?

MANOLICA. Siga usté la letura.

PACORRO. «De toas las fechurías que hi hecho en este mundo, una hay que no me deja morir tranquilo. Yo tuve un hijo con Nicanora, que en gloria esté, la hija del siñor Domingo el cestero, que en gloria esté, y por consejos de mi hermana la viuda, que en gloria esté, abandoné de mala manera al retoñico y a la madre. Cuando ella se murió, que hace más de tres años ya, supe yo que el hijo de mi sangre lo había recogido una moceta muy amiga de Nicanora, que en gloria esté, y que se llama Manolica Lafuente, porque es hija del siñor Demetrio Lafuente, que en gloria esté».

MANOLICA. ¡Oiga usté, que mi padre no está en gloria; que mi padre vive, a Dios gracias!

PACORRO. Y sea por muchos años, moceta. El infeliz, viéndose morir… paice ser que quería encontrase presonas conocidas en el otro barrio. *Sigue leyendo.* «De modo y manera, Pacorro, que como un chico es una carga, y el chico es hijo mío, y tú eres como si juá yo, es mi ultima voluntá que vayas a Canales, que priguntes por Manolica la de Demetrio, que la vesites, que le pidas a mi hijo, y que lo recojas y lo críes y lo hagas un hombre de provecho a tu lao, como si juás su legítimo padre. Y adiós, Pacorro, que la voz me se apaga… y me se va la vista… y me se va la cabeza… y me voy yo tamién pa no golver más. —Atanasio».

MANOLICA. ¡Que en gloria esté!… ¡Miá el risuello que ha tuvido el hombre! ¡Estos que nacen travesaus hasta ultima hora están metiendo ruido!

PACORRO. Pecebir yo esta carta y tomar el camino de Alcudera al galope, to jué la mesma cosa. Temblando iba de no llegar a tiempo a la

cabecera de mi amigo, pero quiso la Virgen del Pilar que llegara, y allí le juré cumplir to lo que me pedía. Y por el chico vengo.

Pausa.

MANOLICA. Pus miusté: en el pueblo hay más chicos que gurriones. Se pué usté llevar el que quiera; pero lo que es éste de Nicanora, éste no se lo lleva usté.

PACORRO. ¿Que no me lo llevo? ¿Y esta carta, maña?

MANOLICA. ¡Esa carta yo no la hi oído!

PACORRO. ¿Es usté sorda?

MANOLICA. Cuasi, cuasi.

PACORRO. Poco a poco, ¿eh?, que aquí no valen callejuelas. Ripito que esta carta…

MANOLICA. Esa carta no es de Atanasio.

PACORRO. ¿No lo ha de ser?

MANOLICA. No, siñor: la letra no es suya.

PACORRO. ¡Relente! ¡Si él no sabía escrebir!

MANOLICA. ¡Pus que hubiá aprendido! ¡Pa una cosa tan grave…!

PACORRO. Y ¿qué más da, si él la ditó de su puño y letra?

MANOLICA. Y ¿en qué se conoce que él la ditara?

PACORRO. *Después de darle varias vueltas a la carta, perplejo.* Se conoce… se conoce… Miusté, maña, eso es por demás… ¿En qué se ha e conocer? ¿Quiusté conocer una carta en la voz? ¡Cómo no se conozga en que güele a tabaco picau, que era el que él jumaba!

MANOLICA. ¡No me vale!

PACORRO. ¡O en la fecha!, ¡relente!, ¡que es de un día antes de estirar la patica!

MANOLICA. ¡No me vale! ¿Hay tistigos?

PACORRO. ¿Tistigos en un nigocio de tanta riserva? ¡Ni el que escrebió la carta jué tistigo; que la escrebió en el cuarto de al lao!

MANOLICA. ¡Repaño con el hombre! ¡Ya pudo hacer el viaje sin icir esta boca es mía! Disprecia y abandona a la probecica Nicanora y la deja

morise de hambre, y dimpués de muerta no le manda icir siquiá una misica; se queda su hijo solico en el mundo sin calor de naide; lo recojo yo con mil desgustos en mi casa, que hasta me costó riñir con un novio que entonces tuvía; lo saco alante con mis cuidaos y mis ternuras, que estaba el probecico enclenque y esmirriau que era una compasión, y cuando va a cumplir los seis años y paice un perdigoncico por lo saltarín, se le ocurre al mal padre morise tamién, y disponer de él a su antojo en una cartica. ¡Póngale usté a él un teligrama pa que llegue antes, iciéndole de parte mía que se limpie, que está de güevo! ¡El chico no se asepara de mis sayas!

PACORRO. *Reflexivo.* ¿Sabía yo o no sabía yo que traía un desgusto? ¡Mal nigocio es éste, moceta!

MANOLICA. Pa usté será, güen hombre. Tire usté por onde tire, yo el chico no lo suelto. ¡Hijico e mi alma!

PACORRO. Es lo pior que podía pasame. Yo quería llevámelo por güenas. Entre el estómago y la faja traía la cartica, y no la sentía cuasi. Y ahura me paice un sinapismo. Le hi jurau a Atanasio hacer su voluntá, y a tuertas o a derechas la hi de hacer, aunque tenga que valeme de la Justicia.

MANOLICA. *Asustada.* ¿De la Justicia?

PACORRO. Si usté se cierra en no soltalo, ¿qué rimedio? Yo hi de cumplir la voluntá del padre.

MANOLICA. Pero ¿cuál es esa voluntá, si va usté a mírala, sino que el probecico no esté esamparau? ¿Es que lo está a mi lao, por un por si acaso? ¿Iba usté a dale mejores tratos que los míos? ¿Iba usté a dormilo en sus brazos como lo duermo yo? Un besico que usté le diera, ¿le iba a saber como los de mi boca? Acostumbrau a mis manos cuando lo visto, las de usté, ¿no habían de lastimale? *Llorosa*. ¡Siñor Pacorro u como le digan, usté tié mirar de güen alma: venga usté a ver a Crespulín cuantas veces quiera, pero no lo aparte de mi lao!

PACORRO. ¿Va usté a llorar, creatura?

MANOLICA. ¿Le paice a usté que es de risa el lance, y me ha amenazau con la Justicia? ¡Probecico mío! ¡Nació el enfeliz con mala estrella!

Silencio. Ella gimotea un momento y se enjuga las lágrimas. Él la contempla. Después se mira las manos y dice:

PACORRO. En lo de las manos, la razón es razón: no cabe duda. Las mías están endurecías por el trebajo, y las suyas paicen dos palomicas. Y tocante a los besos… entre los míos y los de ella… ¡hay que ponese en el pellejo de Crespulín! Sobre to… cuando deje de ser Crespulín pa ser Crespúlo… Porque tié usté una boca, maña… que… que… Pero no, ¡relente!, ¡la cartica es la cartica! ¡Y me está mordiendo como un perro e presa!

MANOLICA. ¿Por qué no habla usté de ello con el cura?

PACORRO. ¿Con el de mi pueblo? ¡Porque tié un sobrino cerero y lo arregla to con velicas pa las tronadas!

MANOLICA. Con tal que lo arregle… Miusté, Pacorro, que mientras más lo pienso, me se hace más una montaña. En mi casa son tos a querer y a mimar a Crespulín.

PACORRO. En mi casa sería lo mesmo. Eso no. ¿Cuántos son ustés de familia?

MANOLICA. Pus mis padres y mi agüela y mi hermanico y yo.

PACORRO. Total, cinco presonas. En mi casa semos decisiete. Allá nos ajuntaremos más pa festejalo.

MANOLICA. ¿Decisiete presonas son ustés en la casa?

PACORRO. Ni una menos. Mi padre y mi madre y catorce hermanos y yo. Y cuatro que se murieron antes de granar.

MANOLICA. ¡Ave María! Si su padre de usté juá rey, se habrían quedau sordos tos en el pueblo.

PACORRO. ¿Por qué?

MANOLICA. ¡Por los cañonazos que hubián tirau al nacer tantos chicos!

PACORRO. *Riéndose.* ¡Eso está gracioso! Pus oiga usté, Manolica, lo más enrevesau de riferir. Hasta el año pasau, que se empeñó el cura, no se han casau por la iglesia mi padre y mi madre.

MANOLICA. ¿Hasta el año pasau?

PACORRO. Y ¿sabe usté lo que mi padre icía? Sin casame hi tuvido decinueve hijos… ¡Recontra!, ¡si me llego a casar!

MANOLICA. *Riéndose.* Tamién eso es gracioso. Pero cuenta que el no casase… es faltale a la Iglesia.

Pacorro. Es faltale, sí. Y a to esto, Crespulín, ¿ónde está?

Manolica. ¿Crespulín? Pero ¿güelve usté a la cartica? Es usté tozudo.

Pacorro. Soy formal. Hi jurau lo que hi jurau, y basta. Sobre que ya rabio por conocelo.

Manolica. Eso sí. La agüela se lo llevó un rato a la calle pa que no enredara en la cocina. Pero va usté a ver un retratico. *Saca del seno un medallón que lleva pendiente de una cadenita.*

Pacorro. ¿Ahí lo lleva usté?

Manolica. Ande mesmo lo llevaría su madre. Mialo. ¡Qué ajeno está él a estas desputas! *Pacorro se acerca a Manolica y mira alternativamente el retrato del niño y la cara de la muchacha.* ¿Qué mira usté tanto?

Pacorro. Que se paice a usté, Manolica.

Manolica. Eso icen. Se conoce que de lo mucho que lo hi mirau, me copia como si juá un espejico.

Pacorro. ¡Precioso!

Manolica. Precioso, ¿verdad?

Pacorro. ¡Precioso! ¡Pa coméselo de un bocau!

Manolica. ¿Verdá que sí?

Pacorro. ¡Y está solico!

Manolica. ¡Solico en el mundo!

Pacorro. No, maña, no; ¡si to esto lo icía por un lunar que tié usté debajico e la barba!

Manolica. ¡Sí que es usté reparaor!

Guárdase el retrato. Pausa. Se miran.

Pacorro. Nos himos quedau tartamudos.

Manolica. Priocupaus.

Pacorro. Y pué ser que estemos los dos pensando lo mesmo.

Manolica. Pué ser.

Pacorro. Usté ¿en qué piensa?

Manolica. En Crespulín. ¿Y usté?

Pacorro. En Atanasio. Paice que no es lo mesmo… y es lo mesmo. Usté me ha dicho que antes le costó el chico riñir con su novio.

Manolica. Riñir con el novio me costó.

Pacorro. ¡Relente, qué ideíca!

Manolica. ¿Una ideíca?

Pacorro. ¡Con ésta no contaba Atanasio!

Manolica. ¿Pué sabese?

Pacorro. Sí pué sabese, sí. Pero antes me va usté a icir qué colores son esos que se le han salido.

Manolica. *Ruborosa.* Digo yo si serán los mesmos que usté tuvía, que ahura no los tiene.

Pacorro. To pué ser. Yo no estoy en mí dende que me se ocurrió la ideíca. Siento unos trasudores…

Manolica. ¿Tan mal pensamiento ha tuvido?

Pacorro. Ya le risponderé a su tiempo, maña; que no me gusta atropellar las cosas. A la calle me voy a rumiar bien to lo que llevo en la cabeza. Aquí se queda usté… y piense como yo en to lo que ha pasau.

Manolica. Conformes.

Pacorro. Usté se cierra en que de sus brazos no arrancan al chico.

Manolica. Sí, siñor.

Pacorro. Y yo en que hí de cumplir mi juramento.

Manolica. Sí, siñor.

Pacorro. ¡A Crespulín no lo vamos a hacer piazos!

Manolica. No, siñor.

Pacorro. Pero como lo que es de uno pué ser de dos lo mesmo…

Manolica. Sí, siñor.

Pacorro. Y más si es un chico, que nunca se ha visto que sea de uno sólo…

Manolica. No, siñor.

Pacorro. Y como usté tira por la madre, y yo por el padre, y usté que no afloja… y yo que no suelto… pus junte usté y baraje usté toas estas cosas

que himos hablau y las que no himos hablau tamién… ¡y mañana golveré yo por la rispuesta!

Manolica. No acabo de entendelo, Pacorro.

Pacorro. ¿Conque no? ¡Pus ya dará usté en ello, maña! Madre y agüela tié usté.

Manolica. Madre y agüela tengo, justamente.

Pacorro. ¡Vamos, que apencar con dos suegras!…

Manolica. ¿Qué mermura usté?

Pacorro. Na; que se me escapaba la ideíca sin sentilo. Hasta mañana, capullico de rosa.

Manolica. Hasta mañana, güen amigo.

Pacorro. ¿Qué coplica estaba usté cantando cuando yo llegué?

Manolica. No me ricuerdo ahura.

Pacorro. ¿No se ricuerda y me mira usté con el rabillo’el ojo?

Manolica. Pus no me ricuerdo.

Pacorro. De matrimonio y de baño me paice que era.

Manolica. Pué ser que juá ésta entonces:

El matrimonio y el baño
tienen que ser de repente,
porque al que lo piensa mucho
le entra miedo y no se mete.

Pacorro. ¡Ridiez! ¡Tos los tiricos van al blanco! Hasta mañana, Manolica.

Manolica. Pacorro, hasta mañana.

Pacorro. Adiós. *Se va, mirándola siempre.*

Manolica cierra la puerta.

Manolica. ¡Güeno, güeno; Crespulín va a enredar las cosas! Porque ya comprendo la ideíca, ya. Ma ha dejau confusa ese hombre. Y no es mal plantau. Y malos sentimientos no paice tener. ¡Vaya, vaya; yo no duermo esta noche! *Se acerca de nuevo a la pila y sigue maquinalmente su faena. Dentro*

se oye de pronto cantar la siguiente jota, con voz entera y varonil. Manolica, sorprendida, suspende su trabajo y se pregunta: ¿Quién canta?

Voz.

Déjame con la ilusión,
maña, que te mande un beso,
porque me da el corazón
que himos de parar en eso.

Manolica. Pero ¿es Pacorro? *Encaminase hacia la puerta a tiempo que Pacorro asoma la cabeza por cima de la tapia.*

Pacorro. ¿Qué le ha paicido la coplica?

Manolica. ¡Que tié usté muy poca pacencia!

Pacorro. La letrica me la enseñó mi padre. La voz es de un amigo que me ha acompañau dende el pueblo.

Manolica. Entonces, ¿qué es lo que ha puesto usté?

Pacorro. ¡La intinción de cantala!

Manolica. No es poco.

Se ríen.

Pacorro. No es poco, no. ¡Me paice que la ha hecho güena el defunto! ¿Qué le paice a usté?

Manolica. ¡Allá lo veremos mañana!

Pacorro. ¡De aquí a entonces!

Manolica. ¡Adiós!

Pacorro. ¡Adiós! *Se retira.*

Manolica. *Al público:*

Se marcha confitadico
en que hi de quererle yo…
Y ha sido un probe angelico
que está en el mundo solico,
el ñudo que nos ató.

FIN

Madrid, marzo, 1911.

PALOMILLA

MONÓLOGO

Estrenado en el **TEATRO DE LA COMEDIA** el 25 de marzo de 1911

A PEPE SANTIAGO
cuyo solo nombre es la evocación,
de nuestros mejores triunfos,
SERAFÍN Y JOAQUÍN

PALOMILLA

Despachito elegante de Arturo Vivar, en Madrid, Teléfono. Sobre una silla, gabán, sombrero, bastón y guantes. Es de día.

ARTURO. *Dentro, incomodado.* ¡Se acabó!, ¡se acabó! ¡No tengo para qué discutir contigo! Busca colocación en otra casa, que aquí estás de más. *Sale, un tanto nervioso.* ¡Pues hombre! ¡Chirigotas a mí! Cuanto más se les considera, peor pago dan. *Al público.* Buenos días. Perdonen ustedes estos gritos. Es que acabo de plantar en la calle a mi criado: a Telaraña. Le dicen Telaraña. Un andalucito que porque tiene buenas ocurrencias, y a veces he incurrido en la debilidad de reírselas, se creyó que ya había de pasarle carros y carretas. No por cierto, no. Las gracias, a su tiempo, o en los almanaques, que ya van decayendo mucho. Pero nada más. En fin, no se le ha de dar al caso mayor importancia de la que tiene. Va pasó. *Se frota las manos y pasea sonriente y tranquilo.* Este contratiempo insignificante no enturbia en modo alguno las claras aguas en que me estoy mirando; no empaña ni un segundo siquiera el diáfano y despejado cielo que ven mis ojos. Porque yo, ahora mismo, soy feliz. Absolutamente feliz. Extraordinariamente dichoso. No hay quien me dé una pena. No hay quien me tosa. Suplico que no haya quien me tosa, en efecto. ¿Que cuál es la causa de mi ventura; la fuente de mi dicha? ¡Friolera! Calculen ustedes que soy soltero y libre, todavía. Y que esta mañanita de abril voy a almorzar en un gabinetito reservado, con una mujer encantadora, imponderable. Una de esas mujeres cuya compañía trae siempre consigo como aliento de primavera. Morena pálida, de ojos apasionados, de boca fresca; guapísima, elegante, perfumada, afabilísima, dulce, tierna… Mi

criado, Telaraña, éste a quien acabo de despedir, decía de ella: —Señorito, es una mujé, que entra en una habitasión y sube dos graos er termómetro—. Y está pintada de mano maestra. Sube el termómetro. Esta aventura deliciosa, con la que me estoy relamiendo, no lo puedo ocultar, se me habría cuajado hace ya más de un mes a no haber sido por Palomilla. Por Palomilla, sí. Nada más que por Palomilla. ¿Ustedes no conocen a Palomilla? Pues que sea enhorabuena. No seré yo quien se lo presente a ninguna persona de mi estimación. Palomilla, que nombrado por el apellido parece una avecilla inocente, es el sujeto más entrometido, más inoportuno, más intolerable y más chinche que come pan. Porque come pan, yo lo fío; pero parece que come plomo. ¡Qué hombre! ¡Dios, qué hombre! Cada uno de ustedes es claro que padecerá su correspondiente Palomilla —¿quién se puede ver libre de semejantes posmas?— pero como el que yo padezco, no hay otro. ¡Lo echo a pelear con cualquiera! Y gana mi gallo. Palomilla es un individuo que se cuela por la mañana en mi alcoba, sin respetar mi sueño y sin pararse a averiguar a qué hora me he acostado aquella noche, y ni corto ni perezoso me destapa, gritando: —¡Arriba! Pero ¿qué haces todavía dormido, gandul? ¡Tenemos un día espléndido! ¡Hay que dar una vuelta por la calle de Alcalá! ¡Arriba, hombre, arriba! —Yo, que jamás hago a ningún padre responsable de los defectos y faltas de sus hijos, no le digo en tal momento a Palomilla nada de su padre; pero se me ocurre decírselo, ésta es la verdad. Bueno, pues no contento con destaparme y con obligarme a dejar la cama muerto de sueño, Palomilla exclama: —¡Chico, qué atmósfera! No sé cómo puedes respirar aquí. Vamos a ventilar esto un poco—. Y abre de par en par las dos ventanas de mi alcoba, que gracias a Dios dan al Norte. Luego me prepara el baño a la temperatura que a él se le antoja, me echa, porque sí, un esponjazo frío sobre la nuca, que es como si me pegara un martillazo, no me deja secarme bien, porque él tiene prisa, y no para ya hasta largarse a la calle conmigo. ¡Y ya tengo a Palomilla pegado como una lapa todo el santo día! ¡Horrible! Almorzamos juntos —¿cómo no?— Yo tomo los huevos sin sal, porque… ¡porque me da la gana, señor!, ¡porque no me gustan con sal! Pues almorzando con Palomilla, ya se sabe: —¿Qué es eso, hombre? Pero ¿te empeñas en no poner sal a los huevos? ¡Qué raro eres!— Y volcando en cada huevo un salero, añade: —¡Los huevos se toman con sal!— Así: ¡como si

fuera un artículo de la Constitución! ¡Oh! yo estoy seguro: si hubiera en el mundo muchos Palomillas como este mío, el aeroplano se habría inventado muchísimo antes. ¡Ya lo creo! Cualquiera de ustedes entra en una casa de visita, se sienta en una butaca, y se ve que se sienta… porque no ha de hacer la visita de pie; pero que ocupa la butaca accidentalmente. Palomilla, no. Palomilla se sienta, y parece que va a vivir ya en la butaca. ¡Espantoso! ¿Qué más diré, para ponderar su pesadez única? Palomilla no ha nacido como cualquiera de nosotros en un día: ha nacido en dos. ¿Será pesado? Pues así, así es. Cumple años en dos días. ¡Esto no se ha visto jamás! Vino al mundo una noche de verano mientras daban las doce. Lo mismo nació al acabar un día que al empezar el día siguiente. ¡Un horror! ¡Y él lo cuenta como una gracia! ¡Mal tiro le peguen! Naturalmente que ustedes se preguntarán al oírme: —Pero, si tanto le fastidia, ¿por qué no lo manda a escardar cebollinos de una vez para siempre? —¡Qué inocencia! No lo mando, porque Palomilla va, escarda los cebollinos y vuelve. ¡Y vuelve a imponerme encima un guiso de cebollinos como a él le gustan! Nada, es una postilla; es peor arrancársela, porque sale otra vez más grande. Además —y ésta es la razón más poderosa que me obliga a sufrirlo con resignación y paciencia— Palomilla es administrador y hombre de confianza de una tía mía muy buena y muy rica, con quien me interesa estar a partir un piñón. Ponerme a malas con Palomilla es peligrosísimo, y no me conviene. Si así no fuera, ¿creen ustedes que yo no habría ya estrangulado a Palomilla? Claro que me vengo de él como puedo, pero lo tengo que aguantar. Eso sí: es absolutamente imbécil: se cree todo lo que le cuento. A estas horas, lejos de imaginar que estoy como si dijéramos en la antesala de una aventura amorosa envidiable, me supone preparando un viaje a Segovia, donde le he dicho que tengo una novia monísima con una familia de lo más pintoresco. ¡Ja, ja, ja! Y mi aventura ha sido y es posible, porque él se fué ayer tarde a Getafe a pasar el día de hoy con unos parientes suyos que viven allí. ¿Tendré que jurar que lo acompañé a la estación y que me estuve en el andén hasta que el tren que se lo llevaba salió de agujas? ¡Oh! ¡No hay para mí himno a la libertad comparable al pito del tren donde se marcha Palomilla! Aunque sea por un día nada más. Por eso ha amanecido el de hoy limpio, luminoso, radiante, sin una nubecilla… ¡Qué felicidad! ¡Palomilla está hoy en Getafe! No es todo lo lejos que yo quisiera, pero no

está en Madrid. ¡Está en Getafe! Y yo estoy en Madrid, y dentro de una hora me veré en amigable charla con la morena pálida que hace subir dos grados el termómetro al entrar en una habitación… *Mientras coge sombrero, gabán, bastón y guantes, recuerda los siguientes versos con cara de Pascuas:*

Yo vi, y aún me parece que la veo,
su mirada en amores encendida,
y entre mis manos, quieta y complacida,
su mano cual riquísimo trofeo.

Yo vi sus labios, de sabor hibleo…

El timbre del teléfono suena de improviso, cortándole el hilo de la cita poética. ¡Diablo! ¿El teléfono ahora? *Mira al aparato con recelo, explicable sin duda.* ¿Quién será? ¿Qué será? ¿Será un aviso de mi amada? *El timbre suena insistentemente.* No. Éste es Palomilla. ¡Palomilla! ¡Palomilla! Éste es Palomilla, que ha vuelto de Getafe. ¡Mal rayo lo parta! ¡Toca, hijo, toca! ¡Es él, es él! ¡Lo conozco en el dedo! Y no es que ha vuelto de Getafe, no: es que telefonea desde allí. ¿Cuándo se morirá ese hombre? *Bajando instintivamente la voz.* Pero, bien, ¿qué apuro es el mío? Parezco tonto. Yo he despedido a mi criado… ¡y no estoy en casa! He salido. *Se despide del público con la mano y se va de puntillas hacia la puerta, imponiendo silencio. El timbre, que un instante dejó de sonar, arrecia de nuevo y para en firme a nuestro hombre.* ¿Y si no es Palomilla? ¿Y si es mi amiguita… o es otra cosa que pueda interesarme mucho? ¡Qué diablo! Aunque sea Palomilla, Palomilla no se va a plantar aquí por el hilo telefónico y va a salir por la boquilla. *Suelta todas las prendas que cogió y se decide a aproximarse al aparato.* Es Palomilla seguramente. *Hablando ya por la boquilla del teléfono.* ¿Quién es? ¿Quién llama?… ¡Señor Palomilla! (¿No lo dije?) —¿Ah, sí? ¿Llama usted hace mucho rato? ¡Caramba, hombre, caramba! —Por supuesto, está usted en Getafe, ¿eh? —Ya, vamos, ya. Me tranquilizo. —Digo que me tranquilizo… porque no le ha ocurrido liada que le obligue a volver inopinadamente. —Sí, sí le oigo a usted bien. ¡Ya lo creo! *Con creciente alarma.* ¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo? —No, no, señor; ¡ca!, ¡imposible! ¿Que me vaya a almorzar con usted y con sus parientes? *Con la mano que tiene libre hace los cuernos y la*

agita con zumba. Imposible… Imposible… Yo lo agradezco mucho, pero es imposible. —¿Que hay veinticinco trenes? Lo sé, lo sé; pero no es eso, no… —Es que… es que… Yo le diré a usted, querido Palomilla… (¿Qué le digo yo?) Yo le diré a usted… (¡Ah!) Es que hace un momento, y proporcionándome la más grata de las sorpresas, se me han entrado por las puertas mi novia, sus padres y su hermano… que vienen a hacer unas compras en Madrid, y he de acompañarlos necesariamente… Nobleza obliga… ¡Je!… Es caso de fuerza mayor… ¡Je, je!… Mire usted por dónde, en lugar de ir yo a Segovia a ver a la niña, ha venido la niña a verme a mí… ¡Je, je, je!… —Sí, señor, aquí: esperándome para salir juntos… *Volviendo de nuevo a la alarma.* ¿Eh? ¿Qué dice usted, amigo Palomilla? ¿Cómo? ¿Que se ponga mi novia al aparato? ¿Mi… mi… mi novia al aparato? —Sí, ya entiendo: sí: que quiere usted saludar a mi novia: que se ponga mi novia al aparato. En seguida, sí, señor; con muchísimo gusto. Voy a llamarla. *Cuelga el teléfono con rabia.* ¿Le parece a usted? ¿No decía yo que estaba cerca? ¡Y los automóviles atropellando perros todos los días! Pues te advierto, Palomilla, que lo que es la aventura no me la aguas. ¡Ca! *Toma nuevamente el teléfono y finge una voz femenina, atiplada y dulce.* —¿Señor Palomilla? —Sí, sí, señor, yo soy. —Beso a usted la mano. Es usted muy amable. —¿Y usted qué sabe, si no me ha visto nunca? —Del montón, del montón… Los ojos un poco picarillos y nada más… Pero, en fin, con gustarle a Arturo me doy por satisfecha. —Muchísimas gracias… —¿Eh? —¿Cómo? —¿Mamá? —¿Que desea usted ofrecerle sus respetos a mamá? Al instante, sí, señor, al instante… *Suelta otra vez el aparato.* ¡Ahora quiere hablar con mi suegra! ¡Le pasa revista a la familia! ¡Es de lo que no hay! ¡Pero, gracias a Dios, está en Getafe! *Vuelve al teléfono y finge la voz de su suegra: una señora redicha y estirada.* —Señor Palomilla. —Bien, ¿y usted? —El gusto es mío. —Ya, ya tenemos noticias por Arturo. —Hace las mejores ausencias de usted. Está encantado. Se pone a hablar de usted y no acaba. —Hoy nos ha contado lo de los huevos con sal a toda costa. ¡Graciosísimo! ¡Je, je, je! —Con mil amores. Acércate, Bermúdez, que el señor Palomilla quiere hablar contigo. (¡Y allá va Bermúdez! ¡No me achico!) *Cambia de improviso la voz de la suegra por la del suegro, al cual, además lo hace tartamudo.* —¡Se… se… señor Palomilla! —Mu… muy señor mío. —Gra… gracias: igualmente. —Sí… sí,

señor: un po… un poco tar… tartamudo. —Yo también lo la… lo la… lo lamento de veras. —No, no, señor: no es de nacimiento. Es de un sus… de un susto que me dió un señor pe… pe… pesadísimo, que hay en Segó… Segovia. —Como usted… como usted… como usted quiera. —Aguarde usted un poco, que lo va a saludar mi hijo. (A mi cuñado se lo doy de propina, y acabo de una vez). *Dice lo que sigue tan de prisa y borrosamente, que no hay manera de entenderle jota.* —Señor Palomilla: me alegro tanto de verlo bueno. Estoy a sus órdenes en Segovia, en el Acueducto. Beso a usted la mano. *Volviendo a su voz.* —¡Ea, ya ha conocido usted a toda mi futura parentela! Nos vamos a hacer esas compras, antes que sea más tarde. ¡Abur! Despídete, Adelaida. *Con la voz de su novia.* —Adiós, señor Palomilla: que usted siga bien. Despídete, mamá. *Con la voz de la suegra.* —Adiós, señor Palomilla: beso a usted la mano. Despídete, Bermúdez, *Con la voz del suegro.* —A… adiós, señor Pa… Pa… Palomilla: mán… mándeme como guste. Des… despídete, Eva… Eva… Evaristo. *Imitando al cuñado*. —Adiós, señor Palomilla. Buenos días. Le repito a usted lo que le he dicho antes. *Deja el teléfono y le hace una burlesca reverencia.* ¡A la disposición de usted, señor Palomilla! ¡Es usted un pelmazo intolerable! ¡Se lo digo porque no me oye, pero sintiendo a par del alma que no me oiga! ¡Que lo cojan a usted los veinticinco trenes de Getafe! ¡Ay! ¡Y qué familia me he creado en cinco minutos! Parecía un órgano de feria. ¡Vaya! ¡A la calle ya! *Suena de nuevo el timbre.* ¡Canastos!, ¿otra vez? ¡Pero, hombre! ¡Si es que ciega; si es que da ira! ¡Pues ahora vas a ver lo que es bueno! ¡Ahora me desahogo! *Se abalanza al teléfono y se pone a hablar muy indignado, como si fuera Telaraña.* —¿Quién es? —¿Quién es? —¿Quién es? —Que ¿quién es? —¿Es que hay fuego en Getafe? —¿Yo? ¡Telaraña! ¡Er señorito ya ha salío *pitando*! —¿Usté es Palomiya, no es verdá? —¿Er señó Palomiya? ¡Palomiya y grasias! —¡Y no le yamo a usté er tío Palomiya porque no tengo ganas e conversasión! —¿A mí? ¡Se lo pué usté désí a mi amo cuando le parezca! ¡Casuarmente me ha despedío hase dos horas! —¡Güeno, pos si yo soy así, usté es asá! —¿Que no sabe usté lo que es asá? —¡Pos asá quié desí en mi tierra que es usté más pesao que las coles! ¿Se entera usté? ¡Que las coles! ¡Más pesao que las coles! ¡A tomá el aire por ahí! *Cuelga definitivamente el teléfono.* ¡Ah!, ¡ah!, ¡qué desahogo! ¡Lo necesitaba mi corazón! *Se*

encasqueta el sombrero, coge el bastón, el gabán y los guantes, y se dirige al público. Por Dios, señores, no cuenten nada de esto donde pueda estar Palomilla. Me harían ustedes un flaco servicio. Es un señor inconfundible. Carirredondo, y teñido de negro; dos cejas muy chicas, dos ojillos muy chicos, dos patillas muy chicas, un bigote muy chico y una mosca muy chica. Dice Telaraña que «párese un queso agujereao». Repito que es inconfundible. Gracias por la reserva. ¡Yo, al fin, y a Dios gracias, me voy adonde me llama el amor! Servidor de ustedes. *Marchase, recitando la poesía antes comenzada.*

… Yo vi sus labios, de sabor hibleo,
brindar risueños celestial bebida…

FIN

Madrid, marzo, 1911.

ROSA Y ROSITA

ENTREMÉS

Estrenado en el **Teatro de la Princesa** el 30 de abril de 1911

A EMILIO THUILLIER
que siempre gustó de andar
entre rosas, sus buenos amigos,
LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Rosa.	María Guerrero.
Juan Luis.	Emilio Thuillier.

ROSA Y ROSITA

Salita baja en la casa del señor Antonio Gallardo, en Sevilla. Una puerta al foro y otra a la izquierda de la actriz, cerradas las dos. La salita, en la que no se entra sino cuando repican gordo, es modesta y limpia; los muebles, pocos y ordenados. Cubre el suelo impecable estera de junco. Es de día.

Juan Luis abre la puerta del foro y habla desde ella con alguien que está dentro.

JUAN LUIS. Diga usté que no tengo prisa. Aquí aguardo yo. *Se descubre y pasa. Viene de tiros largos: traje de marsellés, sombrero sevillano y capa bordada. Es hombre que sabe llevar la capa y los cuarenta años que tiene.* Bien; bien. *Observando la habitación.* Bien está la salita de resibo. No le farta más que un retrato de eya. No, que tampoco le farta; que está aquí. *Toma en la mano una fotografía que hay sobre un mueble.* Y en lo que cabe, paresida. ¡Bonita es como una estreya la muchacha! O como dos estreyas, porque los ojos… O como tres estreyas, porque la frente… Güeno, bonita es como er sielo de noche. Y está dicho. *Deja el retrato.* ¡Ay, Juan Luis! Te yegó la hora. ¡Vamos, que un hombre como tú, a tus cuarenta años, harto de correrla, vení a caé en la trampa como un gorrión en er primer vuelo! Y que has caío, Juan Luis; has caío. No pués negá que no has pegao los ojos en toa la noche pensando en su mersé. Te yegó la hora. *Da un paseíto.* La capa pesa sobre los hombros, porque la verdá es que frío no hase; pero ¿quién deja en casa una prenda que compone tanto la figura? Pa convensé a una suegra, to es presiso. ¿Cómo será la mía? ¿Cómo tendrá la cara, y sobre to cómo tendrá er

genio? Es la primera vez que vi a verme en mi vía frente a frente con una suegra. Pero ¿qué vi a haserle? La niña na baja a la ventana a hablá conmigo si antes no le pío yo lisensia a su mamá; y no digo yo a su mamá —aunque yeve en las venas esensia de suegras—: a su papá, que se murió hase sinco años, voy yo ar purgatorio a pedirle permiso. ¿Hola? Ruío de naguas. *Hacia la puerta de la izquierda.* ¡Cómo briya el agujeriyo e la yave! Desde ayí me está mirando un ojo. Haremos méritos *Da otro paseíto contoneándose, pero tiene la mala fortuna de tropezar*. ¡Maldita sea mi suerte! Güeno va. Ya sale. Sea lo que Dios quiera. *Ábrese la puerta de la izquierda y aparece Rosa, que se vuelve para cerrarla tras de sí.* (No; pos mi suegra no es. ¿Quién es esta manolia?).

ROSA. Güenas tardes.

JUAN LUIS. Güenas tardes.

ROSA. ¿Cómo lo pasa usté?

JUAN LUIS. Yo, bien; ¿y usté?

ROSA. Yo, tan bien; muchas grasias. Tome usté asiento.

JUAN LUIS. Grasias; estoy bien de pie.

ROSA. ¡No fartaría más!

JUAN LUIS. ¿Usté sabe si…? ¿Sabe usté si le han dicho a Rosita…?

ROSA. Rosita ha salío.

JUAN LUIS. ¿Ha salío?

ROSA. Sí, señó, sí; ha salío.

JUAN LUIS. Pero la mamá está en casa, ¿no?

ROSA. Sí; la mamá está en casa.

JUAN LUIS. Eso me dijo la mosa que me abrió la cansela. Y a la mamá espero yo hase un rato.

ROSA. *Sonriéndose.* Pero ¿tan mala vista tiene usté… o tan poco me parezco yo a mi hija?

JUAN LUIS. ¿Cómo? ¿Usté…? ¿Usté es la mamá de Rosita, quisá?

ROSA. Servidora.

JUAN LUIS. Pos, señó, disimule usté la confiansa; pero hay casas en que hasta er gato es bonito.

ROSA. Es usté muy amable. ¿No se sienta usté?

JUAN LUIS. Así que me pase la impresión.

ROSA. Vamos, que no es pa tanto.

Justo es ponerse en el lugar de Juan Luis. La mamá de Rosita es propiamente una magnolia, como él ha dicho; y para que la ilusión sea completa, viste de blanco y trae un pañolito verde de talle. La palabra «suegra» se va del pensamiento contemplándola.

JUAN LUIS. *Sentándose al cabo.* Con permiso.

ROSA. Deje usté er sombrero.

JUAN LUIS. Grasias.

ROSA. Y la capa.

JUAN LUIS. Grasias; no hase caló.

ROSA. Como sopla usté…

JUAN LUIS. Soplo porque… La verdá es que… La verdá es que… ¡Vamos, que no lo creo aunque me lo juren los frailes: que no es usté la mamá de Rosita!

ROSA. *Riéndose.* Sí, señó: Rosa Gayardo soy. Lo mismo que a usté, le pasa a mucha gente. Me casé jovensiya, me nasió Rosita ar tiempo justo… y Rosita no tiene más que quinse años.

JUAN LUIS. ¿Na más que quinse tiene?

ROSA. Antes de ayé los hiso: er primero de abrí.

JUAN LUIS. ¡Paese mentira! ¡Con er cuerpo que ha echao la muchacha! Yo, sin fartá, le había carculao unos veinte años.

ROSA. Pos ha equivocao usté la cuenta.

JUAN LUIS. *Preocupado.* ¡Quinse!… ¡Quinse!…

ROSA. ¿En qué piensa usté?

JUAN LUIS. En que mi mamá no me tuvo a mí ar tiempo justo, como usté a su niña, sino un poquito antes.

ROSA. ¿Por qué? Eso no. Los hombres se conservan más tiempo.

JUAN LUIS. Sí…

ROSA. Sufren menos que las mujeres.

JUAN LUIS. Sí… Pero sufren, sufren… *Nuestro hombre está embelesado ante Rosa; le ha gustado más que Rosita.* ¿Rosita ha salío?

ROSA. No ha ido más que aquí ar lao: a la tienda.

JUAN LUIS. ¿A qué tienda?

ROSA. A esta tienda de espejos que habrá visto usté ar tiempo de pasá. Es er comersio de mi tito. Nosotras vivimos con é desde que mi marío fartó.

JUAN LUIS. ¡Ah! vamos. ¿Y la tienda es de espejos?

ROSA. De espejos, sí. La mejó de Seviya.

JUAN LUIS. Y ¿no habrá más que espejos por toas partes?

ROSA. Eso es: por er suelo, por las paredes, por er techo… Por toas partes.

JUAN LUIS. Y ¿qué hase la tienda cuando entra usté?

ROSA. Pos toca er timbre de la puerta.

JUAN LUIS. ¿Na más?

ROSA. Na más.

JUAN LUIS. ¿Y cuando pasa usté la puerta?

ROSA. ¿Cuándo la paso yo?

JUAN LUIS. Cuando la pasa usté… y cuando la pasa Rosita. ¡O cuando la pasan Rosa y Rosita a un tiempo!

ROSA. Pos ya se lo pué usté figurá: en ca uno de los sién espejos que ayí hay, se ve un peasito de nosotras.

JUAN LUIS. Entonses habrá que preguntarle a su tito de usté: «¿Esto es una tienda de espejos o un puesto de flores?».

ROSA. Otra amabilidá. Oiga usté: el año pasao, un estudiante que rondaba a mi niña, me vio con eya a la puerta y fué y me dijo, dise: «Señora: por una disputa con un amigo; en esta tienda, ¿se venden lunas o se venden soles?».

JUAN LUIS. Y usté ¿qué contestó?

ROSA. ¿Qué había de contestá? Que lunas. Y ér me dijo, dise: «Y ¿cuánto vale una luna… de mié con la niña?». Y yo le dije, digo: «Esa luna no tiene presio». Y así acabó la conversasión.

JUAN LUIS. Vaya, vaya… ¿Y Rosita está ahora con las lunas, verdá?

ROSA. Sí, señó; me ha paresío bien alejarla de aquí a la vera, pa que usté y yo hablemos con más liberté del asunto. Pero quítese usté la capa, que me está dando fatiga verlo tan sofocao.

JUAN LUIS. Grasias; er sofoco no es de la capa.

ROSA. Ayá usté. Y usté dirá.

Pausa. Juan Luis recuerda a lo que viene.

JUAN LUIS. Güeno, pos la cosa fué anoche en la boda de Manolita con Pedro. Yo soy amigo de la casa, y ayí estuve. Y andaba tan campante de un lao pa otro, hasta que vi a Rosita.

ROSA. ¿Usté la conosía?

JUAN LUIS. No, señora; pero en cuanto la vi, se me pegaron los ojos a su persona, y ayá iban eyos de aquí pa ayá, adonde a Rosita se le antojaba. Y le arvierto a usté que volaba por toa la casa como una mariposa.

ROSA. Sí; no pué estarse quieta; tiene asogue en er cuerpo.

JUAN LUIS. Será de la tienda.

ROSA. Será.

JUAN LUIS. Eya yevaba unos sapatitos negros de charó, que crujían mucho. Así por el estilo de esos de usté.

ROSA. Son hermanos. Carsamos la misma medía.

JUAN LUIS. Güeno; pos yo, ar verlos tan chiquirrititos, y tan negros, y chiyando de aqueya manera, la paré un istante, y le dije: «Niña, ¿va usté subía en dos griyos?». Y a eya le hiso grasia la pregunta y quiso chafarme, y me respondió: «No ha reparao usté bien en er tamaño; no son dos griyos: son dos moscas». Y yo entonses, pa no quearme cayao, le contesté: «¡Pos tendré yo los ojos de aumento!». Y pegamos la hebra. Simpatisamos, le pedí que esta noche bajara a la ventana, porque tenía que desirle muchísimas cosas a eya sólita, y eya me puso por condisión que yo viniera a hablé con usté pa que usté le diera er permiso. Y aquí estoy.

ROSA. *Suspirando.* ¡Ay, Dios mío! Se ve y no se cree. ¡Cómo se va er tiempo, primavera tras primavera! Yo, resibiendo en visita a un hombre… ¡que viene a hablarme de mi hija! Y era ayé, ayé, cuando la vestía de República en er Carnavá. ¡Ay, Dios mío! ¿Usté es guitarrero?

JUAN LUIS. Guitarrero soy. Las guitarras no dejarán tanto como las lunas; pero tampoco tienen mala salía. No habrá que verse nunca en la necesidá de echá las clavijas en la oya. Unos cuartitos en er Monte e Piedá pa que la niña se compre arfileres, grasias a Dios no fartan.

ROSA. No, si ya sé que no está usté mal acomodao, y que es un hombre e bien, y que… Un poquitiyo na más me han dicho que le gustan las fardas.

JUAN LUIS. ¿Que me gustan las fardas?

ROSA. Tanto así más de lo presiso.

JUAN LUIS. Ganas de hablá que tiene la gente. Cuergue usté ahora mismo tres o cuatro fardas en la paré, y usté verá qué tranquilo me queo. Ni las miro siquiera.

ROSA. ¡Hombre! ¡Qué tunante!

JUAN LUIS. Acaba usté de hasé un movimiento, que es to de Rosita.

ROSA. En la risa sí que nos paresemos, ¿verdá?

JUAN LUIS. Sí; en la risa, sí. Y en los ojos.

ROSA. ¿También en Jos ojos?

JUAN LUIS. También. Sino que los de usté han cresío toavía más que los de eya.

ROSA. Tienen más edá.

JUAN LUIS. Será eso. No, si se paresen ustedes mucho. Sólo que yo antes, ar verla a usté de sopetón, como me había imaginao una mamá muy distinta de usté, me ofusqué y no aserté a reconoserla por er paresío. Este es el Evangelio. Pero ¡vaya si se paresen ustedes! Lo que hay es que Rosita viene a sé un capuyo que está en la maseta toavía, esperando que yegue una mano a cortarlo, y usté es ya una rosa… una rosa… Vamos, una rosa…

ROSA. Sí; ya estoy: una rosa… que yeva dos o tres días en agua. Entendío.

JUAN LUIS. No lo eche usté a mala parte, Rosa, que puestos a desí la verdá, vale usté por lo menos tanto como su hija.

ROSA. Güeno, güeno; vamos a dejá a la madre y a seguí con la niña, que es de lo que se trata, ¿no?

JUAN LUIS. Sí.

ROSA. ¿Dónde puse yo mi abanico?

JUAN LUIS. ¿Usté también se ha sofocao?

ROSA. Sí, hombre, sí; de verlo a usté con esa capa ensima.

JUAN LUIS. ¡Ea, pos fuera la capa! Ya está.

La deja en una silla. Rosa encuentra su abanico.

ROSA. ¡Digo! Y yo no sé cómo no se la había usté quitao antes. ¡Pos si viene usté pa salí en una prosesión!

JUAN LUIS. ¡Ah! ¿también guasita con er vestío?

ROSA. *Riéndose.* No, hombre, no; no es guasita. Ya estoy seria. Vamos a nuestro asunto.

JUAN LUIS. ¡Vamos a nuestro asunto!

ROSA. A mí, la verdá —y usté que es un hombre muy hombre sabrá comprenderlo—, no me dijusta usté…

JUAN LUIS. ¿Cómo?

ROSA. No me dijusta usté pa mi Rosita; pero no quisiera que la niña se metiera tan pronto en los belenes de un noviajo. ¿Por qué no espera usté dos o tres años más? *A una mirada de él.* A eya no le corre priesa ninguna…

JUAN LUIS. A eya no, pero…

ROSA. ¿A usté sí?

JUAN LUIS. ¿No me ha de corré, si esta tarde, antes de vení aquí, me he pasao media hora arrancándome canas?

ROSA. ¡Ah! ¿tiene usté canas?

JUAN LUIS. ¡Las tenía! ¡Ahora no me encontrará usté ni una siquiera!

ROSA. Sí, señó; ahí tiene usté una. ¡Dos! ¡Tres!

JUAN LUIS. ¡Pos me han sallo en esta visita!

ROSA. Pero a pesá de las canas, usté es un hombre joven.

JUAN LUIS. La verdá: ayé cumplí cuarenta y uno.

ROSA. ¿Cuarenta y uno? Pos no representa usté más de treinta y siete.

JUAN LUIS. Grasias.

ROSA. Sin grasias.

JUAN LUIS. Sea como sea, pueo sé er padre de… *Se calla de repente.*

ROSA. ¿Qué iba usté a desí?

JUAN LUIS. *Cortado.* Na… que… Tonterías.

ROSA. Tonterías, no; porque la coló se le ha bajao.

JUAN LUIS. En cuanto me quité la capa.

ROSA. Déjese usté de bromas. A usté le pasa argo. ¿Qué le pasa a usté?

JUAN LUIS. A mí, na… no me pasa na.

ROSA. ¡Vaya si le pasa! No da usté pie con bola hase tres minutos.

JUAN LUIS. ¡Verdá que no lo doy! Y ¿sabe usté lo que me pasa, prenda? ¡Se acabaron los arrodeos! Que desde que salió usté por ahí me estoy yo disiendo: «¡A está mujé no le yamo yo suegra!». ¡Y esta bataya interió es la que me tiene desconsertao!

ROSA. Pero, vamos a vé: y si se arregla usté con mi hija, ¿cómo va usté a yamarme: mamá?

JUAN LUIS. ¿Mamá? ¡Eso es peó toavía que lo de suegra! ¿Sabe usté que er parentesco no tiene más que dificurtaes?

ROSA. Porque usté las busca pa tropesá con eyas, señó. Yámeme usté Rosa.

JUAN LUIS. ¿Rosa?

ROSA. ¡Claro! Mi nombre.

JUAN LUIS. ¡Ay, Rosa!

ROSA. ¿Qué?

JUAN LUIS. ¡Ay, Rosa!

ROSA. ¿Va usté a echá un pregón?

JUAN LUIS. Lo que estoy echando son mis cuentas.

ROSA. A vé…

JUAN LUIS. Usté me ha dicho que yo le gusto.

ROSA. Le he dicho a Usté que no me dijusta.

JUAN LUIS. Es iguá.

ROSA. No es iguá.

JUAN LUIS. Güeno; que no le dijusto.

ROSA. Pa mi niña.

JUAN LUIS. ¡Ah! ¿pa su niña?

ROSA. De mi niña hablábamos cuando lo dije.

JUAN LUIS. Pos vamos a poné —y va er resto— que yo estoy pensando en que a mí me gustó la niña por lo que tiene de la mamá, y en que lo único que me arteraba er purso mientras me arrancaba las canas esta tarde, era er considerá que la rosita por que yo venía, por sé muy tempranera, quisás no fueran mis manos las que debían cortarla. Sentía yo —de verdá lo digo— que no fuese una rosa bien cuajá la que me había quitao er sueño de la noche. Yego aquí, y encuentro esa rosa, y es der propio rosá que la rosita, y güele ar mismo oló, y no tengo reparo en preguntarle: «Rosa, ¿qué le pareseríа a usté si dejáramos a la rosita en su rama toavía, y si usté se pusiera esta noche en la ventana pa perfuma la caye?».

ROSA. ¡Ay, qué jardinero!… ¡qué jardinero!…

JUAN LUIS. Güeno; pos sin jardinería y sin flores, y hablando en plata: ¿quié usté salí esta noche a la ventana en lugá de la niña? ¡Porque o yo estoy siego, o usté y yo hasemos una pareja más cabá!

ROSA. *Luego de pensarlo y con maliciosa coquetería.* Eso lo tiene usté que tratá con mi madre.

JUAN LUIS. ¿También eso? Pero ¿tiene usté madre?

ROSA. Y que da gusto verla; es una estampa a mí. ¿La yamo?

JUAN LUIS. ¡No! ¡No, por Dios! ¡No la yame usté, porque va a gustarme también y va a sé un compromiso! *Rosa suelta la carcajada. Pausa.* ¿Qué? ¿Paso luego por la ventana, o no?

ROSA. Pase usté, hombre; pase usté.

JUAN LUIS. Y ¿estará usté ayí?

ROSA. O estará Rosita, pa yamarle a usté… sinvergüensa.

JUAN LUIS. ¡Sinvergüensa! Yo me alegraré de que sea usté la que me lo yame.

ROSA. Y yo también, Juan Luis. Nos entendamos usté y yo, o no nos entendamos, a mí como a usté me ha quitao er sueño toa la noche reiná en esta visita.

JUAN LUIS. ¿Por qué?

ROSA. Porque a un hombre de las prendas de usté yo no debía negarle la conversasión con mi hija… y… sin desmejorá a nadie, yo tengo pa eya la idea puesta en otra persona.

JUAN LUIS. ¿En otra persona?

ROSA. Sin desmejorá a nadie, ya digo.

JUAN LUIS. ¡Pos si viera usté, Rosa, lo contento que a mí me tiene este resurtao! Sin desmejorá a nadie tampoco. *Se pone la capa.*

ROSA. ¡Pos vamos a alegrarnos los dos!

JUAN LUIS. ¡Eso es! ¡Vamos a alegrarnos! ¿Hasta luego?

ROSA. Hasta luego.

JUAN LUIS. *Mirándola desde la puerta.* ¡Las cosas de la vía!

ROSA. ¡Sssch! Caye usté.

JUAN LUIS. ¿Qué?

ROSA. Ahí está Rosita de güerta.

JUAN LUIS. *Poniéndose serio.* ¿Rosita?

ROSA. Sí. ¿No la siente usté hablá?

JUAN LUIS. ¿Hay puerta farsa?

ROSA. No, señó; pero, aunque la hubiera, usté sardría por la prinsipá, porque no hemos cometío ningún delito.

JUAN LUIS. De toas maneras, yo preferiría no vé a la niña.

ROSA. ¡Pos pase usté embosao! ¡De argo le ha de serví a usté la capa! ¿Hasta la noche?

JUAN LUIS. Hasta la noche. *Se va.*

Rosa. *Después de verlo marchar, asomada a la puerta.* ¡Ay, Juan Luis er de las guitarras, mi martirio sin sospecharlo tú! ¡Bien has picao el ansuelo! ¡Lo que se va a reí Rosita cuando yo le refiera que to ha salío como lo dibujamos eya y yo anteayé de mañana! ¡Qué listos son los hombres!

Al público:

En una maseta vió
una rosita, y pensó
que de cortarla era cosa…
Vino por eya… y cambió
la rosita por la rosa.

FIN

Madrid, marzo, 1911.

EL HOMBRE QUE HACE REÍR

MONÓLOGO

Estrenado en el **TEATRO DE CERVANTES** el 6 de diciembre de 1911

A RICARDO SIMÓ-RASO,
enamorado de la verdad y admirable
intérprete de este monólogo.
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

EL HOMBRE QUE HACE REÍR

Sale Juan, hombre feo, mal trajeado y ridículo, cuya presencia causa risa. Primero pasea suspirando. Luego, con lágrimas en la voz, le dirige la palabra al público.

Juan. ¡Ay!… ¡Ay!… ¡Ay!… Buenas noches, señores… No había reparado en ustedes… ¡Ay!… No había visto que… no había visto que… *Rompe a llorar.* Perdón, señores. Ustedes no se explicarán estas lágrimas. Yo soy el hombre más desgraciado de la tierra. *Solloza.* Y éste es mi gran tormento: que dondequiera que lo digo, todo el mundo se ríe de mí. ¿Es que tiene gracia, por ventura, que yo sea desgraciado? *Suspirando.* ¡Ay, ay, ay! *Saca un pañuelo en armonía con su pelaje.* ¿Qué? ¿Qué? ¡Ah, el pañuelo! ¿Ven ustedes? Otro cualquiera saca su pañuelo para enjugarse el llanto, e inspira lástima. Saco yo el mío, y en mis propias barbas se han reído ustedes del llanto, del pañuelo y de mí. ¡Ay! Estoy acostumbrado. Desde niño soy el hazmerreír de la gente. Ya en la escuela me pusieron un apodo los chiquillos: *Berenjena*. *Berenjena* me llamaban todos. El mismo maestro llegó a llamármelo también… Por… *Se toca la nariz.* Yo comprendo que es una nariz desproporcionada, desaforada, horrible, si quieren ustedes; pero ¿la elegí yo? ¿Qué culpa tengo de ella? ¿Iba yo, cuando me di cuenta de su tamaño y fealdad, a llamar a capítulo a mi padre y a mi madre y a decirles: «Vamos a ver, se hace esto con un hijo?». Además, hubiera sido inútil. En mi casa era yo el *ceniciento*. Tenía un hermanito mayor que era precioso: sonrosado, rubito como un ángel. Para él eran caricias y golosinas y juguetes; los trabajos y las malas caras para el niño feo. El niño feo era yo. Sí por cierto; era horrible. Con los años me he corregido mucho. De verdad. Harto de aquella tremenda injusticia con que me trataban mis padres, me fui de mi

casa resuelto a no volver y a ganarme la vida como pudiera. Recordé que tenía un buen amigo que era pintor, y lo primero que discurrí fué ir a ofrecerme a él para modelo. Se está riendo todavía. Sin embargo, cuando algunos días después le obligué a que me viera desnudo, batió palmas y me copió. Con la cara vuelta, naturalmente. Miren si es desdicha: un soberbio cuerpo de gladiador, coronado por esta cara. Y dondequiera que me presento se fijan en la cara no más, se ríen de ella, y no pueden tener ni siquiera una mirada de elogio para el cuerpo de gladiador. Terrible desventura, ¿no es cierto? ¿Por qué ha de ser mi eterna compañera la risa de mis semejantes? Al decir semejantes no he querido decir que se me parezcan; Dios me libre; he nombrado como suele hacerse a mis prójimos. Y mis prójimos me ven, y se ríen, y me oyen, y se ríen, y les cuento mis amarguras, y se ríen. ¿Qué más? Me preguntan mi nombre: «¿Cómo te llamas?». «Juan», contesto yo. «Me llamo Juan». Porque me llamo Juan. Y la risa es el primer comentario. Y cualquiera de ustedes, señores míos, se llama Juan y a nadie le hace gracia. Y yo me llamo Juan y todos son a sorprenderse y a reírse: «¡Se llama Juan! ¡Se llama Juan! ¡Ay, que se llama Juan! ¡Se llama Juan!». Me llamo Juan; pero ciertamente no veo por qué ha de ser gracioso que yo me llame Juan. ¡Oh! La risa de los demás ha llegado a ofenderme y a herirme como un agravio; como una bofetada. Si yo fuera un hombre feliz, nada se me daría de ella; riéranse de mí todos en buen hora, y yo tan contento. Pero si soy una criatura desventurada, si la desgracia se enamoró de mí, como dijo… como dijo… —bueno, no me acuerdo ahora de quién lo dijo—, ¿es posible que yo oiga con paciencia al cabo de mis años y de mis dolores que sólo el eco de la risa responde a mi voz? No, no es posible; compréndanlo ustedes. Un momento de seriedad; compréndanlo. Y si me prometen no reír al oírme, yo les contaré, para desahogo de mi alma, por qué suspiraba y gemía y lloraba al llegar aquí. ¿Prometido? Bien. Mil gracias.

¡Ay!… Yo, señores míos, soy casado. Ahora pueden reírse; esto no deja de tener alguna gracia. Soy casado, y mi mujer es hermosísima. Sí, sí; hermosísima, muy hermosa, aunque lo duden, aunque se rían una vez más; muy hermosa. Palabra de honor. Bueno, pues… ¡Ay, Juan! No vas a tener valor para confesarlo… Mi mujer, señores… —me cuesta, me cuesta violencia la revelación— mi mujer, señores… ¡Las cosas de la vida!… *En*

voz muy queda. Mi mujer hace siete meses que me engaña. ¡Por los clavos de Cristo! ¿Es cosa de risa también que mi mujer me engañe hace siete meses? No, no por Dios; no aviven mi dolor, señores.

En mi casa, en la pobreza de mi casa humilde, había un rayo de sol que todo lo doraba; la virtud de mi esposa, y su alegría y fortaleza de espíritu para conllevar humanamente la escasez y el hambre. Y había un rayo de luna, que, con su luz suave y blanca, nos acariciaba dulcemente a mi esposa y a mí: Margarita, hija de mi alma, bella como su madre, buena como yo. No se rían ahora. Dos años ha, quedé yo sin empleo, y día y noche busqué trabajo en todas partes con doloroso afán, y en parte alguna lo encontré: mi catadura inspiraba desconfianza y risa. ¡Risa! ¡La risa siempre! Un hombre que pide trabajo para llevar pan a los suyos y causa risa. ¿Se concibe mayor desgracia? Entró en mi casa la miseria cuando más hubiera podido aterrarme; cuando Margarita se trocó de niña en mujer, y hubiéramos su madre y yo querido rodearla de todos los encantos del mundo.

Una mañana, mi mujer salió y volvió al mediodía con dinero. «¿Qué es esto?», hube de preguntarle. «Que he encontrado trabajo en un taller», me respondió. «Alegrémonos todos». La creí. ¡Era tan buena! Este hecho se repitió dos veces, tres, quince, veinte. Yo estaba ciego; yo tenía una venda en los ojos. Ayer, de improviso, se me cayó la venda, y vi con luz clara. ¡Oh! ¡Qué dolor más hondo y más cruel! *Se seca las lágrimas.* Margarita, la hija de mi alma, la flor cuya pureza temía yo empañar aun con mi propio aliento, se escapó de mi casa con un hombre. Por grotesca que sea la mueca con que el dolor desfigure más de lo que siempre lo está mi rostro feo, yo les pido que no se rían de mí en este instante. Pídolo, señores, a cada uno, por ese gran cariño que cada uno llevará oculto en su corazón.

Al conocer la tremenda desgracia, salí despavorido a la calle, rastreando loco las huellas de mi hija y dispuesto a hallarla aunque fuera en las mismas entrañas del infierno y a llevarla otra vez conmigo. Un buen camarada con quien topé, me detuvo con estas palabras: «¿A dónde vas, Juan? Siempre fuiste un pobre demonio. ¿Qué ha de hacer tu hija, respirando el aire que respira en tu casa? Tu mujer te lleva dinero de un taller, y ese dinero no se lo debe a su trabajo, sino a tu deshonra. Pregúntaselo al amo del taller, que la enamora mucho tiempo hace». Y se echó a reír, y la gente que acaso pasaba

también rió, y no faltó quien dijo: «¡Es Juan! ¡Si es Juan! ¡Es el hombre que hace reír!». Yo sentí un frío que me pareció el de la muerte, y una angustia que era la muerte misma; la muerte de algo que se moría dentro de mí. Empecé a andar con rumbo a mi casa; mas no como quien va impulsado por una voluntad, sino como quien va a merced de un aire siniestro. ¡Ay, mi rayo de sol y mi rayo de luna!… Había observado yo que algunas veces, cuando mi esposa volvía del taller, antes de besar a la niña en la frente, con su propia mano se limpiaba fuertemente la boca como si algo le estorbara en ella para besarla. Y anoche, cuando después de la trágica revelación torné a entrar en mi casa, donde ya no estaba mi hija, hallé a su madre sola… ¡Oh!… ¡Qué espanto! La palidez de su semblante aterraba: en sus negros ojos, fijos en mí, y agrandados por el estupor, había una ráfaga de demencia; y sus manos, crispadas y convulsas, martirizaban cruelmente sus labios, queriendo arrancar de ellos lo que en ellos no había. «¡Yo fui!, ¡yo fui!», gritó desesperada al verme. «¿Tú? ¿Qué fuiste tú?». «¡Yo fui!, ¡yo fui!». «¿Qué fuiste tú?». «Yo fui, me dijo, la que contaminó su frente pura al besarla con mi boca manchada; yo fui la que infiltró en su casta frente pensamientos de vicio. ¡Yo fui!, ¡yo fui!». Y seguía con sus manos nerviosas destrozándose y ensangrentándose aquella hermosa boca culpable. ¡Pobre pecadora! ¡La empujó el hambre a la deshonra, y enloqueció por creer que la huella y el germen de sus besos impuros llegaron a contaminar de impureza la divina frente de una niña!…

Ésta es, señores, la historia triste, más triste que todas las historias del mundo, de este pobre hombre que hace siempre reír. Y como ustedes son dichosos y yo no lo soy, y en este momento no se ríen, yo me llevo el consuelo de esta atención piadosa, les dejo con su dicha… y me voy por el mundo en busca de un compañero desventurado como yo, mísero como yo, quien, al oír el cuento de mis tristezas y amarguras, halle en él alivio para las suyas propias y llore conmigo. Buenas noches.

Se retira conteniendo las lágrimas.

FIN

Madrid, junio, 1910.

ANITA LA RISUEÑA

ZARZUELA CÓMICA EN DOS ACTOS

MÚSICA DEL MAESTRO AMADEO VIVES

Estrenada en el **TEATRO APOLO** el 23 de diciembre de 1911

A LUIS MOLINÍ Y ÁVILA,
fervoroso enamorado del pueblo andaluz, en recuerdo de escenas y cosas inolvidables.
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

Personajes	Actores
Anita la Risueña.	María Palou.
La Llorona.	Elisa Moreu.
La niña de Mairena.	Pura Martínez.
La Trompita.	Paula Cortés.
La mamá de la Trompita.	Pilar Vidal.
Josefilla.	Adela Villagrasa.
Goro Faroles.	José Moncayo.
Juanito el Estudiante.	Carlos Rufart.
Pepe el Serio.	Miguel Mihura.
Martinito.	Salvador Videgain.
Gerardo.	Manuel Alda.
Señor Ildefonso.	Luis Manzano.
Don Futraque.	Fernando Vallejo.
Pedro Antonio.	Isidro Sotillo.
Calzones.	Vicente G. Valero.
	Antonio P. Soriano.

CORREA.	
ROMERO.	SALVADOR ROLDÁN.
EL SERENO.	ENRIQUE POVEDANO.
BECERRA.	VICENTE CARRIÓN.
CURRO.	JOSÉ MEDINA.
PASCUAL.	SALVADOR PERUCHO
UN TOCADOR.	MANUEL SÁNCHEZ.

El Papá de la Trompita, el Administrador de la Niña de Mairena, las Hermanas Corrales, varias Bailadoras, y hombres, mujeres y chiquillos.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Plazoleta graciosamente desigual, clara, pintoresca y riente, en Alminares, pueblo de Andalucía. A la izquierda de la actriz, cerrando la escena, y reluciente de puro encalada, está la casa del señor Ildefonso el dulcero. Forma esquina, y la fachada principal da trente al público. Hacia el primer término de la derecha hay un banco de piedra antediluviano, que viene a ser el «catre» de las siestas de Calzones el guarda. Aquí y allá dos o tres arbolillos plantados no ha mucho por orden de un alcalde intrépido.

Es por la tarde, en el mes de mayo.

El Señor Ildefonso, socarrón cuanto respetable dulcero, de setenta años y de gloriosa tradición en Alminares, está sentado a la puerta de su casa, hablando solo, según costumbre, y bebiendo agua y aguardiente de una copita y de un vaso que tiene ante sí en otra silla. Calzones, guarda de la plazuela, viejo también, duerme profundamente en su «catre», y tal vez ronca. Como distintivos de su cargo usa sombrero ancho con placa dorada y un buen garrote. Anita la Risueña canta dentro de la casa del señor Ildefonso, que es donde vive.

Música

Anita.

Al espejo me miro
por la mañana,
y siempre me retiro
de mala gana.

Sr. Ildefonso.

Yo estoy tan viejo
que ya ni pa afeitarme
miro al espejo.

Por la derecha del fondo sale Martinito, ilusionado y anhelante. Es el hijo de la estanquera de mayor partido en el pueblo, y viste a la andaluza, entre popular y señorito. Atraído por la voz de Anita se encamina a la casa del dulcero, llega a la esquina, asoma las narices, y al ver solo al Señor Ildefonso, retrocede y se va por la izquierda, marchito y descorazonado. Cuando ya se ha ido, la muchacha vuelve a cantar.

Anita.

Un novio larguirucho
que yo tenía,
me dejó por lo mucho
que me reía.

Sr. Ildefonso.

¡Pa quien te crea!
Tú vives en er patio,
yo en la asotea.

Aparece Gerardo por donde se fué Martinito. Es guitarrista de profesión y trae al brazo la guitarra. Viene también atraído por Anita, llega como el otro a la esquina de la casa, y al encontrarse chasqueado se retira por la derecha. Anita canta de nuevo entonces.

Anita.

A no fiar enseña

de lo aparente,
quien tropesó una peña
y era una fuente.

Sr. Ildefonso.

¡Venta der Chato,
cuando se pide liebre
se toma gato!

Por el segundo término de la derecha asoma Pepe el Serio, sargento de la Remonta, quien al observar que a la puerta de la casa no está Anita, sigue hacia la izquierda y se va como si no se hubiera enterado.

La música, que cesa al desaparecer este personaje, ha ido como glosando y comentando los diferentes lances.

Tres: tres: tres mosquitos han yegao en menos e sinco minutos al oló de la mier de caña. ¡Tres! Martinito el hijo de la estanquera; Gerardo er guitarrista y Pepe er Serio, er sargento de la Remonta. Sólo que yo, con la edá, ya ni veo, ni oigo, ni entiendo. ¡Pos no han sío na más que esos tres! Arminares está en revolución desde que ha pisao sus cayes Anita la Risueña. *Bebe un sorbito de la copita.* ¡Brrr! Ca día está más fuerte este armíba. *Bebe un trago del vaso de agua.* Ahora vamos a echarle ensima un pitiyo. *Se levanta, va con absoluta naturalidad adonde está Calzones dormido, le saca del bolsillo la petaca, coge un cigarrillo de ella y vuelve a dejársela en el bolsillo. Mientras relía el cigarro, dice así:* Er purso es er que ya no me obedese; por minutos se me pone temblón.

De la casa sale Josefilla, mozuela de unos quince años. Trae mantón y una flor en el pelo. Una nada más. Al brazo saca un gran canasto de dulces, tapados con papeles blancos.

Josefilla. Yo me voy. ¿A usté ze le ofrece arguna coza?

Sr. Ildefonso. Que repartas pronto y que no se coma ningún rosquete er monaguiyo.

Josefilla. Er monaguiyo no ze come na.

SR. ILDEFONSO. Serán cosas mías: ¡chocheces! Pero, por si acaso, no pases por delante e la iglesia.

JOSEFILLA. Oiga usté, por zi me encuentro a doña Micaela: ¿cuándo va usté a hacé las dos docenas de porvorones que encargó er domingo?

SR. ILDEFONSO. Cuando pague las otras dos que encargó er mes pasao. ¿No debe dos dosenas de porvorones?

JOSEFILLA. Zí, señó, que las debe.

SR. ILDEFONSO. No; porque podía sé que yo con estos mareos que me dan con los años, trabucase las cuentas. *Se sienta y bebe de la copita.*

JOSEFILLA. Zí, zí.

SR. ILDEFONSO. ¡Brrr! Y éste, éste sinvergüensa es er que tiene la curpa de to. Bien me lo dise er médico. Pero como ar médico le gusta más que a mí, cuarquiera le hase caso.

JOSEFILLA. Ea, pos hasta luego, zeñó Irdefonzo.

SR. ILDEFONSO. Anda con Dios. ¿Yevas los merengues pa la boticaria?

JOSEFILLA. Zí, zeñó, que los yevo.

SR. ILDEFONSO. ¿Y los arfeñiques pa er Casino?

JOSEFILLA. Zí, zeñó, que también los yevo.

SR. ILDEFONSO. ¿Y los suspiros pa la tienda?

JOSEFILLA. También van los zuspiros.

SR. ILDEFONSO. Bien está que te acuerdes de to. Si no fuera por ti estaba yo perdío.

JOSEFILLA. Hasta luego. ¡Ez usté más pezao!… *Se va por la derecha del fondo.*

Calzones se despierta con todo lujo de detalles.

CALZONES. ¿Qué es eso? ¿Tomamos er fresco, señó Irdefonso?

SR. ILDEFONSO. Er fresco… y un traguito. Y usté, ¿qué dise?

CALZONES. Na… Aquí estaba hasiéndome er dormío pa engañá a los chiquiyos. Tengo ganas de escalabrá a un par de eyos.

SR. ILDEFONSO. ¿Quié usté fumá?

CALZONES. Grasias: no me apetese ahora. *Mirando de pronto hacia la izquierda.* ¡Digo! ¿Le paese a usté?

SR. ILDEFONSO. ¿Qué es eso, Carsones?

CALZONES. ¡Mardito sea su padre! ¿Pos no está er bizco de la droguería echando papeles en la fuente? *Gritándole con mucha calma.* ¡Niño!… ¡Que voy a di!… ¡Que voy a di, niño, que voy a di!… Como si se lo dijera en fransés. ¡Trasquilao niño! Es más malo que to lo que vende er padre en la tienda. ¡Niño!… ¡Niño!… ¡Que voy a di, arma mía, que voy a di!… *Se va muy perezosamente, pero por la derecha, por donde no está el niño.*

SR. ILDEFONSO. ¡Lo que me alegro yo de que este hombre esté ar cuidao de la plasuela! ¡Porque ya pué uno acostarse tranquilo to el año!

A la puerta de la casa sale en esto Anita Feria y Molina, por otro nombre la Risueña. El mote está bien puesto. La cara de Anita hasta cuando llora parece que se ríe. No es burlona: es risueña. En sus ojos brilla frecuentemente la risa como reflejo de intima alegría. En su boca vive a todas horas muy a gusto, y al más leve motivo se asoma a sus labios. Es sevillana, primorosa y pulida, y muchacha de gran salero y garabato. Trae una silla en la que se sienta después.

ANITA. ¡Hola, tito! ¿Con quién hablaba usté?

SR. ILDEFONSO. Conmigo solo. ¿Te ríes?

ANITA. Me río porque yo también hablo conmigo más que con la gente.

SR. ILDEFONSO. Pos con la gente bien que hablas.

ANITA. Pos hágase usté er cargo de lo que hablaré conmigo sola. ¡Qué hermosa está la tarde! ¿verdá?

SR. ILDEFONSO. ¿Te acostumbras ar pueblo, Anita?

ANITA. Es muy simpático Arminares. Se parese a Arminá de la Reina, sólo que es más chico. Es claro que Seviya me gusta más. Pero Seviya con sosiego. Si no, no la quiero. Y lo que es ahora no lo tenía. Y aquí yevo serca de un mes y no sé lo que es una rabieta.

SR. ILDEFONSO. Es claro: tos los mosos der pueblo son a bailarte el agua… La casa de señó Irdefonso er dursero tenia fama en toa la provinsia y fuera de eya, na más e por los durses; en particulá por los sélebres pestiños de mi invensión, que me envidian las monjas; pero lo que es ahora por lo que la tiene es por la sobrina der dursero. Se acabaron los pestiños pa un rato. Eres tú un confite mejó. Y no fartan golosos.

ANITA. ¿Habré venío yo a quitarle a usté venta?

SR. ILDEFONSO. Ar revés. Porque ar que yega a buscarte y te encuentra, a ése lo dejo que se relama con er palique; pero er que yega y me encuentra a mí solo, como suele ocurrí, ¡ése paga la contribusión y me compra durses! ¡No que no! Pregúntaselo a Martinito er del estanco, que lo traigo por la caye e la Amargura a fuersa e colocarle pestiños ca vez que se aserca.

ANITA. ¡Ah! ¿sí? ¡Pobre Martinito!

SR. ILDEFONSO. Escúchame: ¿lo he soñao yo o has resibío carta de tu madre?

ANITA. No, que no lo ha soñao usté; que he resibío carta. Y con el encarguito que usté sabe, por sierto. Y ¿qué creerá usté que me dise entre muchas cosas?

SR. ILDEFONSO. ¿Qué te dise?

ANITA. *Riéndose*. ¡Que mi novio tiene otra novia ya!

SR. ILDEFONSO. Y ¿tú te ríes?

ANITA. ¿No me he de reí, si eso prueba lo que me quiere?

SR. ILDEFONSO. A vé; esplícate un poco.

ANITA. Muy sensiyo: esa novia, si se la ha echao, ha sío pa que yo me ensele na más.

SR. ILDEFONSO. ¿Pa que tú te enseles?

ANITA. Na más que pa eso. Y eso es porque me quiere mucho, y porque no piensa más que en mí.

SR. ILDEFONSO. SÍ que es un cariño espesiá er de los dos: ér se echa una novia, porque no piensa más que en ti, y tú coges er tren y lo dejas plantao y te vienes conmigo, porque lo quieres mucho a é. No lo entiendo.

ANITA. Pos miste: hasta ahora, ni he tenío más novio que Juanito, ni me ha gustao más hombre que Juanito, ni he pensao en que me guste otro que no sea Juanito; pa que usté lo sepa.

SR. ILDEFONSO. Te diré: eso er que tiene que saberlo es Juanito.

ANITA. Juanito lo sabe. Y si yo he puesto tierra por medio ha sío pa probarlo… y porque ya sus selos yegaron a ofenderme.

SR. ILDEFONSO. ¿Dudaba de ti?

ANITA. Veintisinco veses ar día: pa arrepentirse veintiséis, naturalmente.

SR. ILDEFONSO. No deja de sé una diversión.

ANITA. Y to ¿por qué? Por mi naturá, por el agrado que gasto pa la gente; porque siempre yevo la risa en la boca, y porque si me disen una fló doy las grasias muy complasía. ¿Qué mal hay en esto? Sobre to: si así vine ar mundo y así me conosió y así era cuando me dijo que me quería, ¿pa qué se enfada ahora? ¿Voy yo a cambiá mi condisión na más que por un capricho de ese hombre? Si tengo los ojos negros y la coló morena, morena y con los ojos negros he de seguí pa mientras viva, ¿no es verdá? Y to lo que no sea eso es engañarlo; que es lo que yo no haré mientras viva tampoco: porque ni me pinto de rubio pa aparentá lo que no tengo, ni me pongo arisca pa demostrá lo que no soy.

SR. ILDEFONSO. Y to eso es muy bonito, y to eso está mu bien parlao: pero yo no creo una palabra de to eso.

ANITA. ¿Cómo que no?

SR. ILDEFONSO. Como que no. En tu escapatoria de Seviya y en tu yegá a mi casa de Arminares hay argún intríngulis que tú te cayas y que yo sabré.

ANITA. ¡Ay, tito, es usté un saco de malisias! Ahora mismo vi a traerle a usté las cartas de mi madre, que hablan mucho de este particulá; pa que se convensa de que lo que le he dicho es el evangelio. *Va a irse y vuelve. Coincidiendo con este movimiento sale Martinito por donde se marcho y llega hasta la esquina, en la que se detiene sin ser visto, oyendo embelesado las palabras de Anita.* A mi en Seviya, en mi barrio, me yaman la Risueña, ¿usté lo oye?, porque la risa en mí es cosa natura. Pos bueno: sepa usté que

tan naturá y tan de verdá como mi risa es to lo que sale por mi boca. Y si no, ar tiempo. Ar tiempo, ar tiempo. *Éntrase en la casa rápidamente.*

MARTINITO. *Entusiasmado.* ¡Olé! *Se retoca la persona con presunción para presentarse a la mocita, dobla la esquina con cara de pascuas y cambia enteramente de expresión apenas se ve solo con el dulcero.*

SR. ILDEFONSO. ¡Hola!

MARTINITO. ¡Hola!… Güenas tardes.

SR. ILDEFONSO. Güenas tardes.

MARTINITO. *Cortadísimo.* ¿Cómo sigue usté… señó Irdefonso?

SR. ILDEFONSO. *Como si no lo conociera.* Bien… ¿y usté, amigo?

MARTINITO. ¿No me recuerda usté?

SR. ILDEFONSO. ¡Ah, sí! Usté perdone… Con la edá voy perdiendo la memoria y la vista… Usté es er que vino ayé a encargarme cuatro dosenas e pestiños.

MARTINITO. No…

SR. ILDEFONSO. Sí, hombre… si… *ya* me acuerdo de to. Pa un bautiso. Pero me paese que quedé en mandarlos mañana.

MARTINITO. Le diré a usté, señó Irdefonso…

SR. ILDEFONSO. Ya sé lo que va usté a desirme. Tiene usté rasón: pa un bautiso son mu poco cuatro dosenas. Mandaremos ocho: que luego empiesa a corre el aguardiente, y los pestiños sartan solos a las bocas desde la batea.

MARTINITO. Pero usté se confunde…

SR. ILDEFONSO. No, señó, no; recuerdo bien las señas; en el estanco de la caye Botica. Vi a apuntarlo ahora mismo, y mañana a primera hora tiene usté las ocho dosenas en su casa. Con permiso de usté. *Éntrase en la suya.*

MARTINITO. *Entre perplejo e indignado.* ¡Y me las manda! Y se las tengo que pagá. Y un día sí y otro no, una confusión de esta clase. Y cuando no son pestiños son merengues. Y está ya el estanco que paese una confitería. Se entra y da sé. Y er público se queja de las moscas. Y mi madre me dise que me han tomao por tonto. ¡Bien abusa er mardito viejo de lo que me gusta la sobrina! *Sopla sofocado y se empina el vaso de agua. En el acto se le ve*

enrojecer y le entra un hipo tragicómico. ¡Hip! ¡Qué bárbaro! ¡Hip! ¡Qué bárbaro! *Suelta el vaso y coge la copita y la huele.* ¡Hip! Pero ¡qué bárbaro! ¡La copita es pa el agua y er vaso grande pa el aguardiente! ¡Hip! ¡Me he abrasao vivo! ¡Hip!

Música

Aún está hipando y llorando el desdichado Martinito, cuando vuelve Anita sonriente y amable. Le saluda, le interroga, y el infeliz no va a contestarle una vez que no le ataque el hipo.

Anita.

Martinito, buenas tardes.

Martinito.

¡Hip!

Anita.

¿Era usté er que hablaba ahora?

Martinito.

¡Y… hop!

Anita.

¿Qué es eso, tiene usté hipo?

Martinito.

¡S… hip!

Anita.

Y ¿me espera usté hase mucho?

Martinito.

¡N… hop!

Anita.

¡Ay, Dios mío! ¡qué fatiga!

Martinito.

¡No me deja hablá!

Anita.

Diga usté lo que yo diga
y se aliviará.

Respira y dice de un aliento.

Hipo tengo en er pecho metió:
a mi dueño er quitármelo fío:
si me quiere, se va deseguía;
si me engaña, me dura to er día.
¡Que me quiera mi dueño, Dios mío!

Respira a sus anchas.

Martinito. *Lo mismo que ella.*

Hipo tengo en er pecho metió:
a mi dueño er quitármelo fío:
si me quiere, se va deseguía;
si me engaña, me dura to er día.
¡Que me quiera mi dueño, Dios mío!

Respira también a sus anchas.

Anita.

¿Se fué?

Martinito.

¡Se fué!

Anita.

¡Pos eso es que su dueño
lo quiere a usté!

Martinito, sin hipo ya, se dispone a decirle a Anita un montón de requiebros para borrar el mal efecto causado, a tiempo que aparece nuevamente Gerardo el guitarrista, a quien Anita se adelanta a saludar muy afablemente, dejando a Martinito con el ademán galante hecho y con la palabra en la boca.

Gerardo.

¡Grasias a Dios que asoma
lo que yo quería!
¡La luz que hay en er pueblo
de noche y de día!
Si trajese en mis manos
la guitarra mía,
con la mejor farseta
la saludaría.

Anita.

Venga usté aquí en buen hora,
persona discreta,
que bien dise la gente
que es usté poeta.
Si tocaran sus manos
la mejor farseta,
bailaría hasta er guarda
de la Plasoleta.

A responderle va Gerardo y Martinito a ver si mete baza, cuando llega Pepe el Serio con la suya.

PEPE.

¡Bien haya la personiya
que hasta er sueño me quitó!
¡Bien haya la maraviya
que en Arminares cayó!

¡Desde que esta serraniya
a Seviya abandonó,
está de luto Seviya
y Arminares de coló!

ANITA.

¡Por favó!
¡Que la cara moreniya!
se me yena de arrebó!

LOS TRES.

¡Sí, señó!
¡Está de luto Seviya
y Arminares de coló!

ANITA.

Yo no sé, madre, lo que tiene
esta risita de mi boca,
que ar que va aprisa lo detiene
y ar que detiene lo disloca.
Yo no sé, madre, lo que tiene
esta risita de mi boca.

¿Por qué será,
si esta risita es en mis labios
tan naturá?

¿Por qué cautivo a tanta gente
con la risita de mi cara,
si es como agüita de una fuente
que sale alegre y sale clara?
¿Por qué cautivo a tanta gente
con la risita de mi cara?

LOS TRES.

¡Bien claro está!
¡Porque la fuente de esa risa
tiene las sales de la má!

Cesa la música.

Anita da un garboso paseo entre sus galanes.

MARTINITO. ¡Vaya!… ¡vaya!… ¡vaya!… ¡vaya!

GERARDO. ¡Se le han dormío los pies!

PEPE. ¡Con qué gusto les quitaría yo er sueño!

ANITA. Amables sí lo son ustedes. Por demás. *Mirando de reojo hacia la derecha*. (Y ayí viene el otro). Vi a tené que taparles la boca.

MARTINITO. ¿Me deja usté que yo elija con qué?

ANITA. Con un durse. ¿Quiere usté un durse, Pepe?

PEPE. Veneno que venga de esas manos quiero yo.

ANITA. Pos acaban de salí del horno unos suspiros, que no son presisamente veneno. ¿Usté gusta, Gerardo?

GERARDO. ¿Un suspiro… y de usté? No vi a contentarme con uno solo.

ANITA. Eso no lo apure. Pida usté con toa confianza; que por ca durse que me pida usté le doy yo tres o cuatro.

MARTINITO. ¡La escuela de su tío!

ANITA. ¿Cómo?

MARTINITO. Na.

ANITA. ¿Y usté, gusta?

MARTINITO. Gusto, sí… No a quien yo quisiera gustarle, pero gusto.

ANITA. ¡Qué buen humó tienen los tres! ¿Vamos adentro?

GERARDO. Vamos.

Anita y los tres pretendientes se entran en la casa. Anita se lleva el vaso y la copa del Señor Ildefonso.

Por la derecha del fondo aparece Goro Faroles, contoneando la figura. Es picador de caballos y hombre mujeriego, rumboso y valiente, a creerlo a él. Se encamina a la puerta de Anita y se detiene contemplando las tres sillas abandonadas.

GORO. ¡Las mujeres! Se ha yevao adentro la tertulia. ¡Las cosas!

Vuelve Anita. En la misma puerta de la casa dice:

ANITA. Ninguno de los tres ha sospechao na. ¡Vamos a hablá con don Luis Mejía! Dios guarde a usté, Goro.

GORO. ¡Mis ojos que la ven!

ANITA. ¿Qué hase usté aquí parao?

GORO. Que acabo de echá el ancla; que no pasa una lancha por este peasito de río, sin pararse un rato.

ANITA. Será porque aquí hay poca agua… y no hay temó de ahogarse.

GORO. O será porque donde hay poca agua se ve siempre er sielo. ¡Las mujeres!

Anua. ¡Los hombres!

GORO. Y ¡con qué ganitas anclaría yo en otro sitio! ¡Con qué ganitas!

ANITA. Viene usté esta tarde muy marinero.

GORO. Resabios de antaño. Antes de meterme a domá cabayos, me dió por la marinería. ¡Las cosas! Aquí en er braso izquierdo tengo un corasón hecho con pórvora y aguardiente.

ANITA. Y ¿en dónde dise usté que echaría de buena gana el ancla?

GORO. ¡Donde no hubiera tanta gente de pesca!

ANITA. Y ¿hasia dónde cae er sitio ése?

GORO. Alreó de una ventanita verde de esta misma casa, que da a la caye los Pajaritos.

ANITA. *Sonriendo.* ¡Je!…

GORO. ¿Sabe usté a la que me refiero?

ANITA. ¡Je!…

GORO. ¡Jeee!

ANITA. ¡Je!…

GORO. ¡Tengo yo que desirle a usté tantas cosas güenas!…

ANITA. ¿Y si yo tuviera que desirle a usté argunas más, yo no sé si buenas o malas?

GORO. ¿A mí, usté?

ANITA. A usté, yo.

GORO. Y ¿cuándo va a sé eso?

ANITA. ¿Vamos a no dejarlo que se enfríe?

GORO. *Con creciente júbilo.* ¡Vamos a no dejarlo!

ANITA. ¿Vamos a que sea esta misma noche?

GORO. ¡Vamos a que sea!

ANITA. Pos andandito; esta noche hablaremos.

GORO. ¿Usté y yo?

ANITA. ¡Claro!

GORO. ¿Solos?

ANITA. ¡Claro!

GORO. ¡Las mujeres! ¿A qué hora?

ANITA. A las diez.

GORO. ¿A las diez? ¡Los hombres! *Hace ademán de sacar el reloj*.

ANITA. ¿Que va usté a hasé?

GORO. ¡Adelanta er reló!

ANITA. ¡Ja, ja, ja!

GORO. ¿Se ríe usté? Pero ¿no es en serio la sita?

ANITA. Y tan en serio. En serio le repito a usté que tengo que hablarle.

GORO. ¿De mo que esta noche…?

ANITA. Lo espero a usté a las diez. Yama usté si quiere por aquella ventanita verde que tanto le gusta, y pasa usté adentro.

GORO. ¿Adentro de su casa?

ANITA. Cabalito.

GORO. Y ¿a las diez?

ANITA. O a las diez y cuarto. Así que usté vea que está mi tito en la tertulia del aguaducho.

GORO. ¡Ah! ¿tampoco va a está presente er tito?

ANITA. ¿A usté le hase farta?

GORO. A mí, ninguna.

ANITA. Pos a mí toavía menos que a usté. Pero, en úrtimo caso, ya habría arguna persona de respeto que interviniera en el asunto.

GORO. Entre usté y yo no hay más que un asunto de que tratá.

ANITA. ¡Pos ése es el asunto de que trataremos!

GORO. ¡Las cosas! Con que esta noche… ¡las mujeres!… usté y yo solitos… en su casa de usté… ¿Quié usté clavarme un arfilé hasta la cabesiya? ¡porque yo debo de está durmiendo la siesta!

ANITA. Vamos… que no es pa tanto.

GORO. ¿Que no es pa tanto, Anita?

ANITA. Bueno está de ponderasiones. ¿Hasta luego?

GORO. ¡Hasta luego, reina!

ANITA. Cuando sarga mi tito.

GORO. Ya estoy *puesto*. ¡Las mujeres!

ANITA. *Remedándolo.* ¡Los hombres! *Se mete en su casa.*

GORO. *Dando rienda suelta a su satisfacción y a su vanidad.* ¡Se vive! ¡Se respira! *Sacando y encendiendo un cigarro.* ¡Se fuma!

Llega por la derecha Calzones.

CALZONES. Güenas tardes, Goro.

GORO. Güenas tardes, Carsones.

CALZONES. ¿Qué hay?

GORO. ¡Se respira!

CALZONES. ¿Se respira, eh? ¡Bonita jaca le está usté domando a don Francisco!

GORO. ¡Se doma! Las jaquiyas pura sangre son mi fuerte.

CALZONES. Y ¿qué hase usté por la plasoleta?

GORO. ¡Meneando er tipo!

CALZONES. ¡Meneando er tipo!… ¡Ya, ya! Paese que está usté mu satisfecho.

GORO. ¡Se vive! Toma un sigarriyo.

CALZONES. Grasias.

GORO. Toma pa que ensiendas.

CALZONES. Grasias.

GORO. Toma pa unas copas.

CALZONES. Muchas grasias.

GORO. Y quéate con Dios.

CALZONES. Que usté lo pase bien.

GORO. ¡Las cosas! ¡Las mujeres! ¡Se vive!

Vase pavoneándose por la izquierda del fondo.

CALZONES. Rumboso é… con labia pa las mujeres é… echao pa alante é… Lo mejó der pueblo. Pos ¿y er revuelo que ha levantao la vesinita? Y pa mí no tiene na e particulá. De aquí a la esquina no andaba yo dos pasos por eya. *Se sienta en su banco.* Está pesaíta la tarde. Hay, hay bochorno. Hay, hay… *Poco a poco va el buen hombre quedándose dormido.*

Sale Pepe el Serio de la casa y se marcha por la derecha del foro, diciendo reflexivamente lo que sigue:

Pepe. No hay que darle güertas: piso en terreno firme. Esa mujé quiere a un hombre que no es ninguno de nosotros. Es la primera cosa que envidio yo de veras en este mundo.

Salen en seguida departiendo amistosamente Gerardo y Martinito.

Gerardo. Es más difisi de entendé la niña ésta que er punteao de las *soleares.*

Martinito. ¡Lo que es está siego! La niña es clara como el agua, hombre: se ha enamorao de Martinito.

Gerardo. ¡Que Dios te conserve la vista!

Martinito. ¿Vas luego a la bodega?

Gerardo. Es posible.

Martinito. Pos hasta después.

Gerardo. Hasta después.

Gerardo se retira por la izquierda del fondo y Martinito por el segundo término de la derecha.

Calzones. *Soñando y entre dientes.* ¡Niño!… ¡Que voy a di!… ¡Que voy a di, niño; que voy a di!…

Música

Aparece por la derecha del fondo el genial Don Futraque, a compás de un pasacalle animado y gracioso, que tararea. Es un redomado granuja que vive de su ingenio. Viste de chaqué, chistera y alpargatas, en lastimoso estado. Lleva subido el cuello del chaqué, para encubrir la falta de camisa. Trae un bastoncillo finísimo, con el que hace frecuentes molinetes y que utiliza también a modo de guitarra. Pasea caprichosamente por la plazoleta al son de la música, y ya se detiene y hace una grave cortesía al guarda dormido, ya tira un beso a la casa de Anita, ya se arrodilla a su puerta con desplantes de enamorado.

Don Futraque.

Vengo a cantar una copla;

vengo a observar una cara;
por dinero baila er perro:
¡Dios bendiga ar que me paga!

Sigue dando vueltas, y de cuando en cuando lanza un grito llamando a la gente, que va acudiendo por las diversas salidas de la plazuela y que forma corro en torno de él.

¡Cuadros vivos, señores! ¡Cuadros vivos! !Er que no haya visto a don Futraque, no ha visto cosa güena! ¡Cuadros vivos! ¡Cuadros vivos, señores!

Coro.

Por ver los cuadros vivos
se puede dá er dinero;
que tiene don Futraque
muchísimo salero.

Más cosas se le ocurren
que tiene un armanaque;
se puede dá er dinero
por ver a don Futraque.

Don Futraque, después de obligar a la concurrencia, compuesta de hombres, mujeres y chiquillos, a formar el corro a su gusto, valiéndose de los molinetes del bastón, se coloca en el centro de la plazuela y dice:

Don Futraque. ¡Cuadros vivos, señores! La cara der dolor de muelas. *Se tapa la cara con el sombrero; hay un momento de expectación en el concurso, y entonces se descubre nuestro héroe con una mano en un carrillo y el gesto de dolor que él cree justo para expresar lo que se propone. Claro está que se trata de una imitación caricaturesca de cada uno de los estados que anuncia. A poco de empezado el trabajo salen a la puerta de su casa Anita y su Tío, a los cuales, por cierto, no es a quienes menos gracia les hace el artista. Las diversas imitaciones se reciben con francas y generales carcajadas.* La cara de la inosensia. —La cara de la ira. —La cara del

hambre. *Se tapa y se descubre rápidamente.* Naturá: la mía. —La cara der señorito hablando desde la caye con la señorita. —La cara der guarda dormido. *Imita el cabeceo de Calzones, y a las risas del público se despierta éste, comprende lo que ocurre y exclama con su acostumbrada calma:*

CALZONES. ¡Que voy a di, grandísimo tunante; que voy a di!…

DON FUTRAQUE. *Salvando la situación y señalando nuevamente a Calzones.* La cara der guarda despierto.

CALZONES. *Compartiendo la risa de todos.* ¡Ese gorpe ha tenío mucha grasia!

DON FUTRAQUE. Y ahora, señoras y cabayeros, vamos a vé la cara de Anita la Risueña cuando escuche una copla.

ANITA. *Sonriendo, a su tío.* ¡Digo! ¿eh?

SR. ILDEFONSO. A vé, a vé por donde sale.

Expectación.

DON FUTRAQUE.

Yo selos nunca tuve,
y hoy tengo selos:
será que nunca quise,
será que hoy quiero.

Apenas comienza la copla no puede reprimir Anita un movimiento de sorpresa, que trata en vano de disimular.

SR. ILDEFONSO. ¿Qué te susede?

ANITA. A mí na, tito.

SR. ILDEFONSO. ¡No me digas que na!

ANITA. (¿Cómo sabe esa copla este hombre?).

DON FUTRAQUE.

Se puso amariyita
y luego colorá.
¿Qué cosa la coplita
le vino a recordá?

Coro.

¿Qué cosa la coplita
le vino a recordá?
Se puso amariyita
y luego colorá.

Don Futraque. *Solicitando, chistera en mano, la recompensa de su trabajo artístico, y recogiendo algunas monedas de sus admiradores.* ¿Qué hay para el artista, señores? ¿Qué hay para el artista? Grasias; muchas grasias. Sin ochavos no se camina por er mundo. *Se abre paso por entre el concurso al compás del pasacalle con que llegó, y se va por la izquierda del fondo, seguido de muchos y entre la alegría general. Anita, abstraída, no acierta a ocultar su preocupación.*

Coro.

Más cosas se le ocurren
que tiene un armanaque;
se puede dá er dinero
por ver a don Futraque.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

Intermedio musical

CUADRO SEGUNDO

Corral de la bodega de Pedro Antonio. A la derecha del actor —en este cuadro no se puede decir de la actriz, porque no interviene ninguna—, la puerta de la calle, de la que sólo se abre para entrar y salir un pequeño postigo. Al foro, hacia la izquierda, un ancho arco, por donde se va al interior de la bodega, y tras el cual asoman, enfiladas y graves, algunas de las grandes botas en donde se encierra la sangre de Cristo. En el suelo empedrado y al pie de las blancas paredes, diversos arriates de varias proporciones y formas, de uno de los cuales arranca el tronco añoso y retorcido de una parra, cuyas ramas se extienden libremente por el muro. Bancos, sillas, una mesa de pino y algún barril vacío e inútil. Es a la caída de la tarde.

Romero, mozo de la bodega, canta allá dentro.

ROMERO.

Los demonios del engaño
ya no están en los infiernos,
que los yevan las mujeres
entre las flores der pecho.

Salen del interior de la bodega Pedro Antonio y Juanito el Estudiante. El primero es tosco, marrullero, calmoso. El segundo, fino, vivo, despierto.

PEDRO. *Gritando.* ¡Romero! ¡Inziste aquí!

JUANITO. No, Pedro Antonio; déjate de pedí más vino. Ya no bebo más.

PEDRO. ¡Pero, hombre, qué pronto te das por venció!

JUANITO. Tiempo habrá de bebé.

PEDRO. ¿De manera que hace más e cuatro años que no nos vemos, tengo la zuerte de que vengas unos días a Arminares y de piyarte a mano en mi bodega, y te vas a di de rozitas? ¡No me dezaires de eze modo!

JUANITO. No es desaire, no; es que me interesa tené la cabesa muy firme en Arminares. ¿Dises que hase ya cuatro años que no nos vemos?

PEDRO. Cuatro; desde la Univerzidá de Zeviya. Er tiempo que me farta mi padre y que no estudio yo.

JUANITO. ¡Cómo se van los años!

PEDRO. ¿Tú zigues toavía con los libros?

JUANITO. Sí, con los libros sigo; lo has preguntao bien. Porque, seguí, sigo con eyos, pero no estudio una palabra. Tos los cursos ar salí de mi pueblo pa Seviya le prometo a mi padre vorvé hecho un sabio, y tos los cursos se repite la misma historia.

PEDRO. ¿Calabazas?

JUANITO. Er fruto naturá de mi trabajo de ocho meses. En cambio he inventao una carambola de retroseso por tres tablas que quita la cabeza.

PEDRO. Menos má. Pos yo no me arrepiento de habé abandonao la carrera. Me alegro de zé bruto. A mí me estorbaba lo negro. Er Derecho *Canónigo* no ze inventó pa mí.

Sale Romero con una bandeja de vasitos de vino blanco, la coloca sobre la mesa y se va.

JUANITO. ¿Más vino, Pedro Antonio?

PEDRO. No te ocupes; es na más e pa verlo. ¿Te molesta la vista, quizá?

JUANITO. Eso no; tanto como la vista…

PEDRO. Y que luego principia a entrá gente. Y eza no ze contenta con verlo, como tú. Esta bodega viene a zé pa mí y pa varios amigos una zucurzá der Cazino, ¿tú oyes? Cuando nos canzamos der vino de ayí… nos cambiamos y nos venimos a buscá er de aquí.

JUANITO. ¡Buena vidita!

PEDRO. ¡De pueblo! ¿Qué vas a hace en er pueblo? Ahora, por las noches, zolemos irnos a un teatriyo que han armao ahí, en la Alamea, a oí cantá y tocá a cuatro desgraciaos que han caío por aquí. Ze entretiene er tiempo, ze toma una boteyita e vino, y vamos pazando.

JUANITO. Y de mujerío, ¿qué tal anda Arminares?

PEDRO. Hombre, te diré: no hay mar ganaíyo. ¡Ya lo quizieran en argunas capitales e provincia! Pero de argún tiempo a esta parte toas están en baja: no ze habla más que de Anita la Rizueña.

JUANITO. ¿De Anita la Risueña?

PEDRO. Una forastera más fina que un junco der río, que trae arborotao er cotarro. ¡Jezú!

JUANITO. ¿Es bonita?

PEDRO. ¿Bonita? Y con una zimpatía y una manera de agradá, que no ha habío un muchacho en Arminares que no le pía la converzación.

JUANITO. ¿Tanto gancho tiene?

PEDRO. Decí gancho es decí cuarquier coza. Le hablas dos veces y no te zabes espegá de zu lao. Con la particularidá de que tú te figuras que aqueyo es pan comío, y luego te deja más feo de lo que eres. Toavía no ha conzeguío ninguno que zarga a la ventana.

JUANITO. ¡Ah! ¿no?

PEDRO. Lo que estás oyendo. Pa mí que eya tiene en Zeviya zu apaño, y que por ezo no le hace cazo a nadie.

JUANITO. ¿Tú crees?

PEDRO. Lo creo yo, y tos los que no zomos vaniozos. Ya tú zabes lo que es una niña de ezas enamorá de un hombre. ¡Cuarquiera le arranca la raíz! Y zi no hubiea un cariño por medio, eya no habría despreciao tampoco a to er mundo; porque aquí hasta perzonas de pozición ze han arrimao a eya. De manera que o está aguardando a un príncipe ruzo, como dicen argunos despechaos, o quiere a un hombre con toa zu arma, como pienzo yo.

JUANITO. *Loco de alegría.* ¡Pedro Antonio, dame un abraso!

PEDRO. *Sorprendido.* Zí, hombre.

JUANITO. ¡Toma un vaso e vino!

PEDRO. ¿Ahora eres tú er que me lo ofrece? ¿Qué te ha dao?

JUANITO. ¡Choca y bebe!

PEDRO. ¡Ya está!

JUANITO. ¡Ese hombre a quien tanto quiere Anita la Risueña soy yo!

PEDRO. ¿Tú?

JUANITO. Yo mismito.

PEDRO. ¿Es de veras?

JUANITO. Pues ¿no ves cómo estoy?

PEDRO. ¡Vaya, pos que zea enhoragüena, Juaniyo! ¡Ezo es nacé de pie en este mundo!

JUANITO. Yo no vengo a Arminares a na de lo que ayá dentro te he contao. ¡Vengo a verla, porque sin verla ya no vivo!

PEDRO. Pero ¿tú eres zu novio?

JUANITO. ¡Lo era y reñí con eya hase un mes!

PEDRO. ¡Qué bruto! ¿Por qué reñiste?

JUANITO. ¡Por selos y por tonterías! Porque como eya es así, tan amable pa to er que se le aserca, yegué a pensá que me engañaba.

PEDRO. Poz hijo, lo que es en Arminares, hasta er día… En fin, ya has visto cómo yo te he estao hablando zin zabé… Y ya verás también, zi vienen los amigos, cómo tos pitan por er mismo lao. Y yo no le he de decí a ninguno quién eres tú.

JUANITO. ¡Si no nesesito más pruebas! ¡Si estoy seguro de su cariño! ¡Si en cuanto me pasa la nube lo veo más claro que la luz! Pero a lo mejó me siego y no hago ni digo más que disparates. Y en una de esas ventoleras, reñimos. Hoy mismo, ar yegá aquí, loco ya de no verla, he dao un mar paso: me encontré a ese granuja de don Futraque, y lo mandé a que la cantara una copla que eya me cantaba a mí mucho, pa vé la cara que ponía. ¿Te párese?

PEDRO. Juaniyo, tú estás *majareta*.

JUANITO. Desde que la conozco; pero yo me curaré, o no soy quien soy.

PEDRO. ¿Vaya un vazito por la cura?

JUANITO. ¡Venga un vasito!

Beben mientras Romero vuelve a cantar dentro.

ROMERO.

Los demonios del engaño
ya no están en los infiernos;
que los yevan las mujeres
entre las flores der pecho.

JUANITO. ¿Tu criao no sabe otra copla?

PEDRO. Zí la zabrá; pero rezueya por la hería. Eze zí que está er pobre picao de la tarántula. ¡Lo engañó una mujé más precioza!…

JUANITO. Lo compadezco de verdá si es su pena misma la que canta; porque la coplita… chorrea sangre.

La repite, como considerándola.

Los demonios del engaño
ya no están en los infiernos;
que los yevan las mujeres
entre las flores der pecho.

PEDRO. Pronto ze te ha queao en la memoria. ¡Hombre, aquí yegan ya argunos amigos!

En efecto, de la calle llegan oportunamente Pepe el Serio, Gerardo y Martinico, a quien ya conocemos, y Curro y Pascual, dos camaradas suyos de muy pocas palabras.

MARTINITO. ¡Güenas tardes!

GERARDO. ¡Salú!

PEPE. ¡Felises!

PEDRO. Güenas tardes.

JUANITO. Buenas tardes.

PEDRO. Zeñores, vi a presentarles a ustedes a mi amigo Juanito Martínez: un forastero. En zu pueblo le yaman Juanito el Estudiante, y en

Zeviya, en la caza e güéspedes, Juanito er que no estudia. Pa nozotros, un amigo más.

PEPE. Mucho gusto en conoserlo, en nombre de tos.

JUANITO. Er gusto es mío, señores.

MARTINITO. Iguarmente, amigo.

Se dan las manos.

GERARDO. Pos vamos a tomarnos por er forastero er primer vasito de la tarde.

JUANITO. Se agradese.

Cogen vasos y beben. Luego se sientan todos.

PEPE. ¡Salú!

JUANITO. ¡Salú! Por una forastera bebíamos Pedro Antonio y yo cuando ustedes yegaron.

GERARDO. ¿Por una forastera, amigo?

PEDRO. Cabá: por Anita.

MARTINITO… ¿Conose usté a Anita?

JUANITO. Yo, no; pero Pedro Antonio me ha estao ponderando la revolusión que ha armao en Arminares.

PASCUAL. Zí.

CURRO. Es verdá; zí.

GERARDO. De cabesa nos trae a tos.

MARTINITO. Er que más y er que menos de los presentes resa por las noches en la cama pa que lo quiera.

PEPE. Pero las orasiones no yegan ar sielo. To lo alegre que la muchacha es por fuera, es por dentro formá.

PASCUAL. Zí.

CURRO. Es verdá; zí.

PEPE. En la edá que tengo, yo no he visto na por el estilo.

PEDRO. ¿Es o no es lo que yo te decía?

Juanito. *Sin poder disimular su júbilo.* ¡Sí, hombre, sí; si no lo he dudao! Bueno, señores, yo estoy muy contento, porque este pícaro me ha estao dando vino toa la tarde, y quiero que ustedes se me igualen un poco.

Pascual. ¡Vaya que zea!

Juanito. Un traguito más.

Ofrece unos vasitos a todos y beben.

Pepe. Venga, amigo.

Martinito. Grasias.

Gerardo. Grasias.

Pedro. *Llamando.* ¡Romero! ¡Inziste aquí!

Martinito. Me da er corasón que hoy va a insistí tanto, que se va a poné pesao Romero.

Risas.

Poco después sale Romero con dos bandejas más de vasos de vino. Las deja y se lleva la otra que trajo antes con los vasos vacíos.

Juanito. ¡Dame un abraso, Pedro Antonio!

Pedro. ¡Azí, azí quería yo verte en mi bodega!

Gerardo. Está, está contento.

Juanito. Lo estoy, ¿a qué negarlo? ¡Pero no se figuren ustedes que es der vino sólo! ¡Lo estoy… de muchas cosas!

Música

Er vino me da alegría
porque estoy alegre yo:
si no, no me la daría.

Er cristar der vaso
es cristar de aumento,
que en el arma agranda
lo que yeva dentro;

y agranda la pena cuando se está triste,
y aumenta la risa si se está contento.

Los demás.

Es cristar de aumento,
que aumenta la risa si se está contento.

Juanito.

Por eso la alegría
que antes tenía
siento cresé;

y por eso parese
que bebo y crese,
crese mi sé.

Cada vaso que apuro
es un rayo de só,
que er pecho me atraviesa
y yega ar corasón.

Los demás.

Cada vaso que apura
es un rayo de só,
que er pecho le atraviesa
y yega ar corasón.

Cesa la música entre ¡oles! y aclamaciones de todos.

En medio del jaleo se presenta en la puerta Goro Faroles, acompañado de Correa, su satélite y admirador incondicional.

GORO. ¡Desde la caye se oye er voserío! ¿Es er santo de arguno?

PEDRO. ¡Hola, Goro!

GERARDO. Dios te guarde, Goro.

JUANITO. Buenas tardes.

PEDRO. *Presentándolos.* Juanito Martínez: un forastero amigo mío.

JUANITO. Servidó.

PEDRO. Goro Faroles, el amo der mujerío der pueblo.

GORO. Un amigo de sus amigos.

CORREA. ¡Ole!

PEDRO. Juan Correa, el inseparable de Goro.

CORREA. Pa servirlo a usté.

JUANITO. Tomen ustedes un vasito.

GORO. No se escupe. Venga. La temperatura paese que está arta.

JUANITO. ¡Estamos alegres! ¿Verdá?

MARTINITO. ¡No estamos dijustaos!

GORO. ¡Pos yo no vengo triste tampoco! ¿Eh, Correa?

CORREA. ¡Y ole!

Se sientan los dos.

GERARDO. ¿Qué hay, Goro?

MARTINITO. ¿Qué hay?

GORO. ¡Se vive!

GERARDO. ¿Se vive, eh?

GORO. ¡Las cosas!

PEDRO. ¡Güeno, a vé qué armamos entre tos esta noche pa festejá a este amigo!

CURRO. Es verdá; zí.

GERARDO. Lo yevaremos un rato ar teatriyo pa que oiga cantá a la Niña e Mairena.

MARTINITO. Eso está güeno pa después. A mí se me ocurre otra cosa mejó.

JUANITO. A vé qué se le ocurre a usté, amigo.

MARTINITO. Lo primero que se le enseña a un forastero que yega a Seviya es la Girarda; y ar que yega a Córdoba, la Mezquita; y ar que yega a Granada, la Alhambra; y ar que yega a Málaga, la Caleta…

GORO. ¡Y ar que yega a Jaén, la Cara e Dios! ¡No viajes más por tu salú!

CORREA. ¡Y ole!

Risas de todos.

MARTINITO. Señores, he puesto esos ejemplos pa presentá más bien mi idea. ¿Qué hay en Arminares ahora mismo que se puea compará con toas esas maraviyas der mundo?

GERARDO. ¡Anita!

PEDRO. ¡Anita la Rizueña!

PEPE. ¡Anita!

PASCUAL. Zí.

CURRO. Es verdá; zí.

MARTINITO. ¡Pos a casa de Anita es adonde primero que a ninguna parte hay que yevá a este amigo tan simpático!

PEDRO. ¡Mu bien!

GERARDO. ¡Mu bien!

Voces de aprobación y algunos aplausos.

JUANITO. A la disposición de ustedes. Ninguna cosa más de mi gusto. Me han metío ustedes ya en ganas de conosé a ésa monería.

GORO. *Dándole un codazo intencionado a Correa.* Y eso ¿cuándo va a sé?

GERARDO. Esta noche, ¿no?

MARTINITO. Sí, esta noche; ¡es claro!

GORO. *Jactanciosamente.* Esta noche pué que se nuble.

JUANITO. ¿Cómo que se nuble?

GORO. ¡Las cosas, amigo!

JUANITO. ¿Qué cosas?

GORO. Tú, Martinito, er de la idea: trae acá un vaso de vino: há er favó.

CORREA. O si no, trae dos vasos.

MARTINITO. ¿Vas a empesá ya con tus misterios, Goro? ¿Es que quisás no te gusta mi idea?

GORO. Déjala pa otra noche.

MARTINITO. ¿Por qué?

JUANITO. ¿Por qué?

GORO. ¡Porque he visto en er sielo unos *candilasos!* ¡Señá de yuvia!

JUANITO. Y ¿qué?

GORO. ¡Que se podría meté la noche en agua! ¿Eh, Correa?

CORREA. ¡Ole!

GORO. ¡Se vive!

JUANITO. ¿Se vive?

GORO. ¡Los hombres!

Y pa los hombres las mujeres bravas
y er vinito resio.

La alegría de Juanito ha empezado a turbarse. Pepe el Serio, a quien molestan las jactancias de Goro, se levanta a replicarle con gravedad.

PEPE. Mira. Goro: te estoy oyendo desde que has empesao a fantaseá y se me está achicharrando la sangre.

GORO. ¿Sí? ¡Pos eso se cura con agraz! ¿Eh, Correa?

CORREA. ¡Y ole!

PEPE. Hablo en serio.

GORO. ¡Pepe er Serio te yaman!

PEPE. Si no estuviéramos aquí más que los de siempre, lo dejaría corré como tantas veses, porque ya conosemos de sobra tus faroles: Goro Faroles te yaman a ti. Pero como hay presente un amigo que no es de este pueblo, y a

este amigo le hemos hablao de Anita como eya se merese, no estoy dispuesto a tolera que tú con tus medias palabras des a entendé lo que no hay.

PEDRO. ¡Mu bien dicho!

GERARDO. ¡Pero mu bien dicho!

MARTINITO. Este habla poco, pero cuando se deja caé…

GORO. *Levantándose con arrogancia.* ¿Conque mu bien dicho, verdá? Correa, sierra la puerta.

CORREA. ¡Ole!

Correa obedece. Juanito sigue el diálogo con interés profundo y bebiendo vino maquinalmente. Pedro Antonio lo observa.

GORO. Goro Faroles va a contestarle a Pepe el Serio.

MARTINITO. Dos puntos.

GORO. ¿Filipinos?

MARTINITO. No, hombre: si esto es ortografía.

GORO. Déjate de pamplinas ahora. Y Goro Faroles le va a contestá por lo mismo que la reunión no es la de costumbre, y que hay un forastero en eya, que pudiera pensarse que a Goro Faroles to er fuego se le va por la boca.

CORREA. ¡Y ole!

GORO. Caya tú también. Yo he aconsejao de güena manera que deje la visita a casa de Anita la Risueña pa otra noche, porque esta noche, ¿se enteran ustedes?, da la casualidá de que Goro Faroles está sitao con eya en su casa.

JUANITO. ¿Eh?

GERARDO. ¡Vamos!

MARTINITO. ¡Quita!

PEDRO. ¿A que no?

CORREA. ¿A que sí?

GORO. Carma. Repito que esta noche Goro Faroles entra en casa de Anita la Risueña a comerse tos los durses que le dé la gana.

JUANITO. ¿Qué?

GORO. Martinito, yo también hablo poco; pero cuando me dejo caé…

PEPE. ¡Eso es mentira, Goro! ¡Eres un embustero!

GORO. ¿Yo?

PEPE. ¡Tú!

GORO. Correa, ¿tú oyes?

PEDRO. Vaya, no es menesté ponerze azí.

GORO. Carma. Goro Faroles no retira una palabra de lo que ha dicho. ¿Va la sena pa tos en la *Venta e los Cascabeles*?

PEPE. ¿Ya estamos con la apuestesita?

GORO. ¿Te achicas, eh?

PEPE. ¡Eso quisieras tú! Hase tiempo que tratas de mortificarme a ca paso, porque yo no dispongo der dinero de que tú dispones pa gastármelo en juergas; pero toavía me sobran a mí veintisinco duros, y nunca los tiraré más a gusto que con este motivo. Además, aunque no los tuviera, lo mismo los apostaría, porque estoy convensío de que yo gano y de que tú mientes. ¡Va la sena pa tos en la *Venta e los Cascabeles!*

GORO. ¡Dicho!

PEPE. ¡Dicho!

GORO. A las diez puén ustés caé por la caye e la niña, a orsequiarla con unas farsetas de guitarra y unas coplas. En seguía se meten ustés en la taberna der Jorobao, y desde eya verán si Goro Faroles ha dicho la verdá o no la ha dicho. La yamaré por la ventana primero, y después entraré en la casa.

CORREA. ¡Y ole!

GORO. ¡Hasta luego!

PEPE. ¡Hasta luego!

La emoción más honda y la angustia han ido apoderándose del ánimo de Juanito, turbada a la vez por los efectos de la bebida. Al oír lo terminante de la apuesta de Goro, borracho ya, lloroso y aturdido, rompe de repente a cantar la copla de Romero.

JUANITO.

> ¡Los demonios del engaño
> ya no están en los infiernos,

que los yevan las mujeres
entre las flores der pecho!

GORO. *Deteniéndose un instante al empezar la copla Juanito.* ¿Qué es eso, compadre?

PEDRO. ¿Qué te paza?

Mientras Juanito canta sin hacer caso de ninguno de ellos, todos le interrogan y lo rodean con interés.

MARTINITO. ¿Qué ha sío?

PEPE. ¿Qué le susede a usté?

GERARDO. ¡Ahora le ha dao yorona!

GORO. ¡Le ha dao yorona!

CURRO. Es verdá; zí.

MARTINITO. ¡Le ha dao yorona! ¡Le ha dao yorona!

PASCUAL. ¡Le ha dao yorona!

GORO. ¡Vámonos, Correa!

CORREA. ¡Y ole!

Se van los dos charlando.

PEDRO. Pero, Juan, ¿qué tienes?

PEPE. ¿Qué es eso, amigo?

GERARDO. ¿Qué es eso?

CURRO. ¡Le ha dao yorona!

PASCUAL. ¡Le ha dao yorona!

MARTINITO. ¡Na; que le ha dao yorona!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

División de escena. A la derecha de la actriz, la calle de los Pajaritos, en Alminares, con salida por uno y otro lado del fondo. —A la izquierda, la salita de casa del señor Ildefonso, el dulcero. En la pared divisoria, una reja. Una puerta a la izquierda y otra al foro. —En la calle, a la derecha, la taberna del Jorobado, que lleva el título de «El número 13». En la salita, muebles pueblerinos, cuidaditos y bien dispuestos. Es de noche. Sobre una mesita, un quinqué encendido. La ventana tiene cerradas las puertas de cristales y las de madera.

Por la derecha aparecen en la calle Pepe el Serio, Martinito, Gerardo, Curro y Pascual a darle serenata a Anita la Risueña. Gerardo viene con su guitarra. Llegan frente a la reja y se detienen. Por uno y otro lado va apareciendo poco a poco gente curiosa, que hace coro al grupo de amigos. También llega el Sereno de la calle, farol y chuzo en mano.

Música

PEPE.

Ya estamos en la caye,
y enfrente a su ventana;
prepara tú las manos
y templa la guitarra.

¡A vé si a vernos sale
la dueña de la casa,
como ar barcón der sielo
sale la luna clara!

Los cinco.

¡A vé si a vernos sale
la dueña de la casa,
como ar barcón der sielo
sale la luna clara!

Rasguea en la guitarra Gerardo mientras van llegando los curiosos.

Gerardo.

La guitarra ya está bien dispuesta:
no es guitarra: parese una orquesta.

Martinito.

Pos sígueme a mí,
que he sacao durmiendo la siesta
dos coplitas de las de hasta ayí.
¡En ninguna ocasión como en ésta
me quiero lusí!

Coro.

¡Pos venga de ahí,
si en ninguna ocasión como en ésta
se quiere lusí!

Sale Anita por la puerta del foro de la salita, sonriente y llena de curiosidad, y se acerca a la ventana cautelosamente para oír la serenata.

Martinito.

Los suspiros de tu tío
se pegan en un papé;
los suspiros de mi boca…

Se le olvida el verso final de la copla y hace inútiles esfuerzos por recordarlo.

los suspiros de mi boca…
¡Se me fué!

Coro.

¡Se le fué!

Anita.

¡Pobre Martinito,
qué mala memoria
tiene er pobresito!

Coro.

¡Mira qué doló:
tan bonita copla
como prinsipió!

Martinito. *A Gerardo.*

Vuérveme a seguí,
porque la segunda
no se me ha de í.

El arrope de tu casa,
no hay arrope como é:
er día que tú me arropes…

Le ocurre lo mismo que antes.

er día que tú me arropes…
¡Se me fué!

Coro.

¡Se le fué!

Anita.

O esto es una guasa,
o tendré que darle
palitos de pasa.

Coro.

¿Qué le ocurrirá,
que esta nochesita
toíto se le va?

Martinito.

¡Mar tiro me den!
¡Que me caiga un rayo!
¡Que me coja er tren!

Pepe.

Sarte tú ya, Gerardo,
con cuatro cosas finas,

que no está tu guitarra
pa acompañá pamplinas.

Gerardo.

Ahora mismito:
y Dios me dé más suerte
que a Martinito.

Coro.

Ahora mismito:
y Dios le dé más suerte
que a Martinito.

Gerardo.

Tus ojitos risueños
quisiera yo sé,
por tener en mis sueños
su fino dosé.

Anita.

En la noche una estreya
quisiera sé yo,
para vé desde eya
dónde está mi amó.

Gerardo.

Tu risita grasiosa

quisiera yo sé,
para sé mariposa
en rojo clavé.

Anita.

Mariposa briyante
quisiera sé yo,
y donde está mi amante
quemarme alredó.

Gerardo.

¡Quién fuera peina en tu pelo,
sinturón en tu sintura
y tu camino en er suelo!

Coro.

Quiere sé peina en su pelo,
sinturón en su sintura
y su camino en er suelo.

Anita.

¡Quién fuera luz en su sielo,
y el aire con que respira,
y su sombrita en er suelo!

Los ojitos de mi cara
ahora mismo diera yo,

por que en mi reja sonara
la voz der que me hechisó.

GERARDO.

El arma se me yenara
der más vivo resplandó,
si a esta reja se asomara
esa carita de fló.

LOS DOS Y EL CORO.

Corasón que está cantando,
pájaro quisiera sé,
para ir volando volando
en busca de su queré.

Cesa la música.

PEPE. ¡Bien ha estao Gerardo!

PASCUAL. ¡Bien ha estao!

CURRO. ¡Es verdá, zí; bien ha estao!

GERARDO. He estao na más que regulá, porque no hemos conseguío verle la cara.

ANITA. Ha estao muy bien pero ahora estaría mejó que se fueran tos, antes que yegue el otro.

MARTINITO. *Gritando de repente.* ¡Se pegan en la paré!

PEPE. ¿Cómo?

MARTINITO. ¡Se pegan en la paré! ¡Ahora me acuerdo de la primera copla!

Los suspiros de tu tío

se pegan en un papé;
los suspiros de mi boca,
se pegan en la paré.

Risas.

ANITA. Valió más que se le orvidara.

PEPE. Señores, yo voy a refrescá la sangre un poco, en vista de que la niña no sale. Que me siga er que quiera.

PASCUAL. Yo zoy uno.

CURRO. Y yo otro.

GERARDO. Vamos a refrescá la sangre.

MARTINITO. Vamos ayá. ¡Lástima que no se pudiera también refrescá la memoria!

Pepe el Serio y sus amigos se entran en la taberna. Los curiosos se van en la misma forma que llegaron.

ANITA. Se quitan de la caye. ¡Ar pelo! Y también me párese que se marcha mi tito. ¡Ar pelo!

Vase ella por la puerta de la izquierda. En la calle queda sólo el Sereno, que no lo está mucho, a decir verdad.

SERENO. ¡Viva er rumbo, hombre; viva er rumbo! Me paese a mí que ofreserle una copita ar sereno no hubiea sío ningún disparate. Porque si er sereno dise de pronto: «Aquí está er sereno», a estas horas están eyos cantando sus coplitas en er paso a nivé. ¡Pero, en España, los representantes de la ley vivimos en ridículo!

Sale a la calle el Señor Ildefonso, por la izquierda.

SR. ILDEFONSO. ¡La de enredos y la de trapisondas que trae mi sobrina! ¡Demonio de muchacha! Y sin embargo me voy convensiendo de que es una personita formá.

SERENO. ¿Qué es eso? ¿Viene usté hablando solo?

SR. ILDEFONSO. ¡Hola, Domínguez, Dios te guarde! Sí, hijo, sí; hablando solo. ¡La edá!

SERENO. ¡La edá! Me hase a mí grasia ese *timito* de la edá. Y ¿adonde se va ahora?

SR. ILDEFONSO. ¡Figúrate! Al aguaducho un rato, a jugá una partía e damas con er primero que se presente. ¡Si ya no está uno pa otra cosa!

SERENO. ¿No, eh? ¿A que píe una copita en cuanto yegue?

SR. ILDEFONSO. Es posible, es posible. Di tú que me entre flato. Quéate con Dios. *Vase por la derecha.*

SERENO. Vaya usté enhoragüena. *Considerando filosóficamente la descortesía del Señor Ildefonso*. ¿Usté ve? Tos iguales. ¿Qué trabajo le hubiea costao a este hombre desirme: «Domínguez, quiés acompañarme a eso de la copita»? ¿Es que porque uno sea sereno no pué tené flato también? Pos si a mí me diera er venate de serrá el aguaducho, ¡a vé adonde se iba é a jugá a las damas!

Llegan por la derecha Goro Faroles y su inseparable Correa.

GORO. No he tenío pasiensia pa esperá más. Aquí estoy.

SERENO. Güenas noches, Goro.

GORO. Güenas noches, Domínguez. *Con sorna.* ¿Ha venío por esta caye Pepe er Serio con unos amigos?

SERENO. Hasta ahora mismo han estao tocando y cantando delante esta ventana, y ahora se han metío tos en la taberna der Jorobao. Pero ninguno ha sío pa desirme…

GORO. ¿Qué?

SERENO. Na.

GORO. *A Correa por el Sereno*. Este bichito e luz va a estorbá mu poco. Vete tú a la taberna con esa gente pa que se enteren de que no me ha cogío ningún carro.

CORREA. ¡Y ole! Hasta luego, ¿eh?

GORO. Hasta luego.

CORREA. ¡Güena mano derecha!

GORO. Izquierda, ¿no es mejó?

CORREA. ¡Ole! *Desde la puerta de la taberna.* ¿Quiés una copa?

SERENO. ¿Eh?

GORO. Grasias.

CORREA. Mía que es güen vinito.

GORO. Me van a dar natiyas dentro un momento, y er vino y las natiyas no casan.

CORREA. ¡Y ole! Adiós.

GORO. Adiós.

SERENO. ¡En ridículo!

Se saludan los dos compadres con las manos y Correa se mete en la taberna. Goro pasea la calle hecho un pavo real y ahumando las paredes con las bocanadas que suelta de su puro.

SERENO. *Adulándole*. Se fuma, ¿eh?

GORO. ¡Se fuma!

SERENO. Se vive, ¿eh?

GORO. ¡Se vive!

SERENO. Se respira, ¿no?

GORO. ¡Se respira!

SERENO. Me hasen a mí grasia esos *timitos.*

GORO. Toma un sigarro.

SERENO. ¡Se agradese!

GORO. Toma pa unas copas.

SERENO. Estimando.

GORO. Y te arvierto que ese farolito me lastima a vista. ¿Tú oyes?

SERENO. *Señalando a la ventana de Anita.* ¿Su mersé, quisás?

GORO. ¡Que te quemas!

SERENO. ¡Las mujeres!

GORO. ¡*Chipén* con lana!

SERENO. Pos hasta mañana si Dios quiere. Yo no molesto.

Goro. Anda con Dios.

Sereno. ¡Éste sí que es un hombre! *Se va por la derecha admirándolo.*

Goro. *Así que se ve solo completamente.* ¡Ea! Ya yegó la hora. A quien se le diga que un punto tan corrío como yo siente una hormiguiya por er cuerpo que no ha sentío nunca, no lo cree. Na: esto es nuevo pa mí. A la ventanita, Goro; a la ventanita. Tocaremos er reclamo. *Da con los nudillos en el quicio de la ventana, y espera canturreando un* si *es no es nerviosa e inconscientemente.*

> *Toíto lo que intento logro;*
> *yo no me quejo a mi estreya.*
> *Yo no he intentao cosita*
> *que no me sarga con eya.*

¡Y ole! ¿Qué es eso, Correa? ¡Ah! que no está Correa. ¡Los nervios! ¿A vé? *Aplica el oído a la ventana.* ¿Sardrá o no sardrá? *Por la puerta de la izquierda vuelve a aparecer en la sala Anita la Risueña, que se llega presurosa a la ventana y la abre.* ¿Son mis oídos o es que viene? ¡Viene! ¡viene! ¡Ya está, ya está aquí! ¡Los hombres! ¡Que siento que no pase nadie!

Anita. Buenas noches, Goro.

Goro. ¡Bendita sea la hora en que nasí! ¡Primera vez que salen a un tiempo er só, la luna y las estreyas!

Anita. ¡Jesús, qué resplandó tan fuerte!

Goro. ¡La grasia!

Anita. Mi tito ya está en el aguaducho; ¿lo ha visto usté?

Goro. ¡Y yo en la gloria!

Anita. Pos sárgase usté de eya un momento y dé usté la vuerta a la esquina.

Goro. ¡Las güertas que usté quiera doy yo! ¡Más que un trompo!

Anita. Una na más: ésa que le he dicho. Entre usté en casa, que por la reja no quiero palique. Aquí dentro estaremos mejó; ¿no es verdá?

Goro. ¡Verdá que me paese mentira!

Anita. Pos ande usté.

GORO. ¡Ahora *mesmi!*

ANITA. Ande usté, ande usté. *Cierra la ventana.*

GORO. ¡Los hombres! ¡Lástima que no sea una cristalería esa paré de la taberna! *Tira el cigarro por lo alto.* ¡Por si acaso le molesta el humo! ¡Se vive! *Vase resueltamente por la izquierda tragándose la calle.*

En la salita aparece la Llorona, que sale por la puerta de la izquierda en actitud de detener a Anita, que va a irse. La Llorona es una jamona lacrimosa y ridícula, unida a Goro por vínculos estrechos. Para recibirlo se ha puesto sus mejores galas.

LA LLORONA. *Entre lágrimas.* ¿Va a entrá?

ANITA. Al istante.

LA LLORONA. ¿Aquí?

ANITA. Aquí. Váyase usté.

LA LLORONA. ¡Por tu madre te pío que no descanses hasta conseguí que nos arreglemos!

ANITA. Descuide usté: cuando yo me he prestao…

LA LLORONA. Si te dise que le repuno…

ANITA. ¡Yo sabré contestarle!

LA LLORONA. ¡Por aqueyas sinco criaturitas, que no ven a su padre hase ya dos años!

ANITA. Vamos, quítese usté de en medio.

LA LLORONA. ¡En ti confío!

ANITA. Esté usté tranquila.

LA LLORONA. ¡Anita, por tu madre! ¿Cuando sargo yo?

ANITA. ¡Cuando yo le avise!

LA LLORONA. ¡Que lo hagas, Anita; que lo hagas!

ANITA. ¡Lo haré!

LA LLORONA. ¡Que lo hagas!

ANITA. ¡Lo haré o poco pueo!

LA LLORONA. ¡Pobresita de mí!

Éntrase por la puerta de la izquierda, lloriqueando, y Anita se va riéndose por la del foro.

De la taberna salen, con gran sigilo e interés, Pepe el Serio, sus amigos y Correa. Todos menos éste se llegan recatadamente al fondo para ver si Goro entra o no entra en la casa de Anita.

MARTINITO. Ya coló.

GERARDO. Ya coló.

PASCUAL. Zí.

CURRO. Es verdá; zí.

PEPE. Entró en la casa.

CORREA. ¡Ole!

PEPE. He perdío la apuesta. Pero no es por la apuesta por lo que lo siento; es por er desengaño. Hubiera yo puesto por Anita las manos en er fuego. En fin, ¿qué se ha de hasé? Er que entienda a las mujeres que escriba un libro.

GERARDO. Dises bien, Pepe.

PEPE. Vámonos pa la *Venta e los Cascabeles* a disponé la sena.

GERARDO. Hombre, sí; vamos a emborracharnos der to a vé si se nos pasa esta pesaíya.

MARTINITO. Dí con Dios: yo me voy a mi casa.

PEPE. ¿A qué?

MARTINITO. ¡A ponerme unos sinapismos! Me ha dejao este gorpe como pa meté la cabesa entre dos puertas y serrá con yave.

GERARDO. Ya pareserás luego por ayí. ¿Vamos?

PEPE. Vamos.

PASCUAL. Vamos, zí; vamos.

CURRO. Vamos.

Pepe el Serio, Gerardo, Curro y Pascual se retiran por la derecha. Correa se encara con Martinito.

CORREA. ¡Me está dando pena verte las lágrimas sartás! ¡Lo que tú tienes que hasé es imitá a ese hombre!

Martinito. ¿A Goro?

Correa. ¡A Goro! Sus maneras, sus dichos, sus desplantes… ¿No lo ves? ¡Tiene to lo que quiere! ¡Y mientras no hagas eso te pasarás la vía resibiendo merengues y pestiños en el estanco! Anda ya pa la *Venta*.

Martinito. Ahora iré.

Correa. ¡Como te dé la gana!

Vase tras de los otros.

Martinito. Nesesito está solo siquiea media hora. ¡Que me refresque el aire e la noche! Y pué que me aconseje bien Correa. ¡Si yo me diera maña pa imitá a Goro!… Después de to no es tan difisi. ¡Se vive! ¡Las cosas! ¡Los hombres! ¡Las mujeres! *Se va por la izquierda animado con el descubrimiento y repitiendo las muletillas de Goro,*

Vuelve Anita por donde se marchó. Goro viene tras ella descubierto y rebosando dicha.

Anita. Pase usté, Goro; pase usté.

Goro. *Deteniéndose en la puerta.* ¿Hay permiso pa entrá en la gloria?

Anita. Sí, señó: entre usté en la gloria.

Goro. ¡Con lisensia de la Virgen der Carmen!

Anita. Doy permiso pa entrá: pa salí no lo doy.

Goro. Y ¿a quién se le va a ocurrí pedirlo pa salí?

Anita. ¡Que sé yo! ¡Las cosas! como dise usté mucho.

Goro. ¡Las cosas! Vamos, Anita, otra vez le pío a usté que me dispierte, porque yo estoy soñando.

Anita. ¿De veras? Y ¿cómo lo despierto a usté?

Goro. *Jovial.* Pos… ¡pos déme usté un susto!

Anita. ¿Un susto? ¡Se hará lo que se puea!

Goro. ¡Grasiosa!

Anita. Pero antes der susto le vi a dá a usté un durse y una copita, pa que le coja er cuerpo entonao.

Goro.

En un cuartito los dos,
veneno que usté me diera,
veneno tomara yo.

ANITA. Ea, pos vamos por la primera toma de veneno. Siéntese usté, si gusta. *Se marcha por la puerta del foro.*

GORO. ¡De roíyas es como me queo, aunque no lo parezca! *Entregándose a alegría.* Vamos, que… Vamos, qué otro cuarquiera, en mi lugá… ¡Se dise pronto! ¡Los hombres! *Mirando a la ventana.* ¿Y esto por qué va a está serrao? *La abre y se asoma.* ¡Así: que entre el aire! ¡Mardito sea! No pasa un arma. Esta caye que por er día es un hormiguero… *Saludando de pronto.* ¡Adiós! ¡Ah! no, que es er marmoliyo. Creí que era Vayejo. ¡Ayayay! ¡Se vive! ¡No; si uno consigue las cosas de boquiya! ¡Pasiensia, amigo!

Vuelve Anita con el veneno: un plato con dulces, una botellita de aguardiente y una copa.

ANITA. ¿No se sienta usté?

GORO. Cuando usté se siente, mi arma.

ANITA. Pos ya.

GORO. Ya.

ANITA. ¿Un dursesito?

GORO. Pa durse, usté. La copita sola.

ANITA. Vaya la copita. *Se la sirve.*

GORO. ¿Y usté, no bebe?

Anita Probaré de la de usté.

GORO. ¡Y ole! ¡Que te cayes, Correa!

ANITA. ¿Cómo?

GORO. Na. No sé lo que me digo.

ANITA. *Después de probar el aguardiente.* ¡Bah! ¡Me abrasa las entrañas!

GORO. ¡Sentrañitas mías! ¡Si esto es asúca pura!

ANITA. ¡Asúca!…

En la cara que pone Goro se advierte bien que no es azúcar.

GORO. ¡Será porque ha puesto usté aquí los labios!

ANITA. Será. Conque vamos a vé si nos entendemos.

GORO. ¡Aunque bable usté en latín y yo en ruso!

ANITA. Entonses, cosa hecha: porque como pienso habla en españó…

GORO. ¡Las mujeres!

ANITA. Vi a serrá la ventana primero pa que nadie nos vea.

GORO. ¡Si la caye está sola!

ANITA. De tos modos. *Se levanta, cierra la ventana y vuelve a sentarse*.

GORO. Mientras usté sierra la ventana… me tiene a mí con la boca abierta.

ANITA. Pos tenga usté cuidao con las moscas. Vamos a nuestro asunto. Usté se dirá: ¿qué es lo que querrá Anita conmigo?

GORO. ¡Por lo pronto sé lo que quiero yo con Anita!

ANITA. Está bien. Y yo le aseguro a usté que no daría este paso si no fuera usté una persona tan cabá y tan simpática

GORO. ¡Quién habla aquí de simpatías!

ANITA. Y si además de eso no creyera que es usté un hombre de corasón.

GORO. Eso sí: ¡un corasón tengo como un cántaro!

ANITA. Bien comparao está… por lo mucho que ha ido a la fuente y ha vuerto de eya.

GORO. ¡Pos esta vez va tan a gusto que paese nuevo!

ANITA. ¡Sí… nuevo!… ¿A cuántas no les habrá usté dicho lo mismo? ¿A cuántas no habrá usté dejao interesás por su persona? Arguna pobresita quisás yore por er cariño de usté en estos momentos…

GORO. ¡Las mujeres siempre tienen las lágrimas en la fartriquera!

ANITA. ¡Tunante!

GORO. ¡No hable usté de tunantes teniendo esos ojos!

ANITA. Labia no le farta; eso ya estaba averiguao. Sin labia no se logra tanto de las mujeres… Y usté, amigo, la fama lo cuenta: donde pone la vista pone er balaso.

GORO. ¡Pschá!

ANITA. Miá cómo se esponja. Cómo sabe é que no se le resiste ninguna infeliz… ¿Lo he conosío a usté, Goro, sí o no?

GORO. *Borracho de satisfacción.* ¡Me confunde usté con mi hermaniyo er chico!

ANITA. Pos siquiera por el asierto; por aqueyo de que al asercarme a usté ya sé adónde voy, prométame usté complaserme en lo que le pía.

GORO. ¡Hija mía de mi arma!

ANITA. Yo no voy a pedirle ningún imposible; sino sólo que no sea crué con una persona que lo quiere.

GORO. ¡Anita!

ANITA. ¿Va usté a serlo?

GORO. ¿Se quié usté cayá?

ANITA. Pos espéreme usté un minuto, que me he sofocao, y voy por un abaniquito pa refrescarme.

GORO. ¡No se vaya usté ahora!

ANITA. Si vuervo en seguía; si no es más que por el abanico. *Lo mira con su mejor sonrisa desde la puerta de la izquierda y se entra por ella.*

GORO. ¡Por el abanico! ¡Te veo! ¡Güeno, Goro, esto es pan comío y lo demás es música de la Sopa! ¡Los hombres! Sí que hase aquí caló… *Vuelve a abrir la ventana.* ¡Y sin pasá nadie! ¡Por vía de…! ¡Con lo que a mí me agrada saludá desde las casas de las mujeres bonitas! ¡Lo mismo que cuando voy en coche me gusta desirles condiós a los que van a pie!

Por dicha para Goro, en tal punto acierta a cruzar la calle hacia la taberna el gran Don Futraque, en guisa de hombre que va a ahogar el hambre en un chato de manzanilla. Goro enloquece al verlo. ¡Eh! ¡eh! ¡Don Futraque!

DON FUTRAQUE. ¿Quién yama a don Futraque?

GORO. ¡Aquí! Estoy de suerte. ¡Éste lo cuenta por to er pueblo! ¡Don Futraque!

DON FUTRAQUE. ¿Quién yama al artista?

GORO. ¡Se vive!

DON FUTRAQUE. ¡Oh! ¿En qué se le puede servir ar rey der mundo?

GORO. ¿Ande se camina tan ligero?

DON FUTRAQUE. A armorsá.

GORO. ¿A armorsá a estas horas?

DON FUTRAQUE. El artista no tiene hora fija Voy a la taberna a vé si me dan unas buchaíyas de papas y garbansos.

GORO. Y ¿ése es el armuerso de hoy?

DON FUTRAQUE. No; éste es er de ayé. ¿Y el hombre, qué hase aquí?

GORO. ¡En la carse que estoy!

DON FUTRAQUE. ¿De quién es la ventana ésta, si no molesto ar preguntarlo?

GORO. ¡De un calabozo! ¿No lo ves?

DON FUTRAQUE. ¿No será de Anita la Risueña?

GORO. *¡Quisaque!*

DON FUTRAQUE. ¡Ah! *¿Quisaque?* ¡El amigo Faroles no se aburre en er pueblo!

GORO. ¡Me gustan las palomitas tiernas!

DON FUTRAQUE. ¡No le miente al artista cosas de comé!

GORO. *Dándole una peseta.* Toma, hombre, toma; pa que el armuerso sea más sustansioso.

DON FUTRAQUE. Estimando, mi protertor. Y que sea enhoragüena por la palomita.

GORO. ¡Las cosas, don Futraque; las cosas!

La Llorona ha salido por la puerta de la izquierda momentos antes, temblando de emoción, y se ha detenido contemplándolo embelesada. Goro vuelve la cara y recibe una descarga eléctrica.

GORO. *Horrorizado.* ¡Eeeeeeeh!

La Llorona. *Ternísima*. ¡Goro!

Goro. ¿Qué es esto? ¿Quién ha traído esto aquí? *Instintivamente cierra de golpe todas las puertas de la ventana.*

Don Futraque. ¡Compadre, qué susto se ha yevao! ¿Quién será esa pepona? ¡Y ha cortao la comunicasión en el arto! ¡Como si hubiea tormenta! *Aplica el oído a la ventana.*

Música

Goro.

¿Quién te trajo a esta casa
y a qué has venío?

La Llorona.

¡Er corasón me trajo
tras de lo mío!

Don Futraque.

¡Anda, salero!
¡Se gorvió la paloma
perro ratero!

Suelta la carcajada. Goro tiembla.

La Llorona.

¡A Anita le he pedio
que por mí abogue!

Goro.

¡Anita se merese
que yo la ajogue!

Don Futraque.

¡Ya esto está visto!
¡Y el hombre con Anita

se daba pisto!

Suelta otra vez la carcajada. Goro vuelve a temblar.

La Llorona.

¿Por qué ya no me quieres,
so descastao?

Goro.

(¡Si la oye don Futraque,
me he reventao!)

Don Futraque.

¡La *armendra* lista,
que hay aquí un güen negosio
para el artista!

La Llorona.

¡Por aqueyas criaturitas!

Goro.

¡Que te cayes!

La Llorona.

¡Por er santo de tu nombre!

Goro.

¡Que te largues!

La Llorona.

¡Por los ojos de tu cara!

Goro.

¡Que te maten!

Don Futraque.

¡Hoy aumenta er repertorio
don Futraque!

Cesa la música.

Goro. Mira, Yorona: tengamos la fiesta en paz. ¡Quítate de delante *mía*!

La Llorona. ¡Goro!

Goro. ¡Tengamos la fiesta en paz, Yorona! ¡Que venga Anita y hablaremos!

La Llorona. Pero ¿será pa bien de aqueyas criaturas?

Goro. ¡Que venga Anita!

Don Futraque. La cara de la Yorona suplicándole a Goro. *La imita.*

La Llorona. ¡No es por mí: es por eyos!

Goro. ¡Que me dejes, Yorona!

La Llorona. ¡Por eyos na más!

Goro. ¡Yorona…!

Don Futraque. La cara de Goro *amasando* una gofetá pa la Yorona. *La imita también.*

La Llorona. ¡Siempre ha de sé tu gusto!

Goro. ¡Que venga Anita o me voy yo!

La Llorona. ¿Te repuno?

Goro. ¡Que venga Anita, sinapismo!

Don Futraque. La cara de Anita detrás e la puerta. *Finge una cómica risa nerviosa.*

La Llorona. ¡Vendrá, vendrá Anita! ¡Siempre ha de sé tu gusto, negrero! *Suelta un sollozo que parece un ladrido y se va por donde salió.*

Inmediatamente Goro abre la ventana y se asoma.

Goro. ¡Mardita sea! ¡Lo que me temí: don Futraque! *Llamándolo.* ¡Don Futraque! ¿Toavía de paseo?

DON FUTRAQUE. ¡Hasiendo ganiyas!

GORO. Ven acá.

DON FUTRAQUE. Presente.

GORO. Toma.

DON FUTRAQUE. ¿Un duro?

GORO. ¡Caya!

DON FUTRAQUE. *Bajando la voz.* ¿Un duro?

GORO. Ar güen entendedó… Si esto se sabe en er pueblo, es porque tú lo has dicho.

DON FUTRAQUE. ¡Seré un simenterio, don Faroles!

GORO. ¡No lo seas y ya verás tú cómo las gasta don Faroles!

DON FUTRAQUE. ¡Seré un simenterio!

GORO. Pos largo de la caye.

DON FUTRAQUE. En seguía. Salú pa darme muchos así. *Se encamina a la taberna resplandeciente de alegría, y antes de entrar en ella dice, haciendo un gesto significativo:* La cara de un simenterio mirando un duro. Güenas noches.

Sale Anita por la puerta de la izquierda.

GORO. ¿Paresió usté ya?

ANITA. Ya paresí.

GORO. Sierre usté esa puerta con yave.

ANITA. Sin yave: ya está. ¿Que ocurre?

GORO. Que esto que ha hecho usté conmigo esta noche no se hase ni con un penco de los toros. *Anita se ríe.* ¡No se ría usté! ¿Cuándo ha venío ese bicho?

Se oye un nuevo sollozo de la Llorona. Goro cierra otra vez de golpe todas las puertas de la ventana.

ANITA. Esta mañana en er coche de Arminarejo. A las sinco ya estaba aquí.

GORO. Y ¿no la ha visto nadie?

ANITA. Nadie.

GORO. Menos má.

ANITA. Por eso ha sío posible esta sorpresa.

GORO. ¡Este tiro en la sien que usté me ha pegao!

ANITA. Por condesendé con mi madre. Eya y la Yorona fueron muy amigas, han mediao cartas entre las dos, y ar sabé que yo estaba aquí, le ha pedio que diera este paso pa arreglarlos a ustedes.

GORO. Pos lo ha podio usté hasé de otra manera, hija mía. Porque yo venía con mis ilusiones.

ANITA. ¿Y a usté quién le ha mandao hasérselas?

GORO. Usté, que me dijo…

ANITA. Yo le dije a usté que tenía que hablarle de un asunto. Y que si hasía farta habría aquí una persona de respeto.

GORO. ¡Y es de respeto! ¡Pero mardita la farta que hasía! Sobre que to eso me lo dijo usté con un agrao…

ANITA. Como le hablo a to er mundo, señó.

GORO. Y con una risita…

ANITA. La que gasto cuando no hay pa qué ponerse seria.

GORO. Con to y con eso: lo menos que ha debío usté hasé ha sío arvertirme de lo que se trataba.

ANITA. Y si se lo arvierto, ¿usté viene a verla?

GORO. ¡Ni amarrao por los codos!

ANITA. ¡Entonces!… Pero así como le digo a usté una cosa le digo otra: yo no sabía que estaban ustés tan enconaos. Si lo sé, no intento las pases.

GORO. ¡Enconaos es poco! ¡Y cuenta que yo le mando una mesá y que no abandono a las criaturas! ¡Lo que no quieo es verla! ¿Usté sabe? ¡Una mujé que se dispierta, y yora; que armuersa, y yora; que come, y yora; me pongo la capa que me regaló, y yora; no me la pongo, y yora; me voy a la caye, y yora; güervo, y yora más!… ¿Hay quién aguante esto? ¡Sin contá con que da más caló que una oya! Güenas noches.

ANITA. *Riéndose.* ¿Se marcha usté?

GORO. ¡Juyendo! Ya hablaremos en otra ocasión.

ANITA. Y ¿se va usté enfadao?

Goro Pos ¿qué quié usté, niña? ¿Que me vaya con la sonrisita que píen los fotógrafos? Güenas noches.

ANITA. *Sin dejar la risa.* Vaya usté con Dios.

GORO. *Dándole a la frase un sentido muy distinto que de costumbre.* ¡Las mujeres!

ANITA. *Remendándolo.* ¡Los hombres!

Él se marcha por la puerta del foro y ella riéndose por la de la izquierda.

Por la derecha reaparece el Sereno en la calle y por la izquierda sale luego Goro.

SERENO. ¡Hola, hola! Se quitó er pájaro de en medio. Por lo visto estorbaban también los hierros de la jaula; no era tan solo er farolito. ¡Hombre! ¡Aquí viene él que se han pasao un ratito arruyándose! ¡Las mujeres!, como dise el hombre.

GORO. *Hablando solo.* He caío en la trampa lo mismo que un sordao… ¡Pero esa niña me paga a mí la enserrona! Vamos, que cuando yo me vi frente a frente con esa tinaja…

SERENO. *Acercándosele*. ¿Se respira, Goro?

GORO. ¿Eh?

SERENO. ¿Se respira?

GORO. *En un tono verdaderamente indefinible.* ¡Se respira! *Con cierta escama.* ¿Es que tú quisás te has enterao?…

Sereno. ¿Yo? De na. Yo acabo e yegá ahora. Pero como le conozco a usté los *timos…*

GORO. *Tranquilizándose y volviendo en seguida a su papel.* ¡Ah, sí! ¡Se respira, se respira! ¡Las cosas! Una mijiya de apuesta que ha habío entre los dé la música y yo. Que si entraba en la casa de Anita, que si no entraba… En la *Venta e los Cascabeles* están tos esperándome… Si quiés asomarte por ayí cuando vayas de recogía, te daré un *copaso.*

SERENO. ¡Los hombres! ¡Ya lo creo que me asomaré!

GORO. Habrá vino y fiesta hasta la mañana. Irán las artistas der teatriyo de la Alamea. ¡Un juergaso que le va a costá un ojo a Pepe er Serio! ¡Por dudá der gancho que tiene pa las mujeres Goro Faroles! ¡Mía tú que dudá der gancho de Goro Faroles! Hasta la vista, amigo Domínguez.

SERENO. Que usté lo pase bien, y muchas grasias.

GORO. *Márchase por la derecha cantando como si en efecto hubiera obtenido un triunfo.*

Toíto lo que intento logro;
yo no me quejo a mi estreya…

SERENO. Es juncá. ¡Por cuarquiera se cambia ahora mismo!… Nos tomaremos la úrtima copita a su salú. *Se mete en la taberna.*

Salen por la izquierda Pedro Antonio y Juanito.

JUANITO. *Con amargura.* Pepe er Serio y sus amigos lo vieron entrá, y nosotros lo hemos visto salí. ¿Lo quiés más claro?

PEDRO. ¡Pos toavía no lo creo! Es decí, que haya entrao en la caza no lo pueo negá; ¡pero habrá entrao pa encargá unos durces!

JUANITO. Te agradezco mucho tus consuelos, Pedro Antonio; pero no me convenses. Déjame solo.

PEDRO. ¿Qué vas a hacé?

JUANITO. A yamá a esa ventana; a obligarla a salí; a desirle que ya la conosí der to, y a renegá de la hora en que la quise. Y mañana me voy de Arminares.

PEDRO. Me paece bien que hables con eya. Tú verás como hay en el azunto argún tapujo que no zabemos tú ni yo. En la taberna der Jorobao te espero. *Éntrase en ella.*

Música

JUANITO. *Con dolor y con lágrimas, al pie de la reja de Anita.*

¡Yo selos nunca tuve
y hoy tengo selos:
será que nunca quise:
será que hoy quiero!

¡Malhaya el hombre que fía
en cariño de mujé!
¡Mejor cuenta le tendría
morirse, pa no sabé
lo que es una felonía!

A mitad del lamento sale Anita por la puerta de la izquierda, sorprendida y turbada, y queriendo reconocer la voz que escucha, se acerca a la ventana y presta oído.

Anita. ¡Es su voz! ¿Es posible esto? *Abre la ventana y lo ve.* ¿Tú?

Juanito. ¡Yo! ¿No me esperabas?

Anita. ¡No por sierto! ¡Tienes vena de loco!

Juanito.

Aquí estoy a jurarte
que yo ya no te quiero;
que aquer cariño grande que te tuve
se lo ha yevao er viento,
porque de tus traisiones y mentiras
estoy ya más que sierto.

Anita.

Y aquí estoy yo a desirte
que estás otra vez siego;

que aquer cariño tuyo no se ha ido
cuando a buscarme has vuerto,
y que esas mis mentiras y traisiones
sólo las ven tus selos.

Juanito.

¿Mis selos?

Anita.

¡Tu locura!

Juanito.

¡Tu engaño!

Anita.

¡Tu seguera!

Juanito.

¡Dígalo quien hablaba
hase poco en tu reja!
¡Dígalo quien más tarde
entraba por tu puerta!

Anita. *Asombrada al oír a Juanito y acabando por soltar la risa.*

¡Por la Virgen der sielo!
¡Que los dortores vengan!
¡Ahora sí que se ríe
Anita la Risueña!

Juanito.

¡Ríe, ríe, que er caso es de risa!

el hombre a quien quieres
apostó que entraría en tu casa,
y ahora mismo bendise su suerte,
y rueda tu nombre manchao con vino
en la *Venta de los Cascabeles!*

Anita.

¡Mentira!

Juanito.

¡La tuya!
¡Ya sé bien quién eres!

Anita.

¡Mentira! ¡mentira!
¡mentira mir veses!

Juanito.

¡Lo vieron mis ojos!
¡Lo vió mucha gente!

Anita.

¡Por tu madre, escucha!
¡Por tu madre, atiende!

Juanito.

¡Por mi madre juro
que he de aborreserte;
y aquer gran cariño que me hiso dichoso
de mi pecho lo arranco pa siempre!

Anita rompe a llorar y se aparta de la ventana. Él va hacia la taberna.

¡Malhaya el hombre que fía
en cariño de mujé!

Anita.

¡Malhaya la suerte mía!
¡Pero yo me vengaré
antes que amanezca er día!

FIN DEL CUADRO PRIMERO

Intermedio musical

CUADRO SEGUNDO

Azotea de la «Venta de los Cascabeles». Tres o cuatro mesas y diversidad de sillas y bancos. Es de noche. Luces eléctricas. Puertas a la derecha y a la izquierda.

La cena de la apuesta entre Goro Faroles y Pepe el Serio está en su punto más interesante. En las mesas hay huellas de cuanto se ha comido y bebido, que no ha sido poco.

Música

Goro Faroles está sentado a la izquierda, en primer término, con aire triunfador. A su lado Correa duerme la turca. Pepe el Serio, Curro y Pascual forman un grupo junto al que toca la guitarra Gerardo, que acompaña el canto y el baile con otro Tocador. Becerra, el camarero, se multiplica para atender a todos. La Mamá de la Trompita come todavía a dos carrillos. El Papá duerme a su lado el sueño de una digestión extraordinaria. El Administrador de la Niña de Mairena, ésta y las Hermanas Corrales beben vino sin tregua ni descanso. La Trompita y varias Bailadoras bailan graciosamente, jaleadas por todos.

GERARDO. ¡Ole! ¡ole!

GORO. ¡Las mujeres!

GERARDO. ¡Eso es bonito!

PEPE. ¡Eso está bien hecho!

TOCADOR. ¡Saleros ahí!

CURRO. ¡Grasia!

PASCUAL. ¡Grasia!

Acaban su baile la Trompita y sus compañeras en medio de un ¡ole! general y aplaudidas por cuantos hay presentes, y cesa la música.

Pepe el Serio le ofrece a la Trompita una copa de vino. Ella, fatigada, se la bebe y se sienta junto a la autora de sus días, que por las trazas no quiere morirse. Las demás se sientan también en torno de las otras mesas.

PEPE. Vaya una copita, pimpoyo.

TROMPITA. Grasias.

PEPE. *A la Mamá.* ¿Qué tá, qué tá, señora?

MAMÁ. ¡Superiores! ¡Estas gambas son superiores! ¡Mejores toavía que los langostinos y que er jamón!

PEPE. Señora, ¡si hablaba por la niña!

MAMÁ. ¡Ay, qué grasioso! ¡Por la niña! Y ¿qué le vi yo a desí a usté de mi niña? ¡Que está pa comérsela! ¡Pa comérsela!

PEPE. Verdá que sí.

TROMPITA. Muchísimas grasias.

PEPE. *Volviendo al grupo de los amigos.* ¡También se quié comé a la niña!

Risas generales.

GORO. ¡Me gusta a mí esta moruchiya; no te figures tú que no! Es mimbreña.

PEPE. Hombre, Goro, déjanos arguna, por tu salú.

GERARDO. *Bebiendo.* Señó, ¿y yo, que por más que hago no consigo emborracharme esta noche?

GORO. ¡Tendrás una penita sorda!

GERARDO. ¡Niña de Mairena, vamos a vé si echamos er resto ahora mismo!

NIÑA. ¡Vamos ayá! *Se levanta.*

GORO. ¡Las mujeres!

PEPE. ¡A vé, niña, si tú consigues emborracha a este hombre!

NIÑA. ¡Vamos a verlo!

TOCADOR. ¡Grasia!

Música

NIÑA.

¡Arrastrao!
¡Condenao!
¡Qué malino y qué perro que eres!
Si me quieres,
si no sabes salí de mi lao,
¡arrastrao!
¡condenao!
¿pa qué con tus selos me hieres
y sólo me besas cuando ya he yorao?
¡Arrastrao!
¡Condenao!

Moreno, si pa quererme
tienes que haserme sufrí,
yo no sé cómo valerme
sin separarme de ti.

Porque si crese el encanto
de tu amó con mis pesares,
cuando se seque mi yanto
yo iré por yanto a los mares.

Es aclamada como la Trompita y sus compañeras. Cesa la música.

GERARDO. ¡Así cantan las alondras cuando clarea er día! Niña, siéntese usté aquí conmigo, que usté es lo que a mí me emborracha.

NIÑA. Véngase usté a esta mesa.

GERARDO. ¿Por qué no?

TOCADOR. ¡Ole, ole mi compañero! *A Pascual y a Curro.* ¡Todavía está comiendo gambas la madre e la Trompita!

PASCUAL. Es verdá.

CURRO. Es verdá; *zí.*

GERARDO. ¡Beserra!

BECERRA. ¡Me yamo!

Este Becerra sirve haciendo tantas piruetas y tomando tantas posturitas, que más que camarero parece bailarín.

GERARDO. ¡Enjuaga estas copas y trae lo mismo!

BECERRA. ¡Como las balas!

PEPE. *A Goro.* ¡Güeno, hombre, paeses ahí un emperadó! ¡Bien estás saboreando tu triunfo!

GORO. ¡Se saborea! ¡se saborea!

CORREA. *Dando una cabezada.* ¡Y ole!

GORO. Este bandolero hasta dormío dise ¡ole!

PEPE. Pos tú y yo vamos a hablá ahora mismo, sin que se entere nadie, dos palabras bajito.

GORO. Y mu a gusto por lo que toca a mí; que no es cosa de que dos amigasos de toa la vía se piquen por estas chirigotas de las mujeres.

PEPE. Ni más ni menos. Escúchame.

GORO. Tú dirás.

Pascual toca las palmas. Becerra acude.

BECERRA. ¿Se ofrese?

PASCUAL. Tabaco. De sincuenta.

BECERRA. ¡Como las balas!

Pepe, A mí me han yamao siempre Pepe er Serio; lo que no me han yamao, en ninguna parte toa vía, ha sío Pepe er Tonto.

GORO. Y eso ¿a qué viene?

PEPE. Viene a desirte —aquí de ti pa mí— que yo sé de más pa lo que te ha yamao esta noche a su casa Anita la Risueña.

GORO. ¡Pa poné los cuadros derechos! ¡No es presiso sé sajorí!

PEPE. Sin *marchoserías.* Y lo sé, no por ningún pajarito cuco que me lo haya contao, sino por la Yorona.

GORO. *Alarmadísimo.* ¿Por la Yorona?

PEPE. Por la Yorona, que está ahí en un cuartito metía.

GORO. ¿Que está ahí la Yorona?

PEPE. Cármate, hombre; que te vas a vendé si chiyas. No te apures, que está bajo yave. Ha venío a darte un escándalo y a ponerte en ridículo, y yo no lo he querío consentí.

GORO. *Respirando fuerte.* ¡Choca ahí, Pepiyo! Eres un amigo de los güenos. San José te lo pague.

PEPE. No; aquí San José no tiene que pagá ni una copa. Ni San José ni yo.

GORO. ¿Qué quiés desirme?

PEPE. Que to lo que esta noche se ha comío y se ha bebió lo pagas tú, o le abro a la Yorona er chiquero.

GORO. Tú hablas poco… ¡pero cuando te dejas caé!… Lo que se ha comío y se ha bebió…

PEPE. Y lo que se coma y se beba hasta que to er mundo se vaya. Y te arvierto que la madre de la Trompita paese que tiene doble fondo.

GORO. Hombre… Pepe…

PEPE. Pepe ha acabao de hablá. ¿Estamos?

GORO. *Tragando saliva.* ¡Estamos!

CORREA. *Siempre dormido.* ¡Y ole!

GORO. ¡Ahora no pega el ¡ole! ni con cola de carpintero!

La Mamá de la Trompita toca las palmas. Goro se estremece.

BECERRA. ¡Ayá va un hombre!

MAMÁ. ¿Hay bocas?

BECERRA. ¡De la Isla, na más!

MAMÁ. Pos tráete medio siento.

BECERRA. ¡Como las balas!

GORO. ¿Medio siento e bocas más píe aqueya mujé?

Llegan por la puerta de la izquierda Juanito y Pedro Antonio.

PEDRO. (Tú alegra la cara, que no ze te conozca na. La verdá vamos a zacarla de aquí.

JUANITO. ¡La verdá! ¡Quién pudiera saberla!

PEDRO. La verdá es la que don Futraque nos ha dicho.) ¡Zeñores, güenas noches a tos!

PEPE. ¡Amigos, ya era hora!

JUANITO. Buenas noches.

GORO. Güenas noches.

Pepe el Serio toca las palmas llamando al mozo. A Goro le da un escalofrío, que le repite cada vez que vuelven a sonar las palmas.

PEPE. ¡Beserra! ¡Vino aquí!

BECERRA. ¡Como las balas!

GERARDO. ¡Y aquí también! ¡Na; que ni a la vera tuya me emborracho! ¡Mardita sea…!

GORO. ¡Como que es inútil empeñarse cuando se empiesa así! ¡Déjalo pa mañana!

PEDRO. ¡Bien, Goro; bien! No hay quien te ponga er pie delante.

GORO. *Un poco triste.* ¡Las cosas!

JUANITO. Sí que tiene usté suerte, amigo.

GORO. ¡Se vive!

El Administrador de la. Niña de Mairena toca las palmas.

BECERRA. ¡Va!

NIÑA. ¡Más jamón!

BECERRA. Se ha acabao.

NIÑA. Pos traiga usté queso.

BECERRA. ¿Queso?

NIÑA. Y un flan. ¡Ah! Y una gaseosa.

BECERRA. ¡Como las balas!

PEDRO. Hombre, Goro: una curiozidá que tengo yo. Tú que has estao ayí esta noche: ¿quién vive ahora con Anita la Rizueña?

GORO. ¿Con… con Anita? ¡Su tío er dursero!

PEDRO. ¿Na más?

GORO. Yo no he hecho nunca er padrón de la casa; pero no sé de nadie más.

Toca las palmas Curro.

BECERRA. ¡Va!

PEDRO. Entonces, ¿quién jinojo zerá esa pepona de que noz ha estao hablando don Futraque?

GORO. *Más muerto que vivo.* ¿Don Futraque?

PEDRO. Don Futraque, zí; que estaba el hombre dezesperao porque le habían zortao un duro filipino y no ze lo tomaban.

Goro, rabioso, se muerde el índice de la derecha doblado.

Toca las palmas el Administrador de la Niña de Mairena.

BECERRA. ¡Va!

GORO. ¡Hay nochesitas que las debía uno pasá acostao!

PEDRO. ¿Por qué lo dices, Goro?

GORO. Yo me entiendo.

PEDRO. *A Juanito.* (¿Tú oyes?).

Tocan las palmas, primero la Mamá de la Trompita y luego Gerardo.

GORO. ¡Camará! Pero ¿es que píen cosas o que están aplaudiendo a éste?

PEPE. No, hombre, no: es que se les ha calentao la boca. !Pero que pían hasta cansarse!

PEDRO. ¡Viva er rumbo! ¡Éste es Pepe er Zerio!

GORO. Éste, éste es.

PEDRO. *A Juanito, de nuevo.* (¿No has reparao? No da pie con bola.

JUANITO. Y se le ha mudao er coló. ¡Ay, Periquiyo, qué rato estoy pasando!

PEDRO. Caya).

Por la puerta de la derecha aparece en esto el Señor Ildefonso.

SR. ILDEFONSO. ¡Aquí hay un intruso, señores! ¡Dios los guarde a tos!

GORO. ¡Señó Irdefonso!

GERARDO. ¡Señó Irdefonso!

PEDRO. ¿Usté en esta juerga?

JUANITO. ¿Quién es?

PEDRO. ¡Er tío de Anita!

SR. ILDEFONSO. No se asusten ustés de verme. A mi edá no se hasen más que tonterías. Pero esta noche no vengo solo: traigo un lasariyo.

GORO. *Escamado.* ¿Un lasariyo trae usté?

PEPE. Sí; pero no es quien tú te figuras. No temas. La persona que a mí me ha enterao de to lo de esta noche no es la que antes dije: es otra mu distinta, que por su misma boca quié preguntarte no sé qué. Entre usté, Anita.

GORO. ¿Anita?

JUANITO. ¿Anita?

GERARDO. ¿Anita aquí?

Llega Anita resueltamente.

ANITA. Anita, sí. Aquí está Anita.

Su presencia produce expectación y desconcierto. La Mamá de la Trompita despierta a su colaborador.

NIÑA. ¿Ésta es la Risueña?

GERARDO. Ésta es.

ANITA. Voy a estorbá muy poco tiempo. *A Juanito.* ¿Tú no esperabas vorvé a verme tan pronto, verdá?

JUANITO. *Turbado.* Yo…

ANITA. *A Goro.* ¿Ni usté tampoco lo esperaba?

GORO. A mí ya de usté no me sorprende cosa ninguna, Anita.

ANITA. Pos a hacerle a usté una pregunta he venío na más. ¿Quié usté desí aquí delante e to er mundo pa qué lo he yamao yo esta noche a mi casa?

GORO. Miste, Anita, hay particulares…

ANITA. ¡O confiesa usté la verdá o le saco los ojos!

GORO. ¡*Gachó* con la Risueña! Pos la verdá… ya que paese que le interesa a usté tanto, es que me ha yamao usté… porque tenía intensión de arreglarme con una antigua amiga mía. Ésta es la verdá.

ANITA. *A su novio.* Esa es la verdá: ya la oyes.

GERARDO. ¡Pos hombre, eso se cuenta!

PEDRO. ¡Claro que ze cuenta! ¡Porque tú has venío aquí echando roncas!…

GERARDO. ¡Tú has apostao!…

PASCUAL. ¡Tú has dicho!…

CURRO. ¡Tú has dicho!…

Hay un movimiento de protesta contra Goro, que Pepe el Serio corta, imponiéndose.

PEPE. ¡Silensio! ¡Carma! ¡Esa cuestión es pa nosotros solos!

ANITA. Pos solos se quean ustedes ya; que yo, lo que tenía que preguntá, ya lo he preguntao. Vámonos, tito.

SR. ILDEFONSO. Vámonos, sobrina. ¡Así me gustan a mí las mujeres! ¡Con la risa en la boca, porque eso es bonito; pero más serias que un fiscá por dentro! Vámonos, o me bebo una copa.

ANITA. Vámonos.

JUANITO. ¡Y yo contigo!

ANITA. ¿Tú?

JUANITO. Yo, sí. Perdóname.

ANITA. Que te perdone er cura. Tú pa mí eres el único que merese un grande castigo. Que hayan dudao de mí los demás, no me importa; que haya dicho de mí o no haya dicho Goro Faroles, me importa menos: si fuera capaz de queré de veras a una mujé y la calurniara la gente, entonses encontraría su

castigo: a mí ni me da ni me quita; pero que tú hayas dudao y me hayas hecho vení a la *Venta e los Cascabeles*, pa defendé mi nombre, eso te cuesta una temporá de purgatorio. ¡En er purgatorio te dejo! ¡Ya te sacaré cuando estés limpio de pecao! Buenas noches.

SR. ILDEFONSO. Pasarlo bien, señores.

Se marchan los dos en medio de una explosión de simpatía.

GERARDO. ¡Ole las mujeres!

PEPE. ¡Bendita sea esa boca, aunque no sea pa mí!

NIÑA. ¡Así se habla!

PEDRO. ¡En er colegio e zordomudos han educao a eza!

GERARDO. ¡Ahora sí que me emborracho yo! ¡Ahora, ahora!

PASCUAL. ¡Y yo!

CURRO. ¡Y yo!

PEDRO. ¿Estás viendo, Juan; estás viendo? ¡Como güervas a dudá de Anita mereces la horca!

JUANITO. ¡La merezco por habé dudao de eya esta noche! ¡Dame un abraso!

GORO. ¿De manera que usté por lo que se ve es er novio de Anita?

JUANITO. Sí, señó; carcule usté las ganas que se me habrán pasao de romperle a usté el arma.

GORO. ¿A mí?

Finge que va a caer sobre Juanito y lo detienen.

JUANITO. No hay cuidao. Ni me muevo siquiera. Si mata usté a los hombres como conquista a las mujeres, ya pueo está tranquilo.

Goro se muerde otra vez el dedo índice doblado, por toda respuesta.

Lo inesperado. Por la puerta de la derecha, decidido a seguir las indicaciones de Correa y a imitar a Goro, llega Martinito, imitándolo hasta en el traje.

MARTINITO. ¡Se vive!

PEDRO. ¿Qué es ezo?

MARTINITO. ¡Las cosas!

GERARDO. ¡Martinito!

PEPE. ¡Hola, Martinito!

MARTINITO. ¡Se respira!

GORO. Pero ¿qué dises tú?

MARTINITO. ¡Los hombres! ¡Que sea enhoragüena por lo de Anita! De memoria sabía yo que la tal Anita… Como que yo en Triana… ¡Las mujeres! Si uno fuera a hablá… ¡Los hombres!

JUANITO. *Imponiéndole silencio con energía.* Ya se está usté cayando, amigo.

MARTINITO. ¿Y usté quién es pa mandarme a mi eso?

JUANITO. Er novio de Anita, na más.

MARTINITO. *Retirándose de él.* ¡Se vive!

GERARDO. Vamos, hombre, no te pego yo un guitarraso…

MARTINITO. ¡Se vive!

GORO. *Agarrando una silla.* ¡Tampoco te aguanto yo mucho pitorreo con er «se vive»!

MARTINITO. *Huyendo.* ¡Se vive de milagro! La primera imitasión ha tenío mala sombra.

La Mamá de Trompita toca otra vez las palmas.

BECERRA. ¡Va!

MAMÁ. Un paliyo.

GORO. ¡Grasias a Dios! ¡Ya paese que ha acabao aqueya bayena! *Toca las palmas.* ¡Beserra!

BECERRA. Me yamo.

GORO. Tráeme… la cuentesita.

BECERRA. No se debe na.

GORO. Pos ¿quién ha pagao?

PEPE. Yo.

GORO. ¿Tú?

PEPE. Yo, que perdí la apuesta. Si te di la broma que te di fué pa reírme un rato. Y ahora en serio te digo que mires bien que jugá con la fama de las mujeres es muy triste pa eyas, y a lo mejó un poquito espuesto pa los hombres.

GORO. ¡Mardito sea er betún! *Le pega dos golpes a Correa desahogando su malhumor.*

CORREA. *Despertando sobresaltado.* ¡Eh! ¡eh! ¿Quién ha sío?

GORO. ¡Yo!

CORREA. ¡Y ole!

JUANITO. *A Pepe el Serio.* Amigo, deme usté esa mano. Es usté un hombre de los que van quedando pocos.

PEDRO. Pocos van queando; es verdá.

PEPE. Yo no soy más que un hombre serio. Pero más seria toavía que yo ha resurtao Anita la Risueña. *Tomando en la mano una copa.* ¡Vaya por Anita!

JUANITO. *Imitándolo.* ¡Por Anita!

VARIOS. *Lo mismo.* ¡Por Anita!

Música

JUANITO.

Engañosa es la risa
de las mujeres,
que engaña a quien las ronda
y a quien las quiere.
Pero es lo sierto
que suele ser la espuma
der vino bueno.

TODOS.

¡Pero es lo sierto

que suele ser la espuma
der vino güeno!

FIN

Fuenterrabía, septiembre, 1911.

PUEBLA DE LAS MUJERES

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el **TEATRO LARA** el 17 de enero de 1912

A DON JOSÉ ECHEGARAY,
ilustre autor de «El gran galeoto»,
sus admiradores de siempre,
LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CONCHA PUERTO.	JOAQUINA DEL PINO.
JUANITA LA ROSA.	CATALINA BÁRCENA.
SANTITA.	LEOCADIA ALBA.
DOÑA BELÉN.	VIRGINIA ALVERÁ.
ÁNGELA.	MERCEDES PARDO.
PILAR.	MERCEDES LATORRE.
DIEGUILLA.	EUGENIA ILLESCAS.
UNA MUCHACHA.	CARMEN SECO.
ADOLFO.	LUIS MANRIQUE.
DON JULIÁN.	ALBERTO ROMEA.
DON CECILIO.	FRANCISCO PALANCA.
PEPE LORA.	FRANCISCO BARRAYCOA.
GUITARRA.	SALVADOR MORA.
UN SACRISTÁN.	GUILLERMO DE MANCHA.

Todos ellos, a excepción de Adolfo, Don Cecilio y Doña Belén, hablan con pronunciación andaluza.

PUEBLA DE LAS MUJERES

ACTO PRIMERO

Hay en muchas casas de muchos pueblos andaluces un lugar, el primero en que se da al abrir la cancela, familiar y cómodo, llamado «media casa» en algunos de ellos, que hace veces de patio sin serlo, y de sala de recibo a la par, aunque sin alcanzar tan alta jerarquía. Pues bien: en este simpático recinto, fresco y agradable, y en la casa de nuestro buen amigo don Julián Figueredo, cura párroco de Puebla de las Mujeres, pasan los sucesos de esta comedia.

A la derecha de la actriz, en segundo término, la cancela, de sencillo herraje, que da al zaguán y que está abierta siempre. A la izquierda, en el centro de la pared, una puerta vidriera con medio punto, también de cristales. Al foro una gran puerta semejante a ésta, pero de tres cuerpos.

A través de ella se ve un jardín de encaladas paredes y suelo enladrillado y rojizo, con escasos árboles y gran copia de macetas en flor, pintadas todas de celeste.

Junto a la cancela, en primer término, y empotrado en la blanca pared, lo que allí se llama un chinero, o sea una especie de aparador con puertas de cristales de arriba abajo. En él se guarda, amén de otros cachivaches más o menos útiles, esa vajilla primorosa y fina que no suele servir más que en las grandes fiestas.

Techo de bovedillas; suelo de losetas encarnadas.

Muebles pocos y muy sencillos: un velador, un perchero, dos mecedoras y sillas antiguas de rejilla. En las paredes, algunos cuadros sin pretensiones, y un par de esterillas con retratos en fotografía. Sobre la cancela una imagen de la Virgen que se venera en el pueblo, debajo de la cual hay, clavada y sujeta en la pared, una seca ramita de olivo.

Es de noche y en el mes de junio. Pendiente del techo, en el centro de la habitación, una gran lámpara encendida.

Don Julián y Santita, cómodamente sentados, revelan en su actitud la más profunda calma. Don Julián consulta una lista de la Lotería, buscando inútilmente en ella dos números cuyos décimos juega. Santita hace pitillos a máquina para don Julián. Son hermanos, y ambos tienen más de sesenta años y menos de sesenta y cinco. Don Julián oye todo lo que hay que oír, porque confiesa a la mayoría de las mujeres del pueblo, y Santita no oye nada absolutamente, porque es sorda. Su actitud, por lo mismo, es de constante observación y recelo.

Don Julián está de sotana y usa una gorrilla de seda con visera, para defender su venerable calva de resfriados, moscas y mosquitos. Santita viste hábito negro.

DON JULIÁN. ¡Vaya! Ni un trece mil quinientos siquiera. ¡También es suertecita la mía! No salgo de pobre. A ver el otro.

Dentro, allá muy lejos, en la cocina rompe a cantar Dieguilla, la más joven y revoltosa de las criadas de la casa. Don Julián suspende su tarea y la escucha. Santita a poco se da cuenta de ello.

DIEGUILLA. *Cantando.*

Para pazá ratos güenos
a penzá me pongo en ti,
que erez entre los morenos
er más garbozo que vi.

SANTITA. *A mitad de copla.* ¿Qué es eso? ¿Canta aquel demonio?

DON JULIÁN. No.

SANTITA. Sí. No tengo más que verte la cara. ¿El fandanguillo de su pueblo, verdad? *Deja los pitillos y se va por el jardín hacia la izquierda a mandar callar a Dieguilla.*

DON JULIÁN. ¡Bendito sea el Señor! La única que no la oye, y la única que se incomoda por que cante. Cierto que Dieguilla es un grillito, es un grillito…

La copla de Dieguilla se corta bruscamente en la repetición de uno de sus versos. Vuelve Santita satisfecha.

SANTITA. Aquélla se cree que está todavía en la posada de su pueblo.

DON JULIÁN. *Levantando un poco la voz por instinto, no porque espere que lo haya de oír su hermana.* Se te irá ésta también, como la otra y como todas.

SANTITA. ¿Qué?

DON JULIÁN. ¡Que se te irá ésta también!

SANTITA. *Entendiéndolo como siempre, y como a todo el mundo, por los ademanes y el movimiento de los labios.* ¡Qué se vaya! Tal día hizo un año. En casa de un sacerdote no se deben cantar copluchas. *Reanuda su labor*.

DON JULIÁN. *Después de buscar en la lista el otro número.* Pues, señor, bien. Habrá que creer que la lista viene equivocada. Este siete por fuerza es un cuatro.

Pausa. Aparece por la cancela Adolfo Adalid, héroe de esta jornada. Es un muchacho madrileño, atildado y correcto. Habla con natural desenvoltura.

ADOLFO. ¿Se puede pasar?

DON JULIÁN. *Levantándose a recibirlo.* ¡Ya lo creo! Adelante, amiguito, adelante.

ADOLFO. ¿Cómo está usted?

DON JULIÁN. Bien, ¿y usted?

ADOLFO. ¿Usted me conoce?

DON JULIÁN. ¿No he de conocerlo, criatura? Desde que hace ocho días se bajó usted del coche en la plaza. Y ya echaba yo de menos esta visita. Voy a presentarlo a usted a mi hermana. Es sorda la pobre, pero no hay que alzarle la voz: se entera de lo que se le habla por el movimiento de los labios. Santita.

SANTITA. Señor mío…

ADOLFO. Señora…

DON JULIÁN. Éste es el sobrinito de Esperanza Lucena.

SANTITA. Ya, ya sé quién es. Pasa por aquí todos los días tres veces para arriba y cuatro para abajo. Mis hijas me lo han dicho.

ADOLFO. No he contado las veces, pero sí paso bastante por aquí.

DON JULIÁN. Pues ha podido usted entrar alguna de ellas, tunantón. Siéntese.

ADOLFO. Mil gracias.

Se sientan los dos.

DON JULIÁN. Yo me preguntaba: pero ese madrileñito, ¿es que no quiere nada con el cura párroco de Puebla de las Mujeres?

ADOLFO. Todo lo contrario: porque quiero, y mucho, y porque he de molestarlo a usted, y no poco, me daba cierto reparillo venir en seguida.

DON JULIÁN. A mí no me molesta usted, hijito.

ADOLFO. Es usted muy amable, señor. Y le advierto a usted que mi tía me ha estado diciendo todos los días, y por la mañana y por la tarde, que viniese.

DON JULIÁN. Me hago cargo de ello. Su tía de usted y yo somos amiguitos antiguos.

ADOLFO. Tiene en usted una gran confianza. ¿Quiere usted fumar?

DON JULIÁN. Fumaremos.

Adolfo le da un cigarrillo y ambos fuman. Santita al verlos les acerca un cenicero y una escupidera. Después, disimuladamente, como quien va a entornar la cancela, se llega por detrás de Adolfo a observarlo, y aun coge su sombrero y lo examina por fuera y por dentro.

ADOLFO. El pobre de mi tío político dejó bien enredados todos sus papeles.

DON JULIÁN. Sí, hijito, sí; me consta. Dios lo haya perdonado. Valía muy poquito; sin que mis palabras ofendan su memoria. Siempre fué un tarambanita y un majaderito.

ADOLFO. Mi tía, la infeliz, pasadas las primeras semanas de duelo, me escribió a Madrid, suplicándome por Dios y los santos que viniera a dejarle los negocios en orden. Y yo, usted imagine, ¿qué había de hacer más que complacerla? La quiero bastante…

DON JULIÁN. Ya lo sé, hijito; ya lo sé.

ADOLFO. Y además, los papeles de mi tío no son cosa que se ponga fácilmente en claro ni que se deba entregar en manos de persona que no sea de toda confianza. Procuraré cumplir mi cometido lo mejor que sepa, y, sobre todo, dejar a mi tía tranquila y sin trampas ni pleitos probables.

DON JULIÁN. Bien, bien, hijito, bien. Tarea tiene usted para largo.

ADOLFO. Para mes y medio o dos meses calculo yo. A bien que ahora en Madrid, como llega el verano, la vida se paraliza y hace uno poca falta.

DON JULIÁN. Pues mira, hijito… y perdona que te apee el tratamiento; pero yo no sé decirle de usted a la gente joven…

ADOLFO. Y a mí me agrada que me trate usted con esa familiaridad.

DON JULIÁN. Lo que necesites y en mi mano esté, no tienes más que abrir la boca.

ADOLFO. Pediré, pediré bastante. No tendrá usted queja. Y voy a empezar ahora mismo. Lo primero, y así le damos gusto a mi tía, van a ser cuatro letras de presentación.

DON JULIÁN. ¿Para quién?

ADOLFO. Para… —no me acuerdo del nombre— para el arrendatario de su hacienda de *La Colmena*.

DON JULIÁN. ¡Ah, sí! Pablo Lobo. Mala personita es el tal. Socarroncito, marrullerito, ladroncito…

ADOLFO. Pues dice mi tía que a usted lo estima y lo considera más que a nadie, y que no debo encararme con él sin llevar esa carta.

DON JULIÁN. ¿Cuándo vas a ir a verlo?

ADOLFO. Mañana, a ser posible.

DON JULIÁN. Pues entonces te escribiré la carta inmediatamente.

ADOLFO. No; no se moleste usted todavía. Mire usted: yo he de llegarme luego a ver al Registrador de la Propiedad, que se acuesta temprano, y necesito consultarle una o dos cosas; pues, mientras tanto, usted es tan bueno que me escribe esas líneas, y al pasar yo hacia mi casa de retirada, las recojo.

DON JULIÁN. Perfectamente, caballerito. Así lo haremos.

ADOLFO. Y no dirá usted que no ha sido interesada mi primera visita a la casa del cura párroco.

DON JULIÁN. ¡Je! ¿Y el pueblo? ¿Qué te parece el pueblo? Aburridito, ¿no?

ADOLFO. No; yo, la verdad, aún no he tenido tiempo de aburrirme. Se asemeja bastante, en su apariencia pintoresca y tranquila, a otros pueblos andaluces que ya conozco. Acaso éste cause impresión de cosa más dormida, más abandonada, más en calma aún que algunos de ellos.

DON JULIÁN. Sí, sí. Aquí, en movimiento constante, no hay más que las campanas de las dos iglesias, y las lenguas de las mujeres, que no paran de hablar.

ADOLFO. De lo de las campanas, doy fe: me despiertan todas las mañanas. De lo otro, no sé todavía.

DON JULIÁN. Pues ya te enterarás.

ADOLFO. Lo que, con permiso de usted, no se puede resistir, son las moscas. Yo creo que están aquí las de toda la provincia.

DON JULIÁN. Es cierto, es cierto. Hay más moscas que en ninguna parte. Y muy pegajositas y muy fastidiositas que son. Ahora no nos molestan porque a estas horas se reúnen allá en el comedor, que si no, ¡aviados estábamos! Yo no puedo soltar la gorra.

ADOLFO. Mosquitos hay menos, ¿verdad?

DON JULIÁN. Espera a que entre julio para formar juicio definitivo.

ADOLFO. ¡Ah!, ¿si?

DON JULIÁN. Y que la emprenden con los forasteros.

ADOLFO. ¡Ah!, ¿sí?

DON JULIÁN. Se explica. A nosotros ya nos conocen, y casi nos desprecian. ¡Claro! Somos platos vulgares, corrientes… Pero llega uno de otra parte, y parece como que se dicen ellos: «Hombre, a ese señor no lo hemos probado». Y caen sobre él y se lo comen enteramente.

ADOLFO. Bueno es saberlo para buscarnos la defensa. *Se levanta.*

DON JULIÁN. ¿Te vas ya?

ADOLFO. Pero volveré por la carta. Voy, como le he dicho, a casa del Registrador, que creo que se acuesta con las gallinas.

DON JULIÁN. Bien, bien. Pues hasta luego entonces. Y excuso hacerte el ofrecimiento de mi casa. Tuya es. Luego te presentaré lo mejor que hay en ella: mis sobrinas, las hijas de mi hermana. No son feítas. Te prevengo que tenemos tertulia a todas horas: de día y de noche. Esta cancela siempre la encontrarás abierta. Vienen amiguitas de mis sobrinas, amigas de mi hermana, amigotes míos… Cecilio, el médico decano, persona de excelente humor, es punto fijo.

ADOLFO. Tengo el gusto de tratarlo desde que llegué. Entra y sale mucho en casa de mi tía.

DON JULIÁN. Y en ésta. Conque cuando te aburras demasiado de tus papelorios, déjate caer por acá con toda confianza, que acaso te diviertas.

ADOLFO. Sí, señor; vendré con muchísimo gusto.

DON JULIÁN. Por más que ya se corre por el pueblo que has encontrado distracción.

ADOLFO. ¿Cómo?

DON JULIÁN. Eso se corre; yo ni quito ni pongo.

ADOLFO. No sé a qué se refiere usted.

DON JULIÁN. Serán cosas de las mujeres. A mí me lo ha contado ésta.

SANTITA. ¿Qué?

DON JULIÁN. Le estoy diciendo lo que tú me dijiste que te han dicho que se dice de él.

SANTITA. ¡Ah, ya! Sí. Que sea para bien. ¡Muy buen gusto! De lo mejorcito del pueblo.

ADOLFO. Con toda franqueza, don Julián, no sé de qué ni de quién me hablan ustedes.

DON JULIÁN. ¿De veras, no? Lo que son los pueblos. Pues parece que se da ya por hecho, que una muchachita que vive aquí a la espalda —y que también suele venir por las noches— te ha sorbido el seso con sus ojos.

ADOLFO. ¿A mí? ¡Pero si yo apenas conozco a nadie! ¡Si todavía no he cruzado la palabra con ninguna muchacha!

SANTITA. ¿Qué? ¿Que se opone la tía? ¡Es muy tonta! ¡Eso es que lo finge!

DON JULIÁN. No, si no habla de la tía. ¡Si dice que ni siquiera conoce a la sobrina!

SANTITA. ¡Averigua tú la verdad!

DON JULIÁN. Ésta no lo cree.

ADOLFO. Y ¿qué quiere usted que yo le haga? Hasta luego, ¿no?

DON JULIÁN. Hasta luego.

ADOLFO. Adiós, señora.

SANTITA. Vaya usted con Dios, señorito.

Vase Adolfo.

DON JULIÁN. *A su hermana.* Es simpatiquito, ¿verdad?

SANTITA. Sí, sí; no es desgraciado, no. Ella vale más que él, por supuesto. *Coge el cenicero, y con un gesto de repugnancia hacia él, llama a Dieguilla.* ¡Dieguilla! ¡Dieguilla!

DON JULIÁN. ¿Qué quieres?

SANTITA. Que venga por esto, que no puedo resistir el tufo que echa. Dios me ha debido dar un poco más de oído y menos de olfato. ¡Uf!

Por el jardín, de la parte de la izquierda, sale Dieguilla secándose las manos en el delantal de faena.

DIEGUILLA. Mande usté, zeñorita.

SANTITA. Toma; limpia esta alhaja.

DIEGUILLA. Zí, zeñorita.

SANTITA. Y en seguida la traes.

DIEGUILLA. Güeno, zeñorita. Don Julián, una de las dos cozas: o ze ha fumao usté dos pitiyos zeguíos, o ha habío vizita de cabayero.

DON JULIÁN. Anda, anda.

Se marcha Dieguilla por donde salió, canturreando el fandanguillo de marras, segura de la impunidad.

SANTITA. Obediente sí que lo es esta muchacha.

Llega Concha Puerto de la calle, acompañada de Guitarra, su criado. Un autor dramático dado a los símbolos, diría que Concha Puerto era la encarnación del espíritu del pueblo; nosotros, que no lo somos, por ahora, nos limitamos a decir que es una señora guapa, muy entrometida, que sabe la vida y milagros de todo el mundo.

CONCHA. Santas y buenas noches.

GUITARRA. Güenas noches.

DON JULIÁN. Felices, Concha.

CONCHA. Buenas noches, Santita.

SANTITA. Dios te guarde, mujer.

CONCHA. Guitarra, vete tú a la cocina; que ya te llamaré para que nos vayamos.

GUITARRA. Está mu bien, señora. *Se entra por la puerta del jardín, hacia la izquierda.*

CONCHA. Me he traído a Guitarra, porque a lo mejor me entretengo aquí demasiado, apagan los faroles de la calle, y llego a la mía y me la encuentro como boca de lobo. Expuesta a que me den un susto una noche. *Se sienta.* ¿Salía de aquí?

DON JULIÁN. ¿Cómo?

CONCHA. Si salía de aquí.

DON JULIÁN. ¿Quién?

CONCHA. A mí me pareció que salía de aquí.

DON JULIÁN. Pero, ¿quién?

CONCHA. ¿Quién ha de ser, padre? ¡El abogado; la novedad del pueblo; el sobrino de Esperanza Lucena!

DON JULIÁN. ¡Ah, ya! Sí salía de aquí, sí. Vino a saludarme… a cumplir conmigo.

CONCHA. Sí, sí. Mal informado está de la hora. Ella viene más tarde.

DON JULIÁN. ¿Qué hablas, mujer?

CONCHA. Es simpático ese muchacho, ¿verdad?

DON JULIÁN. Sí que es muy simpático; y muy fino.

CONCHA. Y muy buen hijo, según dicen. Y con un gran porvenir por delante. Ya ve usted: a su edad, es abogado y otra cosa.

DON JULIÁN. ¿Y otra cosa?

CONCHA. Sí; no recuerdo qué. Pero Bobadilla me lo ha dicho: es abogado y otra cosa. En fin, que ha tenido suerte Juanita. Él vale más que ella. ¿Y las niñas? *Gritándole a la sorda.* ¿Y las niñas?

SANTITA. En el jardín están.

CONCHA. Voy a llamarlas. Tenemos que hablar del asunto. *Se levanta un instante y llama a las niñas desde la puerta del jardín.* ¡Niñas! ¡Niñas! ¡Ángela! ¡Pilar! ¡Aquí estoy yo!…

DON JULIÁN. ¿Y tu marido?

CONCHA. Rabiando con la muela; por variar.

DON JULIÁN. ¡Vaya, por Dios, mujer! Yo no sé cómo tiene paciencia. ¿Por qué no se la saca?

CONCHA. Porque ya sabe usted lo que es Bobadilla: piensa que un dentista es un verdugo. ¡Jesús! ¡Qué miedo les tiene! Y le aseguro a usted que está en un ¡ay! ¿Es ésta la lista de este sorteo?

DON JULIÁN. Ésta es. ¿Quieres ver algún número?

Vuelve Dieguilla por donde antes, con el cenicero ya limpio. Lo deja sobre el velador, y se va sin decir palabra, pero mirándolos a todos.

CONCHA. Sí, señor. Mire usted si está el catorce mil quinientos veinticinco.

DON JULIÁN. *Obedeciéndola*. El catorce mil quinientos… No está.

CONCHA. Lo siento, porque lo lleva el curita Martínez. ¿Y el siete mil trescientos cuatro?

DON JULIÁN. ¿El siete mil trescientos cuatro? ¡Caramba! Ni un siete mil trescientos siquiera.

CONCHA. Me alegro, porque lo llevan en la botica.

DON JULIÁN. Pero, ¿tú juegas en los dos?

CONCHA. No, señor; en ninguno. Sino que me quedo con los números en la memoria para saber si salen.

DON JULIÁN. ¡Je!

Llegan por la puerta del jardín Ángela y Pilar, las hijas de Santita, florecillas de veinte y de quince abriles, respectivamente. Vienen de la parte de la derecha.

PILAR. ¡Hola!

ÁNGELA. ¡Hola!

CONCHA. ¡Hola! ¿Saben ustedes la noticia?

PILAR. La sabemos.

ÁNGELA. La sabemos.

DON JULIÁN. ¿Cuál es la noticia?

CONCHA. ¿Cuál ha de ser? ¡Que el abogado está enamoradísimo de Juanita La Rosa!

DON JULIÁN. ¡Bah!

CONCHA. ¿Bah? ¡Y que Juanita La Rosa no pega los ojos desde que lo vió! Ha sido un flechazo.

DON JULIÁN. Por charlatanas van ustedes a ir al infierno todas. Cabalmente acaba de marcharse de aquí el abogado; tú lo has visto al llegar…

ÁNGELA. Pero ¿ha estado aquí?

PILAR. ¿Ha estado aquí?

DON JULIÁN. Sí, hijitas, sí; ha estado aquí…

CONCHA. Ha venido a ofrecerle sus respetos a tu tío, ¿sabes?

DON JULIÁN. A eso ha venido el pobre muchachito.

CONCHA. ¡Y ca!

DON JULIÁN. Y yo le he, hablado incidentalmente de lo que se corría por el pueblo, y él me ha confesado con la mayor ingenuidad que ni siquiera conoce a Juanita.

CONCHA. ¡Ja, ja, ja! Es usted para ponerlo en un altar de puro inocente.

PILAR. Sí, tío; te chupas el dedo.

ÁNGELA. ¡Que no la conoce, y se sabe en todo el pueblo que está loco por ella!

CONCHA. ¡Que no la conoce, y ha venido a buscarla aquí!

ÁNGELA. ¿A que vuelve?

DON JULIÁN. Sí va a volver, pero…

CONCHA. ¡Ah! pero… ¡Camuesa!

SANTITA. *Impaciente ya por meter cucharada.* ¿Qué hay? ¿Qué guirigay es ése?

CONCHA. *A voz en cuello.* ¡Que dice don Julián que el sobrino de Esperanza Lucena, el abogado, no conoce a Juanita La Rosa!

SANTITA. A otro perro con ese hueso.

CONCHA. ¿Usted lo ve?

PILAR. ¡Pero si está claro!

SANTITA. Para mí tengo que esta noche ha venido aquí nada más que al olor.

CONCHA. ¿Usted lo ve?

DON JULIÁN. ¿Qué veo? ¿Qué veo? ¡Que todas son ustedes lo mismo!

ÁNGELA. Pero, tío, ¿todavía no lo crees?

DON JULIÁN. Pero, sobrinita, ¡si el propio interesado me ha dicho que no la conoce!

CONCHA. Pues yo le digo a usted, no tan sólo que la conoce, sino que se ha prendado de ella, y que le va a escribir.

DON JULIÁN. ¡Bah!

CONCHA. Razones, razones: si no está enamorado, ¿por que ha pasado hoy tres veces por su calle?

DON JULIÁN. ¡Señor, porque es una calle del pueblo! ¿Va a andar por los tejados el hombre?

CONCHA. Una calle del pueblo, ¿verdad? Y si no va a escribirle, ¿por qué ha comprado esta mañana en el estanco un sello para el interior?

PILAR. ¿Ha comprado un sello para el interior?

ÁNGELA. ¡Digo!

DON JULIÁN. Pero ¿tú cómo sabes?…

CONCHA. Que ¿cómo lo sé? ¡Como lo sabe todo el mundo! ¡Si ha sido un acontecimiento en el estanco! ¡Usted figúrese, en un pueblo que se anda en cinco minutos, un hombre que pide un sello para el interior! ¡Vamos! ¡Verde y con asa!…

ÁNGELA. ¡Alcarraza, tío, alcarraza!

DON JULIÁN. Chito, que viene alguien.

CONCHA. *Casi adivinando por el olor a quien llega y dándole al anuncio de la persona un gran misterio e interés.* ¡Ah! ¡Pepe Lora!

PILAR. ¿Pepe Lora?

CONCHA. ¡Pepe Lora!

ÁNGELA. ¡Pepe Lora!

PILAR. *A su tío.* ¡Pepe Lora!

Efectivamente, es Pepe Lora el que llega por la cancela. Pepe Lora es un mocito receloso y oscuro, de hablar despacioso. Viste de americana y sombrero ancho.

PEPE. Buenas noches, don Julián y la compañía.

DON JULIÁN. Buenas noches, Pepillo.

Las dos señoras y las muchachas contestan a las buenas noches.

PEPE. ¿Por cazualidá tiene usté er *Diario*?

DON JULIÁN. ¿El *Diario*? Niñas, ¿y el *Diario?*

PILAR. ¿El *Diario?* Hace media hora estaba aquí.

ÁNGELA. Sí; pero creo vinieron por él de casa de Pina.

CONCHA. No; pues de casa de Piña se lo han llevado ya. Yo he salido de allí ahora mismo…

PEPE. Mi madre está leyendo la novela y quería zeguirla.

ÁNGELA. Sí; pero creo que vinieron por él de casa de Piña.

PILAR. Sí; porque Victoria también lo pide.

CONCHA. Y si no está en casa de Victoria, lo tienen ahí en frente. Y si no, está en mi casa.

DON JULIÁN. ¡Ea! pues ya conoces la pista, hijito.

PEPE. Zí, señó. Me yegaré ahí enfrente primero.

DON JULIÁN. Y cuando tu madre lo lea, no dejes tú de devolvérmelo, ¿oyes?

PEPE. Pero, ¿usté no lo ha leído ya?

DON JULIÁN. Yo, sí; sino que luego le pongo una fajita y se lo mando a mi hermano Ramón, que como se ha metido en aquel poblacho…

PEPE. ¡Ah, ya! Descuide usté, que yo ze lo traeré. Hasta luego, y gracias. *Vase.*

DON JULIÁN. Anda con Dios.

CONCHA. Adiós.

Apenas desaparece Pepe Lora, surge con fuerza la interpretación de la visita.

ÁNGELA. No es mal *Diario* el que venía buscando éste.

DON JULIÁN. ¿Eh?

CONCHA. El achaque ha sido el *Diario;* pero lo que quería averiguar es si estaba aquí ella.

DON JULIÁN. ¿Quién?

CONCHA. ¡Juanita!

PILAR. ¡Naturalmente que ha venido a eso!

DON JULIÁN. Pero, ¿éste qué tiene que ver ya con Juanita?

PILAR. ¿No ha de tener que ver, si ha sido novio suyo?

DON JULIÁN. ¿Y qué? ¿No acabaron?

ÁNGELA. Sí acabaron; pero usted sabe de más que a éste le sentó muy mal que ella lo dejara; y juró y perjuró que no iba a consentirle ningún novio.

PILAR. Y hasta ahora se va saliendo con ella. A Manolo Corrales bien que se lo espantó.

CONCHA. Voy a ver para dónde tira. *Se marcha muy aprisa por la cancela.*

DON JULIÁN. Pues, señor, vaya usted a saber si estaré yo en Rabia, y llevarán razón estas tarabillitas. *Se va por el jardín hacia la derecha.*

Vuelve muy presurosa Concha Puerto.

CONCHA. Pepe Lora va calle arriba hablando solo.

ÁNGELA. ¿Eh?

CONCHA. Y ¿qué dirán ustedes que he visto?

PILAR. ¿Qué?

CONCHA. A Inocencio Parra, ahí enfrente, asomado al balcón, silbándole al loro una petenera y con unos pantalones blancos.

ÁNGELA. ¿Con unos pantalones blancos?

CONCHA. ¡Con unos pantalones blancos! ¡Y hace tres meses que se le murió su mujer!

ÁNGELA. ¡Ave María!

PILAR. ¡Qué descaro!

ÁNGELA. Pero, ¿es posible eso? *Se asoma a verlo rápidamente y vuelve luego horrorizada.*

CONCHA. Ya verás si es posible. ¡Aquí ya no se guardan lutos! ¡Mira que hace falta desahogo!

ÁNGELA. ¡Qué barbaridad, qué barbaridad y qué barbaridad! Asómate, Pilar, que es digno de verse.

PILAR. *Yendo a ello.* ¡Vamos, que con unos pantalones blancos!

ÁNGELA. ¡Y ahí está su prima de usted, cuñada de ella nada más, y lleva todavía manto largo!

CONCHA. ¡Y en mi casa estuvo media puerta cerrada siete días!

PILAR. Se ve y no se cree. ¡Ese hombre no está bueno de la cabeza!

SANTITA. *Rabiosa de curiosidad.* Pero, ¿qué ir y venir traen ustedes, niñas?

CONCHA. ¡Lo increíble, señora! ¡Inocencio Parra, asomado al balcón, divirtiéndose con el loro y con unos pantalones blancos!

SANTITA. ¡En el nombre del Padre! ¡Eso no puede ser! *Se levanta y va a verlo por sus propios ojos.*

ÁNGELA. Es un sinvergüencita, como dice el tío.

CONCHA. ¡Es un sinvergonzón! A Bobadilla estas cosas le indignan. ¡Él, que a su primera mujer le lleva todavía una gasa negra! Y yo se la respeto.

SANTITA. *Haciéndose cruces después de haber visto al vecino.* ¡Qué cinismo, señor, qué cinismo! ¡Luego quieren que llueva! ¡Tiene que castigarnos Dios! Por supuesto, que si el muerto llega a ser él, ella está ahora mismo en el balcón con una bata colorada.

CONCHA. Eso sí. Esa disculpa tiene el hombre.

SANTITA. Y ahí tenemos ya a Juanita La Rosa.

ÁNGELA. ¿A Juanita La Rosa?

PILAR. ¿Viene ahí?

CONCHA. ¿Con la tía?

SANTITA. Con la tía.

ÁNGELA. Pues oigan ustedes: vamos a hacer como que no sabemos nada del asunto.

PILAR. Eso es, sí; que la tía se pone muy antipática.

ÁNGELA. Y ella también se puede pensar que la envidiamos. Nada, nada; nosotras ni sabemos nada, ni decimos esta boca es mía.

CONCHA. ¡A mí me va a costar mucho trabajo; pero, en fin!…

SANTITA. ¿Qué, qué se trama?

ÁNGELA. No darnos por entendidas de lo del abogado con doña Belén ni con Juanita.

SANTITA. Me parece muy bien. ¡Que saquen ellas la conversación si les da la gana!

Se sientan y esperan la llegada de la heroína, satisfechas de su resolución y adoptando un aire indiferente.

Aparecen a poco doña Belén Zurita y su linda sobrina Juanita La Rosa. Ambas vienen de chal. Doña Belén es una señora circunspecta y suave, que adora en su casta. Pronuncia correctísimamente, casi casi sin abrir la boca, y cuando termina un párrafo de cierta importancia, sorbe aire por entre los dientes cerrados, como para subrayarlo y realzarlo más. Habla siempre con una sonrisa protectora.

Juanita tiene un hablar modoso y dulce, pero andaluz, naturalmente. Lo probable es que le guste al abogado cuando la vea, supuesto que ya no la haya visto.

DOÑA BELÉN. *En la misma cancela aún, bajo a su sobrina.* Nosotras, ni una palabra.

JUANITA. Ya.

DOÑA BELÉN. Muy buenas noches.

JUANITA. Buenas noches.

CONCHA. Buenas noches.

ÁNGELA. ¡Hola, Juanita!

JUANITA. ¡Hola, Pilar!

PILAR. Mira qué mona vienes, mujer.

DOÑA BELÉN. ¿Qué tal, Santita?

SANTITA. Bien; gracias.

DOÑA BELÉN. ¿Y Bobadilla, Concha?

CONCHA. Con su muela.

DOÑA BELÉN. ¡Dichosa muela!

CONCHA. ¿Y Pepe?

DOÑA BELÉN. ¿Quién?

CONCHA. Su marido.

DOÑA BELÉN. ¡Ah! José. Bueno, en el campo.

Se sientan. Pausa. Se miran unas a otras sonriéndose.

CONCHA. ¿Esa es la falda que ibas a estrenar el día de la Virgen?

JUANITA. Sí; ésta. Pero se me ha ocurrido ponérmela hoy.

DOÑA BELÉN. ¿Qué más da un día que otro?

CONCHA. ¡Claro!

ÁNGELA. Es muy elegantita, ¿verdad?

PILAR. Muy mona es.

JUANITA. Sencillita. Yo misma me la he hecho.

DOÑA BELÉN. ¡Ah! sí. Porque entiendo yo que la más esmerada educación no está reñida con la aguja. *Sorbe aire.*

CONCHA. A nosotras no tiene usted que convencernos. Eso, donde convenga es donde se dice.

DOÑA BELÉN. No sé qué me quiere usted indicar.

CONCHA. Nada. Yo, nada.

Nuevo silencio.

JUANITA. *Apelando al tema inevitable en ciertos casos.* Hoy está el día más fresco, ¿verdad?

CONCHA. Así, así, no te figures. *Se abanica con impaciencia, muy sofocada.*

Santita sopla la maquinilla del tabaco, llamando la atención de todas, que sonríen nuevamente.

SANTITA. Esto se atasca a lo mejor.

DOÑA BELÉN. Se atasca, ¿eh?

Rompe a cantar otra vez Dieguilla allá dentro la misma copla que antes.

ÁNGELA. Oigan ustedes qué bien canta Dieguilla.

PILAR. Es un fandanguillo nuevo de su pueblo.

JUANITA. Sí que canta con mucho estilo.

Todas atienden. Santita se da cuenta de lo que ocurre, en cuanto ve las caras, y se va, como antes, a mandar callar a la cantadora.

Santita. Aquélla se ha empeñado en que yo la plante en la calle.

Ángela. Ya va mamá.

Juanita. Pero ¿por qué se incomoda, mujer?

Ángela. No le gusta que canten las criadas. Ayer despachó a Catalina por lo mismo.

Doña Belén. Hace bien: yo le alabo el gusto.

Concha. ¡Pero lo gracioso es que es la única que no las oye!

Se ríen todas, por fórmula; las cabezas no están en el asunto. Vuelve Santita y continúa con sus pitillos. Se hace de nuevo un silencio de tumba.

Juanita. *Suspirando.* ¡Ay, ay, ay, ay!…

Ángela. ¿Suspiros?

Juanita. No; sino que como no decíamos nada…

Pilar. Verdaderamente, hija, en los pueblos está todo hablado.

Doña Belén. Sí; casi no hay de qué hablar.

Ángela. Casi.

Otra pausa, un poco más corta.

Concha. ¿Hoy es jueves?

Juanita. Sí; jueves.

Doña Belén. Sí; hoy es jueves. Ayer fué miércoles…

Concha. Entonces hoy es jueves.

El silencio a estas alturas ya es algo trágico.

Santita. ¿De qué se habla?

Concha. ¡De nada!

Todas le hacen señas de lo mismo.

Santita. ¿De nada, todavía?

Dona Belén. Sí que estamos bien silenciosas.

Concha. Por fuera.

Doña Belén. ¿Cómo por fuera?

CONCHA. A saber lo que cada una pensará para sí.

JUANITA. Yo, nada malo.

Vuelven a callar. Angelita canturrea el fandanguillo de la criada.

CONCHA. *Estallando de pronto.* Bueno: hasta aquí llegó y de aquí no pasó. ¡Yo ya no puedo más! ¡Esto no va con mi carácter!

DOÑA BELÉN. ¿Qué dice?

JUANITA. ¿A qué se refiere?

CONCHA. ¡A qué se refiere!, ¡a qué se refiere! Quieres que te regalemos el oído, ¿verdad? Estamos aquí seis mujeres rabiando por hablar de lo mismo, y las seis diciendo tonterías. ¡No puedo más! ¿Te ha escrito?

Risas generales.

SANTITA. ¿Se saltó ya el tapón?

DOÑA BELÉN. Sabía yo que habían de embromarte; por eso quise que nos quedáramos en casa esta noche.

CONCHA. Vamos a hablar sin cáscara.

ÁNGELA. ¿Te ha escrito?

JUANITA. ¿Qué me ha de escribir? ¡Por Dios santo!

PILAR. ¿No te ha escrito?

JUANITA. No.

CONCHA. Pues ¿qué ha hecho con el sello?

JUANITA. Yo no puedo aceptar que se hable de este asunto como de cosa cierta; seriamente lo digo. Y no comprendo de dónde habrá salido este tole tole. Entre ese muchacho y yo no ha habido ni siquiera un saludo; ni mirarnos cara a cara una vez.

PILAR. ¡Vamos!

JUANITA. Es el Evangelio de la misa. Ni sé que me haya visto más que un día, que creo que fué al día siguiente de llegar él.

CONCHA. Él llegó el dieciocho.

JUANITA. Bueno, pues sería el diecinueve. Iba como para el Casino, con el Registrador; yo volvía de casa de las de Robles, y, al pasar junto a él, se me quedó mirando y me parece que le oí decir: «¡Hombre, qué bonita

muchacha!». Ya ven ustedes lo bien que me vería. Eso es todo. Ni más ni menos, ni menos ni más. Ni lo he vuelto a ver, ni ha vuelto a verme, ni sé que se haya ocupado para nada de mi insignificancia.

CONCHA. ¡Y ca! ¡Aquí no comulgamos con ruedas de molino, hija!

PILAR. ¡Pues ya se ve que no!

ÁNGELA. No nos hagas más tontas de lo que somos.

CONCHA. ¡Como que se iba a armar en el pueblo la que se ha armado si no hubiera más que eso!

DOÑA BELÉN. Pues yo le aseguro a usted, Concha, bajo palabra de caballero, digo, de señora, que Juanita ha referido los hechos puntualmente; y que si es cierto, como se propala, que ese joven ha pasado por delante de mi casa por ver a ésta, allá él con su intención; porque yo le respondo a usted de que ésta, por su parte, no se ha asomado a la ventana para verlo pasar, ni ha hecho nada absolutamente que contribuya a dar pábulo a la especie de que se trata. La madre de Juanita, como usted sabe bien, era toda una señora; su padre, todo un caballero, y sus tíos, al recogerla y educarla, hemos puesto especial empeño en que ella sea toda una señorita. *Sorbe.*

CONCHA. Está muy bien; lo que no creo que sea inconveniente para que le haya salido todo un novio.

Nuevas risas.

DOÑA BELÉN. ¡Esta Concha siempre con sus salidas! Juanita.

JUANITA. Tía.

DOÑA BELÉN. Diles la copla que has compuesto tú con este motivo.

JUANITA. ¡Por Dios, tía!

ÁNGELA. Anda, sí, mujer, que a mí me gustan mucho tus coplas.

PILAR. ¿Cómo es, cómo es?

CONCHA. Dila.

JUANITA. Vaya que sea; pero ya saben ustedes que no me hace gracia decir mis coplas. En una muchacha estas cosas se critican mucho. Y en buen pueblo estamos.

ÁNGELA. Pero, mujer, aquí somos de confianza.

JUANITA. Pues por eso la digo. Después de todo es una tontería la copla.

Ni él me quiere, ni lo quiero,
ni tengo nada con él;
pero si el pueblo se empeña,
¡tijeretas han de ser!

Grandes risas y algunos aplausos.

DOÑA BELÉN. Está bien, ¿verdad? Juanita. Una pamplina.

ÁNGELA. No, hija, que es muy graciosa.

PILAR. Es muy bonita, sí.

CONCHA. Sobre todo tiene oportunidad.

SANTITA. ¿Qué ha sido?, ¿qué ha sido?

ÁNGELA. ¡Una copla preciosa!

SANTITA. *Creyendo que se trata otra vez de Dieguilla y levantándose decidida a despedirla en el acto.* ¡Vaya! ¡Ha creído que se va a reír de mí! ¡Ahora mismo le doy la cuenta como a la otra tarasca! ¡Aunque tenga yo que fregar! *Va hacia la cocina.*

ÁNGELA. ¿Adónde vas, mamá?

SANTITA. ¡A despachar a aquella descarada!

ÁNGELA. ¡Si no canta Dieguilla! ¡Si es que Juanita ha sacado una copla!

SANTITA. ¡Ah! ¡Ya me llamaba la atención tanta frescura!

Nuevas risas. Don Julián viene del jardín.

DON JULIÁN. ¡Hola, hola! Tenemos animado el casinillo.

DOÑA BELÉN. Muy buenas noches, don Julián.

DON JULIÁN. Dios te guarde, hijita. *A Juanita.* Y a ti, pimpollito del pueblo.

JUANITA. Gracias, padre.

DON JULIÁN. Pero, ¿cómo no se van ustedes un rato al jardín o se salen a la puerta de la calle? La noche está hermosísima.

ÁNGELA. Tiene razón el tío: vámonos a la puerta de la calle.

JUANITA. Vámonos, sí, vámonos.

DOÑA BELÉN. Como quieran ustedes.

CONCHA. Allá iré yo. Primero voy a la cocina a decirle a Guitarra que se llegue en un salto a ver cómo está Bobadilla de la muela. No sea cosa que me tenga yo que llegar a mudarle la hila.

Se marcha por el jardín hacia la izquierda.

SANTITA. ¿Adónde va ahora Concha Puerto?

ÁNGELA. A interesarse por la muela de Bobadilla.

SANTITA. ¡Aviado está Bobadilla entre la muela y Concha Puerto!

Inopinadamente, desconcertando a todos con su presencia, vuelve Pepe Lora a devolver el «Diario». Juanita, al verlo, se pone bruscamente seria.

PEPE. Buenas noches.

DOÑA BELÉN. Buenas noches.

PEPE. Don Julián, tenga usté er *Diario*.

DON JULIÁN. Muchas gracias, hijito. Pero, ¿ha leído ya tu madre la novela?

PEPE. Zí, zeñó. Y yo he visto también lo que tenía que vé. Buenas noches.

DON JULIÁN. Adiós.

DOÑA BELÉN. Buenas noches.

Se va Pepe Lora, mirando intencionadamente a Juanita, que esquiva la mirada.

ÁNGELA. Ya está el toro en la plaza.

DON JULIÁN. ¡Qué borriquito es el pobre; qué borriquito!

JUANITA. Pues mire usted: si se ha llegado a creer ese borriquito, como usted le llama, o ese borricazo, como le llamo yo, que porque tuvimos unas tonterías de chiquillos ya no me va a gustar a mí ningún hombre, se equivoca en más de la mitad.

PILAR. ¡Claro!

ÁNGELA. ¡Tendría que ver!

DOÑA BELÉN. ¡Vaya si se equivoca! Tomará cartas en el asunto mi marido.

SANTITA. No llegará la sangre al río; no apurarse.

ÁNGELA. Dice bien mamá. Vámonos a la puerta.

JUANITA. Sí, vámonos; que nos dé el fresco de la noche.

Se marcha a la calle con Ángela. Una y otra se llevan las sillas en que estaban sentadas.

PILAR. *Siguiéndolas.* Yo no saco silla: me siento en el poyete.

Santita, durante este diálogo, ha recogido los útiles de su labor y los ha guardado en el chinero. Después se va con las muchachas a la calle, llevándose su silla también.

SANTITA. Y usted, Belén, ¿no sale?

DOÑA BELÉN. Ahora. En seguidita voy. *Así que desaparece Santita.* Don Julián, un momento.

DON JULIÁN. ¿Qué se te ofrece, hijita?

DOÑA BELÉN. Ya se puede usted imaginar qué efecto me habrá hecho esta entrada de Pepe Lora.

DON JULIÁN. Sí; el mismo que a todos, hijita.

DOÑA BELÉN. Parece como que ha querido darnos a entender que sigue empeñado en impedir por la violencia que mi sobrina tenga otro novio. Yo le estimaría a usted que llamase a capítulo a ese mal aconsejado muchacho…

DON JULIÁN. Y lo haré, lo haré. Sólo que todavía lo encuentro prematuro.

DOÑA BELÉN. ¿Prematuro? ¡Ay, padre! ¡Usted no ha tenido veinte años!

DON JULIÁN. ¿Cómo que no?

DOÑA BELÉN. Para el amor, digo.

DON JULIÁN. ¡Ah! desde luego; pero ahora que tengo más de sesenta, te repito que se me antoja pronto para advertirle nada a Pepe Lora. Mientras no se vea claro si el abogado piensa o no piensa en tu sobrina… Y precisamente él ha estado aquí hace media hora y me ha declarado que ni siquiera de vista la conoce.

DOÑA BELÉN. ¡Ah! no; pues eso no es rigurosamente exacto; conocerla, sí la conoce.

DON JULIÁN. Chito, que viene aquí.

DOÑA BELÉN. ¡Qué casualidad más oportuna!

Por la derecha del jardín llegan Adolfo y don Cecilio. Don Cecilio, decano de los médicos de Puebla de las Mujeres, es persona discreta y de buen ingenio.

DON JULIÁN. Hombre, hombre: casa con dos puertas, mala de guardar.

DON CECILIO. Nos hemos entrado por el postigo para robarte las naranjas. Felices noches, doña Belén.

DOÑA BELÉN. Felices, doctor.

ADOLFO. Don Julián, ya me tiene usted aquí de vuelta. Señora…

DON JULIÁN. *Presentándole a doña Belén.* Doña Belén Zurita.

DOÑA BELÉN. Con perdón, se le olvida a usted algo, padre.

DON JULIÁN. Señora de Gómez Valdivieso.

ADOLFO. Tanto gusto.

DON JULIÁN. Don Adolfo Adalid.

DOÑA BELÉN. Muy señor mío. Yo soy una excelente amiga de su tía de usted. Me congratulo de su estancia en Puebla de las Mujeres. Huéspedes tan distinguidos como usted vienen a honrarnos con su presencia.

ADOLFO. Señora, por Dios… Es a mí a quien honra ser acogido de esta manera.

DOÑA BELÉN. Beso a usted la mano.

ADOLFO. A los pies de usted.

DOÑA BELÉN. Hasta luego, Martínez.

DON CECILIO. Adiós, señora.

Se marcha doña Belén a la calle, envolviendo al grupo en una sonrisa afectuosa.

DON JULIÁN. *A Adolfo, que la mira curiosamente.* Ésta es la tía.

ADOLFO. ¿Qué tía?

DON JULIÁN. La tía de…

ADOLFO. ¿De quién?

DON JULIÁN. Y en la puerta de la calle está ella.

ADOLFO. ¿Quién?

DON JULIÁN. ¡Ella! Mira qué ocasión…

ADOLFO. ¡Ah, vamos! ¡No había caído!

DON CECILIO. Hombre, es verdad; que me han dicho mis hijas que anda usted buscándole tres pies al gato.

ADOLFO. No, señor, no; es un runrún que carece de fundamento.

DON CECILIO. Como me lo contaron te lo cuento, amiguito.

ADOLFO. Por cierto, don Julián, que le dije a usted antes que nunca había visto a la muchacha, y estaba equivocado.

DON JULIÁN. Sí, ¿eh?

ADOLFO. Sí, señor; en casa del Registrador, donde me han hablado de lo mismo, la señora me ha hecho recordar quién es la señorita ésa. La vi pasar un día por la calle, yendo yo con unos señores. Me pareció bonita, sí.

DON JULIÁN. ¡Ah! bonita lo es. Y muy sentadita y muy lista. Voy a darte la cartita ésa.

ADOLFO. Molestia más en tonto… Pero, en fin, lo quiere mi tía…

DON JULIÁN. Calla, hombre; calla. *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

DON CECILIO. Bueno, Adolfo; ahora que estamos solos, y a propósito de lo que se hablaba: no se case usted.

ADOLFO. ¿Cómo?

DON CECILIO. No se case usted, hombre; no se case usted.

ADOLFO. Pero, ¿quién ha pensado en tal cosa?

DON CECILIO. Es el consejo de un amigo que conoce el matrimonio… y el pueblo éste. No se case usted.

ADOLFO. Esté usted tranquilo, que no me caso. He venido aquí a cosa muy distinta.

DON CECILIO. Pues ande usted con ojo.

ADOLFO. ¡Hombre!

Sale Guitarra de la parte de la izquierda del jardín y se va por la cancela, diciendo lo que sigue:

GUITARRA. Con lo a gusto que estábamos ayí cantando bajito, que me yegue ahora a vé si a su marío le duele la muela ¡Vamos! Güenas noches.

DON CECILIO. Buenas noches.

ADOLFO. Buenas noches. Este ¿quién es?

DON CECILIO. Éste es el criado de Concha Puerto. ¿Usted conoce a Concha Puerto?

ADOLFO. Sí, señor; me la han presentado ya en dos o tres casas. Una señora muy oficiosa y un poco tarabilla.

DON CECILIO. ¡Tate! Y algo peor.

ADOLFO. ¿Peor?

DON CECILIO. Sí; porque como quiera Concha Puerto, se casa usted aquí.

ADOLFO. ¡Je! Tiene gracia.

DON CECILIO. No; no tiene gracia, porque me pasó a mí precisamente con su madre, que era igual a ella. De manera que no tiene gracia.

ADOLFO. ¡Pues a mí me la hace!

DON CECILIO. Se empeñó en casarme, y me casó.

ADOLFO. ¡Pero qué obsesión tiene usted con el casamiento!

DON CECILIO. Amigo, es que respiro por la herida. Y ésa es una de las pocas cosas, con ser ella tan grave, que he hecho yo en mi vida, no diré que contra mi voluntad, pero sí empujado por todo el pueblo. Este es un pueblo en que mandan y reinan las mujeres. Aquí no se hace más que lo que a ellas les da la gana.

ADOLFO. Será porque no hay hombres.

DON CECILIO. En parte es por eso: pero en parte es también porque 110 hay forma de oponerse a lo que ellas traman o idean. Hombres hay pocos, y los que hay se pierden, ésa es la verdad. A los veinte años los tiene

usted embrutecidos, agotados por la juerga y por la vagancia. Y, es claro, las mujeres dominan; tienen más inteligencia y más corazón, y unas ganas de hablar insaciables a todas horas… y no hay quien las venza.

ADOLFO. Yo me figuro que serán por el estilo de las de todas partes.

DON CECILIO. Acaso; pero lo que puedo decirle a usted es que no ha habido un momento crítico en la historia de Puebla de las Mujeres, en que ellas no hayan sido las heroínas. Por eso lleva el pueblo el nombre que lleva. De manera que ándese usted con ojo, como le he prevenido antes.

ADOLFO. Eso es lo que a mí me da risa: la alarma que trata usted de infundirme, porque he visto en la calle a una muchacha y han dado en decir que me he fijado en ella.

DON CECILIO. Así empecé yo.

ADOLFO. ¿Qué?

DON CECILIO. Que así empecé yo. A los tres días de estar aquí de médico, hace ya treinta y cinco años, principió el tole tole. «Vamos, doctor, que no ha hecho usted más que llegar y pegar». «Buen gusto ha tenido usted, doctor». «¿Yo?». «Usted, usted; no nos venga con disimulos. Ya sabemos que está usted que hace números por Fulanita…». «¡Pero si ni siquiera la conozco!». «¿Pues no dice que no la conoce?». «¡Que no la conozco!». «¡Y dale con que no la conoce!». ¡Hasta que me entraron ganas de conocerla!

ADOLFO. No lo dudo.

DON CECILIO. Que es lo mismo que va a pasarle a usted.

ADOLFO. Tampoco lo dudo. Declaro que ya tengo cierta curiosidad…

DON CECILIO. ¡Oh!

ADOLFO. Cierto interés en saludar siquiera a esa señorita.

DON CECILIO. ¡Oh! Es usted hombre al agua. Lo pondrán a usted en relaciones; organizarán una buñolada para estrechar lazos; le ofrecerán la reja de Concha Puerto para pelar la pava, y le fijarán a usted la fecha de la boda. Son los trámites.

ADOLFO. *Soltando la risa.* ¡Ja, ja, ja!

DON CECILIO. Ríase, ríase cuanto quiera. Como ellas la tomen con usted, se verá usted empujado en todos los instantes por una fuerza

irresistible, y allá irá usted adonde a ellas se les antoje. ¡No le dé usted vueltas!

ADOLFO. Pero, señor doctor…

DON CECILIO. Pero, señor abogado; fíjese usted en mí. ¿Tengo yo planta torera, por casualidad?

ADOLFO. ¿Usted?

DON CECILIO. ¡Pues yo he toreado en este pueblo! ¡Se les puso en el moño a las señoras que toreara, y toreé! ¡Que si el manto de la Virgen, que si la caridad, que si los pobres, que si la sequía!… ¡Que concertaron una becerrada y que toreé!

ADOLFO. No, pues a eso sí que no pienso llegar yo.

DON CECILIO. ¡Porque no quieran ellas! ¿O es que cree usted que yo pensaba torear? ¡En mi vida he pasado más miedo! ¡Usted no tiene idea de lo que crece un becerro a cada paso que da hacia usted!

ADOLFO. ¿Le parece a usted que, por si acaso, me ensaye con el perro de Terranova de mi tía?

DON CECILIO. ¡Tómelo usted a broma!

Sale por la cancela Santita, seguida por una Muchacha.

SANTITA. Sí; aquí tienes al médico. *A Adolfo.* ¿Hola? ¿Hemos entrado por el postigo?

ADOLFO. Sí, señora.

SANTITA. *Bajando la voz.* Pues se ha perdido usted de ver lo que hay a la puerta.

ADOLFO. ¡Je!

SANTITA. Doctor, esta muchacha pregunta por usted. *Se va por el jardín.*

DON CECILIO. ¿Qué pasa, niña?

MUCHACHA. Pos mi hermana, que ze ha puesto mala.

DON CECILIO. ¡Válgate Dios! Y ¿quién es tu hermana?

MUCHACHA. Pos la hija de Jozé.

DON CECILIO. Y ¿quién es José?

MUCHACHA. Pos Jozé es mi padre.

DON CECILIO. *A Adolfo, que sonríe al oírlo.* Usted se habrá enterado ya de quién es la hermana. Y tu padre, ¿quién es, que no caigo ahora?

MUCHACHA. ¡Ay, qué gracia! Dice que no cae. ¿Quién va a zé mi padre, zeñó? Er de las piedras de afilá.

DON CECILIO. No podía ser otro, efectivamente. Y, bueno, ¿qué le ha dado a tu hermana?

MUCHACHA. Pos le ha dao un inzurto. Ha peleao con er novio de mala manera, y ze ha inzurtao.

DON CECILIO. Probablemente, después de haberse insultado los dos, el uno al otro.

MUCHACHA. No, zeñó; que mi hermana ha estao mu prudente. Pero é iba borracho. A la cuenta ze ha tomao cuatro copas de más pa dejarla. Y a mi hermana le ha dao un inzurto. Y me dijo mi madre: «Poz anda, ve en ca de don Cecilio, a vé zi pué vení». Y en ca de usté me dijeron que debía usté de está en ca de doña Madalena. Y en ca de doña Madalena me dijeron que quizás estaría usté en ca der cura. Y por ezo he venío.

DON CECILIO. Pues en seguida voy allá. Eso que tiene tu hermana no es nada. ¿Dónde viven ustedes?

MUCHACHA. Pos pazá la rinconá del aguaducho, er cayejón aqué.

DON CECILIO. Allí hay dos callejones.

MUCHACHA. Poz er der marmoliyo, conforme ze entra.

DON CECILIO. ¿Qué número?

MUCHACHA. La caza der faro.

DON CECILIO. Pero, ¿qué número?

MUCHACHA. A la vera der derribo.

DON CECILIO. Mira, niña, lo mejor es que nos vayamos juntos, porque si no, no le curo el insulto a tu hermana. —Adiós, Adolfo. Hasta mañana en el Casino, ¿eh?

ADOLFO. Sí, señor, sí; hasta mañana.

DON CECILIO. Vamos, tú.

MUCHACHA. Que usté lo paze bien.

ADOLFO. Adiós. Que se alivie la enferma.

MUCHACHA. Muchízimas gracias, zeñorito.

Don Cecilio se marcha por la cancela, y ella lo sigue.

ADOLFO. Es gracioso este hombre. Y ¡qué monomanía más original la del matrimonio! ¡Ja, ja, ja! Y ¡qué pavor a Concha Puerto!

Sale ésta de la parte de la izquierda del jardín en dirección a la cancela, cuando, con gran sorpresa, ve a Adolfo y se detiene a saludarlo, regocijadísima.

CONCHA. ¿Cómo? Buenas noches. No había reparado. ¿Usted aquí? ¿Cómo sigue usted?

ADOLFO. *Algo desconcertado.* Bien… ¿y usted, señora?

CONCHA. Yo, bien; muchas gracias. Pero, ¿qué hace usted aquí solo?

ADOLFO. Acaba de dejarme don Cecilio.

CONCHA. ¿Sabe don Julián que está usted aquí?

ADOLFO. Sí, señora.

CONCHA. ¿Y Santita, lo sabe?

ADOLFO. También, también.

CONCHA. ¿Y… las demás personas que están a la puerta?

ADOLFO. Ésas… no sé… no las he visto… No he entrado ahora por ahí.

CONCHA. ¡Ah! ¿Quiere usted que yo lo presente?

ADOLFO. Gracias.

CONCHA. ¿Gracias sí, o gracias no?

ADOLFO. Sencillamente gracias, señora mía.

CONCHA. Bueno, hablando de otra cosa: usted dirá que Bobadilla es un grosero.

ADOLFO. ¿Bobadilla?

CONCHA. Sí, señor; mi marido.

ADOLFO. Señora, Dios me libre.

CONCHA. Es que ya ha debido ir a verlo a usted. Pero el pobrecito lleva unos días que no está para nada.

ADOLFO. Pues ¿qué tiene?

CONCHA. Lo de siempre: la muela.

ADOLFO. ¿Qué muela?

CONCHA. ¡Ay! es verdad, que le estoy hablando a usted como si fuera uno del pueblo. Y es que, cuando las personas son simpáticas, en seguida se figura una que las ha tratado toda la vida.

ADOLFO. Es usted muy amable.

CONCHA. Pues mi marido tiene una muela que le está doliendo hace tres meses. Y usted dirá, como todo el mundo: ¿por qué no se la saca? Y ahí está el conque. Mire usted: lo le llevado a Huelva, lo he llevado a Sevilla, lo he llevado a Cádiz, y de todas partes hemos vuelto lo mismo. Apenas ve al dentista le entra un pánico, ¿lo oye usted? un sudor frío y una tintina que parece que se va a morir. Y es menester dejarlo. Y así lleva tres meses, ya digo: con el grito en el cielo y sin decidirse de una vez. Y no es que sea cobarde, no. Es un hombre de pelo en pecho; se ha embarcado, se ha batido, ha estado en la guerra, se ha casado dos veces… Pero ve al dentista con la llave en la mano, y le pide de rodillas por Dios que no se le arrime.

ADOLFO. ¡Cosa más extraña en un hombre de sus condiciones y de su temple!…

Vuelve por la cancela Guitarra.

GUITARRA. Señorita.

CONCHA. ¿Qué? ¿Ya fuiste? ¿Cómo está el señorito?

GUITARRA. ¿Er señorito? ¡Botando por los correores!

CONCHA. ¡Pobrecito mío!

GUITARRA. Yo, como está esta noche, no lo he visto nunca. En fin, me ha dicho que o va usté a mudarle ar momento la hila o se pega un tiro en la cabesa.

CONCHA. ¡Pobrecito mío! ¿Le parece a usted? Vámonos ahora mismo, Guitarra. Ya sabe usted el motivo de que todavía se encuentre en falta con

usted.

ADOLFO. Señora, lo que yo deseo es que se alivie. Ruéguele usted en mi nombre que no le preocupe ni un segundo el cumplir conmigo.

CONCHA. Gracias por su bondad.

ADOLFO. ¡No faltaría otra cosa!

CONCHA. Hasta otro ratito.

ADOLFO. Adiós, señora mía.

Concha va para la cancela, donde Guitarra la está esperando. De pronto se dirige nuevamente a Adolfo.

CONCHA. Escuche usted: que si usted quiere de verdad que yo lo presente a esa muchacha, es cuestión de un minuto. Coyuntura como ésta…

ADOLFO. ¿A quién?

CONCHA. A esa señorita por la que usted parece interesado: a Juanita La Rosa.

ADOLFO. ¡Si eso es una invención de la gente!

CONCHA. Mire usted, Adalid, en los pueblos no se puede tener nada oculto; se sabe hasta cuando se compra un sello. De modo que aquí todas estamos enteradas de lo que hay.

ADOLFO. Yo le aseguro a usted que no hay nada absolutamente.

CONCHA. ¡Y ca!

ADOLFO. Por lo mismo, el aceptar una presentación así pudiera parecer…

CONCHA. ¡Ah! vamos: usted prefiere que vengan las cosas rodadas.

ADOLFO. Señora, yo no sé cómo decirle a usted que está edificando en el aire. Crea usted lo que guste.

GUITARRA. Señorita.

CONCHA. ¿Qué?

GUITARRA. Usté dispense que se lo diga; pero se está usté distrayendo, y er señorito no se queó pa una espera larga. ¡Se le sartaba el ojo!

CONCHA. ¡Pobrecito mío! Ya nos vamos. ¿Usted ve? Me tiene mártir este dolor de Bobadilla. Pero no me quiero marchar sin decirle a usted una

cosa. Concha Puerto es una amiga de usted. Una amiga dé corazón; sin cáscara. Lo que se llama una amiga para todo.

ADOLFO. Agradecidísimo.

CONCHA. Cuando usted quiera, para hacer las cosas con disimulo, se organiza un baile en el Casino, se organiza una buñolada…

ADOLFO. ¡No!

CONCHA. ¿Por qué no? ¡Si eso está en las costumbres del pueblo!

ADOLFO. De todas maneras.

CONCHA. Lo dicho, dicho. Usted lo pensará. Vámonos, Guitarra.

GUITARRA. Vámonos, señorita.

CONCHA. ¡Ah! Un momento.

GUITARRA. (Güeno; cuando yeguemos, el ojo der señorito está en la lámpara der comedó).

CONCHA. *A Adolfo, misteriosamente.* Las de Pina le van a ofrecer a usted su reja.

ADOLFO. ¡Señora!

CONCHA. Yo sé lo que me digo. No la acepte usted. La reja de las de Piña tiene un farol enfrente, y pelar la pava con un farol enfrente… imagínese usted si tiene poca gracia.

ADOLFO. ¡Pero, señora!

CONCHA. Cuente usted con la mía, que es bastante más misteriosa, y que hasta ahora no ha tenido mal ángel.

ADOLFO. ¡Bueno!

CONCHA. Está pegadita al jardín. Llega hasta ella el olor de las magnolias y de los jazmines… Se oye el surtidor de la fuente… ¡De allí, al cielo! ¡Hasta mañana!

ADOLFO. Vaya usted con Dios, señora, vaya usted con Dios.

CONCHA. Anda, Guitarra. *A Adolfo, desde la cancela.* Más que amiga, aliada. No lo olvide usted. Hasta mañana.

Se va. Guitarra la sigue.

ADOLFO. ¡Señor, qué torbellino! ¡Cuánta impertinencia! Y ¡qué manera de fantasear! Menos mal que he burlado una presentación que hubiera sido embarazosa en este momento.

Vuelve Concha Puerta, rápidamente, seguida de Juanita, Ángela y Pilar. Guitarra también vuelve.

CONCHA. Es una sosada que esté aquí un pollo solo y haya tres muchachas como tres rosas a la puerta. *Presentándolas.* Las señoritas Ángela y Pilar, hijas de Santita y sobrinas de don Julián.

ADOLFO. Tengo mucho gusto…

ÁNGELA. El gusto es nuestro.

PILAR. Siéntese usted.

CONCHA. La señorita Juanita La Rosa. ¿He dicho algo?

ADOLFO. Señorita…

Juanita le sonríe ruborosa.

CONCHA. Ustedes todas ya saben quién es él.

GUITARRA. *Viendo el rumbo que toman los acontecimientos.* ¡Vaya! ¡Ca uno a lo suyo! *Echa a andar para la cocina.*

CONCHA. ¿A dónde vas, Guitarra?

GUITARRA. A la cosina me iba a dí.

CONCHA. Pero ¡qué alma tienes! ¿No sabes que está el señorito rabiando como un perro?

GUITARRA. Yo, sí, señora; la que paese que no lo sabe es usté.

CONCHA. ¡Calla, descaradote! Oye tú, Pilar. Tu madre está en el jardín y te está llamando.

PILAR. ¿A mí? Con permiso. *Se va corriendo hacia el jardín.*

ADOLFO. Usted lo tiene.

CONCHA. Acompáñame a la puerta, Ángela.

ÁNGELA. ¿Yo? Con permiso.

ADOLFO. Usted también lo tiene.

CONCHA. Guitarra, vamos.

GUITARRA. Vamos ya.

Vase Concha Puerto cuchicheando con Ángela y seguida de su criado.

JUANITA. *Turbadísima.* Esta Concha…

Sale don Julián por la puerta de la izquierda, con la cartita ofrecida a Adolfo. Al ver la interesante pareja, se santigua y se retira prudentemente por el jardín, temiendo ser inoportuno.

Juanita y Adolfo, ligeramente desconcertados, no advierten el paso del cura, y se miran y se sonríen. Una y otro buscan, sin hallarla, una frase con que empezar la conversación. Al fin la halla Juanita, quien le pregunta al abogado con acento candoroso y sencillo:

JUANITA. Y… ¿cuándo ha llegado usted al pueblo: en el tren de esta tarde?

Cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero. Han pasado diez días. Son las tres de la tarde. Las vidrieras que dan al jardín están de par en par. Vela Ja luz, corrida a lo largo de ellas, una cortina de lienzo claro abierta por medio. Sobre una dejas sillas, un mosquero.

Ángela borda sentada en una silla baja. Santita duerme profundamente en una mecedora.

ÁNGELA. ¡Ángela María, qué calor! Y ¡qué dichosas moscas! Parece esto una confitería.

Maquinalmente se entona por lo bajito para cantar, y al cabo canta a media voz, distraída, el fandanguillo de Dieguilla, que ha echado raíces en la casa.

Estoy como la que tiene
una venita de loca:
quiero olvidarte, y te busco
en cuanto me dejan sola.

Dentro, allá en sus dominios, estimulada por el ejemplo, canta Dieguilla.

DIEGUILLA.

Ni er clavé más primorozo
ni la roza más galana
tienen tayo más garbozo
que tu carita zerrana.

ÁNGELA. *Apenas principia la copla.* Ya saltó aquélla.

Pilar, por no ser menos, canta también dentro, hacia la izquierda.

PILAR.

La casita donde vivo
tiene blanquitas paredes,
agüita clara en el pozo
y en las ventanas claveles.

ÁNGELA. ¡Digo, la del catarro! Y es que se ha puesto de moda el fandanguillo. ¡Cómo nos aprovechamos de que mamá no ve! Está en siete sueños.

Como si se hubieran puesto de acuerdo las tres, vuelve cada una a cantar su copla, pero esta vez a un mismo tiempo. En tal algarabía llega don Julián de la calle, sin manteo, de sotana y bonete.

DON JULIÁN. ¿Qué alboroto es éste en mi casa?

ÁNGELA. ¡Tío! *Se echa a reír y no acaba su copla.*

DON JULIÁN. *Reparando en su hermana dormida.* Ya me lo explico todo.

ÁNGELA. ¿Vienes de ahí enfrente?

DON JULIÁN. Sí; de charlar un ratito. Los he dejado, porque ¡tenían todos una cara de siesta!… *Dándole el bonete.* Toma; tráeme la gorra de mi cuarto.

ÁNGELA. Al instante.

DON JULIÁN. ¿Y Pilar?

ÁNGELA. Ya la has oído: bien clara que tiene la voz.

DON JULIÁN. ¿Vino Cecilio a verla?

ÁNGELA. Sí.

DON JULIÁN. Y ¿qué ha dicho?

ÁNGELA. Que no es nada; un catarrillo de verano.

DON JULIÁN. ¿Pero que no salga de la habitación?

ÁNGELA. Sí; que no salga.

DON JULIÁN. Anda, tráeme la gorra, no me constipe yo también, que estoy sudando.

ÁNGELA. En seguidita, tío. *Se va por la puerta de la izquierda.*

SANTITA. *Despertándose.* ¡Hola! ¿Ya de vuelta? Pues ¿qué hora es?

DON JULIÁN. Las tres son en la iglesia ahora mismo.

SANTITA. ¿Las tres ya? Vamos a nuestro rezo. *Se levanta.* Estos animalitos están hoy de lo más pegajoso…

Coge el mosquero y lo sacude ahuyentando las moscas. A don Julián le toca en la cabeza.

DON JULIÁN. Dios te lo pague, hermana.

Vuelve Ángela con la gorra de su tío.

ÁNGELA. Aquí la tienes.

DON JULIÁN. Dios te lo pague a ti también, hijita.

SANTITA. *Dejando el mosquero.* A rezar, niña, que ya es hora. *Se va por la puerta de la izquierda, bostezando.*

ÁNGELA. Hoy no llegamos despiertas ni a la mitad.

DON JULIÁN. Calla, rabo de lagartija.

ÁNGELA. Escúchame, tío.

DON JULIÁN. Tú dirás.

ÁNGELA. ¿Es verdad que ha ido a verte el abogado a la sacristía?

DON JULIÁN. ¿Te trae a ti con mucho cuidado eso?

ÁNGELA. Sí ha ido a verte, sí. ¿A qué ha ido?

DON JULIÁN. Si te lo dijera, ya sabrías tanto como yo.

ÁNGELA. Anda, dímelo.

DON JULIÁN. Lo que has de hacer es irte a rezar con tu madre.

ÁNGELA. Primero voy a contarle a Pilar lo del abogado. *Vase por la puerta de la izquierda.*

DON JULIÁN. Las tiene a todas soliviantaditas el abogado… ¡Je!… A ver lo que nos dice el *Diario* esta tarde. *Lo busca.* ¿Dónde me lo han puesto, señor? ¡Vaya! ¡Échele usted un galguito! *Sacudiéndose las moscas con el pañuelo.* ¡Sí que están pesaditas hoy!

Llega por la cancela Adolfo.

ADOLFO. Salud, don Julián.

DON JULIÁN. Bien venido, señor don Adolfo. No te esperaba todavía; pero me alegro de que te hayas anticipado.

ADOLFO. ¿Se alegra? ¿Por qué?

DON JULIÁN. Siéntate, hombre. Porque ahora mi hermana y mis sobrinitas han empezado sus rezos diarios, y tenemos tiempo de hablar todo lo que quieras con la mayor reserva del mundo.

ADOLFO. Tanto mejor. Le aseguro a usted que uno de mis tormentos en este poblacho… —usted perdone…

DON JULIÁN. No, hijito, no; si yo pienso lo mismo que tú; esto es un poblachito, un poblachito.

ADOLFO. Pues le decía a usted que uno de mis mayores tormentos aquí consiste en que no doy un paso que no se comente de mil maneras, y en que, sin que yo adivine cómo ni por dónde, se sabe en todas partes hasta lo que hago en mi cuarto con la puerta cerrada. ¡Nada, don Julián! ¡Que vivo en un escaparate!

DON JULIÁN. Tienes razón, hijito; estas mujeres lo huelen y lo averiguan todo. Y de entre ellas ninguna como Concha Puerto.

ADOLFO. ¡Oh! Concha Puerto es desesperante. A mí me descompone. Y yo, que llevo unos días con los nervios en revolución…

DON JULIÁN. Sí que te noté muy excitado esta mañana.

ADOLFO. Mis motivos tengo.

DON JULIÁN. ¡Ea! pues vamos a saber cuáles son.

ADOLFO. Don Julián, hace diez días que saludé aquí a Juanita La Rosa…

DON JULIÁN. ¡Ah, vamos! ¡Se trata de Juanita La Rosa!

ADOLFO. ¡Naturalmente! Pero, ¿es que se habla en el pueblo de otra persona desde que yo llegué?

DON JULIÁN. Y ¿qué te sucede de nuevo?

ADOLFO. ¡Sencillamente que me han creado con ella una situación intolerable, violentísima, con la que estoy resuelto a acabar! *Se levanta nervioso.*

DON JULIÁN. ¿Sí?

ADOLFO. ¡Sí, señor!

DON JULIÁN. Cálmate, hijo, cálmate.

ADOLFO. A medida que vivo en Puebla, es natural que me vaya tratando con la gente, ¿no? Otra cosa sería un absurdo. Además, las contingencias de los asuntos que aquí me han traído lo exigen también. Yo soy una persona bien educada; necesito, pues, cumplir con todo el mundo, ver a unos y a otros, frecuentar ciertas casas… Bueno, pues no voy a una sola, don Julián, a la que previamente no se haya invitado a esa señorita, por fas o por nefas. Llego yo, la saludo, quizás y por lo mismo con una frialdad estudiada… Pues como si no; en seguida empiezan las miradas de inteligencia entre los presentes. Y, sin que yo vea quién, una mano pone una silla junto a la de ella, en la que no se sienta nunca nadie más que yo. ¡Como si la silla estuviera apestada para los demás! Y, claro, al sentarme a su lado, sería un grosero si no le hablara; y en cuanto le dirijo la palabra, ya los otros enredan una conversación aparte, prescindiendo de ella y de mí, y nos dejan como a dos novios. ¿Usted cree que esto puede resistirse?

DON JULIÁN. ¡Ja, ja, ja! La verdad, hijito, a mí no se me antoja cosa tan grave. Yo creo que tú exageras.

ADOLFO. ¿Que yo exagero, don Julián? ¡Usted no tiene idea de las miradas, de las sonrisas, de los golpecitos en la espalda que yo estoy aguantando! No hablo con ella: «¡Cómo disimula!». Hablo: «¡Claro, como que es ridículo disimular!». Paso por su calle: «Amiguito, la soga tras el caldero». No paso: «Sabe que no está ella». Hablo con otra: «¡Que le van a reñir a usted!». Y dale con que si tiene tanto o más cuanto, y que si los olivares, que si las viñas, que si va o no va desnuda a la boda… ¡Un mareo! ¡Y así todo el día y toda la noche, hasta que me acuestan! ¡Comprenda usted que no hay paciencia que lo sufra!

DON JULIÁN. Ni remedio hay tampoco como no te vayas del pueblo, hijito. Aquí, por cada hombre, nacen cuatro o cinco mujeres… ¡conque ponle

puertas al campo! Pero todo ello no vale un comino; no es para que te alborotes así.

ADOLFO. Es que todavía ocurre algo mucho más grave.

DON JULIÁN. A ver, a ver…

ADOLFO. Yo no sé si del Casino, o del estanco o de la cerería, o de alguna casa particular, ha salido una especie relacionada con esa señorita y atribuida a mí, altamente ofensiva para ella.

DON JULIÁN. ¡Caramba! Esas ya son palabras mayores. Eso ya es una canalladita. ¿Qué milagro te cuelgan?

ADOLFO. Me repugna que usted lo oiga y repetirlo yo. Una infamia.

DON JULIÁN. Menos mal que ella no ha de enterarse.

ADOLFO. Sí, señor; se ha enterado, y ha creído, por lo visto, que es cosa mía.

DON JULIÁN. ¿Es posible?

ADOLFO. Me di cuenta de ello la otra noche en casa del Registrador. Apenas llegué yo, Juanita y su tía, que estaban allí de tertulia, se levantaron como por resorte y se marcharon sin mirarme siquiera Al día siguiente se repitió la escena en casa de Concha Puerto. Ayer, en misa, también esquivó mi saludo. Como usted comprende, me interese o no la muchacha, yo no puedo tolerar que me atribuya una invención a todas luces indigna de un caballero. Cogí la pluma y le escribí dos letras sincerándome; diciéndole tan sólo que yo soy primero que nada un hombre de honor, incapaz de ofender jamás a una señorita. Pues bien: esa carta no ha llegado a sus manos.

DON JULIÁN. ¿Por dónde lo sabes?

ADOLFO. Por un anónimo que he recibido esta mañana.

DON JULIÁN. Y ¿vas a hacer caso de un anónimo?

ADOLFO. Sí, señor; desde el momento en que ella no me contesta ni varía de actitud, debo darle crédito al anónimo. La carta se conoce que la ha interceptado la tía, que, con permiso de usted, es un mamarracho.

DON JULIÁN. De acuerdo; es un mamarrachito.

ADOLFO. De manera, querido don Julián, que yo me atrevo a suplicarle a usted que, por mi buen nombre, se tome una molestia.

DON JULIÁN. Dí lo que quieras y no vuelvas a hablarme de molestias.

ADOLFO. No deseo más sino que vaya usted a esa casa a justificarme; a dar por mí estas explicaciones que yo no puedo dar.

DON JULIÁN. Hoy mismo te dejaré como corresponde.

ADOLFO. Y yo se lo agradezco a usted en el alma. Ya que no es posible que yo hable con la muchacha cinco minutos…

DON JULIÁN. ¿Lo preferirías?

ADOLFO. Si hubiera modo de lograrlo, sin otro testigo que usted, desde luego.

DON JULIÁN. Bien, bien, hijito, bien; eso está muy bien. *Se levanta y se asoma a la puerta de la izquierda y a la del jardín.*

ADOLFO. ¿Qué hace usted, padre?

DON JULIÁN. Que a lo mejor Dieguilla se pone a escuchar detrás de las puertas… *Bajando la voz.* Y te voy a decir que te pintan las cosas al pelo.

ADOLFO. ¿Por qué?

DON JULIÁN. Porque no vamos a llamar la atención de nadie, y vas a realizar tu gusto: hablar con Juanita sin más testigos que este cura.

ADOLFO. ¿De veras, don Julián?

DON JULIÁN. Óyeme. Pilar, mi sobrinita, lleva dos o tres días malucha y no sale de su habitación.

ADOLFO. No sabía una palabra.

DON JULIÁN. No es nada de particular; un catarro. Pues bien: como ella y Juanita son uña y carne, Juanita ha venido sola ayer y anteayer a acompañar a la enfermita. De modo que, si viene también hoy, como estos otros días ha venido, y tú estás aquí, cátate como traída por la mano la entrevista que quieres.

ADOLFO. Sí, señor; es cierto. Y ¿usted cree que vendrá?

DON JULIÁN. Lo creo; y si acertara a venir a estas horas, como ayer, miel sobre las hojuelas. Santita y las muchachas rezan allá; a lo mejor empalman la siesta con el rezo… En estas horas de calor casi todo el mundo

se echa un ratito… No hay temor de que llegue nadie… ¡Figúrate si la coyuntura es pintiparada!

ADOLFO. Verdaderamente, don Julián. ¡Haga Dios que se realice todo como usted lo pinta!

DON JULIÁN. Así será. Tú de aquí no te muevas. Yo me voy a cambiar la sotana por el terno de alpaca, que es más fresquito, y aquí estaré en seguida. Hasta ahora, ¿eh?

ADOLFO. Hasta ahora, don Julián; y Dios se lo pague.

DON JULIÁN. Hijito, ¿sabes una cosa?

ADOLFO. ¿Qué cosa, don Julián?

DON JULIÁN. Que te encuentro interesadito, interesadito…

ADOLFO. No… no, señor…

DON JULIÁN. Será que toco yo el violón, como siempre. Interesadito, interesadito…

Vase por la puerta de la izquierda. Pausa.

Adolfo está inquieto, aunque a sí mismo trata de ocultárselo. Se asoma al jardín, se asoma a la cancela y mira distraído las fotografías.

ADOLFO. *Consultando su reloj*. Las tres y cuarto ya, y a las cuatro me espera el Registrador… *Fijándose en uno de los retratos.* ¿Es ella ésta?… Sí; ella quiere ser. ¡No se parece nada! *Sigue examinando el retrato.*

En esto, y bien ajena a que ha de encontrarse allí al abogado de sus pensamientos, llega de la calle Juanita, vestida de claro, a cuerpo gentil, y con sombrilla y abanico.

JUANITA. *Deteniéndose muy sorprendida.* ¡Ay! ¡Adolfo! *Da unos pasitos para ver lo que hace.* (¡Mirando mí retrato!). *Le entra mucha risa, que reprime, y se tapa la cara con el abanico.*

ADOLFO. *Volviéndose de pronto hacia ella.* ¿Eh? ¿Quién? ¡Juanita! ¡Dichosos los ojos! ¿Cómo está usted?

JUANITA. Yo bien… ¿y usted?

ADOLFO. Esperándola a usted estaba.

JUANITA. ¿Sí? Pero, ¿usted sabía que iba a venir yo?

ADOLFO. Alguna vez había de tocarme a mí saber algo que no supieran los demás.

JUANITA. Y ¿se entretenía usted en mirar ese mamarracho? Me han querido favorecer; pero no me parezco… ¿verdad?

ADOLFO. *Contemplándola.* No… no se parece.

JUANITA. *Después de haber dejado que la mire bien.* Bueno, pues… con su permiso… Yo estoy aquí volada… Me he quedado tonta de la sorpresa de encontrarlo a usted… Lo que menos podía *yo* imaginarme… Vamos, estoy volada… Con su permiso voy a ver cómo sigue Pilar.

ADOLFO. Un momento.

JUANITA. ¿Qué?

ADOLFO. Que me permita usted un momento; que yo deseo hablar con usted un momento.

JUANITA. ¿Le corre mucha prisa?

ADOLFO. Mucha.

JUANITA. En ese caso, llamaré a Santita o a don Julián… porque así, solos… Yo le aseguro a usted que estoy volada… Si llegara alguna persona de la calle…

ADOLFO. Ahora nadie viene, descuide usted. Es la hora de la siesta. Además, habla usted con un caballero, no obstante lo que en contra mía se miente por ahí. Yo le suplico a usted que me escuche un instante. *A una mirada de Juanita hacia la cancela.* No llega nadie, no. Óigame usted, que no la entretendré demasiado.

JUANITA. Ya oigo; ya oigo. No he de negarle a usted lo primerito que me pide. Al fin y al cabo es usted forastero y debe tratársele con toda consideración.

ADOLFO. Siéntese usted.

JUANITA. Eso ya sería pasar de la raya.

ADOLFO. ¿Por qué? Siéntese usted, Juanita.

JUANITA. Bueno, me sentaré… Pasaré de la raya… Cuando le digo a usted que me he quedado tonta…

Se sienta.

Inmediatamente Adolfo se sienta a su lado.

ADOLFO. Juanita, esta amabilidad con que usted me acoge, y que tanto contrasta con la esquivez y dureza de estos días, me tranquiliza enteramente. Yo, Juanita…

¡Lo que son las cosas de este mundo! La frase que va a comenzar el bueno de Adolfo, con tanta sinceridad y nobleza, queda interrumpida por la llegada de Concha Puerto, que aparece de improviso por la cancela. Trae varios paquetes de tiendas de comestibles y confiterías.

CONCHA. *Encantada al ver a la pareja.* ¡Ajajá!

ADOLFO. *Como si despertara de un sueño.* ¿Eh?

JUANITA. *Turbada.* Concha Puerto…

CONCHA. ¡Ajajá!

ADOLFO. ¿Qué quiere decir ¡ajajá! señora?

CONCHA. ¿No lo ha oído usted decir nunca? A todo esto, buenas tardes. Pues ¡ajajá! quiere, decir que yo me alegro mucho, que esto ya se esperaba, que está muy bien… Vamos, que ¡ajajá! Y que sigan ustedes hablando, que yo no estorbo.

ADOLFO. No, no, señora; un poco de calma. Yo le debo explicar a usted…

JUANITA. ¡Ah! sí; no se figure usted otra cosa.

CONCHA. Ni me figuro nada, ni necesito explicaciones. Repito que no estorbo. He venido a hacerle a Pilar el bizcocho borracho que dicen que cura los catarros. No los cura, pero lo dicen. Y me voy a la cocina al instante. No estorbo. Hasta luego. No estorbo. *Echa a andar hacia el jardín muy satisfecha.*

ADOLFO. Señora…

CONCHA. *Volviéndose.* No me diga usted una palabra, hombre. Ciertas cosas no necesitan comentarios. No estorbo, no estorbo… *Se va por el jardín hacia la izquierda.*

ADOLFO. ¡Pues, señor, bien! ¡Estamos frescos!

JUANITA. *Abanicándose.* Regular.

ADOLFO. ¡No puedo con las oficiosidades de esta señora! ¡Qué inoportuna es! ¿Por qué razón no hace el bizcocho ése para los catarros en la cocina de su casa? ¿Qué precisión tenía de venir aquí, con el calor que hace, y nosotros de verla, y de que imagine y propale lo que no es menester?

JUANITA. ¿No le dije yo a usted que estaba volada?… Ha sido una imprudencia. Y me voy, me voy allá dentro.

ADOLFO. Ya, ¿para qué? Quien fatalmente había de venir, ha venido… Le ruego a usted que no se vaya sin contestarme a esta pregunta: ¿ha recibido usted una carta mía?

JUANITA. Esta mañana tempranito; sí, señor. ¿Se le cayó a usted alguna cosa de la mano? Me la entregó mi tía, que me la había ocultado hasta entonces.

ADOLFO. Y ¿ha creído usted lo que le digo en ella?

JUANITA. No tenía usted necesidad de habérmelo dicho. Por las señas usted me merece a mí mejor opinión que yo a usted.

ADOLFO. Muchas gracias… Como había notado en usted una seriedad, un aire tan esquivo…

JUANITA. La obligan a una a tantas cosas… Mi tía es tan exagerada y tan especial…

ADOLFO. ¿Luego usted no creyó ni un instante…?

JUANITA. Ni un instante, Adolfo.

ADOLFO. Así lo pensaba yo, y así lo deseaba; pero comprenda usted que era preciso que lo supiera por usted misma.

El catarro de Pilar trae a la casa, según se ve, extraño movimiento a desusadas horas. Llega don Cecilio a este punto, también por la cancela, y no puede contener una exclamación de extrañeza al encontrarse con aquel cuadro inesperado.

DON CECILIO. ¡Caracoles!

ADOLFO. *Poniéndose de pie de un brinco.* ¿Quién?

DON CECILIO. Yo. Gente de paz. No hay que alarmarse, amigo mío.

ADOLFO. ¿Qué tal, señor doctor?

DON CECILIO. No tan bien como usted, pero vamos viviendo. ¿Y tú, monona? Sigan, sigan ustedes arrullándose.

JUANITA. No nos arrullábamos, doctor; no somos tórtolos.

DON CECILIO. ¿No? Eso, allá ustedes, nena. *A Adolfo*. ¿Qué le dije yo a usted?

ADOLFO. ¿Cómo?

DON CECILIO. ¿Qué le dije *yo* a usted? ¿Usted se acuerda de lo que yo le dije?

ADOLFO. Me ha dicho usted tantas cosas, amigo…

DON CECILIO. Ya entiende usted a la que me refiero. ¿Qué le dije?

ADOLFO. La verdad; no recuerdo ahora.

DON CECILIO. No recuerda usted ahora, ¿eh? ¡Pues yo sí! Y no interrumpo más. Voy a ver a la enfermita ésa. ¡Qué demonio! ¡La historia se repite! *Éntrase por la puerta de la izquierda*.

JUANITA. Este buen señor, como le han dicho que tiene gracia, quiere tenerla en todas las ocasiones. Y lo que es ahora no la ha tenido.

ADOLFO. No la ha tenido, no.

JUANITA. Bien, Adolfo; yo estoy haciendo lo que no debo. Usted ya sabe de mí lo que deseaba, ¿no?

ADOLFO. Ya lo sé.

JUANITA. En ese caso…

ADOLFO. Sí; no debo yo tampoco detenerla más tiempo. ¿Hasta después?

JUANITA. No sé si nos veremos después.

ADOLFO. Pues hasta mañana.

JUANITA. Tampoco sé si nos veremos mañana.

ADOLFO. Entonces…

JUANITA. Sí; hasta que nos veamos.

ADOLFO. Hasta que nos veamos:

JUANITA. Casualmente…

ADOLFO. ¿Casualmente?

JUANITA. Como ahora, que nos hemos visto por casualidad…

ADOLFO. Sea como sea, yo quiero que sea pronto.

Se miran, retardando el momento de separarse. Llega a la cancela oportunamente el Sacristán de San Antonio, tipo relamido y dulzón. Trae un artefacto con un retrato del santo bastante parecido y cuya parte inferior es un cepillo para las limosnas.

SACRISTÁN. ¡San Antonio bendito!

ADOLFO. ¿Eh?

SACRISTÁN. ¡Para el culto de San Antonio!

JUANITA. ¡El sacristán de San Antonio! ¿Qué le parece a usted?

ADOLFO. *Buscándose cuartos en el bolsillo del pantalón.* Tome, hermano. ¡Vaya! Ahora no traigo suelto. Es igual. *Saca de su portamonedas una de dos pesetas y la deposita en el cepillo. El sacristán abre cada ojo como las dos pesetas.* Tome.

SACRISTÁN. *Destilando arrope por la boca.* ¡San Antonio bendito se lo pague! ¡Y le dé lo que necesite! ¡Y a la señorita también… y no digo más! ¡Muchas felicidades!

Se va. Adolfo y Juanita sueltan la carcajada.

JUANITA. ¡Bueno! Pues ahora es cuando va a saberse esto en todas las casas de Puebla. ¡Usted no se puede figurar lo que son dos pesetas en el cepillo de San Antonio!

ADOLFO. *A don Julián, que llega.* ¡Don Julián!

Vuelve don Julián por donde se marchó, de americana y gorra.

DON JULIÁN. ¡Hola! ¿Ya tenemos aquí a la madamita?

JUANITA. ¡Don Julián!

DON JULIÁN. ¿Has llegado ahora? ¿Cuándo ha venido?

ADOLFO. Momentos después de retirarse usted.

DON JULIÁN. ¡Ah, vamos! ¿Y según veo las caras, han hablado ustedes ya de lo que tú querías?

ADOLFO. Sí, señor.

DON JULIÁN. ¿Ves tú, hombre? Y nadie se ha enterado, y nadie los ha visto a ustedes, y no hay por qué darle un cuarto al pregonero.

ADOLFO. No; no nos ha visto nadie, ésa es la verdad.

JUANITA. ¡Nadie!

Se ríen los dos.

DON JULIÁN. ¿De qué se ríen ustedes? ¿Ha venido alguien, acaso?

JUANITA. ¡Concha Puerto!

DON JULIÁN. ¡Ave María Purísima!

JUANITA. A hacer un bizcocho para Pilar.

DON JULIÁN. ¡Es verdad, que lo dijo anoche! ¿Cómo se me ha ido a mí por alto?

ADOLFO. Y luego don Cecilio…

DON JULIÁN. ¿Cecilio también? ¡Claro! A ver a… ¡Válgate Dios, hombre, válgate Dios!

JUANITA. Y a última hora el sacristán de San Antonio.

DON JULIÁN. ¡Santa Bárbara bendita! ¡Pues ése ya es peor que el extraordinario de un periódico! ¡Qué mala manita he tenido! ¡Quién sabe! Será que está escritito allá arriba; será que está escritito.

ADOLFO. Será eso.

DON JULIÁN. *Mirando a la cancela*. ¡Y anden los títeres! Aún nos queda el rabo por desollar.

JUANITA. ¿Quién?

DON JULIÁN. Tu tía, con cara de palo.

JUANITA. ¿Mi tía? *A Adolfo.* ¡Buena la ha hecho usted!

ADOLFO. ¿Yo?

JUANITA. Usted, usted.

En efecto, llega doña Belén. La amable sonrisa de su rostro ha desaparecido.

DOÑA BELÉN. Buenas tardes.

DON JULIÁN. Buenas tardes, hijita.

ADOLFO. Señora…

Doña Belén le baja la cabeza.

DON JULIÁN. ¿Qué? ¿Vienes a ver a Pilarcita, no?

DOÑA BELÉN. Sí. Pero antes quisiera hablar con usted. *A un movimiento de don Julián.* Reservadamente.

DON JULIÁN. ¡Ah! conforme. Nos iremos ahí a la sala.

ADOLFO. Yo me marcho.

DON JULIÁN. No es menester, hijito.

ADOLFO. Es que tengo un quehacer urgente. Me esperan.

DON JULIÁN. Ya eso es otra cosa.

JUANITA. Pues aquí estábamos entretenidos charlando los tres…

DOÑA BELÉN. Sí; acaba de decírmelo el sacristán de San Antonio.

La temperatura baja cinco grados.

JUANITA. El sacristán llegó en un momento…

DOÑA BELÉN. Silencio, niña. Y usted, señor mío, óigame cuatro palabras antes de marcharse.

ADOLFO. Con mil amores. Diga usted.

DOÑA BELÉN. Cuando un caballero…

JUANITA. Tía…

DOÑA BELÉN. Cuando un caballero…

DON JULIÁN. Belén…

DOÑA BELÉN. Cuando un caballero desea hablar con una señorita —le interese en cierto sentido o no; que no hemos de hacer caso del mentir de la gente— lo primero de que debe curarse ese caballero es de contar con la voluntad de aquella o aquellas personas que representan al lado de la señorita la autoridad materna o paterna.

ADOLFO. Muy bien. ¿Será usted tan amable que me escuche a mí otras cuatro palabras?

Doña Belén. ¿Por qué no?

Adolfo. Cuando un caballero desea sincerarse con una señorita, porque las personas que representan para ella la autoridad materna o paterna, por excepción, sin duda, han hecho caso del mentir de la gente en algo que ofende a ese caballero, ese caballero acude para aconsejarse a les amigos más bondadosos y prudentes; y cuando tiene la fortuna de hallarse en una casa a la cual llega la señorita con quien le importa hablar, habla con ella sin desdoro alguno para nadie, y sin faltar a la más escrupulosa cortesía, sobre todo si es en una casa tan digna y respetable como ésta. A los pies de usted. Don Julián, hasta luego. Juanita… *Se va por el jardín.*

Dona Belén sorbe como si ella acabara de hablar.

Juanita. ¿Ves, tía, a lo que te has expuesto?

Doña Belén. ¿Cómo se entiende, niña? ¿A qué me he expuesto yo? Por consideración al padre no le he contestado lo que se merece. Estos picapleitos tienen la lengua muy expedita; pero a mí no me ganan. Vete allá dentro con Pilar, ya que a lo que viniste fué a verla. ¿No es así?

Juanita. Sí, señora, sí; a verla vine. *Éntrase por la puerta de la izquierda mirando al padre con el rabillo del ojo, como encomendándose a él.*

Doña Belén. *Volviendo a su habitual sonrisa rápidamente, una vez que Juanita se va.* Vamos a ver, padre: ¿qué ha pasado aquí?

Don Julián. Hijita, pareces tonta algunas veces: ¿qué ha de haber pasado? Que Adolfo vino a saludarme, y mientras fuí yo a cambiar de ropa llegó tu sobrina casualmente y pegaron la hebra. Adolfo es todo un caballero…

Doña Belén. Si ya lo sé, padre. Y hemos de tratar de él, porque sospecho que la madeja se va enredando.

Don Julián. Se enreda, se enreda…

Sale muy presurosa y alterada Concha Puerto por entre las cortinas del foro. Viene con delantal blanco de peto. Trae un poco remangadas las

mangas de la blusa.

CONCHA. ¿Qué es eso? ¿Ha habido algún disgusto? ¡Porque va Adolfo por el jardín como un cohete! ¡Hola, doña Belén!

Siguiendo a Concha Puerto acuden también sucesivamente Ángela y Santita, en muy parecida actitud.

ÁNGELA. ¿Qué ha sido, qué ha sido? Buenas tardes.

SANTITA. ¿Qué ha pasado? Dios te guarde, Belén. ¿Qué ha pasado?

DOÑA BELÉN. Nada, no ha pasado nada… Buenas tardes a todas. ¿Verdad, padre, que no ha pasado nada?

DON JULIÁN. Nada absolutamente. Lo que hay es que esta señora de la Edad Media trata a su sobrina con mucho rigor, con excesivo rigor en mi concepto.

SANTITA. ¿Eh? ¿Qué dice?

CONCHA. ¡Que doña Belén, a juicio del padre, trata con demasiado rigor a Juanita!

SANTITA. ¡Ah, ya! Pues ¿saben ustedes lo que yo les digo? ¡Que la trata con ese rigor para que ella y el abogado se metan más en la canasta!

Risas.

DOÑA BELÉN. *Haciéndose cruces.* ¡Ay, ay, ay!…

SANTITA. ¡Se lo digo a ustedes, y te lo digo a ti, y se lo voy a decir a ella ahora mismo para que se ahorre *llantinas*! ¡Se concluyó! *Vase por la puerta de la izquierda.*

DOÑA BELÉN. ¡Qué Santita ésta! ¡Qué cosas piensa a lo mejor! Padre, venga usted conmigo a ver a la enfermita, y hablaremos de nuestro pleitito nosotros.

DON JULIÁN. Sí, hijita, sí; vamos.

DOÑA BELÉN. ¡Qué Santita!, ¡qué Santita ésta!

DON JULIÁN. Notable, notable… No hay otra para soltar fresquitas.

Marchase por la puerta de la izquierda con doña Belén. Ambos se ríen del lance.

CONCHA. Ha tenido tu madre la mar de gracia.

ÁNGELA. ¡La mar de gracia! Voy a contárselo a Pilar. *Hace que se va y vuelve.*

CONCHA. Como que esta remilgada de doña Belén tiene más debajo de tierra que encima; tira la piedra y esconde la mano; nada y guarda la ropa. Así va el otro para la calle: que lleva las orejas como dos frailes convidados.

Aparece Pepe Lora por la cancela, sorprendiendo a las dos. Viene más torvo que de costumbre.

ÁNGELA. ¡Concha!

CONCHA. ¿Qué?

ÁNGELA. ¡Mire usted! ¡Pepe Lora!

CONCHA. *Recibiéndolo con amable extrañeza.* ¡Pepe Lora! ¿Tú por aquí?

PEPE. Yo por aquí, ¿no me está usté viendo? Dios te guarde, Angelita.

ÁNGELA. Ven con Dios, hombre. ¿Qué hay?

PEPE. Un día más que ayé.

CONCHA. Un día más que ayer, ya lo oyes. La respuesta es filosófica; pero Angelita te pregunta qué te trae por aquí.

PEPE. Los pies me han traío.

ÁNGELA. Viene profundo.

PEPE. ¿Y er *Diario,* no anda por ahí?

CONCHA. ¿Ya salimos con el achaque del *Diario*? Levanta los ojos del suelo y di qué mosca te picó y qué viento te ha echado para esta casa.

PEPE. Mosca, ninguna; zino que er zacristán de Zan Antonio me ha zoplao que estaban aquí pelando la pava Juanita y eze forastero, y quería yo verlos por miz ojos.

ÁNGELA. Pues ya ves que no están aquí.

PEPE. Pos le vi a partí la cara ar zacristán. Na más que ezo.

CONCHA. No; déjale la cara completa; porque no están, pero han estado.

PEPE. ¿Que han estao?

CONCHA. Y muy entretenidos, y muy a gusto… y sin echarte a ti de menos, ciertamente.

PEPE. Zí, ¿eh? Ya zé que eze poyo ze las tira de qué zé yo qué, y que gasta mucha poezía cuando habla.

ÁNGELA. ¿Mucha poesía?

PEPE. Zí; mucha poezía. Eya también cojea der mismo pie. Pero ze les va a concluí la poezía al uno y a la otra.

CONCHA. ¿Qué dices?

PEPE. Que le vi a partí la cara al abogao. Na más.

ÁNGELA. ¡Jesús! Ya van dos caras rotas.

PEPE. ¿Tú zabes las tripas que tengo?

CONCHA. Ganas de tener tripas.

PEPE. No, zeñora, que no zon ganas. Porque yo fui novio de Juanita, y Juanita me plantó a mí de mala manera, y de mí no ze *chuflea* Juanita; y eza me la paga a mí Juanita.

ÁNGELA. Pero, hombre, Pepe, si Juanita ya no te ilusiona…

PEPE. Déjate de iluziones; to ezo es poezía.

ÁNGELA. Si nunca fué tu tipo…

PEPE. Poezía, poezía.

ÁNGELA. Si en la calle Escobas hay otra muchacha que suspira por ti…

PEPE. Poezía, to ezo es poezía.

CONCHA. Déjalo, Ángela; no te canses en convencerlo. Para éste, lo que no sea partirle la cara al abogado, no es más que poesía.

ÁNGELA. Verdad que sí.

PEPE. Zi ustedes hubieran recibío el anónimo que yo recibí ayé de mañana…

ÁNGELA. ¿Un anónimo?

CONCHA. ¿Te han puesto un anónimo?

PEPE. Un anónimo que arde en un candí. Calentándome la cabeza. Yo, por mí, ya estaba rezuerto a hacé la vista gorda…

CONCHA. ¿Y el anónimo te ha revuelto la sangre?

Pepe. Zí, zeñora. No quiziera más que zabé de quién es pa partirle la cara.

Concha. ¡Ave María! De esta hecha, el pueblo entero de perfil.

Ángela. Pero ¿qué te dicen en el anónimo?

Pepe. ¿Que qué me dicen? Vas a vé.

Concha. ¡Ah!, ¿lo traes ahí?

Pepe. Aquí lo traigo. *Saca del bolsillo un pliego y lee con alguna dificultad.* «Buenos días, Pepe Lora». Porque hasta la guaza de darme los buenos días…

Ángela. Hombre, como te lo mandaron por la mañana…

Pepe. *Leyendo.* «¿No eras tú er que no iba a conzentí que Juanita La Roza tuviera novio? Pos ya lo tiene».

Ángela. También la gente es como Dios la ha hecho.

Pepe. Verás, verás. *Sigue la lectura.* «Por lo visto, va contigo aquer refrán de que perro que ladra no muerde». ¡Je! «¡Nadie lo hubiera creído al oírte! Pos ten en cuenta, Pepe Lora, que vas a dá que reí más de lo que ya has dao como zigas tan… tan i… tan i…».

Concha. Irresoluto.

Pepe. ¿Eh?

Concha. *Señalando en el papel la palabra para dar a entender que la ha leído.* Irresoluto, irresoluto dice.

Entre Ángela y Concha se cruza una mirada llena de malicia.

Pepe. Y ¿qué ez irrezoluto?

Concha. Irresoluto significa tanto como achicadillo en el caso presente.

Pepe. Achicaíyo, ¿eh? Miste cómo no da la cara er que me lo ha puesto.

Concha. Y ¿quién te da la cara a ti con las aficiones que tienes?

Ángela. *Con intención, aludiendo a Concha.* Pues mi opinión, valga por lo que valga, Pepe Lora, es que eso está escrito con la sana idea de que tú provoques al abogado para que al abogado se le encienda más el cariño por Juanita La Rosa.

CONCHA. No tendría nada de particular.

PEPE. To ezo zigue ziendo poezía. Después de este anónimo, la primera vez que me tropiece yo al abogao, le zuerto dos guantás que le van a quitá la poezía a é y a toa zu casta. ¡A vé zi va conmigo er refrán de que perro que ladra no muerde! ¡A vé!

Llega oportunamente Adolfo por donde se marchó.

ADOLFO. Buenas tardes.

PEPE. Buenas tardes.

ÁNGELA. ¡Huy!

CONCHA. ¿Aquí otra vez, Adolfo?

ADOLFO. Sí… Dejé una situación tan violenta, que apenas he podido… *Observando la turbación de todos*. ¿Qué pasa?

PEPE. Paza er tren por la vía.

ADOLFO. No entiendo.

PEPE. Y la zaliva por la garganta paza también.

ADOLFO. Y usted, ¿quién es?

PEPE. Quizás le zuene a usté mi nombre. Yo zoy Pepe Lora.

ADOLFO. ¡Ah, vamos! Ahora me explico su actitud. Es usted Pepe Lora.

CONCHA. Sí; es Pepe Lora.

ÁNGELA. Pepe Lora.

ADOLFO. Pues yo soy Adolfo Adalid.

PEPE. Y yo quiero hablá con usté.

ADOLFO. Hablando estamos, creo.

PEPE. Aquí zobra gente.

ADOLFO. Aquí no sobra nadie más que usted, en todo caso.

CONCHA. Adolfo, por Dios…

PEPE. Er que zobra aquí no lo zabemos; pero yo quiero hablá con usté en un zitio zolo.

ADOLFO. Elíjalo usted a su gusto.

PEPE. Tiene que zé en un zitio zolo.

ADOLFO. Elíjalo usted.

PEPE. Er zalón de lertura der Cazino: ayí no entra nadie.

ADOLFO. Perfectamente.

PEPE. Y luego nos iremos adonde haga farta.

ADOLFO. Convenido.

PEPE. Pos ayá me voy yo.

ADOLFO. Y yo le seguiré a usted los pasos.

PEPE. Buenas tardes.

CONCHA. Buenas tardes.

PEPE. ¡Pa que te me vengas a mí con poezía! *Se marcha.*

ÁNGELA. ¡Ay, yo voy a contárselo a Pilar! *Vase corriendo por la puerta de la izquierda.*

ADOLFO. Pero ¿qué me querrá ese gaznápiro? ¿Usted lo sabe?

CONCHA. Sí, señor; que no le guste a usted Juanita.

ADOLFO. ¿Vuelta la burra al trigo? ¡Pretensión más ridícula y más desatinada! ¿Habrá zopenco? ¿Quiere usted decirme por qué anda ese pollino suelto por las calles?

CONCHA. Está usted alteradísimo, Adolfo.

ADOLFO. Lo estoy, sí. ¿Es pariente de usted, quizás?

CONCHA. ¡Dios me libre!

ADOLFO. ¡Como en estos pueblos resulta que 110 hay más que parientes! Perdóneme usted.

Por la puerta de la izquierda sale don Cecilio dispuesto a marcharse.

DON CECILIO. ¡Hola!, ¡hola! ¿Sigue usted aquí?

ADOLFO. No, señor.

DON CECILIO. ¡Ah! ¿No sigue, usted aquí?

ADOLFO. Quiero decir que me he ido y he vuelto.

DON CECILIO. Peor todavía.

ADOLFO. ¿Cómo peor?

DON CECILIO. Yo me entiendo, hombre.

ADOLFO. Usted se entenderá.

DON CECILIO. ¡Se enfada! ¡Malo!

ADOLFO. ¡No sé qué pueda haber de extraordinario en que yo vuelva a ver a don Julián para que usted lo tome de esa manera!

DON CECILIO. ¿A don Julián viene usted a ver?

ADOLFO. Sí; a don Julián.

DON CECILIO. Disimula; ya no tiene arreglo. Es usted una mosca cogida en la tela de araña. Sin solución. Va usted de cabeza a la becerrada. Hará usted lo que quieran las mujeres de Puebla.

CONCHA. ¡Mejor lo pasará que haciendo lo que quieran los hombres!

ADOLFO. ¡Se ha empeñado usted en que yo he de ser aquí juguete de las circunstancias, porque usted lo haya sido, y yo, en este pueblo, y en todas partes, conservo y conservaré mi libre albedrío como el más pintado!

DON CECILIO. Como el más pintado. No se inquiete usted, Concha, que ya me voy. Me voy, amigo Adolfo. Y me voy a ver a un enfermo que está muy grave. Junta de médicos tenemos. Pues bien: a ese enfermo puede que lo salvemos entre todos: ¡a usted ya no lo salva ni la caridad! En sus manos de usted lo dejo, Concha. Felices.

CONCHA. Vaya usted con Dios.

ADOLFO. Vaya usted enhorabuena.

DON CECILIO. ¡Usted toreará! *Se va riéndose.*

CONCHA. *A Adolfo, desahogando su indignación contra él médico.* Todo lo que tiene este señor es que su casa es un titirimundi, ¿comprende usted? Los vecinos dicen que él hace las camas y repasa la ropa. La señora es fea como un demonio. Y las niñas no pueden con las cabezas de postizos que llevan. ¿Usted sabe cómo les llaman? «El saldo de *crepé*». Porque en Puebla hay mucha gracia para poner motes. Y si yo le contara a usted…

ADOLFO. ¡No me cuente usted, por Dios, más chismes del pueblo! Lo que quiero saber cuánto antes…

CONCHA. *Mirando hacia la puerta de la izquierda.* Lo que usted quiere saber va a saberlo en seguida. Con permiso, que el almíbar se me estará pasando. Vuelvo, vuelvo. *Se va por el jardín.*

ADOLFO. ¿Eh?

Al propio tiempo, y por la puerta de la izquierda, llega Juanita.

JUANITA. ¡Concha!

ADOLFO. ¡Juanita!

JUANITA. ¡Adolfo! ¿Cómo está usted aquí? Me dijo Angelita que me llamaba Concha Puerto…

ADOLFO. Y yo celebro la casualidad o el engaño.

JUANITA. Usted no tiene nada que celebrar; usted se va ahora mismo, si no quiere dar lugar a que salga mi tía y me riña otra vez.

ADOLFO. Ahora mismo me voy; pierda usted cuidado.

JUANITA. Pues ande, usted; aquélla es la cancela. No tengamos la de antes, que una palabra tiraba de la otra y hablamos los dos más de lo preciso.

ADOLFO. ¿Le ha pesado a usted?

JUANITA. Ni ha dejado de pesarme tampoco. Mi tía se ha puesto por las nubes.

ADOLFO. Pero ¿usted ha sentido decirme algo de lo que me ha dicho, Juanita?

JUANITA. Como no se vaya usted inmediatamente voy a tener que arrepentirme de todo.

ADOLFO. No, no será. Y no será, porque ya la obedezco.

JUANITA. *Observando que Adolfo no se mueve.* No veo que me obedezca usted.

ADOLFO. La verdad; ya que nos hemos vuelto a ver: antes me fui con una curiosidad muy grande, y ahora no quisiera irme también con ella.

JUANITA. ¿Una curiosidad?

ADOLFO. Muy grande.

JUANITA. ¿Se refiere a mí?

ADOLFO. ¡Claro!

JUANITA. Bueno, con tal de perderlo pronto de vista… ¿Qué es lo que quiere usted saber, *pedilón*?

ADOLFO. ¿Es verdad que escribe usted coplas?

JUANITA. ¡Mira por dónde sale! ¿Y para esto se ha entretenido?

ADOLFO. ¿Es verdad?

JUANITA. Y a usted ¿qué le importa, curioso?

ADOLFO. Me ha caído en gracia la afición.

JUANITA. ¿Sí?

ADOLFO. La encuentro original en una muchacha.

JUANITA. Pues es que yo sé muchas coplas, y algunas veces, cuando estoy alegre, o cuando estoy triste, o en otras ocasiones, me da la vena por hacerlas yo; pero sin pensar decírselas a nadie. Yo creo que imitando sin darme cuenta las que sé.

ADOLFO. Dígame usted a mí una.

JUANITA. Eso sí que no.

ADOLFO. ¿Por qué?

JUANITA. Porque son pamplinas de muchacha.

ADOLFO. No son pamplinas.

JUANITA. Sí lo son; ¿me lo va usted a contar a mí? Además, no me acuerdo.

ADOLFO. Haga usted memoria.

JUANITA. ¡Jesús! Acabará usted por abochornarme.

Quiero y no quiero decir,
y estoy sin decir diciendo;
quiero y no quiero querer,
y estoy sin querer queriendo.

ADOLFO. *Con cierta alarma, cuyo motivo, en rigor, no le pesa.* ¡Preciosa copla!

JUANITA. ¿Le gusta?

ADOLFO. Muchísimo.

JUANITA. Pues ésa es popular; no es mía.

ADOLFO. ¡Ah, no! ¡Yo quiero una de usted!

JUANITA. He dicho ésa primero para quitarme la vergüenza. A ver si me acuerdo de alguna mía que no sea muy feúcha.

ADOLFO. A ver.

JUANITA.

> No pases más por mi casa,
> que la gente es muy chismosa;
> yo no paso por la tuya,
> y estoy allí a todas horas.

ADOLFO. *Sintiendo el halago.* ¡Lindísima también! Más me gusta que la popular.

JUANITA. Muchas gracias. Eso ya lo sabía yo.

ADOLFO. ¿Que usted sabía eso?

JUANITA. Que iba usted a decírmelo es lo que sabía; porque es usted de lo más galante.

ADOLFO. Y…

JUANITA. Y nada más. *Tratando de irse.* Hasta el año que viene.

ADOLFO. Otro segundo.

JUANITA. Se acabaron los segundos, señor mío.

ADOLFO. ¿Recuerda usted cuándo escribió la copla ésa?

JUANITA. ¿Cuándo escribí…? Es usted el único preguntando cosas difíciles de contestar. Ya se echa Je ver que es usted abogado.

ADOLFO. ¿En qué?

JUANITA. En que busca bien las callejuelas para ir adonde le conviene.

ADOLFO. ¿Me contesta usted?

JUANITA. A eso, no. Lo que le ruego por última vez…

ADOLFO. Sí; ya me marcho. Perdóneme. Es que estoy saboreando a mis anchas el placer de hablarle sin testigos; de contemplarla a gusto de mis ojos. ¿Le sorprende a usted este tono en que ahora le hablo y el lenguaje que empleo? Pues para usted ya no tengo otro. Es verdad, sí; es verdad lo que todos dicen o lo que todos quieren, aunque no sea verdad porque ellos lo

quieran o lo digan. Yo no sé cuándo ni dónde comenzó, pero me inspira usted esa simpatía que no se satisface sino al lado de la persona de donde viene.

JUANITA. Por Dios, Adolfo…

ADOLFO. Estas palabras, este sentimiento, ¿encuentran eco en su corazón, por ventura? Esa copla que acaba usted de decirme, y por cuya fecha le he preguntado, ¿la pensó usted después de haberme conocido a mí?

JUANITA. Adolfo, yo no puedo hablar… yo no quiero hablar…

ADOLFO. Pues es preciso que hablemos mucho, mucho; pero no donde puedan estar veinte ojos curioseándonos, ni veinte oídos escuchando nuestras palabras; sino en un lugar apartado, solo, tranquilo… ¿Dónde podríamos hablar de esta manera usted y yo?

Concha Puerto, que momentos antes ha vuelto, considerando que haría falta, exclama con la mayor espontaneidad:

CONCHA. ¡Señor, en mi reja; que se la estoy ofreciendo a usted desde que vino al pueblo!

ADOLFO. *Un poco desconcertado al oírla y al verla.* ¿Cómo? ¿En su reja?

CONCHA. ¡Naturalmente! ¿No recuerda usted mis ofrecimientos, hombre de Dios?

ADOLFO. Sí, sí recuerdo… La luna, el surtidor, los jazmines… Recuerdo, recuerdo… Ahora, que yo no sé si Juanita…

JUANITA. Juanita está sin pulso. Créamelo usted. Eso de la reja es cosa admitida en el pueblo éste… Y tocante a usted, a nada lo compromete el ir. Yo hablaré con mi tía…

ADOLFO. ¿Cuándo?

CONCHA. ¡Usted pase esta noche por mi calle a las diez, y no se meta en más!

ADOLFO. ¿Qué dice usted, Juanita?

JUANITA. ¿Qué he de decir yo? ¿Va usted a desatender a Concha Puerto, que es tan buena amiga?

ADOLFO. Gracias… Hasta la noche.

JUANITA. Hasta la noche.

CONCHA. ¡Quéjese usted de mí!

ADOLFO. *Estrechándole la mano.* Después de esto, nunca. Adiós.

CONCHA. Adiós.

JUANITA. Adiós.

Se marcha Adolfo, dispuesto a convidar a Pepe Lora a lo que le pida.

CONCHA. Se me han pasado unas ganas de preguntarle a este señorito: «¿Le gustaba a usted Juanita La Rosa, o eran cosas de Puebla de las Mujeres?». ¡Lo que tiene que se pasa una de discreta!

Vuelve Angelita.

ÁNGELA. ¡La gracia que le ha hecho a Pilar!… ¿Se fué el abogado?

CONCHA. Se fué, sí; pero mira qué carita tiene ésta.

ÁNGELA. Pues ¿qué hay?

JUANITA. Nada… que esta noche, si me lo permite mi tía…

ÁNGELA. ¡Te lo permitirá!

JUANITA. Iré a la reja de Concha Puerto a hablar con él.

ÁNGELA. ¡Que sea enhorabuena, hija de mi alma! Me alegro y me alegro. Y ahora mismo voy a contárselo a Pilar, que también va a alegrarse. Porque nosotras no conocemos la envidia, como muchas del pueblo. Y, en último caso, sabemos que lo que está para una no está para otra.

JUANITA. Es claro. Yo te agradezco tu alegría. *Se abstrae, y pasea como embelesada.*

ÁNGELA. *Bajo a Concha Puerto.* Oiga usted, Concha.

CONCHA. Oigo.

ÁNGELA. El anónimo de Pepe Lora lo puso usted.

CONCHA. Yo misma. El abogado estaba muy sobre sí, y necesitaba banderillas de fuego. Y todo acabará en que se tomen juntos unas copas.

ÁNGELA. Voy a contárselo a Pilar.

CONCHA. ¿Qué le sucede a ésa?

ÁNGELA. ¿Qué te pasa, tú?

JUANITA. Callar.

CONCHA. ¿Eh?

JUANITA. Callar un momento, que se me ha ocurrido una copla.

ÁNGELA. Dila.

JUANITA. Espera. *Después de una pausa en que la llama de la inspiración asoma a sus ojos.* Ya está.

ÁNGELA. Dila.

CONCHA. Dila.

JUANITA.

Al hombre yo lo comparo
con un barquito de vela,
y a la mujer con el aire,
que adonde quiere lo lleva.

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía, agosto; Madrid, octubre, 1911.

MALVALOCA

DRAMA EN TRES ACTOS

LAUREADO POR LA ACADEMIA ESPAÑOLA CON EL PREMIO DE ESPINOSA Y CORTINA

Estrenado en el **TEATRO DE LA PRINCESA** el 6 de abril de 1912

Honramos esta nueva edición de Malvaloca *con el brioso y efusivo artículo que a raíz de su estreno tuvo la bondad de dedicarle a nuestro teatro el admirable autor de* Alivio de caminantes *y de* Los caballeros de la Cruz*.*

NOTA DE LA TERCERA EDICIÓN.

UN CUARTO A ESPADAS

Buena ocasión sería ésta en que los hermanos Quintero, gloria y regocijo de las musas españolas, acaban de añadir un tan bello chapitel, y me quedo corto, al notable edificio de su teatro, para que yo discurriese con toda la anchura de mi gusto acerca de *Malvaloca* y la garrida muchedumbre de su casta. No sería tampoco mala sazón para que los escritores, artistas e «intelectuales» de Andalucía —que son muchos más de lo que se sabe y se cree— echasen a vuelo las campanas de sus torres, a fin de festejar el nuevo triunfo del ingenio andaluz y apretar los vínculos de una fraternidad pocas veces como ahora apocada y tímida.

Donaire parece hablar hogaño de fraternidad andaluza, en lo que toca al arte y a las letras, cuando literatos y artistas andan poco menos que huyendo unos de otros y comiéndose a solas sus propios laureles; pero yo soy optimista a todo trapo y tengo mis ilusiones de un estado mejor en estas y en otras cosas. Creo, como un profeta, en el porvenir de España y en el porvenir de Andalucía, que es la flor de España, la hija predilecta de Castilla, el solar del «genio alegre», el jardín del patrio idioma; país un poco griego, un poco latino, un mucho árabe y tan cristiano como el que más.

Pero enfrenando el vuelo de la imaginación, que iba ya camino de los Gaitanes, me limito por ahora a charlar un rato familiarmente, a propósito de esos dos *niños prodigios,* tan andaluces y tan clásicos desde sus primeras obras.

La fama de los Quinteros, nacida de la admiración del vulgo y de los doctos, como el teatro antiguo, como la novela picaresca y todos los géneros de literatura genuinamente nacionales, es gloria principal de Andalucía.

Andaluces son siempre los Quinteros, aun cuando escriben comedias no andaluzas. Andaluces, entiéndase bien, a la manera de Baltasar de Alcázar, Juan de la Cueva, Cetina, Vélez de Guevara y otros sevillanos del mismo temple. Porque, para muchos bobos, decir andaluz es decir majo, socarrón, torero, bailarín o tañedor de guitarra; mas, para quien sabe un poquito de historia, decir andaluz es decir dos veces español. ¿Dónde se afinó y apuró la elegancia, sonoridad, agudeza y hermosura de nuestro idioma castellano? ¿Dónde arraigó el genio de la raza, más estoico a lo Séneca y más alegre a lo Marcial que fatalista a lo agareno? ¿Dónde halló Cervantes aquel luminoso regocijo, aquellas venas de gracia popular, aquel tierno y profundo «sentido de la vida» que trasladó a sus obras inmortales, según afirma Rodríguez Marín, alto maestro de espíritu andaluz?

En estas «corrientes cristalinas del olivífero Betis», inagotable savia del ingenio español de todos los siglos, bebieron los autores de *El amor que pasa;* con ese licor tersaron y pulieron sus rostros y sus plumas; de aquel abolengo castizo y popular desciende la Musa de sus mejores comedias. Las virtudes de alegría y salud de la raza, más evidentes y fecundas en tierras de Andalucía, merced, a la templanza y fertilidad del ambiente, circulan como sangre generosa por todas las producciones de los Quinteros. El entremés y el sainete los cultivan con el donoso desenfado y el realismo picaresco de la escena clásica. *El mal de amores*, *Los chorros del oro*, *Los borrachos*, *La Reina Mora*, *La azotea*, *El chiquillo*, *La pitanza*, *La mala sombra*, citando lo primero que me viene a las mientes, son, ya tengan por título zarzuela, sainete, diálogo, entremés, primorosos cuadros de color (Murillo o Goya, Fortuny o Ferrándiz); deliciosos lienzos de castizo sabor y sencilla factura; joyas de oro puro —del oro del sacro Betis— que nuestra historia literaria recogerá en ricos paños, después de ser estimadas por el pueblo y por los doctos, por los letrados de Madrid y por las mozas de Triana.

Dicho esto, no se piense que estoy con los críticos remilgados que juzgan a los Quinteros exclusivamente como saineteros ingeniosos. En la comedia *chica*, en la comedia *grande*, en la obra dramática, en el teatro poético, dondequiera andan ellos y entran y salen como Perico por su casa, a fuer de gentiles poetas y muy cultos literatos. ¿Podrían concebir ni componer *Mañana de sol*, *La rima eterna*, *Los Galeotes*, *La escondida senda* y otras por

este arte, ni andar tan a la mano con Campoamor y Bécquer y Cervantes y Fray Luis, quienes careciesen de ese elevado sentimiento de la poesía, no ya española ni andaluza sino eterna y universal, de todos los climas y de todos los siglos?

Pues lleguemos ahora a la cumbre de este teatro: recordad *El amor que pasa*, *Los Galeotes* (que antes cité), *La zagala*, *El genio alegre*, *Las flore*s, *Pepita Reyes*, *La flor de la vida*, *Malvaloca*… y aun olvidando, que ¡ya es olvidar!, *La dicha ajena*, *El nido*, *Las de Caín*, *El patio*, *La reja*, *La musa loca*, *Amores y amoríos…* decidme si quienes tales obras y muchas más escriben son autorcillos de jácara o dignos mantenedores del gran teatro nacional; decidme si son «afortunados saineteros» o felicísimos dramaturgos; respondedme, después de una representación de *Malvaloca*, y riámonos luego de los dómines que nos salgan al paso con un manualete de Psicología, hablándonos de cosas *interiores y trascendentales* que ni ellos mismos saben ni entienden.

¡Ah, lo trascendental! Antiguamente no necesitaba el artista más que tener ingenio y conocer el corazón humano. Con esos ingredientes y un poco de humanidades se escribió el *Quijote*. Hoy es preciso haber leído a Kant y llevar a Nietzsche en el bolsillo y traer la ciencia en la punta de los dedos para que le juzguen a uno hombre de pro. Conste que yo también tengo mis ínfulas de «psicólogo andante», y que a veces pongo mi paño al púlpito y hago de mi capa un sayo. Pero dióme la Providencia manga tan ancha y criterio de tanta latitud, que, en punto a cosas teatrales, lo mismo le suelto dos requiebros a Ibsen, que pongo por las nubes a Maeterlinck, y me doy el gusto de admirar al maestro Benavente, al Galdós de *El abuelo*, *Bárbara*, *Realidad* y *La loca de la casa*; a Guimerá, Martínez Sierra, los Quinteros, Marquina y otros muchos autores «de casa» que ya los quisieran en la ajena para darse pisto. No tengo para el arte más ley ni medida que la belleza y el buen gusto. En arte cabe todo lo que es bueno, y lo mismo me placen las almas graves y preocupadas del otro lado del Rhin, que los ingenios del Tajo y del Betis, aunque éstos me parecen harto superiores.

Conviene despejar cierto error o pedantería de algunos críticos, compatriotas nuestros, quienes abogan por un arte nutrido de ciencia, de filosofía, de simbolismos, de cosas trascendentales, tachando de frívolas

cuantas creaciones aparecen sin semejante aparato. No les basta la belleza, la realidad, el arte, la gracia, el calor de vida y humanidad que se respira en ciertas obras; es preciso que tengan un sermoncito, unas gotas de psicología, unos intentos de medicina social… ¡Dogmatismos y armas al hombro, amigos míos! Lo trascendental en arte se da siempre por añadidura, sin pretenderlo ni buscarlo. ¿Será preciso volver sobre el *Quijote*?

Yo he visto *El amor que pasa* media docena de veces, y siempre esa obra me despierta emociones y melancolías profundas por debajo de la risa que me retoza en los labios. El don de conmover, de inclinar mansamente el ánimo de los espectadores con procedimientos tan sencillos, tan honrados, tan de arte y de ley como en *La zagala* y en *Los Galeotes*, en *Malvaloca* y *La rima eterna*; el humorismo, la ternura, el matiz poético, la exaltación de vida de *El genio alegre*, ¿son granos de anís? La poesía de *Las flores*, que algunos tacharon de cursi, ¡oh, blasfemos!, ¿no vale un aplauso de corazón?

Bien encumbrados sean sobre plumas, palmas y flores estos amables ingenios de España. Bien repetidas sean y conservadas perdurablemente las obras maestras de tan andaluces espíritus, obras nacidas con espontáneidad maravillosa. Pongamos sobre las *deliciosas inmoralidades* de Bernstein y Compañía, sobre esas mujeres pervertidas y esas pasiones malsanas, el rumbo, la guapeza, la salud y la alegría de nuestras hembras y de nuestros hombres; ahuyentemos la tristeza morbosa de los bárbaros norteños; la pedantería o la licencia de tudescos y gabachos, con este chorro de luz del arte meridional, con estas «corrientes cristalinas del olivífero Betis…».

Ricardo León.

Comedias y Comediantes. Marzo, 1912.

Meresía esta serrana
que la fundieran de nuevo
como funden las campanas.

COPLA POPULAR.

A DON MARCELINO
MENÉNDEZ Y PELAYO

LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Malvaloca.	María Guerrero.
Juanela.	Conchita Ruiz.
Mariquita.	Josefina Blanco.
Hermana Piedad.	Carmen Jiménez.
Teresona.	María Cancio.
Alfonsa.	María Valentín.
Doña Enriqueta.	Elena Salvador.
Dionisia.	Aurora Le-Bret.
Hermana Consuelo.	Luisa García.
Hermana Dolores.	Consuelo León.
Hermana Carmen.	Enriqueta Liquiñano.
Leonardo.	Fernando Díaz de Mendoza.
Salvador.	Emilio Thuillier.
Martín El Ciego.	Emilio Mesejo.
Barrabás.	Felipe Carsí.
	Manuel Díaz.

El Tío Jeromo.	
Lobito.	**Fernando Montenegro.**
Un Operario.	**Salvador Covisa.**

MALVALOCA

ACTO PRIMERO

En Las Canteras, pueblo andaluz, hay un convento de fecha remota, conocido por el Convento del Carmen. Al pasar a mejor vida, de puro vieja ya, la última de las madres allí consagradas al amor divino, vinieron a heredar la vetusta Casa las Hermanitas del Amor de Dios, congregación semejante a la de las Hermanas de los Pobres. —Hay en el convento, al comenzar la acción de esta obra, hasta seis ancianos recogidos, de quienes cuidan las Hermanas con solicitud y bondad extremas. —Este primer acto pasa en uno de los corredores o galerías del claustro, por cuyos altos arcos se ve, al fondo, toda la extensión de lo que fué jardín, hoy convertido casi completamente en huerta, ya que, más que flores, da frutos. Cierra el corredor, por la derecha del actor, un muro, donde hay una gran puerta, denominada de la Cruz, porque sobre ella, en el muro, está incrustada una de palo. En el propio muro, a la altura de la mano, y encima de una repisa tosca, se ve una imagen de San Antonio pequeñita, ante la cual hay un bote lleno de garbanzos. Uno de los arcos centrales da paso al jardín. En el corredor hay dos o tres sillas y algún banco. —Es por la mañana, en un día de sol del mes de abril.

Barrabás, viejecillo asilado, de buen humor y malas pulgas que hace en el convento de jardinero y de hortelano, trajina en sus dominios. Al fondo, allá lejos, a la sombra de un arbolillo, la hermana Carmen, abstraída y

silenciosa, cose sin dar paz a la mano. Alguna vez, las escenas que pasan a su alrededor la distraen un momento de su tarea; pero en seguida vuelve a fijar la vista y la atención en lo que está haciendo.

Por la izquierda del jardín salen la hermana Dolores y la hermana Consuelo, con sendos bolsos de pedir limosna. Pasan al corredor por el arco central y desaparecen por la puerta de la Cruz. Barrabás dice en su picaresco monólogo:

BARRABÁS.

Dos en dos,
por la sombra y no por er só:
Hermanitas del amor de Dios.

¡Je! ¡Versos míos!

Pedimos pa los pobres;
denos usté lo que sobre,
y si pué sé plata mejó que cobre.

¡Je!

Por la puerta de la Cruz sale Martín el Ciego, que, para ayudarse a caminar, lleva un palo en la mano. Es más viejo y está más destruido que Barrabás. Marcha, callado, a lo largo del corredor, Barrabás, que lo ve, lo detiene, hablándole.

¡Se dise güenos días!

MARTÍN. Güenos días. No sabía que estaba usté ahí, señó Barrabás.

BARRABÁS. De más lo sabía usté, señó Martín.

MARTÍN. Como usté quiera.

BARRABÁS. Porque usté no ve, pero güele.

MARTÍN. Como usté quiera. Güenos días.

BARRABÁS. ¿Se va usté a toma er só?

MARTÍN. Con permiso de la hermana Piedá.

BARRABÁS. No hay como andá siempre bailando el agua pa conseguí favores. Pero ése no es mi genio.

Martín. Ni er mío tampoco. Ni quieo discusiones con usté. Y hase usté malamente en criticá las cosas de esta Casa, donde está usté recogió por caridá, lo mismo que yo.

Barrabás. Hay arguna diferensia, compadre. Yo no soy ningún trasto inúti como usté; yo soy aquí un hombre que trabaja en la güerta y en er jardín. Y gano er pan que como. ¡Y er que se come usté también!

Martín. A usté no le debo yo na. Yo también trabajo.

Barrabás. ¡Usté me dirá lo que hase! ¡Va ya pa dos años que no sube a la torre!…

Martín. Hago lo que las hermanas me mandan.

Barrabás. Sólo que como no le mandan a usté na, se da usté la vía de un canónigo.

Martín. Le digo a usté que no quieo discusiones. Quéese usté con Dios.

Barrabás. ¿Qué le ha paresío a usté hase poco er repique que ha dao la *Golondrina*? ¡Vaya una campana, compadre!

Martín. To se le güerve a usté veneno en er cuerpo, señó Barrabás.

Barrabás. Por eso me conviene sortario.

Martín. *Yendo un poco hacia él, con sincera y honda emoción.* La *Golondrina* de esta santa Casa es una campana que ar presente está rota y no suena como sonaba, porque Dios lo ha querío; pero cuando la vorteaban estas manos, la *Golondrina* sonaba como no han sonao campanas en er mundo desde que hay cruses en los campanarios. Y usté lo sabe tan bien como yo, sino que se gosa en oírme.

Barrabás. ¿Ni la *Sonora* de la Iglesia Mayó ha tenío tampoco mejores voses?

Martín. ¡Ya está con la *Sonora*! ¡La manía de tos los de aquer barrio! ¡Compara a la *Sonora* con la *Golondrina* der Carmen! Es mesté sé sordo pa eso.

Barrabás. ¿Ahora también, señó Martín?

Martín. De ahora no se trata. Si está rota desde hase ya tres años cumplíos, ¿cómo quié usté que suene? ¡Que se alegren, que se alegren los de

la *Sonora*, que bastante tiempo han vivió con la pesaíya de la *Golondrina*!

Barrabás. Pa mí que lo que ha pasao ha sío que er Padre Eterno, paseándose por las nubes una tarde…

Martín. Deje usté en paz las cosas santas, señó.

Barrabás. Lo oyó a usté tocá la campana. ¡Tin… tan! ¡Tin… tan!… Y se conose que, pa sus barbas, fué y se dijo: «Hombre, hombre, esa campana suena demasiao bien pa está en Las Canteras, que ar fin y ar cabo no es más que un pueblo». Y a un angelito que andaba de viaje por Andalusía, le mandó que la cascara de un martiyaso. ¡Je! ¿No le paese a usté? ¡Envidia que tuvo Dios en er sielo!

Martín. ¡La envidia er que la tiene es usté en la tierra, peaso e poyino, sayón, hereje! A la Superiora vi a desirle que le prohíban a usté hablá conmigo. Na más que eso.

En esto aparece por la puerta de la Cruz la hermana Piedad y corta la disputa. Esta hermana es joven y bella, humilde y suave. Su habla es ingenua y reposada. No es andaluza.

Hermana Piedad. ¿Ya estamos como de costumbre? Temprano empieza el día.

Martín. Este hombre, que no hase más que buscarme las purgas.

Barrabás. ¿Yo? ¡No tendría mar trabajo!

Hermana Piedad. Pero, usted también, Martín, ¿por qué no sigue su camino?

Martín. ¡Porque no me deja!

Hermana Piedad. ¿Le pone a usted redes como a los pájaros?

Martín. Me dise unas cosas que no hay manera de seguí adelante sin responderle.

Hermana Piedad. A palabras necias…

Barrabás. ¿Eso de nesias va conmigo?

Hermana Piedad. Precisamente.

Barrabás. Pos lo que toca hoy, no he hecho más que darle los güenos días. Más vale caé en grasia que sé grasioso.

HERMANA PIEDAD. Aquí no hay preferencias para nadie, Barrabás. Ni nos curamos de las gracias. Los bufones ya no los paga el rey. De memoria me sé sus mañas, y de memoria también cuál era la disputa. ¡Todos los días la misma!

MARTÍN. ¡La misma tos los días, hermana. Piedá! Dígaselo a la Superiora.

HERMANA PIEDAD. Pues quién sabe si Dios va a castigarlo a usted —a usted, Barrabás, a usted le hablo— y le va a mandar una rabieta. Como el milagro que yo espero llegue a obrarse…

BARRABÁS. ¡Los milagros no son de estos tiempos!

HERMANA PIEDAD. ¡Silencio, Barrabás! ¿Cómo se entiende? Ande, ande a su trabajo. Y usted, Martín, a su camino.

MARTÍN. Dios la guarde.

Barrabás se interna hacia la derecha del jardín sin replicar palabra. Martín desaparece por el corredor.

Viene Leonardo por la izquierda del jardín. Es hombre como de treinta años y de apariencia modesta y sencilla. Su fisonomía es adusta, y curiosa y penetrante su mirada. Trae el sombrero en la mano, dejando al descubierto la cabeza, poblada de fuerte y abundante cabello. Tiene toda su persona un aire de energía varonil que la hace simpática. La hermana Piedad lo ve venir y lo espera sonriéndole con dulzura.

HERMANA PIEDAD. Santos y buenos días, caballero.

LEONARDO. Buenos días, hermana.

HERMANA PIEDAD. ¿A ver a su amigo, verdad?

LEONARDO. A acompañarlo un rato. Ahora no tengo cosa mayor que hacer allá.

HERMANA PIEDAD. Aquí estaba hace media hora. Andará por ahí de conversación con los ancianos. Tiene tan buen ángel… Y le gusta mucho charlar con ellos.

LEONARDO. Con ellos y con todo el mundo. Le da palique al primero que pasa. No sabe callar. Eso sí: su conversación tiene miel. Y de usted y de toda esta Casa empieza a hablar y no concluye.

HERMANA PIEDAD. *Bromeando.* ¡Ah!, ¿sí? Pues le advierto a usted que somos muy interesadas. Es posible que pidamos algo por cuenta de esa gratitud.

LEONARDO. Lo que *yo* pueda dar… Y de él no se diga.

HERMANA PIEDAD. Hablaremos los tres. Voy por allá adentro a buscarlo. Tal vez esté con don Jacinto.

LEONARDO. ¿El cura?

HERMANA PIEDAD. No, señor: un asilado que también se llama don Jacinto. ¿No se ha fijado usted en un viejecito muy pulcro, casi siempre solo…?

LEONARDO. Ya sé, ya sé quién dice.

HERMANA PIEDAD. Pertenece a una gran familia sevillana que ha venido a morir aquí. Finales de vidas que nadie puede adivinar. A todos, es claro, los tratamos con bondad y cariño. Para con él hay que añadir la cortesía. Todo le humilla y lo desconsuela. En su amigo de usted ha encontrado un buen camarada.

LEONARDO. Es doloroso el caso. ¿Se da con frecuencia?

HERMANA PIEDAD. En asilos más numerosos que éste, sí, señor. Aquí casi todos son de familias pobres. Algunas tanto, que hay asilado que guarda algo de lo que se habría de comer para regalárselo luego a los parientes que vienen a visitarlo.

LEONARDO. Es interesante.

HERMANA PIEDAD. Avisaré a su amigo.

LEONARDO. Deje usted, hermana; iré yo.

HERMANA PIEDAD. ¡No faltaría otra cosa! Siéntese usted, que en seguida viene. *Se va por el jardín, hacia la derecha.*

Leonardo pasea un momento en silencio, y de pronto se fija en la repisa de San Antonio. Barrabás, que ha vuelto a aparecer, acecha el instante de pegar la hebra con el recién llegado.

LEONARDO. ¡Qué niñería! ¡Hoy tiene garbanzos el santo! anteayer, aceite o vinagre. Yo no entiendo esto.

BARRABÁS. ¿Está usté reparando en er bote de San Antonio?

LEONARDO. ¿Eh? Sí, señor.

BARRABÁS. ¿No sabe usté lo que sirnifica?

LEONARDO. No, señor. Y desde que frecuento esta Casa me llama la atención un poco; pero no gusto de preguntar.

BARRABÁS. Pos yo se lo vi a esplicá a usté sin que me lo pregunte. ¡Je!

LEONARDO. Bueno.

BARRABÁS. Como esta Casa se sostiene de la caridá, en cuanto la hermana despensera ve que hase farta arguna cosa, pone un puñaíto de lo que hase farta en er bote de San Antonio. Yega una persona caritativa, derrama la vista pa er santo, repara en los garbansos o en lo que sea, y ya sabe de lo que tiene que mandá. Y manda una boteya o un saquito. Las hermanas disen luego que San Antonio es er que lo manda.

LEONARDO. Ya.

BARRABÁS. Y San Antonio está tan ajeno a los garbansos o al aseite como usté y como yo.

LEONARDO. ¡Es claro!

BARRABÁS. Así son los milagros der día. Si yo le contara a usté más e cuatro cosas…

LEONARDO. No, no quiero saber más.

BARRABÁS. Es que en este asilo…

LEONARDO. Bien está, bien está, señor.

BARRABÁS. Usté disimule. *Leonardo se sienta a fumar. Barrabás vuelve a acercársele sonriente.* ¿Y un sigarrito, me da usté, cabayero?

LEONARDO. *Con muy buen agrado.* Sí, hombre; eso sí. Tome usted un par de ellos, si quiere.

BARRABÁS. Sí quiero. Y mu agradesío. Er tabaquiyo es lo único que le quea a uno de otros tiempos. Y es lo único también que nunca manda San Antonio. Se conose que er santo no fuma. Tenemos que contentarnos con los pitiyos anémicos que nos hasen las madres. *Leonardo sonríe.* La primera vez en mi vía que lo veo a usté risueño. ¿Está usté malo del estómago, por casualidá?

Leonardo. No, señor.

Barrabás. Son dos carárteres mu distintos usté y don Sarvadó.

Leonardo. Bien está, bien está.

Barrabás. Usté disimule. *Vuélvese al jardín reliando el cigarrillo que va a jumarse. A poco exclama, echando la mirada hacia la izquierda.* ¿Quién es aqueya paloma que viene aquí? ¡Cosa más rara en esta Casa!…

Llega Malvaloca. Se detiene un punto en medio del jardín, mirando a todos lados, como quien duda adonde dirigirse, y al ver a Leonardo en el corredor vuela hacia él. Malvaloca es bella: su cara, risueña y comunicativa: su cuerpo, gentil y ligero: su traza, popular. Sus cabellos negros, rizados y cortos, parece que los sacude el aire, según se agitan a impulsos de la nerviosa actividad de la cabeza, llena de fantasías y disparates, que se mueve como la de un pájaro. Viste falda lisa de un solo color, blusa blanca, zapato de charol con hebilla, y mantoncillo de seda negro puesto a modo de chal. Trae ricos pendientes, sortijas y pulseras, que contrastan con la sencillez del vestido. Leonardo, al verla aparecer, se levanta un poco sorprendido. Barrabás se acerca a la hermana Carmen como para comentar la visita. Luego se aleja.

Malvaloca. Buenos días.

Leonardo. Buenos días.

Malvaloca. ¿Este es el Asilo de las Hermanitas del Amor de Dios?

Leonardo. Este mismo.

Malvaloca. Grasias. Yo vi er postiguiyo abierto, y me entré; pero en mitá er jardín temí haberme metío en otra parte.

Leonardo. Pues éste es el Asilo.

Malvaloca. Sí; ya veo ayí una monja. Y… ¿usté podrá desirme…?

Leonardo. ¿Qué?

Malvaloca. ¿Es aquí donde están curando a un herido…?

Leonardo. Aquí es.

MALVALOCA. ¿Usté ya sabe por quién pregunto?

LEONARDO. Por Salvador García, ¿no?

MALVALOCA. Cabalito: por Sarvadó Garsía. ¿Cómo está?

LEONARDO. Ya está casi bueno.

MALVALOCA. ¿Sí? Pero ¿ha estao grave?

LEONARDO. Grave no diré yo. Ha sufrido bastante. Las quemaduras fueron horribles, y las curas muy dolorosas.

MALVALOCA. En Seviya corrió que se había achicharrao en una fragua.

LEONARDO. ¡Ave María Purísima!

MALVALOCA. Cosas de la gente, ¿verdá? Me lo dijo… ¿Quién me lo dijo a mí? ¡Ah! Matirde la Chata, que nunca lo ha mirao con buenos ojos.

LEONARDO. ¿Usté viene ahora de Sevilla?

MALVALOCA. Ahora mismo. No he hecho más que arreglarme un poco y buscá er convento. Y he venío por enterarme de la verdá; por salí de dudas; por verlo a é.

LEONARDO. Es usted buena amiga suya, según parece.

MALVALOCA. ¡Uh! *Este ¡uh! de Malvaloca es como un trino. Lo emplea siempre con inflexión ponderativa y gracioso ademán cuando no acierta a encerrar en palabras todo lo que quiere decir. Detrás de cada ¡uh! su imaginación pone un mundo.*

LEONARDO. Mucho, ¿eh?

MALVALOCA. Ya me quedé en amiga; pero he sío una mijiya más. Er tiempo to lo acaba.

LEONARDO. Menos las amistades, por lo visto.

MALVALOCA. Donde candelita hubo… ¿Usté también es amigo de Sarvadó?

LEONARDO. Amigo y algo más.

MALVALOCA. ¿Cómo es eso?

LEONARDO. Porque somos compañeros en el negocio de la fundición.

MALVALOCA. ¿De qué fundisión?

LEONARDO. De la fundición de metales en que ha pasado la desgracia. ¿Es que no tiene usted noticias de la fundición?

MALVALOCA. ¡Si yo liase más e dos años que no lo veo! Pero ahora estoy pensando… ¿Quién me dijo a mí que Sarvadoriyo se había metío a hasé carderas?

LEONARDO. *Sonriendo.* Probablemente esos informes saldrían de la misma fuente que los otros.

MALVALOCA. No, la Chata no fué. ¿Qué más da quien fuera? ¿De manera que usté y Sarvadó…?

LEONARDO. Sí; somos socios.

MALVALOCA. ¿Desde cuándo?

LEONARDO. Desde hace poco tiempo. Nuestra amistad, que es muy reciente, es ya muy estrecha.

MALVALOCA. Es que Sarvadó es mu simpático.

LEONARDO. Muy simpático es.

MALVALOCA. Se yeva a la gente de caye, ¿verdá?

LEONARDO. A mí se me ha llevado, a lo menos.

MALVALOCA. Y a to er que lo trata. En este mundo lo que manda es la simpatía.

LEONARDO. ¿Usted cree?

MALVALOCA. Estoy segura. Er cariño mayó no es otra cosa que una simpatía. Una simpatía tan grande, tan grande, que no sabe usté viví sin aqueya persona.

LEONARDO. Quizás.

MALVALOCA. Dele usté er nombre que usté quiera: amó, amistá, cariño… lo que a usté se le antoje. Escarba usté… y simpatía. ¿Usté no ve que a los piyos se les quiere más que a los tontos? Y eso ¿por qué es? Porque los piyos son siempre más simpáticos. No le dé usté vuertas.

LEONARDO. Puede que tenga usted razón.

MALVALOCA. Y ¿cómo fué el reunirse usté con ese tunante?

LEONARDO. Usted misma acaba de decirlo: por simpatía. Viajábamos juntos, encontramos estos talleres de fundición abandonados en este pueblo, y nos aventuramos a probar fortuna. Los dos tenemos aficiones análogas… La fundición se llamaba antes de los Sucesores de no sé quién; pero Salvador la ha bautizado con el pomposo título de *La Niña de Bronce*.

MALVALOCA. ¡Ah! ¡*La Niña de Bronse*!… Ya sé yo por la que va eso.

LEONARDO. ¿Por usted?

MALVALOCA. No, señó: por otra. ¡Granuja! Pero ¿dónde está? que yo sí que voy a bronsearlo.

LEONARDO. Ahora vendrá aquí.

MALVALOCA. ¿Aquí va a vení?

LEONARDO. Sí; ha ido una de las hermanas a avisarle que he llegado yo.

MALVALOCA. Tengo ganas de darle un abraso. ¡Pobresiyo! Porque es mu charrán, ¿sabe usté? pero es mu cabayero. Conmigo siempre se ha portao mu bien. Ni una sola vez he yamao a su puerta que ér no haya respondió. Segura estoy yo de que no me muero en un hospitá mientras viva ese hombre. ¿Este es San Antonio? Tiene toa la cara de un músico. ¿Qué vende?, ¿garbansos? Diga usté: ¿usté estaba en la fundisión cuando ocurrió er percanse?

LEONARDO. Sí, por cierto.

MALVALOCA. Y ¿cómo fué?, ¿cómo fué? ¿Quié usté contármelo?

LEONARDO. ¡Ya lo creo! íbamos a fundir una figura para una fuente nueva de Los Alcázares, este pueblo inmediato.

MALVALOCA. Lo conozco. ¡No yueve en Los Arcásares! ¡Josú!

LEONARDO. El molde de la figura que se ha de fundir está en el suelo, bajo tierra; y por un agujero que se deja en la superficie, se vierte en él luego el bronce líquido que va en los crisoles.

MALVALOCA. ¿En los qué?

LEONARDO. En los crisoles. Los crisoles son unos grandes vasos que sin saltar ni romperse resisten las temperaturas más elevadas. Dentro de ellos,

en los hornos, se deshace el bronce más duro hasta convertirse en fuego líquido.

MALVALOCA. ¡Pa meté un deo!

LEONARDO. Y entonces, como le decía, pasa de los hornos a la tierra en que está sepultado el molde de lo que se haya de fundir. En este paso ocurrió la desgracia de Salvador.

MALVALOCA. ¿Sí?

LEONARDO. Sí. Se conduce el crisol desde el horno sujeto por lo que nosotros llamamos armas de mano. Para sostenerlo y fundir, si el crisol es grande, se necesitan a veces cuatro o seis hombres. Uno de ellos era Salvador. Pues bien: al ir a volcar el líquido en el molde por el bebedero, le faltó el pie a uno de los otros, y con la sacudida violenta saltó fuego al suelo y le salpicó a Salvador en el pecho, en un brazo y en una pierna.

MALVALOCA. ¡Josú!

LEONARDO. Si vencido por el dolor suelta el arma y se derrama y se esparce todo el fuego, tal vez se hubiera abrasado algún hombre. Salvador hizo un esfuerzo supremo y gritó: «¡A fundir!». Y los demás obedecieron y entró el fuego en la tierra. Cuando ya no quedaba ni una sola gota en el crisol, soltaron sus manos la barra y cayó en mis brazos sin sentido.

MALVALOCA. ¡Pobresito!

LEONARDO. Dos hermanas de este Asilo, que llegaron entonces al taller pidiendo una limosna, sobrecogidas e impresionadas por la escena, se obstinaron en que había de traérsele aquí, por estar a un paso de la fundición; y aquí lo trajimos, y aquí se le ha asistido, y aquí sigue.

MALVALOCA. Pos sí que habrá pasao las negras. Porque no es mu duro de carnes. Un peyizco es, y le hase daño. Pero, ¿en qué piensa ya que no viene?

LEONARDO. No sé… Sí que tarda. Acaso haya llegado el médico.

MALVALOCA. Oiga usté, ¿es buen médico? Miste que en estos pueblos hay a lo mejó ca veterinario…

LEONARDO. Bueno debe de ser. A Salvador lo ha sacado adelante. Es el forense. Iré a ver qué pasa y a decirle que está usted aquí.

Malvaloca. Si me hase usté er favó…

Leonardo. Con muchísimo gusto. *Va a marcharse y vuelve.* Y ¿quién le digo que lo espera? Porque no sé cómo…

Malvaloca. ¡Ah! sí. Dígale usté… Dígale usté que está aquí Marvaloca.

Leonardo. ¿Malvaloca?

Malvaloca. ¿Le suena?

Leonardo. No; me sorprende.

Malvaloca. Así me yaman desde los trese años. Mi nombre es Rosa, pa servir a usté.

Leonardo. Muchas gracias.

Malvaloca. Pero a Sarvadó dígale usté que Marvaloca. ¿A que no sabe usté por qué me yaman Marvaloca?

Leonardo. ¿Por qué?

Malvaloca. Yo nasí en Málaga en una casita que tenía en la puerta un arriate, y en el arriate, una marvaloca. La gente conosía mi casa por la casa de la marvaloca. Pos bueno: se secó la marvaloca, pero en lugá de la marvaloca quedé yo, que ya prinsipiaba a espigá. Y como mi casa era pa to er mundo la casa de la marvaloca, y ayí no había quedao marvaloca ninguna, po la marvaloca fui yo. Tota: que en vé de sé una fió y de está a la puerta e la caye, fué una mosita que estaba dentro. Ya ve usté qué cosa más sensiya. Pero hay que esplicarla.

Leonardo. *En un especial estado de ánimo, que en parte confirma las teorías de la simpatía expuestas por la simpática Malvaloca.* Voy a avisarle a Salvador. *Se va por el jardín hacia la derecha.*

Malvaloca. *Cuando se queda sola.* También es simpático este hombre. *Mirando hacia la puerta.* ¿Y esta viejesita que viene aquí? Se conose que estará recogía… Pero ¡qué chiquitita es! ¡Si es un embuste! Paese una majita de armiré.

Sale Mariquita, en dirección al lado opuesto del corredor. Malvaloca la contempla encantada. Es una viejecita que cabe dentro del bote de los garbanzos de San Antonio.

Mariquita. *Al pasar ante Malvaloca.* Dios guarde a usté, hermana.

Malvaloca. Vaya usté con Dios, hermanita.

Mariquita. Que usté siga güena.

Malvaloca. ¿Está usté recogía en el Asilo?

Mariquita. *Deteniéndose.* SI, señora.

Malvaloca. ¿Hase mucho?

Mariquita. Cuatro años. Desde que me fartó mi hijo, que me lo mataron en er Moro.

Malvaloca. ¿Le mataron a usté un hijo en la guerra?

Mariquita. Er que tenía.

Malvaloca. ¡Vaya por Dios! *Mariquita hace un gesto de resignación y dolor.* ¿Son ustedes muchos los viejesitos asilaos?

Mariquita. Ar presente, seis: dos mujeres y cuatro hombres.

Malvaloca. Esto era un convento, ¿verdá?

Mariquita. Sí, señora: er Convento der Carmen. Y cuando se murió la úrtima de las madres, se vinieron aquí las Hermanitas del Amor de Dios.

Malvaloca. Ya. Diga usté, hermanita: y ¿se armiten limosnas?

Mariquita. Hágase usté er cargo: de la caridá viven eyas… y de la caridá de eyas, nosotros…

Malvaloca. Tomé usté. *Saca de su bolso una moneda de cinco pesetas y se la da.*

Mariquita. *Atónita.* ¿Qué es esto?

Malvaloca. Un duro.

Mariquita. No tengo pa darle la güerta.

Malvaloca. Si es pa usté, hermanita.

Mariquita. ¿Pa mí?

Malvaloca. *En broma.* ¡Pa que se compre usté un sombrero!

Mariquita. *Sonriendo entre lágrimas.* ¿Un sombrero… yo?

Malvaloca. ¡O lo que le haga farta!

Mariquita. Un sagalejito.

Malvaloca. Ayá usté, hermana.

Mariquita. ¿Es usté rica?

Malvaloca. ¡Uh!

Mariquita. Por la caye no suelen dá limosnas tan grandes. De aquí tos los días salen dos hermanas a pedí, y ¡si viera usté qué poquito recogen! Y escuche usté una cosa: er sábado pasao le pegaron a la hermana Piedá.

Malvaloca. ¿Quién?

Mariquita. Un borrachote, ¿quién había de sé? Entró en una casa que tenía la cansela abierta, creyendo que era una casa particulá, y era una tabernucha. Pero eya, que es mu tranquila y mu resuerta, no se cortó ni na, y pidió su limosna pa los pobres. Y aquer tío, borracho como estaba, empesó a sortá palabrotas y le dió un gofetón.

Malvaloca. Y ¿qué hiso la hermana?

Mariquita. Pos la hermana entonses fué y le dijo: «Güeno, esto es pa mí. Ahora sigo pidiendo pa mis pobres».

Malvaloca. *Admirada.* ¡Ah!

Mariquita. Conque fué el amo de la taberna, al oírla, y echó a la caye ar borrachote, y a eya le dio una limosna mu güena. Y ar día siguiente vino el hombre ya fresco aquí a pedirle perdón. Y hubo que oí a la hermana Piedá; porque sabe mucho.

Malvaloca. ¿Es aqueya que cose?

Mariquita. No, señora, la hermana Piedá es mu guapita. Es de Madrí. Se casó mu joven, se le murió er marío der pecho, y entonses entró en esta Casa, porque dijo que ya no tenía que queré a nadie en er mundo. Si sale, yo le diré cuál es.

En el corredor, por la izquierda, aparece en esto Salvador, el compañero de Leonardo. Es hombre de su edad, poco más o menos, y de fisonomía inteligente y despierta. Trae el brazo izquierdo descansando en un pañuelo

de seda anudado al cuello. Al ver a Malvaloca allí se sorprende vivamente y se alegra.

SALVADOR. Pero, ¿es verdá lo que ven mis ojos?

MALVALOCA. ¡Chiquiyo!

SALVADOR. ¡Marvaloca! ¿Tú por aquí? ¿Qué es esto?

MALVALOCA. ¡Que vengo a verte!

SALVADOR. Dios te lo pague, mujé; Dios te lo pague.

MALVALOCA. ¿Cómo van esas quemaúras?

SALVADOR. Ya pasaron.

MALVALOCA. Más vale así. Te he traío la buena.

SALVADOR. Tú a mí, siempre. Siéntate un ratlto.

MALVALOCA. ¡Pos no que no!

MARIQUITA. ¿Es tu novia?

SALVADOR. Lo fué. Me dejó por otro.

MALVALOCA. Diga usté que es un embustero.

SALVADOR. ¿Le gusta a usté?

MARIQUITA. Es guapa. Y mira. *Le enseña la moneda.*

SALVADOR. ¡Espantárame a mí!

MARIQUITA. *Riéndose.* ¡Dise que pa un sombrero! Que Dios la bendiga.

MALVALOCA. Vaya usté con Dios.

Sigue su camino Mariquita, «reinando» en el zagalejo que se va a comprar.

SALVADOR. *Con satisfacción, a Malvaloca.* ¿Qué hay?

MALVALOCA. Que me alegro de verte, hombre.

SALVADOR. Y yo a ti.

MALVALOCA. ¡Mía que vení a tus años a pará en un asilo e viejos!

SALVADOR. Las vuertas que da er mundo. En cambio, por ti no pasan días; sigues tan guapa.

MALVALOCA. Tus ojos. Y er cuartito de hora después de lavarme. Ya me han contao cómo te portaste er día de la desgrasia… Vamos, que estuviste

hecho un valiente.

SALVADOR. ¿Quién te lo ha contao?

MALVALOCA. Tu amigo.

SALVADOR. ¿Qué amigo?

MALVALOCA. Er sosio.

SALVADOR. ¿Está aquí?

MALVALOCA. ¡Toma! Y se ha ido a buscarte ayá dentro. Y antes una monja. ¿Dónde estabas metío?

SALVADOR. En la torre estaba.

MALVALOCA. ¿Te da por las sigüeñas ahora?

SALVADOR. No.

MALVALOCA. ¡Pos arguna conozco yo que paese una sigüeña! ¡Mar tiro le peguen! ¡Cómo se te va estropeando er gusto con la edá!

SALVADOR. *Riéndose.* Mientras no dejes de gustarme tú…

MALVALOCA. Aquí ya no hay candela; a la otra escuela.

SALVADOR. ¿Has hablao mucho con Leonardo?

MALVALOCA. ¿Con quién?

SALVADOR. Con mi compañero; con Leonardo.

MALVALOCA. ¡Ah!, ¿se yama Leonardo? Pos Leonardo la mira a una que paese que va a retratarla. Es muy serio, ¿no?

SALVADOR. Muy serio. Y una gran persona, además.

MALVALOCA. Entonses, ¿cómo es amigo tuyo?

SALVADOR. Porque los estremos se tocan.

MALVALOCA. ¿Los estremos?

SALVADOR. Sí. Leonardo tiene lo que yo más envidio: voluntá. Es rarito, rarito… Pero va adonde quiere. Hay que sabé yevarle er genio, eso sí. A lo mejó se arranca… En fin, éste es el hombre: podía en su tierra, con su padre, que también tiene una fundisión, viví tranquilamente y a gusto; pero er padre enviudó, quiso casarse por segunda vez, y Leonardo le dijo, cogiendo a una hermanita que tiene: «Ni mi hermana ni yo queremos otra madre que aquéya». Y anochesió en la casa y no amanesió. Yevó a la hermana con unos

tíos que suspiraban por tené hijos, y ér se echó a volá por er mundo, buscando aventuras.

MALVALOCA. Pos mira: eso prueba que es un hombre de corasón.

SALVADOR. Y lo es. Aunque se las echa de inflexible y de hombre de asero.

MALVALOCA. ¿Vive ya la hermana con é?

SALVADOR. No; sigue viviendo con los tíos. Pero ahora va a vení a pasá unos días con Leonardo.

MALVALOCA. ¿Ér no es andaluz, por supuesto?

SALVADOR. No; es de Asturias.

MALVALOCA. Y ¿pa qué se fué a nasé tan lejos?

SALVADOR. ¡Qué sé yo! ¡Chiquiya, lo que te agradezco esta visita!

MALVALOCA. ¿Quiés cayarte? ¿Tú no hubieras hecho lo mismo? Ya sabes cómo soy. Me dijo una amiga: «¿Te has enterao de que Sarvaó está en parriyas, como San Lorenso?». Y lié er petate. Tú me conoses: tengo er corasón en la cabesa.

SALVADOR. ¡Er corasón en la cabesa!…

MALVALOCA. ¿No es verdá?

SALVADOR. Si es verdá, si; porque la cabesa no la tienes en ninguna parte.

MALVALOCA. Así no padezco jaquecas.

SALVADOR. Y en er sitio der corasón, ¿qué tienes ahora?

MALVALOCA. Er solá, con una vaya y un perro pa que no entre nadie.

SALVADOR. Pos a mí me han dicho que un alemán…

MALVALOCA. ¡Vamos, quita! Ni en verano bebo yo servesa.

SALVADOR. ¿Sigues en Seviya?

MALVALOCA. Por lo pronto, sí.

SALVADOR. ¿Y tu madre?

MALVALOCA. En Sestona.

SALVADOR. *Riéndose.* ¿En Sestona?

MALVALOCA. No te rías; en Sestona, o en Fitero, o en Vichy. Ayá eya. Es la misma de siempre. Que tengo dinero: «¡Hija de mi arma, sentrañas, corasón, alegría de su vieja!…». To er surtío. Que me ve con la noche y er día y que er sielo se nubla: me agarra dos mantones, los empeña y toma er tren pa un barneario. ¡Yo no he visto una mujé que beba más agua de toas clases! *Salvador suelta la carcajada.* Así está eya: hinchá.

SALVADOR. ¿Y tu padre?

MALVALOCA. Mi padre es otro estilo; ése no es agua lo que bebe. Es un toné. En fin, no quieo acordarme de mi gente. ¡Josú! Si como me sacaron bonita me sacan fea, te los mando a un crisó de esos de tu fábrica.

SALVADOR. Siempre estás a tiempo.

MALVALOCA. Déjalos; pobresiyos. ¿Y tu viejo? ¿En er pueblo?

SALVADOR. Sí; en el pueblo sigue.

MALVALOCA. ¿Con la fotografía?

SALVADOR. Y con una tiendesita e morduras que ha puesto hase un año. Se defiende el hombre. Pienso yegarme a verlo cuando me den de arta, pa que se convensa de que esto de las quemaúras no ha sío na.

MALVALOCA. Pero ha podio sé, Sarvadó.

SALVADOR. Lanses del ofisio.

MALVALOCA. Es verdá. ¿Cómo te ha dao er venate de meterte a húngaro?

SALVADOR. ¿A húngaro?

MALVALOCA. A fundidó: es iguá.

SALVADOR. Siempre pité un poco por ese lao: acuérdate. Conocí a este amigo, nos caímos en grasia el uno al otro y no hiso tarta más. Ér tiene muchas ilusiones; yo no tengo tantas, pero me gusta que ér las tenga. Conque ahí está mi fundisión pa lo que tú quieras mandarme. ¿Se te ofrese argo?

MALVALOCA. Hombre, sí; vas a haserme dos grifos.

SALVADOR. ¿Dos grifos?

MALVALOCA. Sí; uno pa mi padre y otro pa mi madre.

Se ríen los dos.

SALVADOR. En cuantito que vuerva ar tayé será lo primero que haga.

MALVALOCA. ¿Te quedan aquí muchos días?

SALVADOR. Ya no; ya estaré pocos.

MALVALOCA. Pos mira, por si vengo otra vez a verte, no digas quién soy.

SALVADOR. ¿Por qué no, mujé? Una amiga mía.

MALVALOCA. Como quieras.

SALVADOR. ¿Qué quieres que diga, si no?

MALVALOCA. Di mejó que soy una inglesa. Ya tienes ahí ar sosio.

En efecto, llegan Leonardo y la hermana Piedad, por donde se fueron.

LEONARDO. ¡Si está aquí, hermana!

HERMANA PIEDAD. ¿Está aquí?

SALVADOR. Sí; aquí estoy.

MALVALOCA. Buenos días.

HERMANA PIEDAD. Buenos días. Toda la casa hemos andado detrás de usted.

SALVADOR. Me subí a la torre.

LEONARDO. ¡Ya decía yo! ¡En la torre era muy difícil que lo encontráramos!

MALVALOCA. Hermana; con permiso.

HERMANA PIEDAD. Mande usted.

MALVALOCA. ¿Quiere usté desirme en dónde está la iglesia?

HERMANA PIEDAD. Yo iré con usted.

MALVALOCA. No; no se moleste.

HERMANA PIEDAD. No es molestia ninguna.

MALVALOCA. ¿Es usté la hermana Piedá?

HERMANA PIEDAD. Servidora. ¿Vamos?

MALVALOCA. Vamos. Ahora vuervo.

SALVADOR. La que tiene que vorvé también es usté, hermana Piedá.

HERMANA PIEDAD. ¿Yo?

SALVADOR. Sí; pa hablá de aqueyo, antes que se marche Leonardo.

HERMANA PIEDAD. ¡Ah!, sí. En seguida vengo. *A Malvaloca*. Por aquí.

Se alejan juntas por el corredor la santita y la pecadora.

LEONARDO. ¿Quién es esta mujer?

SALVADOR. La hermana Piedá, ¿no has oído?

LEONARDO. Déjate de burlas; la otra.

SALVADOR. ¡Ah! ¡La otra es esensia de canela!

LEONARDO. Ya, ya.

SALVADOR. Marvaloca le yaman.

LEONARDO. Ya lo sé.

SALVADOR. Entonses, ¿qué es lo que me preguntas?

LEONARDO. Algo más que el nombre. Lo que sepas de ella más que yo.

SALVADOR. Su historia es una novela muy larga. Pués imaginártela tú. No se parese a ninguna y se parese a muchas. Una cara bonita y una cabesa loca en una casa en donde hay hambre. Este es er prinsipio de la novela. De algunos capítulos sé argo más.

LEONARDO. ¿Ha sido cosa tuya?

SALVADOR. Sí; pero ya hase tiempo.

LEONARDO. Pues ella te conserva una gratitud…

SALVADOR. ¡Como que me porté muy bien con eya!

LEONARDO. ¿Sí?

SALVADOR. ¡Sí! La yevé a armosá a una venta en Córdoba, le dije que me esperara un segundo, que iba por tabaco, y volví a los dos años a vé si estaba ayí toa vía.

LEONARDO. ¿Eso hiciste?

SALVADOR. Por vé si era de ley.

LEONARDO. ¡Bah! Tú no hiciste eso.

SALVADOR. Sí lo bise, sí. No tenía otra salida. *Calla un instante, mientras pasa la hermana Dolores por el corredor, de derecha a izquierda.* Marvaloca es mujé que se mete mucho en er corasón; nos íbamos tomando cariño; me había yorao ya dos o tres veses… Y eso de que me yore una mujé no es pa mi genio. Hasen las lágrimas una cadenita que sujeta más que toas las que podamos forja nosotros en la fundisión.

LEONARDO. No entiendo que la dejaras si la querías. Y todavía entiendo menos que esa mujer te mire a la cara.

SALVADOR. Te diré; corrió er tiempo, a los dos nos pasaron cosas… y cuando se le murió la chiquiya, a su lao estuve yo primero que nadie.

LEONARDO. ¡Ah!, ¿se le murió una chiquilla?

SALVADOR. Bonita como mí sueño. Cuatro años tenía. Esa ha sío la mayó desgrasia de Marvaloca. La chiquiya era como un refugio pa toas sus penas.

LEONARDO. ¡Qué lástima!

SALVADOR. Porque tiene muchas. Y es buena como pocas mujeres he visto.

LEONARDO. Así me ha parecido a mí. Tiene mirar de buena. Detrás de aquellos ojos, la primera luz que se advierte es de bondad.

SALVADOR. ¿Sabes que…?

LEONARDO. ¿Qué?

SALVADOR. No; na… Malos pensamientos que tiene uno.

LEONARDO. Pues ¿de qué te ríes?

SALVADOR. De ti probablemente.

LEONARDO. ¿De mí? ¿Por qué?

SALVADOR. ¿Conque la primera luz que se arvierte es de bondá? ¡Te veo y no te veo, fundido!

LEONARDO. No seas majadero. *Cambiando de conversación bruscamente.* ¿Qué nos quiere la hermana Piedad?

SALVADOR. Ahora nos lo dirá eya misma. ¡Cayó trabajo en *La Niña de Bronse,* amigo!

LEONARDO. Me alegro, compañero, me alegro.

Llega en esto oportunamente la hermana Piedad.

HERMANA PIEDAD. Aquí me tienen.

SALVADOR. ¡Ea! pos vamos a hablá de la *Golondrina.*

LEONARDO. ¿De la *Golondrina*?

HERMANA PIEDAD. La *Golondrina*, como la llama el pueblo, aunque su nombre es *Santa Teresa,* es la campana de este convento, que está rota.

LEONARDO. Cierto; rota está. No puede ser de otra manera. Desde la fundición la oigo todas las mañanas y todas las tardes, y me crispa los nervios. ¡Suena a diablos!

HERMANA PIEDAD. ¿A diablos?

LEONARDO. Perdone usted, hermana. Quiero decir que no puede sonar peor.

HERMANA PIEDAD. Y ¿cómo quiere usted que suene, si está rota hace cuatro años?

LEONARDO. ¡Pues hay que componerla! ¡Todo tuviera tan fácil arreglo en el mundo!

SALVADOR. ¿Ve usté, hermana, cómo Leonardo era nuestro hombre?

LEONARDO. ¡Ah! sí. ¡Una campana rota en una Casa como ésta, a dos pasos de una fundición, es una vergüenza para los fundidores!

SALVADOR. Sin contá con que de arguna manera hay que pagarles a las hermanitas er trato que me han dao.

HERMANA PIEDAD. No diga bobadas, hermano, que no hemos hecho sino cumplir con Dios. Y si ustedes, por gracia suya, consiguen que la *Santa Teresa* de esta torre, la *Golondrina,* cante como cantaba, elevando su voz a los cielos, entonces, desde la Superiora a la hermanita más humilde, que es una servidora de ustedes, no tendremos palabras ni acciones con que pagarles.

LEONARDO. Pues cuente usted con que ello será. ¿Tú has visto la campana?

SALVADOR. Sí. Está partida de arriba abajo.

LEONARDO. No es extraño, si sonaba tan bien.

HERMANA PIEDAD. ¿Y eso?

LEONARDO. Las campanas, cuanto más sonoras y bien timbradas, más frágiles. La que más nos encanta oír es la que con mayor facilidad puede romperse.

SALVADOR. A las mujeres se parecen en eso.

HERMANA PIEDAD. Calle usted, hombre, calle usted; que en todo asunto ha de acordarse de las faldas.

SALVADOR. Es que las campanas las tienen. Por eso me he acordao.

HERMANA PIEDAD. Bueno, déjese usted de cuchufletas.

LEONARDO. En resolución, hermana Piedad, porque éste tiene el vicio de hablar en broma cuando se habla en serio: fundiremos en *La Niña de Bronce* la *Golondrina,* y quedará tal cual estaba.

HERMANA PIEDAD. Dios se lo pague a ustedes. Y eso precisamente quería yo saber: si quedará tal cual estaba; si después de arreglada será la misma.

LEONARDO. La misma; de la misma hechura que hoy tiene; fundida con el mismo bronce.

HERMANA PIEDAD. Bien, bien; si ha de ser así, bien. Es campana ésa llena de tradiciones y de recuerdos muy queridos.

LEONARDO. Pues usted ha de ver cómo seguirá siendo la misma. La *Golondrina* levantará el vuelo, dejará la torre, entrará por la puerta de nuestros talleres, vivirá unos días con nosotros, el fuego la consumirá para darle después nueva vida, y volverá a su nido cantando mejor que cantaba.

SALVADOR. O comparando de otra manera: la *Golondrina* es una morena que está ronca, que va en consurta a un par de dortores, y que cuando, después de la visita, entra en su casa, yega con una voz que se paran los pájaros pa oírla.

HERMANA PIEDAD. ¿No digo yo? Siempre había usted de ir a parar a los mismos trigos. *A Martin, que vuelve por donde se fué.* Martín, ¿usted oye esto?

MARTÍN. ¿Qué, hermana?

HERMANA PIEDAD. ¡Que va a hacerse el milagro de que hablaba yo antes!

MARTÍN. ¿Qué milagro?

HERMANA PIEDAD. El milagro de la *Golondrina*, que por gracia de Dios, que pone hombres buenos e inteligentes en la tierra, va a sonar como en otros tiempos.

MARTÍN. *Temblando de júbilo.* ¿Es posible, hermana?

HERMANA PIEDAD. Es posible, sí. Don Leonardo y su compañero van a llevársela a su fundición, y nos la van a devolver como si nunca se hubiera roto. ¿Verdad?

LEONARDO. Verdad.

MARTÍN. ¿En dónde están esos cabayeros, que quieo yo besarles las manos?

HERMANA PIEDAD. Lo que ha de hacer usted es darle gracias al Señor.

MARTÍN. ¡Y besarles las manos a eyos!

LEONARDO. ¿Es el campanero, quizás?

MARTÍN. Er campanero soy, señó; pa servirle. ¿No me ve usté temblando?

SALVADOR. Martín quiere a la *Golondrina* como a cosa suya.

MARTÍN. Como a cosa de mis entrañas, señó.

HERMANA PIEDAD. El primer vuelo que dió la *Golondrina* en la torre lo dió con él.

MARTÍN. Conmigo. Era yo una criatura. Y desde entonses no nos separamos. Eya ha sío en este mundo mi niña, y mi novia, y mi compañera, y mi madre. Tos mis cariños juntos, porque con eya he desahogao siempre mi pecho.

LEONARDO. Pues ahora celebro yo más todavía lo que vamos a hacer.

MARTÍN. ¡Lo que eso vale pa mí, señores, no pué representárselo nadie! ¿Ustés no oyeron nunca a la *Golondrina* antes e la desgrasia?

LEONARDO. Yo, no.

SALVADOR. Ni yo.

HERMANA PIEDAD. Yo, sí.

MARTÍN. Pos que diga la hermana: paresía una voz de los sielos. Dispertaba a los pueblos con sus sones; alegraba los campos ar sé de día; yamaba a resá a la gente cristiana; yoraba por los muertos… Cuando murió mi compañera, yo doblé por eya con la *Golondrina* y no tuve mejó consuelo que sus tañíos… ¡Con qué doló sonaba!

HERMANA PIEDAD. No se excite demasiado, Martín, que luego le hace mal.

SALVADOR. Déjelo usted que hable.

MARTÍN. Con la notisia que me han dao no pueo yo cayarme en dos días. ¿Ustés no ven que me estoy cayendo de viejo? ¡Pos hasta que la *Golondrina* se partió no me di yo cuenta de mis años! ¡Por eya er tiempo no pasaba, y yo vivía como si eya fuera mi corasón! Hermanita.

HERMANA PIEDAD. ¿Qué quiere, hermanito?

MARTÍN. ¿Me deja usté que vaya a contarle a Barrabás estas novedaes?

HERMANA PIEDAD. ¿Nada más que a contárselas?

MARTÍN. Na más, na más. Ér tampoco querrá disputas ahora. Ya lo verá usté.

HERMANA PIEDAD. Pues vaya, entonces; pero cuidado con lo que se habla.

MARTÍN. Descuide usté, hermanita. Señores, si mis bendisiones yegan ar sielo, a ustés ya no van a fartarles nunca en la tierra. La vía que me quede doy yo, después que mis manos hayan vorteao una vez, como antes de romperse, a la *Golondrina.*

HERMANA PIEDAD. Ande, hermano; ande.

SALVADOR. Adiós, Martín.

LEONARDO. Adiós.

MARTÍN. *Yéndose hacia la derecha de la huerta en busca de su implacable enemigo.* ¡Barrabás! ¡Señó Barrabás! ¡Escuche usté lo güeno, compadre!

SALVADOR. ¡Pobre viejo! *A Leonardo, que se enjuga una lágrima* ¿Que es eso? ¿Yoras tú también?

LEONARDO. ¡Psché!

SALVADOR. ¡Pero, hombre!

LEONARDO. Niñerías.

HERMANA PIEDAD. Se lo contará a Barrabás y a todo el Asilo. Va loco el bueno de Martín.

LEONARDO. Y ¿por qué quiere contárselo a Barrabás?

HERMANA PIEDAD. Porque Barrabás está bautizado en la otra iglesia, y es del otro bando. En Las Canteras nada apasiona tanto como la lucha campanil. Los unos con la *Golondrina* y los otros con la *Sonora,* el día que no hay cabezas rotas es milagro de Dios.

LEONARDO. Tiene gracia.

Sale por la puerta de la Cruz la hermana Consuelo. En la mano trae una botellita de vino.

HERMANA CONSUELO. Don Sarvadó, ahí está ya er médico.

SALVADOR. ¿Arriba?

HERMANA CONSUELO. Sí; en su arcoba está. Y me ha dicho que viene de prisa.

SALVADOR. Voy a verlo al istante.

La hermana Consuelo quita el bote de garbanzos de la repisita de San Antonio, pone la botellita de vino y se va por donde salió.

LEONARDO. Pues anda con Dios, que yo me marcho…

Vuelve Malvaloca a tiempo que Salvador va a irse dentro, sin acordarse de ella.

MALVALOCA. ¿Te vas?

SALVADOR. ¡Ah! Marvaloca. Sí; voy arriba, que ha yegao er médico. ¿Me aguardas?

MALVALOCA. No; vorveré a la tarde.

Salvador Mejor es. Pos hasta luego, entonses.

MALVALOCA. Hasta luego.

SALVADOR. Que te espero ¿eh? que me he alegrao mucho de esta visita.

MALVALOCA. Y yo de verte ya fuera de peligro. Adiós.

SALVADOR. Adiós. *Éntrase por la puerta de la Cruz.*

Por la izquierda, como Malvaloca, aparece la hermana Dolores, un poco turbada, y habla aparte con la hermana Piedad, mostrándole una joya. Entretanto, Leonardo y Malvaloca se despiden.

MALVALOCA. Bueno, he tenido mucho gusto en conoserlo a usté.

LEONARDO. ¿Más que yo en conocerla a usted?

Malvaloca Vaya que sea lo mismo.

LEONARDO. No puede serlo. Fíjese usted en la diferencia que va de usted a mí.

MALVALOCA. ¡Carambo! Se le va a usté pegando el aire de los andaluses.

LEONARDO. Es difícil.

MALVALOCA. Difisi no hay cosa ninguna. Ya nos veremos. Porque usté supongo que vorverá por aquí a visita a su amigo.

LEONARDO. ¿Cómo no?

MALVALOCA. Pos ya nos veremos.

LEONARDO. Nos veremos, sí.

HERMANA PIEDAD. *Acercándose a Malvaloca.* Hermana.

MALVALOCA. Mande usté.

HERMANA PIEDAD. ¿Es usted por ventura… —sí; usted es— es usted la que ha puesto esta joya en el altarcito de la Virgen?

MALVALOCA. Si; yo. Pa los pobres.

La hermana Dolores va a contarle el hecho a la hermana Carmen. Leonardo sigue el incidente con gran interés y emoción.

HERMANA PIEDAD. ¿Para los pobres?

MALVALOCA. Sí.

HERMANA PIEDAD. *Anonadada* Pero, hermana, una limosna en esta forma, y de este precio.

MALVALOCA. ¿Es quisás que porque viene de mis manos…?

Hermana Piedad ¡No! Yo, hermana, no la conozco a usted… De usted no sé más sino que ha llegado aquí con el interés de ver a un enfermo; que ha

entrado a rezarle a la Virgen, y que ha dejado en su altar esta joya para los pobres. ¿Por qué había yo de rechazar lo que de sus manos viniera? Y que la limosna, hermana mía, venga de donde venga, lleva consigo un resplandor que oculta la mano que la da.

MALVALOCA. *En súbito arranque al oírla, y con esa íntima naturalidad y graciosa sencillez con que lo hace ella todo.* Pos si no se ve la mano que la da, tome usté también esto. *Se quita una cadena de oro que trae al cuello, y se la entrega.*

HERMANA PIEDAD. ¡Hermana!

MALVALOCA. Pa los pobres.

HERMANA PIEDAD. Pero…

MALVALOCA. ¡Si ya sólo así puedo sé buena! Pa los pobres. *Mira las caras de los dos y sonríe*. Vaya, hasta luego. *Sale presurosa al jardín.*

HERMANA PIEDAD. ¿Qué mujer es ésta?

LEONARDO. Yo también la he conocido hace un rato, hermana. Hasta la tarde.

HERMANA PIEDAD. Vaya usted con Dios.

LEONARDO. Adiós, hermana.

Malvaloca que, como al llegar, se ha detenido en medio del jardín, orientándose como una paloma, se va al cabo resueltamente por la izquierda del fondo. Leonardo la sigue, disimulando que la sigue; acaso prendida ya su alma fuerte en los finos flecos del mantón de la pecadora. La hermana Piedad, conmovida, contemplando las joyas, con lágrimas en los hermosos ojos, recuerda las palabras de Malvaloca.

HERMANA PIEDAD. ¡Ya sólo así puede ser buena!

En el fondo, la hermana Dolores comenta lo sucedido con la hermana Carmen, quien, merced a lo extraordinario del caso, suspende un buen rato su labor constante y tranquila.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Amplio, desigual y luminoso patinillo entre la casa habitación de Leonardo y los talleres de «La Niña de Bronce». A la izquierda del actor está la entrada de la casa; a la derecha, la de la fundición. Al fondo hay una tapia, y en ella un postiguillo que da a un corral, por el que se sale a la calle. Ante la puerta de la casa, un cobertizo de verdinegras tejas y blanqueadas pilastras, que descansan en sendos poyetes de ladrillo, también blanqueados. Al amparo de él, una mesa de trabajo de Leonardo. Varios arriates con geranios y rosas, adornan el recinto. En un rincón, a la derecha, amontonados y revueltos, hay algunos materiales viejos de la fundición. Es por la mañana, en el mes de mayo.

Salvador sale de los talleres con un rollo de papeles en la mano. Viste de blusa larga y gorra. Se acerca a la mesa de Leonardo, deja sobre ella el rollo de papeles y examina con interés algunos. Por el postiguillo del corral llega Teresona, guardesa un tiempo de la f inca y hoy criada de Leonardo. Viene de la plaza de abastos, y trae un gran canasto al brazo con las provisiones para el día. Al ir a entrar en la casa se detiene saludando a Salvador.

Teresona. Güenos días tenga usté, cabayero. Sea usté bien venío.

Salvador. ¡Hola, Teresona!

Teresona. Ya sé que yegó usté anoche de su viaje y que vino usté a vé ar señorito. Pero yo estaba en siete sueños.

Salvador. Sí; ya pregunté por ti cuando vine.

Teresona. También la hermanita de don Leonardo yegó ayer de mañana.

Salvador. Ya la vi anoche, ya.

Teresona. ¡Qué bonita es! ¡Qué carita más durse tiene! ¿Y usté, cómo ha dejao a su papá?

Salvador. Tan fuerte y tan bueno.

Teresona. Dios se lo conserve a usté muchos años. De las novedaes de acá, en los veinte días que usté ha estao fuera, ya tendrá usté también notisias.

Salvador. De esas novedaes me iré enterando poquito a poco.

Teresona. Don Sarvadó, en siertos particulares, haga ca uno de su cuerpo tiras. Er que se mete por medio es er que pierde. Yo, como y cayo. Si las comadres der pueblo quién murmurá, ayá eyas. *Mostrándole unos pendientes de corales que lleva puestos.* Miste. Me los ha regalao su mersé. Yo, punto en boca. ¿Usté me manda argo?

Salvador. Anda con Dios.

Teresona. Hasta luego. *Éntrase en la casa.*

Salvador. ¡Bah! Sabía yo que había de susederle.

Continúa examinando papeles y libros. De su ocupación lo distrae la inesperada presencia del tío Jeromo, que llega también por el postiguillo. Es tío de Malvaloca, aunque por el parecido no se le conoce, y hombre de unos cincuenta años. Viene de gorra, como va a todas partes, y trae un canastito con el almuerzo. Se encamina hacia los talleres.

Tío Jeromo. *Alegremente sorprendido al ver a Salvador*. ¡Sarvaoriyo! ¿Eres tú? ¿Ya estamos de güerta?

Salvador. *Atónito.* ¿Eh?

Tío Jeromo. ¡No te había conosío ar pronto con ese balandrán! ¿Cómo se ha hecho er viaje?

Salvador. ¡Pero, yo no sé lo que veo! ¿Usté aquí? ¿A qué viene usté aquí?

Tío Jeromo. ¡Ah!, ¿no te ha dicho na er sosio? ¡Si soy operario de los tayeres hase ya una semana!

SALVADOR. ¿Usté?

TÍO JEROMO. ¡Yo! Me enteré de lo de mi sobrina con tu compañero, y me agarré a sus naguas. Ya tú sabes que Marvaloca ha sío siempre la providensia e la familia.

SALVADOR. ¡Bien!… ¡bien!

TÍO JEROMO. ¿Te párese bien, Sarvaoriyo?

SALVADOR. ¡Me párese muy bien!

TÍO JEROMO. ¡A vé si ahora que has yegao tú lo conozco yo en argo!…

SALVADOR. ¡Es posible!

TÍO JEROMO. *Dándole un cogotazo con familiaridad.* ¡Qué punto eres!

SALVADOR. Pero, vamos a vé, amigo, ¿qué confiansas son éstas? ¿En qué bodegón hemos comido juntos?

TÍO JEROMO. *Desconcertado y entre burlas y veras.* Don Sarvaó… usté me dispense.

SALVADOR. Así. Y la gorra en la mano. Así.

TÍO JEROMO. Yo creía que la vía de otros tiempos…

SALVADOR. Aqueyo pasó. Ar trabajo ahora. ¿En qué trabaja usté?

TÍO JEROMO. ¡Según lo que sale! ¡De to *chanelo* un poco!

SALVADOR. ¡Me lo figuro! Y ¿tiene usté bula pa vení más tarde que los demás?

TÍO JEROMO. ¡Tengo la sobrina arcardesa, qué demonio! Sobre que he pasao una noche, Sarvaoriyo, que Dios te libre de na semejante. ¡Que Dios lo libre a usté! Me he equivocao por la costumbre. El hígado, que no quié sé güeno.

SALVADOR. Pos ahí dentro se cura.

TÍO JEROMO. Pos vamos ayá. Me alegro de verlo a usté tan guapo, don Sarvaó.

SALVADOR. Grasias.

TÍO JEROMO. Y usté dispense si he fartao.

SALVADOR. No hay de qué.

Tío Jeromo. Miste que si a arguna persona quieo yo darle gusto en la casa, es a don Sarvaó.

Salvador. Adentro, hombre.

Tío Jeromo. *Conmoviéndose.* ¡Don Sarvaó de mi arma, no se ponga usté así conmigo!

Salvador. Adentro, adentro; que le teme usté ar trabajo más que a un miura. To esto es entretenerse pa no hasé na.

Tío Jeromo. *Cambiando de nota, y riéndose.* ¡Me esbarata usté con sus salías! Hasta luego. *Se entra riendo en los talleres. Lleva en el corazón la duda de la inamovilidad de su puesto.*

Salvador. Pos, señó, no creía yo que iban a í las cosas tan aprisa. Ya está aquí la langosta. Y esto sí que hay que cortarlo de raíz. Vamos a vé, hombre, vamos a vé. *Acercándose a la puerta de los latieres y llamando.* ¡Lobito! ¡Lobito!

Sale Lobito a poco. Es un operario mozalbete, vivo y dicharachero. Viene en mangas de camisa, de gorra, pantalón muy viejo y alpargatas, y con un mandil de cañamazo tosco y sucio atado con una guita a la cintura. En la mano trae una lima grande.

Lobito. Padrino, ¿qué me manda usté?

Salvador. Ven acá. Suerta la lima y vamos a fumarnos un pitiyo.

Lobito. Muchas grasias. Toavía no se me había calentao en la mano. Usté yegó anoche, ¿verdá?

Salvador. Anoche.

Lobito. ¡Y hoy se funde la *Golondrina*!

Salvador. Hoy se funde. Ya he visto er materiá en los crisoles… Y don Leonardo me ha dicho que er morde es primoroso.

Lobito. Sí, señó. Se ha hecho con mucho esmero. ¡Hasta coscorrones ha habío en er tayé a cuenta de la *Golondrina*! Como aquí habemos de los dos bandos…

Salvador. ¿Tú eres…?

LOBITO. Yo soy de eya; yo soy *volandero,* como nos yaman. Pero Manué Martínez, y Bartolo, y er Jorobao, y tres o cuatro más, son *señorones,* de los de la Iglesia Mayó.

SALVADOR. ¿Y ese operario nuevo que ahora entraba, sabes tú dónde está bautisao?

LOBITO. ¿Ése? ¡En la carse de Utrera, hasiéndole mucho favó!

SALVADOR. ¿A la cárse?

LOBITO. No, señó; a é; ya que me tira usté de la lengua.

SALVADOR. ¿Y… trabaja, trabaja?

LOBITO. ¿Qué va a trabajá, si no sirve pa yevá una esportiya e tierra de un lao pa otro? *Don Jeromo* le yaman los aprendises.

SALVADOR. *Riéndose.* ¿Entonses habrá entrao aquí por recomendasiones?

LOBITO. ¿Se está usté divirtiendo conmigo? ¡Pos si yo pensaba que era usté er que lo había recomendao, segundas ausensias que le hase!

SALVADOR. ¿Habla bien de mí ese sinvergüensa?

LOBITO. ¡No para su boca! No lo toma a usté en lengua una vé, que no sea pa alabarlo.

SALVADOR. ¡Vaya por Dios! ¡Qué mal le vi a pagá a *don Jeromo*!

LOBITO. No se meta usté en eso, padrino.

SALVADOR. ¿Por qué?

LOBITO. ¿Por qué va a sé? Porque es tío de eya… y ha venío aquí por eya… y no es mesté hablá más.

SALVADOR. ¿Por eya? Y ¿quién es eya?

LOBITO. ¡Ay qué grasia! Está la mañana de carnavales.

SALVADOR. ¿Es quisa Marvaloca?

LOBITO. ¡Naturalmente! No se haga usté er tonto, padrino.

SALVADOR. Me lo había figurao; pero no sabía una palabra. Cuenta, cuenta. ¿Se ha quedao en Las Canteras esa mujé?

LOBITO. ¡En Las Canteras… y en los sesos de don Leonardo! De ayí sí que no sale. Eya vive en una de las casitas nuevas de la Resolana. Pos güeno:

cuando don Leonardo no está ayí, eya está aquí. No se puén separá.

SALVADOR. ¿Viene aquí Marvaloca?

LOBITO. Cuasi tos los días ha veneío. Y a los primeros entraba en los tayeres. ¡Lo que nos reíamos con sus cosas! Porque, eso sí; tiene grasia pa una sementera. Pero se conose que le han dicho que nos distrae der trabajo, y ahora entra mucho menos. Cosa de sentí; porque, fuera parte la simpatía, es dadivosa como pocas personas he visto.

SALVADOR. Tiene un agujero en la mano; la conozco.

LOBITO. ¿Un agujero? ¡Una canasta de colá!

SALVADOR. ¿De manera que don Leonardo…?

LOBITO. Está sorbío. Cuando viene de ayí es inúti preguntarle cosa ninguna: no se entera. No liase más que hablá solo pa su interió y reírse. ¡Como si siguiera a la vera suya! Y cuando por casolidá la está esperando aquí y se tarda eya, hay que juirle. Miste, que don Leonardo es fino y bien educao; po se pone más áspero y más duro que er sepiyo de alambre.

SALVADOR. Mal anda ese hombre, Lobito. Mal anda.

LOBITO. *Intencionadamente* Eya lo vale, ¿no, padrino?

SALVADOR. Lo vale, lo vale; pero hay que sabé manejarla. Y este amigo toma las cosas de la vía demasiao a pechos.

LOBITO. *Pichichi* el ofisiá me ha dicho a mí que esa mujé es un libro que usté se sabe de memoria.

SALVADOR. Pos dile a *Pichichi* de mi parte que se caye er pico.

LOBITO. Ahí tenemos a don Leonardo.

SALVADOR. Y a éste voy yo a nesesitá ponerle botones de fuego.

Llega Leonardo por el postiguillo que da al corral. Viene de la calle.

LEONARDO. ¡Hola, viajero; buenos días!

SALVADOR. Ven con Dios.

LEONARDO. ¿Descansaste?

SALVADOR. De sobra.

LOBITO. Padrino, ¿me manda usté argo más?

SALVADOR. No. Sigue tu faena.

LOBITO. Vamos ar torno. *Se entra en los talleres.*

SALVADOR. ¿Y tu hermana?

LEONARDO. *Señalando a la casa.* Mírala; aquí llega. Yo salí sin verla esta mañana tempranito. Madrugo mucho en este tiempo.

SALVADOR. ¿Sí, eh?

LEONARDO. Sí. Me gusta ver levantarse el sol por detrás del castillo. ¿No lo has visto nunca?

SALVADOR. *Maliciosamente.* ¿Er só por detrás der castiyo? ¡Sí, hombre! Antes que tú.

LEONARDO. ¿Cómo?

Sale de los talleres un Operario.

OPERARIO. Don Sarvadó, er modelista quiere haserle a usté una pregunta.

SALVADOR. Voy ayá en seguida.

LEONARDO. ¿Qué es ello?

SALVADOR. Na de particulá; que le he dicho que le dé un poco de más movimiento ar modelo de la verja ésa.

LEONARDO. Ya.

El Operario entra en el corral, y a poco vuelve a pasar para los talleres con un arma de mano.

Sale de la casa Juanela, y Salvador se detiene un punto a saludarla. Juanela acredita la observación que acerca de ella ha hecho Teresona.

SALVADOR. Buenos días, poyita.

JUANELA. Buenos días. Felices, Leonardo. Te he visto venir desde el balcón.

LEONARDO. ¡Ah!, ¿sí?

JUANELA. ¡Cómo madrugas! ¡Qué temprano sales!

SALVADOR. *Con socarronería.* En los pueblos… ¿verdá, Leonardo?, empiesa la noche tan pronto…

LEONARDO. *Turbado.* Claro… sí.

SALVADOR. Hasta luego.

JUANELA. Hasta luego.

SALVADOR. Si éste le habla a usté mar de mí, no le haga usté caso. *Se entra en los talleres.*

JUANELA. Váyase usted tranquilo. Me parece tu compañero un burlón muy grande. *Leonardo está ensimismado. Juanela lo observa unos instantes en silencio.* ¿En qué piensas?

LEONARDO. ¿Eh?

JUANELA. ¿En qué piensas? ¿Estás aquí o en otra parte?

LEONARDO. No, que estoy aquí. Sólo que me había distraído. ¿Qué quieres?

JUANELA. Nada, hombre; que te des cuenta de que estás aquí y de que yo también lo estoy.

LEONARDO. Va, ya me doy cuenta.

JUANELA. Ahora voy a salir con Teresona a dar una vuelta por el pueblo, ¿no?

LEONARDO. Sí. Con Teresona; sí. Teresona es muy buena mujer. Era la guardesa de esta casa antes de tomarla nosotros, y la he conservado a mi servicio.

JUANELA. Parece que te quiere mucho.

LEONARDO. Sí.

JUANELA. ¿Qué te pasa, Leonardo? A ti te pasa algo. Desde anoche lo noto.

LEONARDO. No, tonta; ¿qué me ha de pasar? Lo que hay es que hace tiempo que no vives conmigo y ya te has olvidado de mi genio. Anda, vete a pasear con Teresona. Te gustará el pueblo; te gustará.

JUANELA. La parte que vi ayer, bien que me ha gustado. ¡Qué luz tiene! Y ¡qué blancura todas las casas! Cuando les da el sol lastiman los ojos. ¿Te acuerdas tú cómo soñábamos allá en nuestra aldea con esta tierra de Andalucía? A mí me parecía tierra que nunca había de ver: tierra de fábula.

LEONARDO. *Distraído.* Pues ya estás en ella.

JUANELA. Yo, sí; pero tú estás ahora lo menos en Asturias; insisto.

LEONARDO. No, pequeña; no.

JUANELA. ¡Vaya! ¡Ni que fuera yo simple! ¿A que va a ser verdad lo que me han contado?

LEONARDO. *Rápidamente.* ¿Qué te han contado?

JUANELA. Es verdad.

LEONARDO. ¿Qué es ello?

JUANELA. Que tienes novia.

LEONARDO. ¿Que tengo novia? ¿Quién te ha contado eso?

JUANELA. Una vecina que ayer tarde me vió esperándote al balcón. Y trabó conversación conmigo. Porque la gente de aquí se toma mucha confianza. Lo que se les ocurre, lo que sueltan. Piensan en voz alta, ¿verdad?

LEONARDO. Algo hay de eso que dices. Exceso de imaginación es todo. De ahí que se equivoquen muchas veces en lo que hablan.

JUANELA. Y esta vez, ¿se han equivocado?

LEONARDO. *Después de mirarla.* ¿Lo sentirías tú?

JUANELA. Todo lo contrario: Deseo que te cases, para que dejes de rodar por el mundo… y para venirme a vivir contigo.

LEONARDO. ¿No vives contenta con los tíos?

JUANELA. Sí… Me miman mucho. Pero es diferente. No es mi casa aquélla, como sería la tuya… como era la de nuestro padre.

LEONARDO. *Suspirando.* Es cierto. Anoche me dijiste que estuviste a verlo antes de venir.

JUANELA. Estuve, sí. Me entristeció la visita, en lugar de alegrarme. No es dichoso.

LEONARDO. No podía serlo.

JUANELA. Y ¡qué pena da que sea una mujer la que desbarate una casa!

Callan los dos. De la suya sale Teresona, con un mantón que no es el de antes.

TERESONA. ¿Nos vamos, niña?

JUANELA. ¡Ah, Teresona! Sí, nos vamos.

Teresona. ¡Ea! pos anda; que yo no pueo dejá mucho tiempo la cosina sola.

Juanela. Vamos.

Teresona. Ahora vi a yevarla a la Iglesia Mayó. Y luego ar Molino, pa que vea los campos desde la asoteíya.

Leonardo. Bien, bien.

Juanela. Hasta después, hermano.

Leonardo. Id con Dios.

Teresona. *A Leonardo, con misteriosa picardía, así que Juanela ha entrado en la casa, y refiriéndose al mantón que trae puesto.* De su mersé. ¿Usté lo conosía?

Leonardo. Calle usted ahora.

Teresona. No tenga usté cuidao. Yo no me pierdo por la boca. Quéese usté con Dios. *Vase tras de Juanela.*

Leonardo. *Recriminándose enérgicamente.* ¡Bah! Cobarde aquí, cobarde allí… ¿Qué es esto? ¿Qué me pasa? No me conozco.

Salvador ha salido de los talleres a tiempo de oírlo y de verlo.

Salvador. Pa habla solo me párese muy pronto, compañero.

Leonardo. ¿Qué?

Salvador. De eso a tirá piedras por las cayes no hay más que un paso.

Leonardo. ¡Qué buen humor el tuyo siempre!

Salvador. ¿Y er tuyo, no? ¿No lo tienes hoy?

Leonardo. Casi nunca, ya sabes. Y hoy, desde luego, no.

Salvador. Pos ¿qué te ocurre?

Leonardo. Cosas.

Salvador. Cosas de eya, ¿verdá?

Leonardo. ¿Eh?

Salvador. Er cariño tiene esos disparates: a lo mejó empiesa a yové con er só fuera. Pero pasa pronto er chubasco.

LEONARDO. ¿Qué es lo que te figuras?

SALVADOR. No son figurasiones. Es que sé que a la fieresita que presumes que hay dentro de ti, la está domesticando la música de una farda bajera.

LEONARDO. ¡De qué modo dices las cosas! Y ¿por dónde sabes tú eso?

SALVADOR. Por ti mismo.

LEONARDO. ¿Por mí?

SALVADOR. ¡Por ti!

LEONARDO. ¿Desde cuándo?

SALVADOR. Desde er día en que Marvaloca yegó a Las Canteras. En la primera conversación caíste como un recluta. Niégalo.

LEONARDO. Si a enamorarse llamas tú caer…

SALVADOR. ¿Lo estás viendo? Yo no tuve más que oírte primero y que mirarte después delante de eya. Los días siguientes ya no fuiste al Asilo por verme a mí, sino por encontrá a Marvaloca. Y como te conozco y la conozco, pa mis adentros pronostiqué que ibas a durá menos que el estaño en er fuego.

LEONARDO. Y así ha sido. Debo confesártelo a ti, que eres un amigo leal y del alma. Yo no he estado nunca delante de una mujer que más me cautive y me interese.

SALVADOR. Sí, sí; yeva consigo la fló de la simpatía.

LEONARDO. No es bastante decir simpatía para explicar la atracción que ella ejerce. Es que no tiene palabra ni movimiento que no enamore. A mí me emboba. No sé si por contraste de mi condición y la suya, pero me emboba.

SALVADOR. Tiene, tiene grasia.

LEONARDO. Es algo más que gracia. Es luz en la boca, luz en la frente, luz en las manos, luz en los ca bellos…

SALVADOR. Eso pué que sea briyantina.

LEONARDO. ¿Te burlas?

SALVADOR. ¿No lo ves?

LEONARDO. ¿Es ridículo acaso lo que estoy diciendo?

SALVADOR. ¡Qué disparate! Mi burla es un poco de envidia de verte tan enamorao. Yo me quiero enamorá de esa manera, y no me sale nunca. O casi nunca.

LEONARDO. Nunca. Pero no te importe; quizás así vivas más tranquilo. Más dichoso no diré yo. Malvaloca se ha entrado por mi alma, despertando en ella sentimientos dormidos o nuevos. ¿Creerás que hasta el sufrir a su lado me alegra íntimamente? Pues sufro y lloro, lo mismo que río y me divierto. Vivo, vivo; y vivir por una mujer, ya es algo.

SALVADOR. *Un poco grave.* Pero, hombre…

LEONARDO. Yo te juro por nuestra amistad que no me fascina de Malvaloca solamente el hechizo de su persona; la pasión de sus ojos; la gracia de su aire y de sus palabras…

SALVADOR. ¿Qué más?

LEONARDO. Tanto como todo ello junto, más que ello, si cabe, me seduce, y me conmueve, y me hace temblar la ingénita bondad de su corazón; aquella generosidad loca; aquella honda tristeza de su desgracia, de la que más que sus palabras me hablan a mí sus lágrimas; lágrimas inesperadas que asoman siempre en momentos de dicha. ¿Comprendes esto?

SALVADOR. Sí lo comprendo, sí. Y también comprendo que estás pa que te aten.

LEONARDO. ¿Qué dices?

SALVADOR. Pero ya pasará, ya pasará ese fuego.

LEONARDO. *Como preguntándose a sí mismo.* ¿Pasará?

SALVADOR. ¡Claro, hombre! ¡Ahora estás enmelao! Ya sé, ya sé también lo de la casita en la Resolana; las veses que tú vas ayí; lo que a ti te encanta vé levantarse er só por detrás der castiyo…

LEONARDO. *Riendo.* ¡Qué bellaco eres!

SALVADOR. Las visititas de eya a la fundisión…

LEONARDO. No…

SALVADOR. Sí.

LEONARDO. Algunas veces ha venido: lo declaro.

SALVADOR. No, hombre, no; viene tos los días, ¡qué pamema de argunas veses!

LEONARDO. Contigo hay que reír. Luego vendrá un ratillo.

SALVADOR. ¿Qué? ¿Que va a vení luego?

LEONARDO. Sí; si no ha venido hoy.

SALVADOR. ¿Que va a vení luego, Leonardo?

LEONARDO. Pues ya ¿qué te sorprende?

SALVADOR. ¡Veo que estás más loco de lo que yo creía!

LEONARDO. ¿Eh?

SALVADOR. ¿Y tú hermana?

LEONARDO. *Turbado.* Mi hermana… Es verdad, sí. A ti te parece mal que estando aquí mi hermana…

SALVADOR. ¡Claro!

LEONARDO. Pues no me supongas tan loco. Yo he pensado eso mismo antes que tú. Ayer fui a decirle que no viniera, y no tuve necesidad de ello, porque ella se me anticipó advirtiéndome que no saldría.

SALVADOR. ¿Y hoy?

LEONARDO. Hoy he ido a lo mismo…

SALVADOR. ¿Y no se lo has dicho tampoco?

LEONARDO. No.

SALVADOR. ¿Por qué?

LEONARDO. Porque… ¡Vaya!, ¡porque es cosa que pugna con mis sentimientos, y no se lo digo!

SALVADOR. Hases mal, Leonardo.

LEONARDO. Pues haré mal, pero cumplo con mi conciencia. Yo no le digo a una mujer que es buena, que quiere ser honrada, que deje de venir a mi casa. Eso es tanto como empezar a impedir que lo sea.

SALVADOR. Pero, vamos a vé; no te arborotes: ¿Marvaloca se ha enterao de que está aquí tu hermana?

LEONARDO. Creo que no.

SALVADOR. Pos sin que tú le prohíbas que venga, en cuanto se entere de que está, no vuerve.

LEONARDO. ¿Que no vuelve?

SALVADOR. Sabe bien er terreno que pisa… y tiene más sentido común que tú.

LEONARDO. Lo que sabrá será resignarse.

SALVADOR. Vístelo como quieras. ¡Ni que fueras tú el responsable de la vida de Marvaloca!

LEONARDO. ¿Qué egoísmo es ése, Salvador?

SALVADOR. ¡El egoísmo de viví en la tierra y no en la luna!

LEONARDO. El egoísmo de… Mejor es que no hablemos más de este particular. Hablaríamos hasta cansarnos, y tal vez no llegarías a comprenderme. Hay cosas que no entran en la inteligencia si antes no pasan por el sentimiento.

SALVADOR. Como te dé la gana. ¿A qué vamos a discutí? pe memoria sé yo que cuando está un hombre con esa calentura, no escucha más que lo que ér se dise. Punto y aparte.

Sale de los talleres el tío Jeromo y se marcha por el postiguillo al corral. Viene ya en traje de faena, por el estilo del de Lobito, y trae un mazo sujeto a la cintura, una sierra en la mano izquierda y en la diestra un formón. Al pasar saluda a Leonardo.

TÍO JEROMO. Don Leonardo, mu güenos días.

LEONARDO. Buenos días, Jeromo.

TÍO JEROMO. Se le felisita a usté por la yegá de don Sarvaó.

LEONARDO. Muchas gracias.

TÍO JEROMO. ¡Ya estamos trajinando! *Vase.*

SALVADOR. De este operario tan bien educao sí que tenemos que tratá. ¿Cómo no me habías escrito una palabra de semejante arquisisión?

LEONARDO. Discúlpame. Ha sido una inadvertencia o un descuido. No tiene importancia ninguna. No creí que fuera necesario.

SALVADOR. Y no lo era. Lo nesesario, lo impresindible es plantarlo en la caye.

LEONARDO. ¿Al tío de Malvaloca?

SALVADOR. Justo: a *don Jeromo.*

LEONARDO. Hasta ahora ha cumplido con su deber.

SALVADOR. ¿Ése? Ese no ha dao un gorpe en su vía. Además, es un charrán de siete suelas y de mala sangre. Y un peligro en la casa. Ya he visto una barajiya por los tayeres; y la boteyiya e vino no tardará en vení.

LEONARDO. ¿Y a ti te consta que él haya traído la baraja?

SALVADOR. Estoy seguro. Y les sacará los cuartos a cuatro infelises. Más te digo: las herramientas y las dos badilas que se han echao de menos, ér se las ha yevao.

LEONARDO. ¡Ah! no; pues eso, no. Hay que imponerle un correctivo eficaz.

SALVADOR. Lo que hay es que pegarle un puntapié y echarlo a la caye. Porque si te blandeas y lo consientes, vas a tené, sobre er daño que ér solo te haga, la reata de toa la familia y sus conosimientos. El herma mío de Marvaloca, la madre, er padre, er compadre, la comadre, er tito, la tita… Conozco la casa.

LEONARDO. Todo eso huelga.

SALVADOR. Yo creo que no.

LEONARDO. Pues yo creo que sí. Aquí no hay más que un operario que puede ser perturbador, y a quien despediremos hoy mismo. ¿O es que me crees tan débil que por complacencias ajenas a nuestros intereses he de pasar por algo que pueda ser un daño para ellos y una desmoralización en la casa? Pues te equivocas. Hoy mismo quedará despedido ese hombre.

SALVADOR. No es pa tanto.

LEONARDO. Sí lo es, Salvador. *Viendo aparecer al tío Jeromo, que vuelve del corral con todas las herramientas en la misma forma que antes.* Y aun hoy mismo es tarde: ahora mismo.

SALVADOR. ¡Lo has tomao con prisa!

LEONARDO. Para hacer lo que debo hacer siempre tengo prisa. Escuche usted, Jeromo. De usted hablábamos precisamente.

TÍO JEROMO. ¿De mí?

LEONARDO. De usted.

TÍO JEROMO. ¿Bien o má?

SALVADOR. Don Leonardo, bien. Y yo le yevaba la contraria.

TÍO JEROMO. ¡Je! *Leonardo va a su mesa y hojea el libro de jornales. El tío Jeromo se huele la partida y echa mano de la adulación, para quebrantar al enemigo.* Güeno, yo estoy como los chiquiyos der tayé bautisaos en esta parroquia: soñando con la fundisión de la *Golondrina.* ¡Qué rajo, don Sarvaó; qué rajo! ¡Pa escribirlo en la Historia'España! ¡Vayan con Dios los rajos!

LEONARDO. Bien está.

TÍO JEROMO. ¿Cómo dise?

SALVADOR. Otro *rajo* que vamos a tené ahora mismo.

LEONARDO. Desde este momento queda usted despedido de la fundición.

El gesto de estupor del tío Jeromo al oír a Leonardo es indescriptible. Mira luego alternativamente al uno y al otro, siempre mudo, y al cabo rompe a hablar diciendo:

TÍO JEROMO. ¿Querrán ustés creé que no me salen las palabras?

LEONARDO. Ni falta que hace. He dicho yo las que había que decir.

TÍO JEROMO. ¡Un rayo cayéndome a los pies no me deja más muerto! ¡A mí me han calurniao! *Altanero.* ¿Qué mentira se ha inventao contra mí?

LEONARDO. Está de más toda explicación.

TÍO JEROMO. Don Leonardo, a un griyo es, y se le escucha. ¡Y vale dos cuartos!

SALVADOR. ¡Es que usté no vale los dos cuartos!

LEONARDO. Puede usted retirarse.

TÍO JEROMO. ¡Eso es! ¡Como un perro! ¡A la caye un obrero honrao! ¡Luego disen que hay güergas!

SALVADOR. Usté se declaró en huerga er día que nasió.

TÍO JEROMO. *Patético.* ¡Sarvaó!… ¡Sarvaoriyo!… ¡Yo no esperaba esto de ti!

LEONARDO. ¿Qué es eso?

TÍO JEROMO. ¡Mía que eya va a sentirlo mucho!

LEONARDO. *Molesto.* ¿Eh?

TÍO JEROMO. ¡Don Leonardo, siquiea por eya, que es toa corasón, y que me quiere a mí más que a su padre!

LEONARDO. ¡Silencio! Es inútil que se obstine usted.

SALVADOR. ¿Se le debe argo?

LEONARDO. Al revés. Hace dos días le anticipé cinco jornales. Pero estamos en paz.

TÍO JEROMO. ¡No; si toavía vi a tené que darle a usté las grasias! *Mordiéndose un puño.* ¡Mardita sea! *A Salvador, con arranque de cólera.* ¡En tus tiempos no había pasao una cosa así!

SALVADOR. ¡Ya se está usté cayando!

TÍO JEROMO. ¡Tú la querías más que éste!

LEONARDO. *Agarrando violentamente un martillo que hay sobre la mesa.* ¡O desaparece usted de mi vista ahora mismo, o le abro la cabeza en dos partes!

TÍO JEROMO. Güeno, hombre, güeno… Arrieros somos y er camino andamos… *Principia a dejar con mal modo las herramientas en un rincón.*

LEONARDO. *A Salvador.* ¿Era esto lo que había que hacer?

SALVADOR. Ya has visto que sí; que esto era.

LEONARDO. Pues ya está hecho. *Se entra en la casa.*

TÍO JEROMO. ¿Luego, por lo que oigo, Sarvaó, has sío tú er que ha presipitao a este hombre a dejarme sin pan?

SALVADOR. ¡Largo, largo!…

TÍO JEROMO. ¡Pos el hambre es mu mala consejera!

SALVADOR. ¡Largo le digo!

TÍO JEROMO. ¡Te acordarás de mí! ¡Y ese *panoli*! ¡Y Marvaloca! ¡Va a tardá mucho en sabé to esto la niña que ha venío de fuera! ¡Mucho va a tardá!

SALVADOR. ¡A la caye!

TÍO JEROMO. ¡Que toavía tengo un maso en la mano!

SALVADOR. ¡Pero además der maso hay que tené coraje pa manejarlo! ¡Qué bravatas!

El tío Jeromo tira el mazo al suelo con rabia, se muerde nuevamente el puño, y se entra airado en los talleres.

TÍO JEROMO. ¡Mardita sea!

SALVADOR. Ya salimos de é. Era una ersena inevitable. *Llamando.* ¡Lobito! ¡Lobito! Tarde o temprano era inevitable. Y ese infeliz se ha tomao un torosón. *A Lobito, que sale a la puerta de los talleres.* Oye, Lobito: no quitarle ojo ar tío Jeromo hasta que se vaya.

LOBITO. Ya estamos en eyo, padrino.

SALVADOR. Es capaz de cuarquier disparate.

LOBITO. ¡Menúa risa hemos tenío ahí dentro! ¡Habemos escuchao toa la bronca!

SALVADOR. Anda, anda.

LOBITO. No pase usté cuidao. *Se retira.*

SALVADOR. *Yendo hacia la casa.* Carmaremos ar compañero un poco.

Oportunamente aparece por el postiguillo del corral Malvaloca. Viene de mantón, sencillamente vestida, y sin más alhajas que unos pendientes muy modestos.

MALVALOCA. ¿Quién vive?

SALVADOR. ¿Eh? ¡Marvaloca!

MALVALOCA. Adiós, hombre. ¿Paresiste ya? ¿Cuándo has venío?

SALVADOR. Anoche.

MALVALOCA. De tu pueblo te fuiste a Málaga a vé a las amigas, ¿no?

SALVADOR. Cabalito.

Malvaloca. ¿Me habrás traío pasas?

Salvador. ¿Pa refrescarte la memoria?

Malvaloca. ¡Pa ponerlas en aguardiente!

Salvador. Yo no sabía que estabas aquí.

Malvaloca. ¡Carambo!

Salvador. Yo te hasía en Seviya.

Malvaloca. Y yo a ti en Roma, besándole ar Papa la babucha.

Salvador. Pos yo me fui de Las Canteras, y he vuerto.

Malvaloca. Pos yo ni he vuerto, ni me fui. ¡Ni me voy!

Salvador. ¿Tanto te gusta er pueblo?

Malvaloca. ¡Como que he fincao!

Salvador. ¿Con vistas ar campo o ar río?

Malvaloca. Con vistas al reló del Ayuntamiento. ¡Échate ya pa un lao, fogonero, que tiznas!

Salvador. ¡Camará, lo que cambian los tiempos!

Malvaloca. Pa mejorá siempre. ¿Y ese hombre? ¿Se ha escondió?

Salvador. Arriba lo tienes. Hasiendo números por ti.

Malvaloca. Y va en serio. Y *yo* por é.

Salvador. Quita números.

Malvaloca. No quito na. Más verdá es que er só que alumbra.

Salvador. ¿Así andamos?

Malvaloca. ¡Uh! Tú no sabes de eso. Somos dos amantes pa una lámina.

Salvador. Como los de Terué.

Malvaloca. ¡En Terué hase frío!

Salvador. Pero ¿a tanto yega la fiebre?

Malvaloca. Cuarenta y ocho y désimas. ¿Dónde dises que está?

Salvador. Estará con su hermana.

Malvaloca. *Sorprendida*. ¿Ha venío la hermanita por fin?

Salvador. Ayé vino.

MALVALOCA. Entonses yo me voy. ¿No te párese a ti que debo irme?

SALVADOR. A mí, sí.

MALVALOCA. Y a mí también. Las cosas son las cosas. ¿Cómo no me lo ha dicho Leonardo?

SALVADOR. ¡Porque Leonardo lo ha tomao en redentó!

MALVALOCA. No lo digas en chufla. ¡Es más romántico! ¡Más romántico es! ¡Uh! To lo adorna; to lo ve con estreyas.

SALVADOR. Y a ti te sienta bien er romantisísmo; estás más guapa; tienes buenos colores.

MALVALOCA. La tranquilidad, hijo, que hase milagros.

SALVADOR. Esos pendientes no son de mis tiempos.

MALVALOCA. Ni de los de nadie: son cosas de é. Me ha hecho estrená hasta las horquiyas. ¡Mía que las horquiyas! Pos hasta eso. Y de toas mis alhajas he tenío que despedirme pa un rato.

SALVADOR. ¿Y mi reló?

MALVALOCA. Le ha dao un calambre ar minutero. A buena parte vas. No es que é me haya hablao una palabra, ni que tenga selos de ti, ¿lo oyes?; pero te nombro y se pone verde. Más daño le liases tú que ninguno.

SALVADOR. *Con gesto y acento de pesadumbre.* ¡Vaya por Dios!

MALVALOCA. Me quiere con seguera.

SALVADOR. Eso veo.

MALVALOCA. Como ningún hombre en er mundo.

SALVADOR. ¿Metiéndome a mí?

MALVALOCA. ¿Quiés cayarte? ¿Vas a compará er cañamaso con la sea? Me quiere más que nadie… y de otro modo.

SALVADOR. ¿De otro modo que yo también?

MALVALOCA. De otro modo: sí.

SALVADOR. Y ¿en qué consiste la diferencia?

MALVALOCA. ¡Hasta en la manera de cogerme las manos! ¡Hasta en la manera de respira a la vera mía! No me trata como a una mujé, sino ¡como una cosa!… A vé si yo me sé esplicá: si er primer hombre que a mí me

pretendió de mosita hubieras sío tú —es un poné—, con to y con sé tú un hombre bueno, a estas horas sería yo lo mismo que soy: una desgrasiá. Si er primer hombre que da conmigo es ese hombre… ¡otra sería mi suerte!… Ahora no tendría yo que irme porque hubiera yegao su hermanita. ¿Me esplico?

SALVADOR. Sí.

MALVALOCA. ¿Y pondero?

SALVADOR. No.

MALVALOCA. No te piques tú, Sarvadoriyo. A ti yo tengo mucho que agradeserte; pero eso no tiene na que vé con este cariño, que nunca había probao Marvaloca. Tú eres bueno… porque no eres malo. Y él es bueno… por eso, porque es bueno. Pa que tú lo entiendas: tú eres bueno por la mañana y él es bueno to er día. Una cosa así.

SALVADOR. Es bueno, es bueno.

MALVALOCA. ¡Más bueno que un cura der teatro! Como que a mí, cuando sueño con é, siempre se me representa con er pelito blanco y er baculito, y casando a to er mundo.

SALVADOR. ¡Ja, ja, ja!

MALVALOCA. Y me voy sin verlo, que no quiero que me piye aquí la hermanita.

SALVADOR. ¿Le digo que has estao?

MALVALOCA. Sí; díselo. No; no se lo digas.

SALVADOR. Como quieras.

MALVALOCA. Díselo, sí. ¿Pa qué hemos de andá con misterios? Adiós.

SALVADOR. Espérate un istante, que ahora nos vamos a reí.

MALVALOCA. ¿De qué?

SALVADOR. Der tío Jeromo. Lo hemos tenío que plantá en la caye.

MALVALOCA. Era naturá. Y me alegro, no te figures tú. Me han contao ya dos o tres hasañas suyas en los tayeres, y renegaba de la hora en que le pedí a Leonardo que lo metiera aquí. ¡Ay qué gente esta mía!

El tío Jeromo sale del templo del trabajo en dirección a la inhospitalaria calle, torvo y mohíno. Va tal cual lo vimos aparecer al principio de la jornada.

TÍO JEROMO. ¡A la caye, a morirme si es menesté en er poyete de una puerta, pero con la frente en las nubes!

SALVADOR. ¡Vaya usté con Dios!

MALVALOCA. ¡Vaya usté en hora buena!

El tío Jeromo los mira desdeñosamente, y se va por él postiguillo. Malvaloca y Salvador sueltan la carcajada.

SALVADOR. ¡Qué mamarracho es!

MALVALOCA. ¡Me ha hecho grasia la manera como ha salto! *Sigue la risa, que sorprende Leonardo, que vuelve. ¿Habrá que decir que le contraría?* ¡Hola!

LEONARDO. ¡Hola!

MALVALOCA. Nos reímos de que ha pasao pa la caye er tío Jeromo, con toa la cara de un traidó.

LEONARDO. *Disculpándose.* No ha habido más remedio que despedirlo.

MALVALOCA. Y yo soy la primerita que se alegra. Pero, cuidao con é, que tiene malas purgas. Es mu vengativo, y capaz de inventá cuarquier cosa.

LEONARDO. No sé qué ha de inventar.

MALVALOCA. ¡Ni vayas tú ahora tampoco a ponerte a sacarle los sesos a lo que yo he dicho! No he querío más que prevenirte. ¿Verdá que es mu vengativo, Sarvadó?

SALVADOR. Sí; pero ¿qué caso ha de haserle nadie? Vamos a vé si fundimos pronto. *Se entra en los talleres.*

MALVALOCA. ¿Tú qué tienes, Leonardo?

LEONARDO. Nada, mujer.

MALVALOCA. No me digas que na, porque te yegan las ojeras ar pescueso. Y que ya te tengo estudiao, como los astrónomos las nubes. Se

revuercan los perros, señá de agua. Vengo yo, no me resibes tú con la cara alegre, temporá tenemos.

LEONARDO. No.

MALVALOCA. ¡Sí! ¿Te ha molestao quisás que me estuviera riendo con Sarvadó? ¡Era der tío Jeromo!

LEONARDO. No seas niña. ¿Cómo ha de molestarme una cosa así? Verás lo que hay. Tengo que anunciarte una novedad…

MALVALOCA. Mía tú cómo se revorcaban los perros. No mienten las señales. ¿Te ríes?

LEONARDO. Sí. Óyeme.

MALVALOCA. Acaba ya, que me estás poniendo en cuidao.

LEONARDO. Mi hermanita ha venido.

MALVALOCA. Ya lo sé. Me lo ha dicho ése.

LEONARDO. ¡Ah!, ¿te lo ha dicho ése?

MALVALOCA. Sí. ¿No es más que eso to? Pos no te violentes ni te apures, que mientras esté aquí tu hermanita yo no pongo los pies en tu casa.

LEONARDO. ¿Por qué?

MALVALOCA. Porque se me va a torsé un tobiyo ar pasa la puerta. Sin broma: porque no está bien que yo venga, Leonardo.

LEONARDO. ¿También te lo ha dicho…?

MALVALOCA. No; se lo he dicho yo a é. Sarvadó lo que me ha dicho es que a ti no te paresía mar que yo viniera.

LEONARDO. ¿Ah, sí?… Es cierto… ¿sabes?… pero luego lo he pensado mejor. No debo ser intransigente. Te agradezco mucho tu resolución, Malvaloca. No vengas; yo iré allá.

MALVALOCA. ¡Ea! pos se acabó er martirio. Alegra esa cara, que no me gusta verte triste.

LEONARDO. Y ¿cómo he de estar, si te quiero lo que te quiero, y tengo que esconderte como una vergüenza?

MALVALOCA. ¡Vaya!

Ya está yoviendo,

los pájaros corriendo,
la caye en bote en bote
y Periquiyo sin capote.

Periquiyo soy yo. ¿Cuándo te vas a convensé de que removè la tierra es marsano?

Leonardo. *Con dolor.* ¡Según qué tierra!

Malvaloca. *Con amargura.* ¡Pos por eso lo digo! ¡Si ya sabes tú qué tierra soy… y en qué tierra has sembrao!

Leonardo. Perdóname. ¡Quisiera ahogar en mi alma este sentimiento siempre que estoy contigo; pero no puedo, porque a tu lado pierdo la voluntad!

Se miran.

Malvaloca. *Resueltamente.* Hasta luego. Me marcho.

Leonardo. ¿Te vas?

Malvaloca. Sí; no sarga la niña.

Leonardo. No temas; no está aquí. La ha llevado Teresona a ver algunos sitios del pueblo.

Malvaloca. Entonses…

Leonardo. ¿Qué?

Malvaloca. ¿Vais a fundí la *Golondrina*?

Leonardo. Sí; dentro de poco.

Malvaloca. ¿Dará tiempo a que yo lo vea?

Leonardo. ¿A… que tú lo veas? Te diré…

Malvaloca. No; no me digas na. Aunque dé tiempo no lo veo. Te choca que entre en los tayeres.

Leonardo. Aparte de eso; es que la campana se funde como todo; como tantas cosas que tú has visto fundir. Ya está el molde en la tierra…

Malvaloca. Y que es igualito a la campana rota. Ése sí que lo he visto yo.

LEONARDO. Más te hubiera interesado ver cómo deshicimos la campana rota.

MALVALOCA. Es verdá. ¿Por qué no me avisaste?

LEONARDO. No caí.

MALVALOCA. Pos dime cómo fué.

LEONARDO. Sencillamente caldeándola sobre una hoguera, y a golpe de martillo.

MALVALOCA. ¿Y se hiso peasos?

LEONARDO. Justo.

MALVALOCA. Como si fuera de cristá.

LEONARDO. Lo mismo.

MALVALOCA. Y los peasos ya están derritiéndose en los crisoles.

LEONARDO. Eso es.

MALVALOCA. Y ahora de los crisoles van a la tierra por er bebeero.

LEONARDO. Cabal. Ya sabes de esto más que yo.

MALVALOCA. De manera que la campana es Ja misma.

LEONARDO. La misma… y otra.

MALVALOCA. Me acuerdo de que er primer día que nos hablamos me esplicaste tú mu bien esta faena. Se me quedó impreso to lo que me dijiste.

LEONARDO. ¡Buena memoria!

MALVALOCA. Más buena es la tuya, arrastrao.

LEONARDO. ¿La mía? ¿Por qué?

MALVALOCA. Por na.

LEONARDO. No; por algo lo has dicho.

MALVALOCA. ¡Ea! ¡Otra cavilasión! Me he enamorao der tío Cavila; un chochero que había en mi tierra, que se vorvió loco cavilando.

LEONARDO. Bueno; dime por qué me has dicho eso de la memoria.

MALVALOCA. ¿Por qué va a sé, silisio? ¡Porque no te cuento una cosa mía que no se te quee en la cabesa como fundía en bronse!

LEONARDO. ¡Ay! ¡Es verdad!

Malvaloca. Pero, ven acá, mala persona, ¿te pesa haberme conosío?

Leonardo. ¡Nunca!

Malvaloca. ¿Me quieres tú?

Leonardo. ¿Y tú me lo preguntas?

Malvaloca. Entonses, ¿qué importa lo que fué?

Leonardo. Importa, importa… Tanto me importa a mi, que solamente cuando lo olvido soy dichoso.

Malvaloca. Pos mira: se me ocurre una solusión.

Leonardo. ¡Si la hubiera!…

Malvaloca. ¡Fúndeme como a la *Golondrina*!

Leonardo. *Perplejo.* ¿Como a la *Golondrina*?

Malvaloca. Ya hay una copla que habla de eso.

Meresía esta serrana
que la fundieran de nuevo
como funden las campanas.

¿Nunca la has oído?

Leonardo. Nunca, hasta ahora.

Malvaloca. Se conose que La ideó argún caviloso de tu linaje; de estos que quién componé la justisia der mundo. A la cuenta se enamoró de una mujé que quisá tuviera derecho a otra suerte más buena, y sacó esa copla.

Leonardo. ¿Cómo es?

Malvaloca. *Repitiéndola con todo sentimiento.*

Meresía esta serrana
que la fundieran de nuevo
como funden las campanas.

Leonardo. *Atrayéndola hacia sí con pasión.* Ven acá.

Malvaloca. ¿Qué quieres?

Leonardo. Mírame.

Malvaloca. Ahora con las lágrimas no te veo.

LEONARDO. Ni yo a tí.

MALVALOCA. Suerta. *Se separa de él.* Me voy. Hasta luego.

LEONARDO. Adiós.

Al abrir Malvaloca el postiguillo del foro para marcharse aparecen la hermana Piedad y Mariquita. Mariquita viene de gala. La presencia de ambas sorprende por igual a los dos amantes, y alegra a Malvaloca.

HERMANA PIEDAD. Buenos días.

MALVALOCA. ¡Mira qué visita, Leonardo!

MARIQUITA. Güenos días.

LEONARDO. Adelante, hermana.

MARIQUITA. ¿Tú por aquí, mujé?

MALVALOCA. Sí; pero ya me voy.

MARIQUITA. ¿Te vas? No te vayas. Verás a lo que vengo. No te vayas.

LEONARDO. *Respondiendo a una mirada de Malvaloca.* Quédate.

HERMANA PIEDAD. Mariquita trae una pretensión que no la ha dejado dormir en toda la noche.

MARIQUITA. En toa la noche, porque lo pensé al acostarme y temí que se me fuera de la cabesa. *Con cansancio.* ¡Ay!…

MALVALOCA. Siéntese usté aquí, Mariquita.

MARIQUITA. Muchas grasias, hija de mi arma.

LEONARDO. Y usted, hermana, siéntese también.

HERMANA PIEDAD. Gracias; no es preciso. La visita será muy corta. ¿Es hoy cuando se va a fundir nuestra *Golondrina*?

LEONARDO. Hoy. Dentro de un rato. Podrán verla fundir, si quieren.

HERMANA PIEDAD. No haremos sino irnos a nuestra Casa a rezar por que el Señor proteja la buena obra. Y ya veo que el deseo de nuestra Superiora es fácil que se logre.

LEONARDO. ¿Cuál es ese deseo?

HERMANA PIEDAD. Que la campana vuelva a sonar por primera vez el día de la procesión de Nuestro Señor de las Espinas, que sale del Carmen, y que es muy venerado en el pueblo. Es día de fiesta en Las Canteras; se adornan ventanas, balcones y portales; la carrera por donde va el Señor se alfombra enteramente de romero y mastranzo; las muchachas estrenan sus vestidos, reservados para ese día… Ya verá, ya verá.

LEONARDO. Y ¿cuándo es?

HERMANA PIEDAD. El catorce del mes que viene.

LEONARDO. ¡Pues sobra tiempo!

HERMANA PIEDAD. Tanto mejor. Mucho se alegrará la Superiora.

MALVALOCA. Diga usté, hermana: ¿y podré yo í detrás de la prosesión ese día con los pies descarsos?

HERMANA PIEDAD. ¿Por qué no?

LEONARDO. ¿Con los pies descalzos?

MALVALOCA. Sí, hombre. Es una promesa.

LEONARDO. ¿Cuándo la has hecho?

MALVALOCA. Ahora.

HERMANA PIEDAD. *Sonriendo bondadosamente*. De aquí allá puede meditarla.

MALVALOCA. ¿Pa qué? ¿Tú te estrañas? No es la primera vez que voy detrás de una prosesión de esa manera. Cuando estuvo mala mi niña… Pero, bueno, esto a nadie le importa. ¿Qué trae Mariquita por aquí?

HERMANA PIEDAD. Ella lo dirá.

MARIQUITA. *Se levanta.* Pos yo traigo esto. *Del seno saca un envoltorio pequeñito, y lo muestra.*

LEONARDO. Y eso ¿qué es?

MARIQUITA. Las cruses y las medayas del hijo que me mataron en la guerra.

LEONARDO. Y ¿para qué las trae?

MARIQUITA. Como é, desde que se lo yevaron, no tenía más pío que gorvé a escuchá er toque de la *Golondrina* ar lao de su madre, yo quiero que

estas medayas y estas cruses que ér se ganó, se junten con er metá de la campana. ¿Puede sé?

LEONARDO. ¡Ya lo creo! Basta echarlas en un crisó.

MALVALOCA. Y que va a sé ahora mismo, y por mi mano.

MARIQUITA. ¿Por tu mano?

MALVALOCA. Sí. Béselas usté la úrtima vez.

MARIQUITA. *Después de besarlas.* Toma, hija mía, toma.

MALVALOCA. Traiga usté. Y venga usté conmigo pa verlo. ¿Has visto tú, Leonardo? ¿No hay que sé madre pa tené esta idea?

LEONARDO. Sí. Anda.

MALVALOCA. Voy. Venga usté, Mariquita, venga usté.

MARIQUITA. Vamos, hija, vamos.

Sugestionada Malvaloca, mirando las medallas y cruces, como quien lleva en la mano un tesoro, éntrase en los talleres con Mariquita.

HERMANA PIEDAD. Ciertamente es buena esta mujer. Es buena, es buena…

LEONARDO. ¿Verdad? ¡Cuando una desgracia irremediable cae sobre una criatura así, se rebela uno contra todo!

HERMANA PIEDAD. ¿Contra todo, hermano?

LEONARDO. Hermana, hay que ser santo para resignarse. Siendo hombre, no hay resignación para esto.

HERMANA PIEDAD. Flores tiene el arrepentimiento; flores la piedad y el perdón.

LEONARDO. ¡El amor es pasión egoísta!

HERMANA PIEDAD. Cuando es grande amor, es pasión generosa también.

Vuelven Malvaloca y Mariquita.

MALVALOCA. Ya está. Cayeron en er fuego, y se las sorbió. Paresía que las estaba esperando.

MARIQUITA. ¡Pobresito mío!

HERMANA PIEDAD. Se cumplió su voluntad, Mariquita.

MARIQUITA. ¿Vive tu madre, Marvaloca?

MALVALOCA. ¿Mi madre? Vamos a no hablá de eso.

MARIQUITA. ¿Por qué? ¿No te quiere?

MALVALOCA. Vamos a no habla de eso. Sí vive mi madre, Mariquita; sí vive, y viva mucho; pero no es como usté, por desgrasia. A mí me gusta verla con los gemelos der revés: to lo lejos que pueo.

MARIQUITA. ¡Ay qué grasiosa!

MALVALOCA. ¡Miste que tené yo que hablá así de mi madre! ¡Yo, que siempre he sentío lástima de Adán, porque no lo cogieron en brasos!… En fin, será mi sino.

HERMANA PIEDAD. ¿Vámonos, Mariquita?

MARIQUITA. Vámonos. Dios les pague er gusto que me han dao.

MALVALOCA. ¡Cuando suene la *Golondrina* va a pareserle a usté que la yama su hijo! Usté lo verá.

HERMANA PIEDAD. Don Leonardo, quédese con Dios.

LEONARDO. Adiós, hermana. Adiós, Mariquita.

MARIQUITA. Güenos días.

HERMANA PIEDAD. Buenos días.

MALVALOCA. Vayan ustés con Dios.

Les abre el postiguillo y las deja pasar. Una y otra se marchan sonriéndole.

LEONARDO. *Con explosión de amor desbordado en vehementes palabras.* ¡Ven acá tú, Malvaloca; ven acá tú: que cada momento que pasa te quiero más! ¡Ven acá; no te vayas ahora de aquí, ni te vayas nunca de mi lado!

MALVALOCA. Quita, loco.

LEONARDO. ¡Te quiero por buena; te quiero por hermosa; te quiero por desventurada! ¡Mírame a los ojos y que yo te mire y me recree, única mujer a quien he querido!

MALVALOCA. ¿Yo?

LEONARDO. ¡Tú! ¡Nunca te he dicho esto; pero es hora ya de que lo sepas!

MALVALOCA. ¡Leonardo!

LEONARDO. ¡A ti, a ti sola he querido y querré! ¡Ya no sé vivir si no es porque sé que tú vives! ¿Me quieres tú también de este modo?

MALVALOCA. ¡Te quiero más toavía! ¿Quién me ha hablao nunca como tú?

Por la puerta de la casa aparece en esto Juanela, inquieta y turbada. Los amantes, que tanto la adivinan como la ven, se separan instintivamente.

LEONARDO. ¿Eh?

MALVALOCA. ¿Qué?

JUANELA. ¡Ah! ¡Es ella!

LEONARDO. ¡Juanela! ¡Hermana! ¡Ven aquí!

JUANELA. No; déjame… No sabía…

LEONARDO. ¡Sí sabías! ¡Tú has dicho que es ella! ¿Qué has querido decir con eso?

Malvaloca está sobrecogida y temerosa. Leonardo, excitándose a cada palabra, trata de detener a su hermana y de hacerla respetar y comprender su vivo sentimiento.

JUANELA. Nada; no… Déjame, déjame…

LEONARDO. ¡No; no quiero que te vayas así!… ¿Por qué tiemblas ante esta mujer? ¿Qué te han dicho? ¿Quién te ha engañado?

MALVALOCA. ¡Er tío Jeromo!

JUANELA. Nada, nada me han dicho.

LEONARDO. ¡Sí! ¡Y en lo que te han dicho mintieron! ¡Quién es esta mujer, sólo yo he de decírtelo, y a mí sólo tienes que creerme! Los demás, ¡qué saben! ¡No te dirán sino que es mala, que es mala y que es mala!… ¡Ah! ¡Si fuese maldad la desventura, no habría nacido una mujer más mala que ésta!

JUANELA. Cálmate, Leonardo.

LEONARDO. ¡Pero yo conozco su vida y su alma, y sus dolores!… ¡Ella no tuvo, como tú, quien velara por su pudor, sino quien, por desconocerlo, lo profanara y lo vendiera!… ¡Por aquella casa de donde salimos juntos los dos, yo te juro…! Perdóname… Me exalto hasta no ser dueño de mis palabras… Temo herirte también… Déjame, déjame. Ya te hablaré tranquilo. Ahora, déjame.

JUANELA. Sí, sí; te dejo, hermano. Ahora es mejor… Te dejo… *Angustiada, llorosa,* ¡Jesús, Dios mío! *Vuélvese a la casa sin poder dejar de mirarlo.*

LEONARDO. *Acercándose otra vez a Malvaloca.* ¡Te perdonarán todos! ¡Te respetarán todos! ¡Es ya loco empeño de mi vida! ¡Todos olvidarán lo que fuiste!

La voz de Salvador, llamándolo desde el interior de los talleres, lo hiere y lo estremece súbitamente.

SALVADOR. ¡Leonardo!

LEONARDO. ¡Ay! ¡Todos… menos yo!

SALVADOR. *Asomándose.* Leonardo.

LEONARDO. *Con brusca sacudida; como si despertara de un sueño.* ¡Qué!

SALVADOR. Ya estamos listos. ¿Vamos a fundí la *Golondrina*?

LEONARDO. Vamos, sí. *A Malvaloca.* ¿Vienes tú?

MALVALOCA. No. Hasta luego.

LEONARDO. Hasta luego. *Entrándose con Salvador en los talleres.* Vamos a fundir la *Golondrina.*

MALVALOCA. *Con íntimo dolor, que se deshace en copioso llanto.* ¡Quién fuera bronse como eya!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala baja, de blancas paredes y techo de bovedillas azules, en casa de Leonardo. Al foro, una gran puerta, por la que se ve el patio, destartalado y viejo. A la derecha del actor, otra puerta, que conduce a las habitaciones interiores. A la izquierda, una ancha ventana enrejada, que da a la calle, y cuyo alféizar viene a estar a un metro del suelo. Al pie de él hay un amplio escalón. El marco de la ventana aparece adornado, por la festividad del día, con cortinas de encajes blancos y lazos de colores. Enredadas en el herraje, hasta lo alto, ramas de lentisco y romero. Sobre el alféizar, y también en aros sujetos a los hierros horizontales, macetas con flores. Suelo de losetas. Poco muebles. Una mesa de pino, cerca de la ventana, espera las flores que han de arrojarse luego al paso de la procesión. Es por la mañana, en el mes de junio.

Juanela, Teresona y Alfonsa, vestidas como de día de fiesta, terminan el adorno de la ventana. Con ellas están doña Enriqueta y Dionisio, que para ataviarse han sacado también el fondo del baúl. Alfonso es una sobrinilla de Teresona, de traza lugareña, que ha venido de su pueblo natal a la fiesta de Las Canteras en aquel día, y en quien el sentimiento de la admiración es cosa esencial. Doña Enriqueta y Dionisia, en cambio, no parecen admirarse de nada. Son esposa e hija del dueño de un famoso refino del pueblo, y hablan con cierta afectación de finura, a la que no cuadra muy bien su casi total desconocimiento de la ele.

ALFONSA. *En lo alto de una silla.* ¿Ha quedao con grasia este moño, tía Terezona?

Teresona. Ha quedao, ha quedao con grasia. Bájate ya, y vamos a dejá el adorno de la ventana, que ya no nesesita más na.

Juanela. Sí que está bonita de veras.

Alfonsa. *Alejándose un poco de la ventana para verla mejor*. ¡Ay qué precioza! ¡Ay qué precioza está! ¿No es verdá que está mu precioza?

Dionisia y doña Enriqueta se ríen del candoroso entusiasmo de Alfonsa.

Dionisia. ¡Qué chiquiya ésta! Se armira de todo.

Doña Enriqueta. A nosotras no nos gustan estas fiestas der pueblo. ¡Son más *cúrsiles*!

Teresona. ¿Qué son *cúrsiles*? Pos yo las encuentro mu naturales.

Juanela. ¿De verdad no les gustan?

Dionisia. A mí, no.

Doña Enriqueta. Ni a mí.

Dionisia. Ni a papá.

Juanela. Quizás la costumbre de verlas todos los años… Yo, como forastera, les confieso a ustedes que no he visto nunca nada más pintoresco ni más lleno de simpatía que el adorno de todas las calles por donde va a pasar la procesión.

Doña Enriqueta. Usté ¿qué ha de desirnos a nosotras?

Juanela. Lo que siento; la pura verdad.

Alfonsa. No lo nieguen ustés, zeñoritas; zi hay argunos zanguanes que son artares; ¡con tanto encaje blanco y tanta maceta de arbahaca!… Poz ¿y las cayes, que paecen arfombrás de ramas verdes? ¡Miste, misté qué oló entra por la ventana! ¡Ay!, ¡ay! ¡Ze esmaya una!

Doña Enriqueta. Olores der campo.

Dionisia. Mejorana y tomiyo. ¡Si vamos a armirarnos de eso!

Teresona. Es que mi sobrina también es forastera.

Alfonsa. ¡Y me alegro de habé venío der pueblo a vé este día! ¡Ay!, ¡ay! ¡Cómo están ezas cayes!, ¡cómo están ezas cayes!

Doña Enriqueta. Cáyate de las cayes, por Dios, que se ve cada irrisión de barcón adornado…

DIONISIA. ¡Cada mamarracho se ve!

TERESONA. ¿En las cayes?

DOÑA ENRIQUETA. En las cayes, sí. *Saludando por la ventana a unas amiguitas que pasan.* Adiós, Matirde.

DIONISIA. Adiós, Ervira.

JUANELA. Vayan con Dios. ¿No quieren entrar un ratito? ¡Hasta luego entonces!

ALFONSA. ¡Ay qué bien vestías que van! ¡Ay qué de moños yevan! ¡Ay qué legantes!

DOÑA ENRIQUETA. ¡Er cormo, hija; er cormo!

DIONISIA. ¡Er cormo, mamá!

Se presenta en la puerta del foro Lobito, que viene de la calle y a quien es difícil reconocer. No es el operario tiznado y roto de la fundición; es un galán del pueblo de lo más lucido. A la oreja trae un clavel y otro en el sombrero, probablemente para ofrecérselo a alguien.

LOBITO. *Antes de que nadie lo vea.* (¡La pringamos! ¡Las tontas der refino aquí!). ¡Güenas tardes!

JUANELA. Buenas tardes.

TERESONA. Ven con Dios, Lobito.

ALFONSA. ¡Hola, Inacio!

DOÑA ENRIQUETA. Buenas tardes.

DIONISIA. Buenas tardes.

ALFONSA. ¡Mía qué alegante tú también!

LOBITO. Mujé, la fiesta lo píe. Er día e la prosesión, y er día en que va a soná otra vez la *Golondrina*, ¿no se va uno a poné lo mejó que tenga?

ALFONSA. ¡Y trae cadena, tía! ¿Lo ha reparao usté?

LOBITO. Sí que traigo cadena.

JUANELA. Y muy vistosa.

LOBITO. Reló es lo que no traigo.

ALFONSA. ¿No traes reló?

TERESONA. ¡Er demonio eres!

LOBITO. No, que no lo traigo. He enganchao la forforera ar cabo e la cadena pa que haga peso. Pero er gorpe lo doy. Más e cuatro mositas se me han quedao mirando. Y si me preguntan por chufla la hora que es, sargo con otra chufla.

Risas.

ALFONSA. ¡Ay qué ánge tiene!

TERESONA. Oye, Lobito, ¿es verdá que ha habío gorpes en la Alamea?

LOBITO. ¡Y los que tiene que habé toavía de aquí a que suene la campana! Los de la *Sonora* se habían figurao que ya estaba la suya sola pa siempre, y er que más y er que menos tiene un berrinche que va a reventá de coraje.

DOÑA ENRIQUETA. ¡Qué bárbaros!

DIONISIA. Eso es sarvajismo.

DOÑA ENRIQUETA. ¿Usté ve como son muy sarvajes en este pueblo?

JUANELA. Y ¿cuándo va a sonar por fin la campana, Lobito?

LOBITO. Cuando güerva er Señó de la prosesión por er pueblo, y entre en su Casa. Así lo ha dispuesto la Superiora. Y ar que hay que oí es a Martín er siego.

JUANELA. ¿A quién?

LOBITO. A Martín er siego; er campanero que ha sío siempre de la *Golondrina*. ¡Pobresiyo! Se saltan las lágrimas. Paese que le ha resusitao una hija. Tres noches hase que no duerme. Ér dise que no le importa morirse con er primer tañío; pero yo creo que de veras se va a morí. Los pelos se ponen de punta escuchando al hombre.

ALFONSA. ¡Ay!, ¡ay! ¡Qué coza!, ¡qué coza! Y ¿a qué hora paza por aquí la procezión, Inacio?

LOBITO. Por el Arresife iba hase un ratiyo. De manera que de aquí a media hora vendrá por esta caye.

TERESONA. Va a sé menesté í preparando ya las flores.

ALFONSA. ¿Vamos a cortarlas?

LOBITO. Vamos. Yo te ayúo.

TERESONA. Ahora iré yo pa ayá.

ALFONSA. Anda. *Se va por la puerta del foro, hacia la derecha.*

TERESONA. *A Lobito, que va a seguirla.* Cuidao con las flores, Lobito.

LOBITO. A mí encárgueme usté cuidao con las frutas. Las flores se güelen na más; y las frutas se comen. Ya usté me entiende. *Se va detrás de Alfonsa.*

TERESONA. ¡Qué granuja es! Pero ¿qué va a hasé una, si paese que le gusta la muchacha? Es tan naturá que a los muchachos les gusten las muchachas, y que las personas mayores nos quitemos de su alrededó… Es tan naturá…

DIONISIA. Claro: cada oveja cou su pareja.

DOÑA ENRIQUETA. ¿Damos nosotras un paseíto?

DIONISIA. Bien pensado; daremos una vuerta.

DOÑA ENRIQUETA. ¿Usté viene?

JUANELA. ¿Por qué no?

DIONISIA. Nos toparemos con mucho *pueblerío;* pero ¿qué remedio?

JUANELA. Y ¿qué importa? No van a comernos tampoco.

DOÑA ENRIQUETA. Ahí va la del arcarde. Vámonos con eya.

DIONISIA. ¡Doña Casirda!

DOÑA ENRIQUETA. ¡Doña Casirda! ¡Espérenos usté!

DIONISIA. Vamos.

JUANELA. Vamos allá.

En esto aparece Salvador por la puerta del foro, también de tiros largos.

SALVADOR. Vaya con Dios lo más fino der pueblo… y de fuera der pueblo.

DOÑA ENRIQUETA. Favó que usté nos hase.

DIONISIA. Buenas tardes.

JUANELA. Buenas tardes. Usted siempre el mismo.

SALVADOR. ¿Se marchan ustedes?

DOÑA ENRIQUETA. A dar un par de vuertas mientras viene la prosesión.

SALVADOR. No tardará mucho.

DIONISIA. Cosa de media hora. Ya hemos hecho er cálculo.

SALVADOR. ¡Pos hoy en la caye se saca novio!

DOÑA ENRIQUETA. ¿Vamos?

DIONISIA. Vamos.

SALVADOR. ¡Cuidao si han venío forasteros! Y er tiempo está de nuestra parte. Con la yuvia de ayé ha refrescao, y da gusto andá por ahí. Conque por mí no detenerse.

DIONISIA. Vamos, mamá, que nos espera doña Casirda.

DOÑA ENRIQUETA. Vamos, sí.

JUANELA. Vayan ustedes, que allá voy.

Se marchan doña Enriqueta y Dionisio por la puerta del foro, hacia la izquierda. Juanela se detiene un momento con Salvador.

TERESONA. Pocas personas me hasen a mí daño en er mundo; porque yo, en güena hora lo diga, pa to encuentro discurpa; pero a esta mamá y a esta niña, que se han tragao er moliniyo der chocolatero, no las pueo resistí.

SALVADOR. A mí me hase grasia la manera de hablá que tienen. Paese que han aprendió con er maestro der cuento: «¡Niño: sordao, barcón, ardaba y mardita sea tu arma, se escriben con ele!».

TERESONA. ¿No sabe usté cómo le yaman ar marío?

JUANELA. Deje usted eso, Teresona. Oiga usted, Salvador.

SALVADOR. ¿Qué me manda usté, carita de lástima?

JUANELA. ¿Se ha enterado usted de lo de hoy?

SALVADOR. No. ¿Otro desatino de Leonardo?

JUANELA. Otro capricho. ¿Lo de ayer sí lo sabe?

SALVADOR. Sí; que le dió dos bofetás a uno porque dijo yo no sé qué de Marvaloca. Me lo contaron por la noche. ¿Y lo de hoy, qué es?

JUANELA. Que se ha empeñado, quizás como consecuencia de lo de ayer, en que venga aquí esa mujer a presenciar el paso de la procesión con

nosotras.

Salvador. ¡Pero si yo creía que eya iba a i detrás der Señó con los pies descarsos!

Juanela. Eso quería ella; pero él se lo, quitó de la cabeza.

Salvador. Y en cambio se empeña en que venga aquí. Está loco.

Juanela. Imagine usted… ¿Quién convence a la gente?… Estas amigas yo no sé lo que harán todavía; pero otras que se han enterado, se han excusado de venir. Hable usted con él, no para persuadirlo de que ella no venga, que puesto que él lo quiere y ésta es su casa…

Salvador. Caye usté por Dios.

Juanela. Sino para aconsejarle prudencia, .discreción… un poco de respeto a los demás… Él tiene que vivir con las gentes…

Salvador. Será inúti cuanto le diga; pero le hablaré una vez más, ya que usté lo desea. La úrtima, por supuesto.

Juanela. Aunque sea la última; no deje usted de hablarle, Salvador. Yo no puedo discutir con él, porque desde niña he sido dócil a cuanto él ha querido. He tenido siempre absoluta fe en su bondad. «Lo hace mi hermano, está bien hecho seguramente». Así he pensado y he sentido toda mi vida. Pero ahora… ahora le confieso a usted, Salvador, que tengo un torbellino en la cabeza.

Salvador. Está loco.

Juanela. No, no está loco. No habla como un loco… Yo, a solas conmigo, muy a solas, comprendo a mi hermano, no crea usted. La razón podrá no tener sentimiento; pero el sentimiento siempre tiene razón.

Salvador. Bien, bien; deje usté los pucheros. Yo hablaré con él… Ande usté, que las amiguitas la aguardan.

Doña Enriqueta. *Desde la calle.* ¿No viene usté, Juanela?

Juanela. Sí; en seguida voy. Perdonen ustedes. *A Salvador.* Le voy a decir a Leonardo que está usted aquí. *Se marcha por la puerta del foro, hacia la derecha, y luego se la ve cruzar hacia la izquierda por el patio.*

Salvador. ¡Inosente chiquiya! ¡Vaya un viajesito de recreo que le ha dao el hermanito! Y a ér sí que le ha tocao la china negra.

TERESONA. Por causa e la gente, que lo envenena to. Él es güeno; eya es güena; la otra es como er pan. ¿Es posible que pase na malo entre tres personas tan güenas? ¡Qué disparate! Es lo que yo digo: ¿hay Dios o no hay Dios? Pos si hay Dios, y nadie hase más que lo que Dios quiere… ¡Dios tiene ya edá pa sabé lo que hase!

SALVADOR. Eso es vé las cosas como Dios manda.

TERESONA. Ni más ni menos. Aquí yega.

SALVADOR. ¿Dios?

TERESONA. ¡Don Leonardo! ¡Siempre ha de andá usté de chirigotas! Me voy yo a echarle un vistaso a la otra pareja.

Viene Leonardo de allá dentro por la puerta del foro. Teresona lo deja pasar, y se aleja hacia la derecha, mirando a los dos compañeros.

LEONARDO. Me ha dicho Juanela que me llamas. ¿Qué quieres?

SALVADOR. Verte, lo primero. Después, charlá contigo un rato. ¡Si hase lo menos ocho días que casi no crusamos la palabra! A mí se me ha figurao que me huyes.

LEONARDO. ¿Huirte?

SALVADOR. No pases cuidao, que no te vi a pedí cuentas der negosio. Tengo en ti entera confiansa.

LEONARDO. ¿Y para darme estas bromas de chico me has llamado?

SALVADOR. Contrastes de la vida, hombre. Tú la tomas demasiao en serio, y yo tar vez demasiao en broma.

LEONARDO. Tal vez.

SALVADOR. Sólo que las veras de los bromistas, cuando se ponen serios, por lo mismo impresionan más. Y ahora va de veras.

LEONARDO. Milagro.

SALVADOR. De veras va. *Cariñosamente.* ¿Cómo marcha ese corasón, compañero?

LEONARDO. Destrozándose, pero dichoso.

SALVADOR. Muy bien. Y la cabesa, loca, pero feliz.

LEONARDO. Tú lo has dicho.

SALVADOR. Y to eso por una mujé.

LEONARDO. ¿Por quién mejor?

SALVADOR. Pos tocante a esa mujé vamos a echá un párrafo.

LEONARDO. Prefiero que lo dejes.

SALVADOR. Es que también hase muchos días que no hablamos de eya.

LEONARDO. Ni hay para qué.

SALVADOR. Ahora, sí.

LEONARDO. De esa mujer nadie sabe hablarme. Y menos, tú.

SALVADOR. No va el aire por donde siempre. Se trata de otra cosa. Esa mujé, Leonardo, le preocupa a tu hermana.

LEONARDO. No. Le preocupo yo. Y no por ella ni por mí, sino por la gente. Bien lo sé; bien lo veo. Pero mi hermana se va con mis tíos, y día llegará en que también, a propósito de la gente, piense lo que yo.

SALVADOR. ¡Ah!, ¿se va tu hermana?

LEONARDO. Sí; se va. Y pronto. Pasado este día, muy pronto. Yo no quiero que nadie, ni siquiera ella, a quien yo he enseñado a ser libre y fuerte, comparta conmigo este sacrificio.

SALVADOR. ¿Es por las señas irremediable que la aventura dure mucho?

LEONARDO. Esto no ha sido nunca una aventura. Y durará toda mi vida.

SALVADOR. ¿Toda tu vida?

LEONARDO. Sí. Como nunca has querido si no mirabas libre el camino por donde habías de huir, no puedes comprenderme. Malvaloca es mi vida entera. ¡Con qué placer más doloroso junto a mi suerte la de esa mujer!

SALVADOR. No te comprendo, no. Ayá tú con tus cavilasiones y tus teorías. Pero, en cambio, si no me esplico esa manera de sacrificarse por una pajarita que se encuentra en la caye, sé darme cuenta de otras cosas.

LEONARDO. *Molesto.* ¿De cuáles? ¡Y elige las palabras, por Dios!

SALVADOR. Óyeme, y contéstame con la verdá, tú que tan frecuentemente me la predicas. Hase tiempo que le estoy dando vuertas en la imaginasión a esta idea, y cuando yo menos lo esperaba le ha yegao su punto. ¿Te sorprendería mucho que yo desaparesiese der pueblo?

LEONARDO. ¿De Las Canteras, tú? Pero ¿adónde has de irte?

SALVADOR. No es eso lo que te pregunto. ¿Te sorprendería?

LEONARDO. Quizás no.

SALVADOR. Y ¿te alegrarías? La verdá, Leonardo.

LEONARDO. La verdad: sí.

SALVADOR. Lo sé. Como sé también que no dejarás de sentirlo, porque nuestra amistá no es de juego. Pero debo irme de tu lao, y me iré. Sin que yo pueda remediarlo, te lastimo, te hiero, te traigo a la memoria lo que tú quisieras borrá der mundo. Y consigas orvidarlo o no, no viéndome a mí te librarás de muchas saetas. Yo no entenderé de cariños grandes de hombres pa mujeres; pero der cariño de un amigo pa otro, sí que entiendo. Va con mi condisión, por lo visto. Me he pasao la vida engañando a mujeres, y no he podio engañá a ningún hombre. ¡Y quiero más a las mujeres, que es lo grande! ¿Entiendes esto tú?

LEONARDO. Entiendo ahora tu generosidad. Perdóname si alguna vez te llamé egoísta.

SALVADOR. Bueno, pos se acabó lo que se daba. Dame un abraso.

LEONARDO. Sí.

SALVADOR. Y tan amigos… desde lejos. ¿No?

LEONARDO. Lo que quieras… No puedo hablar.

SALVADOR. Pos hablaré yo mientras te pasa, pa animarte. No seas tonto, Leonardo, no seas tonto. Despiértate de esa pesadiya; sacúdete el arma. Mira que hay más mujeres que estreyas, y que da lástima que un hombre como tú…

LEONARDO. Cállate.

SALVADOR. ¿Por qué me he de cayá? ¿Te figuras que hay ningún nasío que yeve las cosas al estremo que tú las yevas?

LEONARDO. ¿Y te figuras tú que vivo yo con el alma de nadie? ¡Mi dolor sólo está en mi pecho! ¡Mi dolor es mío; como es mía la íntima satisfacción de padecerlo! ¡Quién pudiera olvidar! ¡Dichosos los hombres cuyos besos a una mujer no se hieren de encontrarse las huellas de otros besos!… Yo no tengo celos ni de ti ni de nadie; tengo celos de toda una vida. ¡Y esa vida es la que quiero para mí! Compadéceme. Alguien viene. Que no me vean llorar. *Abraza a su amigo y se entra por la puerta de la derecha.*

SALVADOR. ¡Pobre compañero!

Llega de la calle Malvaloca, vivamente, como si rastreara la huella de Leonardo. Viste un traje sencillo y trae sobre los hombros amplio velo negro de encaje.

MALVALOCA. ¿Y Leonardo? ¿No estaba aquí Leonardo?

SALVADOR. ¡Hola!

MALVALOCA. ¡Hola, hombre! ¿No estaba aquí?

SALVADOR. Aquí estaba. Pero sintió pasos, y se marchó creyendo que era arguien.

MALVALOCA. Pos no era más que yo.

SALVADOR. Pos no te ha conosío.

MALVALOCA. Será por la buya de la caye. ¿Dónde está?

SALVADOR. Ayá dentro se fué por ahí.

MALVALOCA. ¿Por aquí?

SALVADOR. Por ahí. Escúchame.

MALVALOCA. ¿Qué quieres?

SALVADOR. Desirte una cosa.

MALVALOCA. Pónmela por escrito.

SALVADOR. ¿Por escrito?

MALVALOCA. Sí. Ya sé escribí y leé. Ér me ha enseñao.

SALVADOR. ¿También a escribí?

MALVALOCA. Toavía no sé der to, Pero ya pongo argunas letras. Sé poné su nombre y er mío. Hasta luego.

SALVADOR. Espérate.

MALVALOCA. ¡Que no!

SALVADOR. ¿Por qué no?

MALVALOCA. Porque quieo perderte de vista.

SALVADOR. ¿Tú también?

MALVALOCA. Yo también.

SALVADOR. No me estraña. To se pega en er mundo. Y te vas a salí con eya muy pronto. Pienso que separemos er negosio, ¿oyes?

MALVALOCA. Bien pensao.

SALVADOR. Pa irme yo de Las Canteras, naturarmente.

MALVALOCA. Eso está más bien pensao que lo otro.

SALVADOR. ¿Te gusta la idea?

MALVALOCA. ¡Uh! Has tenido un yeno. Por mí y por é me gusta. A enemigo que huye…

SALVADOR. ¿Soy yo tu enemigo, Marvaloca?

MALVALOCA. Ar presente, sí. Er tiempo da y quita. Vete ya.

SALVADOR. Ya me voy. ¿No te remuerde la consiensia de lo que has hecho con ese hombre?

MALVALOCA. Y ¿qué he hecho yo? ¡Quererlo!

SALVADOR. Volverlo loco.

MALVALOCA. Loca estoy yo también. Y de la misma rama de locura. Hemos corrío la misma suerte.

SALVADOR. ¿Es posible?

MALVALOCA. No siempre han de juntarse uno que quiere y otro que se deja queré. Aquí hay dos que se quieren.

SALVADOR. Pos yo te aconsejo, Marvaloca…

MALVALOCA. Mira, pelegrino, vete ar desierto a predicá. Te va a tené la misma cuenta…

SALVADOR. Está bien.

Castiyos he visto yo
abatíos por la tierra…

Como ese hombre te esconde de mí, quéate con Dios, por si ya no nos vemos.

Malvaloca. Adiós.

Salvador. La mano, mujé. ¿Ni la mano siquiera, por lo pasao?

Malvaloca. Por lo pasao, na.

Salvador. Pos la mano de despedía, como dos amigos.

Malvaloca. Eso sí.

Salvador. Grasias. Adiós.

Malvaloca. Adiós.

Salvador. Yo siempre soy er mismo.

Malvaloca. Pos yo ya soy otra.

Salvador. Adiós. *Se va a la calle, turbado el espíritu por encontrados sentimientos.*

Malvaloca. Hase bien en quitarse de en medio. ¿Y Leonardo? Yo no me atrevo a entra.

Vuelven del jardín Alfonsa y Lobito, por donde se marcharon. Alfonsa trae un canasto con flores, que vuelca en la mesa, y prendidos al pecho los dos claveles de Lobito.

Alfonsa. En la meza me ha dicho tía Terezona que las vuerque. Azí.

Lobito. Y ¿no estaría mejó formá unos ramos?

Alfonsa. No, zeñó; porque zuertas hay más. Y ze tiran más bien.

Malvaloca. ¡Lobito! ¿Eres tú?

Lobito. *Volviéndose.* ¿Eh? ¡Güenas tardes! ¿Usté por esta casa?

Alfonsa. Güenas tardes. *Admirada de Malvaloca.* ¡Ah!…

Malvaloca. No eres conosío. El arcarde me paresiste.

Alfonsa suelta una carcajada que se oye en su pueblo. Lobito ríe también.

Lobito. Miste qué grasia le ha hecho a ésta.

Malvaloca. ¿Te has puesto así pa sacá novia?

LOBITO. Tras de eso andamos.

Llega presurosa Juanela, con cierta emoción.

JUANELA. Buenas tardes.

MALVALOCA. *Algo desconcertada.* Buenas tardes.

JUANELA. La vi entrar a usted, y me separé de unas amigas… ¿Y Leonardo?

MALVALOCA. No sé.

Juanela se asoma a ambas puertas.

LOBITO. Tú, vámonos nosotros por más flores.

ALFONSA. Vámonos, zí; que toas zon pocas pa er Zeñó.

LOBITO. Y que aquí no hasemos farta ninguna.

Se retiran Lobito y Alfonsa. Los ojos de Juanela delatan una gran curiosidad ante Malvaloca.

MALVALOCA. ¿Usté sabía que yo iba a vení?

JUANELA. Por mi hermano.

MALVALOCA. Yo no quería; ésta es la verdá.

JUANELA. También lo sé. Pero cuando él se obstina en alguna cosa… ¿No se sienta?

MALVALOCA. Así que ér sarga. Usté me dispensará que se lo diga; pero a su lao me paese que estoy en mi sitio en toas partes, y cuando me farta é no me hayo en ninguna. Y menos aquí.

JUANELA. ¿Por qué?

MALVALOCA. Ya lo comprende usté sin que yo se lo esplique. ¿Quiere usté yamarlo?

JUANELA. Ahora vendrá.

MALVALOCA. Yo no sé cómo usté, que es su hermana, mirará este cariño nuestro.

JUANELA. A mí me duele verlo abatido… y verlo llorar.

MALVALOCA. No hay cariño sin lágrimas.

JUANELA. ¿Usted cree?

MALVALOCA. Y Leonardo ha tenío la desgrasia de tropesarme en er camino un poco tarde. Cuando yo vi de la manera que me quería, pensé dejarlo, por librarlo de esta cadena; pero ya no me fué posible: me ataban los mismos eslabones.

JUANELA. ¿Tan fuertes son?

MALVALOCA. No hay yunque en que se rompan ni fuego que los deshaga tampoco. A gorpe de corasón se han formao; y yo no he sabio que tenía corasón hasta que sentí a mi lao er de ese hombre. Sonó er suyo, y er mío le respondió como un pájaro. Primero doy la vía que dejá de oírlo y de contestarle. Yo, que en este mundo lo he dao to, esto no lo doy.

JUANELA. Ya veo que ha sido una desgracia.

MALVALOCA. Pa Leonardo, según usté lo mire. Pa mí ha sío como vorvé a nasé. Y ése es mi martirio: que quisiera vorvé a nasé de verdá pa encontrármelo como ér se merese.

JUANELA. ¡Pero eso es imposible!

MALVALOCA. Pos por ese imposible son las lágrimas de los dos.

JUANELA. Pues es bien doloroso.

MALVALOCA. Más dolorosa ha sío mi vía, y toavía estoy de pie.

JUANELA. ¿Más dolorosa aún?

MALVALOCA. Pero ¿no oye usté, niña, que ahora es cuando empieso a viví? ¡Mi vía de antes…! ¡Qué sabe usté de penas!… Si en la frente la yevara escrita… Bueno, no me gusta alabarme. Er resurtao es que Leonardo y yo nos habemos metío en un túne que no tiene salía… ni más luz que la que nosotros mismos le pongamos ar tren. ¡Y no se apure usté demasiao, que de cuando en cuando habrá luminarias! A mí Dios me alumbra los pasos. En los apuros más grandes en que me he visto, siempre he tenío un arranque pa serrá los ojos y seguí. Esto es en mí nativo, como er negro de los cabeyos. ¿Quién viene?

Doña Enriqueta y Dionisia llegan de improviso. Vienen un tanto sofocadas. Poco después que ellas, vuelven Alfonso y Lobito con más flores, que esparcen en la mesa, como antes. Les llama la atención el diálogo de la

hija y la madre con Juanela, pero se limitan a comentarlo entre sí con gestos significativos.

DOÑA ENRIQUETA. ¡Ay, Señó, qué arboroto y qué buya!

DIONISIA. ¡Y qué gente más atrevida!

DOÑA ENRIQUETA. Hiso usté muy bien en vorverse… *Viendo a Malvaloca, y con aire de sorpresa y disgusto.* ¿Eh?

DIONISIA. ¿Cómo?

MALVALOCA. Buenas tardes.

DOÑA ENRIQUETA. ¿Qué es esto?

Hay un angustioso silencio. Hija y madre se miran asombradas.

JUANELA. *Turbadísima.* ¿De manera que por ahí no se puede andar, es verdad? Ya me lo figuraba…

DOÑA ENRIQUETA. Ni se puede andar por ahí, ni se puede estar tranquila en ninguna parte. Nos vamos.

JUANELA. ¿Que se van ustedes?

DIONISIA. Sí. A mí me ha dado un mareíyo…

DOÑA ENRIQUETA. Sí; le ha dado un mareíyo…

JUANELA. Le haremos una taza de té…

DOÑA ENRIQUETA. Grasias. Vámonos, hija.

DIONISIA. Vámonos, mamá.

JUANELA. Pero ¿no van a ver la procesión?

DOÑA ENRIQUETA. Sí; pero la veremos entrar en la iglesia. Vámonos.

DIONISIA. Vámonos.

DOÑA ENRIQUETA. Buenas tardes, Juanela.

JUANELA. Buenas tardes. No saben lo que me contraría…

DOÑA ENRIQUETA. Huerga la esplicasión. Buenas tardes. *A Dionisia, yéndose.* ¿Has visto, hija; has visto?

DIONISIA. ¿Has visto, mamá?

DOÑA ENRIQUETA. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué atrevimiento!

Se van alteradísimas por la puerta del foro, hacia la izquierda. Alfonsa y Lobito se han ido un poco antes por la misma puerta, hacia la derecha.

MALVALOCA. *Humildemente, a Juanela.* ¿Se van… porque me han visto aquí? *Juanela, sin querer, hace un gesto de asentimiento triste.* Por usté más que por mí me duele. ¿Ve usté? Si no hubiera venío…

Sale Leonardo por la puerta de la derecha.

LEONARDO. ¿Qué?

MALVALOCA. Dios te guarde, hombre.

LEONARDO. ¿Qué ha sido? ¿Qué hablabais?

JUANELA. No… nada…

LEONARDO. Sí. Dime lo que ha sido.

JUANELA. Doña Enriqueta y su hija Dionisia… que llegaron…

LEONARDO. Y se fueron al ver a Malvaloca, ¿no?

MALVALOCA. Sí.

JUANELA. Sí.

LEONARDO. Váyanse enhorabuena. Y otras amigas no han querido venir porque ya sabían… En buen hora también. Allá todos con su conciencia… pero ¡que no paseen a Jesús por las calles del pueblo!

JUANELA. Voy por más flores para cuando pase por aquí. *Se va por la puerta del foro, hacia la derecha.*

LEONARDO. Ya lo ves: te huyen.

MALVALOCA. Tú hermana, no.

LEONARDO. Mi hermana, no. Las otras.

MALVALOCA. Las otras que huyan. Mientras no huyas tú…

LEONARDO. ¿A ti te basta?

MALVALOCA. ¿Pa qué quiero yo más en er mundo? ¿Quién me ha dao la sombra que tú? Eso que se dise tanto: «Yo soy tuya», aquí es argo más que palabras. ¡Leonardo, yo soy tuya!

LEONARDO. ¡Tú eres mía!

MALVALOCA. ¡Tuya! Porque vivo sólo pa ti y porque tus pasos son los míos. Levanta los ojos der suelo, caviloso, y mírame a la cara. ¡Mía que vi a enselarme de las losetas! Vamos, menos má que ya te sonríes. ¡Si no tengo más que tus brasos; si me he amparao de eyos como quien se ampara de las ramas de un árbo porque ayí se haya a gusto! *Con graciosa transición.* ¡Pero no quiero que seas un sause! Prefiero un naranjo, que da fló y da fruto… y que ni en el invierno pierde las hojas. ¿Te has enterao?

LEONARDO. *Apasionadamente.* ¡Bendita seas tú, que si yo soy el árbol que te ampara, son tus palabras el aire que lo orea!

MALVALOCA. ¡Qué romántico eres! ¡Lo que te quiero yo, terremoto!

LEONARDO. Y ¡qué dicha es quererse así! El mundo ya no existe: no existimos más que tú y yo.

MALVALOCA. ¡Mía que esto nuestro ha sío una candelá! ¡Uh! Yevaba yo mi carguita de leña al hombro; empesaste tú a dá suspiros… y a la media hora ardía to er bosque. Y no hay como este fuego, ¿verdá?

LEONARDO. No hay como este fuego. No hay como tú.

MALVALOCA. ¡Qué bonito es enamorarse! Está una con la persona que quiere, más cuando se va que cuando la tiene a su lao. Te despiertas en la noche y no ves otra cosa; te duermes, y sueñas con eya; te levantas, y toa tu idea es verla aparesé por arguna parte. Que viene, que no viene: que me dijo ayé, que no me dijo; que se rió, que no se rió; que yora; que se ensela; que la grasia con que pone er sombrero en la siya; que se va, que no te vayas, que se tiene que í; que vuervas a la tarde, que mira que vuervas, que por Dios que vuervas; que se fué; que hasta luego… ¡que vorvió de pronto pa sorprenderme!… ¡Ay, Dios mío! ¡No hay cosa como ésta!

LEONARDO. ¿Te has enamorado tú muchas veces, Malvaloca?

MALVALOCA. ¿Quién, yo? Una na más. ¡Pero ha tenío eco!

LEONARDO. ¿Una nada más? ¿De quién?

MALVALOCA. ¡De don Pelayo! *Leonardo se ríe.* ¿No fué don Pelayo er que conquistó las Asturias, o me has engañao tú?

LEONARDO. Yo no te engaño nunca.

Malvaloca. ¡Pos de don Pelayo me he enamorao! ¡De ti, fundidó; de ti me he enamorao en este mundo! ¡De ti, que eres más serio que don Pelayo! Te arvierto que don Pelayo, en Seviya, tiene una caye y to. En er número tres ha vivío mi persona. ¡Quién sabe si ayí empesó nuestra simpatía!

Leonardo. *Embelesado*. ¡Quién sabe!

Malvaloca. ¿Te acuerdas der día que nos conosimos en er convento?

Leonardo. ¿No me he de acordar?

Malvaloca. Na más que nos miramos, y se vió ese relampaguito que briya siempre entre dos que se van a queré.

Leonardo. Y luego, cuando tú te fuiste…

Malvaloca. Sí; dió la considensia de que tú te viniste detrás de mí… ¡Me alegré yo poco de aqueyo!

Leonardo. ¿De veras te alegraste?

Malvaloca. ¡Uh! Y después me paré en una esquina, como que no sabía pa dónde tirá…

Leonardo. Y yo me acerqué con pretexto de enseñarte el camino.

Malvaloca. Y er camino que tú y yo buscábamos estaba entre los dos. ¡Y dimos con é! ¿No, Leonardo?

Leonardo. ¡Para no abandonarlo nunca! ¿Verdad?

Malvaloca. ¡Verdá, ojos de mi cara! Pero ¡cómo dispone Dios las cosas! ¡Yevarme ayí a preguntá por el otro, pa que me encontrara con er que había de sé mío!

Leonardo. *Con súbita tristeza*. ¡A preguntar por el otro!

Malvaloca. Sí, por el otro. ¡Pa encontrarte a ti! ¡No te vuervas siprés, que estabas mu bien de naranjo! ¡Si el otro se va ya pa siempre!

Leonardo. Tú ¿cómo lo sabes?

Malvaloca. Porque soy adivinadora.

Leonardo. ¿Te lo ha dicho él? ¿Os habéis despedido?

Malvaloca. Sí.

Leonardo. ¿Cuándo?

MALVALOCA. Aquí, hase un momento; cuando tú lo dejaste. Se va Dios lo proteja y buen aire yeve.

LEONARDO. Se va, se va… Sí; se va… Pero ¿se irán de mi cabeza los pensamientos que él a todas horas despertaba?

MALVALOCA. ¡Leonardo!

LEONARDO. ¡Malvaloca, alma mía, si es que esto es más fuerte que mi voluntad!

MALVALOCA. ¡Pa qué me habré yo acordao ahora…!

LEONARDO. ¡Si es que este cariño de mi vida ha nacido con este tormento, que salta en el corazón como un dolor dormido, cuando más olvidado estoy de él!

MALVALOCA. ¡Malhaya! Deja eso, Leonardo. ¡Quién tuviera podé para arrancarte hasta las raíses de esas malas ideas!

LEONARDO. Volverían a nacer. ¡Si mientras más te escucho, y te miro y te quiero, más dolor siento de la vergüenza de tu vida!

MALVALOCA. Leonardo, esto, no; esto, no. Si mi cariño va a sé tu martirio pa siempre, yo me voy de tu lao.

LEONARDO. ¡Eso, nunca! ¡Eso sí que no!

MALVALOCA. ¡Pos entonses, mátame!

LEONARDO. ¡Menos que nada, eso! Te quiero viva, al lado mío; consolándome, haciéndome reír, haciéndome llorar sufriendo y gozando conmigo; mirando yo tus ojos, besando tu boca, enterrando entre tus cabellos mis manos… Así le quiero, así.

MALVALOCA. Leonardo, que vas a la locura.

LEONARDO. ¡No! ¡De la locura me libra un miedo!…

MALVALOCA. ¿Cuá?

LEONARDO. *Mirándola muy fijamente con una ráfaga de demencia.* Que loco, tal vez podría no conocerte donde te viera.

MALVALOCA. Ven aquí; loco, más que loco, ven aquí. Cármate; tranquilisa esa cabesa que te consume. Si yo te quiero a ti na más; si me has vuerto otra; si a mí me pesa más que a ti yevá señales en mi cuerpo… ¿Qué se me importaba a mí de eyas antes de conoserte? Poco menos e na. Como

quien se sacude la nieve me sacudía yo mis pesares. Pero te conosí, me hablaste como nadie, me enseñaste a queré, me sacó tu cariño lágrimas a los ojos… y en aqueyos cristalitos vi claro lo que era yo, lo que eras tú, lo que era mi vía de antes… Y soñé tené un consuelo a tu lao… y tus pensamientos me lo quitan. ¡O sepúrtalos bajo tierra, Leonardo, o méteme bajo tierra a mí, y acabe pa siempre Marvaloca!

LEONARDO. ¡Bajo tierra!… Como la campana fundida… La idea, la idea… la copla otra vez. Bajo tierra… ¡Ay, si eso no fuera un imposible!

MALVALOCA. Caya. No nos atormentemos más.

LEONARDO. *Recreándose con exaltación dolorosa en su idea.* ¡Labrar yo tu hermoso cuerpo en cera roja, con sangre de mi sangre; esconderlo en la tierra; echar al fuego en el crisol tus pedazos; purificarlos en la llama viva… y volcar en la tierra ese fuego, y sacarte de ella otra vez, pura, limpia, otra, otra…!, ¡pero la misma!… nueva, sin mancha, sin pasado, ¡pero igual!… con estos ojos, con esta boca, con esta alma grande y buena, en la que se abrasa mi vida.

MALVALOCA. Caya, caya… ¡Qué locura! ¡Qué sueño! Caya, caya… No yores…

LEONARDO. Sí lloro, sí… ¿Por qué no llorar? ¡Sólo lo irremediable merece el llanto de los hombres!

MALVALOCA. Caya, que siento gente…

LEONARDO. No me importa…

MALVALOCA. ¿Será que yega la prosesión?

LEONARDO. ¿La procesión?

MALVALOCA. ¿Nos habrán visto desde la caye?

LEONARDO. No sé… no me importa.

Juanela, que se acerca, llama dentro a Leonardo.

JUANELA. ¡Leonardo!

MALVALOCA. ¡TÚ hermana!

LEONARDO. ¿Mi hermana?

MALVALOCA. Sí. Sécate los ojos.

LEONARDO. Tú también.

Por donde se fué, vuelve Juanela, seguida de Teresona, Alfonsa y Lobito.

JUANELA. Ya está la procesión en la esquina.

LEONARDO. Ya, ¿verdad?

TERESONA. Buenas tardes.

MALVALOCA. Buenas tardes.

TERESONA. Ya viene ahí er Señó.

ALFONSA. ¡Ya está ahí!, ¡ya está ahí! ¡Inacio, esplícame tú toas las cozas!

Los cuatro se acercan a la ventana, apenas salen. Malvaloca y Leonardo se quedan aparte. Principian a oírse lejos, y poco a poco van percibiéndose más claramente, los acordes de la banda del pueblo, que viene detrás del Redentor. Alfonsa, con su admiración espontánea, comenta con Lobito el paso de la procesión.

TERESONA. *A Malvaloca.* ¿No se aserca usté?

MALVALOCA. Estoy bien aquí; muchas grasias.

LOBITO. La Cruz; mía la Cruz.

ALFONSA. ¡Ay, qué lujoza! ¿Es toa de plata?

LOBITO. ¡Toa de plata! ¡Y masisa!

ALFONSA. ¡Azí va er que la yeva de zuando! ¡Ay, los niños!… ¡Mía qué graciozos van con zus velitas cogías con los pañuelos!

LOBITO. Toa la escuela y toa la academia. Y er que no estrena corbata, estrena sapatos.

ALFONSA. ¡Ay éze, vestío de angelito! ¡Místelo, tía! ¡Místelo, zeñorita, místelo! ¡Ay, qué preciozo va!

TERESONA. Ya lo vemos, mujé, ya lo vemos. Mira y caya.

ALFONSA. ¡Ay, pero zi parecen de cristá laz alitas! ¡Ay!, ¿quién zerá su madre? ¿Y ezos zeñores, quiénes zon?

LOBITO. To lo más prinsipá der pueblo. Mía el arcarde.

ALFONSA. ¿Cuál es el arcarde?

LOBITO. Aqué de la vara de plata.

ALFONSA. ¿Aqué de las patiyas?

LOBITO. Aqué.

JUANELA. El Señor.

TERESONA. Er Señó.

JUANELA. Las flores.

TERESONA. Las flores.

ALFONSA. Las flores.

LOBITO. Vi a desirle a González que lo pare aquí. Y luego me vi a esperarlo a la puerta e la iglesia. ¡A pedirle lo que tú sabes!

ALFONSA. ¡Que ze lo pías bien!

Se va Lobito por la puerta del foro, hacia la izquierda. Juanela, Teresona y Alfonsa han ido a la mesa por las flores. Juanela mira bondadosamente a Malvaloca, que permanece algo cohibida, y en un impulso de honda piedad, cogiendo un manojo de flores, se acerca a ella y se las entrega con dulzura para que las arroje al paso del Señor.

JUANELA. Tome usted también.

MALVALOCA. Muchas grasias.

Se agrupan todas a la ventana entonces. Leonardo sigue aparte, mirándolas. De la calle llegan tenues nubecillas de oloroso incienso. El paso del Señor se ha detenido frente a la reja. El resplandor de sus luces penetra por ella. La banda ha dejado de sonar en tal instante. Las cuatro mujeres echan a Jesús todas las flores prevenidas. Luego oran en silencio. Malvaloca se retira de la ventana, y arrodillada al pie de la mesa de las flores, llora y reza.

TERESONA. Una mujé va a cantá una saeta.

JUANELA. ¿Quién es?

TERESONA. No la conosco.

JUANELA. Y lleva una niña en los brazos.

ALFONSA. ¡Ah! Es verdá. Parece una rozita.

TERESONA. Caya.

La mujer canta dentro, con religiosa unción y voz aguda, la melancólica saeta:

Señó que ar mundo viniste
para remediá sus males,
ampara desde tu Cruz
la rosa de mis rosales.

Las cuatro mujeres, arrodilladas, se enjugan los ojos. La procesión vuelve a ponerse en marcha. La banda suena otra vez, y se aleja. Juanela, Teresona y Alfonsa se levantan. Malvaloca sigue de rodillas.

ALFONSA. ¡Cómo va er pazo! Ez un ascua de oro.

JUANELA. ¡Cuánta luz! ¡Cuántas flores!

TERESONA. ¡Es mucho día éste en Las Canteras! Vamos a subí a la asotea a verlo entrá en su Casa.

JUANELA. Sí que será digno de verse. Vamos.

ALFONSA. Vamos, vamos.

Se van las tres por la puerta del foro, hacia la derecha. Cuando Malvaloca ve que está sola con su compañero, se levanta, corre hacia él, y sollozando le esconde la cara en el pecho.

LEONARDO. *Acariciándola conmovido.* ¡Malvaloca!

MALVALOCA. ¡Yo, contigo! ¡Ampárame tú a mí desde tu cruz! ¡No me abandones nunca! ¡Cuando no me quieras, me matas! ¡Pero, mientras, contigo, contigo!

LEONARDO. ¡Conmigo, sí! ¡Eternamente desgraciados, pero eternamente dichosos! ¡Abrazados a este dolor, punzándonos las mismas espinas, pero siempre juntos!

MALVALOCA. ¡Juntos, sí! ¡Contigo!

LEONARDO. ¡Conmigo!

Hiende los aires, allá en lo alto, para recibir en su Casa la imagen del que supo perdonar a la pecadora, la primera vibración de la «Golondrina»,

volteada en su torre por las trémulas manos de Martín el Ciego. Los dos amantes, estremecidos, se estrechan más.

MALVALOCA. ¡La *Golondrina*!

LEONARDO. ¡La *Golondrina*! ¡Óyela, óyela triunfadora! ¡Obra ha sido de mis afanes!

MALVALOCA. ¡Tú la fundiste, tú! ¡Óyela, óyela!

LEONARDO. ¡Canta el amor de todos! ¡Su voz tiene para mi corazón un oculto sentido! Yo también fundiré tu vida al calor de mis besos, con el fuego de este loco amor, tan grande como tu desventura.

MALVALOCA. ¡Contigo, contigo!…

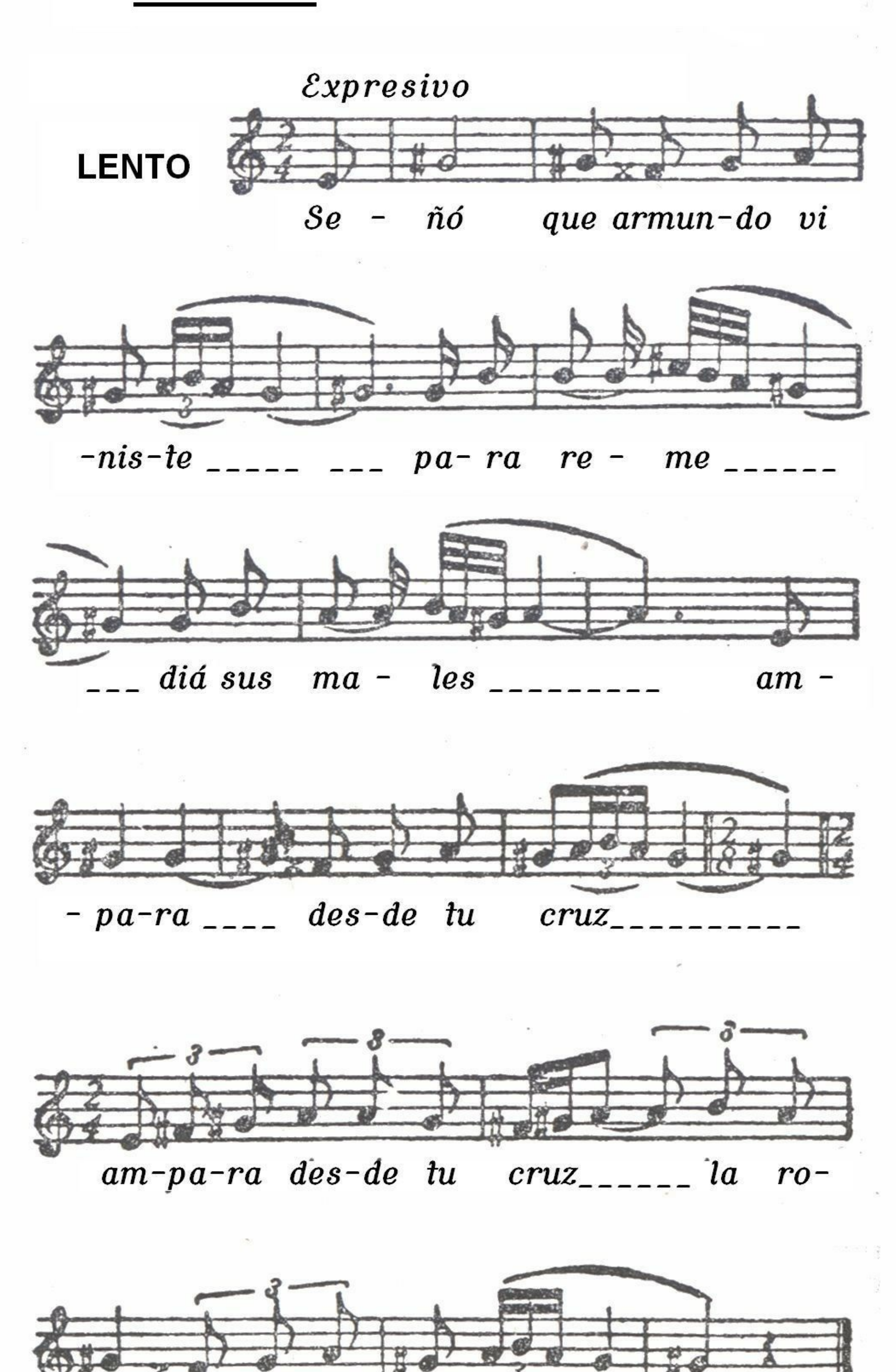
La «Golondrina», que comenzó a sonar con campanadas lentas y graves, repica ya en los aires alegre, con vibraciones de victoria, anunciándoles a los campos y al pueblo que nace a nueva vida.

FIN DEL DRAMA

Fuenterrabía, septiembre, 1911.

Madrid, marzo, 1912.

Malvaloca — *Saeta*



SÁBADO SIN SOL

ENTREMÉS

CON MÚSICA DE FRANCISCO BRAVO

Estrenado en el **Teatro Lara** el 18 de mayo de 1912

A MERCEDITAS PARDO,
SOL DE ESTE SÁBADO,

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Florita.	Mercedes Pardo.
Morales.	Jesús Tordesillas.
Patiño.	Alberto Romea.
Estanislao.	Luis Manrique.
Wenceslao.	Manuel Girón.
José Campo.	Ricardo Vargas.

SÁBADO SIN SOL

Puerta de la casa de Florita en una calle de Alminares, pueblo andaluz. Es por la tarde, en el mes de junio.

Florita, hija de un modesto platero del pueblo, es un pimpollo de muchacha, que parece mentira que no tenga novio. Limpia, fragante, con primor vestida y calzada, asómase a la puerta de su casa, mira a un lado y a otro, y suspira con melancólica tristeza al ver la calle sin galanes. ¡Aberraciones de los hombres!

MÚSICA

FLORITA.

Desierta está la caye…
¡Vaya por Dios!
Como la caye tengo
mi corasón.
¡Ay, yo no sé
por qué si soy bonita
nadie lo ve!

Me dise mi padre
que tengo la cara presiosa:
que tengo, me dise mi madre,

la boca de rosa.

Me dise mi tito
que tengo la mano chiquita;
que tengo el andá menudito
me dise mi tita.

Me dise mi agüelo
que güelo a jarmín y a canela;
que soy una estreya der sielo
me dise mi agüela.

Pero mire usté si es guasa
pa mi cara y pa mi taye,
que esta opinión de mi casa
nadie la siga en la caye.

No hay sábado sin só;
ni mosa sin amó;
ni vieja sin doló;
ni viudita sin arrebó…
Pero en mí er refrán se estreyó.
¡Hay sábado sin só!

Vuelve a suspirar y queda graciosamente triste, meditando en su desventura. Cesa la música.

¡Ay, Dios mío de mi arma! Güeno, y después de este desahogo, a sacá una siya a la puerta y a sentarme a espera que pase el hombre de las arropías, pa comprarle una y ponerme a chupá. *Éntrase en la casa con abatimiento y desconsuelo. A poco vuelve, arrastrando perezosamente una silla, en la que se sienta.* A mí me engaña el espejo: no pué sé otra cosa.

Canturreando.

¿Para qué me disteis vista,
señora Santa Lusía,
si no veo lo que quiero
cuantas horas tiene er día?

Por la derecha del actor sale Morales, muchacho del pueblo. Viene desalado y sin sombra, como hombre que busca la de un cuerpo que lo trae de cabeza. Florita lo detiene saludándolo. ¡Adiós, Morales!

MORALES. *Aturdido.* ¿Eh?

FLORITA. Soy yo.

MORALES. ¡Ah! Eres tú.

FLORITA. ¿Ande vas tan de prisa?

MORALES. ¿Ha pasao po aquí Filomena?

FLORITA. ¿Qué Filomena?

MORALES. ¿Qué Filomena va a sé? ¡La der sorchantre!

FLORITA. ¡Ya! Pos no; no ha pasao. Y si ha pasao, yo no la he visto.

MORALES. Entonses quéate con Dios. To Arminares estoy andando detrás de eya.

FLORITA. ¿Vas a buscarla?

MORALES. A buscarla voy. Me tiene… me tiene… ¡Tú no sabes cómo me tiene! Quéate con Dios.

FLORITA. Adiós, hombre. ¡Que la encuentres pronto!

MORALES. Escucha: si pasa por aquí… Por más que no. Por más que sí. No, no. Na; no he dicho na. Por más que sí. Por más que no. No, no; va a está en la Alamea. ¿A que está en la Alamea? Y si no está en la Alamea… Sí; está en la Alamea. *Sigue su camino sin sombra.*

FLORITA. ¿Usté ve? ¡Esto es lo que a mí me saca de quisio! ¡Cómo va ese hombre, en busca de Filomena la der sorchantre! ¡Porque hay que vé a Filomena la der sorchantre! Es una boya. Er corsé se lo ponen entre cuatro. Y cuando ya lo tiene puesto, se quea que no pué meneá más que las sejas. Claro que sale ar padre; que le han tenío que hasé la cama de ladriyo.

Abanicándose. ¡Bendito sea er Señó! *Mirando hacia la izquierda.* ¡Hombre! ¡Agustín Patiño! ¿Si habrá peleao con aqueya visión? Es raro que venga por mi caye. Sacaré otra siya por si acaso; que una siya compromete mucho. *Éntrase, y vuelve en seguida con la otra silla, a tiempo que Patiño pasa por su puerta.*

Patiño viene ensimismado.

PATIÑO. *Pasando de largo.* Güenas tardes.

FLORITA. Güenas tardes, Patiño. ¿Qué se le ha perdío a usté por mi caye? Milagro es verlo.

PATIÑO. Pero ¿ésta es zu caye de usté?

FLORITA. Y ésta es su casa, con permiso de mi papá.

PATIÑO. Muchas grasias, Florita; no me había fijao.

FLORITA. Pero ¿no sabe usté por dónde va?

PATIÑO. ¿Qué más tiene un camino que otro? Los pies me yevan.

FLORITA. ¿Ar sitio de siempre?

PATIÑO. No zaben í a otro lao.

FLORITA. ¡Vaya por Dios, Patiño; vaya por Dios! Si yo tuviera confiansa con usté le diría una porsión de cosas.

PATIÑO. No me diría usté más que mi familia y tos mis amigos. Pero estoy trincao.

FLORITA. Un hombre de sus prendas y de su mérito…

PATIÑO. Favó que usté me hace. Pero estoy trincao. Y tos zon a predicarme lo mismo las veintiocho horas der día.

FLORITA. Las veinticuatro.

PATIÑO. ¡A mí me paecen veintiocho, zegún escucho amonestaciones! Mi madre, en cuantito me ve por la mañana: «Agustiniyo, que eza mujé es un mar pendón». «Madre, estoy trincao». Mi padre, en la bodega: «Agustín, que eza mujé es una tarasca». «Padre, estoy trincao». Pepiyo Ramón, el amigo más amigo que tengo en Arminares, ca vez que me encuentra: «Agustín, que eza mujé es un peyejo». «Pepiyo Ramón, estoy trincao». Y es un peyejo, y es una tarasca, y es un pendón; ¡pero estoy trincao!

FLORITA. ¡Ay, Jesús! ¿Qué les darán argunas mujeres a los hombres? ¡Pa comprá yo una boteyita!

PATIÑO. Y no ze figure usté que yo no refleziono: eya vale poco; eya no vale na. Cara, no tiene; cuerpo, no tiene; labia, no tiene… ¡No tiene na! Y zin embargo me ha trincao. Y pa que mi desgrazia zea mayó, Florita, hasta me paece que ahora me la pega.

FLORITA. ¿Sí? ¿Con quién?

PATIÑO. Con zu marío. Yevan quince días mu empalagozos. ¡Y usté comprenderá que esto a mí no me pué hacé gracia!

FLORITA. ¡Pos aproveche usté la ocasión pa safarse y echarse una novia bonita!

PATIÑO. ¡Zi estoy trincao!

FLORITA. Y ¿por qué no da usté un tirón fuerte de la cuerda pa que se rompa? ¡Pocas muchachas hay en er pueblo que lo resibirían a usté en parmitas!… ¡Rifao iba usté a está! Y no anda lejos quien se gastaría tos sus ahorros en papeletas.

PATIÑO. ¿Lo dice usté por Filomena la der zorchantre?

FLORITA. *A punto de un desmayo.* ¿Le gusta a usté Filomena la der sorchantre?

PATIÑO. ¡Es juncá! Pero ¿pa qué voy yo a engreí a ninguna, zi estoy trincao? Quéeze usté con Dios.

FLORITA. Vaya usté con É.

PATIÑO. ¿Lo ve usté, Florita? Los pies zolos, los pies zolos me yevan. Uno detrás de otro, mírelo usté. ¡Na: que estoy trincao! *Se va por la derecha.*

FLORITA. *Desahogando su furia contra Patiño.* ¡Borrico! ¡Te mereses to lo que te pasa! ¡Animá! ¡Por supuesto, cuando apresia una lo poquito que valen los hombres, le da más rabia toavía que le gusten tanto! Pero ¿qué es lo que ven mis ojos? ¿Los Carrasquiyas por aquí? Está la tarde de sorpresas. Pos éstos son dos hermanitos muy simpáticos. Sí; eyos son: Wenseslao y Estanislao. Sacaré otra siya, que ¡quién sabe lo que está escrito! *Vuelve a entrar rápidamente en su casa y saca otra silla. Mientras va y viene se la oye canturrear lo de antes.*

¿Para qué me disteis vista,
señora Santa Lusía,
si no veo lo que quiero
cuantas horas tiene er día?

Cuando ya ha vuelto, aparece Estanislao por la derecha, despidiendo a Wenceslao, que no sale.

ESTANISLAO. Adiós, Wenseslao.

WENCESLAO. *Dentro.* Hasta luego, Estanislao.

FLORITA. ¡Vaya! ¡Pos ya está de más la siya de Wenseslao! La dejaremos pa er sombrero de Estanislao.

ESTANISLAO. Dios te guarde, Florita.

FLORITA. Adiós, Estanislao.

ESTANISLAO. Tú siempre a la puerta e tu casa.

FLORITA. Esperando quien me acompañe.

ESTANISLAO. ¿Ah, sí?

FLORITA. ¿Y tú?

ESTANISLAO. Aburrío.

FLORITA. ¿Aburrío, hombre? Siéntate aquí un rato.

ESTANISLAO. Me sentaré.

FLORITA. Deja er sombrero en esa siya.

ESTANISLAO. Ya está dejao er sombrero.

FLORITA. ¿Qué cuentas? *Estanislao se encoge de hombros.* ¿Ande ibas ahora? *Vuelve a encogerse de hombros Estanislao.* ¿Trabajas mucho? *Estanislao responde lo mismo.* Oye, ¿es que te pica la esparda?

ESTANISLAO. Es que estoy como San Jinojo en er sielo: sin pena ni gloria.

FLORITA. ¿Hasta la noche, no?

ESTANISLAO. ¿Por qué lo dises?

FLORITA. Porque sé que te pasas las noches en er teatriyo.

ESTANISLAO. Me distraigo oyendo cantá. La *Pinturerita* esa que está ahí ahora tiene ánge. Que se te ha caío el abanico.

FLORITA. *Cogiéndolo.* Grasias. Y ¿por qué no buscas otras distrarsiones?

ESTANISLAO. No sé qué distrarsiones vi a buscá.

FLORITA. Las más naturales en un muchacho. Echate una novia.

ESTANISLAO. ¿Una novia? ¿Pa qué?

FLORITA. ¡Pa lo que son las novias! ¡Pa casarse con eyas!

ESTANISLAO. ¡Y si yo no me pueo casá!

FLORITA. ¿Qué no te pués casá?

ESTANISLAO. ¿Cómo vi yo a casarme, con er familión que tengo ensima? ¿De dónde vi a saca er dinero? ¡Harto hago con lo que hago! ¡No me pueo casá! De mo y manera, que soy ar revés que los otros muchachos. A los otros les gusta una muchacha, y se arriman; y yo, en cuanto una muchacha me gusta, le juyo.

FLORITA. ¿Le huyes?

ESTANISLAO. ¡Sielo y tierra! ¿No ves tú que no me pueo casá?

FLORITA. ¿Entonses yo no te gusto ni esto?

ESTANISLAO. Mujé, ahora no se trata de que tú me gustes. Estamos hablando de las cosas.

FLORITA. ¿De las cosas, eh? Pos a vé si te *suerbe* er seso der to la dichosa *Pinturerita* der teatriyo con er gancho der *cante*, y entonses vas a hasé tu suerte.

ESTANISLAO. ¡Ca! No me pesca, no. A la *Pinturerita* le juyo más que a toas.

FLORITA. ¿Qué le huyes y vas a verla a diario?

ESTANISLAO. ¡Porque está er tablao de por medio! Le juyo, le juyo; le juyo más que piensas.

FLORITA. ¡Pos *juyendo* te pasas la vía!

ESTANISLAO. ¡Si no me pueo casá!

FLORITA. Ya, ya lo he oído; ya sé que no te pues casá. Y te arvierto que estamos iguales: yo tampoco me pueo casá.

ESTANISLAO. ¿Te ha yevao tu padre arguna noche a oí a la *Pinturerita*?

FLORITA. Sí, hombre, sí. Y sin nesesidá de eso sé cantá to lo que eya canta. Y más. Y mejó. Sólo que no enseño las pantorriyas como eya, y nadie se ha fijao en mi habilidá.

ESTANISLAO. ¿Que tú cantas lo que canta la *Pinturerita*?

FLORITA. Te digo que sí. ¿Quiés convenserte?

ESTANISLAO. ¡Ya lo creo!

FLORITA. Ea, pos pide. ¿Qué quiés que te cante?

ESTANISLAO. ¿Ahora?

FLORITA. ¡Ahora!

ESTANISLAO. ¿Sin guitarra ni na?

FLORITA. ¡Con er violón que tú tocas, me basta! ¿Qué canto?

ESTANISLAO. ¿Te acuerdas de la cansión der retrato der quinto?

FLORITA. ¡No canto otra cosa en to er día!

ESTANISLAO. Ésa me hase a mí mucha grasia.

FLORITA. Pos escúchala, y compara luego.

ESTANISLAO. Vamos a vé.

MÚSICA

Florita, con la ilusión de un triunfo sobre la «Pinturerita», y la de un novio en lontananza, canta paseando marcialmente y con todo garbo y salero la anunciada canción. Estanislao la es cucha sugestionado, imitándole maquinalmente los movimientos.

Un quinto enamorao
se fué a retratá.
¡Tra trá! ¡Tra trá!

Le dió su novia un puro
de a medio reá.

¡Tra trá! ¡Tra trá!

Le dijo er retratista:
póngase usté así:
con un ojo de frente
y otro de perfí.
¡Tra trí! ¡Tra trí!

La mano en la sintura,
que lo hará marsiá…
¡Tra trá! ¡Tra trá!

Y en la otra mano er puro,
pero sin fumá.
¡Tra trá! ¡Tra trá!

Terminado er retrato
la novia lo vió…
¡Tra tró! ¡Tra tró!

Por er sigarro puro
lo reconosió.

¡Ay, mamita, y ay, mamita,
saque usté la limoná,
que ha venido una visita
y la quiero refrescá!
¡Tra trá! ¡Tra trá!

Cesa la música.

Estanislao. *Levantándose decidido.* Me voy.

Florita. *Atónita.* ¿Qué te vas? Pero ¿no te ha gustao?

ESTANISLAO. ¿Que si me ha gustao? ¡Digo, si me ha gustao! ¡Me ha gustao tanto, que me voy!

FLORITA. No lo entiendo.

ESTANISLAO. Acuérdate de lo que hemos hablao antes. Yo no me pueo casá… y tú estás más a mi paso que la otra… y sin tablao por medio. No sabía yo que tenías tú tanta ropa negra. ¿Cuándo carculas tú que vi yo a vorvé por esta caye?

FLORITA. ¿Cuándo?

ESTANISLAO. ¡Cuando tú te mudes! Güenas tardes, Florita. *Yéndose muy aprisa.* No, no; bromitas, no, que er diablo las carga.

FLORITA. *Después que la deja el asombro.* ¡Esto es pa que a mí me dé una arferesía! Y no me da, porque aquí no hay nadie. Si no, me daba. ¡Qué ganso! ¡Y yo que le canté la cansión pa entretenerlo! ¡Está güeno de galanes er pueblesito! *De pronto, mirando otra vez hacia la izquierda.* ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! ¡Este hombre que viene aquí tiene cara de forastero! ¡Sí, sí; forastero es! Y ¡qué joven! Y ¡qué bien paresío! ¡Ay, a vé si se fija! ¡Un flechaso, San Antonio, un flechaso! *Se retoca la personita y pasea coquetonamente.* Meteré dentro estas dos siyas, no se crea que estoy esperando a arguien. Como es forastero… *Lo hace y vuelve.* ¡Ya me ha visto! ¡Ya viene pa acá!

Sale José Campo, con inconfundible aire de forastero. Se ve que no sabe por dónde va.

JOSÉ CAMPO. Pos señó, no me ha pasao esto nunca… Me he estraviao. Le preguntaremos a esta mosita. Niña, güenas tardes.

FLORITA. Güenas tardes.

JOSÉ CAMPO. ¿Quié usté desirme si voy bien pa la caye la Muela?

FLORITA. ¿Pa la caye la Muela? Regulá va usté. Pero ya no se yama así.

JOSÉ CAMPO. ¿Cómo se yama ahora?

FLORITA. Del Erselentísimo Señó Don Gumersindo Calasparra y Martínez de Arroyo, Marqués der Vayao.

JOSÉ CAMPO. ¡Camará! ¡Eso es un nombre pa tres cayes!

FLORITA. Pos no es más que er de una. Si no yega a sé larga no cabe er letrero.

Se ríen los dos.

JOSÉ CAMPO. Y ¿me coge mu lejos de aquí?

FLORITA. No; mucho, no. Por esta caye to seguío yega usté a la Plasa, se mete usté por un arco que verá usté enfrente, y la primera a la derecha, aqueya es.

JOSÉ CAMPO. Ya, ya, sí: ar salí del arco. ¡Si yo vengo toas las semanas y nunca me he perdío! ¿Me da usté un fosforito, niña, a vé si consigo que arda este puro?

FLORITA. ¡Pos no que no! Espérese usté.

Éntrase en su casa vivamente.

JOSÉ CAMPO. ¡Qué güen agrado tiene la chiquiya, y qué bonita es! *Al puro.* ¡Y tú, ladrón, qué mala sangre!

Vuelve Florita, con la seguridad de que arde el puro.

FLORITA. Tome usté: yesca, fósforos y ensendedó moderno. A elegí.

JOSÉ CAMPO. ¡Je, je! ¡Sí que es usté amable, y que está bien surtía! ¿Tiene usté estanco por casolidá?

FLORITA. Lo que tengo es familia: mi agüelo, mi padre y mi hermano. Ca uno de su tiempo.

JOSÉ CAMPO. Ea, pos ensenderé con lo más nuevo, que es lo que más me pega.

FLORITA. Claro: como es usté joven…

JOSÉ CAMPO. Muchas grasias, niña.

FLORITA. No hay de qué.

JOSÉ CAMPO. ¿De manera que to seguío?

FLORITA. Hasta dá con el arco.

JOSÉ CAMPO. Güeno, hombre, güeno… *La mira complacido, sin maldita la gana de irse.*

FLORITA. No tiene pérdida.

JOSÉ CAMPO. Pos yo hoy me alegro de haberme perdío.

FLORITA. ¿Por qué?

JOSÉ CAMPO. Por encontrarla a usté.

FLORITA. ¿De veras?

JOSÉ CAMPO. Y tan de veras. Pa mí que es usté lo más bonito de este pueblo.

FLORITA. ¿Sí, eh? Usté ¿qué sabe?

JOSÉ CAMPO. ¿No le dicho a usté que vengo toas las semanas? Sólo que hasta hoy no he venío solo. Siempre vengo con mi mujé… y no me deja fijarme mucho.

FLORITA. *Como herida del rayo.* ¿Con su mujé?…

JOSÉ CAMPO. Sí; yo soy casao. Y este viaje no ha venío conmigo por precausión. A lo mejó se presipitan las cosas…

FLORITA. ¡Ah, vamos!… ¿Hay novedades?

JOSÉ CAMPO. No, no son novedades, niña. Tengo ya siete.

FLORITA. ¿Siete?

JOSÉ CAMPO. ¡Siete! ¡Porque cuento er que viene de camino!

FLORITA. Güeno, pos como le dije a usté, toa la caye arriba…

JOSÉ CAMPO. Sí; hasta dá con el arco. Güenas tardes.

FLORITA. Vaya usté con Dios.

JOSÉ CAMPO. Y muchísimas grasias. *Se aleja.*

FLORITA. ¡No las merese! ¡Valiente chasco me he yevao! ¡Con los andares de sortero que tiene ese hombre! ¡Siete niños! ¡Ni viudo me conviene! En fin, pasiensia. Y pensaba yo que esta tarde… ¡Ay! ¡No está la suerte pa la que la busca!… *Prestando oído hacia la derecha.* ¿Qué es eso? ¿Música? Sí, música.

MÚSICA

Allá dentro, lejos, óyese rasgueo de guitarras y bandurrias, que poco a poco se va percibiendo más claramente.

Éstos son los muchachos ensayando la serenata pa er día de la Virgen. ¡Y vienen hasia aquí! ¡Ahora sí que saco yo toas las siyas de casa! ¡Nadie hable

mar der día hasta que la noche yegue! ¡Si Dios quisiera…! *Entra y sale precipitadamente, loca de alegría, y saca a la calle hasta seis o siete sillas distintas, llevando con el cuerpo, instintivamente, el compás de la música, mientras los guitarristas van aproximándose.* ¡Vienen!, ¡vienen! ¿Seré tan desgrasiá que no repare en mí ninguno? ¡Ay, Señó, Señó! Pero, ¿qué es eso? ¿Se van pa otro camino? *La música, en efecto, principia a alejarse.* Sí; se van… se van… *Mirando tristemente a sus sillas.* ¡Digo! ¡Y esto paese un desahusio! ¡Y lo es! ¡Ay, Virgen der Carmen! *Comienza a retirar desconsoladamente y suspirando sin cesar todas las sillas que sacó. La música se aleja más y más. Cuando ya apenas se percibe, y cuando a la puerta de la casa de Florita no queda más que la primera silla, la muchacha se deja caer en ella desencantada y mustia, y exclama, haciendo pucheritos:* ¡Ay!… ¡Sábado sin só!

FIN

Madrid, abril, 1912.

LAS HAZAÑAS DE JUANILLO EL DE MOLARES

APROPÓSITO

Escrito para una función organizada por la excelentísima señora Marquesa de Squilache, y celebrada en su palacio el 14 de junio de 1912, con el fin de recaudar fondos para el pago del monumento erigido en Madrid al soldado español personificado en el cabo Noval

A LA EXCMA. SEÑORA
MARQUESA DE SQUILACHE,
gentil amparadora de toda causa
patriótica y noble,
S. Y J. ÁLVAREZ QUINTERO.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Maruja.	Rosario Toscano,
Juanillo.	Ricardo Simó-Raso.

LAS HAZAÑAS DE JUANILLO EL DE MOLARES

Gabinete elegante en una casa rica de Andalucía.

Sale Maruja, guiando a Juanillo, que la sigue. Maruja es una de las criadas de la casa, joven, tonta y bonita. Juanillo, su novio, es un soldado de Infantería, de febril imaginación.

MARUJA. Por aquí, Juaniyo, por aquí.

JUANILLO. ¡Arsá! ¡Viva er lujo y quien lo trujo! ¡Vaya una sala! ¡Yo no he visto nunca una casa más resbalaisa!

MARUJA. ¿Por qué?

JUANILLO. ¡Porque to es de raso o de sea!

MARUJA. Es verdá. ¡O de tiesopelo!

JUANILLO. *Sentándose a la pata la llana.* ¡Camará! ¡Qué bien se está aquí! ¡Si tuviéramos tú y yo una chosita así pa casarnos!

MARUJA. ¿Qué hases? Levántete, Juaniyo.

JUANILLO. Pero ¿están en casa los señores?

MARUJA. No; los señores están en Seviya. Pero está er mayordomo, que tiene mu mar genio.

JUANILLO. Ar mayordomo, si se atreve a desirte argo, lo apago yo de un soplo como un misto. Déjame disfrutá de esta finura, que bien la agrádese mi cuerpo.

MARUJA. Lo que quieras, Juaniyo. ¡Pobresito mío! ¡Cuánto habrás pasao en esa guerra!

JUANILLO. Lo pasao, pasao. Y deseando gorvé a la vera de mi teniente, que es er más serrano der mundo. Un puro de a peseta vi a yevarle. Ya me he curao del arañasiyo que me hisieron aqueyos caribes en un momento en que me *distraí*, y ayá me güervo a comerme a los moros que quean.

MARUJA. ¿Te dolió mucho er balaso, Juaniyo?

JUANILLO. ¿Er der pecho? ¡Ca! ¡Si me lo dieron porque yo quise!

MARUJA. ¿Porque tú quisiste?

JUANILLO. ¡Naturá! Vi vení la bala, y pensé: «Si me echo pa un lao, esta *pajolera* mata ar compañero que viene atrás». Y eso no lo hase Juaniyo er de Molares.

MARUJA. ¡Qué güeno es mi Juaniyo! Y la hería de la mano, ¿cómo fue?

JUANILLO. Otra cosa por er mismo orden. Iba flechá pa la cabesa e mi teniente; pero no contaba conmigo, que veo más que quiero. ¡La cogí en el aire como una mosca!

MARUJA. ¿Has matao a muchos moros?

JUANILLO. ¡Uh! Juaniyo er de Molares ha sío ayí er terró. Sinco mir vacas daban los moros por mi cabesa.

MARUJA. ¡Ay, qué mieo!

JUANILLO. Como que en las úrtimas batayas ya lo preguntaban: «¿Viene Juaniyo er de Molares?». «¡Aquí está Juaniyo!». «¡Pos hasta mañana si Dios quiere!». Y echaban a corré.

MARUJA. *Admirada*. ¡Ah!…

JUANILLO. Eyos no desían si Dios quiere, porque no creen en Dios. No creen más que en Mahoma.

MARUJA. ¿En Mahoma? Y ¿quién era Mahoma?

JUANILLO. ¿Mahoma? ¡Un mal ánge que se las traía con el embuchao! ¡Si tendría poca grasia er *gachó*, que prohibió que se bebiera vino blanco!

MARUJA. Y ¿era moro también?

JUANILLO. Der mismo Tetuán.

MARUJA. ¿Tetuán está mu lejos?

JUANILLO. ¡Un disparate! ¡Está más lejos que la luna!

MARUJA. ¿Más lejos que la luna, Juaniyo?

JUANILLO. Hazte cargo: tú, desde er jardín de esta casa, ¿no ves la luna a la simple vista?

MARUJA. Toas las noches.

JUANILLO. ¿Has visto arguna vez a Tetuán? ¡Pos figúrate tú si estará más lejos!

MARUJA. Eso sí.

JUANILLO. Toa el África cae en la parte baja e la tierra. Y como la tierra es reonda, por eso yueve tanto ayí. ¡Carcula tú er viaje que yeva el agua!

MARUJA. ¿Yueve mucho, Juaniyo?

JUANILLO. ¡Er diluvio! Er diluvio de la otra vez empesó por aqueya parte.

MARUJA. ¿Sí, eh?

JUANILLO. Como lo oyes. Los mares que se vuercan. Me acuerdo de una noche… ¡qué nochesita! Prinsipió a yové, y a los dos minutos había ya en er suelo tres varas de agua. Yo, que estaba de sentinela, me tuve que subí a los alambres der telégrafo.

MARUJA. ¡Josú!

JUANILLO. ¡Figúrate! Ca vez que pasaba un *telégrama*, me daba a mí un calambre. Y ¡qué cosas se crusaron por aqueyos hilos!

MARUJA. Pero ¿tú te enterabas?

JUANILLO. ¡Como si me lo soplaran en la oreja! Cuando a la siguiente mañana le dije a mi teniente: «Mi teniente, hoy va a habé éstas, y éstas y éstas operasiones», se queó con la boca abierta.

MARUJA. Y ¿no te dió na?

JUANILLO. Armorsamos juntos.

MARUJA. ¿Hambre también habrás pasao, Juaniyo?

JUANILLO. Hambre, y sé, y to lo que hay que pasá en esta vía. ¡Pero también ha habío festines! Te vi a contá una cosa pa que te asombres.

MARUJA. Cuenta, cuenta.

JUANILLO. Tomamos entre veinte o veintisinco sordaos la casa de un moraso de los más ricos de por ayí. ¡Qué casa, Marujiya! ¡Qué arcasa! ¡Qué mármoles, qué asulejos, qué tapises, qué vigas! Y una fuente en ca arcoba. ¡Como ayí hase tanta caló!… Pos ¿y los jardines? ¡Qué locura! Pa perdé er sentío entre aqueyas parmeras. Había un estanque der tamaño e la plasa e toros. Y ¡vayan peses de colores ayí! Pos señó, los moros, viendo que no podían echarnos der palasio aqué, ¿qué hasen? ¡Le prenden fuego!

MARUJA. ¡Qué lástima!

JUANILLO. No te apures, que no se quemó. Se la liaron ar deo. Estaba ayí Juaniyo er de Molares. Metí la manga e riego en el estanque, y como era tan caudaloso, chorro pa aquí, chorro pa ayá, en diez minutos apagué las yamas. Hubieras tú visto, Marujita, salí a sentenares los pesesiyos de colores por la boca e la manga. Tota: que corté er fuego y tuvimos pescao asao pa tres o cuatro días.

MARUJA. ¡Ah!… ¿Y las moras, tú?

JUANILLO. Las moras en este tiempo están verdes.

MARUJA. Si yo digo las otras moras. Las mujeres; ya me entiendes tú.

JUANILLO. Pos te voy a hablá con franquesa. No me gustan. Mira, no se dejan vé más que los ojos; y acostumbrao yo a los tuyos…

MARUJA. ¿De veras?

JUANILLO. Pueo jurarlo. Una me escribió declarándose.

MARUJA. ¡Mía qué viva! Y ¿cómo entendiste la escritura?

JUANILLO. ¡Si a la escritura de los moros no hay más que cogerle er tranquiyo! Es iguá que la nuestra: sólo que nosotros escribimos de aquí pa ayá, y eyos de ayá pa aquí. De manera que con pega la carta en er techo, mirá pa arriba y ponerte bizco, la lees lo mismo que la cartiya.

MARUJA. Lo que tiene no sabé las cosas. Güeno, y ¿qué te desía?

JUANILLO. La más de salamerías pa engatusarme. No quería más sino que yo me hisiera moro pa casarme con eya.

MARUJA. ¡Al istante! Y ¿qué le contestaste tú?

JUANILLO. Yo la sité en una chumbera, le di un higo con un malefisio —¿tú me comprendes?— y la convensí de que matáramos a su padre entre

eya y yo, y de que eya se hisiera cristiana.

MARUJA. ¡Ay, qué horró! Y ¿mataron ustedes ar padre?

JUANILLO. Sí; pero no era er padre; era er padrasto, que le daba mu mala vía. ¡Le cortamos la cabesa na más! Catorse cuchiyos meyamos. ¡Vaya un pescueso duro!

MARUJA. Duro sería, pa meya catorse cuchiyos.

JUANILLO. Catorse arfájenes.

MARUJA. ¿Arfájenes?

JUANILLO. Sí: los cuchiyos moros. Unos cuchiyos que eyos gastan pa partí sandías, que ya tienen la forma espesiá.

MARUJA. ¡Ah!…

JUANILLO. Chiquiya, cuando al otro día aparesió la cabesa der moro en la veleta de la torre… ¡qué ovasión me gané! La oreja tengo en el hatiyo.

MARUJA. ¿Qué oreja?

JUANILLO. La oreja der moro. ¡Me dieron la oreja!

MARUJA. Y la mora ¿se hiso cristiana?

JUANILLO. Y entró en un convento ar sabé que yo estaba comprometío.

MARUJA. Pos mira tú: tristesa me da.

JUANILLO. Si te párese voy por eya y nos la traemos.

MARUJA. ¡Ca! ¡No te hará daño!

JUANILLO. ¡Mujé, ya ves tú los moros, que se casan con diez o dose!

MARUJA. ¡Qué barbaridá! Y ¿cómo pué sé eso?

JUANILLO. ¡Leyes! Otra religión.

MARUJA. ¡Mía que diez o dose mujeres!…

JUANILLO. No; ¡si Mahoma no era tan torpe como disen argunos! ¡Tiene que vé un harén! Ayí er moro sentao, y ocho o diez mujeres hasiéndole cosquiyas… ¡Costumbres diferentes! Pero lo que es morirse de risa es er piso en donde están las suegras.

MARUJA. ¡Ay, Señó, cuánta cosa!

JUANILLO. Ya te contaré argunas más, ¡porque to no pué salí de un gorpe!

MARUJA. Ea, pos vámonos ar patiniyo, que bastante hemos estao aquí.

JUANILLO. Déjalo, mujé; si aquí se está en la gloria.

MARUJA. Hombre, to ha de declararse; es que te he preparao ayí una merienda, y temo que er gato…

JUANILLO. ¿Qué gato?

MARUJA. Er de acá: er negro, er Morito. Es mu ladrón, y si nos descuidamos…

JUANILLO. ¿Qué dises? ¿Negro… y morito… y se va a comé mi merienda? ¡Que se ponga bien con Mahoma! ¡Güerve a las suyas Juaniyo er de Molares!

MARUJA. Pos anda; vente por aquí.

JUANILLO. Vamos, vamos.

MARUJA. Por aquí. *Se marcha, indicándole a Juanillo el camino.*

JUANILLO. *Al público.* Por la mujé der Sí Campiadó no se cambia eya con este novio. Más tonta es que Pinito: se cree to lo que yo le cuento. Y me alegro. Así no se entera de lo malo. ¿Qué vi a contarle? ¿Las penas e la guerra? ¿Lo que le entra a uno cuando ve caé a su lao a un compañero? ¡Eso se quea pa mí! Vengan unas parmitas pa eya, otras pa un servidó, la voluntá de tos pa que güervan pronto los que ayí están… y de lo más sano der corasón un recuerdo de siempre pa los que ayí se quearon por siempre. Lo píe Juaniyo er de Molares.

Madrid, mayo, 1912.

MUNDO, MUNDILLO...

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **TEATRO DE LA COMEDIA** el 5 de octubre de 1912

A GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA,

en prenda de cordial afecto.

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Rafaela.	Mercedes Pérez de Vargas.
Quintica.	María Palou.
La Abuela Nita.	Irene Alba.
Emma.	Adela Carbone.
Juana.	Carmen Villa.
Gregoria.	María Pérez Fe.
Don Pablo.	Pedro Zorrilla.
Daniel.	Manuel González.
Topete.	Alberto Romea.
Don Dionisio.	Juan Bonafé.
Isidoro.	Manuel Acevedo.
Chirola.	Manuel Insúa.
El Ciego Palotes.	José G. del Portillo.
Un Comprador Ambulante.	X.

Chiquillos del pueblo

MUNDO, MUNDILLO...

ACTO PRIMERO

Estamos en Peña Real, vetusto pueblo de Andalucía, y en la casa de don Pablo Merced, grande amigo nuestro y viejo escritor, curado ya de vanidades literarias, si alguna vez las tuvo. En una sala del piso bajo, contigua a la que ocupa su biblioteca, escogida y varia, ocurren los verídicos lances de esta comedia. La puerta que a aquélla conduce está a la izquierda del actor y es de cristales. A la derecha hay otra de madera tallada, que da al patio. Al foro, dos grandes ventanas, con altas y caladas celosías, pintadas de verde, como el herraje. Las paredes enteramente blancas del techo al enladrillado suelo, que reluce de puro limpio. Pocos muebles, de antigua casta, ordenados y bien dispuestos. Algún estante cerrado de cristales que no cupo en la biblioteca. Mesa escritorio de caoba. Una mesita auxiliar cerca de una de las ventanas, llena de periódicos y revistas y junto a ella el sillón del amo de la casa. En uno y otro alféizar algunas macetas en flor: pocas. Una lámpara pende del techo.

El cuidadoso esmero que reina en la estancia y el grato aroma que en ella se respira dejan adivinar que en la casa vive una mujer, primorosa sin duda y sin duda bella.

Es por la mañana y empieza mayo.

Don Pablo, sentado cómodamente en su sillón, le dicta unas cuartillas a Topete, su amanuense, su secretario, su bibliotecario y cuanto haya que ser, que escribe en la mesa.

Es don Pablo hombre de unos sesenta y tantos años, modesto, distraído, torpe, para la vida práctica, pero de buen discurso y noble condición. Habla el castellano pronunciándolo suavemente, con un poco de aire andaluz.

Topete, de menos edad que él, pues no pasa de los cincuenta, tiene un cerebro de canario y un pulso envidiable. Sus singulares dotes de calígrafo son famosas en muchas leguas a la redonda. Aunque es andaluz, por el habla no se le nota apenas.

DON PABLO. *Dictando.* «… De las malandanzas de la política española…».

TOPETE. «… Española…».

DON PABLO. «… De las que siempre sale este nuestro inocente país…».

TOPETE. «… País…».

DON PABLO. «… Como de la mayor parte de sus aventuras salía Don Quijote: dolorido y maltrecho».

TOPETE. «… Maltrecho».

DON PABLO. Punto y aparte. «Pero, en fin, y basta por hoy; consolémonos de estas tristezas volviendo los ojos al espectáculo con que la naturaleza nos brinda, vestida y adornada con todas las galas del nuevo mayo…».

TOPETE. «… Del nuevo mayo…».

DON PABLO. «… Y veamos en esas flores un augurio de mejores auroras». Punto final. *Se levanta.* La fecha. Peña Real, a 7 de mayo…

TOPETE. *Suspirando.* ¡Ay! El escribiente es un ser inferior. Es un ser inferior.

DON PABLO. ¿Por qué?

TOPETE. Porque transmite ideas que a lo mejor pugnan con las suyas, y las tiene que transmitir con buena letra. Yo no vislumbro esas bellas auroras que tú; yo hoy lo veo todo como la tinta del calamar: ¡negro de humo!

DON PABLO. ¡Vaya por Dios! Déjame la pluma y firmaré. *Se sienta a hacerlo, ayudándose con la mano izquierda, y antes de firmar exclama entre suspiros:* ¡Ay! ¡Quién conoce a esta mano torpe, que un tiempo volaba sobre las cuartillas!…

TOPETE. Ya, ya.

DON PABLO. Yo pienso que es castigo de Dios, por haber escrito en esta vida tantas simplezas.

TOPETE. *Adulando un poco.* Hombre, Pablo, buena está la modestia; pero…

DON PABLO. Esto no es modestia; es conocimiento de la realidad de las cosas y de mí mismo. Si en mi mocedad escribí novelas y no las leyó nadie, y escribí luego dramas y comedias en tres actos y en verso, que a nadie interesaron, ¿a qué me voy a declarar genio no comprendido, de los que dicen que se adelantan a su época y que por eso aburren? No. Yo no soy más que un buen hombre que gustó de escribir, y que sin duda no le dió al arte toda la pasión que el arte pide.

TOPETE. Modestia, modestia…

DON PABLO. Tuve la serenidad suficiente para conformarme con mi *aurea mediocritas,* y para dedicarme a leer lo bueno que otros escribieron. Mis fracasos no me dejaron en el alma ni una gota de hiel; tú lo sabes.

TOPETE. ¡Cualquiera que te oyese hablar de fracasos!…

DON PABLO. Pues ¿qué otro nombre tienen? Yo, en mi vida, no he hecho sino fracasar. No he puesto mano en cosa que no me fallara. He sido inhábil… desacertado… Mi único acierto fué mi boda, y ése no fué mío.

TOPETE. ¡Hombre!

DON PABLO. Fué cosa de mis padres. Me dijeron: «Vas a venir una noche, allá en Madrid, a conocer a una muchacha andaluza que va a casa del primo Gabriel». Y fui. Y me pareció una rosa, y se lo dije. Y eso es todo. Mis padres, mis padres acertaron… ¡Qué tiempos, mi querido Topete! En fin, vamos a firmar esta crónica… Mi fe de vida de escritor. ¡Parece mentira! Veinticinco años mandando mensualmente una crónica a una revista que no tiene un solo lector.

TOPETE. ¡Y que no te paga!

DON PABLO. Yo algunas veces me divierto entremezclando algún disparate gordo, a ver si hay alguien que me lo rectifique de alguna manera. Jamás se ha dado el caso. Vamos, ni el corrector de pruebas. El arte por el arte. Firmaremos.

Mientras firma, pasa el Ciego Palotes por la calle, pregonando.

PALOTES. ¡Niñas!, ¡niñas! ¡Er mundo se acaba er mes que viene! ¿Quién me compra er romanse de *La fin der mundo? ¡La fin der mundo!* ¡Er mundo se acaba er mes que viene!

Por la puerta del patio sale precipitadamente Quintica, con ánimo de llamar a Palotes desde una ventana y comprarle un romance. La presencia de don Pablo y de Topete, con que no contaba, la desconcierta un tanto.

Quintica es una muchacha de de El Toronjil, pueblecillo inmediato a Peña Real, que produce las más intrépidas mozas de servicio.

QUINTICA. ¡Huy!

TOPETE. ¿Eh?

DON PABLO. ¿Qué? ¿Qué quería usted?

QUINTICA. No… na… Usté me dispenze… Es que me penzé que estaba aquí Juana.

DON PABLO. ¿Juana?

TOPETE. Juana está ahí dentro aljofifando la biblioteca.

QUINTICA. Pos con zu permizo: tengo que darle una razón.

Se entra en la biblioteca, sobresaltada, como ratón sorprendido en la alacena.

DON PABLO. ¿Es nueva esta criada, verdad?

TOPETE. Sí, hombre. La tomó Rafaelita la semana pasada, cuando anunciaron su llegada los huéspedes don Dionisio y su hija.

DON PABLO. Ya.

TOPETE. Y venía aquí, no en busca de Juana, como ha dicho, sino al olor del Ciego Palotes, que pasó pregonando un romance.

DON PABLO. ¡Ah, vamos!

TOPETE. El romance de *La fin del mundo.* ¿No lo has oído pregonar?

DON PABLO. No.

TOPETE. *Súbitamente.* Escucha.

PALOTES. *Repitiendo el pregón más lejos.* ¡Niñas!, ¡niñas! ¡Er mundo se acaba er mes que viene! ¿Quién me compra er romanse de *La fin der mundo? ¡La fin der mundo!* ¡Er mundo se acaba er mes que viene!

DON PABLO. *Riendo.* La musa popular no podía permanecer ociosa ante la amenaza del cometa.

TOPETE. Y ¿sabes tú que se pone grave lo del cometa?

DON PABLO. ¿Sí, eh? Apenas he leído…

TOPETE. ¡Ah! Pues es cosa de irlo tomando en serio. Uno de los periódicos… Ya verás… *Rebuscando en la mesita auxiliar.* Le dedica la primera plana al asunto… Bastante alarmista. Aquí está.

DON PABLO. Déjalo: luego lo leeré yo.

TOPETE. Un parrafito solamente. *Lee.* «El cometa, la estrella de rabo, como lo llama el vulgo, que muy pronto se podrá contemplar en el cielo a la simple vista, según todas las notas facilitadas por los observatorios astronómicos del mundo entero, conformes en reconocerlo así, chocará fatalmente con la Tierra en la noche del 13 de junio próximo». Una broma de carnaval. Y sigue.

DON PABLO. Yo lo leeré, hombre.

TOPETE. «El día en que se escribe este artículo hállase el cometa a ciento sesenta y cuatro millones de kilómetros de la Tierra, y avanza hacia nosotros a la velocidad de cinco millones de kilómetros por día». ¡En diligencia viene, como ves, el celeste viajero! «Su cabeza sola ofrece un diámetro treinta veces más grande que el de nuestro globo, o sea de trescientos ochenta mil kilómetros: poco más o menos la distancia de aquí a la luna». ¡Cualquiera le compra una gorrita de viaje!

DON PABLO. No sigas, que prefiero enterarme por mí.

TOPETE. Además, asegura que, o moriremos triturados, porque se hará añicos el planeta, o, lo que es más probable, por envenenamiento horrible de la atmósfera. ¿Qué te parece?

DON PABLO. Que Dios dirá. Después de todo, este titirimundi de la tierra tampoco había de ser eterno.

TOPETE. ¡Sí que lo tomas con filosofía! *Deja el periódico.*

DON PABLO. Y ¿qué le voy a hacer? En la suposición de que esa amenaza sea irremediablemente cierta, y se realice, pocas veces sería el miedo cosa más pueril.

TOPETE. ¡Bueno va!

DON PABLO. Anda, déjate de comentarios, y pon el sobre y lleva la crónica al correo, que por sí o por no yo debo enviarla puntualmente.

TOPETE. En seguida. Pero ya que esta conversación nos ha elevado unos kilómetros sobre la pequeñez de este mundo mortal, te voy a pedir un favor.

DON PABLO. Tú dirás qué me quieres.

TOPETE. Ya sabes cómo yo me defino.

DON PABLO. No recuerdo ahora.

TOPETE. Pues es así: «Yo soy un perfecto caballero que se juega hasta la camisa».

DON PABLO. No convengo más que en la segunda parte.

TOPETE. Ni yo, como me apures mucho. Estoy empecatado, Pablo; estoy avergonzado de mi conducta. Ayer, cuando me diste la decena…

DON PABLO. Nada tengo que ver con eso. Yo te pagué religiosamente, según costumbre, y no hay más que hablar.

TOPETE. ¡Es que me quedé sin una peseta a la media hora! ¡Es que mi mujer y mis hijos no van a comer pasado mañana!

DON PABLO. Llévales el tapete verde, o las barajas del Casino, o las bolas de la ruleta, o los caballitos, o lo que sea; que ni lo sé ni quiero enterarme.

TOPETE. Me permitirás un poco de historia. Mira. Yo defino así el juego: «El juego es una mujer coqueta». Coqueta, por no decir un grado más. *Intelligenti pauca.* Pues bien: siempre que pasa por esta calle o por la mía el hombre de los «Sombreros, muebles, libros y paraguas viejos que vender», como juegue, indefectiblemente pierdo.

DON PABLO. ¡Qué botaratada!

TOPETE. No lo creas; porque el reverso de la medalla es éste: como pase por aquí o por mi calle el tío que compra huesos de jamones —ése que viene todas las semanas de Alminares—, y eche su pregón, ya puedo jugar lo que quiera, que gano.

DON PABLO. ¡Bah!

TOPETE. ¡El Evangelio de la misa! Y cátate que ayer… iba yo con mi dinerito fresco en el bolsillo…

DON PABLO. Sí; y pasó el de los huesos de jamones…

TOPETE. ¡No! ¡Pues ahí está! ¡El que pasó fué el otro!

DON PABLO. Y ¿para qué jugaste?

TOPETE. ¡Para ver si *quebraba* una vez siquiera! Porque yo pensé: ¡ya van muchas de perder con éste! Pero, ¡ca, hijo, ca! *Coqueta*, como te he dicho antes.

DON PABLO. Pues bien: yo te socorro en tus apuros siempre que me es posible, de buena voluntad; pero con tu vicio no tengo la menor indulgencia. Conque déjame en paz, que voy a enterarme bien de eso del fin del mundo.

TOPETE. *Yéndose a la mesa a poner el sobre para la crónica, poseído del más negro de los pesimismos.* ¡Bue fandango está el mundo del principio al fin! *Se sienta a escribir.* ¡Y haga usted ahora mayusculitas, durmiéndose en los rabos!… ¡Ay, señor, señor!… ¡Y tan inferior como es el escribiente!

DON PABLO. No gruñas más.

Sale Quintica de la biblioteca, en dirección a la puerta que da al patio, no queriendo ser vista ni sentida. La detiene sobrecogiéndola, por supuesto, la voz imperiosa de Topete.

TOPETE. Hombre, a propósito. ¡Tú, Quintica; la de El Toronjil!

QUINTICA. Mándeme usté.

TOPETE. Ven acá. ¿Eres tú ahora la encargada de limpiar el polvo en estas habitaciones?

Quintica. Zí, zeñó; yo zoy. Desde antiyé. Lo limpiaba Manuela antes de yo vení; pero como yo entiendo de libros —*Don Pablo la mira curiosamente*—, me encargó la zeñorita Rafaela que lo limpiara yo. Y lo limpio desde antiyé.

Topete. Enterado. Y respetando por lo demás las órdenes de la señorita Rafaela, a esta mesa no tienes para qué tocarle.

Quintica. ¿Ni pa quitarle er porvo?

Topete. Tengo yo aquí mi plumerito. *Le muestra uno monísimo, que saca de un cajón de la mesa.*

Quintica. Pero, ¿es que he hecho argo malo?

Topete. Malo, no; pero desde *antiyé* precisamente me pones el cuadradillo donde quiero la plegadera, y la plegadera en el lugar del cuadradillo.

Don Pablo. Sí que es grave eso.

Topete. Cada uno tiene su manera de matar pulgas.

Don Pablo. *A Quintica.* ¿Cómo te llamas tú, muchacha?

Quintica. ¿Usté no lo zabe toavía? Me yaman Quintica; pero me yamo Francisca Jiménez Utrera, para zervir a Dios y a usté.

Nacida de madre honrada,
de padre honrado también,
fier cristiana y cumplidora
por ziempre de mi debé.

Mira al uno y al otro muy satisfecha.

Don Pablo. ¡Bravo! Y ¿cómo dices que te nombran todos?

Quintica. Quintica.

Don Pablo. Y ¿eres… de dónde?

Topete. De donde son las más bachilleras: de El Toronjil.

Quintica.

De Er Toronjí zoy, señora,
que tiene reló con hora;

de Er Toronjí zoy, zeñó,
que tiene iglezia mayó.

DON PABLO. Muy bien.

TOPETE. Si a cada pregunta que le *hagas* va a salirnos con una monserga…

DON PABLO. Calla tú. Y ¿has dicho antes que entiendes de libros?

QUINTICA. Zí, zeñó; y entiendo.

DON PABLO. ¿De qué libros?

QUINTICA. De todos.

DON PABLO. ¡Cáspita! ¿De todos?

QUINTICA. ¿No ve usté que yo me he criao en la escuela?

DON PABLO. Ya. ¿En qué escuela?

QUINTICA. En la de Er Toronjí. Entré a hacé los mandaos a los nueve años, y hasta el año pazao no he zalío de ayí. Carcule usté zi zabré de libros. Como que argunas veces er maestro me dejaba tomarles la lerción a los niños mayores.

DON PABLO. ¡Hola!

QUINTICA. De manera que zé la Religión, zé la Historia, zé la Geografía, zé leé, zé escribí, zé zumá, zé resta, zé murtiplicá, zé yevá un rozario y zé los mapas.

DON PABLO. ¡Pues no creo que se pueda saber más!

QUINTICA. ¡Ah! ¡Y los reyes godos!

DON PABLO. ¡Digo!, ¿eh?

QUINTICA. ¿Usté ze pienza que es mentira?

DON PABLO. ¡Me guardaría mucho!

QUINTICA. Pregúnteme usté.

DON PABLO. De bonísima gana. Vamos a ver, vamos a ver… ¿Quién hizo el mundo?

QUINTICA. Dicen que Dios.

DON PABLO. Sí; es verdad, eso dicen… Y es lo más probable. ¿Quién fué el primer hombre?

QUINTICA. Adán y Eva.

DON PABLO. No, no; Adán nada más. Eva fué la primera mujer.

QUINTICA. Zí, zeñó; que la hizo Dios de una costiya del hombre. ¡Zi lo zé!

DON PABLO. Justo. Por eso a la esposa se le suele llamar costilla.

TOPETE. Que a veces no es costilla por cierto, sino espinazo.

QUINTICA. Pregúnteme usté argo más dífici. Pregúnteme usté de la Historia.

DON PABLO. De la Historia, ¿eh? Dime, ¿quién descubrió el Nuevo Mundo?

QUINTICA. ¿Er Nuevo Mundo? Le apeyidan unoz er Crué y otroz er Justiciero.

DON PABLO. No, no por Dios; te confundes con el rey don Pedro el Cruel.

QUINTICA. ¡Da lo mismo!

DON PABLO. El Nuevo Mundo lo descubrió Colón.

QUINTICA. Er genovés Cristóbar Colón, que descubrió la América. ¡Zi lo zé!

DON PABLO. Ya, ya lo veo.

TOPETE. ¡Lo sabe todo!

QUINTICA. *Señalando de pronto al Diccionario de la Academia, que está en el estante.* ¿Me quié usté decí qué libro ez eze gordo, zeñorito?

DON PABLO. ¿No lo sabes tú?

QUINTICA. Zí lo zé; pero no lo zé.

DON PABLO. Ese es el Diccionario de la Lengua.

QUINTICA. ¡Ezo ya lo zé!

DON PABLO. Entonces, ¿qué es lo que me preguntas?

QUINTICA. ¿Qué cozas trae? ¿Es graciozo?

DON PABLO. No; gracioso precisamente, no. Es un libro en el cual están por orden alfabético todas las palabras del idioma.

QUINTICA. ¡Al istante!

DON PABLO. ¿Lo dudas?

QUINTICA. No, zeñó, no lo dudo; pero me rezisto a creerlo.

DON PABLO. ¿Qué palabras quieres que busquemos para que te convenzas? *Se levanta y coge el Diccionario.*

QUINTICA. Ezo zí que me gusta.

TOPETE. ¡Pero mira que te entretienes tú con unas chiquilladas!

DON PABLO. Tú a tus mayúsculas floridas. Esto no va contigo. *A Quintica.* Dime tú una palabra.

QUINTICA. Una palabra… una palabra… *Pensándola.* Busque usté… Busque usté *Pilili.*

DON PABLO. ¿*Pilili*?

QUINTICA. *Pilili* ez un tonto de mi pueblo que hace griyeras.

DON PABLO. No; aquí no está *Pilili.* Nombres de tontos no vienen aquí.

QUINTICA. ¿Usté lo ve? Ya farta una palabra.

DON PABLO. Dime otra que te ocurra.

QUINTICA. Ea, pos busque usté *pachocha.*

DON PABLO. Y ¿qué es *pachocha*?

QUINTICA. *Pachocha* ez una coza mu güena que ze hace en mi pueblo con un boyo de pan tostao, un poquito e zeboya, aceite, vinagre, zá en grano…

DON PABLO. ¡Ah! Pues no trae *pachocha* tampoco.

QUINTICA. ¿Tampoco?

DON PABLO. A la cuenta no hay ningún académico de El Toronjil.

QUINTICA. Ya zabía yo que ezo era mu difici. ¡Hay munchas palabras!

DON PABLO. Mira, mujer; mira en esta página, y verás cómo no te engaño. *Lee.* «Cantar, cántara, cantarero, cantárida…».

QUINTICA. ¡Pos zí que es verdá!

DON PABLO. «Cantarillo, cántaro, cantera…».

QUINTICA. *Leyendo a su vez.* ¡Huy, miste aquí! «Cañamazo, cáñamo, cañamón…».

DON PABLO. ¿Lo ves, mujer, lo ves?

QUINTICA. ¡Qué paciencia de hombre! ¿Usté ze lo zabe de memoria?

DON PABLO. ¡Yo, no! Y lo que advierto es que lees de corrido.

QUINTICA. Zí, zeñó: de carreriya leo. Me andaba en er *Juanito* ya.

DON PABLO. ¿En el *Juanito*?

QUINTICA. Y er maestro me iba a poné en los trozos escogidos der *Don Quijote de la Mancha,* que escribió er *Cojo de Lepanto.*

DON PABLO. ¡El manco, criatura!

QUINTICA. ¡Er manco! ¡Zi lo zé!

DON PABLO. Sí lo sabes; pero acabas de confundir un brazo con una pierna. Vete, vete ya a tus tareas, no vuelva de la calle la señorita, y te riña por culpa mía.

QUINTICA. Zí, zeñó.

Dejo er leé
para barré;
dejo el hablá
para limpiá.
Cuando me voy de una arcoba,
voy por la escoba;
cuando me voy de un granero,
voy por er plumero.

Se retira por la puerta del patio, ufana, como si hubiera ganado tinas oposiciones.

DON PABLO. No sé a mi hija; pero a mí me satisface enteramente. ¡Donoso revoltijo tiene en la cabeza Quintica! *Se entra en la biblioteca.*

TOPETE. Bien está. Vamos nosotros al correo. ¡Lástima y no me tragara el león al meterle la carta por la boca!

Va a marcharse por la puerta del patio, y se detiene un punto para dejar pasar a Rafaela y a Emma, que llegan de la calle.

Las dos son jóvenes y bonitas, y las dos madrileñas. Rafaela hija de don Pablo, viuda dos años hace, es mujer de temple sereno, agraciada y sencilla. Aún viste de luto, como único tributo externo a su dolor, que oculta a las ajenas miradas, pero que vive en su corazón como un perfume delicado. Viene de velito.

Emma, su amiga, casada y temporalmente separada de su marido, por aburrimiento y hastío, es mujer ardiente y expresiva, imaginativa y locuaz. Viste un traje vistoso de mañana y trae chal y sombrilla.

RAFAELA. Estarán aquí o en la biblioteca.

TOPETE. ¡Oh! Las amigas. ¿De vuelta ya?

EMMA. Ya de vuelta.

TOPETE. ¿Cansadas?

EMMA. ¡Nunca!

RAFAELA. ¿Cansarse Emma? Jamás. Usted la ofende.

TOPETE. ¿Le va gustando a usted mi pueblo?

EMMA. Pero ¿usted es de Peña Real?

TOPETE. Sí, señora; aquí rodó mi cuna. No rodó todo lo que hubiera sido necesario.

EMMA. Pues no se le conoce a usted. Apenas tiene acento andaluz.

TOPETE. Salí de aquí tan joven y volví tan viejo… ¿Verdad, Rafaelita?

RAFAELA. Tan viejo, no, Topete.

TOPETE. Gracias por el halago.

EMMA. Pues el pueblo me encanta, me seduce, me inquieta. Asoleado, tranquilo, silencioso, como en siesta continua. Cuando se abre una puerta de una casa, parece que la casa va a bostezar. Histórico, legendario, evocador… Se oye en el aire la voz de otros siglos. Creyente, supersticioso, paradójico, absurdo… ¡Todo lo contrario que mi marido! Me enamora Peña Real.

Rafaela suelta la risa.

RAFAELA. Lo creo.

TOPETE. Yo también.

RAFAELA. ¿Y mi padre?

TOPETE. Ahí, en la biblioteca.

EMMA. ¿Y el mío?

TOPETE. Arriba lo dejé hace una hora, desayunándose.

EMMA. Ya habrá concluido.

TOPETE. ¡Qué sé yo! Porque tenía delante dos huevos pasados por agua y un trozo de carne tamaño. Y me dijo que estaba matando el gusanillo. De manera que el gusanillo de su papá de usted no se debe de matar tan fácilmente.

EMMA. *Riendo.* ¡Ah! sí; se cuida, se cuida. Le tiene mucho apego a la piel. Voy a verlo. Digo, ¡y estos patios!… ¡Qué parajes para soñar locuras!… *Se va por la puerta del patio.*

Durante este diálogo, Rafaela se ha quitado el velo y lo ha doblado cuidadosamente.

TOPETE. Tú, Rafaelita, ¿me necesitas para algo?

RAFAELA. Muchas gracias, Topete.

TOPETE. Voy al correo a echar la crónica de este mes. Luego hemos de hablar en confianza.

RAFAELA. ¿Usted y yo?

TOPETE. Sí.

RAFAELA. ¿De qué?

TOPETE. De… de mis cosas. Sin que se entere el papaíto. ¿Estamos?

RAFAELA. Absolutamente.

TOPETE. Pues hasta luego.

RAFAELA. Adiós.

TOPETE. Hasta lueguito. *Vase.*

Rafaela pasea por la sala una mirada investigadora de mujer de su casa, y tal vez toca para colocarlo mejor algún mueble o algún objeto.

Sale de la biblioteca don Pablo.

DON PABLO. ¿Qué es eso? ¿Visita de inspección?

RAFAELA. Siempre.

DON PABLO. Buscando los delitos de las criadas.

RAFAELA. Y deseando no encontrar ninguno. Tú crees que me gusta reñirles, y no me gusta; es que no tengo más remedio.

DON PABLO. Hágase tu voluntad. ¿Y tu amiga?

RAFAELA. Acaba de irse arriba a ver a su padre.

DON PABLO. ¿Vamos a murmurar un poco? ¡Deliciosa pareja son nuestros huéspedes, Rafaelita!

RAFAELA. Don Dionisio sí es cómico. De Emma me da lástima.

DON PABLO. Y presumo que van a pasar con nosotros más días de los que pensaban en un principio.

RAFAELA. Seguramente. Emma está contenta, distraída; y yo procuro que lo esté, Haré que se venga conmigo al campo. ¡Pobrecilla! También tiene su vida rota.

DON PABLO. Es verdad.

RAFAELA. De ahí el recrudecimiento de su exaltación natural y sus extravagancias. Y el padre, sin comprenderlo, empeñado…

DON PABLO. ¡Oh! El padre es chistosísimo. No parece su padre. Vamos, yo a veces pienso cosas terribles.

RAFAELA. ¡Jesús!

DON PABLO. Sin que mi presunción ofenda el buen nombre de mi señora doña Eduarda. Esta mañana me reía a mis solas de él. Vas a ver una cosa de gracia. *Toma un periódico de la mesita, busca una noticia y la lee.*

RAFAELA. ¿Qué es ello?

DON PABLO. Escucha: «Ha salido para Peña Real, acompañado de su bellísima hija Emma, nuestro particular amigo el ilustrísimo señor don Dionisio Gómez y Martínez. Se hospedarán en casa del ilustre escritor don Pablo Merced». *Riéndose.* ¿Qué tal?

RAFAELA. ¿Ha mandado él mismo la noticia al periódico?

DON PABLO. ¡Naturalmente!

RAFAELA. Y puede que la pague.

DON PABLO. ¡Seguro! ¿Quién se va a ocupar, si no, de si sale o si entra? Toda la vida ha sido así. No da un paso que no lo publique. Es más: como vaya a un sitio y no lo diga algún periódico, él se cree que no ha ido. ¡Je! *Vanitas vanitatum…*

RAFAELA. Óyeme una cosa.

DON PABLO. ¿Qué hay?

RAFAELA. Racha de huéspedes.

DON PABLO. ¿Cómo?

RAFAELA. Sólo que éste no es nuevo: lo disfrutamos de tiempo en tiempo todos los parientes cercanos.

DON PABLO. ¡Ah! sí: ¿la abuela Nita?

RAFAELA. Cabal. He visto a Feliciano. Venía para acá a prevenirnos. La abuela Nita se ha levantado esta mañana con aire de mudanza, ha empezado a recoger sus santos y sus chirimbolos y ha dicho que se va de aquella casa adonde la quieren mejor. Y aquí la tendremos dentro de media hora.

DON PABLO. Y aquí vivirá hasta otra ventolera por el estilo. ¡Pobre vieja! ¡Es una contribución de toda la familia!

RAFAELA. ¿Daniel no ha venido?

DON PABLO. Todavía no. Pero es temprano. ¿Con quién lo mandaste venir?

RAFAELA. Con Pepe el yegüerizo, que estuvo aquí anoche.

DON PABLO. ¿Cuándo te piensas ir al campo?

RAFAELA. En cuanto Daniel me diga que está lista la casa.

DON PABLO. Malas condiciones tiene aquello.

RAFAELA. Ya se arreglará. Tampoco para veinte o veinticinco días voy a pedir primores. Todo, antes que pasar aquí otro aniversario. No quiero que sientan tanto como yo o más que yo a mi marido, gentes que apenas lo conocieron.

DON PABLO. En ese particular, te alabo el gusto.

Rafaela. No me hables; me angustia recordar aquellos días. Los que vinieron la víspera, para escapar antes del compromiso; los que vinieron el mismo día, por seguir la rutina; y los que vinieron al día siguiente, para hacerse notar, me hicieron bien pronto concebir esta fuga para otro año. Cuando un dolor es tan dolor como este mío, el corazón lo esconde; quiere estar solo, y se recata de la gente para que no lo tome en boca quien no sabe de él.

Don Pablo. Así es, en efecto. Nos iremos todos al cortijo unos cuantos días. Porque si me quedo yo aquí solito, no me salva ni mi fama de hombre independiente, ni la bula de Meco; la toman con el padre político. Y la segunda edición del pésame la soporto yo.

Rafaela. ¡Qué obligaciones se crea la gente! Sobre todo en los pueblos. ¿Tiene nadie más que dejar a cada cual con su alma en su almario? Que no se acuerden de que vivo. ¡Si yo me he venido de Madrid a este pueblo, tomándolo por una sepultura, a echarle tierra a mi corazón, que no quiere vivir!

Don Pablo. Calla, inocente, calla.

Rafaela. De sobra lo sabes.

Don Pablo. Sí; pero también sé que la vida del corazón no la limita la voluntad.

Rafaela. La del mío acabó con la suya. No me combatas esta idea, papá. Déjame al menos el consuelo de acariciarla. Me parece que lo acaricio a él.

Don Pablo. Doblemos la hoja. La experiencia siempre habla en el desierto.

Rafaela. Y ¿qué podría enseñarme aquí tu experiencia? ¿No hiciste tú acaso lo mismo que he hecho yo?

Don Pablo. Pero, ¿cuándo lo hice, hija mía?

Rafaela. Cuando te faltó tu sombra, como a mí.

Don Pablo. Cierto. Pero mi vida ya había cumplido su objeto. Tenía cincuenta y tantos años a las espaldas y casados mis hijos. ¿Qué extraño es que entonces dejara aquel vértigo de Madrid y me encerrara en la tranquila

Peña Real, y en esta casa donde nació tu madre? Pero tú, con poco más de veinte años, comenzando la vida, de frente a ella, ¿cómo quieres que no vaya a vencerte? Esto es lo que mi experiencia te dice. Mi experiencia, que más que de esperanzas sabe de desengaños. Ahora dejemos que corran los días…

Rafaela. Sí; dejémoslo. Está visto que esto es tan mío, que ni contigo puedo hablar.

Don Pablo. No te apures, tonta. Mira, aquí tienes a Emma.

Rafaela. ¿Viene Emma? *Se enjuga los ojos, humedecidos por tímidas lágrimas.*

Vuelve, en efecto, Emma por donde se fué, y un tanto excitada.

Emma. ¡Ay, señor don Pablo de mis culpas!

Don Pablo. ¿Qué te ocurre, muchacha?

Emma. ¡Ay, qué padre tengo!

Don Pablo. ¿Pues?

Emma. Le digo a usted que me cuesta la vida este padre.

Don Pablo. Te cuesta entonces lo que te ha dado él.

Emma. *Rápidamente.* ¡A medias! A medias nada más. Su derecho a amargarme la vida a medias puede que no sea discutible; pero a amargármela por entero, sí.

Rafaela. Sepamos qué hay de nuevo que tan alborotada te trae.

Emma. ¡De nuevo, nada! Otra vez le ha puesto el paño al púlpito, y ¡vaya un sermón!

Rafaela. Espera un instante.

Asoma Juana en traje de faena a la puerta de la biblioteca.

Juana. Zeñorita.

Rafaela. Pero, ¿qué es eso? ¿Todavía estás ahí? ¿Qué facha es ésa? ¿Qué manera de presentarse?

Juana. Zi está una argofifando, ¿cómo quié usté que zarga una?

Rafaela. Es que no debieras estar aljofifando ya.

Juana. Zeñorita, usté no ha contao las lozas que tiene la zala grande. Tiene muchas lozas. Y a usté le gustan las faenas mu bien hechas. Y pa hacé

las faenas bien hechas hay que hacerlas despacio. Y de toas maneras ze tarda lo mesmo.

RAFAELA. Bueno, sí; ¿qué quieres ahora?

JUANA. Zabé zi argofifo también la zala chica.

RAFAELA. ¡Pues ya lo creo! Y prontito. Y bien. Y sin salpicar de agua los libros. De todo esto tiene la culpa el mono del novio. Y eso se va a acabar.

JUANA. Ziempre tenía que zalí er novio, que en na ze mete. *Retirase un tanto mohína.*

RAFAELA. Está en relaciones con el criado, con Isidoro. Y la entretiene con el palique, y todo anda así. Y voy a plantar en la calle a Isidoro o a ésta. O a los dos. No quiero noviazgos en casa.

DON PABLO. El amor tiene sus derechos, hija.

RAFAELA. Sí los tiene, pero después de aljofifar. Sigue tú con tu cuento, Emma.

EMMA. El amor… el amor… ¡Qué mal empleo se le da casi siempre a esa palabra! Y usted perdone que se lo diga, don Pablo. ¿Pues no se empeña mi padre en que mi marido me tiene amor, en que mi marido me quiere?

DON PABLO. Y te quiere. ¿No suspira por volver a unirse contigo?

EMMA. ¡Porque me echa de menos! ¡Porque es un hombre muy ordenado!, ¡muy ordenado! —¡qué desesperación de orden!— ¡y le falto ya en la casilla del estante en que me había puesto! *Ríen el padre y la hija.* Pero antes me doy un tiro que volver con él. Mi marido, don Pablo, es un hombre rítmico; es un hombre máquina; yo creo que tiene ruedas por dentro. Todo lo ha de pesar y medir; todos los días ha de hacerse lo mismo y a las mismas horas. No tiene una oscilación, no tiene un arranque, no tiene un rasgo extraordinario, ¡no tiene un defecto!

DON PABLO. ¿Que no tiene un defecto?

EMMA. ¡Ni uno! ¡Si le digo a usted que no hay manera de aguantarlo! ¡Siempre en el mismo tono; siempre acompasado y puntual! ¡Me he casado con una péndola de reloj!

RAFAELA. ¡Qué cosas se le ocurren! Y hay algo de verdad, no creas.

EMMA. Aconséjele usted a mi padre que no vuelva a hablarme de reconciliación con ese hombre. No lo quiero ver. Me crispa los nervios recordarlo. ¡Qué chalecos, qué raya de los pantalones, qué hombreras!… No lo quiero ver. ¡Qué bigotes! ¡Con los mismos pelos justos a un lado que a otro! No lo quiero ver. ¡Si lo viera usted con la bigotera!…

DON PABLO. No lo quiero ver.

EMMA. ¡Suplíquele usted, por Dios, a mi padre que me deje en paz! Si tuviéramos hijos, bien estaba mi sacrificio por ellos; pero si nos ha tocado en suerte no tenerlos, sin duda porque Dios no quiere que el tipo de ese hombre se perpetúe…

Sale don Dionisio por la puerta de la biblioteca, a tiempo de oír esta última frase de su hija, que a él le suena a chabacana burla. Es hombre serio, eminentemente serio, atildado y metódico. Se comprende que simpatice con su yerno. Viste un traje de mañana elegante, pero propio para persona de algunos años menos que él.

DON DIONISIO. Hija mía, por el amor de Dios, seriedad. Seriedad, Emma, seriedad, que ya no juegas a las muñecas. Seriedad.

EMMA. ¡Si hablaba completamente en serio, papaíto!

DON DIONISIO. Peor que peor, en tal caso. Pablo; Rafaela; mi ilustre y sabio amigo…

DON PABLO. ¡Hombre!

DON DIONISIO. Su amiga más leal…

RAFAELA. Sí, por cierto.

DON DIONISIO. Encargaos de poner un poco de orden en esta cabecita de pájaro.

EMMA. *Molestísima.* Papá, por lo que más quieras, no seas cursi, y dispénsame que te lo diga.

DON DIONISIO. ¿Oyes esto, Pablo? ¿Lo oyes tú, Rafaela? Los desentonos de esta hija de mi alma van a acabar conmigo.

Llega Topete por la puerta del patio, deja el sombrero, se sienta a su mesa y se pone a escribir sin decir ni pío. Se conoce que el mal humor se le ha exacerbado en la calle.

DON DIONISIO. Tú, Pablo; tú que tienes esas privilegiadas dotes de observador y ese singular golpe de vista psicológico…

DON PABLO. ¡Ave María Purísima!

DON DIONISIO. Dime, en ley de Dios, o hablando a lo filósofo, en el terreno de la razón pura…

EMMA. Mira, papá, no sigas adelante. No hemos venido aquí a discutir desavenencias de familia, sino a pasar una agradable temporada con tan buenos amigos; y hablar de mi marido no puede ser cosa más desagradable.

DON DIONISIO. Seriedad, Emma, seriedad.

EMMA. ¡Así que lo digo poco en serio! ¿Sabes lo que estoy deseando?

DON DIONISIO. ¡Algún delirio tuyo!

EMMA. Que esta vez sea verdad el anuncio de los astrónomos; que esa dichosa estrella de rabo que nos amenazan choque de veras con la Tierra y nos lleve a todos el diablo.

DON DIONISIO. ¡En el nombre del Padre!

TOPETE. Pues no está usted sola en ese deseo, amiga Emma. Hay aquí quien lo comparte con usted. Y le prevengo que, según todos los informes, vamos a quedar complacidos.

DON DIONISIO. *Con alarma ridícula, que pretende disimular en vano.* ¿Cómo dice usted?

TOPETE. ¿No ha leído usted la noticia en la Prensa de hoy?

DON DIONISIO. No he tenido ese gusto… Es decir, tanto como gusto…

TOPETE. Pues tome, tome; aquí hay un periódico que trata la cuestión por extenso.

DON DIONISIO. A ver, a ver… Poco se puede fiar en tales pronósticos, pero… Siempre hay alarmas más o menos justificadas con estos fenómenos celestes… El vulgo es imaginativo. A ver, a ver… *Toma con mano temblorosa el periódico, y ante el simple epígrafe de la noticia le baja el color. Se entrega ávidamente a su lectura y ya no le importa nada de lo que le rodea. El miedo más cómico ha hecho presa en él.*

EMMA. ¡Bah! Voy un rato a la biblioteca.

Don Pablo. ¿Qué lees?

Emma. Las comedias de Tirso de Molina.

Don Pablo. ¡Peregrino ingenio! Conocía a las mujeres el frailecito, ¿no?

Emma. Un poco.

Don Pablo.

Porque a la sombra imitáis;
al que os desprecia seguís,
del que os adora os burláis…

Sale por la puerta del palio Isidoro, el novio de Juana, con tres cartas.

Isidoro. Don Donisio. *Don Dionisio no oye. Está más pálido que hace un momento.* Don Donisio.

Emma. ¡Papá!

Rafaela. ¡Don Dionisio!

Don Dionisio. ¿Eh?

Isidoro. Dos cartas.

Don Dionisio las coge maquinalmente, y las mira y se las guarda lo mismo. El periódico lo ha agarrado como mosca en tela de araña.

Emma. Esa otra es para mí, ¿verdad?

Isidoro. Sí, señorita. Tome usté.

Emma coge la carta y la contempla burlonamente. Isidoro va a irse a la biblioteca en busca de la novia y se lo impide Rafaela. Rafaela. ¿Adónde vas tú?

Isidoro. Iba a dá la güerta por ese lao.

Rafaela. Pues la das por el otro.

Isidoro. Es iguá.

Rafaela. Por eso.

Isidoro. Me piyó la polisía. *Se va por donde salió.*

Emma rompe la carta que ha recibido, sin abrirla.

Rafaela. ¿Qué haces, mujer?

EMMA. Romper esta carta.

RAFAELA. ¿Sin leerla?

EMMA. ¡Si es de mi marido!

RAFAELA. ¡Jesús!

Miran todos a don Dionisio.

EMMA. No hay cuidado: ahora le preocupa el cometa más que yo. Hasta luego. *Se entra en la biblioteca.*

DON DIONISIO. *Entre dientes, y yéndose, metido en su lectura, hacia el patio.* ¡Cáscaras, cáscaras! ¡Pues no es esto grano de anís! *Suda copiosamente por el cogote y se aplica el pañuelo, pero sin separar la vista del diario.* ¡Cáscaras, cáscaras, cáscaras!…

TOPETE. A este señor le sienta hoy mal el desayuno. Don Pablo. ¿Pues?

TOPETE. ¿No ves cómo va leyendo lo del cometa?

DON PABLO. ¡Ah!, ¿es eso lo que lee? ¡Delicioso!

RAFAELA. Sí que se ha puesto pálido; no es broma.

DON PABLO. Siempre ha sido muy medrosico…

Se ríen él y Topete.

RAFAELA. Vaya, vaya; un poco de piedad, que todos tenemos debilidades.

TOPETE. Yo voy a observarlo.

RAFAELA. ¿Y mi libro de cocina, Topete?

TOPETE. Mañana lo concluyo. Un monumento caligráfico: ¡doce tipos de letra! Las salsas en inglesa, las frituras en gótica, los dulces en redondilla… Una preciosidad.

EMMA. *Dentro.* ¡Topete!

TOPETE. ¿Me llama usted, Emma?

EMMA. ¿Quiere hacerme el favor?

TOPETE. ¡Con mil amores! *Se entra en la biblioteca.*

RAFAELA. Dime, papá.

DON PABLO. ¿Qué?

RAFAELA. Éste ¿ha vuelto a jugar?

DON PABLO. Sí; ¿por qué? ¿Te ha pedido dinero?

RAFAELA. Va a pedírmelo.

DON PABLO. Pues no se lo des.

RAFAELA. Antes me cortaría la mano.

DON PABLO. Te jurará que es para su mujer y para sus hijos; pero como acierte a pasar el tío de los huesos de jamones, se va al Casino y se lo juega inmediatamente.

RAFAELA. ¿Y eso, por qué? ¿Es algún talismán?

DON PABLO. Así dice; que gana siempre que le oye el pregón.

RAFAELA. ¡Qué badulaque! Hay para matarlo; te aseguro.

Llega por la puerta del palio Quintica, a quien siguen Daniel y Chirola, campesinos.

Daniel es un mozo de aire simpático y varonil, de mirada serena y habla reposada y tranquila. Su cuerpo y su corazón están curtidos en la vida del campo. Viste a la usanza de la tierra, limpia y sencillamente, chaquetilla de dril, marsellés de paño fino al hombro, sombrero de ala ancha y zahones.

Chirola es un zagalón del cortijo, que lo acompaña.

QUINTICA. Pazen ustedes, que aquí están.

RAFAELA. ¿Quién es? ¡Ah, Daniel! Ya te esperaba.

DON PABLO. ¡Danielillo!

DANIEL. Buenos días, don Pablo. Buenos días, zeñorita.

CHIROLA. Güenos días.

Quintica, sugestionada por la atractiva presencia de Daniel, lo mira sin quitarle ojo, con ingenuo embeleso.

DANIEL. ¿Por aquí zin novedá de particulá?

RAFAELA. Gracias a Dios, ninguna.

DON PABLO. No hay más novedad que ésta para la que te llama mi hija.

DANIEL. Pa zervirla estamos.

DON PABLO. Pues quiere meterse en tus dominios.

DANIEL. En los zuyos será; yo no tengo dominios. ¡Ojalá y los tuviera!

DON PABLO. Bien; pues poneos de acuerdo, que yo, como el loro del portugués, voy donde me llevan. Y ahora, por lo pronto, a dar una vuelta por ahí.

DANIEL. A la dispozición de usté, don Pablo.

DON PABLO. Quizás te vea antes de que te marches. *Éntrase por la puerta de la biblioteca.*

DANIEL. Tú, Chirola, aguárdame en er patiniyo.

CHIROLA. Con lizencia de la zeñora. *Vase por la puerta del patio.*

RAFAELA. Anda con Dios, hombre. Siéntate tú, Daniel.

DANIEL. *Obedeciéndola.* Gracias.

RAFAELA. ¿Tienes prisa?

DANIEL. La que usté me dé. Yo pa mí no zé lo que es ezo.

RAFAELA. *De pronto a Quintica.* ¿Tú qué haces?

QUINTICA. *Sobresaltada.* ¿Eh?

RAFAELA. Que tú ¿qué haces?

QUINTICA. Aquí.

RAFAELA. Pues aquí es donde no tienes que estar.

QUINTICA. No me había dao cuenta.

RAFAELA. Vete.

QUINTICA. Zí, zeñora.

RAFAELA. Oye.

QUINTICA. Mándeme usté.

RAFAELA. Llévate a mi alcoba este velo.

QUINTICA. ¿Dónde lo guardo?

RAFAELA. Déjalo sobre la cómoda, que yo lo guardaré.

QUINTICA. Zí, zeñora. *A Daniel.* Güenos días.

DANIEL. *Sonriéndole.* Vaya usté con Dios.

QUINTICA. Güenos días. *De pronto se vuelve a Daniel y dice:*

—Galán cabayero
der campo yegó.
—¿De dónde ha venido
tan fino pastó?
—Tomiyo y romero,
zeñora, es mi oló.

Y se va por la puerta del patio, dominada por un extraño sentimiento de admiración hacia Daniel. Tanto él como Rafaela sueltan la risa.

DANIEL. ¡Qué retahila! Pero no ha tenío mala zombra. Ésta es nueva, ¿no?

RAFAELA. Sí, nueva. De El Toronjil.

DANIEL. Pos no es desgraciá la chiquiya.

RAFAELA. Parece lista y limpia; allá veremos.

DANIEL. Bueno; ca vez que vengo lo repito: la caza ez otra, principiando por los clavos doraos de la puerta y acabando por los palomares, que ciegan de blancos.

RAFAELA. ¿Cómo que es otra?

DANIEL. Me refiero a los tiempos en que don Pablo vivía zolo.

RAFAELA. ¡Claro! Los hombres no saben dirigir una casa. Y mi padre menos que ninguno. Dice que le estoy quitando a su biblioteca el polvo de los años, y que el polvo preserva a los papeles de la polilla. Mis ideas son muy diferentes.

DANIEL. Ze nota. Zi la poliya trabaja en lo limpio, no zé yo cómo vive usté, zeñorita. *Rafaela calla.* Ze ve, ze ye que vuelan por toa la caza zus dos manos de usté, como dos maripozas. Zeguramente que no hay rincón en que eyas no ze paren.

RAFAELA. Vamos a nuestro asunto.

DANIEL. Usté me dirá.

RAFAELA. Yo quiero, dentro de una semana, irme a pasar unos días en el cortijo.

DANIEL. Toa la langosta que cayera por ayá fueze tan dañina. ¿Ze aficiona usté ar fin ar campo?

RAFAELA. No; no es eso. Casi voy por necesidad.

DANIEL. ¿De zalú?

RAFAELA. Tampoco es de salud.

DANIEL. Ya. Barrunto por dónde zopla el aire. Hasta ayí ha yegao que el hijo de don Gumerzindo paza más por esta caye que por otra ninguna.

RAFAELA. *Seriamente*. Vamos, no digas tonterías, Daniel. Tú no eres hombre que debe hacer caso de hablillas.

DANIEL. Y no lo he hecho. Y usté perdone, zeñorita. Pero lo que ze escucha, en er penzamiento ze quea.

RAFAELA. Bien. Iré al cortijo con mi padre y con otro señor y una hija suya, que son nuestros huéspedes ahora. ¿Nos podremos acomodar?

DANIEL. De mi cuenta corre.

RAFAELA. Dice mi padre —yo no lo recuerdo— que no tiene condiciones la casa habitación.

DANIEL. Ya haremos que las tenga.

RAFAELA. ¿Habrá mucho trastorno?

DANIEL. Lo que haya por usté no tiene eze nombre.

RAFAELA. Eres impagable, Daniel.

DANIEL. Zegún quien me vaya a comprá. Menesté zería que aprendiera usté de una vez pa ziempre er camino, y de cuando en cuando tuviera una ocurrencia como ésta.

RAFAELA. ¿Quién sabe? Ahora, figúrate: viviendo ya como vivo en el pueblo y deseando entera soledad… Todavía me voy a hacer una gran campesina.

DANIEL. Azí zea. Ar campo, zeñorita, hasta que no ze le quiere, no ze le zaca er gusto; pero cuando ze le yega a queré, to lo demás estorba.

RAFAELA. Es posible.

DANIEL. Mírelo usté en mí. Cinco años va a hacé por Zan Pedro que murió mi padre, y yo decía entonces que «er campo, pa los lobos». Por zerví

a zu mamá de usté, que esté en gloria, me quedé regentando aqueyo, que por mi inclinación no fué er quedarme; ésta es la verdá. Pos bueno: día por día me ha ido ganando er campo de tar manera, que ya usté lo ve: ahora, como no ze me yame, no zargo de ayí pa na der mundo. Como las estreyas der patio der cortijo no hay otras en er cielo.

RAFAELA. *Riendo.* ¿Cómo que no? Ésa no la paso, Daniel. Las de mi patio son más blancas.

DANIEL. Cuando usté las mire, zerá. Ya verá usté las mías. ¿Desde niña no va usté por aqueyos trigos?

RAFAELA. Desde niña, casi.

DANIEL. Pos ahora yega usté en un tiempo bonito. Ya zabe usté la copla:

Todas las flores der campo
las cautiva er mes de enero,
y en yegando abril y mayo
zalen de zu cautiverio.

RAFAELA. Pero ¡cómo ha acabado por enamorarte! ¡Cuánto me alegro yo! Mi padre, como es así, tan dejado y tan torpe, que hay que decirlo, mil veces me lo ha confesado: «Si no tuviéramos a Daniel, arrendaba el cortijo».

DANIEL. No lo permita Dios.

RAFAELA. Así es que me encanta oírte tan satisfecho. Porque, además, como fué mi madre la responsable de este rumbo que tomó tu vida… Yo no olvido que el señor Juan, tu padre, quería darte carrera.

DANIEL. Pos viva usté tranquila, que ar fin de cuentas cogí la vereíta más de mi gusto. Por argo habrá zío. Yo creo que ninguna perzona en er mundo va más que adonde zu viento la empuja. Y er que ze pone de cara a zu viento, se estreya. ¡Bien haya er campo, zeñorita! ¡Zi la tierra paga como nadie! Nos lo da to: desde las flores hasta er pan bendito.

RAFAELA. Dices bien. Y, además, nos da lo que yo necesito ahora: apartamiento, soledad, silencio… *Daniel la mira. Después va a hablar y calla, respetando los sentimientos de la viudita.* De manera que tú quedas en arreglarlo todo.

DANIEL. ¡Cabale!

RAFAELA. Y tú avisarás.

DANIEL. Descuide usté, que yo vendré a decí cuándo está aqueyo bien aviao.

RAFAELA. Cuanto antes, mejor.

DANIEL. Ya lo zé.

RAFAELA. Pues adiós, hasta pronto.

DANIEL. Quéeze usté con Dios, zeñorita.

RAFAELA. Qué sé yo… Me has comunicado tu entusiasmo. Ya estoy deseando verme allá.

Se va por la puerta de la biblioteca. Daniel la mira irse. Luego echa un cigarrillo y lo enciende. Entretanto, baraja en su frente nuevos pensamientos, cuyos gérmenes acaso estaban en su corazón.

Cuando va a marcharse por la puerta del patio, llegan la Abuela Mita y Gregoria.

La Abuela Nita es una vieja chocha, pero que no se quiere morir. Viste con prendas de sus tiempos. Gregoria es una criada de la casa que temporalmente deja. Entre las dos traen, en sendos canastos, una porción de cachivaches que constituyen el más preciado tesoro de la Abuela: cajas antiguas, cuadritos con imágenes, estampas, «santirulicos» de bronce y de marfil, etc., etc.

ABUELA. ¡Rafaela! ¡Rafaela! Pero ¿dónde se ha metido esa niña?

DANIEL. *Con sorpresa.* ¡Hola, zeñora! ¿Qué racha la trae por aquí?

ABUELA. Hola, hijito mío. Dios te guarde. ¿Y Rafaela? ¿Y Pablo? ¿Sabes tú?

DANIEL. Ayá dentro andan.

ABUELA. Pos yo, mentira párese, a mis años, de casa en casa, como si no tuviera ninguna. Pero no me gusta estorbá. Y Felisiano está cargao de

chiquíyos, y una boca más siempre pesa. Y no quiero vé caras largas. Ya tú conoses er refrán: parientes y trastos viejos, pocos y lejos.

DANIEL. Ezo es una zentencia, zeñora.

ABUELA. Y me vengo acá, buscando un rinconsito. Acá será otra cosa. Pablito y su hija están de non en la parentela; sin agraviar a nadie.

DANIEL. Zí, zeñora; zí que lo están.

ABUELA. Yo no les he de dá ruido ninguno. A mí no se me siente: mis santos, mis resos, mis devosiones, mi car seta. No se me siente.

DANIEL. Zí, zeñora. Ha hecho usté bien en mudarze acá. Y quéeze usté con Dios, que yo ya me iba.

ABUELA. Vé con Dios, vé con Dios. Tú también me has demostrao siempre mucha ley, buen moso. Vé con Dios.

DANIEL. Con Dios, zeñora.

Se va por la puerta del patio.

ABUELA. Gregoria: dame acá er canastito ése.

GREGORIA. Tome usté er canastito.

ABUELA. A vé si viene todo.

GREGORIA. Zí; no me haya yo guardao arguna alhaja.

ABUELA. No seas respondona. *Sobre la mesita auxiliar pone su canasto y el de Gregoria, y busca en uno y otro lo que más le interesa. Gregoria le ayuda.* El espejo… ¿Dónde está el espejo?

GREGORIA. Aquí está el espejo, zeñora.

ABUELA. Mírate la cara de pánfila que tienes.

GREGORIA. ¡Mejó! Con gustarle a mi novio…

ABUELA. ¡Tu novio! Hasta los gatos quién sapatos. ¿Y Santa Rita?

GREGORIA. En er cielo digo yo que estará. ¿Ez ésta, por ventura?

ABUELA. Ésta es. *La besa.* San Antonio… San Antonio… ¿Nos hemos orvidao de San Antonio?

GREGORIA. Vaya Zan Antonio.

ABUELA. Éste es San Luis Gonsaga, poyina. *Lo besa también.* ¿Dónde está San Antonio? Aquí está. *Lo besa.* Los dos caracoles.

GREGORIA. Místelos. *Se aplica uno a una oreja.*

ABUELA. ¿Qué hases?

GREGORIA. Que me gusta escuchá er mormuyo.

ABUELA. Trae acá. Er cuadrito con la trensa de pelo… La cruz de Conchitas.

GREGORIA. Tómela usté.

ABUELA. Dale un beso, mostrenca. *La besa ella y se la presenta a Gregoria para que la bese.* ¿Y er Patriarca?

GREGORIA. ¿Ez éste?

ABUELA. ¡Éste es San Fransisco!

GREGORIA. ¡Zeñora, zi yo no los trato! ¡Como zon forasteros tos!… A mí me basta con rezarle a la Virgen, que es de aquí de Peña Reá.

ABUELA. De bastante te va a serví. Aquí está er Patriarca. *Le da su beso correspondiente.* ¿Y er rosario de arjofa?

GREGORIA. Liao viene en este papé. Digo, viene er jilo, porque der rozario quean zeis cuentas.

ABUELA. Tú te vas a ganá muchos mojicones en esta vida. Por insolente.

De la biblioteca sale don Pablo, dispuesto para irse a la calle. Con él sale Topete.

DON PABLO. Anda, secretario, acompáñame en mi paseo.

TOPETE. Que me place.

DON PABLO. ¡Abuela Nita!

ABUELA. ¡Pablito de mi corasón! *Lo abraza.*

DON PABLO. ¿Cuándo ha venido usted?

ABUELA. Ahora mismo. ¿Cómo te va, Topete?

TOPETE. Muy bien; para servirla, señora mía.

ABUELA. *A Don Pablo.* ¿Habló Felisiano contigo?

DON PABLO. Habló con Rafaela. No tiene usted nada que añadir. Ésta es su casa de usted siempre. Aquí viene cuando se le antoje; no lo olvide.

ABUELA. *Conmovida.* Lo tengo dicho; son ustedes la honra de la casta; tú y tu hija. *A Gregoria.* Lárgate tú ya cuando quieras.

GREGORIA. Pos que usté ziga bien.

ABUELA. ¡Adiós!

GREGORIA. Y la compañía.

DON PABLO. Vete con Dios, muchacha.

ABUELA. ¡Ah! mira: que no dejen en seguida de mandarme er baú.

GREGORIA. Yo lo diré.

ABUELA. Y registra tú la dama de noche, no se me hayan orvidao ayí mis *carsapoyos.*

GREGORIA. ¿Argo más?

ABUELA. La parma der barcón, que también la quiero.

GREGORIA. Descuide usté, que to vendrá. Güenos días. *Se va por la puerta del patio.*

ABUELA. Y ahora que se ha ido ésa, que es muy métome en todo, tú dirás: «Pero este demonio de vieja, ¿pa qué dansa tanto?».

DON PABLO. Yo no digo tal cosa, abuela Nita.

ABUELA. Pos mira, hijito, mira: Felisiano y su gente no me han tratao mal; mentiría si otra cosa dijera; pero tienen la manía de que me he de morí porque he cumplido ochenta años. ¡Esta es una idea que ha echao raises en toas las cabesas de aqueya casa! Y a mí me hase muy malas tripas, como comprenderás.

DON PABLO. ¡Es claro!

TOPETE. ¡Pero si se conserva usted al pelo!

ABUELA. Como que estoy mejó que en mis treinta. Yo la cabesa la tengo firme: no sé ni lo que es un mareo. Los dientes, mira: ninguno me farta; el estómago lo echo a peleá con er tuyo…

DON PABLO. ¿Para qué?

ABUELA. ¡No me quiero morí! ¡No me da la gana de morirme! ¡Hay vieja pa un rato!

DON PABLO. Así será.

ABUELA. Pos ahora, con este toletole de la estreya de rabo, que disen que va a sé er fin der mundo, no hay ayí otra conversasión que la de la muerte.

¡Mire usté qué plato de postre! Y tos me miran de reojo, como si me quisieran desí: «Abuela, lo que es de ésta no nos escapamos». No me lo disen, ¿oyes?, pero lo piensan. ¡Es mucho cuento!

DON PABLO. Pues viva usted tranquila, y no haga caso de romances, que ni usted ni el mundo se acaban así como así. Vamos con Rafaela.

ABUELA. No; cumplidos, no. Yo me sé la casa de memoria. Tú te vas con Topete a tu paseo, y me dejas a mí, que ya sabré dá con tu hija.

DON PABLO. Perfectamente. No me opongo.

TOPETE. ¡Viva la libertad individual!

ABUELA. Este Topete… ¿Cuándo te casas tú?

TOPETE. ¿Qué cuándo me caso, abuela Nita? ¡Si tengo siete hijos!

ABUELA. Es verdá: es que a lo mejó te confundo con tu primo Isaías. Ea, ea, a pasearse por ahí, que está la mañana muy fresca y muy hermosa.

DON PABLO. Hasta después, abuela Nita. Y bien venida sea.

ABUELA. Ir con Dios, ir con Dios…

TOPETE. Hasta luego. *Se marcha con don Pablo.*

ABUELA. *Conmoviéndose de nuevo.* Lo mejó, lo mejó de la casta… Pablito… ¿Dónde andará la nena? *Llamándola.* ¡Rafaela! ¡Nena! ¡Rafaelita! *Éntrase por la biblioteca.*

Hay un momento de silencio, y luego se oye otra vez en la calle el pregón del Ciego Palotes.

PALOTES. ¡Niñas!, ¡niñas! ¡Er mundo se acaba er mes que viene! ¿Quién me compra er romanse de *La fin der mundo? ¡La fin der mundo!* ¡Er mundo se acaba er mes que viene!

Como gato seguro de su presa sale Quintica por la puerta del patio al conjuro de la voz de Palotes.

QUINTICA. Ahora no hay nadie. ¡Ahora zí que lo compro! *Se sube al alféizar de una de las ventanas y por cima de la celosía llama al ciego.* ¡Tío! ¡Tío! ¡Sssss! ¡Sssss! ¡Tío!

PALOTES. *Dentro.* ¿Quién me yama?

QUINTICA. ¡Aquí!

PALOTES. ¡Voy!

QUINTICA. Deme usté uno.

PALOTES. Vaya.

QUINTICA. ¿Cuánto es?

PALOTES. Una perriya.

QUINTICA. Tómela usté. *Se la oye botar en las losas de la acera.* ¡Ze cayó! Junto ar pie le ha caío.

PALOTES. Ya, ya la veo.

QUINTICA. Pero ¿no ez usté ciego, hermano?

PALOTES. Las moneas las distingo un poco: como son manchas negras…

QUINTICA. Vaya usted con Dios.

PALOTES. ¡Hasta el otro mundo, mosita! *Se aleja pregonando.*

Quintica baja de la ventana, pegados los ojos al romance, que empieza a leer encantada del fondo y de la forma y ávida de noticias sobre el fin del mundo.

QUINTICA.

«Er día trece de junio
er mundo ze va a acabá:
loz ateos y creyentes
deben todos de rezá.

Habrá primero en er cielo
una aurora boriá…».

Sale Isidoro también por la puerta del patio.

ISIDORO. ¿Lo compraste?

QUINTICA. Zí.

ISIDORO. Y ¿qué dise?

QUINTICA. Leyéndolo estaba. Escucha.

«Er día trece de junio
er mundo ze va a acabá:
loz ateos y creyentes
deben todos de rezá…».

ISIDORO. Espérate, que yame a ésta.

QUINTICA. ¿A quién?

ISIDORO. A Juana.

QUINTICA. Yámala, zí.

ISIDORO. ¡Juana! ¡Ven acá!

QUINTICA. *Sin apartar los ojos del romance.* ¡Huy, cuántas cosas dice!

ISIDORO. Porque ésta no cree que se acaba er mundo. Y yo quieo encargarme de convenserla.

QUINTICA. ¿Pa qué?

ISIDORO. ¡Mujé, porque si de veras se acaba, es una tontería no aprovecharse bien de los días que nos quean!

De la biblioteca sale Juana, secándose las manos en el delantal.

JUANA. Vamos a vé: ¿qué quieres?

ISIDORO. Oye er romance de la fin der mundo.

JUANA. ¿Lo has comprao?

QUINTICA. Zí.

ISIDORO. Oye. ¡Pa que lo niegues!

QUINTICA. *Anhelante.*

«Er día trece de junio
er mundo ze va a acabá:
loz ateos y creyentes
deben todos de rezá…».

Aparece Chirola por la puerta del patio.

CHIROLA. Pero ¿y Danié? ¿Ze ha dío?

Isidoro. ¡Danié se fué hase ya diez minutos por er postigo hablando solo! ¡Escucha esto! Anda, sigue, Quintica.

Quintica.

«Er día trece de junio
er mundo ze va a acabá:
loz ateos y creyentes
deben todos de rezá.

Habrá primero en er cielo
una aurora boriá,
que con yamas infernales
la tierra iluminará…».

Sale la Abuela Nita por donde se marchó, a recoger sus bártulos. Al ver el curioso grupo de los criados, se detiene sin ser notada, y escucha con espanto la lectura que le trae a la memoria su pesadilla. Los criados atienden llenos de candorosa superstición. Quintica lee con toda el alma que el asunto merece, haciendo honor a la escuela de El Toronjil.

«Rodeará nuestro globo
una armórfera fatá,
y laz aves afirziadas,
de gorpe ar zuelo cairán.

Ze dezatará más tarde
un furiozo vendavá,
que derribará las torres
y hará que se vuerque er má.

Luego, una yuvia de estreyas,
con tanta velocidá,
que paraje donde caiga
zepurtado quedará.

Después…».

Baja el telón, cortando en este punto la lectura.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma sala del acto primero. Es por la mañana también, pero estamos en junio.

Topete, sentado a su mesa, escribe algo que le hace reír.

TOPETE. La vanidad humana es infinita El miedo le ha vuelto el juicio a este pobre señor.

Sale de la biblioteca don Dionisio. En su frente, que surca una profunda arruga, hay una idea fija. Sus ojos están apagados.

DON DIONISIO. ¿Decía usted?

TOPETE. No… nada… Aquí tiene usted el borrador y el limpio del documento.

DON DIONISIO. Primoroso trabajo. Es usted la misma amabilidad.

TOPETE. A sus órdenes siempre.

DON DIONISIO. Obligado yo. Así me quedo más tranquilo. *Guarda los papeles en la cartera, y pasea mirando a Topete. Luego se asoma a una de las ventanas*. Ya parece que vuelve gente de la iglesia. Usted tampoco ha querido ir.

TOPETE. No, señor. No habla mal el padre Manolito, pero no estoy de humor de sermones. Bastante tengo con mi casa, para que venga el cura a cortarme el resuello. ¡Si suena la trompeta final, que suene!

DON DIONISIO. ¿Tan desesperado está usted?

TOPETE. ¿No he de estarlo, si vivo? Vivir es llorar. Yo me defino de este modo: «Soy un infusorio nadando en una lágrima».

DON DIONISIO. Yo también llevo algunos días dominado por ideas bien tristes. Y en mí son raras, ésta es la verdad. Naturalmente, amo la vida y sus encantos. Pero ese dichoso cometa que nos amenaza me trae a mal traer. Los nervios disparados, la cabeza llena como de humo… No soy yo, no soy yo. Mi hija dice que esto no es más que miedo… Burlas de mi hija, como usted comprende… ¡Miedo!, ¡miedo! Es claro que algún miedo tengo; como usted, como Pablo… como todos… Lo sobrenatural, amigo, lo de tejas arriba… impresiona y encoge el ánimo… ¿no?

TOPETE. Atribuya usted ese estado suyo a los trastornos atmosféricos. ¡Mire usted que el solano de ayer tarde! ¡Cosa más fatigosa!

DON DIONISIO. Yo creí morir. Pues ¿y la tormenta del domingo? ¡Santo Dios! ¡Qué truenos! ¡Qué piedras! Parecía que el fin del mundo se anticipaba a todos los pronósticos.

TOPETE. Total: mucho ruido y pocas nueces. Porque este retablillo terrestre seguirá funcionando; no tema usted cosa mayor.

DON DIONISIO. *Queriendo sonreír.* Mañana saldremos de dudas.

TOPETE. Usted ha de verlo.

DON DIONISIO. Por lo que valga, yo quiero dejar mis cuentas corrientes. ¿Tiene usted siete hijos, verdad, me ha dicho Rafaelita?

TOPETE. Siete… y la pelota en el tejado.

DON DIONISIO. ¡Qué buen humor!

TOPETE. Como la risa del conejo, no se figure usted. *Suspirando.* ¡Ay! ¡Siete desgraciados, a quienes les he hecho el flaco servicio de traerlos a esta vida mísera!

DON DIONISIO. *Sacando su cartera.* Y ¿usted sería tan condescendiente que aceptase de mí…?

TOPETE. En modo alguno.

DON DIONISIO. No es retribución de la merced que acaba de hacerme, ni de otras que le debo; es gusto mío en que les compre usted unos juguetes a sus chiquitines.

TOPETE. *Enternecido.* Se ha ido usted al corazón derecho. Acepto, amigo mío. Muchas gracias. *Toma el billete que le da don Dionisio.*

DON DIONISIO. Ahora bien: yo sé que usted tiene un vicio que lo domina. *Topete suspira amargamente.* Lo sé. Pues yo me atrevo a exigirle a usted palabra de honor de que ese dinero ha de emplearlo íntegramente en juguetes para sus hijos.

TOPETE. *Balbuceando conmovido.* Y yo… yo le doy a usted mi palabra…

Lejos, en la calle, un Comprador ambulante pregona, dulce y graciosamente, cortándole a Topete el hilo de la frase, y poniéndolo de un pálido marmóreo.

COMPRADOR. ¡Huesos de jamones!… ¡huesos de jamones!… ¡Se compran baratos huesos de jamones!…

DON DIONISIO. ¿Qué le sucede a usted?

TOPETE. *Reponiéndose, y en un supremo esfuerzo de dignidad.* Nada, señor… nada… que el rasgo de usted me ha llegado a lo hondo… Palabra de honor de que este generoso regalo es para mis hijos de mi alma.

DON DIONISIO. Fío en ello completamente.

TOPETE. Y ahora, voy a apuntarlo.

DON DIONISIO. ¿A apuntarlo, dice?

TOPETE. Si, señor. Yo soy una paradoja viviente: soy el desorden ordenado. ¡Todo lo apunto! En estos cuadernitos: vea usted. *Saca varios de un cajón de la mesa.* «Préstamos». «Ganancias». El de las ganancias es verde: esperanza. «Donativos». «Pérdidas». El de las pérdidas es colorado: rubor. Fíjese usted qué tamaño tiene. Es el mayor de todos. *En el cuaderno correspondiente apunta el donativo recibido.*

DON DIONISIO. Curiosa persona es usted.

Llega don Pablo por la puerta del patio.

DON PABLO. A la paz de Dios, caballeros.

DON DIONISIO. Buenos días, Pablo.

TOPETE. Buenos días.

DON DIONISIO. ¿Terminó ya el sermón?

DON PABLO. A Dios gracias, porque hasta desmayos ha habido.

DON DIONISIO. ¿Sí, eh?

DON PABLO. Pregúntales a tu hija y a Rafaela, cuando, bajen ahora. Por supuesto, yo desde que vivo en Peña Real no he conocido obsesión semejante a ésta del cometa. Y como además hemos pasado casi un mes allá en el cortijo, y no hemos visto formarse la bola, la excitación en que están los ánimos poco menos que nos coge de nuevas. ¡Cristo Padre, qué cosas se dicen!

DON DIONISIO. *Tanteando el terreno.* ¡Claro! La imaginación andaluza… la ignorancia del vulgo…

DON PABLO. No, no, no; no todo es ignorancia en este caso. Ni menos, fantasía. Ahora como nunca se funda la amenaza del choque sobre base real; en cálculos científicos y no en disparates de profetas de tres al cuarto.

TOPETE. Sí; eso sí.

DON DIONISIO. Sin embargo, algunos no le dan más valor que el de un curioso fenómeno celeste, muy repetido ya en el transcurso de los siglos. Para mí son ésos los que están en lo firme… ¿no?

DON PABLO. *Sonriendo.* Por lo menos, a ésos son a quienes nos conviene creer.

DON DIONISIO. ¿Cuál ha sido la opinión del cura en el púlpito?

DON PABLO. El cura ha aterrorizado a los fieles. Casi no les ha dejado más esperanza de que el mundo siga que la infinita bondad de Dios. A última hora ha recordado con voz estentórea palabras del Apocalipsis de San Juan… «¡El libro de la vida será abierto!… ¡La mar devolverá sus cadáveres!… ¡Cada uno será juzgado según sus obras!… ¡Dios hará un nuevo cielo y una tierra nueva!…». Te digo que les ha dado el rato. Que nos ha dado el rato.

DON DIONISIO. *En la mitad de las carnes.* Ya, ya.

DON PABLO. Eso sí; de cuando en cuando volvía al tema de la esperanza; abría la puerta salvadora en el hecho de que sepamos hacernos merecedores de la suma piedad del Altísimo.

TOPETE. ¡Te veo, Mendoza! En el cepillo de las Ánimas darán razón. Aquí el que no corre, vuela.

DON DIONISIO. Amigo Topete, esa irreverencia en estas circunstancias tan críticas…

TOPETE. Usted perdone.

DON DIONISIO. ¿Y dices, Pablo, que ha habido desmayos en el templo?

DON PABLO. Varios ha habido, sí. La chiquilla mayor de Jacinto Rey se puso algo malucha; casi perdió el sentido. Y a Pepa Galiana la tuvieron que meter a puñados en la sacristía con una pataleta.

TOPETE. Bien; hay que ponerse en la situación de Pepa Galiana. Es de lo más tragicómico que se puede idear.

DON DIONISIO. Pues ¿qué le acontece a esa señora?

TOPETE. ¡Friolera! Que se ha casado por poderes con un cubano, el cual debe llegar pasado mañana a la Coruña. Y si mañana se acaba esto… ¡vaya una bodita sandunguera!

DON PABLO. ¡Bah!

TOPETE. Es cosa que se ha asegurado en el Casino.

DON DIONISIO. Amigo mío, es que en el Casino se miente y se disparata sin fronteras. *A don Pablo.* ¡De la estrella de rabo hay allí quien te da pelos y señales, como si tuviese en ella una casita de recreo! Y bien están los cálculos científicos, pero ¡por el amor de Dios!…

TOPETE. Pablo, ¿no conoces el lance de don Aniceto?

DON PABLO. No.

TOPETE. Es magnífico: de comedia. Y esto me consta que es verdad. Él, como sabes, es un recalcitrante vegetariano; apenas come más que legumbres.

DON PABLO. Así está: de color de acelga.

TOPETE. Pues ayer llamó al médico con voces de socorro porque se moría por la posta.

DON PABLO. ¿Y eso?

TOPETE. En vista de que el mundo estaba en las últimas y de que ya todo era igual, creo que se metió cuchillo en mano en la despensa, y emprendió un duelo a muerte con un jamón serrano.

Don Pablo suelta la carcajada. Don Dionisio no puede.

DON PABLO. ¡Qué suicidio más original!

TOPETE. Y luego decía, echando fuego por la boca: «¡Ya sabía yo que esto del jamón era un veneno!».

DON DIONISIO. A mí me han contado también de un borracho popular en Peña…

TOPETE. ¡Ah! sí: Pitraco.

DON DIONISIO. Ése. Parece ser que lleva seis días tendido a lo largo en la cama, sopla que sopla.

TOPETE. Ni más ni menos. Cada vez que se despierta llama a su mujer y le pregunta: —«Agustina, ¿se acabó ya er mundo? —No, hombre, no. —¡Pos tráeme otra copa!». Y así piensa esperar los acontecimientos.

DON PABLO. Gran filósofo. Ello es, en resolución, que la historia vuelve; la historia se repite. No nos trae un capitulo nuevo.

DON DIONISIO. ¿Por qué lo dices, Pablo?

DON PABLO. Porque desde Zaratustra acá vive y resurge en la humanidad perpetuamente el miedo de que el mundo se acabe. ¡Ay, mundo, mundillo!…

DON DIONISIO. Es interesante el libro que me has dado a leer.

DON PABLO. En él hallarás comprobado esto que estoy diciendo. En todos los siglos ha habido manifestaciones de ese temor y de ese espanto. Los cometas, las estrellas fugaces, los eclipses de sol, las noches súbitas, las erupciones volcánicas, los temblores de tierra, los estragos de la peste o del hambre, todo ha sido cien veces tomado como señal del fin del mundo en la historia del hombre.

DON DIONISIO. Cabal, cabal… Y, a pesar de ello, el mundo sigue.

TOPETE. Hasta que una vez vaya de veras.

DON DIONISIO. Este autor pinta las escenas horrorosas de los años de mil con los más lúgubres colores. Se pone la carne de gallina.

DON PABLO. ¡Oh! ¡Ya lo creo! Como que en el milenario, sin duda, recorrió la tierra, estremeciéndola, una siniestra ráfaga de muerte. *Termino mundi appropinquante.* Así se encabezaban muchos documentos de la época.

DON DIONISIO. Y, no obstante, como decía, el mundo rueda y vive…

DON PABLO. Vive y rueda, es cierto. Y no será tan mala cosa cuando tanto tememos su fin. Ayer pasé mal rato.

DON DIONISIO. ¿Por qué?

DON PABLO. Estuve en casa de los de Saavedra…

TOPETE. ¡Ah! sí.

DON PABLO. Tienen una hija de quince años, enferma tiempo hace, que es una compasión. Se les muere sin remedio alguno. Y me preguntaba la pobre si yo creía que era ver dad que el mundo se acababa. Y había una luz de esperanza en sus ojos, que me conmovió. Notó ella el efecto de la pregunta, y dijo sonriendo: «No se apure usted, don Pablo; usted ya ha vivido bastante». Creyó que me afligía por mi vida, inútil ya, y no por la esperanza imposible de la suya, que se extingue en flor.

Silencio. Los tres reflexionan.

DON DIONISIO. Mi hija no baja. Voy a verla.

DON PABLO. Estarán de palique las dos.

DON DIONISIO. Voy a verla. Para seguir en seguida leyendo ese libro, que me ha echado la garra bien. *Se entra en la biblioteca.*

TOPETE. *A don Pablo, que permanece abstraído, así que don Dionisio se va.* Prepárate a morirte de risa.

DON PABLO. ¿De risa? Puesto que hay que morir, buena muerte es ésa. Topete.

TOPETE. Ahí donde lo ves, me ha dictado su papeleta de defunción.

DON PABLO. ¿Es posible?

TOPETE. ¡Por si mañana es el fin del mundo!

DON PABLO. ¡Ja, ja, ja!

TOPETE. ¿No te dije que te ibas a reír?

DON PABLO. Pero si mañana es el fin del mundo, ¿qué lectores va a tener eso? ¡Menos que mi revista!

TOPETE. Pues ya la lleva sacada en limpio en la cartera. Como si se fuera a publicar en un periódico. No ha omitido ni el detalle de «se suplica el

coche».

DON PABLO. ¡Que huelga en absoluto!

TOPETE. ¡Calcula tú! Si mañana se acaba el mundo, ¿qué cochero va a ir?

DON PABLO. ¡Ja, ja, ja! La realidad siempre sorprendiéndonos con su inventiva inagotable.

Los dos se han sentado: Topete a su mesa y don Pablo junto a la mesita auxiliar. El Comprador ambulante canta de nuevo un poco más cerca.

COMPRADOR. ¡Huesos de jamones!… ¡huesos de jamones!… ¡Se compran baratos huesos de jamones!…

Topete se pone muy nervioso. Don Pablo lo mira maliciosamente.

DON PABLO. ¡Bonita voz tiene ese tío! ¿Verdad, secretario?

TOPETE. *Sin querer aceptar la broma.* ¡Pre… preciosa; sí!

DON PABLO. ¿Por qué no sales y le adviertes que en casa de don Aniceto ha quedado un jamón en los huesos, por obra y gracia de un furioso vegetariano?

TOPETE. *Materialmente saltando en el sillón.* ¡Que… que lo huela él, si quiere!

DON PABLO. *Implacable.* ¡Lástima que *nos* coja sin dinero este cataclismo universal! ¿No, Topete amigo?

Mefistófeles mismo no hubiera sonreído con mayor malicia que el desasosegado secretario, al oír tales palabras.

Sale por la puerta del patio la Abuela Nita con una lamparilla de aceite, encendida, y un santo. Viene afligidísima.

ABUELA. Er Señó tenga piedá de nosotros… ¡Ay, Pablito! He estao escuchando la conversasión de Emma y de Rafaela, sin que eyas se enteraran… ¡Dios de Israé, qué cosas ha dicho er padre en er púrpito! Y las picaronas se reían.

DON PABLO. No se apure usted, abuela; no tenga cuidado ninguno. El cura cree que su deber es atemorizar a los pecadores, pero no será tanto como él dice.

TOPETE. ¡Qué ha de ser! ¡Ni que por primera vez en la vida apareciera en el cielo una estrella de rabo!

ABUELA. ¡Es que esta *indina* cada noche se ve más serca! ¡Ayer de madrugada me ha dicho Quintica que paresía que se iba a caé!

DON PABLO. No es fácil; no es fácil que se caiga. Está bien sujeta.

ABUELA. Bueno, pero me vas a dejá que ponga aquí ar Patriarca bendito.

TOPETE. ¡No; eso no; en mi mesa no tolero santo ni lamparilla!

ABUELA. Hereje, masón, ateo; Dios te va a castigá.

DON PABLO. La verdad es, abuela, que buena está ya de santos la casa.

ABUELA. ¿Tú tampoco lo quieres? ¡Si en esta sala no hay ninguno!

DON PABLO. Por mí, déjelo usted ahí, pero…

ABUELA. Sí, hijito, sí; aquí voy a dejártelo. No es más que por dos días. Hasta que pase er peligro, ¿sabes? *Le da un beso al santo y lo coloca con la lamparilla sobre un mueble.* ¡Ajajá! Tú tendrás cuidao de que no se derrame la mariposa, ¿verdá, Pablito? Voy a vé si hay que echarle más aseite a la Santa Mónica de aquí. *Se entra en la biblioteca.*

DON PABLO. ¡Pobre abuela Nita, con sus santos!…

TOPETE. ¡Lo aferrada que está ella a la vida, con medio siglo en cada pierna!

Allá arriba, en el piso principal de la casa, suena lento y suave el dulce tecleo de un piano pulsado por manos de mujer.

DON PABLO. *Con grata sorpresa.* ¡Oh! ¿No oyes, Topete?

TOPETE. ¿El piano? ¿Es Rafaelita?

DON PABLO. Ella es. Tiempo hacía que no lo escuchaba. ¡Buena señal es ésta!

TOPETE. La mejor de todas.

DON PABLO. ¡Prodigios del campo! Me parece mentira. Me voy a oírla más cerca. Algún día tenía que ser el primero.

Se va embelesado con la música por la puerta del patio.

Topete escucha también encantado la tierna melodía y aun la acompaña con tarareo suave. En tan ideales momentos vuelve a oirse en la calle, cerca

de las ventanas, el tentador pregón.

COMPRADOR. ¡Huesos de jamones!… ¡huesos de jamones!… ¡Se compran baratos huesos de jamones!

Topete se estremece como si lo sacudiera un calambre.

TOPETE. ¡Calla! ¡Calla sirena!, ¡que esto es provocar a un hombre honrado! *Se pasea nerviosísimo.* ¡Por vida de!… *Parándose de pronto.* En rigor, yo lo que he prometido ha sido comprarles a mis hijos unos juguetes invirtiendo en ellos esta cantidad… ¡Y como tengo la seguridad de triplicarla!… *Vuelve a los paseos. Luego se detiene otra vez.* Y en último caso, ante la catástrofe terrestre que nos amenaza, ¿qué vale la palabra de honor de un infusorio? Lo dijo Hamlet: «Palabras, palabras, palabras»…

Coge resueltamente su sombrero, se lo encasqueta, y se va como perseguido por la puerta del patio.

El piano sigue oyéndose allá arriba.

Cruzándose casi con Topete llega Daniel.

DANIEL. ¿Adónde irá eze hombre tan apriza? ¡Vaya un empujón que me ha dao! *Pausa. Presta complacido atención a la música.* La que toca ez eya… Eya es… Yo debía mandá razones y no pizá esta caza.

Sale Quintica de la biblioteca.

QUINTICA. Ahora viene don Pablo.

DANIEL. Bueno.

QUINTICA. Ayí está embobao oyendo tocá a la zeñorita. Dice que desde er luto de eya, hasta hoy, no había güerto a tocá.

Daniel se emboba a su vez, aunque de otro modo que don Pablo; y Quintica, a quien, como ya sabemos, cautiva el campesino, lo mira encantada siguiéndole los movimientos. Poco después cesa la música. Daniel pasea, sin hacer caso de la mozuela. Ésta, por fin, exclama:

Zolo estaba zu zeñoría:
yo le ofrecí mi compañía.

Niño Dios:
zon las dos.
Zan Andrés:
zon las tres.
Tarde es.
Mientras quiera zu zeñoría
yo le ofrezco mi compañía.

Daniel la mira y le sonríe con bondad.

¿De qué ze ríe usté?

DANIEL. De ti.

QUINTICA. ¿Le hago yo a usté gracia?

DANIEL. Mucha.

QUINTICA. A vé zi me pongo colorá. *Silencio.* ¿Usté zabe zi el año que viene iremos ar campo como este año?

DANIEL. Más bien lo zabrás tú que yo.

QUINTICA. ¿Por qué?

DANIEL. Porque más bien que yo zabrás zi la zeñorita está contenta.

QUINTICA. Y ayí, ¿quién no va a estarlo?

DANIEL. ¿Tú lo estabas?

QUINTICA. Más que en parte ninguna. A mí er campo me gusta muncho. Y a la zeñorita no le gustaba antes, pero ahora le ha gustao también muncho.

DANIEL. Ezo me alegra a mí. Y ziendo azí, como tú dices, no zería malo vorvé pa el otoño.

QUINTICA. ¡Ajolá! Digo, zi no ze acaba er mundo mañana.

DANIEL. ¡No ze acaba er mundo!

QUINTICA. ¿Qué no? Poz en er pueblo toa la gente lo cree. Cera bendita hay en munchas cazas pa cuando er zó ze apague. ¡Miste que zi er zó ze apaga de pronto!

DANIEL. Noz alumbraremos con la luna.

QUINTICA. ¡Pero zi la luna no tiene más luz que la que er zó le da! Yo lo he estudiado en la Geografía.

DANIEL. Bien dices.

QUINTICA. ¿Quié usté la mitá de un cabito e cera que tengo yo pa mí?

DANIEL. Ya me lo darás luego. ¿Dónde has estudiao tú la Geografía?

QUINTICA. En la escuela de Er Toronjí, que es mi pueblo. Yo zé munchas cozas. Por ezo estoy tan azustá con esto de la fin der mundo. Zé que hay zatélites, y que hay cometas y vorcanes de fuego y auroras *boriales;* y zé que la tierra ze mueve arrededó de su *ojo;* y que cuando hay terremotos es cuando ze para, que paece ar revés, pa la que no lo haya estudiao; y zé que no ez ésta la primera vez que ze ha acabao er mundo; que ze acabó cuando er diluvio universá, que estuvo yoviendo tos los días cuarenta y ocho horas, y que no ze zarvaron más animales que Noé y zu familia. To ezo zé.

DANIEL. Bueno, mujé; y yo te felicito. Y zi ze acaba er mundo de esta hecha…

QUINTICA. Es que yo también zé otra coza, Danié…

DANIEL. ¿Otra coza más? ¿Qué más zabes?

QUINTICA. Pos zé… una oración pa zarvarse de la fin der mundo.

DANIEL. Ezo zí que es zabé.

QUINTICA. Y es mu preciozízima.

DANIEL. Zí que lo zerá.

QUINTICA. Y en ca pueblo no puén zaberla más que dos perzonas. En cuanto la zaben tres, ya no zirve; pierde toa zu virtú.

DANIEL. ¡Vamos! Y tú ¿a quién ze la has dicho?

QUINTICA. A nadie toavía.

DANIEL. ¿Pa cuándo lo dejas?

QUINTICA. Es que no he tenío oportunidá. Una no es libre de hacé lo que quiere.

DANIEL. ¿Penzarás decírzela a tu novio?

QUINTICA. Farta que lo tenga.

DANIEL. ¿A quién, entonces?

Quintica. No está lejos de aquí.

Daniel. *En voz más baja.* ¿A la zeñorita Rafaela, tar vez?

Quintica. No, zeñó, que tienen que zé una mujé y un hombre.

Daniel. ¡Ya!

Quintica lo mira ruborosa. Él la mira a ella sin comprenderla.

Quintica. ¿Quié usté que ze la diga a usté?

Daniel. *Un poco sorprendido.* ¿A mí?

Quintica. ¿No quié usté zaberla?

Daniel. Yo, zí; pero como dices que no han de zaberla más que dos pa que zirva…

Quintica. *Bajando los ojos.* Por ezo mismo…

Daniel. *Después de un significativo silencio.* Te agradezco que la rezerves pa mí. Dímela, mujé, dímela.

Quintica. ¿De verdá quié usté que ze la diga?

Daniel. De verdá.

Quintica. Toa con *repelucos* estoy… Dice, dice…

Zeñora:
gentir golondrina,
campana zonora,
estreya de naca,
divina pastora
que estaz en los cielos
con trono de aurora:
a tus pies postrados
doz enamorados…

Deteniéndose con rubor. Es mu larga… Yo le daré a usté luego un papé donde la tengo escrita… Porque también dice cozas que yo no quieo decí.

Daniel. Ezo, a tu voluntá.

Quintica. Zí, zí; luego ze la daré.

DANIEL. Cuenta con que yo ya zin eya no me voy.

QUINTICA. Y yo me alegro de ezo muncho.

DANIEL. Y dime, Quintica: ¿pué zaberze…?

QUINTICA. ¿Qué?

DANIEL. Lo que te ha yevao a decírmela a mí.

QUINTICA. No me haga usté a mí eza pregunta. El aqué de la zimpatía, zeñó, que no hay quien lo explique…

DANIEL. El aqué de la zimpatía…

Salen por la puerta del patio Rafaela y Emma. A una y a otra las ha embellecido más aún el aire del campo. La viudita combina ya dichosamente en su vestido el blanco y el negro. Entre Daniel y Rafaela se produce extraña turbación. Quintica, por su parte, no da pie con bola.

RAFAELA. Hola, Daniel.

EMMA. Buenos días.

DANIEL. Dios las guarde a ustedes.

RAFAELA. *A Quintica, por decir algo.* Quintica, óyeme.

QUINTICA. Mándeme usté.

RAFAELA. Llégate a casa de Saavedra… y pregunta cómo está hoy la señorita Ángela.

QUINTICA. Ahora mismo.

RAFAELA. Y nada de entretenerte a la vuelta a charlar en la fuente.

QUINTICA. Pierda usté cuidao, zeñorita. *Se queda quieta, mirando a Daniel.*

RAFAELA. ¿Qué aguardas?

QUINTICA. No… na… *A Daniel.* ¿Usté ze va o ze quea?

RAFAELA. ¿Eh?

QUINTICA. Güeno, yo gorveré en zeguía… Luego le daré aqueyo que usté zabe. *Se retira desconcertada.*

EMMA. ¿Qué es aquello que usted sabe, Daniel?

DANIEL. ¡Qué zé yo!… Cozas de Quintica… Una oración que me ha ofrecío pa librarme de la fin der mundo. Como es tan romancera…

Se ríen los tres.

EMMA. Tiene gracia la tal Quintica.

DANIEL. Rafaelita… ¿y don Pablo?

RAFAELA. En mis habitaciones está.

DANIEL. Zubiré a verlo, ya que ér no baja.

RAFAELA. Se ha puesto a arreglar muy afanoso los papeles de música. *Suspirando.* ¡Ay, Dios mío!… ¡Cómo vuelve todo!

DANIEL. Voy en busca de é. Hasta luego.

RAFAELA. Hasta luego.

EMMA. Adiós.

Daniel se aleja por la puerta del patio.

Las dos amigas callan. Pausa. Emma mira a Rafaela maliciosamente.

RAFAELA. Estoy pensando en la oración esa de Quintica.

EMMA. ¿Sí, verdad?

RAFAELA. ¡Mira que sabe chilindrinas!

EMMA. ¿Y tú, no sabes ninguna otra oración que ofrecerle a Daniel?

RAFAELA. ¡Qué tonta eres!

EMMA. Muy tonta, sí; pero te digo que esto va por la posta.

RAFAELA. Calla, calla.

EMMA. ¡Cómo te envidio la aventura!

RAFAELA. No disparates, Emma.

EMMA. Pero ¿vas a negarme todavía…? ¡Si lo mismo ha sido verlo que no saber qué hablar! Trae acá las manos. ¡Como el hielo! ¡Naturalmente!

RAFAELA. Tendré que reírme. ¡Pobre muchacho! ¡La verdad es que pone una cara cada vez que se tropieza conmigo!…

EMMA. Pues se parece mucho a la que pones tú.

RAFAELA. ¡Bah! ¡Qué simpleza!

EMMA. Sí, sí.

RAFAELA. ¡Diablo de Daniel, y qué enamoramiento le ha entrado! No te rías. Claro, tú, en la gloria; encuentras el lance de perlas. Una viudita, un campesino, sentimientos selváticos, amores primitivos, el idilio, la égloga… Te conozco, si. Pero una cosa pinta la fantasía y otra es la realidad.

EMMA. ¿Por qué? No hay mayor encanto que cuando convienen las dos. Yo protesto de que a la realidad se le niegue la fantasía. Soy una víctima del equilibrio. ¡Vivan los disparates!

RAFAELA. ¡Jesús, Jesús!… Por mí, que vivan. Con tal de que no me cojan en medio…

EMMA. Pues si a esta aventura le llamas disparate, en medio te han cogido. Pero no lo es.

RAFAELA. ¿Que no lo es?

EMMA. ¿Dónde está el disparate? Daniel es un hombre sano y fuerte.

RAFAELA. Sí.

EMMA. Tú eres una mujer bonita.

RAFAELA. Pase, para no discutir.

EMMA. Daniel, que te ha tratado de cerca en el campo, se ha prendado de tu persona.

RAFAELA. No digo que no…

EMMA. Hasta ahora el disparate no parece. ¿Dónde está?

RAFAELA. En que sea Daniel ese hombre y yo esa mujer.

EMMA. En eso precisamente está el incentivo.

RAFAELA. Para ti, que eres loca.

EMMA. Y para ti… porque te gusta Daniel.

RAFAELA. ¡Vamos!

EMMA. ¿Que no?

RAFAELA. Que no, te digo sinceramente.

EMMA. Pues ni contigo ni conmigo eres sincera.

RAFAELA. Pero aun suponiendo que me gustase…

EMMA. ¿Qué?

Rafaela. ¿Adónde iríamos a parar? ¿Qué lógica, qué sentido podría tener esto?

Emma. ¡Sentido común! ¿Te parece poco? Él es libre.

Rafaela. ¡Sí!

Emma. Tú también lo eres.

Rafaela. Yo, no; no lo quiero ser. Estoy atada a mis recuerdos. No hablemos de esto, Emma.

Emma. No hablemos, si te mortifica…

Rafaela. El primer día que vi yo el amor en los ojos de ese muchacho, sentí el mayor desconcierto de toda mi vida.

Emma. Porque el amor de él se encontró con el tuyo; si no, no te habrías inmutado.

Rafaela. ¿Cómo que no?

Emma. Porque no. Sabemos no oír y desdeñar, y no nos morimos de angustia aunque se peguen un tiro por nosotras.

Rafaela. Pero, ¿tú crees posible que yo pueda querer a otro hombre?

Emma. ¡Claro que sí! Esa sepultura que le buscas a tu corazón a los veinte años es un absurdo como una casa. La vida es transformación perenne; constante inquietud. Cada siete años hay en las personas una total renovación de la sangre. *Se estrena* individuo, como quien dice.

Rafaela. ¡Jesús!

Emma. De ahí que le oigamos a mucha gente: «Si a mí me hubieran dicho hace siete años que iba a hacer esto y esto, no lo hubiera creído». ¡Pero, señor, si no es usted el que lo hace; si es *otro*!

Rafaela. Pues otra tendría yo que ser.

Emma. ¡Pues serás otra!

Silencio. Rafaela juega con fuego en el pensamiento.

Rafaela. Si yo te contara…

Emma. ¿Algo de Daniel?

Rafaela. Si…

Emma. Cuéntamelo.

RAFAELA. ¿Quién está en la biblioteca?

EMMA. Mi padre. Pero como si estuviera sola; no se entera más que de lo que lee. Lo ha absorbido el rabo de la estrella. Habla.

RAFAELA. No vayas a creer que es ningún capítulo de *Las mil y una noches…* Es una niñería… Sino que la recuerdo porque vino a pintarme sin palabras el demonio del amor de ese hombre.

EMMA. ¿Sin palabras?

RAFAELA. Sin palabras… y con un suspiro.

EMMA. Esto es interesante.

RAFAELA. Fué una tarde, en el campo, en que tú te quedaste emperezada en el caserío, leyendo, y yo me fui sola al pinar.

EMMA. ¿Estás segura de que ibas sola?

RAFAELA. Sola, sí.

EMMA. ¡Va una tan acompañada muchas veces que al parecer no lleva a nadie junto!

RAFAELA. Como quieras. Entré en el pinar, me fuí un poco adentro, gozando de aquel olor y de aquella sombra, y al rato me tumbé en el suelo con abandono. ¡Qué bien se estaba allí! Entorné los ojos llamando al sueño, con idea de soñar… El sueño no venía, sin embargo. De pronto, sin abrir los ojos, vi que alguien me estaba mirando allí cerca. Mejor lo sentí que lo vi. Fingí que dormía, entonces… Se acercó la persona calladamente. Sus ojos me abrasaban la cara. Yo no tuve valor para simular que despertaba en aquel instante… Temblaba mi cuerpo, se encendía mi rostro… pero mis ojos seguían cerrados, como si durmieran. En esto, escuché un suspiro. No un suspiro, un sollozo más bien… Me incorporé fingiendo sobresalto, volví la vista en torno mío… y vi a Daniel que se alejaba pinar adentro, de espaldas a mí ya, la cabeza hundida en el pecho, los brazos caídos, el aire sombrío y taciturno… como una imagen de la desesperanza… Lo miré alejarse un buen rato. Él, de improviso, volvió la cara y me vió observándolo. Entonces apresuró el paso y desapareció. Yo me puse como la grana. Desde aquel momento, cuando nos encontramos, él no manda en sus ojos… ni yo en los colores de mi cara. Y ésta es la aventura.

EMMA. ¿Ves cómo tengo yo razón? ¿Por qué no lo llamaste?

RAFAELA. ¡Quita, mujer!

EMMA. ¡Valiente tonta! ¡Con las cosas que te hubiera dicho, si llegas a llamarlo!

RAFAELA. ¿Quién canta?

EMMA. ¿No es Topete?

RAFAELA. Sí; Topete es. ¿Qué le pasa a este hombre?

Llega Topete por la puerta del patio, cantando el brindis de «Marinan». No es el mismo hombre que se fué. Todo en él resplandece: en sus mejillas hay carmín, y en sus ojos, fuego. Habla con gran vehemencia, locuacidad y alegría. Cuando sus manos dan en los bolsillos del chaleco, aquello suena bien.

TOPETE.

¡A beber, a beber y a apurar
las copas del licor,
que el vino hará olvidar
las penas del amor!

EMMA. ¿Qué es eso Topete?

RAFAELA. ¡Contento viene usted!

TOPETE. ¡Hola, Emma! ¡Hola, Rafaelita! ¡Caramba, caramba! ¡Qué reguapísimas estáis!

RAFAELA. ¡Topete!

EMMA. Siempre galante, don Ramiro.

TOPETE. Galante, no: justo. Yo no soy de esos viejos que, porque los años los corcovan, se vuelven miopes ante las gracias juveniles. Sin contar con que mi corazón no tiene canas. ¡Ni las tendrá nunca! *Torna a cantar su brindis, y se sienta a la mesa, y hace una apuntación en el cuaderno verde, sin dejar de cantar. Mientras, comentan el caso Emma y Rafaela*.

¡A beber, a beber y a apurar
las copas del licor!…

Emma. Pero ¿le ha tocado la lotería?

Rafaela. Para mí que cerca le anda. ¡Ah, pícaro! El cuadernito verde me da la clave. ¿Puse el dedo en la llaga, no?

Topete. ¡Ja, ja, ja! ¡Ésta me conoce, ésta me conoce!

Rafaela. ¡Y tanto!

Topete. ¡Qué aceituna! ¡Ya que dicen que mañana se acaba el mundo, quiero despedirlo con alegría! ¿Cuándo me voy a ver en otra? *Se suena la plata en el chaleco.*

Rafaela. Canta el grillo, ¿eh?

Topete. ¡No es el grillo! Julieta; es el ruiseñor el que canta.

Sale de la biblioteca la abuela Nita, con otro «santirulico» en la mano.

Emma. Y ¿se saldrá con la suya la estrella de rabo?

Topete. ¿Quién piensa en tamaña paparrucha?

Abuela. ¿Verdá que no, Topete?

Topete. ¡Calle usted, señora; calle usted! ¡Esto tiene cuerda para rato! ¡Yo asistiré a su centenario de usted y usted al mío!

Abuela. *Rebosando de júbilo.* ¡Ay, qué buena sombra! ¡A su sentenario quiere que asista yo!… Él ar mío, no digo… ¡Qué grasia de hombre!

Topete. ¡Pues no faltaría más sino que el propio creador del Universo fuera a destruir una bella parte de su obra por darle gusto a un cometita *pirandón!* ¡Vamos, hombre!

Abuela. Tiene rasón éste: si Dios lo ha hecho, ¿cómo lo va a destruí Dios mismo? ¿No, niñas? Pero bueno es que Dios esté contento con nosotros. A este San Roque lo voy a poné en er postiguiyo de la cánsela. *Le da un beso.* ¡Je, je! ¡Me ha hecho reí er demonio e Topete! Oye: luego te voy a dá un char de mis tiempos pa que se lo regales a tu mujé de parte mía. Tengo yo gusto en que lo luzca eya.

Topete. ¡Muchas gracias!

ABUELA. Sin grasias, tonto. Es gusto que yo tengo. Y una gargantiya de corales, presiosa, vas a yevársela a tu hija la mayó. Como está poyeando… Yo me acuerdo… yo también he sido muchacha… Me ha hecho reí… Me ha hecho reí… ¡Mi sentenario, dise… mi sentenario! ¡Ay, ay, ay! *Se va radiante de alegría por la puerta del patio.*

TOPETE. Ahí la tenéis: la vida, la vida. ¡Ésa es la vida! La vida, que aun encerrada en la vieja cárcel de ese cuerpecillo, no quiere morirse. La vida no se quiere morir.

RAFAELA. Ni usted tampoco, me figuro.

TOPETE. ¡Tampoco! Es más: yo, sobre no querer morirme, quiero vivir. ¡Amo la vida, señor; amo la vida!… Y he cumplido con ella y con Dios. Creced… etcétera. Yo he crecido… y etcétera, etcétera. *Las muchachas sueltan la risa.* Le he dado a mi patria siete ciudadanos —cuatro ciudadanos y tres ciudadanas— que se casarán con otros tantos ciudadanos y ciudadanas, y que serán… y que seguirán… y que continuarán… y que vendrán a ser…

RAFAELA. Basta, Topete, basta ya; que tanta luz ofusca. Este hombre ha debido subir al púlpito hoy en lugar del padre Manolito, y la gante habría salido más pacífica de la iglesia.

TOPETE. Para las almas de cántaro, amiguitas, el mundo no vale un real. Pero los que sabemos sentir hondo, vamos siempre por las rutas del mundo dando gritos de admiración y de alegría. Vemos el mar: ¡ah! Vemos los montes: ¡ah! Vemos el cielo: ¡ah! Las flores: ¡ah! Las mujeres: ¡ah! Hace veinte años que hice yo «¡ah!» ante una morena con lunares… y me estoy rascando todavía. *Nueva risa de las muchachas.* ¡Pero me rasco con muchísimo gusto! Creced… etcétera. *Cantando.*

¡A beber, a beber y a apurar
las copas del licor!…

¡Adelante, Quintica, flor y nata de El Toronjil! ¡Adelante!

Quintica viene por la puerta del patio, atribulada y casi sin aliento. Apenas puede hablar.

Rafaela. ¿Qué es eso, Quintica? ¿Está la señorita peor?

Quintica. No, zeñora… la zeñorita… ha pazao bien la noche pazá…

Rafaela. Pues ¿qué traes tú que así vienes?

Quintica. ¡Que está to regüerto… con esto de la fin der mundo!

Topete. ¡Y dale de moler, aceituna!

Quintica. ¿No ze han enterao ustés de lo de la botica?

Rafaela. No.

Emma. ¿Qué es lo de la botica?

Quintica. Pos que er mancebo estuvo en la iglezia oyendo ar padre predicadó… y le ha entrao tanto miedo de que er mundo ze acabe mañana… que ze ha pegao un tiro.

Rafaela. ¿Un tiro?

Topete. ¡Qué barbaridad!

Emma. Y ¿se ha matado?

Quintica. Dicen que no ze ha matao der to… pero que es probable que ze mate… digo, que ze muera.

A don Pablo, que llega por donde Quintica.

Rafaela. Papá, ¿tú has oído? ¡Mayor insensatez!

Don Pablo. ¿Qué es ello?

Topete. ¡Lo absurdo; lo increíble!

Emma. Un fenómeno del miedo; una locura.

Rafaela. Cuenta, Quintica…

Sale don Dionisio de la biblioteca, con un libro.

Don Dionisio. Escúchame, Pablo: sostiene este autor que el cometa de 1811…

Emma. Deja eso ahora, que parece que hay bastante con el de este año.

Don Dionisio. ¿Cómo?

Don Pablo. Cuenta, Quintica; cuenta.

Quintica. Zeñorito, que de rezurtas der zermón zobre la fin der mundo, ar mancebo de la botica le ha entrao tanto miedo… que ha agarrao

una pistola… y ze ha tirao un tiro en la cabeza.

Don Dionisio. ¿Eh?

Don Pablo. Pero ¿es posible?

A don Dionisio, que se pone como la cera, se le pega el estómago al espinazo.

Rafaela. Por fortuna, creo que no se ha matado.

Topete. ¡Bah! ¡Se habrá chamuscado una oreja!

Quintica. No, no, zeñó; que dicen que está mu malito.

Don Dionisio. ¡Demonches!… No gana uno para sustos en estos días… Pero lo asombroso es que haya almas tan crédulas… almas tan inocentes…

Topete. El suicidio… En general, el suicida… Yo defino al suicida así: «El suicida es la cobardía hecha hombre».

Don Dionisio. ¡Ah! por supuesto… El suicida es un ser… es un ser… Yo al suicida le impondría una pena… un castigo… ¡qué sé yo!… una multa… ¿Quién le manda a usted matarse, señor mío?

Don Pablo. Pero, ¿qué dices, hombre? ¿Estás delirando? ¡Ay! Yo opino muy al contrario que Topete y que tú. Creo que el hombre que voluntariamente deja esta vida por dolor o por desesperanza, no es cobarde, es héroe; y merece la piedad más profunda. Ahora, lo que no me cabe en la cabeza es que haya desgraciado que se pegue un tiro por miedo de que se acabe el mundo.

Don Dionisio. Demencia, demencia; no puede ser sino demencia. Porque… matarse por miedo no es lo mismo que morirse de miedo… Esto no depende de la voluntad. Demencia, demencia, y nada más que demencia…

Don Pablo. ¿Qué ibas a consultarme tú?

Don Dionisio. ¿Eh? Ya se me ha ido…

Quintica. ¡Pero, además, pazan munchas más cozas!

Topete. ¡Pues si son desagradables, yo no las quiero oír! ¡Me vuelvo al Casino a alborotar un poco! ¡Viva la vida! *Se marcha gozoso, entonando nuevamente el mismo brindis.*

¡A beber, a beber y a apurar
las copas del licor…!

DON PABLO. ¿Qué es eso? ¿Está borracho mi secretario?

DON DIONISIO. ¿Qué más cosas pasan, Quintica?

QUINTICA. Pos que esta tarde zale de Zantiago una procezión de rogativa, y que Ramón, er de la tienda e zogas, que es judío, va a í descarzo delante de eya con los brazos en cruz; y que los niños de la escuela van a cantá una oración que ha zacao er maestro; y que doña Gertrudi ha ofrecío pagá toa la cera que ze conzuma; y que Quiroga er droguero, que vive con una mujer mala zin está cazao, ha yamao ar cura pa que Jos caze; ¡ah! y que Miguelón el avariento ze ha güerto loco, queriendo ocurtá zu dinero bajo tierra; y ze ha echao a gritá pidiendo zocorro por las cayes y diciendo munchas picardías, y tos los chiquiyos lo perziguen tirándole piedras y cantándole cozas; ¡ah! —ze me orvidaba lo mejó— y que la hija de eze a quien le yaman *Perejí*, eza morena tan bonita, ze ha escapao con er novio por zi acazo ze acaba er mundo; y dicen que dice *Perejí* que zi er mundo ze acaba, que güeno, que la deja; pero que como no ze acabe er mundo, la mata a palos. To esto me lo han contao en la fuente. Y ezo que no me quize entretené.

RAFAELA. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué pueblo éste más novelero!

EMMA. ¡Más extraordinario, diría yo! Esa relación de Quintica me ha dado a mí un escalofrío por palabra.

DON PABLO. Y a mí por sílaba.

EMMA. Ríase, ríase usted. ¿Sabe usted lo que yo siento, don Pablo?

DON PABLO. ¿Qué sientes tú?

EMMA. ¡Que después de tantos y tantos temores no va a pasar nada!

DON DIONISIO. ¡Dios nos asista! ¡Que no pase nada es lo que sientes! ¿Está en su razón esta desventurada hija mía?

EMMA. ¿No he de estarlo, papá?

DON DIONISIO. ¿Serás capaz de preferir un cataclismo?

EMMA. ¡Claro!

DON DIONISIO. Dice que ¡claro! ¿Has oído, Rafaela? Pablo, ¿tú has oído? Dice que ¡claro!

DON PABLO. ¡Claro! ha dicho bien claro.

EMMA. Pero, ven acá, papaíto: más tarde o más temprano, ¿no tenemos que morirnos todos?

RAFAELA. ¡Claro! también.

EMMA. Pues yo, en lugar de una muerte vulgar, en una alcoba estrecha, con dos sinapismos en las pantorrillas y rodeada de parientes que fingen duelo, prefiero mil y mil veces una muerte insólita, grande, apocalíptica.

DON DIONISIO. ¡El diablo que te escuche!

EMMA. ¡La veo; la veo!

DON DIONISIO. Calla; hazme el señalado favor de callar.

EMMA. ¡La veo! Primero, un formidable estampido universal que nos deje sordos a todos; luego, un trágico resplandor infernal que nos deje ciegos; después, una tremenda conmoción que nos vuelva locos; ¡pobre razón humana! Y en seguida, la atmósfera que se envenena, los pulmones que estallan, los cráneos que crujen pulverizados y el espíritu que vuela libre en busca de un mundo mejor y se queda pendiente en el fleco de luz de una estrella.

QUINTICA. ¡Qué bonito está ezo!

DON DIONISIO. ¡Muy bonito! ¡Precioso está! ¿Quieres, hija mía, obedecerme una vez siquiera y no decir más enormidades?

RAFAELA. No se ponga usted así, don Dionisio.

DON DIONISIO. Pero, ¿hay paciencia que la oiga? Tú te ríes y ése también se ríe; pero yo no me puedo reír.

DON PABLO. ¿Por qué, hombre, por qué?

DON DIONISIO. Porque en serio, completamente en serio temo por la razón de mi hija.

EMMA. ¿Qué le parece a usted, don Pablo?

DON PABLO. Que tu padre no ve claro en este negocio; y que yo, aunque el cataclismo no viniera, ya lo doy por visto con la descripción que tú

has hecho.

DON DIONISIO. ¿*Tu quoque,* Pablo? Te confieso que extraño altamente que un hombre de peso como tú dé pábulo a semejantes chirigotas. Porque, vamos a ver: me vas a contestar noblemente: ¿crees tú, con la mano puesta en el corazón, que hay motivo juicioso, científico, para temer que mañana ocurra algo grave?

DON PABLO. *Con no disimulado humorismo.* ¿Cómo que si lo creo? Mi pobre opinión no vale nada. Sólo te diré que algunos de los hombres consagrados a los bellos estudios astronómicos nos hablan, apoyándose en cálculos precisos, de un peligro menos que remoto. Yo, a ellos me atengo. Venga lo que viniere. *Poniéndose serio.* Dios dirá. Hablo del Dios que creó los mundos infinitos. Siempre he creído que a los pobres hombres nos falta entendimiento para comprender tanta grandeza, como nos falta vista para medir nuestra pequeñez. Dios dirá. Por mí, tiempo hace ya que camino en la vida con el espíritu dispuesto para el gran viaje.

A don Dionisio, al oír esta confesión, no le da un desmayo por milagro divino. Los demás callan momentáneamente, impresionados por tales palabras.

QUINTICA. *Con el alma en la boca.* Zeñorita.

RAFAELA. ¿Qué quieres?

QUINTICA. ¿Me manda usté argo a mí?

RAFAELA. Nada, ahora.

QUINTICA. Pos con zu licencia. *Marchase por la puerta del patio, en busca de la oración que le ofreció a Daniel.*

EMMA. Perfectamente. Yo, después de escuchar a don Pablo, me voy por esas calles a corretear, a coger impresiones, a escuchar donaires y desatinos. ¿Vienes conmigo, Rafaela?

RAFAELA. No, no tengo humor.

DON DIONISIO. ¿Ni quién lo tiene para acompañarla?

EMMA. Hasta luego, entonces.

DON PABLO. Anda con Dios.

Don Dionisio. *Siguiendo a Emma, que se marcha por la puerta de la biblioteca.* Emma, Emma, hija mía, hija de mi alma, no te vayas a poner en ridículo.

Don Pablo. *A Rafaela, con ingenuidad.* ¡Pero ese hombre tiene un miedo horrible! Se nos va a quedar entre las manos, Rafaelita.

Rafaela. Y tú también le dices unas cosas…

Don Pablo. Comencé en broma y acabé en serio. Esto me ocurre mucho. Pero de veras que lo noto más flaco hace unos cuantos días.

Rafaela. Anda, anda con él y trata de animarlo y de quitarle que lea más libros de estrellas y luceros.

Don Pablo. Sí, sí; es una obra de caridad. Allá voy. ¡Ja, ja, ja! ¡Cáspita con el bueno de Dionisio, y qué asustado está! En cambio, la hija… la hija… Cuando digo yo que mi señora doña Eduarda… *Se entra en la biblioteca.*

Allá lejos, muy lejos, en la calle, óyese como un eco el canto de unos cuantos chiquillos persiguiendo al avaro de que ha hablado Quintica. Entre copla y copla gritan que se las pelan.

Chiquillos.

¡Miguelón,
cara de ratón,
vende la levita:
de poco te ha valío
guardá la *guita*!

Rafaela. ¿Qué gritería es ésa? *Se acerca a una de las ventanas y presta oído.* ¡Ah! sí. Los chiquillos detrás del avaro. ¡Son el demonio mismo!

Chiquillos.

¡Miguelón,
cara de ratón,

vende tu sombrero:
de poco te ha valío
guardá dinero!

Por la puerta del patio aparece en esto Daniel.

Rafaela. Hola, Daniel. ¿Aquí todavía? Yo te hacía ya camino del campo.

Daniel. Pa ayá me voy.

Rafaela. ¿Dónde estabas?

Daniel. Con la abuela Nita. Riéndome un rato con zus cozas.

Rafaela. ¿Te ha dado algún santo y alguna lamparilla para el cortijo?

Daniel. Encargo yevo de encendé unas pocas. Pero ahora me reía de los conzejos que le daba a Juana.

Rafaela. ¿A Juana?

Daniel. Parece zé que er piyo de Izidoro trata de convenzerla en zu provecho de que mañana es la fin der mundo. Juana, por las zeñas, no está muy convencía, pero tampoco le hace ascos a Izidoro; y con las mismas le ha pedio conzejo a la abuela, y ha zío un pazo de gracia.

Rafaela. Ese tunante de Isidoro…

Inopinadamente llega Quintica por donde se marchó, en busca de Daniel. Al hallarlo con Rafaela da un respingo.

Quintica. ¡Huy!

Rafaela. ¿Qué quieres tú?

Quintica. *Disimulando.* Pos… pos venía a pedirle a usté la yave e la despenza.

Rafaela. ¿Para qué?

Quintica. ¿Pa qué va a zé? Pa zacá aceite.

Rafaela. ¿Más aceite?

Quintica. ¡Zeñorita, zi no paramos de aviá lampariyas! ¡Zi la zeñora paece que está poniendo luminarias! Yo no ziento más zino que principien a acudí lechuzas.

Rafaela. Bueno, pues ahora iré yo a darlo. Vete.

Quintica. Está bien. *A Daniel, en voz baja, rápidamente, en un descuido de Rafaela.* Tome usté la oración que le dije. *Le entrega un papel muy doblado, y vuelve a irse por donde llegó, temerosa, pero satisfecha completamente.*

Daniel. ¡Ah!… Dios te lo pague.

Rafaela. ¿Qué ha sido eso?

Daniel. Que no ha parao hasta darme la oración pa librarme de la fin der mundo.

Rafaela. ¡Ocurrencia es!

Daniel. Y dice que no zirve zino pa dos perzonas en ca pueblo.

Rafaela. Y ¿te ha elegido a ti?

Daniel. Pa que vea usté zi tengo zuerte.

Rafaela. Se conoce que le has gustado.

Daniel. Ayá eya. Después de to, razonable zería que se fijara en argún hombre como yo: los pobres, pa los pobres.

Rafaela. El hombre que sabe lo que tú y que trabaja como tú trabajas, no puede decirse que es pobre. No te eches por tierra, ni pongas tan baja la vista.

Daniel. ¿La vista baja yo? Ziempre la pongo arta, quizás de la costumbre de mirá pa laz estreyas ayá en er campo. Pero ezo no quita que zea pobre.

Rafaela. ¡El campo!… Aquél sí que es tu amor.

Daniel. Apego le tengo, es la verdá: tar vez por lo bien que me paga. Nunca ziembro en é que no recoja. *Silencio. Rafaela, turbada, no acierta a responderle.* Don Pablo, ¿está ahí?

Rafaela. Sí; ahí en la biblioteca está.

Daniel. Vi a decirle con Dios. *Desde la puerta de la biblioteca.* Don Pablo, hasta mañana. ¡Zi Dios quiere! ¿Ze le ofrece a usté arguna coza, zeñorita?

Rafaela. ¡Señorita! ¿No te he dicho que no me llames así?

DANIEL. Gusto yo de yamarlo to por zu nombre propio.

RAFAELA. No quiero contestarte. Anda con Dios.

DANIEL. Quéeze usté con É.

RAFAELA. Dame la mano, por si mañana se acaba el mundo.

DANIEL. No ze acaba.

Se estrechan la mano con emoción.

RAFAELA. ¿Crees tú que no se acaba?

DANIEL. Zeguro estoy.

RAFAELA. ¿Seguirá dando vueltas?

DANIEL. No tan grandes como argunas veces fuera menesté, pero zeguirá dando vuertas. A nadie ze le cortará zu zino: ca uno con er zuyo zobre loz hombros yegará hasta er fin.

RAFAELA. Es cierto: cada uno con su cruz…

DANIEL. Usté, quizás, zentiría menos que nadie que esto ze terminara…

RAFAELA. ¿Por qué?

DANIEL. Porque no ze le cae de la boca aqueyo de que ya no tiene pa quién viví.

RAFAELA. Y así es la verdad; no lo dudes.

DANIEL. ¿Lo está usté viendo?

RAFAELA. Pero… ¿y los demás, Daniel? Yo no soy egoísta. Que vivan los demás contentos… que siga el mundo dando vueltas.

DANIEL. Que ziga.

RAFAELA. ¿Hasta mañana?

DANIEL. Hasta mañana Mande Dios lo que mande, yo quiero que me coja aquí.

RAFAELA. Y ¿cómo no prefieres el campo, tu campo?

DANIEL. ¡Zi viera usté lo zolo que ze ha quedao er campo hace unos días!…

RAFAELA. ¿Sólo? Como siempre, ¿no?

DANIEL. Como nunca.

RAFAELA. Adiós.

DANIEL. Con Dios.

RAFAELA. *Ensimismada*. Imposible… imposible… *Él se va por la puerta del patio y ella por la de la biblioteca. Antes de desaparecer, instintivamente los dos vuelven la cara, y se encuentran sus ojos.* Imposible…

Llega por la puerta del patio Topete, en quien el azar ha obrado una radicalísima y grave transformación. Viene lacio, triste y marchito. Tira el sombrero con rabia sobre un mueble, y suelta un par de suspiros desconsoladores.

TOPETE. ¡Ay, ay!

En la calle, lejos, óyese en esto la voz del Ciego Palotes, que pregona.

PALOTES. ¡Niñas! ¡Niñas! ¡El úrtimo romanse que me quea! ¿Quién lo quiere? ¡Er mundo se acaba mañana! ¡Mañana se acaba!

TOPETE. *Sentándose a su mesa y poniendo vinagre en su acento.* ¡No será verdad que se acabe esta porquería! *Con mal modo tira del cajón donde tiene sus cuadernos de apuntes, saca el colorado, y se dispone a escribir en él una larga partida*.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma sala. Es por la noche. La lámpara encendida ilumina discretamente la estancia. De la calle viene un poco de luz de la luna. Estamos a 14 de junio; no se ha acabado, pues, el mundo el día 13.

Sale por la puerta del patio Juana, huyendo de Isidoro, que la sigue con insistencia.

JUANA. ¡Que me dejes te digo, Izidoro!

ISIDORO. ¡Pero si es que quieo convenserte de que te han engañao!

JUANA. ¡Te digo que me dejes; que no me persigas! ¡Que no quieo hablá contigo! ¡Vaya!

ISIDORO. ¿Que tú no quiés hablá conmigo? ¡Mardito sea er mundo! ¡Asín picaran con un hacha las lenguas dañinas! ¿Quién te ha engañao?

JUANA. Nadie; no me ha engañao nadie; he visto yo lo que tenía que vé. Corre en busca e la *Rubia* y déjame.

ISIDORO. ¡Y dale con la *Rubia*! Mañana cuando vayamos a la romería…

JUANA. ¿Quién, yo? ¿Que yo vi a di contigo a la romería? ¡Ezo te lo pintas tú en un papé!

ISIDORO. Pero ¿es que va a festejá to er pueblo que no se ha acabao er mundo, menos tú y yo?

JUANA. ¡Busca a la *Rubia* pa festejarlo! ¡Como la buscaste pa festejá que ze acababa!

ISIDORO. ¡Mar fin tengan las comadres e barrio! Pero ¿quién te habrá contao a ti el infundio ése? Por supuesto, que ya te pasará.

JUANA. ¡Zí, zí; como no me paze!…

Llega por la biblioteca Quintica.

QUINTICA. Toa la caza estoy corriendo en busca tuya. Anda ya, que don Pablo te yama.

ISIDORO. ¿A mí?

QUINTICA. A ti. Anda ya. En er comedó está er zeñorito.

ISIDORO. *A Juana.* ¡No creas tú que te dejo! No me conformo yo a viví en entredicho por una mala lengua. ¡Mardito sea er mundo! *Se va por la puerta de la biblioteca.*

QUINTICA. *Al ver gimotear a Juana.* ¿Qué tienes tú? ¿Qué les paza a ustedes?

JUANA. Que habemos peleao.

QUINTICA. Ezo lo estaba viendo yo vení.

JUANA. Es mu granuja, ¿oyes? Ar mismo tiempo que quería convencerme a mí de que ayé era la fin der mundo estaba queriendo convencé a la *Rubia*. Mía qué fechuría.

QUINTICA. Mujé, zi creía que er mundo ze iba acabá, quizás der mismo zusto… Una mala hora. Porque ér te quiere; me lo ha dicho a mí. Y yeva tu retrato en la badana der zombrero.

JUANA. ¡Toma! ¿Y a mí te pienzas tú que no me lo ha dicho? Por to pazo yo, menos por un engaño azina.

QUINTICA. No yores, mujé, que me da pena verte.

JUANA. Y ¿qué vi a jacé, zi no pueo remediarlo? ¡Zi lo peó de to es que ér me cae en gracia!

QUINTICA. A las mujeres ziempre tiene que tocarnos yorá. Lo mismo que zeas moza de cuerpo e caza, como que zeas emperadora. Porque yo zé la historia de Doña Juana la Loca, que fué reina de España, y ze cazó con Don Felipe er Guapo; y a Don Felipe er Guapo no le gustaban más que las moras; que ahí empezó la guerra de África. Y Doña Juana se gorvió loca la

pobrecita, y ér ze murió, y eya ze pazaba las noches ar zereno, y munchas cozas más. Y ya ves tú, fué reina.

Juana. ¡Ay! Er mar de muchos no es conzuelo, aunque zea mar de reyes. Yo lo que quiziera zería orvidarlo.

Quintica. ¿Orvidarlo?

Juana. Orvidarlo por otro.

Quintica. Pos mira, yo te vi a enzeñá el enzarmo de los tres zuspiros, que cuentan que ez el único pa orvidá. Principia así:

> Tres zuspiros guarda mi pecho:
> zargan al aire en mi provecho…

Y luego zigue como una oración. Yo te lo enzeñaré. Lo dices toas las noches al acostarte: pones en el espejo er nombre de é, con er bajío; le haces una cruz por debajo y lo repites hasta tres veces. Y ar mes, no te quea ni el enzueño.

Juana. ¿De veras, chiquiya? Y tú, ¿de quién lo haz aprendío?

Quintica. De una gitana de mi pueblo. Y cazi ze me había ido de la memoria; pero he tenío que recordarlo, porque, por mi desgracia, lo necezito ahora también.

Juana. ¿Tú, Quintica?

Quintica. ¡Y ésta zí que es pena, Juaniya! ¡Esta zi que es pena! No me ha engañao nadie; pero es peó mir veces; porque ni siquiera para la vista en mi el hombre que me ha enhechizao.

Juana. ¿Quién ez é?

Quintica. Ezo ze quea pa mi zola.

Juana. ¿Lo conozco yo?

Quintica. Na me preguntes, porque na te diré.

Juana. ¿Quiere a otra?

Quintica. Anoche, que iba a zé la fin der mundo, lo vi más claro que a la luz der zó. Tanta pena me dió convencerme de eyo, que zentí que er mundo no ze acabara en aquel istante. ¡Ajolá ze hubiera acabao!

Juana. Pos júntate conmigo.

QUINTICA. Yo ya tengo tomá mi rezolución.

Aparece por la puerta de la biblioteca don Dionisio, como el sol en un amanecer de primavera. Aquellos ojos muertos han recobrado vida y fulgor, y aquella profunda arruga de la trente ha desaparecido con el cometa.

DON DIONISIO. No se asusten las tiernas palomas, que no soy cazador furtivo.

JUANA. ¿Qué?

QUINTICA. Zeñó.

DON DIONISIO. Siempre fui de la Protectora de Animales.

QUINTICA. ¿Cómo dice?

DON DIONISIO. *Enmendando el yerro.* De Animales y Plantas. Y vosotras sois dos tiernos brotes campesinos.

QUINTICA. ¿Es verdá lo que trae el *Diario,* zeñó?

DON DIONISIO. ¿Qué trae?

QUINTICA. Que usté y la zeñorita ze marchan mañana a Madrí.

DON DIONISIO. ¡Oiga! ¿Quién habrá llevado la noticia? Pues si, es rigurosamente exacto. Mañana por la noche partiremos mi hija y yo, después de asistir con todos por la mañana a la romería. ¡Hay que darle gracias a Dios porque este mundo pícaro continúa dando vueltas! ¡Je, je! ¡Qué miedo ha pasado alguna gente!

QUINTICA. ¡Zi, zeñó; zi que lo han pazao!

DON DIONISIO. ¡Cómo me he reído yo!

QUINTICA. Y nozotras.

DON DIONISIO. Y ahora que estamos solos, a hurtadillas de los vigilantes ojos del ama de la casa… Juana, toma tú. *Le ofrece un billete.*

JUANA. No zeñorito.

DON DIONISIO. Sin chistar Toma.

JUANA. Muchízimas gracias.

DON DIONISIO. Y tú, Quintica, toma también. *Le ofrece otro.*

QUINTICA. Ezo zí que no. Yo no, yo no.

DON DIONISIO. A mí se me obedece.

QUINTICA. Pero ¡zi nozotras no le habemos zervío por interés ninguno!

DON DIONISIO. ¡Chist! Toma y calla.

QUINTICA. Ea, pos munchas gracias, zeñó.

DON DIONISIO. Compraos unas faldas o unos pendientes de corales para aturrullar a los peñarrealeños. ¡Je, je! Y quedaos con Dios, clavellinas.

QUINTICA. Usté lo paze bien, zeñó.

JUANA. Usté lo paze bien.

Se va don Dionisio hacia el palio.

QUINTICA. ¿Diez duros te ha dao?

JUANA. Zí; diez duros zon. ¿Le dará otros diez a Izidoro?

QUINTICA. Pues apostá a que zí. Este zeñó, desde que ha visto que no ze acaba er mundo, está como loco. Ze ríe de to y con to. Y no hace más que repartí cozas.

Viene del patio la Abuela Nita, con el semblante alegre, y pega la hebra con las muchachas.

ABUELA. ¿De qué charlan ustedes, buenas piesas?

QUINTICA. De que don Dionisio noz ha dao diez duros a ca una.

ABUELA. ¿Diez duros?

JUANA. Místelos.

ABUELA. Como que er señorío no sabe está ocurto, y don Dionisio es un cabayero muy principá. A mí me ha ofresido mandarme fruta de su huerta de Mursia… ¡Dátiles!, ¡dátiles! ¡Qué ricos! Muy ardientes, pero muy ricos. Como grasias a Dios tengo un estómago de lata… Bueno, yo nesesito a una de ustedes. A ti, Quintica.

QUINTICA. Mándeme usté.

ABUELA. No, no; prefiero a Juana, porque a ti se te va er santo ar sielo con tanta paparrucha como enjaretas… Tampoco se atan dos cuartos de comino contigo, no te figures tú. Er dichoso noviajo…

JUANA. Ezo ya pazó.

ABUELA. Sí, sí… Cuando tú vas yo estoy de vuerta, simple. Sígueme a mi cuarto.

JUANA. Adonde usté me mande, zeñora.

ABUELA. A mi cuarto: a recogé mis cosas.

QUINTICA. ¿A recogé zus cozas dice usté?

ABUELA. Sí, hija mía; sí. Con ustedes se pué tené una confiansa, porque son buenas. Yo me voy a muda de esta casa.

QUINTICA. ¿Que va usté a mudarze?

ABUELA. No levantes la voz. Que me voy a mudá. Mañana mismito.

JUANA. ¿A caza de don Feliciano otra vez?

ABUELA. Dios me libre. Voy a casa de mi prima Luisa, que es persona de asiento. No es que aquí tenga queja, ¿tú oyes? Pablito me quiere; Rafaelita me quiere también… Pero, hija, sin acordarse de mis ochenta años me han puesto en la arcoba más húmeda de la casa. ¡Hasta goteras tiene! Y ahora, bueno va, que empiesan los calores; pero yega el invierno y cojo un reuma que me barda. ¡Y no me da la gana de cogerlo! Porque luego, si se hinchan las piernas, ya sé yo por dónde van a salí: «¡Claro!, ¡con los años que tiene ensima!…». ¡Pos con los años que tengo ensima echo a reñí mis piernas con las tuyas! ¡Y con las tuyas! Las muchachas de hoy en día no valen dos cuartos.

JUANA. La zeñorita viene.

ABUELA. Vámonos nosotras.

QUINTICA. Yo la espero.

ABUELA. ¿Sí, eh? Cuidaíto con lo que se habla.

QUINTICA. Vaya usté descuidá.

ABUELA. Un punto a la boca. Anda, Juana, anda tú.

La Abuela Nita se marcha por la puerta de la biblioteca. Juana la sigue. Quintica, al quedarse sola, se santigua.

Rafaela sale por la puerta del patio.

RAFAELA. ¿Qué hacía aquí Juana?

QUINTICA. Que vino a darme una razón.

Rafaela. ¿Y tú, qué hacías?

Quintica. Escuchá la razón de Juana.

Rafaela. ¿Y ahora?

Quintica. *Turbada.* Ahora… aguardarla a usté.

Rafaela. ¿Para qué?

Quintica. Porque tengo que decirle una coza.

Rafaela. ¿Ah, sí? Dímela. *Quintica se turba más que estaba.* Dímela.

Quintica. Espere usté que puea.

Rafaela. Pero ¿qué te sucede?

Quintica. Que tengo que hablá con usté.

Rafaela. ¡Éso ya lo he oído! ¡Eres tonta! ¿Qué hay? ¿Qué es ello? ¿Qué pasa?

Quintica. No ze zofoque usté, zeñorita. Lo que hay… lo que paza es que…

Rafaela. ¿Si acabarás, criatura?

Quintica. Verá usté, zeñorita. Yo zé que yo he venío a zu caza de usté pa zuplí los días que estuviera aquí don Donizio.

Rafaela. Don Dionisio.

Quintica. Zí, don Donizio: ¡zi lo zé!

Rafaela. No lo sabes, porque lo dices mal.

Quintica. Pero zé que lo digo má.

Rafaela. ¡Jesús! ¡La cuestión es saberlo todo!

Quintica. Zí, zeñora; zí… Y argo zé que zabé no quisiera…

Rafaela. ¿Qué dices?

Quintica. Digo que como vine aquí a zuplí unos días, y eze cabayero y zu hija ze van ya a Madrí…

Rafaela. ¡Ah! vamos; ya caigo. Temes que se me ocurra despedirte. Pues nada, no te apures; aunque *tan sabia,* te quiero bien y estoy contenta de tu servicio. Y también mi padre. De manera que te quedarás en la casa.

Quintica. No, zeñora; zi ahí está er conque.

Rafaela. ¿El conque?

Quintica. Er conque está en que no me queo.

Rafaela. *Sorprendida.* ¿Qué no te quedas?

Quintica. No, zeñora. Y zé apreciá lo que usté me ha dicho; pero no me queo.

Rafaela. ¿Por qué? ¿Estás tú a disgusto?

Quintica. No, zeñora.

Rafaela. ¿Por qué te quieres ir, entonces?

Quintica. Porque no quieo quearme.

Rafaela. ¡Vaya un descaro, hija!

Quintica. No, no es descaro; yo no zoy capaz de un descaro. Es que no es más que azí. No me queo… porque no quieo quearme. O zi le gusta máz a usté, porque no pueo quearme.

Rafaela. No lo entiendo. ¿Te ha salido otra casa mejor en Peña Real?

Quintica. Ezo, ni penzarlo. Yo me voy de aquí pa mi pueblo.

Rafaela. ¿Para El Toronjil otra vez?

Quintica. Zí, zeñora; me ha escrito mi madre que no ze acostumbra a no tenerme.

Rafaela. No mientas. A quien le ha escrito tu madre ha sido a mí, muy satisfecha de que sigas en esta casa. ¿No contabas con esto, verdad?

Quintica. Pos miste, zeñorita: aunque ze dijuste mi madre, me voy. Ya ve usté zi estaré rezuerta.

Rafaela. Sí, sí; ya lo veo. Y ya voy comprendiendo, además.

Quintica. ¿Va comprendiendo usté?

Rafaela. Sí. El caso huele a novio en El Toronjil desde una legua.

Quintica. Yo no tengo novio en Er Toronjí.

Rafaela. ¡Y yo voy a creerte! Ya te habrá cantado cuatro coplas algún gañán de aquéllos, y tú te habrás enamorado perdidamente.

Quintica. No me enamoro yo de los gañanes.

Rafaela. Dispensa. Es verdad; que como eres tan sabia y tan leída… *Por el pensamiento de Rafaela cruza una idea que la subleva súbitamente.*

Mira con indignación a Quintica, y Quintica la mira a ella como si comprendiera lo que le ha pasado por el pensamiento. ¡Bah!

QUINTICA. ¿Qué?

RAFAELA. Nada. Vete. Vete, sí, vete. Ya hemos hablado lo bastante. Vete ahora donde quieras, y luego a tu pueblo o adonde más rabia te dé.

QUINTICA. Yo ziento que usté ze incomode.

RAFAELA. No me incomodo, no. ¡No faltaría más! Es que ya estoy harta de tus novelerías. Vete, vete cuando te dé la gana. ¿Lo oyes? Cuando te dé la gana.

QUINTICA. Yo na be dicho pa que usté ze ponga de eza manera. ¿Quería usté que me quitara de en medio zin decirle con Dios? No he hablao más que lo que debía… Y he cayao lo que debía también. Güenas noches.

Se va por la puerta de la biblioteca, conteniendo las lágrimas.

RAFAELA. *Frenética.* ¿Pues no me ha desconcertado esa muñeca? ¡Nunca me he visto más ridícula! *Se sienta desasosegada y se abanica vivamente.*

De la biblioteca sale don Pablo.

DON PABLO. Oye, niña: ¿qué lleva Quintica, que va tan cariacontecida y como llorando?

RAFAELA. ¡Qué sé yo! Allá ella. Es decir, sí lo sé: es que se quiere marchar al pueblo.

DON PABLO. ¡Cáspita! Y ¿por qué razón?

RAFAELA. Eso es lo que no se averigua. Algún noviazgo. ¡Cualquier cosa!… O simplemente, que le gusta más andar libre en El Toronjil que aquí un poco sujeta. Vaya con Dios.

DON PABLO. ¡Qué lástima! Una muchacha tan pintoresca y tan curiosa… Habrá que arreglar eso.

RAFAELA. No. Déjala ir. Que coja la aceituna en los olivares de su pueblo. Y quede esto aquí, porque me ha puesto de muy mal humor.

DON PABLO. ¡Ah! bueno; si a ti te contraría…

RAFAELA. Si.

DON PABLO. Pues no se hable más. ¡Yo que creía que la chiquilla estaba aquí encantada!… ¡Válgame Dios, y qué en Babia vivo! *Mirando hacia la puerta del patio, por donde llega presuroso Topete, en actitud llena de misterio.* ¡Topete!

RAFAELA. ¿Topete?

TOPETE. Buenas noches.

DON PABLO. ¿Qué milagro es éste? ¿Tú por aquí a estas horas?

TOPETE. Me alegro de hallaros sólo a ti y sola a Rafaelita.

DON PABLO. ¡Vaya! Te alegras de hallarnos acompañados.

TOPETE. Acompañados y sin compañía; eso es. Permitidme que cierre las puertas.

DON PABLO. ¡Adiós mi dinero!

TOPETE. *Mientras cierra.* No. Diste en hueso esta vez. *A Rafaela.* Y tú, anima la cara y no prejuzgues.

RAFAELA. *Pagando con Topete su contrariedad y su enojo.* No prejuzgo; pero si viene a pedir dinero para jugarlo, cónstele que no se lo lleva. No, no se lo lleva; ni que ponga usted la cara alegre ni que la ponga triste. La bondad tiene un límite y la paciencia lo tiene también. ¡El demonio del hombre! ¡Acabará usted pidiendo limosna por las calles con un organillo y un mono! ¡Y entonces vendrá usted a nuestras ventanas y le echaremos cuartos! Por lástima del mono, no de usted.

TOPETE. ¡Aceituna! ¿Qué mosca le ha picado a tu hija?

RAFAELA. Una mosca que me ha contado la última hazaña del señor Topete: la de anteayer. ¡Mentira parece que sea usted tan casquivano y tan galopín! ¡Que ni siquiera sepa usted respetar lo que se le da para sus hijos!

DON PABLO. ¡Anda con ésa!

TOPETE. También la mosquita ha podido callarse. Al fin, mosca. Pero aquello pasó: pasó, como pasó el cometa; como pasaron, para no volver, algunas vergüenzas de mi vida. Borrón y cuenta nueva. A lo que vengo, vengo.

DON PABLO. Tú dirás.

TOPETE. Sabed, ante todo, que desde esta tarde tenéis un nuevo servidor.

DON PABLO. ¿Hola?

RAFAELA. ¿Ah, sí?

DON PABLO. ¡Bien venido!

RAFAELA. Y ¿cómo está la madre?

TOPETE. Al pelo; al pelo está. Y muy satisfecha de haberme dado una prueba más de que no se acaba el mundo así como así.

DON PABLO. Tal parece; y que sea enhorabuena.

TOPETE. Gracias. Y ahora vamos a lo que importa.

RAFAELA. Ya está aquí el tren.

TOPETE. No está aquí el tren; te repito que no prejuzgues. Oídme. Quiero enteraros yo, primero que nadie os lo diga, de una merced que he recibido, precisamente esta misma tarde, de un amigo vuestro.

DON PABLO. ¿Una gran merced?

RAFAELA. ¿De qué amigo?

TOPETE. De don Dionisio, vuestro huésped.

DON PABLO. ¡Ah! Pues has hecho bien en venir a decírnosla, porque, si no, es fácil que la hubiéramos leído mañana en el periódico.

TOPETE. Ésta me figuro que no; la verdad.

DON PABLO. No te fíes.

TOPETE. Bueno; es el caso que yo, por imperiosas necesidades de la vida…

RAFAELA. Y para suplir despojos del tapete verde…

TOPETE. No me amargues esta alegría, Rafaela. Digo que yo me había echado un dogal al cuello.

DON PABLO. ¿Cómo?

TOPETE. Le había firmado a don Genaro, el chupasangre, un pagaré que vence mañana.

DON PABLO. ¿Serás capaz?

TOPETE. En condiciones onerosas, horribles.

RAFAELA. No tiene usted compostura ni solución.

TOPETE. La verdad, y sírvame de disculpa esto: como se aseguraba fatídicamente que anoche se acababa el mundo, y el pagaré no vencía hasta mañana, yo le veía un cierto negro humorismo, mefistofélico y voluptuoso, a firmar un pagaré que había de vencer en la eternidad.

RAFAELA. ¡Qué tarambana!

TOPETE. Me regocijaba con la idea de encontrarme al prestamista allá en el caos… y hacerle un par de señas. Ya tú me entiendes, Pablo.

DON PABLO. ¡Ja, ja, ja!

TOPETE. Ello es, en suma, que esta tarde, como os decía, al mismo tiempo que vuestro nuevo servidor venía al mundo, llamaba a mi puerta Isidoro con una carta de don Dionisio portadora de cincuenta duros en billetes.

DON PABLO. ¿Cincuenta duros?

TOPETE. ¡Como cincuenta soles! ¡La salvación del año, que iba de cabeza!

RAFAELA. Pero, bueno, y ¿a qué se debe…?

TOPETE. A generosidad nativa. No puede obedecer a otra cosa. Yo no he hecho por él más que ponerle en limpio la papeleta de defunción… ¡Y con lo que me ha mandado hay para un entierro!

DON PABLO. No le deis vueltas. Es otra la clave. Dionisio creía firmemente que anoche terminaba sus días, y al ver que esto sigue adelante, le falta poco para echarse a bailar. En el Casino ha llamado la atención repartiendo propinas.

RAFAELA. Sí; pero si no fuera generoso…

TOPETE. ¡Claro es!

RAFAELA. ¡Porque después de lo que me ha contado la mosquita, darle cincuenta duros!…

TOPETE. ¡Cincuenta duros, hija mía! Le pago a don Genaro, le llamo Judas, le llamo ladrón, que eso siempre refresca, y todavía me sobran más de quince.

RAFAELA. A ver lo que hace usted con ellos.

TOPETE. *Conmovido.* ¡Emplear hasta la última peseta en mi casa!

DON PABLO. Lo creo; sí. Porque es verdad que la dicha no viene nunca sola.

TOPETE. ¿Qué dices?

DON PABLO. Me han asegurado que el tío de los huesos de jamones está afónico.

TOPETE. ¡Cállate, Pablo! ¡Déjame gozar sin acíbar de mis cincuenta duros!

RAFAELA. Todo es poco.

TOPETE. ¡Rafaelita! ¡No seas perversa!

DON PABLO. Tiene razón mi hija: todo es poco.

Ábrese de improviso la puerta del patio, y tras ella surge don Dionisio, como llamado por el júbilo de Topete.

DON DIONISIO. ¿Qué reunión es ésta? ¿Se conspira?

TOPETE. *Lanzándose a él y abrazándolo con efusión.* ¡Ah, mi señor don Dionisio! ¡Amigo liberal y magnánimo!

DON DIONISIO. ¿Qué habla el bonísimo de Topete?

DON PABLO. A Topete ya lo estás oyendo. Yo te voy a reñir.

DON DIONISIO. ¿Tú? ¿Por qué, Pablo?

DON PABLO. El porqué, lo conoces tú sin que yo te lo diga.

RAFAELA. Sí por cierto, señor don Dionisio: una cosa es que no se haya acabado el mundo… y otra cosa que usted se arruine.

DON DIONISIO. ¡Ánimas benditas del purgatorio! Pero ¿usted ha contado… querido Topete…?

TOPETE. ¿Cómo no, señor don Dionisio? La gratitud… la gratitud no puede ser silenciosa.

DON DIONISIO. No hay que hablar aquí de ella. Y tú, Rafaelita, no te aflijas: no es tan exiguo mi capital que vaya a arruinarme por obsequiar a un buen amigo con sesenta duros.

RAFAELA. ¿Sesenta? *Mira a don Pablo, don Pablo a ella y los dos a Topete, quien, pálido y desconcertado, algo daría porque en tal instante acertase el cometa a chocar con el globo.*

TOPETE. *Buscando la salida.* Bueno… mi generoso bienhechor… yo me hago cargo de que a su delicadeza ofende… Estoy viendo que esta conversación le es muy violenta en presencia mía…

RAFAELA. ¿Y a usted no?

TOPETE. A mí también… naturalmente… pero a mí me es muy difícil evitar mi presencia… No sé lo que digo… Me marcho… Usted es de los nobilísimos corazones que dan limosna con las dos manos… para que no se enteren las otras dos…

DON PABLO. ¿Qué dices, hombre?

TOPETE. Repito que no sé… Disparato… La gratitud conmueve y desconcierta…

RAFAELA. ¿La gratitud?

TOPETE. Ni más ni menos… Adiós, don Dionisio.

DON DIONISIO. Adiós, Topete; adiós.

TOPETE. Adiós, Pablo; adiós, Rafaelita.

RAFAELA. Vaya usted con Dios.

DON PABLO. ¡Y que descanses!

TOPETE. No estoy cansado… La gratitud no cansa… Buenos días… ¡Buenas noches!… A mí me parece de día… ¡Buenas noches! *Encuentra la puerta por fin, y se va.*

DON DIONISIO. ¡Qué simpático es este secretario tuyo!

DON PABLO. Sí lo es.

RAFAELA. Y un carácter muy sostenido.

DON PABLO. ¡Ah! Genio y figura…

DON DIONISIO. Rafaelita, yo venía por ti.

RAFAELA. ¿Por mí?

DON DIONISIO. Sí.

RAFAELA. Y ¿adónde iremos?

DON DIONISIO. A hablar con Emma. Se halla en una crisis sentimental, que debe aprovecharse. Pásmate; ha recibido una carta de Roque, y la ha leído tres veces.

DON PABLO. ¿Quién es Roque?

RAFAELA. ¡Su marido, papá!

DON PABLO. ¡Ah! ¿Se llama Roque? Se me había metido en la cabeza que se llamaba Casimiro.

RAFAELA. Pues vamos, don Dionisio, vamos allá. Mal pleito se me antoja… y mala abogada soy yo; pero, ¡qué diablo!, el tiempo está de cambios y mudanzas. El dichoso cometa ha dejado un rastro de azufre o de qué sé yo qué… un aire que envenena el ambiente… y, sobre todo, que no quiere dejar cosa en su sitio. ¡Jesús, qué torbellino de cometa! ¿Emma está en su cuarto?

DON DIONISIO. En su cuarto la tenemos, sí.

RAFAELA. Venga usted conmigo.

DON DIONISIO. ¡Quiera Dios que consigamos algo!

Se entra por la puerta de la biblioteca siguiendo a Rafaela.

DON PABLO. *Reflexivo.* ¡Qué cosas ha dicho mi hija!… Está perturbada… desazonada… Nunca la he visto así.

Viene Quintica por la puerta del patio.

QUINTICA. Don Pablo.

DON PABLO. Quintica. ¿Qué hay?

QUINTICA. Er chiquiyo der puesto e los libros, que tiene que enzeñarle a usté una coza.

DON PABLO. Dile de mi parte que pase aquí.

QUINTICA. Dice que no entra por zi hay vizita.

Don Pablo. Dile que no la hay.

Quintica. Dice que pué vení mientraz él está.

Don Pablo. Basta. Respeto ese temor a las visitas. ¿Quién no lo ha sentido alguna vez? Veamos lo que me quiere este camueso. *Se encamina hacia el patio y Quintica hacia la biblioteca. De pronto se vuelve, llamándola.* ¡Ah! Quintica.

Quintica. Zeñó.

Don Pablo. Ven acá y escucha una cosa.

Quintica. Mándeme usté.

Don Pablo. Ya sabes que te quiero bien; que me eres muy simpática.

Quintica. Zí, zeñó; y lo agradezco muncho.

Don Pablo. Pues me vas a contestar a una pregunta. Pero has de hacerlo sin remilgos de empanada. ¿Por qué te quieres ir a tu pueblo? *Quintica calla.* Vamos, responde. ¿No se puede saber?

Quintica. Ez un zecreto mío.

Don Pablo. Pues compártelo conmigo, que de mí no saldrá.

Quintica. No… No, zeñó…

Don Pablo. ¿No te fias?

Quintica. Me acuerdo de aqueyo que ze dice:

Zecreto de dos,
ve con Dios;
zecreto de tres,
no lo es;
zecreto de cuatro,
va ar teatro;
zecreto de cinco,
zuerta un brinco;
zecreto de zeis,
lo zabréis;
zecreto de ziete,

compromete;
zecreto de ocho…

Don Pablo. Y ¿así hasta el centenar, Quintica?

Quintica. No, zeñó; que cuando ze yega a diez, ze pregunta: «¿Quieres que te lo diga otra vez?». Y ze güerve a empezá.

Don Pablo. Pues excusa la repetición. Ya veo que no me aceptas por confidente. Y tenía yo muy vivo interés en conocer el motivo de tu imprevista salida de mi casa.

Quintica. Mejó zerá que usté lo adivine.

Don Pablo. Si vieras que no tengo ese don… Anda, dímelo tú. Siquiera por lo que yo te aprecio. Quintica.

Quintica. No puedo. Usté lo barruntará de aquí a mu pocos días. No es na de usté.

Don Pablo. ¿Es tal vez de mi hija?

Quintica. Usté ha de barruntarlo… No me pregunte usté más de esto.

Don Pablo. Bien, bien está… Misterioso anda el tiempo de veras… Sí que el cometita se ha dejado sentir… *Se va por la puerta del patio. Ya dentro, se le oye decir lo siguiente:* ¡Ven con Dios, Daniel! Pasa a la biblioteca y aguárdame.

Quintica. *Emocionadísima y aturrullada al oír a don Pablo.* ¡Huy, Danié! Es Danié… Danié… *Va de aquí para allá, sin saber si irse o si quedarse.* ¿Me voy? ¿Me queo?… Danié… Es Danié… *Viendo aparecer a Daniel* Hola, Danié…

Daniel. Hola, Quintica. ¿Está por aquí don Dionizio?

Quintica. No; que está arriba con zu hija Erma.

Daniel. ¡Ah! vamos; está arriba.

Quintica. Y… con la zeñorita Rafaela también.

Daniel. Voy a verlo.

Quintica. ¿A don Donizio?

Daniel. Zí. Me ha mandao dos cajas de puros diciéndome que me está muy agradecío —yo no zé por qué—, y quieo darle las gracias. ¿Qué miras?

QUINTICA. Na… ¿Usté… usté ze güerve ar campo esta misma noche?

DANIEL. Esta misma noche. ¿Por qué?

QUINTICA. Por na… Y ¿viene usté mañana otra vez?

DANIEL. Quizás no venga.

QUINTICA. ¿No?… Zí, zí vendrá…

DANIEL. No zé.

QUINTICA. Zí vendrá, zí…

DANIEL. Cuando tú lo dices… Voy pa arriba. *Éntrase por la puerta de la biblioteca.*

QUINTICA.

¡Vaya con Dios er rey pastó:
er corazón ze me yevó!…
¡Vaya con Dios er rey doncé:
mi penzamiento va con é!…

Vuelve don Pablo por la puerta del patio. Quintica, abstraída en alas de su ingenio y candoroso amor, ni lo ve ni lo oye y sigue diciendo la relación del «Rey pastor», con gran perplejidad de don Pablo.

DON PABLO. Quintica.

QUINTICA.

¡Vaya con Dios er rey galán
en zu cabayo el alazán!…

DON PABLO. ¡Quintica!

QUINTICA.

¡Vaya con Dios er rey gentí
con mis zuspiros más de mí!…

DON PABLO. ¡Pero, muchacha!

QUINTICA.

¡Vaya con Dios er rey marciá,

que yeva er zó por donde va!

Se aleja por la puerta del patio, continuando su inconsciente monólogo.

DON PABLO. ¡Vaya con Dios! ¡Esta chiquilla es siempre inesperada!

Allá lejos, en la calle, tan lejos que llegue a la escena como un rumor, suena un animado rasgueo de bandurrias y guitarras, que se amortigua poco después de cantada esta copla.

En habiendo luna y só
no haya tristesa ninguna,
que mientras er só se apaga,
se va ensendiendo la luna.

¡Hola! Tal vez el rey galán de Quintica sea algún trovador de éstos de la ronda. Presumo que el amor anda suelto esta noche por la revuelta Peña Real. Esa estrella de rabo… *A Rafaela, que sale por la puerta de la biblioteca.* ¿Oyes, Rafaela, cómo canta la gente moza?

RAFAELA. Ya oigo, ya. Y pasarán la noche en claro, esperando la romería de mañana.

DON PABLO. Será preciso que nosotros nos recojamos pronto; que es cosa que no quiero perderme, y habrá que madrugar.

RAFAELA. ¿No sabes? Corren vientos de cambio para mi amiga.

DON PABLO. ¿Pues?

RAFAELA. ¡Y creía el padre que era terquedad y ligereza lo que la separaba del marido… y ha bastado un poco de sentimiento para calmar su rebeldía!

DON PABLO. ¿Qué me cuentas? ¿Vuelve por ventura a Madrid?

RAFAELA. A Madrid vuelve, y a su casa.

DON PABLO. Cuando digo yo que la estrella de rabo… Explica, explícame el milagro ése.

RAFAELA. Milagro de la lógica de las cosas, papá; milagro de la vida, que no se está quieta; de este afán de encontrar la dicha que a todos nos empuja desde muy adentro… ¡Qué inútil es oponerse a su fuerza!

DON PABLO. ¡Oh! Se lo dices a un convencido. Alguna vez te he hablado yo de eso; recuérdalo.

RAFAELA. Sí. La pobre Emma…

DON PABLO. Habla, habla de Emma.

RAFAELA. Me ha hecho reír y llorar. El desdichado Roque parece ser que se ha visto muy solo, demasiado solo, porque no tiene como Emma un espíritu libre y curioso que lo distraiga. Las primeras cartas que le escribió cuando se separaron eran ridículas; todo se volvía en ellas frases rebuscadas y pensamientos cursis, que exasperaban a la infeliz mujer. La última que le ha dirigido, escrita con entero abandono, con tachas y con mala letra, dejando hablar al corazón, es vulgar, pero es noble: comprendo que la haya conmovido. Emma gritaba al enseñármela: «¡Mira, Rafaela; mira! ¡Mi marido me escribe ya con tachas! ¡Este hombre está cambiado! ¡Este hombre es otro!».

DON PABLO. Razón tiene. Tachas hay que valen por cuatro carillas. ¡Ay del que no sabe tachar!

RAFAELA. Al final de esta carta, le dice: «Si tú no quieres tener un hijo que se parezca a mí, yo quiero tener una hija que se parezca a ti».

DON PABLO. ¡Anda, morena! ¡Por dónde se apea Casimiro!

RAFAELA. Roque, papá.

DON PABLO. ¡Me he empeñado yo en confirmarlo!

RAFAELA. Y Emma, que aun de esta frase hizo los más picantes epigramas…

DON PABLO. A ver, a ver… vengan los epigramas esos.

RAFAELA. No; son cosas enteramente nuestras. Emma ahora piensa —lo adivino como si viviera en su corazón…— piensa… aunque no lo declara sino entre chirigotas y burlas, que un hijo es quizá la única solución que su vida tiene. Dios se lo dé.

DON PABLO. Así sea. Y que se parezca tanto a Roque como ella a su padre.

RAFAELA. ¡Dale, machaca!

Don Pablo. No pienses mal, hija: yo sólo quiero, por gusto de Emma, que el hijo que tenga no se parezca a su marido: es su más fervoroso deseo.

Rafaela. Aquí están el padre y la hija.

Salen, en efecto, Emma y don Dionisio por la puerta de la biblioteca.

Don Dionisio. ¡Abrázame, Pablo! ¡Abrázame!

Don Pablo. De muy buena gana.

Don Dionisio. Soy en este momento el hombre más dichoso de la creación.

Don Pablo. Lo sé.

Don Dionisio. Mi hija Emma me ha dado una gran alegría.

Emma. Papá, sería yo demasiado mala si te nublara la que tienes porque no se ha acabado el mundo.

Don Pablo. Y que, según mis nuevas, en la alegría que tú le has dado hay, en primer lugar, ciertos propósitos de que el mundo siga.

Don Dionisio ríe, de felicidad, y no da otra propina porque no ve a quién dársela; pero se echa mano al bolsillo.

Rafaela. No seas hablador, papaíto… ¡Qué ligero de lengua! ¡Y critican luego a las mujeres!…

Emma. Señor don Pablo, usted, como hombre de experiencia, no desconoce que, aun sin querer, a veces los mejores propósitos…

Don Dionisio. ¡Emma! ¡Emma!

Don Pablo. ¡Déjala que se explaye!

Emma. ¡Un hijo! ¡Un hijo! Siempre lo he deseado; siempre. Y ahora más que nunca lo echo de menos.

Don Dionisio. ¿Ahora más que nunca?

Emma. ¡Pues no que no! Por eso me ha hecho algunas cosquillas en el sentimiento que ahora también lo quiera mi marido.

Rafaela. ¿No lo quería antes? Entonces, ¿para qué se casó?

Emma. ¡Para reglamentar su vida! ¡Sólo para eso! ¡Si recuerdo que, cuando yo le hablaba de un hijo, me ponía una cara y me decía unas cosas!…

Don Dionisio. ¡Emma!

EMMA. Y es que un hijo no significaba para él una vida que iba a encarnar nuestro cariño, que iba a seguir las nuestras… Un hijo era el sobresalto constante, las noches en vela, la dentición, los empachos, la tos ferina, las amas… ¡Oh! Si Dios me da uno, le pido con toda mi alma que salga llorón, rabioso, impertinente; de éstos que en la escena más interesante de los dramas lloran en el teatro.

DON PABLO. Emma, que tú no sabes lo que estás pidiendo; que ésta era así.

RAFAELA. ¿Yo? ¿Cuándo he sido yo así?

DON PABLO. Tú no te puedes acordar. Al estreno de uno de mis dramas en Madrid te llevó tu madre, y tu *llantina* animó a los espectadores a meterse conmigo; ¡y hubo que ver cómo acabó aquello!

EMMA. Déjese usted de cuchufletas.

DON DIONISIO. Sí; que ella habla con toda gravedad.

EMMA. ¡Y tanto! Sueño con ver a mi marido en bata a las tres de la noche, con el niño en brazos, llora que llora, y sin conseguir que se calle.

DON DIONISIO. Pera ¿para qué sueñas con ese tormento?

EMMA. ¡Para que duerma mal! ¡Para que se despierte a horas distintas! ¡Para que no siga cuadriculado! ¡Oh! Lo que es la píldora de quinina todas las mañanas a las ocho en punto… ¡ésa se concluyó! ¡Que se despida!

DON DIONISIO. ¡Bah, bah! Quien se despide ahora mismo soy yo, porque en manera alguna quiero que se me enturbie mi contento.

EMMA. Ni mucho menos lo quiero yo, papá. Ni el tuyo ni el mío. ¡Pues si estoy como el enfermo que llega a dar con una postura en la que se le calma el dolor!

DON DIONISIO. ¡Hija de mi vida!

EMMA. Y no hagas caso de mis rarezas ni de mis desplantes. Ya sabes que tengo más horas de loca que de cuerda. Te prometo hasta lo que más odio: ¡un grupo de familia! *Todos se ríen*. El abuelo, la abuela, el padre, la madre, Roquito, si llega a venir —porque le pondremos Roquito—; tu perro, un caballito de cartón, un aro, una pelota… Ya verás, ya verás. Y que el fotógrafo lo retoque bien y nos quite todas las arrugas… ¡Un encanto!

Nuevas risas de todos.

DON DIONISIO. Así sea. Y con tan agradable perspectiva, me voy a la cama.

EMMA. Y yo te sigo.

DON PABLO. Y todos, si hemos de madrugar.

DON DIONISIO. ¿Cómo no? ¡No se puede faltar a esa romería tan alegre… y tan justificada! ¡Je, je! Vamos, Emma, vamos. Hasta mañana, Pablo y Rafaela.

RAFAELA. Si Dios quiere.

DON PABLO. Hasta mañana. Anda con Dios.

Vase don Dionisio por la puerta del patio, soñando ya con el grupito de familia.

EMMA. *Deteniéndose un momento.* No he querido que se acueste esta noche con mal sabor de boca. Pero que no se haga ilusiones. Ni él ni mi marido. Vuelvo de tirana: ¡a imponer la ley! Y mi bandera es anarquista: ¡abajo todo lo existente! Buenas noches.

DON PABLO. *Riendo.* Descansa, Emma, descansa.

RAFAELA. Adiós, mujer.

Se va Emma detrás de su padre.

DON PABLO. ¿Qué? ¿Tú te sientas?

RAFAELA. Sí; no tengo sueño todavía.

DON PABLO. Pues yo voy ya también en busca de las ociosas plumas.

RAFAELA. Y yo muy pronto. Así que dé el último vistazo a la casa. A lo mejor me dejan luces encendidas…

DON PABLO. Ya. Pues Dios te dé un buen sueño.

RAFAELA. Hasta mañana. ¿De qué te ríes?

DON PABLO. De nada, mujer. Es que estoy contento con todos de que el mundo siga dando sus vueltas infinitas… Escucha, escucha otra vez la música de los muchachos. ¡Ay, mundo, mundillo!… Te rigen la juventud y el amor.

Se marcha por la puerta del patio.

Las guitarras y bandurrias callejeras vuelven a oírse, siempre lejos. Tiembla en el aire otro cantar.

Pasó la estreya de rabo,
y er mundo no se acabó,
pero si tú no me quieres,
er que se acaba soy yo.

RAFAELA. *Entregándose al fin a los sentimientos que la dominan.* ¡Qué angustia de espera! ¿Para qué me querrá hablar ese hombre? Digo… ¿para qué ha de ser sino para lo que yo temo más? ¿Son sus pasos…? ¿Daniel?

Sale Daniel por la biblioteca.

DANIEL. Aquí estoy.

RAFAELA. *Con fingida serenidad.* Y yo. Dándole vueltas en mi imaginación a esta misteriosa entrevista que me has pedido.

DANIEL. ¿Misterioza, por qué? ¿Por la manera? ¿Por la ocazión?

RAFAELA. Por todo.

DANIEL. Por la ocazión y por la manera, quizás; por lo que en eya ze haya de tratá no creo que haya misterio arguno ni pa usté ni pa mí.

RAFAELA. Para mí, sí; puedo asegurártelo.

DANIEL. Es naturá que usté me conteste en eza forma. Pero usté pué que zepa que cuando un hombre le pide a una mujé hablarle a zus zolas, nunca es más que pa vestí con palabras lo que ya zin eyas ze ha dicho entre los dos.

RAFAELA. ¿Qué dices, Daniel? ¿Qué he podido yo decirte sin palabras?

DANIEL. Zerá mi dezeo, que lo oyó. Pero quiero quitarme de dudas esta noche. No espero más. Hora es ya de que zarga al aire la yama.

RAFAELA. ¿La llama al aire?

DANIEL. Zí; pa que usté la apague o la alimente; pa que yo muera o viva.

RAFAELA. ¡Daniel! Ese lenguaje…

DANIEL. ¡Este lenguaje!… De más zé yo que usté está en er monte y yo le canto desde la yanura. No me importa: er viento le yevará mi voz, y usté, como es buena, ha de escucharla. ¿Por qué no ha de decirle a usté Danié, el hijo der pobre señó Juan, lo que no habría tenío reparo en decirle ziendo er mismo, quizás valiendo menos, zi la vida lo hubiera encaminao pa la ciudá en vez de pa los campos? Yo la quiero a usté, Rafaelita: esto es to.

RAFAELA. ¿Qué tú me quieres?

DANIEL. No me pregunte usté lo que zabe. Dígame usté que… por lo que zea, que yo respeto, usté ha cerrao loz ojos a lo que ha visto; pero no me niegue usté la verdá de las cozas, ya que estamos mirándonos tan frente a frente.

RAFAELA. No, Daniel, no; te equivocas: te hablo con toda sinceridad. Sí he advertido en ti que te inspiraba una gran simpatía, un cariñoso afecto, cuyas raíces encontraba yo en nuestros recuerdos de niños, en haber corrido juntos por esta casa, en la adoración que siempre le tuviste a mi madre, en todo ello a la vez; pero créeme que jamás presumí lo que ahora me declaras.

DANIEL. ¿No, verdá? ¿Ni hace veinte días, en er campo, aqueya mañana en que bebió usté el agua de la misma peña, y yo bebí luego, no por bebé, zino por poné mis labios donde loz suyos, y usté ze encendió como una amapola? ¿No le dijeron na miz ojos? ¿Ni tampoco aqueya noche en que ze contaron hazañas de malhechores y bandidos, y usté ze acostó con mucho zusto, y no podía dormí, y yo me estuve por las cercanías cantando hasta el arba pa ahuyentarle a usté er miedo? ¿Tampoco le anunció na mi canto? ¿Y la tarde en que repozaba en los pinare y yo me acerqué, y usté no ze atrevió a abrí loz ojos, y yo le quemé la cara con los míos, y ar cabo la dejé a usté zola y me alejé zofocando mi zentimiento? ¿Tampoco aqueyo le descubrió a usté coza ninguna?

RAFAELA. Sí, sí; calla; no sigas…

DANIEL. *Suspirando.* ¡Ay!

RAFAELA. No te atormentes más, Daniel; lo sé, lo adiviné, lo vi claro; tan claro como ahora que me lo dices. Pero no quería enterarme, no quería oírlo, no quería saberlo. No, no quería saberlo, por ver si se te quitaba de la cabeza esa locura.

DANIEL. No es locura de la cabeza, Rafaelita: es der corazón.

RAFAELA. Locura, al fin. Yo te ruego, Daniel, que hagas por ahogarla, por convertirla en un sentimiento templado por volverla a lo que era nuestra amistad: cariño sereno y tranquilo, sin sobresaltos ni rubores.

DANIEL. Ez un impozible ezo que usté me pide; es como zi me mandara usté meté laz aguas de la má en er cauce de un río. Cuando este cariño ha zalío de labios afuera, ya no hay podé que lo refrene. Confiézeme usté que no me quiere ni le importo; pero no ze empeñe en darme una limosna de pan cuando estoy zediento.

RAFAELA. Esa sed tuya no puedo yo calmarla, Daniel.

DANIEL. ¿Tan poco zoy? ¿Tan poco vargo?

RAFAELA. Fueras quien fueras, yo no podría calmarla. Ni querría. ¿No me has oído muchas veces que le niego a mi corazón todo otro amor que el que ya ha sentido?

DANIEL. Y er corazón ¿qué responde a ezo?

RAFAELA. Lo que responda yo no lo quiero oír.

DANIEL. No andará muy conforme con lo que usté le niega cuando rehuye el escucharlo.

RAFAELA. Eso es cuenta mía.

DANIEL. Ziendo azí, mi cuenta es también: ligao estoy a usté como la zombra ar cuerpo; pa usté y por usté vivo; de usté me interezan hasta las señales que en la tierra dejan zus pazos; er viento que empuja mi vida, hacia usté me yeva derechamente.

RAFAELA. El que empuja la mía, Daniel, lleva rumbo contrario.

DANIEL. ¡Azí fuera verdá! Que yendo er de usté pa mí y er mío pa usté, ya nos encontraríamos en mis brazos.

RAFAELA. ¡Calla!

DANIEL. Menos cayá, to lo que usté me pida.

RAFAELA. Vete.

DANIEL. ¿Quiere usté que me vaya?

RAFAELA. Sí.

DANIEL. ¿Zin una esperanza ziquiera?

RAFAELA. ¡Jesús, qué tormento! ¡Qué obstinación más loca! No me obligues a ser cruel contigo, que me duele. Yo no quiero que me hables de esto. Vete, Daniel, vete. Déjame. ¿Por qué has dado este paso?

DANIEL. Porque entreví lo que ahora ze me niega.

RAFAELA. ¿Cuándo lo entreviste?

DANIEL. Un día y otro desde que usté fué ar campo. Y anoche mismo, mientras los dos mirábamos ar cielo, zegura usté y zeguro yo de que er mundo no ze acababa, usté me dijo… con una voz distinta de la de ziempre, que a mí me zonó a repique de gloria: «No ze acaba er mundo, Danié: zigue, zigue… y cada amanecé trae penzamientos nuevos…». Y dándoze de eyo cuenta o zin dárzela… buscó usté mi mano. ¿Es verdá?

RAFAELA. Lo será cuando tú lo dices; yo no hago memoria… Estaba muy nerviosa anoche… un poco febril… No era dueña de mis acciones ni de mis ideas… ¡Batallaban en mi cabeza los recuerdos de tantas horas!… ¿Ves? Ya se me han saltado las lágrimas. Vete, Daniel, vete. No estoy buena. Quiero descansar.

DANIEL. Ya me voy. Ezas lágrimas me mandan obedecerla.

RAFAELA. ¿Y mis palabras no?

DANIEL. Pa mí ezas lágrimas zon las primeras palabras de zu corazón que oigo aquí esta noche.

RAFAELA. Te engañas otra vez.

DANIEL. Es pozible; pero más bien quiero yevarme este engaño que una verdá más dura.

RAFAELA. No lo interpretes nunca como una esperanza.

DANIEL. Las lágrimas zon trasparentes como cristales, y ze ve lo que hay detrás de eyas.

RAFAELA. Acaso no. Déjame.

DANIEL. Yo zuplicaré, rogaré…

RAFAELA. Será inútil.

DANIEL. ¿Inútil? Como yo me convenciera de ezo, no vería trasponé er zó los campos de Peña Reá más que aquer día. Ya la dejo a usté, Rafaela. Hasta mañana.

RAFAELA. Adiós.

DANIEL. Buenas noches.

Se aleja por la puerta del patio, mirándola.

Rafaela resiste aún unos momentos el llanto que se agolpa a sus ojos. Al cabo llora y se recrimina a la vez.

RAFAELA. ¡Hipócrita! ¡Cobarde! ¡Lo quiero… y lo alejo y lo desengaño! ¡Hipócrita! ¿Por qué lo quiero? ¿Por qué si lo quiero lo maltrato y lo aparto de mí? ¡Cobarde! ¡Cobarde!

De improviso mira a una de las ventanas, como si algo hacia ella la atrajese. Alguien se ha detenido en la calle tras de la celosía. Sugestionada, se acerca a ella con temblor.

Las guitarras y bandurrias de los muchachos tornan a oírse lejos, y lentamente se aproximan.

Quintica, que viene por la puerta de la biblioteca, acaso a curiosear desde una ventana el paso de los mozos, advierte la presencia de Rafaela y se detiene, dando oídos al curioso diálogo que se entabla a través de la celosía.

DANIEL. *Desde la calle, con voz trémula y apasionada.* ¿Rafaela?

RAFAELA. *Apenas sin voz.* Daniel… ¿Qué quieres?

DANIEL. Escucharla de nuevo.

RAFAELA. ¿Vas a volver mañana, verdad?

DANIEL. Mañana… y ziempre que usté me yame.

RAFAELA. Pues ven mañana; yo te llamo.

DANIEL. ¡Arma mía!

RAFAELA. Y ahora vete, que llega la ronda… y no quiero que te vean aquí.

DANIEL. ¡Vida de mi vida! Hasta mañana.

RAFAELA. Hasta mañana. Se *va Daniel. Ella se encamina hacia la puerta del patio, por donde se retira, las mejillas ardientes, abrillantados los*

ojos por las lágrimas y por el amor. ¡Dios mío!… ¡Otro amor… otro mundo… otra vida!

Quintica, que está de una pieza, la ve marcharse con miedo de ser sorprendida, y cuando desaparece Rafaela exclama tristemente.

Quintica. ¡To zea por Dios!… ¡No estaba pa Quintica er rey doncé!… Me voy; me voy… ¡Quiera er Zeñó que el enzarmo de los tres zuspiro me yeve a orvidarlo!

Pone las manos en cruz, y dice entre pucheros y lágrimas:

Tres zuspiros guarda mi pecho:
zargan al aire en mi provecho.
Uno, por zu vía;
otro, por la mía;
otro, por la Virgen María.
Tres zuspiros guarda mi pecho…

Las bandurrias y guitarras se oyen a este punto tan cerca como si los mozos avanzaran calle arriba por la de la casa de don Pablo.

Cae el telón.

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía, agosto, 1912.

PREGÓN
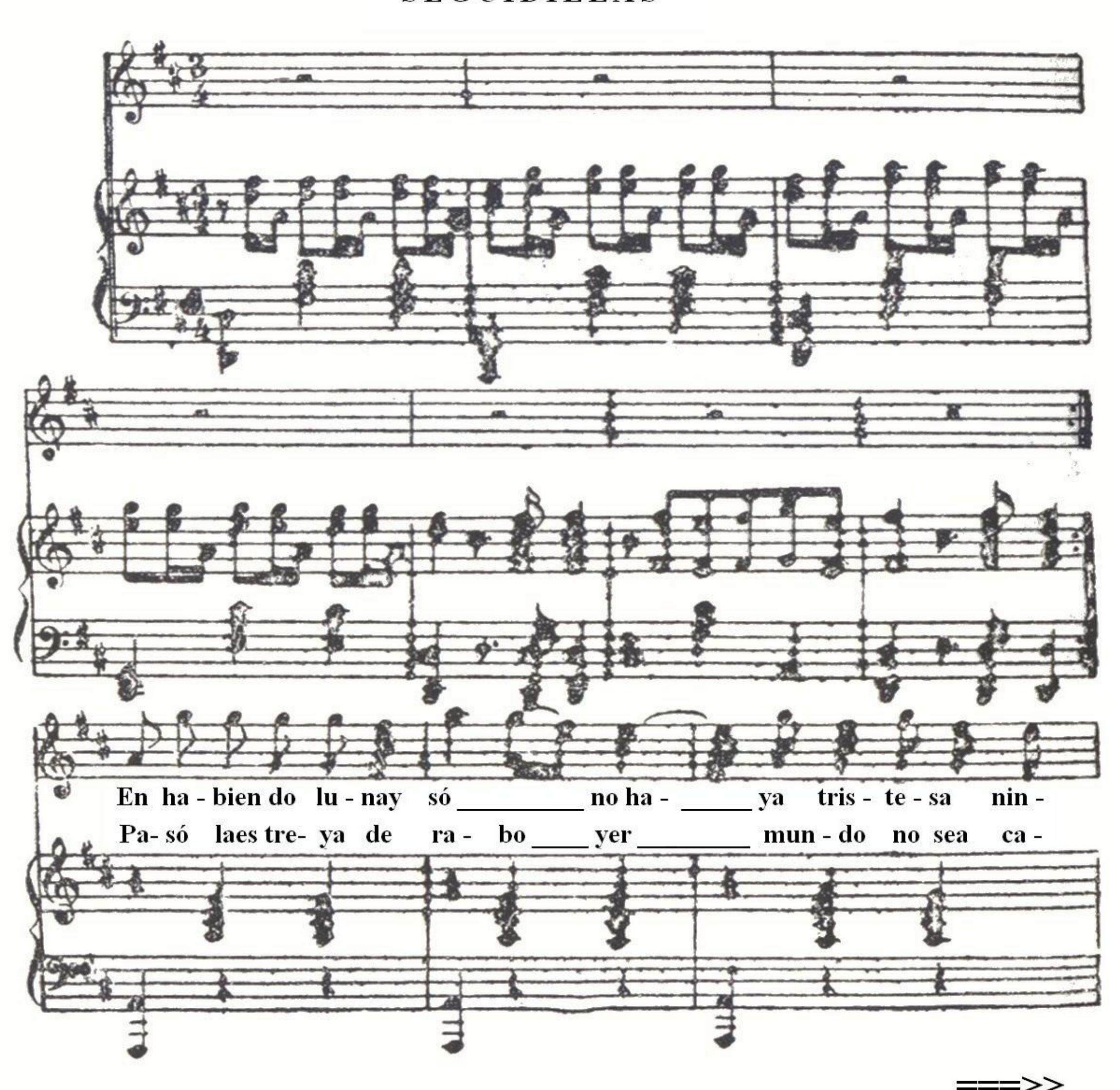
tan

Hue - sos de _ ja - mo - nes hue - sos de ja -
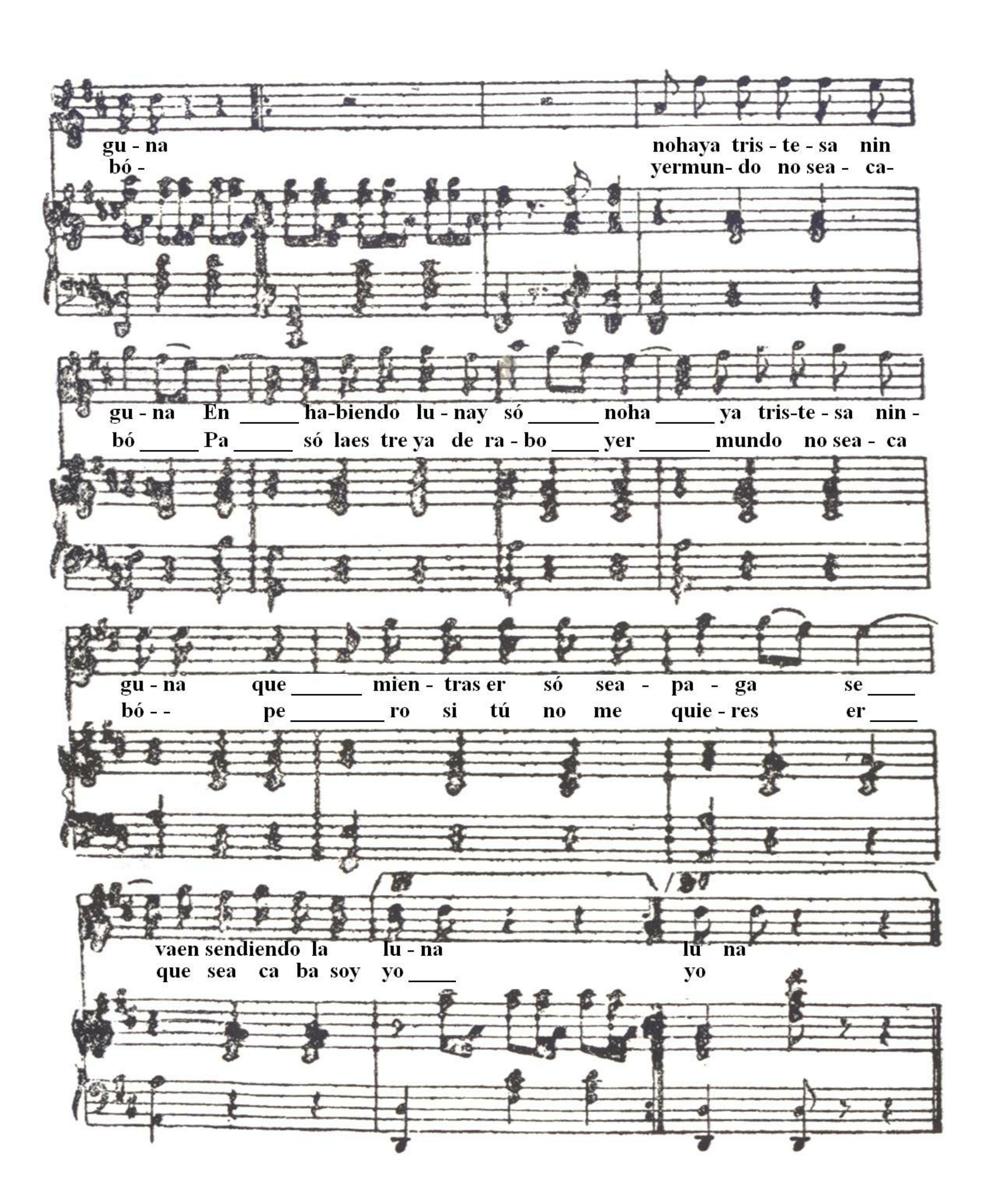
tan

mo - nes Se compran ba - ra - tos hue - sos de ja - mo - nes

SEGUIDILLAS



===>>



gu - na nohaya tris - te - sa nin
bó - yermun- do no sea - ca-
gu - na En ha-biendo lu - nay só noha ya tris-te - sa nin -
bó Pa só laes tre ya de ra - bo yer mundo no sea - ca
gu - na que mien - tras er só sea - pa - ga se
bó - - pe ro si tú no me quie - res er
vaen sendiendo la lu - na lu na
que sea ca ba soy yo yo

Índice Alfabético

A la luz de la luna <<
Amor a oscuras <<
Amores y amoríos <<
Anita la risueña <<
Carta a juan soldado <<
Cuatro palabras <<
Doña clarines <<
El agua milagrosa <<
El amor en solfa <<
El centenario <<
El genio alegre <<
El hombre que hace reír <<
El niño prodigio <<
El patinillo <<
El último capítulo <<
Herida de muerte <<
La bella lucerito <<
La escondida senda <<
La flor de la vida <<
La mala sombra <<
La muela del rey farfán <<

La musa loca <<

La patria chica <<

La pitanza <<

La rima eterna <<

La vida que vuelve <<

La zancadilla <<

Las buñoleras <<

Las de caín <<

Las hazañas de juanillo el de molares <<

Las mil maravillas <<

Los chorros del oro <<

Malvaloca <<

Morritos <<

Mundo, mundillo… <<

Nanita, nana… <<

Palomilla <<

Puebla de las mujeres <<

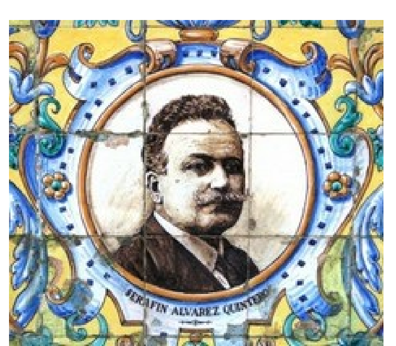
Rosa y rosita <<

Sábado sin sol <<

Sangre gorda <<

Solico en el mundo <<





SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO (Utrera, Sevilla, España, 26 de marzo de 1871 - Madrid, 12 de abril de 1938) y su hermano

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO (Utrera, Sevilla, España, 20 de enero de 1873 - Madrid, 14 de junio de 1944) fueron unos dramaturgos y poetas españoles conocidos popularmente como los **hermanos Álvarez Quintero** o, simplemente, los **Álvarez Quintero**.



Desde Utrera se trasladaron a Sevilla, donde vivieron bastante tiempo como empleados de Hacienda, mientras colaboraban en diversas publicaciones como *El Diablo Cojuelo*, e iniciaron paulatinamente su dedicación exclusiva al teatro.

Desde muy jóvenes comenzaron a escribir, siempre escribieron juntos, para el teatro, llegaron a ser insignes comediógrafos y maestros del habla castellana,

al extremo de que los dos fueron miembros de la Real Academia Española de la Lengua.

Iban siempre juntos y se querían tanto, que cuando murió el mayor, el más joven vivió tan quebrantado que seis años después falleció también.

Los restos de ambos se encuentran en el cementerio de San Justo de Madrid.

Debutaron estrenando su primera obra, *Esgrima y Amor*, en el Teatro Cervantes de Sevilla el 30 de enero del año 1888, cuyo gran éxito indujo a su padre a trasladarlos a Madrid en octubre del mismo año, donde durante más de nueve años, y trabajando como funcionarios en el Ministerio de Hacienda para poder mantenerse, combinaban sus escritos y trabajo. A partir de 1889, estrenan varios sainetes líricos y juguetes cómicos con buen éxito, lo que consolida su carrera.

Su primer éxito resonante lo obtuvieron en 1897 con *El ojito derecho*. A este éxito sucedieron muchos otros más, siendo especialmente recordados *Las flores* (1901), *El genio alegre* (1906), *Malvaloca* (1912), *Puebla de las mujeres* (1912), *Las de Caín* (1908) y mucho después *Mariquilla Terremoto* (1930).

Fueron nombrados hijos predilectos de Utrera y Sevilla y adoptivos de Málaga y Zaragoza.

Sus obras fueron traducidas a todos los idiomas; se representaron en las más apartadas latitudes como en el Teatro Colón de Buenos Aires, por la compañía Guerrero-Mendoza que llevaba varias de sus obras cuando construyó aquel teatro y sus autores gozaron de innumerables homenajes, entre ellos uno muy conocido en los años veinte en Madrid en que colaboró todo el mundillo escénico.

Comenzaron a escribir en la época en que aún gustaba mucho el género dramático de José Echegaray; pero ellos, frente a esa forma de escribir muy altisonante y frente a esas escenas terribles de angustia y muerte, peculiares del gran dramaturgo, crearon un teatro sencillo, gracioso, alegre y luminoso, que pronto arrebató el entusiasmo del público.

Amaron lo más gracioso de la vida. Pintaron el hermoso paisaje andaluz, con sus gentes dicharacheras y amistosas, con su ingenio y su donosura. Presenciar una obra de los dos hermanos era lo mismo que estar en un patio andaluz lleno de frescura, con sus mármoles blancos y sus fuentes cantarinas.

Cincuenta años de su existencia dedicaron a escribir ese teatro amable, noble y jugoso.

Aunque no escribieron únicamente comedias, sainetes, libretos de zarzuela y piezas cómicas, sino también dramas, fue en esos géneros en los que fundamentalmente se les recuerda a causa de su gran talento cómico.

Muchas de sus piezas son de naturaleza costumbrista, describiendo el modo de ser de diferentes tierras de España, sobre todo las andaluzas, pero dejando al margen la visión sombría y miserable de las lacras sociales; su Andalucía es la de la luz y la del colorido; su ideología es tradicionalista. El lenguaje de sus piezas es un castellano depurado y elegante pasado por el tamiz fónico del dialecto andaluz; sus chistes son finos y de buen gusto, sin llegar nunca a la chabacanería; con ello estilizaron e idealizaron el género chico; abunda la gracia y la sal y hay una genuina vis cómica.

En total escribieron cerca de doscientos títulos, algunos de ellos premiados, como por ejemplo *Los Galeotes*, que recibió el premio de la *Real Academia* a la mejor comedia del año.

Su última obra conjunta es *La Giralda*, zarzuela de José Padilla.

Notas

[1] Merced a algunas ligeras alteraciones introducidas en el acto segundo de esta comedia después de su estreno en Barcelona, consignamos aquí el reparto de la primera representación en Madrid, en lugar del que allí se le dio.

Debemos, sin embargo, mencionar a la señora Guillén, a la señorita Torres, al señor Palanca y al niño Peral, que interpretaron en Barcelona los papeles de Luisita, Felisa, don Mauricio Regla y Salazar y Eduardo, respectivamente, y que no figuran en la actualidad en la compañía del Teatro Español. **<<**

[2] Se llama la atención sobre el nombre de este personaje, que no es *Lucio*, sino *Lucío*, con acento sobre la *i*. <<

[3] Pronúnciase *ol rait.* <<

[4] En Madrid sustituyó a Carlos Allen-Perkins en la representación de este papel, en el Teatro de la Princesa, José López Alonso. <<

[5] Nota de la primera edición. <<

[6] El insigne pintor sevillano don José Villegas cedió liberalmente para la rifa celebrada al final de esta obrita un admirable cuadro suyo, prodigio de luz y color. <<